PACIFICO MAGAZINE

ENERO 1914

Precio: UN PESO

el ACEITE
SASSO
ES EL
MEJOR
ACEITE DE OLIVA

Frutos del País

Compramos, Vendemos

Recibimos a Bodejaje

Anticipamos Fondos

Besa y Cía

Santiago, Santo Domingo 897

MINERVA DE 16 H.P.

SUBIENDO LA CUESTA DE LOS QUILLAYES
(Según fotografía).

Unicos Agentes:

COMPTOIR DE LA COSTA DEL PACIFICO

CALLE SAN ANTONIO 355

SUMARIO

LA UNIÓN ADUANERA CON BOLIVIA. . *Alberto Edwards* 3
GLOBOS Y AEROPLANOS 8
UNA AMIGA DE LAMARTINE . . . . . *Jean Balde* 19
FERROCARRIL LONGITUDINAL . . . *Carlos G Avalos* 22
PASANDO. . . . . *Angel Pino* 28
Ilustraciones de Martín
EL PARQUE ZOOLOGICO DE HAGENBECK. *John Juger* 33
PSICOLOGIA DEL AVIADOR . . . . . *E. M.* 38
LA INTERVENCION EUROPEA EN LOS BALKANES. . . . . *Luis Aldunate* 39
CLAROBSCURO (poesía) . . . . *Julio Herrera Reissig* 64
EL HORROR DE LAS ALTURAS . . *Arturo Conan Doyle* 65
FABRICA DE CARTUCHOS . . . . . *F. S.* 78
HISTORIAS NATURALES . . . . . *Jules Renard* 91
A PROPOSITO DE AUGUSTO BEBEL Y EL SOCIALISMO ALEMAN . . . . . *Ramón Briones Luco* 96
¡MUSAS, ADIOS! . . . . . *Luis Leiva Chadwick* 99
LA GUERRA DEL FUEGO . . . . . *J. H. Rosny* 112

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

BANCO ITALIANO

Huérfanos 830, SANTIAGO

Capital Pagado: $ 10.000,000

Oficinas Principales:

VALPARAISO

LUIS WINTER
Gerente

ARTURO LORCA P.
Sub-Gerente

SANTIAGO

ENRIQUE DUVAL
Gerente

RAFAEL VALENZUELA V.
Sub-Gerente

Sucursales:

VALPARAISO (Almendral), SANTIAGO (Estación), IQUIQUE, TALTAL, CALERA Y PARRAL

Agencias en el extrangero:

ITALIA
INGLATERRA
ALEMANIA
FRANCIA
URUGUAY
PERU
ECUADOR
y BRASIL
REPUBLICA ARGENTINA

Ejecuta toda clase de operaciones bancarias, .despacha .giros .telegráficos, otorga cartas de crédito y se encarga de la compra-venta de acciones y bonos, etc.

BAÑO

Cuadro de E. A Defonte

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | VOL. III.—Santiago de Chile, Enero de 1914.—NUM. 13 | — Que mañana

La unión aduanera con Bolivia

Por

ALBERTO EDWARDS

Comienza a hablarse en Chile de una idea que a muchos parece nueva y a no pocos atrevida. No falta tampoco quien no la comprenda.

Esa idea es la de la "Unión Aduanera" con Bolivia, tras de la cual los espíritus elevados y previsores, divisan, el principio de una estrecha vinculación política, y hasta el gérmen de una nueva era para las repúblicas de la América del Sur.

Nuestro siglo es el siglo de los fuertes: la creciente aspereza de las luchas comerciales, el gigantesco y costoso desarrollo del arte que defiende a los pueblos, y hasta la victoria de la gran industria, exigen organismos nacionales poderosos. En Europa los estados pequeños han debido, por lo regular, ser neutralizados, como se dice en el lenguaje diplomático; es decir, han renunciado a defenderse por sí mismo y viven de la discordia y de las rivalidades de las grandes potencias.

Lejana y utópica nos parece hoy esa "Unión Americana", aquel principio de Confederación Política entre los pueblos de este continente que nuestros padres, más idealistas y generosos que nosotros, soñaron en los tiempos de Pérez, pero acaso el porvenir pertenezca a aquella grandiosa quimera.

No son esas empresas de las que se realizán en un día; ellas son la obra de algunas generaciones y de muchos años; pero no por eso debemos dejar de prepararla.

¿Qué eran la Italia y la Alemania a principios del siglo XIX? Expresiones geográficas, como lo dijo el canciller Metternich, vastas e informes agrupaciones de estados minúsculos, separados por rivalidades lugareñas, por enemigas dinastías y hasta por la religión y las costumbres. Sólo un vínculo unía a esos pueblos desgraciados, que parecían complacerse en su debilidad, en su aislamiento y en sus mutuos odios, y ese vínculo era el de la lengua, testimonio de su origen común y de una misma tradición histórica.

Entre la Prusia protestante y áspera, y la artística y católica Baviera; entre el sobrio Piamonte, la culta Toscana, y el reino semi-morisco de las Dos Sicilias, existían abismos más profundos que los que separan a las repúblicas de este continente del Sur. Sin embargo, los que ayer no más fueron sólo confusas polvoredas de minúsculos principiados, son hoy naciones unidas, felices, poderosas.

Ellos tenían sin embargo una ventaja, que a nosotros parece faltarnos: el de la vecindad geográfica. Esos pueblos rivales ocupaban en conjunto un espacio bastante reducido de la tierra; pero el mundo se ha hecho hoy más pequeño y los progresos de las comunicaciones han acortado las distancias de manera que hoy estamos prácticamente tan cerca de Guayaquil y de Quito por ejemplo, como en el primer tercio del siglo XIX estaba el habitante de Koenisgsberg del de Munich.

Y a la verdad, cada vez que en el ex-

tranjero nos encontramos con un latinoamericano, sentimos junto a nosotros a un hombre, que salvo las diferencias producidas por el clima, piensa y siente nuestras propias necesidades, y lucha con problemas análogos a los nuestros. Vemos en él una especie de hermano, junto al europeo, refinado por largos siglos de cultura, endurecido en las luchas de una vida más áspera, y frente también al americano del Norte, del hombre de otra raza, soberbia y desdeñosa.

Los tiempos de la unidad hispano-americana no han llegado todavía Cualquier intento para lograrla sería hoy seguramente quimérico. El estado de inquietud política de la mayoría de los pueblos del continente, las asperezas producidas por luchas recientes, parecen alejar la realización de tan hermosos ensueños... ¡Hay que prepararlas, sin embargo!...

En la historia del mundo podemos aprender que los rivales comerciales han precedido no pocas veces a las uniones políticas. La Alemania, antes de ser el poderoso imperio que rige hoy Guillermo II, fué el Zollverein. Es que el principio de toda unidad nace de intereses comunes y no contrapuestos.

En general, los países de la América del Sur no tienen encontrados intereses comerciales. Es notorio que entre ellos no se han producido hoy esas agrias luchas de competencia, que son hoy en la Europa, inacabable germen de odios internacionales. Productoras estas repúblicas de frutos naturales y de materias primas, tienen todas su clientela más allá del Atlántico y del mar Caribe. Unos mismos son pues sus necesidades e intereses.

Los Estados Unidos han procurado en algunas ocasiones, la formación de una Unión Aduanera de todo el continente. Chile ha resistido siempre este pensamiento. Tenemos razón, porque la industria norteamericana, contando como cuenta con una población apta y con ingentes capitales, aplastaría con su potencia de coloso, el desarrollo industrial de la América Española. La Unión Aduanera con la República del Septentrión, no sería sino el monopolio, pesando sobre nosotros como en otro tiempo pesó el monopolio de España. Sería la reconquista de la América del Sur por el extranjero.

Además, ¿qué germen robusto de vinculación política puede existir entre naciones que todo separa: la lengua, los hábitos, el concepto de la vida, las instituciones políticas, el desarrollo histórico, y hasta la desproporción enorme de las fuerzas recíprocas? No sería aquello la unión de los iguales, sino el sometimiento de los débiles.

II

Existen en la América del Sur dos pueblos vecinos que parecen haber sido colocados allí por la naturaleza, para mostrar acaso en un día no lejano al resto del continente, los fecundos resultados que pueden esperarse de la unión de estas jóvenes repúblicas, en las ásperas luchas por el progreso.

Nada les separa: todo parece unirlos. Me refiero a Chile y a Bolivia. La idea de la Unión Aduanera entre ambas naciones ha nacido de la conciencia de esa comunidad de intereses, sentida hoy por muchos estadistas de uno y otro país.

Pero, ante todo ¿qué significado económico, político y social, tiene una Unión Aduanera?

Estas vastas aglomeraciones de hombres, que constituyen los estados, se agrupan y forman un solo cuerpo, por la virtud de una serie de vínculos, que constituyen solidarias del progreso, del bienestar, de la seguridad común a las diferentes partes de un todo en apariencia complejo.

Sino el más alto y generoso, al menos, el más fuerte de los elementos que constituye el sentimiento de la patria, tiene su origen en esa solidaridad de intereses. No pocas veces ella ha bastado para formar grandes naciones, como es el caso de la Austria-Hungría.

Así como la común defensa de las fronteras y del hogar amenazados, une a las naciones en la guerra, los intereses económicos les unen en la paz y les preparan también para batirse en caso necesario por el bien común.

Disipada hoy la quimera del libre-cambio, las aduanas son las verdaderas fronteras de los pueblos. Dentro de esa amurallada fortaleza, los hombres se sienten ligados en la lucha. No es la circunstancia de que sea un mismo Presidente el que nombra a las autoridades en Tarapacá y a las de Valdivia, lo que hace que los habitantes de esas provincias, se sientan unidos económicamente, como también lo es-

tán por los vínculos de un común patriotismo.

Desembarquemos en Iquique... Delante de nosotros se presenta un panorama de lúgubre y severa grandeza... Cerros elevados, escuetos, en los que no crece una brizna de hierba; paisajes que parecen pertenecer a un planeta distante y melancólico; un sol de fuego quemando las calcinadas arenas; toda la actividad humana empleada en arrancar del árido suelo substancias extrañas que van a fertilizar tierras lejanas; un mundo aparte, concentrado en sí mismo, áspero y duro.

Allá en las húmedas tierras del Sur, las montañas y las llanuras, empapadas por formidables aguaceros, se visten de espléndido verdor; los árboles crecen apiñados los unos contra los otros, vestidos de enredaderas lujuriosas, sembradas de flores y de helechos elegantes; se aspira el perfume de la tierra fecunda; los hombres viven de sus cosechas y de sus ganados, bajo un cielo gris que se deshace en lluvias diluvianas... ¡Es otro planeta!... Los productos, las ocupaciones, los accidentes felices o desgraciados del trabajo humano, difieren tan profundamente en una y otra zona, como no difieren acaso los de las comarcas amazónicas de los de las heladas pampas de la Patagonia austral.

Y sin embargo el habitante de Valdivia sabe que no le es indiferente el bienestar de los habitantes de Tarapacá, y esto no sólo por el amor que le tiene como a chilenos, sino porque sabe que sus intereses estan poderosamente ligados...

No... No es sólo el sentimiento el que ha creado esos vínculos poderosos. Sin darse acaso cuenta, los chilenos saben que forman parte de una sola entidad económica, y los más instruídos saben tambien que esa entidad está constituída por la línea común de aduana que encierra en un solo todo el árido septentrión que produce el salitre, y el boscoso mediodía, poblado de selvas gigantescas, de trigo y de ganados.

Sin esa línea de aduanas, el bienestar del salitrero, sería igualmente interesante al agricultor de Valdivia, como el que ara la tierra en las orillas del Paraná... Económicamente serían dos pueblos distintos; la lucha y la competencia que son hoy a la par, la vida ardiente de las naciones, podrían entablarse entre ellos; sus intereses dejarían de ser solidarios.

III

Supongamos que nuestro gobierno tuviera la insensatez de dividir el territorio de la República en provincias o pequeñas zonas, rodeadas de respectivos cordones aduaneros. ¿Cuál sería el resultado de semejante medida para la economía nacional?

Aquellas zonas, diferentes entre sí por su clima y los productos de su suelo, se esforzarían por producir aquellos artículos indicados por sus aptitudes naturales. Este sería el territorio de la agricultura, el otro el de los ganados, el de más allá el de las maderas; en casi todos existiría la posibilidad de desarrollar la industria manufacturera, en este o aquel ramo.

Todas o casi todas producirían uno o varios artículos, en exceso, sobre las necesidades de la población y deberían exportarlos. Los ganados de Valdivia, lucharían en Santiago con los ganados de la Argentina, y, en cambio, los vinos del centro, serían batidos en el Norte y en el Sur por la concurrencia francesa.

¿Y qué diremos de la industria? ¿Podría desarrollarse alguna, por favorable que fuesen las condiciones naturales, dentro de mercados tan reducidos? No se olvide que la industria moderna requiere grandes instalaciones y producción en grande escala también, que todos necesitan de una población más o menos considerable que le asegure consumos defendidos por las barreras formidables que la moderna competencia comercial ha levantado en todos los rincones de la tierra.

¿Cabría tamaño absurdo en cabeza humana?

Por eso alguien ha dicho que las grandes naciones han sido en nuestra época la consecuencia de los modernos progresos de la industria. Si estos pueblos jóvenes y débiles luchan trabajosamente con la competencia europea, no es sólo por falta de capitales y de aptitudes. Allí se fabrica barato, porque se fabrica para muchos millones de hombres, y aquí nuestros mercados son reducidos.

Pero acaso la ventaja principal de las

grandes agrupaciones nacionales, es que ellas por la variedad de sus productos, están en aptitudes de resistir mejor las crisis económicas. Esta es una verdad ampliamente demostrada por la experiencia.

Dentro de un organismo económico nacional, los capitales, las actividades humanas, los productos se desplazan con tal facilidad que apenas se conciben hoy día las crisis locales, esto es que afligen sólo a una pequeña sección de territorio, porque los recursos del país, intactos en las demás secciones, y sobre todo en su cabeza principal, acuden sin inconveniente al punto necesitado.

En el siglo XVIII, cuando la Francia estaba dividida por aduanas interiores, sucedía con frecuencia que en una provincia reinaba el hambre y en la vecina la prosperidad y la abundancia. Como se sabe, una de las conquistas de la revolución de 1789 fué la supresión de esas aduanas interiores, y, desde entonces el fenómeno no ha vuelto a producirse.

Un país grande o pequeño, por rico que sea, está expuesto a las más violentas crisis, cuando toda su actividad y riqueza dependen de una sola industria. El ejemplo del Brasil es muy sugestivo a este respecto Aquel país produce, entre los dos tercios y las tres cuartas partes del café que se cosecha en el mundo, y ha habido casos en que la baja de aquel producto, tan noble como es, ha sumido al Brasil en la más horrible crisis, bajando el cambio hasta cinco peniques.

Por eso los estadistas brasileños predican y trabajan por lo que allá se llama la pleni-cultura, esto es, por la substitución de un gran numero de cultivos diferentes, al casi exclusivo del café.

En Chile, el ochenta por ciento de las exportaciones son proporcionadas por el salitre, y aunque se trata de un producto único, indispensable al mundo, y de que nuestro país tiene el monopolio actual, todos recordamos las grandes crisis y sufrimientos que hemos padecido, cuando el precio del salitre ha bajado un tanto. La crisis salitrera que se inició en 1894, influyó aún más que la perspectiva de una guerra próxima en las perturbaciones económicas que nos afligieron en aquel tiempo.

Estos peligros y oscilaciones excesivas desaparecen en las grandes entidades, cuyos productos son variados. El ideal de los grandes estadistas contemporáneos ha sido la formación de lo que se llama "pequeños mundos independientes", capaces de bastarse a sí mismos. Tal quiso hacer Chamberlain del Imperio Británico, y esa grande idea llegará tarde o temprano a una realidad.

En mucho menores proporciones, pero dentro de un territorio más compacto y homogéneo, Chile y Bolivia realizan el mismo ideal. Sería un mundo en miniatura, pero fisiológicamente rico, y con la variedad de productos más completa que pueda soñarse.

Echemos una ojeada al mapa, comenzando por el Norte, esto es por Bolivia.

Al oriente de las cordilleras, esa República posee muchos cientos de miles de kilómetros cuadrados de fertilísimos territorios aptos para todos los cultivos de la zona tórrida. Las grandes llanuras que bañan el Madera, el Mamoré, el Madre de Dios y demás afluentes del Amazonas pueden producir en cantidad fabulosa el cacao, la caña dulce, el canelo, el banano, infinidad de maderas preciosas, etc., etc.

Los contrafuertes de la cordillera son en esa zona maravillosamente adecuados para el cultivo de un café de superior calidad. El "Yungas" goza de fama mundial, y si su cultivo no se ha desarrollado en más vasta escala, ello se debe exclusivamente a las dificultades de comunicación, que los ferrocarriles han de vencer tarde o temprano.

Más al sur y siempre al oriente de las Cordilleras, los territorios del Chaco Boliviano, menos lluviosos y cálidos que la región amazónica, presentan un aspecto diverso. Los bosques alternan con las praderas. Aquel sería el país ganadero de la gran entidad económica que estamos estudiando y además la tierra del algodón, del maíz y otros productos análogos.

La meseta boliviana, árida, fría, poco apta para el cultivo, constituye en cambio la más rica región minera del mundo.

Al pie de esa meseta y hacia el litoral del Pacífico, se extienden los grandes depósitos salitreros que constituyen hoy nuestro principal patrimonio y nuestra fuerza.

Más al sur, sigue el desierto de Atacama con sus inagotables minas y por último desde el grado 30 de latitud hasta los confines del mundo antártico, un terri-

torio que abraza todos los climas, y cosecha todos los productos de la zona templada. Es como si a lo largo de la faja de tierras que queda entre los Andes y el mar se escalonaran sucesivamente, la Argelia, la Italia, el Occidente de Europa, la húmeda Inglaterra y la Escandinavia...

Apenas puede concebirse un conjunto más vasto, más armónico, más completo de riquezas naturales. Dos naciones relativamente débiles, y una de las cuales por lo menos, lleva una vida raquítica y enfermiza, constituirían uniéndose económicamente la más poderosa entidad productora del continente sud-americano, y uno de los patrimonios más envidiables del mundo. ¡Qué colosal comercio interior! ¡Qué intercambio tan fecundo de productos! ¡Qué independencia del extranjero!...

Hoy somos tributarios de la Argentina por el ganado, del Perú por el azúcar, de los países tropicales por el café, el algodón, el cacao, el arroz y demás frutos de los países del sol. Todo aquello nos sería mañana proporcionado, por la industria de la gran entidad económica a que perteneciéramos.

Bolivia importa hoy del extranjero el trigo, el vino y muchos de los productos agrícolas de la zona templada, mañana los tendría dentro de sus fronteras aduaneras.

La industria de ambos pueblos no sólo dispondría de más vastos mercados protegidos por el arancel aduanero, sino que dentro, puede decirse, de su propio territorio, encontraría todas las materias primas de que hubiera menester. Las fábricas transformarían a la vez los algodones del Chaco y las lanas del extremo sur, las preciosas maderas de los trópicos y las de las selvas antárticas, etc., etc.

Me atrevo a afirmar, que sólo los grandes imperios coloniales de Europa, esto es la Inglaterra y la Francia, y los Estados Unidos, después de la anexión de las Filipinas, Haway y Puerto Rico, presentan hoy en el mundo semejante variedad de producciones.

IV

Muchos se preguntan cuál sería la naturaleza de los lazos que deberían unir a Chile y a Bolivia para poder reclinar tan brillante perspectiva. Algunos hablan sólo de una Unión Aduanera; no pocos han pronunciado la palabra Confederación.

En realidad, el problema es más de fórmulas que de hechos, porque no se concibe una Unión Aduanera sin ciertos vínculos políticos. No se trataría aquí sólo de lo que se ha llamado "Cordillera libre", sino también de "tarifas" comunes que hagan solidarios los intereses económicos de los pueblos unidos.

El tratado respectivo fijaría por cierto, las tarifas iniciales, pero éstas no podrían ser eternas porque las necesidades cambian en esta materia de aduanas como en las otras. Sería pues, necesario establecer una autoridad, un Consejo, llámesele como se quiera, encargado de resolver estos problemas en lo futuro, reservándose sí, a las altas partes contratantes, el derecho de ratificar, por medio de sus respectivos congresos, los acuerdos de la autoridad a que nos hemos referido.

Sería también indispensable que esa autoridad ejerciera un control superior sobre las aduanas de la Unión, para reprimir el fraude y los abusos, para llevar la estadística común, y para repartir las utilidades de la renta aduanera en la forma que hubiera de convenirse.

En materia de relaciones exteriores habríamos de obrar también de consuno, por lo menos en lo que respecta a tratados de comercio, representación consular y otras materias análogas.

Si esto sólo se hiciera, el tiempo se encargaría seguramente de hacer mucho más.

Nada vincula, como los intereses del comercio, a las sociedades. No son los turistas sino los comerciantes, los que preparan las grandes unidades políticas. Abrase la historia y se verá confirmada esta verdad.

Realizada la Unión Aduanera, los pueblos de Chile y de Bolivia comprenderían cada día con mayor claridad, que sus intereses serán comunes, y la solidaridad económica prepararía una mayor solidaridad política, como sucedió en Alemania.

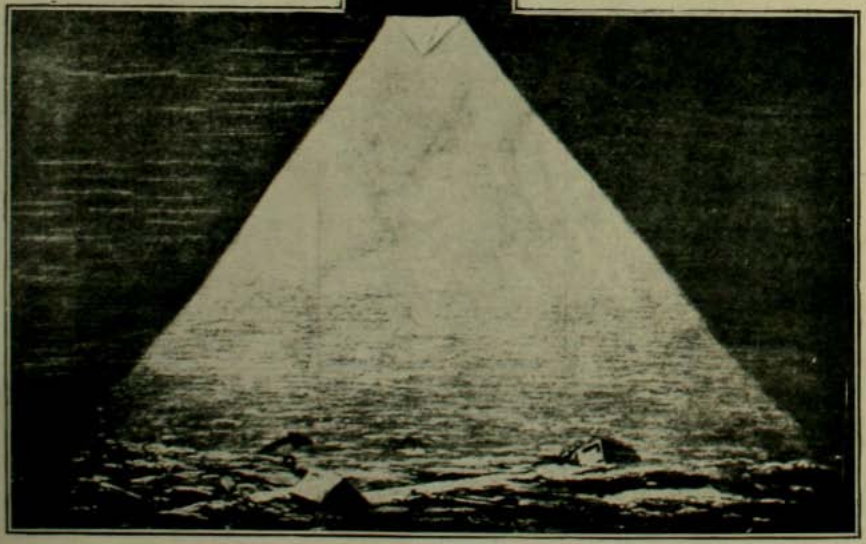
La Unión hace la fuerza... Aún podemos ser grandes. ¡Ojalá se realice algún día tan hermoso sueño!

ALBERTO EDWARDS.

LA NUEVA LÁMPARA SUBACUÁTICA

UN PROCEDIMIENTO PARA EVITAR LOS SONDEOS

Un nuevo procedimiento para registrar el fondo de los ríos, muy superior a los antiguos sondeos y dragados, ha sido adoptado por la policía de Chicago para aquellos casos en que hay que buscar en el fondo del agua algún cadáver o un objeto de valor. Consiste en iluminar el fondo con una lámpara eléctrica de tungsteno, suspendida dentro del agua, y cuya luz atraviesa un gran prisma triangular de cristal, de modo que ilumina una gran extensión de terreno. La luz es de tal intensidad, que desde la lancha automóvil que lleva la lámpara pueden verse los menores detalles del fondo hasta una profundidad de seis metros, y con relativa claridad hasta nueve metros. La lancha que emplea la policía de Chicago está, además, provista de un pequeño camarote dispuesto para poder prestar los primeros auxilios a las personas que han caído al agua y están a punto de ahogarse.



Arbán, recogido del Adriático por dos pescadores italianos

Globos y Aeroplanos

Los primeros ensayos

El visionario, a veces profético, que fué Víctor Hugo, decía, contemplando el cielo, a un amigo preocupado del descubrimiento de la navegación aérea:—Veo nubes y pájaros: aquellas son los globos: pero el ideal está en imitar al pájaro:—*Like a bird*, según lo confirmó en su breve expresión el inventor norte-americano Wilbur Wright.

La nube redonda y lenta preñada de gas—el aeróstato—ha quedado atrás ante el impulso vertiginoso del pájaro mecánico que llamamos aeroplano. El triunfo de éste parece incontestable ya, si bien no faltan entusiastas fieles del globo dirigible.

Al tomar el primer puesto en el dominio del espacio, el aparato alado no ha hecho más que recuperar su rango histórico, pues son en mucho anteriores los ensayos de vuelo con ayuda de alas al sistema de globos libres o dirigibles. De la leyenda de Icaro a las experiencias de Leonardo quedan aún varios siglos para llegar a la prueba realizada ante la asamblea de los Estados de Vivarais, convocada en la plaza de Annonay el 4 de Junio de 1783 por los hermanos Montgolfier.

El **montgolfiers**, el enorme globo esférico de los industriales de la Auvernia es por mucho tiempo la maravilla de los públicos. En la plaza mayor de Annonay, observa los preparativos de la inflación una multitud impaciente y talvez algo escéptica. Los brillantes colores que se reparten en la esfera, decorándola con profusión pintoresca, la solemnidad de la hora, la presencia de personajes y tropas en el vasto recinto bastan para mantener alerta la curiosidad del gentío.

La máquina aerostática tenía doce metros de diámetro y estaba hecha de tela de em-

balaje forrada en papel. En su parte inferior se había dispuesto un canastillo de alambre dentro del cual fueron quemadas diez libras de paja húmeda y de lana escarmenada. Apenas el globo hizo impulso de subir se le dejó libre, viéndosele elevarse entre las aclamaciones de los espectadores. En cinco minutos alcanzó a quinientos metros de altura; pero como perdía gran parte del aire recalentado a consecuencia de la permeabilidad de la tela y del papel, se le vió bajar bien pronto y tocar lentamente el suelo.

A indicación de M. de Breteuil, entonces Ministro del reino, la Academia designó una comisión en que figuraban Lavoisier y Condorcet, a fin de que informara sobre el invento. Esteban Montgolfier fué llamado a París y se le previno que las pruebas serían renovadas por cuenta de la Academia. Un profesor del Jardín de las Plantas, Faujas de Saint-Fond se adelantó a abrir una subscripción popular en París, la que dió diez mil francos en poco tiempo. Los hermanos Robert y el profesor Charles se encargaron de la obra. Este último discurrió el empleo del gas hidrógeno en vez del aire recalentado, y después de costosas operaciones consiguió fabricar flúido suficiente para llenar un globo de cincuenta metros cúbicos.

A las 3 de la madrugada del 27 de Agosto de 1783 una inmensa multitud se congregaba en el Campo de Marte, donde debía verificarse la ascensión. Trescientas mil personas, esto es, la mitad de la población de París en aquel tiempo, se situaba en la explanada, en el anfiteatro de Passy y en otros sitios de buena perspectiva. A las 5 sonó el cañón dando la señal de partida, y los anteojos de los sabios situados en las torres de Nuestra Señora y en otros sitios elevados se asestaron sobre el aeróstato.

Libre de sus amarras, el globo se elevó con tal velocidad que alcanzó los mil metros en dos minutos; allí se encontró con una nube negra en cuyo seno se perdió. Un segundo cañonazo anunció su desaparición; pero pronto se le vió atravesar la nube, aparecer a una grande altura y perderse por fin en otras nubes más altas.

Un sentimiento de admiración y de entusiasmo indecible se apoderó del espíritu de los espectadores. La idea de que un cuerpo salido de la tierra viajaba en esos momentos en el espacio, era algo tan maravilloso, se apartaba tanto de las leyes conocidas, que nadie pudo escapar a las más vivas impresiones. Muchas personas rompieron en llanto y otras se abrazaban como delirando. Con los ojos fijos en un mismo punto del cielo, todos recibían sin pensar en evitarla, una lluvia violenta que no cesaba.

El globo cayó sobre un grupo de campesinos de Gonesse, a los que esta aparición llenó de terror, pues se imaginaron que era la luna que se les venía encima. Al comprender que no había tal, para vengarse del susto que habían pasado, se precipitaron sobre el inocente despojo y lo despedazaron. El primer aeróstato de gas fué amarrado a la cola de un caballo y arrastrado por espacio de una hora a través de los caminos!

El tercer experimento se llevó a cabo en Versalles, en presencia del Rey, el 19 de Septiembre de 1783. Este nuevo aeróstato, de forma enteramente esférica estaba hecho de un fuerte tejido de algodón y hasta se le había pintado de azul con figuras en oro, al estilo de una tienda de campaña ricamente decorada. Los primeros seres vivos que recorrieron el espacio, fueron puestos esta vez dentro de una jaula de mimbres. El cordero, el gallo y el pato de esta aventura fueron recogidos sin accidentes, una hora más tarde en un bosque a una legua de Versalles.

Cómo fueron guiados los inventores

Los hermanos Montgolfier habíanse entretenido con frecuencia en sus comunes paseos estudiando la formación de las nubes y disputado sobre aquellas enormes masas de agua pluvial que navegan por el cielo. De ahí concluyeron que era el vapor de agua electrizado y disuelto en la nube lo que la mantenía flotando. Este fué el punto inicial de su descubrimiento.

Habían comenzado por probar con cartuchos de papel llenos de vapor que se elevaban un poco y caían húmedos y flácidos, cuando Esteban tuvo ocasión de leer la obra del inglés Priestley "De las diferentes especies de aire", en la cual se trataba de las propiedades físicas del gas, singularmente del hidrógeno.

Simultáneamente José ensayaba el humo de una hoguera como medio de elevación, fabricando un saco cuya abertura quedaba en la parte inferior. El pequeño aeróstato trepidó bajo las manos de José Montgolfier,

Esteban Montgolfier

se llenó de aire caliente y de humo y se escapó por último hasta el techo.

Desde Avignon, José escribió inmediatamente a su hermano que se encontraba en Montpellier: "Prepare promptement des provissions de taffetas, de cordages, et tu venas one des choses les plus étonnants du monde".

Esteban acudió solícito, y el primer aeróstato fabricado por ambos se elevó entre las manifestaciones de alegría de ellos y el estupor de los habitantes del contorno. La prueba oficial se efectuó en seguida, en la plaza de Annonay, según dejamos dicho.

El martirologio

Comienza con Pilátre de Rozier y su compañero Romain, al intentar la travesía del paso de Calais en un aeróstato confiado al impulso del viento.

El 15 de Junio de 1785, a las 7 de la mañana, Pilátre y su compañero se dirigieron al sitio de la costa, en Boulogne donde estaba la **aero-montgolfiera**. Después de hacer tres pequeños globos de ensayo que hicieran conocer la dirección del viento, un cañonazo anunció a la ciudad la partida de los expedicionarios.

Este nuevo aparato era una combinación de los dos sistemas hasta entonces conocido: el de aire caliente y el de hidrógeno. El primero formaba un depósito cilíndrico sobremontado por el globo esférico lleno de gas. La nave aérea se elevó con gran velocidad hasta una altura de cuatrocientos metros; pero a esta elevación se vió de repente, al globo de gas, desinflarse y caer sobre la montgolfiera. Esta dió tres vueltas sobre sí misma y se precipitó luego con espantosa rapidez.

¿Cuál fué la causa de la caída? Al recoger los restos del aerostato se vió que el hornillo no había sido encendido, y esto destruía la posibilidad de la inflamación del gas. Según M. Maisonfort, testigo presencial del suceso, lo ocurrido debió ser lo siguiente: Pocos minutos después de la partida, los viajeros se vieron asaltados por un viento contrario que los empujaba a tierra, y es probable que para buscar unas capas de aire favorable en la región inferior, Pilátre tirara el cordel de la válvula del gas. Pero la cuerda era demasiado larga y pesada y con el frotamiento debió desgarrar la válvula y la tela vecina, gastada por el uso. La válvula se desprendió y el globo de hidrógeno se encontró vacío en pocos instantes. Entonces la masa de tela cayó sobre la montgolfiera y la arrastró en su caída.

En la ciencia y en la guerra

Diversión de públicos maravillados, entretenimiento de reyes y cortesanos, el aeróstato pasó a una segunda etapa en que fué

José Montgolfier

puesto al servicio de la ciencia. Para este fin hubo de recurrirse al hidrógeno, pues el débil poder de ascensión y el afán constante de alimentar el fuego en los globos del sistema montgolfier, no dejaban tiempo suficiente a las observaciones científicas.

El primer viaje de esta especie lo realizaron los físicos Charles y Robert en 1783. Abierta una subscripción pública con tal objeto, por diez mil francos que se destinarían a *un globo de seda para dos pasajeros*, la suma antedicha fué integrada en pocos días. Puede decirse que de un golpe Charles creó el arte de la aerostación. En efecto, él fué el que imaginó la válvula de escape que permite el descenso, la navecilla que transporta los viajeros, la red que la sostiene, el lastre que modera la caída, la envoltura de caucho que hace impermeable el globo y, en fin, el uso del barómetro que señala en cualquier momento el grado de elevación alcanzado. Casi nada se ha agregado o cambiado en estas sabias disposiciones.

Las ascensiones de Roberson y Gay-Lussac completan el ciclo científico.

Poco tiempo después, la célebre Academia de Dijon hizo aparejar un aeróstato provisto de un curioso sistema de timones y remos destinados a imprimirle una dirección determinada. El resultado fué naturalmente nulo, y el viento llevó el aparato con su rumbo caprichoso.

Un soplo de aire más benigno acompañó años más tarde a Blanchard, el atrevido aeronauta inglés que en 1785 concibió y realizó el proyecto de cruzar el mar de la Mancha en aeróstato. El 7 de Enero de ese año a la 1 de la tarde, un globo enorme abandonaba lentamente la escarpa que limita el mar. En la barquilla iban Blanchard y el doctor Gefferis. El cielo estaba sereno y una brisa fresca soplaba del lado de Inglaterra.

Los viajeros tuvieron bajo su vista un espectáculo soberbio; el ojo abrazaba un horizonte tan extenso, por el llano que se extiende detrás de Dover, que podría contar hasta diecisiete ciudades y pueblos diseminados en la hermosa campiña. A centenares de metros bajo la barquilla, numerosos barcos se deslizaban sobre las olas del Paso de Calais.

Mientras tanto, a medida que avanzaban el globo se desinflaba poco a poco. La mitad del lastre *fué arrojado al agua*; un rato después volvían a descender. Hubo que echar toda la arena y aún otros objetos. Estaban en la mitad de la travesía.

A las 2, la subida del mercurio les indicó que bajaban aún; arrojaron algunos útiles, el ancla; luego las provisiones, los remos, las cuerda, sus ropas.

A pesar de todo, el globo seguía bajando. A las 2 y media la costa francesa surgió en el horizonte. El doctor Gefferies le propuso a su compañero arrojarse él al mar para aligerar el globo; pero Blanchard decidió desprenderse de la barquilla, quedándose colgado de las cuerdas, antes que sacrificar a su compañero.

Disponíanse a cortar las amarras, ya suspendidas a las cuerdas, cuando notaron que sin ningún influjo de ellos el globo volvía a remontarse, y siempre con viento favorable se internaba sobre la tierra francesa. A las 3 pasaban sobre Calais, y el aeróstato iba a posarse sobre una encina de la floresta de Guimes y Gefferies se tomó de una rama y obligó al globo a bajar hasta el suelo.

La admiración y el entusiasmo que esta proeza despertó tanto en Francia como en Inglaterra, fueron inmensos. Calais celebró el acontecimiento con una fiesta pública. La Municipalidad le compró a Blanchard su aeróstato por el precio de tres mil francos y le concedió el título de ciudadano honorario de Calais. El globo fué colocado en la nave de la iglesia principal, y por fin se acordó erigir una columna de mármol en el sitio del descenso de los aeronautas.

Llegaron los días tormentosos de la Revolución, en que tantos recursos geniales fueron puestos en juego por el Comité de Salvación Pública para repeler el ataque de las naciones coaligadas. Guyton de Marveau, miembro de la Convención, propuso el empleo de dos aeróstatos como *observatorios estratégicos*. Su ayudante, Contelle, demostró en una experiencia, que podía permanecer en un globo cautivo, a 500 metros de altura, observando perfectamente la posición del enemigo y las particularidades del terreno.

El sitio de Mabeuge por los austriacos dió ocasión al primer servicio efectivo de los globos militares. Después, en la captura de Charleroy y en la batalla de Fleurus, tiene importancia decisiva el cuerpo de aeronautas militares.

Ochenta años más tarde, los parisien-

ses seguían la tradición y lanzaban al viento los aeróstatos en que Gambetta y sus amigos iban a buscar en las provincias los socorros que exigía la capital sitiada. Ante los cañones alemanes impotentes esta vez, esos veloces y ligeros emisarios llevaban por la ruta del aire las nuevas aflictivas de un pueblo enloquecido por los golpes constantes de la desgracia.

Ascensiones trágicas

A la media noche del 7 de Septiembre de 1804, el aeróstato ideado por el físico Zambeccari se elevaba de las vecindades de París, llevando a su dueño y a los compañeros de éste, Andreoli y Grassetti. Los trabajos preparatorios de la ascensión que habían durado doce horas, dejaron agotadas sus fuerzas, y tampoco habían tomado alimento alguno.

Después de haber planeado durante algún tiempo en las capas inferiores del aire, de repente el globo comenzó a subir con una rapidez espantosa. El frío excesivo y su debilidad, ocasionaron a Zambeccari un desfallecimiento parecido a la muerte, y lo mismo le ocurrió a Grassetti. Sólo Andreoli, que había tenido la precaución de comer antes de la salida, pudo resistir al enrarecimiento del aire y al frío.

Una Mongolfiera para pasajeros

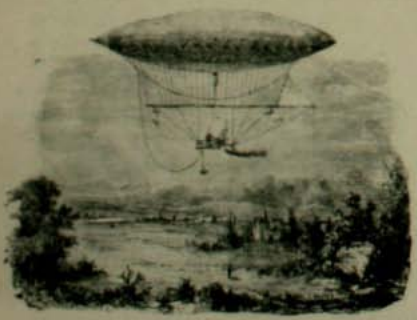
Poco después Andreoli notó por el barómetro que bajaban con gran rapidez, y sintiendo bajo ellos el rumor del mar y luego el frío del agua, arrojó el lastre e hizo volver el aeróstato a alturas inconmensurables. Eran las 2 de la mañana. A duras penas pudo hacer que volvieran en sí sus compañeros. La lámpara de espíritu de vino que les servía para calentar el aire de la parte inferior del globo, y para alumbrarles, había sido arrojada con el lastre, y se encontraron sumidos en completa obscuridad. La luna se les aparecía poco más tarde como envuelta en un velo de sangre. Después de haber alcanzado inmensa altura, el globo volvió a descender, y nuevamente cayó al mar, lejos de las costas del Adriático. La noche estaba obscura y las olas muy agitadas. Los marineros de alguna barca que pasaba cerca, al ver la masa enorme del globo huían supersticiosos. Al fin un buque los recogió cerca de las costas de Dalmacia. Zambeccari estaba agotado por el hambre y el frío y tenía las manos mutiladas por el hielo; Grassetti apenas daba señales de vida.

El primer aerostato

La muerte de Silvel y Croce-Spinelli

Otro viaje aéreo sin precedentes fué el del aeronauta Harris y de una dama a quien amaba profundamente. El 8 de Mayo de 1824, salían del Wanxhall de Londres y alcanzaban en pocos minutos millares de metros de altura. Cuando quiso descender, Harris tiró el cordel de la válvula superior; pero, sea que ésta estuviera mal dispuesta o por otra causa, dejó escaparse el gas sin obedecer ya al cierre. El globo cayó con enorme rapidez. Todo lo que podía disminuir el peso fué echado fuera de la barquilla; pero inútil. Si el aeróstato no tuviera más que un pasajero, su salvación sería segura, pensó Harris, y se dispuso a morir. Abrazó a su compañera y se lanzó al vacío. Ella lo vió dar vueltas en el aire, y perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, el globo había llegado suavemente a tierra. El sacrificio de Harris la había salvado.

Entre estas ascensiones trágicas, cuéntase la que realizó el **Zenith** el 15 de Abril de 1875, llevando los científicos Croce-Spinelli, Silvel y Tissandier. A los 2,500 metros, el gas comenzó a escapar-



Aerostato a vapor

se con fuerza por el apéndice inferior. A los 4,000 metros Croce-Spinelli escribe con pulso tembloroso. "Hora 11.57. Temperatura, 1o. Leves dolores a los oídos. Siento opresión; es el gas."

A 4,300 metros, aspiraron oxígeno comprimido, con excelente resultado. Todos se ocupaban de sus observaciones científicas, sin preocuparse de observarse a sí mismos. Arrojaron un poco de lastre y se encontraron sobre las más altas nubes, en una zona en que el sol brillaba sin calentar mucho. Algunos cirrus se destacaban en el horizonte. El frío los hacía sufrir.

Muerte de Madame Blanchard

y como Tissandier quisiera calzarse los guantes, nota que no puede mover las manos. Silvel arroja más arena.—¿Cuál es la presión barométrica? pregunta Tissandier.

—300 milímetros (7,450 metros, más o menos).

Echaron más lastre fuera y el globo brincó sobre 8,000 metros. Croce-Spinelli y Silvel se desvanecen y el mismo Tissandier concluye por perder el conocimiento. Cuando vuelve en sí, todavía se halla a 7,000 metros. Acude a sus compañeros pero éstos no dan señales de vida. Silvel tenía la cara negra, los ojos cerrados y la boca muy abierta. Croce-Spinelli mos-

El niño Guerin, aeronauta por fuerza

craba la boca cubierta de sangre. Un viento furioso azotaba la barquilla.

Después de muchas dificultades Tissandier pudo conseguir que el ancla prendiera en el suelo. Fué llevado a casa de unos campesinos, donde en medio de la fiebre llamaba a gritos a sus compañeros. Los instrumentos revelaron que el globo había llegado a los 8,600 metros, la mayor altura hasta entonces alcanzada.

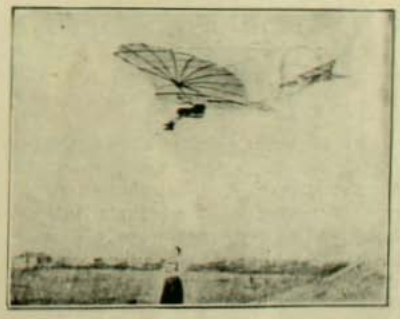
Terminaremos esta parte de nuestra reseña recordando un episodio dramático y cómico a la vez. Durante una función pública en aeróstato, en Nantes, el globo se desliza a poca altura y en un incidente imprevisto engancha a una de las púas del ancla el traje de un muchachuelo que contemplaba absorto el vuelo. El aeróstato sigue subiendo entre las exclamaciones de terror de la multitud y los propios gritos de socorro del forzado aeronauta. El pantalón se rompía ya bajo el esfuerzo y sólo la precaución de tomarse con ambas manos a la cuerda salvó al pequeño viajero, a quien recibieron en sus brazos los campesinos del Loira.

Cierra el período de las grandes catástrofes en globo libre, la desaparición misteriosa de André, el temerario explorador que se lanzó sobre las aguas del mar del Norte, por la ruta del aire, en demanda del Polo Artico.

LOS PAJAROS ARTIFICIALES

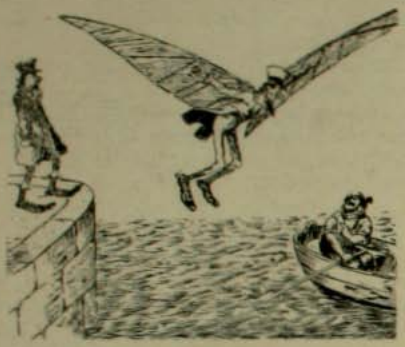
Tres modelos se han disputado las investigaciones de los hombres: el ornitóptero, el helicóptero y el aeroplano. El primero tiene la historia más trágica; sus alas, en tela, en cauchú, tapizadas de plumas, a veces, han servido casi siempre de sudario a los soñadores que han tenido fe en ellas. Sobre unos y otros, ha caído a veces el ridículo, que es la peor losa que pudiera cubrirlos. En cuanto al helicóptero, el aparato más o menos fantástico, con apariencia de insecto erizado de hélices para el vuelo vertical, ha venido a parar en lo único que podía lucir con ventaja: es un juguete, un entretenimiento para niños.

Queda el aeroplano. Vela tendida al viento, pájaro de ancha envergadura, carece de la fantástica elegancia de algunos de aquellos modelos, pero es lo único que hasta hoy ofrece ventajas positivas al afán del hombre por conquistarse los espacios. ¿Ha vencido, pues, el aeroplano? Quién sabe! Su triunfo actual puede ser una tre-



Lilienthal en sus vuelos sin motor

gua que le dan los partidarios de otros sistemas, que, acaso un día, con nuevos elementos de substentación, en el secreto de nuevos medios propulsores, realicen la ambición sobrehumana de crearse unas alas



El hombre que vuela (caricatura alemana)

y poder volar libre y seguramente, como los pájaros.

Por hoy, él es el rey del aire. Ha llegado a poblar el cielo, a formar escuadrillas aéreas que cruzan como enjambres por sobre las ciudades y los campamentos. Los países más distantes los han visto pasar sobre sus campiñas todavía salvajes, y hasta en las zonas consagradas por la historia, como la Palestina y el Egipto, ha resbalado la silueta veloz sobre las ruinas de los templos y sobre las pirámides.

¿Qué es un aeroplano? Pregunta que parece inoficiosa, pero que la ciencia contesta a su modo. El aeroplano—superficie que se mueve oblicuamente en el aire—está formado por uno o varios planos, puestos en un ligero ángulo con el horizonte, y movidos por la tracción de un propulsor de eje horizontal. El aeroplano no es sino un volantín en que el hilo está reemplazado por la acción de la hélice, la que produce la substentación por efecto de la reacción determinada en las capas de aire.

El movimiento permite a un cuerpo pesado tomar un punto de apoyo en el aire. Esta resistencia de substentación aumenta en proporción del cuádruplo de la velocidad, o en otras palabras, con una rapidez de 20 kilómetros por hora, un aeroplano de 500 kilos de peso se aligerará en 200 kilógramos, y si la velocidad sube a 40 kilómetros, el aparato pesará 800 kilos **menos**. Es decir, mucho antes de alcanzar este poder de traslación, habrá perdido el exceso de su peso, con respecto al aire, y habrá volado.

El aeroplano no exige, pues, de su motor más que un esfuerzo destinado a penetrar las capas de aire que debe apartar en su camino. Si desea subir o bajar, el timón de profundidad colocado en la cauda del aparato, movido en una dirección especial, recibirá el viento por encima o por debajo, y dará origen a la ascensión o al descenso. Ese mismo timón le permitirá, en caso de interrupción del motor, bajar por un plano bastante inclinado, tal como los pájaros de presa.

Los estudios sobre la resistencia del aire preocupan a sabios eminentes, como Thibault, Langley, Drzewiecki. Este último ha propuesto la fundación de un laboratorio aeronáutico que elucidaría los puntos obscuros del problema, entre los cuales figura el **boomerang**, que fué por mucho tiempo el más enigmático de todos.

El boomerang es una saeta usada por los indígenas de Australia como un arma

Wilbur Wright

de combate. Tiene una particularidad verdaderamente notable. Lanzada después de imprimirle un vivo movimiento de rotación, vuelve a los pies del guerrero, después de cumplir su objetivo.

El profesor Mary ha explicado el fenómeno: el boomerang recibe del cazador un doble movimiento, de rotación y de impulsión general. La rotación obliga al aparato a mantenerse en su plano; marcha, pues, oblicuamente hasta que se extingue. Su movimiento de traslación, se queda un momento suspenso, pero como el movimiento de rotación sigue, y conserva su plano inclinado, la resistencia del aire tiende a hacerle caer paralelamente a ese plano, es decir, a volverlo a su punto de partida.

De Lilienthal a los hermanos Wright

Otto Lilienthal nació en Mayo del 48, en un pueblo de Pomerania, y murió el 10 de Agosto de 1896, después de una atroz agonía de 24 horas. Desde su infancia, a los 13 años de edad, soñaba con imitar el vuelo de los pájaros, y en las noches de luna se iba al campo—para evitar las burlas de sus camaradas—y se lanzaba por la pendiente de las colinas con los brazos abiertos y prolongados por una especie de alas!

En los comienzos de sus estudios sobre la aviación, Lilienthal se dedicó a observar el vuelo de los pájaros, especialmente el de las cigüeñas, que con las alas inmóviles se dejan deslizar a través de las capas de aire, como verdaderos paracaídas. De acuerdo con estas indicaciones construyó sus aparatos, en los que realizó, de 1891 al 96, más de dos mil vuelos artificiales.

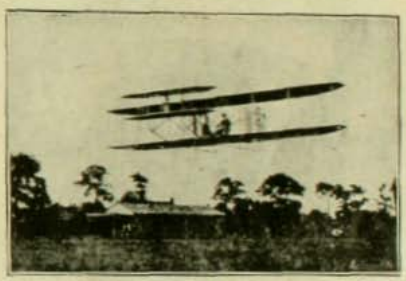
Desde los primeros ensayos, que llevó a cabo en el jardín de su casa, el inventor comprendió que necesitaría un viento ascendente para sus vuelos. Con este fin recurrió a las pendientes suaves de las colinas, y más tarde instaló en Gross-Lichterfeld, cerca de Berlín, una colina artificial de 15 metros de altura y de 70 de base. Más tarde escogió las colinas de Rhinower, cerca de Rathenow, como campo de experimentación definitiva.

Para decirlo todo, este inventor no hacía sino aplicar el principio de La Landelle, sobre el volantín sin hilo, o sea en que éste es reemplazado por la fuerza de la pesantez. Lilienthal obtenía este resultado corriendo contra el viento, con lo que provocaba una velocidad relativa en que se sumaba su propia carrera a la rapidez del viento ascendente. He aquí una explicación del profesor Mullehoff:

"Se corre, bajando las alas, contra el viento. En el momento preciso se levanta un poco la superficie de substentación, hasta acercarla a la horizontal, y se procura, con ayuda de las piernas, que el centro de gravedad se sitúe en tal punto, que el aparato, lanzado rápidamente hacia adelante, descienda lo menos posible.

Lilienthal consiguió realizar así vuelos de 200 y 300 metros a 30 metros de altura. Había conseguido también otro progreso, llegando a desviar su aparato a derecha e izquierda, gracias a un movimiento de extensión de sus piernas.

Las más bellas pruebas fueron ejecutadas en Rhinower, y fué allí donde se produjo la catástrofe, el 9 de Agosto de



Biplano Wright en sus primeros vuelos

1896. Lilienthal había realizado ya varios vuelos, cuando se le ocurrió intentar uno del mayor espacio posible y determinar exactamente su duración. Ordinariamente, sus vuelos duraban de doce a quince segundos. Lilienthal entregó un cronómetro a su ayudante y se lanzó. Hasta la mitad del trayecto, el aparato realizó un vuelo horizontal; pero de repente chocó con una ráfaga y se precipitó de 25 metros de altura. En la caída, Otto Lilienthal se rompió la columna vertebral.

Wilbur Wright y Langley

Lilienthal murió cuando meditaba la instalación de un motor en su aeroplano, uno de esos que entonces llamaban "cíclos", a gasolina, y que daban dos caballos de fuerza por cada 40 kilógramos de peso.

El encadenamiento "providencial" de los hechos nos exige hablar del profesor nor-

te-americano Langley, de Washington, antes de llegar a los hermanos Wright. El aeroplano Langley fué el primero impulsado por motor que volara a bastante altura y por suficiente espacio; un motor a vapor, que no dió, naturalmente, grandes garantías, pero que sin duda puso de manifiesto que por ahí estaba el buen camino.

Después de haber ensayado con éxito sobre el Potomac un modelo reducido, Langley tuvo la desgracia de ver por dos veces, 7 y 8 de Diciembre de 1903, fracasado su intento de ver volar un aparato capaz de llevar un hombre. Pero no hay duda que el aeroplano habría volado si el apa-

A. Santos Dumont (caricatura alemana)

rato ideado para el lanzamiento hubiera correspondido a su objeto.

Desacreditado y vejado por la prensa, tuvo el dolor de saber que los hermanos Wright habían hecho cuatro trayectos aéreos, el 17 de Diciembre de 1903, con un aparato motor mucho más sencillo y menos costoso que el suyo. Esto le produjo un ataque de parálisis, que el 26 de Febrero de 1906 lo hizo sucumbir.

Los hermanos Wright, fabricantes de bicicletas en Dayton (Ohio), siguieron con interés los ensayos de vuelo planeado, y en 1900 decidieron dedicarse al "oficio de pájaros" y escogieron como campo de experimentación las dunas de Kitty-Hawk (Carolina del Norte).

Las experiencias comenzaron repitiendo los vuelos de Lilienthal, pero ahora en un biplano en que la cola estabilizadora había sido reemplazada por un timón de profundidad fijado en la delantera. El lanzamiento era también por diversos medios: dos ayudantes sostenían las alas y lanzados a la carrera contra el viento, mientras el aviador se tendía entre las amarras del chassis, soltaban su carga apenas la velocidad ofrecía la suficiente sustentación al aparato.

En los últimos días del año 1903, una información de origen yanqui asombraba al mundo de la aeronáutica: el 17 de Diciembre el aeroplano Wright, piloteado por uno de los hermanos y con un peso de 335 kilógramos, había recorrido 260 metros en 59 segundos, contra un viento de 33 kilómetros por hora. El aeroplano estaba provisto de un motor de 16 caballos, de 62.7 kilógramos de peso, el que daba movimiento a razón de 1,200 revoluciones por minuto, a dos hélices colocadas en la parte posterior de las alas.

El 8 de Agosto hacía el aeroplano su aparición oficial en Europa, en el hipódromo francés de las Hunandiéres. Wilbur Wright se presentaba a la prueba exigida por un comité francés que debía pagarle, en caso de éxito, 500 mil francos por su brevet. Un riel de veinticuatro metros de largo permite deslizarse fácilmente al aeroplano, para tomar impulso, evitándole el peso del chassis con ruedas.

Las tribunas de las Hunandiéres estaban ocupadas por un selecto grupo de sportmen, entre ellos algunas personalidades de la aeronáutica. Este primer vuelo sólo duró 1 m. 45 s., pero algún tiempo después, el mismo se mantenía en el aire, en el velódromo de Auvours, por espacio de 1 hora 31 m. 25 s. 4|5.

De Santos Dumont a Blériot

El franco-brasilero A. Santos Dumont debía ser el que revelara el enlace íntimo de los dos medios de locomoción aérea, el dirigible y el aeroplano, pasando a la delantera de una a otra etapa de la conquista del aire.

El ganador del premio Deutsch, que el 19 de Octubre de 1901 asombró a los parisienses piloteando su dirigible en torno de la torre Eiffel, debía ser también el primer aviador de raza latina que experimentara y perfeccionara el aeroplano.

Al término de una larga y laboriosa serie de ensayos con biplanos celulares, en que sin embargo, realiza sus cuatro famosos vuelos de Bagotelle, llega a imaginar el tipo de su aeroplano "Demoiselle", un juguete,

una miniatura, pero capaz de llevar por el aire a su menudo piloto.

La evolución de Santos Dumont aeronauta hacia el tipo de aparato "más pesado que el aire"; del avion al biplano y de éste al monoplano, caracteriza todo el desarrollo de la idea generatriz de la aviación. En efecto, el monoplano es por hoy la más perfecta concepción de ese autor, por lo menos en relación con el ideal del vuelo fácil y rápido.

Así también, la transformación de los diversos tipos modelos: el Delagrange, el Farman y los demás, como el propio biplano Blériot de sus primeros tanteos, se opera invenciblemente hacia el modelo actual, ligero y elegante como la solución de un problema algebráico.

El Blériot y sus gemelos se multiplicaron por el cielo de todos los países de Europa, después de pasar la Mancha y el mediterráneo; los Alpes y los Pirineos, y vinieron a América como los heraldos del nuevo triunfo alcanzado por la ciencia sobre las esclavitudes de la materia bruta y de la resignación fatalista.

"ACTIVIDADES FEMENINAS"

Por

Amanda Labarca Hubertson

De los estudios y observaciones realizados por la señora Labarca en su estadía en los Estados Unidos, ha resultado este libro sano y estimulador; una obra buena que es al mismo tiempo una obra de bien. "Actividades Femeninas", como el "¡Ayúdate!" de Smiles, contiene más ejemplos que doctrina, o ésta fluye de aquellos como el calor de las brasas.

En estilo casi siempre natural y persuasivo, elocuente a veces (los capítulos que componen el libro, fueron leídos como otras tantas conferencias en la Extensión Universitaria) la autora va detallando las características de la vida educacional norte-americana, dando relieve a las dos grandes cualidades de ese pueblo, el espíritu práctico y la perseverancia.

El feminismo de la autora ha sido inspirado por los felices resultados de esa misma tendencia dentro de una sociedad individualista y tolerante, en cierta medida Ese feminismo no puede dejar de ser simpático entre nosotros mientras se dedique a realizar la independencia económica de la mujer, o mejor aún a facultarla para ser una colaboradora más útil del hombre en el hogar y en la educación y sostenimiento de la familia.

Del libro de la señora Labarca puede decirse, lo mismo que de los del señor Pinochet, que nos presentan un cuadro parcial de la vida yanqui. Tal vez con el propósito de alentarnos con el ejemplo de las virtudes que contiene, dejan deliberadamente en el silencio, los defectos que sin duda deben acompañar a sus cualidades. O es que somos los sud-americanos, desde nuestra abyección indo-española, indignos de hacer la crítica general de las costumbres anglo-americanas, o los chilenos que las han observado prefieren callar sus censuras para no desalentarnos en la conquista de sus ventajas.

En lo que se refiere a pedagogía, siempre hemos creído que estamos más cerca de Europa que de Norte-América; pero ésta puede ser una tendencia afectiva, irreflexiva. En realidad, parece que los europeos comienzan a yanquizarse, y que la regeneración soplará de occidente a oriente.

Aunque parezca que nos hemos alejado del libro "Actividades Femeninas" puede creérsenos que éstas reflexiones fluyen directamente de él, porque es una obra fecunda en observaciones arrancadas de la realidad, y por lo tanto fructíferas.

M.

UNA AMIGA DE LAMARTINE

Por

JEAN BALDE

El escritor francés Juan Balde, a quien fué discernido en 1911 el premio de la revista "Les Annales", ha publicado un sólido estudio acerca de Madame de Girardin, y da ahora a la publicidad las primorosas páginas que váis a leer. Las cartas exhumadas en este artículo muestran la fisonomía de Lamartine bajo un aspecto nuevo y conmovedor

La amistad de un gran poeta produce en la mujer como una luz y una seducción desconocida. Aquella que supo atraer y retener una de esas almas armoniosas guarda para nosotros un precioso reflejo. Es que recibió sus confidencias, conoció en su fuente misma las emociones, de las cuales nuestro corazón no ha podido recoger sino el encanto vago y lejano. Ella ha sido una especie de hermana, elegida un día por el genio, descuidada a veces, pero amada siempre y siempre vuelta a encontrar. Madame de Girardin fué para Lamartine esta clase de hermana.

Los dos estuvieron constantemente rodeados de amigos. A falta de otros testigos, la correspondencia del poeta nos daría a conocer lo suficiente, como él se daba casi sin reservas. Ella era el espíritu, la belleza atraía por el encanto de su conversación, por la rectitud de su carácter y además era tan entusiasta, tan buena. Cuán a menudo, ha dicho Gautier, nos ha consolado en nuestros decaimientos de artista, en nuestros desfallecimientos de poeta, con una de esas palabras sentidas, con uno de esos elogios que levantan."

Entre sus amigos más adictos encontramos a Hugo, Sué, Gautier, Chateaubriand; pero el preferido de todos, el que constituía su mayor orgullo, era Lamartine.

Lo vió por primera vez en 1826 cerca de las cascadas de Vellino; ella era entonces una bella joven de veintidós años, grande, rubia, célebre, cuyas poesías habían elogiado todos los salones de París. Viajaba en aquel tiempo con su madre por Italia y en todas partes recogía admiraciones. Lamartine, que era en esa época secretario de embajada en Florencia, buscó la oportunidad de conocerlas, teniendo lugar el primer encuentro cerca de las célebres cascadas y en ese marco romántico la señorita Gay le pareció "una diosa". Sería mucho decir que no se sintió enamorado de ella. Además, con su belleza resplandeciente, su risa franca, la firmeza un tanto viril de su carácter, se asemejaba muy poco, en verdad, a las figuras de mujeres con que hasta entonces había soñado. En nada le recordaba a Elvira. Pero la respetuosa simpatía que experimentó por ella desde ese mismo día, no debía tardar en convertirse en la más fiel amistad.

Le envió versos, le escribió a menudo; cuando venía a París iba a verla con frecuencia al pequeño entresuelo de la calle Gaillon, donde habitaba con su madre y, Delfina Gay, esperaba siempre con impaciencia que se le anunciara "el señor que tiene un perro".

Ya, desde entonces, sabía mostrarse abnegada como lo fué toda su vida. Con Brifaut y Villemain, preparó la elección de Lamartine en la Academia. El se mostró agradecido tanto como poeta, como amigo y el día de la recepción le ofreció el brazo para salir de la sala bajo la mirada envidiosa de todas las demás mujeres. ¡Fué tan feliz aquel día y se sintió tan orgullosa! Cuando atravesaron

juntos el patio del Instituto, un murmullo de admiración salió de la muchedumbre y entre los que se precipitaron a su paso "muchos notaron, entre ellos Mr. de Montmorency-Laval, que Delfina y Lamartine se parecían como un hermano a una hermana."

Ella se apegaba cada vez más a "una amistad tan pura, ya vieja al presente, (como le decía en sus cartas) y que se reforzaba con el desencanto de las otras."

Delfina Gay había experimentado muchas decepciones. Había conocido el triunfo, pero no el amor y daba una mirada penosa a esa primera juventud, brillante, sin duda, pero vacía, amargamente vacía. Lamartine comprendió todo lo que había en ella de desagrado: "Me sentiré feliz el día que me escribáis: "Soy feliz".

Ella era muy orgullosa para quejarse ante el mundo; muy espiritual para aparecer triste o melancólica. Pero con él, el tono era abandonado y afectuoso. Después de la revolución de 1830, ved cómo contesta al poeta que está inquieto por su situación: "Vuestra solicitud por nuestros pobres intereses me conmueve sensiblemente. Estamos rodeadas de gente que pierde tan grandes rentas, que no nos atrevemos a quejarnos de la disminución de los nuestros. Además, ahí está el ejemplo de Homero para salvarnos de toda humillación. Al menos es una felicidad si siempre somos tan ricas como él".

Después de contraer matrimonio con Emilio de Girardin, no dejó por eso de amar menos a Lamartine, de una manera única, con lo mejor de su alma. Tenía necesidad de él para confiarse en ciertas horas. Su marido era ante todo hombre de acción, positivo, ardiente, pronto a comprometerse en empresas. A su lado se encontraba mezclada a una vida de fiebre; así, se sentía a menudo "triste, abatida, fastidiada" aunque ocultara esta laxitud bajo una valerosa alegría. ¡Ah, cuánta necesidad siento de un buen recuerdo que me ayude a revivir!"

Y no era raro que el buen recuerdo se hiciera esperar. Lamartine estaba recargado de negocios, de apuros de dinero y descuidaba la amistad. Sobre todo era poeta y se dejaba arrastrar por sus entusiasmos. Entonces ella le hacía discretos reproches.

"No ser sino una semi-confidente, es poca cosa; pero no quiero quejarme: el mundo entero os reclama, le pertenecéis; una palabra de cuando en cuando es todo lo que espero".

Otras veces le escribía, llena de espiritualidad: "Si todos los que os aman no os dejaran en libertad, no tendríais tiempo para contestar a todos los fastidiosos que os persiguen".

La verdad es que cuando él se encontraba en París, venía a verla asiduamente. Ella iba a escucharlo a la Cámara; bien se ve que no se cansaba de oirlo y admirarlo. Pero él residía la mayor parte del tiempo en su Másennais y de allá, durante veinticinco años, le escribió como a su confidente, cartas admirables. Sentía la necesidad del desahogo; con la seguridad de las almas nobles que no tienen nada que ocultar, dice sus sueños, sus puras ambiciones políticas, sus apuros de dinero. El mal estado de sus finanzas lo sume a veces en el abatimiento.

"Si me viera obligado a vender mis tierras, me sentiría desarraigado. Sería como vender mi padre y mi madre y yo mismo en todo mi pasado. Esto me pone triste algunas veces y abrazo mis árboles para que no me separen de ellos".

Otras veces su alma nada en plena esperanza:

"A propósito, en todas partes me han recibido como a diputado y como a poeta, con un entusiasmo de amabilidad y de buen augurio inauditos. En días pasados en Arlés, en cuanto llegué, el pueblo se lanzó a la plaza y me llamó al balcón para hacerme discursos y darme serenatas". (Esto pasaba en 1840).

En los días de lucha política, le reclama su ayuda

"Un servicio! Un servicio de amiga! Es preciso que me obtengáis en "La Prensa" la inserción de diez líneas."

Le envía versos, discursos. Luego vienen los accesos de melancolía

"Estoy más triste que nunca; triste de corazón, de espíritu, de alma, y de negocios... Sin embargo, no os pido compasión. ¡Hay tantos desgraciados y la compasión es tan penosa! Pero esta vez os pido con confianza el recuerdo piadoso de una línea"

Lamartine amaba las cartas de Mme. de Girardin, pero les hacía un reproche.

"Hay en ellas demasiado ingenio."

Sin embargo, en los malos días, ella le dejaba ver muchas de sus penas; aquello se siente a través de lo que él le escribía.

Leamos una de sus cartas, fechada el 25 de Julio de 1841; por ella comprenderemos realmente qué amistad tan bella y tan noble los unía:

"Os contesto correo por correo, como a mis " aduladores o a mis comitentes. No seríais " el más adulador de mis aduladores, si no " fuérais aquel por quien me gusta más sen- " tirme adulado.

"Estáis triste, pero sois joven. Eso pa- " sará. Yo maduro, si no envejezco aún, y " los cabellos que blanquean, me advierten " que mis tristezas son sin consuelo futuro " en este miserable mundo, mal alumbrado " por la luna y mal calentado por el sol.

"Ya que se trata de nuestras tristezas, " ¿queréis saber mi opinión, como parlamen- " tariamente se dice? Creo que un cuarto " de hora de amor, vale más que diez si- " glos de gloria, y que un minuto de virtud, " de oración, de sacrificio, de ímpetu entu- " siasta del alma hacia Dios vale más que " un siglo de amor. No sigo a menudo mis " opiniones, pero en fin, ahí las tenéis. Es " tal vez un consejo consolador a la edad " en que, aún sin virtud, hay que tener el " aire de renunciar al amor, bajo pena de " amar sólo, es decir, de hacer la cosa más " bella y más ridícula del mundo.

"Hablemos de otras cosas menos bellas. " El hombre vino. Examinó mis tierras. " Las encontró muy grandes y bien cultiva- " das. Comprendió al fin, según me asegu- " ró esa palabra misteriosa de "El Correo " de París":

"Lamartine el primer agricultor de Fran- " cia."

"Creeréis que embromo. Pues no; él lo " tomó en serio, viendo mis viñas y mis fa- " milias de viñadores felices y bien gober- " nados. ¿Me prestará sobre este valor mo- " ral? y me prestará a un interés moral " también? He ahí toda la cuestión. Quedó " de contestarme en un mes. Tengo poca " fe en las palabras que no se dicen en se- " guida.

"Entretanto y como todavía me quedan " algunos meses para arreglar mis asuntos " financieros, iré a Génova uno de estos " días, a ver si encuentro allá algún apoyo " que no me hiera la mano. Antes de un " mes no sabré si voy, ni cuándo iré a Pa- " rís.

"Id a vuestras montañas o venid a las " mías, que sería lo mejor. Reíos del mun- " do y vivid para vos. Tenéis más vida mo- " ral y más vida pensante que esos torbe- " llinos de muñecas con que os dejáis fasti- " diaros a lo que llamáis ocuparos Pasaréis " cinco o seis días tristes y después las " fuentes que en vos residen correrán y " pensaréis y sentiréis, y escribiréis, y so- " ñaréis en cosas sublimes y lanzaréis un " anatema al mes de invierno que venga a " molestaros. Lo que no existe en nosotros, " no existe. Busquemos sólo lo que es.

"En vuestro lugar escribiría un gran libro " de filosofía humana o mundana al estilo " de "La Alemania" de Mme. Stael. Estáis " a su altura, con más la poesía. Volvéos " seria desde este instante; no toquéis más " en el diario la cuerda semi-seria de la " espiritualidad. La alegría es divertida, pe- " ro en el fondo es sólo una bonita mueca. " ¿Qué hay de alegre en el cielo o sobre la " tierra? Aún la felicidad cuando es comple- " ta, es triste, pues el infinito es sublime y " lo sublime no es alegre.

"En cuanto a mí ¿qué hago? Nada. Veo " morir, veo llorar, veo amar, veo desga- " rrarse lentamente por la muerte todo lo " que se ama. Tengo en el corazón mil " abismos que se cubren de silencio y de " indiferencia y siento acortarse los años y " cubrirse con la sombra suprema las últi- " mas cosas resplandecientes que me habría " regocijado en coger. Y, ahora termino co- " mo se dice por acá: Adiós y buena amis- " tad!"

Y sin embargo, ella quería más todavía Por afectuosas que fueran sus relaciones encerraban, como acabamos de verlo, un fondo de pesar Aún en su testamento ella no oculta esta decepción, pero siguiendo las palabras de Lamartine no podía reprochárselo a nadie, "sino al error de sus existencias". Cuando era joven, él tuvo que mostrarse reservado, porque la respetaba inmensamente y temió comprometerla; más tarde en 1848, fué la política que se interpuso entre ellos. Emilio Girardin acribillaba de ataques al gobierno provisorio y al frecuentar Lamartine la casa de la calle Chaillot, como en el pasado, habría parecido traicionar su causa.

Nada, sin embargo, lo hizo cambiar en sus sentimientos personales y permaneció su amigo a pesar de todo, y como en otra época podía escribirle con toda sinceridad:

"Amo más una mujer que me quiera como vos, que si dos mujeres me adoraran".

JEAN BALDE.

FERROCARRIL LONGITUDINAL

Por

Carlos G. Avalos

Ilustraciones fotográficas

Acabamos de concurrir a la fiesta de la terminación de esta obra que se verificó el 23 de Noviembre ppdo., en el kilómetro 120 al N. de La Serena.

Hemos regresado con una impresión de justificación sobre el concepto de la obra que nunca nos imaginábamos fuera tan evidente y completa, y con una admiración patriótica sobre la manera espléndida como se ha ejecutado.

La muerte privó a don Pedro Montt acaso de la única aspiración personal que persiguió en su administración, de ligar su nombre en vida a aquella magna obra, correspondiente también a su grande alma noble y generosa.

Es en extremo difícil en colectividades democráticas parlamentarias como la nuestra, que un Gobierno pueda anticipar su acción a la de los acontecimientos. La mentalidad pública no abandona fácilmente sus preocupaciones y prejuicios y por lo mismo condena o aplaude sin justicia.

En estas condiciones, mirando un poco adelante, es difícil ejecutar un bien público sobre el que la opinión pública no tenga concepto claro.

Antes de llegar a introducir en ella la claridad y conveniencia del concepto, el hombre político, gastado en la gigantesca lucha, cae y desaparece, pero principiando sí después la apoteosis a su idea y a su acción.

Así cayó Ferry, el gran político, creador del inmenso poder colonial francés hoy orgullo de la República. Después de criticado cruelmente en vida, poco después de terminada se han erigido tres monumentos públicos a su memoria.

No ha llegado todavía el día, aunque parece cercano, en que se abra el juicio de justicia y de gratitud a don Pedro Montt, el infatigable propulsor de las obras públicas en Chile.

Despachado en un momento afortunado por la Cámara de Diputados en Enero de 1908, el proyecto de ley que autorizaba la construcción del Longitudinal, se ha llevado a término la obra antes de transcurridos seis años desde la promulgación de la ley.

Seguramente no hay en toda Sud-América obra pública de la importancia del Longitudinal llevada a término en menor tiempo.

¡1,300 kilómetros de ferrocarril construídos, en su mayor parte, en terreno de superficie accidentada y por consiguiente de difícil construcción!

El costo total, conforme a la autorización de la ley, ha sido de £ 7.000,000, o sea de £ 5,300 por kilómetro.

El costo y término de construcción de la obra han correspondido justamente al texto y propósitos que contuvo la ley que le dió origen. Esa ley reunió en una sola acción ideas y propósitos que de ordinario en la práctica marchan si no en desacuerdo, sí siempre aisladamente, elevándose el término de la construcción y su costo.

La ley, tal como la ideó y redactó don Pedro Montt, estableció que practicarían la construcción los que hubiesen estudiado definitivamente su trazado, y que la explotarían los que hubiesen construído.

Con disposiciones semejantes se creyó consultada a la vez la celeridad en la construcción, como su buena ejecución por la comunidad de intereses entre autores del trazado, constructores y finales explotadores de la misma construcción.

Podemos afirmar ya que en parte de los propósitos que persiguió esa ley se han realizado brillantemente. La celeridad empleada en la construcción de la obra constituye

un hecho evidente, incuestionable—y mañana lo será igualmente la excelencia de su ejecución.

Para dar a estos hechos la importancia que realmente significan, debe recordarse que la construcción del Longitudinal en su primer tercio de S. a N., venció reunidas todas las dificultades que sólo en raras ocasiones la naturaleza opone a la acción humana en obras de este género.

La topografía del suelo en las provincias de Aconcagua y Coquimbo, no permite el trazo de líneas rectas ni en sentido horizontal ni en vertical. Sin hipérbole alguna podría decirse que el establecimiento de un metro de línea férrea, ha importado el movimiento de diez veces ese número en volumen.

Aún aceptando la cremallera para vencer fuertes gradientes, ha habido que efectuar túneles extensos, cortes profundos, terraplenes considerables y viaductos.

La longitud de las secciones de cremallera es de 43 kilómetros, y vence gradientes de 3 a 6 por ciento.

La total de los túneles, de Cabildo, La Grupa, Las Palmas, Astas y Espino, llega a cerca de cinco kilómetros (4,683 metros).

La longitud total de ferrocarril que une a Santiago con La Serena, es de 590 kilómetros, de los que 206 se han construído recientemente.

Siguen el trazo y construcción del ferrocarril de La Serena hacia el N. en condiciones adversas hasta llegar a Vallenar, en una longitud de 219 kilómetros. De esta ciudad para el norte la topografía del terreno cede y la construcción del ferrocarril resultó relativamente fácil.

El Sindicato Howard, contratista del Longitudinal Sur, ha construído 588 kilómetros, distribuídos en esta forma:

206 kilómetros que faltaban en la región, entre Cabildo y La Serena .	206
Entre La Serena y Copiapó. . . .	382
kilómetros	588

con reconocimiento de una obligación del Estado de cuatro millones de libras esterlinas que gana intereses a razón de 5 por ciento anual y se amortiza con 2 por ciento, también anual.

La amortización íntegra se hará así en el término de 25 años.

De Copiapó al N. sigue el contrato del Longitudinal Norte, hasta Lagunas, en Tarapacá, con una longitud de 719 kilómetros, y con un reconocimiento en la misma forma expresada de tres millones de libras esterlinas, o sea un poco más de £ 4,000 por kilómetro.

La suma total por intereses y amortización gravará al Tesoro Nacional con la suma de £ 500,000.

En alguna ocasión posterior nos ocuparemos del Longitudinal Norte, que no conocemos directamente, y que ya está construído.

En esa sección la construcción ha sido favorable por la superficie uniforme y plana del desierto, que no exige obras de arte, así como su explotación lo estará mañana por la falta de lluvias, las que en todas partes maltrata las obras de ferrocarriles.

Estas circunstancias harán que el costo de conservación de la vía será muy reducido. Como lo hemos dicho, la sección del ferrocarril a La Serena que hemos recorrido, nos ha producido la grata impresión de una obra magnífica, llevada a término en plazo inusitado, por lo breve y a costo razonable, tomando bien en consideración las dificultades vencidas, y esa impresión es sobradamente amplia para que abarque a los gobernantes del país, a los constructores y a los ingenieros nacionales, Barriga, Hermann y Muñoz, que coadyuvaron a la obra.

Su costo no resulta tan poco elevado, comparándolo a obras análogas en nuestro país y fuera de él.

El F. C. de Arica a la Paz que atraviesa en su ascenso a la altiplanicie, dificultades sin duda graves, pero no superiores al trayecto por Aconcagua y que ha sido también bien ejecutado, nos ha importado £3.000.000 por la construcción de 438 kilómetros, o sea cerca de £ 7,000 por kilómetro.

Y aquí debe agregarse que en el caso de Arica se trata de desembolsos directos, efectivos hechos por el Gobierno con el empleo de empréstito europeo contratado para esa obra, y en el que el contratista no ha tenido quebranto o descuento alguno que sufrir. Es cosa distinta del Longitudinal en el que la garantía del Estado se prestaba en segundo término, después desde la obra misma. Esto explica la cuantía de los descuentos y comisiones con que habrán tenido que gravarse los constructores de este último. Estaríamos en posesión de antecedentes que nos permitirían establecer comparaciones, en condiciones ventajosas para nosotros, sobre el costo de construcción de

Puente de Combarbalá

ferrocarriles en nuestro país y en los países vecinos. Prescindiremos de hacerlo; toda comparación resulta odiosa o por lo menos molesta, para quien queda en segundo término, y sirviendo como base para un elogio para el primero.

Sólo diremos de paso que el F. C. de Mollendo a Puno, equivalente al nuestro de Arica, importó al Perú £ 10.000,000, o sea cerca de £ 20,000 por kilómetro.

Hoy en algunos de Bolivia se ha llegado a términos que hacen recordar a los del antiguo y opulento Perú, y a pesar del haber sido manejado en parte por la misma administración del F. C. de Antofagasta.

Entre nosotros en esta materia sólo una vez se nos ha pasado la mano, otorgando la garantía de 5 por ciento sobre un capital de £ 20,000 por kilómetro en el trayecto de 70 kilómetros en el trasandino por Uspallata, operación en que tenemos entendido no intervino directamente la Dirección de Obras Públicas.

Aquí es oportuno observar que de una manera general la construcción de obras públicas en Chile, por lo menos de veinte años a esta parte, ha correspondido satisfactoriamente a los gobernantes que los han inspirado, a los contratistas que los han ejecutado y principalmente a la acción de los ingenieros nacionales que han intervenido o ejecutado su construcción.

Debe ser motivo de satisfacción nacional reconocer que en Chile el costo de construcción de ferrocarriles, de edificios públicos, etc., practicados por el Estado, resulta el menos elevado entre todas las demás naciones de Sud-América.

Las incorrecciones en que alguna vez se incurrió vergonzosamente, pertenecen a épocas anteriores y hoy no se vuelve a ellas.

Es a esta circunstancia que debemos principalmente atribuir la confianza inalterable en que el mercado europeo mantiene nuestras obligaciones. Estos aumentan considerablemente sin duda, pero no por causas de peculados o de derroche, sino por construcciones para hacer higiénicas nuestras poblaciones, más numerosas y perfectas nuestras comunicaciones, y para edificios públicos.

Así, pues, aunque la imprevisión y el derroche mucho consuman, se invierte parte en obras que a la larga serán reproductivas.

A este cuadro general satisfactorio del manejo de nuestras obras públicas, podría agregarse que debemos merecernos análogo

concepto, muchas instituciones nacionales, de carácter público o privado, que se administran sin la intervención de la política menuda, como el Ejército, la Marina, por un lado, y por otro empresas que manejan chilenos, como el Banco de Chile, Salitrera de Antofagasta, etc.

La perturbación y hasta la vergüenza, vienen de aquellas colectividades en que domina la política menuda, como la comuna autónoma, y hasta lo que es bien grave, la elección y la promoción en el personal de la magistratura.

Esa política menuda, nefasta, que sostiene como criterio y procede conforme a él,

Tipo de locomotora de cremallera

de que para estimar a un individuo hay que prescindir de su conducta y aptitudes para atender exclusivamente a lo que él invoque como creencia o simpatías políticas—política que no levanta ideales como bandera sino simplemente que acude como medio de propaganda y de desarrollo a la explotación de la dominante necesidad biológica de la vida individual del hombre al hombre.

Todo lo que hasta hoy en Chile se ha libertado de su acción, permanece correcto y corresponde a una nacionalidad grande, poderosa y moral.

Según hemos procurado manifestarlo, la obra del Longitudinal ha sido bien ejecutada, y su costo corresponde a la obra misma.

Importa ahora considerar si los resultados que producirá están en armonía con la magnitud del gravamen que se ha impuesto la nación.

Primeramente es necesario establecer que aparte de ese gravamen, debe dársele el carácter de necesidad, como los de los consumos de los presupuestos de Guerra, en mantención de hombres y en la adquisición de elementos bélicos. Estos consumos no corresponden precisamente a un bien concreto y positivo, sino al mantenimiento del prestigio nacional. Sólo en cierta situación ideal se podría prescindir de ellos, pero no en la que vivimos en Sud América, en el mundo.

Nadie se atrevería a desconocer la influencia favorable para Chile del Longitudinal en este terreno, de estrategia y de seguridad. Igualmente esa influencia será favorable y eficaz para afianzar la acción de la administración pública y mantener viva la unidad nacional.

Hoy día el alejamiento de un chileno del centro y sur a las provincias de Antofagasta y Tarapacá importa en el sentido familiar como una expatriación. La familia lo ve salir del suelo de sus antepasados en que nació, como sufriendo una pérdida que considera definitiva. Era ya tiempo de corregir semejante situación por medio de las comunicaciones terrestres y fáciles.

Fuera de estas consideraciones de un carácter moral y que por sí solas justificarían en Chile la obra hecha, vienen los propiamente físicos, de la influencia que ejercerá en el desarrollo económico del país.

Esta influencia eficaz es ya evidente en la sección que hemos recorrido en la línea de Cabildo al norte de La Serena.

En todas sus estaciones se ven acopios de importancia de minerales de cobre, que aguardan el movimiento del ferrocarril. Se principian a trabajar minas y depósitos que antes absolutamente no pudieron serlo.

Concurre a esa acción espontánea de los mineros hasta cierto punto anónima, pero poderosa como que corresponde a la generalidad, y en todo caso genuinamente nacional, la de los establecimientos de la costa como el Guayacán, han entrado ya en reformar sus métodos y a ensanchar sus instalaciones para corresponder al aumento de producción minera que llega. La impresión que produce este considerable movimiento, obra propia del Longitudinal, es de tal manera halagadora para el patriotismo, que conduce a afirmar el convencimiento de que mediante a él la minería conservará en el fu-

turo el carácter de nacional que hoy ha tenido, proporcionando la más grata y reparadora ocupación para los hijos de las provincias que atraviesa.

El movimiento físico esperado, de pasajeros y de carga, está ya producido en la sección indicada de Cabildo a Copiapó.

El de la sección de esta ciudad a Lagunas vendrá sin duda más lentamente, pero con proyecciones de mayor consideración.

Pero mientras tanto para que no se malogre el propósito que se persiguió construyendo el Longitudinal, y no se conviertan éste y ramales de antemano existentes, en una fuente considerable de pérdidas, más allá del servicio de interés y amortización, es indispensable que se proceda como la ley de origen lo estableció y lo comenta acertadamente en "El Mercurio" de hoy el señor Marín Vicuña. Habrá que entregar la explotación de las secciones aisladas fiscales y transversales a la costa, a los dos sindicatos constructores—de Howard y Longitud Norte.—Entrarían a la explotación del primero, el Longitudinal desde Calera y los ramales a Papudo, Los Vilos, Tongoy, Coquimbo, Huasco y Copiapó, y al segundo el de Chañaral.

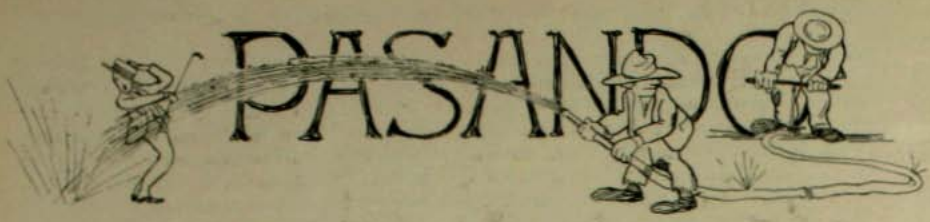
Sólo por decretos posteriores se ha desviado el propósito de la ley de 1908, que estableció esa comunidad. Desde luego con la acción común por lo menos desaparecería la pérdida que hoy importa para el Estado el mantenimiento de los Ferrocarriles aislados del Norte, pérdida que se estima en más de $ 600,000 anuales. La conservación de la situación actual importa la consagración de un absurdo tan colmado, que sólo es explicable por la influencia para sostenerla de las influencias electorales, que mantienen en los ferrocarriles aislados sus bases de acción en sus respectivos departamentos.

Participando completamente de las opiniones del señor Marín Vicuña, sería inoficioso repetir en otros términos lo que él ya ha dicho.

La terminación del Longitudinal importa la desaparición del desierto inabordable. Ya no estarán expuestos a muerte silenciosa y dura los que se atrevan a recorrerlo. Cesará el desierto de ser el patrimonio exclusivo de los audaces y valientes en grado extremo para pasar a serlo de todos los chilenos.

CARLOS G. AVALOS.

Santiago, Diciembre 3 de 1913.



Por

ANGEL PINO

Ilustraciones de Martín

Un arquitecto joven ha escrito algunos artículos sobre las construcciones de Santiago. Sus observaciones me han hecho recordar muchas que han sido tema habitual de mis artículos desde que tomé la pluma con ánimo de publicidad. Siempre he encontrado al santiaguino inepto para la edificación. Así como han definido al francés **"Un monsieur décoré ignorant la géographie"**, un señor condecorado que no sabe geografía, creo que podría definirse al santiaguino "un sujeto que se levanta tarde y no sabe arquitectura" Santiago comienza a perder en algunos de sus barrios el aspecto ridículo de ciudad africana o portuguesa de las islas de San Vicente o Cabo Verde, que le daban antes las casas de barro pintadas de azul hermoso, rosado, verde, habana, en fin de mil colores que no dan idea de ningún material sólido ofrecido por la naturaleza. Una caverna del hombre primitivo tenía más dignidad que una de estas casuchas todavía abundantes en las calles de Maestranza, Santa Rosa, Carmen, Arturo Prat, Echaurren y cien otras. Yo recuerdo haber acompañado a un señor que compraba en una tienda belga un artículo llamado "lincustra" que es un cartón impreso con dibujos de realce para aplicar al pie de los muros y simular un friso de madera o estuco, según el color que se le aplique. El comprador deseaba saber cómo podría pegarse al muro y formuló sencillamente su pregunta:

—Se aplica exactamente—contestó el vendedor,— como un papel común, sobre el yeso, la madera o la piedra.—¿Y sobre el barro?—interroga con timidez mi amigo, recordando su palacio de Santiago.—¡Sobre el barro! ¿Y por qué quiere usted pegarlo sobre el barro? ¡El barro es para los cerdos!—Sí, señor; para los cerdos... y para los santiaguinos.

La arquitectura de imitación es una de las más repugnantes perversiones del gusto en Santiago. ¡Imitación de mármol, imitación de ladrillos, imitación de madera, imitación de piedra! El terremoto de 1906 que, a mi juicio, fué dirigido por Dios en persona, destruyó en Valparaíso, **edificios**; en Santiago, **cornisas**. ¿No prueba esto suficientemente que el altísimo aún en medio de su ira no deja de ser el Creador Supremo? El terremoto sembró de tiza las calles de Santiago. La capital, por su dignidad geográfica, legal y administrativa habría preferido que lloviera sangre; pero le llovió la propia tiza con la cual, como nocturna paseante de calles obscuras, se estucaba su faz para disimular la fealdad de los adobes y llamar palacios a sus ranchos. Cuando niño yo admiraba la prontitud con que todo santiaguino que había tenido buenas cosechas ordenaba engalanar el frente de la casa con diferentes obras de imitación. Desde luego, nunca faltaba un friso pintado imitación piedra. Un **maestro** con varios tarros de pintura se ponía en cuclillas en la vereda a salpicar el líquido de cuatro o cinco de los recipientes contra el muro. Naturalmente, la imitación piedra se había ido banalizando de tal manera que ya no imitaba nada sino que constituía un original sistema de embadurnar las fachadas. La salpicadura se hacía dándose golpes sobre el brazo izquierdo con la mano derecha que apun-

taba la brocha empapada contra la pared. Una lluvia de gotitas iban a acumular puntitos rojos, verdes, azules y amarillos sobre la faja café con leche que se había trazado anteriormente. Cuando yo tenía entonces ocasión de subir a un cerro buscaba vanamente estas piedras que eran, según parece, de exclusiva invención santiaguina. La imitación madera gozaba también de gran favor en la ciudad y aún ahora tiene desenfrenados cultivadores. El maestro deposita primero una capa de pintura amarilla, sobre ella, otra de color habana obscuro. Cuando la segunda está fresca todavía, se le pasa encima un peine que rasca la superficie obscura y deja asomar el color más claro. Excusado es decir que tampoco esto imita nada.

Pero poco a poco la imitación ha sido más pretensiosa, más costosa y, por consiguiente, más ridícula. ¿Se recuerda la fatal aparición de la cúpula de zinc estampado en la ciudad? Un señor, que se enriqueció más pronto que lo corriente, es decir, que recibió un poco antes el dinero que la cultura, hizo una casa con buena fachada; pero, para anonadar al público y demostrar su capacidad financiera, le colocó encima, superpuesta, sin relación alguna con el resto del edificio, una cupulita. ¡Qué revolución! Tuvimos cúpulas públicas y privadas, cúpulas sencillas y dobles, cúpulas religiosas y civiles, cúpulas de madera y de hojalata. El simple maestro que hacía regaderas y tarros de leche, abordó la gran cúpula y vimos toda construcción coronada con un molde para dulces invertido.

Como se sabe una cúpula, una verdadera cúpula, una cúpula seria, marca en el exterior una cavidad interior. La cúpula es un levantamiento, una escapada del techo del edificio que se abre para formarla. La cúpula sobre un techo es una mentira, es cuando mucho, una réclame comercial, como el sombrero de copa o la muela de cartón-piedra colgada en la enseña de una tienda.

Como el contagio de la cúpula es uno de los más virulentos nadie se escapaba. La Catedral de Santiago cayó vergonzosamente en la más monstruosa de las cúpulas; cúpula que, afortunadamente será barrida con facilidad por una bala de cañón en el primer sitio que tenga que soportar Santiago no sé aún contra quiénes. También es una cúpula de por ver.

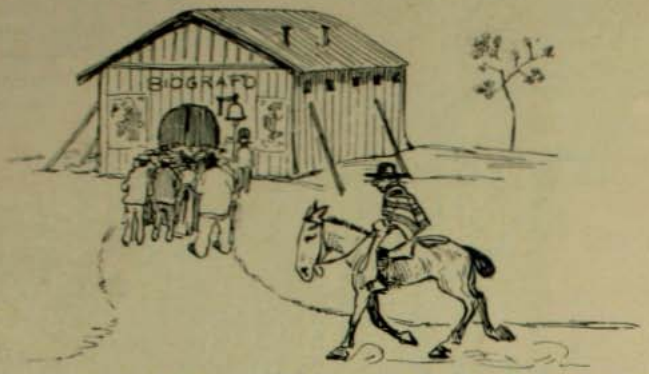
Refiriéndose un mi amigo a la afición del santiaguino por el yeso en las fachadas, me mostraba un edificio muy recargado y me decía: aquí puede tener lugar este breve diálogo.—"Preguntará el extranjero: ¿y eso? y le contestarán: ¡yeso!". Así podríamos pasar revista a las casas con cúpula:—¿Y esa?

—Es la de un pobre muchacho que descubrió una minita.
—¡Cupulita!

—Es la de un loco de amarra que hizo una especulación.
—¡Cupulón!

—De una niña que era pobre y es hoy una señorona.
—¡Cupulona!

✦



Con motivo del veraneo me he podido dar cuenta de la rapidez con que ha invadido el territorio el flagelo del cinematógrafo. La ciudad queda vacía; las calles se ven menos pobladas de transeuntes y el tráfico de vehículos disminuye naturalmente, en proporción. En este momento se ve cómo el cinematógrafo sobrevive desapiadadamente a todo. Carestía de la vida, baja del cambio, malas cosechas, fiebre aftosa, veraneo; nada despuebla ese implacable teatrito con sus carteles coloreados a la puerta, en los cuales se anuncia: "La Condesa Negra, en 12 partes", "Amor, Abnegación y Heroísmo, en colores" o "Una cacería de rinocerontes en los techos de Nueva York."

Pero donde el cinematógrafo hace verdaderos estragos es por los campos. Hay extensiones despobladas donde no se ve otra cosa que un sauce llorón, un huaso a caballo y un cinematógrafo donde se anuncia: "Los últimos días de Pompeya". ¿Quién entra allí a costear ese espectáculo? "No sé; pero hay algo—que explicar no puedo—como decía un poeta,—que al par nos infunde—desconfianza y miedo", y es ver cómo el cinematógrafo va concluyendo con el teatro y con la humana palabra. Tiene seguramente este espectáculo infinitos atractivos; pero no precisamente intelectuales. "La noche, la ocasión", la obscuridad necesaria de la sala, las parejas enemigas de la luz, el amor que busca la penumbra; he ahí el secreto de la concurrencia obligada de la sala cinematográfica.

Sin embargo, parece ser que los estragos que el cinematógrafo hace en el organismo son atroces. Hay personas que han perdido el uso de la palabra, se mueven de prisa y se creen viviendo en película permanente. Una señora se pone y se saca el sombrero para salir y entrar a la pieza, retirando con prontitud el alfiler, tal como lo ha visto hacer en "La Madre" en 7 partes. Acciona, marcha y mira, como se acciona, marcha y mira en la proyección de su espectáculo favorito. Dos niños fueron sorprendidos taladrando el piso de su casa y arrojando baldes de agua sobre el comedor de la casa baja. Se creían en pleno cinematógrafo hasta el momento en que les bajaron los calzones y les dieron de latigazos. Hay huasos que se preocupan de dejar crecer las colas a sus caballos para parecer mejicanos. Antes de poco se robarán de las casas del fundo a la señorita del propietario para hacer una verdadera escena de **cow-boys**. En la primera huelga grande se seguirán fielmente los gestos y movimientos huelguistas-cinematográficos.

Hay personas que abrigan las más absurdas ideas sobre los países desconocidos que ven desfilar en las proyecciones. Por ejemplo, es común el espectáculo de la costa del Rhin, o de un lago, que se divise desde la embarcación en que va el aparato. En este caso, la costa parece correr en el sentido opuesto a aquel en que navega el barco. Hay personas que creen que los paisajes europeos se mueven a

causa de que el movimiento de traslación de la tierra es más vivo en el otro hemisferio. Ya los médicos comienzan a tener casos de enfermos de cinematógrafo.

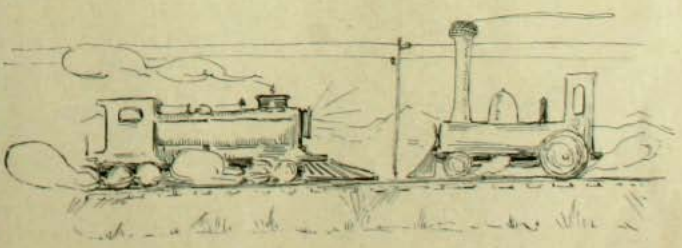
Tendremos trenes conservadores, balmacedistas y mixtos. Habrá locomotoras radicales y moderadas. Los trenes de carga serán demócratas. ¡No hay duda de que los ferrocarriles políticos serán una de las maravillas del mundo!

Pero donde las excelencias de la nueva ley habrán de marcarse especialmente es en la autonomía de los servicios. Porque se trata de una ley de ferrocarriles autónomos así como hay otra de municipalidades autónomas. A lo que yo le tengo miedo es a las locomoras autónomas, porque una vez que les dé por chocarse.... ¡Santo cielo!

✣

Los ferrocarriles del Estado marchaban mal en manos del Gobierno. No era posible que marcharan peor. ¿Qué cosa hemos hecho? Colocarlos en manos de las Cámaras donde todavía es posible el progreso en el camino del mal. En realidad, los ferrocarriles del Congreso, como sería natural llamarlos, se sujetarán más o menos al reglamento de la Cámara. Así todo viaje estará divido en dos partes, una destinada a los incidentes o accidentes y la otra a **la orden del día** que será **el desorden de la noche** por el atraso con que habrán de marchar. Habrá derecho de interpelación de los viajeros a los conductores y derecho de obstrucción de los maquinistas. Todo diputado por el sólo hecho de encontrarse en un tren, tomará la dirección de éste. En caso de ir varios parlamentarios en el mismo convoy se decidirá por la suerte. Y será en realidad una suerte sobrevivir al régimen parlamentario en los ferrocarriles.

Es casi seguro que los consejeros serán **ad-honorem**, personas muy respetables que ejercerán gratuitamente las funciones de nombrar y remover empleado según las necesidades políticas del momento.



✣

El poco desgaste de los parlamentarios es digno de atención. Hablan y transpiran, sin perjuicios de otras eliminaciones, y no se les ve desfallecer. Sin embargo no se les presenta una expectativa risueña: el año próximo será de preparación electoral.

Nadie ha notado una imperfección mecánica que se ha producido en la máquina parlamentaria y que ha contribuído no poco a la mala cosecha de leyes en ambas Cámaras. En vez de estar las dos ruedas acopladas obrando con un engranaje preciso, se mueven cada una por su lado en la forma más caprichosa. En efecto: la Cámara de Diputados aprueba un proyecto de Reforma Electoral; el Senado en vez de pronunciarse sobre él despacha otro. La Cámara de Diputados le envía aprobado **con urgencia** un proyecto de reorganización de ferrocarriles; el Senado se reune y combina una ley suiza de administración autónoma. Es la torre de Babel parlamentaria.

Pero en fin, apesar de lo poco que han

hecho estos hombres se desea vivamente licenciarlos. ¡Qué se vayan al campo, a la montaña, a las playas! ¡Que en mangas de camisa, calzoncillos de baño o culero

de apir, se dediquen al trabajo físico para el cual en su gran mayoría nacieron! ¡Qué tengan buen aire para sus pulmones, algún amorcito sencillo y rústico para sus espíritus, alguna entretención para la vista fatigada de ver a los colegas barbudos y de lentes! **¡Qué se vayan... y que, si fuera posible dentro de la humana desgracia, que no vuelvan!**

✣

El **Pacífico Magazine** ha cumplido un año de existencia. Este número es el primero del segundo año. El público del norte, centro y sur de la República ha favorecido a sus editores y éstos desean responder mejorando el material en cuanto les sea posible. Atravesamos sin embargo una situación crítica para este género de publicaciones costosas en que se da casi tanto como se recibe, pues la baja del cambio aumenta el precio del papel. El viaje a Europa del señor Subercaseaux impedirá por unos pocos números seguir la serie de episodios nacionales iniciada en el primer número y continuado con gran aceptación de los lectores; pero se procurará suplir esta falta en el corto tiempo en que se hará sentir.

ANGEL PINO.

LA TIMIDA DEBUTANTE

EL PARQUE ZOOLOGICO DE HAGENBECK

EN STELLINGEN (Hamburgo)

Por

JOHN JUGER

Ilustraciones fotográficas

El más exquisito, el más amable, el más consolador de los sentimientos que ha heredado el hombre en la accidentada lucha de selección que ha debido librar hasta arribar a su actual estado de progreso psíquico, es evidentemente su amor al orden, a la armonía, a la estética. Y este culto por lo bello y lo rítmico, lo ha bebido de una fuente de inagotables inspiraciones sugestivas sea expresadas en un arroyuelo que murmura poemas de inexpresable misterio al oído del soñador enamorado de Natura, sea materializado en una flora y una fauna que en policromas e infinitamente multiformes manifestaciones sacian su espíritu ávido de sensaciones frescas y nuevas, invitándolo a disfrutar ampliamente de tan excelso regalo espiritual.

La Naturaleza, esa maravillosa evocadora y creadora de poesía y solaz incomparable supo generar y plasmar atributos de belleza con anterioridad a la intervención del hombre, quien más tarde se consagró a aprovechar de lo avanzado ya en esta orientación evolutiva procurando a su vez sorprender el secreto de su génesis para completar o activar la obra y participar individualmente en su desenvolvimiento.

El amor a lo noble, lo elevado, lo bueno y lo perfecto fúndense en nuestro criterio activo en la pasión por lo bello, que a su vez traduce en forma de sensaciones sublimadas, nuestra dependencia inmarcesible a la impresión admirativa de grandeza que produce en nuestro ánimo el espectáculo siempre vario de la actividad de Natura.

Frente a frente al Océano, en el corazón de una montaña umbrosa y salvaje, en la inmensidad desolada del desierto o en la altísima falda de una nevada cordillera, la sensación que se experimenta es siempre una: el sobrecogimiento místico de una especie de vértigo dulcemente fascinador combínase a la gratitud sentida por el derecho a la vida en un medio de tan dilatada grandeza. Y en estas circunstancias de medio ambiente y en tal estado de espíritu no hay quién no se sienta capaz de hacer algo bueno ni quién no comprenda los beneficios y el goce del contacto directo con lo primitivo, lo real, lo poéticamente majestuoso.

Convencidos del alcance social ilimitado de este hecho, las naciones progresistas han iniciado ya su jornada de defensa y fomento de sus patrimonios nacionales artísticos, históricos, biológicos, etc., de mil maneras distintas, pero todas convergentes al fin perseguido.

Los países escandinavos atesoran y colaboran en sus admirables Museos al Aire Libre toda la crónica objetivizada de su existencia prehistórica territorial, desde la más remota eclosión de la vida en su superficie hasta lo contemporáneo, los Museos de Historia Natural, Galerías de Bellas Artes, Exposiciones Generales o Industriales, Museos de Reconstitución Plástica, etc., del orbe, escrudiñan y exteriorizan las palpitaciones del progreso de los pueblos en todas las manifestaciones de sus actividades

conocidas; los Parques Nacionales y los Jardines Zoológicos conservan y difunden el amor hacia el conocimiento de lo que vive, vegeta y se manifiesta asociado a la actividad física de nuestro planeta.

El viajero que llega de Hamburgo e inquiere del primer transeunte que le sale al paso qué hay digno de verse en sus alrededores, recibirá como contestación calurosamente entusiasta, con inflexiones de voz en que lucha por no campear en exceso un acento de triunfo y amor propio patriótico incontenibles una frase ya popularizada: Karl Hagenbeck Tier Park (El Parque Zoológico de Hagenbeck).

Leones

Carlos Hagenbeck

Fauna polar

Morsas acudiendo al "rancho".

Obediente a la insinuación, y gracias a las facilidades de traslación que prestan las distintas líneas de tranvías especiales que hacia allá conducen visitantes desde el centro de la metrópoli hamburguesa, pronto podrá apreciar el paseante si había o no fundamento susceptible de justificar la invitación de que ha sido objeto.

Para descubrir la impresión que produce el Parque de Hagenbeck necesitaríase del verbo de un poeta y de más espacio que el que estas líneas permiten y de consiguiente sólo nos limitaremos a consignar algunos rasgos generales de sus peculiaridades estéticas y de los propósitos perseguidos por su fundador Karl Hagenbeck en la creación de un Parque Zoológico que constituye la expresión más ideal y avanzada de lo que hoy se conoce en materia de instituciones

Osos blancos entre los témpanos

Coche tirado por ponies

El buque del desierto

de este género. Iniciada la obra de Hagenbeck muy modestamente en 1848, con la adquisición casual de algunos ejemplares de focas que llegaron a la pesquería de su propiedad, la exhibición, aclimatación, amaestramiento y más tarde venta regular de estos y otros grupos de animales distintos adquiridos y criados con destino utilitario, transformóse en el concepto que ha dado forma y vida a la actual organización del Parque Zoológico de Hagenbeck.

Ya en 1897, el extraordinario desarrollo de sus negociaciones, la evolución racional del criterio expositivo que había ido sugeriéndole su familiarización con los detalles biológicos de las particularidades de la vida de sus numerosos huéspedes faunísticos requirieron la compra de los terrenos de Stellingen, ubicación actual del Parque.

Pasma considerar al summum de energías e ingenio puestos en juego para convertir un terreno llano y desolado en el portentoso escenario de vida exuberante y accidentada belleza paisajista que hoy representa la obra de Hagenbeck en Stellingen.

Las reproducciones fotográficas apenas si pueden dar una idea de lo que importa la construcción artificial de las colinas, precipicios, lagunas, arroyos, vertientes, bosques, panoramas polares, etc., improvisados allí por obra exclusiva de la voluntad de un hombre. La remoción de millares de metros cúbicos de tierra, la desviación y aprovechamiento de importantes cursos de agua aunadas a trabajos de adaptación paisajista de todo orden, explican en parte la admiración que esta obra produce en el espíritu predispuesto a soñar y discurrir del visitante, pero lo que lleva al colmo su fascinación y encanto es el verismo extraordinario de alguna de las composiciones panorámicas arbitradas para rodear a los ejemplares exhibidos del medio ambiente físico-biológico que les son propios en su habitat de origen.

Jirafas

Una pareja poco inquieta

Un cupé tirado por llamas

A paso de tortuga

Isla al estilo japonés

Testimonio elocuente de estos asertos pueden darlo las fotografías que se acompañan de los panoramas parodiados de las regiones polares árticas y antárticas, las construcciones rocallosas en que pasean perezosamente los felinos y la pintoresca isla japonesa, en que triscan los cabros, ciervos, renos.

Focas

El hermano Gorila

Serpiente pitón, después de haberse comido un antílope de 90 libras.

Son varias las reparticiones de la actividad utilitaria del Parque Zoológico de Stellingen, desde luego figura en primera línea la exhibición y por ende aclimatación en gran escala de animales selváticos, como antílopes, cuervos exóticos, ganado vacuno, kanguros, zebras, felinos, avestruces, etc., los cuales, gracias al racional criterio adoptado para su aclimatación, pasean al aire libre tan a gusto como si se encontraran en medio habitual, aún en el caso de tratarse de ejemplares habituados a la vida calcinada del desierto y estar soportando al presente las inclemencias de un frío riguroso. Viven estas especies en grutas o cabañas cuyas puertas están abiertas tanto en verano como en invierno, consiguiéndose de esta manera que por sí solo regulen según su voluntad la luz, el aire y el movimiento requeridos.

Una madeja de serpientes

Elefantas de la India con sus crías

El plan de exhibición típica del Parque ofrece al visitante a prima facie la novedad de un espectáculo único que más tarde se desmenuza ganando en originalidad detallista, lo que pierde en sorpresiva bizarría. En efecto, la obra atractiva, culminante del Parque la constituye lo que el público llama "El Paraíso de los Animales". Seccionado este "paraíso" en cuatro reparticiones, representa un panorama montañoso en el cual un gran número de grupos de especies zoológicas que por sus hábitos y escasas afinidades viven de ordinario separados, como por ejemplo leones, antílopes, aquí hacen vida común aparentemente. En el hecho no es esto exacto, pues las distintas secciones están separadas por fosos de 8 metros de ancho, detalle que desde cierta distancia, como es el caso desde la plaza donde se descansa o pasea al amor de las melodiosas ondas de con-

ciertos orquestales, se pierde para brindar la ilusión más completa de que animales tan diversos y fieras tan bravías pueden convivir mezclados en la más absoluta libertad. Gracias a esta disposición paisajista mistificadora parecen asimismo estar en un mismo anfiteatro aún cuando en distinto plano las distintas agrupaciones faunísticas, que componen el "Panorama polar", renos, osos blancos, pingüinos, focas y leones marinos, etc., digno complemento pendant de la "gruta de las fieras", que pudiera considerarse como el *leit motif* efectista del "Paraíso de los Animales".

Alternando con estas exhibiciones procuran fuentes de entradas al Parque, toda clase de expedientes recreativos ofrecidos a chicos y grandes. Teatros de verano e invierno, paseos en vehículos diversos, arrastrados por animales exóticos, la posibilidad de cabalgar en tortugas, dromedarios, elefantes, etc., como asimismo la de presenciar las pruebas más emocionantes de doma de leones, tigres, osos y elefantes, o las cómicas muecas, piruetas y hazañas de monos sabios y otros animales amaestrados, mantienen el interés del público visitante, siempre despierto y a la vez que le saca algunos cuartos procúranle inextinguible esparcimiento. Quedaría todavía por mencionar entre los motivos de diversión espectacular las barriadas indígenas, esto es, la exposición de tribus de lapones, con sus rebaños de renos, moradas típicas, indumentaria e inalterados modos de vivir, esquimales, singaleses, nubios, cosacos, hotentotes.

Sabido es, por otra parte, que la hora de la alimentación de los animales constituye en todos los parques zoológicos la delicia de todo el mundo.

La importación y exportación de animales destinados al deporte cinegético, la de especies domésticas y útiles, la alimentación, reproducción y cruce de tipos ubiquitarios con razas mejoradas y muy principalmente la provisión de animales exóticos a planteles zoológicos en formación, constituye hoy la base de las extensas negociaciones de la firma de Hagenbeck.

Los más hermosos Parques Zoológicos del mundo deben hoy su fama e ideal organización a los esfuerzos y giro comerciales de la obra de Karl Hagenbeck.

Tenemos nosotros en Chile sitios idealmente indicados para la materialización de un anhelo cultural, que dice relación con el temperamento artístico de una raza privilegiada y un país de perspectivas y escenarios singularmente bellos.

Por lo que concierne a la importancia social de la existencia de instituciones de la naturaleza que nos preocupa, baste considerar que ellas constituyen la natural prolongación o complemento de la obra que realizan tantas corporaciones consagradas a las distintas formas de la profilaxia y mejoramiento sociales, sea esta sanitaria, moral o material y que ella engloba colectivamente el beneficio que ofrecen al pueblo los jardines, las audiciones musicales y demás expedientes recreativos espectaculares educativos y meramente recreativos de todo orden.

Conviene recordar a este respecto una circunstancia que no debe ni puede ignorarse. En materia de obras de esta naturaleza, que tan vinculadas están al progreso nacional, es el criterio de descentralización y emulación favorecidos por todos los medios el que prevalece en el concepto público de ciudadanos y poderes legislativos en todas las naciones avanzadas. Así, por ejemplo, para no citar más, en Alemania no existe pueblo privilegiado, por ende, todos progresan conjuntamente. El pueblo es todo sin distinción de regionalismo geográfico, un solo cuerpo y un alma y ese conjunto tiene derecho a disfrutar de la belleza y bienestar sociales en todas sus manifestaciones. A medida que la instrucción se difunde a todas las clases de la sociedad, conocen, sienten nuevas aspiraciones. Es un deber el satisfacerlas, fomentarlas. Que la belleza y ventajas que proporcionan las conquistas del progreso en todos los terrenos salga del circuito restringido de los privilegiados y tendremos un pueblo grande y de consiguiente una nación fuerte.

El círculo oficial o académico en sus esfuerzos de adelanto llega a ponerse en contacto con el pueblo en el hecho, en Museos, Exposiciones, Parques Zoológicos, etc.

Stuttgart, Cassel, Wiesback, Brunswick, Hanover, Dresde, Colonia, etc. se disputan en Alemania el honor de crear todos los años obra nueva. Es menester hacer obra para un Chile más extenso, más dilatado, más grande y no limitado a las riberas del Mapocho.

JOHN JUGER.

PSICOLOGIA DEL AVIADOR

Se admira al aviador en razón inversa a la simpatía que inspira la existencia moderna, morigerada y niveladora, por lo menos en sus inmediatas apariencias. A los ojos del burgués que hace diariamente el trayecto entre su casa y la oficina o el club, por entre altas y estrechas barreras de casas; a los ojos del dependiente que apaga el brillo juvenil de sus ojos sobre hileras de cifras en la penumbra de un escritorio cerrado; a la mirada del obrero y del campesino que arrastran tardamente su vida bajo el techo del taller o sobre el polvo de los caminos, la figura del hombre que se levanta del suelo con la rapidez del viento y se remonta a las nubes antes que la imagen reflejada en sus pupilas atónitas se haya precisado bien en su cerebro, debía brillar con el prestigio de los héroes de la leyenda.

El aviador mismo ha debido sentirse héroe: el héroe de la época. La altura le ha hecho medir a la humanidad con ojeada de águila, como a pobre rebaño que se arrastra y se funde con la tierra. El abismo y la velocidad excitan sus nervios con un vértigo de grandeza vaga e ilusoria, y cuando baja de nuevo, su mirada premia el lógico acuerdo de la multitud que se disputa el honor de ponerlo sobre sus hombros, siempre más alto que ella.

Desde este momento, el gremio de navegantes del aire se divide en dos grupos genéricos: en uno de ellos están los artistas del vuelo, los que lo aman por sí mismo, por sus sensaciones nuevas y fuertes, aquellos cuyo espíritu goza con el peligro como el músculo con el esfuerzo que lo distiende, los que ven en la ruta que recién se abre una vasta perspectiva de ciencia y de progreso.

En el otro grupo revuélvense los snobs atraídos por la novedad de esa nueva forma de satisfacer vanidades y dar gloria barata; ambiciones que buscan notoriedad aún a riesgo de romperse algo; ignorantes engreídos por el éxito fácil de un vuelo ya vulgar en todas partes—jockeys del aire—que afectan sonreirse de la ciencia. (Je m'en fiche de la theorie!...) y de los pobres mortales que a flor de tierra trabajan en silencio en obras de utilidad o de belleza.

Todos son más o menos héroes. Pero la situación del héroe ha sido siempre molesta en medio de sus contemporáneos. Unos lo envidian rabiosamente, otros lo analizan demasiado. Y mientras la multitud aplaude irrazonada, los hombres sensatos procuran distinguir entre lo que todos aplauden cuánto hay de farsa y cuánto de ilusión imaginativa. Porque en el aviador ordinario, **normal**, en todo aquel que no es ni Vedrines por la pujanza ni un Garros por la audacia, el heroísmo aparente no es sino el desenvolvimiento natural de una práctica que comenzó en miedo y llega por lo mismo fatalmente a la despreocupación de la inconsciencia.

Heroísmo supone certeza clarovidente del riesgo y del sacrificio; medir de una ojeada los halagos de la vida y el horror de la muerte, sentir que la carne se revela al holocausto y triunfar sobre ella por un esfuerzo sobrehumano de la fe en el honor.

El aviador normalizado carece de la condición que hace al héroe: el desinterés. Pronto se fatigará de las satisfacciones de amor propio (ya muchos lo han hecho) y se dedicará a lo que lo llamaba su vocación: a conductor de aeroplanos para el uso de los viajeros ricos. Hará fortuna, tomará un seguro sobre la vida y apenas pueda se hará empresario y contratará sus pilotos. Por ahora, ya ha demostrado no comprender lo que en aviación hay verdaderamente de bello y grande: la sensación artística de penetrar en un elemento nuevo, imprevisto, poblado de maravillas. Pero la curiosidad y aún la sed de belleza también se hartan, y él es un tipo de energía bruta, capaz de soportar grandes fatigas, pero indiferente para los aspectos de la naturaleza vista desde un punto inacostumbrado hasta ayer. Supersticioso y fatalista, no teme siquiera a la muerte, porque su escasa imaginación no le da una idea muy precisa de ella, porque no puede impresionarse con ideas abstractas. El mismo espectáculo de la tierra que se dilata bajo su mirada en infinito panorama, no es a sus ojos sino un recurso de orientación.

E. M.

Automóviles listos para dirigirse al campo de operaciones

La intervención europea en los Balkanes

Por

LUIS P. ALDUNATE

I

Ha pasado ya a la historia el complicado y sangriento conflicto de los Balkanes, y es llegado el momento de examinar a la luz de los resultados adquiridos, la eficacia de la intervención europea en el desarrollo de ese magno proceso internacional, así como el grado de justicia o de equidad que presidiera a las deliberaciones y a los acuerdos de las potencias que se han calificado a sí mismas de grandes y que, todavía, como un corolario de tan pomposo título, no han trepidado en atribuirse el derecho de intervenir en todos los asuntos del continente y de resolver, en última instancia, por la fuerza de la razón o por la razón de la fuerza, las controversias de las naciones pequeñas que giran dentro de sus órbitas y que no tienen, como ellas, soldados y cañones que hagan oir sus voces y respetar sus derechos.

La intervención de las grandes potencias en la guerra balkánica, menester es confesarlo, ni fué eficaz, ni se inspiró en ningún momento, en los dictados de la justicia internacional. No fué eficaz, porque, como pronto lo veremos, buena parte de sus determinaciones fueron letra muerta para los países comprometidos en la lucha y no pudo inspirarse en sentimientos de justicia, porque el único móvil que la empujara fué el deseo de evitar, a cualquier precio, que el incendio que ardía en el Oriente, se comunicara al resto de la Europa.

Las grandes potencias no miraban por la suerte de las naciones beligerantes, ni por las consecuencias que pudiera acarrearles la guerra en que estaban empeñadas; las movía tan sólo el propósito de

impedir, a toda costa, que los resultados de esa lucha se dejaran sentir en la balanza internacional y provocaran perturbaciones en el equilibrio europeo.

Por muy justificado que fuera ese objetivo, ya que una conflagración general del viejo continente sería, no sólo para la Europa, sino para el mundo entero, la peor de las calamidades, se comprenderá sin esfuerzo, que la acción egoísta de las potencias interventoras, no habría de cuidarse, poco ni mucho, de resolver conforme a justicia y a derecho las dificultades en que se hallaban envueltos los pequeños países cuyo tutelaje se habían oficialmente atribuído.

Es evidente, por el contrario, que en la necesidad de contemplar los intereses que cada una de ellas, cual más, cual menos, tenía radicados en el teatro de la guerra y sus expectativas de expansión política o comercial hacia ese oriente misterioso y lleno de promesas, las grandes potencias debían forzosamente prescindir de las conveniencias de sus pupilos, para no tomar sino en cuenta las suyas propias, viendo manera de armonizarlas y de evitar entre ellas choques o susceptibilidades peligrosas. Los males que de ese concierto pudieran derivarse para los pueblos semibárbaros que en mala hora se atrajeran la onerosa protección de sus mayores, eran considerados por la diplomacia europea, como cosa secundaria, como sacrificios que era indispensable hacer en aras de la paz del continente.

De aquí que la labor de la Conferencia de Londres, pueda calificarse no sólo de arbitraria, sino también de contradictoria. En su propósito inquebrantable de conservar la paz entre ellas, las grandes potencias se vieron obligadas en más de una ocasión a borrar hoy lo que habían hecho ayer, a inclinarse tan pronto del lado de la Turquía como del lado de la Bulgaria, a simpatizar con el microscópico Montenegro, para luego pronunciarse en favor de la Servia y sacrificar, por último, a ambos y a la Grecia, en obsequio de combinaciones, como la creación del Estado independiente de Albania, por ejemplo, que lograran satisfacer las voracidades del Austria y de la Italia.

Ya podían los pequeños países, cuyos más sagrados intereses eran atropellados con tan poca ceremonia, por los que se decían sus hermanos cariñosos, protestar y rebelarse contra semejantes procedimientos.

Sus clamores habrían de ser vanos; las cancillerías europeas sordas a todo lo que no fuera el fin que perseguían, no habrían de prestar oídos a sus indignadas protestas. "Paz" era la voz de orden, es decir, bien entendido, paz entre las grandes potencias. Si las demás tenían la peregrina ocurrencia de batirse y de destrozarse unas a otras, nadie acudiría a impedírselos, a menos que las consecuencias de sus rencillas llegaran a repercutir en el gran escenario de la Europa. Pero entonces, ¡ay de los débiles! el castigo no se haría esperar y la intervención pacífica o armada de los grandes, de los poderosos, sabría reducirlos a la razón o les irrogaría daños mucho mayores que los que pudieran resultarles de la guerra misma en que se veían envueltos. Las grandes potencias no permitían que se tocara del arca santa del equilibrio europeo. La Triple Alianza y la Triple Entente se habían despojado de sus suspicacias y de sus odios para convertirse en vestales del fuego sacro de la paz de la Europa.

Por eso es que afirmamos que la intervención de las grandes potencias, si logró circunscribir el radio de la guerra y evitar su contagio, no fué beneficiosa para los países que tuvieron la desgracia de provocarla y que, de grado o por fuerza, se vieron en la dura necesidad de someterse, durante la lucha y en la hora de las liquidaciones definitivas, a muchas de las atrabiliarias exigencias de sus desapiadados y despóticos vecinos de occidente.

No cabe duda que, a no mediar la intervención europea, los resultados de la guerra balkánica habrían sido absolutamente diversos de lo que fueron. La coalición de 1912, ese chef d'oeuvre de uno de los más hábiles y más diplomáticos de los soberanos actuales, el Czar Fernando de Bulgaria, estaba destinada, si no se le hubieran puesto trabas en el camino, a expulsar para siempre a los turcos del continente europeo, y a relegarlos a su imperio asiático.

Fué el veto de la Europa el que paralizó el victorioso avance de los ejércitos aliados frente a las puertas mismas de Constantinopla. Sin esa oposición, sin ese veto, el estandarte de la media luna no flamearía hoy en territorio europeo, y los búlgaros, los servios y los griegos habrían

vengado la afrenta que sufrieran en la batalla de Kossovo, hace cerca de seis siglos, cuando el ejército otomano, a las órdenes del Sultán Amurat I, invadió el viejo continente y, a despecho de sus enemigos, se apoderó de Adrianópolis e hizo de ella la capital de sus Estados.

Pero la Triple Alianza no podía consentir en el aniquilamiento completo de la Turquía, la fiel amiga de la Alemania y miraba, al mismo tiempo, con recelo las abrumadoras victorias de los países coaligados. Se preveía ya, como la consecuencia inevitable de esos triunfos, la formación de un poderoso imperio balkánico, que, dados los intereses políticos y comerciales de los pueblos que habrían de formarlo y sus afinidades de razas con la gran monarquía eslava, tendría que inclinarse por razones de conveniencia y de simpatía del lado de la Rusia, haciendo oscilar de manera alarmante el fiel de la balanza internacional en favor de sus enemigos. Entraba en los planes de la Triple Alianza, al señalar un límite a la marcha triunfadora de las huestes aliadas, no sólo el deseo de evitar a la Turquía el bochorno de ver su capital invadida, sino también la esperanza de introducir el desaliento y la cizaña entre los vencedores y de frustrar para siempre el proyecto de confederación balkánica que acariciaba en secreto el ambicioso monarca búlgaro, autor y jefe, hasta entonces no discutido, de la afortunada coalición de 1912. Y preciso es reconocer que el más completo de los éxitos coronó esas previsiones y esos cálculos.

El Rey de Montenegro

La Inglaterra, a su vez, se oponía a la marcha sobre Constantinopla, por razones de política interna. Como lo declarara Sir Edward Grey, Ministro de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña, en la Cámara de los Comunes: "la Inglaterra no quería " que sus súbditos musulmanes y, en es- " pecial, los musulmanes de la India, pu- " dieran acusarla de haber contribuído o " siquiera de haber asistido indiferente a " esa suprema humillación del jefe del " Islam."

El gesto despótico y arbitrario de la Europa a que vengo refiriéndome y que, so color de amparar a la Turquía, detuvo la carrera victoriosa de los ejércitos aliados en la plena embriaguez del triunfo, y en la víspera de su consagración definitiva, fué un golpe de muerte para la causa de los Estados balkánicos. Ese gesto no sólo cambió por completo la faz de la lucha y esterilizó los sacrificios de sangre y de dinero de que se habían mostrado pródigos los países coaligados, sino que tuvo, todavía, para ellos, consecuencias muchísimo más graves. La segunda guerra balkánica que trocó en irreconciliables enemigos a los que acababan de batirse por un ideal común y que junto con arrebatarles las hermosas expectativas a que sus triunfos les hacían acreedores, los desprestigiaba ante el mundo, enlodando sus laureles y empequeñeciendo la causa de que se habían proclamado adalides, fué la más grave, la más funesta de esas consecuencias. Es evidente que la entrada de los ejércitos aliados a la capital otomana habría puesto fin a la guerra al poco tiempo de empezada y habría evitado sus desastrosas y sangrientas complicaciones ulteriores, así como el vergonzoso espectáculo de las horribles crueldades de que fué teatro la Macedonia y que hicieron estremecerse de horror al orbe civilizado.

Si el interés que las potencias interventoras manifestaban por la suerte de la Turquía, hubiera sido tan sincero como lo pretendían, su acción en conjunto habría encontrado ancho campo en donde dejarse sentir, de manera discreta y justiciera, en la discusión de los preliminares de paz que habrían necesariamente seguido a la ocupación de Constantinopla, sin manchar su conciencia con el feo delito de abuso de su fuerza moral de que se hicieron reos respecto de las pequeñas naciones coaligadas.

Por desgracia para estas últimas, no era el amor a la Turquía el que empujaba a la Europa occidental, sino, como lo hemos manifestado, el propósito de impedir que los Estados Balkánicos, envanecidos con sus triunfos y conscientes de su

fuerza, resolvieran agruparse en una confederación que era un peligro para el equilibrio internacional y que podía llegar a convertirse en un factor importante dentro del concierto europeo.

Y para conjurar un peligro de esa naturaleza, por remoto, por hipotético que fuera, las grandes potencias, o, para hablar con más exactitud, la Triple Alianza, no trepidó en interponerse entre los combatientes y en señalar un límite a la marcha invasora de los ejércitos aliados.

Dijimos al empezar que la intervención europea en los Balkanes, no había ajustado sus procedimientos a los dictados de la justicia internacional. Su primera y arbitraria intrusión en el desarrollo mismo de la guerra, a que acabamos de referirnos, bastaría y sobraría para probar hasta la evidencia, la verdad de nuestro aserto, que, por desgracia, hemos de ver confirmado dentro de poco, con más de un ejemplo sugestivo de lo que sirve el derecho de los débiles, cuando se encuentra en pugna con el interés de los fuertes, ya sean individuos o naciones.

Y nótese que a los países de cuyos destinos disponían las grandes potencias de la Europa como de cosa baladí, no podía acusárseles de haber solicitado, ni indirectamente, la intervención de que eran víctimas. La Europa intervino **porque así le convenía**, y, lo que dió un carácter más odioso aún a sus imposiciones, fué la falta de pudor de que hizo gala así en sus deliberaciones como en sus actos. Verdad es que no le fué dado salvar las apariencias acogiéndose a los varios procedimientos que el derecho de gentes señala para casos semejantes. No pudiendo asilarse ni en el arbitraje, ni en la mediación, ni en los buenos oficios, ya que éstos no sólo deben ser ofrecidos sino también aceptados, desdeñó todas esas vanas formalidades y resolvió sentarse a la mesa del banquete sin haber sido invitada.

Pero, si procedió como una intrusa, la Europa tuvo siquiera la franqueza de confesar su falta de escrúpulos y su poco respeto por los principios de eso que han dado en llamar derecho internacional, y que, en realidad, no es otra cosa que un conjunto de preceptos, sin sanción de ninguna especie y de los cuales es lícito burlarse cuando se tiene resguardadas las espaldas por una compacta fila de bayonetas.

El canciller inglés, Sir Edward Grey, presidente de la Conferencia de Londres, en un gran discurso, que pronunció en la Cámara de los Comunes, el 12 de Agosto del año último, hacía una especie de balance de los resultados obtenidos en aquella histórica asamblea. Es preciso leer cuidadosamente ese discurso, que el "Times" publicó al día siguiente, para poder apreciar toda la fina ironía y el espíritu de escepticismo que contiene.

El autor de la Conferencia de Londres, insistió en varios de los párrafos principales de su exposición, en la idea fundamental, que había manifestado ya en otras ocasiones, de que era inútil buscar un acto de lógica cualquiera o un sentimiento de justicia o de derecho internacional, en la conducta de las grandes potencias, las cuales no habían perseguido más propósito que el de conservar la paz entre ellas, aunque para ello fuera menester adoptar las decisiones más contradictorias. Sir Edward Grey se felicitaba, todavía, a sí mismo, de haber sido uno de los principales cooperadores de esa obra.

La Cámara entera aplaudió esas declaraciones. Sólo el leader conservador Mr. Bonar Law, se permitió hacer notar, con toda la moderación que el caso requería, que la circunstancia de que ninguna de las grandes potencias deseaba la guerra, había facilitado grandemente la tarea de la Conferencia y había permitido augurar desde un principio, los resultados pacíficos de sus deliberaciones.

"Los embajadores han mantenido la paz, " exclamaba el canciller inglés. **Verdad es " que no se preocuparon de crear nada " que fuera duradero, ni lógico, pero ¡qué " importa! consiguieron postergar por " tiempo considerable el conflicto de ambiciones que se encontraban frente a " frente y ESO ERA LO PRINCIPAL, esa " es la ganancia líquida."**

Y más adelante agregaba: "Gracias a la " Conferencia de embajadores, las potencias han podido cambiar entre ellas, comunicaciones continuas y rápidas respecto de los acontecimientos que se han " producido. El método empleado ha sido el siguiente:

"Las potencias han querido antes que todo localizar la guerra, IMPIDIENDO " QUE SE EXTENDIERA A CONSTANTINOPLA y a la Turquía Asiática. Se pusieron de acuerdo, en seguida, respecto " de la Albania y de las islas del Mar Egeo.

Artillería de montaña montenegrina en marcha.—Un momento de gran dificultad

" Tal era el doble y único programa posi-
" ble para mantener la paz. Además de
" ese programa, la Conferencia se ha pre-
" ocupado de examinar y de resolver las
" dificultades pasajeras que le fueron so-
" metidas, a medida que se producían los
" acontecimientos."

A confesión de parte, relevo de prueba. Después de las solemnes declaraciones transcritas hechas por boca del más caracterizado de los representantes de la Europa en la Conferencia de Londres, del hombre que fué el verdadero autor de esa asamblea y que dirigió sus debates, declaraciones lanzadas

desde una de las más altas tribunas del mundo, sería superfluo, sería hasta candoroso empeñarse en continuar demostrando que el espíritu que presidiera a la intervención de las grandes potencias en el conflicto de los Balkanes, no fué el de respeto a la lógica, a la equidad, a los preceptos del derecho internacional, pero ni siquiera el de acatamiento a los eternos e inmutables principios de justicia.

Sir Edward Grey nos asegura, y, forzoso será que le creamos, que la Conferencia de Londres, no se preocupó de crear nada que fuera duradero, ni lógico, son sus textuales palabras, sino de mantener la paz entre las grandes potencias, postergando por el mayor tiempo posible el conflicto de ambiciones que parecía a punto de estallar entre ellas con motivo de los acontecimientos que se desarrollaban en el Oriente. Nos declara, en seguida, que la primera preocupación de los embajadores de las potencias, fué la de localizar la guerra, impiendo que se extendiera a Constantinopla y a la Turquía Asiática. Nos afirma, por último, el jefe de la cancillería inglesa, que una vez logrado ese propósito primordial, los delegados europeos reunidos en Londres, se ocuparon en ponerse de acuerdo respecto de la creación del Estado independiente de Albania y respecto de la nacionalidad definitiva que había de corresponder a las numerosas islas del Mar Egeo.

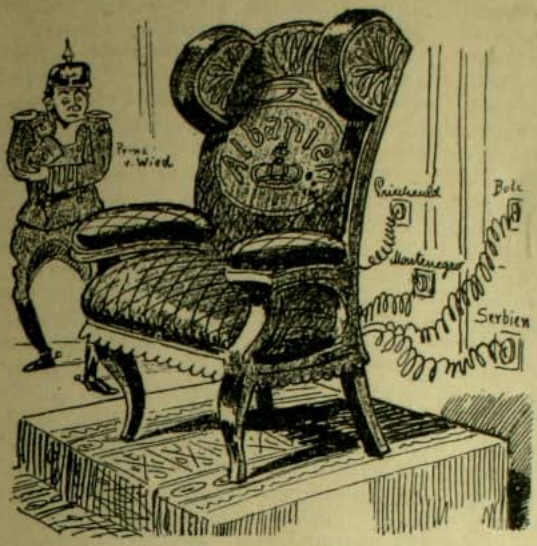
Ya sabíamos a qué atenernos por lo que toca a la primera y a la segunda de esas afirmaciones. Conviene ahora que analicemos, aunque sólo sea en sus grandes líneas, lo que propiamente constituyó la labor de la Conferencia de Londres, a saber las discusiones más o menos agrias, los rozamientos más o menos ásperos o peligrosos que provocaron entre los embajadores de las potencias, tanto en el delicado problema de la suerte futura de las islas Egeas, como la laboriosa gestación a que dió lugar la erección de la provincia de Albania en Estado independiente. Debemos, desde luego, anticipar, que los conferencistas de Londres se separaron sin haber dado cima a su tarea. En lo tocante a las islas del Mar Egeo, el último acto de la Conferencia fué el de convenir que cuando la Turquía hubiere dado cumplimiento a las estipulaciones del Tratado de Lausanne, la Italia evacuaría, acto continuo, las Sporadas, y que, entonces, las potencias decidirían sobre la suerte de todas esas islas, sin excepción alguna. Por lo que hace a la Albania, la Conferencia apenas si logró señalar trabajosamente el trazado de su frontera septentrional, dejando encargada a una comisión internacional, designada por ella en una de sus últimas reuniones, la determinación de su extremidad meridional.

Los curiosos incidentes que acompañaron y que siguieron al sitio y a la toma de Scutari por el ejército montenegrino y que fueron una de las muchas dolorosas consecuencias de los acuerdos adoptados por las potencias respecto de la cuestión albanense, merecen también que les dediquemos un momento de atención. Esos incidentes ponen una vez más, de relieve, la política atropelladora y profundamente arbitraria de la diplomacia europea y dan la medida exacta de la escasa consideración que merecían a los embajadores de Londres, los derechos adquiridos, a trueque de inmensos sacrificios, por los infortunados países que se atrevían a cruzar los planes de sus encarnizados protectores.

Sabemos ya por órgano del Presidente de la Conferencia de Londres, lo que hizo esa asamblea; a saber: 1.o localizar la guerra impidiendo, a toda costa, que se extendiera a Constantinopla y a la Turquía Asiática; 2.o burlar las legítimas expectativas de expansión territorial de varios de los países comprometidos en la lucha, creando, al mismo tiempo, un foco de futuras dificultades para todos ellos, con la ingeniosa combinación de la Albania independiente, y 3.o, reservar para sí, o, lo que es lo mismo, entregar al criterio interesado y caprichoso de las grandes potencias, el derecho de determinar la nacionalidad que ha de corresponder en definitiva a cada una de las islas del Mar Egeo.

II

Pero, antes de entrar al análisis somero de las materias a que se refieren los números segundo y tercero del programa que se fijó el Congreso de Embajadores como el único posible, según Sir Edward Grey, para mantener la paz entre las grandes potencias, conviene que abramos un paréntesis y así como nos hemos preocupado de averiguar lo que hizo la Confe-



Un trono sospechoso

rencia de Londres, nos detengamos un momento a examinar lo que pretendió hacer, pero que no hizo, ya porque no pudo o ya, porque, aún cuando lo deseara, no lo estimaba indispensable a la consecución de sus propósitos.

Uno de los muchos cargos que se pueden hacer a esa asamblea, es el de haber comprometido gravemente el prestigio de la Europa en el Oriente, con una serie de declaraciones pomposas y de pretendidas determinaciones, que los acontecimientos militares se encargaban de contradecir con mucha frecuencia.

Por fortuna para los países que actuaron en el conflicto balkánico, las grandes potencias, desdeñosas del oropel y de las insubstanciales satisfacciones del orgullo, no se cuidaban de insistir sino en aquellas de sus resoluciones que estuvieran directamente encaminadas a evitar posibles desavenencias o a conservar o a restablecer entre ellas el equilibrio de intereses y de amor propio indispensable al mantenimiento de la paz. Si en el ardor de su celo intervencionista, digamos así, llegaron más de una vez a lanzar declaraciones o a decretar medidas que excedieran los límites útiles de su intervención, o si la aplicación de esas medidas llevaba aparejados sacrificios desproporcionados al objeto que tuvieran en vista al adoptarlas, las potencias no vacilaban en desistirse de ellas y en permitir que esas declaraciones o esos acuerdos fueran burlados por los Gobiernos o por los ejércitos de los países llamados a acatarlos.

Citaremos sólo dos o tres ejemplos de esa naturaleza, los que mejor pongan de manifiesto, junto con los apetitos que dejaron entrever algunas de las grandes potencias, la necesidad en que se encontraban de hacerse concesiones recíprocas y, antes que todo, el espíritu eminentemente práctico que animaba a las cancillerías europeas, al extremo de inducirlas a desentenderse de la vanagloria para concretar sus esfuerzos tan sólo a aquello que fuera conducente a los fines que con inquebrantable tesón perseguían. La mejor comprobación de esto último es el sorprendente cambio de actividad de las potencias, en lo que se refiere a la integridad del imperio turco. En los comienzos de la guerra, allá por el mes de Octubre de 1912, las cancillerías europeas declararon en la forma más solemne que "el **statu-quo** de la Turquía de Eu- " ropa sería mantenido cualquiera que " fuese el resultado de la guerra balká- " nica".

Pasó el tiempo y los acontecimientos militares hicieron comprender a los plenipotenciarios de Londres que, a menos de intervenir a mano armada en el Oriente, a menos de lanzarse en una aventura costosa y aleatoria, no sería posible obtener de los Gobiernos aliados en contra de la Turquía, que se avinieran a respetar aquel statu quo, prescindiendo de sus victorias y consintiendo, por complacer a la Europa, en perder el fruto de sus esfuerzos y de sus sacrificios de todo orden.

Hubieron, pues, de resignarse las grandes potencias a consentir en el desmembramiento del imperio musulmán en beneficio de sus enemigos, oponiéndose, sí, de manera terminante e irreductible, al avance de los ejércitos coaligados sobre Constantinopla. En realidad, esta última limitación, este último dique opuesto a los vencedores, bastaba a los propósitos que substentaban las potencias.

De ahí el que no sólo no insistieran en su primera declaración, sino que, pocos meses más tarde, en Mayo del año próximo pasado, urgieran, mejor dicho, obligaran a los países beligerantes a subscribir un tratado que despojaba al Sultán de una considerabilísima porción de sus Estados europeos.

El 27 de Mayo y como las negociaciones amenazaran eternizarse entre los delegados turcos y balkánicos, Sir Edward Grey los invitó a comparecer al Foreign Office y les dió lectura de una declaración redactada el día antes por los embajadores de las potencias, y que, en resumen, decía: "habiendo transcurrido ya una semana en estériles discusiones entre los aliados y sus adversarios otomanos, y estimando que no se llegaría a ningún resultado práctico con la prolongación de esos debates, las grandes potencias creían que los beligerantes debían proceder a firmar el proyecto de tratado elaborado por ellas, sin intentar introducir en él modificaciones de ninguna especie."

Y el canciller inglés agregaba benévolamente: "Es inútil buscar nuevas garantías respecto de las cuestiones cuya resolución se han reservado las potencias. Les hemos prometido oirlos cuando llegue ese momento y cumpliremos nuestra promesa. Por lo demás, no porque Uds. añadan o supriman algunas palabras al texto que ha sido aceptado en principio por vuestros Gobiernos respectivos, las grandes potencias, si tuvieran la intención de obrar injustamente con Uds., dejarían de hacerlo. Las modificaciones que Uds. introdujeran, no cambiarían en nada las decisiones tomadas ya o que están por tomarse. Así pues, que las delegaciones que quieran firmar la paz, lo hagan inmediatamente. Las que no quieran, no tienen razón alguna para prolongar su estadía oficial en Londres".

Convengamos en que si el lenguaje era rudo, tenía, por lo menos, el mérito de la franqueza, y, sobre todo, el de la eficacia. Al día siguiente, los delegados turcos y aliados, hacían saber al jefe del Foreign Office, que estaban en situación de subscribir el protocolo de paz, y, en efecto, momentos después, firmaban solemnemente ese tratado en la gran sala de los retratos del Palacio de Saint James, y en presencia de Sir Edward Grey.

Las cinco primeras cláusulas de ese tratado, que tuvo la más efímera de las vidas, ya que la Turquía no había de tardar mucho en violarlo, con la reocupación de Adrianópolis, tolerada por las grandes potencias, con admirable mansedumbre, dicen así:

"Artículo 1.o—Habrá, a contar desde las ratificaciones del presente tratado, paz y amistad a perpetuidad, entre S. M. Imperial el Sultán de Turquía, por una parte, y SS. MM. los soberanos aliados, por la otra, como también entre sus herederos, y sucesores, sus Estados y súbditos respectivos.".

"Artículo 2.o—S. M. Imperial el Sultán cede a SS. MM. los soberanos aliados todos los territorios de su Imperio en el continente europeo, al oeste de una línea tirada desde Enos, en el Mar Egeo, hasta Midias en el Mar Negro, a excepción de la Albania.

"El trazado exacto de la frontera de Enos a Midias, será determinado por una Comisión nombrada por....

"Artículo 3.o—S. M. Imperial el Sultán y SS. MM. los soberanos aliados, declaran confiar a S. M. el Emperador de Alemania, a S. M. el Emperador de Austria, Rey de Hungría, al Presidente de la República francesa, a S. M. el Rey de Gran Bretaña y de Irlanda, Emperador de las Indias, a S. M. el Rey de Italia, y a S. M. el Emperador de todas las Rusias, la delimitación de las fronteras de la Albania y cualquiera otra cuestión concerniente a la Albania."

"Artículo 4.o—S. M. Imperial el Sultán declara ceder a SS. MM. los soberanos aliados, la isla de Creta y renunciar en su favor a todos los derechos de soberanía y de cualquiera otra naturaleza que pudiera poseer en esa isla" y

"Artículo 5.o—S. M. Imperial el Sultán y SS. MM. los soberanos aliados declaran confiar a S. M. el Emperador de Alemania, a S. M. el Emperador de Austria, Rey de Hungría, al Presidente de la República francesa, a S. M. el Rey de Italia y a S. M. el Emperador de todas las Rusias, la facultad de resolver sobre la suerte de todas las islas otomanas del Mar Egeo (excep-

" tuando la isla de Creta) y de la penín-
" sula de Mont Athos."

Por la cláusula 6.a, el Sultán y los soberanos aliados cometen el arreglo de las cuestiones de orden financiero resultantes del estado de guerra y de las cesiones territoriales a que se refieren los artículos 2.o y 4.o, a una comisión internacional que deberá reunirse en París y a la cual todos ellos delegarán sus representantes.

Finalmente, por la cláusula 7.a, se estipula, que las cuestiones relativas a los prisioneros de guerra, las cuestiones de jurisdicción, de nacionalidad y de comercio, se arreglarán por convenciones especiales.

Tal fué el famoso tratado de Londres, elaborado por las grandes potencias y que tan gravemente debía comprometer su prestigio, ya que no sólo fué respetado por los países que lo subscribieron, como nadie lo ignora, sino también porque las estipulaciones de sus artículos segundo y cuarto, impuestas por ellas mismas a la Turquía, envolvían la más humillante de las palinodias para el amor propio y para la soberbia de esas naciones todopoderosas.

¿A qué quedó, pues, reducida la enfática declaración de las cancillerías europeas, de que el statu quo de la Turquía sería mantenido cualquiera que fuese el resultado de la guerra balkánica? A una triste fanfarronada sin consecuencia alguna.

¿Por qué consintió la Europa en desdecirse y por qué, no contenta con ello, obligó a la Turquía, su protegida de la primera hora, a despojarse de casi todo su territorio europeo en beneficio de los aliados, sus enemigos?

Lo repetiremos una vez más: porque bastaba a sus propósitos que los ejércitos invasores volvieran grupas frente a Constantinopla, y, porque, para hacer efectiva su altisonante declaración de Octubre de 1912, se habría visto en la desagradable necesidad de intervenir a mano armada, lo cual no formaba parte de su programa.

Los embajadores de Londres estaban dispuestos a hacer mucho ruido arrastrando el sable, no desenvainándolo.

Tan es así, que otro de los ejemplos que me proponía citar de la indiferencia con que las cancillerías europeas miraban los desacatos que los países beligerantes solían permitirse para con ellas es, precisamente, la actitud de las grandes potencias frente a la incalificable violación del tratado de Londres, de que se hizo reo la Turquía, a las pocas semanas de haberlo subscrito, enviando su ejército a reconquistar Adrianópolis, aprovechándose con ese objeto de la difícil situación que había creado a los búlgaros el estallido de la segunda guerra balkánica.

Se creyó en el primer momento que esa bofetada en pleno rostro provocaría la indignación de la Europa y acarrearía a los culpables un castigo ejemplar. Nadie

REY DE ALBANIA

—He aquí mi proclamación al pueblo.
—Perfectamente! Pero por prudencia escribe también tu testamento.

ponía en duda que las potencias, y muy en especial la Rusia, habrían de apresurarse a expulsar a los turcos de la ciudad famosa, objeto de tantos sacrificios y a relegarlos detrás de las nuevas fronteras que se les habían señalado. No fué así, sin embargo, y la sangrienta burla no tardó en convertirse en un hecho consumado.

El 19 de Julio, la Sublime Puerta enviaba a las potencias una primera nota, en la que trataba de justificar la reocupación de Adrianópolis por la necesidad en que se encontraba de apoderarse de la línea de la Maritza para constituirse en frontera verdaderamente estratégica. Contestando a esa comunicación, las cancillerías europeas, hacían a la Turquía un llamamiento al respeto que debía merecerle el tratado de Londres, y al mismo tiempo, la Conferencia decidía que la comisión internacional encargada de trazar la línea

de Enos a Midia, se pondría a la obra sin esperar el retiro del ejército turco.

La Europa parecía sincera en su deseo de restituir Adrianópolis a los búlgaros, comprendía que el ajuste internacional que estaba por firmarse en Bucarest había de ser desastroso para ellos y que era conveniente asegurarles la posesión de la Tracia por el interés mismo del equilibrio balkánico. Pero no por eso estaba dispuesta a departirse de la habitual placidez con que recibía los ultrajes de sus turbulentas pupilas, cuando esos ultrajes no afectaban sus intereses esenciales. Se hacía o quería hacerse la ilusión de que sus consejos y sus advertencias sobre los peligros que corría la dominación turca en el Asia unidos a algunas amenazas de boycotaje financiero, bastarían para que el Gobierno de la Sublime Puerta se diera a la razón.

Ninguna de las grandes potencias pensó, ni por un momento, en emplear la fuerza para demostrar a la Turquía que no se falta impunemente a la fe de los tratados. Ya hemos visto que la Inglaterra se oponía a toda medida coercitiva por motivos de política interna. La Rusia, de la cual se creyó en un principio que iría hasta separarse del concierto europeo para obligar a los turcos, por bien o por mal, a devolver su presa a los búlgaros, no tardó en desengañar a los que tal pensaban. Un significativo informe que la prensa de Londres publicó por esos días y que se decía emanado de un funcionario ruso sobre las atrocidades cometidas por los búlgaros durante su ocupación de Adrianópolis, dió claramente a entender que el Gobierno de San Petersburgo no estaba dispuesto a obrar con más energía que los demás.

El asunto continuó, pues, debatiéndose en tono tranquilo y casi amistoso entre las cancillerías turca y las grandes potencias. La Puerta, que se daba perfectamente cuenta de lo que pasaba, envió, el 11 de Agosto, una nueva nota a las cancillerías, inspirada siempre en consideraciones de carácter estratégico. "A fin de proteger el ala izquierda del ejército de Adrianópolis, decía esa nota, el Gobierno del Sultán ha ordenado a sus tropas que atraviesen la Maritza, que ocupen las aldeas de Dimotika y de Sufli, situadas sobre la orilla derecha de ese río, y que extiendan sus posiciones hasta el Arda. El juego de la Turquía era aventurado, pero hábil. Con esta segunda y audaz bravata se exponía a atraerse, por fin, la cólera de la Europa, o cuando menos de la Rusia, pero podía también ocurrir que le sirviera para desviar la discusión de su verdadero terreno, cual era la evacuación de Adrianópolis, y continuar la polémica sobre el retiro de las tropas turcas detrás de la Maritza.

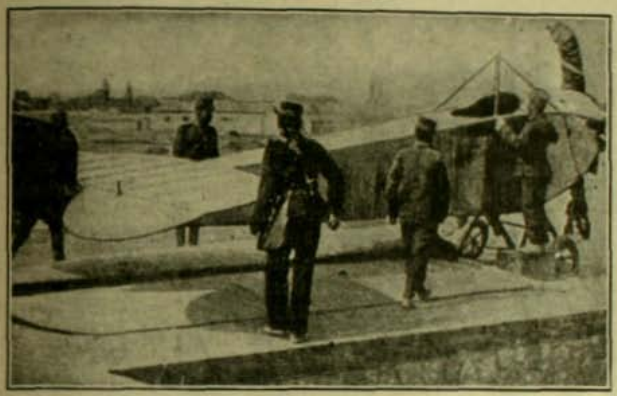
Así sucedió en efecto. Las grandes potencias, con una indiferencia asombrosa, no volvieron a ocuparse de la cuestión principal que estaba en debate, y concretaron sus exigencias a obtener satisfacción en la cuestión secundaria. El 17 de Agosto los embajadores europeos en Constantinopla, protestaban de nuevo aunque muy débilmente, y manifestaban a la Puerta, que, al exagerar sus pretensiones, corría el riesgo de perder las ventajas a que razonablemente podía pretender. El gran visir se apresuró, entonces, a replicar que lleno de deferencia y de respeto por la Europa, impartiría inmediatamente al ejército otomano la orden de replegarse sobre la orilla izquierda de la Maritza.

La comedia había concluído. Los búlgaros, abrumados bajo el peso de las derrotas que les infligieran sus ex-aliados en la segunda guerra de los Balkanes, no estaban en situación de hacerse justicia por sí mismos. Abandonados a sus propias fuerzas, debían resignarse a ver a los turcos, sus eternos e irreconciliables enemigos, enseñorearse, tal vez para siempre, de la ciudad, cuya posesión de un día les había costado ríos de sangre, ante cuyos muros habían hecho prodigios de heroísmo y que un tratado solemne había incorporado a su patrimonio nacional en recompensa de sus denodados esfuerzos y como digna coronación de sus triunfos. Las grandes potencias, a su vez, podían imputar a su activo, una injusticia y una vergüenza más.

La necesidad en que, a cada paso, se veían las cancillerías europeas de contemplarse unas a otras y de hacerse concesiones recíprocas, a fin de no resbalar en el movedizo terreno de una concordia mucho más aparente que real, pero indispensable, sin embargo, a la conservación de la paz, las obligaba con deplorable frecuencia a incurrir en contradicciones desdorosas o a desistirse, con mengua de su

prestigio, de exigencias formuladas en un principio en tono altanero y perentorio.

La última faz de la crisis oriental, fué testigo de una de esas humillantes reculadas. Acababa de firmarse en Bucarest el tratado que puso término a la segunda guerra balkánica, cuando el Austria y la Rusia, diciéndose perjudicadas por las estipulaciones de ese pacto, acordaron atentar una vez más contra la soberanía de los países que lo habían subscrito, exigiendo su revisión. El mismo día en que los beligerantes se ponían, por fin, de acuerdo, el príncipe de Furtemberg y el conde de Shebeko, Ministros de Austria Hungría y de Rusia en Bucarest, entregaban al señor Majaresco, jefe de la cancillería rumana, la nota que contenía esa exigencia.



Un aeroplano griego listo para ser despachado de Atenas a la guerra

La estupefacción y el desaliento fueron grandes entre los representantes balkánicos. Las demás potencias, la Inglaterra, la Francia, la Italia, cansadas del rol odioso que se habían visto obligadas a representar, se miraban extrañadas de esta postrera arbitrariedad, cuando se dejó oir la voz del Emperador alemán, que se oponía formalmente a la revisión solicitada.

Guillermo II, cuyas iniciativas diplomáticas llevan siempre el sello de su talento original y de su carácter levantado e impetuoso, se inspiraba en los verdaderos intereses de su pueblo al negarse a aceptar aquella imposición y al sostener bajo cuerda a la Grecia, tanto en la cuestión de Cavalla como en la del Epiro y en la de las islas. En los momentos en que la Alemania creaba una estación naval permanente en el Mediterráneo, le convenía ganarse la amistad de la Grecia, contra quien iba en realidad dirigido el golpe, ya que la Grecia, dueña de Salónica y de casi todas las islas del Mar Egeo, tenía en su mano los mejores puertos de ese mar La actitud del kaiser fué decisiva para la consolidación de la paz en los Balkanes. Sin ella, las exigencias del Austria y de la Rusia, habrían hecho fracasar el tratado de Bucarest. El Rey de Rumania, agradeció al Emperador su oportuna intervención en el siguiente telegrama: "Después de " haber vencido gravísimas dificultades se " ha logrado por fin, " la paz, y gracias a ti " será definitiva. En una " hora tan memorable " para mi Gobierno, te " agradezco de todo corazón la fiel amistad " y las calurosas simpatías de que me has " dado tantas pruebas."

La Rusia fué la primera en desistirse de sus intenciones y en anunciar oficialmente que renunciaba a perseguir la revisión del tratado de Bucarest. El Austria, al encontrarse sola, hubo, también, de abandonar la partida. El telegrama en que el Emperador Francisco José, para paliar su derrota, felicitaba al Rey Carol por la conclusión de la paz, decía: "Te ruego " aceptar mis más cordiales felicitaciones " por la obra de pacificación llevada a ca" bo por ti, que ha puesto término al de" rramamiento de sangre en los Balkanes " y que ha asegurado la paz a tu país", etc. ¡Cuán cierto es que, tanto la palabra como la escritura, han sido dadas al hombre para disimular su pensamiento!

Y así como estos tres fracasos, a saber: la desmembración del imperio turco, la reconquista de Adrianópolis por el ejército otomano a despecho del tratado de Londres y la no revisión del ajuste de paz firmado en Bucarest, podríamos citar otros, aunque no de la misma magnitud, para demostrar que, si bien las grandes potencias consiguieron localizar la guerra en el

oriente y desbaratar los ambiciosos proyectos de los Estados balkánicos coaligados contra la Turquía, tuvieron para ello, que aceptar muchas humillaciones, que consentir en muchos atropellos, que hacer en una palabra, muchas transacciones con su orgullo de naciones fuertes y con los principios de derecho y de justicia en nombre de los cuales pretenden marchar a la cabeza de la civilización y del progreso humanos.

El fin no justifica los medios. Por muy respetable, por muy importante que fuera el objeto que se proponían las cancillerías europeas al intervenir en los Balkanes, por muy exacto que sea aquello de "que la política está reñida con el sentimentalismo", como afirmaba Sir Edward Grey en la Cámara de los Comunes, nadie podrá absolver a las grandes potencias del pecado gravísimo de no haber reparado en los medios para llegar a sus fines, de las arbitrariedades, de las denegaciones de justicia, de las violencias que se hicieron reos para con los infortunados países que, amén de sus propias dificultades, hijas del conflicto en que se hallaban envueltos, tenían que doblegarse ante exigencias de extraños, cuya intervención no habían, por cierto, solicitado.

El gran pecado de la política europea en todo este **affaire** de los Balkanes, fué el haberse mezclado, sin derecho alguno, en la contienda para impedir a una de las partes que se aprovechara de sus triunfos y de las ventajas que se debía a sus propios esfuerzos, llegando hasta el corazón mismo del enemigo a pactar con él una paz definitiva que hubiera puesto término honroso a la guerra y que habría evitado toda la negra lista de desgracias, de calamidades y de complicaciones diplomáticas que se siguieron a la retirada de los ejércitos aliados de los suburbios de Constantinopla. Sabemos ya cuáles fueron las funestas consecuencias de esa arbitrariedad, que pasará a formar una de las páginas más bochornosas de la historia internacional. No hemos de insistir en ellas.

III

Entremos ahora a examinar la labor de los plenipotenciarios europeos, respecto de lo que han dado en llamar "la cuestión de la Albania". La Albania es una antigua provincia del Imperio turco, situada, como se sabe, a orillas del Adriático, y del Mar Jónico, y que antes de la guerra balkánica deslindaba al norte con el Montenegro, la Bosnia y la Servia al Este con la Bulgaria y la ex-provincia otomana de Macedonia, al sur con la Grecia y al oeste con los dos mares ya citados. Por su situación geográfica, que hace de ella una de las riberanas del Adriático, la Albania, provincia de un Estado en plena decadencia, y, todavía provincia distante del corazón de ese Estado y abandonada, casi por completo, del Gobierno turco, estaba fatalmente condenada a caer, tarde o temprano, primero bajo la influencia y después bajo la autoridad directa o solapada de las dos grandes potencias que aspiran a la dominación de las aguas del Adriático: el Austria y la Italia.

La anexión de la Bosnia, limítrofe de la Albania, hecha por la primera de esas potencias el año 1909, era para su vecina una saludable advertencia y un avant-gout de la suerte que le estaba preparada. Si el Austria hubiera podido dar rienda suelta a sus apetitos, la Albania formaría parte a estas horas de la Monarquía dual. Pero la Europa, que estuvo a punto de enojarse cuando la ruidosa anexión de la Bosnia-Herzegovina, territorio turco es verdad, pero que el Austria ocupaba militarmente y de cuya administración tenía el control de acuerdo con las resoluciones del Congreso de Berlín de 1878; no habría ciertamente tolerado ese nuevo y osado avance austriaco, sin ningún antecedente que lo justificara, sin la sombra de un derecho que pudiera legitimarlo.

La aliada política, aunque enemiga jurada del Austria, la Italia, tampoco habría consentido en un atentado semejante, por la razón muy poderosa de que ella también tiene puestos sus ojos en la Albania y aspira, si no a la soberanía, por lo menos a la **penetración pacífica** (término consagrado por la hipocresía de las grandes potencias), y a la conquista comercial de esos territorios.

El Austria y la Italia comprendieron que en vez de hostilizarse una a otra, les convenía ponerse de acuerdo y repartirse amigablemente la Albania. A ese efecto, dividieron esa provincia en dos **zonas de influencia**, separadas por el río Skumbi La del norte, cuya ciudad más importante

era Scutari, quedaba reservada al Austria; la del sur, con la ciudad de Valona, llamada "la llave del Adriático", correspondería a la Italia. Mientras esas zonas de influencia, se trocaran en algo más positivo, es decir, mientras llegara el día en que, botando la máscara, pudieran adueñarse cada cual de la porción que se tenían asignada de antemano, ambas potencias habían subscrito un pacto, por una de cuyas cláusulas se comprometían a obrar siempre de acuerdo en la Albania. Por eso fué que, cuando el duque de los Abruzzos bombardeó a Prevezza, durante la guerra italo-turca, el Austria protestó de esa medida con toda energía y el Gobierno italiano se apresuró a explicar la conducta del jefe de su flota.

Después de lo expuesto, se comprenderá la alarma que los triunfos de los aliados en la guerra del Oriente, provocaron en las cancillerías de Roma y de Viena. La presa, con tanta paciencia y tanto arte, acechada, amenazaba escapársele para ir a parar a poder de los vencedores de los turcos, los únicos que tenían derecho a repartirse la túnica del vencido.

Pero ni el Austria ni la Italia pensaron, por un momento, en someterse a las circunstancias y en permitir que los triunfadores ya fueran servios, montenegrinos o griegos, pudieran aprovecharse de una sola pulgada del territorio a que ellos se consideraban con derecho. Antes por el contrario, estimaron llegado el momento de anexarse definitivamente la Albania, o, si las demás potencias se oponían a ello, a exigir que, cuando menos, se la declarara Estado independiente, sometido al control y a la vigilancia de la Europa, quien habría de delegar sus poderes en los dos países que tenían ya intereses y vinculaciones en el nuevo Estado.

La actitud resuelta de las dos potencias del Adriático, dió a entender a los plenipotenciarios de Londres, que era indispensable al mantenimiento de la paz europea, que los efectos de la guerra balkánica no se extendieran a la Albania, o lo que es lo mismo, que esa importante sección del Imperio turco continuara sometida a las influencias de sus dos poderosas vecinas y libre de toda dependencia

La paz balkánica.—Tout est bien qui finit bien

o de todo contacto con los países que habían resultado vencedores en esa lucha. Como sabemos que ni la lógica ni la equidad eran consultadas por los diplomáticos europeos, estos resolvieron, a trueque de salvar la dificultad y para evitar que el Austria y la Italia se hicieran dueñas exclusivas de la Albania, erigir esta provincia en Estado autónomo sometido, en el nombre a la fiscalización de la Europa y en el hecho a la dependencia de Roma y de Viena.

La Albania libre, fué, pues, como lo decía Sir Edward Grey, uno de los dos números del programa indispensable al mantenimiento de la paz y que por lo tanto debía realizarse a toda costa.

Y se realizó, sin que esa suprema injusticia, ese inicuo atentado contra el derecho de los países que habían arrancado esos territorios de la dominación otomana, después de haberlos generosamente regado con su sangre, hiciera vacilar, por un momento, las encallecidas conciencias de los Gobiernos europeos.

Hemos visto que por el artículo 30 del tratado de Londres, el Sultán y los soberanos aliados, confiaban a los soberanos o jefes de Estado de las grandes potencias la tarea de señalar las fronteras de la Albania independiente, así como la facultad de resolver cualquiera dificultad que pudiere presentarse respecto de la creación del nuevo Estado

Con anterioridad a ese tratado y a la iniciación de los trabajos de trazado de la frontera septentrional, el Austria y la Italia habían comenzado a preocuparse del límite sur de la Albania y a agitar ante sus colegas de Londres la cuestión de saber hasta dónde podría recularse la frontera norte de la Grecia, **a fin de que el Estado recién nacido tenga territorios suficientes que le permitan vivir y bastarse a sí mismo.** "Por lo que hace al litoral " del Adriático y a la frontera meridional " de la Albania, decían los representan- " tes de esas potencias, el interés del Aus- " tria y de la Italia está en que la Grecia, " dueña ya de Corfou, no llegue tan al " norte que pueda hacerse asimismo dueña " del estrecho de ese nombre y crear allí " una base naval que modificaría grave- " mente la situación en el Adriático."

Con el objeto de parar el golpe, el Gobierno de Grecia, hizo saber a las potencias que estaba dispuesto a permitir la neutralización de todo el territorio de la costa, ocupado por griegos, desde Corfou hasta la bahía de Gramala. Agregaba la cancillería griega que en el tratado de cesión de las islas jónicas, hecha por la Gran Bretaña, se estipulaba que Corfou sería territorio neutral y que, a pedido del Austria, se habían demolido todas las fortalezas que existían en la isla de Vido, frente a Corfou. Que, por lo tanto, Corfou no podría servir jamás de base naval, como manifestaba tenerlo la Italia. El Gobierno de Atenas hacía presente, todavía, que la Francia no considera las islas del Estrecho como una amenaza, aún cuando estén fortificadas y que la Italia, durante cincuenta años, no ha creído que la ocupación de Corfou por la Grecia, sea un peligro para nadie.

La discusión está aún pendiente, puesto que la demarcación de la frontera meridional no se ha terminado hasta ahora, pero todo hace presumir que ante el Tribunal de las grandes potencias tengan más peso los argumentos de la Italia que las consideraciones morales y de índole geográfica o etnográfica que pueda aducir la Grecia en apoyo de lo que ella estima su derecho.

En cumplimiento del mandato que les confiere el artículo 3.o del tratado de Londres, las cancillerías europeas se preocuparon de preparar una Constitución para el país cuya creación proyectaban, y, al efecto, encargaron a los representantes austriacos e italianos ante la Conferencia, la redacción de un proyecto de Estatuto para la Albania, proyecto que fué sometido a la reunión de embajadores a principios de Mayo de 1913.

Las medidas principales aconsejadas por esos representantes y que merecieron la aceptación de la Conferencia, pueden reducirse a las siguientes:

1.a Creación de una gendarmería organizada y mandada por oficiales extranjeros.

A los embajadores de Londres les corresponderá resolver si esos oficiales serán contratados en países neutrales como la Suiza o la Bélgica, o en Austria e Italia.

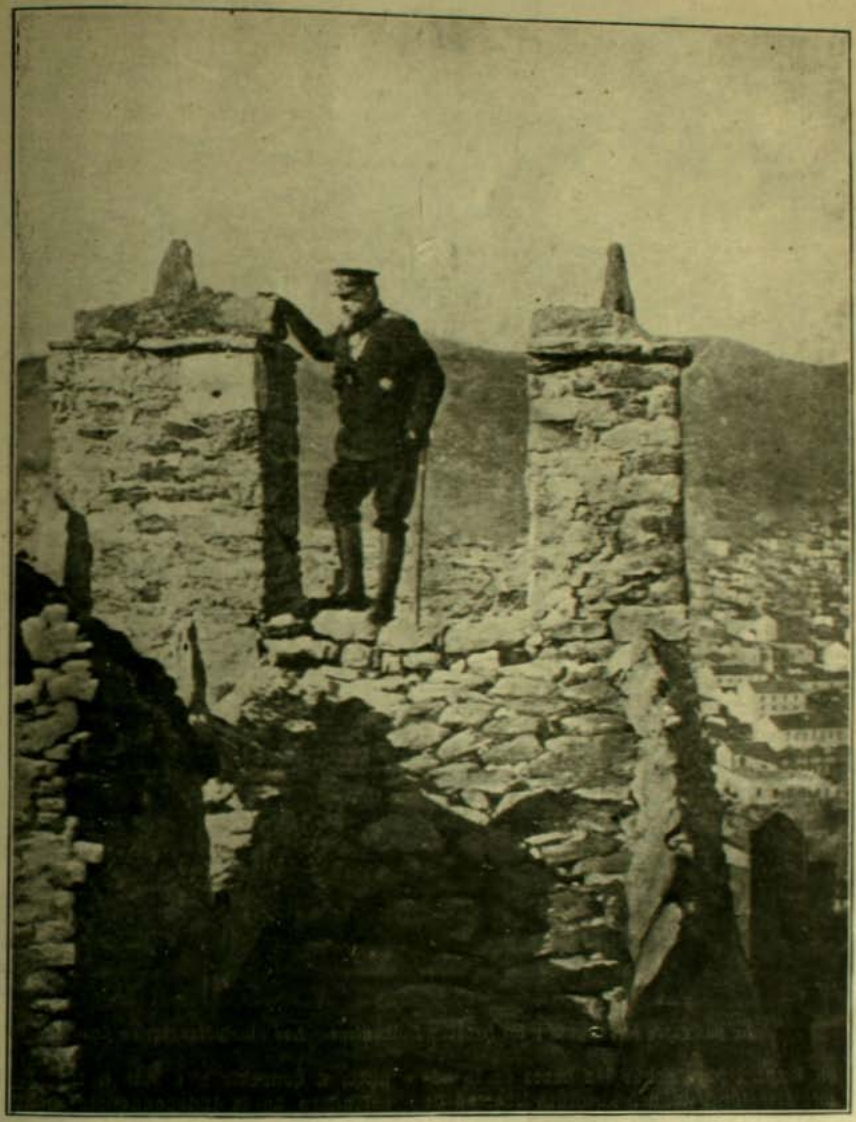
2.a Para pagar esa gendarmería, las potencias avanzarán los primeros fondos a la Albania. El Austria y la Italia se ofrecen, si hubiere dificultad para ello, a prestarle el dinero necesario o a contratar un empréstito internacional con la garantía de ambas.

3.a Para crear al nuevo Estado fuentes de entradas, se organizará un sistema de impuestos modernos y se suprimirán los diezmos antiguos que se pagaban muy irregularmente.

4.a Por lo que hace a la administración de justicia, se tomará como modelo al Egipto. Los indígenas serán juzgados por jueces y tribunales indígenas. Los cónsules conocerán de las cuestiones que se susciten entre extranjeros o entre éstos e indígenas. Un tribunal internacional hará las veces de Corte de Apelaciones.

5.a El proyecto de Constitución, consulta, por último, la creación de escuelas, de caminos, de puertos y de ferrocarriles. Las principales vías férreas deberán unir a Vallona con Monastir, a Durazzo con Uskub y al Adriático con la antigua red ferroviaria turca.

Respecto de la forma de gobierno del nuevo Estado, la Conferencia de Londres, resolvió que la Albania sería erigida, sois



Una actitud de conquistador.— El Czar de Bulgaria contemplando las ruinas de la fortaleza de Kavalo

meses después de la aprobación definitiva del proyecto austro-italiano, en un principado, y que la persona del príncipe sería designada por las potencias.

El Austria y la Italia querían que esa designación se hiciera inmediatamente. Las potencias de la Triple Entente deseaban, por el contrario, que se retardara por un año.

El nombramiento del príncipe albanés, lo hará una comisión internacional compuesta de seis representantes de las grandes potencias y de un representante de la Albania. La comisión deberá reunirse

La paz entre la Turquía y los Estados Balkánicos.—Los plenipotenciarios firmando en cinco ej

en Scutari para echar las bases de la administración y tendrá absoluta libertad de acción. Deberá también ocuparse, entre otras cosas, en examinar si convendría o no organizar una asamblea representativa con el concurso de todos los jefes de tribus o de claus del país.

En buenas cuentas, esa comisión tendrá a su cargo todo lo que se refiere a la organización política y administrativa del flamante Principado.

La labor de los embajadores europeos, por lo que toca a la Albania, se redujo, pues, a concebir y a dar a luz, **la idea salvadora** de la independencia albanense, destinada a postergar, según propia confesión, **el estallido de ambiciones que se encontraban frente a frente**. Esperemos que el remedio no resulte peor que la enfermedad, y que no tengamos que contemplar, de aquí a poco, como consecuencia de esta odiosa **combinación**, el espectáculo de otro estallido muho más formidable que acaso envuelva a los oprimidos y a los opresores de hoy.

Los delegados de Londres, no alcanza-

...lares el tratado de Londres el 30 de Mayo en la sala de los retratos del palacio de Saint-James

ron ni siquiera a designar el territorio que deseaban adjudicar al nuevo Estado. Se separaron sin haber demarcado su extremidad meridional. En cambio, el trazado de su frontera norte, les deparó la oportunidad de perpetrar, acaso el más irritante de la larga lista de atropellos que registra la historia de la intervención europea en el conflicto balkánico.

El más pequeño de los países que subscribieron la coalición de 1912, el Montenegro, fué, como se recordará, el que primero rompió el fuego contra la Turquía y el sitio de Scutari por el ejército montenegrino, que siguió muy de cerca a la apertura de las hostilidades, fué, asimismo, una de las primeras operaciones militares de importancia de la guerra de Oriente. No entra en nuestros propósitos relatar las incidencias de ese sitio memorable, que duró cerca de seis meses, y en el cual sitiados y sitiadores hicieron derroche de valor, de astucia y de tenacidad.

El Montenegro cifraba todas sus ambiciones en la toma de Scutari; comprendía

que sólo del lado de la Albania había para él expectativas de ensanchamiento territorial, ya que no podía soñar en disputarle a la Servia, su aliada, los valles de Novibazar, de Diakova o de Uskub, que esta última había ocupado, desde un principio, con sus tropas y que estaba absolutamente resuelta a anexarse después de la lucha.

A la ocupación de la plaza de Scutari, y de los territorios circunvecinos, hasta el Adriático, vinculaban, pues, tanto el Gobierno, como el ejército y el pueblo montenegrinos, el éxito de la lucha a que se habían lanzado y el honor de sus armas tantas veces victoriosas. La posesión de Scutari representaba para ellos no sólo satisfacciones de amor propio nacional sino también, la **única** compensación posible a los enormes sacrificios de todo género impuestos a su patriotismo por las crueles necesidades de la guerra. Era, por consiguiente, indispensable vencer y entrar en son de triunfadores a la ciudad de que habían jurado hacerse dueños ante el altar de la patria.

Pero las grandes potencias tenían ya resuelta la intangibilidad de la Albania y se apresuraron a notificar al Gobierno montenegrino la orden de levantar el sitio de Scutari y de retirar sus tropas del territorio albanes. La negativa del Montenegro para acatar esa orden, trajo como consecuencia la demostración naval de Antivari y el bloqueo de la costa montenegrina del Adriático desde Cattaro hasta Durazzo, por una escuadra internacional.

El Montenegro no cejó por eso en su propósito, sino que, por el contrario, desafiando las iras de la Europa, estrechó el cerco de la plaza en forma tal, que el 22 de Abril del año último, Scutari abría sus puertas y se rendía al ejército sitiador.

Las primeras noticias que se tuvieron de ese hecho de armas, anunciaban que Scutari había sucumbido después de un asalto sangriento y que la guarnición turca había sido hecha prisionera. Pero cuarenta y ocho horas más tarde, se aseguraba que Essad Pachá, el jefe de la plaza, había salido con los honores de la guerra a la cabeza de sus soldados, llevándose sus cañones, sus municiones, y sus bagajes y se agregaba, todavía, que el Rey Nicolás se había entendido con el general turco, quien había traicionado a su Gobierno y hecho entrega de la ciudad confiada a su defensa al ejército montenegrino, a trueque de obtener para sí la soberanía de la Albania, aceptando como frontera de sus Estados las que señalaran en el norte los servios y los montenegrinos y en el sur los griegos.

Esos rumores produjeron cólera en Viena y estupor en todos los círculos diplomáticos. Se decía que Essad Pachá Toptan, mitad burgués, mitad bandido, jefe de un clan feudal de Tirana y creatura del régimen **hamidiano**, se había pasado con toda desenvoltura al Partido Unión y Progreso, se había hecho elegir diputado como joven turco y se había plegado en seguida, a la revolución albanense, y entrado con una división en Scutari, cuyo gobernador era Hasan Riza, a quien habría hecho asesinar para apoderarse del mando de la plaza.

Según sus biógrafos, Essad Pachá no bien supo que las potencias tenían decidida la creación de una Albania autónoma, sintió debilitarse su patriotismo, hizo enarbolar en los edificios de la ciudad el pabellón del nuevo Estado, y continuó defendiendo la plaza con todo vigor, hasta el día en que, según las informaciones austriacas, resolvió entrar en **pomparlers** con el Rey de Montenegro.

¿Hubo en realidad **acuerdo** entre esos dos hombres y el Rey Nicolás intentó matar dos pájaros de una pedrada, como se dice vulgarmente, tratando de asegurarse, junto con la posesión de Scutari, la amistad de su futuro vecino albanés?

Nadie podría asegurarlo y en todo caso el enigmático personaje turco, protestó enérgicamente de los propósitos que se le atribuían, afirmando que no había tenido jamás la intención de subir a un trono y telegrafiando al Gobierno de Constantinopla, para preguntar lo que debía hacer con sus tropas.

La noticia de la capitulación de Scutari y de las negociaciones, que se decían entabladas entre Essad Pachá y el Rey de Montenegro, provocaron un estallido de indignación en las cancillerías europeas, y muy especialmente, en la de Viena. El 27 de Abril, los representantes de las grandes potencias en Cettigni, hicieron entrega al Gobierno montenegrino de una comunicación, en la que exigían la evacuación de Scutari y la entrega de la ciu-

dad al comandante de la flota internacional que se encontraba reunida en Antivari.

El Rey Nicolás contestó a las potencias el 30 de ese mes, en una larga e interesante exposición, en la que les hacía ver los motivos que le habían impedido someterse a las imposiciones de la Europa, respecto de las fronteras norte y noreste de la Albania.

"Mi gobierno, decía el soberano montenegrino, lamenta profundamente no haber sido consultado, en unión con sus aliados, a propósito de la delimitación de la Albania; esta ha sido, sin embargo, emancipada del yugo turco por nues-

Los sacrificios inútiles en Montenegro.—Una madre y su hijo sobre la tumba del padre caído en el asalto de Bardaniol en Scutari

" tras armas victoriosas y sólo a ellas " debe su libertad política. Por otra parte " sus límites determinan el asiento terri- " torial de los Estados aliados, como asi- " mismo una cantidad de intereses políti- " cos y económicos que no pueden sernos " indiferentes. La formación de un nuevo " estado albanés afecta profundamente la " evolución política de los estados balká- "nicos y la fijación de los límites de la Al- " bania no puede, por consiguiente causar " ejecutoria, sino después de la conclu- " sión de la paz entre los aliados y el im- " perio otomano."

Conviene tener presente en efecto, para poder apreciar mejor el carácter odioso de la imposición europea, que todo esto acontecía en plena guerra, con mucha anterioridad a la celebración del Tratado de Londres.

"Toda medida, agregaba esa comunica- " ción, que tomen las potencias para la " evacuación de las plazas sitiadas y de los " territorios ocupados, así como para la " cesación de las hostilidades, constituye " necesariamente una violación de la neu- " tralidad, del derecho que tienen los alia- " dos para operar como beligerantes en " toda la extensión del teatro de la guerra " turco-albánica y por consiguiente una " limitación arbitraria de la base de nego- " ciaciones de paz con el imperio otoma- " no."

Y añadía: "Habiendo decidido las gran- " des potencias el bloqueo de la costa mon- " tenegrina a fin de obtener el abandono " del sitio de Scutari, mi gobierno, no por " el placer de desafiar la voluntad de la " Europa, sino en la plena conciencia de " sus deberes nacionales, rehusó some- " terse a una decisión que le privaba de " una ciudad y de un territorio considera- " rados por él, de acuerdo con la nación " entera, como esencialmente **importantes** " **para el Montenegro.**"

La exposición del soberano montenegrino continuaba demostrando con argumentos inamovibles, que, por desgracia para él no tenían la fortuna de impresionar a las grandes potencias, lo bien fundado de su derecho y la enormidad de la injusticia de que pretendían hacerlo víctima y terminaba, en tono digno y sereno, manifestando a los embajadores de Londres que abordaría la cuestión de Scutari el día en que durante el curso de las negociaciones de paz con la Turquía, los aliados entraran a discutir con las grandes potencias la fijación definitiva de las fronteras de la Albania.

Como esa respuesta no lograra aplacar la hidrofobia europea, el Rey Nicolás, desalentado ya y en la esperanza de obtener alguna ventaja, por insignificante que fuera, para su país, ordenó a su Ministro en Londres que se acercara a Sir Edward Grey a declararle que el Montenegro estaba dispuesto a evacuar Scutari en cambio de ciertas compensaciones territoriales.

Esta nueva proposición, tan moderada y tan justa, no fué ni siquiera tomada en consideración. Por el contrario, el Austria y la Italia, estimando comprometido su prestigio de países fuertes, por la resistencia del pequeño Montenegro a obedecer sus órdenes, se decidieron a la acción y se pusieron de acuerdo, no sólo para una intervención armada, sino también para la repartición de la Albania entre ellas dos.

Las demás potencias fruncieron el ceño, el cielo de la paz se nublaba y la tempestad se anunciaba amenazante. La Rusia redobló de esfuerzos ante el gobierno montenegrino para obtener que se diera a la razón y que evitara un conflicto que le acarrearía no sólo la pérdida de Scutari, sino la de su propia independencia nacional.

Los consejos de la Rusia y el temor de arrastrar a su país a los abismos que le señalaban, inclinaron al Rey Nicolás a someterse a las exigencias de la Europa. Antes de tomar una determinación que tanto costaba a su patriotismo y a su orgullo, convocó a un consejo de guerra a sus Ministros y a sus generales. La mayoría de esa asamblea se pronunció en favor de la sumisión a las potencias. El debate fué muy emocionante. El Rey declaró que estimaba imposible resistir por más tiempo a la presión europea. Los Ministros presentaron su renuncia al soberano y éste envió, entonces, a Sir Edward Grey el altivo telegrama en que le decía que la dignidad del Montenegro no le permitía inclinarse ante una exigencia aislada, pero que cedía Scutari para conformarse a la voluntad de la Europa entera.

"Mi gobierno, exclamaba el anciano " monarca, ha expuesto en su nota de 30 " de Abril, las razones de su actitud en la

Una jornada gloriosa para las armas montenegrinas.—Los estandartes reales sobre la cima del Taraboch

" cuestión de Scutari. Esa actitud se ha
" conformado a los imprescriptibles prin-
" cipios de la justicia.

"Afirmo, una vez más, en unión con mi
" pueblo, nuestro derecho consagrado por
" la historia y por la conquista. Así mi
" dignidad como la de mi país no me per-
" miten someterme a imposiciones aisla-
" das. Entrego, por consiguiente, la suerte
" de Scutari a las potencias."

La conferencia de Londres tomó nota de esa determinación y el 5 de Mayo ordenó al comandante de la división internacional encargada del bloqueo del litoral montenegrino, que se hiciera cargo de la ciudad y que encomendara su custodia a fuerza de marinería de los distintos países bloqueadores. El Presidente de la Conferencia, aprovechó la oportunidad para insistir solemnemente sobre el carácter internacional de la cuestión albanesa.

El derecho había sido pisoteado por vez vigésima, pero la crisis que por un momento amenazó a la Europa, estaba definitivamente conjurada.

Para que podamos formarnos una idea aproximada de la magnitud del sacrificio impuesto al Montenegro por la terquedad de las potencias, conviene que oigamos al señor Mouchkevitch, el hombre de confianza del Rey Nicolás. En un interview que publicó el "Matín" de París, a raíz de los acontecimientos que acabamos de relatar, ese personaje decía:

"Con una población de 200,000 almas,
" hemos armado y equipado 36,000 hom-
" bres; no han quedado en los campos
" sino las mujeres, los niños y los ancia-
" nos. El bloqueo que se extendía de Cat-
" taro a Durazzo impedía toda importa-
" tación de víveres en nuestro país, ago-
" tado por el hambre.

"Hace poco tiempo, antes de intentar
" los últimos sacrificios para el asalto fi-
" nal, pedimos a las potencias que nos
" acordaran una compensación territorial
" en cambio del abandono del sitio de
" Scutari. La conferencia de Londres nos
" rechazó brutalmente.

"¿Por qué la Europa si no quería de-
" jarnos Scutari, no nos dijo desde el prin-
" cipio de la guerra, antes que su pose-
" sión nos costara tantos hombres y tan-
" to dinero?"

Es el grito dolorido del débil ultrajado. Es la voz de la impotencia que enrostra a la fuerza su torcido proceder.

Cuando el 30 de Mayo, los delegados turcos y balkánicos, subscribieron en Londres el tratado de paz, tantas veces citado, el primer representante del Montenegro levantó su voz para protestar por última vez.

"Hemos firmado la paz, dijo, porque no
" nos quedaba otra cosa que hacer. Nos
" felicitamos por la paz, pero lamentamos
" profundamente las condiciones en que
" nos hemos visto obligados a aceptarla.

"Mi país ha hecho mayores sacrificios
" que cualquiera de los otros países alia-
" dos. Y, sin embargo, después de una
" guerra feliz, se nos despoja del fruto
" de nuestra victoria. Han hecho de no-
" sotros **l'enfant souffre-douleur** de la
" Europa.

"La Gran Bretaña ha desempeñado un
" rol principal cuando se trató de privar-
" nos de Scutari y, como lo hice notar en
" mi discurso a Sir Edward Grey, la con-
" sideramos, ahora, despues de firmada
" la paz, como nuestra deudora y conta-
" mos con ella para obtener una modifi-
" cación de la frontera albanesa que nos
" permita tener tierras cultivables y un
" camino natural entre Podgoritza e
" Ipek."

Las dificultades suscitadas por la creación de la Albania independiente y de las cuales la más grave, la más peligrosa, ha sido y será, sin duda alguna, la cuestión de Scutari, continuaron produciéndose después de firmada la paz y de disuelta la conferencia de Londres.

El 20 de Septiembre último, los representantes diplomáticos de la Servia en Europa, hacían saber a las cancillerías europeas que el desórden más completo reinaba en las fronteras que separan a su país de la Albania; que grandes masas de albaneses armados habían atacado, en diferentes ocasiones, al ejército y a las autoridades servias y que, de consiguiente, el gobierno servio había resuelto rechazar por la fuerza cualquiera nueva agresión, lo que se apresuraba a poner en conocimiento de las potencias.

Los acontecimientos no tardaron en justificar esas previsiones. El 23 de Septiembre, un verdadero ejército albanés, compuesto de más de 6,000 hombres y mandado por oficiales **extranjeros**, penetró en

territorio servio y se apoderó de la ciudad de Dibra. En el acto el gobierno de Bulgaria envió una división a su encuentro, con el encargo de castigar a los invasores y de impedir la repetición de semejantes desacatos.

Esa actitud perfectamente justificada de parte de la Servia, no fué, sin embargo, del agrado del Austria, la que seguramente se dijo: "cet animal est trés mechant, cuand on l'attaque il se défend". El 10 de Octubre, el Encargado de Negocios de Austria, de Storck, se acercó al canciller servio a manifestarle, de manera amigable, que su gobierno se permitía llamar la atención del gobierno servio, sobre las serias consecuencias de una acción militar contra la Albania, que podría atentar a las decisiones de la Conferencia de Londres. El Ministro se limitó a retirar al Encargado de Negocios, lo que había hecho presente, ya, al representante de la Italia, a saber, que la Servia no adoptaría sino una actitud defensiva contra sus agresores; que no pensaba apoderarse de territorios de la Albania y que estaba firmemente decidida a respetar los acuerdos tomados en la reunión de Embajadores de Londres.

Se creyó, por un momento, que la declaración tan franca y tan respetuosa del canciller servio, calmaría las susceptibilidades austriacas, no fué así sin embargo. El 16 de Octubre, el señor de Storck insistió ante el gobierno de Belgrado en la necesidad de "respetar las decisiones de la Conferencia de Londres relativas a la delimitación albanesa". Esta nueva exigencia iba, ahora, apoyada de manera también amigable, por los representantes diplomáticos de la Alemania y de la Italia.

Croquis mostrando las dificultades de la partición entre los aliados balkánicos, de los territorios conquistados

El canciller servio creyó, entonces, del caso contestar a los gobiernos de esas potencias en los siguientes términos:

"Después de haber expulsado del territorio servio, las bandas de albaneses y de haber ocupado las posiciones estratégicas reconocidas como indispensables para proteger a mi país contra una nueva agresión, el ejército servio ha recibido la orden de no adelantarse más en la Albania.

"Las tropas servias acamparon, pues,

" provisoriamente en sus actuales posi-
" ciones, hasta el momento en que la paz
" quede asegurada por la demarcación de-
" finitiva de las fronteras de ambos es-
" tados."

"Dada la efervescencia revolucionaria
" que reina en la Albania y la ausencia
" completa, que allí existe, de toda auto-
" ridad capaz de restablecer el orden y
" dadas, asimismo, la eventualidad, más
" aún, la probabilidad de nuevos ataques
" contra nuestro territorio, el ejército ser-
" vio ha recibido instrucciones en el sen-
" tido de tenerse listo para rechazar cual-
" quier agresión, sin pasar más allá."

La Cancillería de Viena aparentó considerar esa comunicación como una negativa del gobierno servio a acceder a sus amigables insinuaciones y al día subsiguiente, 18 de Octubre, el Encargado de Negocios austriaco, entregó al gobierno de Belgrado una nota que tenía los carácteres de un ultimátum y que contenía una intimación hecha al gobierno servio para que su ejército evacuara completamente, en el término de ocho días, el distrito de la Albania autónoma que se había permitido ocupar.

Ante una exigencia formulada en tono tan brutal, tan perentorio, tan poco amigable, la Servia no tuvo más recurso que inclinarse y obedecer.

Esa nota puso fin al incidente. Conviene agregar que la Alemania y la Italia, aún cuando no se habían asociado al ultimátum austriaco, habían manifestado, sin embargo, por medio de su prensa oficiosa, que aprobaban la actitud del gobierno de la Monarquía dual. Esa actitud fué severamente condenada, en cambio, en Francia, en Inglaterra y en Rusia.

La demarcación de la frontera meridional de la Albania ha dado origen, también, a serias dificultades entre el gobierno de Grecia y las cancillerías de Roma y de Viena. Estas últimas acusan a la Grecia, en una nota enviada a Atenas el 30 de Octubre último, de obstaculizar la labor de la comisión delimitadora, valiéndose de toda clase de procedimientos a fin de que esa comisión no pueda verificar el idioma hablado por los habitantes de los territorios que se trata de demarcar. "En
" el caso, dice esa nota, que a consecuen-
" cia de las intrigas helénicas, los trabajos
" de la comisión sufran retardo, los ga-
" binetes de Roma y de Viena creen de su
" deber manifestar al gobierno helénico,
" que no consentirán por ningún motivo,
" que la evacuación de la Albania y aún
" la de los territorios disputados, se pos-
" tergue más allá del 31 de Diciembre,
" fecha fijada por la Conferencia de Lon-
" dres."

En respuesta el gobierno de Atenas manifestó que había facilitado de todas las maneras posibles la labor de la comisión de la Albania meridional y que la mejor prueba de ello eran los agradecimientos que siempre había recibido de esa comisión. Que lo que en realidad motivaba el envío de la nota austro-italiana, eran las dificultades con que habían tropezado esas potencias en presencia de una población incontestablemente griega.

A la hora en que esto escribimos, deben ya estar resueltas todas las dificultades relativas a la delimitación de la Albania. Así al menos es de esperarlo, en obsequio de la paz y en bien de todas las potencias, grandes o pequeñas, interesadas en la solución de ese arduo problema.

Sólo nos resta agregar respecto de la cuestión albanense, que el trono del nuevo Estado fué ofrecido por las grandes potencias al príncipe de Wied; quien ha subordinado su aceptación a las condiciones siguientes:

1.o Que se le deje toda libertad para redactar la constitución que debe otorgar a sus súbditos.

2.o Que la integridad de la Albania sea garantizada por las potencias.

3.o Que se le permita conceder libertad de cultos; y

4.o Que las grandes potencias le presten su colaboración financiera para la organización de las finanzas de la Albania.

Si la creación del principado albanés está por lo menos aparentemente terminada, en cambio la nacionalidad de las islas del mar Egeo está todavía en suspenso y pendiente de las resoluciones de las grandes potencias. Como lo dijimos más arriba, hay una circunstancia que retarda y que entorpece esa resolución; a saber la cláusula del Tratado de Lausanne que autoriza a la Italia a ocupar temporalmente las Sporadas, hasta que la Turquía haya cumplido con las estipulaciones de ese Tratado y retirado de la Tripolitania todos los oficiales y soldados turcos.

¿Cuándo evacuará la Italia esas islas? ¿Qué ocurrirá si la Turquía retarda indefinidamente el cumplimiento de sus obligaciones? Difícil es adelantar una respuesta. Cedamos la palabra a Sir Edward Grey que al referirse en la Cámara de los Comunes a la cuestión de la islas Egeas, dijo: "La suerte de todas esas islas, comprendidas, las que ocupa temporalmente la Italia, es una cuestión que interesa a todas las grandes potencias y que serán resueltas por ellas. Ninguna gran potencia podrá reservarse una sola de esas islas para sí."

"Una cuestión se presenta. ¿Qué sucederá si por culpa de la Turquía, la ocupación italiana se prolongara indefinidamente? No podemos dudar por un sólo instante que la Italia no tenga la intención de cumplir el compromiso contraído por ella en Lausanne, de retirarse de esas islas no bien la Turquía cumpla, a su vez, los suyos. Tenemos fe en su palabra y sabemos que ella insta al gobierno del Sultán a que evacue la Tripolitania.

"Pero no tenemos para qué ocuparnos, por ahora, de lo que sucederá, si se produce un aplazamiento indefinido. Lo importante es que se haya claramente sentado el principio de que **la destinación de las islas del mar Egeo interesa a todas las grandes potencias y que ninguna de ellas puede reservarse una sola.**"

Hemos llegado al término de nuestro trabajo y nos halaga la esperanza de haber logrado demostrar que si, la intervención europea en los Balkanes fué beneficiosa para la causa de la paz europea (en la hipótesis de que la guerra de oriente hubiera podido llegar a producir una conflagración continental) sus consecuencias fueron, en cambio, de funestos resultados para los países que se embarcaron en esa aventura, creyendo que en su carácter de naciones soberanas estarían a cubierto de violencias, de vejámenes y de intromisiones extrañas.

La lección ha sido dura, esperemos que sea provechosa y que la suerte de los beligerantes de ayer sirva de ejemplo y de escarmiento en el futuro a los países pequeños que se sientan tentados a ventilar, sable en mano, sus querellas.

LUIS ALDUNATE.

CLAROBSCURO

En el dintel del cielo llamó por fin la esquila,
Tumban las carrasqueñas voces de los arrieros
Que el eco multiplica por cien riscos y oteros,
Donde baten bandadas de pañuelos en fila...

El humo de las chozas sube en el aire lila;
Las vacas maternales ganan por los senderos;
Y al hombro sus alforjas, leñadores austeros,
Tornan su gesto opaco a la tarde tranquila....

Cerca del Cementerio—más allá de las granjas—
El crepúsculo ha puesto largos toques naranjas.
Almizclan una abuela paz de las Escrituras

Los vahos que trascienden a vacunos y cerdos...
Y palomas violetas salen como recuerdos
De las viejas paredes arrugadas y obscuras.

JULIO HERRERA REISSIG.

EL HORROR de las ALTURAS

Por

ARTURO CONAN DOYLE

AUTOR DE LAS "AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES", "EL MUNDO PERDIDO" ETC., ETC.

La idea de que el extraordinario relato llamado "El fragmento Joyce Armstrong", es sólo una broma bien urdida por alguna persona de buen humor fantasmagórico y siniestro, ha sido ahora abandonada por cuantos han tenido ocasión de examinar los hechos. El más fantástico y macabro de los bromistas, habría vacilado antes de ligar un chiste de mal género, a los trágicos acontecimientos que comprueban aquel relato. Aunque las aserciones en él contenidas son estupendas y aún monstruosas, debemos más bien ajustar nuestras ideas al nuevo orden de cosas, antes que encerrarnos en una incredulidad sin fundamento sólido.

Nuestro mundo parece estar separado por una frontera débil y precaria de los más extraños e inesperados peligros. Trataré en esta narración, que reproduce el documento original, en forma necesariamente fragmentaria, mostrar primero al lector el conjunto de los hechos, y comenzaré por declarar que si puede caber alguna duda en cuanto al relato de Joyce-Armstrong, no puede haber cuestión alguna, acerca de los hechos que conciernen al teniente Myrtle y a Mr. Hay Connor, quienes indudablemente encontraron su fin en la forma descripta.

El fragmento Joyce-Armstrong fué recogido en el campo llamado Lower Haycock, a una milla al oeste de Withyham, en los límites de los condados de Kent y Sussex. El 15 de Septiembre último, un labrador, James Flynn, al servicio del fundo Chauntry (Withyham), percibió un tubo roto al borde del camino que conduce a Lower Haycock. Pocos pasos más lejos recogió unos anteojos binoculares también destrozados. Por último, entre las ortigas que cubrían un foso, halló un libro que resultó ser una cartera de apuntes con hojas arrancables, algunas de las cuales, estaban sueltas y esparcidas al rededor. El individuo recogió las que pudo, pero algunas se habían extraviado definitivamente, dejando un deplorable vacío en aquella importante relación.

El labrador llevó la cartera a su patrón, quien a su turno la puso en manos del doctor J. H. Atherton de Hartfield. Este caballero reconoció la necesidad de un examen detenido, y el manuscrito fué en-

viado al Obro Club de Londres, donde existe hasta ahora.

Las dos primeras páginas del manuscrito se han perdido, y lo mismo sucede con la última del relato, aunque ella no afecta a la general coherencia de la historia. Se supone que las del principio, contenían los certificados de Mr. Joyce-Armstrong como aeronauta, las cuales han podido obtenerse de otras fuentes y lo colocan como el más hábil de los pilotos aéreos de Inglaterra. Por muchos años fué considerado entre los más atrevidos e inteligentes aviadores, e inventor de no pocos perfeccionamientos mecánicos, entre los que se incluye el montaje giroscópico que lleva su nombre.

La parte principal del documento, está escrita claramente con tinta, pero las últimas líneas lo han sido con lápiz y en forma tan apresurada e irregular, que son difícilmente legibles, como si se las hubiera trazado en el inseguro asiento de un aeroplano.

Existen, debo agregar, varias manchas en la última página y en la cubierta del libro, manchas que los expertos han reconocido como probablemente de sangre humana, pero, en todo caso de un animal mamífero. El hecho de haberse encontrado en esas manchas, algo semejante a los organismos de la malaria, enfermedad de que se sabe padecía Mr. Joyce-Armstrong, es un ejemplo notable de los nuevos recursos que la ciencia moderna, ha puesto a la disposición de los detectives.

Digamos ahora una palabra acerca de la personalidad del autor de este transcendental relato. Joyce-Armstrong, según los pocos amigos que le conocieron de cerca, fué poeta y soñador, tanto como mecánico y hombre de ciencia. Era muy rico, y empleó buena parte de su fortuna en la prosecución de sus experiencias. Tenía cuatro aeroplanos de su propiedad, en su hangar cerca de Denises, y se dice que efectuó no menos de ciento setenta ascensiones en el curso del año último.

Era un hombre retirado que padecía de frecuentes melancolías, durante las cuales evitaba toda sociedad con sus semejantes. El capitán Dangerfield, que lo conoció mejor que nadie, dice que había ocasiones en que su excentricidad amenazaba degenerar en algo más serio. Su costumbre de llevar un fusil en su aeroplano, era una manifestación de ello. Otro rasgo del mismo género, fué el efecto que hizo en su cerebro la caída del teniente Myrtle.

Myrtle que trabajaba por obtener el record de elevación, cayó desde una altura de más de nueve mil metros. Lo más horrible del caso, es que la cabeza había desaparecido enteramente aunque el cuerpo y los miembros, conservaban su configuración. En cada reunión de aviadores, según Dangerfield, Joyce-Armstrong preguntaba con enigmática sonrisa.... "¿Y qué se ha hecho la cabeza de Myrtle? Esta espantosa pregunta y la forma en que era formulada, tenía el privilegio de helar la sangre de cuantos la oían.

En otra ocasión, después de once, durante el Congreso de Aviadores de Salisbury, provocó un debate acerca del peligro más permanente que un aviador podía encontrar en los aires. Después de oir diferentes opiniones, concluyó por encogerse de hombros, y sin exponer la suya, dió a entender que ella diferia notablemente de las de sus compañeros. Merece notarse que, después de su desaparición, se encontró que sus negocios privados se hallaban dispuestos en una forma tan perfecta, como si aquel desastre lo hubiera él previsto con mucha anterioridad.

Después de estas explicaciones esenciales, reproduciré ahora el relato, exactamente como él comienza en la página 3 del libro manchado de sangre.

"Sin embargo, cuando comí en Rheims con Coselli y Gustavo Raymond, encontré que ninguno de los dos temía peligros especiales en las altas capas de la atmósfera. No les dije expresamente lo que yo pensaba sobre el particular, pero dejé escapar lo bastante para que, si hubieran tenido alguna idea de ello, no dejaran de decirlo. Al fin y al cabo eran dos pobres prójimos, sin pensamientos más altos que el de ver sus nombres escritos en los periódicos. Es interesante anotar que ninguno de ellos había subido más allá de los seis mil metros. La verdad es que los hombres han alcanzado alturas mucho mayores en globo o subiendo montañas. Debe ser aún más arriba cuando el aeroplano entra en la zona peligrosa, siempre que mi hipótesis sea exacta.

"El aeroplano cuenta ya veinte años de existencia, y uno puede preguntarse por qué semejante peligro no se nos ha revelado antes. La respuesta es obvia. En los primeros tiempos, con máquinas débiles, cuando un

Gnome de cien caballos de fuerza era considerado suficiente para todas nuestras necesidades, los vuelos fueron muy limitados. Ahora que los trescientos caballos de fuerza son la regla más que la excepción, las ascensiones a las altas capas atmosféricas son de día en día más fáciles y frecuentes. Muchos recordarán que el joven Garros se hizo de una reputación universal alcanzando los 5,700 metros, y que el paso de los Alpes fué considerado como una hazaña.

"Esos tiempos están lejanos, y se verifican hoy veinte veces más vuelos a las altas regiones que en los años anteriores. Muchos de ellos han terminado sin accidentes. La altura de 9,000 metros ha sido alcanzada más de una vez sin más peligros que el frío o la puna."

"¿Qué prueba esto? Un forastero podría descender mil veces a este planeta sin encontrar un solo tigre. Sin embargo los tigres existen, y si se desciende en una *jungle* (1) uno puede ser devorado. Hay "jungles" en la alta atmósfera, y seres peores que los tigres las habitan. Creo que tales "jungles" podrían señalarse con el tiempo en un mapa. Hoy mismo, creo poder dar el nombre de dos de ellas. Una está encima de Pau y Biarritz en Francia. Otra existe precisamente sobre mi cabeza, aquí en Wiltshire, donde escribo. Sospecho que hay una tercera sobre Hamburgo y Wiesbaden.

"La desaparición de ciertos aviadores fué lo primero que me dió qué pensar. Les suponían caídos al mar, pero esa explicación no era para mí satisfactoria. Primero fué Verrier en Francia. La máquina fué encontrada cerca de Bayona, pero su cuerpo no apareció nunca.

"Vino en seguida el caso de Baxter, aunque su aeroplano y algunas piezas de metal aparecieron en un bosque de Leicestershire. Aquella vez el doctor Middleton de Amesbury que observaba el vuelo con un telescopio, declaró que justamente antes de que las nubes se la ocultaran había visto la máquina, a una enorme altura, subir perpendicularmente en una serie de saltos gigantescos, en forma disparatada e imposible. Nada más se supo de Baxter.

"Además de otros sucesos de la misma índole, era digna de mención la muerte de Hay Connor. ¡Cuánto se habló del asunto! ¡Qué de columnas ocuparon los periódicos de a medio penique sin resultado de ningún género! Cayó en un tremendo "vol piqué" desde una altura incomensurable. No abandonó la máquina y murió en su asiento de piloto.

"¿De qué murió? Del corazón dijeron los médicos. ¡Imposible! El corazón de Connor era tan sano como el mío. ¿Qué dijo Venables? El fué el único que presenció su muerte. Dijo que Connor temblaba como un azogado... "Murió de miedo" decía Venables, pero no se imaginaba qué cosa pudo asustarle así... Solo pronunció una palabra, antes de morir, que sonaba algo así como "monstruos"... Nadie dió importancia al asunto.... Pero yo sí....

"¡Monstruos! Esa fué la última palabra del pobre Hay Connor.... Y murió de miedo, como Venables lo sospechaba.

"Llegó al caso de la cabeza de Myrtle... ¿Puede alguien creer seriamente que la cabeza de un hombre sea separada de su cuerpo por la fuerza de una caída?.... Bien puede ser posible, pero yo nunca lo creí en el caso de Myrtle... ¿Y la grasa en sus vestidos?.... "Todo pringado de grasa" decía un testigo del sumario.... Nadie tampoco pensó dos minutos en tan rara circunstancia.... Yo, sí pensé y por largo tiempo.

"He hecho tres ascensiones. ¡Cómo se ha burlado Dangerfield de mi fusil! pero no he llegado lo bastante alto todavía. Ahora con esta ligera máquina "Paul Veroner" y su motor "Robur" de 175 caballos, será fácil que alcance los nueve mil metros mañana.... Por cierto que es peligroso... Pero quien quiera evitar todo riesgo, no se dedique a la aviación. Visitaré la "jungle" del aire mañana mismo, y si algo hay allí lo sabré.

"Si vuelvo habré conquistado la celebridad. Si no, este libro de apuntes, explicará lo que yo trataba de alcanzar, y cómo perdí la vida en la empresa. Pero que no continúen las suposiciones absurdas sobre accidentes misteriosos.

"He elegido mi monoplano Paul Veroner para esta empresa. No hay como un monoplano para trabajos serios. Beaumont descubrió esto hace ya mucho tiempo. Mi modelo es pequeño pero lo manejo como a un caballo de buena rienda.

La máquina es de sistema Robur de diez cilindros y 175 caballos de fuerza. Tiene todos los perfeccionamientos modernos: giroscopio estabilizador, tres velocidades y

(1) Regiones de la India habitadas por tigres.

Había virado mi monoplano para ver mejor aquella hermosa criatura, cuando, en un

pianes variables según el sistema veneciano.

"Llevé un fusil, y una docena de cartuchos cargados a bala. Era de verse la cara de Perkins, mi viejo mecánico, cuando le ordené que me los acondicionara. Iba vestido como un explorador polar, con dos jerseys bajo mi traje, gruesas medias y una gorra de pieles sobre mis anteojos de talco. Iba a subir más alto que el Himalaya.

Por supuesto que no olvidé una bolsa de oxígeno: el que busca un "record" de altura sin tomar esta precaución, corre riesgo de morir ahogado o helado, o de ambas cosas a la vez.

"Examiné cuidadosamente las alas, la rueda del timón y el elevador, antes de partir. Todo estaba en orden perfecto, hasta donde pude juzgarlo. Entonces monté en mi máquina que obedeció suavemente. Subí con la velocidad más baja. Después de dar dos o tres vueltas al rededor del aeródromo, levanté las alas para remontarme. El aeroplano subió lentamente en

momento, me encontré en medio de una verdadera manada de seres análogos

grandes espirales, bajo el cielo cubierto de nubes. Es importante elevarse poco a poco, para ir acostumbrando los pulmones a las grandes alturas.

"Era un día húmedo, nublado y caluroso del mes de Septiembre. Se sentía venir la lluvia. De cuando en cuando soplaban ráfagas de viento del Suroeste, una de ellas tan inesperada y violenta, que mi aeroplano se vió como envuelto en un torbellino. Recordé los tiempos en que las trombas y los "vacíos del aire" eran un peligro para los aviadores, cuando aún no habíamos aprendido a dotar nuestras máquinas con un gran exceso de poder. En el preciso instante en que alcanzaba la capa de nubes, a una altura de 900 metros, comenzó a llover.

"¡Y con qué fuerzas se descargaron las cataratas del cielo! El agua corría por encima de mis alas y me azotaba el rostro, empañándome los anteojos de modo que apenas podía ver. Cambié de dirección porque era demasiado penoso correr

contra la lluvia. A medida que iba subiendo, la lluvia se transformaba en granizo y hube de correr el temporal con la cola al viento. Uno de mis cilindros dejó de funcionar, pero con todo continué ganando altura con relativa seguridad.

"Pocos momentos después el entorpecimiento cesó y pude escuchar el armonioso golpe lleno de los diez cilindros. Maravillosos son nuestros silenciosos aparatos modernos. Ellos nos permiten controlar al oído el funcionamiento de la máquina. ¡Cómo trepidan y desentonan cuando andan mal!... Ese aviso del peligro no lo conocieron los antiguos aviadores, cuando todos los sonidos eran apagados por el monstruoso chillido de las bulliciosas máquinas de entonces... ¡Ah!... ¡Si los primeros conquistadores del aire pudieran siquiera contemplar la belleza y perfección de estos mecanismos cuyo adelanto compraron al precio de sus vidas!

"Hacia las 9.30, estaba ya cerca de las nubes. Abajo todo desaparecía tras la espesa cortina formada por la lluvia, la vasta llanura de Salisbury. Media docena de máquinas voladoras, que evolucionaban a trescientos metros del suelo, parecían otras tantas golondrinas volando al ras de la tierra... ¿Qué pensarían sus tripulantes de mi viaje a la región de las nubes?

"De pronto un gran velo obscuro me envolvió por todas partes, y húmedas volutas de vapor se arremolinaron a mi alrededor... Estaba ya encima de la tempestad de granizo y no era esto poco alivio. La nube era tan obscura como una niebla de Londres. En mi ansiedad por ver claro subí las alas hasta que se dejó oir el timbre de alarma. Las humedecidas alas del aparato estaban más pesadas de lo que había creído, pero ahora la niebla era más clara, y pronto hube traspuesto la primera capa de nubes.

"Encima de mi cabeza, sin duda a gran altura, se extendía otra capa de nubes, de color de ópalo. Un techo blanco y parejo por arriba, y un suelo obscuro debajo, y entre ambos mi monoplano elevándose en enormes espirales. Causan miedo esos espacios encerrados entre las nieblas. Un pájaro marino atravesó cerca de mí, volando con gran velocidad hacia el oeste. Bien podía ser un ánade, pero no puedo opinarlo, porque soy poco fuerte en Zoología. Ahora que los hombres nos hemos transformado en pájaro, deberíamos aprender a conocer a nuestros hermanos en el aire a la simple vista.

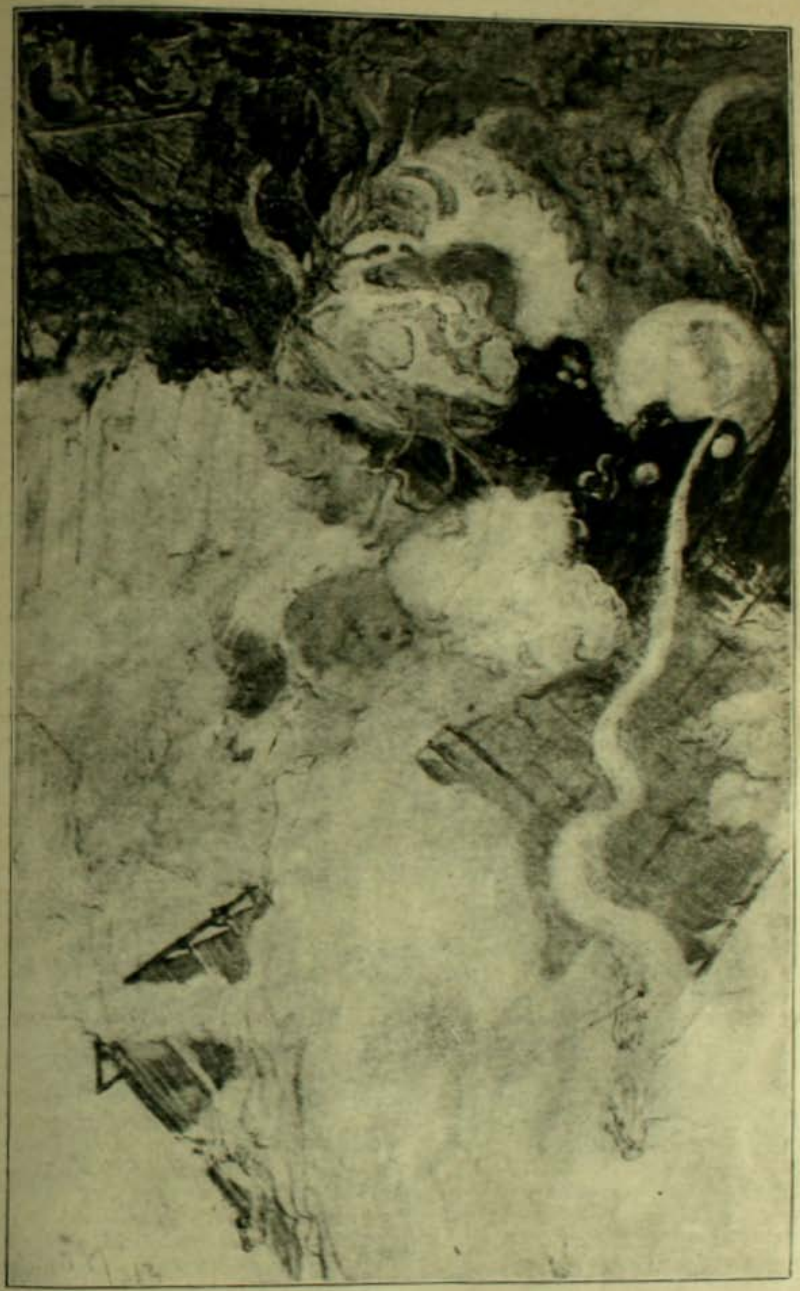
"El viento allá abajo hacía arremolinarse la espesa capa de nubes. De pronto se produjo en ella un agujero, al través del cual volví a percibir la tierra. Un gran biplano blanco corría a gran hondura debajo de mí. Supuse que sería el correo matutino entre Bristol y Londres.... Después el agujero volvió a cerrarse, dejándome nuevamente aislado en los espacios.

"Poco después de las diez, alcancé el borde inferior de la otra capa de nubes. Consistía en vapores diáfanos que corrían en dirección del Este. El viento más y más fuerte, era una brisa fresca de 45 kilómetros de velocidad, según mi cálculo. Hacía mucho frío, aunque me encontraba sólo a 2,700 metros. La máquina trabajaba maravillosamente, y subía casi sin esfuerzo. La capa de nubes era más profunda de lo que había al principio imaginado, pero fué disolviéndose en una ligera bruma dorada, y al fin tuve sobre mi cabeza el cielo azul y los brillantes rayos del sol.

"Eran las diez y cuarto y el altímetro marcaba tres mil ochocientos cuarenta metros. A medida que subía más, escuchaba con mayor atención el ruido del motor, con los ojos fijos en el reloj, en el indicador de revoluciones, en el nivel del petróleo y en la bomba de aceite. No es raro que los aviadores no sientan miedo. Con tantas cosas en qué pensar, no hay tiempo para acordarse de uno mismo. Comencé a notar cuán poco digna de fe es la brújula a cierta altura de la tierra. A los 4,500 metros la mía marcaba el Este. El sol y el viento me servían de guía.

"Subía y subía con toda seguridad, reflejando el sol como una libélula dorada entre el cielo y la tierra.

"Pero un viento poderoso corría como un gigantesco río al través de las vacías soledades de la atmósfera. Había esperado encontrar calma en esas grandes alturas, pero a cada quinientos metros que subía, el huracán parecía más violento. El aeroplano crujía por todas sus articulaciones.... A medida que llegaba más alto, escudriñaba el espacio con mayor atención.... No iba sólo buscando un "record" de altura. Según mis cálculos encima de Witshire existía una de mis "jungles" del aire, y todo mi trabajo sería perdido, si el viento me llevaba en otra dirección.



Una de ellas me azotó el rostro, y sentí perfectamente un contacto frío y viscoso

"Cuando alcancé los 5,700 metros, era cerca de medio día, y el viento era tan horrible que llegué a temer que se rasgaran las alas del aeroplano.... Acondicioné pues un paracaídas, para estar preparado a lo peor. A estas alturas cualquier descuido puede pagarse con la vida del aviador. Pero la máquina se prestaba a las mil maravillas; vibraba toda entera como una arpa sonora, pero era espléndido cómo a pesar de las violentas ráfagas del huracán, continuaba siendo dueña absoluta de los espacios.

"Hay sin duda algo de divino en el hombre, ya que puede elevarse tan alto sobre los límites que parece haberle señalado el Creador.... Se habla de la degeneración humana.... ¡Cuándo, sin embargo, pudo escribirse una historia semejante en los anales de nuestra raza!

"Tales eran los pensamientos que bullían en mi cabeza, mientras me elevaba en ese monstruoso plano inclinado, en medio del huracán y dejando a las nubes tan abajo, que sus contornos aparecían ahora como una llanura a nivel.

"Pero de pronto, experimenté un accidente terrible e inesperado. Conocía ya de sobra lo que los franceses llaman un "tourbillon", pero nunca en la escala de este. La poderosa corriente de viento, se retorció en un violento remolino; y súbitamente me encontré en su centro. El aeroplano giró por un minuto o dos con tal velocidad que casi perdí los sentidos; después caímos en el vacío, como una piedra, bajando cerca de trescientos metros en veinte segundos. Sólo gracias a mi cinturón pude mantenerme en el asiento.

"Pero siempre he sido capaz de esfuerzos superiores, y este es mi gran mérito como aviador. .. El descenso era ahora más lento.... El torbellino tenía la forma de un cono y no la de un cilindro, y llegué por fin al apex. Con un terrible esfuerzo, llevando todo mi peso hacia un lado, levanté los planos y los lancé contra el viento. ¡Me había salvado!

"Procuré alejarme un tanto de la zona peligrosa, y continué subiendo nuevamente en largos espirales. Después de la una alcancé los 6,300 metros sobre el nivel del mar. Con gran contento mío, iba dejando el huracán bajo mis plantas y a cada cien metros que subía, la atmósfera iba siendo más y más tranquila. Por otro lado, hacía mucho frío, y comenzaba a sentir los primeros efectos de la falta de aire. Por primera vez destapé la bolsa de oxígeno, e hice en ella una corta aspiración. Nueva vida pareció circular por mis venas, y experimentaba los efectos de una verdadera embriaguez.

"Es para mí evidente que la insensibilidad de que fueron víctimas Glaisher, y en menor grado Coxwell, cuando en 1862 subieron en globo hasta la altura de 9,000 metros, fué debida a la velocidad extrema con que se elevaron. Haciéndolo poco a poco, y acostumbrando gradualmente los pulmones a la baja de la presión barométrica, no se experimentan síntomas tan alarmantes. A la misma altura yo me he mantenido, sin necesidad de acudir al inhalador de oxígeno.

"Hacía no obstante un frío cruel, y el termómetro marcaba dieciséis grados bajo cero. A la una y media, alcancé la altura de 11,200 metros y aún continuaba subiendo. Sin embargo, la rarefacción del aire, no permitía al aparato sostenerse muy bien, y tuve que reducir mi ángulo de ascensión. Sin duda que a pesar del poco peso de mi aparato y de su poderosa máquina, existía un límite más allá del cual no podría pasar. Para colmo de males, uno de los cilindros comenzó a descomponerse de nuevo... El corazón se me oprimía ante la perspectiva de un fracaso.

"A esa misma hora experimenté otro extraordinario suceso. Algo que dejó tras de sí un rasgo de vapor atravesó la atmósfera cerca de mí con velocidad increíble. Al principio no pude imaginar lo que había sucedido. Entonces recordé que la tierra es constantemente bombardeada, desde el cielo, por areolitos, y que ella sería casi inhabitable si la atmósfera no los consumiera antes de llegar al suelo. He aquí un nuevo peligro de las grandes alturas, porque otros dos areolitos cruzaron el espacio muy cerca de mí, cuando me encontraba a los 12,000 metros. No dudo que más arriba el peligro habría sido formidable.

"El altímetro marcaba 12,390 metros, cuando comencé a temer que no podría subir ya más. Fisiológicamente no sentía un malestar insoportable, pero la máquina había alcanzado el límite de su poder. El aire sumamente enrarecido, no soportaba ya las alas del monoplano. Acaso era posible ganar aún doscientos o trescientos metros

Una de mis balas hizo estallar una de las burbujas que sostenían a la fiera

más, pero ya dos de los diez cilindros no funcionaban. Si no había alcanzado la zona que buscaba, ya no vería nada aquel día.

¿Pero por qué no estaría ya en ella? Girando en vastos círculos sobre la altura de 12,000 metros, como un halcón gigantesco, dejé que el monoplano se guiara por sí mismo y con mi anteojo Manheim comencé a observar cuidadosamente los contornos: el aire era perfectamente diáfano y no percibí ninguna indicación del peligro que había imaginado.

"He dicho que volaba en círculos. Pensé que sería mejor recorrer un mayor espacio. Si el cazador entra en una "jungle" terrestre, caminaría hasta encontrar su caza. Mis razonamientos me inducían a creer que la "jungle" aérea se encuentra más o menos sobre Wiltshire; esto es hacia el Sur o el Oeste. Me dirigí por el sol, porque la brújula era ya del todo inútil, y las nubes no permitían divisar sobre la tierra nada, sino la vasta llanura de nubes. La provisión de petróleo podía durarme una hora más. Era cuanto necesitaba, porque en cualquier momento podía bajar a la tierra en un solo vuelo planeado.

"De pronto creí observar algo de nuevo. Enfrente de mí, el aire parecía haber perdido su primitiva pureza. Eran largas y enroscadas espirales de algo que sólo podría compararse con el tenue humo de un cigarro. Cuando el monoplano alcanzó aquellos vapores, percibí un débil gusto aceitoso en los labios, y una como espuma grasienta se precipitó sobre las alas del monoplano. Alguna materia orgánica, extremadamente fina parecía estar suspendida en la atmósfera.

"No había vida allí. Era algo caótico y difuso, que se extendía por muchas hectáreas, desvaneciéndose en el vacío.... Nó: aquello no era vida, pero podían ser los restos de la vida. Después de todo ¿no podía ser el alimento de la vida, de una vida monstruosa, así como la humilde grasa del Océano, sustenta a las poderosas ballenas? Esto pensaba, cuando al dirigir los ojos hacia arriba, vi la más maravillosa visión, que jamás hubiera contemplado la mirada del hombre. ¡Pueda yo describíroslo, tal como yo le contemplé el último Jueves!

"Imagínese una medusa, como las que suelen aparecer en nuestras costas durante el verano, en forma de campana y, de tamaño enorme.... mucho más grande, diría yo, que la cúpula de la Catedral de San Pablo. Era de un color rosado suavísimo, con vetas de un verde delicado; pero toda aquella gigantesca fábrica, era tan tenue, que solo aparecía como una débil silueta contra el azul obscuro del cielo. Se estremecía con ritmo regular y delicado. Del monstrruo se desprendían dos largos tentáculos verdes, que remaban lentamente hacia atrás y adelante. La espléndida visión pasó con suavidad y sin ruido sobre mi cabeza, tan liviana y frágil como un globo de jabón.

"Había virado mi monoplano para ver mejor aquella hermosa creatura, cuando en un momento me encontré en medio de una verdadera manada de seres análogos, de todos tamaños, pero ninguno tan grande como el primero. Algunos eran pequeños, pero la mayoría alcanzaban las dimensiones de un globo ordinario, y con la misma forma curva en su parte superior. Presentaban una delicadeza de complexión y de color que me hizo recordar los más finos cristales de Venecia. Pálidas sombras rosadas y verdes eran los matices predominantes, pero todos irradiaban en mil colores delicados. Muchos centenares pasaron junto a mí, un maravilloso escuadrón de creaturas cuyas formas y substancia eran tan atenuadas en esas grandes alturas, que no puede concebirse nada tan delicado en el mundo espeso y grosero de allá abajo.

Pero pronto mi atención fué dirigida hacia un nuevo fenómeno: las serpientes de las alturas. Eran largas, delgadas cintas de material vaporoso, que se deslizaban girando con tanta velocidad, que la vista apenas podía seguirlas. Algunas de estas fantasmagóricas creaturas medían de diez a quince metros de largo, pero era difícil juzgar de su grueso, porque sus siluetas eran tan indecisas, que parecían fundirse con el aire a su alrededor. Las serpientes de aire presentaban el color gris ceniciento del humo, con algunas líneas más obscuras, que daban la impresión de un organismo definido. Una de ellas me azotó el rostro, y sentí perfectamente su contacto frío y viscoso, pero su material era tan delicado, que no pude conectar ninguna idea de peligro físico, con esos seres, ni tampoco con las bellas medusas que los habían precedido. No había más solidez en ellas, que en la espuma producida por una ola al romperse.

Que no continúen las suposiciones sobre accidentes misteriosos.

"Pero me aguardaba algo mucho más horrible. Flotando hacia abajo desde una gran altura, venía una masa de vapor purpúreo, que al principio me pareció pequeña, pero que fué creciendo rápidamente a medida que se acercaba, hasta que se desarrolló por centenares de metros cuadrados. Aunque de un material gelatinoso y transparente, su silueta era más definida, y su consistencia más sólida, que los monstruos que había visto antes.

"Presentaba más rasgos de una organización física, especialmente dos vastos discos a cada lado que podían ser los ojos, y una proyección blanca, perfectamente sólida, en medio de ellos, de forma curva, cruel, como el pico de un buitre. El aspecto general de aquella creatura era formidable y terrorífico, y su color cambiaba entre un malva suave y un púrpura obscuro tan denso, que produjo una verdosa sombra cuando el monstruo se interpuso entre mi vista y el sol. De la curva superior

de su gigantesca masa, se desprendían tres enormes proyecciones que sólo puedo describir como estupendas burbujas, y me convencí al verlas, que debían estar cargadas de un gas extremadamente ligero que servía a aquella masa informe y semisólida para mantenerse flotando en el aire rarificado.

"El monstruo se movía rápidamente, no lejos de mi aeroplano, y por más de veinte kilómetros, le formó una horrible escolta, como una ave de rapiña que se prepara a caer sobre su presa. Su manera de caminar, tan rápida que yo no podía seguirle, era arrojando una especie de vapor que por reacción empujaba el cuerpo en sentido contrario. Tan elástica y gelatinosa era esa horrible creatura que no conservaba la misma forma por más de dos minutos, pero a cada cambio aparecía aún más espantosa que en su estado anterior.

"Comprendí que aquello presagiaba desgracia. Cada tumescencia purpúrea de su odioso cuerpo me lo estaba diciendo. Sus vagos y espantosos ojos, estaban implacablemente fijos en mí, con odio frío y aterrador. Bajé el timón de mi aeroplano para escapar. Apenas lo había hecho, cuando con la rapidez del relámpago, un largo tentáculo se desprendió de la flotante burbuja, cayendo en zig-zag, como el rayo sobre el frente de mi máquina. Se sintió un sordo silbido, el contacto con el motor enrojecido, del tentáculo, que se retiró rápidamente como al influjo de un súbito dolor.

"Me lancé entonces en un "vol piqué", pero otro tentáculo cayó sobre el monoplano, y fué destrozado por la hélice, que lo cortó con tanta facilidad como si hubiera sido de humo. Entonces un nuevo tentáculo vino por detrás y me cogió al rededor de la chaqueta, como para arrancarme del asiento. Lo cogí, y mis dedos se hundieron en esa materia fría y viscosa. Por un instante me vi libre pero sólo para verme cogido de una pierna por otro tentáculo.

"Apenas pude escapar, cargué los dos cañones de mi fusil, aunque era tan insensato atacar con él a ese monstruo, como disparar contra un elefante con una pistola de salón.... Tuve suerte, sin embargo. Una de mis balas hizo estallar una de las burbujas que sostenían a la fiera. Evidentemente mis suposiciones eran exactas, y esas vastas burbujas contenían un gas muy sutil, porque inmediatamente el enorme cuerpo nebuloso se tumbó, luchando a la desesperada por mantener el equilibrio, mientras el blanco pico se debatía con espantosa furia.

"Pero yo ya estaba fuera de su alcance; mi máquina corría con toda velocidad hacia la tierra.... Muy lejos, detrás de mí, quedaba la masa purpúrea, devaneciéndose con la distancia en el cielo azul.

"Había escapado de la "jungle" de los aires.

"Una vez fuera de peligro, paré el motor, porque nada destruye más pronto una máquina que el volar a toda velocidad desde la altura. Fué aquello un glorioso vuelo planeado desde los doce mil metros de altura, primero hasta la más alta capa de nubes, después hasta las nubes tempestuosas de más abajo y finalmente hasta la superficie de la tierra azotada por la lluvia. Vi debajo de mí el Canal de Bristol, apenas salí de las nubes, pero como aún conservaba algún petróleo en el estanque, avancé unos veinte kilómetros hacia el interior de las tierras y aterricé en un campo cerca de la aldea de Ashcombe.

"Adquirí allí tres tinas de petróleo, que compré a un automovilista, y diez minutos después de las seis, llegué tranquilamente a mi casa de Devises, después de una jornada, como la que ningún mortal ha podido contar hasta hoy sobre la tierra. He contemplado las magnificencias y los horrores del espacio, magnificencias y horrores que parecían para siempre ocultas a los ojos del hombre.

"Ahora mi plan es volver allá nuevamente antes de dar a conocer al mundo los resultados obtenidos

"La razón de esto, es que necesito mostrar algo en prueba de la historia que voy a narrar a mis semejantes. Es cierto que otros me seguirán muy pronto y confirmarán lo que yo diga. Pero deseo convencer a todos desde el principio. Esas encantadoras burbujas iridiscentes del aire, no deben ser difíciles de capturar. Caminan lentamente, y el rápido monoplano puede interceptar su marcha. Es seguro que ellas habrán de disolverse en las capas más pesadas de la atmósfera, y que todo cuanto podré traer hasta la tierra será una pequeña masa de gelatina sin forma... Sin embargo, ello bastará para que se dé crédito a mi historia.

"Sí: iré, aún cuando corra algún peligro. Esos horribles monstruos purpúreos

no parecen ser muy numerosos. Es probable que no vea ninguno... Si no es así, escaparé desde el primer momento... En el peor de los casos tengo mi fusil y mis conocimientos de .....

.....

(Aquí se ha perdido por desgracia una página del manuscrito). En la siguiente están escrito, en grandes y temblorosas letras estas palabras:

"Doce mil novecientos metros. No volveré a ver la tierra. Hay tres de ellas debajo de mí. Dios me auxilie. Se me espera la más horrible de las muertes."

.....

Tal es en total el relajo Joyce-Armstrong

Del pobre no se ha vuelto a tener noticia. Trozos de su despedazado aeroplano han sido recogidos en los campos de Mr. Budd-Lushington, en las fronteras de Kent y de Sussex, por el espacio de muchas millas al rededor del sitio en que fué encontrado el libro de memorias.

Si la teoría del infortunado aviador es correcta, si la "jungle" del aire como el la llamaba, se extiende sólo por el sur oeste de Inglaterra, es indudable que ha huído de ella con toda la velocidad de su aeroplano, pero ha sido alcanzado y devorado por esas horribles creaturas, en algún sitio de la alta atmósfera, encima del lugar en que fueron recogidos los despojos. El cuadro de aquel monoplano atravesando la atmósfera, con los espantosos monstruos debajo, impidiéndole descender hacia la tierra, hasta el momento en que pudieron devorar a su víctima, es uno de aquellos cuyo tema excede a todo cuanto la imaginación humana es capaz de concebir.

Hay muchos, lo temo, que seguirán negando los hechos que acabo de exponer, pero aún esos admitirán que Joyce Armstrong ha desaparecido. Sin embargo es de recomendar a los incrédulos un poco de meditación sobre estas propias palabras de la víctima:

"Este libro de apuntes explicará lo que yo trataba de alcanzar y cómo perdí la vida en la empresa. Pero que no continúen las suposiciones absurdas sobre accidentes misteriosos."

ARTURO CONAN DOYLE.

FABRICA DE CARTUCHOS

COMO SE FABRICAN LOS PROYECTILES DE NUESTRO EJERCITO

Complicada máquina de revisión de vainillas, que ejecuta 17 operaciones

Ilustraciones fotográficas

Ninguna institución de nuestro país inspira más simpatías, mayor interés y desvelos a todos los chilenos, que el ejército nacional.

Podrían decirnos que no tenemos higiene y salubridad en nuestras ciudades, o que carecemos de los elementos indispensables para educar al pueblo, y de seguro nos importaría menos que si pudieran demostrarnos alguna deficiencia del ejército o de la marina. Todo el orgullo guerrero de la raza parece condensarse en los cuerpos militares, que lucen sus gallardías en las grandes paradas anuales del 18 de Septiembre.

Sin embargo, son pocos los que comprenden, aún en la clase ilustrada, el sacrificio que cuesta a la nación conservar el prestigio y mantener en forma sólida la organización de nuestro ejército.

La guerra moderna exige cada día máquinas más y más complicadas, a la vez que los procedimientos guerreros alcanzan una complejidad mayor. Toda la ciencia y la industria modernas se encuentran resumidas actualmente en el estudio completo del arte de pelear.

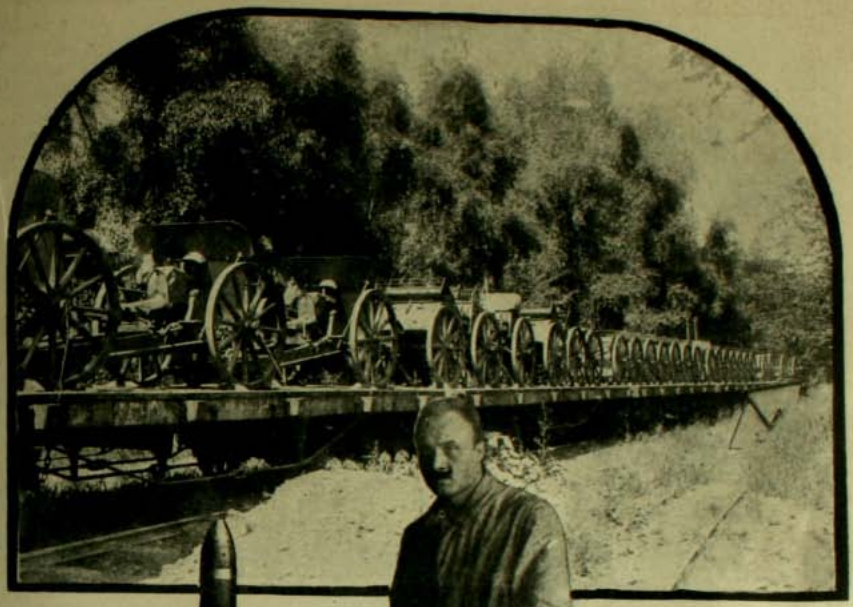
Pero no basta conocer al dedillo la táctica moderna y poseer un ejército numeroso y disciplinado. Se necesita aún los elementos; cañones, fusiles, aeroplanos, automóviles blindado, ambulancias, telégrafos y demás pertrechos de guerra.

La construcción, y luego, la conservación de estos elementos, es uno de los problemas vitales de todo ejército.

Desgraciadamente, aún no podemos vanagloriarnos de construir en nuestras fábricas la mayor parte de las máquinas que se emplean para el ataque y la defensa guerreras. Todo, o casi todo, debemos adquirirlo en Europa. De allá nos vienen desde los poderosos *dreadnoughts* hasta los fusiles que carga al hombro el más humilde soldado de nuestros regimientos.

¿Podremos algún día independizarnos de este pesado tributo que pagamos a las grandes potencias? ¿Llegará el día en que podamos construir, no digo los grandes barcos de guerra, pero siquiera, los cañones que defienden sus torres blindadas?

En principio, mejor sería que no tuviésemos necesidad de máquinas guerreras y dedicásemos el dinero y los esfuerzos comunes a adquirir maquinarias agrícolas; pero, ya que por ahora la guerra parece ser un mal ineludible, deberíamos pensar en el vas-



Baterías de campaña embarcadas para su transporte

to campo de trabajo que se ofrecería al obrero y en el bienestar consiguiente que sobrevendría a las clases menesterosas si, algún día, se instalasen en el país fábricas de cañones, astilleros de guerra y otras industrias análogas.

No podemos, sin embargo, decir que nada se ha hecho en el sentido indicado, desde que funciona en Santiago la gran maestranza del ejército, conocida vulgarmente por la "Fábrica de Cartuchos"

Operario colocando espoletas.— Un miembro de la Comisión de Experiencias probando munición en una ametralladora Maxim

nombre que lleva aún por haber sido este el principal objeto del establecimiento que se fundó hace más o menos 30 años en la Avenida Penitenciaría Más tarde se reunieron a la Fábrica de Cartuchos el establecimiento que existía en la calle de Maestranza (la calle le debe su nombre, seguramente), y la fábrica que funcionaba al servicio del Ejército en la ciudad de Limache, hasta conseguir, en 1895, que

Revisando un rifle "Mauser"

los tres establecimientos se fusionaran y siguieran bajo la dirección de una misma persona.

Desde 1895 hasta esta fecha se han introducido en la Fábrica de Cartuchos importantísimas reformas y se puede decir sin temor que, si continúa progresando como hasta ahora, no estará lejano el día en que se cumplan las utópicas aspiraciones expresadas un poco más arriba.

Están instaladas las diversas dependencias de la fábrica en una hermosa chacra de considerable extensión; posee parques y jardines, y entre los copudos árboles y el perfume de las flores, se alzan los vastos galpones detrás de cuyas murallas rugen los hornos de fundición o aturden los secos golpes del martinete. Al penetrar por las amplias avenidas de olmos o de acacios, se dijera que se camina por una señorial quinta de recreo y no por una usina en donde se fabrican los proyectiles más mortíferos que ha inventado la mente humana.

Operarios en su torno

Un carrito eléctrico, propiedad de la fábrica, nos ha

conducido desde la Avenida Club Hípico, hasta el frente mismo de la puerta que cae sobre la polvorienta calle de la Penitenciaría y después de algunos preámbulos, un soldado de tropa nos lleva ante el mayor Lagréze, jefe de las maestranzas del ejército.

Haciendo el reborde a las vainillas

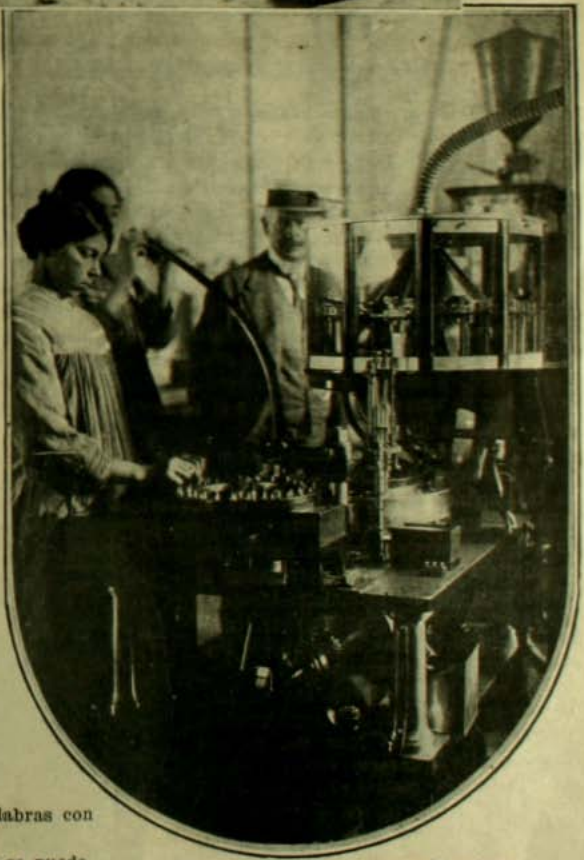
El mayor es hombre joven de aspecto sano, pletórico de vida. En el momento en que lo abordamos se encuentra atareadísimo; tres o cuatro personas aguardan sus resoluciones, mientras discute con el jefe de uno de los talleres. Pretendemos acercarnos; pero nos detiene con el gesto imperativo que caracteriza a los militares, abandona la oficina con un rollo de papeles bajo el brazo y desde los corredores de la fresca construcción en que están instaladas las oficinas, lo vemos que se detiene bajo las avenidas, interceptado su paso dos o tres veces por algunos de sus subalternos. Sólo después de una paciente espera logramos cruzar las primeras palabras con el mayor Lagréze.

—¿Visitar la fábrica? No se puede.

En vano le manifestamos que se trata de dar una información para nuestra revista y que nos anima la esperanza de hacer una buena obra dando a conocer a nuestros lectores una de las más importantes ramas del ejército.

—Hoy no se puede. Otro día será...

Y hubimos de contentarnos con des-



Máquina de cargar cartuchos de guerra

hacer el camino andado, regresar por el camino polvoriento que conduce a la fábrica, bajo un sol de fuego, y dejar nuestra visita para día más oportuno.

Fué necesario que repitiéramos el viaje dos o tres veces, antes que el mayor Lagréze nos permitiera visitar el establecimiento que está bajo su dependencia y tomar algunas fotografías. Y luego, qué de esperas, vacilaciones, reticencias, obstáculos para lograr las informaciones solicitadas! El jefe de la fábrica de Cartuchos, con ser un hombre de índole amable, se nos interpone en todas partes como un Cancerbero, nos vigila y observa con mirada recelosa. Es que, como todos los hombres que aman demasiado su obra, siente inquietud ante la crítica que ha de juzgar el fruto de todos sus esfuerzos, en el cual han colocado parte de su vida. Es una especie de celo maternal que protege al hijo de las entrañas contra las miradas hostiles o indiferentes, imaginando que lo han de encontrar menos bello si no lleva el vestido de gala de los grandes días...

Pero el mayor Lagréze ablanda poco a poco su ceño militar y concluye por guiarnos a regañadientes a través de los intrincados departamentos de la fábrica. Mientras atravesamos avenidas y callejones en que la naturaleza parece hacer gala de lujuriosa abundancia, interrogamos al mayor para que nos suministre los datos necesarios a la comprensión del rodaje de la fábrica. Nuestro acompañante responde con frases breves:

—A cargo de la fábrica hay un jefe, que soy yo, y dos capitanes como ayudantes. Le advierto que para que yo esté aquí ha sido necesario salvar algunas dificultades del reglamento militar que exige que el Director de la Fábrica de Municiones sea un jefe con el grado de

Revisando la munición terminada

coronel, por lo menos. La supervigilancia de la fábrica está a cargo del jefe del Material de Guerra, general Silva Renard y en la entrega del material fabricado aquí, interviene una comisión compuesta por tres jefes.

—¿Todo el personal de la fábrica es chileno?

—Sería este el desideratum; pero, no es posible, al menos por ahora. Parte del personal superior está compuesto por extranjeros que residen largos años en el país, y el resto por chilenos formados en la Escuela de Artes y

Barnizando el reborde del fulminante

Oficios de Santiago, o de buenos operarios que han ido a completar su aprendizaje en las grandes fábricas europeas. Son estos ramos tan delicados que no es posible que se improvisen obreros y sólo después de larga prueba se conseguirá formar un personal competente.

—¿Cuántos operarios trabajan actualmente?

—El promedio de los operarios de los dos sexos es de 650.

—¿Conviene el trabajo de las mujeres?

—Para ciertos trabajos sí; como por ejemplo, para aquellos en que no se necesita una gran precisión ni destreza especial, en la sección de empaquetadura de vainillas y en otros trabajos más o menos mecánicos.

—¿Cuál es el objeto principal de la fábrica?

—El principal: la elaboración de balas. La fábrica elabora anualmente la cantidad de municiones con bala "P" que fija el presupuesto; Este año que pasó, fué de tres millones de tiros. Además entrega la munición a fogueo para ametralladoras y para fusiles, cuyo consumo anual pasa de cuatro millones de tiros.

—¿Cuántas son las secciones en que se divide la fábrica?

—Fuera de las dependencias administrativas tenemos las siguientes: Sección de la fábrica de munición de infantería, sección de artificios, talleres de montaje y fundición, de armería y hojalatería, de instrumentos ópticos, mecánica, herrería, de carpintería y carrocería, de electricidad, de talabartería y de imprenta.

A medida de que va dando los anteriores datos el comandante nos conduce a través de algunos talleres. La mayoría son de grandes dimensiones y en todos ellos hay orden y limpieza. El de Montaje interesa particularmente por sus tornos que sirven para pulir las grandes balas que se alinean silenciosas, como juguetes inofensivos, junto al operario que las examina. En un ángulo se ve un largo cortejo de cañones de campaña que acechan en la penumbra como enormes insectos extraños, dispuestos a saltar sobre su presa con sus bocas voraces; más allá, una cantidad de sillas de montar, en esqueleto, esperan algunas pieza de metal que les habrá de fabricar el operario especialista.

El mayor me explica:

—Aquí se repara el armamento mayor y las ametralladoras; se fabrica proyectiles

de fierro, económicos, para los cañones de campaña, así como tiene también a su cargo la reparación de las sillas de montar. En el de fundición, anexo a este taller, se moldean todas las consolas y descansos de las transmisiones, las patas de bancas de escritorio del ejército, las hebillas de bronce de los correajes, mazos de fierro

Armería

para los carretones, etc.—Pasamos en seguida al taller de mecánica, provisto de las maquinarias más modernas, en donde se construye especialmente los punzones y matrices para las máquinas de la fabricación de vainillas y balas.

El taller de herrería se encarga de forjar la ferretería de los carros de tren y la enllantadura de las ruedas de cañones. Cuenta con martinetes modernos de gran potencia.

Uno de los talleres más interesantes es el de armería. Allí se repara el armamento menor, los sables lanzas, fusiles de esgrima, revólvers, rifles, etc., tanto del ejército, como de las policías y clubs de tiro al blanco.

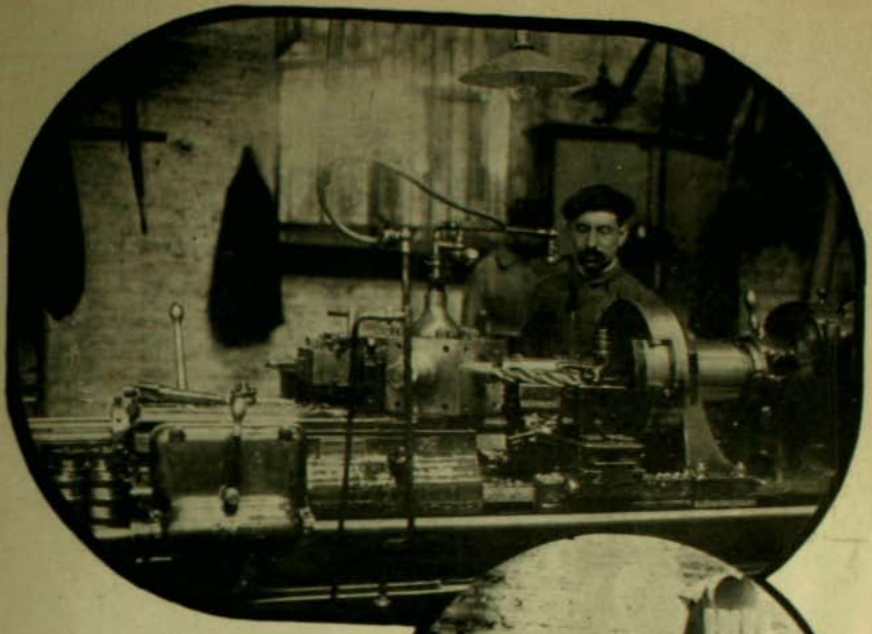
Este es un dato interesante que no todos

Revisión ocular de vainillas

conocen y a cuyos beneficios pueden acogerse muchas sociedades de tiro, que en la actualidad gastan dinero en compostura de armas, pagando, por lo general, a armeros inexpertos y rapaces.

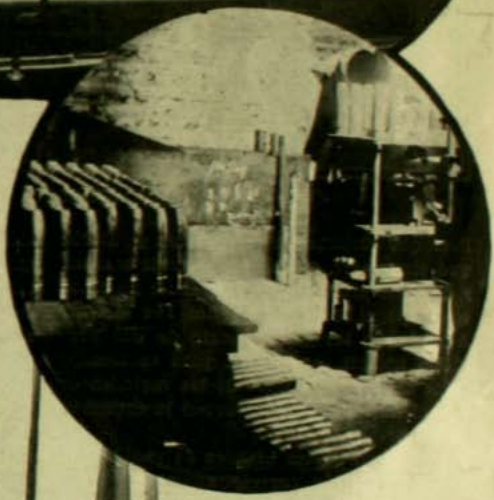
Al ver alineados, en aparatos especiales, número interminable de fusiles, sables y otras armas, al ver a los armeros trajinar en sus bancos de trabajo, revisando las hojas cortantes de los sables o el mecanismo de los revólvers, la imaginación nos lleva fácilmente hacia épocas remotas que tuvieron la suerte de poseer artífices notables en el ramo de la armería, tan conscientes de

Fundición



su trabajo que no sólo lograron hacer célebres a las ciudades en que prosperaban sus fábricas, sino que una firma puesta al puño de una hoja de acero, hacía una espada de valor inestimable.

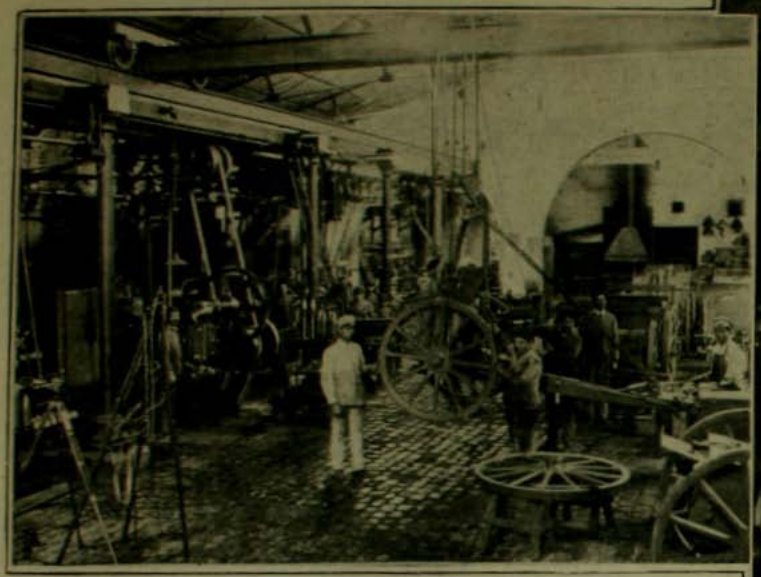
En este taller hacen su aprendizaje ciertos soldados, los armeros, que después de completar su instrucción en otros talleres, pasan a los regimientos a cargo de los armamentos.



Proyectiles en punto de ser cargados

1 y 3.—*Torneando proyectiles y espoletas para la artillería*

Anexo a la armería funciona un departamento que se denomina sección de prueba de material. Allí existe una especie de caba-



Taller de montaje

Herreros

llete que sostiene un mecanismo giratorio que sirve para aprisionar un rifle mauser y dirigirlo matemáticamente hacia un blanco de papel colocado a unos 100 metros. Además de ser este aparato de una precisión notable, se designa para su manejo a los mejores tiradores de los regimientos con el fin de que comprueben la exactitud de las armas de fuego.

Cada uno de los blancos de papel tiene una numeración correspondiente al arma revisada, y más tarde, al entregar el rifle a los regimientos, se acompaña este blanco, con las anotaciones que indican sus defectos y cualidades, verdadera historia o padrón del arma, que deberá conocer el soldado a quien corresponda y conservarla en su poder mientras dure en el ejército. De este modo se consigue que el recluta llegue a compenetrarse de sus armas, como de todas las cosas que lo acompañan, y encariñarse con ellas tal si fueran seres animados.

Un departamento interesante también, y que revela el esfuerzo de los directores para colocarse a la altura de los más adelantados establecimientos modernos de esta especie, es el llamado casa de cronógrafos. Está instalada esta sección en un pequeño pabellón aislado del resto de los talleres y en él funcionan aparatos delicadísimos que están en relación por medio de corrientes eléctricas, con la sección de pruebas de material. Desde allí el jefe de la sección puede registrar con la más perfecta precisión la velocidad que imprime al proyectil cada arma controlada mediante el sistema de blancos más arriba descrito, y la distancia máxima a que puede alcanzar. Todo es cuestión de dos rejillas que deberá atravesar el proyectil en el movimiento inicial y al final de cierto recorrido, rejillas que, por medio de corrientes eléctricas, impresionan a la distancia el aparato controlador.

Al fondo del recinto de la fábrica se ha instalado hace poco la *Escuela de Artificieros* que tiene por objeto formar un personal técnico y práctico con conocimientos especiales sobre las municiones, explosivos y objetivos, que llenará una de las necesidades más sentidas en el ejército y que abre un hermoso porvenir a los sub-oficiales que allí se instruyan. Actualmente funciona sólo con doce alumnos; pero en caso de nece-

Taller de mecánica.—Martinete eléctrico (neumático)

sidad este número podrá ampliarse considerablemente. Fuera de los alumnos de la escuela trabajan en la sección de artificios algunos operarios chilenos y extranjeros; allí se carga la munición de fierro y de ejercicios de la artillería y se fabrica la munición a fogueo y petardos para esta arma. Se examinan, además, las pólvoras y explosivos y se hacen las experiencias balísticas de las municiones.

—¿Qué idea tienen Uds. de lo que es la pólvora?—nos pregunta el mayor mirándonos con la indul-

Talabartería

Barnizando vainillas

Taller de armería

gencia despreciativa que manifiestan los profesionales por los profanos.

—¿La pólvora?—responde con asombro uno de nosotros—Pues... un polvo obscuro, de color grisáceo...

El mayor nos alarga un fajo de algo que se nos imagina cordeles embreados, y dice:

—Aquí tienen Uds. pólvora en forma de tiras cilíndricas...

Examinamos el fajo minuciosamente y debemos confesar de que, apesar de las explicaciones del mayor, aquello parecían inofensivas pajuelas para encender mecheros de gas. Sin embargo, con esos filamentos, el proyectil, lanzado a miles de metros, convierte una casa en escombros...

Es curioso examinar el mecanismo de alguna de estas modernas granadas. Cualquier profano se imagina encontrar un tubo repleto de dinamita y dos consiguientes trozos de hierro que han de esparcirse en todas direcciones al estallar, se lleva buen chasco al encontrarse con una máquina complicadísima, con tornillos sin fin, cámaras, antecámaras, departamentos misteriosos, comunicaciones masónicas, alambres, etc.... Y pensar que con el solo valor de algunos de estos chismecillos, cual-

Revisión del peso de la munición terminada

Taller de mecánica

quier muchacho modesto se podría comprar una linda casita de campo... La civilización tiene sus exigencias. ¡Y vaya por la civilización!

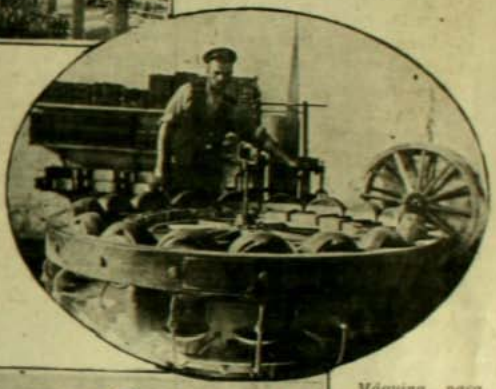
Pasamos en seguida al campo de experimentos. Un vivo tiroteo, algo así como sordo ruido de cohetes que estallan por centenares dentro de una lata de parafina; nos guía hacia el polígono de artillería.

La comisión receptora de material de guerra comprueba la bondad de los proyectiles de ametralladoras. Un mecánico hace funcionar esa maquinita que todos conocen por haberla visto cruzar por las calles sobre el lomo de las mulas de regimiento.

—Prrrrepeteté . . .

Debajo de los árboles el grupo de oficiales se inclina sobre la ametralladora. Consultan sus cronómetros. En un minuto, cien, doscientos, no sabemos qué enormidad de tiros disparados. Al frente, como a unos centenares de metros, una pared de adobes recibe filosóficamente esta granizada mortífera.

En ese momento cruza cerca de nosotros una locomotora que hace sonar su silbato hasta romper los tímpanos. La sigue un largo convoy de carros planos sobre los cuales se alinean unas cuantas docenas de cañones, nuevecitos.

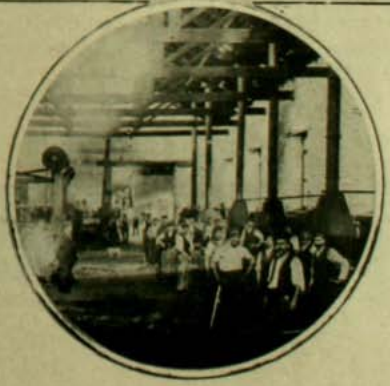


Máquina para colocar mazas a las ruedas de cañones

Personal superior de la Fábrica y Maestranza del ejército

—Es el nuevo material— me advierte el mayor— que comienza a llegar para ser revisado y reparado en la fábrica, en caso de desperfectos. Viene de Alemania...

Y mientras los jefes de la Comisión discuten sobre la bondad de los tiros examinados, dirigimos los pasos hacia un pabellón sonriente que nos llama desde la espesura de grandes árboles coronados por rosas



Fraguas de herrería

trepadoras. Siquiera allí descansaremos de la vista de tantas maquinarias, de tanto trajín incesante de cañones, balas y granadas; verdadera pesadilla guerrera, que va apoderándose poco a poco de nuestro cerebro. Pero el mayor, implacable, nos advierte:

—Este es el taller de carga...

Y nos encontramos allí con un grupo de mujeres de delantales blancos que recogen de las máquinas cantidades de balas que luego vacían en una especie de grandes bateas con el fin de recorrerlas y luego empaquetarlas convenientemente.

—Vean esas máquinas—nos advierte el mayor.—Son de una precisión admirable, de una destreza y seguridad de personas animadas. Ellas solas pesan la cantidad de pólvora en polvo que debe entrar en cada vainilla y luego ellas mismas se encargan de taparlas con el acero correspondiente hasta entregar la bala hecha en ese cajón de la parte inferior. Si por casualidad las balanzas se equivocan en algunos miligramos de pólvora, la bala pasa por conductos especiales a un departamento de material de desecho. Cada una de estas máquinas llenan 56 vanillas por minuto.

Luego nos conduce el mayor a otros departamentos; en unos se construyen las cápsulas o vainillas de las balas "P", que vienen de Europa en estado rudimentario y que en la fábrica se alargan, se moldean y pulimentan hasta dejarlas aptas para nuestros fusiles.

Y pasamos en seguida por un taller de mecánica en que se compone y completan los materiales de toda la fábrica y se construyen los punzones y matrices para las máquinas de fabricación de vainillas, y por un taller de electricidad que tiene a su cargo los motores de los talleres, el alumbrado del establecimiento, la turbina, acumuladores, el servicio de teléfonos y carritos eléctricos, que fueron los primeros que han funcionado en Chile; y por un taller de carpintería y carrocería que está recién instalado con las más modernas maquinarias y en donde se construyen carros y carretones, los cajones para los armamentos y municiones, etc. Todavía nos queda que ver la talabartería que repara las sillas de montar, arneses, mochilas, albardones, y fabrica todos los correajes de que han menester los cuerpos; y por fin, una pequeña imprenta que proporciona toda la documentación en blanco y formularios para las dependencias de la Dirección del Ministerio de Guerra, empasta el archivo, imprime folletos explicativos de los diversos materiales, etiquetas para las cajitas de munición, etc.

Después de terminada nuestra rápida visita, el mayor nos pregunta:

—¿Qué tal?

—Que hay aquí una enormidad de trabajo, un trabajo que nadie conoce y que no luce en las revistas anuales del parque Cousiño.

El mayor sonríe por primera vez, con aire complacido, y nos dice:

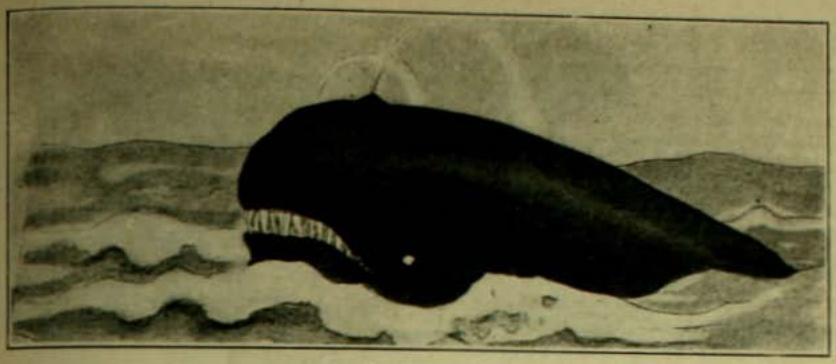
—Allá se ven los resultados, lo exterior. Hay muchas reparticiones en el ejército, en cada regimiento, en donde se trabaja sin descanso. Eso nadie lo ve, como en el cuerpo humano no se ven funcionar las vísceras... Sin embargo, todo es útil, todo se completa...

Y nos despide con amable dignidad:

—Sin embargo, estamos comenzando aún; hay mucho que hacer.

Y como si recordara la multiplicidad de sus tareas, vuélvenos la espalda militarmente y se aleja con paso enérgico y rítmico haciendo tintinear las cadenillas metálicas que aseguran la espada al cinto.

F. S.



La Ballena

HISTORIAS NATURALES

Por

JULES RENARD

Ilustraciones de Benjamín Kabier

La ballena

Con lo que tiene en la boca habría de sobra para hacerle un corsé; pero con ese talle! . . .

La avispa

Acabará por cortarse la cintura!

La mariposa

Es un billete amoroso plegado por mitad y que va dirigido a una flor.

El pavo real

Seguramente, hoy se casará.

La cosa debió ser ayer. Se hallaba listo con su traje de gala, en espera únicamente de su novia. Ella no vino; pero no debe tardar.

¡Paséase con una facha gloriosa de príncipe hindú, llevando encima los ricos presentes de costumbre. El amor refuerza el esplendor de sus colores y su penacho vibra como una lira.

Como la novia no llega, él sube al moji-

La avispa

La mariposa

Está listo con su traje de gala

nete del gallinero y mira para el lado del sol, lanzando su grito diabólico:

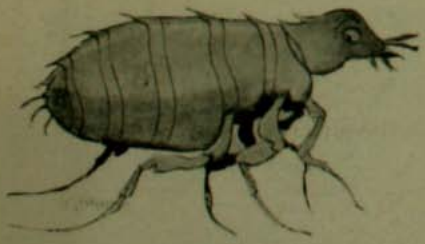
¡León! ¡León!

Es su modo de llamar a la novia. A nadie ve venir, ni nadie le responde. Las aves, ya acostumbradas, ni siquiera levantan la cabeza, cansadas de admirarlo. El desciende al corral, tan seguro de su belleza que se siente incapaz de rencores.

Su matrimonio no será hasta mañana.

Y no sabiendo qué hacer en el resto del día, se va por el lado de la gradería; baja los peldaños, como si fueran las gradas de un templo, con paso oficial.

Su cola se levanta pesadamente, bajo la



La pulga

La araña

presión de los ojos que no han podido apartarse de ella....

Y se repite otra vez la ceremonia.

La pulga

Un grano de tabaco con resorte.

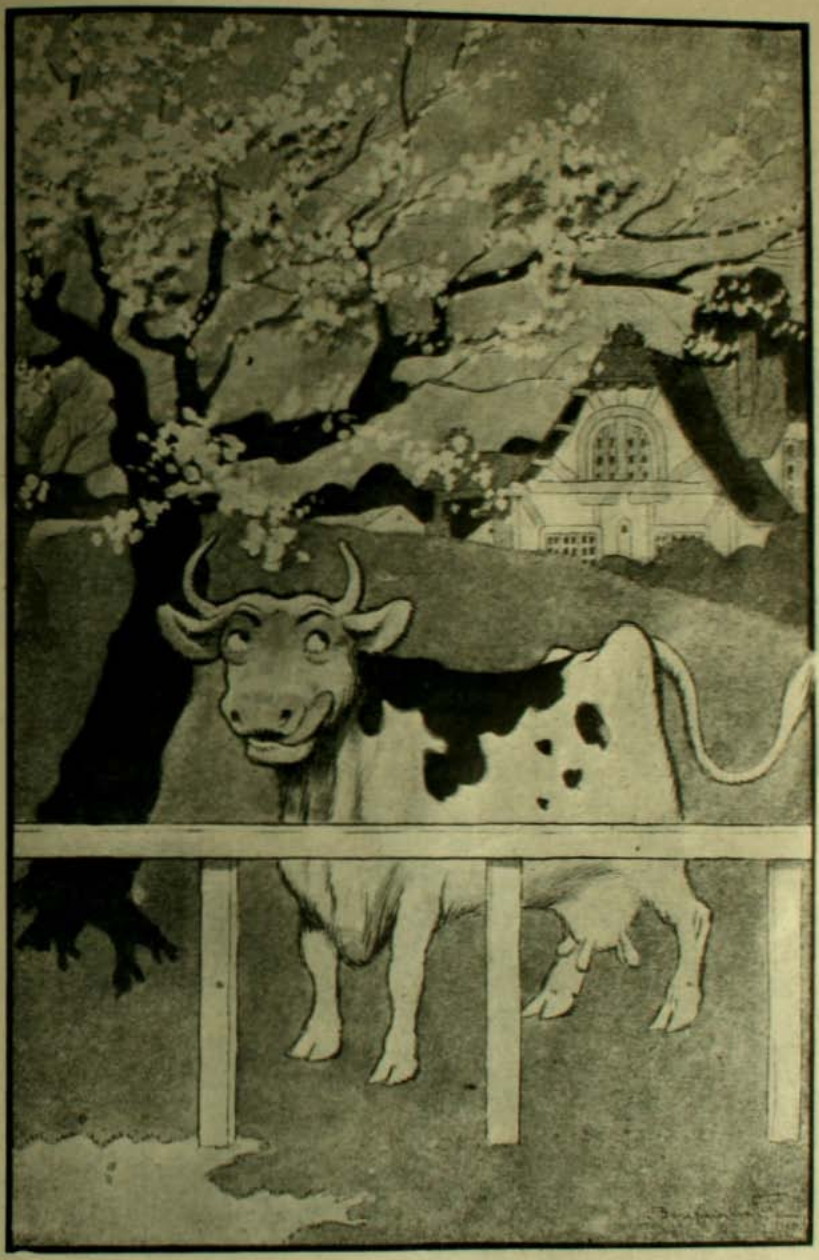
La araña

Una mano pequeña, negra y velluda, que se crispa sobre unos largos pelos.

El cisne

Se desliza sobre el estanque como un tri-

Se desliza por el estanque como un blanco trineo



Sencillamente la llaman "Vaca", y éste es el nombre que le cae mejor

Las hormigas

neo blanco, de nube en nube, pues su hambre es sólo de las nubes abullonadas que ve nacer, nadar y perderse en el agua. Apoderarse de una de ellas es lo que ansía. La fija con el pico y hunde de repente su cuello vestido de nieve.

Luego, como un brazo de mujer que sale de la manga, lo retira del agua.

No trae nada.

Al mirar ve que las nubes han huído azoradas.

Solo permanece un momento ocioso, pues las nubes tardan poco en volver, y he aquí que una vuelve a formarse allá al fondo, donde mueren las ondulaciones del agua.

Sobre su ligero cojín de plumas, el cisne se acerca remando suavemente...

Fatígase en la pesca de vanos reflejos y es posible que muera, víctima de esta ilusión, antes de alcanzar un solo trozo de nube.

¿Pero qué digo?

Cada vez que sumerge la cabeza, escarba con el pico el légamo del fondo y saca una lombriz.

Con esto va engordando como un ganso.

El gato

I

El mío no se come las ratas; es cosa que no le gusta, y sólo las caza para jugar con ellas.

Cuando ha jugado bastante, les perdona la vida y se va a soñar fuera, con toda inocencia.

Pero por culpa de las garras, el ratón ha muerto.

II

Le dicen: "Pilla los ratones y deja los pájaros."

Es una distinción harto sutil, y hasta el gato más habiloso se equivoca a veces.

El chancho y las perlas

Desde que le sueltan al campo, el chancho se pone a comer y su hocico ya no se aparta del suelo.

Sin buscar el pasto de calidad, ataca lo primero que encuentra a su alcance, hundiendo como un arado o como un topo ciego su trompa infatigable.

Toda su preocupación es redondear su vientre que ya va tomando la forma del saladero, sin que jamás le preocupe el tiempo que hace.

No importa que sus cerdas hayan estado a punto de arder hace un momento, bajo el sol del mediodía, y ahora tampoco le importa que esa pesada nube hinchada de granizo, se detenga y se vacíe sobre el prado.

Por más que la urraca se ponga en salvo con su vuelo automático; las gallinas se escondan tras los macizos de plantas y el potrillo pueril se abrigue bajo una encina; el chancho se queda donde hay comida, sin perder un bocado.

Removiendo con menos satisfacción la cola, acribillado por el granizo, apenas si se da el trabajo de gruñir:

¡Siempre sus cochinas perlas!

Las hormigas

Cada una se parece al número 3.

Y vaya si hay, vaya si hay!

Hay 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3.... hasta lo infinito!

Toda la noche, a la luz de la luna, ella está tejiendo sus redes

El lagarto

La pared.—No sé qué calofrío me pasa por el lomo.

El lagarto.—Soy yo.

El lagarto verde

¡Cuidado con la pintura!

El lagarto verde

¡Cuidado con la pintura!

La luciérnaga

¿Qué ocurre? Las nueve de la noche y todavía su casa iluminada!

Es una gota de luna entre la yerba.

El cuervo

Un acento grave sobre la línea del surco.

El avestruz

Alas de pollo y gorrita de jefe de estación.

Los conejos

No comen más que una vez al día, pero es que están siempre comiendo.

Traducido para P. M.

A propósito de Augusto Bebel y del Socialismo alemán

Por

Ramón Briones Luco

Hace pocos meses ha fallecido Augusto Bebel, el jefe del partido socialista alemán.

Bebel era el sucesor de las grandes figuras de Lassalle y Marx, tanto por sus dotes de escritor y pensador cuanto por sus talentos políticos que lo habían colocado en primera fila en el Reichstag alemán.

La prensa y las últimas publicaciones europeas dan margen a muchas reflexiones acerca del llamado movimiento obrero, cuya dirección se arroga el partido socialista e inducen a hacer el balance del socialismo contemporáneo alemán.

El programa del actual socialismo alemán, llamado socialismo científico, contiene en substancia los siguientes puntos sobre los principales problemas sociales modernos:

Sufragio Universal, para hombres y mujeres, a los 20 años de edad; representación proporcional.

Legislación Directa, popular, por medio de la iniciativa y el referendum, al estilo suizo; gobierno local; elección de funcionarios; contribuciones anuales.

Ejército. Educación militar universal; ejército popular, en vez de regular; voto popular para la declaración de guerra; arbitraje internacional.

Libertad de opinión. Abolición de toda restricción a la libertad de opinión; derecho de asociación y reunión.

Mujeres. Completa igualdad de derechos públicos y privados entre ambos sexos.

Religión. Se declara una cuestión absolutamente privada; se le niega todo subsidio del Estado.

Educación Laica, obligatoria, gratuita, incluyendo el substento y ascensos para los escolares aprovechados.

Justicia gratuita; elección popular de los jueces; indemnización a los inocentes; abolición de la pena de muerte.

Higiene. Asistencia médica y funerales gratuitos.

Impuestos. Contribución proporcional; impuestos sobre las herencias y la propiedad; abolición de los impuestos y cargos indirectos.

Este puede llamarse el programa político del partido socialista alemán.

Muchos, o por lo menos, los principales puntos de este programa son ideales de casi todos los partidos reformistas del mundo. La legislación obrera ha sido realizada en Europa por todos los partidos políticos con un acuerdo honrosísimo para la civilización moderna.

Pero el más extraño fenómeno que presenta el socialismo alemán consiste en que todas las medidas para preparar el Estado Socialista, han tenido un resultado nulo.

El año 1871 el partido socialista ingresó a la lucha política con un 3,2% del porcentaje del Reichstag alemán. Paulatinamente ha ascendido en el cómputo electoral germánico, especialmente desde el año 1890, hasta alcanzar el año 1912 un 34,8%; es decir, más de un tercio de la composición del Parlamento.

Entre nosotros habría que buscar la alianza de dos partidos o tres, para alcanzar este cómputo, alianza que seguramente, se habría notado en la vida nacional y habría influído positivamente en sus destinos.

Este fracaso del socialismo germánico, aunque parezca extraño, es perfectamente explicable.

Los hechos no corresponden en este pícaro mundo, a las ilusiones forjadas fuera de los verdaderos ideales de las cosas y de la naturaleza humana.

Augusto Bebel, el "leader" socialista, era un hombre de considerable fortuna, que ha dejado tranquilamente a sus herederos, sin tasas ni recortes socialistas. El mismo es un ejemplo de las maravillas del esfuerzo individual bajo el régimen de la libertad: comenzó su carrera de simple obrero en Leipzig.

Igual contradicción existe en el movimiento político: los ideales e ilusiones encuentran tales resistencias en la vida práctica que los propios socialistas no se atreven a afrontarlas. La ley de recursos militares germánica ha contado con el voto de los socialistas en el Reichstag, contra las más solemnes declaraciones de su programa.

Su papel de partido ha debido reducirse a la acción que indican lógicamente las circunstancias: a promover las reformas sociales en favor de las clases obreras, en lo cual, como hemos dicho, coincide con todos los partidos reformistas de Europa y América. Fuera de allí, Marx y su escuela han golpeado en el vacío.

La "Edinburgh Review", refiriéndose al fracaso de las predicciones de Marx resume en esta forma sus conclusiones:

"Las bases económicas, históricas y filosóficas del socialismo han sido barridas. Sus dogmáticas conclusiones han sido defraudadas por el tiempo. 1.° La gran industria no ha eliminado a la pequeña. Al contrario, la última sigue prosperando y creciendo, como lo prueban concluyentemente los censos industriales de varios países. Nuevas ramas brotan continuamente y las antiguas reviven gracias a las nuevas aplicaciones de la ciencia y la invención.

En la agricultura que Marx y Engels señalaban como la más amagada, la pequeña industria ha crecido a costa de la grande. Bajo varios aspectos el obrero ha recobrado la propiedad de los útiles de producción. 2.° El capital no se ha reconcentrado en pocas manos sino que se ha difundido más y más, por medio de acciones, bonos y habitaciones, hacia los cuales las clases obreras económicas extienden sus adquisiciones. Hasta las sociedades obreras tienen grandes intereses en empresas capitalistas. 3.° Las clases obreras no se han hundido más y más en la miseria y en la opresión. Al contrario su condición ha mejorado sólida y substancialmente hasta un grado sorprendente.

"La rápida y progresiva disminución del término medio de la mortalidad y el pauperismo proporciona una prueba inconcusa e innegable de este hecho, y eso sin mencionar en detalle los adelantos en higiene, habitaciones, alimento, abrigo, locomoción, recreo y cultura.

"El mismo Bebel tuvo que abandonar la proposición de la miseria progresiva; que es ya insostenible, y se asiló en el argumento de la miseria relativa, lo que él pudo honradamente sostener, pues nunca fué un "marxista convencido".

Estos hechos han venido también a destruir otro de los grandes sofismas socialistas de los tiempos modernos; el del norte americano Henri Georges, quien ha escrito un admirable libro para probar que la pobreza aumenta con el progreso humano. ("Progress and Poverty.")

La riqueza descanza también en un principio moral como las costumbres. La moralización se desarrolla a medida de la cultura social y va procurando la nivelación de las fortunas, por un lado, y la tranquilidad social, por otro.

Se ha observado que hay en la riqueza tres etapas, que se reflejan en la vida social, según el estado de cultura de los hombres y de los pueblos.

El primer período, que es el de la enorme generalidad de los hombres, la riqueza sólo sirve para satisfacer los deseos meramente egoístas y materiales del individuo; en el segundo período, se aprovecha como pedestal para alcanzar el poder, el gobierno político, las distinciones sociales. Puede decirse que en nuestro país, no ha pasado de este período. En el tercero la riqueza se desprende de todo egoismo; se destina al progreso y a la perfección de las instituciones y de la especie humana; a la noble y bien entendida caridad, que sólo alcanzan los Carnegie, Rockefellers y demás multimillonarios, que agotan en vida sus caudales en provecho de sus ideales, fuente de purísimos placeres, que la mayoría del vulgo no comprende.

La moralización de la riqueza va mejorando la condición de los obreros, como la moralización de las costumbres va restringiendo el crimen y movilizando las relaciones sociales.

Lleva el socialismo en sus entrañas una

dolencia, que provoca en todas las partes en que pretende entronizarse una resistencia insalvable. Esto es, el abultamiento de la función del Estado y su intervención injustificada en las diversas manifestaciones de la actividad humana. La civilización moderna es hija de la libertad y no renegará jamás el materno seno que la generó ni permitirá que la tiranía de la sociedad suceda a la vieja tiranía de los déspotas.

El estado socialista es conocido en la historia. Existió en el antiguo Egipto; pero sobre todo, lo hemos tenido en América, muy cerca de nosotros.

El imperio incásico había llevado a la práctica el ideal socialista y comunista. La intromisión del poder alcanzaba hasta los más pequeños detalles de la vida. Los interventores públicos todo lo huroneaban y escudriñaban. La casa del pobre quichua no era su castillo, pues los funcionarios penetraban en su hogar para ver si los hijos, mujeres y maridos cumplían con sus deberes.

El Inca era el símbolo de Estado-Providencia. Su pueblo lo adoraba como generador de la felicidad social. Cuando aparecía en público, sus súbditos, adiestrados en la triste lección del aplauso, atronaban el aire con sus clamores, tan formidables que al decir de los cronistas, hacían caer aturdidas a las aves que en esos momentos cruzaban el espacio.

Aquella uniformidad de rebaño les arrebató toda individualidad.

Se estimaban, sin embargo, un pueblo feliz, sin ambiciones ni ideales; porque no conocían la libertad; pero los que han gustado su sagrado fruto, como el del árbol prohibido, preferirán regar la tierra con el sudor de su frente, una y mil veces, antes que volver a la ignorancia del Paraíso.

Los dolores de la ciencia y de la civilización son hijos de la libertad; pero lo son también los placeres que justifican nuestra existencia y la prosecución de los destinos humanos.

No ha nacido todavía el genio político que ponga de acuerdo al liberalismo con el socialismo.

RAMON BRIONES LUCO.

¡MUSAS, ADIOS!

Pieza en un acto

Por

LUIS LEIVA CHADWICK

Estrenada en el Palace Theatre por la Compañía Díaz de la Haza el 1.° de Octubre de 1913

PERSONAJES:

Doña Mercedes, señora Salas.
Luisa, señora Díaz.
Don Eustaquio, señor Haza.
Polidoro, señor Artigas.
Carlos, señor Aguirrebeña.
Don Rosendo, señor Macías.
Retamales, señor Revuelta.
Antonio, señor Pacheco.

En Santiago de Chile, época actual.

¡MUSAS, ADIOS!

Acto único

Sala en una casa de pensión. Puerta al foro y dos laterales, una a la derecha y otra a la izquierda. La de la derecha corresponde a la habitación de don Eustaquio. Mobiliario modesto. Delante de la puerta de don Eustaquio una mesa con recado de escribir, periódicos y revistas.

ESCENA PRIMERA

Don Eustaquio, doña Mercedes y Luisa

Don Eustaquio en la mesa, leyendo un periódico

MERC.—Luisa, es preciso que pienses seriamente en el matrimonio.

LUISA.—Si no pienso en otra cosa, mamá.

EUSTA.—(*A Luisa*). Tu madre está completamente chiflada.

MERC.—¡Don Eustaquio!... Es usted mi consejero y el más caracterizado de mis pensionistas, le estimo además como veterano glorioso del 79; pero no puedo menos de reconocer que a menudo no me guarda usted las consideraciones que merezco en mi cuádruple carácter de mujer, de madre, de viuda y de biznieta del capitán de la Independencia, don José Ramírez

EUSTA.—Ya salió el capitán.

MERC.—(*A Luisa*). Tú no tienes que preocuparte por mí. Si me quedo sola, me entraré a un beaterio. Ya estoy aburrida de lidiar con pensionistas.

EUST.—Gracias... Pero, ¿con quién se va a casar esta muchacha?

MERC.—Carlos y Polidoro se mueren por ella.

EUST.—¡Ah!

LUISA.—Pero ninguno se decide todavía.

MERC.—Es que tú no les das entrada.

LUISA.—Si les doy entrada; pero ellos, palabras, palabras y nada de substancia.

EUST.—Como la comida de esta casa.

MERC.—Mira: anoche Carlos ha pasado en vela hasta la madrugada... Dígame, don Eustaquio, ¿por qué Carlos ha pasado en vela la noche?

EUST.—Sin duda porque estaba desvelado.

MERC.—Ya ves, desvelado. Y, a su edad, los jóvenes que no están enamorados duermen como un lirón... Y Polidoro... ¿te has fijado en Polidoro?

EUST.—Ese se desvela todas las noches, como que se recoge siempre por la mañana.

MERC.—No estamos para pullas, don Eustaquio. Se trata del porvenir de mi hija.

EUST.—Pero, señora, si el único que aquí se desvela soy yo, que no puedo digerir el repollo crudo la zanahoria cruda, el zapallo crudo... ¡Hasta cuándo va usted a tener de cocinera a la Candelaria, que sabrá de todo, menos de cocina? Porque fuera de las guatitas... ¡Harto de guatitas, señora!

MERC.—(*A Luisa*). Cada loco con su tema... Carlos y Polidoro, los dos se convienen.

LUISA.—Me gustan los dos, mamá.

MERC.—Carlos es un joven aristócrata; está algo atrasadón, pero sus relaciones pueden ayudarlo. Polidoro es un poeta distinguido; pertenece a la aristocracia del talento; ya su nombre figura en los periódicos.

LUISA.—¿Cuál de los dos prefiere usted?

MERC.—El primero que te hable seriamente.

EUST.—Bueno, me voy; no quiero oir más disparates. (*Entra en su cuarto*).

MERC.—¡Qué hombre!

LUISA.—A veces está insoportable.

ESCENA SEGUNDA

Dichos menos don Eustaquio, Polidoro por el foro

POLI.—¡Hola! Ustedes aquí.

MERC.—¿Trae usted algo de bueno, Polidoro?

POLI.—No he salido. Estaba encerrado en mi cuarto.

LUISA.—¿Solo?

POLI.—No, con las Musas. ¡Estaba completamente inspirado!

LUISA.—¿Habrá usted producido algo muy bonito?

POLI.—Sí, sí.

MERC.—¿Cómo se titula?

POLI.—*A los ojos de la Amada.*

MERC.—¿Algunos ojitos azules?

POLI.—Glaucos.

MERC.—(*Bajo a Luisa*). ¿Qué color es ese? ¿No será el de tus ojos?

LUISA.—Puede que sí.

MERC.—¿Y qué tal la niña?

POLI.—Su rostro de extraña blancura eucarística, su andar místico y hierático, etcétera.

MERC.—¡Ay! debe ser linda con esa blancura eucarística.

LUISA.—(*Bajo a doña Mercedes*). ¿Qué es eso de blancura eucarística, mamá?

MERC.—Una blancura algo morena como la tuya.

POLI.—(*Viendo las cartas que hay sobre la mesa*). Cartas para mí. De Mortadelia. (*Tira esta carta. De Dumas.* (*Lo mismo*). ¡Majaderías! (*Sacando un papel del bolsillo*). Voy a leer a ustedes mis versos.

MERC.—(*Retirándose*). Discúlpeme, Polidoro. Voy a ver a la cocinera para que ponga las ollas temprano. Ese don Eustaquio, que siempre se queja de que la comida está cruda...

POLI.—¿Y qué derecho tiene a comer algo cocido un hombre que no comprende una palabra de la moderna literatura?... (*Vase doña Mercedes*). ¡Oh, Luisa! Antes de leer a usted estos versos admirables, voy a estampar un ósculo rosa en su frente venusina.

LUISA.—Lea usted mejor esas cartas. Yo voy un rato para dentro. (*Vase*).

ESCENA TERCERA

Polidoro, luego Carlos

POLI.—¡Qué mujeres! Ni el interés del ósculo, ni el interés del matrimonio las decide a escuchar mis versos! ¡Es la persecución encarnizada a nuestra escuela!

CARLOS.—(*Entrando*). ¡Hola, Polidoro!

POLI.—¿Qué piensas tú de unas mujeres que, cuando voy a leerles alguna de mis poesías, buscan un pretexto cualquiera para escaparse?

CARLOS.—Para mí están pagadas por los clásicos.

POLI.—No puede ser de otra manera.

CARLOS.—No les hagas caso.

POLI.—¡Ah, si fueran ellas solamente!... ¡Pero nuestros enemigos son legión, legión de megaterios que quieren devorarnos a todos!

CARLOS.—No te alarmes.

POLI.—¡Es que la generación actual no nos comprende! ¡Nosotros escribimos para una posteridad cultísima.

CARLOS.—Por eso mismo, no te sulfures. Dentro de unos mil años, tú serás perfectamente comprendido.

POLI.—Pero, ¿cómo quieres que no me sulfure cuando veo que doña Mercedes más consideraciones tiene que por mi ingenio por el estómago de don Eustaquio?

CARLOS.—En eso eres injusto. Son bien pocas las consideraciones que tiene doña Mercedes por el estómago de sus pensionistas. Si no fuera que hace ocho meses que no pago la pensión y que tampoco pienso pagarla en adelante, yo me quejaría seriamente. ¿No encuentras que la comida está insoportable?

POLI.—Insoportable... Y advierte que la poesía que iba a leerles es algo de lo más delicado, extraído de mi psíquis interna, del fondo obscuro de lo subconciente.

CARLOS.—Ah! ah!

POLI.—Ella se intitula: *A los ojos de la Amada*.

CARLOS.—¿Ojos glaucos?

POLI.—Sí, eso es nuevo. Son los ojos de la amada ideal. (*Leyendo*). "A los ojos de la Amada"...

CARLOS.—¿Por qué no lees mejor esas cartas que hay para ti?

POLI.—Son de Mortadella y de Dumas. A estos autores ya me los sé de memoria.

CARLOS.—A ver que dicen.

POLI.—(*Abre una carta*). De Dumas. Es una invitación.

CARLOS.—¿A comer?

POLI.—(*Leyendo*). Invitamos a usted a cancelarnos una cuenta de cincuenta pesos..." Este Dumas cree que yo tengo los tesoros del conde de Montecristo. (*Abre la otra carta*). De Mortadella. Otra invitación.

CARLOS—¡Hombre feliz!

POLI.—(*Leyendo*). Invitamos a usted a pasar por nuestra casa a cubrirnos el importe de un terno de chaqué, etcétera. Si antes de ocho días no diere usted cumplimiento a esta obligación, nos veremos en la dolorosa necesidad de inscribir su nombre en la lista de los deudores morosos que se exhibe en la puerta de nuestro establecimiento, etcétera..." Esto es una tentativa de *chantage*.

CARLOS.—Yo conozco esa lista.

POLI.—Yo también. Te aseguro que figuraré en ella al lado de personas distinguidas.

CARLOS.—Eso puede ser el principio de tu popularidad.

POLI.—(*Después de una pausa*). Carlos, me voy a Europa.

CARLOS.—¿Cómo?... ¿Te han nombrado cónsul en Marsella?

POLI.—No, ni me nombrarán. En el concurso rendí un examen brillantísimo. Pero ya está acordado el nombramiento de Justo Moraga... Tú sabes lo que son los empeños.

CARLOS.—Si no lo supiera, tendría mi reloj en el bolsillo... Pero, ¿cómo es que te vas a Europa?

POLI.—Me voy porque en Santiago ya no puedo vivir. Las deudas me cierran todas las calles. Me sería forzoso traficar en aeroplano.

CARLOS.—Pero, puesto que no tienes dinero...

POLI.—París me reclama. Allí está mi sitio; allí el pedestal de mi futura grandeza. Desde allí van a irradiar mis versos sobre toda la América Latina... ¿En cuánto estimas tú los muebles de esta casa?

CARLOS.—En unos seis mil pesos.

POLI.—Muy bien.

CARLOS.—¿Qué cuentas son esas?

POLI.—Carlos, escucha una confidencia: Me caso con Luisa.

CARLOS.—¿De modo que esa tasación?...

POLI.—Apenas casado, con la venta de los muebles, me voy a Europa.

CARLOS.—¿Y esta casa?

POLI.—Se acaba esta casa.

CARLOS.—¿Y doña Mercedes? ¿y Luisa?

POLI.—No tengas cuidado. Yo las resarciré un día magníficamente.

CARLOS.—Pero, hombre, tú sabes perfectamente que yo pago mi pensión a doña Mercedes con esperanzas de matrimonio que doy a Luisa. De modo que, si tú te casas, yo me quedo en la calle.

POLI.—Te vas a otra parte donde haya también niñas casaderas. Quizá comerás mejor.

CARLOS.—En fin, haré por ti este sacrificio.

POLI.—Quiero aprovechar la estancia de mi tío Rosendo en esta casa para que pida en mi nombre a la muchacha. El se vuelve esta tarde a Illapel, y es

preciso que la diligencia se efectúe ahora mismo... ¿Con que, francamente, no crees tú que este matrimonio sea un disparate?

CARLOS.—¿Quién sabe?... (*Sale don Eustaquio y se sienta delante de la mesa*).

ESCENA CUARTA

Dichos y don Eustaquio por la derecha

POLI.—¡Ah! don Eustaquio, usted viene a propósito. Deseo consultarle sobre un asunto de que depende no sólo mi porvenir, sino también un poco el de este Chile, que usted tanto ama.

EUST.—Y que tan mal me paga. ¡Después de todos mis sacrificios de la guerra, venir a acabar en esta casa de pensión... mal comido, porque esa Candelaria será de todo, menos cocinera!

CARLOS.—Sí, la comida de esta casa no es para cristianos.

EUST.—(*Con intención*). No, no es para cristianos que pagan su pensión.

POLI.—Antes de tocar el punto cenital de esta consulta, quiero que Ud. me dé la expresión sintética de su ilustrado juicio sobre una rara poesía que acabo de componer.

EUST.—Ya sabe Ud. que yo no entiendo de poesías.

POLI.—Estos son versos sin medida, sin rima, sin ritmo...

EUST.—Sin ideas... ¡y ojalá fueran sin palabras!

POLI.—Va Ud. a ver. (*Leyendo.*) "A los ojos de la Amada"...

EUST.—¡Bueno, bueno! Guárdese sus ojos Si no quiero oir nada.

POLI.—Está bien, don Eustaquio... Puesto que Ud. ha declarado guerra a muerte a nuestra escuela, puesto que Ud...

EUST.—Hombre, yo no he declarado guerra a muerte a ninguna escuela, ni entiendo de tales escuelas, ni me importan un ardite.

POLI.—El otro punto. Ha de saber Ud. don Eustaquio, que he resuelto unirme a Luisa con los vínculos del himeneo. ¿Qué piensa Ud. sobre esto?

EUST.—Que es un disparate.

POLI.—¿Por qué?

EUST.—¡Eh!... Lo que Ud. debe es irse al Manicomio.

ESCENA V

Dichos y D. Rosendo por el foro

POLI.—(*Indignado.*) ¿Con que al Manicomio?

ROSEN.—¿Quién se va al Manicomio?

CARLOS.—Polidoro.

ROSEN.—¡Bah! ¿Te habís vuelto loco, sobrino?

POLI.—¡Don Eustaquio, que ha tenido la audacia, el atrevimiento increíble, de tratarme de loco! ¡Un hombre cegado por los prejuicios de escuela, un esteta, que ya no vive sino de clásicas antiguallas y de viejas añoranzas!

ROSEN.—(*A Polidoro*). ¡Bueno que sóis leso! ¿Pa qué le hacís caso? ¿Que no vís que el viejo está chocho?... ¡Vaya con el don Eustaquio! (*Palmoteándole la espalda*).

EUST.—(*Retirándose, a don Rosendo*).—Usted no ha perdido el pelo de la dehesa.

ROSEN.—¿De la dehesa? ¿Y quién es esa? ¡Ve! Sin querer he hecho verso. Le que es tener un sobrino poeta.

(*Entra don Eustaquio en su cuarto*)

ESCENA VI

Dichos menos D. Eustaquio

ROSEN.—¿Y por qué fué la rabia del viejo?

POLI.—Primero, porque quise leerle mi última producción, y, como no entiende una palabra de lo que yo escribo...

ROSEN.—¡Psch! Yo tampoco entiendo; pero no me voy a enojar por eso... Porque, ¿pa qué estamos con bromas? tus jeroglíficos no los entiende ni el mismo diablo.

POLI.—(*Accionando hacia la puerta cerrada de don Eustaquio.*) ¡Viejo idiota amamantado con la leche de los clásicos!

ROSEN.—Buena leche ha de ser esa: no como la de doña Mercedes, agua pura.

CARLOS.—En seguida le consultó Polidoro sobre su matrimonio con Luisa.

ROSEN.—¿Qué?... ¿Te vay a casar con la Lucha?... ¿con esta?

POLI.—Sí, tío.

ROSEN.—¡Buena cosa!... ¿Y cómo no habíai dicho nada?

POLI.—Temí que no fuera de su agrado.

ROSEN.—La muchacha no me parece mal, es agraciadita; y, puesto que te gusta, no hay más que atracarle. Vos sois mayorcito y sabís lo que hacís. Vos sabrís también con qué te vai a casar, porque, lo que es yo, no lo veo.

POLI.—Es un negocio que tengo muy bien calculado.

CARLOS.—Puede haber un error de unos doscientos pesos, a lo sumo.

ROSEN.—¿Matrimonio por interés? Eso sí que no, pues, sobrino. Si te casáis, ha de ser por amor.

POLI.—Naturalmente, tío, por amor.

ROSEN.—Santo y bueno.

POLI.—Hágame el servicio de pedirme a la niña.

ROSEN.—¿Cuándo?

POLI.—Puesto que usted se va hoy, ahora mismo.

ROSEN.—¡Ah! la cosa va ligero... ¿Y a quién se la tengo que pedir?

POLI.—A doña Mercedes.

ROSEN.—¿Y esta niña no ha tenido padre?

POLI.—Murió.

ROSEN.—Entonces a ese no le pedimos nada... ¿Y cuál es el ceremonial en uso? ¿Qué es lo que tengo que decirle a la vieja? Porque yo nunca he pedido niñas: siempre me las he tomado sin ninguna ceremonia.

CARLOS.—Llevará usted traje de etiqueta: levita, guantes, sombrero de pelo y zapatos de charol.

ROSEN.—Ni guantes ni zapatos de charol.

POLI.—Bueno... Doña Mercedes le esperará a Ud. en esta sala. Entrará Ud. con paso solemne y mesurado, se inclinará delante de doña Mercedes, y le dirá: "¡Mi señora doña Mercedes!"

CARLOS.—Cogollito de peral.

POLI.—Déjate de vulgaridades. (*A don Rosendo, continuando la lección*). Tiene usted una perla, limpidísima perla de Armuz. Engastarla hace falta en áureo, metaliffero alfiler. Este pequeño, sutil, espirital y delicado adminículo encuéntrase de aquí no lontano. Señora, déme usted la perla de su hija para engastarla en el alfiler de mi sobrino..." ¿Qué tal?

CARLOS.—Admirable.

ROSEN.—¿Y vos creís que yo me voy a acordar de todo ese intringuli?

CARLOS.—Apréndalo usted de comprensión.

POLI.—No, nada de comprensión... Son cuatro palabras, tío.

ROSEN.—¡Cuatro demonios! Lo diré como me salga.

POLI.—A ver, ¿cómo lo diría usted?

ROSEN.—"¡Mi señora doña Mercedes, cogollito de peral!"

POLI.—No, tío, el cogollo es de Carlos.

ROSEN.—No, sobrino, el cogollo es del peral.

POLI.—Bueno, suprimido el cogollo.

ROSEN.—Suprimido.

POLI.—Continúe.

ROSEN.—"Mi señora doña Mercedes! Tiene usted un alfiler limpiecito... ¿de Mus, Mus?"

CARLOS.—Más o menos.

POLI.—¡No, tío... "Tiene usted una perla, limpidísima perla de Armuz"...

ROSEN.—Bueno. ¿Y quién tiene el alfiler?

POLI.—Usted, tío. El alfiler soy yo.

ROSEN.—Bueno; es que yo no sabía que tú erai alfiler... De modo que la perla es de Ormuz y el alfiler de Illapel.

POLI.—Voy a dar a usted por escrito esas cuatro palabras para que se las aprenda de memoria. (*Escribe*).

ROSEN.—Muy bien. Me da el corazón que ese Ormuz a lo mejor se me va a olvidar... ¿Qué le parece, don Carlos? A mi edad, como niño de escuela, aprendiendo la lección.

CARLOS.—Y lección bastante difícil. Yo insisto en que la diga usted de comprensión.

ROSEN.—Como salga, mi señor don Carlos.

POLI.—(*Pasando el papel a don Rosendo*). Aquí lo tiene usted. Léalo varias veces.

ROSEN.—Hasta que me lo encaje en la cabeza.

POLI.—Ahora voy a hablar con doña Mercedes. Espérenme ustedes en mi cuarto. (*Sale por la izquierda*).

ROSEN.—(*Al salir, leyendo*): "¡Mi señora doña Mercedes!" (*Vase por el foro*).

(*Se oye dentro la voz de Polidoro llamando a doña Mercedes*).

CARLOS (*Solo*).—No, yo no salgo de esta

casa. Si se le hace creer a Polidoro que lo han nombrado cónsul en Marsella, es muy posible que rompa su compromiso y que dé al diablo el matrimonio. Me voy a buscar a Rematales, que es especialista en esta clase de nombramientos falsos. Es preciso que la noticia llegue en el momento oportuno. (*Vase por el foro*).

ESCENA VII

Polidoro y doña Mercedes, por la izquierda

MERC.—Yo le estimo a usted mucho, Polidoro... Pero el asunto es muy serio... Mire que el matrimonio es para toda la vida.

POLI.—Yo quisiera que fuese para toda la eternidad.

MERC.—Los esposos se reunen después de la muerte, para no separarse más.

POLI.—Excepto los que se han casado más de una vez, porque en el otro mundo no es permitida la poligamia.

MERC.—Pero, ¿ha calculado Ud. bien las consecuencias del paso que va a dar?

POLI.—Sí, creo no haberme equivocado en los cálculos.

MERC.—¿Y ha hablado Ud. con Luisa?

POLI.—Todavía no.

MERC.—Bueno sería que hablase.

POLI.—Es mi ensueño de este minuto presente.

MERC.—Porque Carlos también pretende su mano.

POLI.—No, señora, lo único que Carlos pretende es continuar aquí viviendo de valde. Se imagina que usted lo aguanta sin pagar la pensión, porque tiene interés en casarlo con su hija. Cree que a usted la deslumbran su nombre y sus relaciones sociales.

MERC.—Que sepa él que mi familia es tan distinguida como la suya. ¡Qué se ha imaginado ese Carlos!

POLI.—Es preciso excusarlo. Su falta de sindéresis...

MERC.—¡Ah! yo nunca le he comparado con usted.

POLI.—Entonces.—Voy a decir a mi tío Rosendo que pida inmediatamente a Luisa, conforme a las reglas de la centurial etiqueta.

MERC.—¿Don Rosendo está ya enterado?...

POLI.—Sí, señora, y espera en mi cuarto

MERC.—Aguarde un momento, Polidoro. Voy a llamar a Luisa. (*Sale por la izquierda, y después de un momento vuelve con Luisa*).

ESCENA VIII

Polidoro, doña Mercedes y Luisa

MERC.—Luisa, este caballero desea hablar una palabra contigo.

LUISA.—¿Sí?

MERC.—Siéntense ustedes allí; yo aquí.

POLI.—Muchas veces, Luisa, la he dicho ha usted esta sencilla frase: "La amo como ama el cisne de Leda, la onda argentina donde un príncipe azul desgrana sus vagas, profundas tristezas, sus graves nostalgias del bello país de los dulces y raros ensueños divinos." Ahora voy a culminar esa frase con esta pregunta: "¿Quiere usted casarse conmigo?

LUISA.—¡Ay!... ¡Pero me lo dice usted así, tan ex-abrupto!

MERC.—Tal vez don Rosendo espera impaciente.

POLI.—Mi tío Rosendo, antes de salir de esta urbe americana, desea dejar eslabonados nuestros destinos.

LUISA.—Pero, Polidoro.

MERC.—Don Rosendo tendrá que hacer sus preparativos de viaje.

POLI.—Bueno. Entonces voy a avisarle que puede pasar. (*Vase por el foro*).

ESCENA IX

Dichos, menos Polidoro, luego don Eustaquio

MERC.—Ya no puedes quejarte.

LUISA.—Yo me alegro por usted y por mí.

MERC.—Sé buena esposa, trabajadora y económica como tu madre. Aplaude siempre las poesías de Polidoro, aunque no te agraden. Y si tienes hijos, lo que no es extraño en el matrimonio, prepáralos desde pequeños a ganarse la vida con su trabajo. (*Elevando la voz*). ¡No quisiera que en tu vejez tuvieses que lidiar con otro don Eustaquio!

EUST—(*Apareciendo en la puerta derecha*) Me pareció que me llamaban.

MERC.—¡Ah! don Eustaquio, ¿no sabe us-

ted que Luisa se casa con Polidoro?

EUST.—No lo sé.

MERC.—¿No cree usted que este matrimonio se debe concertar?

EUST.—Lo que ustedes deben concertar es un loquero para que les ponga camisa de fuerza.

LUISA.—(*A don Eustaquio*). ¿Por qué no toma Ud. sal de Carlsbad para el hígado?

EUST.—¡Pero si ese Polidoro es un pelafustán que no sirve ni para el barrido de las calles!

MERC.—El matrimonio es cosa resuelta. En un momento más, don Rosendo va a pedirme para Polidoro la mano de Luisa.

EUST.—¡El famoso don Rosendo!... Bueno, hasta luego. (*Entra en su cuarto*).

MERC.—¡Qué hombre! Para él no hay nadie cumplido.

LUISA.—(*Poniendo el oído*). ¡Don Rosendo, mamá! (*Vase Luisa y entra don Rosendo*).

ESCENA X

Doña Mercedes y don Rosendo

ROSEN.—(*Levita y sombrero de copa*). ¡Mi señora doña Mercedes!

MERC.—(*Con zalamería*). ¡Ah, don Rosendo!

ROSEN.—Tiene usted una perla de huemul... pidísima... Sí... Engarzarla... No hay más que engarzarla en un alfilerito áureo y metalífero. Este espíritu delicado se encuentra en lontananza. (*Mirando el papel, aparte*). ¡Uy! (*Leyendo, vuelta la cara, alto*). Señora, déme usted la perla de su hija para engastarla en el alfiler de mi sobrino.

MERC.—¡Mi hija, mi único consuelo!.. No, yo no podría separarme de ella!

ROSEN.—¡Bah!... Ahora salimos con que se hace de rogar.

MERC.—¡Pero, don Rosendo!...

ROSEN.—Créame, señora, hay pocos tíos que tengan un sobrino como el sobrino de este tío.

MERC.—Yo también tengo una alta idea de Polidoro... Pero, hágase cargo, don Rosendo...

ROSEN.—Bueno, entonces le digo a Polidoro que no hay nada de lo dicho. Yo creí que la chiquilla estaba dada, que esto no era más que un puro formuleo.

MERC.—¡Don Rosendo!...

ROSEN.—Yo no soy diplomático. O me da usted la perla, o no me la da. Esto es todo.

MERC.—Sí, don Rosendo... ¡aunque con mi hija se me van pedazos del corazón!

ROSEN.—¡Ahora sí, pues!.... Y no hablemos más.

MERC.—(*Llamando*). ¡Luisa!

ESCENA XI

Dichos y Luisa

ROSEN.—(*A Luisa, que entra*). ¡Venga pa acá, mi sobrina. (*La abraza*).

LUISA.—¡Don Rosendo!

ROSEN.—¡Tío!

MERC.—Yo espero que no sea una carga muy pesada para ustedes.

ROSEN.—¡No! ¡Si estas chiquillas son muy livianas!

MERC.—Esta no tiene a quién salir odiosa. Además, ha sido criada con hábitos de economía.

ROSEN.—Es lo que aquí reina: mucha economía. Don Eustaquio dice economía de carbón y de comestibles. Pero no hay que hacerle caso; el viejo está chocho.

MERC.—Hoy ha estado insoportable... Es su enfermedad del hígado.

ROSEN.—Y el viejo diablo dice que está enfermo de la mala comida que usted le da.

MERC.—Tiene muy mala lengua.

ROSEN.—¿Y eso también será enfermedad?

LUISA.—Mejor no hablemos de ese hombre.

ROSEN.—Sí. Mejor es que vaya a buscar a Polidoro. El niño estará impaciente. (*Vase por el foro*).

ESCENA XII

Doña Mercedes, Luisa, luego Carlos, en seguida don Rosendo y Polidoro, después Antonio.

MERC.—(*Contemplando a Luisa*). ¡La esposa del poeta!... Pero no creas que todos son flores en el matrimonio: también hay espinas punzadoras.

LUISA.—Pero es mucho alitio, mamá.

CARLOS.—(*Entrando*). ¿Parece que tenemos casorio?

MERC.—Sí, señor. Don Rosendo acaba de pedirme a Luisa para Polidoro.

(*Entran don Rosendo y Polidoro*)

ROSEN.—(*Empujando a Polidoro*). Aquí lo tienen ustedes. (*Indicando a Luisa*) ¡La madre de futuros poetas!

MERC.—No es bien visto hacer alusión a la posteridad antes del matrimonio.

POLI.—¡Oh, Luisa! estoy en el pináculo eiffelino de la felicidad!

LUISA.—Yo también.

CARLOS.—¿Les parece que bebamos una copa para celebrar el acto?

ROSEN.—No me parece mal.

MERC.—No tengo más que vino de San Pedro.

POLI.—Haga usted que nos sirvan el vino del apóstol, piedra fundamental de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

MERC.—Voy a hacerlo traer. (*Sale*).

CARLOS.—Yo no tomo vino sino en las comidas. A esta hora tomaría cualquiera otra cosa.

ROSEN.—¡Lo regodeoncito que es el señor! ¿Por qué no va al almacén de la esquina a buscar cualquiera cosa? De aquí no nos movemos.

POLI.—(*Bajo a Luisa*). ¡Oh, qué vulgar es mi tío!

LUISA.—No, Polidoro, es que usted vive constantemente en una región muy elevada.

POLI.—Eso sí: yo siempre en el Parnaso.

LUISA.—Mientras que su tío en Illapel.

MERC.—(*Entrando*). Ya viene.

(*Entra el criado con botella y copas*).

ROSEN.—(*Al criado*). Sirve, Antoñito.

(*Antonio sirve y se va*)

LUISA.—¿Quién va a decir el brindis?

MERC.—Me parece que corresponde a don Rosendo, como representante de la familia del novio.

TODOS.—¡Muy bien! ¡Muy bien!

ROSEN.—(*Con una copa en la mano*). Aunque no estaba preparado para hacer uso de la palabra, lo hago, sin embargo, señor Presidente, para manifestar a la Cámara y al país... (*Se corta. Algunos aplauden*).

CARLOS.—(*Aplaudiendo*). Aplausos en los bancos de los diputados.

POLI.—Tío, descienda usted del alto sitial de representante del pueblo. Usted no tiene todavía bastante numerario para comprarse una investidura parlamentaria.

ROSEN.—¿Qué sabís vos? Yo seré diputado cuando me dé la real gana. Pa eso tengo harta popularidad.

POLI.—Eso ahora no sirve de nada.

ROSEN.—No seáis leso, pues, sobrino. Vos sabrís mucho de poesía y de galimatía, pero de política no sabís ni media palabra. Ni siquiera sóis capaz de hacer un *tutti*.

MERC.—Pero ustedes olvidan el motivo de esta fiesta.

ROSEN.—Yo no veo la fiesta. Las de Illapel, esas son fiestas: con arpa y guitarra, como Dios manda. Aquí, con vino de la piedra fundamental.

CARLOS.—Entonces, que hable el novio.

TODOS.—Sí! Sí! Que hable! Que hable!

POLI.—En vez de discurso, voy a leer a ustedes mis exquisitos versos, *A los ojos de la Amada*.

ROSENDO y CARLOS.—¡No, no!

ROSEN.—Los ojos de la amada están aquí. (*Indicando a Luisa*). Son ojos que te dicen bien claro el amor que te tienen. Desde que los ponís en verso, ya no los entiende ni el demonio.

ANTONIO.—(*Desde el foro*). Un caballero del Ministerio de Relaciones Exteriores pregunta por don Polidoro.

CARLOS.—(*Aparte*). A tiempo llega Retamales.

POLI.—Que pase... ¡Dios mío! ¡Dios mío! (*Vase Antonio y entra Retamales*).

ESCENA XIII

Dichos, menos Antonio, Retamales

RETA.—¿Don Polidoro Almafuerte?

POLI.—Yo...

RETA.—Señor, no he podido resistir al deseo de ser el primero en comunicarle su nombramiento de cónsul en Marsella. ¡Mis felicitaciones!

POLI.—¿Es posible?... Pero, ¿cómo ha sido esto?

RETA.—Estaba acordado el nombramiento

de Justo Moraga; pero a última hora este caballero avisó que no podía aceptar el puesto, y, como usted era la otra persona que se había presentado al concurso, el Ministro pensó, naturalmente, en usted. Pero lo que en realidad vino a decidirle, fué la circunstancia de haber caído en sus manos una poesía de usted titulada: *Perfumes armónicos*.

POLI.—(*Comprendiendo*). ¡Ah!

RETA.—El Ministro la leyó y quedó admirado.—Pero aquí tenemos un genio de verdad—dijo;—y en seguida firmó su nombramiento.

POLI.—¿No podría venir don Eustaquio para que oyera esto?

MERC. y LUISA.—No, no.

POLI.—Este nombramiento es la consagración oficial de la escuela.

RETA.—(*A Polidoro*). ¿Usted sabe francés, naturalmente? Porque en Francia se habla francés.

POLI.—*Oui, oui.*

CARLOS.—Lo ha aprendido en los poetas americanos.

RETA.—¡Ah!

POLI.—¿El Presidente firmó?...

RETA.—Sí, señor.

ROSEN.—También Su Excelencia leería los perfumes de mi sobrino... Créame, señor del Ministerio, mi sobrino... ¡ese es un poeta! Con decirle que no entiendo una palabra de lo que escribe...

RETA.—(*Bajo a Polidoro*). ¿Su tío de usted está recién llegado del campo?

POLI.—(*Bajo*). Sí, está recién llegado de por ahí... pero no es mi tío. El me dice sobrino por broma: yo por lo mismo lo llamo tío. ¡Usted sabe lo que es un tío!

RETA.—¿Ustedes están de fiesta?

MERC.—Sí, caballero, se ha concertado el matrimonio de mi hija con el señor cónsul.

ROSEN.—Mi sobrino, el señor cónsul, se casa con la hija de la patrona. Yo acabo de pedir a la chica. Y aquí estamos.

POLI.—(*Bajo a Retamales*). La patrona se imagina que me voy a casar con la chiquilla. Siga usted la farsa.

RETA.—Con mucho gusto.

ROSEN.—(*A Retamales*). ¿No quiere usted tomar un trago de lo fundamental?

RETA.—Gracias. Soy temperante. Tomo vino sólo en las comidas y unos cuatro o cinco aperitivos por la mañana y por la tarde.

ROSEN.—¿Y no toma ningún bajante?

RETA.—Un par de *chartreux* o de *benedictines* después de cada comida.

ROSEN.—Un poco más temperante que los de Illapel.

RETA.—Con permiso de ustedes, me retiro.

CARLOS.—(*Bajo a Retamales*). ¡Bravo, chico! Espérame en el Café de la Bolsa.

POLI.—En seguida voy a dar una vueltecita por el Ministerio.

RETA.—Sí, sí... Que lo pasen ustedes muy bien.

TODOS.—Adiós. Adiós.

ESCENA XIV

Dichos, menos Retamales

LUISA.—¡Ay, qué gusto!

POLI.—¡Ah, qué felicidad!

LUISA.—Felicítenme ustedes a mí.

POLI.—¡Yo, cónsul en Francia!... ¡La ensoñación áurea de toda mi vida!

CARLOS.—A lo mejor se realiza un sueño.

ROSEN.—Yo soñé en Illapel que me daban un sablazo, y en llegando aquí me pegó uno Polidoro.

POLI.—Es un puesto muy cómodo. Yo estaré en Marsella sólo por cortas temporadas. Dejaré el consulado a cargo del portero, y viviré en París.

LUISA.—París o Marsella será igual para mí: donde esté mi Polidoro, allí estaré contenta.

POLI.—¡Oh! Al fin voy a poder transportarme a ese querido París, cuna de mi escuela, donde los espíritus sublimes de Beaudelaire, de Mallarmé y de Verlaine, me inspirarán divinos cantos inmortales.

LUISA.—¡Ay! Polidoro, yo creo que me voy a marear en el vapor. Como no he navegado nunca...

POLI.—No, usted no va a experimentar los efectos desagradables del mareo, porque va a permanecer aquí, en tierra firme.

MERC.—¿Cómo? ¿no se va usted con su mujercita?

POLI.—Imposible. No hay tiempo para el himeneo civil y el eclesiástico.

MERC.—Pero si puede casarse en estos días.

POLI.—Esto no se debe hacer a escape. Mire, doña Mercedes que el matrimonio es para toda la vida. Además, yo volveré dentro de diez años.

LUISA.—Postergue un poco su viaje, Polidoro.

MERC.—Si usted se enferma, tendrá quién lo cuide.

ROSEN.—Este diablo no quiere que lo cuiden.

CARLOS.—Sí, Polidoro, tú debes llevarte a Luisa.

POLI.—Pero, ¿cómo quieren ustedes que vaya a meter a Luisa en ese infierno de París? ¡París! ¡París!... ¡Oh, qué peligro para las casadas!

CARLOS.—Si temes algo, puedes llevarte a doña Mercedes.

POLI.—¡París! ¡París!... ¡Oh, qué peligro para las viudas!

ROSEN.—Tampoco tiene Polidoro con qué llevarse a todo el mundo...

CARLOS.—Si se van todos, pueden vender los muebles de esta casa.

POLI.—¡Eso nunca! ¿Quién es el audaz que tal osa proferir? ¡Vender estos muebles, esas sillas en que Luisa y yo nos hemos dicho nuestro amor! ¡No no, no! Yo volveré dentro de 10 años en busca de mi novia; y, si la encuentro casada, escribiré la más hermosa elegía a la muerte de mis ilusiones, y depositaré sobre su tumba, con mis perláticas lágrimas, flores de quimera y flores de misterio.

ROSEN.—¿Qué flores serán ésas? Mi sobrino se ha vuelto loco.

MERC.—¡Es indigno!

LUISA.—Diga mejor, Polidoro, que ya no quiere casarse conmigo.

POLI.—¡París, París, abre tus brazos; tu amigo, tu amante, como cisne de ensueño, hacia ti se dirige!... Me voy al Ministerio.

MERC.—¡Su conducta es horrible, Polidoro!

POLI.—(*Retirándose*). ¡París! ¡París!... (*Váse por el foro*).

MERC.—(*Llamando*). ¡Don Eustaquio!...

ESCENA XV

Don Rosendo, Carlos, doña Mercedes, Luisa y don Eustaquio

EUST.—¿Qué ocurre?

MERC.—¡Una indignidad, don Eustaquio!

CARLOS.—Han nombrado a Polidoro cónsul en Marsella.

EUST.—¡Qué bárbaros!

LUISA.—¡Y se va a Europa solo! ¡Ya no quiere casarse conmigo.

EUST.—¿Pero don Rosendo no pidió la niña?

ROSEN.—Sí, la pedí, me la dieron y todo y ahora no sé qué hacerme con ella porque mi sobrino no me la quiere recibir.

EUST.—¡Muy bien!

LUISA.—¡Qué falta de seriedad!

MERC.—¡Qué cariño le tendría a mi pobre hija!

ROSEN.—Vámonos, don Carlos. Yo no he nacido pa cosas tristes. (*Vánse por el foro don Rosendo y Carlos*).

ESCENA XVI

Doña Mercedes, Luisa y don Eustaquio

MERC.—(*A Luisa*). No creas que pierdes mucho con ese Polidoro.

EUST.—Es un loco de atar.

MERC.—Carlos, sin duda, te conviene mucho más.

LUISA.—Yo también lo prefiero.

MERC.—Ese poetilla es muy pícaro!... ¿Creerás que vino a desacreditar a Carlos?... Y quién sabe de qué familia será. Basta ver a su tío don Rosendo... ¿No le parece, don Eustaquio, que Carlos es el marido que a Luisa le conviene?

EUST.—¡Pero si Carlos es un gandul!

MERC.—Su talento y su nombre pueden llevarle muy alto.

EUST.—Hasta ahora no le han servido sino para vivir gratis.

LUISA.—Lo que usted quiere es que yo me quede para vestir santos.

MERC.—Sí, y vamos a perder un novio como Carlos.

EUST.—Pero ustedes están más locas que Polidoro.

LUISA.—¿Quiere usted un remedio para el hígado?
EUST.—¡Pobres mujeres! (*Vase*).
MERC.—¡Pero qué genio de hombre!

ESCENA XVII

Doña Mercedes, Luisa y Carlos por el foro

MERC.—¡Ah, Carlos, qué escena más ridícula que esa de Polidoro!
CARLOS.—No me diga nada, doña Mercedes... ¡Oh, lo que he sufrido en esta última hora! Quise ahogar en vino la pena que me devoraba: pero el vino era escaso.
LUISA.—Usted tiene la culpa de todo.
MERC.—Usted, Carlos, nunca ha hablado a Luisa seriamente de matrimonio.
CARLOS.—¡Pero si estábamos tan bien así, el uno al lado del otro! ¿Quién nos apuraba?
MERC.—¿Usted pensaba casarse con ella?
CARLOS.—Sí, señora.
MERC.—¿Y quiere todavía hacerlo, a pesar de lo ocurrido.
CARLOS.—Sí, señora.
MERC.—Bueno; cásese usted dentro de 15 días.
CARLOS.—¡Pero si no tengo un centavo!
MERC.—Usted no hará mayores gastos, porque seguirá viviendo aquí.
CARLOS.—Pero usted no piensa en los hijos... Señora, yo creo que en dos años podría arreglar mi situación. Este plazo no me parece muy largo.
LUISA.—¡Una eternidad!
MERC.—En esto no transijo: quince días.
CARLOS.—Para dentro de un año me comprometería formalmente.
MERC.—Esta chiquilla ha estado comprometida formalmente como diez veces.
LUISA.—¿Por qué no le da un mes, mamá?
MERC.—No.
CARLOS.—En quince días me es imposible.
MERC.—¿De modo que usted se niega?
CARLOS.—A casarme de carrera, sí, señora.
MERC.—¡Ah, don Carlitos, si conozco su intención!... ¡si es lo que me dijo Polidoro! Lo único que usted quiere es continuar aquí viviendo de valde.
CARLOS.—¿Y Polidoro ha dicho eso de mí... de mí, el buen amigo que cien veces le ha escuchado sus versos?
MERC.—(*Llamando*). ¡Don Eustaquio!...

ESCENA XVIII

Dichos y don Eustaquio por la derecha

EUST.—Pero, ¡qué diablo! ¿hasta cuándo me molestan?
MERC.—Don Eustaquio, este caballero o único que pretende es vivir aquí sin pagar su pensión.
CARLOS.—¡Pero si esto no es más que una calumnia infame de ese ridículo Polidoro!... ¡Ah, doña Mercedes, si le hubiera oído usted hace un momento haciendo la tasación de los muebles de esta casa! El pensaba, luego de casarse, vender estos muebles, y con el producido largarse a Europa. El nombramiento de cónsul le ha salvado a usted el mobiliario.
EUST.—Pero, doña Mercedes, ¿hasta cuándo es usted inocente? ¿No ve que este par de mequetrefes se están riendo de usted?
CARLOS.—(*A don Eustaquio*). ¿De manera que usted cree que me debo casar dentro de quince días?
EUST.—¿Qué se va usted a casar?... Ni en un siglo, al paso que va.
CARLOS.—Y, sin embargo, a doña Mercedes le ha parecido mucho un plazo de dos años.
EUST.—De veras que es usted bastante cínico.
CARLOS.—Usted no tiene derecho a ofender mi dignidad.
MERC.—Vamos, Luisa. (*Vánse doña Mercedes y Luisa*).

ESCENA XIX

Don Eustaquio y Carlos

EUST.—¡Vaya, vaya! Es curiosa la dignidad de usted: una dignidad que no le impide explotar a esas pobres mujeres... ¡Hombre, usted me da lástima! Lo único que a usted le importa es no morirse de hambre. ¿Por qué no trabaja?
CARLOS.—¿En qué, si no tengo un centavo?
EUST.—Búsquese usted un empleo.

CARLOS.—Me darían uno insignificante... sería una humillación... mis amigos y parientes no me reconocerían.

EUST.—¿Y qué le importan a usted amigos y parientes que no hacen nada por usted?

CARLOS.—(*Emocionado*). ¡Qué hacen todo contra mí!... ¡Sí, don Eustaquio, yo quisiera romper esta cadena de hierro que me liga a la desgracia!

EUST.—Sus amigos y parientes lo han inmovilizado... y su orgullo también, igual al orgullo de sus amigos y parientes.

CARLOS.—Es verdad, don Eustaquio, el obrero más humilde tiene situación mejor que la mía... Mi miseria de levita es la peor de las miserias.

EUST.—Y usted no tiene valor para salir del atolladero... Hombre, ¿no ha pensado usted alguna vez en emigrar?

CARLOS.—Muchas veces. He querido irme a la República Argentina, donde nadie me conoce, y comenzar allí una vida nueva, trabajar como trabaja el europeo, sin miedo a prejuicios ni a consideraciones sociales, sin tener a nadie que limite mi iniciativa, a nadie que me eche en cara como baldón de ignominia los principios difíciles, que son a menudo la base de la fortuna.

EUST.—Ese es el camino que usted debe emprender... sin dilación.

CARLOS.—Hoy mismo me iría, si pudiese.

EUST.—Un poco de dinero le hace falta. Habrá que ayudarlo.

ESCENA ULTIMA

Dichos, don Rosendo y Polidoro por el foro doña Mercedes y Luisa, por la izquierda

POLI.—(*Entrando*). ¡Lo de mi nombramiento ha sido una farsa indigna!

MERC.—(*Bajo*). Mucho me alegro.

EUST.—No podía ser de otra manera.

CARLOS.—A ver, cuenta, Polidoro.

POLI.—Estuve en el Ministerio. El cónsul en Marsella no soy yo, sino Justo Moraga... ¡Oh! esto ha sido una jugarreta del megaterio anti-diluviano.

ROSEN.—Para mí, por lo menos la idea es de algún illapelino.

POLI.—No, señor, de un clásico.

ROSEN.—Bueno, de un illapelino clásico. Pero no se te dé nada, sobrino. Una vez me nombraron a mí gobernador de Illapel... y hasta alcancé a dar un banquete a los correligionarios.

POLI.—Yo no pierdo nada... Al contrario, gano. Esto me permite realizar mi anhelado matrimonio con Luisita... ¡Oh, el pentacorde, clamideño amor. ¡Oh, Luisita de mi corazón!

LUISA.—Déjese usted.

MERC.—Mire, don Polidoro, usted no me saca de aquí un solo mueble.

POLI.—¿Eh?

MERC.—¿Con que usted iba a casarse con mi hija para vender mis muebles, y con su producido irse a Europa a brillar en el cielo de la literatura?

POLI.—Pero, doña Mercedes, ¿quién le ha dicho a usted eso?

MERC.—Carlos.

POLI.—(*A Carlos*). ¿Tú?

CARLOS.—Y tú, buen peine, que le dijiste a doña Mercedes que yo le hacía la corte a Luisa para vivir aquí de valde.

POLI.—¡Amigo infiel... yo te perdono!

ROSEN.—¿De modo que la Lucha se casará con don Carlos?

EUST.—No, señor, el único que aquí se casa soy yo.

ROSEN.—(*Asombrado*). ¿Con la chiquilla?

EUST.—No. A mí me gustan las jamonas. Me caso con doña Mercedes.

POLI.—¡Consorcio vesperal!

ROSEN.—¡Cómo se conoce que usted es un héroe!

LUISA.—Mamá, don Eustaquio está ahora muy bromista

MERC.—Así lo veo.

EUST.—No es broma. Oigan ustedes: El país me paga actualmente una pensión de retiro por los servicios que me debe. Si yo muriese soltero, el pago cesaría. Yo quiero que este pago continúe en la persona de mi viuda. Doña Mercedes, casándose conmigo, percibirá desde el día en que me muera la correspondiente pensión de montepío militar.

MERC.—¡Don Eustaquio!... Acepto agradecida, don Eustaquio... ¿Y nos casaremos pronto?

EUST.—*In artículo mortis*... Sí, señora, como casi todas las comedias acaban

en matrimonio, en matrimonio ha de acabar la comedia de mi vida.

MERC.—Pero, ¿para qué esperar la última hora?

EUST.—¿Y para qué nos vamos a casar antes?

MERC.—¿Y si usted se muere de repente?

EUST.—Tengo el presentimiento de que me he de morir poco a poco, a fuerza de malas digestiones.

MERC.—¡Este don Eustaquio!

EUST.—Señora, usted contrae desde hoy la obligación de mejorar mis alimentos; no se diga después que usted ha apresurado mi muerte para gozar del montepío... Y ustedes, señores, podrán asistir casi al mismo tiempo a mi matrimonio y a mi entierro.

POLI.—Yo tendré el mayor gusto de asistir al uno y al otro. Compondré un epitalamio para el matrimonio, una elegía para el entierro...

EUST.—¡Usted me perseguirá hasta mi último asilo!... ¡Ah! don Rosendo, haga usted una buena obra. Carlos parte en breve a la República Argentina, a emprender una vida de trabajo. Para eso necesita algún dinero. Contribuya usted siquiera con unos cien pesos. Yo daré lo demás.

ROSEN.—Esto sí que no lo sabía.

POLI.—(*A Carlos*). ¿Con que te vas, chico?

CARLOS.—Sí, si tengo los medios para irme.

POLI.—Tío, afloje la bolsa.

ROSEN.—(*Pasando a Carlos un billete*). ¿Con vuelta?

CARLOS.—Sí, señor, quiero ser en adelante un hombre honrado.

MERC.—¿Y a mí quién me paga lo que me debe Carlos?

ROSEN.—Yo no, señora.

POLI.—¡Pero esta doña Mercedes es un antro apocalíptico que quiere devorarlo todo!

EUST.—Lo de Carlos, corre de mi cuenta.

MERC.—Muchas gracias, don Eustaquio.

EUST.—La pensión de Carlos se pagará con la pensión de montepío.

MERC.—(*Irónica*). ¡Muy bien!

LUISA.—¿Y a mí quién me paga todas estas burlas?

EUST.—Dios te las pagará, dándote un marido que no sea como éstos... Y usted, don Polidoro, usted debe imitar el ejemplo de Carlos. Eso es mejor que estar aquí escribiendo barbaridades!

POLI.—¡Don Eustaquio, usted verá un día mi nombre grabado en el templo de la Inmortalidad!

CARLOS.—Donde va a ver grabado tu nombre es en la puerta de la sastrería de Mortadella.

ROSEN.—Francamente, Polidoro, yo creo que tú debías trabajar.

EUST.—Sí, hombre, déjese usted de desvaríos.

POLI.—Yo no he nacido para trabajos vulgares.

EUST.—Para lo que usted no ha nacido es para poeta.

ROSEN.—Mira, Polidoro, lo que a ti te conviene es venirte conmigo a trabajar en el campo. Con un poquito de empeño podís hacer plata.

POLI.—¿Y mis ideales artísticos?

EUST.—¡Sus ideales artísticos!... ¿Pero se figura usted que porque maneja unas cuantas palabritas raras, porque expresa conceptos que carecen en absoluto de sentido común, ya merece usted el altísimo nombre de poeta?... No, ya es tiempo de que deje usted toda esa palabrería hueca, cursi y ridícula, que usted ha llamado poesía.

POLI.—No puedo negar que mi situación es aquí bastante molesta. ¿Pero usted quiere que yo haga una vida monótona, insoportable?

EUST.—No, al contrario... Trabaje, pague todas sus deudas, cumpla con todos sus compromisos, sea usted un hombre honrado, y le aseguro que la vida, mirada al través de una conciencia limpia, brillará para usted llena de esplendor y hermosura.

CARLOS.—¡Sí, al campo, mi querido Polidoro!

POLI.—Bueno, tío Rosendo, me voy con usted.

ROSEN.—Muy bien, sobrino!

POLI.—(*Con voz entrecortada por la emoción*). ¡Musas, adiós!.... ¡hasta luego!

CARLOS.—¡Valor, Polidoro!

POLI.—¡Polidoro, valor!... (*Con resolución*). ¡Musas, adiós para siempre!

(TELON)

LA GUERRA DEL FUEGO

Por

J. H. ROSNY

La obra de J. H. Rosny, cuya publicación iniciamos en el presente número nos transporta a aquellos tiempos obscuros en que el hombre, destituído aún de industria, vagaba miserable, agrupado en pequeñas tribus por la superficie de la tierra y luchando penosamente con las fieras y los elementos.

El enorme interés que despierta esta singular novela prehistórica, no se deriva tanto de la pintura y acción de los caracteres, harto rudimentarios y simples de aquellos bárbaros, sino de las dramáticas incidencias de la lucha de la raza, por el dominio del mundo.

Creemos útil dar algunas explicaciones de carácter científico que ayudarán al lector a comprender mejor la obra de Rosny.

No se desarrolla ella en un período histórico, sino más bien geológico, al que los sabios denominaron "época post-diluviana" o reciente, y cuya principal característica, es la presencia del hombre sobre la tierra.

Los geológos dividen ese período geológico, que por otra parte subsiste hasta hoy día en cuatro sub-épocas.

1.a La edad *paleolítica* en que el hombre hallaba la piedra, pero no sabía pulirla.

2.a La edad neolítica o de la piedra pulimentada.

3.a La edad del bronce.

4.a La edad del hierro.

No corresponden estos períodos a espacios de tiempo determinados, para todo el mundo, ya que hoy mismo existen tribus paleolíticas, las de Australia por ejemplo, y aún otras que apenas han comenzado en nuestros días a tallar la piedra, como sucede con los peregrinos..

Las grandes divisiones prehistóricas se refieren más principalmente a la Europa.

El hombre no ha dejado rastros seguros de su existencia en la época diluviana o glacial, acaso porque entonces sólo usaba instrumentos de madera que no han podido conservarse como los de piedra.

En la época post-diluviana o paleolítica, para usar de los términos consagrados por la ciencia, los animales que poblaban la Europa, eran, en parte, los mismos que hoy se encuentran en ella. Había lobos, perros salvajes, caballos silvestres, alces, renos, ciervos de varias clases, etc., etc.

Pero existían además otros que hoy están extinguidos o han emigrado del continente. Como algunos de ellos se mencionan en la obra de Rosny, vamos a decir algunas palabras acerca de su historia.

El *mamuth* (*Elephas primigenius*) era un elefante velludo de cuatro metros de alto que abundante en la época diluviana ha subsistido hasta una época mucho más reciente. Se le encuentra toscamente dibujado por el hombre sobre el marfil de sus propios colmillos. La desaparición del mamuth data puede decirse sólo de ayer. A principios del siglo XIX fué encontrado el cadáver de uno de estos animales perfectamente conservado (pudo comerse su carne), en esos bancos de hielo de la Siberia.

El *auroch* y el *uro* son dos animales de la familia de los toros que han sido confundidos más de una vez.

El *auroch* (Bos primigenius) está hoy completamente extinguido pero se han encontrado restos de él en casi toda Europa. En los tiempos de César existía aún en Inglaterra y en Alemania; sólo se extinguió en los siglos X o XI en la Europa Central, y subsistió en Rusia y en Polonia hasta los siglos XIV o XV. Los autores latinos que le conocían sólo de oídas, le atribuían la talla del elefante, pero en realidad apenas era mayor que un toro, aunque mucho más fuerte. De él descienden nuestros bueyes domésticos.

El *Uro* o *Bisonte* de Europa (Bos bonausus) es el mamífero de mayor talla de los que aún existen en el continente Europeo. Mide una altura de un metro ochenta centímetros y una longitud de tres y medio metros. En la época prehistórica vivía en casi toda Europa y en buena parte del Asia, pero ha ido desapareciendo lentamente. El último fué muerto en Alemania en 1755. Hoy sólo existen en la selva de Bialonez en Polonia, donde a pesar de los cuidados de que son objeto están en camino de extinguirse. En 1857 había 1,900 de estos animales, pero ahora son poco más de 100.

El *Alce* (alces machlio), animal circunscrito hoy a las regiones circun-polares, es un ciervo de dos metros de altura en el lomo. En Alemania era aún abundante en los tiempos de César. Hoy sólo se le encuentra en Suecia, en Noruega y en las provincias bálticas de la Rusia.

El *Megaceres* (Megaceres gigantesco) es un animal más antiguo y pertenece propiamente a la época diluviana, pero alcanzó a ser contemporáneo del hombre. Su estatura era la misma que la del alce.

El Oso de las Cavernas (Ursus speloeus) ha desaparecido por completo antes de los tiempos históricos. Su estatura era muy superior a la de los osos actuales. El *Oso gris* (Ursus ferex) de menor talla pero mucho más temible, aunque extinguido ha largo tiempo en Europa existe todavía en Norte América.

La *Hiena* de Europa o de las Cavernas (Hyœna Upeloe), de talla más elevada que las hienas actuales de Asia y de Africa, ha desaparecido antes de la época histórica.

El *León* (Felix leo) habitó la Europa hasta los tiempos históricos. Heródoto y Aristóteles nos cuentan que en sus tiempos era todavía común en Macedonia y en Grecia. Por otra parte los huesos del león se han encontrado en todo el continente. Los naturalistas no están de acuerdo acerca de si el *León Gigante* (Felix Speloe) es una especie distinta o simplemente una variedad del león, del que se diferencia por la talla un poco mayor y por ciertos rasgos que le acercan al tigre. Esta especie o variedad de león se extinguió hace muchísimos siglos, y era ya rara en la época paleolítica.

Los huesos del *Tigre* (Felix tigris), se han encontrado en Europa pero en escasa cantidad. Poco podemos saber por tanto, acerca de la época de su desaparición definitiva de aquel continente.

El *Saiga* o Antílope de Europa (Antilope Saiga), se encuentra hoy en Polonia, en Rusia y en Siveria. Sólo en la Edad Media desapareció de los países de Occidente. Su tamaño es el de un gamo.

El *Hemión* (Equus Hemionus) animal intermediario entre el caballo, y el asno; habita actualmente la India. Aunque Aristóteles parece haberlo conocido, no es seguro que haya habitado la Europa.

El *caballo Silvestre* desapareció de Europa durante la época neolítica, antes de que los hombres hubieran logrado domesticarlo. Nuestros actuales caballos son de origen asiático.

La presencia en los bosques de Europa de grandes monos de talla y aspecto parecidos al hombre, es una fantasía del autor de la "Guerra del Fuego". Sólo se han encontrado en ese continente restos fósiles de monos gilones, u otros aún más pequeños e inferiores.

Antes de concluir diremos algunas palabras sobre el aspecto y clima probables de la Europa en los más antiguos tiempos paleolíticos.

Si el período diluvial fué caracterizado por un aumento del frío o de la humedad o de ambas cosas a la vez, la época siguiente parece haber sido más bien seca y relativamente calurosa. En opinión de la mayor parte de los geólogos la Europa fué entonces más bien un país de praderas y de pantanos que de verdaderos bosques como lo es hoy día. Acaso hacia la terminación del período diluvial se dejaron sentir en Europa prolongadas sequías. La emigración paulatina al norte de las especies, hoy exclusivamente árticas, o que se extinguieran en países fríos, como el Alce, el Reno y el Mamuth parecen dar algún valor a esa hipótesis. En cambio, como hemos visto muchos de los

animales subtropicales del Asia y del Africa, como el león y la hiena, invadieron entonces a Europa, y permanecieron en ella hasta los primeros tiempos históricos.

La existencia simultánea y confundida de restos de animales pertenecientes a la forma pre-ártica con las de los grandes carniceros, prueban que hubo un período en que ambas fieras co-existieron. En dramático momento de la historia animal, cuando la Europa fué, lo que es hoy el Africa "la tierra tenebrosa" de los monstruos, ha sido elegido por J. H. Resny para escena de su relato.

PRIMERA PARTE

I

La muerte del Fuego

Los Ulhamr huían en medio de la noche poblada de terrores. Enloquecidos por el sufrimiento y la fatiga, todo les parecía nada ante la calamidad suprema: el Fuego había muerto. Lo conservaban en tres cestas desde el origen de la horda; cuatro mujeres y dos guerreros le alimentaban de noche y de día.

En los peores tiempos recibía la substancia de que tomaba vida; al abrigo de la lluvia, de las tormentas y de la inundación, había franqueado los ríos y los pantanos, sin cesar de palidecer ante la luz de la aurora, y de enrojecer a la venida de la noche. Su poderosa presencia alejaba al León Negro y al León Amarillento, al Oso de las Cavernas y al Oso Gris, al Mamuth, al Tigre y al Leopardo; sus rojizos dientes protegían al hombre contra el inmenso mundo. La alegría moraba cerca de él. Sabía arrancar de las carnes un grato perfume, endurecer la punta de los venablos y a su contacto estallaba la piedra... Su dulzura rebozaba de fuerza... La horda a su presencia se sentía segura en la temblorosa selva, en la sábana interminable y en el fondo de las cavernas. Era el Padre, el Guardián, el Salvador... más aterrador sin embargo, que el propio Mamuth cuando, huyendo de la cesta protectora, derribaba los árboles.

¡Había muerto! El enemigo destruyó dos cestas; en la tercera, durante la fuga se le había visto debilitarse y palidecer.... Tan débil ya, no podía hacer presa de las hierbas de los pantanos; palpitaba como una bestia enferma. Al fin, sólo fué un insecto rojizo que se desvanecía a cada soplo del viento... Por último se desvaneció.... Y los Ulhamr despojados huían en la noche de otoño. No brillaban las estrellas... Un cielo de plomo pesaba sobre las aguas inmóviles... Las plantas alargaban sus fibras entumecidas; se oía el chapoteo de los reptiles; hombres, mujeres y niños desaparecían tragados por las inmarcesibles ondas... Como mejor pudieron orientarles las voces de los guías, los Ulhamr siguieron una faja de tierra más elevada y sólida, a veces con el agua a la cintura, a veces sobre los islotes. Tres generaciones habían conocido ese camino, pero ahora faltaba el resplandor de los astros... Al clarear el alba se acercaron a la sábana.

Pálidos fulgores se filtraban al través de las cenicientas brumas. El viento se arremolinaba sobre las aguas tan espesas como la brea; las algas se hinchaban de pústulas; lagartos soñolientos arrastrábanse entre los mamíferos y los sagitarios. Una garza se posó sobre un árbol ceniciento y la sábana apareció con sus plantas humedecidas, bajo rojizos vapores que se extendían hasta el fondo del horizonte. Los hombres, como vueltos a la vida se irguieron entonces, atravesaron los últimos charcos y se encontraron al fin entre las hierbas, sobre la tierra firme.

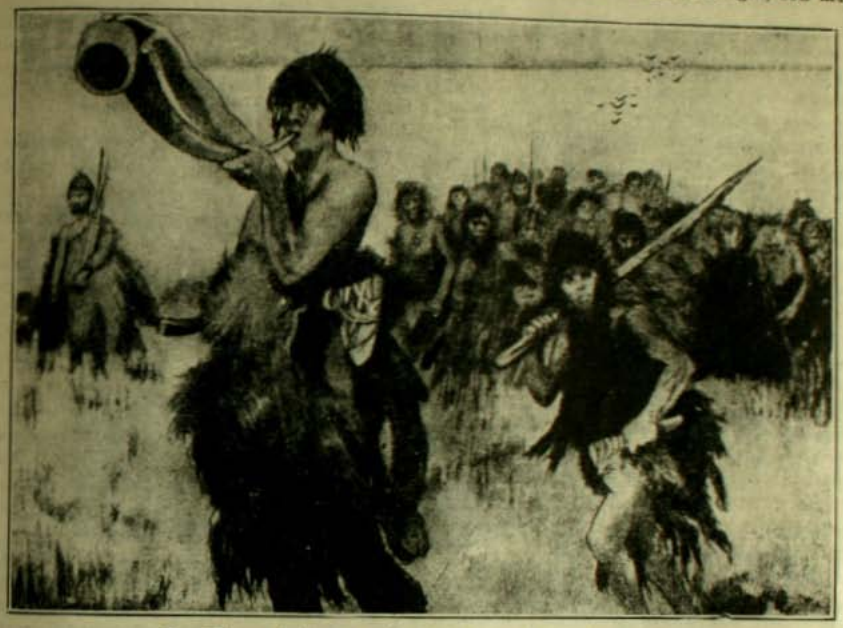
Entonces, pasada la fiebre de la muerte, muchos cayeron como bestias inertes y echados en el suelo se desvanecieron en el reposo. Las mujeres resistían mejor que los hombres: las que habían perdido sus hijos en los pantanos ahullaban como lobas; todas ellas sentían siniestramente la degeneración de la raza y el sombrío porvenir; algunas, que habían salvado a sus pequeñuelos, les levantaban en sus brazos hacia el cielo.

Fauhm, a la luz del nuevo día, contó su tribu, ayudado de los dedos y de ramas. Cada rama representaba los dedos de las dos manos. Contaba mal; vió, sin embargo, que no le quedaban sino cuatro ramas de guerreros, más seis ramas de mujeres, cerca de tres ramas de niños y algunos viejos.

Y el viejo Goún, que contaba mayor edad que todos los hombres dijo que no

sobrevivía sino un hombre sobre cinco, una mujer sobre tres, y un niño por cada rama. Entonces los que velaban comprendieron la inmensidad del desastre. Su posteridad estaba amenazada en sus propios orígenes, y las fuerzas del mundo enemigo se hacían más formidables... Iban a errar desnudos y miserables sobre el haz de la tierra.

Fauhm desesperó, a pesar de su fuerpanto? ¿Por qué fueron sus huesos los destrozados, sus vientres los que vomitaron las entrañas, sus pechos los que se estremecieron en la agonía, en tanto que el enemigo, invadía el campo arrastrando el fuego sagrado? Eso se preguntaba el alma torpe y confusa de Fauhm; encarnizándose en aquel recuerdo como la hiena sobre su presa... Pero esa alma no se sentía por ello con menos energía, con me-



Los Ulhamr huían en medio de la noche poblada de temores

za. Ya no confiaba en su estatura ni en sus brazos gigantescos; su enorme rostro acribillado de duras cerdas, sus ojos amarillos como los del leopardo, demostraban un cansancio aplastador.... Examinaba las heridas que le hicieran las lanzas y las flechas enemigas. A intervalos, chupaba la sangre que aún vertía su antebrazo

Como todos los vencidos, evocaba el supremo momento en que debieron vencer Los Ulhamr se precipitaban a la carnicería; él... Fauhm hundía los cráneos con su maza. Iban a destruir a los hombres, a robar las mujeres, a dar muerte al fuego del enemigo, para cazar en sábanas nuevas y en selvas más abundantes... ¿Qué soplo les había abatido? ¿Por qué los Ulhamr retrocedieron poseídos de esnos valor ni con menos ferocidad.

La luz del día se alzó en toda su fuerza. Rodaba sobre los pantanos, oreando el cieno y secando la sábana. Toda la alegría de la mañana estaba en ella. Las aguas aparecieron más ligeras, y menos pérfidas, mostrando sus anchas ondulaciones color de perla, y exhalando un olor más suave al través de los sauces y de los abedules. Según el juego de las adaptaciones y de las circunstancias, triunfaban las algas, lucía el lirio de las charcas o el nenúfar amarillo, surgían los euforbios palustres, las lisímacas y los sagitarios; se ostentaban golfos de ranúnculos con hojas de acónito, meandro de epilabios rosados y otras plantas acuáticas, entre las que pululaban las pollas de agua, los ána-

des negros, las cercetas, los pluviales, las aufrias con reflejos de jade, la torpe avutarda y la cigüeña de elevadas fauces. Las garzas asechaban al borde de los rojizos barrancos; una bandada de grullas revoloteaban sobre un promontorio, lanzando sonoros gritos; el sollo arponeado perseguía a la tenca de agua, y las últimas libélulas cruzaban la atmósfera como dardos de azulados reflejos.

Fauhm consideraba a su tribu. El desastre había caído sobre ellos como una camada de reptiles: amarillenta, teñida de sangre, salpicada por el lodo y las algas verdes, exhalaba un olor de fiemo y de carne corrompida. Algunos hombres enrollados como boas, otros aplastados contra el suelo como grandes lagartos, algunos rígidos, presa ya de la muerte. Las heridas se tornaban negras, horribles en el vientre, y aún más en la cabeza, donde se hinchaban con la enrojecida esponja de los cabellos. Casi todos debían sanar, pues los peor heridos habían ya sucumbido en la otra ribera o en el paso de las aguas.

Fauhm, apartando su mirada de los vencidos y los durmientes, examinó a aquellos que sentían con más amargura la derrota que el cansancio. Muchos daban testimonio de la bella estructura de los Ulhamr. Eran rostros pesados, cráneos aplastados y mandíbulas violentas. Su piel era leonada y no negra; casi todos presentaban troncos y miembros velludos. La sutileza de sus sentidos se extendía al olfato, comparable al de las bestias. Tenían ojos grandes, casi siempre feroces, a veces huraños y esquivos, pero cuya belleza se revelaba en los niños y las jóvenes. Aunque su tipo se acercaba al de nuestras razas inferiores, toda comparación sería ilusoria. Las tribus paleolíticas vivían en una atmósfera profunda; su carne encerraba una juventud que ya no volverá; la flor de una vida de que nos imaginamos imperfectamente la energía y la vehemencia.

Fauhm levantó los brazos hacia el sol lanzando prolongado aullido.

—¿Qué harán los Ulhamr sin el fuego?—exclamó.—¡Cómo vivirán en la pradera y en el bosque! ¿Quién les defenderá contra las tinieblas y el viento del invierno? Tendrán que comer la carne cruda y la raíz amarga; no calentarán sus miembros entumecidos, y la punta de sus venablos no será endurecida. El León, la Bestia cuyos dientes destrozan, el Oso, el Tigre, la Gran Hiena los devorarán vivos durante la noche. ¿Quién recobrará el fuego?... El que lo haga será el hermano de Fauhm; tendrá tres partes de caza y cuatro de botín; recibirá en lote a Gamla, hija de mi hermana, y si muero, tomará después de mí el bastón de mando.

Entonces Naoh, hijo del Leopardo, se levantó y dijo:

—Que se me dé dos guerreros de ágiles piernas e iré a tomar el fuego a los Hijos del Mamuth o a los Devoradores de Hombres que cazan en las orillas del río Doble.

Fauhm no le miró con ojo favorable. Naoh, por su estatura, era el más grande de los Ulhamr. Su torso crecía todavía. Ningún guerrero más ágil, ni cuya carrera fuera más sostenida. Derribaba a Moûh, hijo del Uros, cuya fuerza apenas cedía a la de Fauhm. Y Fauhm le temía. Ordenábale tareas desagradables, le alejaba de la tribu y lo exponía a la muerte.

Naoh tampoco amaba al jefe; pero se exaltaba a la vista de Gamla, esbelta, flexible, misteriosa, con su abundante cabellera, parecida a un follaje. Si la tuviera por mujer, la trataría sin rudeza, pues no gustaba de ver pintarse en los rostros el terror.

En otros tiempos, Fauhm habría acogido mal las palabras de Naoh... Pero ahora el desastre teníalo abatido. Acaso su alianza con el hijo del Leopardo, sería buena... Si no, sabría darle muerte.

—Fauhm no tiene sino una lengua.—dijo volviéndose al joven.—Si traes el Fuego, tendrás a Gamla sin pagar en cambio rescate alguno. Serás el hijo de Fauhm.

Hablaba con lentitud, en tono rudo y despreciativo. Después hizo un signo a Gamla.

Ella se adelantó temblando, levantando sus ojos llenos del húmedo fuego de los ríos.

La ruda mano de Fauhm se descargó sobre las espaldas de la moza... exclamando con salvaje orgullo:

—¿Cuál es mejor construída entre las hijas de los hombres? Puede llevar una coraza sobre sus espaldas, caminar sin desfallecer desde el sol de la mañana hasta el sol de la tarde, soportar el hambre y la

sed, aderezar la piel de las bestias, atravesar un río a nado; dará hijos indestructibles. Si Naoh trae el Fuego, vendrá a tomarla sin dar ni hachas, ni cuernos, ni conchas, ni pieles....

Entonces Aghoo, el hijo del Auroch, el más velludo de los Ulhamr, se adelantó lleno de codicia.

—Aghoo quiere conquistar el Fuego. Irá con sus hermanos a acechar a los enemigos, más allá del río. Morirá por el hacha, la lanza, el diente del tigre, o las garras del León gigante, o traerá a los Ulhamr el Fuego, sin el cual son débiles como ciervos o saigas.

No se percibía de su rostro sino una boca rodeada de carne cruda y unos ojos homicidas

No se percibía de su rostro sino una boca rodeada de carne cruda, y unos ojos homicidas. Su estatura rechoncha exageraba el largor de sus brazos y la enormidad de sus espaldas: todo su sér denotaba una fortaleza áspera, incansable y sin piedad. Nadie sabía hasta dónde alcanzaban sus fuerzas; no las había ejercitado ni contra Fauhm, ni contra Moún, ni contra Naoh... Pero todos sabían que era enorme. No la ensayaba en ninguna lucha pacífica. Cuantos se atravesaron en su camino habían sucumbido, ya se limitara a mutilarles un miembro, ya les suprimiera, juntando sus cráneos a sus trofeos. Vivía alejado de los demás Ulhamr, con sus dos hermanos, velludos como él, y algunas mujeres reducidas a una espantosa servidumbre. Aunque los Ulhamr practicaran naturalmente la dureza para consigo mismos, y la ferocidad para con los otros, temían en los hijos del Auroch el exceso de esas virtudes. Se elevaba contra ellas una reprobación obscura, primera alianza de la turba frente a una inseguridad excesiva.

Un grupo se apiñaba al rededor de Naoh, a quien la mayoría reprochaba poca aspereza en la venganza. Pero este vicio, por encontrarse en un guerrero temible, complacía a aquellos que no recibieran al nacer ni músculos formidables, ni miembros veloces.

Fauhm no detestaba menos a Aghoo que al hijo del Leopardo, y le temía más aún. La fuerza oculta y silenciosa de los hermanos parecía invulnerable. Si uno de los tres deseaba la muerte de un hombre, los tres la deseaban también.... Quien les declarase la guerra debía perecer o exterminarlos.

El jefe buscaba su alianza, pero ellos se escabullían, acorazados en su desconfianza, incapaces de creer ni las palabras ni los actos de los demás seres, irritados por la benevolencia y sin comprender otro halago que el terror. Fauhm, tan desconfiado como implacable, poseía, sin embargo las cualidades de un jefe: indulgencia para con sus partidarios, la necesidad de alentarlos; cierta sociabilidad estrecha, rara, exclusiva, tenaz.

Respondió con brutal deferencia.

—Si el hijo del Auroch devuelve el Fuego a los Ulhamr, tomará a Gamla sin rescate, será el segundo hombre de la tribu, y los guerreros le obedecerán en ausencia del jefe.

Aghoo escuchaba con un aire brutal. Sus ojos redondos se preñaron de amenazas.

—La hija del Pantano, pertenecerá al hijo del Auroch, dijo—Todo hombre que ponga en ella sus manos, será destruído.

Estas palabras irritaron a Naoh. Aceptando violentamente la guerra, exclamó:

—Ella pertenecerá a quien traiga el Fuego.

—Aghoo le traerá.

Se miraron. Hasta ese día no había existido entre ellos ningún motivo de lucha. Conscientes de sus respectivas fuerzas, sin gustos comunes ni rivalidad inmediata, no se encontraban jamás ni cazaban juntos. El discurso de Fauhm había creado el odio.

Agho que la víspera no miraba a

Gamla, cuando ella se dirigía furtiva sobre la pradera, condenaba ahora a todo rival... Para ello no tuvo que tomar resolución alguna: su resolución se encerraba en cada una de sus fibras.

Naoh lo sabía. Aseguró su hacha en la mano izquierda y su venablo en la diestra. Al desafío de Aghoo, surgieron sus hermanos, silenciosos y formidables. Se le parecían extrañamente, más leonados aún, con sus mechones de pelo rojo y sus ojos centelleantes como los filtros de los carabos. Su agilidad parecía tan temible como sus fuerzas.

Los tres, prontos a la carnicería, acechaban a Naoh. Pero entre los guerreros se levantó un sordo rumor. Aún los que reprochaban en Naoh la debilidad de sus rencores, no querían verlo perecer después de la destrucción de tantos Ulhamr, y cuando había prometido traer el Fuego. Se le sabía fecundo en estratagemas, infatigable, hábil para mantener la llama más raquítica y hacerla brotar de las cenizas... Muchos tuvieron fe en su fortuna.

En verdad, Aghoo, poseía también la paciencia y la astucia que hacen triunfar las empresas, y los Ulhamr comprendían la utilidad de una doble tentativa. Se levantaron en tumulto. Los partidarios de Naoh, excitándose con sus clamores, se ordenaron en batalla.

Extraño al miedo, el hijo del Auroch no desconocía la prudencia. Dejó para más tarde la querella. Goûn de los huesos secos, expresó las ideas brumosas de la turba.

—¿Quieren los Ulhamr desaparecer del mundo? Olvidan que los enemigos y las aguas han destruído tantos guerreros: sobre cuatro sólo queda uno. Cuantos puedan llevar el hacha, el venablo y la maza deben vivir. Náoh y Aghoo son fuertes entre los hombres que cazan en el bosque y la pradera; si uno de ellos muere, los Ulhamr, se debilitarían más que si murieran cuatro guerreros... La hija del Pantano servirá al que nos traiga el fuego: la horda así lo quiere.

—Así sea,—exclamaron las rudas voces....

Y las mujeres, temibles por su número, por su fuerza casi intacta y por la unanimidad de su sentimiento, exclamaron:

—Gamla pertenecerá al conquistador del Fuego.

Aghoo alzó sus velludas espaldas. Execró a la turba sin atreverse a desafiarla. Seguro de adelantarse a Naoh, se reservó para destruir a su rival en caso necesario. Y la confianza hinchó su pecho robusto.

II

Los mamuths y los aurochs

Era al alba siguiente. El viento de las alturas soplaba entre las nubes, mientras que sobre el haz de la tierra y del pantano, el aire pasaba inmóvil, cálido, perfumado. El cielo entero, vibrando como un lago, agitaba las algas, los nenúfares y los pálidos rododendros. La aurora se desarrolló lentamente, desbordándose en lagunas de azufre, en golfos de púrpura y en ríos de rosado nácar.

Los Ulhamr, vuelto hacia ese fuego inmenso, sentían nacer en el fondo de sus almas, algo que era casi un culto, algo que hinchaba también las pequeñas cornamusas de las aves en la hierba de la pradera y en los mimbrerales del pantano. Pero los heridos gemían de sed; un guerrero muerto, extendía sobre la tierra sus miembros azulados. Una bestia nocturna le había devorado el rostro.

Goûn balbuceó vagos, casi rítmicos ruegos y Fauhm mandó arrojar el cadáver al agua.

Después la atención de la tribu se concentró sobre los conquistadores del Fuego. Aghoo y Naoh, prontos para partir. Los velludos llevaban la maza, el hacha, el venablo, la azagaya con punta de silex o de nefrita. Naoh más confiado en la astucia que en la fuerza, había preferido a guerreros robustos, dos jóvenes ágiles y capaces de soportar una larga carrera. Llevaba cada uno un hacha, un venablo y azagayas. Naoh blandía también la maza de encina, una rama apenas devastada y endurecida al fuego. Prefería esta arma a todas las otras y la usaba aún contra los grandes carniceros.

Fauhm se dirigió primero a los Aurochs.

—Aghoo vino a la luz antes que el hijo de Leopardo. El escogerá su camino. Si va hacia los Dos Ríos, Naoh rodeará los pantanos hacia el Sol Poniente... y si Aghoo rodea los pantanos, Naoh irá hacia los Dos Ríos.

—Aghoo no conoce aún su camino, pro-

testó el velludo... El busca el Fuego... Puede ir en la mañana hacia el río y en la tarde hacia el pantano. ¿Sabe el cazador que sigue al jabalí dónde ha de matarlo?

—Aghoo, cambiará más tarde de camino, interrumpió Goún, sostenido por los murmullos de la horda. No puede partir a la vez hacia el Sol Poniente y hacia los Dos Ríos. ¡Que escoja!

En su alma obscura, el hijo del Auroch comprendió que sería imprudente desafiar al jefe y despertar la desconfianza de Naoh... Así paseando su mirada por la turba, exclamó:

—Aghoo partirá hacia el Sol Poniente.

Y, haciendo una brusca señal a sus hermanos, se puso en camino a lo largo del pantano.

Naoh no se decidió tan de prisa. Deseaba sentir aún en sus ojos la imagen de Gamla. Allí se encontraba, bajo un fresno, detrás del grupo formado por el Jefe, Goún y los viejos. Naoh avanzó hacia ella. La vió inmóvil con el rostro vuelto hacia la sábana. Había adornado su cabellera con flores de sagitaria y un nenúfar de color de luna. De su piel parecía brotar un resplandor más vivo que el de los frescos ríos y el de la carne verde de los árboles.

Naoh respiró al ardor de vivir, el deseo inquieto e inextinguible, el temible deseo que perpetúa las bestias y las plantas. Su corazón quería estallar en su pecho, lleno de cólera y de ternura; todos cuantos le separaran de Gamla, le parecían tan detestables como los hijos del Mamuth o los Devoradores de Hombres.

Levantó su brazo armado del hacha y exclamó:

—Hija del Pantano, Naoh no volverá, desaparecerá en la tierra, en las aguas, en el vientre de las hienas, o traerá el Fuego a los Ulhamr... Buscará para Gamla conchas, piedrecillas azules, dientes de leopardo y cuernos de auroch.

Al oir estas palabras, ella posó sobre el guerrero una mirada en que palpitaba la alegría de los niños. Pero Fauhm se agitó impaciente.

—Los hijos del Auroch han desaparecido tras de los álamos.

Entonces Naoh se dirigió hacia el Sur.

Naoh, Gaw y Nam caminaron todo el día sobre la pradera. Ella estaba aún en su fuerza; las hierbas se sucedían a las hierbas como se siguen las olas en el mar, se encorvaban al soplo de la brisa, crujían bajo el sol, sembrando el espacio de innumerables perfumes. La sábana era amenazante y fecunda, monótona en su conjunto, variada en sus detalles, produciendo tantas bestias como flores, tantos huevos como semillas. Entre las selvas de gramíneas, los islotes de retama, las penínsulas de brezos, se deslizaba el plátano, la salvia, los ranúnculos, las aquilecias, los silenes y los cardamomos. A veces, la tierra desnuda vivía la vida lenta de los minerales, superficie primordial en que la planta no ha podido fijar sus incansables columnas. Después reaparecían las malezas y las eglantinas, los anémonas y las centáureas, el trébol rosado y los arbustos con flores de estrella.

Ya se alzaba una colina o se hundía un collado; una charca inmóvil, pululaba de insectos y de réptiles; alguna vez una roca errática destacaba su perfil de mastodonte; se veía desfilar a los antílopes, a las liebres, a los saigas, surgir perros y lobos, volar avutardas y perdices, y más alto en tardo planeo águilas y cuervos; los caballos, los hermiones y las alces galopaban en manadas. Un oso gris con gesto de mono y de rinoceronte, más fuerte que el tigre y casi tan temible como el león gigante, se arrastraba por la tierra verde; algunos aurochs aparecieron en el horizonte.

Naoh, Nam y Gaw acamparon al caer de la tarde al pie de un montículo. No habían atravesado ni la décima parte de la sábana... no divisaban todavía sino las interminables ondas de hierba. La tierra era llana, uniforme y melancólica, y todos los aspectos del mundo se formaban y se deshacían en las vastas nubes del crepúsculo. Delante de esas fugas sin número, Naoh pensaba en la pequeña llama que iba a conquistar. Le parecía que iba a bastarle franquear una colina, y extender una rama de pino, para coger una chispa del incendio que abrasaba al Occidente.

Las nubes se obscurecieron. Un abismo de púrpura permaneció largo tiempo al fondo del espacio, las brillantes pedrerías de las estrellas surgieron una después de otra, y sopló el aliento de la noche.

Naoh acostumbrado a la fogata de las veladas, claras barreras opuestas a la mar de tinieblas, sintió su debilidad. Podía aparecer el oso gris, o el leopardo, el tigre, el león, aunque ellos penetrasen rara vez al centro

Naoh y Gamla

de la sábana. Un tropel de aurochs podría destrozar en un instante la frágil carne humana; el número proporcionaba a los lobos el poder de las grandes fieras, y el hambre les azuzaba de valor.

Los guerreros se alimentaron con carne cruda. Fué una triste comida: ellos gustaban del perfume de las carnes asadas. En seguida Naoh veló el primero. Todo su sér aspiraba la noche. Era una maravillosa organización que penetraba las cosas sutiles del universo; con su vista captaba las fosforescencias, las formas pálidas, los cambios de la sombra producida por las estrellas; con su oído percibía la voz de la brisa, los chasquidos de los vegetales, el vuelo de los insectos y de las rapaces, el pasar y el arrastrarse de las bestias; distinguía de lejos el ladrido del chacal, la risa de la hiena, el aullido de los lobos, el grito del quebrantahuesos, el chillido de las langostas; con su nariz penetraba el aroma de la flor, el alegre perfume de la hierba, el hedor de las fieras y las exhalaciones insípidas o almizcladas de los reptiles. Su piel se estremecía a las más ligeras oscilaciones de calor y de frío, de humedad y sequedad, y a todos los cambios de la brisa. Veía así de cuanto llenaba el espacio y el tiempo.

Aquella vida no era fácil, sino dura y preñada de amenazas. Todo lo que la sostenía podía destruirla, no la conservaba sino por la vigilancia, la fuerza, la astucia, un combate infatigable contra las cosas.

Naoh espiaba en las tinieblas, los dientes que cortan, las garras que destrozan, los ojos de fuego de los comedores de carne. Muchos discernían en el hombre una bestia poderosa y no lo atacaban. Pasaron hienas con mandíbulas más terribles que las de los leones, pero no gustaban del combate y preferían la carne muerta. Pasó también una manada de lobos y también se detuvieron: conocían el poder del número y se creían casi tan fuertes como los Ulhamr. Sin embargo, su hambre no era excesiva y siguieron tras de unas huellas de antílopes. Pasaron también perros comparables a los lobos, y ladraron por largo rato en las vecindades del montículo. Ya amenazaban, ya uno que otro se acercaba con silenciosa prudencia. No atacaban de buenas ganas a la

bestia vertical. Antes solían acampar en las cercanías de la horda, para devorar los restos de la caza. Goún hizo alianza con dos perros a que abandonaba huesos y entrañas. Habían perecido en un combate contra el jabalí, y se hizo imposible una alianza con los otros, porque Fauhm, después de tomar el mando había ordenado la matanza de todos los perros.

Pero esa alianza atraía a Naoh; concebía en ella una fuerza nueva, más seguridad y mayor poder. Pero en la sábana, sólo con dos guerreros concebía, sobre todo, el peligro. Lo hubiera tentado con unas pocas bestias pero no con una manada.

Mientras tanto los perros estrechaban el círculo; sus gritos eran más raros y su respiración más agitada. Naoh se sintió inquieto. Cogió un puñado de tierra y lanzándolo sobre el más audaz, exclamó:

—Tenemos venablos y mazas que pueden destruir al Oso, al Auroch y al León.

El perro, tocado en las fauces, y sorprendido por las inflexiones de la palabra, huyó. Los otros se estrecharon y parecieron deliberar. Naoh arrojó otro puñado de tierra.

—Sois demasiado débiles para combatir a los Ulhamr, les dijo. Id a buscar a las saigas y a los lobos. El perro que vuelva a aproximarse quedará sin entrañas.

Despertados por la voz del jefe, Nam y Gaw se incorporaron... Estas nuevas siluetas determinaron la retirada de las bestias.

Naoh caminó siete días evitando las emboscadas del mundo. Estas aumentaban a medida que se acercaban a la selva. Aunque estuvieran todavía a muchas jornadas ella se anunciaba por islotes de árboles y por la aparición de las grandes fieras: los Ulhamr percibieron el tigre y la gran pantera. Las noches eran penosas; trabajaban por largo tiempo antes del crepúsculo, para rodearse de obstáculos; buscaban las grietas de los montículos, las rocas, los matorrales; huían de los árboles. El octavo y el noveno día sufrieron de sed. La tierra no ofrecía ni charcos, ni fuentes; el desierto de hierbas se tornaba pálido; reptiles secos brillaban entre las piedras; los insectos repartían en el espacio inquietantes palpitaciones. Desfilaban en espirales de cobre, de perla y de nácar; caían sobre la piel de los guerreros, hundiendo en ellas sus dardos ponzoñosos.

Cuando se hizo larga la sombra del día noveno, la tierra pareció más fresca y más tierna; un olor de agua descendió de las colinas, y los hombres percibieron una manada de aurochs que caminaba hacia el Sur. Entonces Naoh dijo a sus compañeros:

—Beberemos antes de la puesta del sol...

Los aurochs se dirigen al abrevadero.

Nam hijo del Sauce y Gaw hijo del Saiga, irgueron sus cuerpos disecados. Eran hombres ágiles e indecisos. Era necesario darles valor, resignación, resistencia al dolor y confianzas. En cambio ofrecían su docilidad, plástica como la de las arcillas; eran inclinados al entusiasmo, prontos para olvidar el sufrimiento y para gustar de la alegría. Y, como estaban solos delante de la tierra y de la bestias, se plegaban a la unidad' así Naoh percibía en ellos como prolongaciones de su propia energía. Sus manos eran hábiles, sus piernas flexibles, su vista penetrante y sus oídos finos. Un jefe podía sacar de ellos seguros servicios; bastaba que comprendieran su voluntad y su valor. Y desde la partida, sus corazones se sentían ligados a Naoh; era él la emanación de la raza, el poder del hombre frente al misterio cruel del Universo, el refugio que los ampararía, cuando lanzaran el harpón o batieran el hacha. Y a veces, cuando él caminaba delante de ellos, en la ebriedad de la mañana, feliz con su estatura y su pecho espacioso, se estremecían con exaltación hosca pero tierna, y todo su instinto les llevaba hacia él como el haya busca la luz.

El lo sentía, sin comprenderlo, y ensanchándose en aquellos seres ligados a su suerte, formaba una individualidad más múltiple, más complicada, más segura de vencer y de evitar las emboscadas.

Largas sombras se destacaban desde la base de los árboles, las hierbas se hinchaban, de mas abundante savia, y el sol más amarillento y más grande, a medida que bajaba hacia el abismo, hacía lucir la manada de aurochs, como un río de aguas nacaradas.

Las últimas dudas de Naoh se disiparon: más allá de las colinas, el abrevadero estaba próximo; así se lo aseguraba su instinto y el número de bestias furtivas que seguían la huella de los aurochs. Nam y Gaw lo sabían también, y sus narices se dilataban ante las frescas emanaciones.

—Es preciso adelantarse a los aurochs, dijo Naoh.

Temía que el abrevadero fuera estrecho y que los colosos obstruyesen sus orillas. Los

guerreros aceleraron la marcha a fin de alcanzar, antes que la manada el desfiladero de las colinas.

A causa de su número, de la prudencia de los toros viejos y del cansancio de los jóvenes, las bestias avanzaban con lentitud. Los Ulhamr ganaron terreno. Otras creaturas seguían la misma táctica: se veía desfilar tigres, saigas, gamuzas, berracos, hermiones, y transversalmente una tropa de caballos. Muchos franqueaban ya el paso.

Naoh tomó una gran delantera sobre los aurochs. Se podría beber sin prisa. Cuando los hombres alcanzaron lo alto de las colinas, los aurochs retardaban mil codos.

Nam y Gaw apresuraron su carrera; su sed se avivaba; contornearon la colina y penetraron en el desfiladero. Allí apareció el Agua, madre creadora, más benéfica y menos cruel que el Fuego: era casi un lago, extendido al pie de una cadena de rocas, cortado por penínsulas, y alimentado a la derecha por las ondas de un río, que se hundía hacia la izquierda en un abismo. Se podía llegar por tres caminos: el río, el desfiladero franqueado por los Ulhamr y otro paso entre las rocas y una de las colinas. Por lo demás las rocas basálticas ocupaban todo el terreno.

Los guerreros aclamaron a la laguna. Dorada por el sol moribundo, apaciguaba la sed de los saigas débiles, de los pequeños caballos rechonchos de los onagros de finos cascos, de los berracos de faz barbuda, de algunos cabritos más furtivos que las hojas de Otoño, de un viejo alce en cuya frente parecía crecer un árbol. Un jabalí brutal, hosco y pendenciero, era el único que bebía sin temor. Los otros, con las orejas estiradas, las pupilas temblorosas, y continuos gestos de fuga, manifestaban la ley de la vida, el alerta infinita de los débiles.

De pronto, todas las orejas se enderezaron, y las cabezas exploraron lo desconocido. Aquello fué rápido, seguro, con tintes de desorden: caballos, onagros, saigas, berracos, cabritos y alces, huyeron por el desfiladero de poniente, bajo la luna escarlata. Solo permaneció en su puesto el jabalí, con sus pequeños ojos ensangrentados, girando en sus órbitas vallosas. Aparecieron los lobos, lobos de gran raza, de selva y de sábana al mismo tiempo, altos de patas, de sólidas mandíbulas, ojos siniestros, y cuyas miradas amarillentas, en lugar de ser indecisas como las de los herbíboros, convergían hacia la presa. Naoh, Nam y Gaw tenían prontos los venablos y las azagayas, en tanto que el jabalí levantaba sus formidables defensas y dejaba oír un aullido formidable. Con sus ojos astutos, sus narices inteligentes, los lobos midieron al enemigo, lo juzgaron temible y siguieron de caza a los que huían.

Su partida produjo gran calma y los Ulhamr, después de beber, deliberaron. El crepúsculo estaba próximo. El sol se escondía tras de las rocas; era demasiado tarde para proseguir el camino... ¿Dónde encontrar refugio?

—Los aurochs se acercan, dijo Naoh.

Pero en el mismo instante, volvió la cabeza hacia el Oeste. Los tres guerreros escucharon y en seguida se tendieron contra el suelo.

—Los que vienen no son aurochs, murmuró Gaw.

Y Naoh afirmó:

—Son Mamuths.

Examinaron apresuradamente el sitio: el río surgía entre la colina basáltica y una muralla de pórfido rojo, en que se avanzaba una escarpa bastante ancha para permitir el peso a una gran fiera. Los Ulhamr lo escalaron.

Bajo el abismo de piedra, el agua corría en la sombra y en la penumbra eterna. Arboles derribados por las inundaciones o arrancados por su propio peso se extendían horizontalmente sobre el abismo; otros se elevaban de la profundidad, delgados, de un largo excesivo, toda su energía empleada en alzar unas cuantas ramas a la región de los resplandores pálidos; y todos devorados por un musgo espeso como el vellocino de los osos, estrangulados por las lianas, podridos por los hongos, desplegaban la indestructible paciencia de los vencidos.

Nam apercibió el primero una caverna. Baja y poco profunda, se abría irregularmente. Los Ulhamr no penetraron en ella desde luego... la exploraron largo rato con la mirada. En fin, Naoh precedió a sus compañeros, bajando la cabeza y dilatando las narices: se encontraban allí conchitas mezcladas con fragmentos de pieles, cuernos y mandíbulas. El dueño de esa morada era un cazador poderoso y temible. Naoh no cesaba de aspirar sus emanaciones.

—Es la caverna del Oso Gris, declaró. Se halla vacía desde hace una luna.

Nam y Gaw no conocían aquella bestia formidable, porque los Ulhamr, errabun por

regiones en que existían el Tigre, el León, los Aurochs, el Mamuth, pero donde el Oso Gris era raro. Naoh lo había encontrado en lejanas expediciones; conocía su ferocidad, ciega como la del Rinoceronte, su fuerza casi igual a la del León Gigante, su valor furioso e inextinguible. La caverna estaba abandonada, sea que el Oso hubiese renunciado a ella, sea que se hubiera alejado por algunas semanas, sea en fin que hubiera perecido al atravesar el río. Persuadido de que la fiera no regresaría esa noche, Naoh resolvió ocupar su guarida. Mientras así lo declaraba a sus compañeros, vibró un rumor inmenso a lo largo de las rocas y de la ribera: los aurochs habían llegado. Sus voces poderosas como el rugido de los leones hacían resonar los ecos de aquel extraño territorio.

Naoh no escuchaba sin inquietud el ruido de esas bestias colosales. Porque el hombre cazaba poco el auroch y el uro. Los toros alcanzaban entonces una talla, una forma, una agilidad que sus descendientes no conocerían; sus pulmones se hinchaban de un oxígeno más rico; sus facultades eran si no más sutiles, al menos más vivas y más lúcidas: conocían su rango y no temían a las grandes fieras, sino para los débiles, rezagados, o los que se aventuraban solitarios en la sábana.

Los tres Ulhamr salieron de la caverna. Sus pechos se estremecían ante el gran espectáculo, cuyo esplendor salvaje conocían; su mentalidad obscura, sin verbo y sin pensamiento, se empapaba de la enérgica belleza; presentían la inquietud trágica de que iba a brotar, andando los siglos y los siglos, la poesía de los grandes bárbaros.

Apenas salieron de la penumbra, se elevó otro clamor que traspasaba al primero, como al herir el hacha la carne de una cabra. Era un grito membranoso, menos grave, menos rítmico, más débil que el grito de los aurochs; sin embargo él anunciaba a la más fuerte de las creaturas que erraban sobre el haz de la tierra. En aquellos tiempos el Mamuth era invencible. Su estatura era más elevada que la del León y la del Tigre; aplastaba al Oso Gris; el hombre no debía medirse con él antes de muchos milenarios, y sólo el Rinoceronte, ciego y estúpido osaba combatirlo. Era ágil, rápido, infatigable, apto para escalar las montañas, reflexivo y de tenaz memoria, cogía, trabajaba y pesaba la materia con su trompa, cavaba la tierra con sus colmillos enormes, conducía sus expediciones con prudencia, no ignoraba su supremacía; la vida era para él hermosa, y no es dudoso que su conciencia era más lúcida, su sentido de las cosas más sutil, que en el elefante, envilecido hoy por la larga victoria del hombre.

Sucedió que los jefes de los aurochs y los de los mamuths se aproximaron al mismo tiempo al borde de las aguas. Los mamuths, según su regla pretendieron pasar los primeros: esta regla no encontraba oposición ni entre los uros, ni entre los aurochs. Sin embargo éstos se irritaron, acostumbrados a ver ceder a los otros herbíboros, y conducidos por toros que conocían mal al mamuth.

Esta vez, los ocho toros de cabecera eran gigantescos, el más grande alcanzaba el volumen de un rinoceronte; su paciencia era poca y ardiente su sed. Viendo que los mamuths querían pasar primero, lanzaron su largo grito de guerra, la cabeza levantada, y el pecho inflado como una cornamusa.

Los mamuths los atajaban. Eran cinco machos viejos, sus cuerpos eran montículos, y sus pies árboles; mostraban defensas de diez codos, capaces de traspasar las encinas; sus trompas parecían boas negras; sus cabezas, rocas, y se movían dentro de una piel dura como la corteza de los viejos olmos... Detrás seguía la larga manada de color de arcilla.

Entretanto, con sus pequeños ojos ágiles fijos en los toros, los viejos mamuths obstruían el camino, pacíficos, imperturbables y pensativos. Los ocho aurochs, de pesadas pupilas, con el dorso encorvado, la cabeza melenuda y barbada, los cuernos encorvados y divergentes, sacudieron sus melenas crasas y pesadas; en el fondo de su instinto comprendían el poder de sus enemigos, pero los rugidos de la manada los hacían arder en estremecimientos belicosos. El más fuerte, el jefe de los jefes, bajó la pesada frente, y lanzándose como un vasto proyectil, fué a rebotar contra el mamuth más próximo. Herido en el hombro, y aunque amortiguado el golpe con una cinglada de la trompa, el coloso cayó de rodillas. El auroch prosiguió el combate con la tenacidad de su raza. Tenía la ventaja; sus acerados cuernos redoblaron el ataque, y el mamuth no podía servirse sino imperfectamente de su trompa. En esa vasta confusión de músculos, el auroch fué de furor de temerario, una tempestad de instintos que se transparentaban en los gruesos

Y lanzándose como un vasto proyectil fué a rebotar sobre el mamuth más próximo

ojos brumosos, en la nuca palpitante, en el hocico espumoso, en sus movimientos seguros, rectos, veloces pero monótonos. Si podía derribar al adversario y abrirle el vientre, donde la piel era menos espesa y la carne más sensible, debía vencer.

El mamuth tenía conciencia de ello; se ingeniaba en evitar la caída completa y el

peligro excitaba su sangre fría. Un solo impulso le bastaría para volver a levantarse, pero hubiera sido necesario que el auroch cesara un momento en sus ataques.

Al principio, el combate había sorprendido a los otros machos. Los cuatro mamuths y los siete toros se mantenían cara a cara, en una expectativa formidable. Ninguno hizo amago de intervenir; se sentían ellos mismos amenazados. Los mamuths manifestaron los primeros síntomas de impaciencia. El más alto, con un soplido agitó sus orejas membranosas, parecidas a gigantescos murciélagos y avanzó. Casi al mismo tiempo el que combatía con el toro, dirigió un violento golpe de trompa entre las patas de su adversario. El auroch vaciló a su turno y el mamuth pudo enderezarse. Las enormes bestias se encontraron cara a cara. El furor se arremolinaba en el cráneo del mamuth; levantó la trompa y continuó el ataque. Sus curvas defensas proyectaron al auroch, haciendo crugir sus osamentas; después, oblicuando el mamuth inclinó la trompa. Con rabia creciente, abrió el vientre de su adversario, pisoteó sus largas entrañas y bañó en aquella sangre sus miembros monstruosos. La horrible agonía se perdió en el estruendo de clamoreos formidables: había empezado la lucha entre los grandes machos. Los siete aurochs, los cuatro mamuths se precipitaban en un combate ciego, comparable a esos pánicos en que la bestia pierde todo dominio de sí misma. El vértigo ganó a las manadas; el sordo rugido de los aurochs se mezclaba al grito estridente de los mamuths; el odio levantaba esas largas oleadas de cuerpos, con torrentes de cabezas, cuernos, defensas y trompas.

Los jefes machos no vivían sino para la guerra; sus estructuras se mezclaban en una informe ebullición, una montaña inmensa de carne, preñada de rabia y de dolor. Al primer choque, la inferioridad del número había dado la desventaja a los mamuths. Uno de ellos fué derribado por tres toros, y un segundo fué inmovilizado en la defensiva; pero los otros consiguieron una victoria rápida. Precipitados en bloc sobre sus antagonistas, les habían destrozado, ahogado, dislocado; perdían más tiempo en pisotear a sus víctimas que el que habían empleado para batirlos. Por fin, apercibiendo el peligro de sus compañeros, cargaron los tres; los aurochs encarnizados en destruir el coloso rendido, fueron cogidos de improviso. Huyeron en una sola masa; dos fueron aplastados bajo las pesadas patas y el tercero logró escapar. Su fuga arrastró la de los toros que que aún combatían y los aurochs conocieron inmenso contagio del terror. Al principio un malestar de tormenta, un silencio, una inmovilidad extrañas, que parecían propagarse al través de la multitud, después la vacilación de los ojos vagos, un chapotear análogo a la caída de la lluvia, la partida de un torrente, una fuga que se cambia en batalla hacia el estrecho desfiladero, cada bestia transformada en energía viva, en proyectil de pánico, los fuertes aplastando a los débiles, los veloces corriendo sobre el dorso de los demás, en tanto que los huesos crujían como los árboles derribados por un ciclón.

Los mamuths no pensaron en la persecución: una vez más habían dado la medida de su poder, una vez más se sabían los amos de la tierra; y la columna de gigantes de color de arcilla, de largas cerdas rudas y de espesas melenas, se alineó a orillas del lago y se puso a beber de tan formidable manera que el agua bajaba en los pequeños golfos.

Sobre las faldas de las colinas, una oleada de bestias ligeras, asustadas todavía por la lucha, miraban beber a los mamuths. También los Ulhamr les contemplaban, en el estupor de uno de los grandes episodios de la naturaleza. Y Naoh, al comparar las bestias soberanas con Nam y Gaw, sus brazos delgados, débiles piernas, y estrechos torsos, con aquellos miembros vigorosos como encinas, esos cuerpos altos como rocas, concebía la pequeñez y la fragilidad del hombre, y la humilde vida errante que arrastraba por las pampas. Pensaba también en los leones amarillentos, en los leones gigantes, en los tigres que encontraría en la selva próxima y bajo las garras de los cuales el hombre, como el ciervo, como el alce, era tan débil como el pajarillo en el formidable pico de una águila.

III

Era hacia el tercio de la noche. Una luna blanca como la flor del lirio, surgía del borde de una nube, dejando correr sus ondas luminosas sobre el río y las rocas taciturnas, fundiendo una a una las sombras del abrevadero. Los mamuths habían partido; no se divisaba a intervalos sino alguna bestia trepadora o algún buho llevado en sus alas de silencio. Gaw, a quien correspondía el turno, velaba a la entrada de la caverna. Se sen-

tia fatigado. Su pensamiento, raro y fugitivo, no se despertaba sino a los ruidos sutiles, a los olores nuevos o crecientes, a las caídas o sobresaltos del viento. Vivía en sopor que todo lo adormecía, salvo el sentido del peligro y de la necesidad. La fuga repentina de una saiga le hizo levantar la cabeza. Entonces, entrevió, al otro lado del río, sobre la cima abrupta de la colina, una silueta maciza que marchaba oscilando. Los miembros pesados y sin embargo ágiles, la cabeza sólida, afilada en las mandíbulas, cierta bizarra apariencia humana, denotaban a un oso. Gaw conocía el Oso de las cavernas, colosos, de frente abombada que vivía pacíficamente en sus guaridas y tierras de pastoreo, plantívoro que sólo el hombre obliga a alimentarse de carne. El que ahora avanzaba no parecía ser de aquellos. Gaw se aseguró de ello, cuando su silueta vino a destacarse ante el claro de la luna; el cráneo aplastado, el pelaje gris, tenía un aspecto en que el Ulhamr reconoció la seguridad, la amenaza y la furia de las bestias carniceras; era el Oso Gris, rival de los grandes felinos.

Gaw recordó las leyendas referidas por los que habían viajado en las tierras altas. El Oso Gris derriba al auroch y al uro y les transporta más fácilmente que el leopardo. Transporta al antílope. Sus garras pueden abrir de un solo golpe el pecho y el vientre del hombre; ahoga a un caballo entre sus patas; desafía al tigre y al león amarillo; el viejo Goún cree que no cede sino al León Gigante, al Mamuth y al Rinoceronte.

El hijo del Saiga no sintió el súbito temor que habría experimentado en presencia del tigre. Porque, habiéndose encontrado solo con el Oso de las Cavernas, lo juzgaba indiferente o benévolo. Este recuerdo lo confortó al principio, pero el aspecto de la fiera se iba haciendo más equívoco a medida que su silueta se precisaba, y Gaw recurrió al jefe.

Le bastó tocarlo con una mano; una alta estatura se irguió en la sombra.

—¿Qué desea Gaw, dijo Naoh, surgiendo a la entrada de la caverna.

El joven nómade extendió la mano hacia lo alto de la colina .La consternación se pintó en el rostro del jefe.

—¡El Oso Gris!...

Su mirada examinaba la caverna. Había tomado la precaución de reunir piedras y ramas; algunos blocs próximos podían hacer la entrada muy difícil. Pero Naoh pensaba en huir, y la fuga sólo era posible por el lado del abrevadero. Si el animal, rápido, infatigable y tenaz se decidía por la persecución, era casi seguro que los fugitivos serían alcanzados. El único recurso era encaramarse a un árbol: el Oso Gris no trepaba. En cambio era capaz de esperar un tiempo indefinido y no se veía por las cercanías sino árboles de ramas muy débiles.

¿Había la fiera divisado a Gaw acurrucado y confundido entre los blocs de piedra, atento a no producir ningún movimiento inútil? ¿O era que el habitante de la caverna, regresaba después de un largo viaje? Mientras Naoh se hacía estas reflexiones, el animal comenzó a descender la áspera pendiente. Cuando hubo alcanzado un terreno menos incómodo, levantó la cabeza, olfateó la húmeda atmósfera y se puso a trotar. Por un momento los guerreros creyeron que se alejaba. Pero se detuvo frente al sitio en que la cornisa de rocas era accesible: ya no podía pensarse en la fuga. Más arriba la cornisa se interrumpía en la roca cortada a pico; abajo era necesario huir bajo las miradas del oso, el cual tendría tiempo de alcanzar el angosto río y de cerrar el paso a los fugitivos. No quedaba sino esperar la partida de la fiera o el ataque de la caverna.

Naoh despertó a Nam y los tres empezaron a acarrear peñascos.

Después de algunas vacilaciones, el oso se decidió a pasar el río. Abordó tranquilamente a la orilla y comenzó a ascender la cornisa. A medida que se aproximaba, podía verse mejor su estructura musculosa: de cuando en cuando sus dientes resplandecían a la luz de la luna. Nam y Gaw temblaban. El amor por la vida llenaba sus corazones; el instinto de la debilidad humana, pesaba sobre sus alientos; su juventud palpitaba, como palpita en el temeroso pecho de los pajarillos. El mismo Naoh no estaba tranquilo. Conocía al adversario; no ignoraba que le bastaría muy poco tiempo para dar muerte a los tres hombres. Y su piel espesa, sus huesos de granito, eran casi invulnerables para el azagaya, el hacha y el venablo.

Entretanto los nómades acabaron de apilar los peñascos. Pronto no quedó sino un hueco hacia la derecha, a la altura de un hombre. Cuando el oso estuvo próximo, sacudió la gruñidora cabeza y miró casi confundido. Había olfateado a los hombres, escuchado el ruido de sus trabajos, pero no esperaba ver obstruída la madriguera que le hospedara por tantas estaciones; una obscura aseveración se hizo en su cráneo, entre la obstruc-

ción de su guarida y los que la ocupaban. Por otra parte, reconocía el olor de animales débiles, con los que contaba alimentarse, y no mostró ninguna prudencia. Pero se hallaba perplejo.

Se estiraba a la luz de la luna, feliz dentro de su espléndida piel, mostrando su argentado dorso y balanceando sus cónicas fauces. Después se irritó sin razón, porque era de humor melancólico, brutal, casi extraño a la alegría, y dejó oír roncos rugidos. Impaciente entonces, se incorporó sobre sus patas traseras y pareció un hombre inmenso y velludo, de piernas cortas y desmesurado torso. Se inclinó sobre el agujero libre. Nam y Gaw, en la penumbra tenían prontas sus hachas; el hijo del Leopardo levantaba en alto su maza; esperaban que la bestia avanzara sus patas para herirlas. Fué el enorme cráneo el que se proyectó con su frente velluda, sus labios cubiertos de baba, y sus dientes como puntas de arpón. Las hachas se descargaron y la maza giró, pero impotente, a causa de las ásperas de las abertura; el oso rugió reculando. No estaba herido, ninguna mancha de sangre enrojecía sus fauces; la agitación de sus mandíbulas y la fosforescencia de sus pupilas anunciaban la indignación de la fuerza ofendida.

No desdeñó sin embargo la lección: cambió de táctica. Animal cavador, dotado de un finísimo sentido de los obstáculos, sabía que vale mucho más, a veces, separarlos antes que afrontar un paso peligroso. Tanteó la muralla y la empujó: toda ella vibraba bajo su impulso.

La fiera aumentando sus esfuerzos, trabajando con las patas, los hombros y el cráneo, ya se precipitaba sobre la barrera, ya la rasguñaba con sus brillantes garras. Logró cogerla por un punto débil y la hizo oscilar. Desde ese momento se encarnizó en el mismo sitio, tanto más favorable cuanto que los brazos de los hombres eran demasiado cortos para llegar hasta él. Por otra parte los Ulhamr no se fatigaban en inútiles esfuerzos: Naoh y Gaw encorvados delante del oso lograron detener la oscilación, en tanto que Nam, inclinado sobre la abertura vigilaba el ojo de la bestia, para lanzarle una flecha.

Pronto el asaltante comprendió que el punto débil era ahora inexpugnable. Este cambio incomprensible que negaba su larga experiencia, le exasperó llenándola de estupor. Se detuvo, sentado sobre sus cuartos traseros, observó la muralla olfateándola de nuevo; sacudía la cabeza con aire de incredulidad. Al fin se creyó engañado, volvió hacia el obstáculo, le dió un zarpazo y un golpe con el hombro, y constatando que la resistencia persistía, desdeñó toda prudencia y se abandonó a toda la brutalidad de su naturaleza.

La abertura libre le hipnotizaba; le pareció el único camino practicable, y se arrojó sobre él fuera de tino. Un dardo silbó chocando contra sus mandíbulas, pero sin detener el ataque que fué irresistible. Toda la máquina impetuosa, la masa de carne en que la sangre circulaba como un torrente, duplicó sus energías: la muralla fué desrribada.

Naoh y Gaw había saltado hacia el fondo de la caverna. Nam se encontró entre las patas monstruosas. No pensó en defenderse: fué como el antílope atacado por la gran pantera o el caballo derribado por el león; con los brazos extendidos, la boca abierta, esperaba el fin, en una crisis suprema de desfallecimiento. Pero Naoh, por de pronto sorprendido, recobró el ardor belicoso que crea los jefes y sostiene a la especie. Así como Nam se hallaba insensible en la resignación, él se olvidó de sí mismo en la lucha. Arrojó el hacha, juzgándola inútil, y tomó a dos manos la nudosa maza de encina.

La bestia le vió venir. Dejó para después el aniquilar la débil presa que palpitaba bajo sus garras y alzó su fuerza contra el nuevo adversario, las patas y los dientes proyectándose con furia, mientras el Ulhamr bajaba su maza. El arma llegó primero. Se deslizó sobre las mandíbulas del oso; uno de sus nudos le tocó las narices. El golpe, poco eficaz, fué tan doloroso que el bruto retrocedió. El segundo golpe del nómade, rebotó sobre un cráneo indestructible. Ya la inmensa bestia había vuelto sobre sí misma y saltó frenéticamente, pero el Ulhamr refugiado en la sombra, detrás de una saliente de la roca se apartó en el momento supremo: el oso se golpeó violentamente contra el basalto. Mientras vacilaba, Naoh, volvía oblicuamente y con un grito de guerra, dejó caer su maza sobre las largas vértebras... Estas crujieron; la fiera debilitada por el choque contra el peñasco, osciló sobre su base y Naoh, ebrio de energía, le despedazó sucesivamente las narices, las patas, las mandíbulas, en tanto que Nam y Gaw le abrían el vientre a fuerza de hachazos.

Cuando en fin la masa dejó de es-

Y con un grito de guerra dejó caer su maza sobre las largas vértebras

tremecerse, los nómades se miraron en silencio. Fué un minuto prodigioso. Naoh apareció el más temible de los Ulhamr y de todos los hombres, porque ni Fauhm, ni Hoo, hijo del Tigre, ni ninguno de los guerreros misteriosos de que Goún el de los huesos secos, conservaba memoria, habían derribado jamás a un oso gris a golpes de maza. Y la leyenda se grabaría en el cráneo de los jóvenes, para transmitirla a las generaciones y alentar sus esperanzas, si Nam, Gaw y Naoh ,no perecían en la conquista del fuego.

(Continuará)

PACIFICO MAGAZINE

FEBRERO 1914

Precio: UN PESO

EL DESARROLLO DE UNA IDEA

Máquinas "REMINGTON"

Las primeras en 1873
Las primeras en 1913

Cuando el mundo comercial necesitó la máquina de escribir, vino la "REMINGTON".

OTRAS SIGUIERON

Una vez construída, la fábrica "REMINGTON" iba implantando mejoras, siempre anticipando las necesidades de los consumidores.

OTRAS SIGUIERON

Hoy día la máquina "REMINGTON" ocupa el puesto de vanguardia en el mundo comercial y los que más han aprovechado de sus labores han sido los fabricantes de LAS OTRAS MARCAS, porque la "REMINGTON" creó la industria de las máquinas de escribir, abriendo camino para que las

OTRAS SIGUERAN.

Agentes exclusivos en Chile, Perú y Bolivia:

Denniston & Company

Casilla 97-D - Agustinas 1153 - Teléfono Inglés 1219

VALPARAISO: CALLE COCHRANE Núm. 664

EN CHILE HAY 4.000.000 HABITANTES

SE CALCULA QUE SOLO 50.000 de estos habitantes podrían gastar $ 100 en un objeto de lujo

Si Ud. tiene algo que vender y desea alcanzar la atención de la clase pudiente, le damos datos de su interés:

PACIFICO MAGAZINE es la única revista de interés general, editada en la República, que se venda a $ 1.

LECTORES PUDIENTES

PACIFICO MAGAZINE no registra en su lectura temas sensacionales. Sus páginas son sanas e interesan sólo al que tiene una educación más que regular.

LECTORES INTELIGENTES

PACIFICO MAGAZINE es EXIGIDO por el interés que inspiran sus páginas y es leído con atención de tapa a tapa.

LECTORES QUE EXIGEN LO MEJOR

USTED PUEDE encontrar lectores pudientes, pero no siempre inteligentes. Para clientes que reunan estas cualidades y que EXIGEN LO MEJOR, avise Ud. en PACIFICO MAGAZINE.

Para protección del avisador y del lector, PACIFICO MAGAZINE rehusa todo aviso que pueda considerarse inconveniente.

SI UD. TIENE ALGO QUE VENDER, tome datos de nuestra CIRCULACION y TARIFA.

CALIDAD y CANTIDAD

PACIFICO MAGAZINE

MINERVA DE 16 H.P.

SUBIENDO LA CUESTA DE LOS QUILLAYES
(Según fotografía).

Unicos Agentes:

COMPTOIR DE LA COSTA DEL PACIFICO

CALLE SAN ANTONIO 355

SUMARIO

LA AMERICA ESPAÑOLA JUZGADA POR LOS ESTADOS UNIDOS . . . . . *Alberto Bushnell Hart* 131

JUANCHO (Cuento popular) . . . . . *J. D. G.* 142

Ilustraciones de Gordon

¿A QUE SE DEBE EL EXITO DE LOS YANKEES EN PANAMA? . . . . . *Emilio Tagle Rodriguez* 150

PASANDO . . . . . *Angel Pino* 155

LA PRINCESA DE KRISNAGAR . *Miguel de Fuenzalida* 157

Ilustraciones de Eguren Larrea

LOS TRIUNFOS DEL BIOGRAFO . . *Federico A. Talbot* 178

Composiciones fotográficas

EL LENTE CONTRA EL CIELO . . . . . *E. M.* 189

EN MI RINCON . . . . . *Daniel de la Vega* 193

Ilustraciones de Gordon

EL CERRO SANTA LUCIA . . . . . *Hernán Díaz Arrieta* 209

Con antiguas fotografías

LA FELICIDAD EN LA VIDA MODESTA . . *A. Edwards* 219

EL PINTOR SUBMARINO 224

NUEVA AVENTURA DE SHERLOCK HOLMES *A. C. Doyle* 227

Ilustraciones de W. Paget

LA GUERRA DEL FUEGO (Folletín) . . . *J. H. Rosny* 239

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

$581.00 De Ganancia Oro En Tres Meses

Esta fué la ganancia líquida del Sr. E. Lopez de Diego después haber pagado todas sus cuentas de hotel, pasajes de ferrocarriles, vapores y otros gastos durante su viaje en la América Latina con una

MAQUINA "MANDEL" Para Tarjetas Postales

Centenares tienen el mismo éxito. Ud. podrá doblar sus ganancias actuales ya sea trabajando en su tiempo libre, ya permanentemente como un **fotografo de un minuto. No se requiere experiencia.** Nuevo y maravilloso proceso para hacer fotografías.

Fotografías Hechas Directamente Sobre Tarjetas Postales Sin Placas, Películas Negativas ó Cámara Obscura.

La Máquina "Mandel" es una **galería portátil completa para tarjetas postales.** Hace fotografías en 5 estilos diferentes á la razón de 1 por minuto. Todo el mundo compra estas fotografías. Grandes ganancias en todas ferias al aire libre y en todas partes donde hay gente.

Equipos Completos $12.00 Oro y Más

Permítanos de enviarle los catálogos descriptivos completos — GRATIS. Entre las muchas máquinas que manufacturamos Ud. podrá escoger el aparato que más se adapta á sus circunstancias. Cada máquina es completa y es una "Mina de Oro." Escríbanos sin tardar.

The Chicago Ferrotype Co., Ferrotype Bldg., Chicago, E. U. A.

Biografía extranjera contemporánea

H. G. WELLS

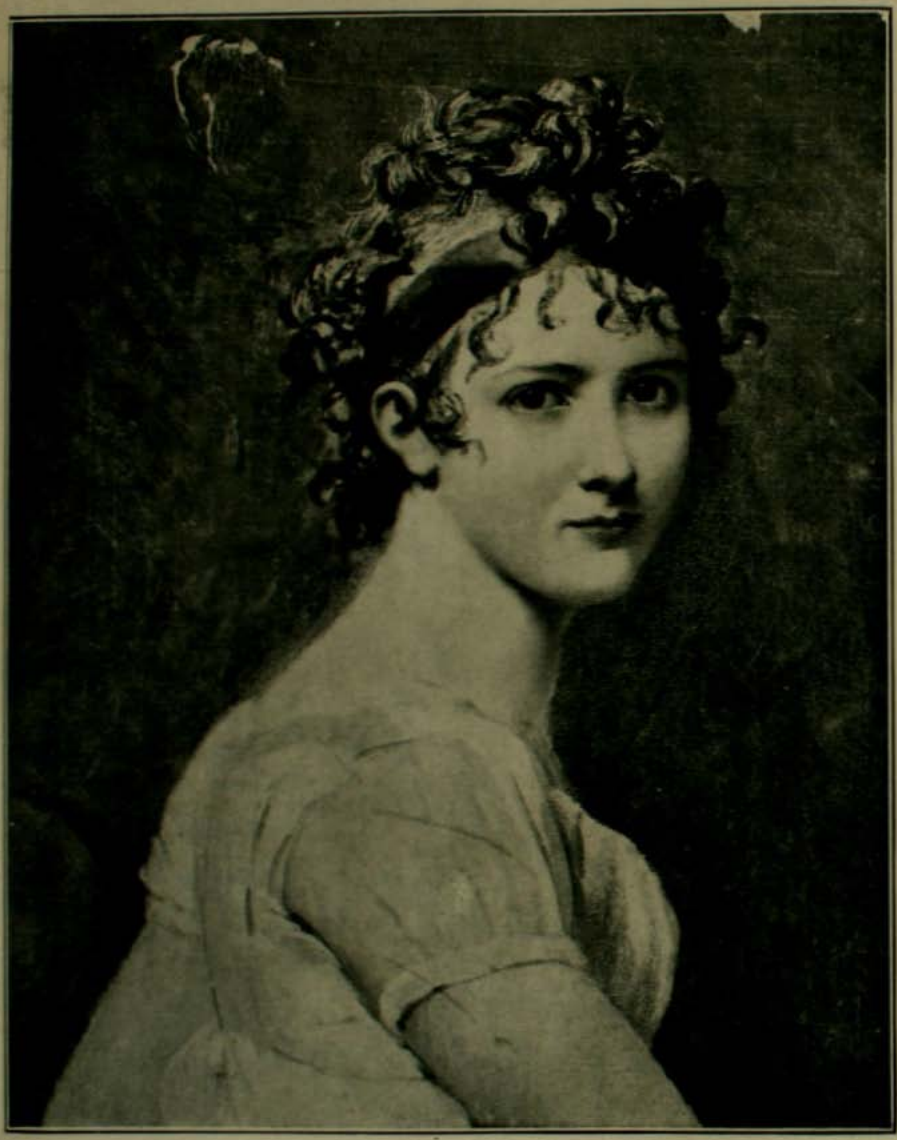
Mr. H. G. Wells, novelista, profeta y predicador del socialismo, vive alejado del mundo en una preciosa casita a orillas del mar en Sandgate, porque las grandes poblaciones inglesas son imposibles para un escritor serio.

La cualidad más saliente de Wells es la audacia que rebosa en sus obras. En ellas cae sobre la civilización cual un nuevo bárbaro procedente de los espacios etéreos y destruyendo unas cosas y reformando otras, ha trazado intrépidamente el porvenir remoto primero y luego el porvenir próximo que supone aún mayor atrevimiento. Ha llevado su imaginación hasta la luna y los planetas y ha hecho que los marcianos invadan a la Madre Tierra. Su educación científica la ha empleado para prever vastos cambios en nuestra vida terrenal, cambios de mecanismo y de organización capaces de producir el vértigo al cerebro común, como si contemplase el inmenso abismo del espacio. No contento aún, dejó estos caminos seguros y agradables para seguir los más peligrosos de las profecías graves y serias en una serie de libros que demuestran su asombrosa originalidad y su apasionado entusiasmo por el porvenir social y político inmediato.

La historia de la vida de Mr. Wells, es adecuada a su naturaleza resuelta. Ha tenido que luchar y vencer casi todos los obstáculos físicos, sociales e intelectuales que pueden surgir ante un hombre. Conoce la vida íntima de casi todas las clases sociales. Sus primeras lecciones de la vida las recibió en una casa pequeña, con escasos medios, junto a sus padres que luchaban bravamente contra la estrechez y las deudas. Por esta causa su educación fué breve, porque tuvo que ganarse la vida primeramente de dependiente de comercio y después de pasante de un colegio de poca importancia y en una farmacia. Pero su carácter se impuso a todo y a costa de su propio esfuerzo, llegó desde la escuela de primeras letras, al Real Colegio de Ciencias donde pasó tres años estudiando con ansia, pero comiendo mal. Al mirarse un día al espejo se fijó en la delgadez de su cuerpo, en la estrechez de su pecho y en su desmejoramiento general y resolvió buscar aire libre y ejercicio sano, para lo cual corrió a Gales y se colocó de pasante de una escuela. Como deporte eligió el "foot-ball" y sufrió un accidente que estuvo a punto de costarle la vida. Al fin volvió a Londres y estuvo mucho tiempo enfermo, pero aquella enfermedad le impulsó a escribir y le puso en el camino de la fama y del dinero. Había obtenido un primer premio en Zoología y era bachiller en Ciencias, pero su enfermedad le impedía dedicarse al profesorado y no vió más salida que la literatura, y empezó a escribir cosas cortas para la "Pall Mall Gazette".

Luego escribió "La máquina del tiempo" y otro libro más, con lo cual reunió dinero para salir de Londres y buscar la salud en el campo, y al fin lo consiguió como ha conseguido alcanzar una popularidad sólo comparable con la de Julio Verne.

Sus obras se traducen a todos los idiomas y constantemente está recibiendo proposiciones de editores.



MADAME RECAMIER
POR DAVID

PACIFICO MAGAZINE

Que ayer | VOL. III.—Santiago de Chile, Febrero de 1914.—NUM. 14 | ¡Que mañana

LA AMERICA ESPAÑOLA

Juzgada por los Estados Unidos

MEJICO Y LOS MEJICANOS

EXTRAÑA MEZCLA DE TRES RAZAS, CON FACULTADES INTELECTUALES PERO SIN SENTIDO COMUN, INCAPACES DE CONQUISTAR SU INDEPENDENCIA ECONOMICA, NI DE GOBERNARSE A SI MISMOS, DESPUES DE UN SIGLO DE PRETENDIDAS INSTITUCIONES REPUBLICANAS

Por

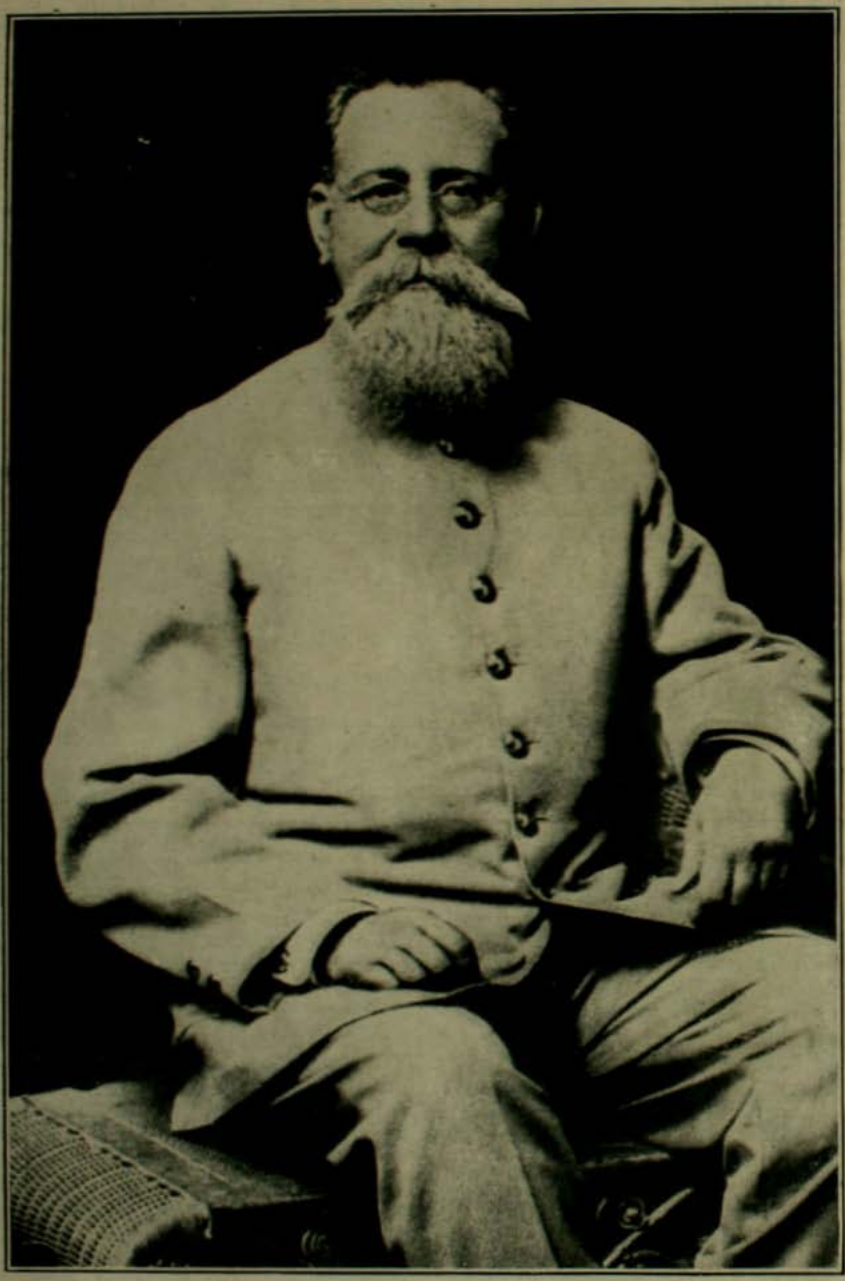
ALBERTO BUSHNELL HART

Profesor de Estado en la Universidad de Howard

En los dos últimos años, con motivo de los actuales disturbios de Méjico, muchos artículos, principalmente los de la "prensa amarilla", se han visto repletos de términos retumbantes, tales como "La Constitución Mejicana", el "Congreso de Méjico", las "Elecciones en Méjico", "El Pueblo Mejicano", etc., etc. Difícilmente se comprenderá que tales expresiones, de uso diario entre nosotros, tienen en Méjico una significación harto distinta... Ellas son allí simples fórmulas, al uso de los diplomáticos y dictadores mejicanos. Por ejemplo, "La Constitución", es para nosotros una especie de Biblia... Es el faro esplendoroso que ilumina nuestra vida pública, pero en Méjico la Constitución es todo menos un faro... Alcanza apenas a ser una linterna, buena, en el mejor de los casos, para ser colgada de un cordel en cada esquina.

¡Cuántos hombres públicos mejicanos han creído indispensable, para salvar la Constitución, declararla primero fuera de uso!... Bustamante, Santa Ana, Miramón, Díaz, Huerta, todos han manifestado un culto ferviente por la Constitución, mientras así lo han juzgado conveniente a sus propios intereses. La Constitución Mejicana se ha convertido así en una especie de comodín que sirve para todo.

Lo mismo sucede con el Congreso. Con esta palabra nosotros significamos la reunión de Senadores y Representantes que dictan las leyes nacionales, con o sin el consentimiento del Presidente. Una vez promulgadas esas leyes, las aceptamos todos, hasta que un nuevo Congreso, elegido en forma correcta y legal, las deroga o modifica. El Congreso Mejicano es sólo una farsa, formado cuidadosamente con gentes adictas al Presidente que lo convoca. Suele suceder, que, aún tales Congresos suelen tener el valor de reivindicar sus derechos constitucionales y de criticar la marcha de los negocios públicos. Casi invariablemente, tales tentativas concluyen con el atropello del Congreso por la fuerza pública, y la prisión, la tortura o el asesinato de sus miembros.

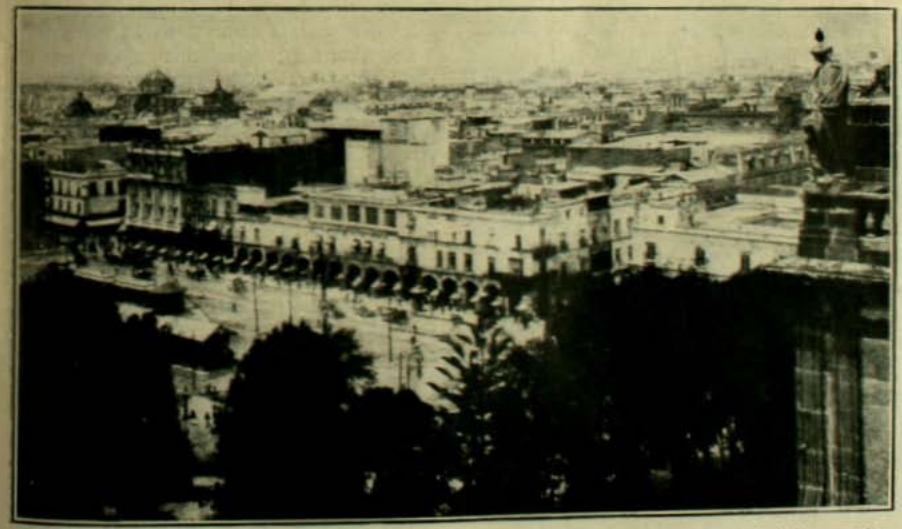


General Venustiano Carranza, Comandante en Jefe de las fuerzas constitucionales mejicanas

Los medios de labranza siguen siendo de los más primitivos. La guerra arrebata a la agricultura sus principales energías

Las "elecciones" andan en igual forma Por "elecciones" nacionales, entendemos aquí, la libre designación de los magistrados y representantes, hecha por los votantes de todos los Estados, bajo delicadas precauciones que garantizan la libertad del ciudadano y la exactitud de los escrutinios. Elecciones de esa índole sólo han tenido lugar dos veces en Méjico, desde su Independencia. La una, cuando Arista fué elegido Presidente en 1851, y la otra en 1911, cuando fué elegido Madero. En los demás casos el dictador, lleve o no este nombre, procede a su antojo. El es quien ordena a las autoridades federales la forma cómo han de proceder. Registros, escrutinios, calificaciones, nada de eso sirve para nada, dentro de los métodos mejicanos.

En el hecho, todas las Repúblicas ve-



Panorama de la ciudad de Méjico, tomado desde la Catedral. Méjico es una ciudad de aspecto moderno y posee algunos de los más hermosos edificios públicos del mundo. Su situación es de siete mil pies de altura sobre el mar, rodeada de montañas

La Catedral y el Palacio de Gobierno de Guadalajara. (La Iglesia y el

cinas se merecen sus malos Gobiernos, con o sin la intervención de los Estados Unidos. A los políticos mejicanos, puede aplicarse la frase famosa de Abraham Lincoln: "Si Uds. desean a ese hombre, ténganlo". ¿Qué nos importa a nosotros que en Méjico no tengan Constitución, ni Comgreso, ni elecciones? Pero de todas maneras no debemos dejarnos engañar por tales frases pomposas. Nuestra política no puede construir ni sobre lo que piensan los mejicanos, ni sobre lo que nosotros creemos que debían pensar... ¿Son acaso esos pueblos desgraciados capaces de comprender lo que es un Gobierno?

En Méjico, como en todo el resto del mundo, los Gobiernos los forman, no las frases, ni los documentos, sino las voluntades humanas. La Constitución es el querer del pueblo... Pero, ¿quién es el pueblo en Méjico? El nuestro lo forman ingleses, alemanes, holandeses, suecos, franceses, españoles, irlandeses, galeses, escoceses, noruegos, austriacos, húngaros, griegos, búlgaros y vascos... es decir, hombres de todas las razas... Pero entre ellos han constituído un verdadero pueblo..

En los Estados Unidos entendemos por pueblo un conjunto de ciudadanos, dotados con el derecho de sufragio, provistos de escuelas accesibles a cada niño, de bibliotecas, universidades, periódicos, sociedades políticas, reuniones públicas, y de todo género de organizaciones capaces de mantener el orden. La democracia americana proporciona a todos los elementos de la población, el medio de dar a conocer sus necesidades.

El "Pueblo Mejicano" es muy diferente: es un grupo de seres humanos la mayoría de los cuales tienen tanta intervención en la vida pública, como si vivieran en la luna; un sistema social en que apenas una familia entre cincuenta tiene alguna influencia sobre el Gobierno, una educación popular que deja iletrada a las cinco sextas partes de los habitantes. Es aquel grupo, relativamente pequeño, el que está causando sus desvelos al Secretario de Estado Mr. Bryan. Para comprender a Méjico, es preciso aceptar primero ciertos hechos, acerca de su población y estado social.

A estos respectos, los manuales estadís-

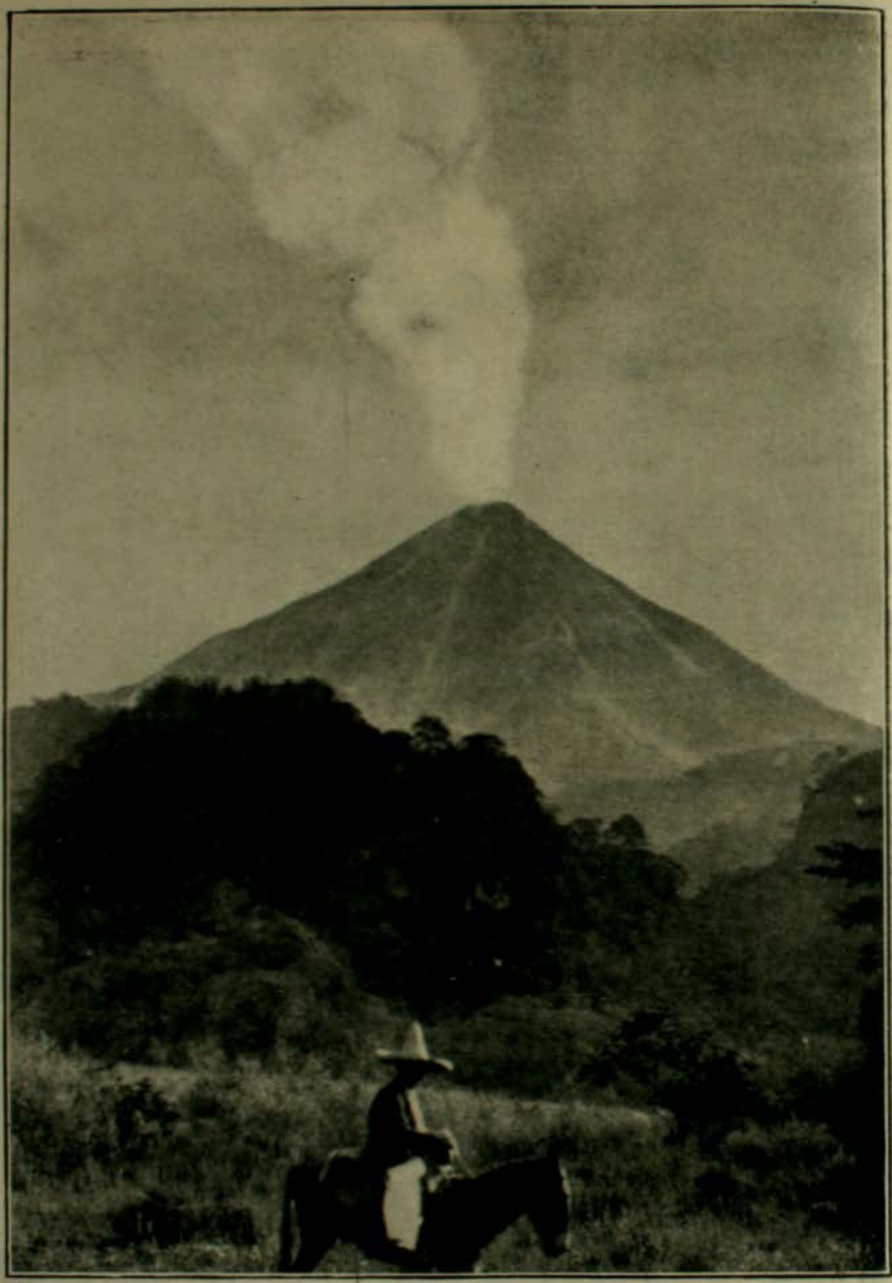
Estado) los dos más grandes poderes de la vida mejicana.

ticos abundan en indicaciones inútiles... Méjico es la cuarta República del mundo por su población... El censo de 1910 le da 15.063,207 habitantes, compuestos de descendientes españoles y de indios... Los extranjeros alcanzan a 57,000... La instrucción es obligatoria... Asisten a las escuelas, un millón de alumnos... Hay una Biblioteca Nacional, una Academia de Bellas Artes, y otras sociedades sabias, museos, etc... Nada nos dicen tales datos... Lo que necesitamos saber es cómo son esos quince millones de hombres. Los hay de varias castas, porque en el país existen dos razas y otra intermedia formada por la mezcla de ambas, además de los elementos extranjeros. Cerca de un quinto de la población, se llama a sí misma española, y probablemente una vigésima parte de ella no tiene mezcla indígena. Una tercera parte de los habitantes son indios puros; y la mitad de ella la forman las mezclas de españoles y de indígenas.

Entre los indios puros de Méjico, se incluyen unas pocas tribus salvajes, no sometidas a los españoles, como los Huichols, los Tarascas, los Otomíes pigmeos, y los Mixes, cuyas aldeas, construídas en las abruptas faldas de las montañas, llevan todavía nombres aztecas, como Ixcumptepec y Huixquillucán. Los investigadores modernos, por ejemplo, Starr y Lumholtz, los consideran superiores a los mestizos y aún a muchos blancos. Otra de esas tribus es la de los Mayas del Yucatán descendientes acaso de los misteriosos Toltecas, que edificaron las ciudades y templos de piedra, de Copán, Mitla y Uxmal. Se ha hablado mucho también en los últimos años de la tribu de los Yaquis, plaga de los mejicanos en otro tiempo, y víctimas ahora de los agentes de trabajo y de los ladrones de niños.

Las tribus salvajes no forman parte del pueblo mejicano, al menos en política. Los llamados indios civilizados son los descendientes de los Aztecas, sometidos por los españoles y que han abrazado el cristianismo.

La mayoría de los observadores, en los últimos cuatro siglos, los han calificado de dulces y pacíficos. A Bullock, en 1822, le parecieron gentes inocentes e inofensi-



El volcán Colima en erupción.—Es uno de los más terriblemente activos entre todos los del país mejicano.

vas. "Sirven, dice, perfectamente en las " grandes propiedades; y la mayoría son " las más corteses, dulces y pacíficas gen- " tes del mundo". El mismo viajero admiró una procesión de varios miles de indios perfectamente correctos, ordenados y

bien vestidos. Sus principales vicios, son el gusto del aguardiente, y el maltrato que dan a sus mujeres.

Poinsett, antiguo Ministro americano en Méjico, los califica de "sobrios, industriosos, dóciles, ignorantes y supersticiosos". Los españoles los mantuvieron oprimidos y esclavizados dentro de sus aldeas. Tomaron parte, hace un siglo, en la Revolución de la Independencia Mejicana, pero nada han ganado con la República, que los mantiene bajo el yugo de tiranuelos

gracia, tanto los unos como los otros se consideran a sí mismos "europeos", y los extraños, se inclinan a aceptarlos como tales, sin reflexionar que Méjico es habitado por un pueblo en su mayoría indio, extensamente decorado con las leyes y la cultura de ultramar, pero en el fondo no más civilizado que los Pieles Rojas del lejano oeste.

Para las diversas mezclas de razas, los mejicanos usan denominaciones especiales. Al hijo de padre blanco y madre mestiza,

El Palacio Nacional, Sede del Gobierno, en que funcionan las oficinas del Ejecutivo, y alrededor del cual se han producido muchos de los sucesos recientes

locales de su propia raza. Los que los conocen bien, hablan muy alto de su capacidad para tallar la piedra y la madera, de su respeto por las mujeres, de su fervor religioso y de sus instintos militares. Pero en general no gustan de la guerra, y ésta es la causa de las derrotas que han sufrido de parte de los americanos y de los franceses. Su religión, no es muy pura. En ella figuran, al lado del Dios de los cristianos, los ídolos aztecas.

En Méjico no existe oficialmente la distinción de razas. Los indios son electores y pueden aspirar a la Presidencia de la República. Socialmente, no hay tampoco prejuicios en contra de las gentes de color. Los indios puros y los mestizos se distinguen difícilmente entre sí. Por desse le llama Mestizo. Los pocos descendientes de negros e indios, son "Chinos" y "Zambos". Las razas mezcladas han heredado de los indios el fervor religioso y la indolencia del carácter. De sus antecesores blancos han conservado el orgullo de una raza, a que sólo en parte pertenecen, el lenguaje usual, las leyes españolas, los principios de gobierno y la impaciencia e intolerancia políticas, que originan las dictaduras. Tal es el verdadero pueblo mejicano, la masa de la población.

En realidad, la clase política está formada por blancos, que constituyen un vigésimo, a lo más un décimo, de la población, pero que, en cambio, poseen casi toda la propiedad, proporcionan la mayoría de los hombres de negocios y de los pro-

Exterior de una sección de casa comercial en la ciudad de Méjico.—El comercio está en manos de alemanes; los ferrocarriles son propiedad de ingleses, yanquis y canadienses

fesionales, y ocupan todas las situaciones de influencia.

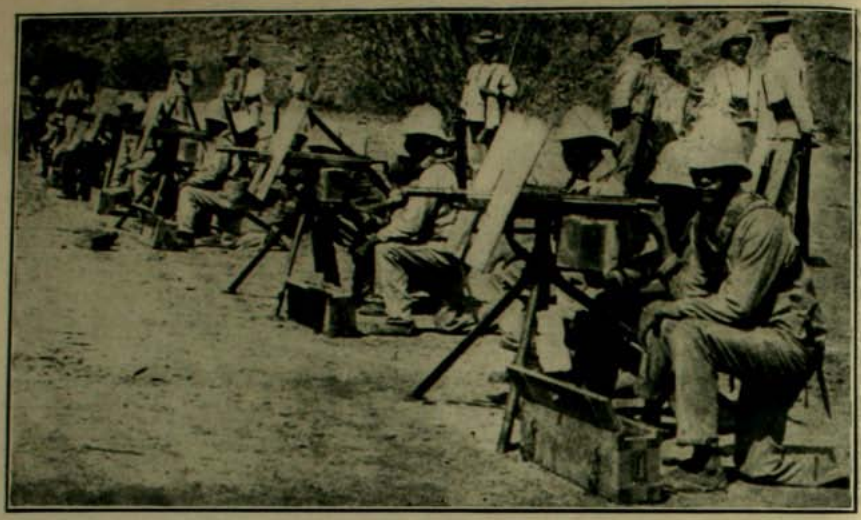
Esta casta, denominada en el país los Cachupinos, desciende casi exclusivamente de españoles; muy pocas familias blancas tienen otro origen. En la historia de la República han ocupado casi sin excepción las sedes episcopales, los tribunales de justicia, los comandos militares, los Ministerios y la Presidencia. Ellos han sido los embajadores y los viajeros, que en otros países han producido una idea errada acerca de lo que es en realidad la América Española. Ellos han dictado Constituciones, formado los Congresos, urdido intrigas y revueltas. Sobre ellos, como jefes

El Palacio de Chapultepec, residencia veraniega de los Presidentes mejicanos, a tres millas de la capital. Fué fortificado en 1847, con motivo de la guerra con EE. UU.

y directores de las incapaces clases inferiores, recae la responsabilidad del mal gobierno de Méjico.

Otra clase de blancos tiene su parte en tales complicaciones; es la de los extranjeros, americanos, españoles, ingleses, franceses, alemanes y otros, la mayoría de los cuales han ido a Méjico como residentes temporales, porque muy pocos nacidos querrían hacer su patria de un país, cuyos mejores ciudadanos huyen por miles de él, para salvar sus vidas. Negociantes de todo género han invadido a Méjico, donde han construído ferrocarriles; explotado minas y dirigido plantaciones. Muchos se ligaron con Díaz, el déspota de los últimos

Los mejores soldados de Méjico.—Un escuadrón de rurales, con excelente equipo y caballada, formado bajo el Gobierno de Díaz, como policía fiscal, para el mantenimiento del orden en los campos.



Los revolucionarios armados con ametralladoras.—Una batería al servicio de los constitucionales que obedecen al general Venustiano Carranza

treinta años, para explotar el país por medio de subsidios, concesiones y privilegios... Tales gentes claman hoy por un "hombre fuerte", a la cabeza del Gobierno. Los extranjeros exigen en Méjico grandes utilidades, a causa de los riesgos que deben sufrir. Si se considera cuán difícil es en Estados Unidos la lucha contra los monopolios, se juzgará que ella es en Méjico imposible.

Hasta donde los mejicanos son capaces de dirigirse a sí mismos, es un problema aún no resuelto, porque todos los esfuerzos en ese sentido durante cien años, han sido desbaratados o por el dictador del momento, o por los que desean ocupar su puesto.

El mundo ha sido escandalizado en diversas ocasiones por los actos de salvaje crueldad cometidos por los oficiales y soldados mejicanos. Desde la primera revolución contra España en 1810, la teoría política local es la de que cualquiera que toma armas contra el Gobierno establecido, es un traidor convicto y puede ser fusilado a sangre fría. Los revolucionarios aplican la misma doctrina contra las tropas del Gobierno, y la matanza de los prisioneros de guerra es una costumbre establecida. El mismo principio fué aplicado a los Tejanos en 1836, cuando de acuerdo con las órdenes precisas del general Santa Ana, se asesinó a prisioneros indefensos. No escaparon mejor los norte-americanos heridos en los campos de batalla de 1846. Es un vicio nacional tanto más odioso cuanto que se extiende hasta practicar la tortura de los criminales y de los sospechosos políticos. La mayoría del pueblo cree en Méjico que el Presidente Madero y sus amigos fueron sometidos a la tortura.

Otro aspecto funesto de Méjico es la institución nacional del "peonaje", que es sólo una esclavitud disfrazada. El sistema es muy sencillo: el aldeano, el jornalero o el minero contrae deudas, o si no las contrae, se procura que lo haga. Está obligado entonces a trabajar hasta que pague toda su obligación, y mientras tanto se le proporciona alimentos y se le cargan intereses usurarios, de manera que nunca acaba de verse libre. Hace tres años, un periodista norte-americano declaró haber visto hombres, mujeres y niños, llevados por fuerza a tierras insalubres, y obligados a trabajar hasta que morían de fatiga o de fiebre. Otros viajeros afirman que en el Yucatán hay haciendas en la que de todos los esclavos, perecen el noventa por ciento antes de un año de padecimientos.

En materia de Gobierno, los mejicanos siguen el ejemplo de los españoles. El Presidente debe nombrar los gobernadores de los Estados, los jefes políticos y todos

los empleados de la administración. Cuando reina la paz, como en los treinta años del Gobierno de Díaz, esto se practica en realidad. La policía rural montada, fué una invención genial de Díaz. Alistó en ella a los bandidos, pagándoles para que no cometieran villanías sino en su nombre. Llegó hasta nombrar gobernadores de Estado a conocidos salteadores. Favoreció la construcción de ferrocarriles para facilitar la concentración de tropas. Tenía dinero para pagar soldados. Fué el tipo del "Hombre Fuerte", admirado por todo el mundo, como conservador del orden. Pero aquella máquina formidable se desplomó por último, y como todos los déspotas. Díaz hubo de comprender que de cada cabeza cortada, surgían cien otras. Su pueblo fué al fin más fuerte que él. La combinación de capitalistas extranjeros, mejicanos ricos y guardias militares, cayó por tierra, y no hay razón para suponer que aparezca pronto un dictador capaz de gobernar en virtud del deseo de los ricos, que es la única forma de gobierno que Huerta considera buena para su país.

En Méjico siempre está en actividad un Departamento del Gobierno, y es el de los empréstitos. En 1824, la joven República contrató un préstamo nominal de $ 16 millones, a 5%, recibiendo en efectivo sólo seis millones. Los intereses fueron pagados sólo durante tres años, y es dudoso que el capital lo sea alguna vez. A pesar de todo, han sido emitidos bonos mejicanos en Inglaterra, Francia y Estados Unidos, y la República reconoce hoy una deuda de más de $ 200.000,000 plata. Es este, por cierto, un fardo pesado para un país en la anarquía, y sólo podrá ser servido con nuevas contribuciones, que provocarían otras revoluciones.

Por otra parte, ningún país hispanoamericano ha sufrido más reclamos que Méjico. Antes de que el nuevo Gobierno fuera reconocido por los Estados Unidos en 1823, comenzaron las quejas por opresiones contra las propiedades norte-americanas. Es cierto que los propios mejicanos sufrían parecidas violencias, pero es un signo de debilidad e impotencia en un Gobierno, la de no ser capaz de contener a los bandidos y a las montoneras. Sólo Dios sabe las sumas que se reclamarán a Méjico después de la anarquía de los últimos años. No habrá dinero bastante para pagarlas.

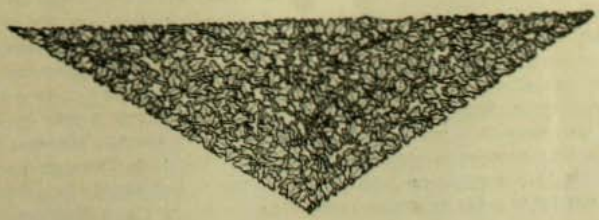
¿Qué puede esperar Méjico de la educación? No nos atrevemos a afirmar nada a este respecto, porque nunca se ha intentado nada serio por educar al país. Las escuelas españolas eran pocas y pobres, y la República nada supo organizar antes de 1870. Algunos viajeros recientes han encontrado allí escuelas y maestros, pero aún cuando fuera exacto el dato que fija en un millón los estudiantes de Méjico, esta cantidad sería sólo proporcionalmente la tercera parte de los educados en Estados Unidos.

Con estos antecedentes, no se divisa remedio al Gobierno popular en Méjico. Chile y Argentina, es cierto, se han constituído en parecidas condiciones, pero no puede esperarse cosa análoga de Méjico. Sus clases dirigentes no han sido capaces, en cien años de dominación, ni siquiera de mantener el orden público...

¿Vendrá el remedio del extranjero?

—Vosotros, los americanos, nos anexionaréis a fuerza de dólares, decía un mejicano hace treinta años; pero en seguida añadía que cada mejicano moriría resistiendo la anexión.

La conquista o la ocupación militar de un pueblo díscolo, que no conoce el inglés, no es, por cierto, la mejor manera de enseñar a los mejicanos el difícil arte de gobernarse a sí mismos.



JUANCHO

Una noche de invierno en que, después de rezar mis jaculatorias no podía dormirme, mi mama Rosario me contó el cuento que repito hoy día al través de los recuerdos de cerca de treinta años. Tenía prohibición de contarme cuentos "para que el niño no se desvelara" y por eso, a obscuras y en voz baja me fué repitiendo la vida del huacho que llegó a ser ministro. Nada moral era la historieta; pero la mama Rosario ni era moralista ni creía que el robo pudiera tentar a nadie. Repetía lo que también le habían contado de niña.

Ilustraciones de Gordon

Erase una vieja que tenía en su rancho un huacho. Como toda vieja, ella era mal humorada y tonta; como todo huacho él era flojo y taimado.—Se llamaba la vieja, Dorotea y el huacho, Juancho.

Se pasaban las horas muertas, la vieja refunfuñando y el huacho acostado en la ceniza y la cabeza en los tizones. Eran muy pobres y como apesar de ser el tiempo en que los reyes tenían haciendas y andaban a caballo con corona de oro, poncho de seda de gusanos y espuelas de rodajas de oro con diamantes, el que no trabajaba no comía y así la Dorotea y Juancho pasaban hambre, dejaban apagarse el fuego, mientras cocía aquella caracoles al rescoldo y se tendía éste en la ceniza con la cabeza metida en los tizones.

—¿Hasta cuándo, decía la Dorotea, habrás de estarte tendío en la ceniza con la cabeza en los tizones y tendré que despiojarte con mis manos y meterte el pan en la boca? Voy a dir donde mi padre San Antonio a preguntarle qué destino váis a tener.

Oyó Juancho la amenaza, dejó salir a la vieja golpeando en el camino con el bastón rezongando en voz alta y él corrió por el atajo, más ligero, más ligero. Se lo llevaba el viento al endemoniado Juancho cuando bajaba por el deshecho y se colaba de rondón en el curato. Los moros que entonces había moros, sujetaban a los cristianos para que no entraran a la iglesia y contaba también Juancho con este impedimento de la Dorotea, para llegar mucho antes que la vieja. El huacho se deslizó por el muro, saltó una tapia y se llegó al altar de nuestro padre San Antonio donde trepó a la tarima, arremangó la capa del Santo hecha de hilo de oro y pedrería y se metió debajo, de manera de poder hablar por él y mover las manos a su antojo.

Llegó la vieja poco después golpeando con su bastón y dándose golpes de pecho desde la puerta.—"Aquí vengo padre mío San Antonio a preguntarte qué haré con mi huacho que pasa todo el día en la ceniza con la cabeza en los tizones y sin servir para maldita la cosa". Una voz enronquecida adrede, contestó desde el altar:—"Haz de traerme un plato de mazamorra muy dulce y entonces te diré lo que hagas". Como ese era el tiempo en que los santos de bulto hablaban y hasta recibían regalos como si fueran vivos, la vieja se alejó rezongando porque era avara, pero sin extrañar la condición impuesta, volvió al día siguiente con la mazamorra humeante en un lebrillo de barro: la puso al pie del santo franciscano y este le dijo:—"Vete a rezar a los demás altares y vuelve más tarde". Volvió la Dorotea, encontró vacío el lebrillo y oyó que la voz le decía:—"Poco dulce estaba la mazamorra, vieja avara.

"aquí vengo, padre mío San Antonio"...

Tráeme otra con más azúcar y te diré lo que has de hacer". Partió la vieja con rumbo a su casa y se afanó por hacer una mazamorra de pura almíbar. Dejóla a los pies del Santo; le envió éste a rezar a los demás altares y el huacho la engulló con delicias indecibles.—"Aún le falta dulce, dijo con más benignidad en la voz, tráeme mañana otra y te diré lo que hagas". Sin impacientarse la Dorotea, cocío con miel la harina y regresó confiada al altar del padre San Antonio. Parecía enojado éste por el movimiento convulsivo de los brazos y apesar de no haber dejado rastros en la olla.—"Tu huacho va a ser un ladrón de caminos, un salteador y un asesino—rugió con voz airada".

La Dorotea se fué muy triste y al llegar a la casa encontró al huacho en la digestión de su mazamorra tendido junto al fuego. Lloraba la vieja y contó finalmente lo que el santo le había dicho.—"No se le

dé nada, mamita: usté va a ver la buena vida que le voy a dar. Voy a dir donde mi tío pa que me enseñe a robar". Y el huacho cortó por el deshecho y llegó a un rancho por donde no pasaba nadie solo, ni después de la oración. Cuando el viejo que estaba acostado sobre unos pellones oyó la pretención del muchacho, le dijo: "¿Y dónde me había conocido por ladrón?" Pero pensándolo mejor se levantó y tomó de una mano a Juancho,—vamos, le dijo, y te enseñaré cómo se roba una vaca bien robada. Caminaron por despoblado, pasaron unos matorrales y junto a una loma, el viejo sacó un lazo, lo borneó con mucha cautela y quiso echárlo a la cabeza a una gran vaca rosilla muy gorda que los miraba fijo; pero desconfiando de la silenciosa escena retrocedía y movía oportunamente la cabeza para esquivar la amarra.—¡Buena la vaca mañera! decía el viejo corriendo en puntillas de un lado a otro y agazapándose detrás de cada mata. Por fin Juancho la agarró bien de la cola y el tío pudo voltearla y la comenzó a carnear.—Anda levantando el cuerpo, le dijo el viejo, y Juancho partió arrastrándolo hacia la loma.

No habían pasado algunos minutos cuando el ladino huacho que, como buen huacho, era inteligente, pero torcido, comenzó a azotar con un palo en el pellejo y a gritar con voz ronca;—¡Toma por ladrón! ¡toma por ladrón!—Si no ei sido yo; Si fué mi tío, respondía entonces con su propia voz. Oir esto el viejo y correr a todo lo que daban las piernas, fué la misma cosa; pues pocos minutos después estaba de nuevo hipócritamente tendido en los pellones no sin maldecir la torpeza de su sobrino que le había hecho abandonar la gorda carne de la gran vaca rosilla. Entretanto, el huacho llegó donde la Dorotea cargado con el abundante despojo. Asaron el costillar y pusieron al sol el resto de la carne para hacerla charqui. No cabía en sí de gusto la vieja y proclamaba ya el milagro de su buen padre San Antonio.

A los tres días, el huacho se puso de nuevo en marcha hacia el rancho del tío pues le había tomado gusto a la aventura y no quería estar mal con el viejo. Junto con verlo se enfureció éste:—Buen ladrón sois vos que me fuiste a vender. Pero Juancho se quedaba humildemente callado junto a un pilar. Acercó las manos al brasero y comenzó a contar que había visto unas ovejas gordas y unos carneros sin perro ni pastor. Levantóse de un salto el hombre y corrió hacia el campo. Pasaron el estero, se metieron por las pircas, se encomendaron a nuestro padre san Isidro y el viejo se acostó en un foso, se cubrió de pasto y esperó que pasaran las ovejas. Una cayó primero y el huacho aprendió en el acto a pescarlas; pero no quería que su tío le acabara esta reserva y así resolvió ponerlo en fuga de nuevo. Ya el viejo tenía cuatro hembras y un macho y se saboreaba con los ricos asados al palo bien rociados con mosto y la larga siesta en los pellones, cuando sintió la voz sonora de Juancho que decía: —Corre, corre ovejero, que mi tío se ha robado cuatro ovejas y un carnero. El tío se arrastró hasta el cerro y cayendo y levantando, más muerto que vivo, llegó a su casa con las manos desocupadas, un hambre de los diablos y deseando la muerte sin confesión al perro del huacho de la Dorotea.

Pero los días pasaron y Juancho apareció de nuevo en el rancho y esta vez parecía bien arrepentido.—Te las perdono todas, le dijo el viejo, y en signo de amistad vamos a ir juntos a robarle papas al compadre Rey.

Era el compadre Rey dueño de muchas haciendas, hombre macizo y valiente que montaba como nadie a caballo y usaba grandes espuelas de plata y oro. Tenía llenos los graneros de trigo y de maíz. En los corredores de las casas se paseaba todo el día mientras la reina lavaba en la arteza con jabón de olor y los caballos ensillados relinchaban debajo de una ramada. Nadie como él para la vara, para una atajada en los corrales o para echar un pial al animal más lobo. Por eso era Rey.

Las papas estaban en un soberado frente el comedor. Era la hora del almuerzo y el olor al rico charquicán y a los porotos del palacio llegaban hasta las narices del viejo ladrón excitando su audacia. Echóse un saco al hombro y salió de prisa al corral. Pero el huacho dijo entonces:—Voy a tirarle un papazo a ese viejo pelado que está de espalda a la ventana. Y junto con la palabra partió la papa y le pegó en la nuca al compadre Rey que se levantó furioso y ordenó a los cortesanos alcanzar a los pillos. El viejo corría como un loco y los ministros lo alcanzaron y lo llevaron preso. El huacho que se había escondido, salió al obscurecer y llegó con las papas a la casa donde la

"¿Te gusta comer sin trabajar, badulaque?"—preguntóle el Rey

vieja Dorotea lloró de ternura y de gratitud. Nunca mazamorras habían dado más provecho que las suyas a San Antonio.

Entre tanto el compadre Rey enfurecido con el golpe recibido y con las risas que habían provocado de parte de la comadre Reina la buena puntería del ladrón, mandó cortarle a éste la cabeza. Ya Juancho no necesitaba de lecciones. Sabía lacear las vacas, pescar las ovejas, carnear, hacer un lazo, torcerle el cogote a una gallina, echarse a la espalda un saco de papas y conocía ya los secretos de las casas del compadre Rey donde podría hacerse buena cosecha durante todo el año.

En poco tiempo las fechorías del huacho eran conocidas en todas partes y no se hablaba sino de ellas en palacio. Ardía el compadre Rey en deseos de conocerlo y de ponerlo en difícil prueba para acabar luego con súbdito tan temible.

Corrieron los ministros por los campos hasta que dieron con el huacho y de una oreja, como se llevaba a presencia del Rey a todo pillo, lo condujeron a las casas del palacio.—¿Te gusta comer sin trabajar, badulaque?—preguntóle el Rey con voz cavernosa como era por ese tiempo la voz de los reyes.—Los que se lo han dicho a su Sacrarreal Majestad quieren verme sin cabeza, repuso el huacho. Para robar se necesita más trabajo que para comprar, agregó.—Bueno; si esta noche, mientras como no eres capaz de robarme todo lo que haya sobre la mesa, la cabeza te corto. Pensativo se fué Juancho por el campo. Le hacía falta el tío para darle un consejo. No sería fácil robarle al compadre Rey cuando estaría sobre aviso. Pero el ingenio se le había aguzado y con ayuda de una trampa pilló un par de zorros, se los guardó en sitio seguro y a la hora de la oración, cuando hacía poco rato que el compadre Rey saboreaba sus manjares, en compañía de los ministros y cortesanos, soltó los zorros y se agazapó tras de una puerta. Mientras la

reina corría despavorida, el Rey volvía con un fusil y cada cortesana escapaba por su lado y salían todos al corral, disparando uno en un sentido y otro por el lado opuesto. —Estos malditos zorros no se me han de escapar,—decía el Rey que era gran cazador,—porque han venido a desafiarme a mi comedor. Marmitón, prepara el horno para darme asado el más nuevo. Y mientras la cacería comenzaba, Juancho había acarreado en sacos la loza, los manjares, las frutas, y de un salto por la ventana se ponía en lugar seguro.

Con temor andaba Juancho cuando oyó decir a unos arrieros que el compadre Rey necesitaba hablarle.—Me dejaste sin comer, —le dijo con tono severo tan pronto le puso la vista encima.—pues bien; si mañana no me robas los pasteles sabrosísimos que tendré en mi horno, cuidados por dos criadas, la cabeza te corto. El huacho que era perezoso comprendió que el mayor suplicio que podía infligirle el Rey era hacerlo pensar y trabajar más que a sus propios ministros. Hizo unos pasteles semejantes a los muy conocidos de palacio y rabioso por todo lo ocurrido y la insistencia del Rey los rellenó con excrementos. En seguida se colocó no muy lejos del horno e imitando la voz del Rey con maravillosa perfección:—Criadas, criadas,—decía,—vengan para acá que la Reina ha salido. Porque la comadre reina prefería entender ella directamente en todo lo que se refería a la servidumbre femenina, no por desconfianza al rey sino por costumbre. Las que oyeron la voz del Rey y sabían la ausencia de la señora se alejaron del horno, circunstancia que aprovechó con presteza el huacho para substituir los pasteles. El Rey tenía esa tarde convidados que llegaron en muy buenos caballos haciendo revueltas en los corrales y trayendo a sus señoras en ancas. Servidos los pasteles y cuando se metió en el primero el gran cuchillo de plata con cacha de marfil salió una horrible pestilencia que hizo taparse las narices a todo el mundo. El Rey se mordió sin decir nada.

—"¿Qué estás haciendo, maldito?—preguntaron los ladrones...

Al día siguiente Juancho fué llamado de nuevo. Estaba el Rey de tal manera rabioso que sus gritos se oían hasta 2 leguas a la redonda.—Me has dejado en vergüenza, huacho pícaro. Pero si esta noche no me robas las dos sábanas donde duermo, la cabeza te corto. Juancho creyó llegada su última hora; no tenía ni los consejos de su tío ni la protección de San Antonio a quien suponía tan enfurecido como el mismo rey por las mazamorras robadas en su nombre. Después de mucho meditar preparó con algunos maderos, estopas y su mismo traje un muñeco que dejó a la oración colocado en el cerro vecino al palacio para que a la luz de la luna se viera bien y él se fué metiendo por acequias y albañales, hasta esconderse en el rincón de un corredor no lejos de la puerta del dormitorio del compadre Rey. Acabada la comida, el Rey se puso a jugar rocambor con sus ministros para ganarles todo lo que en el día le habían robado según era costumbre de la corte. De pronto al fulgor de la luna se divisó en el cerro a Juancho.—Sacrarreal majestad, exclamó un cortesano de los más perdidosos, ahí está Juancho pensando su perrería de esta noche.—Realmente, dijo el Rey, cree que nadie lo ve y está aguaitando que me quede dormido para robarme las sábanas: a robarle voy a enseñar. Y el Rey entró a la alcoba, tomó su mejor fusil y avisó a la reina para que no se inquietara por su ausencia. Mientras su majestad hacía las punterías, Juancho, imitando su voz dijo desde la puerta del dormitorio: —Mujer, estamos enterrando a ese bandido; pero hace frío: tírame las sábanas. Y junto con recibirlas, escapó como un demonio.

Resolvió el Rey terminar con las empresas del huacho y no tentarlo más para lo cual envió a llamar dos ladrones de confianza y les pidió cortaran la cabeza de su competidor sin más preámbulos. Los ladrones se pusieron en marcha, afilaron sus enormes cuchillos y fueron por todas partes indagando dónde se encontraba Juancho para cortarle la cabeza. Llegaron a oídos de éste tan inquietantes noticias y pidió a su madre se hiciera la muerta y obedeciera fielmente a ciertas instrucciones que le dió. Cuando los ladrones llegaron al rancho, el niño golpeaba con una varilla sobre el lecho donde la vieja yacía cuan larga era, pálida como un cadáver y con los ojos bien cerrados. El huacho golpeaba sin mirar a ningún lado y exclamaba al golpe cadencioso de los varillazos:—Levántate madre. Levántate, madre.—¿Qué estás haciendo maldito?—preguntáronle los enviados.—Mi pobre madre ha muerto,—respondió llorando Juancho,—ha muerto y quiero resucitarla con esta varillita de virtud, único bien que me queda. Los ladrones que sabían las grandes fechorías del huacho se las explicaron todas al ver esta varilla en cuya virtud ya no dudaban y la miraban con ojos codiciosos. El huacho siguió repitiendo con constancia los golpes y las voces hasta que de pronto al más bobo de los ladrones dijo con espanto:—Parece que abre un ojo.—Ha movido un pie,—agregó el otro. La vieja se incorporó por fin y dió un suspiro. Los ladrones quedaron atemorizados y creyeron conveniente parlamentar con el mago.—Podemos ser amigos, Juancho; si nos das la varilla de virtud te dejaremos con vida.—Ningún favor me hacen, repuso éste, porque mientras la tenga el que quiera matarme se quedará muerto él mismo; pero consiento en hacer un favor. Eso sí que hay que advertir que si no se usa la varilla tan pronto se llega a la casa resucitando a alguien de su propia sangre se le pasa la virtud y no le vuelve. Corrieron los ladrones con la varilla en la mano, llegaron a la casa, pues vivían juntos, y mataron de dos cuchillazos a sus hijas dos niñas hermosas pero malas. Luego comenzaron a azotarlas diciéndoles:—Levántense, niñas. Levántense, niñas. Se pasaron así el día y la noche y se remudaron hasta que convencidos de la impostura del huacho corrieron desenfrenados a matarlo.

Juancho estaba esperándoles en un camino donde había colocado una olla con su cazuela cruda adentro sobre unas piedras. Debajo de las piedras había echo una cavidad bastante ventilada donde ardía un fueguecito. Cuando vió venir a los ladrones les dijo:—Lo malo que han hecho fué matar a las dos niñas a un tiempo. La varilla puede sólo con un muerto.—De todas maneras te mataremos, huacho pícaro, rugieron los bandidos.—Bueno pues; pero antes ¿por qué no comerse esta cazuelita?—¿Y de donde sacaremos fuego?—Pues la olla sólo basta. Y comenzó a gritarle:—Hierve olla. Hierve olla. Pasó mucho tiempo y cuando ya el hambre apretaba y los ladrones comenzaban a molestarse la llama apareció

"Entrándose mar adentro, el Rey de las aguas regala las ovejas que puedan salvarse nadando", les dijo Juancho

lamiendo la olla y luego una cazuela riquísima mejoró el ánimo de todos.—Véndenos la olla, suplicaron, y ya que no eres mortal, una carga de plata te damos. Recibió el huacho la carga y los ladrones la olla y cada cual partió para su destino.

Mejoró la vida del huacho, pues llevándose a la Dorotea a otro punto se arrió por

el camino un ganado de ovejas y se puso a hacerlas pastar a la orilla del mar. Pero los ladrones convencidos de que la olla era como todas volvieron a rastrearlo hasta dar con su paradero. Aquí venimos, le dijeron, y ya no creemos en tus magias. Apronta el pescuezo que te lo vamos a torcer.—Me extraña, dijo Juancho,—que ya había adquirido muchas letras,—que donde hay que comer para todos vengamos a matarnos. Así como yo tengo ovejas ustedes pueden tenerlas. No les ofrezco las mías porque ya no me creerán; pero comprando ahí en el despacho un pellejo y y entrándose mar adentro el Rey de las aguas regala las que puedan salvarse nadando hasta la orilla.—Ovejas en el mar, dijeron los ladrones con aire de duda; pero como eran brutos hasta ya no se puede más, compraron los pellejos y se fueron mar adentro de donde no volvieron a contar el cuento.

Supo el Rey las últimas fechorías de Juancho y se prendó tanto de su inteligencia y buenas cualidades que lo hizo su ministro y a la Dorotea su cocinera.

J. D. G.

PONCIO PILATOS

No hay personaje histórico alrededor del cual se hayan forjado más leyendas que sobre Poncio Pilatos. En España, en Francia, en Suiza, en Italia, existen montes, selvas, ríos, abismos que llevan el nombre del famoso procurador de Judea. Por supuesto casi todas aquellas leyendas suponen a Pilatos un fin trágico, preludio de condenación eterna.

En los primitivos tiempos de la Iglesia, la reputación de Pilatos no era tan mala, sobre todo entre los cristianos griegos, y, en verdad, si bien se considera la culpabilidad del célebre gobernador fué bastante relativa. Romano probablemente excéptico, gentil, no conocía los libros santos de los judíos, ni sus esperanzas en el Mesías.

Encargado de gobernar un pueblo rudo y levantístico que los romanos de entonces debían mirar como de inferior cultura, las ciencias y luchas religiosas de los judíos, no eran seguramente más sagradas para él que lo son para los conquistadores ingleses de hoy, las de los brohamanes, budistas y musulmanes de la India.

Nótese también que los romanos habían dejado a los judíos cierta independencia y el derecho de regirse según sus propias leyes. Sólo para ejecutar sentencias de muerte debían obtener una especie de "Cúmplase" del gobernador romano. En el caso de Jesús, Juzgados ya por el Sanhedrín, el papel de Pilatos se redujo a llenar lo que acaso no era sino una formalidad.

El sin embargo, tomó interés por la causa de ese justo, y como no participaba del furor fanático de las turbas que pedían su muerte, intentó salvarlo. Su culpa moralmente fué más bien una falta política harto común hasta en gobernantes bien reputados. Cedió a la violencia, al tumulto. Juzgó que la vida de un hombre, podía sacrificarse para evitar una revolución sangrienta que hiciera peligrar en Judea la dominación de Roma. Cuántos cristianos no se han hecho reos de injusticias de la misma especie.

Quizás Pilatos, algunos años después del suceso que hizo su nombre para siempre célebre, no conservaba ni remordimientos, ni recuerdos por su intervención en él.

Anatole France nos lo pinta, viejo ya, viviendo pacíficamente en una quinta de Roma.

Alguien le interroga un día sobre Jesús, el profeta de Judea, cuya muerte autorizara años atrás...

—Bien puede ser así, dice Pilatos, pero a la verdad no me acuerdo....

. . . . . .

Los padres de la Iglesia Griega fueron más lejos que Anatole France. San Juan Crisóstomo lo supone convertido al cristianismo, gracias al influjo de su mujer, que aún hoy es venerada en Rusia bajo el nombre de Santa Prisca.

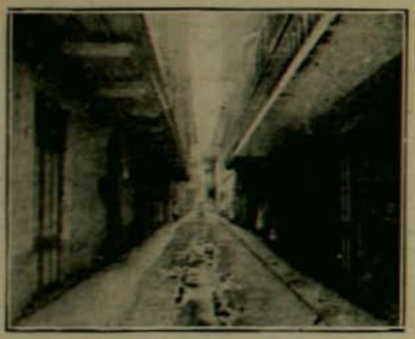
La Iglesia cristiana de Etiopía ha llevado a Pilatos a los altares... Ni más ni menos... San Poncio Pilatos!...

¿A QUE SE DEBE EL EXITO DE LOS YANKEES EN PANAMA?

Por

EMILIO TAGLE RODRIGUEZ

Puede darse ya por terminada la gigantesca obra que emprendieron los yankees en el Istmo para unir dos mares y acercar dos continentes. Dicha obra marcará, seguramente, una nueva era en la historia de la América y del mundo como, en otros tiempos, la destrucción del Imperio Romano y la caída de Constantinopla en poder de los turcos.



Antigua calle de Panamá, donde pueden verse en la calzada los desperdicios de las casas

Hospital para obreros levantado en el Istmo por la Empresa del Canal

El éxito de los yankees es tanto más sorprendente cuanto fué ruidoso el fracaso de los franceses al intentar con ánimo ligero una empresa para la cual no estaban preparados.

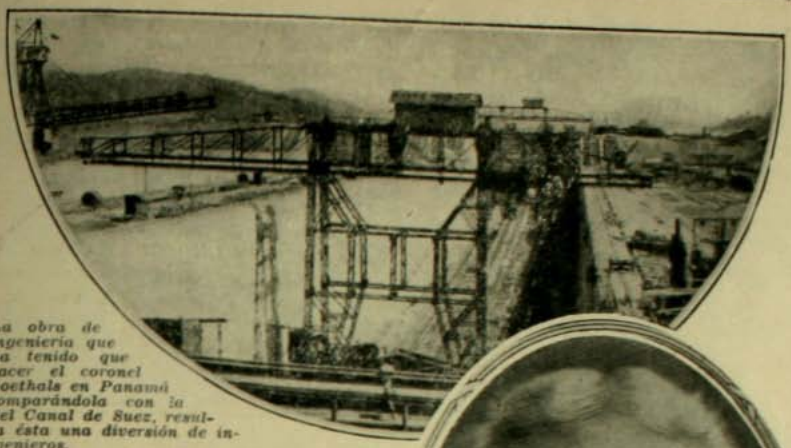
Los países de la América del Sur no podrán menos de mirar con interés trabajos de esta magnitud que asombran al mundo, no tan sólo por la labor realizada y por el fin perseguido, sino por las enseñanzas que de ellos pueden recoger.

Y bien, cabe ahora preguntarse, ¿cuál ha sido en esta empresa la llave de oro que abrió las puertas del éxito? Hasta hoy se atribuyen enteramente al empuje y a la audacia de los yankees, a sus características de raza fuerte, progresista y laboriosa y al vivo anhelo de llenar sus fines de hegemonía y expansión comercial. Sin embargo, a juicio de algunos hombres de estudio que han visitado detenidamente la zona del canal, hay otras grandes causas que hasta hoy pasaron desapercibidas.

Hemos encontrado últimamente la clave de este asunto en una publicación inglesa, "The London Magazine", en la cual aparecen algunas observaciones que la gran obra de Panamá sugirió a un ilustre viajero.

El verdadero éxito de los yankees parece haber estado en los hábitos de honda cultura y de sincera democracia que distingue y cultiva esta raza admirable.

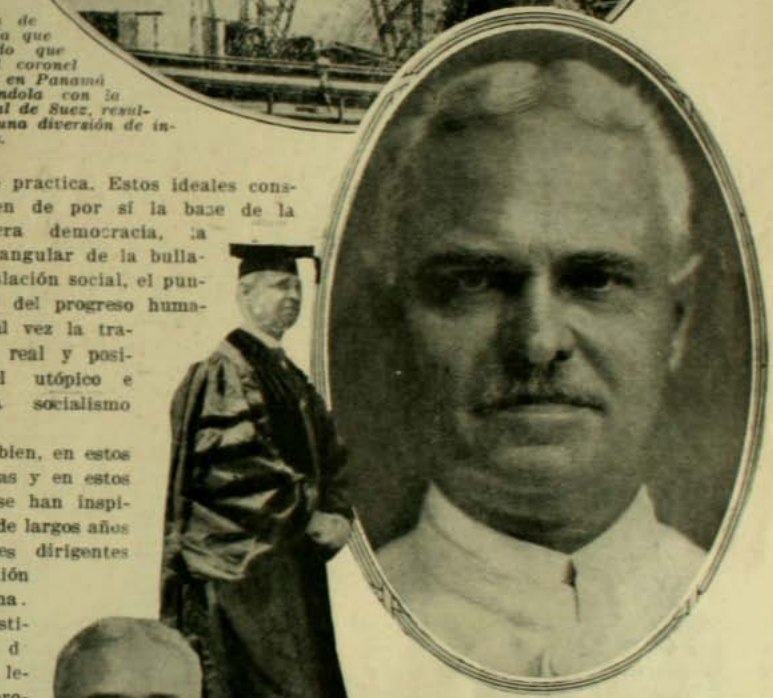
El amor al prójimo predicado desde los primeros tiempos del cristianismo, la protección al débil y al enfermo, el amparo y el apoyo al desgraciado, no son ni podrán ser en lo futuro, como acontece hoy entre nosotros, vanas palabras o meras fórmulas que todos conocen y que



La obra de ingeniería que ha tenido que hacer el coronel Goethals en Panamá comparándola con la del Canal de Suez, resulta ésta una diversión de ingenieros.

nadie practica. Estos ideales constituyen de por sí la base de la verdadera democracia, la piedra angular de la bullada legislación social, el punto final del progreso humano y tal vez la traducción real y positiva del utópico e idealista socialismo del día.

Pues bien, en estos programas y en estos ideales se han inspirado desde largos años las clases dirigentes de la Unión Americana. Dan testimonio de ello sus leyes de protección obrera, sus grandes hospitales, sus códigos sanitarios, su afán incansable por arrebatar regiones enteras a las garras de la muerte como ocurrió en Habana primero, y en Filipina y Panamá después y, por último, su activa e incansable propaganda por difundir la cultura entre la clase menesterosa. Puede decirse fundadamente que el canal de Panamá es el fruto de esta política. En esta empresa colosal, más que el empuje de la raza, más que los beneficios de la obra, entraron como factores importantes, como causas decisivas del éxito, la higiene, la escuela y la pequeña casa, limpia y confortable, base del hogar y la familia, que hace amar la vida y el trabajo.



Coronel Goethals, encargado de la construcción del Canal

El gobierno de la Unión parece haber comprendido que para ser un hombre de trabajo es necesario ser antes un buen ciudadano, y que nadie podrá llamarse tal a menos que goce de bienestar y se encuentre dichoso y contento.

Es imposible desconocer la honda filosofía de estos principios y el éxito del Istmo nos puede atestiguar las ventajosas consecuencias que en la vida práctica entrañan.

Debían tomar nota de esta política la mayor parte de las empresas que hoy día realizan trabajos en el mundo, ya que hasta ahora la industria sólo busca brazos y poco se cuida de saber si los obreros viven

Residencia del coronel Goethals, en la zona del Canal

en pocilgas y mueren como moscas.

Esta fué la causa principal que precipitó la ruina de Lesseps, y, gracias a esta negligencia, duermen hoy día en el cementerio de Monkey Hill, gran parte de los franceses que formaron parte de la empresa primitiva.

Los mismos yankees malgastaron en un principio sus esfuerzos, porque las enfermedades que infestaban la comarca diezmaban las

El coronel Goethals y su esposo

El coronel Goethals, que ha tenido bajo su mando a cuarenta mil trabajadores, a los que ha tratado con suma benevolencia

filas de sus obreros en forma cruel y alarmante. Con tal objeto se envió entonces al coronel Gorgas con encargo de practicar allí lo mismo que en Habana: ba-

Club para obreros en Panamá

tirse cara a cara con la muerte e imponer la salubridad y la higiene como ley del vencedor.

A continuación, la empresa del canal puso en práctica tres principios que, a su juicio, eran primordiales.

Para que un obrero pueda desempeñarse bien y hacer un buen trabajo se requieren tres condiciones esenciales:

1.o Buena salud;

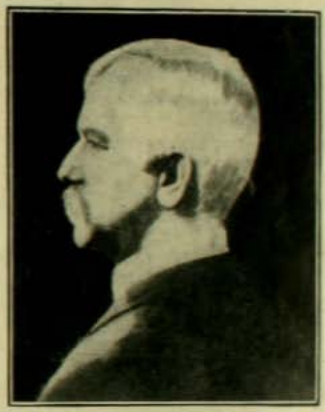
2.o Una pequeña casa limpia y confortable; y

3.o Dictracciones sanas y entretenimientos para su espíritu.

Para responder a estos objetivos se higienizó y saneó todo el Istmo; se purifica-

Calle moderna en Panamá

ron las captaciones de agua; se rellenaron las zanjas; se desecaron los pantanos; se desinfectaron las casas y se estableció una activa y enérgica fiscalización sobre todo lo concerniente a desagües. Y estos trabajos no se extendieron solamente a las ciudades o campamentos de los yankees; las cabañas de los negros ubicadas a inmediaciones de los matorrales fueron, asimismo, esmerada y cuidadosamente saneadas. Los resultados de esta política han sido sorprendentes: la proporción de muertos ocurrida en tiempos de la misión francesa llegó hasta 240 por mil, y hoy día esta cifra se encuentra reducida a 16 por mil como ocurre en los países más cultos de Europa. Así se explica que las primas de seguros sobre la vida y accidentes sean actualmente iguales en Panamá y en Nueva York.



Coronel Gorgas, encargado de sanear el Istmo

Los hospitales del Istmo pueden figurar con brillo entre los más completos y mejor provistos del mundo. Todo obrero herido o enfermo es atendido allí por los métodos más modernos practicados en la ciencia y mientras allí permanece tiene derecho a continuar percibiendo su salario.

Se edificaron casitas para obreros que reunían todas las condiciones posibles de agrado y confort y que fueron cedidas libres de gravamen. Y como si esto no fuera suficiente, se hermosearon los alrededores de estas casas con grandes prados y plantaciones tropicales. Todavía más. Como los obreros fuesen explotados por los pequeños comerciantes lugareños que les vendían artículos a precios increíbles, la Empresa estableció grandes almacenes

donde vendía, a precios ínfimos mercaderías compradas en Estados Unidos por grandes partidas y sin dar lugar a intermediarios, que encareciesen los valores.

Se establecieron también, panaderías y lavanderías por cuenta de la empresa y hasta un gran laboratorio a cargo del coronel Wilson para comprobar la pureza de los alimentos; se abrieron numerosas escuelas para los niños de los obreros y se fundaron diversos clubs que disponían de pequeñas bibliotecas, salones de billares, baños y juegos de sport.

En esta forma es como ha podido realizarse una obra tan perfectamente construída—a juicio de los técnicos que la han visitado—que, a semejanza de los caminos romanos, podrá durar miles de años; debido a esta política sabia y previsora, la Empresa constructora ha terminado el trabajo un año antes de la fecha fijada y con una economía de dos millones de libras sobre el total de setenta y cinco millones en que se había estimado al principio.

Creemos que esta experiencia y estos ejemplos serán para nosotros de gran utilidad ya que, aún, no contamos con leyes obreras, ni edificación apropiada, ni siquiera, con un Código Sanitario que dé garantía a las vidas y que resguarde la raza.

Es preciso no olvidar la lección. El éxito de Panamá se debe principalmente a la escuela, al hogar y a la higiene.

EMILIO TAGLE RODRIGUEZ.

VORACIDAD DE UN PEZ CHILENO

Es cosa sabida que el destino de los pescados es el de comerse los unos a los otros, y anda mais, ser comidos por el hombre, privilegio este último de que sólo gozan los que son sabrosos.

Lo raro es que no siempre es el pescado grande el que se come al chico; hay casos en que los chicos también se comen a los grandes. Tal sucede con el bdellostoma.

El bdellostoma es un pescadito del tamaño de un pejerrey de los de a sesenta cobres la docena que habita en la costa de Chile. A primera vista parece un bichito inofensivo, pero es malo fiarse de apariencias.

Hace años, el malogrado naturalista don Federico Delfín, a quien tantos progresos debe la ciencia ictiológica en este país, observó en los alrededores de Talcahuano, que con frecuencia se encontraban en la playa, o flotando sobre el mar, cadáveres de congrios, intactos al parecer, pero con las entrañas horriblemente destrozadas.

Preocupado por este, al parecer inexplicable fenómeno, el doctor Delfín, practicó prolijas investigaciones, interrogó a pescadores, examinó varios cadáveres de congrios, y por último llegó al más extraordinario descubrimiento.

Los congrios en estudio habían sido devorados por el bdellostoma. Es de tradición en materia de alimentos, que la comida penetre dentro del que come, cosa difícil para el bdellostoma, tratándose de un pescado como el congrio, tres o cuatro veces más grande que él mismo.

Pero el bdellostoma resuelve este conflicto con tanto ingenio como heroísmo. Se pasea por el mar con aire de víctima inocente. Nunca falta entonces un congrio que, juzgando un buen bocado a aquel pescadito incapaz, al parecer, de quebrar un huevo, se lo traga... naturalmente para comérselo!

¡Aquí del horrible y macabro desengaño del congrio! El bdellostoma se aplica a la garganta de su captor y todos los esfuerzos de este último no bastan para hacerlo penetrar en el estómago y sus temibles jugos gástricos.

El *"comedor"* resulta comida por dentro en esa originalísima manera, y su cadáver destruído, vaga encima de las olas, a merced de los pájaros del mar y de los naturalista curiosos.

PASANDO...

Por

ANGEL PINO

Mis amables lectores leían, en el pasado número del *Pacífico Magazine*, mis reflexiones sobre el terremoto de 1906 y la lluvia de tiza caída sobre la ciudad de Santiago de las cornisas y antepechos, cuando sintieron moverse el suelo bajo sus plantas en la noche del 29. Un temblor, elevado en Talca al rango de terremoto, quiso recordarnos que si el hombre es un pasajero en este mundo, como nos enseña la religión, el chileno es el pasajero que debe desembarcar en *la primera estación*. ¿No es una verdadera desgracia haber nacido en un suelo aún no constituído, en un suelo que no ha llegado a su mayor edad, en un suelo impúber, por decirlo así? ¿Las islas de Juan Fernández son acaso las altas cumbres de un país desaparecido y no quedará de Chile, en los siglos venideros, otra cosa que un islote de lo que es hoy el pico del Aconcagua y la deuda externa castigada en un peso en los libros de los banqueros y comerciantes de Europa.

Hay dos teorías sobre la causa de nuestros temblores, y, realmente, no se sabe cuál escoger. Se dice por algunos sabios que el continente se levanta en cada uno de estos esfuerzos. La cordillera de los Andes asomaba antes, en los tiempos prehistóricos, su cresta sobre el Pacífico y, poco a poco, fué subiendo, en un lento trabajo de miles de años hasta sacar con ella el estrecho territorio que habitamos. Si este movimiento continúa, como es de suponerlo dada la pertinacia reconocida de la naturaleza, seguirá apareciendo territorio de debajo del mar hasta que Juan Fernández resulte simplemente un departamento mediterráneo. Habría sido prudente detener las obras de los puertos de Valparaíso y San Antonio porque a poco andar los malecones, docks y rompe-olas van a convertirse en fortificaciones de cordillera. Y esto sería más razonable que lo afirmado por un señor en unas cartas que publica "La Unión" sobre la conveniencia de no comprar los dreadnoughts porque un sabio cree que las ondas herzianas pueden inflamar con el tiempo pólvora contenidas en los pañoles.

La otra teoría, que es más angustiosa, sostiene lo contrario, porque en materia de teorías científicas no se conocen los términos medios. El continente tendería a bajar, a hundirse, a desaparecer bajo el océano. En pocos siglos más (por fortuna en materias geológicas el plazo más corto conocido es el de 500 años,) habrá pasado todo nuestro territorio a ser simple fondo de mar y allí donde hoy circulan automóviles, hermosas damas y desocupados gomosos, se perseguirán mañana las ballenas, los delfines, y los tiburones. Talvez sobre el sitio mismo donde funciona hoy día la pescadería a bajo precio los congrios y las corvinas se sonreirán de descubrir todavía una inscripción que diga: "Pescado barato".

Si esta teoría llega a realizarse quedarán algunos chilenos sobrevivientes en la cumbre de la cordillera, a manera de isleños. Y una vez perdido el salitre, el valle agrícola, las minas, sus grandes instituciones, sus incomparables hombres públicos, y tengan unas pocas ovejas y algunas siembras de maíz, se encontrarán con la sorpresa de tener moneda de oro y cambio a 48 peniques.

Se ha notado en materia de temblores que cada ciudad hace cuestión de amor propio de la mayor o menor intensidad del fenómeno. Yo recuerdo la ira con que los habitantes de Valparaíso escuchaban a los santiaguinos decir que el terremoto del año 6 había sido igualmente fuerte en las dos ciudades. Los diarios de Talca se quejan ahora del conde Montessus de Ballore porque ha afirmado que el temblor del 29 fué

un poco mayor que los temblores diarios de la zona central del país—No, señor; dicen—éste ha sido un temblor especial, un temblor único, un temblor digno de nuestra ciudad." Casi da ganas de contestarles como aquel jorobado que se bañaba y que vió que un individuo corría por la playa llevándole su ropa: "*¡Que te quede buena!*" es decir: "hacemos votos porque en el próximo no haya la menor discusión."

*

Pero el verdadero terremoto es el que aflige a los gobiernos sud-americanos. Ha sido un Guignol el cuadro de cinco países perturbados por revoluciones, asesinatos, pronunciamientos; pero aún más exactamente un teatro de fantoches ordinarios, de esos donde, aparece Don Cristóbal y doña Ursula y cuyas escenas terminan siempre a mojicones y con la súbita desaparición de los muñecos tras de la cortina. Por ejemplo, la revolución del Perú. El señor Billinghurst era un hombre popular y tenía un amigo que se llama Augusto Durand. En el Congreso contaba con mayoría: pero, como ocurre en Sud América con las mayorías, se había convertido aquella de la noche a la mañana, en minoría franca, la popularidad en impopularidad y el amigo en traidor. El presidente Billinghurst deseaba clausurar el Congreso y hacer otro. (Escena: la madrugada en Lima; en el fondo, la silueta del *panóptico;* un sereno duerme en una esquina; el presidente Billinghurst que se ha tomado una cápsula de aspirina porque se encontraba resfriado transpira apaciblemente). Los gallos han cantado por segunda vez (y ésta no es alusión a la deslealtad de Durand), cuando un batallón avanza en puntillas hasta el palacio. Al frente va un señor coronel que se distinguió en la frontera colombiana por haber despachado al otro mundo, convenientemente degollados, a cuarenta soldados colombianos. El presidente Billinghurst se da cuenta sólo entonces, de que cuando se desea pegarle a alguien no conviene amenazarlo de antemano: el Congreso le ha ganado el "quién vive" porque ya estaba cansado de oir por todas partes que lo iban a disolver. "Veamos quién disuelve a quién"—se dijo.

Antes que los gallos hubieran concluído de cantar, (en menos que canta un gallo, como dicen en esta tierra), el señor Billinghurst ha pasado del palacio presidencial al panóptico, como quien dice, "del Capitolio a la Roca Tarpeya". El coronel Benavides se confirma en la idea de que las batallas se ganan solas; será general. Se le puede decir recordando el juicio sobre los caporales de los ejércitos de Dumouriez y Carnot que lleva en la mochila, no el bastón de mariscal, como aquellos, sino el puñal de Huerta. Apenas instalado el nuevo Gobierno se buscó unos formularios impresos que hay en muchos países Sud Americanos guardados en roperos, para anunciar al pueblo que la Constitución se ha salvado. Basta llenar unas líneas y borrar algunas palabras como las de "o al portador" de los cheques, para tener la proclama lista. Por ejemplo, donde comienza el párrafo "El tirano ha..." se agrega, según lo ocurrido: "*partido*" "*sucumbido a manos del pueblo*", "*sido aprehendido para esperar el juicio de la opinión*, "*huido vergonzosamente*", etc., etc. Estos son los momentos agradables de la revuelta. El cable anuncia que el país en masa celebra el derrumbe del vergonzoso régimen anterior, que el comercio ha abierto "*espontáneamente*" sus puertas, que los banqueros le ofrecen también con espontaneidad el dinero a manos llenas al Gobierno. Esto es lo fácil; pero luego viene la elección y los conspiradores comienzan a darse un gruñido entre dos abrazos.

¿Quién será presidente en el Perú? Se dice que son candidatos los señores Durand, Prado y Pardo. Yo que los señores Prado y Pardo cedería cortésmente la entrada al señor Durand o al coronel Benavides para que pasen pronto al Panóptico. Dejarlos afuera me parece inquietante. Un rápido paso por palacio y después una larga residencia en el Panóptico, de estos cabecillas, dejaría más tranquilos a los excelentes caballeros nombrados que no son revolucionarios profesionales.

A todo ésto, un caballero chileno que había iniciado el día antes de la caída de Billinghurst una conferencia amistosa sobre los arreglos con Chile, ha debido continuarla al través de la reja de la prisión. Debió ser duro para el señor Vial Solar renovar la conversación con la consabida fórmula: "Cómo decíamos ayer..."

ANGEL PINO.

LA PRINCESA DE KRISNAGAR

Por

MIGUEL DE FUENZALIDA

Ilustraciones de Eguren Larrea

I

Entre los muchos personajes más o menos originales que pululaban en la bolsa de Valparaíso, cuando el famoso resurgimiento de 1904 y 1905, ninguno fué más comentado que Mr. Archibaldo Mac-Gregor.

Imagínese el lector un viejo pedagogo, escocés y puritano por añadidura, de seis pies de alto, rostro seco y descarnado, larga y frondosa barba gris y ojos pequeñísimos y sin expresión, medio ocultos bajo espesísimas y mal peinadas cejas. Durante cuarenta años se había dedicado a la enseñanza con la fe de un apóstol y la regularidad de un cenobita. Su mundo se reducía a las cuatro paredes de su reputado colegio: sus ambiciones parecían no pasar más allá del Spelling Book y del Petter Parley; sus afectos, si algunos tenía, estaban concentrados en su esposa, una vieja tan seca y puritana como él mismo.

Cuando Mr. Mac-Gregor apareció en la bolsa, fué un pasmo general, y la sorpresa de todos se transformó casi en susto, cuando se le vió asistir con desesperante puntualidad a las dos "ruedas".

No cabía duda: el anciano pedagogo se había transformado en un audaz especulador. Estos contrastes inverosímiles se producen con tanta frecuencia, en la compleja naturaleza humana, que ya no debían causarnos sensación.

Los hombres de juicio movían gravemente la cabeza, al observar la conducta de Mr. Mac-Gregor.

—Pobre hombre, decían, entre todos esos demonios de la bolsa le van a dejar en cueros, después de tantos años de trabajo incesante y severa economía.

Pero a nadie preocupaba más que a mí la futura suerte de Mr. Mac-Gregor, pues era en aquel entonces profesor de Matemáticas en su colegio. Si el patrón se arruinaba quedaría yo en la calle como él.

Un día tuve el atrevimiento de confiarle mis temores, pero el viejo era tan bondadoso, a pesar de su exterior frío y poco comunicativo, que no se molestó ni mucho menos.

—Vea Mr. Muñoz, me dijo; pierda Ud. cuidado. En los tiempos que corren no se arruina nadie... Ya llegarán otros en que se arruine todo el mundo... El secreto—de los negocios—es muy fácil: consiste en hacerlos sólo en épocas como ésta, y olvidarse en seguida de que tales negocios existen... ¿quiere Ud. hacer la prueba? ¿quiere que compre por su cuenta quinientas Refinerías?

—Pero, señor, le repuse si yo no tengo un solo centavo.

—Tanto mejor, contestó Mr. Mac-Gregor, frotándose las manos con una jovialidad, en él estupenda, así no tendrá Ud. nada que perder... Negocio hecho.

Aquella misma tarde firmé, sin saber a punto fijo lo que estaba haciendo, un papel, del cual se deducía que yo, Francisco Muñoz, compraba y don Juan Magalhaes vendía, quinientas acciones de "Refinería Penco", exigibles en un mes, a ochenta y dos y medio.

Entendía tan poco de asuntos bursátiles, y me encontraba tan aturdido, que ni siquiera se me ocurrió consultar en los diarios las listas de precios corrientes Continué, pues, enseñando tranquilamente a dos docenas de gringuitos de agua dulce, las cuatro operaciones de la aritmética en inglés.

Pero el día en que Mr. Mac-Gregor, sin perder su formalidad acostumbrada,

me entregó un chequecito por seis mil setecientos cuarenta y cinco pesos y centavos, nuevos horizontes parecieron abrirse delante de mí. Esta era la vida y no la otra.

Porque yo, aunque profesor de matemáticas, tenía una imaginación a mi manera. A falta de realidades, los hombres vivimos de la fantasía, y los que no pueden cenar donde Paillard, ni perseguir a las bailarinas de la Opera, ni arrastrar automóviles, encuentran su compensación soñando maravillas aún más estupendas. Así yo, cuando salía de clase, echaba en olvido la tabla de multiplicar y las notas malas o buenas de mis alumnos, para recorrer las verdes avenidas del Cerro de la Concepción, imaginando estupendas aventuras en la tierra de las quimeras.

—¿Por qué no estaremos en los tiempos de la caballería? pensaba. Entonces yo seguramente no me habría dedicado a la enseñanza en el colegio de Mr. Mac-Gregor. Correría el mundo armado de punta en blanco, que eso no debe de haber costado mucho dinero y tarde o temprano daría con una princesa, o cosa por el estilo a quien salvar de algún espantoso conflicto. Estaba seguro de que en aquellos tiempos habría yo muerto en el pellejo de un príncipe consorte.

En este siglo XX, el proyecto aparecía irrealizable, por falta de recursos.

Acaso existan aún, me decía, princesas necesitadas de la fuerza y del valor de un hombre, pero no están muy a la mano, y para rodar tierras es necesario algún dinero. Si hubiera princesas en el Paraguay o en las pampas argentinas, emprendería el viaje a pie, a riesgo de pasar por un andarín de profesión; pero no es fácil que encuentre lo que busco ni siquiera en Europa: allá, en el mejor de los casos, contraería un matrimonio morganático que daría que hablar a la prensa socialista por algunos meses... Tengo, pues, que resignarme a llegar por lo menos hasta la India.

El único confidente de estos desvaríos míos era Mr. Persival Green, profesor de Gimnasia en el colegio de Mac-Gregor. Era un gringo bonachón, de fuerzas hercúleas y muy hábil en todo género de ejercicios físicos, pero incapaz de matar ni siquiera una mosca.

—Vea Mr. Muñoz, me dijo; pierda Ud. cuidado. En los tiempos que corren...

Su imaginación era tan nula, como la mía exuberante, y acaso por eso mismo se divertía extraordinariamente con los altos y disparatados proyectos que yo le solía participar.

—Dígame usted la verdad, Mr. Persival, le preguntaba, ¿me tiene Ud. por loco o por cuerdo?

—Ud. no hace cosas de loco, sino que se limita a pensarlas, respondía sonriéndose Mr. Green... Es Ud., pues, cuerdo, a lo menos por ahora.

—Este no sabe, pensaba yo en mis adentros, la calaverada en que estoy embarcado con el director del establecimiento... Si lo sospechara, acaso se formaría otra idea de mi juicio.

Pero el hecho es que nuestros negocios bursátiles seguían marchando viento en popa... Llegó de pronto el crac de Febrero de 1905. Comenzaron a llegar hasta mis oídos rumores de crisis y de catástrofes. No dormí por algunas noches, porque en los días anteriores no había hecho otra cosa que firmarle papeletas a Mr. Mac-Gregor. Ni siquiera me atrevía a preguntarle al viejo pedagogo, por el monto a que iba a ascender nuestro desastre... ¿Perderíamos todo lo ganado, o solo una parte?...

Al fin Mr. Mac-Gregor me abordó:

—Le invité a Ud. a entrar en varios negocios, Mr. Muñoz, me dijo, sólo con el objeto de probarle que no andaba yo tan descaminado, y que no sólo sirvo para dirigir colegios. Me parece que Ud. no ha de quejarse del resultado.

—No, señor, le contesté... y he contraído para con Ud. una deuda de gratitud que no podré pagar en la vida.

—Me debe Ud. buenos consejos y nada más, dijo Mr. Mac-Gregor, con sencillez.

—¿Y no le parece, señor, pregunté yo tímidamente, que ya es tiempo de detenerse? Ud. me dijo no ha mucho que hay tiempos en que todos pierden... ¿No habrán llegado ya esos tiempos?

Mr. Mac-Gregor sonrió con aire de compasiva superioridad.

—Voy a probarle a Ud. que no, me dijo, alargándome un papel.

Era un cheque por veinte y tantos mil pesos.

—¿Pero... y la baja? le pregunté asombrado.

—La baja... esa es para los que han comprado, repuso el viejo pedagogo... Al principio nos cogió en poca cosa... Ud. sabe que hace una semanaa teníamos pocos papeles.... Entonces, sin pérdida de tiempo, me dí vuelta la chaqueta, como dicen en la bolsa, y me descubrí en una cantidad cuatro o cinco veces mayor. ¿No

...en el país de las pagodas y las bayaderas Leí hasta después

recuerda Ud. los contratos que firmó el Viernes pasado?

—Pero, ¿cómo es eso de descubrirse? pregunté, enagenado de gozo.

—Pues, es lo contrario de comprar cuando no se tiene dinero, como Ud. antes lo hizo... Se vende sin tener papeles... Eso es la bolsa, pero no hay por qué escandalizarse.. El negocio es legítimo, y hay ejemplos de él en las Santas Escrituras... En fin, Mr. Muñoz, lo felicito... de este hecho Ud. completa sus doscientos mil pesos...

Ni un rayo me hubiera producido más conmoción que estas últimas palabras... A la verdad, por cierta supersticiosa indolencia, nada rara en individuos poco habituados a los negocios, no había hecho mis cuentas... Corrí a mi libreta de depósitos.... Mr. Mac-Gregor decía la verdad...

Aquella tarde anduve como loco la ciudad de un extremo a otro extremo.... ¡El dinero! El era para mí la libertad, el placer, el mundo abierto por todos sus costados. La pobreza es una prisión, una cadena que nos amarra, ya sea al sillón de una oficina, ya sea a la cátedra de un colegio. Ahora, encontrara o no princesas, yo iba a correrla.

Compré de vuelta al colegio, en la librería de Patón, la obra recién publicada de un viajero inglés que acababa de recorrer el Indostán. Quería gozar de antemano, las sensaciones que me aguardaban en el país de las pagodas y las bayaderas. Leí hasta después de media noche. El autor relataba las maravillas y las miserias del reino de Cachemira. Después de recorrer la tierra de los famosos chales, Mr. Scott, éste era el nombre del viajero, se dirigió hacia las montañas que separan la Cachemira de los llamados "Hill States"... Visitó Chamba y en seguida el principado de Krisnagar...

Aquí vino lo interesante... El sueño comenzaba a rendirme, y el libro casi se me caía de las manos, cuando mis ojos se detuvieron sobre el siguiente pasaje, que decidió de los destinos de mi vida. Lo traduzco textualmente:

"Krisnagar es en pequeño, lo que Cachemira es en grande. ¿Hasta cuándo la Inglaterra, llevada de un falso respeto a derechos más que discutibles, continuará tolerando la independencia más o menos absoluta de estos reinos miserables, entregados a la anarquía y al despotismo? La princesa de Krisnagar es una mujer que no ha cumplido dieciocho años, y el poder, esto es, en otros términos, el derecho de explotar la miseria de estos montañeses, se lo disputan una media docena de jefes, que apenas pasan de la categoría de bandidos... ¡Y esto sucede a ciento cincuenta millas de Simla, capital de verano del imperio de las Indias!"

Cerré el libro, pero en toda la noche no pude pegar los ojos.

II

Como estábamos de vacaciones, el profesor de Gimnasia consintió en acompañarme el día siguiente a almorzar mariscos en el Hotel del Membrillo.

Cuando, merced a un par de botellas de Johannisberg, le juzgué en estado de recibir mis confidencias, le dije sin más preámbulo:

—Vea mi amigo Green, en el próximo vapor nos embarcaremos Ud. y yo para la India...

La cara del aludido expresó un pasmo indecible.

—¿Se ha vuelto Ud. loco? me dijo.

—No, por cierto, le repuse; ¡allá en la India, está el principado de Krisnagar, cuya soberana es una mujercita de dieciocho años... bellísima...! aunque nada dice de esto último el bárbaro de Scott... Nosotros vamos a libertar a la princesita de unas malandrines que oprimen a su pueblo... ¿Es eso cosa de locos?... Ud. mismo me ha dicho que yo le parezco cuerdo...

—Me lo parecía, observó Mr. Green, porque nunca le vi cometer locuras, sino a lo más decirlas, lo que es muy diferente... Pero ahora.....

—¿Juzga Ud. locura comer ostras en el Membrillo?

—No, por cierto.

—¿Y beber vino de Johannisberg?

—Tampoco.

—¿Por qué ha de serlo embarcarse para la India?

—Cuando se tiene dinero, no lo es, sentenció Mr. Green...

—Pues yo lo tengo, le dije en son de

triunfo. Mi viaje y el suyo corren de mi cuenta.

—¿Ud. dinero?...

Conté entonces al maravillado profesor de Gimnasia la historia de mi improvisada fortuna.

—Convengo, me dijo, en que el hecho es harto extraordinario, aunque en los tiempos que corren, su caso no es el único... Pero gastar su dinero en una aventura insensata e imposible... Aquí comienza la locura.

—Vamos por partes, Mr. Green, le repuse. Para comenzar no es mi intento arruinarme por salvar a la princesa de Krisnagar. Mi fortuna no me permite tales lujos... Ensayaremos allá otros medios... nuestra imaginación, es decir la mía; nuestro vigor físico, esto es el suyo; nuestro valor... el de ambos... ¿Locuras? Y ¿por qué? Considerada la cosa en abstracto puede parecerlo, pero analizándola, cambia de aspecto. Tomamos un vapor para la India... Eso me parece que no es insensato... Nos vamos a Krisnagar... Mr. Scott fué allá y nadie lo tiene por loco... Luego en el sitio del suceso, veremos... Si no se sigue presentando el resto de la aventura, en la misma forma razonable en que se iniciará... hacemos nuestras maletas y a Chile... En el peor de los casos, habremos conocido la India... ¿Qué costará ello? ¿Veinte o treinta mil pesos?... ¿No gastan algunos, mucho más que eso en ser candidatos a diputados, y los derrotan, y ni siquiera ven la India?... Pues bien, yo destino igual suma a mis gastos electorales... Soy candidato a príncipe consorte... Si no salgo, por lo menos habré hecho un buen paseo.

—Bromas a un lado, mi amigo... Sancho Panza no ganaba sueldo...

Como se ve, mi lógica era irresistible. Mr. Green permaneció en silencio algunos momentos.

—Su proyecto me merece algunas objeciones, dijo después en el tono más serio del mundo—La primera se refiere a mi persona. Yo no tengo más fortuna que mi sueldo y sería una locura echarlo a rodar por irme con Ud. a la India.

—Gana Ud., le contesté, doscientos pesos mensuales... Yo lo contrato por igual suma, más los gastos de viaje, y una buena gratificación, o si Ud. lo prefiere un condado o marquesado, si nos acompaña el éxito.

—La Insula de Sancho Panza, observó socarronamente Mr. Green.

—Bromas a un lado, mi amigo... Sancho Panza no ganaba sueldo... Ud., en todo caso, nada habrá perdido.

—¿Y mi destino?...

—Un profesor de Gimnasia encontrará siempre ocupación.. Ya ve lo que valen sus objeciones.

—Tengo otras, continuó Mr. Green, ¿cómo va Ud. a entendérselas en ese endiablado país, sin conocer el idioma?

—Todo lo tengo previsto, contesté. Nos iremos a la India por Europa, y a la Europa por Panamá y las Antillas. En Trinidad y Jamaica hay miles de indostanos que ganan apenas con qué comer... Los coolíes... Ud. sabe... Nos contrataremos uno que hable el dialecto de Cachemira, que es el corriente en Krisnagar, y asunto concluído: con la facilidad que tengo para aprender idiomas, hablaré el mencionado dialecto antes de llegar a Bombay, mejor que el Sultán de la Cachemira.

—Pero, ¿y yo? observó Mr. Green, que, como todos los ingleses, tenía la cabeza dura para los idiomas.

—Ud. aprenderá siquiera a chapurrear. Además, yo le serviré de intérprete..... Tengo, por otra parte, el presentimiento de que en Krisnagar Ud. no va a batirse con la lengua, y los músculos hablan todos los idiomas.

—Bien, dijo Mr. Green, pero me queda la más seria de mis objeciones. Si el negocio de la princesa de Krisnagar fuera medianamente razonable, ya lo habrían emprendido otros. ¿Cuántos nobles ingleses no desearían ser príncipes en el Indostán?

—No tienen bastante fantasía para imaginarlo, contesté yo en tono seguro, sin contar con que los ingleses desdeñan el cruzarse con razas exóticas. Nosotros los latinos carecemos de tales preocupaciones. Si no nos agradan las negras de color muy subido, es por simples razones de estética. Las hindúes son de raza blanca, un tanto quemaditas por el sol, cuando proceden de las abrazadas llanuras del Ganges, pero las del Himalaya... Esas son de buen color... Me caso con la princesa... ¿Cómo diablos se llamará?... ¿No tiene Ud. otras objeciones? Reasumo entonces... Le ofrezco un paseo a la India, con el mismo sueldo que ahora goza, y con la esperanza de mejorar de suerte... ¿Rehusa Ud?

—Si rehusara, sería yo el loco, repuso aquel Sancho Panza anglo sajón.

III

En Kingston, isla de la Jamaica, comenzaron nuestras aventuras. Nos quedamos allí de un vapor para otro. Era necesario encontrar a nuestro profesor de lenguas: los habitantes del Himalaya eran gran rara vez, y la empresa era más difícil de lo que al principio había parecido. Nos dijeron por último en la oficina de contrataciones de coolíes, que una partida de cachemiranos había sido tomada el año anterior, por un plantador de plátanos.

Me entendí sin dificultad con el susodicho plantador. El negocio de los cachemiranos le había resultado malo.

—Son de clima frío, me dijo, y no resisten el trabajo en estas tierras calientes... Tome Ud. el que guste: lo cederé al precio de compra... quince libras y doce peniques.

Sea dicho, entre paréntesis, que los contratos de coolíes se transpasan ni más ni menos que una acción al portador. Los empresarios los toman en la India por un determinado número de años, principalmente en épocas de hambruna, y en seguida trafican con ellos, como antes se hacía con los verdaderos esclavos.

Pero se presentó un nuevo obstáculo.

—¿Hablan el inglés? pregunté al plantador.

—Sólo uno de ellos.

—Que venga, dije.

Era un indio sucio y mal oliente, oriundo de Sultanpur, en el Kángara. Hablaba el inglés con bastante corrección, pero me pareció difícil que lo aceptaran de pasajero en el vapor, ni siquiera en segunda. Quedamos en que Mr. Green y yo tomaríamos nuestras lecciones de cachemirano en el recinto de los emigrantes.

Pero no sólo aprendí el cachemirano de labios de ese individuo, sino otros muchos detalles que me dejaron bastante perplejo.

Aquel indio infeliz era de la casta de los brahamanes, y pronto noté que me miraba con infinito desprecio. Creía faltar a su religión con el hecho de rozarse

—Me entendí sin dificultad con el plantador de plátano...

conmigo, aún en su calidad de preceptor.

—Si esto me pasa, decía yo, con un desventurado coolí, no es nada lo que se me espera cuando pretenda casarme con la princesa de Krisnagar.

No comuniqué estos temores a Mr. Green, para no desalentarlo; pero el so-

carrón del gringo, seguramente tenía ya formada su opinión sobre el particular, aunque tampoco me dijo una palabra, para no perder quizás en forma prematura, su empleo de escudero y secretario del futuro príncipe consorte de Krisnagar.

¿Qué perdíamos al fin y al cabo con seguir navegando hacia la India? Mientras a ello se redujeran nuestras hazañas, bien podríamos seguir representando, sin mayor inconveniente, el papel de hombres cuerdos.

Mi secretario y yo no perdíamos, entre tanto, ocasión alguna para imponernos de las particularidades del país a donde íbamos...

En Southampton cambiamos de vapor, embarcándonos en el "Nubia", magnífico transatlántico de doce mil toneladas, que hacía la carrera hasta Bombay, con escala en Malta, Brindisi y Aden.

—Estamos ya casi, dijo Mr. Green, sobre el terreno de nuestras operaciones.

—¿Aquí? ¿En este vapor? preguntó embobado, el profesor de Gimnasia.

—Por cierto, repuse, dando alas a toda la fantasía dialéctica de mi temperamento latino. Si algún hombre llegara a saber las relaciones y aprovechamiento de todos aquellos de sus semejantes con quienes se encuentra en contacto, lograría en poco tiempo dominar todos los acontecimientos. Esta ciencia es muy difícil cuando se vive en medio de una población numerosa, pero en un vapor, el problema se simplifica. Procedamos, pues, con método. Estamos a 11 de Marzo... El 19 tocaremos en Malta, el 21 en Brindisi y el 25 en Port Said. Son dos semanas en que sembraremos, para cosechar en la última parte de nuestro viaje entre el canal de Suez y Bombay, a donde llegaremos el 6 de Abril.

—¿Qué siembras y cosechas son esas? preguntó Mr. Green, que entendía poco de metáforas.

—Voy a explicárselo, continué. Antes de llegar a Malta, por ejemplo, es necesario que Ud. o yo, o ambos, hayamos conversado siquiera sea media hora, con cada uno de los pasajeros del vapor. Ellos no son muchos, pues es en Brindisi donde se embarcan por lo regular las personas que se dirigen a la India. Despachemos, pues, primero a éstos, para poder dedicarnos después a los que suban en Brindisi.

—No comprendo el objeto...

—Eso es lo de menos, aténgase por de pronto a la obediencia pasiva, contesté con humos de rajah...

Dicho se está que para el caso Mr. Green no servía gran cosa. Tuve, pues, que atenerme a mis propios resultados. El segundo día de navegación, tenía ya trazado un cuadro estadístico de los pasajeros del Nubia.

Eran 75, a saber: 21 hombres, 16 mujeres y 8 niños menores de 15 años. De los 75, 42 iban a la India por vez primera: 18 en calidad de turistas; 14 como funcionarios de Gobierno, como agentes viajeros de comercio o empleados particulares. Ninguno de los 42 era persona de nota o situación, y los que sabían más de la India éramos precisamente Mr. Green y yo. Los 33 pasajeros que conocían la India, se distribuían así:

Lord Remington, residente británico en Bahawalpur, señora, cuñada, secretario e institutriz con tres niños. Ese gringo parecía no ser de beneficio.

Mr. Joseph Douglas, Mr. William Panckunt y Mr. Peter Mac-Donald, abogados en Calcutta, impertérritos jugadores de bridge.

Siete empleados de comercio, residentes en Bombay y Calcutta, con más cinco personas de sus respectivas familias.

El capitán Phillips y los tenientes Evans, Robinson, Mac-Carthy, Jhonson y Bass, de la guarnición de Delhi, con cuatro personas de familia.

Estos militares, eran entre todos los pasajeros del Nubia, los que mejor parecían conocer el Indostán... Intimé sobre todo con Mr. Lawrence Phillips, hermano del mencionado capitán. Era un mozo rico, de unos treinta años, gran consumidor de whisky, amigo de sus comodidades y poco más o menos bueno para nada.

No olvidé en mis conversaciones con Mr. Phillips, nuestra condición de hombres sensatos. Así tuve cuidado de no aludir al objeto que me llevaba a la India.

El inglés conocía el norte de la India casi palmo a palmo. Hablaba con desenvoltura de sus excursiones por Cachemira, el Nepal, y veinte otros rinconcillos de la región... Una cosa me chocó sin em-

—No, señor, voy a la India por primera vez...

bargo: en sus largas relaciones, jamás mencionaba a Krisnagar.

Un día me atreví a preguntarle si conocía aquel principado. O fué mera aprensión mía, o en realidad Mr. Phillips se turbó.

—Conozco varios Krisnagar, repuso después de pensar un momento... Ese nombre es frecuente en la India... A menos que Ud. se refiera a Srinagar, capital del reino de Cachemira.

—No, señor, le dije... Creí que había un principado de ese nombre al N. O. de Delhi, en las montañas... más arriba de Sultanpur.

—Ah... ¡Sí!... contestó como quien cae en la cuenta. Ahora que recuerdo, Ud. tiene razón... No vale la pena...

Esa noche aïrmé a Mr. Green que tenía a bordo un rival.

—Mr. Phillips, junior, le dije, va a la India con el mismo objeto que nosotros y nos lleva una ventaja... Conoce mejor el terreno que pisa.

—¿Cree Ud. que haya tantos locos en el mundo? me preguntó Mr. Green.

—Existen por lo menos dos, afirmé con convicción, Mr. Phillips y este su seguro servidor.

En Brindisi subieron a bordo muchos pasajeros, pero no tuve tiempo de examinarlos a todos, porque uno de ellos llamó particularmente mi atención.

Era un joven morenito de fisonomía simpática, que llevado de una monomanía frecuente entre los meridionales, vestía al gusto inglés en forma exagerada. Traje de cuadros, sombrero "cucalón", polainas blancas, pantalones doblados y cigarrillos egipcios... ¡Un gringo de agua dulce!...

No está de más agregar que el nuevo personaje, parecía muy capaz de derrotar a Mr. Lawrence Phillips, frente a una botella de whisky.

La noche de nuestra salida de Brindisi, mi compañero y yo bajamos a jugar "un cacho" a la cantina. Cuando estábamos sólos, soliamos echar algunas frases en cachemirano, para ir soltándonos en la pronunciación... Junto a nuestra mesa, el joven morenito, despachaba un vaso grande de whisky con sifón.

Al dirigirme a mi camarote, el desconocido me alcanzó.

—Perdone Ud. que le haga una pregunta, me dijo en excelente inglés... ¿Ha estado Ud. en el Himalaya?

—No señor, le repuse... Voy a la India por vez primera...

—¿Viene Ud. de Londres?

—Tampoco conozco a Londres, le repuse... Soy de la América del Sur, y sólo he tomado pié en Southampton, para cambiar de vapor.

La sorpresa de mi interlocutor fué extremada. ¿No es inverosímil, sobre todo para un inglés, que alguien llegue a tres horas de Londres, sin tomarse el trabajo de asomarse por la gran metrópoli? Comprendí, sin embargo, que mi respuesta le había agradado..

—¿Quiere Ud., me dijo, que vamos a vaciar un par de copas de whisky?

Accedí... y media hora más tarde mi nuevo amigo sabía de mi viaje todo cuanto de ello podía referirse, sin que se dudara de mi juicio... Dicho se está que no mencioné a Krisnagar ni a su princesa.

—¿De modo, preguntó el desconocido, que Ud. va de caza? Lo felicito... Acaso yo pueda prestarle por allá algún servicio: voy a presentarme... soy el rajah de Garhwall...

Me incliné casi hasta el suelo...

—Es para mí una honra, balbuceé, el ponerme incondicionalmente al servicio de su alteza...

El indio se sonrió.

—Dejemos las altezas por ahora, observó melancólicamente... Ahora yo no soy el rajah de Garhwall, sino un simple viajero a bordo del "Nubia". Los filósofos de mi país creen en la transmigración de las almas... El que hoy es príncipe, mañana puede ser esclavo, cooli o maestro de escuela, sino ha de convertirse en perro o en serpiente de cascabel para castigo de sus pecados... Esa doctrina es la mía y la practico... Sin morir, llevo dos vidas... Una de príncipe asiático, y la otra de simple particular europeo... Vivir sólo una vida no vale la pena... y ahora no soy rajah... Si le he hecho tal confidencia, si me he presentado bajo otro nombre que el que ahora me corresponde, tengo mis razones para ello... Ud. parece un "gentleman", pero no es inglés... ¿Es Ud. rico?... ¿No?... Tanto mejor... Así le será de más precio la recompensa que yo pueda darle... Por ahora, sólo le suplico una cosa... No descubra ante nadie mi verdadera personalidad... Le juro que no se arrepentirá de ello... Si bien creo que ya hay a bordo quien la conoce....

—¿Quién?...

—Mr. Lauwrence Phillips... Que no nos vea juntos... El 15 le convido a almorzar en un gabinete reservado del Hotel Easton Echange, en Port Said..... Adiós Mr. Francisco Muñoz... No sabe Ud. cuánta necesidad tenía yo de un europeo, que no fuera inglés y hablara el lenguaje del Himalaya occidental...

Me retiré a mi camarote pensando que era verdad lo que sin mucha fe enseñara yo en otro tiempo en el colegio de Mr. Mac-Gregor... "Ningún conocimiento es inútil".

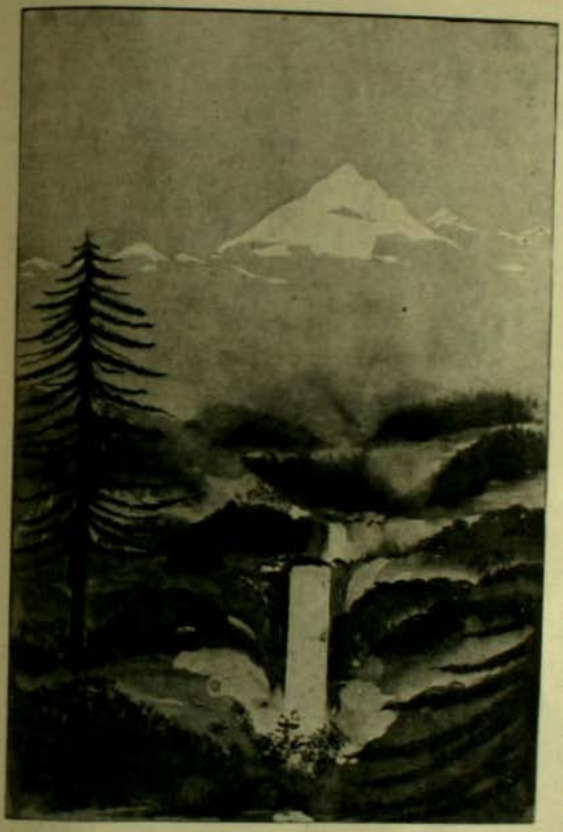
IV

El 25 llegamos bastante temprano a Port Said. El Nubia debía detenerse allí por algunas horas para hacer carbón. A la hora convenida, el rajah de Garhwall y yo nos encontrábamos en el Hotel Easton

Exchange, cuyo espléndido verandah, se abre sobre la magnífica avenida que hasta hoy lleva el nombre de Eugenia, la hermosa y desventurada emperatriz que fué de los franceses.

—Podemos almorzar aquí, me dijo el enigmático hindú. Mr. Lawrence Philips está invitado en casa del cónsul británico y no hay temor de que nos interrumpa.

Al sentarme a la mesa con aquel potentado del Himalaya, en ese magnífico hotel del Oriente, no pude menos de pensar en la sorprendente manera cómo iban escalonándose las aventuras en mi vida. Algunos meses atrás, profesor de matemáticas en el colegio de Mr. Mac-Gregor... la semana anterior turista pobre en viaje a la India... y ahora amigo, quizás confidente de una especie de nawab.



...Cubiertas de colosales selvas de pinos y coronadas por nieves eternas

—Contésteme Ud. una pregunta, me dijo el rajah interrumpiendo mis meditaciones... Su país... la América... ¿Pertenece a la Rusia?..... ¿No es verdad?

—A la Rusia!... exclamé sorprendido... No, señor, los rusos no tienen colonias en América... Somos independientes de toda potencia extranjera, añadí con cierto orgullo.

—De modo, observó el príncipe con expresión pensativa, que Ud. no tiene motivo alguno especial para aborrecer a los rusos... ¡Qué contratiempo!...

—Ni para aborrecerlos ni tampoco para amarlos, dije.... Me son indiferentes... Pero si S. A. busca alguien que odie a los rusos, aquí a bordo no faltarán... Esos anglo-indios, por ejemplos.

—No me sirven los súbditos ingleses, balbuceó el rajah.... Ud. si acaso... Al fin de cuentas... Ud. es independiente, y no tiene por qué no emprender una aventura honrosa, que sabré recompensar espléndidamente.... Se trata de una especie de misión diplomática, y la diplomacia me está prohibida... La Inglaterra no sólo tiene el manejo exclusivo de las relaciones exteriores de la India, sino que nos impide intervenir en los negocios de los otros principados. Pero en este caso hay algo que puede más en mí que el respeto a las leyes del Imperio....

Como Ud. sabe, nuestros estados del Himalaya, son en la India los que conservan una mayor suma de independencia... Estamos sujetos al régimen aduanero del Imperio y pagamos un pequeño tributo... Por lo demás, somos dueños... de nuestra propia casa, y siempre que no asomemos fuera de ella la cabeza.

La Inglaterra nos guarda tales consideraciones, que mi reino de Garhwall, por ejemplo, sólo paga quinientas rupias de tributo... En cambio, nos garantiza la tranquilidad y casi puede decirse la existencia... ¿Por qué?... Porque sabe que, dada nuestra situación vecina al imperio de los rusos, el oro moscovita y las soli-

citaciones de San Petersburgo, podrían hacer vacilar nuestra fidelidad, si la dominación inglesa no nos ofreciera muchísimas ventajas... Esto es lo que no comprenden algunos ingleses ignorantes. Traigo en mi camarote el libro de un imbécil, de un tal Scott, que lamenta la independencia de Krisnagar, un hermoso estado de las montañas, donde reina mi hermana menor...

Tuve el heroísmo de permanecer sereno... Almorzaba con mi futuro cuñado.

—Pues bien, continuó el rajah... la misión que voy a confiarle se refiere precisamente a Krisnagar... El oro ruso está allí haciendo estragos. Los agentes moscovitas se han ido apoderando, poco a poco, de los cuatro o cinco personajes más poderosos de aquel país pobre e ignorante... Estos hostilizan a la población, la agobian de impuestos y ejercen en todo sentido la más insoportable tiranía... todo a nombre de la soberana legítima, tras de la cual sus desventurados súbditos divisan el formidable poder de la Inglaterra, que la ampararía infaliblemente contra cualquiera tentativa de rebelión... ¿Comprende Ud...? El nombre de Eduardo VII es en Krisnagar maldito... Si la Rusia mañana invadiera el Indostán, sería por la puerta de Krisnagar, y la independencia que a nosotros nos queda, perecería con la dominación de Inglaterra... Es lo que quiero evitar... Para ello he ido a Londres y me he puesto al habla con el Ministro de la India... ¿Sabe Ud con qué resultado?... Me han dicho que mi deber era no mezclarme en estas cosas... Pero me mezclaré... Están de por medio mi hermana y su reino...

—Pero, ¿cómo salvarla, a pesar suyo?... pregunté.

—He formado muchos planes, que he debido ir abandonando los unos después de los otros, dijo el príncipe. La pobre vive como una esclava en su palacio... Nadie tiene a ella acceso sino sus privados y opresores... La Inglaterra no quiere mezclarse en el gobierno interior del principado... ¿Y qué puede pensar una niña de pocos años, que no conoce del mundo, sino la monotonía de su Corte enclaustrada... que no oye sino a sus enemigos... Ah, señor!... Yo sé que su vida es feliz en medio de la miseria de su pueblo y de los peligros que la rodean... Yo he querido comunicarme con ella... Antes de mi viaje a Inglaterra mandé allá tres emisarios secretos... el uno después del otro... Ninguno ha vuelto... Ud. va a ser el cuarto...

Me estremecí... ¡Qué inauditos peligros, qué horrorosos tormentos me esperaban acaso en esa aventura!... Estuve a punto de declinar el honor de tamaña empresa... pero, ¿no era acaso ponerme en ridículo ante mí mismo, el abandonar mis sueños, porque había riesgos que correr? ¿No era yo acaso un caballero andante de los tiempos presentes?

Con todo, en mi rostro debió pintarse la sorpresa, si no el espanto.

—No pase Ud. cuidado, dijo el rajah. Yo no le pido que se comprometa a cosas mayores. Ud. pensaba cazar en el Himalaya... ¿No es así? Pues para el caso tanto da el valle de Krisnagar como otro cualquiera. Llega Ud. allí como turista y en un rato desocupado, si le parecen realizables mis instrucciones, las ejecuta... Júreme antes por lo más sagrado que esto quedará secreto entre los dos...

—Se lo juro por Dios y por mi patria, dije con solemnidad.

El príncipe se inclinó sobre mi oído y con voz entrecortada por la emoción, me confió el misterioso plan que yo debía realizar.

V

El valle de Krisnagar se abre a dos mil metros sobre el nivel del mar. Rodéanlo por todos sus costados cordilleras gigantescas cubiertas de colosales selvas de pinos y coronadas por nieves eternas: Un pequeño río se desliza mansamente por entre amenísimos campos cultivados, para descender en seguida por entre horribles gargantas hacia la abrasada llanura que riega el Ganges. Es un Chamounix del Himalaya construído en gigantescas proporciones. Lo defienden del resto del mundo los desfiladeros más ásperos y las montañas más escarpadas de la tierra.

Mr. Green y yo hicimos el viaje en palanquines. Componían nuestra escolta veinte coolíes cobardes y raquíticos, contratados en Bombay. No llevábamos más armas que nuestros fusiles de caza. Tal era el deseo expreso manifestado por el

rajah de Garhwall: no convenía infundir sospechas.

En Krisnagar nos dió alojamiento un pobre mercader cachemirano, cuya casa desde una pequeña eminencia dominaba todo el valle. A nuestros pies se extendía el pobre pueblecito, capital del principado: pocos palacios, y muchas chozas miserables, medio ocultas entre la verdura: tal era Krisnagar.

El palacio de la princesa evocaba, al menos a lo lejos, esas maravillosas residencias de las Mil y una Noches. Rodeábalo un vasto jardín cercado por altas murallas. Era como una morada del misterio... La princesa no se dejaba ver jamás de sus súbditos. Hacía largos años que allí vivía, completamente aislada del resto del mundo: entre ella y su pueblo se alzaba la codicia y la desconfianza de sus visires... Su vida transcurría allí en ese jardín de delicias y de olvido, en la feliz ignorancia de las miserias de sus súbditos, y de las pasiones y los dramas de la vida.

Contemplando ese jardín misterioso, ese palacio inaccesible, mi imaginación se exaltaba. Me parecía encontrarme frente de uno de esos encantos de que nos hablan los cuentos de hadas, lejos muy lejos, de las banalidades del mundo. La calma solitaria de aquel valle agreste, coronado por obscuras selvas, era la decoración fantástica de la extraordinaria aventura.

...Tuve el heroísmo de permanecer impasible...

Algunas semanas transcurrieron. Mr. Green, yo y Ali-Ramah, un árabe que el rajah de Garhwall pusiera a mi servicio en Aden, recorríamos tarde y mañana, los campos y la selva en busca de caza. Si-

guiendo las instrucciones impartidas, yo procurba aparecer del todo indeferente acerca de Krisnagar y sus habitantes.

A ratos me imaginaba notar en el rostro de Mr. Green ciertos gestos irónicos. Una tarde, mientras paseábamos juntos por la pradera, me abordó:

—¿Y la princesa?... dijo. ¿Cómo va esa aventura?

Debí sonrojarme un poco.

—Ya llegará el tiempo, le repuse con sequedad.

—Pues yo, continuó el profesor de gimnástica, no lo veo venir, ni siquiera, y por más que lo pienso, puedo imaginarme cómo logrará Ud. ver a esa princesa encantada. En los libros de caballerías siempre hay un mago que facilita el camino de tales aventuras... pero ahora ya no hay magos, ni hadas, ni genios, ni nada de esas cosas utilísimas en casos como el presente...

—Se equivoca Ud. Mr. Green, contesté muy serio... No tengo uno sino varios genios a mi disposición... Aguarde Ud. un poco.

Mr. Green se sonrió.

Al día siguiente de esta conversación, me dirigía sólo por un sendero salvaje de la montaña, cuando me topé con una vieja arrugada y harapienta que parecía tener más de cien años: tal era su decrepitud. Aquel ser extraño me detuvo con un gesto de misterio...

—Oyeme *sungú* (hombre noble), murmuró con voz casi imperceptible.... Tengo para tí noticias del rajah de Garhwall.

Tuve el heroismo de permanecer impasible. Entre mis instrucciones figuraba la de no confiarme de persona viviente mientras permaneciera en Krisnagar.

—Te lo repito, continuó la vieja, el rajah de Garhwall me envía.

Aparenté sorprenderme...

—¿Y quién es? pregunté... No conozco a ese rajah, ni comprendo qué pueda querer de mí...

La vieja fijó en mí sus penetrantes ojos de harpía.

—Entonces, balbuceó, ¿a qué vienes a Krisnagar? ¿Por qu permaneces aquí?... Un *sungú* poco tiene que esperar de nuestra miseria...

—Debes estar loca, madrecita, la dije riendo... Dime tú qué relación puede haber entre Krinsnagar, mi viaje, y ese rajah de que hablas...

—¿Pero a qué haz venido, entonces?...

—Curiosas son las mujeres... Vengo a cazar las bestias del bosque para llevar sus pieles a mi país, donde las pagarán a precio de oro, y vengo, también, si puedo, a ganar algunas monedas, mostrando a los habitantes de Krisnagar los juegos con que se deleitan los *sungús* más allá de los mares... Vas a presenciarlos en las fiestas de la diosa Siva...

—¿Eres juglar?...

—Soy un juglar, pero no como los de la India... Mis prodigios exceden en mucho, a los del más sabio fakir... Los verás, madrecita...

—Krisna proteja al *sungú*, exclamó la vieja, desapareciendo entre la espesura.

Aquella noche despachábamos Mr. Green y yo nuestra frugal comida, cuando el huésped vino a anunciarme que el "Kafna" (alto empleado de palacio), deseaba verme.

Nunca en la vida he tenido más miedo. Tampoco jamás he estado delante de un hombre de aspecto más soberbio ni de más torvo mirar...

—Dícenme que eres juglar, me preguntó sin más trámite.

Lo comprendí todo: la vieja era, como lo había temido, un espía del palacio.

—Gano mi pan, contesté, exhibiendo algunas maravillas de Occidente, y cazando en los lejanos bosques de la India, pero los habitantes de Krisnagar son demasiado pobres para pagar un juglar de mi especie... Llevaré mis maravilas al reino de Cachemira... sin embargo, ya que estoy aquí, puedo, si me lo permiten, ofrecer un espectáculo al pueblo, en las fiestas de la diosa Siva...

—¿Qué espectáculo sería ese? preguntó el Kafna, frunciendo el entrecejo...

—La representación de la vida por medio de la luz sobre un pedazo de tela...

El Kafna reflexionó un momento.

—Te lo permitiré, dijo al fin, pero después que yo haya visto ese portento...

. . . . . .

Las fiestas de la diosa Siva fueron, en efecto, solemnizadas con una exhibición de biógrafo al aire libre. El Kafna estaba maravillado, pero nos vigiló muy de

cerca. Era increíble la desconfianza de esas gentes. Las vistas, elegidas por el rajah de Garhwall, encantaron a la muchedumbre y a los pocos funcionarios de palacio que acudieron a la fiesta.

Exhibí un viaje a la luna, el misterio de la tigre de Delhi, y otros dramas maravillosos. Nunca habían visto nada semejante.

El Kafna fué a verme al día siguiete.

—Extranjero, me dijo, esta noche van a ser exhibidos tus portentos en palacio. La princesa lo quiere, y nuestro deber como súbditos es procurarle toda clase de placeres en la vida... Tengo sí que advertirte una cosa... Las leyes del reino vedan a un extranjero la entrada en el recinto sagrado donde mora nuestra soberana; ni ella debe hollar con sus pies de azucena, el suelo impuro que mancilla la turba... Vas a enseñarme el manejo de tu misteriosa máquina...

...Mientras el Kafna marchaba hacia palacio llevándose mi biógrafo

. . . . . .

Aquella noche, mientras el Kafna, marchaba hacia palacio, llevándome mi biógrafo, Mr. Green me llamó aparte.

—Se ha Ud. lucido, me dijo sonriendo, con su habitual ironía. Ud. pensaba penetrar allí dentro por medio de su biógrafo, y he aquí que el biógrafo penetra sin Ud... ¿Qué le parece?... ¿Hacemos las maletas?

—De aquí a tres días, le dije... Cuando nos vayamos con la princesa.

En el rostro de Mr. Green se pintó el estupor.

—Pero qué falta de comprensión es la suya... continué... ¿Ud. daba importancia al pequeño detaalle de que yo entrase o no en palacio?... Merecía que le hicieran a Ud. Kafna de Krisnagar...

—¿Pero entonces?...

—Entonces... ¿No ha comprendido Ud. que es el biógrafo quien va a decir a la princesa todo lo que debe saber?

—¿Pero cómo?...

—Voy a satisfacer su curiosidad, querido profesor... El rajah de Garhwall, hermano mayor de esa pobre niña, tiene sobre ella por la ley indú todo el sagrado poder de un padre... Ella está obligada a obedecerle en todo... Pero, hasta ahora, le ha sido imposible ejercer tal autoridad.... La princesa vive secuestrada por esos bandidos, y él no puede venir aquí, porque la Inglaterra se lo prohibe... Por eso sus órdenes las recibirá por medio del biógrafo...

—Pero los bandidos aquellos serán los primeros en imponerse de todo... Huyamos, amigo mío... De otra manera no veremos la luz del día de mañana

—No sea Ud. tonto, Mr. Green... Mi amigo el rajah de Garhwall y yo sabemos lo que estamos haciendo. Se exhibe en estos momentos en palacio el cuento persa titulado "El Cofre Misterioso"... Las leyendas de ese cuento están todas escritas en árabe: la princesa fué educada por una nodriza que le enseñó a leer secretamente el alcorán en árabe... Ella sóla conoce ese idioma en Krisnagar... No necesito decirle que esas leyendas nada tienen que ver con el cuento del cofre... Ellas contienen todo lo necesario... Estése Ud. tranquilo Mr. Green, y confíe en su amigo...

VI

Al día siguiente, muy de mañana, el Kafna trajo de vuelta el biógrafo.

—La princesa está encantada, me dijo... y es una orden suya la que traigo... Una orden... ¿Lo entiendes? Cualquiera desobediencia puede costarte muy caro.

—¿De qué orden se trata?...

—La princesa desea conocer las otras maravillas que tú posees... Desde anoche no le abandona ese pensamiento.

—La princesa será complacida, contesté, inclinándome hasta el suelo, pero necesito de vuestro auxilio: voy a elevarme en los aires mediante una máquina prodigiosa... Pueden también acompañarme en estas ascensiones cuantos quieran gozar del más hermoso espectáculo que puede contemplar la mirada del hombre...

—¿Y para qué necesitas de mi auxilio? preguntó el Kafna.

—Me hacen falta algunos ingredientes para dar vida a mi máquina, dije... Debo ir a comprarlos a Delhi...

En el rostro del Kafna se pintó nuevamente la desconfianza.

—Dime qué ingredientes son esos, dijo...

—Zinc en polvo y ácido sulfúrico, contesté.

—Dime qué cantidad necesitas de esos simples, y enviaré a buscarlos... Tú no debes moverte de aquí... Eres nuestro prisionero en tanto que no cumplas lo prometido...

. . . . . .

Quince días transcurrieron. Cierta tarde, por fin, una larga récua de mulas penetró por las calles de Krisnagar... Todo estaba ya listo para el experimento.

A la hora de comer, no pude resistir al deseo de embromar un poco a Mr. Green.

—Ud. no creía en mis genios, pero ahora, ¿qué le parece? Uno de ellos, el biógrafo, supo penetrar las inaccesibles murallas de ese palacio misterioso... El otro es un genio más gigantesco que cuantos figuran en los más estupendos cuentos orientales, y sin embargo, cabe ahora en ese baúl que Ud. ve en el rincón...

¿Ha leído Ud. en las Mil y una Noches, la historia del príncipe Firuz Kan y del caballo del Indio? ¿Sí?... Recordará entonces cómo fué robada la princesa de Bengala, de manos de su tirano el sultán de Cachemira, por medio de un caballo que volaba... Lo mismo vamos a hacer ahora nosotros.

—¿Tiene Ud. un caballo como ese, Mr. Muñoz?...

—Precisamente... Pero es de seda y de forma esférica... Se trata de un globo... La princesa subirá en él con nosotros... Así se lo ha ordenado su hermano, en una de las películas del biógrafo... Pero... ¡Dios mío!... ¡Estamos perdidos!...

Al través de la ventana acababa de divisar, caballero en una mula, y seguido por un par de criados, al casi olvidado, Mr. Lawrence Phillips, el terrible espía del Gobierno británico, a quien encontrara antes a bordo del Nubia.

Pasó felizmente de largo y sin vernos.. Oculto entre las persianas del verandah vi que se detenía en otra casa del pueblo, a unos cincuenta metros de la que nosotros habitábamos.

No pude pegar los ojos en toda la noche. ¿Qué hacer? El recién venido iba a tener luego noticias de nuestras maniobras, y seguramente, si no descubría nuestros planes, por lo menos podía infundir sospechas a los guardianes de la princesa.

La idea de secuestrarle cruzó un instante por mi cerebro, pero, ¿cómo?... Era necesario obrar con mucha rapidez... Al día siguiente podía ser tarde.

Amanecía ya, y comenzaba a quedarme transpuesto, cuando me despertaron confusos rumores que venían de la calle. Las gentes corrían en dirección de la casa en que la tarde anterior descendiera Mr. Phillips.

No necesité preguntar la causa de semejante tumulto. Hacia mí vino corriendo un indio de tez bronceada y miembros esqueléticos... un habitante sin duda de las calcinadas llanuras del Pendjab.

—¿Mr. Muñoz? preguntó en inglés.

Contesté con un signo afirmativo.

—Mr. Lawrence Phillips, continuó balbuciente el indio, ha muerto anoche, mordido por una serpiente cobra... Tome Ud. esta carta y que nadie nos vea juntos...

Y dejándome helado por el estupor, corrió a mezclarse entre la muchedumbre...

Una vez en mi habitación, abrí la carta. Contenía sólo estas cortas líneas:

"El rajah de Garhwall vela incesantemente por su audaz enviado y por el éxito de su empresa... Cuando leáis estas líneas, el que pudo estorbarla habrá muerto, víctima del veneno de Siva, la diosa de las venganzas justas."

Parecíame que eran mis propias manos las que se teñían en la sangre del infeliz espía británico, cuyo cuerpo, para siempre rígido, reposaba a cincuenta metros de mi habitación...

Tuve un momento de vacilación... Por mi mente cruzó la idea de huir fuera de ese mundo de venganzas implacables... El asesinato era ya mi cómplice...

Pero luego pensé que estaba muy lejos del siglo XX, en la tierra del amor, de la guerra, de las caballerescas aventuras... Al fin yo no había muerto a M. Lawrence.

—El dado está tirado, murmuré con un resto de energía heroica.

. . . . . .

No sin dificultad consintió el Kafna en que los preparativos de la ascensión se verificaran en el jardín del palacio. Sólo nos permitieron penetrar al sagrado recinto, a Mr. Green y a mí... Nos vigilaban a todas horas...

El espectáculo tuvo lugar al caer de la tarde. Era la hora en que, según las instrucciones del rajah de Garhwall, el viento sopla del norte en las gargantas del Himalaya.

El lugar de la escena parecía un jardín de delicias. Hinchamos el globo sobre una verde pradera, rodeada de árboles colosales en una de cuyas extremidades se alzaba un kiosco primoroso. Tras de las persianas de ese kiosco, la princesa y sus damas presenciarían la anunciada maravilla.

Nuestro globo tenía sitio para cuatro personas, y era capaz de levantar cautivo una cuerda de doscientos cincuenta metros de largo. En el centro de la barquilla se alzaba una pequeña columna de forma extraña, erizada de manivelas y aparatos, cuyo uso sólo conocíamos el rajah de Garhwall y yo...

El gigantesco aparato se hinchó lentamente... la barquilla, aunque repleta de sacos de lastre, apenas podía ser mantenida junto al suelo por la fuerza de una docena de soldados... Cuatro servidores

...Parecía dibujada por un poeta oriental, en la embriaguez del hatchiz...

de palacio fueron destinados a manejar la enorme grúa, en la que se enrollaba la cuerda.

—Estamos listos, dije al Kafna, subiendo al aparato con Mr. Green... ¿Queréis acompañarnos?

Un relámpago brilló en los ojos del desconfiado personaje. La curiosidad pudo no obstante en él, más que el miedo.

Contestó afirmativamente, aunque temblando.

—Hay todavía sitio para una persona, agregué...

Una docena de cortesanos se adelanta-

ron hacia el globo.....

—Sube tú, Chaúk, dijo el Kafna...

Un mocetón alto y robusto, se encaramó a la barquilla.

El globo se elevó magestuosamente sobre el jardín... La ascensión era lenta, sujetos como estábamos por la cuerda.

Un maravilloso panorama se desplegaba bajo nuestra vista, como un plano, espléndidamente coloreado... Abajo el valle, el pueblo, el palacio, el parque, encuadrado todo en el marco de las gigantescas cordilleras.

Muy pronto el pavor de nuestros acompañantes, se transformó en admiración...

—En realidad, dijo el Kafna, todavía tembloroso, esta es la más estupenda maravilla que jamás haya contemplado el hombre.

La calma más completa reinaba en la atmósfera. Sólo allá, mucho más arriba, el presuroso correr de las nubes, anunciaba que en las altas regiones soplaba impetuoso el viento del norte...

La cuerda acabó por desarrollarse toda entera... Transcurrieron algunos minutos... Entonces, lentamente, el globo empezó a descender, arrastrado por la cuerda que los soldados enrollaban nuevamente en la grúa.

El grupo de cortesanos que presenciara nuestra partida, parecía un enjambre de moscas, posado sobre el césped de la pradera... Nos acercábamos a tierra... El Kafna, inclinado sobre la barandilla, miraba hacia abajo... De pronto vi dibujarse en su rostro un gesto de cólera y de sorpresa...

—¿Qué es esto, exclamó?... La princesa ha abandonado el kiosco...

Un grupo de mujeres, como enjambre de libélulas, corría por el verde césped en dirección al sitio donde íbamos a bajar. El Kafna y su acompañante no salían de su asombro.

.....

Al llegar a tierra pude contemplar por vez primera a la princesa de Krisnagar... Era una mujercita graciosa y delicada, de ojos negros, profundos, sombreados por espesas y crespas pestañas... Ojos como los de la diosa Kali... en forma de avellana... Aquella niña parecía dibujada por un poeta oriental, en la embriaguez que produce el hatchiz... Sueño y realidad, música, poesía y no carne....

—¡Princesa!... exclamó el Kafna, en tono de reconvención...

—No digas una palabra más Mawah, dijo la princesa con voz cristalina pero expresiva... Yo también deseo contemplar la tierra desde las alturas del cielo...

—Señora, balbuceó respetuosamente el Kafna... Ello es imposible... No puedo abandonaros a esos extranjeros... vuestra sagrada persona...

Un relámpago de cólera brilló en los negros ojos de la princesa.

—Sólo una cosa no puedes, esclavo, dijo, y es desobedecer a tu soberana... De tí mismo he aprendido que mi voluntad es la ley suprema de la tierra...

El espectáculo de esa frágil niña, que se juzgaba omnipotente, me hizo extremecer... Sentí el deseo irresistible de adorarla como a una diosa...

El Kafna bajó la cabeza...

—Vuestras órdenes serán obedecidas, balbuceó, pero permitiréis que os acompañe... Chaúk puede cederos su asiento...

—Sea, dijo la princesa... con completo dominio de sí misma.

Llegaba el instante supremo.. Los cuatro nos sentamos en la barquilla... La princesa tenía en frente al Kafna, y a su derecha a Mr. Green, y a mí a su izquierda... Su actitud era tranquila y sonriente... Al través de su boca entreabierta brillaban las perlas de su dentadura....

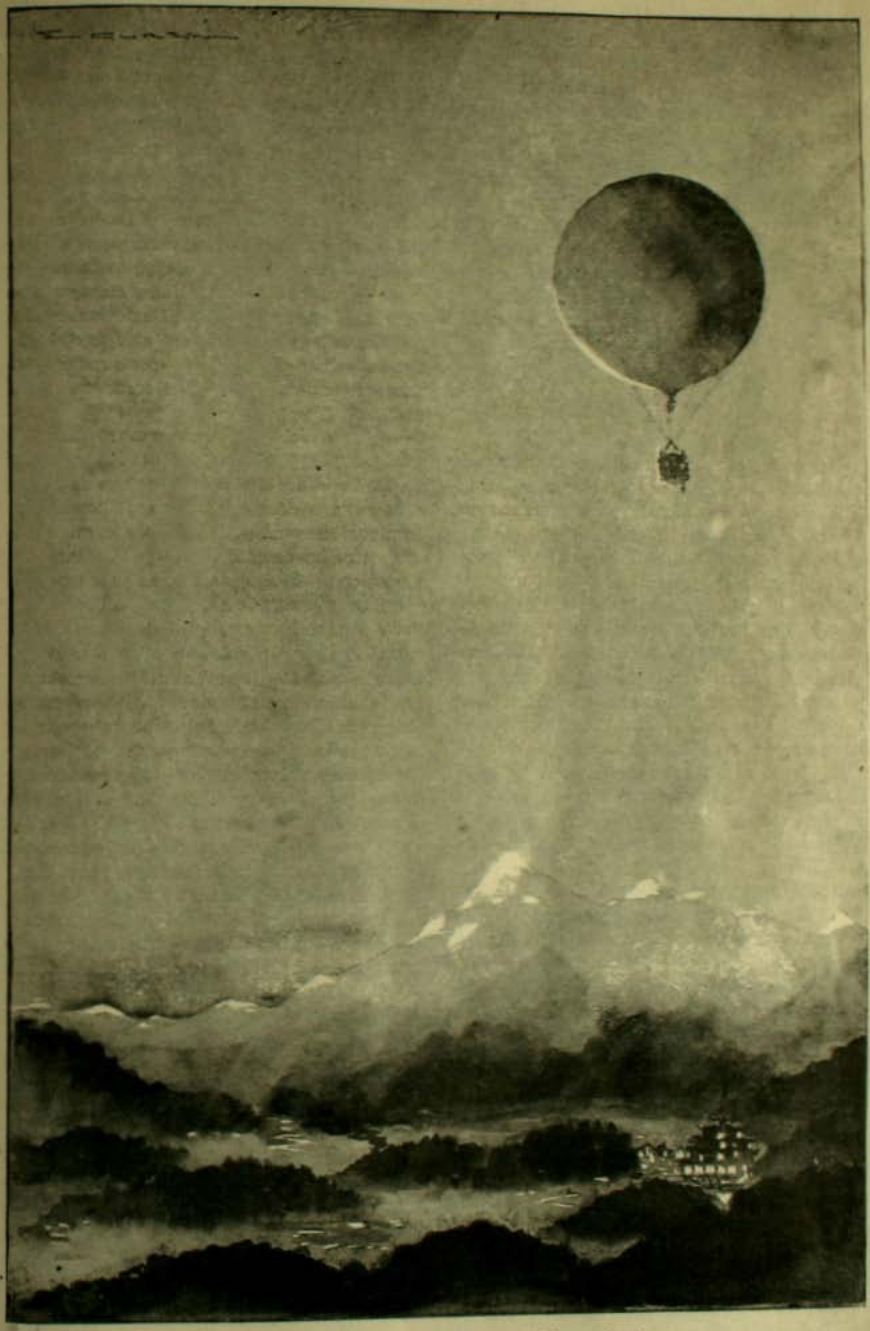
—¡Arriba!... ordenó con tanta majestad como si estuviera sentada en su trono...

La turba de los cortesanos nos contemplaba absorta... La cuerda comenzó a desarrollarse y el globo a subir con la misma lentitud que la vez primera...

El globo llegó al máximum de su altura... La princesa dirigía sus ojos soberanos y dorminadores por el expléndido panorama de que era dueña y señora; por esa tierra en que su nombre sólo se pronunciaba temblando, como el de una diosa temible y cruel... Ah! Cómo la habrían adorado esas pobres gentes, si entre ellas y ese angel bellísimo, no se alzaran las siniestras figuras de los tiranos que en su nombre las oprimían!!!

Mr. Green y yo no nos hicimos señal alguna.

—Ahora, cuado yo haga un movimien-



..Envuelta en la misteriosa luz del crepúsculo...

to, será el tiempo, le dije en español...

El Kafna no apartaba de mí sus ojos, pero no podía comprendernos...

Me incliné sobre un manubrio que sobresalía del extraño aparato colocado en el centro de la barquilla...

De pronto... el globo libre de las ligaduras que lo ataban a la tierra, partió como una flecha hacia las regiones del éter...

El Kafna lanzó un grito de terror...

—Las manos arriba, le grité... un solo movimiento y eres muerto...

Dos pistolas apuntaban a la frente del miserable.

VII

Algunos instantes después, el más soberbio de los tiranos de Krisnagar, yacía impotente, amarrado de pies y manos en el fondo de la barquilla...

El globo había subido a extraordinaria altura. Impulsado ahora por un viento impetuoso, bogaba sobre las selváticas cordilleras que limitan por el sur el valle de Krisnagar... El barómetro indicaba una altura de cuatro mil doscientos noventa metros... Caía la noche, el occidente se teñía de púrpura... allá tras de los elevados montes de la Cachemira, surgía la luna llena, gigantesca y rojiza...

Envuelta en la misteriosa luz del crepúsculo, la princesa aparecía como un ser fantástico, como un ángel del paraíso de las quimeras... Sus ojos purísimos, de intenso mirar, se iluminaban con enigmáticos resplandores... Por largo tiempo permaneció silenciosa, con la mirada fija en los arreboles del cielo...

—Creo haber soñado esto alguna vez, murmuró al fin en el suave idioma de su patria... ¡Brahma bendiga al libertador de Krisnagar! agregó en seguida...

Permanecí mudo... Mi lengua no encontraba las palabras.

La princesa parecía divagar en voz alta y melodiosa, como el canto de un ave...

—Me hablaron siempre de felicidad y del poder, decía; he visto a mi alrededor inclinarse a los hombres como esclavos... mis caprichos eran la ley, y nunca expresé un deseo que no fuera satisfecho... Los dioses habían creado para obedecerme y servirme los habitantes todos de ese reino de Krisnagar, que hasta ahora ha sido para mí el mundo entero... un mundo de que era la diosa y la dueña... ¿A dónde voy ahora, llamada por mi hermano, por el que es mi padre por ley de los hombres y de los reyes?.... ¿A dónde me arrastra este genio poderoso que dispone de la luz y de los vientos?...

—Señora, la dije conmovido, yo también soy vuestro esclavo... Os he arrancado de ese delicioso jardín que ocultó vuestra vida de la mirada y de las inclemencias del mundo... Nada sino vuestra felicidad me importa... Decid una palabra tan sólo y os devolveré al dulce rincón donde habéis conocido lo que muchos dudan que exista sobre la tierra: la felicidad...

—¡La felicidad!... murmuró la princesa... Me hablaron de ella... pero yo no la he conocido... Llamaban felicidad a la satisfacción de mis caprichos... a la dominación y al poder... Pero mi alma, sola entre los mortales, colocada a inmensa altura como la de una diosa, no ha podido palpitar regocijada... ¡La felicidad!... Para conocerla es preciso darla a los demás... vivir al lado de ellos... que el corazón palpite junto a otro corazón... La felicidad es el amor... Ahora lo he comprendido. Este dulce secreto me lo han enseñado las palabras de mi hermano, que envueltas en los fulgores de luz misteriosa, hizo penetrar hasta mi palacio un genio bienhechor... ¡Ah!... ¿Por qué no ha palpitado junto a mí el corazón de mi pueblo?... ¿Por qué me han temido y no me han amado?...

Con los ojos cubiertos de lágrimas, absorto y confundido, cogí la mano de la princesa, y la besé, como deben besarse las manos de las diosas...

Un rugido se escapó del fondo de la barquilla... En los ojos del Kafna brillaba un odio satánico... el furor de la rabia impotente...

—El castigo del mal, dije, es el espectáculo del bien...

La noche había cerrado... la luna brillaba en un cielo purísimo... Abajo aparecían las montañas envueltas en vagos cendales de brumas violáceas... Como sucede siempre en un globo que el viento arrastra en su propio impulso, a nuestro alrededor reinaba una calma absoluta.

—¡Qué bello y [illegible]é puro es el mundo,

lejos de la maldad de los hombres, dijo la princesa sollozando... ¿No existe acaso en la tierra un descanso como éste?...

—Señora, la repuse, aquí arriba como allá abajo, la vida es lucha, contraste, fuego y frescura, paz y guerra... Al cielo sereno sucede la tempestad, a la calma de los elementos, las nubes obscuras que exhalan el rayo... El amor y la lucha, son el drama constante de la existencia del hombre... La paz sólo existe en los anhelos de nuestro espíritu, insaciables aquí en la tierra...

—¿Y el amor? preguntó la princesa, como hablando con su propio corazón virginal...

—Más de uno para sufrir... más de uno para luchar... Eso es el amor... el único, el supremo consuelo de la vida... Los que aman ya no están sólos ante las crueles inclemencias de la naturaleza y de los hombres...

Los ojos de la princesa, fijos en un ideal, desconocido e invisible, parecían implorar..

—Amadme, protejedme... decía esa mirada...

. . . . . .

Largas horas transcurrieron entre el cielo azul y la tierra, envuelta en tenues vapores...

Abajo, los poderosos contrafuertes del gigantesco Himalaya, aglomeraban una sobre otra sus redondeadas cimas, vestidas de selvas obscuras, como una manada de bestias colosales... De pronto, allá hacia el sur, se perfiló una línea circular, armoniosa y pura como el horizonte del mar.

Eran las llanuras del Pendjab!... Era el país vasto y misterioso en donde irradió la vieja poesía y las confusas creencias de la India... ¡Cuántos dramas de amor y de sangre, habían representado los hombres en esa verde sábana, extensa y majestuosa como el océano!...

—¡La libertad!... ¡El amor! murmuró la princesa..

Amanecía... El horizonte del oriente dejaba adivinar albos resplandores: la luna se tornaba pálida...

El globo descendía, y desde las alturas de mi idilio inmortal, volví la mirada hacia la tierra, vagamente iluminada ya por los lejanos reflejos del sol que iba a surgir...

VIII

Mr. Green silencioso hasta entonces, respondió a mis pensamientos. Aquello fué como salir del mundo de los sueños.

—Estamos a cuatro mil metros de altura, dijo, después de consultar el barómetro.

Nos inclinamos sobre la carta, comparándola con aquel plano más vasto y coloreado que se extendía a nuestros pies...

—Hemos dejado muy atrás a Simla, dije, y si no me equivoco, aquel punto blanco frente a nosotros es Ambala, la principal estación de la línea férrea entre Delhi y Lahore... Ambala es también la llave de Simla.

. . . . . .

Así fué como salvé a la princesa de Krisnagar.

Sólo un punto de mi programa no se realizó..

Al llegar a la espléndida residencia del rajah de Garhwall, desapareció para siempre de mi vista la visión esplendorosa con quien realizara aquel fantástico viaje al país de la quimera, suspendido entre la tierra soñolienta y el cielo alumbrado por la luna.

Bajé al mundo, y sus realidades me parecen desde entonces rudas, monótonas, banales... pero no importa... basta haber vivido siquiera por un instante más alto que sus miserias.

Siembren las hadas de ventura los pasos en la tierra de la divina princesa de Krisnagar.

MIGUEL DE FUENZALIDA.

LOS TRIUNFOS DEL BIOGRAFO

Por

FEDERICO A. TALBOT

Autor de la "Pintura en acción, y cómo se produce"... "Cinematografía práctica y sus aplicaciones" etc. etc.

El biógrafo invasor.—Película en jira.—Solución del problema rural.—Reconstrucción de grandes batallas.—El trust de los éxitos.—"Atlantis" la película más importante hasta hoy producida.—El furor del sensacionalismo.—Los que se exponen a la muerte por el biógrafo.

Al fin el biógrafo ha triunfado por completo.. Su éxito indiscutible es aplastador, y, preciso es confesarlo, lo debe en gran parte a su verdadero mérito. Los escépticos se encuentran desconcertados, ante la perseverancia y los talentos desplegados por los grandes empresarios que dirigen esta nueva forma de divertir a la humanidad.

Estupendos han sido los progresos realizados en Inglaterra por el drama mudo, durante el año que acaba de transcurrir. Se han abierto nuevas salas de espectáculos, a razón de dos al día, por término medio.

En una sola sesión del Consejo Municipal de Londres, fueron aprobados los planos de diez nuevos teatros de esta índole, capaces de contener en conjunto 10,000 espectadores. En Manchester, sólo en una semana fueron terminados los arreglos de treinta salas nuevas, en los alrededores de la ciudad del algodón.

Actualmente, cuatro millones de personas asisten diariamente al biógrafo, en las Islas Británicas. ¿Cuándo espectáculo alguno ha logrado atraer así a un diez por ciento de la población día por día? El foot-ball mismo, que hace tanto furor durante su estación de ocho meses, se queda muy atrás. Los habitantes de Gran Bretaña, pagan anualmente quince millones de libras esterlinas a los empresarios de biógrafos, y de 350 personas que pasan por la calle, una a lo menos, vive del producto del popular espectáculo.

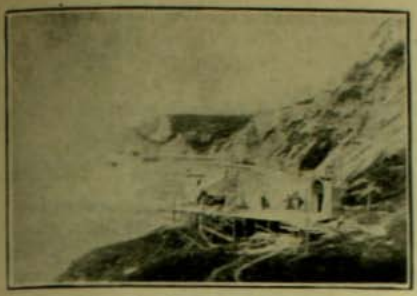
Con todo, la fiebre no presenta síntomas de decadencia. Se encuentran en estudio los proyectos de quinientos teatros más, para ser concluídos en los dos próximos años. Antes de una década ni la más insignificante aldea de Inglaterra, carecerá de sala de biógrafo.

Se ha dicho que una población de 250 habitantes ya no puede mantener una sala. Esto es un error. Los empresarios han encontrado medios que hacen posible el espectáculo aún para una pequeña comunidad. Las películas jiran de teatro en teatro; el programa se cambia todas las noches... Ello cuesta algún dinero, pero aumenta la clientela.

Debemos recordar que en las aldeas, las noches de invierno están privadas de todo pasatiempo. Así todo el mundo acude prácticamente al biógrafo.

El problema rural

El biógrafo va a revolucionar la vida en el campo, despojándola de uno de sus peores aspectos. La emigración de los aldeanos a las ciudades tendrá ahora menos atractivos. La mayoría de los obreros que huyen de la vida rural, no tendrían en las grandes poblaciones otra diversión que el biógrafo al alcance de su bolsillo. Llevándola al campo, ello puede corregir



Construcción del castillo de Elsinore para el "Hamlet" de Forbes Robertson

en parte, la creciente despoblación de los centros agrícolas.

En el último año se ha producido una alianza más estrecha entre el biógrafo y el arte dramático. Los artistas, seguros de su fuerza, comenzaron por despreciar al nuevo rival. Sostenían que la chispa de la dicción era tan indispensable para el éxito como la mímica.

Pero los escépticos no han visto confirmados sus pronósticos. Las grandes películas, cuya exhibición se prolonga por dos horas, sin fatigar al auditorio, sin necesidad de aburridos entreactos, y sobre todo barato, ha triunfado de tal suerte que muchos grandes actores han debido pasar del escenario a la pantalla blanca.

Películas en jira

Los Estados Unidos acaban de dar el ejemplo de un nuevo método de explotar las grandes películas. Mr. Charles Kleine, empresario americano, ha sido su inventor. Cuando la Compañía Cines de Roma, produjo "¿Quo Vadis?", Kleine compró la exclusividad para América. Los que conocían la dramática versión de esa obra, y su éxito indiferente, advirtieron al enérgico comprador, que probablemente había hecho un mal negocio. Al oir estas advertencias, él sonreía confiado. Se acercó a los señores Klaw y Erlanger, los magnates del vandeville en los Estados Unidos, y les propuso un arreglo en cuya virtud, él tendría acceso, con su película a sus teatros, mediante una distribución equitativa de las utilidades. La propuesta fué aceptada.

Kleine inició sus operaciones en el más amplio teatro de Chicago, con capacidad para 4,000 espectadores, cobrando los mismos precios usados en los demás biógrafos. El éxito fué asombroso. El teatro se llenó de bote en bote, en todas las exhibiciones. Al fin de la semana había realizado ya el empresario mil libras de utilidad. En seguida Klaw y Erlanger abrieron sucesivamente sus demás teatros en la misma forma, y hoy el previsor empresario tiene simultáneamente en funciones veinticinco copias de la película "¿Quo Vadis?", y en todas partes con el mismo resultado. Sólo en Nueva York la película llenó un vasto teatro por muchas semanas.

Las películas, realizan sus jiras en la misma forma que las compañías líricas o dramáticas. Antes de su llegada a una ciudad, se les hace idéntico reclamo. La diferencia consiste en que la Compañía no se compone de veinte o treinta personas y de una costosa utilería, sino sólo de un empresario, del operador y su ayudante. Así los gastos de viaje quedan reducidos a su mínimum, y no es de extrañar que su gira de doce meses, haya producido al hábil Kleine, cien mil libras esterlinas por su parte en las utilidades.

Fracaso de algunos eminentes actores

El triunfo del biógrafo puede medirse por el número de grandes actores que han permitido la reproducción de sus más aplaudidos éxitos, para deleite de las masas. Sir Roberto Tiree, abrió el camino, permitiendo la reproducción en película de su Enrique VIII, pero los empresarios quedaron sujetos a restricciones tan ridículas, que hubo de fracasar, sirviendo sólo para ahondar la herida causada por el biógrafo al teatro clásico.

Después otros actores ilustres, obraron con más prudencia, dejando a los directores del arte cinematográfico una mayor libertad. Sir Johnston Forbes Robertson, en la reproducción de su Hamlet, supo comprender que las representaciones sobre la pantalla blanca, dependen sólo del gesto y de la acción, y trabajó en consecuencia. De igual manera en la representación pantomímica de la "Novela de una Cigarrera". Mr. Martin Harvay, penetrado del espíritu del biógrafo, supo imprimir a su interpretación, ese movimiento que es el secreto del nuevo arte.

Sir Charles Wyndham, Mr. Bourchier, Mr. Charles Harstrey, y madame Sarah Bernhardt, figuran entre las notabilidades que, en los últimos meses, han obtenido grandes éxitos en el biógrafo. Por cierto que se ha debido pagar precios fabulosos a semejantes talentos, y no siempre se tiene la seguridad, de que tales especulaciones resulten felices bajo el punto de vista financiero. En los Estados Unidos existe una compañía titulada de "Los Grandes Actores", que, en colaboración con Mr. Daniel Frohman, prepara actualmente unas treinta películas, en que figuran los actores y actrices más eminentes.

¿Tendrán éxito? Esto es todavía un problema. Hasta ahora, Shakespeare, por ejemplo, ha fracasado en el biógrafo, y sólo atrae al público, merced a la reputación de los artistas que lo interpretan. La primera película de Sarah Bernhardt resultó inservible, y jamás fué exhibida. Aquel fracaso costó más de seis mil libras. La segunda tentativa, compensó con creces el mal éxito del primer ensayo. Es muy común que la versión cinematográfica de las grandes obras maestras no resulte. La acción parece lánguida, los incidentes demasiado atenuados, y la expresión del rostro ininteligible. El biógrafo ha venido a probar que los actores tienen aún mucho que aprender. El único secreto de los éxitos es la novedad; cuando ésta se consigue, los empresarios prefieren dirigirse a artistas especialmente acostumbrados a la técnica cinematográfica, y, aunque, con nombres mucho menos ilustres, la masa del público queda más satisfecha.

Las películas "Especiales"

La única excepción de lo establecido es acaso la magnífica versión de "Los Tres Mosqueteros", que costó a la Compañía "Film d'Art" de París, dieciocho mil libras esterlinas y dieciocho meses de preparación. En esta obra fué empleada una compañía ad-hoc, compuesta de notabilidades, escogidas en todos los grandes teatros de París.

Películas inmensas, y la creación de las llamadas "especiales" han caracterizado el arte cinematográfico durante el año último.

"Los Miserables" y "¿Quo Vadis?" demostraron hasta qué punto se puede llegar en este camino. Vinieron en seguida "Los Ultimos días de Pompeya", "Antonio y Cleopatra" y "Atlantis". Esta lucha por la película "especial" ha ocasionado extraños conflictos.

Hace algunos años la Compañía "Ambrosio" produjo una versión cinematográfica de "Los últimos días de Pompeya" de Lord Lytton. Más tarde la misma Compañía decidió repetir la obra en forma más perfecta. Otros empresarios italianos parecen haber tenido la misma idea, y el resultado fué la aparición simultánea de media docena de "Ultimos días de Pompeya", e interminables disputas entre los rivales, que se acusaban mutuamente de plagio.

Los competidores, en lugar de permitir la versión variada de un mismo tema, dejando decidir al criterio público, han acudido a los tribunales. Es curioso que no se les haya ocurrido a los empresarios italianos que cualquiera tiene derecho a usar de obras no sujetas a derechos de autor. En Londres, tres teatros han exhibido a la vez diferentes versiones de Los Mosqueteros. Cada uno buscaba una determinada clase de público, y no se divisa por qué no podría ocurrir lo mismo con las reproducciones de la novela de Lyton.

¿Quién paga?

Se ha intentado recientemente colocar en situación difícil a las grandes películas "especiales" en Inglaterra. Cuando se sabe que se han pagado siete mil quinientas libras por el uso exclusivo de una producción, durante cierto período, y que se

Escena de la comedia, en el Hamlet de Forbes Robertson

gastan hasta dieciocho mil en una sola película, parece admirable que las utilidades puedan compensar semejantes dispendios. El secreto es muy sencillo. El productor, para resarcirse, sangra al empresario de teatros, y éste, a su vez, sangra al público, aumentando los precios del espectáculo... Semejante estado de cosas puede terminar el día menos pensado, cuando el público se canse, a su vez, de ser explotado.

Los productores de películas especiales, y los empresarios, están hoy, pues, lanzados en una vía perjudicial para la industria. Las grandes películas, son excelentes, siempre que se mantengan dentro de límites racionales, y que valgan, en realidad, lo que cuestan. Por desgracia, la mayoría de las "especiales" de ahora,

La muerte de Nelson, en una reproducción de la batalla de Trafalgar

que ocupan la pantalla por dos horas, llenan el 30 por ciento de este tiempo con subtítulos y explicaciones inútiles y 40 por ciento con escenas vulgares y sin interés, y el concurrente habitual del biógrafo, resulta pagando tres veces lo que debía por su espectáculo.

Felizmente parece que esta especulación toca a su término. Las firmas de Pathé Fréres, Gaumont y Kalem aún se mantienen siempre en primera línea y están produciendo obras notables, de mérito, de interés y de valor educativo, en que cada cuadro es indispensable para la historia, y que, sin embargo, son ofrecidas al público en términos razonables.

El furor de las novelas dramatizadas

El año pasado ha sido también fecundo en la dramatización de novelas. Los productores de comedias cinematográficas, han descubierto como los editores de magazines, que los buenos argumentos son escasos. Por eso han acudido a las obras de los más famosos autores contemporáneos. Pero si hay pocas novelas buenas para ser llevadas a la escena, aún son en menor número las que soportan la prueba del biógrafo. "Germinal" de Zola, "Fantasmas", "Atlantis", "La Casa de Temperley", "Bajo dos Banderas", "La Novela de una Cigarrera", son las casi únicas sobreviviente del naufragio de infinitas producciones de esta índole. No debe olvidarse que el concurrente habitual al biógrafo, juzga las películas sólo por su mérito, de acuerdo con sus propios instintos y sentimientos, y se cuida poco de nombres y reputaciones.

El éxito más estupendo en este género ha sido la versión de "Germinal", de la Casa Pathé Fréres. Los actores diestramente elegidos, llenaron su tarea en la forma más real y verdadera que puede ser imaginada.

Como es natural, fué imposible, en este caso, seguir la práctica usual, de cinematografiar los incidentes en su natural escenario, que eran aquí las entrañas de la tierra, pero los productores salieron del paso en la mejor forma imaginable. Las galerías de la mina fueron reproducidas exactamente al aire libre, con tal perfección de detalles, que siguiendo el desarrollo de la película, la ilusión es completa. Las escenas de la explosión e inundación de la mina, son también de un acentuado realismo.

"Atlantis"

En la versión "Atlantis" se llevó el realismo, acaso hasta la exageración. Debe recordarse que esta novela es obra de Gerhardt Hauptmann, ganador del premio Nobel de la paz. El argumento se le ocurrió en un viaje a Norte América, inspirado por un pasajero sin brazos, que hacía sus menesteres con los dedos de los pies, y por una actriz de talento que viajaban en el mismo vapor. La escena culminante es el hundimiento de un transatlántico en medio del Océano, el pánico a bordo, el lanzamiento de los botes, y la desaparición del gigantesco barco en el seno de las olas.

El derecho de hacer una versión cine-

matográfica fué comprado al autor por la Compañía "Nordisk Film", de Copenhague. Esta Compañía había logrado despertar la atención del mundo entero por el carácter sensacional, la virilidad, la excelente técnica, y las magníficas condiciones fotográficas de sus películas. Pero "Atlantis" ha eclipsado todos los éxitos anteriores de la poderosa Compañía.

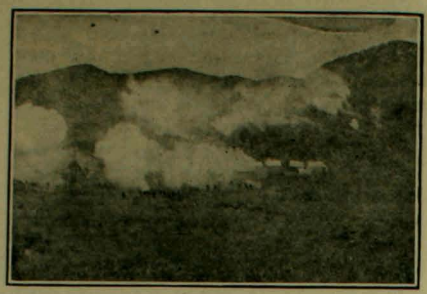
Se pidió su concurso al autor de la novela, y éste lo prestó con la mayor voluntad. Se hicieron prolijas investigaciones para encontrar al hombre sin brazos y a la actriz que habían viajado con el autor a América, ya que ambos personajes figuran en la novela en primera línea. Fueron encontrados, después de no pocos esfuerzos y traídos a Europa.

Para representar los incidentes ocurridos a bordo antes de la catástrofe, fué fletado especialmente un magnífico transatlántico, con capitán, oficiales, tripulación, servidumbre y fogoneros. En ese barco tomó colocación un verdadero ejército de quinientas personas, entre actores principales y comparsas. El viaje duró tres días, y la Compañía fué tratada a cuerpo de rey, como en un hotel flotante y con un costo de más de mil libras esterlinas. Las diferentes escenas fueron cinematografiadas de día, culminando en el pánico y desorden consiguiente, el supuesto naufragio.

Los pasajeros debían precipitarse en luchas horribles y en confusiones espantosas, y no pocos de ellos, en su desesperación, debían arrojarse al agua. No es necesario decir que estos últimos eran experimentados nadadores.

Esta parte de la obra resultó la más difícil. Manejar un ejército de quinientas personas, en el espacio comparativamente estrecho de la cubierta y salones de un vapor, era una tarea capaz de agotar los recursos del más hábil director de escena, especialmente si se considera que la mayor parte de los figurantes, continuaban creyéndose en una fiesta, y convertían así escenas desesperadas de luchas por la vida, en una cómica chacota. Así debieron repetirse más de una vez, muchas secciones de la película, hasta conseguir el realismo deseado.

La segunda parte de la tragedia fué representada en el Kattegat. Se construyó a gran costo sobre un pontón de la parte



La inundación de la mina, en la popular película "Germinal", de Zola

delantera del transatlántico Roland, que figura en la novela, y hundido en seguida, como se muestra en la lámina, llenando de agua el pontón. A medida que el supuesto transatlántico se sumergía, se cinematografiaba el lanzamiento de los botes y el pánico en el agua. La última escena representa la lucha desesperada de los infelices que no habiendo encontrado sitio en los botes, se debaten entre las olas en una lucha suprema.

Costó algún trabajo conseguir permiso de las autoridades, para realizar este programa en aguas relativamente poco profundas, como son las del Kattegat, y los empresarios hubieron de comprometerse a sacar a flote nuevamente los restos del naufragio, para que no causaran perjuicios a la navegación.

Hubo que reproducir otras escenas en Nueva York, a donde fué despachada parte de la Compañía. Al terminarse la película, su costo era ya de cerca de veinte mil libras esterlinas. Este es hasta hoy el mayor esfuerzo gastado, en la producción de un drama cinematográfico.

La batalla de Paardeburg, representada en los cerros de la California del Sur

La batalla de Waterloo, representada en los campos de Northamptonshire

Debido a la similitud de los incidentes, muchos han creído que esta película es una reproducción de la catástrofe del "Titanic", pero no es así. La terrible tragedia ocurrida a un barco escandinavo de emigrantes, que costó la vida a 750 personas, inspiró en realidad a Hauptman su novela.

La boga de las películas de batallas

Las películas en que se representan batallas han hecho furor durante el año último. "Trafalgar", "El Sitio de Lucknow", "La Carga de la Caballería Ligera", "1812", "Paardeberg" "Gettysburg" y "Waterloo", se han seguido en rápida sucesión. Desde el punto de vista británico, las últimas nombradas han tenido mayor éxito comercial, no sólo en Inglaterra, sino en el resto del mundo Waterloo ha sido representada hasta en Java.

Esta película es la más cara producida en Inglaterra. Su costo total alcanzó a cuatro mil quinientas libras. Ella fué debida a Mr. Mac-Dowell, que dirige la principal Compañía Cinematográfica de Inglaterra y sus colonias.

La aldea de Irtleborough, en Northampsonshire, fué elegida como teatro de la célebre batalla, a causa de que su paisaje es muy análogo al del verdadero Waterloo, y además por que existe allí un viejo castillo del siglo XVI, que pudo reemplazar perfectamente el castillo de Hougomont. Se emplearon en la representación 800 hombres y 400 caballos, a más de 200 lanceros para dar a las cargas un realismo militar.

Los reclutas de Waterloo

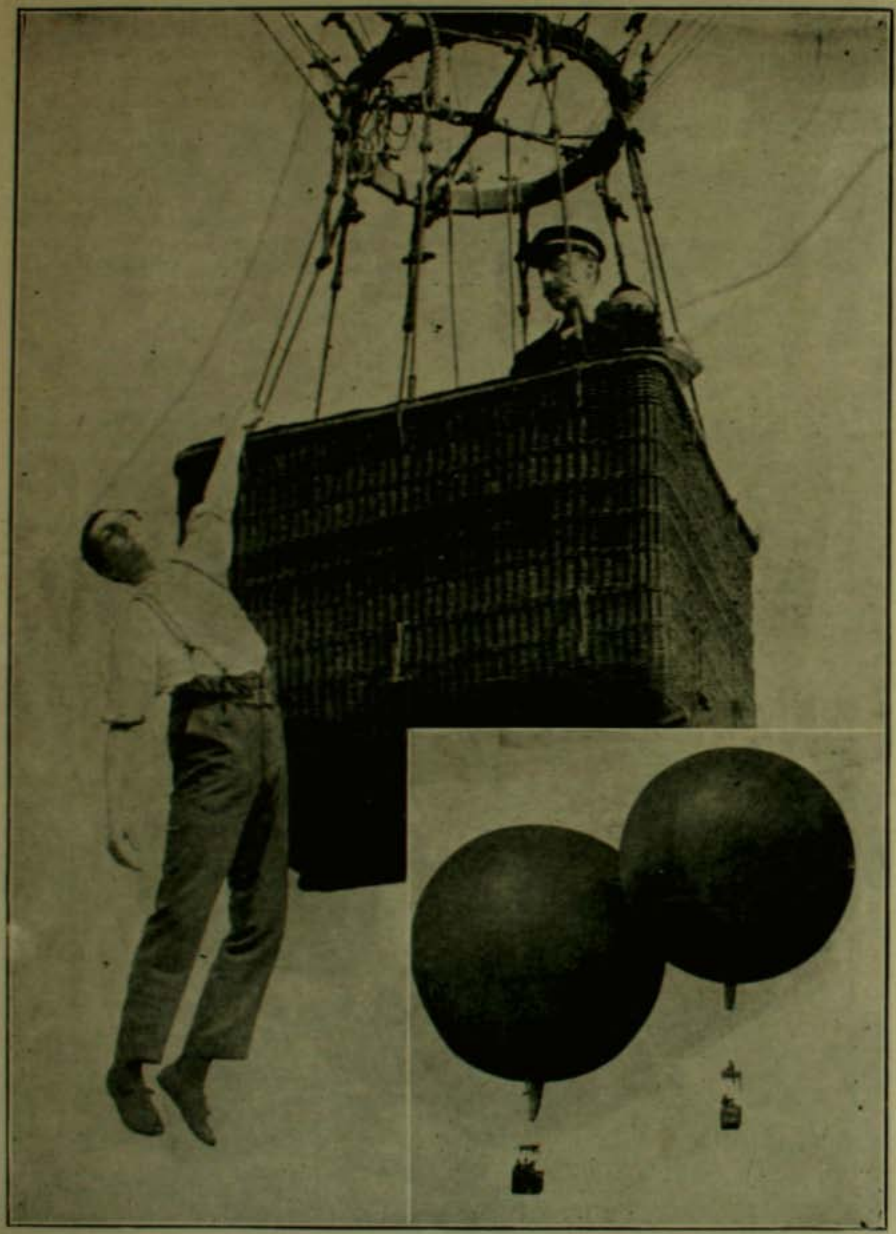
Los comparsas para Waterloo fueron proporcionados por diferentes oficinas de trabajo, siendo pagados a razón de 10 chelines al día, cada uno, a más de la comida. Es difícil que esas gentes hayan trabajado más en otra ocasión de su vida.

La representación duró cuatro días enteros, desde la mañana hasta la noche. Prácticamente cuanto uniforme de la época pudo encontrarse en el país, sirvió en esa ocasión. La antigua artillería fué también buscada con empeño adonde pudo encontrársela.

En Northompton la representación de Waterloo se convirtió en una fiesta. Se cerraron las escuelas, las fábricas, las tiendas, y los establecimientos de todo género, en muchas millas a la redonda; no hubo en la aldea lecho que no se alquilara a los innumerables forasteros que acudieron a presenciar el espectáculo. Hubo que adoptar precauciones especiales no sólo para colocar a cuarenta y cinco mil curiosos, sino para impedir que éstos invadieran el sitio destinado a la representación. Se gastaron 3,600 libras de pólvora, y se quemaron toneladas de azufre para simular el humo de la batalla.

Los derechos para representar esta película en Inglaterra, se vendieron en cinco mil libras esterlinas, pero su éxito no se limitó a esto. Los Estados Unidos y el Canadá, adquirieron veinte copias, Francia una docena, mientras otras fueron despachadas hasta los Antípodas, a China, Japón, Sud América, India, Rusia, Alemania, los Balkanes y Turquía. Cada copia tiene cerca de una milla de largo, y en conjunto se han vendido unas cien millas, que re

Napoleón en Waterloo. Los edificios son los de una antigua casa de campo que sirvió para representar el castillo de Hougomont



Un drama en los aires. El cuadro principal representa al criminal obligado a dejarse caer del globo. El cuadro pequeño muestra juntos, el globo en que van los actores y el que lleva el aparato cinematográfico.

presentan, sólo en película, a razón de cuatro peniques el pie, ocho mil ochocientas libras esterlinas.

Paardeberg

Noventa y nueve de cien veteranos que asisten a la batalla de Paardeberg representada en la pantalla, se maravillan del esfuerzo gastado por la Compañía Kalem, de Nueva York, para enviar su compañía al Africa a reproducir ese combate en el propio sitio del suceso. Siguen con entusiasmo los variados y reales incidentes, y de cuando en cuando creen reconocer algún sitio que les es familiar. Se trata, sin embargo, de una ilusión, porque la película no ha sido tomada en Africa del Sur, sino en California, país cuya topografía es tan análoga a la del Transvaal, que la similitud puede engañar al más conocedor.

El maravilloso realismo de esta película se debe a los infatigables esfuerzos de dos hombres que tomaron parte en la campaña, uno de los cuales conservaba notas, diagramas, cartas y otros datos coleccionados inmediatamente después de la acción. Viajando estos hombres por el oeste de los Estados Unidos, les llamó la atención la similitud del paisaje, y propusieron a una empresa cinematográfica la reproducción exacta de la batalla.

Por fortuna residían en California centenares de boers, emigrados después de la guerra, que conservaban muchos de ellos como recuerdo, sus armas y uniforme. Todos ellos fueron empleados en la representación.

Más difícil era encontrar quiénes hicieran el papel de soldados ingleses. Se consideraba indispensable utilizar verdaderos militares. Por fin el Estado de California, vino en auxilio de los empresarios, poniendo a su disposición todo el contingente de sus milicias. Hubo que construir además especialmente las carretas tiradas por bueyes de que hacen uso los boers.

El resultado fué maravilloso. Ninguna batalla ha sido reproducida en el biógrafo con más verdad que ésta.

"Gettysburg" y "1812"

En la preparación de la Batalla de Gettysburg, el Gobierno de los Estados Unidos, tuvo ocasión de mostrar una vez más, su buena voluntad a las empresas cinematográficas. Fueron consultadas muchas personas que tomaron parte en el gran conflicto, y algunas de ellas se trasladaron al campo mismo de batalla, la cual pudo así ser reproducida con toda la exactitud que permitían las circunstancias. Cuando la película estuvo concluída, el Gobierno americano, comprendiendo su valor histórico, la adquirió para ser exhibida en los colegios y escuelas federales.

De igual manera cuando una Compañía Cinematográfica emprendió la reproducción de las terribles escenas de la retirada de Napoleón en 1812, el Gobierno ruso auxilió la realización de este proyecto con todo género de facilidades. Muchos de los principales incidentes pudieron ser reproducidos en el sitio exacto en que tuvieron lugar. Su Majestad el Zar de Rusia, que es un entusiasta aficionado del biógrafo, tomó parte personalmente en la preparación de la película, y algunas de las escenas e incidentes de la campaña se deben a su regia iniciativa y dirección.

Notables son también los progresos realizados el año último, en lo tocante a la producción de dramas sensacionales, complots, etc. El trabajo en galería ante telones, bastidores, va quedando en desuso. Las producciones modernas exigen el escenario natural.

La Compañía Gaumont, de París, mantiene cinco compañías en campaña durante la temporada de verano, y sólo trabaja en sus talleres las escenas de poca importancia, en que el paisaje y el color local, no tienen para qué ser tomados en cuenta. Cuando la escena pasa en un castillo, se solicita permiso del propietario para trabajar en él, permiso que rara vez es rehusado.

Las Compañías Pathé y Eclair, han establecido también estudios en diferentes países, y así las piezas que reflejan la vida de Italia, Francia, Alemania, España o Estados Unidos, son representadas en el propio escenario. En este punto los empresarios europeos aventajan con mucho a sus competidores de los Estados Unidos. Mientras estos últimos se limitan a producir piezas puramente americanas, de cow-boys, vida de frontera y mercantilismo moderno, obtienen buenos resultados, pero

Escenas de la película "Atlantis", tomada de la célebre novela de Gerhardt Hauptman's

cuando ensayan reproducir escenas de la vida europea con actores americanos, fracasan de un modo lamentable. La **falsificación**, es reconocida al instante por el espectador habitual. Precisamente ahora los americanos ensayan la reproducción de argumentos medioevales, pero a pesar de todos sus esfuerzos, sólo alcanzan resul-

Incidentes cinematográficos. Lucha alrededor de hilos telegráficos. La heroína en el faro.—Un malvado desapareciendo en una tenebladera

tados grotescos, por la sencilla razón de que se encuentran fuera de su elemento.

De cómo se recorre el mundo en busca de argumento

Por otra parte, los más progresistas empresarios de Norte América, comprendiendo la imposibilidad de rivalizar con los europeos en cuadros históricos, se han dedicado exclusivamente al drama moderno, pero representando en todas partes del mundo. Una Compañía ha despachado su personal, escenario y directores artísticos, a los mares del Sur. Los argumentos son inventados, por los autores, en el sitio mismo, y puestos inmediatamente en ejecución.

Otra Compañía ha enviado sus elementos a la China y al Japón, con el mismo objeto. La Compañía Edison posee una serie de dramas ingleses, representados por su personal en la misma Inglaterra, y la Compañía Kalem realiza en estos momentos una gran jira por Irlanda.

El mismo movimiento se observa en las islas británicas. La Compañía "British and Colonial Kinematograph", concibió un argumento cuyo escenario eran los Alpes. En lugar de recurrir a los medianos cerros de Inglaterra, para falsificar el sitio de la acción, embarcó para Suiza su personal, donde, bajo la vigilancia de guías expertos, subió hasta tres mil metros en la cadena del Monte Blanco, para reproducir del natural las nieves, los ventisqueros, las brumas y los rugosos picos de las grandes montañas. Los guías escogían los sitios más a propósito para reproducir situaciones espeluznantes, sin peligro personal para los actores.

El furor del sensacionalismo

Pasó ya el tiempo en que un automóvil inservible, locomotoras en modelo y muñecos, bastaban para reproducir un incidente aterrador. Hoy día los actores y las actrices han debido resignarse a correr ciertos riesgos, para reproducir la impresión de realidad absoluta, que el público exige. En este particular, la Inglaterra se mantiene a la cabeza de los progresos.

La Compañía "British and Colonial Kinematograph", es la que posee un conjunto de actores más atrevidos, casi podríamos decir temerarios. Una dama en particular, la señorita María Pickering, pa-

El héroe, con el auxilio de un hidroplano, salva a la heroína, que está a punto de ahogarse. El individuo con la banda blanca al brazo es el autor, dando instrucciones.

rece encontrarse igualmente en su elemento en la tierra, en el fuego, en el agua y en el aire. En la película "Al través de las nubes", tuvo que dar un salto desde un aeroplano, para cogerse de una cuerda arrastrada por un globo, y encaramarse a este último, a fin de desbaratar los planes de un malvado. Realizó esta hazaña, en condiciones de relativa seguridad, desafiando un abismo de 180 metros, abierto bajo sus plantas.

En otra ocasión, se produjo el efecto deseado, salvando a una persona que se ahogaba por medio de un hidroplano. Se escogió como sitio de la escena, el mar del norte de Francia, por la facilidad de encontrar allí aviadores. En este caso, a fin de asegurar el éxito y evitar malas interpretaciones en el momento crítico el autor de la pieza llevaba un pañuelo blanco atado al brazo, a fin de que fuera reconocido.

El actor que forma parte de una compañía sensacional debe estar preparado para todo. Un automóvil debe despeñarse en un abismo. Un coche viejo no satisface al autor, y se ejecuta la arriesgada maniobra con un automóvil de cuatrocientas libras. La víctima está representada por un muñeco, pero el chauffeur ha de conducir el aparato y saltar a tierra a pocos pasos del precipicio.

A veces la broma casi degenera en drama. Un actor debía precipitarse en una motocicleta dentro de las dársenas de Londres. Al saltar a tierra un garfio del aparato lo cogió por la chaqueta, y estuvo en un tris que la catástrofe no se produjera con toda realidad.

Los empresarios alemanes siguen con todo empeño la carrera del sensacionalismo; sus aventuras de perseguidores y perseguidos les dan amplia ocasión para presentar los más espeluznantes incidentes. Se incendian molinos; criminales escapan saltando desde un puente sobre un tren expreso que corre por debajo, o sobre la chimenea de un barco de vapor; automóviles perseguidos se estrellan y despedazan contra un obstáculo, o estallan y se incendian con pasajero y todo. Lo raro es que nunca faltan hombres y mujeres dispuestos a ejecutar tan peligrosos experimentos.

No ha mucho, formaba la escena culminante de una pieza la carrera de dos locomotoras. Dos máquinas viejas sirvieron para el caso. El criminal huía en una de ellas, y los captores lo perseguían en la segunda... Poco a poco la distancia entre ambas locomotoras va estrechándose... se juntan casi... por fin se estrellan violentamente y aparecen despedazadas sobre la línea.

A veces el negocio resulta desastroso.

Se trataba por ejemplo de producir la impresión de un caballo desbocado. Se arregló al efecto en la delantera del coche un cajón invisible, desde el cual un actor fustigaba al caballo, pero éste no se acostumbraba a tales procedimientos, se desbocó de veras, lanzó el carruaje contra un obstáculo, y los operadores fueron de allí al hospital. Sin embargo, quince días después repitieron el peligroso experimento, pero esta vez con toda felicidad.

Al recorrer los estupendos progresos realizados por el biógrafo durante el año último, cabe preguntar si ellos podrán ser sostenidos de igual manera en lo sucesivo. Por las noticias que tenemos, las maravillas en proyecto o preparación, dejarán en el olvido las ya realizadas.

El acrobatismo en el biógrafo. El criminal escapa saltando desde un puente a la chimenea de un vapor en marcha.

EL LENTE CONTRA EL CIELO...

El Observatorio Astronómico alza sus cúpulas con la calma de un convento entre las frondosas avenidas de la Quinta Normal. Por el techo del pabellón del anteojo meridiano apunta al cielo la boca de un ancho cañón de bronce, fijo como un arma de caza: un arma para cazar astros!

A lo largo de avenidas enarenadas, silenciosas y solitarias bajo la hora de siesta, se llega ya influenciado por algo misterioso, a un vestíbulo fresco y sonoro, en que los relojes de precisión, batiendo con golpe sincrónico, miran con impasible cara redonda como los centinelas de esa morada de la precisión matemática, de la observación justa.

Llegamos a la oficina donde trabaja el personal.—¿El señor sub-director?—preguntamos

Un caballero de mediana estatura—¡sin luenga barba, sin bonete astrológico!—nos recibe, y comienza desde luego a iniciarnos en los secretos de la obstrusa ciencia del cielo. Tomando unas hojas de un fardo que hay afirmado contra un estante, nos muestra una mancha blanca, sombreada a trechos por puntitos negros que en el primer momento tomamos... por obra de las moscas. Son nada menos que las estrellas, catalogadas y señaladas en su exacta dimensión comparativa, de un pequeño rincón del cielo. Hay seguramente millares y millares.

—¿La estrella polar? interrogamos señalando *Alfa* del Centauro que se inclina bajo la cruz del Sur.

El hombre de ciencia nos mira con franca compasión, y rectifica en un tono que no puede disimular el desdén de su superioridad sobre nuestra ignorancia de profanos:

—Estrella polar no hay más que una y está precisamente al lado opuesto, sobre el Polo Norte.

—Ah!

Luego en el observatorio del meridiano curioseamos los aparatos y los libros de anotaciones, nos admiramos concienzudamente (si uno es novicio, ¿qué ha de hacer?) de la facilidad con que juega sobre sus muelles el pesado tubo del anteojo; y por último expresamos con timidez nuestro deseo, un poco infantil, de ver estrellas de día.

Mi compañero hace un chiste vulgar mientras el joven astrónomo que nos guía, asegura que nada es más facil que satisfacer nuestra curiosidad.

—Beta, de la constelación de Ballena, pasará dentro de siete minutos por el cenit, dice después de consultar un cuadro.

Aquello es tan sencillo como indicar el paso de un tren.

Tendidos boca arriba en la camilla de observación, aguardamos a la viajera.

En el cielo blanco a fuerza de luz que se recorta al fondo del anteojo, una senda de hilos metálicos, señala matemáticamente el camino de Beta. En el fondo blanquecino, que estrían por instante los deslumbramientos del sol veraniego, ni un celaje; tampoco la estrellita. ¿Un retraso? Imposible, dice la mirada del astrónomo.

En efecto aquí está ya (a millones de millones de leguas) la famosa Beta. Es una llamita clara, un resplandor pálido que corre de occidente a oriente en el disco invertido del cristal, como un fuego fatuo que fuera a extinguirse. Eso es todo, y en menos de un minuto el astro remoto ha salvado el campo de observación.

—Ahora la luna; a esa podrán observarla mejor.

Para verla sin premura hemos subido al viejo torreón del ecuatorial, hemos trepado a lo alto de una escalerilla temblequeante, y aún así hay que confesar que no vimos gran cosa. El mudable satélite está en su cuarto creciente, dividido en dos porciones de luz y sombra que ensamblan en una línea dentada, que permite apreciar bien las montañas. Pero, aparte de esto, la enorme esfera aparece tan vacía tras el anteojo como a la simple vista.

❦

Es preciso volver de noche, como lo hemos hecho después, para sondear el cielo con mejor fortuna. Entonces sí que se puede ver a Saturno con el halo radiante de sus anillos, grande como nuestra Luna y semejante a aquel aeróstato antiguo con el paracaídas prendido en lo más grueso de su panza.

Ahí queda Marte, con destellos de rubí, como el verdadero símbolo de la guerra

Vista ideal del planeta Saturno desde el satélite Jafet

y de sus campos ensangrentados; Sirio, el Kohinoor del cielo, de un azul diamantino que se derrama inagotablemente en chisperías, y la estrella doble del Centauro con sus rayos confundidos como las cabelleras de unas rubias gemelas.

Gira pausadamente al norte el enorme anteojo para sorprender a Aldebarán en su traje de luces, cubierto de pedrerías como una bailarina de primer rango. Desde luego nos cautiva con no menos intensidad que la sacerdotisa de Tepsícore a un adolescente sentado en primera fila.

La hermosa estrella se agita locamente en su carrera, revolviéndose como el prisma de un kaleidoscopio (alguna vez ha de ser apropiada la figura) en una vibración deslumbradora de rojos de brasa, y esmeraldas y topacios, y un chisporroteo cambiante de cohete de bengala que rasga el fondo sombrío del cielo.

—¿La vió bien? refunfuña a poco rato de espera el docto cicerone. Y, de vuelta de las lejanías en que arde tan espléndidamente Aldebarán, nos detenemos en el disco de la Luna, que casi nos ciega con el fulgor de su mediodía solar. ¡Ahora sí que el espectáculo es digno de verse, ante la pantalla de la noche que vela toda otra luz! Seguimos con el anteojo la marcha del astro, apuntando ya a su centro dibujado con los arabarcos de los cráteres, a sus bordes ondulados como de mar en temporal. Y, ciñendo la claridad, la línea negra del espacio que no tiene fondo.

De tanto explorar valles profundos alumbrados por una luz cruda de mediodía, nuestra visión se matiza de sugestión y devaneo. Vemos la Luna tan cercana que creeríamos que lanzados por la boca del cañón del anteojo, como los héroes absurdos de Julio Verne, volamos sobre los precipicios del satélite; y llega un momento de contemplación extática en que sentimos el vértigo del abismo...

Pero la voz del astrónomo nos trae de un tirón a la tierra para contarnos cómo un calculador norteamericano ha conseguido rectificar las cifras asignadas a ciertos movimientos de la Luna. "Porque han de saber ustedes que nuestro satélite es uno de los astros de observación más complicada (¡claro! el que vemos de más cerca! y uno de los que...

¿Es posible que la astronomía cure en tal forma de toda ingenua admiración por lo misterioso de los mundos que estudia? La sorpresa inicial de ir visitando zonas del

cielo acribilladas de estrellas inmensas en su tamaño y en su lejanía, degenera al fin en un rabioso empeño por reducir su percepción a guarismos de un centenar de cifras y a cálculos algebráicos de ingeniosa complicación.

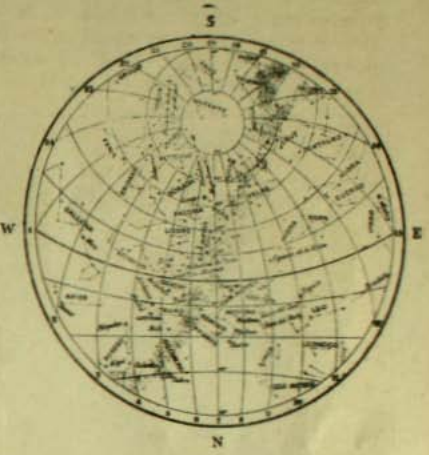
Porque si algún iniciado se empecina en su pasmo ante el universo, como ese brillante Flammarión (algo pedante y declamatorio, es cierto, pero siquiera tocado por la curiosidad del misterio en sus divagaciones de espiritista); si alguno de ellos no evoluciona hasta la serenidad perfecta del calculista, la ciencia le enagena su reputación de sabio!

❦

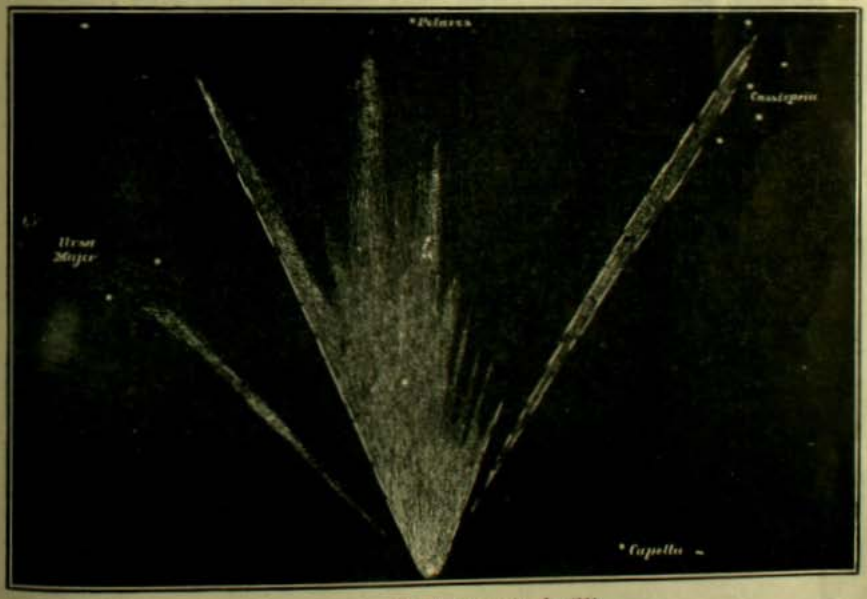
No hemos visto aún otros prodigios: las nebulosas, las manchas del Sol, los cometas. ¿Pero qué pueden enseñarnos a nosotros, profanos, aparte de unas cuántas imágenes sugeridas a la imaginación? Lo que hemos visto nos basta para sentir nuestra enorme ignorancia, y para comprender la banalidad de las grandes frases que suele provocar la contemplación del infinito.

—Señores astrónomos—podría decir maliciosamente Caliban—ustedes que saben cuántos metales hay en las estrellas ¿podrían decirme nada más que esto: ¿Por qué tiembla? Conocer las causas y prevenir los efectos de un temblor terrestre es para mí más importante que la determinación de la paralaje de todos los soles visibles.

—Nadie sabe el por qué de nada; nadie



conoce las causas, contestaría el sabio. Además, sepa usted que con frecuencia resulta más fácil acometer algo grandioso, como la reconstitución de un antediluviano de Cuvier, que averiguar el por qué de la pérdida de los tarsos anteriores en el escarabajo. Por lo demás, ¿a qué conduciría esto?



El gran cometa de 1861

Bien pudiera el hombre salir un día de la zona de atracción de la Tierra, viajar de astro en astro y sorprender el espectáculo de creaciones inauditas. El secreto de los orígenes y del destino continuaría invariablemente el mismo. Así como, según la hipótesis de Metchnikhoff un *muerto* que resucitase no lograría convencer a los vivos de

El cometa de Donati (1858)

que su caso no había sido fenómeno cataléptico, la razón humana tampoco avanzaría en los orígenes de la vida por el hecho de sorprender mundos en formación, soles apagados, y *humanidades* marcianas o cometarias.

Además...

Además, es tarde, y los distinguidos funcionarios públicos que esperan su turno al pie de la escalerilla, no comprenden que un visitante se quede embelesado en un mismo cuerpo celeste. Unas damas que llegan alcanzan la preferencia (lo astrónomo no quita lo galante) y se ven graciosas muecas de asombro y exclamaciones como ante el escaparate de una joyería:

—¡Qué lindura! ¿Y este es Sirio?

—Es Rigel, señorita.

Otra joven de lentes, con aspecto de estudiante:

¡Qué anillo más precioso el de Saturno!

—¡Un anillo de compromiso, le susurra un mozalbete.

—Compromiso, ¿con quién?

Alguien saca de apuros al galán:

—Con alguna de las ocho lunas que le hacen la rueda, es seguro.

—¡A ver! a ver!—Todos quieren el anteojo para mirar al afortunado Saturno.

A través del lente el reflejo del astro baña el ojo con un vivo resplandor plateado y en la pupila la imagen del enorme planeta se incrusta como un granito de oro. Y al fin resulta más interesante observar el cielo en ciertos ojos...

El joven calculador encargado de atender a los visitantes procura satisfacer el enjambre de preguntas que lo acosa:

—¿Cómo se llama esa estrella?—¿Qué distancia habrá a aquella otra?—¿Y por qué no se vé más que una donde el anteojo hace ver doble?

—No podría decirle el nombre de todas las estrellas, señorita. Apenas alcanzan para las de primera y segunda magnitud. Las chicas tienen nombres tomados del alfabeto griego asociado al de la constelación en que figuran. Y en ese alfabeto hay nombres de letras muy feos...

—Como por ejemplo...

La imparcialidad histórica exigiría redujésemos esas escenas al marco de una realidad un poco árida, sin los inocentes alifios que ha puesto aquí y allá nuestro capricho. En realidad, la labor del personal del Observatorio nos espanta por su minuciosidad y su precisión. Sería difícil señalar en ella algo como para recreo de la imaginación menos exigente. Por lo mismo que la astronomía es una ciencia de exploración por el vacío, dírjase que sus sacerdotes necesitan del método más riguroso y prosáico para conservar la cabeza fresca. Un astrónomo que poetizara sus impresiones, sería un traidor al objetivo de sus trabajos. Nombradle cualquiera de esos fantaseadores etéreos a un buen explorador del cielo, y lo veréis mover la cabeza como a un médico ante los despropósitos de un demente.

El ideal de cada astrónomo debe ser, probablemente, el de catalogar todos los astros.

E. M.

Por

DANIEL DE LA VEGA

Siendo todavía un chiquillo romántico, me cupo la doble felicidad de pedirle a mi labor diaria el santo pedazo de pan para los míos; y mirando cara a cara a la vida, y hablando de corazón a corazón con la que va conmigo, el mundo me pareció más prometedor y el cielo más grande, el sol más claro y el agua más fresca y sabrosa, y mi alma, muriéndose de felicidad, por no saber qué hacer, rompió locamente a cantar...—Felicidad en el cielo; felicidad en mi alma; clara felicidad en los ojos de ella y en los míos, que ven la vida llena de risa desde un rincón humilde donde siempre está florido el milagro del amor.—Por saborear la gloria de ser humildemente feliz, merecí la hostilidad del pueblo mío; y concienzudamente los aldeanos me odian porque soy bueno, porque soy optimista, porque siempre estoy alegre, y porque cuando cae la tarde y termina la labor, hay dos manos de mujer bonita que acarician mi cabeza cansada.—Alegre está el día, alegre está el sol, alegres reímos nosotros porque nos queremos y porque somos jóvenes, y desde mis claras horas felices, al pueblo ingrato le envío este puñado de páginas de amor, escritas en mi humilde felicidad, tan honda, tan grande, que produce unos locos deseos de llorar...

Ilustraciones de Gordon.

I

Cuando quiero ordenar mis recuerdos, en mi cerebro sucede una confusión. Brillan algunos deseosos de ocupar los primeros puestos, saltan otros aferrándose a mi memoria, los más pasan locos y revueltos, sin dejar nada...

Envuelta en un tinte maravilloso de lejanía surge la casa de mis abuelos. Pequeña, humilde, bajo el sol de aquellos años, la veo apegada a la calle con sus

puertas y ventanas blancas. Era una casa de campo, con su parrón rústico y su frondosa ramada. Recuerdo que tenía un gran sitio, donde yo iba a saborear inolvidables perezas. Y al fondo el estero. ¡Oh, el estero! Un arroyuelo murmurador bajo los sauces abatidos. Junto a este sitio, la quinta de otros parientes míos. Esta aún existe. Pequeñita, blanca como un recuerdo querido, con un jardín inmenso y un parrón interminable. Con estos últimos tengo enredados pocos recuerdos. Casi ninguno.

De las calles sólo retengo vagas memorias. Salía poco, pues mis primeros estudios los hice en casa. Una niña del barrio me daba clases diariamente, derrochando ingenio y paciencia para meterme en la cabeza el alfabeto odiado. La batalla la dábamos en una pieza con ventanas a la calle, ante la mesa de trabajo de mi padre, sin más testigos que los retratos de familia y un estante cargado de novelas.

—Estudie este pedazo—me decía mi paciente maestra.

—No quiero!

—Pero por Dios, entonces le pongo malas notas.

A mí, que me importaba tanto que me pusiera notas malas como que me las pusiera buenas, no me rendía ante la amenaza. Y así desfilaban semanas en blanco sin que aprendiese una sola lección.

En aquel tiempo me regalaron un perro. El día de su llegada no hubo clase. Manifestaciones, gritos, locuras y un bautizo: lo llamé Robín. Era un perro pequeño, lanudo, de un color claro exótico.

Las clases, después de la llegada de Robín, siguieron desfilando siempre infecundas. Yo he odiado siempre todo lo que sea libros y encierro. Amo el sol, mis campos verdegueantes invitadores a las más sabrosas perezas, los arroyos juguetones y líricos, que parecen reir de la ciencia de los hombres. Amo todo eso que canta y ríe bajo la gloria del sol.

Una pasión se aferró a mí, de la cual aún no puedo desprenderme: Las corridas de toros. ¡Oh, los toros! ¡Cuántos años soñé con llevar una capa roja, el traje vistoso y la coleta negra! ¡Recibir ¡olé! de las caritas morenas que ríen bajo la gracia de la mantilla sevillana! ¡Llevar una chaquetilla corta en la calle, y una espada insolente en el redondel! No hay duda de que yo tengo mucho de araucano y mucho de español. Mi entusiasmo taurino nació de hojear revistas madrileñas. Todavía recuerdo "La Lidia", "Blanco y Negro" de aquellos años, "Barcelona Cómica" e "Instantáneas". Pero mi entusiasmo no se sació hojeando revistas, lo llevé a la práctica. Después de unas pocas lecciones, Robín cargaba rabiosamente a mi capa roja, pero el abrumador desconsuelo de no recibir nunca un aplauso, porque nunca tuve público, echó sobre mi ensueño un sabio puñado de olvido.

Inventé otros juegos, porque en la soledad se hacen los más maravillosos inventos.

Entonces yo no me juntaba con ningún muchacho de mi edad.

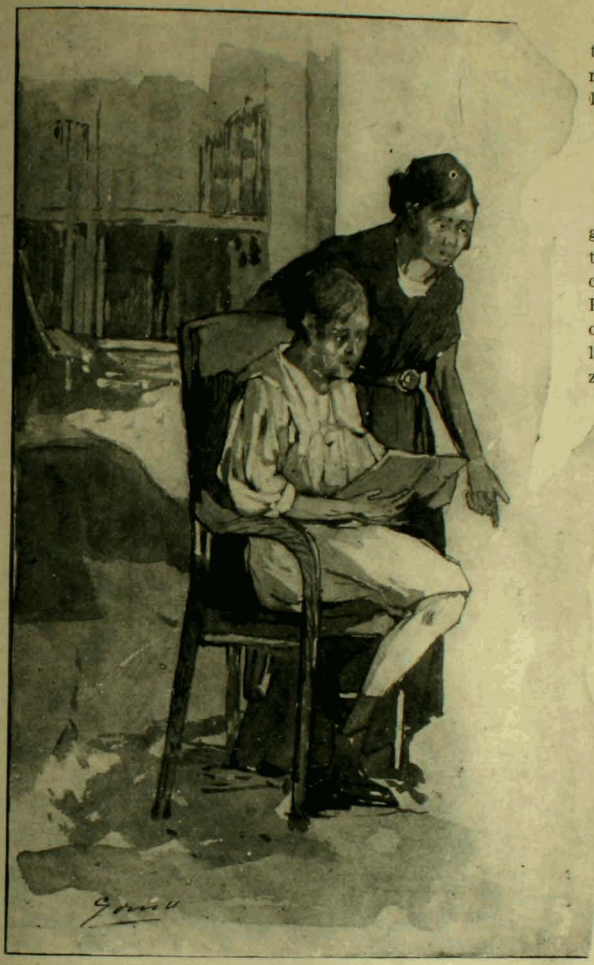
También recuerdo que viví en Valparaíso. Yo, el campesino amante del sol, el adorador de las montañas salvajes, enjaulado en Valparaíso. Desde entonces este puerto me es antipático. Allí viví una vida opaca, poblada de silencios tristes.

Los balcones, que daban a la calle de la Victoria, eran mis amigos. Recuerdo que una tarde vine con mi madre a Quilpué. Era un día de invierno, de cielo gris obscuro. Las calles estaban mojadas por una reciente lluvia. ¡Qué triste me pareció el rinconcito mío! Fué inmensa angustia que floreció en mi corazón de niño, de niño silencioso que siente mucho y que no dice nada... Vi a Robín. Lo habíamos dejado en casa de una antigua criada. El pobre animal estaba más flaco. Al verme no cabía en sí de gozo. Pasó todo el rato junto a mí. Un tren de la tarde nos llevó de nuevo a la ciudad..

Antes de cumplir los diez años, la heroica paciencia de mi profesora había triunfado ya. Sabía leer y escribir, un poquito de aritmética y catecismo, y unos cuantos nombres geográficos. Entonces ingresé a los Padres Franceses. Allí llevé la vida más opaca y desolada que recuerdo hasta hoy.

El ridículo método de enseñanza de aquella época (1902) que adoptaba el colegio, fué un irreconciliable enemigo mío.

La tarde que abandoné el colegio—en el cual tuve la suerte de permanecer sólo un año—sentí una de las más locas alegrías. De nuevo vi mis campos abiertos ante mí, como una gloriosa promesa de



Una niña del barrio me daba lecciones diariamente

sol y de naturaleza. Le geografía en francés que había logrado aprender—no era mucha—fué olvidada, y llenaron mi cabeza afiebrada de quimeras los gratos proyectos de paseos y excursiones. Y al día siguiente, con dos muchachos, hicimos la primera arrancada. Llevamos provisiones para hacer un banquete minúsculo, al susurro de la orquesta del viento. Al final de la orgía, uno de mis compañeros sacó un paquete de cigarrillos. Aplausos. Manifestaciones de júbilo, y luego los adorados campos míos convertidos en smocking-room...

Así celebré, una plácida tarde de Enero bajo la injuria del sol, mi primer día de libertad...

II

Desde ese día fuí un vagabundo incorregible que pastoreaba mis ilusiones por la campiña fecunda y buena. Por el pueblo me veían poquísimas veces. El campo era la madriguera de mis perezas. A pleno aire, bajo el sol abrasador del verano, correteaba con otros gandules de mi edad, con un loco afán de conocer lejanías. Nosotros no buscábamos nidos como en las novelas románticas, o en los libros de vida campesina que escriben los hijos de la ciudad; nada de eso. Nosotros teníamos mucho de excursionistas, y un poquito también de perezosos.

El padre de un amigo mío tenía un pequeño fundo en los alrededores de Quilpué. Ese era el campo principal de nuestras operaciones. Recuerdo que allí había una represa, en donde nos bañábamos en las tardes calurosas, para burlar los convites de siestas que nos hacía el sopor de la tarde. No tengo por qué callar que antes del baño, en el baño, y después del baño, fumábamos cigarrillos de los más baratos que encontrábamos.

Yo, con un paquete de cigarrillos metido en el forro de la blusa, y un par de horas de libertad por delante, me reía irónicamente de la lejanía azulada de las montañas que dibujan los horizontes de mi pueblo. Y para que mi padre no sorprendiera mi constante delito, yo usaba una lente que con la luz del sol encendía mi cigarro. ¡Oh, los días nublados, cuántas veces me dejaron sin fumar!

Con un pitillo humeante entre los labios, recorrí casi todo el departamento. A veces echábamos a andar por la vía; otros días tomábamos el pintoresco camino de las haciendas y pasábamos por "Los Perales", "La Retuca", "Los Coligües", "Las Piedras", y muchísimos más fundos que ya no recuerdo.

Pero como a mi madre le gustaba poco que su hijo fuese un vago, hubo semanas enteras que viví en un encierro doloroso Pasaba el día en un cuarto inmenso, con dos ventanas a la calle, las únicas consoladoras de mis locas nostalgias de libertad.

El edificio del frente, era un caserón viejo de dos pisos, pintado de blanco, y—¡recuerdo tan bien este inocente detalle!—tenía una gallarda lanza donde colgaban la bandera en Septiembre. El piso superior tenía tres balcones pequeños, pintados malamente de amarillo, por donde se asomaba de vez en cuando una morenita pensativa... En las tardes, a esa hora en que los pueblos se duermen en una grata quietud de olvido, se asomaba la cabecita morena... Tendría unos catorce años (yo sólo contaba once..) era alta, y el rostro tenía un defecto que yo siempre lo encontré bello... Sus cejas eran muy marcadas y muy juntas. Daban la impresión de las alas abiertas de una golondrina... la ingrata golondrina del ensueño tal vez, que revoloteaba gallardamente por sobre la noche de sus ojos. Yo la miraba en silencio. Desde lejos todas las mujeres tienen un poderoso encanto. No puedo precisar cuál era, pero existía...

Ella no podía reparar en mí, escondido tras los gruesos barrotes de la ventana Desfilaban las tardes dulcemente... pensativas unas, desencantadas otras, mágicas las más, y yo... yo miraba en silencio el hueco negro del balcón solitario... Cuando demoraba demasiado en salir, una extraña inquietud no me dejaba tranquilo, lanzándome de un lugar a otro, sin saber por qué, y en busca de algo que no encontré nunca... Han pasado los años, los años perversos con sus caravanas de reveses y esperanzas, y, como entonces, sigo buscando ese algo, ese algo que no encuentro nunca, y que no sé lo que es... algunos lo llaman ideal... tal vez tengan razón...

Mis ansias de libertad se desvanecieron. Amé el gesto tranquilo de mi calle provinciana con sus árboles floridos, sus aceras anchas, y ese grato silencio de olvido.

El encanto de mis campos bañados de sol, retrocedió ante mi vista como algo que se pierde entre una niebla. Amaba mi ventana. Desde allí sentía el vuelo de las horas fugitivas, arrastrando angustias, anhelos, inquietudes, deseos de contarle a un amigo que... Me arrepentía de mi pensamiento, pero la apacible carita morena estaba allí, en el balcón, mirándome...

Cambié radicalmente mi método de vida. Fuí más serio. Madrugaba mucho más. Dejé de fumar, impulsado por un ardiente deseo de perfeccionarme que jamás lo había sentido Amé la soledad, y la soledad me pareció conversadora.... Mi alma se abrió a todas las bellezas. Amé los crepúsculos ensangrentados, los amaneceres saludados por los clarines de los gallos, las noches blancas y sus ejércitos de estrellas, y amé todo lo grande que se sacude dentro de nuestro pensamiento, perfumando nuestros silencios.

Un día pensé: ¿Cómo se llamará? Y este curioso pensamiento vivió conmigo.

Yo pensaba: Puede ser éste, puede ser el otro... Y en mis horas de soledad buscaba un nombre... ¿Se llamaría Amanda? ¿Elisa? ¿Teresa? ¿María? ¡No! ¿Inés? Tampoco. Me olvidaba un momento de mi curiosidad, pero pronto volvía la incansable procesión de nombres. ¿Olga? ¿Ofelia? ¿Elvira? ¿Alicia? Y terminaba renunciando al bautizo.

En las noches de luna, después de comida, en el fondo negro del balcón, se recostaba su silueta graciosa, inmóvil, pensativa. Mi padre nos sacaba a andar. Y al regreso, después de haber recorrido las calles del pueblo, sufría decepción de encontrar el balcón cerrado, dormido, bajo la azuleja luz lunar.

Esta es la sencilla historieta (no alcanza a ser historia) de mi primer amor, un amorcillo silencioso e inquieto despertando mi infancia con suavísimos aletazos de quimera. Hoy me hace sonreir desdeñosamente. En cinco años más ya no lo recordaría. Por eso lo he escrito. La quise con esa admiración inmensa que nos encienden las mujeres a esa edad.

Han pasado los años. La he conocido, y todavía sus cejas unidas y extrañas me hablan de una golondrina con las alas abiertas... Y ella no lo ha sabido nunca...

III

Donde ahora se levanta anti-estético caserón de un burgués estúpido y adinerado, era entonces el campo de nuestros sports, que nosotros llamábamos "La Cancha Chica". Allí nos reuníamos al caer de las tardes, un buen grupo de muchachos, de todas clases sociales, a jugar una partida de foot-ball. Es verdad que era una, pero era una partida que duraba dos y hasta tres horas, y sólo cuando se apagaba el sol, y la obscuridad de la noche ya cercana nos impedía ver la pelota—que era a veces de goma, o de trapo o de papel—entonces se daba por terminada la partida. En días de vacaciones, bajo el sol abrasador de Enero, organizábamos hasta tres partidas diarias. Los muchachos obreros, a pesar de estar acostumbrados a las rudas faenas, jamás nos vencían o lograban triunfos sobre nosotros. Todos estábamos igualmente quemados por el sol y el viento. Todos éramos unos pequeños salvajes, impasibles a las rudezas del tiempo.

El balcón cerrado, dormido bajo la azuleja luz lunar

En aquella época fundamos un club: "El Washington". Yo ingresé a esta institución sólo cuando se componía de seis mocosos de ocho años más o menos. Pero el entusiasmo por el foot-ball en aquel tiempo era exagerado, tanto que dos meses después de su fundación, "El Washington" contaba con más de sesenta socios. Hay que tomar en cuenta que Quilpué tenía únicamente cuatro mil habitantes.

Entonces fué cuando el directorio—sépase que yo también pertenecía a él—enorgullecido por el esplendor del club, se transformó en un tiranuelo caprichoso

y cruel, que imponía multas y suspendía a socios a todo momento y el que tuviese la colosal audacia de protestar contra nosotros, era lo suficiente para que no se contara más entre los socios. Una tarde en una sesión extraordinaria, por una falta insignificante, un muchacho fué expulsado y obligado a abandonar la sala de sesiones. (Esta era una pieza que se nos prestaba en una panadería...)

Es natural que el club no podía continuar así. Y no continuó. Pues en una revuelta con gritos y pedradas, nos dividimos en dos bandos, y fundamos un nuevo club: "The Reliance Star". Este empezó con un bombo terrible. Estrenaba pelotas nuevas, uniforme, en fin, un derroche! Y para hacer escupir de envidia a nuestros adversarios, mandamos hacer goals (puertas de madera).

No quiero callar un dato sabrosísimo. Yo era el tesorero, y todavía ningún socio había pagado un centavo. A mi no me afligía esto, porque mi desprecio al dinero lo tengo desde entonces.

Recuerdo que en las calles aparecían letreros manuscritos insultándonos, y nosotros contestábamos de la misma manera. En la calle de los Carreras había una larga pared blanqueada con cal, que era una especie de agencia de publicaciones. Allí se escribía toda clase de insultos y barbaridades. (Y yo siempre usaba en el bolsillo un trozo de carbón...)

Todo iba muy bien. El club tenía sus reglamentos—los que eran modificados todos los días... Las partidas se jugaban con orden, sin multas ni suspensiones, y hasta mandamos hacer un timbre, que entonces, entre nosotros, era un timbre... de honor. Todo iba muy bien. Entraron nuevos socios, que no fueron muchos por cierto, y ninguno pagó un centavo. Pero fueron admitidos con gran regocijo nuestro.

Para darle más importancia al club, hicimos publicar la lista del directorio en un diario de Valparaíso. No cabía duda que llegábamos a la cumbre de la grandeza. Vuelvo a repetir que todo iba muy bien, hasta el día en que los acreedores se presentaron cobrando el importe de todo lo pedido, usado y olvidado. Se consultó la caja, y yo presenté, con un interminable discurso sobre la economía sportiva, las cuentas muy claras. En caja había setenta y cinco centavos... La amabilidad y la sonrisa confiada de los mercaderes se evaporó con prodigiosa rapidez. El carpintero que nos hizo los goals, descompuso tres veces la campanilla de mi casa, yendo mañana y tarde a presentarme un papel mugriento, que decía con letras muy claras: "Un par de goals—$ 15". Mi olímpico desprecio por el dinero no convenció a nadie. Citamos a sesión extraordinaria, **rogando a los socios que llevaran todo el dinero que tuviesen**.... (Textual).

La sesión se llevó a efecto, y después de muchos discursos, súplicas y lágrimas (me acuerdo que el presidente lloró) logramos reunir dos pesos cincuenta. La cara de los directores cuando quedamos solos, no es para pintarla.

—¿Qué hacemos?—me preguntó el capitán, arreglándose unos preciosos calcetines claros que usaba los Domingos.

—Eso es lo que pregunto yo ¿qué hacemos? Y ardió la discusión. Cada uno presentó un proyecto. Eramos once. Fueron once proyectos. Todos descabellados. Todos locos.

Serrano, que era más loco que todos los proyectos juntos, hablaba maravillosamente. El secretario, aturdido de esa verbosidad avasalladora, lo hizo callar a viva fuerza. Dos o tres defendieron al ofendido. Otros atacaron. Formáronse dos bandos. Hubo gritos insultos, nuevas lágrimas del presidente, y nos separamos todos disgustados. ¿Quién pagó los goals la pelota, los uniformes? No lo sé, pero estoy seguro que yo no fuí. Y la **Cancha Chica**, ese pedacito de campo verde que fué testigo de nuestras bellaquerías, quedó solitario, nostálgico, durmiendo bajo las promesas del sol de mi terruño.

IV

Lorenzo Granada fué mi compañero largos años. Nuestras locuras y rebeldías eran hermanas. Gran parte de nuestra infancia y adolescencia la vivimos juntos. Era un chiquillo alto para sus doce años, simpático, caprichoso... Antes de mencionar sus cualidades y defectos morales, tengo que decir que éramos idénticos: caprichosos los dos, y los dos violentos de carácter, estúpidamente tímidos ante los desconocidos, y amigos de la pereza...

Pero no de la pereza animal, sino de una pereza refinada y sabrosa... La pereza era para nosotros un culto. Vivir horas en blanco, fumando tirados sobre una cama, era algo delicioso.

Recuerdo perfectamente su casa, pequeña, alegrita, con un patio rodeado por un corredor de asfalto, un parrón diminuto, que nos amparaba con su sombra amiga, en las tardes perezosas del verano. Es una casita que la quiero, tiene algo de mis primeros años, de mis primeras risas, de mi primera pena...

En la casa de Lorenzo se recibían pensionistas. Pero la amistad vencía al temor a los extraños, y yo iba día a día a platicar con mi amigo. A veces la pereza se esfumaba, y una laboriosidad terrible se apoderaba de nosotros. Entonces todo nuestro trabajo consistía en hacer adobes... Con moldes hechos por nosotros mismos, y barro extraído del patio que quedaba en un miserable estado, formábamos esas interminables hileras de adobes que después deshacía la insolente escoba de una sirvienta.

Otras veces era el sport quien sacudía nuestra pereza, y transformábamos el patio en una cancha para campeonatos atléticos. El salto alto era nuestro elegido. Y dale que dale, todo el día saltando Entonces llegaron a casa de Lorenzo varias familias veraneantes. Entre ese grupo que ahora no podría definir, llegó Marta Santero. Una chiquilla de diez y seis años, de fabulosa cabellera obscura, ojos azules, de un azul elegante, aristocrático. Su estudiada coquetería, la inquietud de sus ojos habladores, y su vocecita de timbres regalones, llenó de asombros nuestras pupilas codiciosas de pequeños salvajes. Viviendo por los campos entre huasos rudos y fuertes, o en la soledad amante de nuestros hogares, estábamos muy lejos de conocer el secreto encanto que tienen las chiquillas de la ciudad.

(Han pasado los años. He libado amor en muchos labios, y he visto desvanecerse el encanto de las chiquillas de la ciudad...)

¡La Martita Santero! Blanca devoción de nuestros corazones!

Cuando se acercaba cariñosa y sonriente, a contar los adobes, o a preguntarnos algo, nosotros no comprendíamos cómo una muchacha tan linda podía conversar con unos brutos tan torpes y tan embarrados...

Le contestábamos lo mejor que podíamos, sintiendo una inmensa gratitud. En las noches de luna, jugábamos todos en la calle polvorienta. Hasta muchachas de 20 años corrían gritando y riendo, bajo el ensueño de luna blanca. Se organizaban carreras, y como a ellas entraban niñas y jóvenes, salíamos vencedores nosotros los chiquillos, y llegaban últimos los más enamorados...

Todos los días, los adobes y saltos me tenían en la casa de Lorenzo, aunque también el foot-ball, de cuando en cuando, me arrastraba a la **Cancha Chica**, incendiada por el lujurioso sol de Enero. Pero a mí me gustaba muchísimo más, saborear las perezas de esa hora, en casa de Lorenzo, bajo el enigma de esos ojos azules.

(Siempre he amado la hora de la siesta).

Cuando el sol enciende la tierra, y un silencio de encanto pesa sobre todo, gusto de trabajar lentamente, saboreando el sopor. Hilvano las frases desmayadamente, con los párpados entrecerrados, en la grata penumbra que proporcionan las cortinas corridas... Las horas desfilan perezosas también, hasta que el sueño me vence, la pluma cae al suelo, el cigarro queda apagado sobre el escritorio, junto al trabajo inconcluso...)

Por eso, me gustaba más que ir a derretirme en la **Cancha Chica**, pasar las tardes bajo el parrón de la casa de Lorenzo, murmurando proyectos... A veces—pocas eran esas veces, pero eran—Marta también concurría a nuestras charlas, y sus risas de cristalería revoloteaban sobre nuestras cabezas como mariposas líricas.

En la tarde Marta iba a la estación, único paseo de nuestro pueblecito: nosotros quedábamos cortando adobes. La estación no nos gustaba, aunque años después nos gustó mucho, mucho, mucho...

La estación ha sido siempre el sitio predilecto de todos. Inútil ha sido que la laboriosidad de los municipales haya compuesto la vieja plaza muchas veces, nadie concurre a ella.

Pero nosotros, en aquel tiempo, poco teníamos que ver con paseos o estaciones... Cortábamos adobes, esperábamos la llegada de la noche para apostar carre-

ras. Pero, como es de suponer, algunas noches las amorosas parejas estaban muy lejos de desear campeonatos atléticos, y entonces nuestro furor reventaba en insultos y gritos. ¡Inútil! Ellos preferían las románticas pláticas bajo el plenilunio ensoñador...

¡Amores viejos y empolvados, que poblastéis mi terruño de alegrías cancioneras, con cuánta emoción os recuerdo!

V

En las doradas postrimerías del otoño, cuando desnudábanse los árboles y palidecían los crepúsculos, Quilpue volvía a dormirse en su amorosa quietud, que poblaba de melancolías nuestras cabezas irreflexivas.

Languidecía mi pueblo. Las calles permanecían solitarias bajo la lechosa claridad de invierno, cubiertas de barro y de charcos de agua. Y, sin embargo, cómo recuerdo esos días, cuando escucho llover. Las primeras lluvias me traen un puñado de horas cautivas en el encanto de un recuerdo. Veo desfilar ante mis ojos nostálgicos los chambergos revolucionarios, los gabanes embarrados, las pipas encendidas y humeantes... Ese grato olorcillo a tierra mojada que hacen emanar las primeras lluvias, es un evocador de descoloridos otoños que se fueron hace ya mucho tiempo..

Era una sucesión interminable de días iguales, nebulosos, grises, arrastrándose por sobre ese silencio de abandono.

Y en los años actuales, cuando llega el invierno y la lluvia viene a mi ventana a murmurar suavemente en los cristales, hablamos de arte, me acompañan muchachos alegres y melenudos, hay pipas humeantes y chistes sabrosos, y sin embargo yo sufro la ausencia de algo... ¿Los amigos de entonces? ¡No! Hace ya tiempo que he aprendido a derramar mi olvido sobre cada amigo que se va... Yo creo que debe ser la nostalgia de los paisajes de mi rincón, esos paisajes grises coronados por la niebla, por donde pasaban cantando mis melancolías.

Pero en Quilpué, tal vez para romper la uniformidad de los días opacos y desencantados, el Invierno, que entonces era un viejo generoso, nos regalaba algunas escenas originalísimas. Después de una larga semana de borrascas que me tenía aprisionado al calor de la estufa de mi casa, leyendo las inocencias de Pérez Escrich, o las insoportables (y morales) novelas de Emilio Castelar, comenzaba una lluvia violentísima. Esto sucedía todos los años de igual manera. Entonces todo el mundo se regocijaba. ¡Vendría la inundación! Yo me soñaba en Venecia, pero en una Venecia despoblada de góndolas. Pronto cesaba de llover, y salíamos a la calle. Inmediatamente en un sitio de propiedad de mi abuelo paterno, que había frente a mi casa, se divisaba el agua, silenciosa, con hipocresías de sierpe, arrastrándose... Poco a poco crecía, e iba a estrellarse contra una puerta vieja que todos los años sacaba de quicio. Esto sucedía en la calle de los Carreras. Después doblaba por la de Diego Portales, yendo a rematar a los cuartuchos miserables que hay aún al fin de dicha calle. Durante este tiempo, las veredas se poblaban de curiosos, y las aguas subían visiblemente.

El aspecto era magnífico, y extraño, casi majestuoso, pues las calles son anchas y pueden dar cabida a una enormidad de agua. Entre tanto, los vecinos se paseaban por las aceras, comentando éste u otro incidente. Las ventanas se llenaban de cabezas de pequeñuelos, curiosos y alegres, que las mamás encerraban temerosas de una pulmonía.

Recuerdo, más por lo que me han contado que por lo que vi, que las primeras inundaciones fueron desastrosas. Como las veredas eran aún bajas, los primeros golpes de agua penetraron a las casas pequeñas habitadas por artesanos.

Años más tarde el agua inundó un salioncillo para conciertos, reparticiones de premios, u otras fiestas de esta naturaleza, que en ese tiempo había junto a la iglesia. En esa época, vagaba por las calles un borrachón apodado "El roto Medina". Recuerdo que me causaba un terror indescriptible, pues yo entonces sólo contaba seis a siete años. Cada vez que hacía una picardía, ya tenía encima la amenaza de que "El roto Medina" venía a buscarme. Este pobre vago contribuyó muchísimo a formar mi moral, hasta que un invierno—no sé cuál fué—una inundación nocturna pillólo en una de esas embriagueces

monumentales, y dió cuenta de él... Yo, no lo niego, al saber la noticia, sentí un rencoroso júbilo. ¿Oís, moralistas?.... Después, lo que el agua bajaba, las calles quedaban en un lamentable estado, mostrando sobre sus lomos inmundos todos los desperdicios que dejara la corriente. Un viento helado soplaba en seguida, y las calles sumidas en una soledad horrorosa, me obligaban a estarme en casa todo el día.

Pero el amanecer siguiente era un derroche de hermosura. El cielo azul y adornado con nubes blanquísimas. La atmósfera transparente. Y bajo la alegre lluvia de sol, todo, los cerros y las casas, parecían bañados en oro. Brillantes trozos de paisajes retratándose en el agua tranquila de los charcos. Gallardas brisas líricas oreando la tierra y las melancolías, numerosas bandadas de pájaros bulliciosos poblando las escuetas varillas de los árboles. Y en el alma—en esta loca alma, atormentada siempre y siempre ilusionada—pasando interminables caravanas de fantasía, de esperanzas en germen, y de amores en flor...

Y ahora me toca decir también, que no dudo de que todo el entusiasmo juvenil y la gallarda ilusión que se yerguen altivas y soberbias en mis humildes concepciones artísticas, las bebí a grandes sorbos, en esas horas doradas, cuando el sol mañanero dejaba caer sobre mi aldea una explosión de energías, precursoras de una fecunda y gloriosa primavera!

VI

Había semanas en que yo vivía encerrado en mi cuarto, lejos de la charlatanería de mis amigos, y del silencio amable de los campos. Vivía solo, en mi pieza, pues, entonces, como hoy, abrigaba un sincero amor por las intimidades de la alcoba.

Hoy amo mi pieza de trabajo. Vivo en ella sabrosas horas de quietud y de silencio; siento pasar las horas en puntillas, enlutadas unas y carnavalescas otras, dejándonos un poquito de ensueño, un poquito de tristeza y un poquito de fastidio...

Amo mi pieza. En ella contemplo el perezoso humear de la pipa que me acompaña en mis ratos de abandono o de placer; en ella medito acerca del amor y de la vida, del arte y del ensueño, de todo eso grande y bello que resucita en el fondo de nuestro pensamiento, cuando llega en silencio el aletazo de un cariño... En ella pienso, en ella sufro, en ella veo pasar las caravanas de mis ilusiones, gallardas y confusas, como un ejército de estrellas en derrota.

Amo mi pieza. Ella parece guardar algo

Ya tenía encima la amenaza de que "El roto Medina" venía a buscarme

de mis secretillos amorosos, que todos los hombres reunimos en el corazón, uno a uno, formando inconscientemente la novela de la vida, miserable algunas veces, delicada otras, pero siempre sentimental.

Amo mi pieza. En ella tiembla el germen de un poema, de alboradas, juventudes y primaveras, donde las proezas de la rima y las hazañas de la música, agitarán sus alas de diamantes, y, salvando el abismo de los olvidados, cantarán las glorias de ese amor que se fué...

VII

Escribir un libro de memorias es una labor grata. El continuo mariposeo de los recuerdos, nos llena la cabeza de una época lejana que tal vez todos olvidaron..

Alegrías, desesperanzas, pequeños fracasos y pequeños triunfos, amarguras silenciosas que nadie supo, y que reviven ahora para que las coloquemos en un parrafito triste, tan triste como ellas, adornado con tres puntos suspensivos, evocadores y misteriosos.

Hoy, mientras escribía, un recuerdo querido y simpático ha pasado aleteando apresuradamente, como ansioso de quedar preso entre mis carillas, que con honda emoción voy llenando en estas tardes perezosas y cálidas.

¡Mi tío Salvador! El recuerdo palpita iluminándose, y veo—al través de la hamareda azul de las distancias—su rostro severo y amable como en aquellos días bullangueros; paseo por la bodega poblada de toneles, subo a la casa en construcción, y al mismo tiempo escucho la narración de sus recuerdos, que me repetía lentamente a la sombra de los árboles de mi rincón!

¡Mi tío Salvador! Para él mis palabras de gratitud y mis recuerdos cariñosos, pues él fué el único pariente que supo perfumar con halagos mi infancia soñadora, nostálgica de amor.

Deseo que este libro incorrecto y nervioso llegue a sus manos, no como una obra literaria (que no lo es) que engendra estúpidas vanidades en su autor, sino como una confidencia amorosa y sentida, dicha de corazón a corazón, en la paz amiga del terruño.

Mi tío Salvador tiene algo de golondrina: Emigrador y alegre, aunque la nieve de los años ingratos ha dejado su cabeza blanca... Vive en inquietos viajes, y vuelve de cuando en cuando al viejo nido, tal vez para reponerse de las pasadas campañas, y tomar nuevos alientos para una nueva emigración. Sus llegadas, sus adioses y sus ausencias, forman parte de mis primeros recuerdos, de esos recuerdos ya borroneados por la inquietud del vivir... Una tarde—una tarde cualquiera—se anunciaba de improviso:

—Mañana llega el tío Salvador.

Regocijos. Gritos. Preparativos en casa de mi abuela materna; pues casi siempre la ausencia ya contaba dos o tres años. Al día siguiente llegaba. Conversador y alegre lo mismo que antes, aunque un poco más acentuadas las arrugas de la frente y más brillante el blancor de las canas... ¡Dos o tres años no pasan furtivamente! Pero entonces no había tiempo para estas reflexiones tristes. Aún no se apagaban los comentarios de viaje, cuando mi tío proyectaba un paseo... ¡Era lo de siempre!

¡Hermosa lección de energía que no se ha borrado en mí! Cada uno de aquellos paseos era una gloriosa canción a la vida, que ha sabido resucitar en mis páginas, y que florece intacta en mi corazón.

Al día siguiente se llevaba a efecto el paseo, a las frutillas, a las uvas, a cualquiera parte... Carretas, coches, caballos; una caravana bulliciosa lanzada al campo bajo la indecisa luz del amanecer. Volvíamos de noche custodiados por la luna...

Mi tío pasaba un tiempo con nosotros, y luego se marchaba precipitadamente. Pero en uno de esos viajes—deseoso tal vez de poner término a sus inquietas emigraciones—comenzó a construir su nido, ilusionado quizás en un futuro descanso y en una vida de sabrosas perezas: Hermoso epílogo de silencio, al final de su novela de laboriosidades y perseverancias. De ese edificio, yo vi colocar las primeras piedras, levantar las murallas, armar los tijerales y concluirla totalmente. Esa casa parece que tiene algo mío...

Mientras los albañiles y carpinteros hacían barro o levantaban pilares, nosotros, a la sombra de un árbol, mirábamos la faena: Brazos que se agitan, martillos cabeceando sobre las maderas, hombres que trepan valientemente por una escalerilla endeble, gritos del mayordomo, chillidos de roldanas, tonadas amorosas, jadeos; todo revuelto y febril bajo el bochorno del día de verano.

Cuando el edificio estuvo concluído, mi tío instaló una bodega de frutos del país. Allí viví horas inolvidables. Me dediqué a pintor. En pedazos de cartón o madera dejaba mis impresiones, ¡y qué impresiones!.. Una cabeza de payaso, un atardecer de Enero, las Pirámides de Egipto, una calle toledana, y otros mamarrachos

Mi tío aplaudía entusiásticamente mis cuadros, y los colocaba en la bodega. Allí

Si nuestra puntería no hizo prodigios, sorprendimos maravillosos paisajes...

nadie los rompía, ni nadie se mofaba de ellos. Tenían un público amoroso e indulgente que sonreía...

Han pasado los años. Hoy soy indiferente ante el fallo de los críticos, y sin embargo siento una vaga tristeza al arrojar mis pobres libros al viento incendiado de la vida; en ellos palpitan tantos recuerdos íntimos, que me parece una profanación... Y sufro la nostalgia de la bo-

dega del tío Salvador, llena de penumbras y de olvidos perdonadores....

Después continué viendo a mi tío casi diariamente. Pasaba con él gratas horas de charla, y siempre lo encontraba igual: conversador, alegre y cariñoso. Me hablaba largamente de las campañas del 79, de las cuales fué testigo.

Años más tarde, cuando las fastidiosas tareas escolares robaron mi libertad, poniendo entre el campo y mis anhelos una ruma de libros antipáticos, un ejército de números y un diluvio de reglas gramaticales, de las cuales (esto puede observarse fácilmente en mis libros) no conservo una; cuando me vi prisionero entre un escritorio y una banca, y al frente de las severas gafas del profesor que hablaban de insoportables arrestos, entonces dejaba de ver a mi tío meses enteros. Mi preparación para el porvenir lo pedía así. Y yo, aunque malamente, lo cumplía.

Cuando, por desgracia mía, ingresé en el Seminario de Valparaíso, lo dejé de ver largo tiempo. Una tarde nos dijeron:

—Se fué el tío Salvador...

—¿Sí?

—Sí, se fué...

Y todos nos quedamos silenciosos.

Siempre se marchaba así, calladamente, sin anunciar a nadie su partida, tal vez no gustaba de la honda tristeza que deja el vulgar y sentido poema de los adioses...

Pero quizás él, cuando el tren de la mañana lo alejaba del rincón que lo vió nacer, se iría despidiendo mentalmente de todos nosotros... No lo he vuelto a ver más.

¡Que estas páginas sean como un beso en su cabeza blanca!

VII.

Una mañana tristona y desencantada de Abril, cuando ya el invierno hacía presentir su cercanía, Lorenzo fué a casa a buscarme.

—De pensionista acaba de llegar un caballero Munita—me dijo en tono confidente—viene a descansar, con él podemos hacer paseos. ¿Quieres conocerlo?

—Bueno...

—Pues anda... ponte el sombrero.

A mí, que me daba lo mismo salir con sombrero que sin él, me lo puse por condescender. Y fuimos. Lorenzo me lo presentó, poniéndose muy colorado, y yo no me puse menos cuando balbuceé mi nombre. Era la primera presentación de mi vida.

El señor Munita era un sujeto de regular estatura, moreno, con algunas arrugas en la frente, en donde el tiempo, poco a poco, va enterrando las ilusiones... Ojos negros e inquietos de hombre astuto que sabe que la vida es una desesperada cacería de candorosos. En sus labios delgados ardía la voluntad. Los cabellos obscuros peinados hacia atrás, hacían ver la frente más grande de lo que era.

Me saludó amablemente, preguntándome si yo era de Quilpué. Contesté que sí, ruborizado. Es la única vez que me he avergonzado de ser provinciano.

Entramos a casa de Lorenzo, hilvanando una conversación tan insípida como la que todos los días repiten en los salones los mozalbetes aristocráticos. Hacía calor. El caballero estaba cansado. La noche sería obscura, pero después amanecería.. Bueno. De todo eso hablamos, malamente, pero hablamos. Para el día siguiente organizamos una partida de caza. Conseguimos escopeta con un almacenero vecino; el señor Munita compró los tiros, yo llevé un pequeño riñe de salón, Lorenzo se encargó de los víveres, y al día siguiente, antes de que el sol se asomara curioso tras los perfiles de los cerros, abandonamos la sabrosa pereza de la cama, y con la escopeta al hombro y el morral cruzado, partimos por la carretera polvorienta, oyendo los lirismos de las brisas.

¿Cazamos? Es natural. Un hambre y un cansancio con letra mayúscula. Nada más.

Pero si nuestra puntería no hizo prodigios, sorprendimos maravillosos paisajes, gallardas caídas de agua, arroyos juguetones y traviesos que serpenteaban bajo el follaje de los sauces abatidos, quebradas y barrancas, caprichosas, y otras hermosuras que tiene mi campiña amada, testigo de la historieta inocente de los primeros amores míos.

Volvimos a casa, cansados y hambrientos, a la hora de almorzar. Nos separamos prometiéndoles yo que iría a verles a la tarde. Y fuí. Nos reunimos bajo el parrón pequeñín, que escuchó la canción de las risas de Marta, de aquella Marta

loca y coqueta, que ya estaría muy lejos, olvidada de nosotros... Entre bostezo y bostezo, nos preguntamos:

—¿Y qué hacemos?

Nuestros miembros adormecidos por el letargo de la tarde otoñal, acusaban rabiosos deseos de dormir.

—¿Saben ustedes jugar ajedrez?— nos preguntó nuestro señor Munita.

—No—contestamos ambos.

Recuerdo que en aquella época sólo sabíamos jugar football, consumir cigarrillos ordinarios, y saborear las siestas a que nos invitaban las tardes monótonas y tristes, cuando los vientos fríos y cortantes amontonan las nubes a lo lejos, sobre el perfil de los cerros pensativos...

—Pues yo les enseño—contestó el testarudo caballero—¿tienen ajedrez?

—No.

Nosotros no habíamos visto nunca tal cosa. Pero unos amigos—de esos amigos que sólo sirven para mostrarnos sus ingratitudes y regalarnos cosas inútiles—nos facilitaron el tal juego.

Nos divertimos bastante alineando esos aparatitos de madera, barnizados, tallados, lustrosos y diversos, semejantes a los hombres... los había valientes y leales; que atacaban de frente; otros, cobardes, de costado; los peones—como en todas partes—podían poquísimo. La reina, con humos de Czar, hacía lo que le daba la gana... ¿No digo? Semejantes a los hombres...

Después de muchos sudores que derrochó el señor Munita, aprendimos a jugar: y comenzaron las partidas interminables, en que nuestra paciencia asistía al espectáculo triste del vuelo de las horas....

En los días de sol, la sombra del parrón amigo amparaba nuestros torneos silenciosos, adornados con bostezos y chistes.

En las noches salíamos los tres a recorrer las calles casi solitarias, alumbradas por el melancólico resplandor de los faroles de parafina. El nos relataba aventuras y escenas de su vida que hoy dudo mucho que fueran verdad y de cuando en cuando nos obsequiaba un cigarrillo habano, que nosotros fumábamos con muchísimo respeto, aunque estábamos convencidos de que no había pasado por La Habana.

Así pasó una semana. Una semana original y rápida, salpicada de paseos mañaneros, partidas de ajedrez, excursiones nocturnas y cigarrillos habanos.

El señor Munita era un buen amigo, no cabía duda: Un poco feo era, pero eso no importaba. Casi se puede decir que le queríamos, pues cuando nos anunció que se marchaba, nos pusimos un poquito tristes. Pero antes de empezar a arreglar sus maletas, que, dicho sea de paso, no eran muchas, nos hizo una promesa halagadora como todas las promesas que han venido a aletear a nuestros oídos... Al ver nuestros rápidos progresos en el pacienzudo juego de las reinas y caballos, nos prometió que nos enviaría un ajedrez. Nosotros brincamos de gozo, le dimos anticipadamente las gracias y concluímos pidiéndole un cigarrillo habano... Llegó la noche en que tenía que partir.

Una noche fea, obscura, fría. Una noche sin luna. Le acompañamos a la estación, llevándole los paquetes. Fuimos silenciosos, casi conmovidos, fumando cigarrillos propios...

Cuando llegó el tren, apresurado y bullicioso, le ayudamos a subir el equipaje al vagón; nuestro amigo nos volvió a prometer el juego de ajedrez, y, con un grito angustiado de la locomotora, un

—Adiós!

—Adiós!

El gigantesco penacho de humo nameando en el aire, como un melancólico pañuelo de despedida.

A la mañana siguiente, cuando nos vimos con Lorenzo, empezamos a divagar sobre el ajedrez, si sería grande o pequeño, amarillo o negro, si las piezas serían de marfil o de madera...

Esperamos una semana, dos, tres... El juego no llegó nunca... Este olvido me dió pena; jamás gustaba recordarlo.

Sin embargo, me río.

En la vida he visto tantos señores Munita!

¡He esperado tantos juegos de ajedrez que no han llegado nunca!...

IX

Venid conmigo por los senderos de mi terruño, escuchad los monólogos del agua que recita el arroyo juguetón, recorred las arboledas en donde el viento enreda sus coplas, y os contaré la blanca e inocente historia de mi primer idilio, hablándoos de esa virgencita casta que me amó y una mañana riente se fué...

Pensé que ya nunca sus manecitas breves me regalarían flores...

X

—¿Cuántas son?

—Dos.

—¿Y cómo se llaman?

—Olga la mayor, Ofelia la otra.

—¿Llegaron hace mucho tiempo?

—Un mes.

Mi primo Samuel, con la insolencia de dos colegiales de la ciudad, observaba la quinta en donde vivían las muchachas. Yo, a su lado, con la peculiar timidez de los provincianos, temía una barbaridad de su parte.

Samuel silbó.

—No seas bruto, nos pueden ver!

—¿Y qué?

Y se paraba frente a la puerta de la quinta, con el desenfado de un Artagnán en miniatura.

Yo propuse:

—Oye, vámonos, mejor.

—No.

—Si nos ven lo perdemos todo.

—No.

Era un no imperial empapado en convicción.

Mi primo Samuel acababa de llegar de Santiago, en donde había rendido exámenes de segundo año de humanidades. Vivía en mi casa y teníamos casi una misma edad.

Las muchachas eran simpáticas, y poseían el adorable encanto de las muñecas de doce años. Rubia la mayor y la menor morena, no sé por qué ahora me recuerdan esos juguetes de porcelana que en los salones sueñan sobre las diminutas mesas de mármol. Salían sólo en la tarde, y en la estación se efectuaba el pueril torneo de miradas y risas.

En las noches de luna, cuando con Samuel nos paseábamos por el jardín, sin hablar, sintiendo la ilusionada romanza que entona el corazón cuando llegan rumorosos los aletazos del primer cariño, los recuerdos gayos y vistosos de las dos muñecas poblaban de ensoñaciones nuestros silencios. Divagábamos seriamente sobre el porvenir. Sentíamos ardientes deseos de ser buenos. Reíamos de todo. A veces nos encerrábamos en nuestra pieza y escribíamos largas cartas aturdidas de lirismos. (No preguntéis para quién).

En las tardes, mientras leíamos a la sombra acariciadora del patio, y el humo de nuestros cigarrillos dibujaba en el aire un exótico carnaval de líneas azules, los recuerdos de las charlas de la mañana, vagabundeaban rientes. Pues nosotros no nos contentábamos si empezaba un día sin que cambiáramos algunas galanterías —ellas desde la quinta y nosotros en la vereda—negociando promesas y sonrisas a través de las rejas aprisionadoras.

Así desfilaron los meses de vacaciones tan fugaces, tan locos, tan habladores! Recuerdo perfectamente la noche última, que pasamos juntos bajo la melancolía de la luna de verano! Cuando quedé sólo, en la penumbra azul del patio, pensé, pensé mucho. La primera meditación pasó volando por sobre mi frente. Olga se iría, yo me marchaba a un colegio de Valparaíso, y esos amores infantiles, inocentes como el aroma de las rosas, se deshojarían en el silencio del otoño. Pensé que ya nunca sus manecitas breves me regalarían flores, y que tal vez sus ojos—ojos de azul mediterráneo—se entornarían al paso de otros sueños bajo la comba de otros cielos. Pensé en muchas cosas románticas, evoqué trozos de novelas olvidadas, recordé otros días, y pasé muchas horas—¡muchas!—mirando los misteriosos guiños de las estrellas que aparecían lentamente por detrás del alero de mi casa...

Despertaba la adolescencia en sus secretas ansias e inmotivadas melancolías comenzaban a llegar los amores extravagantes cabalgando el huracán de la quimera.

Al día siguiente fuimos con Samuel a la estación.

Nos despedimos de la familia, y precipitadamente a ellas les arrojamos un adiós apenas murmurado. El silbido de la locomotora marcó una hora suprema de mi vida.

—Adiós!

—Adiós!

Y mientras el convoy se alejaba pintando en el azul un inmenso penacho de humo blanco, vi que un pañuelito enano, por entre las ventanas del vagón, me hacía señas...

Era el primer amor, pueril y rápido, pero gloriosamente bello, que se alejaba.

(Después supe que con él se marchó mi infancia...)

FIN

¡SI LA ANTIGUEDAD HUBIERA CONOCIDO NUESTROS INVENTOS!

Las Sirenas y el fonógrafo

Eneas toma para recuerdo una instantánea de Dido

Diógenes usa una linterna eléctrica para buscar a su hombre

César: ¡Aló! ¡Aló!... ¿Hablo con Roma?... Bueno. Veni, vidi, vici....

Homero dictando la Iliada

Phidipides bate el record de Maratón

EL CERRO SANTA LUCIA

Por

HERNAN DIAZ ARRIETA

El Cerro y el antiguo río Mapocho.—Trabajos y Combates.—Las ideas de Vicuña Mackenna.— Una Biblioteca.—¡Purifiquemos el Cerro!—El cerro literario y artístico.—El mago y el duende del Cerro; la única leyenda...

Ilustraciones fotográficas

Cuando Huelén-Huala, cacique de la Dehesa, le cambió a don Pedro de Valdivia el cerro Santa Lucía por unos terrenos de Talagante, dice la Historia que lo hizo de mala gana y "por temor a males mayores o de su suerte y de su indiada"; pero de seguro que ni el mapuche ni el extremeño soñaron remotamente siquiera el valor que adquiriría más tarde la abrupta roca.

En aquel entonces, era el Cerro una península que partía en dos brazos el caudaloso Mapocho; y según las adivinaciones de los geólogos, años y siglos atrás fué una isla, una roca pequeña cuya más alta punta apenas sobresalía sobre las tumultuosas aguas del río.

Era también dos veces más grande que hoy.

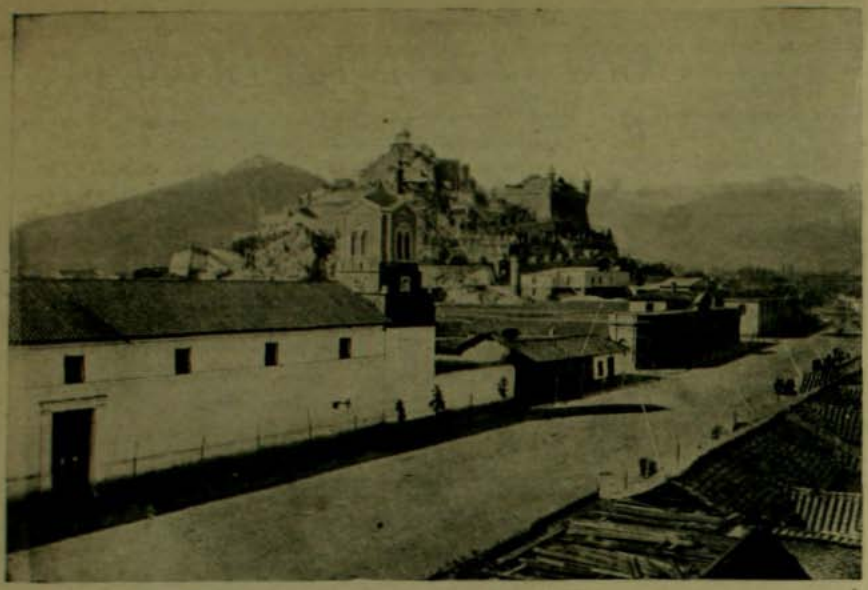
Su tamaño actual se debe a que la mayor parte de las casas antiguas asientan sobre rocas arrancadas a sus flancos por canteras semejantes a las que están carcomiendo en la actualidad el cerro San Cristóbal

Mas no debemos condenar aquel despedazamiento como esta inexcusable destrucción, pues en la primera época nadie podía imaginar que el Santa Lucía estuviera destinado a ser el mirador ideal de las bellezas del valle. Por su espléndido aislamiento, por sus cortes inaccesibles y hasta su fiero aspecto de dureza, el Huelén parecía hecho por la naturaleza para servir de baluarte y en ello convirtiólo Valdivia no bien tuvo su posesión: las mismas piedras que hoy, sombreadas de árboles y colgadas de rosas ven pasar elegantes mujeres en veloces automóviles, sintieron golpear la dura planta de doña Inés de Suárez, arremetiendo contra los indios, a la cabeza de su gente y armada de todas las armas.

Así como el primer presidente de este reino de Chile edificó en el cerro un baluarte, el último que hubo venido de España también lo juzgó útil para su defensa y mandó levantar en él dos baterías: la de Marcó del Pont y la de Santa Lucía. En el sitio de ésta, queda un restaurant donde se dan cenas en comedorcitos reservados y en el lugar donde asentó aquella, hay una plaza donde funciona un biógrafo, y una roca con la fecha de 1818, que lo fué de nuestra definitiva independencia.

Poco después de 1818, don Bernardo O'Higgins proyectó formar en el Cerro un paseo público, erigir un monumento a las glorias de Chile y levantar un Observatorio Astronómico; pero nada de esto llegó a realizarse; y por el contrario, en 1827, Santiago estuvo a punto de perder el Santa Lucía: la caja Municipal, eternamente escuálida, necesitaba llenarse con cualquier cosa y muchos pensaron vender el cerro.

Durante la presidencia del general Bulnes, llegó a Chile una comisión astronómica yanqui, encargada de practicar observaciones de Venus, y eligió como ubica-



Vista general del Santa Lucía desde la Alameda en 1874

ción el que hoy es el gran templo de la diosa.

Queda de esa época un curioso grabado, hecho por don Claudio Gay, en que se ve una pelea de rotos, con altos sombreros y el busto desnudo, y una gran parte del valle del Mapocho, limitado por la cordillera de los Andes.

Guarida de ladrones, madriguera de vagos y asilo de estudiantes que hacían la "cimarra", el cerro Santa Lucía no fué tomado nunca en serio antes del advenimiento de Vicuña Mackenna: apenas si la gente práctica le concedía utilidad como basural y cantera públicos.

Cuando el grande intendente anunció su intención de imitar en el Huelén los jardines suspendidos de Babilonia, el vecindario se escandalizó y don Benjamín fué llamado visionario y derrochador. Tenemos ante nuestra vista uno de los artículos en que se le atacaba por esta obra superflua e imposible y, colocándose en el ambiente de la época, uno le encuentra razón al articulista y comprende que Vicuña Mackenna tuviera la opinión en contra. Pero él estaba por encima de ella y supo vencerla. Valiéndose de los infinitos medios de influencia que le daban su agrado personal, su verba insinuante e infatigable, su vasta cultura y la alta posición social de su familia, doblegó resistencias, conquistóse apoyos y descargó sobre el cerro un torrente de brazos y de voluntades.

Allí trabajaron ciento sesenta presos, treinta esforzados mineros de Atacama, doscientos cincuenta peones y un numeroso personal superior, la mayor parte del cual o no ganaba sueldo o tenía una remuneración exigua.

Dos años duraron los trabajos; dos años de una actividad inagotable y milagrosa en que don Benjamín derrochó genio y paciencia para contentar a todos y sacar del abierto bolsillo personal suyo y de la cerrada bolsa vecinal los doscientos mil pesos que en suma vino a costar la maravilla del Cerro.

Es un capítulo interesante y que está por escribirse el relativo a los bienhechores del Cerro. El entusiasmo desbordante de Vicuña Mackenna era de naturaleza esencialmente comunicativa y así vemos su generosidad personal difundirse como un reguero de fuego, entre sus amigos y colaboradores técnicos.

M. Ansart, Director de los trabajos arquitectónicos, prestó sus servicios gratui-

tamente mientras duró la transformación; Andrés Staimbuck, eminente tallador dálmata, labró la Ermita y el pedestal del Arzobispo Vicuña, no sólo sin cobrar dinero, pero gastándolo de su bolsillo; el general don Mariano Ignacio Prado, peruano al servicio de Chile, donó su sueldo de un año, ascendente a quince mil seiscientos pesos; don Domingo Fernández Concha erogó siete mil, don Luis Cousiño, dos mil, don José Tomás Urmeneta, mil, don Enrique Meiggs, mil, don Emeterio Goyenechea, mil. Todo en moneda de aquel tiempo, cinco veces más valiosa que la nuestra.

Es digno de hacerse notar y de meditarse que, a pesar de la escasez de medios y de la extraordinaria rapidez de ejecución, todas las obras quedaron tan perfectamente acabadas que ni una sola se ha derrumbado con los años y los terremotos. Cuanto a la concepción artística del paseo, dos grandes "mejoras" se han hecho desde entonces: el teatro y los carritos eléctricos, desaparecidos para alivio de la estética, y la monumental subida por Alameda, con sus escalinatas de palacio italiano absolutamente ajenas a la fisonomía de fortaleza ceñuda e inaccesible que tiene el Cerro verdadero.

En lugar de invertir en esta construcción impropia y de mal gusto tanto dinero como don Benjamín necesitó para transformar todo el Cerro, podía haberse proseguido en él la acumulación de antigüedades y recuerdos históricos que Vicuña inició y que nadie ha imitado más tarde. Todo lo que hay en este sentido se lo debemos al fundador del Cerro: los cañoncitos coloniales, la campana de la Ermita, única reliquia de la Iglesia de la Compañía, que anunció a Santiago el espantable incendio; el pilón de piedra junto a la Estatua de Cristóforo Colombo, con sus doscientos años, la pila frente al acuario, primera fundición de cobre hecha en Chile (año 1671) y los dos escudos, el de fierro batido, a la entrada del Restaurant, y el de piedra, a la puerta de la plaza del Teatro, verdadera maravilla este último que labró en tres años (1805-1808) el presbítero chileno señor Vareia, cobrando por él sesenta mil pesos de nuestra moneda, que no le fueron cancelados nunca.

Otra inspiración de Vicuña Mackenna desdeñada por sus sucesores ha sido la de establecer una Biblioteca en la cumbre del Cerro.

Terminada la exposición histórica del

La entrada del Cerro por el Norte, en la época de su construcción

coloniaje, fundóse en el sitio que hoy ocupa el Restaurant una sala de lectura denominada "Biblioteca de Carrasco Albano".

Ya no existe ¿Por qué fué suprimida? En su lugar funcionan las mal olientes cocinas de un bar, que ni siquiera logra costearse, y que ha causado la ruina de tres empresarios. Creemos que se debería dar por fracasada la tentativa de radicar allí un hotel permanente y decidirse a establecer a firme una buena biblioteca.

Una biblioteca en la falda del Cerro le prestaría nobleza y encanto. Sería un lugar de largo reposo muy de acuerdo con el carácter sereno y elevado del paseo. Después de la fatigosa ascensión, uno descansaría en hondos sillones, respirando el aire puro de la cordillera, sintiendo los ruidos de la ciudad confundidos en un solo rumor, como de océano, y levantando a intervalos la vista del libro para dilatarla por el paisaje adormecido en la paz vespertina.

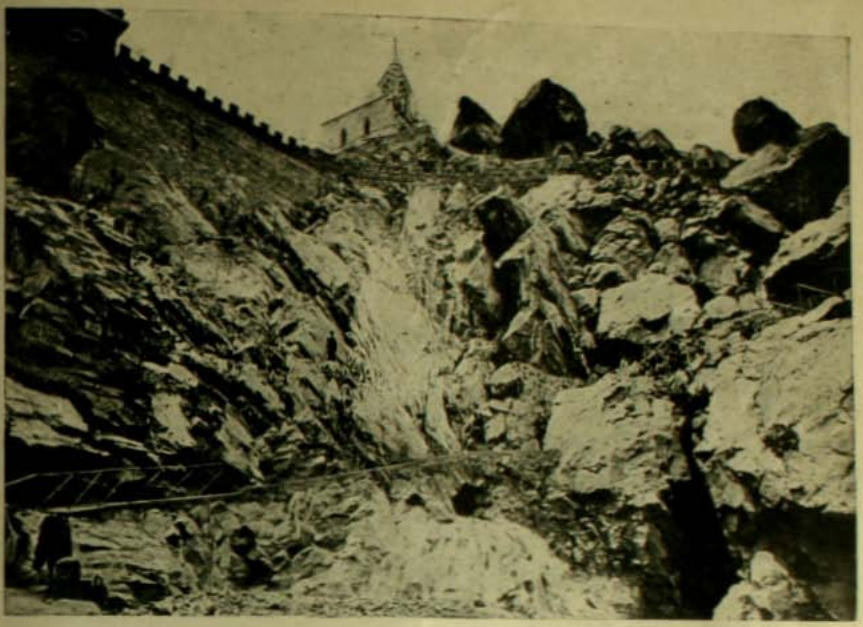
Una Biblioteca le imprimiría al Cerro su sello de dignidad artística y le borraría la fea mancha que le han puesto muchos años de comedorcitos reservados. Debemos purificar al Cerro de las cenas ruidosas, de las borracheras, de las parejas indecentes. El Cerro no debe ser como otro paseo cualquiera: lugar de selección y poesía, así como en otros siglos sirvió para defenderse de los salvajes, ahora se debe constituir un baluarte contra los que no levantan el alma arriba de una copa en un mesón.

Amado de los artistas y de los espíritus de "élite", el Cerro ofrecería al mismo tiempo a la muchedumbre una lección de cultura más comprensible y eficaz que los museos y que tendría el inestimable mérito de ser original, única verdaderamente nuestra.

Aún cuando nuestros escritores son poco inclinados a cantar las bellezas nacionales y prefieren los ruiseñores de Francia o los pinos de Noruega para adornar sus libros, encuéntrase en poesías y novelas de esta tierra descripciones literarias verdaderamente sentidas del Cerro Santa Lucía y de los paisajes que desde sus rocas se contemplan.

A don Miguel Luis Rocuant, con cuya poesía no comulgamos, el peñón maravilloso le ha inspirado estas estrofas deli-

La primitiva entrada del Santa Lucía recién terminada



Aspecto del Cerro Santa Lucía al iniciarse los trabajos

cadísimas que habrán de sobrevivirle como lo mejor de su acerbo artístico:

Cubriendo peñascos enormes y grises,
al borde del Cerro colgaban tapices
de leves, risueños rosales en flor.
La red delicada del suelto ramaje
sutil y silvestre, formaba un encaje
de rosas nevadas y obscuro verdor.
Al sol matutino, de lo alto prendidas
bajaban cubriendo las ramas floridas
la parte del cerro cortada en talud;
y hacían con sombras y luz arabescos
si por sus dibujos livianos y frescos
pasaba una brisa del norte o del Sud.
Al tímido soplo de la hora de estío
sus lágrimas tenues dejaba en rocío
correr por la fibra, la hoja o raíz.
Algunas brillaban, caían al suelo
teñidas de rosa, de púrpura o cielo
o envueltas en iris de claro matiz..."

Esta mezcla de gracia y de fuerza de las rocas adustas tapizadas de yedras, colgadas de enredaderas y con filetes de flexibles tallos de árboles, es lo que más fuertemente ha impresionado a los artistas.

"...y de tu Cerro estéril, convertido en oasis...
nido de amores castos y ardientes sati-[riasis
te mira en mármol blanco don Pedro de [Valdivia..."

Dijo Francisco Contreras en un soneto a Santiago, sintetizando en el segundo verso dos aspectos muy propios de este que, aún después de partida la comisión astronómica yanqui, ha seguido siendo el gran campo de observación de Venus.

A medida que se asciende por los caminos llenos de gracia, van apareciendo el valle siempre verde y sonriente y la ciudad con sus techumbres grises y brillantes, encerrados en el inmenso círculo de las cordilleras.

Veamos cómo se retrata el espectáculo en la pupila plástica y detalladora de don Luis Orrego Luco:

"...un grupo de naranjos nos permitía vislumbrar, entre los recortes de hojas y los encajes de las ramas, el hacinamiento de techos grises en que predominaban el zinc de las construcciones modernas, un océano

de chimeneas, de torres y campanarios diseminados, la raya de un verde profundo de la Alameda, cortando la ciudad en dos porciones, una de las cuales se pierde a lo lejos en la felpa descolorida de los alfalfales, entre tanto que la otra no halla riberas a su mar de techos y edificios amontonados sin interrupción en larguísima sábana. Los rayos del sol moribundo convierten en ascua de oro la cúpula del palacio morisco de Díaz Gana... los reflejos de algunos cristales, que ciegan la vista, resaltan junto a la quietud apacible del Convento de las Claras, con su huertecillo sombrío. Vemos las torrecillas del Carmen Alto, sus agujas y

vemente, lentamente, cual si una mano misteriosa hubiera ido plegando las varillas de aquel inmenso abanico de fuego."

Cada estación del año, cada hora del día o de la noche pasan sobre el Cerro Santa Lucía con una belleza nueva.

En el invierno, la lluvia cae y las hojas corren por los caminos, enloquecidas por el viento; a través de los árboles, brillantes de agua, se divisa la ciudad, con sus bajas techumbres mojadas, y más lejos el valle y las montañas envueltas en un vapor blanquecino. Después del amarillo florecimiento de los aromos, empiezan a sentirse en el ambiente los tenues perfumes de la pri-

El Santa Lucía desde la calle de la Maestranza en 1874

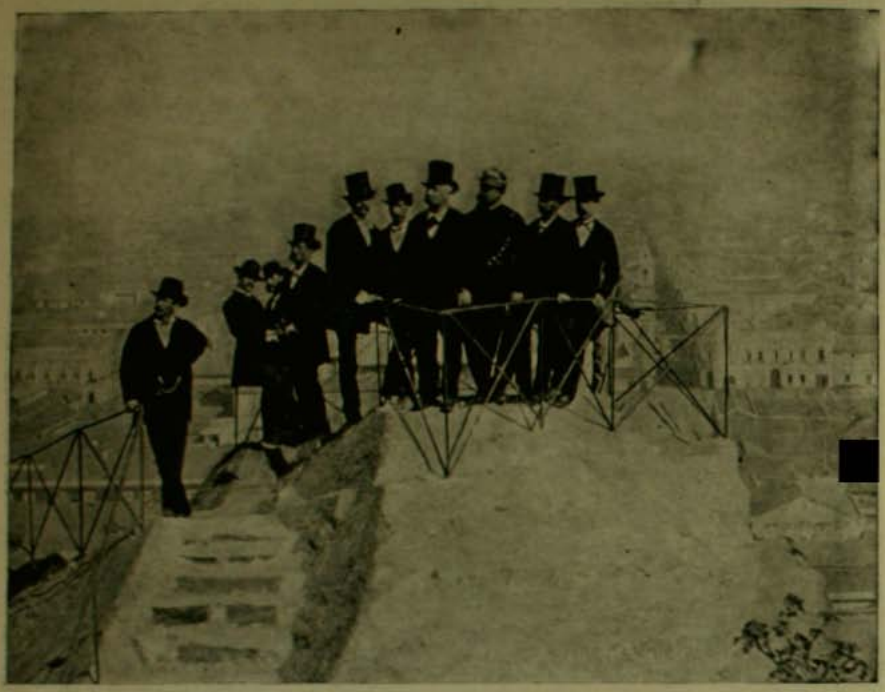
láminas de estuco, los cipreses tristes de su reducido cementerio..."

Ante el mismo paisaje, Maluenda bate las grandes alas de su inspiración y canta en su estilo luminoso, coloreado y un poco declamatorio:

"...por sobre sus cabezas el sol poniente doraba las copas, suavemente balanceadas por el viento; como en un agitarse de sedas descendía de lo alto el rumor de los follajes... En frente, envuelta en la tenue luminosa gasa de polvo, se dilataba la anchurosa ciudad y la imprecisión que en aquella hora tomaban sus líneas la hacía aparecer fundiéndose con los borrosos llanos distantes... Una inmensa lumbrada incendiaba el dilatado espacio: por un instante el cielo, las montañas, la ciudad aparecieron rojos, envueltos en aquella onda luminosa. Súbitamente, como si el abrasado disco se hubiera desplomado desde la cima de los cerros se amortiguó la deslumbrante llamarada y que la luz apaciguándose suamavera naciente; con la tibieza del sol, los pájaros cantan escondidos en las ramas; vuelan sobre las primeras flores con una alegría loca. Luego, la estación se hace ardiente; tórnanse en candelabros de oro las sombrías araucarias y es deliciosa la frescura del agua que golpea las rocas y va llenando el pequeño lago con un manso rumor. Entre el follaje espeso, fórmanse los frutos y se oye el piar de los pájaros recién nacidos. Las noches estivales se abaten sobre el cerro palpitantes de estrellas y cargadas de una temblorosa languidez. Pasa el verano con la rapidez de las alegrías humanas y con los primeros días del otoño se ven desde las terrazas puestas de sol en que las nubes inflamadas y rotas, semejan el incendio de un palacio colosal y arrojan sobre las rocas y los árboles resplandores sangrientos. Acompañadas por la tristeza de los árboles, que se desnudan para la muerte, llegan las noches transparentes y las primeras brisas frías. La luna se levan-

Fabricando grutas artificiales

El Cerro desde una de las calles de ultra Alameda en 1873



Don Benjamín Vicuña Mackenna y sus colaboradores, inspeccionando los trabajos del Cerro Santa Lucía

ta sobre las nieves lejanas y a medida que avanza por el firmamento azul, las estrellas se apartan, la dejan sola y única... Bajo la misteriosa claridad, el Cerro se transforma en un lugar de prodigios, lleno de grutas encantadas y en cuyas indefinidas escalinatas y sorprendentes plazas blancas uno mismo se siente otro sér, fantástico y sobrenatural.

❁

El Parque Cousiño es visitado todas las tardes por una multitud elegante y de buen tono que se estaciona en sus automóviles o desfila bajo los árboles con un recogimiento silencioso y solemne. La Quinta también tiene su muchedumbre amiga: amas con crías, soldados, extranjeros y empleados de tienda acuden todos los domingos a hacer once sobre el pasto o jugar foot-ball en las canchas, bulliciosa y alegremente.

Sólo el Cerro Santa Lucía goza el privilegio de ser comprendido y amado por unos cuantos adoradores de selección, que no se confunden al encontrarse juntos.

Se les ve siempre, en la mañana o en la tarde, sentados en algún banco de piedra leyendo o paseando la mirada por el paisaje verde y cordillerano. Los enamorados del Cerro, especie de logia silenciosa y reservada, miran con cierto fastidio la invasión del paseo por los extraños y apenas condescienden con las parejas crepusculares, tan discretas que buscan siempre los sitios menos expuestos a la luz.

Son numerosos...

Don Luis Orrego Luco, autor de Idilio Nuevo y Casa Grande, con atenta pupila experta en la observación de bellezas femeninas: don Alberto Cumming, sabio y amable profesor que creería incompleto su día si no diera una vuelta por el Cerro, después de hacer su clase de Derecho Romano; don Santiago Riesco, correcto en su elegancia como un lord inglés; don Máximo del Campo, que atraviesa por los caminos y las plazas con un alto aire de propietario: don Eufrosino Casal, perdido en sus ensueños.

En las mañanas de Invierno, recordamos haber visto subir dos gloriosas cabezas blancas que iban a renovar bajo el verdor perenne de los árboles su prolongada juventud: don Julio Zegers, a pie, y don Marcial Martínez, a caballo.

Estos hombres próceres recibían a su paso saludo respetuoso de todos los paseantes y entre las cabezas amigas o ignoradas que abatían sus sombreros, veían relucir la naciente calva de don Paulino Alfonso, ático y honesto, e inclinarse con su amabilidad inconfundible la silueta única de doña Delia Matte de Izquierdo.

Todos estos y otros más, don Manuel Salinas, don Salustio Barros Ortúzar, don Luis Puerta de Vera (con sus dos niñitos y "La Unión") el general Gorostiaga, don Domingo Calvo Mackenna, desfilan frente a la garita en que doña María vende boletos y frutas. Con su bella cabeza blanca y su sonrisa de Pascua, doña María es la gran amiga de todos y la protectora de los estudiantes, a quienes les guarda los libros y les fía guindas y maltas. Negociante admirable, doña María saca las cuentas con los dedos y cuando el vuelto no anda muy claro, ella devuelve la mitad del dinero de más y se queda tan contenta.

Entre todos los que aman y frecuentan el Cerro, contribuyendo a fijarle con su presencia una fisonomía inconfundible, hay una persona vestida de negro que durante todo el día circula por todos los senderos, sube y baja por todas las escalinatas y mira las plantas y las flores con tanto cariño, que uno la recuerda siempre al evocar en la memoria los jardines del peñón maravilloso. Es don Alfredo del Pedregal Reyes, Administrador del Cerro. Una vez, con la cristalina sencillez de su carácter, nos refirió cómo había llegado a ese puesto. Se necesitaría la íntima dulzura de Dickens para transcribir el relato con todo su sabor. El señor Pedregal estaba enfermo, tan enfermo que en sus aprensiones veía cercano el fin. Le habían recomendado que se fuera a Bolivia; y estaba dispuesto a emprender el viaje; pero un doctor amigo le aconsejó: Váyase al Cerro, don Alfredo; el puesto de Administrador está vacante. Váyase al Cerro, aunque sea sin sueldo. El señor Pedregal siguió el consejo y pidió y obtuvo el cargo. Los primeros días, apenas podía su-

El primer meeting popular celebrado en el Santa Lucía.—El objeto fué pronunciarse en favor de la Independencia de Cuba (1874)

bir veinte pasos y una vez que se esforzó por andar más, cayó al suelo arrojando sangre. Pero poco a poco, a fuerza de paciencia y de constancia, fué avanzando más, ascendiendo otros cuantos pasos cada día, hacia la cumbre y hacia la salud. Hasta que el aire purificado por la altura y por los árboles hizo su obra y hoy, ágil y vigoroso, sube muchas veces hasta lo más alto y no experimenta cansancio alguno. Por eso el señor Pedregal quiere al Cerro, lo quiere con amor tierno, celoso y reconocido. Le debo la vida, dice, y él procura que la de los pinos y las rosas sea lo más bella posible. Con tal esmero vigila a los trabajadores; que los empleados del Cerro lo llaman, cariñosamente, "el duende". Gracias a la ubicuidad sobrenatural del duende, puede mantenerse el Santa Lucía en un estado de limpieza perfecto con el mismo dinero con que otros paseos están sumidos en la basura. A propósito, dijéronnos últimamente que se había resuelto trasladar la residencia del Administrador a una calle de la ciudad.—¡Preferimos no creerlo! El señor Alcalde no puede hacer eso. Viviendo aparte, el Cerro y su Administrador languidecerían. Sería imposible la vigilancia de todas las horas, continua y tenaz. Los jardineros podrían decirse entre sí:—Todavía no ha llegado el duende; se fué a almorzar el duende; ya se fué el duende... Y esto les mataría el celo que hoy les hace mantener los jardines como un conservatorio.

❁

En nuestros diarios paseos por el Santa Lucía y en nuestras largas conversaciones con los viejos amigos del Cerro, nosotros hemos buscado mucho alguna leyenda que aromara las rocas con un misterio antiguo y sobrenatural.

Pero hasta ahora, sólo hemos llegado a descubrir que el encantado y maravilloso refugio del Huelén surgió al toque de la varilla de un gran Mago y se mantiene y renueva incesantemente bajo la protección de un Duende...

Y esta es la única leyenda del Cerro.

H. D. A.

Notas:—Los datos históricos y las noticias de antigüedades nos han sido proporcionados por el Album Guía del Cerro del señor Egerhardt, obrita excelente como información y detestable como literatura.

El trozo de Maluenda está tomado de su novela inédita *La Señorita Ana*.

La felicidad modesta en la vida

Por ALBERTO EDWARDS

I

Según las teorías de la democracia pura, la sociedad no debiera reconocer otras desigualdades entre los hombres que las originadas por el mérito individual. Seductora doctrina es ésta: ella se apareció como un consuelo y una esperanza para los débiles, los oprimidos, los pobres y los desheredados; ella ha sabido encontrar hondas raíces en ese principio inmortal de eterna justicia que cada uno de nosotros lleva en el fondo de su alma.

Por desgracia la humanidad no está constituída como lo quisiéramos. Y esta oposición o desequilibrio permanente entre nuestros anhelos y las realidades de la vida ha sido y continuará siendo el gran escollo de todas las filosofías. La Biblia explica el gran misterio enseñándonos que el hombre es hijo del pecado... La ciencia moderna, sin pretender darnos una explicación del fenómeno, reconoce al menos su existencia... Ya nadie se atrevería hoy a enseñar como Rousseau que el hombre nace perfecto, y que es la sociedad civil y la civilización quienes lo han echado a perder.

No es raro, pues, que la quimera democrática haya fracasado en la práctica, y que, bajo todas las formas de gobierno, bajo todas las organizaciones sociales, los hombres continúen recibiendo distinciones y sufriendo desigualdades, cuyo origen no es el mérito individual.

No sólo nacemos con diversas fortunas y una posición social diferente, sino que algunos recibimos mejor educación y mejores ejemplos que otros... Las leyes no podrán tampoco impedir mientras la naturaleza humana continúe siendo lo que es, el que se hereden y transmitan por la sangre, la salud y la enfermedad, el talento y la estulticia, las inclinaciones buenas y las malas.

El más fervoroso demócrata no apostará a un caballo en las carreras, sin averiguar de qué potro procede, ni comprará una ternera para su lechería, si no conoce las aptitudes de la vaca madre para el caso. Los hombres, como los caballos y los toros, no nacemos como hongos, sino que también somos hijos de alguien. Las instituciones más niveladoras no lograrán por ejemplo que de la unión de un negro y una blanca, resulte otra cosa que un mulato.

Podemos sí esperar del desarrollo de la cultura y de la civilización, un mayor aprecio del mérito personal, el mejor tratamiento de los inferiores, caridad para los débiles y los que sufren... La igualdad absoluta será siempre un mito, una utopía, absolutamente inconciliable con la naturaleza de las cosas, cuyo gran secreto ya se trate de las estrellas del cielo o de los peces del mar, parece ser la desigualdad.

Hacíame las anteriores consideraciones al analizar en días pasados uno de los más deplorables fenómenos que presenta la so-

ciabilidad de la América del Sur, particularmente en la República Argentina, y también en Chile, aunque en menor grado, y es el excesivo respeto que nos merece la riqueza adquirida o heredada. El mal, lo repito, es todavía mucho más sensible al otro lado de los Andes, pero existe también en Chile... En el hecho, ningún país está libre de él, pero en Europa, solemos parecer los mismos chilenos tan ridículos, como a nosotros se nos aparecen los argentinos, cuando, al presentarnos a un individuo, lo primero que hacen es informarnos del número de leguas de campo que posee.

Hemos suprimido en la ley, y algo también en las costumbres, la nobleza hereditaria, "miserable reliquia, dice el decreto de O'Higgins, del sistema feudal que ha regido en Chile". Nuestros padres creyeron poner con ello una pica en Flandes. Les pareció ominoso y contrario a los principios de justicia, que los hombres recibieran distinciones especiales, en virtud de los hechos de sus antepasados, y aún creyeron ridículo y absurdo el que cada cual los recordara, teniéndolo a honra.

No discutiré el punto, pero debo sí dejar establecido que poco ganó la igualdad, esto es, el reconocimiento puro y simple del mérito individual con aquella reforma. Es verdad que los chilenos nos acordamos menos cada día, de cuáles fueron los hechos, los triunfos, las virtudes de nuestros progenitores, pero en cambio continuamos distinguiendo y casi adorando el dinero que de ellos hemos podido heredar, sin pensar siquiera en cómo fué habido, si ha sido o no el fruto de un trabajo honrado, o de la sórdida avaricia, de la usura o del fraude.

La fortuna, al igual que la nobleza, no sólo se hereda, sino que también puede adquirirse... Todos cuantos han ganado dinero, saben, sin embargo, que no son las facultades más nobles de la naturaleza humana las que se ponen en juego cuando uno trata de hacerse rico... No dejaban de tener su razón de ser las antiguas leyes que prohibían el comercio a los hidalgos... el disimulo, la codicia, la meticulosidad avarienta y no pocas veces el engaño, son las caballerescas virtudes que conducen con frecuencia al éxito en materia de dinero. Sin embargo, continuamos rindiéndole a él, y a los que por cualquier capítulo lo poseen, el acatamiento que, según la teoría democrática, debe rendirse sólo a la virtud y al mérito.

¿Será esto porque el trato y la amistad de los ricos es provechosa? Bien puede serlo en ciertos casos, pero en general, como cualquiera puede haberlo observado, los ricos son más egoístas y menos generosos que los pobres. Por lo general, reciben sin devolver nada el humilde acatamiento de sus semejantes. Por lo mismo que no sienten necesidades y se contemplan seguros en su elevada posición, no comprenden ni menos compadecen las luchas y las desgracias de los otros.

Si distinguimos el dinero, es, pues, sólo en virtud de ese instinto humano, que todas las filosofías no lograrán borrar, que obliga al débil a inclinarse ante el fuerte y arrastra al pequeño hacia el poderoso.

Pero no sólo se compran los respetos con la fortuna, sino el poder, que en otros tiempos fué el privilegio de la nobleza. La democracia ha errado también por este capítulo su camino. Hicimos hace veinte años una revolución, con el objeto, se dijo, de devolver al pueblo el derecho de gobernarse a sí mismo, y el pueblo no ha encontrado mejor manera de gozar de tan alta prerrogativa que vendiéndola al mejor postor. Así se compra o se alquila hoy el derecho de gobernar, como se compra un automóvil o un abono al Municipal, y no pocas veces con parecido objeto, esto es, el de procurarse lustre, situación, en una palabra, nobleza...

Hoy es, pues, más cierto que nunca aquello de que dineros son calidad. Los privilegios de la plutocracia son harto más efectivos que los de la antigua caballería del blasón... El dinero no sólo proporciona riquezas materiales, sino calidad, respetos, fortuna con las mujeres y poder. Todas las antiguas aristocracias han venido a refundirse en ésta.

No menciono este hecho para condenarlo o maldecirlo: quiero sólo dejar constancia de él. Es noble, es gran señor el que tiene dinero... ¿Habrá alguien que no desee gozar de tales ventajas?

Las consecuencias económicas del hecho apuntado son de muy diversa índole.

Por de pronto, las ventajas que trae consigo la fortuna, constituye un magnífico estímulo para el trabajo y la producción. Pasaron ya los tiempos en que un

finchado hidalgo, podía pasear su hambre y su soberbia, mirando de alto abajo al judío sórdido y al tramposo mercader. Ya no es de mal tono trabajar ni el ocio es distinguido. Muchas actividades económicas, antes perdidas, se aprovechan hoy gracias a la omnipotencia del dinero.

Pero, por otra parte, el excesivo tributo rendido a la fortuna, es causa de no pocos desórdenes.

Desde que el dinero y sólo el dinero es calidad, aún las personas más sobrias en sus gustos se creen obligadas a mantener lo que se llama el rango, esto es, las apariencias de la fortuna, y por lo tanto la posición social, los respetos y las consideraciones.

Cuando se tiene, tanto mejor, cuando no, se acude a los expedientes. Porque el balance de la fortuna de cada cual no es cosa pública, y el mundo acostumbra a juzgar casi siempre oro lo que reluce.

Esta es la filosofía de la ostentación, de las deudas, de las cuentas; el secreto de muchas angustias y miserias, casi la explicación de nuestras desventuras económicas. Así, como los hidalgos del siglo XVII lo sacrificaban todo al lustre de sus pergaminos, nosotros nada ahorramos, a fin de no descender del solio de la nobleza moderna, cuyos timbres son, las plumas, las joyas, los carruajes, los automóviles, el palco en el Municipal y la casa patricia costosamente decorada.

A este respecto se llega a lo ridículo aún en los detalles más insignificantes. Ejemplos: los antepechos y las cúpulas de las casas. ¿Por qué nuestros arquitectos levantan dos o tres metros más de lo necesario las murallas de los edificios con frente a la calle? No ha de ser, por cierto, con el poco cristiano propósito de que en un temblor fuerte, aquella máquina postiza y mal amarrada se desplome sobre la cabeza de los transeuntes. No es tampoco para añadir belleza al edificio: la arquitectura, cuando no es verdadera, degenera en decoración de teatro, es un insulto al arte. Lo mismo sucede con los pisos de cinco o seis metros de altura, no sólo antiestéticos, sino incómodos.

Parece como si el propietario dijera a los pasantes:

—Vean ustedes que grande es mi casa. ¿Calculan ustedes la fabulosa cantidad de ladrillos que se ha empleado en construirla? Es cierto que cada vez que subo las escaleras, se me pone un dolor en los riñones, pero no importa... el mundo sabe cuán rico y poderoso caballero soy...

No de otra suerte debieron pensar los salvajes de los Faraones de Egipto, cuando levantaron esas soberbias e inútiles montañas artificiales que son las pirámides.

En la Edad Media, los habitantes de Pavía, en Italia, acostumbraban levantar sendas torres en sus casas: la vanidad consistía en que fueran muy altas. Por eso, los pavos aquellos, a fin de conciliar la moda con el bolsillo, cosa no siempre fácil, hacían sus torres tan endebles como elevadas. El toque consistía en encaramarse un par de pies sobre el último record batido, y a tal extremo llegaron la vanidad por un lado y la tacañería por el otro, que fué muy peligroso pasear por las calles de Pavía. En el momento menos pensado ¡zas! se caía una torre, construída a estilo de palo de bandera y le rompía a cualquiera la nariz.

II

Cada vez que trato de hacer reflexiones sobre la psicología de la ostentación, mi espíritu vacila... ¿quiénes son más culpables? ¿Son los hombres? ¿Son las mujeres?

Los siguientes datos pueden arrojar alguna luz sobre el particular:

En materia de alhajas, por ejemplo, los hombres gustan de comprarlas, no siempre con el único propósito de ostentar lujo. Es una especie de reserva que piensan hacer para los tiempos malos, sin reflexionar que no siempre es tan fácil vender una alhaja como adquirirla.

La inversión de dinero en alhajas es una tradición judía. Todos saben que los desventurados hijos de Israel, a fuerza de sufrir persecuciones y atropellos, han adquirido por herencia, la inclinación a colocar sus bienes de modo que sea fácil ocultarlos. Por eso el pagaré y la usura son judíos, como el gusto por las alhajas.

Sin embargo, no siempre la compra de alhajas es un resabio de semitismo: un collar de perlas sobre la garganta de la señora, es réclame de análogos efectos al

del antepecho en la coronación de la casa. Es lástima que con los progresos de la industria se haya broceado este negocio. Hoy se fabrican perlas falsas que en nada se distinguen de las verdaderas, ni aún a los ojos de un joyero experto. En realidad el público juzga de la legitimidad de las perlas por quien las lleva: si son de una millonaria, las cree verdaderas. si de una señora sin recursos, las cree falsas.

Un amigo mío que ha residido algún tiempo en la República Argentina, cuenta que allá casi no se puede mencionar a una dama del gran mundo, sin que alguien advierta...

—¡Ah!... ¿Sí?... La señora X.... tiene un collar de cuatro hileras.

De modo, concluye mi amigo, que en Buenos Aires avalúan a los hombres por "leguas" y a las damas por "hileras".

En algunos de nuestros círculos sociales, casi se toca, por desgracia, este último extremo de la **pijería.**

Las joyas costosas apenas embellecen a las mujeres bonitas, y hacen resaltar más la fealdad de las feas. Sin embargo, todas rabian por las joyas. No siempre el gusto consiste en llevarlas. Hay señoras de su casa, que no tienen siquiera la oportunidad de alhajarse, y para las cuales no hay, sin embargo, un regalo mejor que un collar valioso. ¿Por qué?... Voy a revelar el secreto...

Penetremos en un círculo de damas. Supongamos que algunas o muchas de las asistentes han hecho matrimonios ventajosos, y se encuentran de pronto en una situación que apenas se atrevieron a soñar cuando eran solteras... Estas son las peores.

¿Hablan acaso de las virtudes de sus respectivos cónyuges? Todo menos que eso.

—Mi marido, dice una, me da dos mil pesos todos los meses, sólo para comer, y eso que no tenemos familia... Además a cada entrada de estación me hace comprar, aunque yo no quiera, cuatro vestidos y cinco sombreros de los más caros.

—El mío, añade otra, continuando la apuesta de los **bluffs**, me tiene abierta una cuenta en el Banco... Yo giro lo que quiera... Su gusto es que yo gaste mucho... Al fin para eso tenemos cuatro reales.

El resto de la peligrosa tertulia discurre más o menos en los mismos términos.

Feliz aquella que en ocasiones tan solemnes, puede batir el record agregando:

—Roberto me trajo el Lúnes un collar de perlas lindísimo... Costó tantos miles de pesos, añade si es muy cursi.

El placer de dar esta noticia vale el collar de perlas.

Nunca falta en casos tales una inocente damita que hasta entonces no ha molestado a su marido con exigencias, y que ha debido callar ante aquel fuego graneado de grandezas.

A ella no le dan dos mil pesos sólo para comer, ni le compran cinco vestidos y cuatro sombreros por estación, ni le abren cuenta en el Banco, ni le regalan collares de perlas.

La pobre llega a su casa de mal humor, sin sospechar acaso cuántas mentiras, miserias y angustias suelen ocultarse tras el brillante cuadro que le han pintado sus amigas.

—¿Conoces a Roberto, el marido de la Fulana? le pregunta a su cónyuge...

—Sí, contesta este, sin sospechar a dónde va el tiro... es un buen muchacho, pero bastante leso...

—¿Leso?... Pero si tú supieras la situación en que está... La Fulana tiene dos automóviles y le acaba de regalar un collar de perlas... Tú debías ser tan leso como él... Nunca salimos de pobrezas

El término final de este diálogo o debate, depende de la prudencia del marido, del talento de la mujer, de los principios en que ambos fueron educados.

¿Cuántas deudas, desatinos y malos negocios no resultan de conversaciones como ésas?

Porque es cosa difícil hacerles comprender a las señoras que no sólo el dinero constituye la superioridad de los hombres. Ya se ve: el medio social en que viven, pesa excesivamente en esos organismos delicados e impresionables.

—Bueno, pregunta la mujer, ¿por qué Zutano gana tanto y tú no?... ¿qué no tienes talento?... ¿No sabes hacer negocios?

El marido, para salir del paso, tiene que botarse a pelador, y dar cualquiera explicación falsa o verdadera, pero precisa y sencilla.

—Zutano, dice, es un patero... Se abre paso en el mundo, a fuerza de adulaciones... Yo no tengo carácter para eso...

O bien...

—Mira, hijita, no te preocupes... Perengano está lleno de trampas; le debe a cada santo una vela... Más vale vivir tranquilo, aunque sea con modestia, que envuelto en mil enredos.

Confieso que hay mujeres capaces de contestar...

—¿Y por qué no haces la pata?.... ¿Por qué no te botas a sinvergüenza?

Cuando el marido no es un espejo de virtudes, lo que suele suceder, le es mucho más difícil convencer a la señora. Entonces la cosa degenera en gresca...

—¿No ves?... No te lo dije yo... Si no te lo pasaras borracho en el Club, si no fueras un vicioso y no jugaras.

Etc., etc., etc.

Tal es el peor resultado de lo que hemos llamado el excesivo dominio del dinero. Lucirlo y adquirirlo, llega a ser no sólo la rueda catalina de la sociedad, sino del hogar doméstico; la pobreza y aún la modestia de los recursos no sólo es una desgracia sino que se convierte en un oprobio, en una humillación, en el semillero de toda clase de dificultades y malos ratos.

Esa ventaja tenía por lo menos la antigua aristocracia de los pergaminos.

—Fulano, el marido de la Julia, podía decirle entonces una mujer a su cónyuge, es marqués y desciende del Cid Campeador, y tiene ocho cuarteles en su escudo, con cinco grifos de Sinople en campo de veros y contraveros.

El feliz marido podía entonces contestar...

—¿Sí mi hijita?... Me alegro mucho por Fulano ..

Y la señora no estaba en el caso de replicar...

—¿No ves?... ¿Y tú?... Ni siquiera tienes escudo... Como eres tan estúpido, tan torpe, tan bueno para nada...

No todos los progresos de esto que se ha dado en llamar democracia, son igualmente envidiables.

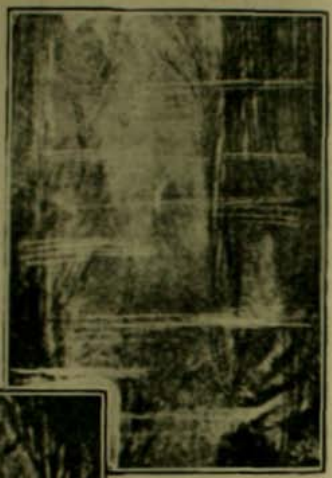
ALBERTO EDWARDS.

La voz de su juventud

EL PINTOR SUBMARINO

En California hay un artista llamado Mr. Z. H. Pritchard, que se dedica a pintar cuadros bajo la superficie del agua. Mr. Pritchard ha elegido para trabajar un medio tan húmedo y tan perjudicial para el reumatismo, convencido de que la imposibilidad de ver bien los colores de lo que podría llamarse ambiente del paisaje submarino, viéndolo desde la superficie, sea cual fuese el sistema de observación que el pintor pueda utilizar. Aún suprime los efectos de refracción por medio de embarcaciones o tubos de fondo de cristal, todo aparece desnaturalizado y contorsionado a la vista. Por esta causa, Mr. Pritchard desciende al fondo del mar provisto de un casco de buzo, y saca apuntes en papel impermeable con lápices especiales, y luego pinta los cuadros en el estudio.

Mr. Pritchar es inglés y desde muchacho tuvo afición a este género de trabajo. Al principio usaba unas gafas como las que gastan los pescadores de perlas en los Mares del Sur. Estas gafas son sencillamente trozos de asta recortados de modo que ajusten sobre los ojos y como dejan un pequeño espacio de aire entre el agua y los ojos permiten ver con bastante comodidad.



Una garganta de roca a quince metros de profundidad.

Dunas submarinas

Un par de Quetodontes comedores de coral

Con estas gafas estudió el joven artista los paisajes sub-acuáticos. Su imaginación se excitó leyendo las "Veinte mil leguas de viaje submarino" de Julio Verne, pero no tardó en descubrir que es imposible cazar pájaros desde el fondo del mar, como aseguraba Verne, porque el buzo distingue rara vez el cielo, y si mira directamente hacia arriba con su ángulo, la superficie se convierte en un gigantesco espejo que refleja las silenciosas ciudades de coral y la solitaria y grotesca figura del buzo.

Mr. Pritchar se dedicó en Inglaterra a la pintura decorativa y trabajó bastante. Había conservado varios dibujos hechos de memoria, de

las escenas vista bajo el agua, y se las enseñó a algunos críticos, pero se desanimó al ver que ridiculizaban su trabajo otros artistas.

Por entonces perdió la salud y los médicos le aconsejaron que fuera a Egipto, pero el artista se fué a Tahití, una de las islas de la Oceanía, donde sabía que podían encontrarse los bancos de coral más maravillosos del mundo, y cuando llegó allí decidió dedicarse activamente a pintar el mundo submarino.

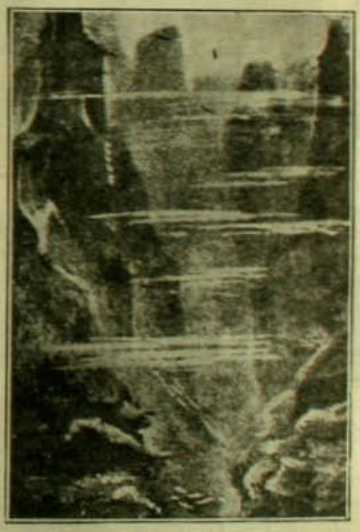
Un bosque de Pólipos

Sus sistemas fueron un poco rudimentarios al principio. Salía en un bote con sus ayudantes, buscaba el paisaje en una caja de fondo de cristal y descendía por medio de unas pesas enganchadas al cinturón. Una vez en el fondo tomaba notas mentales de las rocas y de los bancos de coral, subía a la superficie y pintaba. Pero este sistema dió resultado poco satisfactorio. Mr. Pritchard quería hacer verdaderos dibujos bajo el agua.

Después de infinitos experimentos descubrió el modo de hacer un papel impermeable, dando al papel de dibujo grueso un baño de aceite de coco. Este papel después de escurrido y seco permite dibujar dentro del agua. Mr. Pritchard pega la hoja de papel a una placa de cristal, que sirve de tablero de dibujo, con esparadrapo, para que el agua no pueda entrar entre el cristal y el papel y arrugar este último. Provisto de lápices rojos y pinturas al óleo semisólidas, especiales para el trabajo acuático, el pintor se ponía un traje impermeable y las gafas de buzo, tomaba mucho aliento y descendía empleando como peso, para facilitar el descenso, un pesado tronco de coral colgado del cinturón con un gancho.

Llegado al fondo, dibujaba por espacio de treinta a cuarenta y cinco segundos, soltaba el trozo de coral y subía a la superficie a respirar. Los ayudantes subían el coral por medio de una cuerda y el artista volvía a descender hasta que al cabo de varios chapuzones acababa su trabajo. Ahora usa un casco de buzo y no necesita descender más que una vez para hacer cada dibujo.

De este modo trabaja actualmente Mr. Pritchard, sentado en una roca y rodeado de los maravillosos peces tropicales, de los cuales es un verdadero entusiasta. Conoce muchas variedades, desde una tan pequeña que pueden llevarse muchos ejemplares de ella en la uña del dedo pulgar, hasta los enormes monstruos que se deslizan silenciosos y terribles a través de las aguas, entre ellos los extraños quetodontes, comedores de coral, que se parecen mucho a enormes mariposas. Cuando el artista está trabajando le rodea a veces



Arrecife de coral en el Mar del Sur

una multitud de preciosos pececillos que nadan entre sus dedos atraídos por la curiosidad que les despierta aquel extraño sér del mundo acuático. Los peces-loros, son más peligrosos, porque sus picos, semejantes a los de las aves de su nombre, son agudos y fuertes, y si el ejemplar es de los grandes, puede arrancar fácilmente una tajada de carne, produciendo una herida dolorosa.

Bajo el agua, dice Mr. Pritchard, parece que se ven ríos, lagos y cascadas, como en la superficie de la tierra. La arena reluciente, barrida por la acción de las mareas, produce esa ilusión. Una de las pinturas de las rocas de coral, hecha por Mr. Pritchard, da la impresión de un torrente que se precipita entre acantilados.

El tiburón, el pulpo y el pez espada son enemigos terribles de quien se sumerge bajo las aguas, pero Mr. Pritchard tiene buen cuidado de no trabajar en sitio donde se observa una marcada ausencia de peces pequeños, porque es siempre signo seguro de peligro como saben todos los buzos.

Mr. Pritchard ha hecho sus mejores obras en Tahití, pero también ha encontrado asuntos excelentes en Santa Bárbara. Según el artista, los colores del fondo del Océano son todos bajos, pero cada arista y cada pico brillan como la plata. Con la confusa luz submarina, las rocas y los picachos parecen de tamaño inconcebible. En tierra vemos la base de todos los objetos, sean grandes o pequeños, pero cuando se contemplan los enormes bancos de coral, parece que flotan en una atmósfera azul.

Mr. Pritchard puede trabajar a cualquier profundidad prudencial, pero prefiere no pasar de los diez metros porque la luz es más clara. En cuanto al tiempo de permanencia bajo el agua, hay veces que pasa más de hora y media sin sentir incomodidad, gracias al traje y casco de buzo.

UN TRIUNFO SOBRE LA MUERTE

El actor J. Perier ha obtenido durante el año pasado uno de los triunfos más ruidosos que ha podido conseguir artista alguno, caracterizándose de... Muerte.

En el teatro gran guiñolesco, lleno de emociones, provocador de grandísimos terrores, se escogió entre otras obras una trazada sobre los cuentos de Hoffman, el Edgar Poe de Alemania.

Mr. Perier ha representado a la Muerte de una manera

maravillosa, como puede verse en el grabado adjunto, y lo más notable de tal caracterización es que no ha empleado grandes elementos ajenos para el caso, sino su propio rostro con algunos toques de albayalde y polvos de azufre.

La impresión que producía el célebre actor era imborrable y permanente, hasta el punto de ocasionar algunos accidentes en el público del teatro del barrio de Saint Martin.

Nueva Aventura de Sherlock Holmes

El detective moribundo

Por

A. Conan Doyle

Ilustraciones de W. Paget

La señora Hudson, la patrona de Sherlock Holmes, tuvo que ejercitar por largos años una paciencia sobrehumana. No sólo su casa se veía invadida a todas horas por multitud de individuos abigarrados y sospechosos, sino que su extraño huésped mostraba en sus hábitos una excentricidad y una falta de métodos capaces de poner a prueba al mismo Job. Su increíble desaseo, su afición a la música a horas desusadas, sus frecuentes ejercicios de tiro al blanco con revólver en el interior de las habitaciones, sus misteriosos y a veces mal olientes experimentos científicos, y la atmósfera de violencia y peligro que le rodeaba, hacían de él uno de los más incómodos alojados de Londres. Por otra parte pagaba espléndidamente, y no dudo que la casa pudo ser comprada con las sumas que Holmes pagó por sus habitaciones, durante los años que viví con él.

La patrona sentía por su huésped un temor reverencial, y jamás se mezclaba en sus asuntos, por perjudicial que pareciera su conducta. Teníale bastante cariño, por que él manifestaba notable gentileza y cortesía en su trato con las mujeres. Aborrecía y desconfiaba del sexo débil, pero fué siempre un caballeresco adversario. Como conocía la sinceridad de los sentimientos que albergaba la patrona por su huésped, la oí atentamente cuando vino a mi casa, en el segundo año de mi matrimonio, a referirme el lamentable estado a que mi amigo se hallaba reducido.

—Está moribundo, doctor Watson, me dijo. Por tres días ha ido de mal en peor, y dudo que hoy pase la noche. No quiere que llame a ningún médico. Esta mañana al ver su faz demacrada, en la que no se ven sino huesos y el brillo de sus ojos encendidos por la fiebre, no pude ya contenerme más. "Lo permita Ud. o no, le dije, voy a ir inmediatamente por un doctor... "Llame entonces a Watson, me repuso... No tarde Ud. un instante, si quiere alcanzar a verlo vivo.

Quedé anonadado, porque nada había oído de su enfermedad. No necesito decir que corrí a tomar mi sombrero y sobretodo. Mientras rodábamos en el coche, le pregunté algunos detalles.

—Poco puedo contarle, señor, me dijo. Estaba trabajando en un caso de los suyos allá en Rotherhithe, en una avenida junto al río, y de allá lo trajeron enfermo. Se echó a la cama el Miércoles en la tarde, y desde entonces está postrado. En tres días no ha comido un bocado, ni bebido un trago de agua.

—¡Dios mío! ¿Por qué no llamó Ud. a un doctor?

—No lo permitió él, señor... Ud. sabe lo voluntarioso que es. No me atreví a desobecerle... Pero ya no permanecerá por largo tiempo en el mundo, como Ud. lo conocerá en cuanto lo vea.

Era por cierto un espectáculo deplorable. Bajo la macilenta luz de un brumoso día de Noviembre, la pieza del enfermo, parecía más lúgubre aún, pero fué aquel rostro pálido y demacrado, el que hizo a mi corazón estremecerse. Sus ojos brillaban con la fiebre, sus mejillas se coloreaban de un tinte lívido, y manchas amoratadas aparecían en sus labios sedientos; las enflaquecidas manos, temblaban incesantemente sobre el cobertor, y su voz era ronca y espasmódica. Yacía casi insensible cuando entré, pero a mi vista, pareció que

una ráfaga de lucidez atravesó por su mente.

—Hola, Watson, parece que estamos en un mal momento, me dijo con voz débil, pero en la que se advertía la acostumbrada despreocupación de sus modales.

—¡Querido amigo! exclamé acercándome a su lecho.

—¡Detente!... ¡Detente!... exclamó con el imperio que le era propio en los momentos de crisis... Si te acercas, haré que te arrojen de la casa.

—Pero ¿por qué?

—Porque así lo quiero... ¿No te basta eso?

La señora Hudson tenía razón. Estaba más voluntarioso que nunca. Su agotamiento daba lástima.

—Sólo deseo auxiliarte, dije.

—Muy bien, pero me auxiliarás mejor obedeciéndome. ¿No es así?

—Así será, Holmes.

Con esto pareció tranquilizarse.

—¿No estas enojado? preguntó temblando.

¡Infeliz! Cómo podía enojarme con un hombre en ese estado.

—Lo hago por tu bien, agregó...

—¿Por mi bien?

—Conozco esta enfermedad... Es una peste de los indígenas de Sumatra... que los holandeses han estudiado mejor que nosotros, aunque poco han adelantado ellos también hasta la fecha... Una sola cosa se sabe de cierto. Es infaliblemente mortal y horriblemente contagiosa.

Hablaba ahora con energía febril, mientras sus manos temblorosas me ordenaban alejarme.

—Contagiosa al tacto, Watson; eso es: al tacto.... Si te mantienes a la distancia, no hay peligro.

—¡Por Dios! Holmes.... supones que semejante consideración ha de pesar sobre mí un solo instante... Ni aunque se tratara de un extraño... Imagínas que ahora delante de un amigo, no he de cumplir con mi deber.

Volví a avanzar pero me rechazó con una mirada de ira furiosa.

—Si te detienes, hablaré, dijo, si no te irás de aquí.

Me inspiran un respeto tan profundo las extraordinarias cualidades de Holmes, que siempre he deferido a sus deseos, aún cuando no los he comprendido. Pero ahora estaban sublevados todos mis instintos de profesional. Podía ser él dueño de mi voluntad en todas partes, menos en su lecho de enfermo.

—Holmes, le dije, no estás en tus sentidos. Un enfermo es como un niño, y te trataré como a tal. Lo quieras o no, examinaré tus síntomas y procuraré remediarlos.

Me miró con horrible cólera.

—Si necesito un doctor, repuso bruscamente, que al menos sea uno en que yo tenga confianza.

—¿No la tienes en mí?

—En tu amistad, la tengo completa. Pero los hechos son hechos, Watson, y después de todo tú no eres sino un práctico en medicina general, con limitada experiencia y no muy vastos conocimientos. Es lamentable tener que decir estas cosas, pero no me has dejado otro camino.

Me sentí profundamente herido.

—Tu conducta es indigna de ti, Holmes, le dije. Ella me muestra el estado de tus nervios. Pero si no tienes confianza en mi ciencia, no te impondré a la fuerza mis servicios. Deja que te traiga a Sir Jasper Meek o a Penrox Fisher, o a uno de los más notables facultativos de Londres. Pero alguno ha de atenderte, eso es indispensable. Si piensas que voy a permanecer aquí viéndote morir, sin auxiliarte ni traer a nadie para que te auxilie, te equivocas.

—Dices bien, Watson, dijo el enfermo con apagada voz... pero ¿quieres que te demuestre tu ignorancia? ¿qué sabes por ejemplo de la fiebre Tapaunli? ¿qué de la peste de Formosa?

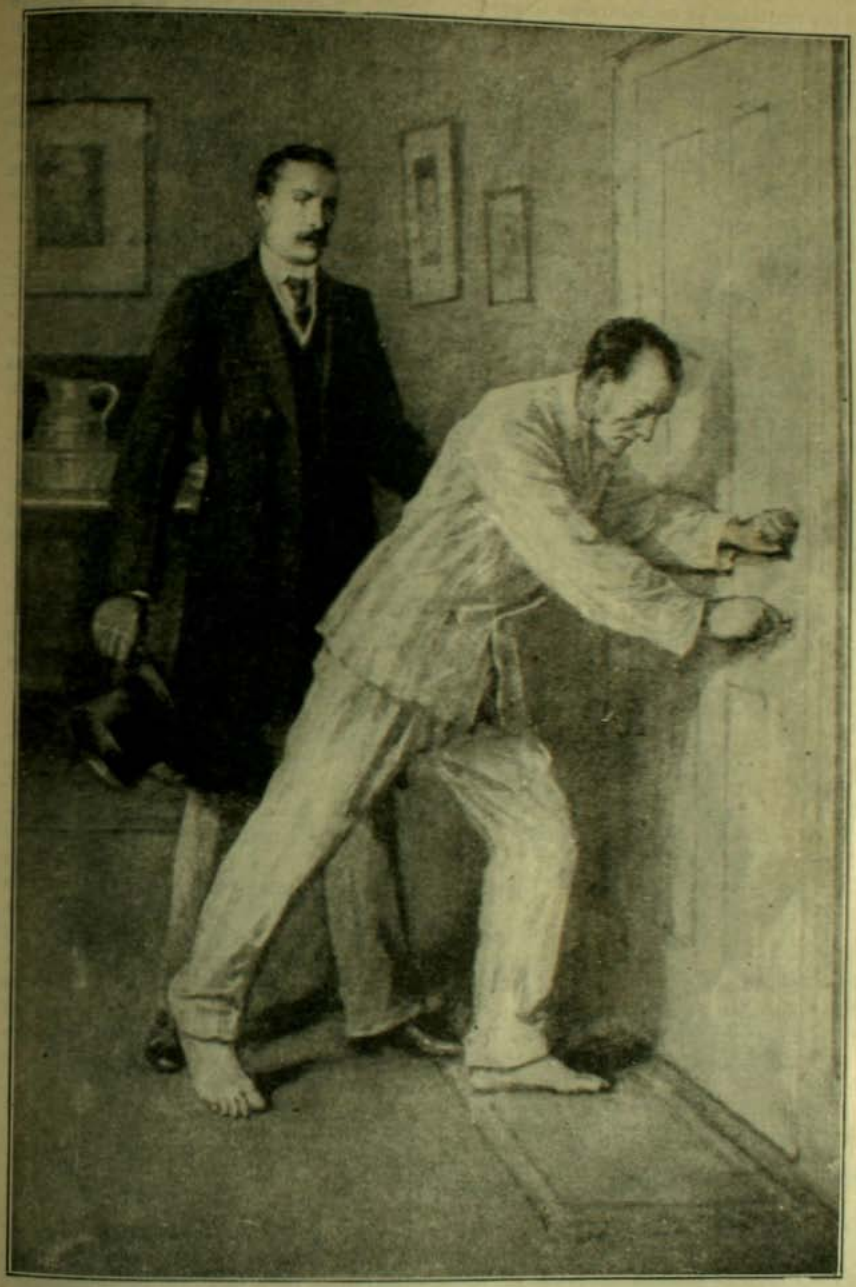
—No he oído mencionar a ninguna de ellas.

—Hay muchos problemas médicos, muchas posibilidades patológicas en el Oriente, Watson...

Se detenía a cada palabra como para recoger sus fuerzas exhaustas.

—He aprendido mucho, continuó, en algunas investigaciones recientes de carácter médico legal... En el curso de ellas he contraído esta enfermedad. Tú no puedes hacer nada.

—Es posible, pero he sabido que el doctor Ainstee, la más alta autoridad de nuestro tiempo, en materia de enferme-



Sentí el ruido seco de la llave que giraba en la cerradura

dades tropicales se encuentra en Londres... No te afanes en impedirlo... Voy al instante en su busca.

Y me dirigí resueltamente a la puerta.

Nunca he sufrido una impresión semejante. En un segundo, dando un salto de tigre, el moribundo me interceptó el camino. Sentí el ruido seco de la llave que giraba en la cerradura. Instantáneamente volvió a su lecho, exhausto y desfallecido, después de aquel sobrenatural despliegue de energía.

—¡No me arrancarás la llave por fuerza, Watson. Tu eres mi amigo. Aquí estás y aquí has de quedarte mientras yo no quiera otra cosa... ¡Pero voy a divertirte!...

Decía todo esto entre boqueadas, luchando con la falta de aliento.

—Tú sólo deseas mi bien, continuó... Lo sé muy bien... Tendrás abierto el camino... pero... deja que cobre fuerzas... Ahora no, Watson, ahora no... Son las cuatro: a las seis puedes irte.

—Pero esta es una insensatez, Holmes.

—Sólo dos horas, Watson. Te prometo que a las seis te permito partir... ¿Te resignas a esperar?

—No me queda otro recurso.

—No, por cierto, Watson... Gracias... no necesito tu auxilio para arreglar la cama... Guarda tu distancia... Ahora, Watson, escucha... Voy a imponerte otra condición... Vas a ir a buscar un médico, pero no el que has indicado, sino el que yo diga.

—Conforme.

—Es la primera palabra razonable que he oído desde que entraste a la pieza, Watson. Ahí tienes algunos libros... Yo estoy muy fatigado... Siento lo que debe sentir una batería eléctrica, cuando descarga su flúido en una materia no conductora. A las seis continuaremos nuestra conversación.

Pero el destino quiso que la reasumiéramos mucho antes de esa hora, y en circonstancias que me impresionaron por lo menos tanto, como cuando me detuvo junto a la puerta... Permanecí un momento delante de la silenciosa figura que yacía en el lecho. Su rostro estaba casi enteramente cubierto por la ropa de cama. Parecía dormir. Entonces, incapaz de leer, comenzé a pasearme por la habitación, examinando los retratos de criminales célebres que adornaban las paredes. En uno de estos paseos, me acerqué a la mesa de centro. Un confuso montón de papeles, bolsas de tabaco, jeringas, cortaplumas y cartuchos de revólver, yacían allí en desorden. Entre tan heterogéneos objetos, vi una pequeña caja de marfil con dibujos negros y cerradura de resorte. Era un coqueto cachivache, y lo había tomado para examinarlo más de cerca cuando...

El grito que dió Holmes fué espantoso... Debió oírsele en medio de la calle... Sentí frío en las venas y el pelo se me erisó al escuchar aquel grito... Al volverme hacia Holmes, vi un rostro convulso y unos ojos extraviados.... Quedé paralizado con la cajita en la mano.

—¡Déjala! ¡Déjala al instante! ¡Watson!... Te lo digo! ¡Déjala!...

Reclinó la cabeza en la almohada, lanzando un suspiro de satisfacción al ver que yo dejaba de nuevo la cajita sobre la mesa.

—Detesto que toquen mis objetos, Watson... Tú lo sabes, dijo. Estás apurando mi paciencia. Tú, un médico, tú eres capaz de mandar a tus pacientes a la Casa de Orates... Siéntate y déjame descansar en paz.

El incidente me dejó una impresión penosa. Su excitación violenta y sin causa, seguida por aquella brutalidad de lenguaje, tan ajena de su acostumbrada suavidad, me demostró cuán profunda era la desorganización de su cerebro. De todas las ruinas, la más deplorable es la de una distinguida inteligencia. Me senté pues en triste silencio, hasta que transcurrió el tiempo estipulado. Parecía que estaba pendiente del reloj, lo mismo que yo, porque apenas dieron las seis, comenzó a hablar con la misma animación febril que antes.

—Bien, Watson, dijo... ¿Tienes dinero sencillo en la faltriquera?

—Sí...

—¿En plata?

—Bastante.

—¿Cuántas medias coronas?

—Tengo cinco.

—Son pocas... ¡Demasiado pocas! ¡Qué infortunio el tuyo, Watson!... Sin embargo... así como son, colócalas en el bolsillo de tu reloj... Y el resto de tu dinero pónlo en el bolsillo izquierdo de tu

¡Déjala! ¡Déjalo al instante!... ¡Watson!...

pantalón... Gracias... Así guardarás mejor el equilibrio...

Era un delirio completo. Se estremeció lanzando un suspiro o un sollozo.

—Ahora debes encender el gas, Watson, pero debes cuidar que ni por un momento se escape más de la mitad. Te suplico que tengas mucho cuidado, Watson. Gracias... Así está muy bien... Sí, pero no es necesario que gujes al ciego... Ahora tendrás la amabilidad de colocar algunas cartas y papeles en este velador a mi alcance... Gracias. Ahora algunos de esos cachivaches de la mesa de centro.... Excelente, Watson. Allí hay unas tenacillas de azúcar... Coge con ellas la cajita de marfil, y colócala entre los papeles... Muy bien... Ahora puedes ir en busca de Mr. Culverton Smith, calle Lower-Burke, número 13.

A decir verdad, mi deseo de buscar un doctor se había debilitado, porque Holmes se encontraba en tal extremo de delirio, que me parecía imprudente dejarlo solo. Sin embargo él se mostraba ahora tan impaciente por consultar la persona nombrada, como antes en negarse a todo auxilio.

—Nunca he oído ese nombre, dije.

—Es posible, mi buen Watson. Acaso te sorprenderá saber ahora que la persona de este mundo más versada acerca de la enfermedad que padezco, no es un médico, sino un plantador. Mr. Culverton Smith es un residente en Sumatra muy conocido, que ahora se encuentra en Londres. Una epidemia que estalló en su plantación, que está distante de todo auxilio facultativo, lo obligó a estudiarla, obteniendo resultados maravillosos. Es un individuo muy metódico, y si no os dejé ir antes de las seis, es porque estaba seguro de que no lo hubieras encontrado en su oficina. Si puedes persuadirle a venir, y a prestarme el auxilio de su experiencia única en esta dolencia, no dudo que ello me será provechoso.

He transcrito las palabras de Holmes, como un discurso continuado, sin intentar describir como ellas eran interrumpidas por golpes de tos, faltas de respiración, y estremecimientos de manos que indicaban cuánto sufría. Su aspecto había empeorado notablemente en las pocas horas que yo le acompañara. Las manchas rojizas de sus mejillas se habían acentuado, su mirada era aún más fatídicamente brillante, y un sudor frío corría desde lo alto de su frente. Conservaba, aún sin embargo la inimitable corrección de su lenguaje. Hasta el último aliento continuaría siendo dueño de sí mismo.

—Le contarás exactamente el estado en que me dejas. Debes llevarle la verdadera impresión que te produce la vista de un hombre moribundo y delirante... En verdad no puedo pensar como todo el lecho del océano no es una masa sólida de ostras... tan prolíficas son esas creaturas... ¡Es extraño cómo el cerebro dirige al cerebro!.... ¿Qué estaba diciendo, Watson?...

—Tus instrucciones para Mr. Culverton Smith.

—Ah! Sí... ahora lo recuerdo. Mi vida depende de ello.... Ruégale que venga, Watson... No hay buena amistad entre él y yo... Su sobrino, Watson, me inspiró sospechas de que era un fullero, y se lo hice ver... El me guarda rencor... Tú puedes... El puede salvarme... El sólo y nadie más.

—Te lo traeré en un coche, si es que consigo hacerlo subir en él...

—No harás nada de eso... Sólo debes persuadirlo a que venga... Y tú te vendrás antes.... Inventa cualquiera excusa para hacerlo... No lo olvides, Watson... No me abandones... Tú nunca me has abandonado... Sin duda existen enemigos naturales que limitan el aumento excesivo de las creaturas... De otro modo el mundo perecería ahogado por las ostras.. No... No.... Sería horrible.... ¿Puedes comprender esto?... ¿Cabe en tu cerebro semejante cosa?

Lo dejé, llena mi imaginación con el espectáculo de ese magnífico intelecto, balbuceando como el de un niño imbécil. Me había entregado la llave y abrí la puerta. La señora Hudson me aguardaba, sollozando y temblorosa, en el corredor. Tras de mí, al bajar la escalera, sentí la voz de Holmes allá arriba, estremeciéndose con un canto delirante. Abajo en la calle, mientras aguardaba un coche, un hombre vino hacia mí, al través de la niebla.

—¿Cómo sigue Mr. Holmes, señor? preguntó.

Era un antiguo conocido, el inspector

Merton de Scotland Yard, vestido de paisano.

—Sigue muy mal, contesté.

Me miró de un modo singular. Si no hubiese sido demasiado atroz, hubiera imaginado que por su rostro cruzaba una ráfaga de alegría.

—Así me lo habían dicho, observó.

La calle Lower Burke, la formaba una serie de lindas casas a orillas del río, entre Notting Hill y Kensington. Aquella adonde me condujo mi cochero, presentaba un aspecto serio y respetable. Le guardaba un portero solemne que apareció destacándose entre la luz rosada de un farol eléctrico.

—Sí, señor, Mr. Culverton Smith está en casa, dijo... Doctor Watson... Bien... Deme usted su tarjeta.

Mi humilde nombre y mi título, parecieron no impresionar a Mr. Culverton Smith. A través de la puerta entreabierta pude escuchar su voz, penetrante y voluntariosa.

—¿Quién es ese sujeto? ¿qué necesita?... Cuántas veces le he dicho, Stapples, que no deben perturbarme en mis horas de estudio.

Se siguió una suave y humilde explicación de parte del portero.

—Bien... No quiero verle, Stapples... No puedo interrumpir mi trabajo... No estoy en casa... Dígaselo así... Puede volver mañana en la mañana, si en realidad necesita verme.

¿Qué es esto? exclamó con voz alta y temblorosa

El portero replicó con otro murmullo.

—Bueno, bueno... Dele ese recado... Que vuelva mañana... Yo no tengo ahora tiempo...

Al oír esto pensé en Holmes agonizante en su lecho de muerte, y contando acaso los minutos en espera de su salvación. No era tiempo para guardar ceremonias.... Su vida dependía de mi resolución y antes

que el portero me hubiera transmitido el recado, me precipité en el interior de la pieza.

Con un penetrante grito de rabia un hombre se levantó de una silla de brazos, al lado de la chimenea. Vi un ancho rostro amarillento y grasoso, de doble papada y fatídicos y amenazadores ojos grises, cuya mirada surgía debajo de espesísimas cejas. Su cabeza enteramente calva, estaba cubierta coquetamente con un pequeño gorro de terciopelo. El cráneo era de una capacidad enorme, y vi, no sin sorpresa que el cuerpo de aquel sujeto era débil y pequeño, con los hombros y el pecho hundidos como si en su niñez hubiera sufrido de raquitismo.

—¿Qué es esto? exclamó con voz alta y temblorosa... ¿Qué significa este atropello? ¿No le he mandado decir que lo recibiré mañana por la mañana?

—Lo siento mucho, le dije, pero el asunto no admite espera. Mr. Sherlock Holmes...

Al oir el nombre de mi amigo, su actitud varió por completo. La ira desapareció por encanto de su rostro... Sus facciones se tornaron apacibles...

—¿Viene usted de parte de Holmes? preguntó.

—Acabo de dejarle...

—¿Y qué es de Holmes? ¿Cómo está?

—Desesperadamente enfermo.... Por eso he venido.

El individuo me señaló una silla y volvió a ocupar la suya. Al hacerlo vi por un instante un relámpago dibujarse en su rostro... Me persuadí, no obstante que se trataba sólo de una contracción nerviosa, porque en seguida se volvió hacia mí, con una mirada triste y compasiva.

—Siento mucho lo que acabo de oir, dijo. Sólo conozco a Mr. Holmes, por ciertos negocios que hemos tenido entre manos, pero respeto profundamente sus talentos y su carácter. El es un "amateur" en el crimen, como yo soy en medicina... A él los malvados, y a mí los microbios... Esas son mis cárceles, añadió mostrándome algunas botellas encima de la mesa... En esos cultivos de gelatina están los criminales más dañinos que existen en el mundo.

—Es precisamente en razón de los especiales conocimientos de usted, porque Mr. Holmes desea verlo. Tiene una alta opinión de usted y cree que usted es el único hombre que podrá salvarlo.

El hombrecillo se estremeció, y su gorra vino a caer al suelo.

¿Por qué?—preguntó—¿Por qué piensa Mr. Holmes que yo puedo serle útil?

—A causa de sus conocimientos sobre enfermedades orientales.

—Pero, ¿cómo puede creer que ha contraído aquí una de esas enfermedades exóticas?

—Porque en el curso de cierta investigación profesional, ha estado trabajando entre los chinos de los muelles.

Mr. Culverton Smith sonrió placenteramente, mientras recogía su gorra.

—¡Ah!... Muy bien... dijo... Espero que el negocio no sea tan grave como usted supone. ¿Desde cuándo está enfermo?

—Desde hace tres días

—¿Delira?

—De cuando en cuando.

—¡Hum!... Hum!... Esto es serio... Sería inhumano no acudir a su llamado... Siento mucho toda interrupción de mis trabajos, doctor Watson, pero este caso es ciertamente excepcional. Voy con usted al momento.

Recordé entonces las recomendaciones de Holmes.

—Yo tengo otro encargo que desempeñar, le dije.

—Muy bien. Iré solo. Tengo un apunte con la dirección de Holmes. No pase usted cuidado: estaré allá antes de media hora.

Con el corazón oprimido penetré nuevamente en la estancia de Holmes... Temía que lo peor hubiera podido suceder durante mi ausencia. Felizmente, tuve la satisfacción de ver que había mejorado mucho en las últimas horas. Su aspecto era tan alarmante como antes, pero había desaparecido toda huella de delirio y aunque su voz continuaba siendo débil, había recobrado con ventaja su habitual lucidez y precisión de ideas.

—¿Lograste verlo, Watson? me preguntó.

—Sí, y va a venir.

—Admirable, Watson. ¡Admirable! Eres el mejor de los mensajeros.

—Quería venir conmigo.

—Eso no debió ser, Watson... Habría

sido imposible. ¿Te preguntó algo sobre la causa de mi enfermedad?

—Le dije lo de los chinos de los muelles.

—Exactamente. Muy bien, Watson, te has portado como un buen amigo. Ahora puedes desaparecer de la escena.

—Debo quedarme para oír su opinión, Holmes.

—Por cierto. Pero tengo mis razones para suponer que su opinión será mucho más franca y valiosa, si se imagina que estamos los dos solos. Hay una pieza desocupada, justamente detrás de mi lecho, Watson.

—¡Querido Holmes!

—No hay otra alternativa, Watson. Esta sala no tiene rincón alguno capaz de ocultar una persona, y no debemos dejar que él sospeche lo más mínimo... Te esconderás pues allí... Es indispensable Watson.

De pronto se incorporó en el lecho. En su rostro huraño e indómito, se pintaba una intensa atención.

—Oigo el ruido del coche que se acerca, Watson... ¡Pronto! Entra allí, si me tienes algún afecto, y suceda lo que suceda, ¿lo entiendes?... suceda lo que suceda, no hagas el menor movimiento... No hables... no respires... pero escucha con toda la fuerza de tus oídos...

En seguida y en un instante, le abandonó su repentino acceso de vigor, y su enérgica voz se desvaneció en el bajo y casi imperceptible murmullo de un hombre en delirio.

Desde mi escondite, oí los pasos en la escalera y el ruido de la puerta del dormitorio al abrirse. Después con gran sorpresa mía se siguió un largo silencio, interrumpido tan sólo por la trabajosa y ronca respiración del enfermo. Pude imaginar que el visitante permanecía de pié junto al lecho examinando al doliente. Al fin se rompió ese extraño silencio.

—¡Holmes! ¡Holmes! exclamó el visitante con el tono insistente del que despierta a un dormido. ¿Puedes oirme, Holmes?

Percibí en seguida un roce violento, como si hubieran sacudido al enfermo, tomándole de los hombros.

—¿Está usted ahí, Mr. Smith? murmuró Holmes... Apenas me atrevía a esperar que usted viniera.

El otro lanzó una carcajada.

—Yo me habría imaginado lo mismo, dijo, pero como usted ve, aquí estoy...

—Es mucha bondad la suya..... es muy noble la conducta de usted... Yo sé apreciar sus especiales conocimientos...

El visitante se sonrió.

—Muy bien... usted es afortunadamente el único hombre en Londres que sabe apreciarlos... ¿Sabe usted lo que tiene?..

—"Lo mismo"... dijo Holmes.

—¡Ah! ¿Usted ha reconocido los síntomas?

—Demasiado bien.

—Bien... No me sorprendería, Holmes, no me sorprendería si fuera lo mismo... Mal negocio para usted si es así; ¡Pobre Víctor! Un joven tan fuerte y robusto, se despachó en menos de cuatro días. Era por cierto bien raro que contrajera una extraña enfermedad asiática en el corazón de Londres, una enfermedad de que yo he hecho un estudio especial... Singular coincidencia, Holmes.... Mucha habilidad fué la suya en descubrirlo, pero poco oritativo sugerir que había en ello relación de causa y efecto.

—Supe que usted era el autor de esa muerte.

—¿Lo supo?... Perfectamente... pero Ud. no podía probarlo... Pero qué piensa usted de su propia conducta, si después de haberse formado esa opinión de mí, no vacila en seguida en llamarme para que lo salve... ¿Qué clase de juego es éste?

Escuché la agonizante y trabajosa respiración del enfermo.

—Deme usted agua... murmuró con imperceptible voz.

—Felizmente usted está próximo a su fin, amigo mío, continuó el otro, pero no quiero que usted parta de este mundo sin decirle algunas palabras. Por eso le doy agua... No... no beba usted demasiado... Está bien... ¿Puede usted entenderme lo que le digo?...

Holmes suspiró.

—Dejemos lo pasado, pasado, murmuró, Yo lo olvidaré todo, se lo juro... Sálveme usted y lo olvidaré todo... No saldrá una palabra de mis labios.

—¿De qué se olvidará usted?

—De lo referente a la muerte de Víctor Savage. Ud. ha admitido que es el causante de esa muerte... Yo lo olvidaré...

—Usted puede recordarlo u olvidarlo, como mejor le parezca... Yo no he de ver a usted en el banco de los testigos, sino en otro sitio... en una caja de madera bastante estrecha... Yo se lo aseguro a usted mi buen Holmes... No me importa un bledo que usted sepa cómo murió mi sobrino... Ahora no se trata de él sino de usted...

—Sí... Sí...

—El sujeto que fué a buscarme... he olvidado su nombre... me dijo que Ud. había contraído esta enfermedad entre los marineros de los muelles...

—Eso es al menos lo que puedo conjeturar.

—Ud. se enorgullece mucho de su penetración, Holmes ¿No es así? ¿Ud. se cree muy hábil? Pero al fin se ha topado Ud con uno más listo... Ahora refresque Ud sus recuerdos, Holmes... ¿No puede imaginar otro medio, por el cual ha podido Ud. contraer esa enfermedad?

—No puedo pensar... Mis ideas se van... ¡Por amor de Dios! ¡Sálveme Ud...!

—Sí... Lo ayudaré por lo menos... lo ayudaré a saber por qué Ud. y yo estamos aquí juntos... Lo sabrá Ud. antes de morir.

—Deme Ud. algo para aliviar mi sufrimiento.

—¿Se sufre?... ¡Eh! los coolies gritan como demonios cuando se aproxima el fin... Pero, ¿tiene Ud. un calambre?...

—Sí... Un calambre.

—Pero Ud. puede oirme... Escuche ahora, ¿no puede Ud. recordar ningún incidente de su vida, justamente cuando sus síntomas comenzaron?

—No... No... Nada...

—Piense usted mejor.

—Estoy demasiado enfermo para pensar.

—Bueno.. Yo lo ayudaré... ¿No le llegó a usted nada por correo?

—¿Por correo?

—Una cajita, por ejemplo.

—¡Me desvanezco!... ¡Me voy!...

—Escuche Holmes...

Sentí un ruido como si sacudieran al moribundo. Tuve que contenerme para permanecer quieto en mi escondite.

—Usted tiene que escucharme, continuó el visitante. ¿Se acuerda usted de una cajita de marfil? Vino el Miércoles. Usted la abrió... ¿Lo recuerda usted ahora?

—Sí... la abrí... De ella brotó un chorro de líquido... Alguna broma...

—No era una broma, como usted lo está experimentando a su costa... Usted mismo lo quiso... ¿Quién le mandaba cruzarse en mi camino? Si usted no me hubiera estorbado no estaría hoy a las puertas de la muerte.

—Lo recuerdo, suspiró Holmes... El chorro... era de algo como sangre... La cajita... está sobre la mesa...

—La misma es, por vida del cháp ro... Me la llevaré en el bolsillo... Podría comprometerme... Pero ahora usted sabe la verdad, Holmes, y puede morir con la satisfacción de que yo le he muerto. Usted sabía demasiado acerca de la muerte de Víctor Savage, así le envío a juntarse con él... Su fin está muy próximo, Holmes... Me sentaré aquí a esperar que Ud. muera.

La voz de Holmes se había ido extinguiendo poco a poco. Ya no era sino un suspiro.

—¿Qué es esto? dijo Smith... El gas no alumbra bastante.... La sombra comienza a caer sobre usted. Voy a dar más luz... Quiero verlo mejor...

Atravesó la sala y la luz brilló con más fuerza.

—Si hay otro servicio que pueda prestarle, estoy listo... amigo mío...

—Sí... deme usted un cigarrillo y una caja de fósforos...

Creí desvanecerme de júbilo. Hablaba con su voz natural, un poco débil acaso... pero era su propia voz. Hubo una larga pausa, y sentí que Culverton Smith permanecía silencioso mirando a mi compañero.

—¿Qué significa esto? oí que decía en seguida en tono seco.

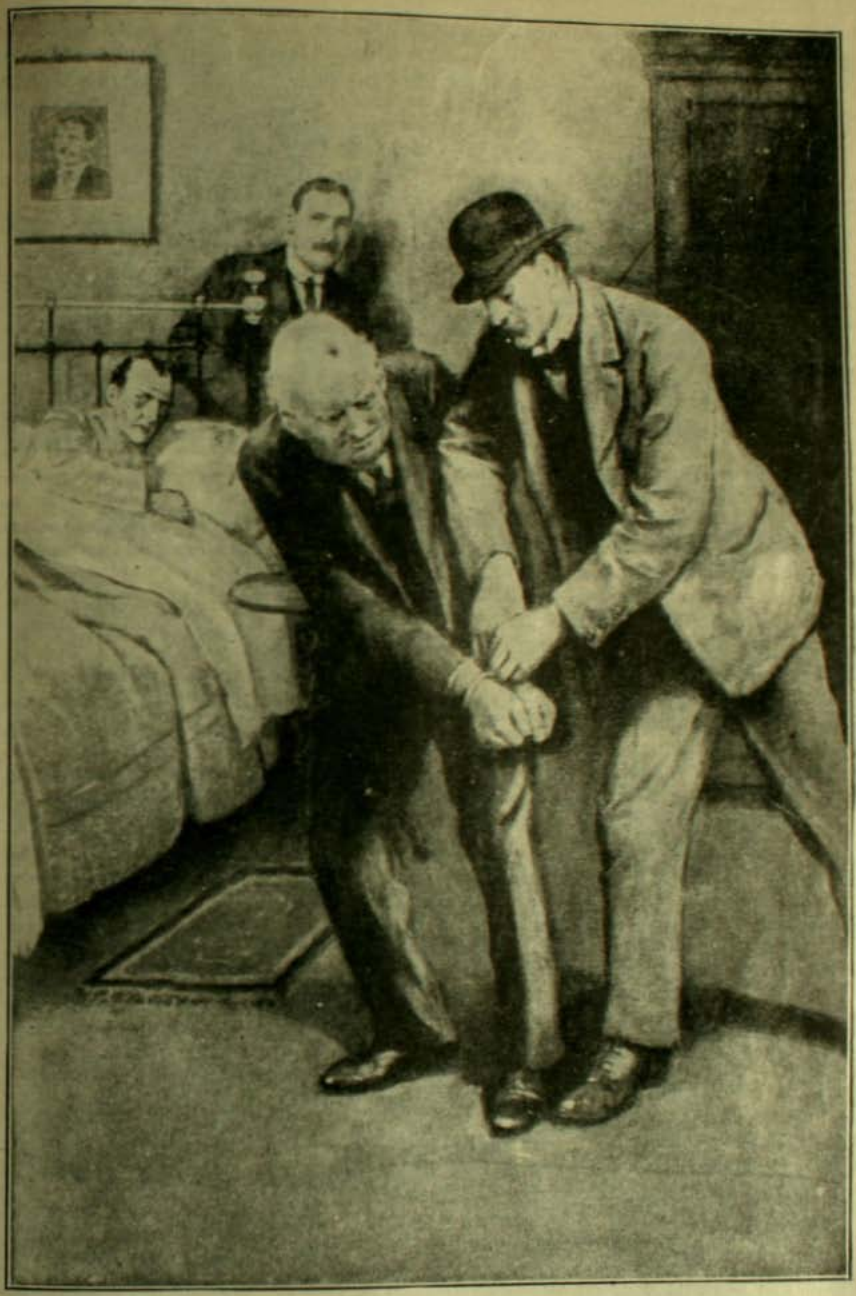
—Lo que va usted a oir dijo Holmes. Le doy mi palabra de que he permanecido tres días sin comer ni beber, hasta que usted tuvo la bondad de darme ese vaso de agua... Pero es el tabaco lo que me hace más falta... ¡Ah! Aquí hay algunos cigarrillos...

Sentí el crujir de un fósforo.

—¡Magnífico! ¡Alió! ¡Alió!... He aquí los pasos de un amigo...

Se sintieron algunas pisadas, y apareció el inspector Morton.

—Todo está en orden... y aquí tiene usted a su hombre, dijo Holmes.



Se sintió el golpe de las esposas al cerrarse

El oficial de policía procedió con todas las formalidades del caso.

—Le arresto a usted, dijo, como acusado de asesinato en la persona del llamado Víctor Savage.

—Y puede usted agregar también, por intento de asesinato del llamado Sherlock Holmes, advirtió mi amigo riendo a carcajadas. Para ahorrarme una molestia inútil, señor inspector, Mr. Culverton Smith tuvo la bondad de dar la señal convenida, encendiendo el gas... Por de pronto el prisionero tiene en el bolsillo derecho de su sobretodo una cajita que sería conveniente sacar de allí. Gracias... Si usted la llevara consigo no estaría mal... Puede desempeñar un importante papel en el proceso.

Se oyó una horrible maldición, un ruido de cadenas y un grito de dolor.

—No se haga usted daño a sí mismo, dijo el inspector... Estese usted quieto...

Se sintió el golpe de las esposas al cerrarse.

—Esta es una traición infame, murmuró la soberbia voz de Mr. Culverton Smith. El señor Holmes irá a la cárcel y no yo... El me pidió que viniera a curarlo. Yo vine porque le tenía lástima... Ahora él pretenderá sin duda que yo he dicho lo que a él se le ocurra inventar para corroborar sus sospechas insanas... Puede usted invertar como quiera Holmes... pero mi palabra vale tanto como la suya...

—Justo cielo! exclamó Holmes. Lo había olvidado... Querido Watson... Te debo un millón de excusas... Debía haberte llamado antes. No necesito presentarte a Mr. Culverton Smith, porque entiendo que te encontraste con él hace poco... ¿Tienes abajo el coche?... Bueno, iremos a la comisaría... Creo que puedo ser allí de alguna utilidad.. Voy a vestirme...

—No necesito más, agregó Holmes después de haberse confortado con un vaso de Jerez y algunos biscochos, mientras se vestía. Mis hábitos son bastantes irregulares, y semejante calaverada, significa para mí muy poca cosa. Era muy esencial que yo impresionara fuertemente a la señora Hudson, con la realidad de mi estado, para que te transmitiera a ti esa impresión, y tú al otro. ¿Eso te ofende, Watson?.... Convendrás conmigo, en que entre tus talentos no se encuentra el del disimulo, y, aunque hubieras guardado mi secreto, no habrías podido impresionar a Smith, con la urgente necesidad de su presencia, lo que era el punto capital del negocio. Conociendo su naturaleza vengativa, estaba yo perfectamente cierto de que vendría a gozarse en su obra.

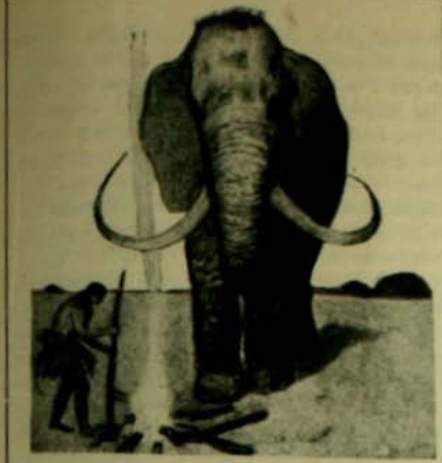
—¿Pero tu aspecto, Holmes, tu rostro demacrado. ¿Cómo pudiste lograr eso?

—Tres días de absoluta abstinencia, no le ponen a uno muy hermoso que digamos. Lo demás, una esponja basta para curarlo... Un poco de vaselina en la frente, belladona en los ojos, colorete en las mejillas, y trocitos de cera en los labios, bastan para producir un efecto magnífico. He estudiado mucho la manera de fingir enfermedades y pienso escribir sobre el asunto una monografía... Además algunas frases absurdas sobre ostras y otros temas extraños producen un espléndido efecto de delirio.

—Y ¿por qué no me permitiste acercarme a tu lecho, ya que no había verdadero peligro de infección.

—¿Puedes preguntarlo, querido Watson? ¿Te imaginas que no respeto tus talentos médicos? ¿Podía yo creer que te iba a engañar, y que ibas a tomar por moribundo a un hombre que, aunque débil, tenía el pulso y la temperatura perfectamente normales? A cuatro metros, podía engañarte.. Sólo así podía hacerte traer a Smith... No Watson... no toques esa caja... Apenas se abre, cuando salta de adentro un chorro de líquido, tan penetrante y mortífero como los colmillos de una víbora. Creo que debe haber sido una máquina semejante, la que dió muerte al pobre Savage que por desgracia suya era el único obstáculo para que ese monstruo heredara un fideicomiso. Mi correspondencia, como sabes, es muy variada y me cuido mucho de los paquetes que me vienen por correo. Era claro para mí sin embargo, que fingiendo haber sido víctima de su complot, le arrancaría una confesión... He realizado mi plan con toda la perfección del verdadero artista... Gracias Watson... eso es... ayúdame a ponerme el sobretodo. Cuando nos hayamos despachado en la comisaría, no nos vendría mal una comidita substanciosa en el Hotel Simpson.

A. CONAN DOYLE



LA GUERRA DEL FUEGO

Por

J. H. ROSNY

Es en los primeros tiempos de la tierra. Las pequeñas tribus humanas vagan en lucha constante contra las fieras y los elementos. Los Ulhamr, una de esas tribus, vencidos en un combate, pierden el fuego, que custodiaban con gran trabajo desde hacía largas generaciones, pero que no sabían producir.

Fauhm, jefe de la tribu, ofrece Gamla, la más bella de las hijas de los hombres, al que traiga el fuego. Se presentan a reclamar el premio, por una parte, Naoh, joven y fuerte guerrero, aunque menos rudo y vengativo que sus semejantes, y por la otra, Aghoo el velludo y sus dos hermanos, también velludos, de fuerzas sobrehumanas, pero de naturaleza bestial.

Agho y sus hermanos parten en dirección del Poniente. Naoh, a su vez, escoge dos jóvenes guerreros más ágiles y astutos que fuertes, llamados Nam y Gaw, y se dirigen hacia el Sur.

Después de atravesar, por muchos días, una vasta pradera, Naoh y sus compañeros presencian un combate entre una manada de aurochs y otra de mamuths, las bestias más poderosas de la tierra. En la noche, atacados por un oso gris, en su caverna, Naoh logra vencerlo y darle muerte a golpes de maza, hazaña hasta entonces no realizada por hombre alguno.

Llenos de confianza y de orgullo los tres Ulhamr van a proseguir sus aventuras.

IV

El león gigante y la tigre

Una luna había transcurrido. Hacía ya largo tiempo a que Naoh, avanzando siempre hacia el sur llegara a los confines de la sábana: ahora atravesaba la selva. Ella parecía interminable, entrecortada por islas de hierbas, de piedras ò de pantanos. Se iba clareando lentamente, de manera que producía todo género de plantas y todas las variedades de las bestias. Se podía encontrar allí el tigre, el león amarillo, el leopardo, el hombre de los árboles, que vivía solitario con algunas hembras, y cuya fuerza sobrepujaba a la del hombre ordinario, la hiena, el jabalí, el lobo, el gamo, el alce, el cabrito y la gamuza. Allí arrastraba el rinoceronte su temible coraza; aún era posible descubrir acaso el león gigante, ya excesivamente raro, pues su extinción había comenzado desde centenares de siglos.

También se encontraba el mamuth, azote de la selva, que destrozaba las ramas y desarraigaba los troncos, y cuyo paso era más destructor que el de la inundación o el del huracán.

En ese terrible territorio, los nómades hallaban su alimento en abundancia; ellos mismos sabían que eran presa para los devoradores de carne: Marchaban con prudencia, en triángulo, de manera de dominar el mayor espacio posible. Sus sentidos precisos, bastaban durante el día para preservarles de las emboscadas. Por otra parte, sus más funestos enemigos no cazaban sino en las tinieblas. A la luz del sol su mirada no era tan penetrante como

la de los hombres, y su olfato no se comparaba con el de los lobos. Estos eran los más difíciles de despistar; pero en la selva, cuajada de carne, no pensaban en atacar bestias tan amenazadoras como los Ulhamr. Entre los osos, el más poderoso, el gigante de las cavernas, no cazaba a menos de estar atormentado por el hambre. Herbívoro encontraba en la tierra con que saciar pacíficamente su voracidad. Y el oso gris no moraba sino accidentalmente fuera de los campos despejados.

Con todo, los días transcurrían en continua alerta y las noches eran aterradoras. Los Ulhamr escogían con cuidado sus sitios de refugio: se detenían largo tiempo antes de la caída de la noche. Frecuentemente se escondían en una cavidad; otras veces aglomeraban peñascos o bien se abrigaban en un matorral profundo, sembrando obstáculos a su alrededor; algunas tardes, escogían un grupo de árboles bien apretados los unos contra los otros y se fortificaban entre sus troncos.

Más que todo sufrían con la ausencia del fuego. En las noches sin luna, creían sumergirse en las tinieblas para siempre... ellas pesaban sobre su carne y parecían devorarles. Noche a noche espiaban los matorrales, como si fueran a descubrir la llama centelleante devorando las ramas muertas; pero nada veían sino los perdidos fulgores de las estrellas, o los ojos encendidos de una fiera; su debilidad los abrumaba en medio de la inmensidad cruel. Acaso hubieran sufrido menos en la horda, sintiendo palpitar a la turba en torno de ellos; pero en la soledad interminable, sus pechos perecían de angustia.

Al fin la selva se abrió. En tanto que el país de árboles continuaba llenando el occidente, hacia el este se abría una llanura, parte sábana y parte matorral con algunos islotes de árboles. La hierba defendía allí el espacio contra los grandes vegetales, auxiliada por los uros, los aurochs, los ciervos, los saigas, los hemiones y los caballos, que devoraban los tiernos brotes. Un río corría hacia el oriente, envuelto por alamos negros, cenicientos sauces, juncales y rododendros. Algunas piedras erráticas alzaban sus domos rojizos, y aunque aún era día claro, las largas sombras dominaban a los rayos del sol. Los nómades reconocieron el territorio con desconfianza; debían pasar por allí muchas fieras, a la hora en que se extingue la luz. Así se apresuraron a beber. Después exploraron el sitio. La mayor parte de las piedras erráticas eran solitarias y no podían servir; otras, en grupos habrían demandado un largo trabajo de fortificación. Ya se sentían desalentados e iban a retirarse nuevamente a la selva, cuando Nam descubrió algunos peñascos enormes, muy cercanos entre ellos, dos de los cuales, casi se tocaban en su cima, y limitaban una cavidad con cuatro entradas. Las tres primeras admitían el acceso a bestias más pequeñas que el hombre, a los lobos, a los perros y a las panteras. La cuarta podía permitir el paso a un guerrero de alta estatura, siempre que se aplastara contra el suelo, pero debía ser impracticable para los grandes osos, los leones y los tigres.

A una señal de su compañero, Naoh y Gaw se acercaron. En un principio temieron que su jefe no pudiera deslizarse en el interior del refugio. Pero Naoh, arrastrándose sobre la yerba y volviendo repetidas veces la cabeza, entró sin esfuerzo y volvió a salir. De suerte que se encontraron en un abrigo más seguro de cuantos les habían servido hasta entonces, porque los peñascos eran tan pesados y tan fuertemente incrustados en la tierra, que no habría podido desencajarlos ni una manada de mamuths. El espacio no faltaba: diez hombres podían con facilidad tener allí cabida.

La perspectiva de una noche perfecta regocijó a los nómades. Por vez primera después de su partida, podrían burlarse de todos los carniceros. Comieron la carne cruda de un cervatillo, con nueces cogidas en la selva, y en seguida volvieron a escrutar el territorio. Algun alce y uno que otro cabro desfilaban hacia el agua; los cuervos se elevaban lanzando su grito de guerra; una águila se cernía a la altura de las nubes. Después un lince se precipitó en persecución de una cerceta y un leopardo se deslizó furtivamente entre los sauces.

La sombra se alargaba más y más. Presto cubrió toda la sábana; el sol descendía tras de los grandes árboles, como una enorme brasa circular, y se acercaba la hora en que la vida carnicera iba a dominar las soledades. Nada lo anunciaba to-

davía. Se oía el suave gorjeo de los pajarillos; solitarios o en bandadas, lanzaban hacia el sol su himno rápido; himno de tristeza y de temor; el himno de la gran noche siniestra.

Entonces surgió un uro de la selva. ¿De dónde venía? ¿Qué aventura lo había perdido? ¿Era un rezagado, o por el contrario, marchando con demasiada rapidez, amenazado por los enemigos o los meteoros, había huído al azar? Los nómades no se lo preguntaron, dominados por la pasión de la caza, porque aunque los cazadores de su tribu no atacaban a las manadas de grandes herbíboros, acechaban las bestias solitarias, sobre todo a los débiles y a los heridos. La bravura y la tenacidad del uro se encuentra en algunas razas de nuestros toros, pero el uro tenía un cerebro menos confuso. La especie estaba en su apogeo. Agiles, con una respiración viva, un sentido claro del peligro y una astucia compleja, esos fuertes organismos circulaban magníficamente sobre el planeta.

Naoh se levantó, lanzando un rugido. Después de la victoria sobre una fiera, nada era más glorioso que derribar un gran herbíboro. El Ulhamr sentía en su corazón ese instinto, por el cual se mantuvo todo lo que fué necesario al progreso del hombre; su ardor se aumentaba a medida que se acercaban el pecho espacioso y los cuernos relucientes. Pero otro instinto lo contuvo: el de no destruír en vano la carne que sustenta... Ahora la tenían en abundancia: la presa se encontraba por doquiera. En fin, recordando su triunfo sobre el oso, Naoh juzgaba menos meritorio derribar un uro. Bajó su azagaya, renunciando a una caza en que podía comprometer sus armas. Y el uro, avanzando con lentitud, tomó el camino del río.

De pronto, los tres hombres alzaron la cabeza con los sentidos dilatados por el peligro. Sus dudas fueron cortas: Nam y Gaw, a una señal del jefe, se deslizaron bajo las rocas erráticas. El mismo los siguió, en el momento en que un megaceros salía de la selva. De todos los animales se había apoderado un vértigo de fuga. La cabeza con su corona de cuernos gigantescos, el hocico cubierto de sanguinolenta espuma, las patas estremecidas como las ramas ante un ciclón, el megaceros había dado una treintena de saltos, cuando su enemigo surgió a su vez. Era un tigre de miembros robustos, vértebras elásticas, y cuyo cuerpo a cada salto franqueaba una distancia de veinte codos. Sus movimientos flexibles parecían ráfagas del aire. Cada vez que el felino alcanzaba el suelo, se seguía una buena pausa, una reconcentración de energía.

Nam y Gaw, a una señal del jefe, se deslizaron bajo las rocas erráticas

En su movimiento menos amplio, el cérvido no se detenía un momento. Cada salto era la continuación acelerada del salto precedente. Pero en la persecución perdía terreno. Para el tigre la carrera acababa de comenzar, en tanto que el megaceros venía de lejos.

—El tigre cogerá al gran ciervo, dijo Nam con voz temblorosa.

Naoh que contemplaba aquella caza con pasión respondió:

—El gran ciervo es infatigable.

No lejos del río, la delantera del mega-

ceros era ya la mitad que antes. En una tensión suprema, redobló su velocidad. Los dos cuerpos se proyectaron con igual rapidez, después los saltos del tigre se acortaron. Sin duda habría renunciado a la persecución si el río no hubiera estado próximo: esperaba ganar terreno a nado: allí en las aguas, su cuerpo, flexible y ondulante le serviría maravillosamente. Cuando llegó a la orilla el megaceros estaba a cincuenta codos. El tigre se deslizó entre las aguas con velocidad extraordinaria; pero el megaceros avanzaba casi con igual rapidez. Fué el momento de la vida y de la muerte. Como el río no era muy ancho, el cérvido debía alcanzar la otra orilla con alguna ventaja: si vacilaba al tomar tierra, sería cogido. El no lo ignoraba y hasta había dado un corto rodeo para escoger el sitio del abordaje: fué éste un pequeño promontorio, pedregoso de suave pendiente. Aunque el megaceros había calculado muy bien su salida, hubo un momento de vaga vacilación, durante el cual el tigre se acercó. En fin el herbívoro partió a la carrera. Estaba ya a veinte codos cuando el tigre dió su primer salto... pero sus patas se enredaron vacilantes, y rodó por el suelo, el megaceros había ganado la partida. No le quedaba al tigre otro camino que el de romper la persecución, y recordando cierta alta silueta, entrevista durante la carrera, se apresuró a vadear nuevamente el río. El uro estaba aún a la vista.

Al paso de las bestias en fuga, había retrocedido hacia la selva. Mostró después una incertidumbre que aumentó a medida que el felino se alejaba, y sobre todo cuando desapareció entre los matorrales. El uro no se decidía no obstante, por la retirada, cuando hirió sus narices un olor terrible. Alargó el cuello, y, convencido, buscó camino para la fuga. Llegó así no lejos de las rocas erráticas donde acechaban los Ulhamr: el efluvio humano, le recordó un ataque, en que joven y débil todavía, fué herido por un proyectil, y se desvió de nuevo.

Iba a desaparecer trotando en la espesura, cuando de pronto se detuvo: el tigre llegaba a gran velocidad... El carnicero no temía que el uro se le escapara a la carrera como el ciervo, pero estaba impaciente con su anterior fracaso. A la vista de la fiera, desapareció la decisión del toro. Como sabía que no podía contar con la fuga, hizo cara al peligro. Con la cabeza baja, cavando la tierra, era, con su ancho pecho rojizo, sus ojos de violado fuego, un hermoso guerrero de la selva y de la pradera: cierta rabia obscura disipaba sus temores: la sangre que se agolpaba en su corazón era la sangre de la lucha; el instinto de conservación se había transformado en valor.

El tigre reconoció la fuerza de su adversario. No lo atacó bruscamente; bordeando, con flexibilidades de reptil, esperó un gesto precipitado o torpe de su adversario que le permitiera saltar sobre su lomo para romperle las vértebras. Pero el uro, atento a las evoluciones de la fiera, le presentaba siempre su compacta frente y sus afilados cuernos.

De pronto el carnívoro se inmovilizó. Con las patas rígidas, fijos los grandes ojos amarillentos, casi apartados, miraba avanzar una bestia monstruosa. Se parecía al tigre, pero su estatura era más elevada y más compacta: recordaba también al león por su melena, su pecho profundo, su grave continente. Aunque se acercaba sin detenerse, con el sentimiento de la supremacía, mostraba las vacilaciones del animal que no está en su terreno de caza... El tigre sí estaba en tierra propia... Hacía diez inviernos a que dominaba aquel sitio, y las otras fieras, el leopardo, la pantera y la hiena vivían a su sombra; suya era toda presa desde que la escogía; ninguna creatura se levantaba al frente de él, cuando al azar de los encuentros, degollaba al alce, al megaceros, al uro, al auroch o al antílope. Acaso el oso gris había pasado por sus dominios, durante la estación fría; otros tigres habitaban hacia el norte y algunos leones en las orillas del río; pero ninguno había venido a disputarle la supremacía. Sólo evitaba el paso del rinoceronte invulnerable, o del mamuth de cascos macizos, estimando demasiado rudo el combatirlos... Pero esa forma extraña que acababa de aparecer, le era desconocida y sus sentidos se espantaban al verla.

Era una bestia muy rara, una bestia de las antiguas edades, cuya especie de-

crecía desde muchos milenarios. Por su instinto, el tigre comprendió que ella era más fuerte, mejor armada y tan rápida como él mismo, pero habituado a una constante victoria, se sublevó contra el miedo. Su gesto mostraba su resolución. A medida que el enemigo iba acercándose, se apartaba más bien que se retiraba; su actitud continuaba amenazadora. Cuando la distancia se redujo, el león-tigre hinchó su vasto pecho y rugió... después, aplastándose, lanzó su primer salto de ataque, un salto de veinticinco codos. El tigre retrocedió. Al segundo salto del coloso, volvió grupas para batirse en retirada. Este movimiento no fué sino bosquejado. El furor le hizo volver sobre sí, sus ojos lanzaron rayos verdosos: aceptaba el combate... Ya no estaba solo. Una tigre surgía de entre las hierbas; acudía brillante, impetuosa, magnífica, al socorro de su macho.

El gigantesco león vaciló a su vez, dudando de su fuerza. Acaso se habría retirado entonces, dejando a los tigres su territorio, si el adversario, excitado por los maullidos de la tigre no hubiera imitado la intención de tomar la ofensiva. El enorme felino podía resignarse a ceder el sitio, pero su terrible musculatura, el recuerdo de cuanta carne destrozara, de los huesos que había reducido a polvo, le obligaron a castigar la agresión. Estaba separado del tigre por el espacio de un salto. Lo franqueó, pero sin alcanzar su objeto, porque el otro se había escurrido para intentar un ataque de flanco. El león de las cavernas se detuvo para recibir el asalto. Fauces y garras se mezclaron: se oyó el crujido de los dientes devoradores y roncos rugidos. Abajo el tigre trataba de coger la garganta del enemigo: estuvo a punto de conseguirlo. Los movimientos precisos del león lo rechazaron; se encontró aplastado bajo una pata soberana y el león-gigante comenzó a abrirle el vientre. Las entrañas se desbordaron en largas cintas verdosas; la sangre corrió tiñendo las hierbas de escarlata, y un espantoso clamor hizo temblar a la pradera. Ya el león-tigre empezaba a hacer crujir las costillas cuando la tigre llegó. Husmeaba vacilante la sangre tibia, la derrota de su macho: dejó oír un maullido de llamada.

A ese grito, el tigre se levantó, por su cráneo pasó una suprema onda belicosa, pero al primer paso lo detuvieron sus entrañas que se arrastraban por el suelo, y

Se encontró aplastado bajo una pata soberana y el león gigante comenzó a abrirle el vientre

permaneció inmóvil, con los miembros desfallecidos, pero en sus ojos brillaba aún el fuego de la vida. La tigre midió con su instinto lo que aún quedaba de energía en aquel que por largo tiempo compartiera con ella las presas palpitantes, vigilado sobre las generaciones y defendido la especie en contra de las emboscadas innumerables. Una ternura sorda sacudió sus rudos nervios: sintió la comunidad de sus luchas, de sus alegrías y de sus dolores. Después la ley de la naturaleza la enervó: supo que se había levantado frente a ella una fuerza más terrible que la de los tigres y palpitando con el deseo de vivir, después de una lamentación sorda y de una larga mirada hacia atrás, huyó hacia la selva.

El león gigante no la siguió: se deleitaba en la supremacía de sus músculos, aspiraba la atmósfera de la tarde, la atmósfera de la aventura, del amor y de la presa. El tigre ya no le inquietaba... Seguía espiándolo sin embargo, vacilando en acabarlo, porque su alma era prudente, y, vencedor, temía las heridas inútiles.

Había descendido sobre la tierra la hora rojiza, esparciéndose en las profundidades de la selva, lenta, variable e insidiosa. Las bestias diurnas se callaron. Se oía a intervalos el rugido de los lobos, el ladrido de los perros, la risa sarcástica de la hiena, el suspiro de una rapaz, el grito estridente de los sapos, y el canto tardío de una cigarra. Mientras el sol moría tras de un océano de nubes, la luna inmensa se alzó sobre el oriente.

No se divisaban otros animales que las dos fieras: el uro había desaparecido durante la lucha; en las penumbras, mil narices sutiles reconocían aquellas presencias terribles.

El león gigante sintió una vez más la debilidad de su fuerza. La presa sin número palpitaba en el fondo de los matorrales, y sin embargo, cada día él estaba expuesto al hambre. Porque consigo llevaba su atmósfera: Ella le traicionaba más seguramente que su marcha que el crujido de la tierra, de las hojas y de las ramas. Ella se extendía acre y feroz: ella era palpable en las tinieblas y hasta sobre la superficie de las aguas, ella era el terror y la salvaguardia de los débiles. Entonces todo huía, se ocultaba, se desvanecía. La tierra se transformaba en un desierto sin vida...

No había más presa... y el felino se encontraba solo en el mundo.

Ahora, en la noche que se acercaba, el coloso sentía hambre. Arrojado de su territorio por un cataclismo, había atravesado arroyos y ríos, errando por horizontes desconocidos. Y ahora, conquistado un nuevo dominio con la derrota del tigre, alargaba las narices, buscando en la brisa el olor de las carnes ocultas. Toda presa le pareció lejana; percibía apenas las leves emanaciones de bestias minúsculas, ocultas en la hierba, algunos nidos de pájaros, dos garzas dormitando entre las ramas de un álamo negro, y cuya vigilancia no se habría dejado sorprender, aunque el felino hubiere podido escalar el árbol; pero desde que alcanzara toda su estatura, no trepaba sino a los troncos bajos y a las ramas más fuertes.

El hambre lo hizo volverse hacia la onda tibia que corría con las entrañas de su víctima: se acercó a olfatearle: le repugnaba como un veneno. Impaciente, saltó sobre el tigre, le destrozó las vértebras y en seguida se puso a rondar los alrededores.

El perfil de las rocas erráticas le atrajo. Como estaban al lado opuesto del viento y su olfato no era tan fino como el de los lobos, había ignorado hasta entonces la presencia de los hombres. Cuando se hubo acercado, supo que la presa estaba allí, y la esperanza aceleró su aliento.

Los Uhamr consideraban palpitantes la elevada silueta del carnívoro. Desde la fuga del megaceros, toda la leyenda siniestra, todo cuanto era el terror de los vivos, había pasado delante de sus pupilas.

A la rojiza luz del crepúsculo, veían al león-tigre dar vueltas al rededor de su refugio; su hocico husmeaba los intersticios, sus ojos lanzaban resplandores verdosos: todo su sér respiraba la impaciencia y el hambre.

Al llegar delante del orificio por donde se habían deslizado los hombres, se bajó, tratando de introducir en él, la cabeza y los hombros; y los nómades dudaron de la estabilidad de las rocas. A cada ondulación del gigantesco cuerpo, Nam y Gaw, se encogían, suspirando acongojados. El odio animaba a Naoh, odio de la carne anhelante, el odio de la inteligencia nueva

contra el instinto antiguo y su excesivo poder...

Estos sentimientos se exaltaron aún más, cuando el bruto comenzó a rasguñar la tierra. Aunque el león gigante no fuese un animal cavador, sabía ensanchar una galería y derribar un obstáculo. Su tentativa consternó a los hombres. Naoh, acuclillándose, dió un golpe con su venablo: la fiera, herida en la cabeza, lanzó un furioso rugido y cesó de cavar. Sus ojos fosforescentes exploraban la penumbra; no lejos se distinguían las tres siluetas que lo irritaban tanto más cuanto las sentía más próximas.

Volvió a dar vueltas, buscando un camino; siempre volvía a aquel por donde se habían introducido los hombres. Al fin comenzó a cavar de nuevo; pero otro golpe de venablo interrumpió su tarea, y le hizo retroceder con menos sorpresa que la vez anterior. En su opaco cerebro, concibió que la entrada de esa guarida era imposible; pero no abandonaba la presa, guardando la esperanza de que no se escaparía, pues estaba tan próxima. Después de una última aspiración y una última mirada, pareció ignorar la existencia de los hombres y se dirigió a la selva.

Los tres nómades se exaltaron; la retirada les pareció más segura; aspiraban la noche con delicia: fué uno de esos instantes en que los nervios son más sutiles y los músculos encierran más energía; innumerables sentimientos se agolpaban en sus almas indecisas, evocando la belleza inmortal: amaban la vida y su cuadro, gustaban de algo compuesto con todas las cosas, una felicidad creada fuera y encima de la acción inmediata. Y como no podían comunicarse semejante impresión, ni intentar siquiera comunicársela, se miraban riendo los unos a los otros, con esa alegría contagiosa que sólo aparece en el rostro de los hombres. Sin duda esperaban ver la vuelta del león gigante, pero como carecían de una noción precisa del tiempo, noción que les hubiera sido funesta, gustaban del presente en toda su plenitud: el espacio que separa el crepúsculo de la tarde del crepúsculo de la mañana les parecía infinito.

Según su costumbre, Naoh hizo la primera guardia. No tenía sueño. Enervado con la batalla del tigre y del león gigante, sintió, cuando Gaw y Nam se hubieron tendido, agitarse en su cráneo las nociones que habían acumulado la tradición y la experiencia. Ellas se entrelazaban confusas, formando la leyenda del mundo. Y el mundo era ya vasto en la inteligencia de los Ulhamr. Conocían la marcha del sol y de la luna, el ciclo de las tinieblas sucediéndose a la luz, y de la luz siguiendo a las tinieblas, de la estación fría alternando con la estación cálida; el camino de los arroyos y de los ríos; el nacimiento, la vejez y la muerte de los hombres; la forma, las costumbres y la fuerza de innumerables bestias; el crecimiento de los árboles y de las hierbas; el arte de labrar el venablo, el hacha, la maza, el raspador y el arpón, y el de servirse de esos instrumentos; el curso del viento y de las nubes; el capricho de la lluvia y la ferocidad del rayo. Conocían, en fin, al Fuego, la más dulce y la más terrible de las cosas vivientes, bastante fuerte para destruir una sábana entera y toda una selva con sus mamuths, sus rinocerontes, sus leones, sus tigres, sus osos, sus aurochs y sus uros.

Siempre había fascinado a Naoh la vida del Fuego. Como las bestias necesita una presa: se alimenta de ramas, de hierbas secas, de grasa: crece; cada fuego nace de otros fuegos; cada fuego puede morir. Pero la estatura del fuego es ilimitada, y por otra parte, se deja dividir hasta el infinito; cada trozo de él puede vivir. Disminuye cuando se le priva de alimento; se hace pequeño como una abeja, como una mosca, y, sin embargo, podrá renacer a lo largo de una brizna de hierba y volver a ser tan vasto como un lago. Es una bestia y no es una bestia. No tiene patas, ni cuerpo flexible, y corre sin embargo con más rápidez que los antílopes; no tiene alas y vuela hasta las nubes; no tiene garganta y respira, gruñe y ruge; no tiene manos ni garras y se apodera de cuanto le rodea... Naoh le amaba, le detestaba y le temía. Cuando niño había sufrido su mordedura; sabía que no guardaba preferencias a nadie, pronto siempre a devorar a los que lo alimentan, más traicionero que la hiena; más feroz que la pantera. Pero su presencia es deliciosa; ella disipa la crudeza de las noches frías, reposa las fatigas y hace temible la debilidad de los hombres.

En la penumbra de las piedras basál-

ticas, Naoh veía en dulce deseo, la fogata del campamento y los resplandores que brillaban en el rostro de Gamla. La luna, elevándose en el cielo, le recordaba la llama lejana. ¿De qué sitio de la tierra se exhalaba la luna, y por qué como el sol no se extinguía jamás? Ella se empequeñecía; algunas tardes no era sino un fuego débil, como el que corre a lo largo de una pajita. Después se reanima. Sin duda Hombres Ocultos se ocupan de mantenerla y la alimentan según las épocas. Aquella noche, está en toda su fuerza tan alta al principio, como los árboles, disminuye, pero brillando con luz más viva, a medida que sube en el cielo. Los Hombres Ocultos han debido darle leña seca en abundancia.

En tanto que sueña así el hijo del Leopardo, las bestias nocturnas van a sus aventuras. Furtivas siluetas se deslizan sobre las hierbas. Distingue musarañas, gerbos, agutis, ligeras garduñas, comadrejas con cuerpos de reptil; después aparece un alce de diez cuernos que se destaca contra la luna como una azagaya. Naoh observa sus piernas secas, su cuerpo color de tierra y de encina, el ramaje que inclina hasta el suelo. Ahora ha desaparecido, los lobos muestran sus cabezas redondeadas, sus finos hocicos, sus patas sueltas y vivas. El vientre es pálido, los flancos y el dorso rojizos, y una banda negruzca dibuja las vértebras; fuertes músculos hinchan la nuca, y todo su aire encierra algo de huraño, de juicioso y complejo, que acentúa la oblicuidad de la mirada. Han olfateado el alce, pero éste, en la humedad de las penumbras, ha recibido aviso de la proximidad de los lobos, y su delantera es considerable. Las narices inteligentes disciernen la decrecencia continua de los efluvios: los lobos saben que el herviboro gana espacio. Franquean, sin embargo, la sábana y los más listos penetran bajo el matorral. La persecución parece inútil. Todos vuelven a pasos lentos, desengañados, algunos aullan y gimen. En seguida las narices comienzan de nuevo a explorar la atmósfera. Nada revelan de próximo, sino el cadáver del tigre, y los hombres ocultos entre las piedras: una presa demasiado temible y una carne que, a pesar de su avidez, los lobos encuentran repugnante.

Se aproximan a ella, sin embargo, contorneando la guarida de los hombres.

Por de pronto los lobos rondaron al rededor del despojo, con esa prudencia excesiva que nada abandona al azar. Al fin los impacientes se atreven. Llevan sus fauces hacia la cabeza del tigre, cerca del hocico entreabierto, por donde se exhalara antes una vida hedionda y formidable; exploraron el cuerpo, lamiendo las rojas heridas. Sin embargo, ninguno se decidía a hincar sus dientes en esa carne ruda, rebosando veneno, buena sólo para los estómagos de los buitres y de las hienas.

Un clamor acrecienta sus incertidumbres: quejas, gemidos pavorosos. Seis hienas surgieron al claro de la luna. Avanzaban con marcha equívoca, con sus robustos cuartos delanteros, sus torsos que descendían para terminar en delgadas patas. Patisambas, con el hocico corto, de un poder bastante para destrozar los huesos de los leones, la frente triangular, las orejas puntiagudas y la melena ruda, rondaban, se acuclillaban o saltaban como langostas. Los lobos sintieron crecer el hedor horrible de sus glándulas.

Eran bestias errantes de alta estatura, capaces, por la fuerza enorme de sus mandíbulas, de hacer frente a los tigres. Pero ellas no se batían sino en último extremo, lo que raras veces sucedía, porque ningún carnívoro buscaba su carne fétida, y los otros devoradores de cadáveres eran más débiles que ellas. Aunque conocieran su superioridad sobre los lobos, dudaban, andando en las sombras nocturnas, acercándose y retirándose y rompiendo a intervalos, en desgarradores aullidos. Al fin todas juntas se lanzaron al asalto.

Los lobos no intentaron ninguna resistencia, pero seguros de ser los más ágiles, permanecieron a corta distancia. Sintiendo que se les escapaba, codiciaban ahora la presa antes desdeñada. Rondaban al rededor de las hienas con rugidos histéricos afectando ataques, con gestos maliciosos, contentos de inquietar a los enemigos.

Ellas, sombrías y rugiendo, atacaban el cadáver; lo hubieran querido pútrido, bullente, pero sus últimas comidas habían sido pobres y la presencia de los lobos excitaba su voracidad. Saborearon primero las entrañas, royendo las costillas con sus indestructibles dientes, extirparon el corazón, los pulmones, el hígado y la lengua áspera, que había hecho salir la ago-

El león gigante salió de la selva con un gamo en las mandíbulas

nía. Era al fin, la voluptuosidad de rehacer la carne viva con la carne muerta, la dulzura de comer, en lugar de merodear con el vientre vacío y la cabeza inquieta.

Los lobos lo comprendían, ellos que perseguían en vano, desde el crepúscu-

lo las emanaciones del aire y del suelo.

En su furor despechado, algunos fueron a olfatear las rocas erráticas. Uno de ellos deslizó su cabeza por una abertura, Naoh, con desdén le golpeó con su venablo. Herida en el flanco, la bestia se retiró en tres patas, rugiendo dolorida. Entonces todas clamaron, en furia tremenda y horrible, en que la amenaza era un simulacro. Sus cuerpos rojizos oscilaban a la luz de la luna, sus ojos relucían con el ardor y el miedo de la vida; sus dientes arrojaban espumosa baba, en tanto que sus patas frías golpeaban el suelo con un pequeño ruido tembloroso, o se entorpecían en la espera: el deseo de comer se hacía insoportable. Pero sabiendo que tras del basalto, se ocultaban seres astutos y sólidos, que no sucumbirían sino por sorpresa, cesaron en sus correrías. Aglomerados en consejo de caza, cambiaron gestos y rumores, sentados muchos en sus cuartos traseros, el hocico entreabierto, otros agitados frotándose los lomos mutuamente. Los viejos llamaban la atención: sobre todo un gran lobo de pelaje lívido y de dientes de ocre: se le escuchaba, se le miraba, se le olfateaba con deferencia.

Naoh no tenía duda de que poseían un lenguaje; ellos sabían ponerse de acuerdo para armar sus emboscadas, para dispersarse en las persecuciones y para partirse el botín. Los contemplaba con curiosidad, como hubiera contemplado a otros hombres, y trataba de adivinar sus proyectos.

Una banda pasó el río a nado; las otras se dispersaron entre los matorrales. No se oía ya sino a las hienas encarnizadas sobre el cadáver del tigre.

La luna, menos vasta y más luminosa, hacía palidecer a las estrellas; las más débiles permanecían invisibles; las brillantes parecían mal iluminadas, y como sumergidas bajo una onda; una languidez equívoca cubría la selva y la pradera. De cuando en cuando una ave de paso cruzaba la atmósfera azul, extraordinariamente silenciosa, llevada por sus alas plumosas, a veces las ranas gemían en coro, sobre las hojas de los nenúfares: las mariposas nocturnas, lanzándose en vuelos inciertos, huían de algún murciélago, a través de la penumbra.

Al fin resonaron largos aullidos, que se propagaron a lo largo del río y en las profundidades de las espesuras; Naoh supo que los lobos habían cercado una presa. No esperó largo tiempo para tener de ello la certidumbre. Una bestia apareció en la llanura. Se la hubiese tomado por un caballo de pecho angosto; una raya obscura delineaba su espinazo. Corría con la velocidad del alce, seguida de tres lobos, que, menos rápidos que ella, no podían contar sino con su tenacidad o con algún accidente, para atraparla. Por otra parte, no iban a toda carrera, y continuaban respondiendo a los aullidos de sus compañeros emboscados. Pronto éstos aparecieron; el hemión se vió rodeado. Se detuvo, temblando sobre sus jarretes y explorando el horizonte antes de tomar un partido. Todos los caminos se encontraban cercados, salvo el del norte, donde no se percibía sino un viejo lobo gris. La bestia acosada, escogió aquel camino. El viejo lobo impasible, la dejó venir. Cuando estuvo próximo y se disponía a atacar oblicuamente, lanzó el lobo un rugido grave. Entonces, tres lobos más aparecieron sobre un montículo.

El hemión se detuvo lanzando un largo gemido. Sintió en todo su alrededor el dolor y la muerte. La extensión sin límites, donde su cuerpo ágil había sabido burlar todos los apetitos, estaba cerrada: su astucia, sus ligeros piés y su fuerza desfallecieron juntos. Volvió varias veces la cabeza hacia aquellos seres que no vivían ni de hierbas ni de hojas, sino de la carne viva; les imploró obscuramente. Ellos, cambiando sus clamores, estrechaban el círculo; sus ojos centelleaban asesinos resplandores; enloquecían a la presa, temerosos de sus duros cascos de cuerno; los que estaban al frente fingían ataques, a fin de que no vigilara sus flancos. Los más próximos estaban ya a algunos codos. Entonces, bruscamente, recordando una vez más sus piernas libertrices, la bestia vencida se lanzó desesperada para romper el cerco y escapar. Derribó al primer lobo, hizo oscilar al segundo; el espacio embriagado se le abría delante de ella. Una nueva fiera, apareciendo de improviso, saltó a los flancos del fugitivo; otras hincaron en su carne los dientes agudos. A la desesperada, el hemión embistió; un lobo, con la mandíbula rota, rodó por entre las hierbas; pero la garganta del hemión se abrió, sus flancos se tiñeron de púrpura; los jarretes crujieron al cho-

que de los caninos, y la bestia vencida se desplomó bajo un racimo de mandíbulas que la devoraban viva.

Por algún tiempo, Naoh contempló aquel cuerpo, de donde se exhalaban aún, suspiros, quejas, la revuelta contra la muerte. Con rugidos de alegría, los lobos mascaban la carne tibia y bebían la sangre hirviente; la vida entraba sin detenerse en esos vientres insaciables. A veces inquietos, algunos viejos se volvían hacia la manada de hienas; ellas hubieran preferido esta presa más tierna y menos venenosa, pero sabían que las bestias tímidas se tornaban valerosas para defender lo que debían a su esfuerzo; no ignoraban la persecución del hemión y la victoria de los lobos. Se resignaron al duro cadáver del tigre.

La luna brillaba sobre el cénit. Naoh se había entregado al descanso y Gaw tomó la guardia; se entreveía confusamente el río deslizándose en el vasto silencio. De pronto renació la turbación: rugió la selva, los arbustos crujieron, los lobos y las hienas levantaron al mismo tiempo las sangrientas fauces y Gaw, avanzando la cabeza en la sombra de las piedras, aguzó su oído, su vista y su olfato. Un grito de agonía, un gruñido breve, después las ramas se apartaron. El león gigante salió de la selva, con un gamo en las mandíbulas. Cerca de él, humilde todavía, pero ya familiar, la tigre se arrastraba como un reptil gigantesco. Las dos fieras avanzaron hacia el refugio de los hombres.

Temblando de miedo, Gaw tocó el hombro de Naoh.

Los hombres espiaron por largo tiempo a las dos fieras: el león-tigre destrozaba la presa con gesto amplio y continuado: la tigre mostraba incertidumbres, súbitos temores, y dirigía miradas oblicuas hacia aquel que había derribado a su macho. Y Naoh sintió que una gran opresión, estremecía su pecho y ahogaba sus alientos.

V

Bajo las rocas erráticas

Cuando la mañana erró sobre la tierra, el león gigante y la tigre se encontraban allí todavía. Dormitaban junto a los despojos del gamo, bajo un sol pálido. Y los tres hombres, sepultados bajo el refugio de piedra, no podían apartar los ojos de esos vecinos formidables. Una feliz alegría, se desparramaba por la selva, la sábana y el río. Las garzas conducían a la pesca a sus pequeñuelos; relámpagos de nácar corrían por las ondas, y las hierbas y los ramajes se poblaban de pajarillos. Bruscos reflejos señalaban el martín-pescador. El grajo extendía su ropaje, azul, plateado y rosa y a veces la urraca guiñona, chillando sobre una rama, balanceaba su cola, de que parecían surgir, alternativamente, la sombra y la luz. Entre tanto, las cornejas erraban sobre los esqueletos del hemión y del tigre. Descorazonadas delante de esas osamentas en que no quedaba una partícula de carne, partían, en vuelos oblícuos, hacia los restos del gamo. Allí dos grandes buitres cenicientos les cerraban el paso. Esas bestias de cuello calvo, con ojos color de agua detenida, no osaban atacar la presa de los felinos. Daban vueltas, se inclinaban, avanzando su pico fétido y lo estiraban bruscamente con un lengüeteo estúpido y bruscos sobresaltos. Después, inmóviles, parecían sumergidas en un sueño, interrumpido de pronto por un estremecimiento de cabeza. Aparte del rojizo pelaje de una ardilla, medio oculta entre el follaje, no se divisaban mamíferos: el olor de los grandes felinos, los mantenían en la penumbra, u ocultos en seguros refugios.

Naoh creía que el recuerdo de los golpes de venablo, había traído de nuevo al León Gigante: se arrepentía de esa acción inútil. Porque el Ulhamr no dudaba que las fieras sabían comprenderse entre sí, y que cada una velaría a su turno, cerca del refugio. En su cerebro se agolpaban relatos en que se manifestaba el rencor y la tenacidad de las bestias ofendidas por el hombre. A veces el furor inflamaba su pecho, y se levantaba blandiendo el hacha o la masa. Esta cólera se apaciguaba pronto: a pesar de su victoria sobre el oso gris, estimaba al hombre inferior a los grandes carniceros. La astucia que tan bien le resultara en la penumbra de la gruta, no alcanzaría igual éxito con el León Gigante y la tigre. Sin embargo, no preveía otro fin que el combate: sería preciso, o morir de hambre bajo las piedras, o aprovechar el momento en que la tigre estuviese sola... ¿Podría contar completamente con Nam y Gaw?

Se sacudió, como si tuviera frío, y vió los ojos de sus compañeros fijados en él. Su fuerza experimentó el deseo de alentarlos.

—Nam y Gaw escaparon de los dientes del oso; escaparán también de las garras del León Gigante.

Los jóvenes Ulhamr volvieron sus rostros hacia la formidable pareja dormida.

Naoh respondió a sus pensamientos:

—El león-gigante y la tigre no estarán siempre juntos. El hambre los separará. Cuando el león se encuentre en la selva, combatiremos, pero Nam y Gaw deberán obedecer mis órdenes.

La palabra del jefe hinchó de esperanza la carne de los jóvenes; y la destrucción misma, combatiendo al lado de Naoh, les parecía menos temible.

El hijo del Alamo, más pronto para expresarse, exclamó:

—Nam obedecerá hasta la muerte.

El otro levantó los dos brazos.

—Gaw nada teme con Naoh.

El jefe los miraba dulcemente; fué como si la energía del mundo descendiera a sus pechos, con sensaciones innumerables, que ninguno de ellos podía expresar con palabras. Lanzando el grito de guerra, Nam y Gaw, blandieron sus hachas.

Al ruido, los felinos se estremecieron; los nómades aullaron más alto, en señal de desafío; las bestias dejaron oir sordos gruñidos de cólera... Todo volvió a la calma. La luz iluminó la selva, el sueño de los felinos tranquilizaba a las bestias ágiles, que furtivamente se deslizaban a lo largo del río; los buitres, a largos intervalos, arrancaban algunos jirones de carne; la corola de las flores se extendía al sol; la vida se exhalaba tan tenaz e invulnerable que parecía invadir el firmamento.

Los tres hombres esperaban con igual paciencia que las bestias. Nam y Gaw dormían a intervalos. Naoh agitaba en su cerebro, proyectos fugitivos y momentáneos, como proyectos de mamuths, de lobos o de perros. Tenían aún carne para una comida. Pero la sed empezaba a atormentarles; sin embargo; ella no se haría intolerable sino al cabo de muchos días.

Hacia el crepúsculo, el León Gigante se levantó. Arrojando una mirada de fuego sobre las rocas erráticas, se aseguró de la presencia de sus enemigos. Sin duda no conservaba un recuerdo exacto de lo sucedido, pero su instinto de venganza se encendía nuevamente, con el olor de los Ulhamr; lanzó un resoplido de cólera, e hizo su ronda delante de los intersticios de la guarida. Recordando, al fin, que el fuerte era inexpugnable y que de él surgían garras amenazadoras, cesó de rondar y se detuvo cerca del cadáver del gamo, del cual los buitres habían comido muy poco. La tigre estaba ya allí. No emplearon mucho tiempo en devorar los restos; en seguida el gran león volvió hacia la tigre su cráneo rojizo. Algo de tierno emanó de la bestia feroz, a lo que la tigre respondió con un maullido, mientras su largo cuerpo se extendía en la hierba.

El León-Tigre, frotando su hocico contra el espinazo de su compañera, la lamía con su lengua áspera y flexible. Ella se dejaba acariciar, los ojos entreabiertos, llenos de resplandores verdosos; después, dando un salto hacia atrás, su actitud se volvió amenazadora. El macho gruñó... fué un gruñido sordo y cariñoso, en tanto que la tigre jugaba en el crepúsculo. Sus reflejos naranjados le daban el aspecto de una llama danzante; se aplastaba como una inmensa culebra y arrastrándose entre las hierbas, se ocultaba, para reaparecer con saltos formidables.

Su compañero, al principio inmóvil, tiezo sobre sus patas negruscas, los ojos enrojecidos por el sol, se precipitó sobre ella... Ella huyó, deslizándose bajo un grupo de fresnos, y él la siguió lentamente.

Y Nam, al ver desaparecer a las fieras, dijo:

—Han partido... Es necesario pasar el río...

—¿No tiene ya Nam orejas ni olfato? replicó Naoh... ¿o creéis saltar más rápidamente que el León Gigante?

Nam bajó la cabeza: un soplo cavernoso se elevaba de entre los fresnos, dando a las palabras del jefe un significado imperioso. El guerrero reconoció que el peligro estaba tan próximo como cuando los carnívoros dormían delante de las rocas basálticas.

Sin embargo, la esperanza no abandonaba al corazón de los Ulhamr; el León Gigante y la tigre, por su unión misma, sentirían con más fuerza la necesidad de una guarida. Porque las grandes fieras,

permanecían rara vez sobre la tierra desnuda, sobre todo en la estación de las lluvias.

Cuando los tres hombres vieron la hoguera del sol descender hacia las tinieblas, sintieron la misma secreta angustia que en el vasto país, de los árboles y de las hierbas, agita a los hervíboros. Esa angustia se acrecentó cuando reaparecieron los enemigos. La marcha del León Gigante era grave, casi pesada; la tigre rondaba en su torno con alegría formidable. Volvieron a olfatear la presencia de los hombres, en el momento en que se hundía el astro rojo y en que un estremecimiento inmenso de voces hambrientas, se elevaba sobre la llanura: las monstruosas fauces pasaban y repasaban delante de los Ulhamr, los ojos de fuego verde danzaban como los resplandores de un pantano. En fin, el león-tigre se sentó, en tanto que su compañera, deslizándose entre las hierbas iba a espiar a las bestias entre los matorrales del río

Gruesas estrellas se encendieron en las aguas del firmamento. Después el espacio palpitó todo entero de esos pequeños fuegos inmutables, y el archipiélago de la vía láctea precisó sus golfos, sus estrechos, sus islas claras.

Gaw y Nam no contemplaban los astros, pero Naoh no era insensible a ellos. Su alma confusa poseía un sentido más afinado de la noche, de las tinieblas y del espacio. Creía que la mayor parte de las estrellas aparecían sólo como las chispas de un brasero, variables cada noche, pero que algunas volvían con persistencia. La inactividad en que vivía desde la víspera, despertaba en él la energía dormida, y soñaba delante de la masa negra de los vegetales y de los finos resplandores del cielo. Y algo se exaltaba en su alma, y lo unía más estrechamente a la tierra.

La luna apareció entre las ramazones, alumbrando al León Gigante acuclillado entre las altas hierbas y a la tigre, rondando la sábana y la selva, buscando como atrapar alguna bestia. Esta maniobra inquietaba al jefe.

Sin embargo, la tigre acabó por internarse de tal suerte en el bosque, que se habría podido combatir a su compañero. Si la fuerza de Nam y de Gaw, hubiera sido comparable a la suya, Naoh, acaso habría intentado la aventura. Sufría de sed. Nam sufría más aún, y aunque no fuera su turno de vigilia, no podía dormir. El joven Ulhamr abría en la penumbra sus ojos afiebrados. Naoh mismo estaba tris-

Naoh se recostó con el oído en tierra

te. Jamás había sentido tan profundamente la distancia que lo separaba de la horda, de esa pequeña isla de seres, fuera de la cual se perdía en la inmensidad cruel. La figura de las mujeres flotaba en su alrededor como una fuerza más dulce, más segura, más durable que la de los varones.

En medio de sus pensamientos se durmió, con ese sueño ligero que cualquier ruido disipa. El tiempo transcurrió bajo las estrellas. Naoh no se despertó sino al regreso de la tigre. No traía presa y parecía cansada. El León-Tigre, levantándose, la olfateó largo tiempo, y fué a cazar a su turno. El también siguió la orilla del río, y escondido entre los matorrales, prolongó su camino por la selva. Naoh le espiaba con avidez. Varias veces estuvo a punto de despertar a los otros (Nam había sucumbido al sueño), pero un instinto seguro le advertía que la fiera no se había alejado bastante todavía. Al fin se decidió, tocó en el hombro a sus compañeros, y cuando éstos se hubieron levantado, murmuró:

—¿Están Nam y Gaw dispuestos a combatir.

Ellos respondieron:

—El hijo del Saiga seguirá a Naoh.

—Nam combatirá con el venablo y el arpón.

Los jóvenes guerreros contemplaron a la tigre. Aunque la bestia continuaba echada, no dormía. A cierta distancia acechaba, con el dorso vuelto hacia las rocas basálticas. Naoh durante su guardia, había ensanchado silenciosamente la salida. Si la atención de la tigre se despertaba desde luego, un solo hombre, dos a lo más, tendrían tiempo de surgir de la guarida. Habiéndose asegurado de que sus armas estaban en buen estado, Naoh comenzó por arrojar fuera su arpón y su maza, y se deslizó después con prudencia infinita. La suerte le favoreció: rugidos de lobos, graznidos de buhos cubrieron el ligero ruido del cuerpo que se arrastraba sobre la tierra. Naoh se encontró en la pradera y la cabeza de Gaw llegaba a la abertura. El joven guerrero salió con un movimiento brusco, y la tigre volvió mirando fijamente a los nómades. Sorprendida, no atacó de frente, de modo que Nam pudo salir a su vez. Sólo entonces, la tigre dió un salto, dejando oir un maullido de llamada: después siguió, acercándose a los hombres, sin apresurarse, segura de que no podrían escapar. Ellos entretanto, habían levantado sus azagayas Nam debía lanzar la suya primero, y Gaw después; los dos debían apuntar a las patas.

El hijo del Alamo se aprovechó de un momento favorable. El arma silbó, pero dió en blanco demasiado alto, en el lomo. Sea que la distancia fuera excesiva, sea que la punta se hubiera deslizado, la tigre no pareció sentir dolor alguno: gruñó, apresurando su carrera. Gaw, a su vez lanzó su dardo, pero no alcanzó a la bestia, que se apartó de un salto. Tocaba el turno a Naoh. Más fuerte que sus compañeros, podía inferir una herida profunda. Lanzó el dardo cuando la tigre no estaba sino a veinte codos y la hirió en la nuca. Esta herida no detuvo a la fiera, que precipitó su impulso.

Llegó sobre los tres hombres como una avalancha. Gaw rodó, herido por un zarpazo en el pecho. Pero la pesada masa de Naoh había golpeado; la tigre aullaba, con una pata rota, en tanto que el hijo del Alamo atacaba con su venablo. Ella ondulaba con rapidez prodigiosa, aplastó a Nam contra el suelo, y se irguió sobre sus patas traseras para coger a Naoh. Las monstruosas fauces estuvieron sobre él, arrojándole su aliento fétido y quemante: una garra lo despedazaba. La masa volvió a caer.

Rugiendo de dolor, la fiera tuvo un vértigo que permitió al nómade desprenderse y dislocar una segunda pata. La tigre se arremolinó sobre sí misma, buscando una posición de equilibrio, dando zarpazos en el vacío, en tanto que la masa golpeaba sin cesar sobre los miembros. La bestia cayó, y Naoh hubiera podido ultimarla, pero las heridas de sus compañeros lo inquietaban. Encontró a Gaw de pie, enrojecido por la sangre que brotaba del pecho; tres largas heridas se dibujaban en su carne. En cuanto a Nam, yacía aturdido, con heridas al parecer ligeras; un dolor profundo se extendía por su pecho y sus riñones; no podía levantarse. Respondió a las preguntas de Naoh, como un hombre medio dormido.

Entonces el jefe preguntó:

—¿Puede Gaw llegar hasta el río?

—Gaw irá hasta el río, murmuró el joven Ulhamr.

Al acercarse el guerrero ella se levantaba lanzando un rugido de cólera

Naoh se recostó con el oído en tierra, y después aspiró largamente el espacio. Nada anunciaba la vuelta del León Gigante, y, como después de la fiebre del combate, la sed se hacía intolerable, el jefe tomó a Nam en sus brazos y lo transportó a orillas del agua. Allí ayudó a Gaw a calmar su sed, después bebió el mismo abundantemente, y dió de beber a Nam, derramándole en los labios el agua del hueco de sus manos. En seguida emprendió el camino de las rocas basálticas, con Nam

sobre su pecho y sosteniendo a Gaw que vacilaba.

Los Ulhamr no sabían curar las heridas; las cubrían con hojas que con un instinto más animal que humano, las escogían aromáticas. Naoh salió a buscar hojas de sauce y de menta, que aplicó, después de haberlas despedazado, sobre el pecho de Gaw. La sangre corría más lentamente, y nada anunciaba que las heridas fuesen mortales. Nam salía de su entorpecimiento, aunque sus miembros, principalmente las piernas, continuaban inertes. Y Naoh no olvidó las palabras útiles:

—Nam y Gaw han combatido bien. Los hijos de los Ulhamr, proclamarán su valor.

Las mejillas de los jóvenes se encendieron, en el goce de ver una vez más a su jefe victorioso.

—Naoh ha vencido a la tigre, murmuró el hijo del Saiga, con voz hueca, como había derribado al oso gris.

—No hay guerrero más fuerte que Naoh, gemía Nam.

Entonces, el hijo del Leopardo repitió las palabras de esperanza, con tanta fuerza que los heridos sintieron la dulzura del porvenir.

—Llevaremos el fuego.

Y agregó:

—El León Gigante está aún lejos. Naoh va a buscar la presa.

Naoh iba y venía por la llanura, sobretodo cerca del río. De cuando en cuando se detenía cerca de la tigre. Vivía. Bajo las carnes ensangrentadas, sus ojos brillaban intactos; espiaba el gran nómade, que se movía a su al rededor. Las heridas de sus flancos y de su dorso eran ligeras, pero las patas no sanarían antes de mucho tiempo.

Naoh se detenía cerca de la vencida; como le suponía sentimientos análogos a los del hombre, exclamaba:

—Naoh ha roto las patas de la tigre. La ha hecho más débil que una loba.

Al acercarse el guerrero, ella se levantaba lanzando un rugido de cólera y de miedo. El blandía su maza.

—Naoh puede dar muerte a la tigre, y la tigre no puede levantar una sola de sus garras contra Naoh.

Se oyó un ruido confuso.

Naoh trepó por entre las altas hierbas. Algunas corzas aparecieron, huyendo de perros todavía invisibles, cuyos ladridos se sentían ya. Los tímidos animales saltaron al agua, después de haber olfateado el olor de la tigre y de los hombres, pero el dardo de Naoh silbó: una de las corzas fué herida en el lomo. En algunas brazadas, el nómade la alcanzó, y después de acabarla a garrotazos, la cargó sobre sus espaldas, y la llevó a la guarida, a trote largo, porque acababa de olfatear un peligro próximo... Mientras se deslizaba bajo las piedras, el León Gigante salió de la selva.

VI

La fuga en la noche

Seis días habían transcurrido desde el combate de los nómades con la tigre. Las heridas de Gaw se cicatrizaban, pero el guerrero no había podido recobrar aún la fuerza perdida con su sangre. En cuanto a Nam, ya no sufría, aunque una de sus piernas continuaba torpe. Naoh se consumía de impaciencia y de inquietud. Cada noche el León Gigante se alejaba más, porque las bestias iban conociendo mejor su presencia: ella impregnaba la penumbra de la selva, y hacía temibles las orillas del río. Como era voraz, y continuaba alimentando a la tigre, su tarea era ruda; frecuentemente sufrían de hambre. Sus vidas eran más miserables e inquietas que las de los lobos.

La tigre iba mejorando poco a poco: se arrastraba por la sábana con tal lentitud y marcha tan torpe, que Naoh no se alejaba mucho para gritarle su derrota. No quería matarla, porque el cuidado de alimentarla fatigaba a su compañero y prolongaba sus ausencias. Se establecía cierta comunidad entre el hombre y la bestia mutilada. Al principio, la imagen del combate revivía en ella, inflamando su pecho con la cólera y el miedo. Escuchaba rencorosamente la voz articulada del hombre, esa voz irreguiar y variable, tan distinta de las voces que aullan, o rugen, y levantando su gruesa cabeza, mostraba las armas formidables que guarnecían sus mandíbulas.

El, blandiendo su maza o levantando su hacha, repetía:

—¿De qué sirven ahora las garras de la tigre? Naoh puede romperle los dientes con la maza o abrirle el vientre con el venablo. La tigre no tiene más fuerza contra Naoh que el gamo o el saiga.

Ella se acostumbraba a sus discursos, al volteo de sus armas, y fijaba la luz verde de sus ojos, ya reabiertos, sobre la singular silueta vertical. Y, aunque recordara los golpes temibles de la maza, no temía otros nuevos, siendo natural en todos los seres creer en la persistencia de lo que sucede de continuo. Ya que de día en día Naoh levantaba su maza sin herirla, esperaba que no la heriría tampoco en lo sucesivo. Como además había comprendido que el hombre era temible, no lo consideraba como una presa, y se familiarizaba simplemente con su presencia, y la familiaridad sin objeto, constituye para todas las bestias una especie de simpatía. Naoh, a su vez, sentía placer dejando vivir a la felina: su victoria era así más continuada y segura. Y, acaso, por eso mismo, sentía por ella un cariño confuso.

Llegó por fin el tiempo en que, durante las ausencias del León Gigante, Naoh no iba ya sólo al río: Gaw se arrastraba tras de él.

Después de haber bebido, llevaban agua a Nam, en un pedazo de corteza hueca. La quinta tarde, la tigre se había arrastrado hasta el borde del agua, con ayuda de su cuerpo más bien que de sus patas, y bebía penosamente, porque la ribera era escarpada. Naoh y Gaw se echaron a reir.

El hijo del Leopardo decía:

—Una hiena es ahora más fuerte que la tigre... los lobos podrían matarla.

En seguida, habiendo llenado de agua la corteza hueca, la puso por bravata delante de la tigre. Ella maulló dulcemente y se puso a beber. Esto divirtió tanto a los nómades, que Naoh repitió el experimento. En seguida gritó en son de burla:

—La tigre ya no sabe beber en el río.

Y se complacía en su poder.

El octavo día, Nam y Gaw se creyeron bastante fuertes para franquear el espacio, y Naoh preparó la fuga para la noche próxima. Aquella noche descendió húmeda y pesada; un crepúsculo de color de arcilla se arrastró largo tiempo al fondo del cielo: las hierbas y los árboles se esfumaban bajo la bruma; las hojas caían con un ruido de alas débiles y un rumor de insectos. Grandes lamentaciones se exhalaban de las profundidades de los bosques y de los matorrales ateridos, porque las fieras estaban tristes y las que no tenían hambre, se ocultaban en sus guaridas.

Durante toda la tarde, el León-Tigre dió muestras de inquietud: despertaba sobresaltado de su sueño: la imagen de un abrigo sólido, como la caverna que habitara antes del cataclismo, atravesaba su memoria. Había escogido un hueco de la sábana, que en parte arreglara para él y la tigre, pero no vivía allí a su gusto. Naoh pensaba que sin duda, aquella noche, buscaría algún refugio, mientras fuera de caza. Su ausencia sería larga. Los Ulhamr tendrían tiempo para franquear el río: la bruma favorecería la fuga: ella empapaba la tierra y desvanecía el olor de las huellas que el León Gigante no seguiría con mucha sutileza.

Poco después del crepúsculo, el felino comenzó a rondar. Por de pronto, exploró las vecindades, asegurándose que ninguna presa estaba próxima; después, como las otras noches, se internó en la selva. Naoh esperó, incierto, porque el olor demasiado húmedo de los vegetales no dejaba transparentar fácilmente el de las fieras; el ruido de las hojas y de las gotas de agua confundía el oído. Al fin dió la señal, poniéndose a la cabeza de la expedición, en tanto que Nam y Gaw le seguían a derecha e izquierda. Esta disposición permitía examinar mejor las cercanías y hacía más circunspectos a los nómades. Era necesario franquear ante todo el río. Naoh, en una de sus salidas, había descubierto un punto, vadeable hasta la mitad de la corriente. En seguida era necesario nadar hasta una roca, en que el vado recomenzaba. Antes de emprender la travesía, los guerreros borraron sus huellas, yendo, viniendo y pisoteando con el objeto de no dejar rastro seguro de su paso. También era preciso no tomar directamente el vado: lo ganaron nadando.

A la otra orilla, volvieron a entrecruzar sus pasos, describiendo largos zig-zags, y curvas caprichosas, después salieron de los meandros sobre haces de hierbas arrancadas de la sábana. Colocaban esos haces de dos en dos y los retiraban a medida que avanzaban: esta era una estratagema por la que el hombre aventajaba al alce más sutil y al lobo más sagaz. Cuando hubieron franqueado trescientos o cuatrocientos codos, creyeron haber hecho lo bastante para desalentar la persecución y continuaron el viaje en línea recta.

Avanzaron algún tiempo en silencio, después Nam y Gaw se interpelaron mutuamente, en tanto que Nam agusaba sus oídos. A lo lejos había resonado un sordo rugido: se repitió por tres veces, seguido de un prolongado maullido.

Nam dijo:

—¡El León Gigante!...

—Caminaremos más de prisa, murmuró Naoh.

Anduvieron una centena de pasos sin que nada turbara la paz de las tinieblas; en seguida la voz tronó más próxima.

—El León Gigante está a orillas del río.

Apresuraron todavía más su marcha: ahora los rugidos se sucedían, histéricos, estridentes, llenos de cólera y de impaciencia. Los nómades conocieron que la bestia corría a través de sus huellas entrecruzadas; sus corazones latían dentro de sus pechos, como el pico del carpintero contra la corteza de los árboles; se sintieron desnudos y débiles ante la pesada masa de las sombras. Por otra parte, la obscuridad los alentaba, pues los ponía al abrigo de la mirada de los nocturnos. El León Gigante no podría seguirles sino a la pista, y, si atravesaba el río, se encontraría confundido por la astucia de los hombres, e ignoraría por dónde habían éstos pasado.

Un rugido formidable atronó el espacio. Nam y Gaw se acercaron a Naoh.

—El gran león ha pasado el agua, murmuró Gaw.

—Caminad, respondió imperiosamente el jefe, en tanto que él mismo se detenía y se acostaba en las hierbas, para escuchar mejor las vibraciones de la tierra. Al mismo tiempo estallaron nuevos clamores.

Naoh se levantó exclamando:

—El gran león continúa al otro lado del río.

La rugiente voz decrecía poco a poco: la bestia había abandonado la persecución y se dirigía hacia el norte. Ahora bien, era improbable que otro felino de alta estatura habitara el territorio: en cuanto al oso gris, raro ya en la comarca en que Naoh lo había combatido, no debía encontrarse tan lejos hacia el sur. Y los tres hombres juntos no temían ni al leopardo ni a la gran pantera.

Caminaron largo tiempo. Aunque la bruma se había disipado, las tinieblas continuaban siendo profundas. Una espesa capa de nubes cubría las estrellas. No se percibían sino las ligeras fosforecencias que se escapan de las plantas o se posan sobre las aguas; alguna bestia asesaba en el silencio, o dejaba oir el rozamiento de sus patas; un sordo murmullo se elevaba de las hierbas mojadas; las fieras de caza rugían, maullaban, ladraban.

Los Ulhamr se detuvieron para recoger los ruidos y los olores, que son el guía aéreo de las bestias. Nam y Gaw comenzaron a fatigarse. Nam sentía una debilidad al rededor de los huesos, y las cicatrices de Gaw se irritaban: era preciso buscar un abrigo. Sin embargo, franquearon todavía cuatro mil codos; el aire se hizo más húmedo, hinchando el soplo del espacio. Adivinaron que una gran masa de agua estaba próxima. Luego tuvieron la certidumbre de ello.

Todo parecía en paz. Apenas de cuando en cuando algunos ruidos furtivos anunciaban la fuga de una bestiezuela, o alguna forma indecisa, aparecía y desaparecía de un salto rápido. Naoh concluyó por buscar abrigo en un inmenso álamo negro. El árbol no ofrecía refugio contra el ataque de las fieras, pero, ¿cómo encontrar en las tinieblas un refugio seguro que no estuviera ocupado? El musgo estaba empapado y el tiempo fresco. Poco importaba a los Ulhamr; tenían una carne tan resistente a la intemperie, como la de los osos y la de los jabalíes: Nam y Gaw se extendieron en seguida en el suelo y se sumergieron en un sueño profundo; Naoh velaba. No se sentía fatigado: el largo reposo bajo las rocas basálticas, lo había preparado para las marchas, los trabajos y los combates, y resolvió prolongar su guardia, para que Nam y Gaw estuviesen más fuertes.

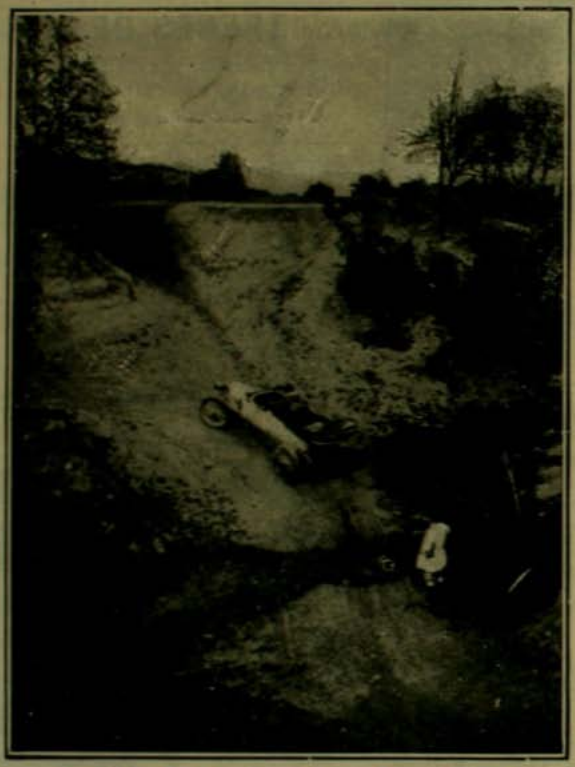
(Continuará).

PACIFICO MAGAZINE

MARZO 1914

Precio: UN PESO

MINERVA DE 16 H.P.



SUBIENDO LA CUESTA DE LOS QUILLAYES
(Según fotografía).

Unicos Agentes:

COMPTOIR DE LA COSTA DEL PACIFICO

CALLE SAN ANTONIO 355

SUMARIO

		Págs.
PERDIDO EN LA NIEBLA		259
ESTUDIO DE LA NATURALEZA POR MEDIO DE LA FOTOGRAFIA		261
RUDYARD KIPLING		266
IMPRESIONES NAPOLITANAS	*Joaquín Díaz Garcés*	267
Ilustraciones fotográficas		
AUGUSTO STRINDBERG		276
LA INVASION	*Miguel de Fuenzalida*	277
Ilustraciones de Gordon		
LOS CABREROS	*E. M.*	295
SIR JOHN TENNIEL	*A. E.*	297
Ilustraciones fotográficas		
VERANEANDO	*Angel Pino*	308
Ilustraciones de Eguren		
IDILIO DE ORIENTE	*Jorge W. Sutton*	313
NEWBERY		320
LA FELICIDAD EN LA VIDA MODESTA	*A. Edwards*	321
PARSIFAL		324
EN GLOBO	*Pedro F. Iñiguez*	325
Ilustraciones fotográficas		
LA MUERTE DE LOS ZANGANOS	*Mauricio Macterlinck*	330
LOS TRES LIMONES	*Laboulaye*	333
Ilustraciones de Gordon		
LAS CUALIDADES MORALES DE LA BUENA DUEÑA DE CASA	*E. Beaupin*	345
DEROULEDE		348
LOS GRANDES COMETAS HISTORICOS DE CHILE	*B. Vicuña Mackenna*	349
Ilustraciones fotográficas		
ANDRE BRULE EN JIRA POR AMERICA		368
LA GUERRA DEL FUEGO (Folletín)		369

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

Profirio Diaz

El general Porfirio Diaz, ex-presidente de Méjico, nació el 15 de Septiembre de 1830 y desde 1855 a 1861 alcanzó grandes triunfos combatiendo a los enemigos de la Constitución. Luchando contra los franceses e imperialistas desde 1862 a 1867 alcanzó también victorias, entre ellas las de Méjico y Oajaca, ciudades que sitió y tomó, concluyendo con esto el gobierno del imperio.

Diaz entregó a Benito Juárez la capital de la república en 1867, se retiró a la vida privada y no volvió a empuñar las armas hasta el día en que se declaró adversario de la política que el Gobierno del mismo Juárez seguía por los años de 1871 y 1872.

Muerto Juarez sucedióle en la presidencia, por elección, Sebastián Lerdo de Tejada, y el general Díaz, respetando el voto del pueblo, se puso a las órdenes del nuevo jefe del Estado, y ocupó un asiento en el Congreso como representante del Estado de Oajaca, pero concluido el período de aquel Congreso, Díaz se apartó por segunda vez de la política activa y se dedicó a los trabajos del campo en una hacienda que el Estado de Oajaca le regaló para premiar sus sacrificios por la causa liberal. Un grupo de partidarios de Lerdo trató luego de que éste fuera reelegido presidente de la República, contrariando con semejante deseo la opinión nacional. Díaz entonces proclamó el principio de la "no reelección", y a la cabeza de sus tropas combatió la administración lerdista y siguió un plan político conocido por el nombre de "plan de Tuxtepec".

Díaz ocupó la ciudad de Méjico en 21 de Noviembre de 1876, y poco tiempo después quedó pacificada la República, de la que resultó presidente cuando se verificaron las elecciones para los cargos de más importancia en el Gobierno.

"Cómo militar se distinguió por su valor y serenidad, que son admirables; como gobernante posee clara inteligencia, honradez inmaculada y energía inquebrantable; como hombre se capta las simpatías por los frecuentes rasgos de bondad que revelan su corazón magnánimo." Así le retrataba hace años un biógrafo contemporáneo. Su popularidad fué extraordinaria, supo rodearse de personas de firmes propósitos y de notoria buena fe y no prestó a su patria pequeño servicio logrando que las naciones extranjeras reconocieran su primer Gobierno.

El nombre del general Porfirio Díaz está íntimamente ligado a los hechos más notables de su patria. Sus principales miras políticas: la conservación de la paz y el desarrollo material de Méjico fueron las bases que juzgó radicales para llegar al fin grandioso que ha realizado. Fundador de la paz, restaurador del orden y de la seguridad en el vasto territorio de Méjico; protector incansable de todo lo relacionado con el adelanto social del país, hizo que el capital extranjero que antes huía, fuera a tender los rieles de muchos ferrocarriles. Imposible sería enumerar en este artículo los beneficios que debe a su ex-presidente la República mejicana, antes tan pobre con tantos elementos de riqueza y tan desgraciada con tantos elementos de felicidad. Sea cual fuere el porvenir de aquel país, siempre tendrá que recordar con veneración al caudillo presto a aceptar y a proteger cuanto indicase un adelanto en las esferas social, industrial o económica.

$581.00 De Ganancia Oro En Tres Meses

Esta fué la ganancia líquida del Sr. E. Lopez de Diego despues haber pagado todas sus cuentas de hotel, pasages de ferrocarriles, vapores y otros gastos durante su viaje en la America Latina con una

MAQUINA "MANDEL" Para Tarjetas Postales

Centenares tienen el mismo éxito. Ud. podrá doblar sus ganancias actuales ya sea trabajando en su tiempo libre, ya permanentemente como un **fotografo de un minuto. No se requiere experiencia.** Nuevo y maravilloso proceso para hacer fotografias.

Fotografias Hechas Directamente Sobre Tarjetas Postales Sin Placas, Peliculas Negativas ó Cámara Obscura.

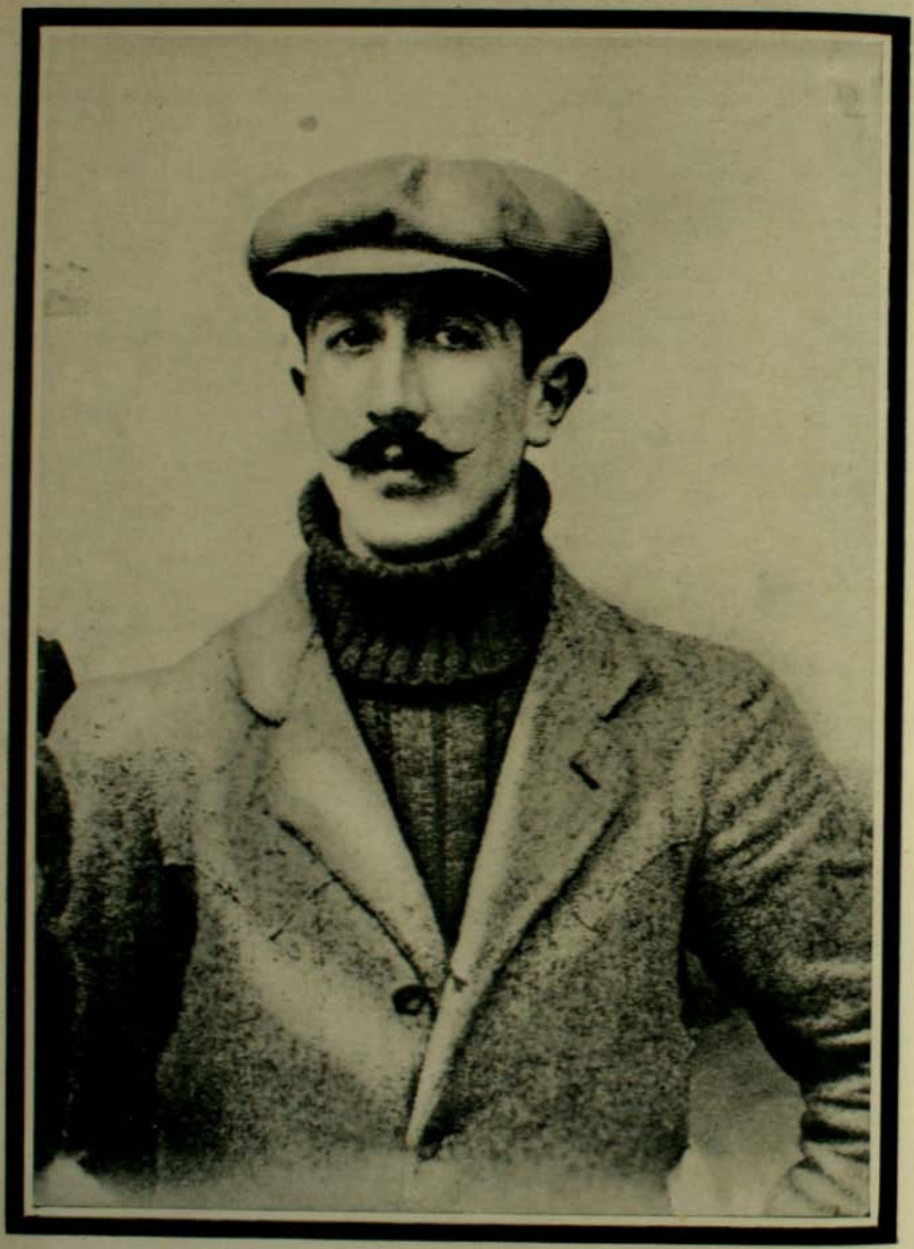
La Máquina "Mandel" es una **galeria portátil completa para tarjetas postales.** Hace fotografias en 5 estilos diferentes á la razón de 1 por minuto. Todo el mundo compra estas fotografias. Grandes ganancias en todas fiestas al aire libre y en todas partes donde hay gente.

Equipos Completos $12.00 Oro y Más

Permítanos de enviarle los catálogos descriptivos completos — GRATIS. Entre las muchas máquinas que manufacturamos Ud. podrá escoger el aparato que más se adapta á sus circunstancias. Cada máquina es completa y es una "Mina de Oro." Escribanos sin tardar.

The Chicago Portretype Co., Portretype Bldg., Chicago, E. U. A.

F-27



Teniente aviador D. ALEJANDRO BELLO † 9-10 de Marzo 1914

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer

VOL. III.—Santiago de Chile, Marzo de 1914.—NUM. 15.

— Que mañana

Perdido en la Niebla

En los gloriosos y trágicos anales de la aviación hay ya algunos ejemplos de esos aeroplanos que se alzan del suelo, se pierden por el horizonte y no vuelven a aparecer jamás. En la tarde del Lunes 9 de Marzo, el aviador teniente Alejandro Bello salió por segunda vez en el día a cumplir el circuito reglamentario en dirección a Cartagena. A su regreso le esperaba el diploma de aviador, la autorización para volver a la existencia menos azarosa del regimiento, que para el militar de vocación es como el hogar y la familia de sus predilecciones.

Pero nada de esto debía alcanzar. Lo envolvió la neblina de una tarde muy breve, y se perdió en las tinieblas para no aparecer más. Se sintió hasta bien cerrada la noche el zumbido del motor de su aeroplano, invisible desde abajo, y en los ranchos campesinos muchos seres medrosos se incorporarían en sus camas, tenderían el oído y harían la señal de la cruz.

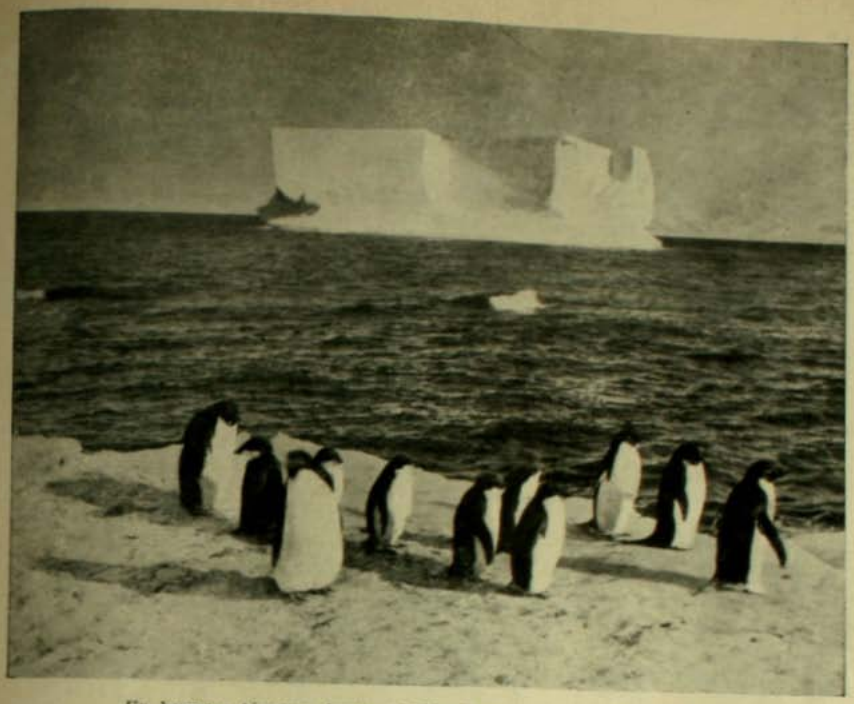
Mientras tanto allá arriba vagaba sin descanso, náufrago del aire, un hombre abandonado a su destino. La máquina no iba ya dominada por él: ella lo dominaba ahora incitándole a huir de la cercanía del suelo para evitar los cerros ocultos tras de la bruma, arrastrándole en su carrera loca en busca de una luz salvadora, de un claro donde poder bajar, detenerse y reposar por fin.

¿Dónde estaba el punto de partida? ¿sobre qué lugar se hallaba ahora? dónde iría a caer? Corriendo en la obscuridad sin poder detenerse, ha debido forzar su motor en el frenesí de la desesperación; remontar por sobre las nubes donde la luna brillaba sobre un desierto borroso como un inmenso campo de algodón; pudo bajar hasta creerse cerca de la tierra, y entonces una angustia más punzante habrá rendido su fatigado organismo: al detener la hélice en desesperada demanda del suelo, el rumor sordo y continuo del oleaje le cortaría el aliento, arrebatándole en un soplo de locura, de nuevo hacia arriba, cada vez más alto.

Entonces, sintiéndose abandonado de todo auxilio humano, habrá invocado el milagro o la casualidad; cerrando los ojos en su desesperación se habrá lanzado contra las masas de nubes en busca del choque mortal; gritando su angustia, maldiciendo, o mudo en la resolución del héroe, habrá dejado correr su máquina sin preocuparse ya de su dirección hasta el final de esta atroz agonía.

Perdido en alguna serranía de la costa o flotando entre las aguas, su cuerpo se desvanece en la leyenda que ha tejido en su derredor la fatalidad misteriosa. De su vida tan breve no queda más que un nombre, pero es el nombre de un buen soldado que cayó en el cumplimiento del deber. La frase es vieja, y en su simplicidad se reviste de una sobria nobleza antigua que vale por el más entusiasta panegírico. Se ha perdido, pero nos queda lo mejor de él mismo: su memoria, su ejemplo. ¡Fué un buen soldado!

La bahía de Mcmurdo en Terranova



Un hermoso témpano frente al Cabo Royds.—Los célebres pingüinos

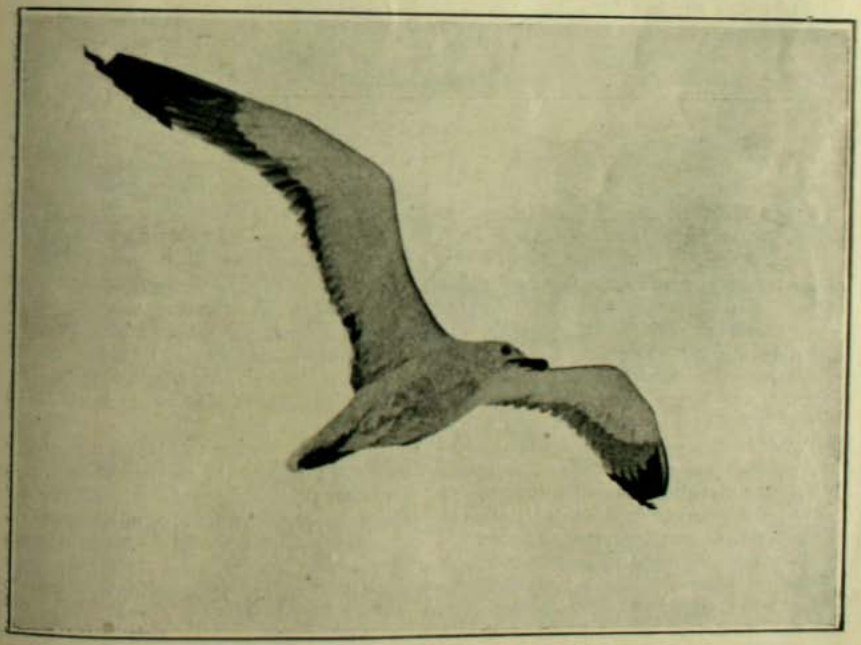
Estudio de la Naturaleza por medio de la fotografía

Los aficionados a las ciencias naturales se han interesado en alto grado por la exposición de fotografías de la naturaleza exhibidas por la Sociedad Real Fotográfica de Londres. El conjunto es espléndido, pero su interés no depende sólo de la habilidad técnica desplegada por los autores de las vistas. Es difícil analizar y definir la fascinación que produce un muestrario de esta especie en el ánimo del visitante. Ella más bien depende del carácter de los presentes que de su ejecución. Después de todo, el fin perseguido por el artista es más bien que el de deslumbrar momentáneamente al espectador, el de producir algo que el aficionado inteligente desee adquirir para adornar sus habitaciones, a la manera de cuadros de pintura; digo que sin dejar de ser decorativo deja en el ánimo esa sensación de tranquilidad, que sólo puede obtenerse mediante la ausencia de todo detalle desagradable. Además, ello debe evocar, si no la memoria de los propios sitios representados, el de otros de la misma naturaleza, y encerrar así, algo del encanto de los recuerdos pasados.

El arte dispone de muchos medios para alcanzar semejante objeto. El más sencillo de todos es sin duda el de la palabra, pero siendo tan simple, es a la vez el de más difícil manejo. La impresión que produce la belleza, se expresa sólo con una nota de admiración, pero esa nota es puramente personal. Ella nos dice que el espectador está gozando, pero no nos hace partícipes de su goce. Por desgracia, mu-

Un ventisquero en el Cabo Evans, cerca del Polo Antártico.

Curioso vuelo de la gaviota



El pescador de arenques en su vuelo

Colonia de nidos en las Islas Farne

chos escritores que gustan de escribir lo que han visto, fracasan en su intento, a causa de cierto género de egoísmo, que los impulsa a sentirse satisfechos, cuando han transcrito sus propias emociones. Prefieren, tales escritores, usar palabras abstractas y generales, como bello, hermoso, expléndido y otras análogas. Es necesario el talento de un Shakespeare o de un Homero, y con nueva escuela el de un Ricardo Jefferies, para suprimir esas admiraciones exclamatorias, para reemplazarlas por palabras que evoquen en la mente del lector el paisaje descrito, como en la escena del claro de luna de la Ilíada tan bien traducida por Tennyson al inglés.

Pero hay muchos otros medios de reproducir las formas y aún los movimientos que excitan nuestra admiración. De estos mismos son el pincel del pintor, inexacto, pero lleno de efectos, y también el más moderno de todos los instrumentos artísticos: la cámara fotográfica. De lo que puede conseguirse con este último instrumento, da una idea la exposición a que hemos aludido, muchas de cuyas pinturas constituyen el *non plus ultra* del arte. Las aves, especialmente, han sido sorprendidas en sus actitudes más íntimas y familiares. El placer que desde nuestra niñez experimentamos a la vista del campo, placer que crece con los años, es de una naturaleza muy compleja. Cuando miramos un incidente de la vida natural, como por ejemplo el pajarillo que aguarda con la comida en el pico al borde de su nido, sentimos una impresión de un género muy particular, y difícil de definir. Lo mismo nos sucede ante esos fenómenos familiares, pero no comunes, que se presentan a la vista del que camina por praderas incultas. El rojizo pelaje del zorro que vagabundea entre las ramas de los helechos; el armiño con su peculiar galope en persecución de un conejillo; la aparición de un pájaro extraño y poco común; la urraca ricamente vestida de blanco y de negro; el ardiente rojo del pico de los buques. Tales vistas forman la magia de la naturaleza.

Nos queda siempre la duda de que la impresión de nuestro cerebro corresponda exactamente a la verdad real. El ojo humano no es tan exacto como la cámara. Por eso la última produce a veces cuadros que chocan y sorprenden más que seducen. Ello es común cuando se trata del vuelo de los pájaros.

Cuantos conocen los últimos progresos de la fotografía instantánea aplicada a los

pájaros, se maravillan de la perfección alcanzada, y comprenden que en el terreno, hay todavía un mundo por conquistar.

Las pocas fotografías que presentamos a nuestros lectores darán, mejor que las palabras, una idea exacta de lo que se ha llegado a obtener, en materia de fotografías de la naturaleza.

En un género análogo, Mr. Pointing ha exhibido también algunas fotografías artísticas tomadas en el curso de la expedición antártica de Mr. Scott.

Ellas nos muestran las terribles maravillas del Polo Sur, hasta ahora no contempladas sino por algunos exploradores audaces.

El mismo Scott ha reconocido que al elegir a Mr. Pointig, primer fotógrafo de su expedición, estuvo muy acertado.

En Octubre de 1911 escribía en su diario: "Los resultados obtenidos por él son maravillosos, y si llega a realizar todo su programa, tendremos un "record" cinematográfico y fotográfico, absolutamente nuevo."

Bastarán las muestras que acompañamos a este artículo para demostrar que las esperanzas de Scott no resultaron fallidas.

El pájaro-gallo junto a su nido-cueva

RUDYARD KIPLING

Los libros biográficos nos dicen que Mr. Rudyard Kipling nació en Bombay el 30 de Diciembre de 1865, que su padre se llamaba Mr. J. Lockwood Kipling; que se casó en 1892 con Miss Carolina Starr Balestier; que tiene un hijo y una hija; que se le concedió el premio Nobel por literatura en 1907 y que ha escrito muchas obras. Estos son los hechos escuetos, pero no se añade que Rudyard Kipling es un gran poeta, un escritor de rica fantasía y que ahora se ha dedicado a escribir para el teatro.

Kipling nació, pues, en la ciudad más cosmopolita del mundo y allí pasó los primeros años de su vida, años en las cuales el niño recibe impresiones imborrables, empieza a formarse concepto del mundo y bajo la multitud de influencias se despierta y adquiere color su imaginación.

Después de haber estado en Inglaterra y en Francia con sus padres, volvió a la India en 1878 e ingresó en el colegio de Westward Ho, en Bideford. El joven Kipling era un muchacho difícil de manejar y seguía el derrotero que más le agradaba. Sus talentos eran tales que hubiera podido llegar a mucho en sus estudios, pero se contentaba dejando que sus compañeros le dejasen atrás en las lecciones mientras él dedicaba su genio a la composición original y a leer libros de su gusto. Llegó a publicar una revista de estudiantes, colaboró en las columnas del periódico "Bideford Journal", escribió versos que se atrevió a enviar a un periódico de Londres, experimentando la infinita satisfacción de verlos aceptados y publicados. Algunas de estas poesías fueron después reunidas en un tomo que editaron particularmente sus padres en Lahore, con el título de "Poemas de un escolar". Su modo de conducirse en la escuela y las cartas que escribía a sus padres indicaban claramente que su porvenir estaba en la literatura. Verdad que sus dotes literarias las había heredado de su padre y de su madre y fueron cultivadas en el círculo de los parientes y amigos con quienes pasaba las vacaciones. Uno de los profesores del colegio, aunque muy poco satisfecho de los estudios del muchacho en las clases, puso a su disposición su excelente biblioteca para que Rudyard pudiera saciar su ansia de literatura.

Las vacaciones las pasaba en la Granja, en South Kensinsgton donde residían sus tíos Mr. y Mrs. Burne-Jones, y allí se puso en contacto con hombres de elevadas cualidades, cuya vida estaba dedicada a las letras y a las artes, especialmente con Guillermo Morris, el amigo más íntimo de la familia de la Granja.

En otoño de 1882, concluídos sus cursos en la escuela, ingresó en la "Gaceta civil y militar" de Lahore, principal periódico del Noroeste de la India, y, por espacio de cinco años trabajó allí con laboriosidad y constancia. Por aquella época publicó un tomo titulado "Ecos", parodiando algunos poemas de los poetas populares del día. Después pasó a formar parte del "Allahabad Pioneer", periódico diario con un suplemento semanal en el cual publicaba trabajos semejantes a los que ya le habían creado una reputación como los coleccionados en su libro "Cuentos sencillos de los montes", que alcanzó un gran éxito.

Kipling es un viajero infatigable. Aparte de sus diversos viajes de la India a Inglaterra, hizo varias excursiones por Rajputana, Caltutta y Bengala. Resultado de esta última fué la obra "La ciudad de la noche espantosa". El periódico le envió a hacer un viaje alrededor del mundo, saliendo primeramente para el Japón y luego para América. En 1891 hizo un largo viaje al Africa del Sur, Australia, Nueva Zelandia y Ceilán y volvió a ver a sus padres en Lahore. Al regresar a Inglaterra se casó con la señorita yanqui, Miss Balestier, y con ella visitó, nuevamente el Japón y América, estableciéndose en Vermont donde poseía grandes fincas la familia de la esposa. Allí pasó cuatro años durante los cuales hizo varias escapatorias a Inglaterra donde habían trasladado su residencia sus padres. Sus obras, algunas tan populares como "El libro de las tierras vírgenes", pasan de treinta.

Impresiones Napolitanas

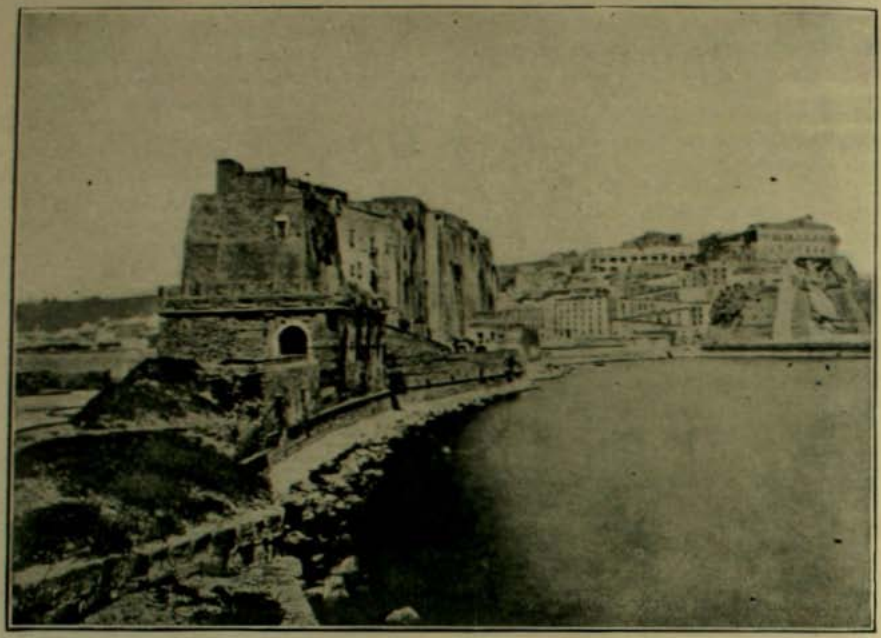
Por J. D. G.

A Gustavo Walker

Ilustraciones fotográficas

La belleza del Golfo de Nápoles ha sido cantada desde tiempo inmemorial, por todos los viajeros. El mar azul-marino, azul de lapizlázuli, azul intenso, el cielo de una pureza y profundidad indescriptibles, las montañas violeta, el hormiguero de la gran ciudad abigarrado y confuso como un laberinto; sobre ella, las colinas escaladas por las callejuelas que de día y de noche pululan con la más densa de las poblaciones, coronadas por la Cartuja de San Martino, el *castel Sant Elmo*, la villa real de Capo di Monte, sembrada de naranjos en fruto; las lejanías de la isla de Capri, las enormes puertas españolas, los templos lujosos, las imágenes en las calles y plazas, el bullicio incansable, los gritos y cantos, la más pagana devoción ostentada en todas partes, la vida puesta al desnudo sin pudores ni velos, el desaseo de las calles, las basuras que caen de los balcones y llenan el piso de los más estrechos conductos populares; todo eso es el conjunto de Nápoles, presentado al viajero que penetra asombrado por la calle de Toledo,

E. Dalbono. La leyenda de las Sirenas



Castel dell'ovo y monte Ecchia

repleta de transeuntes, y se asoma a cada instante a las calles atravesadas que, al caer la tarde, se entoldan de arcos de luces en honor del Santo del barrio. Más tarde, desaparecida la primera impresión exterior, comienza a adivinarse la vida intensa que hay en ese rincón maravilloso de la Italia: la vida en tierra, cuando se han recorrido sus barrios populares que ya comienzan a destruir las avenidas nuevas; la vida del mar, cuando se visita el **aquarium.**

Cuando uno abandona las calles principales, seguido por los cocheros de mirada irónica y desfachatada, que van agitando los látigos en el aire, para atraer con los chasquidos la atención del transeunte recalcitrante, y se resuelve penetrar a las tortuosas y estrechas callecitas, a pocos pasos da miedo y se desea desandar el camino hecho; pero si se logra vencer esta impresión pasajera y seguir adelante, entonces, seguramente el artista y el curioso volverán todos los días. Las casas altas, altísimas, parecen inclinarse hasta casi juntar sus cornisas o sus balcones salientes. Las puertas sucias y descalabradas se entoldan para ocultar la miseria; pero de todos los balcones cuelgan enredaderas, flores, ropas que se secan al sol, géneros que el tintorero tiende al aire libre para que se oréen, mujeres que se avanzan cuanto pueden para dar a gritos un recado al que espera abajo o para injuriar a todas las vecinas del frente, un músico que ensaya su corneta-pistón y desafina horriblemente, un estudiante que canta y acciona con gesto teatral, un clérigo que contempla todo esto y bosteza con la barba sobre la baranda misma. Abajo, en la vereda, o en el medio de la calle, una mujer se ha despeinado y rasca con un peine de carey las largas trenzas de cabellos obscuros: el peinado es el lujo de la napolitana. Otra tiende a su chico casi desnudo en la falda y lo despioja con tranquilidad pasmosa. Más allá una vendedora de macarroni y frituras surtidas, revuelve en su cocinilla de carbón las cacerolas humeantes y levanta con el cucharón los interminables fideos que despiden apetitoso olor. Aquí una madre joven se ha abierto el corsé y da el pecho pálido a un chico que se aferra a ella y cesa de llorar; al

frente, un grupo de hombres sentados en la calle conversan abstraídos de cosas muy importantes como si estuvieran en el silencio de un gabinete. Una manada de cabras lecheras avanza por el medio de la calleja y luchan por escurrirse entre tanto transeunte que remonta la cuesta. Pasa luego un carro con legumbres y el caballo lleva grueso cencerro colgado al pescuezo y pasa un coche con la pareja llena de cascabeles sonoros y bien timbrados y pasa el pequeño carruajito del comerciante pobre, tirado por un asno enano, con sonajas en los arneses. Todo suena, todo tiene una nota ruidosa y estentórea, todo combina ese ruido inolvidable de Nápoles, la ciudad sonora. ¿Y los ecos? En los muros de piedra, en el fondo de los patios, responde a cada grito, a cada rumor, una resonancia como del fondo del pozo replica el eco a la voz que arriba se dilata en la atmósfera.

El viajero que llega de cualquier punto a la ciudad, si entra de noche, verá alzarse en el cielo obscuro y sereno un cohete volador que desgrana en la serenidad de ese azul profundo las luces de bengala o la detonación deslumbradora del magnesio.

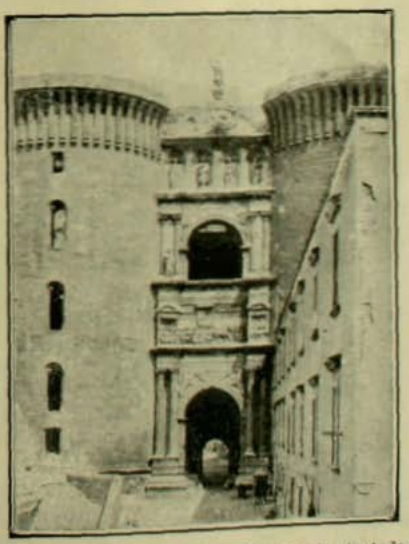
Es siempre la fiesta de un Santo que anuncia a todo Nápoles el regocijo de un barrio.

Pero no podría interesarse suficientemente al lector si no se hiciera un poco de historia, una corta, una brevísima historia para el inteligente lector chileno. Nápoles, antes de ser fundada por los griegos, porque esa región de Italia y la Sicilia formaban la "Gran Grecia", fué el lugar al mismo tiempo predilecto y temido por los navegantes: predilecto por los encantos del clima y las calmas del mar; temido, por las sirenas que la imaginación de los pilotos veía surgir en las orillas de ese mar seductor. No puede hablarse de Nápoles sin recordar la poética leyenda de la Sirena Parténope. Por esto, los primeros escritores latinos la llamaron "la ciudad Parténope". Esta ninfa de las aguas, habría visto, tendidas sobre el mar, sus bellísimas formas juveniles, sueltos sobre las ondas los cabellos de oro, la cansada nave de Ulises amainar las velas al abrigo de las rocas, bajo la luz de la luna, y esperar la primera lumbre del alba propicia para escapar del encanto de esa atmósfera de seducción e inflar las blancas velas con otros rumbos.

Siempre privilegiada por la naturaleza, Nápoles fué la perdición de los hombres no nacidos en ella. De los griegos a la dominación latina, de ésta a la invasión de normandos, franceses y españoles, todos han sufrido su influjo enervante y ella, con lealtad para el último dominador, apenas se rinde hoy a entrar en la unidad italiana. Todavía el cochero locuaz le habla al viajero de los Borbones y llama traidor a Garibaldi.

El napolitano, a pesar de vivir en esos barrios descriptos, sin luz, sin aire, sin higiene, en medio de basuras y respirando miasmas putrefactas, "no es tétrico en su fe, ni hosco en el vicio, ni colérico en la desventura", como dice Matilde Serao. Cuando el día de Todos Santos, el napolitano va al Cementerio, alegre, florido, asoleado, lleno de pájaros, de verdura, de perfumes, exclama espontáneamente: "O Gesú, vurría murí pe sta, ccá". (Dios mío, querría morirme para estar aquí!)

Sus imágenes son excesivamente realistas, sus templos suntuosos y recargados, su manifestación religiosa interesada y pagana. Abundan entre las obras de Ribera, Vassari, Caravagio y otros maestros, cuadros y estatuas del siglo XVII,



Arco triunfal de Alfonso de Aragón (estado actual)

teatrales y de mal gusto. La llamada Tumba de Cristo, muestra una serie de Santos en adoración con expresiones admirativas y extraordinarias. Los cristos pintados, con palidez cadavérica y manchas de sangre, las vírgenes con cabellos de verdad y vestidas a la moda, los Santos macerados y amenazadores, abundan en los pequeños monumentos religiosos de las calles y de la vecindad de los templos. El pueblo de Nápoles cree en el Santo de su barrio

Puerta Capuana y Torre de los Aragoneses

antes que en Dios, y, cualquiera exageración que quiera verse en esta frase, no es mayor que en la realidad. El clero se muestra por las calles muy pobre y raído; además podría creérsele vago y sin trabajo, tal es la lentitud perezosa con que sus representantes las recorren en gran número. En los teatros al aire libre el viajero de los pueblos del norte de Europa se extraña de ver religiosos descalzos detenidos cerca de las butacas para oír las canciones sin levantar protesta de nadie. Es frecuente ver monjas vestidas con los más absurdos trajes; probablemente son beatas de esos antiguos monasterios llamados **beguinages** en Francia y Bélgica. La liquidación de la Sangre de San Genaro ha solido causar disturbios en la ciudad, y escandalosas manifestaciones en el templo mismo.

Hemos dicho que la vida de ese tibio, azulado y profundo mar del Golfo está representada en el Aquarium. Realmente, mar tan hermoso alberga peces de infinita variedad y belleza. Entre otros, son características las medusas, renovadas cada tres días, a gran costo, por la efímera existencia de este verdadero lirio viviente, que parece una gasa lila mirada contra la luz, una flor de cristal, un espiral de humo bajo un rayo de sol, tan transparente y fugaz, tan liviano para moverse con el temblor del agua o el más ligero movimiento. En medio de flores raras, sensitivas marinas, crisantemos que viven de pequeños pececitos, corales de todas las gamas, desde el blanco al rojo sangre, levanta la admiración de todos un extraño pez que tiene exactamente la forma y la dimensión de un caballito de ajedrez.

Todo el mundo juega en Nápoles. Durante la semana, de Lunes a Sábado, el banquero, el funcionario, el canónigo, la religiosa, el comerciante el gendarme, la obrera, el presidiario, sueñan con los placeres o comodidades que va a procurarles el terno o el cuaterno **secco**. En cada calle hay un **Banco Lotto**, donde se anotan las apuestas. Se puede jugar desde un centavo, hasta la más gran cantidad. Si se acierta un número de los cinco que extrae el Gobierno cada semana, se recibe diez veces la suma apostada; si dos, (un ambo), doscientas cincuenta veces; si tres, (un terno), trece mil veces, y si cuatro, (un cuaterno), sesenta mil veces. El día Sábado a las cinco de la tarde, aparecen fijados en la fachada los cinco números y cada cual confronta nerviosamente el resultado de su postura. Los números no se toman al azar; hay algunos empecinados que juegan toda su vida un ambo, un terno o un cuaterno, siempre los mismos números; hay otros que sueñan la combinación jugada; la mayoría consulta un diccionario curiosísimo, donde se encuentran interpretados los sueños en cifras. Así, por ejemplo, el hombre que sueña con viuda juega al 28, el que ha visto un ataúd al 9, la mujer que soñó con su novio o amante juega al 34, la que despertó sobresaltada al 14, la que sintió una rata al 65. Cuando ocurrió la catástrofe del submarino "Focas" en la bahía de Nápoles, toda la ciudad jugó un mismo terno: explosión: 18, número de

víctimas 14, sangre 21. Por una coincidencia, entre los cinco números extraídos esa semana figuró el terno. El Gobierno pagó algunos millones de pesos y el diccionario ganó prestigio indiscutible. Una sirvienta del norte de Italia soñó cuatro números y jugó a ellos obteniendo un cuaterno y sesenta mil veces su apuesta de cinco liras, es decir, trescientas mil liras. La mujer había cometido algunas indelicadezas en su vida y apenas tuvo dinero fué metida a la cárcel, bajo el peso de numerosas estafas.

La semana transcurre llena de esperanzas para cada uno de los jugadores. Los novios se prometen regalarse con una casita y un jardín, los más ricos con un collar de perlas. Cada cual encumbra su castillo en una montaña de ilusiones. Matilde Serao ha contado en uno de sus admirables cuentos napolitanos *Terno Secco*, una historia tierna. Una madre lucha por la vida dando lecciones de idiomas para procurar una buena educación a una hija de 14 años que va a la escuela. Al hacer las camas, la sirvienta encuentra un papel con tres números que la pobre mujer ha soñado. La criada corre al Banco Lotto y los juega; se lo cuenta al vendedor de tomates que también juega y éste al abogado, a sus hijas y a la lavandera y a un muchacho de la peluquería, su enamorado, y a un sobrino de éste que hace estatuas de santos. Todos juegan y todos aciertan, porque el terno sale. La señora presencia enternecida la dicha que han causado sus números, y a las personas que acuden a darle las gracias y a felicitarla les dice que olvidó jugar. Cuando queda a solas con su hija, ésta exclama:

—Madre, madre! sentándosele a los pies.

—¿Qué hay, hija mía?

—Dime una cosa.

—¿Qué cosa?

—¿Te has olvidado realmente; realmente olvidado de jugar los números?

—... olvidado.

—Madre, tú no mientes nunca! ¿Has olvidado o no tenías dinero? La verdad, madrecita!

—... no tenía dinero.

—Cómo! ¿No tenías dinero? ¿No te pedí anoche una lira para mis modelos de dibujo y me la diste?

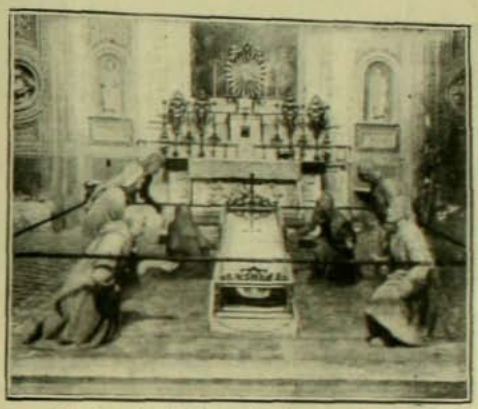
La madre no contesta.

—¿No tenías sino esa, madre, dime la verdad, no tenías sino esa... y me la has dado?

Nada dijo la madre, no pronunció palabra alguna, no hizo ningún movimiento.

Pero la niña bruscamente se arrodilló, le abrazó las piernas, y reposando la cabecita sobre sus rodillas, gritó entre sollozos:

—¡Perdón, madre, perdóname!



Sepulcro de Cristo en Santa Ana de los Lombardos

Y turbada la pobre vieja le decía solamente:

—"Hijita mía, hijita mía...!"

En medio de esos barrios que hoy día algunas nuevas calles han **desventrado**, de esas callejuelas llenas de vida, de una vida agitada, intensa, colorida, con todas las pasiones y todos los dolores, se agita esa misteriosa organización de la camorra. El robo es efectuado entre varios criminales que se vinculan con un juramento cuya violación causa siempre la muerte del traidor. La camorra vive hoy en Nápoles más combatida, cercada de más policía que antes; pero vive igualmente. Nadie olvidará el gran proceso iniciado el año 9 y seguido durante tres años en Orvieto, contra veinte camorristas sindicados en el asesinato de un cierto Cuócolo. Después de un alegre almuerzo en el campo, Cuócolo es llamado aparte por dos o tres de sus amigos y no vuelve. La fiesta

Panorama de la ciudad visto del mirador de San Martino

sigue y nadie pregunta por él. Cuócolo había denunciado a uno de los asociados. De las declaraciones hechas ante la justicia se desprende un obscuro, impresionante cuadro de secretos, misterios, complicidades incomprensibles y audaces robos. Los criminales han buscado a uno de ellos, un mozo elegante, elocuente, que canta con voz sentimental, para seducir a una camarera. Así, una vez maniatada la mujer, se opera sobre seguro el robo de las joyas en el palacio habitado por un viejo señor. Un abogado se encarga de negociarlas. Hasta un clérigo, un don Ciro, cuya figura lastimosa forma vigoroso contraste con la audacia de los otros, aparece en extraños compromisos con la horda. Uno de los camorristas, en un acceso de rabia, se arranca un ojo y queda moribundo. Otro que ante la justicia confiesa y acusa con terrible saña, cansado de tanta ocultación y amenaza, es allí mismo, delante del juez, sentenciado por sus compañeros que se retuercen de ira impotente en medio de los grilletes y cadenas, dentro de las verdaderas jaulas de hierro en que son presentados al magistrado. Más tarde, un individuo que comete un crimen y logra ser encerrado en la misma celda de éste, le confiesa que tiene encargo de asesinarlo y que se fugue, porque él no puede menos que cumplir su misión. Abatemaggio, que así se llama aquel camorrista, toma tal terror que realmente logra fugarse. En el proceso aparece una mezcla monstruosa de crimen con lealtades y virtudes raras. Desfilan tipos de mujeres heroicas, de gente pudiente que lo sabe todo y calla, de complicidades inexplicables. Se necesita todo el valor y el coraje de los carabineros para poner a raya esa asociación tenebrosa de explotadores de mujeres y ancianos, de ladrones y escamoteadores, de falsificadores de documentos y sacadores de dinero por amenaza. Hay buena gente que no los ayuda, pero que no los denunciaría jamás, que tiene relaciones con el camorrista y no quiere saber a punto fijo si lo es o no, con miedo de saber la verdad; pero con simpatía al misterio de las joyas que relucen en su traje rebuscado, del dinero que rumbosamente gasta en todas partes.

Un escritor napolitano, Salvatore di Giacomo, que ha creado un teatro dialec-

tal digno de los griegos, conoce estos misterios de la vida de Nápoles y los presenta en piezas de un realismo atroz, dignas de ser interpretadas sólo por la Aguglia.

Son tragedias cortas como la **Cavalleria Rusticana** de Verga; pero mucho más intensas y coloridas. Los actores que debieran interpretar este reflejo exacto, y al mismo tiempo profundamente artístico de la vida popular, deberían presentarse tal como se ve a los personajes reales en las estrechas callejuelas de los barrios antiguos: sucios y despeinados, pálidos y con los ojos febriles, buenos y dulces en el amor, terribles en los celos, sanguinarios y feroces en el castigo. Deberían apuñalear en la escena, escupir y abofetear allí mismo, y no falta alguna escena brevísima y horrible de este género.

Assunta Spina es una tragedia napolitana de admirable fuerza. Assunta, casada con un albañil, un atleta bueno y generoso, ha perdido la paz por un hombre que, a su vez, la abandona para casarse. Aturdida por esta terrible noticia, la mujer pierde la razón y cuenta a don Fernando, su marido, lo que ocurre. El hombre, al oír tal revelación, se aferra al muro para no caer; quedan ambos en silencio, en un horrible silencio. Afuera en la calle suena un organillo, la ventana se entreabre y el seductor, ignorante de todo lo que ocurre, salta al interior en la obscuridad.

—"Sangue di Cristo!—gritó don Fernando.

Y tomó algo que brillaba sobre la mesa El visitante, tendi las manos, balbuceó.

—Don Ferdinando... óigame. *¡Ah! Madonna mía!*

Y al estrellón de aquel gigante que se le precipitaba encima con una imprecación de loco, cayó entre el lecho y la mesa. Assunta se cubrió la cara con las manos. Los golpes seguían. El albañil cegado ya, se enfurecía cada vez más.

—Esta es por mí, ésta por la mujer de Socavo y ésta por Assunta!

Del borde del lecho, Assunta suplicó:

—Basta!

Y el asesino, como si continuase obedeciéndola, dejó caer el cuchillo. Lentamente retrocedió hasta la ventana y cayó hacia la calle. Los postigos se cerraron.

Los vecinos que han sentido los gritos de la víctima corren, el brigadier penetra por la ventana, topa el cadáver con el pie y pregunta:

—¿Quién lo ha muerto?

En la obscuridad avanza Assunta con el cuchillo en la mano:

—**Io, signor brigadiere.**"

En **El Voto** se ve otro aspecto de Nápoles ya insinuado: la religiosidad supersticiosa, la conversación directa con los Santos, con Dios mismo; los improperios muchas veces, hasta las maldiciones y las amenazas cuando el solicitante no ha obtenido lo que pedía. Ya Taine, muchos años antes que surgieran estos admirables pintores de la vida íntima del pueblo en los barrios antiguos de la ciudad, se refería a esta clase de sentimiento religioso que tanto se revela ante la liquidación anual de la sangre de San Genaro, el popular obispo cuyas manos detienen las lavas del Vesubio desde un puente en los suburbios. Un bodeguero que tiene fortuna, es joven y teme morir, hace un voto público a un Cristo, que está empotrado en la esquina vecina, tras de una reja española, de salvar una mujer del pecado si se mejora. De una casa vecina, siempre cerrada de día, con persianas verdes, una mano le tira una rosa. Es Cristina la Capuana, la cual queda designada por el joven para ser rescatada de su vida. Pero un amor antiguo lo separa de su camino y no cumple el voto. La infeliz, después de resistir cuanto puede, vuelve una noche a encaminarse hasta el antro en que vivió. Delante del Crucifijo brilla una luz. La mujer tiende los brazos y le dice:

Ribera La Piedad, del Museo San Martino

—"Tú lo sabes! Tú sabes cuánto he sufrido. Mi vida tú la sabes, Cristo en cruz. Y eres tú el que me haces volver a los pecados míos. ¡Yo me quería salvar! He hecho todo, lo he sufrido todo por salvarme. No has querido... Y sea entonces así! **¡Così sia! ¡Così sia!"**

Se levantó, se echó hacia atrás el pelo,

Nápoles. Graderías del barrio de Chiaia

se envolvió y después dió todavía algunos pasos rápidos y resueltos, recogió una piedra, golpeó en un portón...

Arriba, el crujido de una ventana, y una voz de vieja preguntó:

—¿Quién es?

—Soy yo... la Capuana!—contestó, descubriéndose la cabeza.

Hemos dicho cuánto se canta por las calles de Nápoles, en las **trattorias**, en los caminos, en la bahía, en los teatros al aire libre. ¿Quién no conoce alguna canción napolitana, de esas calurosas, sentimentales, apasionadas, llenas de sol, en que una voz de contralto o de barítono encuentra esas cálidas notas guturales que parecen caricias y reclamos? **O sole mío!** ha rodado últimamente por el mundo entero. La letra es de Salvatore di Giacomo. Los ingleses y americanos entornan los ojos cuando en el restaurant de Pompeya o cerca de los balcones de su hotel se detienen algunos cantores y con mandolinos y guitarras entonan: **Oh mía bella Napoli!** u otra de esas bellísimas canciones que el napolitano entona e interpreta como nadie, porque son hechas con las palabras que él ha inventado, con las palabras dulces, breves y expresivas de su dialecto, con los sentimientos que lleva siempre en el alma.

"Nu pianefforte 'e notte
sona luntanamente
e 'a museca se sente
pe ll'aria suspirá.

. . . . . .

Dio, quanta stelle 'ncielo
che luna! e c'aria dolce!
Quanto na bella voce
vurria sentí cantá!

Ma sulitario e lento
more'o mutivo antico;
se fa cchiú cupo 'o vico
dint'a ll'oscuritá.

L'ánema mía surtanto
rummane a sta fenesta.
Aspetta ancora. E resta
ncantánnose, a pensá."

Es fácil entender el dialecto napolitano a los que hablan el idioma que dominó allí tantos años: el castellano. "Un pianoforte, en la noche, suena lejanamente y una música se escucha en el aire suspirar.—Dios mío! Cuántas estrellas en el cielo, qué luna, y qué dulce aire! Cuánto una bella voz querría oir cantar!—Pero solitario y lento muere el motivo antiguo y se hace pavorosa la callecita en medio de la obscuridad.—Mi alma, entre tanto, se queda a la ventana. Espera todavía... y permanece embelesada, pensando..." La canción napolitana es una institución. Cada día se canta una nueva en los pequeños teatros, y, esa misma noche, rueda por las calles, resuena en mil ecos en los estrechos caminitos, entre las altas casas de piedra; la corea la muchacha que trasnocha en la ventana y la repiten los granujas. Hay concursos de

canciones populares con generosos premios; pero el mayor de todos es el que el corazón de Nápoles se estremezca con ella y la reconozca suya. Son sus ecos dormidos que despiertan; es la música que flota en el mar azul, en el cielo de intenso color bajo los naranjos floridos, en Capri o en Sorrento, en Posilipo o en Torre del Greco, que se ha encarnado en tres estrofas y en una melodía apasionada.

¡Oh! Cómo aparece sencilla y natural la frase tantas veces repetida: "Ver Nápoles y después morir!" cuando se ha podido entender el encanto áspero y abigarrado de esta colmena humana en que la fecundidad de las madres es asombrosa, en que la virtud, el amor y el crimen se enredan y compenetran, en que la imagen que está allá al término de la estrecha calleja que sube con gradas y culebrea hasta lo alto, recibe la plegaria de la amante abandonada, del criminal que acecha a su víctima, del jugador que ha fundado toda su felicidad en un terno que nunca sale, en que desde los tiempos más remotos el navegante veía tentadoras sirenas apostadas en el golfo para atraer con su canto; porque ya había música y encantos en ese sitio escogido por los primeros hombres para desesperar y morir! ¡Cómo aparece preñada de fuego, de pasión, de vida, de luz y de amor, esa ciudad donde la tierra palpita en ignición constante y lanza un penacho de humo inextinguible hacia el cielo; donde el mar encierra los peces más extraños y bellos que brillan con escamas de oro y destellos de piedras preciosas; donde las niñas de quince años son mujeres capaces de todo el amor y de todas las abnegaciones! Impedir cantar a los napolitanos sería como tapar el cráter del Vesubio. Un día una explosión terminaría con la ciudad encantada, como terminaran Pompeya y Herculano bajo las lavas.

La calle de Roma en Nápoles

AUGUSTO STRINDBERG

A pesar del interés que desde hace dos o tres décadas, despierta en el mundo intelectual la literatura noruega, su nombre es poco o nada conocido en nuestro país, pero en casi todas las demás naciones se le considera como uno de los mejores autores de estos tiempos.

Creyóse el año pasado que le iba a ser adjudicado el premio Nobel de Literatura, pero su candidatura no triunfó y sus entusiastas compatriotas atenuaron el mal efecto del fracaso reuniendo por subscripción nacional una respetable cantidad de dinero que le entregaron el día de su cumpleaños y que le librará de apuros pecuniarios en los últimos años de su vida.

También se acordó entonces y se está llevando a la práctica el proyecto de publicar una edición de sus obras en más de cincuenta volúmenes Los derechos de publicación reportarán a Strindberg unos cincuenta y cinco mil duros. En Alemania se está publicando también una edición de sus obras completas.

Strindberg, que cuenta ya sesenta y cuatro años, ha producido en su vida de trabajo cincuenta y cinco obras dramáticas, amén de gran número de novelas, historias cortas, ensayos filosóficos y literarios, y estudios históricos y científicos, sin que por eso se haya agotado aún su fantasía ni sus energías. Su gran obra histórica "El pueblo sueco" se lee en su patria más que ningún otro libro. La vida de Strindberg ha sido tan triste y tan borrascosa, ha sufrido tan hondas aflicciones que se ha visto obligado a pasar varias temporadas en un sanatorio

Su desdichada niñez vióse turbada por la de enfermedades nerviosas.
miseria y la falta de cariño.

Su padre era un comerciante arruinado, su madre, una criada.

El marido se dedicaba, como un monomaníaco, a rehacer su perdida fortuna. La madre murió cuando el futuro literato tenía trece años, y el temprano advenimiento de una madrastra contribuyó en gran manera a hacer desgraciada la adolescencia del muchacho que acudía a la Universidad de Upsala famélico y enfermo por falta de alimento y por exceso de estudio con libros prestados.

Antes de cumplir los veinte años había descubierto sus dotes poéticas y había escrito dos tragedias en verso y varias comedias que llamaron la atención a Carlos XV y que valieron al poeta una pensión del rey. Mas para un hombre como Strindberg, la felicidad es siempre imposible.

En su borrascosa vida figuran tres matrimonios e innumerable aventuras que relata con detalles casi horribles en sus recuerdos autobiográficas

Algunas veces ha sido perseguido por los asuntos tratados en sus libros, pero siempre ha sido defendido calurosamente por sus compatriotas.

Como más arriba decimos, Augusto Strindberg ha publicado numerosas obras novelescas y teatrales. Entre las primeras, son las más populares las tituladas "La Cámara roja", publicada en 1879; "La venida de la primavera", "Aventuras y destinos suecos", "El nuevo reinado", "Casados", "Utopias en la realidad", "El hijo de la criada", "Los vecinos de Hemsoe", "Vida popular en las islas de Stokolmo", "Ischandala", "A orillas del mar" y "El alegato del loco".

Dramas suyos son: "Padre", "La señorita Julia", "Camaradas", "Acreedores", "Infierno" y "Damasco".

"El extranjero se detuvo a pocos pasos de mí, contemplándome con tanta extrañeza como la mía."

LA INVASION

Por

Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Gordon

I

Jamás hombre alguno se ha encontrado en una situación tan extraña como la mía. aquella mañana de invierno.

Sentado sobre una piedra cubierta a trechos de cenicientos musgos, contemplaba, lleno de asombro, ese paisaje tan familiar y que me parecía tan nuevo. El ameno estero parecía cubierto de una selva sombría.

A mi espalda se alzaba un quillay gigantesco; más arriba un grupo de bellotas y de lingues... Una pitra en flor, dejaba colgar de su tortuoso ramaje, esas extrañas barbas que imprimen un aspecto tan característico a los bosques de la América del Sur, desde las entrañas de la zona tórrida hasta el centro de Chile. Dí su nombre científico a aquel vegetal inmenso: era la Tillandría Usnevides de los botánicos.

En los trechos que dejaban libres los árboles se aglomeraban en pintoresca y variada confusión esos matorrales olorosos, de suaves esencias que embalsaman los campos de la patria: reconocí el arrayán, el colli-

guay, el lilen, la ñipa, el boldo, el maitén... y mil otras más. El pasto que las primeras lluvias de invierno hicieran surgir de la hierba, hacía brillar ante el sol las gotas del rocío de la mañana... Más abajo, en las faldas del morro, sobre una enmarañada espesura de colihues, se erguían los elegantes penachos de las palmeras.

No cabía duda, aquello era Chile. Hasta pude precisar el sitio. El morrito en que me encontraba es aquel que divide la hacienda de Purutún de las hijuelas de Conchalí, en el valle de Aconcagua, no lejos de la Calera. La topografía de la región me era harto conocida.

Aquel morro escueto que se elevaba a mis espaldas, dominando las redondeadas cimas de las colinas vestidas de bosques, era el Caqui. Hacia el poniente, cerraban la vista los cerros que dividen el valle de Quillota de Puchuncaví y Quinteros... Distinguí perfectamente el portezuelo de Pucalán, y allá, mucho más lejos, el de los Barbones. La Campana de Ocoa, piramidal, solitaria, misteriosa, dominaba el paisaje por el sur. Más a la izquierda reconocí el cerro del Roble y sus faldas regulares y elegantes... Hacia el oriente y sobresaliendo apenas sobre la puntilla del Romeral, a una distancia inmensa, invadía las brumas de la atmósfera, la tenue silueta del gigantesco monte de Aconcagua.

Aquello no podía ser otra cosa y sin embargo...

El cielo era el de Chile; de la patria eran las brisas y los perfumes, la configuración de los montes y de los valles... Pero ¿qué trastorno se había producido en la naturaleza?

Los primeros planos, la selva que me rodeaba de cerca se me aparecía tan extraña, solemne y misteriosa, que en medio de ella sentí algo que no soy capaz de definir. La idea de una soledad única e interminable me agitaba. En las espesuras se oía el rumor del pitigüe... Los jilgueros, heraldos del invierno revoloteaban sobre los matorrales. Una bandada de torcazas se posó un instante sobre un peumo caduco... Allá arriba, el cóndor rey planeaba solitario, trazando sobre el azul del cielo, círculos majestuosos.

Había llovido: las más altas cumbres de la cordillera de la costa aparecían vestidas del albo manto de la nieve: bocanadas de aire frío y sutil descendían sobre las tierras bajas.

Muchas veces en la vida había sentido esa soledad misteriosa de los campos, en mañanas de invierno como aquella. Pero nunca las montañas de la patria, se me aparecieron tan bellas y originales y a la vez tan aterradoras y lúgubres. Creía estar solo en el mundo.

La selva lo inundaba todo: sombría y húmeda sobre los morros de Pucalán y sobre los contrafuertes del Caqui y del Romeral, aparecía más cenicienta y clareada sobre los cerros de la Calera y Vichiculén. Desde mi observatorio adivinaba las pendientes escuetas, pedregosas, cuajadas de quiscos y de chañares, de matorrales cenicientos y de palmeras.

¿Adónde estaba allí la desoladora mano del hombre? Sólo el calor del sol y las humedades de la atmósfera habían producido aquellos contrastes. Las cadenas interminables, que se asentaban unas sobre otras ¿eran acaso vírgenes?...

Creí estar en otro sitio de Chile... En la lejana frontera acaso, más allá del hacha y del fuego y de la civilización. Pero ¿cómo pudo la naturaleza reproducir unas comarcas con tal exactitud, el clásico valle de Aconcagua?... ¿Cómo no se veía allí ni el roble ni el coihue, ni el pino de Arauco?

Abajo, a mis pies, se desarrollaba el angosto valle, con sus sinuosidades para mí tan conocidas... Allí corría el río sobre un lecho de cascajo, sombreado por las chilcas, y bordeado de redondeadas pataguas y lívidos canelos... Y también el bosque invadía el valle... La selva era allí aún más vigorosa.

Nada de potreros regulares, nada de alamedas, ni de cercas de zarzamora, ni de brillantes casas de campo... El sitio que debía ocupar La Calera aparecía como un matorral confuso dominado por grupos de sauces indígenas.

Aquello no estaba sin embargo desierto... De trecho en trecho algunos campos al parecer cultivados rompían la espesura. Eran como esas pequeñas chacras de inquilinos que tantas veces encontrara antes en valles selváticos y pobres, después de un largo viaje por los cerros de Malga-Malga y del Colliguay. Allá por el lado de Conchalí, una treintena de miserables cabañas que al punto se me antojaron simples haces de to-

tora, se agrupaban medio escondidas entre el bosque. Más lejos cerraba esta espesura una leve columna de humo azulado.

No... No estaba solo... Pero ¿qué misterio envolvía al mundo?

II

El agudo silbido de una perdiz que se levantó volando torpemente, me hizo despertar de mis meditaciones... Creí sentir pasos... El corazón me latió intensamente.

No cabía duda... Alguien se acercaba.

A pocos metros hacia mi derecha se apartaron las ramas de un ceibo recién brotado, y apareció un hombre...

Así a lo lejos, me pareció un campesino; un instante después creí estar delante de un loco, si no de una aparición del otro mundo...

Era un hombre de mediana estatura, muy rubio, con el rostro curtido por el aire y el sol y cubierto por una barba espesa, sucia, enmarañada y semi-salvaje. Vestía en una forma por demás extraña. Llevaba cubierta la cabeza por un trapo que en otro tiempo debió ser rojo, pero que a la intemperie había tomado un color indefinible. Su busto desaparecía bajo una piel de guanaco, manchada de barro. A su cintura se amoldaba una manta de tosco tejido azul, y en sus piernas, tapadas apenas por informes harapos, se entrecruzaban correas que sostenían unas deformes ojotas de cuero sin curtir... Nunca vi una miseria semejanmejante...

El extranjero se detuvo a pocos pasos de mí, contemplándome con tanta extrañeza, como la mía...

—¿Quién va?... pregunté.

El personaje se acercó más entonces, tímido, indeciso, como dudando de lo que estaba viendo... Acaso mi propia presencia era tan inesperada allí, como a mí me lo parecía todo cuanto estaba contemplando... quizás por un milagro, imposible de explicar, me encontraba transportado de pronto a otro planeta. Esta hipótesis estupenda apenas alcanzó a cruzar por mi cerebro. Una sospecha confusa me hizo estremecer.... ¿Era yo acaso el que estaba loco?... ¿Era todo lo que estaba viendo un delirio insensato? ¿En mi inteligencia enferma, se agolpaban entonces las verdades y las quimeras, los hechos reales y los fantasmas de la demencia? ¿Estaba o no sentado en un morro sobre el valle de Purutún?... ¿Era el personaje que hacia mí se acercaba, tal como mis ojos creían verlo?

Arrojé una ojeada sobre mi propia persona... No... No vestía camisa de fuerza. Llevaba un ancho guarapón de fieltro, manta de castilla y polainas criollas de montar... Mi aspecto no era para asustar a nadie.

El recién venido habló entonces por vez primera; su voz ronca, ruda, desigual, parecía salir del fondo de la tierra, o del fondo de los siglos...

—¿Cristiano?... preguntó.

—Cristiano soy, repuse.

—Para servir a Dios y a su sacra real majestad don Carlos Primero, añadió el desconocido, inclinándose hasta el suelo.

¿Carlos I?... El de Portugal no podía ser porque lo asesinaron hace años en las calles de Lisboa... Tampoco el de Inglaterra, asesinado también hace dos siglos y medio en Londres... Creí caer en la cuenta...

—¿Es Ud. rumano entonces? le pregunté. Porque el rey de Rumania se llama Carlos I.

—Sí, señor hermano, repuso el extraño personaje... Católico, apostólico romano y cristiano viejo por añadidura, donde vuesa merced me ve y por los cuatro costados... Nacido en Alcalá de Guadaira, lugar que queda a la nuestra mano como vamos de Carmona a Sevilla, a través de Andalucía... Llamáronme Gonzalo Calvo de Barrientos... para servir a vuesa merced...

Mi sorpresa iba en aumento... porque aquel nombre me pareció no serme desconocido... Guardé silencio sin embargo... El extranjero entonces me interrogó a su vez...

—¿Querrá el señor hermano decirme cómo ha llegado a estas tierras de Chile?

—Nacido y criado soy en ellas, repuse, sin darme cuenta exacta de lo que decía...

—¿Ha perdido vuesa merced el seso, señor castellano? exclamó el extranjero con muestras de extraordinario estupor... porque tenía entendido en Dios y en mi ánima, que ningún cristiano ha pisado antes que yo estos alejados confines de los reinos de Su Majestad Católica.... A ellos vine por mal de mis pecados, huyendo de la saña del

muy magnífico señor don Francisco, a quien malos demonios confundan... y nunca vi que otro cristiano alguno aquí hubiese tenido entrada...

Sin duda me las había con un loco... Preferí seguirle el humor, curioso de saber adónde iba a parar...

—Tranquilícese, señor, que recién venido soy a estas tierras, le dije. Siéntese Ud. como buen hermano y cuénteme sus aventuras malas o buenas.

El hombre obedeció dócilmente.

—Antes de referirle mis cuitas, que son muchas, me dijo, haráme vuesa merced la cortesía de decirme su nombre y de cómo aquí le encuentro, de tan extraña guisa vestido...

—Llámome Miguel de Fuenzalida, le dije, y del cómo he venido ya lo sabrá Ud., en cuanto termine su relato.

—Pues, como decía a vuesa merced, señor de Fuenzalida, comenzó el desconocido, llámome Gonzalo Calvo de Barrientos y vi la luz no lejos de Sevilla, aunque vuesa merced me vea vestido al modo indiano, católico soy fijodalgo, sin mezcla alguna de judío o morisco... Todavía muy mozo, partime de soldado en los tercios de Italia, e fuí de los que con el de Borbón entramos en la ciudad de Roma, cabeza de la cristiandad... En penitencia de tan grande pecado, torné a Castilla a pie e descalzo e vine en un galeón a estas tierras de Indias en busca de mejor fortuna, pero sólo malas venturas aquí hánme sucedido... ¿Acaso ha llegado a oídos de vuesa merced la desgracia y afrenta que hube de sufrir en Jauja?...

La luz se hizo en mi cerebro... ¡Ya sabía con quién hablaba!... Sí... Ese era el mismo Gonzalo Calvo de Barrientos... ¿Cómo pude olvidarlo?

—No siga hermano, que ya conozco su historia, le dije saltando los siglos sin darme cuenta... Vuesa merced es aquel Barrientos de quien se dijo:

"Sobre gran jugador ladrón tan diestro, que nada había seguro de sus manos."

No creo sea la intención vuestra la de ofenderme, continuó Barrientos, pues bien veo que la fama de mis malandanzas ha llegado a los oídos de vuesa merced, torcida y trastornada por la malicia de mis contrarios... Pero dejemos necios romances y sepa vuesa merced que nunca mis manos se mancharon con el bien ajeno, y por Dios y María Santísima lo juro...

—¿Y cómo le aconteció a Ud. tamaña desgracia, entonces? le pregunté.

—Ya tendrá vuesa merced noticia de cómo el inca Atahualpa fué preso en Caxamarca... Dolíanme las cuitas del monarca indiano e hice cuanto pude por remediar su desventura... Cobróme afecto el Inca, y dióse el señor don Francisco Pizarro a entender que yo tramaba algún desaguisado por dar libertad al cautivo, y en Dios y en mi ánima, que a estar en mi mano, no se hiciera con ese infortunado tan grande entuerto... [illegible] me de hurto, e dijeron que tan malas artes habíalas yo aprendido en los campos de Sevilla, tierra famosa de maleantes... Me afrentaron como vuesa merced sabe, de modo que ya no pude vivir en país do cristianos hubiese e que mala guisa es para un hidalgo el andar por el mundo, sin orejas e azotado e con el cuero roto... E si de Jauja pude huirme, a la buena merced de los indios lo debo... e pasé los montes y los horribles desiertos que a este valle de Chile conducen, que más caridad y procederes he hallado entre estos bárbaros infieles que entre mis camaradas y hermanos en religión... E soy ansí el primer cristiano que a tales remotos confines háyase llegado... Después otros han venido, pero a mi entender nunca pasaron de las tierras de Copayapu, muchas leguas hacia la parte del norte... en el gran despoblado de Atacama

Mientras así hablaba con ronca y arenisca voz el infeliz desorejado, parecíame que iba perdiendo poco a poco mi individualidad y mi siglo, hundiéndome en el pasado remoto y misterioso... Era yo sin duda un don Miguel de Fuenzalida que por un acaso inexplicable me encontraba, una mañana de invierno, en la primera mitad del siglo XVI, departiendo sobre un collado del valle de Aconcagua, con Gonzalo Calvo de Barrientos...

—Nombre es el de vuesa merced que la crónica no habrá de olvidar, le dije por vía de consuelo... Sois el primer cristiano que esta tierra haya descubierto...

El desorejado sonrió tristemente.

—Noticias tenemos aquí de las buenas e malas venturas de los castellanos, agregó... Habitan por estos contornos algunos miles

"Uno de los indios acuclillado alrededor del fuego, tenía la palabra"

de indios, vasallos que son del Inca del Cuzco... Allá hacia la parte de la mar del Sur, a pocas leguas de este sitio en que nos hallamos, se trabajan las minas de Malga-Malga, e diz es mucho el oro que de ellas sacan para el tributo del Inca... Esta tierra es la de Chile, e ansí la llaman por ser el último extremo del imperio peruciano, que en la lengua de ellos, eso significa... Manda a estos bárbaros un nombrado Lonco, que es Mitima o gobernante por el Inca, e por ende, los indios le apodan Mitima Lonco, e muchos le trastrucan e dicen Michinlonco... Es el tal grande amigo mío, e por él me he batido contra los bárbaros de allende la sierra, que viven en el valle y provincias de los Picones del río Maipué, más hacia la parte del sur...

E ha muchos días nos trajeron la nueva de que por la parte de Copayapu, pasaron la montaña grande un ejército de hombres blancos, e con ellos viene un Inca, e los manda un viejo de luenga barba blanca, e traen muchos indios, amazonas y caballos...

—Sí... dije, debe ser la expedición de Almagro...

—Ende que nos trajeron la nueva de la venida de tales castellanos, pasóme por las mientes los mandaría el Adelantado, dijo Barrientos, porque magüer viejo, es hombre de alientos... ¿Le conoce vuesa merced?...

—Sólo de nombre y fama, le respondí.

—No ha perdido vuesa merced grande cosa con el no verlo, continuó Barrientos, que más fea y menguada persona non ha venido a estas Indias, sobre ser tuerto de un ojo, e de cuerpo pequeño, las viruelas le han tornado el rostro una criba... Animoso, liberal, aunque con jactancia, de muy gran presunción, sacude algunas veces la lengua sin refrenarse. Non me pesa, con todo, sea él el venido, ca non se quiere bien con Pizarro, y téngolo, por tanto, por amigo. Si a vuesa merced parece podemos bajarnos a la llanada que hora es ya de yantar.

En efecto, el estómago comenzaba a hacerme cosquillas..

—¿Y adónde comeremos, don Gonzalo? le pregunté.

—Deje vuesa mercé los dones y donas, que jamás he yo gozado de tales preeminencias, magüer fijodalgo aunque pobre. Daréle un cuarto de oveja de la tierra (1), en la ruca del Mitima Lonco, mi grande y buen amigo, y si Dios es servido, regaremos la comida con un jarro de chicha de maíz.

III

Seguimos pues un estrecho sendero, medio borrado por la vegetación montaraz. Mientras caminábamos, el locuaz andaluz no daba punto a sus reflexiones...

—No es mal chasco el que aquí se le espera al señor adelantado, dijo sonriendo con ironía, porque ansí encontrarán en estas tierras de Chile, el oro a manos llenas, como por los cerros de Ubeda, que no es de pedir al olmo peras, ni a la obscuridad lumbre...

En efecto, también a mí el caso me parecía más que medianamente chistoso.... ¡Venir a Chile a buscar oro!... En verdad era necesaria toda la ignorancia de un español del siglo XVI para discurrir tan absurda empresa... ¡Oro aquí!... A lo más podían hallar una caja de conversión... y a muy pocos peniques... y eso... en el mejor de los casos. Dicho se está que no expresé en voz alta mi pensamiento.

—Dicen, sin embargo, me limité a observar, que desta tierra llevaban los incas perucianos lo más del oro que guardaban en sus tesoros...

—Tiene vuesa merced razón, repuso don Gonzalo, pero non es el mismo trabajo, sacar el oro de las entrañas de la tierra, que el cogerlo de la caja del prójimo... Lo primero ha de hacerse en este país, con lo segundo basta para enriquecerse en el Perú... Allí los incas han reunido por luengos siglos el oro ahorrando a los castellanos de semejante pena... Non es lo mismo en esta tierra, do apenas sacan los indianos el oro de la mina se lo llevan... los mitimas incásicos.

Un pensamiento absurdo cruzó por mi mente al oir estas últimas palabras... ¿Sería don Gonzalo papelero?... ¿Por qué decía que de Chile se llevaban el oro?...

En esta y otras pláticas, llegamos al llano abajo. El desorejado me condujo hacia la parte de arriba del valle, por lo que llaman en el siglo XX las hijuelas de Conchalí...

En medio de un campo sembrado de raquíticos maizales a orillas del río, descubrí lo que llamaré la capital de Michimalongo...

Las chozas miserables cubiertas de totora,

(1) Guanaco.

redondas más que cuadradas, guaridas y madrigueras más que habitaciones humanas, se estrechaban alrededor de un grupo de árboles gigantescos. La "plaza" o lo que hacía sus veces era un espacio de tierra desprovista de vegetación, endurecida por el continuo pisotear de aquellos salvajes. Al centro ardía una fogata, y por encima de ella, pendiente de tres palos gruesos, se asaba un guanaco entero. Dos o tres docenas de indígenas semi desnudos o mal cubiertos de pieles, hacían rueda al esperado manjar, acuclillados en el suelo. Junto a ellos, apoyado en una lanza de colihue, permanecía de pie un robusto mocetón de seis pies de estatura, vestido de manta y con una pluma amarilla amarrada sobre su intrincada cabellera...

—Aquel es Michimalongo, me dijo señalándomelo don Gonzalo.

No necesito jurar que todas mis preocupaciones pasadas, presentes y futuras me importaban un ardite, ante el pensamiento de la acogida que se me podía esperar entre aquellos tunantes.

Con todo, no tuve más remedio que seguir a mi oficioso guía. Al vernos, cuatro o cinco indios se pusieron de pie y se lanzaron a nuestro encuentro, hablando todos a la vez en su incomprensible lenguaje... Por sus gestos me pareció que era yo el objeto de aquellas demostraciones.

El desorejado les dirigió lo que era probablemente un discurso apologético, una explicación de mi presencia en esos sitios.

El gran Michimalongo, me hizo entonces señas de adelantarme... Así lo hice más muerto que vivo.

El indio habló entonces a su vez. Dicho se está que no le entendí una palabra, pero me pareció que su idioma era el mapuche mezclado con voces aimaráes y quichuas...

—Pregunta el Mitima, me observó don Gonzalo, haciendo de lenguaraz, si vuesa merced pertenece a los tercios de Castilla...

Hice con la cabeza un gesto negativo. No quería hacerme cómplice de las posibles barbaridades que los tales tercios debían estar cometiendo...

Don Gonzalo tradujo mis signos, porque los indios no sabían entonces que también se decía no con la cabeza.

Michimalongo hizo entonces otra pregunta, que mi compañero contestó esta vez sin consultarme.

Según supe después, había dicho que yo era un prófugo lo mismo que él...

La reunión turbada un momento por nuestro arribo, continuó como si nada hubiera sucedido. Los indios tenían por costumbre, como ahora, afectar una indiferencia filosófica ante todos los acontecimientos, y aparecer como no espantándose de nada.

Uno de los indios, acuclillados alrededor del fuego, tenía la palabra... Su voz monótona, sin inflexiones, apenas acompañada de uno que otro gesto, parecía repetir un discurso aprendido de memoria. Todos los demás, incluso Michimalongo, le escuchaban en silencio.

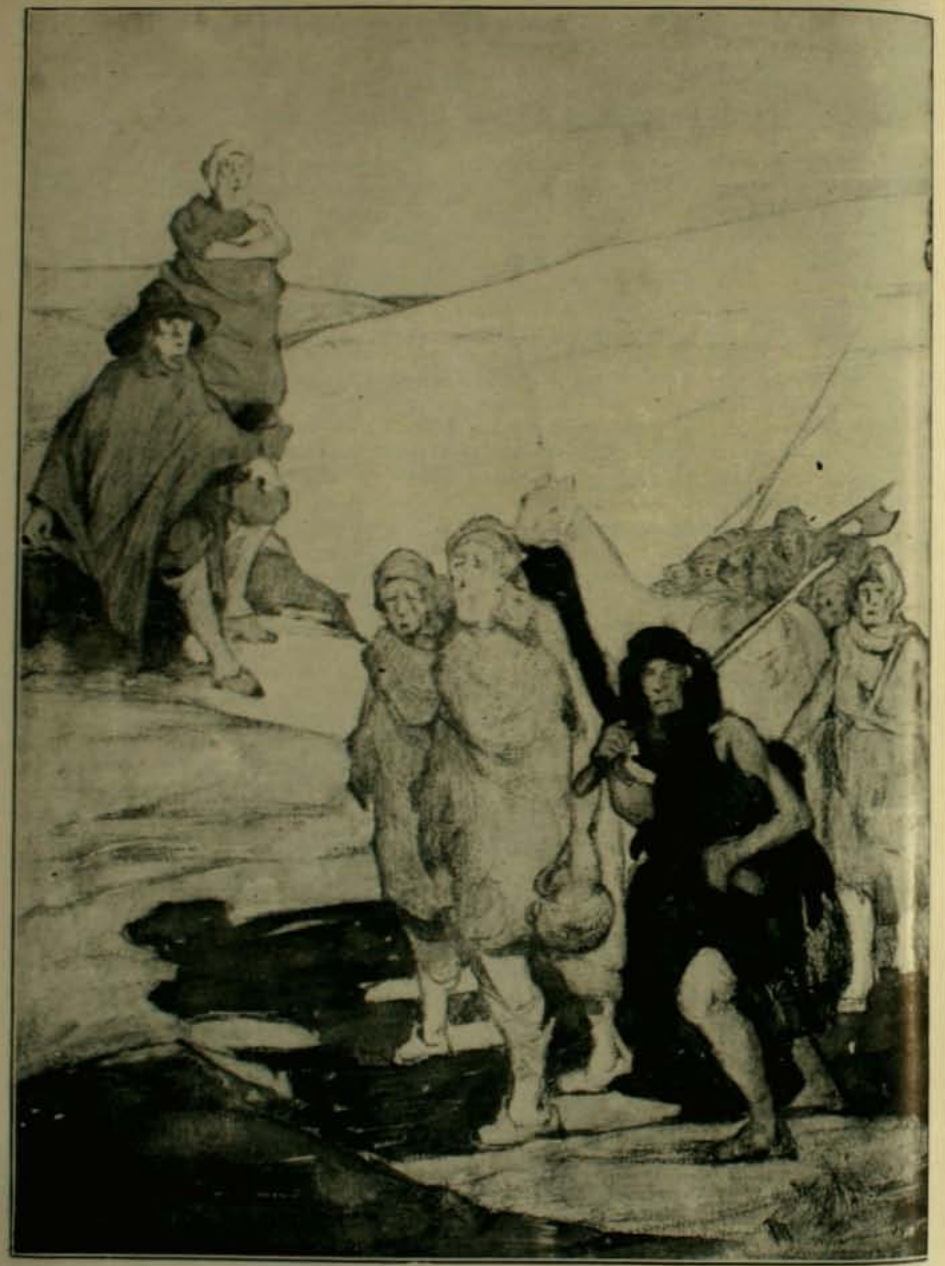
Aquella para mí incomprensible pantomima se prolongó por algún tiempo. Al fin, una de las mujeres procedió a descolgar el guanaco, ya completamente asado, y comenzó a despedazarlo con el auxilio de una legítima espada de Castilla, probablemente la que antes perteneciera a don Gonzalo de Barrientos.

Como a los demás, me tocó a mí un buen trozo de carne. Tenía hambre y gracias a ello pude emprenderla con aquel manjar que sabía a chivato y no estaba aderezado con sal ni nada que lo valiera.

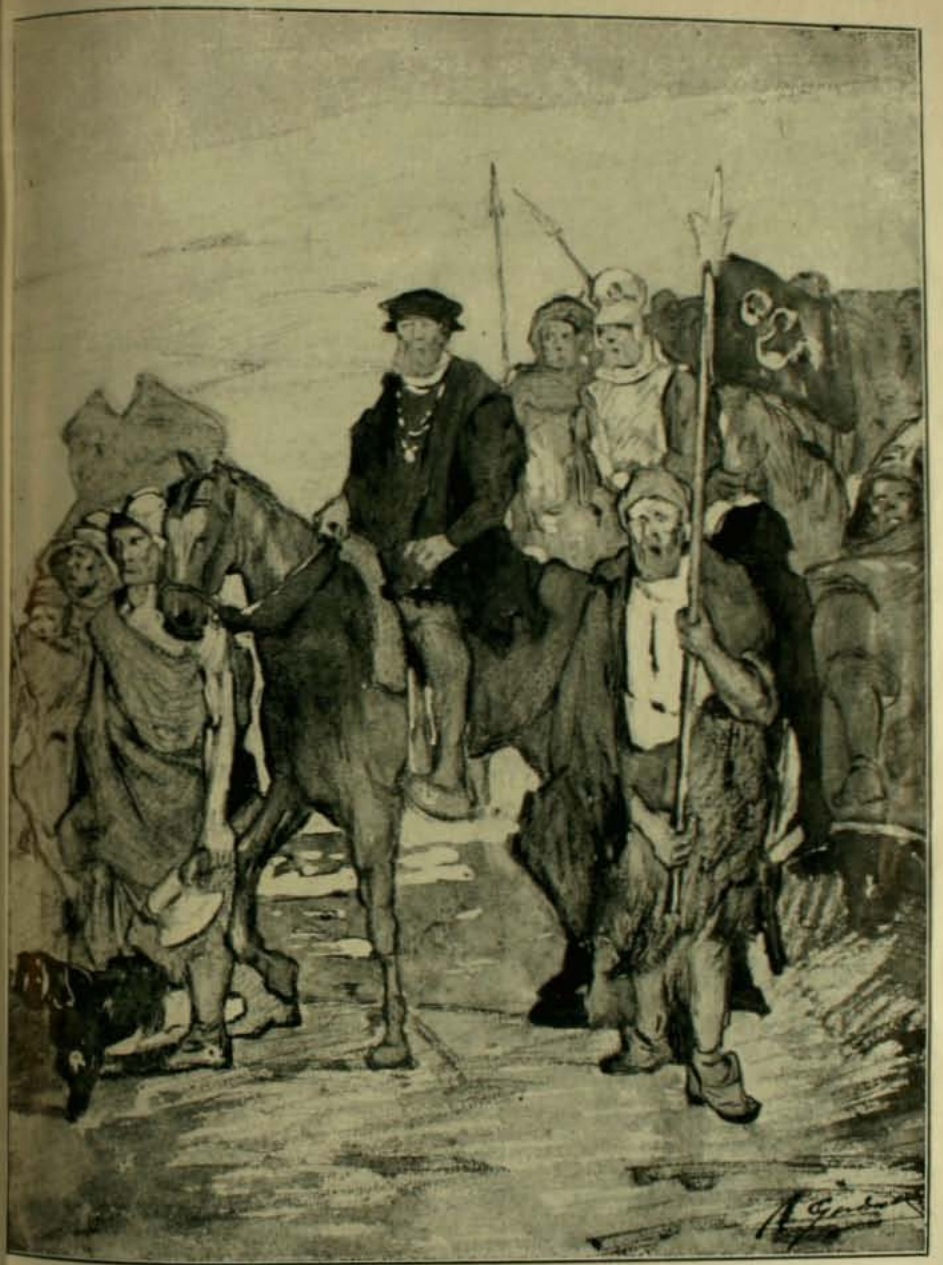
Concluída nuestra frugal merienda, Michimalongo llamó aparte a don Gonzalo, y se lo llevó al través de unos matorrales.

Quedé solo con los salvajes... Los más me miraban estúpidamente... otros se reían, mostrando sus dientes blancos que brillaban en los rostros sucios y bronceados... De cuando en cuando prorrumpían en bárbaros alaridos. Entonces me parecía encontrarme en la esquina de una calle de Santiago, cuando un postino suele enredarse con un carretón "para bultos y pasajeros"... Los mismos gritos guturales, resabios de la edad de piedra, igual destemplanza en la dicción... Notas agudas, estridentes, inarticuladas, más próximas al mugido de las bestias que al lenguaje de los hombres...

Poco a poco iba tomando menos miedo. Por lo menos la curiosidad iba sucediendo a la congoja. Deseaba frenéticamente poder penetrar en alguna de esas miserables rucas y contemplar allí al natural, en su sitio verdadero, esos objetos que sólo había visto hasta entonces en los museos arqueológicos... cántaros de greda groseramente di-



"El pelotón pasó adelante; los soldados conversaban entre sí; algunos reían groseramente".



"Y en medio de un grupo de jinetes, sobre un caballo barroso, vino al fin aquel viejo..."

bujados, puntas de lanza de silex, anzuelos de espina de pescado y sobre todo esas misteriosas piedras agujereadas que constituyen la desesperación de los sabios... ¿Para qué servirían?...

Las hay de todos tamaños, y en eso está precisamente el enigma. Algunas no son más grandes que una nuez, las otras alcanzan más de un quintal de peso. Ni las unas ni las otras podían servir de mazas de guerra. Las primeras por demasiado pequeñas, las segundas porque ni el gigante Goliat sería capaz de blandirlas contra el cráneo de un enemigo. Estaba decidido a salir de dudas al respecto. En último caso se lo preguntaría a don Gonzalo.

Mientras estaba embargado en tales cavilaciones, los indios, unos tras otros, fueron levantándose y desapareciendo dentro de sus rucas.

El sol llegaba a la mitad de su carrera, y la atmósfera era ahora más tibia. Un viento del norte tibio, húmedo, caliginoso se arremolinaba por el valle...

—Vamos a tener agua, me dije. ¡Pobre Almagro!... Se le espera un buen temporal, si es que, como dicen, se acerca a esta tierra...

El eterno gemir de la naturaleza es un ruido que hace la impresión del silencio... Los bosques y los matorrales crujían siniestramente a impulso del vendaval..... algunas nubes blancas, empañadas por sombras grisáceas, con sus bordes iluminados por el sol, corrían presurosas hacia el sur, destacándose sobre el intenso azul del cielo... Los pidenes graznaban en la charca vecina.

Sentado en una piedra, quedé absorto en mis pensamientos. La aparición de don Gonzalo me volvió a esa realidad enigmática en que estaba sumido hacía algunas horas.

—Tenemos ciertas nuevas de los castellanos, señor y amigo, me dijo; antier pernoctaron en Lúa (1) Deben estar ya camino de trasmontar las cordilleras, por las gargantas de Puthaenthu (2).

—¿Y qué día fué ese de anteayer?... le pregunté.

Fiesta de San Cayetano y compañeros mártires, Miércoles 2 de Junio del año de Nuestro Señor de 1536...

Su voz parecía salir del fondo de un pasado muerto y obscuro.

—A fe de Gonzalo Calvo de Barrientos, non es la guisa en que viene el adelantado, la de home prudente y de seso... Largas noticias le ha dado a Michimalongo aquel indio que viérades poco ha... Don Diego sacó del Cuzco gran cantidad de ovejas y de ropa. Los indios que de su voluntad non querían acompañarlo, fueron atados con sogas y cadenas... De noche los meten en ásperas prisiones y de día los traen cargados y medio muertos de hambre... Hasta los caballos vienen en parihuelas en hombros de los yanaconas... El inca Paullo Tupac y el villac-umu, o pontífice del sol, venían con ellos, pero parece ser que el falso sacerdote de los paganos se les ha huído después... Buena parte del viaje la han hecho por la parte opuesta de la sierra, tierra que es de los chiriguanos... Después trasmontaron los montes y cayeron medio muertos de necesidad y de frío al valle de Copayapu... Allí el adelantado hizo justicia e repuso como jefe de la tribu a un indio joven que les ha provisto de víveres y ropas... Ansí vienen vestidos más como bárbaros que como cristianos... En el valle de Huasco los indios se huyeron a la cercanía de los castellanos, llevándose sus cosechas y menestras... Don Diego fizo un gran escarmiento en castigo de tamaño desacato, e diz ha fecho quemar vivos, a guisa de herejes relajados a los autores del atropello... Grande es la pavura de los indios, anda mais que en una nao venida del norte, los castellanos han recibido refuerzos... Como dije ya antes, ya se acercan aquí... y, en Dios y en mi ánima, que acabo de prestarles un gran servicio...

—¿Cómo es eso?... pregunté.

—La tierra de aquí para el sur, continuó don Gonzalo, es muy más poblada que en los desiertos del norte... En Malga-Malga habrán hasta sus tres mil indios, trabajando en sacar oro para el tributo del inca... Las partes de Maipué y de los Pincones encierran también innumerables indios de guerra... El Mitima Lonco pensaba retirarse hoy mismo hacia la parte del sur para juntar un ejército y caer de improviso sobre los castellanos... Yo le he disuadido de tan insano intento... Ansí Dios me lo tenga en cuenta en la hora de mi muerte... Non es, le dije, de homes de seso, el oponerse a los castellanos... Sólo ganarades con ello la suerte que cupo a los indios del Guas-

(1) La Ligua
(2) Putaendo

co... Contéles que non es posible ferirles, por vestir todos de hierro, e que a más disponen del fuego de las centellas e de temibles bestias, que por tales tienen ellos a los caballos... Con esto el Mitima tiene pensado el facerles buena acogida para curarse en sanidad... Non serán las lanzas indianas las que detendrán a don Diego, sino su propia codicia... Para quien ha conquistado el Perú, ésta es una miserable tierra... El adelantado volverá por el oro del Cuzco... Si vuesa merced gusta, nos iremos por la parte del naciente al encuentro de los castellanos, darémole tales noticias.

La propuesta de don Gonzalo me agradó, y minutos después, acompañados por tres muchachos indios, tomamos el camino del oriente.

Anduvimos toda la tarde y a buen paso, bordeando el río, engrosado por lluvias recientes... El estrecho sendero serpenteaba por entre los tupidos bosques, los maizales macilentos y ya en rastrojos, o se encaramaban por los contrafuertes de los cerros... El cielo se cubría poco a poco de nubes cenicientas...

Así atravesamos las ensenadas de Purehue y de Catemu. La noche acabó de cerrar por completo... Gruesos goterones anunciaban la lluvia próxima. Rendidos de cansancio, hicimos alto en una ruca abandonada... Estábamos, por mi cuenta, río de por medio, frente a Panquehue.

Los indios encendieron una fogata junto a la puerta de la choza. Nuestra comida fué frugal y se redujo a algunas tortas de maíz y a dos trozos de carne fría del guanaco de la mañana.

La noche transcurrió lenta y fatigosa. Apenas pude dormir... La lluvia caía a torrentes empujada por el furioso viento del norte... Yo pensaba en el pobre viejo, encorvado por el peso de los años que, en alas de la codicia, venía a pocos pasos de allí, empapado por el agua y transido por el frío...

IV

Con el amanecer cesó la lluvia. Entonces me dí cuenta del sitio en que nos encontrábamos. Era la falda de una ladera que cerraba por el oriente la ensenada de Catemu... Después de caminar dos horas más por entre tupidos matorrales, divisamos a nuestros pies el Aconcagua, y allí, hacia el norte, medio perdido entre nubes bajas, el valle de Putaendo. Sólo el ruido de nuestros pasos interrumpía el medroso silencio de aquella soledad abrumadora...

De pronto, un rayo de sol rompió la espesa capa de brumas... Soplaba una suave brisa del sur... Me pareció ver brillar alguna cosa, allí abajo, entre las espesuras que cubrían los flancos de la montaña de Putaendo...

Don Gonzalo Calvo de Barrientos, haciendo sombra a sus ojos con la diestra mano, miraba en la misma dirección...

—Vea vuesa merced, me dijo... allí vienen ellos... Una vez estamos entre cristianos...

En su rostro brillaba un entusiasmo infantil...

—Sí... Eran ellos... los aventureros de valor sobrehumano que al través de leguas y de leguas, venidos de remotísimas tierras, sin temer ni el fuego de los trópicos, ni los fríos del polo, ni el hambre ni la sed, ni la sequía del desierto, ni los aguazales de las tormentas, ni los furores de innumerables pueblos de desconocidos bárbaros..., por años y por años recorrían las selvas ignotas, atravesaban las nevadas cordilleras, vencían a naciones enteras, fundaban pueblos, predicaban la fe, y llenaban la historia del mundo con sus heroísmos y sus crueldades. Actos de refinada prudencia al lado de aventuras insensatas, la más sórdida codicia, al lado de la fe en el ideal, los contrastes más trágicos y estupendos que jamás soñara la epopeya... Eso eran aquel puñado de hombres que salidos apenas de la Edad Media, obscura y temblorosa, conquistaron para su raza todo un mundo.

Me descubrí reverente...

—Salve, dije, a los padres de mi patria... La Providencia ha querido que yo os presencie cara a cara, en vuestras debilidades y vuestras grandezas.

Se apoderó de mí el deseo vehemente de verlos sin ser visto; de sorprenderlos ignorados en su marcha atrevida por los bosques virginales de la patria... No sabía cómo formular mi pensamiento...

—Oiga, vuesa merced, señor don Gonzalo, dije por fin a mi compañero... Sería obrar a fuer de hombres sesudos, el alcanzar a los castellanos, después que hayan pasado... Sepamos primero quiénes son...

—No comprendo, dijo don Gonzalo...

—Ni vuesa merced ni yo, agregue, estamos ciertos de que el recién venido sea el adelantado don Diego de Almagro... Bien podría ser algún otro que tuviera con vuesa merced algún asunto pendiente... Algún parcial de los Pizarro... por ejemplo, ese demonio de don Francisco de Carvajal... El es también viejo y animoso...

—No conozco a ese don Francisco, observó el desorejado con acento sombrío.

—Tanto mejor para vuesa mercé si no lo conoce, continué yo muy seguro de no haber cometido un anacronismo, y ruegue a todos los santos del cielo que no le llegue la hora de hacer con él cabal conocimiento... Es una alma condenada venida a esta tierra de América... Sólo una cosa pueden esperar de él los enemigos de los Pizarro... y es una cruz potestada, con un nudo corredizo de un extremo... Ha llegado posiblemente al Perú después de vuestra fuga... Puede que no se trate de él, pero, ¿no le parece prudente a vuesa merced, que nos aseguremos primero?...

—No diga más, señor castellano, repuso don Gonzalo. Por este camino han de pasar... Nosotros les veremos ocultos sobre aquellas rocas...

A veinte pasos del sendero, tapadas por tupidas malezas, se alzaba un grupo de peñascos de granito blanquecino... Trepamos hasta arriba... Las ramas de un peumo formaban densa cortina por frente de las rocas... Desde allí podíamos observar sin ser vistos.

No tuvimos que esperar largo rato...

Poco a poco iba acercándose el rumor característico de muchos pasos de hombres y animales sobre la tierra húmeda. A la vuelta de un recodo del sendero apareció un hombre a caballo... No... no era como yo lo había soñado... Su rostro desaparecía bajo la selva de una barba negra e inculta, sus cabellos, desparramándose bajo un casco viejísimo, teñido de orín, casi le tapaban la vista... Su traje eran harapos de color indefinible... Llevaba puesta la coraza y una lanza en la mano... Parecía todavía muy joven... Un indio, descalzo, enflaquecido, casi desnudo, marchaba a su lado y tras de él en grupo confuso hasta veinte hombre más, a caballo los más, de a pie los otros.

El pelotón pasó adelante, los soldados conversaban entre sí, algunos reían groseramente. Un viejo más sucio y miserable que los otros, hacía resonar de cuando en cuando un roto tambor. Un muchacho llevaba sobre una lanza un jirón de trapo de color indefinible...

Seguían de atrás, a la cabecera de la columna, una larga cuerda de indios, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, todos tristes, inmóviles, cabizbajos, casi moribundos D an atados los unos a los otros en grupos de ocho o diez, cargados de gruesos bultos, armas, pieles, provisiones, todo mojado por la lluvia y cubierto de lodo. Una veintena de soldados de a caballo custodiaba aquella trailla de miserias.

¡Qué trajes aquellos!.... No recordaban ni de lejos la pomposa lejanía del Renacimiento, los encajes, las golillas, los gregüescos, las cimeras de plumas, el aparato triunfal de las óperas de Verdi. Los más cubrían sus cabezas sólo con sucios trapos. Llevaban los cascos atados al arzón de las sillas, junto a otros objetos que apenas era posible discenir. Uno que otro conservaban, rotas y enlodadas, sus botas de gamuza, medio caídas sobre sus flacas pantorrillas; los demás sólo tenían toscas sandalias, groseramente fabricadas de pellejos de la tierra. Sobre los torsos medio desnudos de esos conquistadores de todo un mundo, se estiraban trajes desgarrados, imposibles, que jamás soñó un anticuario, parte de llamas y de guanacos; mantas indígenas, telas y géneros descoloridos y manchados de barro...

Después del ganado humano, el ganado de las bestias. Iban también cargadas, salvo los caballos que parecían los héroes de esa procesión macabra. Nunca me hubiera imaginado aquello. Sobre una llama una coraza y media docena de arcabuces, sobre otra una vieja arquita tallada de gusto mediocre... Más atrás otra fila de indios, de carga también, y en seguida otro pelotón de harapientos soldados...

Nunca podré olvidar la figura de aquel mancebo que mandaba la escolta del inca: su rostro granujento, sus ojos pequeños y maliciosos, sus labios sensuales, su eterna sonrisa. Montaba a caballo con cierto garbo insolente, y daba voces de mando con tono estridente, casi amenazador. Llevaba atada al arzón de su silla, una muchacha india, semi-desnuda, gorda, sudorosa...

Más atrás venía el inca... ¡Pobre Paullo Tupac!... Le traían sobre toscas angarillas formadas de palos y ramas secas, que alzaban en hombros hasta media docena de indios... Acuclillado sobre las ramas, vestido de pompa irrisoria, el inca era el tráfico, el rehen, la señal del envilecimiento y la esclavitud de su raza. Triste, con los ojos bajos, el rostro surcado de arrugas prematuras, enflaquecido, el descendiente de tantas generaciones de reyes, el hijo del sol, parecía anonadado bajo el peso de un destino siniestro... Su mirada de esclavo, angustiosa, torpe, casi imbécil, inspiraba piedad. ¿Qué pensamientos se agolpaban en aquella cabeza enigmática, sobre la que caía como cruel sarcasmo la borla imperial de los monarcas del Perú?... ¿Quiénes eran esos hombres que en pocos años, destrozaron su imperio, saquearon sus palacios, y le llevaban a él mismo, como un fetiche de burla, sobre esas parihuelas, a una provincia lejana y bárbara del que fué el reino de sus padres?... ¿Qué maldición había caído sobre su raza antes dominadora?

Sin duda se lo habían explicado... El inca tenía que ser soberano sin saberlo... Un rey a quien Dios diera en feudo las lejanas tierras de América... Esos hombres blancos y barbudos que parecían disponer de las fuerzas celestes y del fuego del rayo, vinieron un día a tomar posesión de su reino... Nada supo resistirles, y el imperio de los incas caía destrozado.

Paullo Tupac, debía comprender muy confusamente todo aquello. Desde que saliera del Cuzco vivía como agobiado por una pesadilla... ¿Por qué lo llevaban así, en medio de sus súbditos convertidos en bestia de carga?

Tras del Inca, otro mozalbete traía sobre una cruz un jirón de trapo purpúreo... Dos muchachos a su lado hacían resonar agudos pífanos... En seguida cabalgaba un fraile, entrapajado en hábitos mal cosidos con telas indígenas...

Y la expedición seguía desplegándose en interminable fila.

En medio de un grupo de jinetes, sobre un caballo de color barroso, vino en fin aquel viejo...

Yo esperaba verlo, alto, arrogante, magnífico y dominador... Extravíos de la fantasía...

Era muy bajo y cargado de espaldas... Vestía al uso de Castilla y de su pecho colgaba de una cadena de oro, una cruz del mismo metal. Pocas veces he visto un rostro más feo, todo él surcado de costrones lívidos, la barba rala, entrecana, mísera... Bajo una nariz deforme de pico de águila, nariz de rabino y de bandolero, se abría una boca enorme que dejaba casi a descubierto los dientes amarillentos y sucios.

No tenía sino un ojo, grande, turbio, sanguinolento, desnudo de pestañas... Cubría el otro una venda de trapo negro...

—¡El adelantado don Diego de Almagro! me dijo don Gonzalo casi al oído.

Se detuvo a pocos pasos de nosotros... En las filas se notaba un movimiento insólito... De la cabecera de la columna avanzaba un grupo de soldados y de indios... Entre ellos venía un antiguo conocido: Michimalongo... que llevaba en sus dos manos una gran taza de greda...

—¡Oro!... observó el desorejado.

Almagro dirigía la palabra al cacique... Su voz era de trueno, dura y torpe.

Entonces se adelantó un mancebo indio de ojos oblicuos, chinescos, pómulos salientes, un verdadero quechua de las sierras del Cuzco... Era el intérprete...

Comenzaba su arenga el indiecito, cuando sucedió que un perro flaco que con el rabo entre las piernas, seguía la columna, después de olfatear el cacique, se adelantó aullando siniestramente hacia las piedras en que nosotros nos encontrábamos.

Fué como una voz de alerta... Los soldados echaron mano a los arcabuces, y el mismo Almagro empuñó la espada...

Una docena de españoles, con las mechas encendidas, avanzaron hacia nosotros...

—¡Alto ahí, que somos cristianos y gente de paz! les gritó don Gonzalo...

Un momento después, ambos estábamos al frente de Almagro... En todos los rostros se pintaba el estupor...

—¡Cristianos y gente de paz!... repitió Almagro lentamente... ¡Querrían decirme qué hacen por acá, cristianos y gentes de paz?...

—Mal me conoce y peor me recuerda vuesa merced, balbuceó mi compañero... Soy Gonzalo Calvo de Barrientos y víneme huído de Jauja, perseguido por la injusta saña de don Francisco Pizarro... Ha luengo tiempo que por acá vivo, más como bestia que como cristiano.

—Y ¿por qué os ocultábais? preguntó Almagro.

—Por el no saber si habíamos de toparnos con tan magnífico señor como vuesa merced y no con uno de esos condenados Pizarros... dijo Barrientos.

El adelantado se sonrió casi benévolamente... El rudo conquistador gustaba de que lo adularan... Me lo tuve por sabido.

—¿Y ese tu compañero?

—Me adelanté a mi vez... No hay duda... tenía que mentir... Pensé rápidamente que no podía darme por compañero de ninguna de las expediciones venidas al Perú, porque de todas ellas vendrían hombres en la expedición y me habrían descubierto la impostura... Recordé *además cuán* confusas y erróneas eran las ideas geográficas de los conquistadores...

—Muy muchos años más que mi amigo Calvo de Barrientos a que vivo en esta tierra, señor adelantado, dije con acento muy seguro. Vine a ella siendo todavía muy mozo, en la nao de aquel Hernando de Magallanes, que descubrió el estrecho y pasó de la mar del Sur, por mandato de nuestra sacra real majestad el emperador Carlos V, a quien Dios tenga de su mano... Una tarde que yo y otros compañeros bajamos a tierra, por tomar lenguas, nos cogieron los indios e nos llevaron prisioneros... Logré huirme y desde entonces a que vago por las tierras del sud, a la otra banda de las cordilleras... Antier llegué a este sitio y cúpome la dicha de tener noticia de la venida de cristianos a estos reinos...

Almagro me miraba fijamente...

—De extraña guisa vas vestido, me dijo al fin... y extraño es tu lenguaje y el talante de tu persona... ¿Dónde hubiste esas telas y esa habla nunca oída entre castellanos?...

No tuve más remedio que seguir mintiendo... No quería me tomaran por brujo o cosa equivalente: lo que en tiempos tales no me hubiera valido cosa mejor que la hoguera...

—Sepa vuesa merced, señor adelantado, le dije, que muchos cientos de leguas al sur, por la banda del estrecho, los indios tejen estas telas y visten de esta guisa... En cuanto a mi lengua, así aprendíla de mi madre, que en Santa Gloria esté, y que vió como yo la luz en las islas Baleares...

Apunté al buen tun tun .. Parecíame poco probable que hubiera algún mallorquino entre esos aventureros.

Almagro pareció satisfecho y dió orden de continuar adelante... Barrientos y yo hubimos de seguir a pie la abigarrada expedición.

V

Durante toda la jornada, que fué larga, Almagro no cesó de interrogarnos a mi compañero y a mí...

¿Cómo era la tierra?... ¿Había oro?... Tal era la síntesis de todos sus pensamientos.

Todavía lo veo a mi lado, sucio, desgarbado, oliendo a trapo húmedo y a sudor, avinagrado, grosero y fanfarrón, el lenguaje preñado de interjecciones y juramentos.

—Tengo para mí, dijo después de un largo rato, que mi buen amigo y socio don Francisco, se ha burlado de mí... Ha meses y meses vengo penando por los más espantables desiertos de esta tierra maldita, sin encontrar sino indios y breñas y tan siquiera una partícula del oro que prometíame a manos llenas... Bueno... muy bueno... señor don Francisco, a su tiempo veredes si soy hombre para burlas e si cumple a mi edad el que se me engañe como a un bobo... Por Dios y el apóstol Santiago, lo juro que habréis de arrepentiros de vuestro desaguisado e que non gozaredes en paz del fruto de vuestro maleficio...

Hicimos alto junto a las ruecas de Michimalongo, y digo junto, porque salvo el adelantado y algunos otros capitanes, el resto de la tropa hubo de pasar la noche al raso.

En la obscuridad aquello parecía casi un campamento. Alegres fogatas tapizaban el suelo... Los expedicionarios, en grupos pintorescos, las rodeaban... Era por cierto un ejército... Las risas de los soldados, el murmullo de sus voces, el ruido metálico de las armas hacían la ilusión de la fuerza, de la conquista y de la vida.

Barrientos y yo, veíamos pasar las horas, sintiendo el chisporrotear de la leña verde y casi sin decirnos palabra... Una veintena de soldados españoles nos hacían compañía... Eran pobres diablos ignorantes, torpes, ávidos de novedades y dispuestos a creerlo todo...

Extremeños, andaluces, castellanos, los ha-

bía de todas las provincias de España, salvo de las vascongadas...

—¿No vienen vizcaínos en la expedición? pregunté.

Quiá, señor, contestó un gaditano, entodavía no hay en este país negocios que hacer, ni réditos que cobrar... Ya, ya vendrán con el tiempo...

Poco a poco esos pobres diablos fueron rindiéndose al sueño... Yo mismo comenzaba a dormitar, a pesar de lo extraordinario de mi situación.

De pronto noté que un bulto avanzaba por entre las sombras... Aguardé conteniendo la respiración... Vi la silueta de un hombre vestido de manta y sentí que golpeaban el hombro de don Gonzalo...

El desorejado y el recién venido se dijeron algunas palabras en voz baja y en lengua desconocida... Don Gonzalo se puso cautelosamente de pie, y ambos personajes desaparecieron en dirección del bosque.

Me estremecí recordando que me encontraba en un siglo de acechanzas, traiciones y emboscadas, de cábalas misteriosas, de venganzas y crueldades inauditas... Aquellas gentes calladas en la obscuridad de la noche y en el dormido campamento, evocaban en mi alma las terroríficas aventuras de las novelas caballerescas. Me parecía estar viendo precipitarse sobre nosotros una turba invisible y furiosa de salvajes, ansiosa de destruir a los castellanos en medio de su sueño, como hiciera más tarde Pelantaro en Curalava, como el mismo Michimalongo haría después en la noche de sorpresa a la recién fundada capital de Chile...

¿Qué hacer? Iría a prevenir al adelantado... Pero ¿Y si eran infundadas mis sospechas?... Podía ser entonces yo la causa de que el bárbaro anciano hiciera derramar otra vez ríos de sangre inocente.

El regreso de don Gonzalo de Barrientos me sacó de mis cavilaciones.

—Véngase conmigo, vuesa merced, que hay novedades, me dijo en voz baja.

Le acompañé...

—Estos perros indios, continuó el desorejado una vez que estuvimos solos, traman una gran maldad... Lo he sabido de letras de una india que me es muy adicta. ¿Recuerda vuesa merced un indiecito mozo que hacía de lenguaraz esta mañana en el encuentro de don Diego con el Mitima Longo?... Pues no ha nacido de madre un follón más consumado... El viejo Almagro debía tenerlo ya conocido... Es ese mismo Felipillo que con tanta ruindad se portó en el proceso del inca Atahualpa.

Véndese por amigo de los castellanos, y sólo busca el modo de venderlos. Aquesta misma tarde visitó en su ruca al Mitima y ha persuadido a ese perro viejo salvaje, que los castellanos no traen otro fin que el de darle muerte a él y a todos los indios de esta tierra, como los ficieron con los del valle del Guasco... La india Guancoya les ha sorprendido en su traidora plática... Calladamente los pocos indios que viven en estos contornos han abandonado sus chozas y huyen ya a juntar gente en Malga Malga y en los valles del Sur para caer sobre nosotros... Felipillo mismo ha tomado la fuga... Corramos a advertir al adelantado...

Un momento después nos encontrábamos junto a la ruca en que descansaba Almagro... El viejo roncaba, siempre vestido con sus ropas sucias y piojosas.

Se incorporó lanzando un juramento terrible... Don Gonzalo le puso en pocas palabras al corriente de la situación...

—Canalla perversa y mal nacida, rugió el adelantado... Sabrán estos miserables, muy a su costa, lo que se les espera a los enemigos del rey nuestro señor... ¡Capitán Alvarado!... que ensillen... y todo el campamento se ponga bajo las armas...

El viejo permaneció un momento caviloso...

—¡Quiera el demonio, dijo, que pudiera echar mano de ese follón de Felipillo...

Por todo el campamento resonaba ya el ruido de las armas, el relincho de los caballos, el confuso murmullo de los soldados que acudían a sus puestos...

Entonces sucedió que aquel perrillo flaco que denunciara nuestra presencia en el valle de Putaendo, penetró en la choza meneando la cola...

—Quita allá, "Moro", rugió don Diego... No estoy para fiestas... ¡Veinte hombres a caballo!... Esta cadena de oro para quien me traiga vivo o muerto a Felipillo...

No pude menos de pensar que era una empresa insensata buscar a un indio fugitivo, en la obscuridad de la noche y en medio de aquel país selvático y fragoso...

—¿Por dónde ha huído el traidor?.... preguntó el capitán Gómez de Alvarado.

—Ya le iría pisando los talones si lo su-

piera ¡imbécil!..... exclamó Almagro...

—Pues... échele Ud. un galgo, repuso picado el otro...

—Justo, eso voy a hacer... ¡Moro!... ¡Felipillo!... ¡Zús!...

El perro se acercó meneando la cola, pero no hizo prueba de comprender...

—¡Felipillo!... ¡Felipillo!... ¡Zús!.... seguía gritando el adelantado...

Entonces tuve yo una idea salvadora.

—¿No hay, pregunté, por allí, alguna prenda del fugitivo?

Un mozalbete, que por las señas parecía criado de Almagro, se puso a registrar los rincones de la ruca...

—Aquí está un chamal, dijo, levantando del suelo un pedazo de tela burda de color indefinible...

—¡Que lo huela el perro!... ¡Pronto!... gritó Almagro... ¡Zús!... ¡Zús!... ¡Moro!... ¡Búscale, búscale!...

El perro después de aspirar aquel trapo hediondo, salió de la cabaña meneando la cola y se internó en la espesura... Una docena de jinetes se lanzaron de galope tras del rastro...

—¡Bravo, señor de Fuenzalida!... dijo Almagro... Vuesa merced ha merecido alguna opción al premio... ¡Dale tu caballo, Gentoso!... A escape, señor mío... Non es de fijodalgo el cazar sabandijas, pero se trata del servicio del rey nuestro señor...

Sin saber a punto fijo lo que hacía, monté a caballo y corrí también tras de las huellas del perro...

Durante un par de horas galopamos en la obscuridad de la noche, guiándonos solamente por los ladridos del "Moro". La atmósfera se había serenado y las obscuras masas de árboles se destacaban confusamente contra el cielo tachonado de estrellas... Seguíamos valle arriba en dirección a Purutún.

Atravesamos rápidamente una aldea indígena. Reinaba en ella un silencio de muerte... Una fogata agonizaba junto a la puerta de una ruca... Los moradores debían haberla abandonado.

El alba comenzó a clarear... Moro seguía corriendo y ladrando a un centenar de pasos por delante de nosotros.

De pronto se detuvo. A la indecisa luz de la aurora le vimos olfatear un macal a orillas del sendero... Ladró por dos veces y se arrojó a escape arriba por la ladera escarpada del cerro.

Era imposible seguirle a caballo. Echamos pie a tierra. El monte estaba cubierto de espesísimos tebos. ¡Cómo nos desgarramos la ropa, el rostro y las manos en aquel formidable laberinto!.... Subíamos más y más... A los tebos sucedió un coligual casi impenetrable... Los ladridos de Moro eran más y más precisos y estridentes... Rendido de fatiga, me era imposible dar un paso más... Arrojéme al suelo... Pero los rudos aventureros españoles parecían no conocer el cansancio y pronto los vi desaparecer en el denso matorral...

.....

Pasaron algunos minutos... Ahora a los ladridos del perro se mezclaban gritos, rugidos, imprecaciones, juramentos.

Me incorporé...

De pronto, entre dos matas de coligüe, apareció una figura humana... ¡Era él!... Jadeante de fatiga, con los ojos casi salidos de las órbitas... la imagen de la desesperación y del espanto. Moro corría pisándole los talones.

¿Quería el cielo que yo entregase a ese desventurado a una muerte horrible? Por un instante vacilé... ¿Era yo acaso el compañero y el cómplice de esos hombres blancos invasores de la tierra de Chile?... ¿Me ligaba un deber de obediencia y fidelidad para con el lejano monarca, en cuyo nombre daba sus órdenes el adelantado don Diego de Almago? ¿Debía ser yo el instrumento del castigo de un pobre indio, defensor de su pueblo y de su raza?...

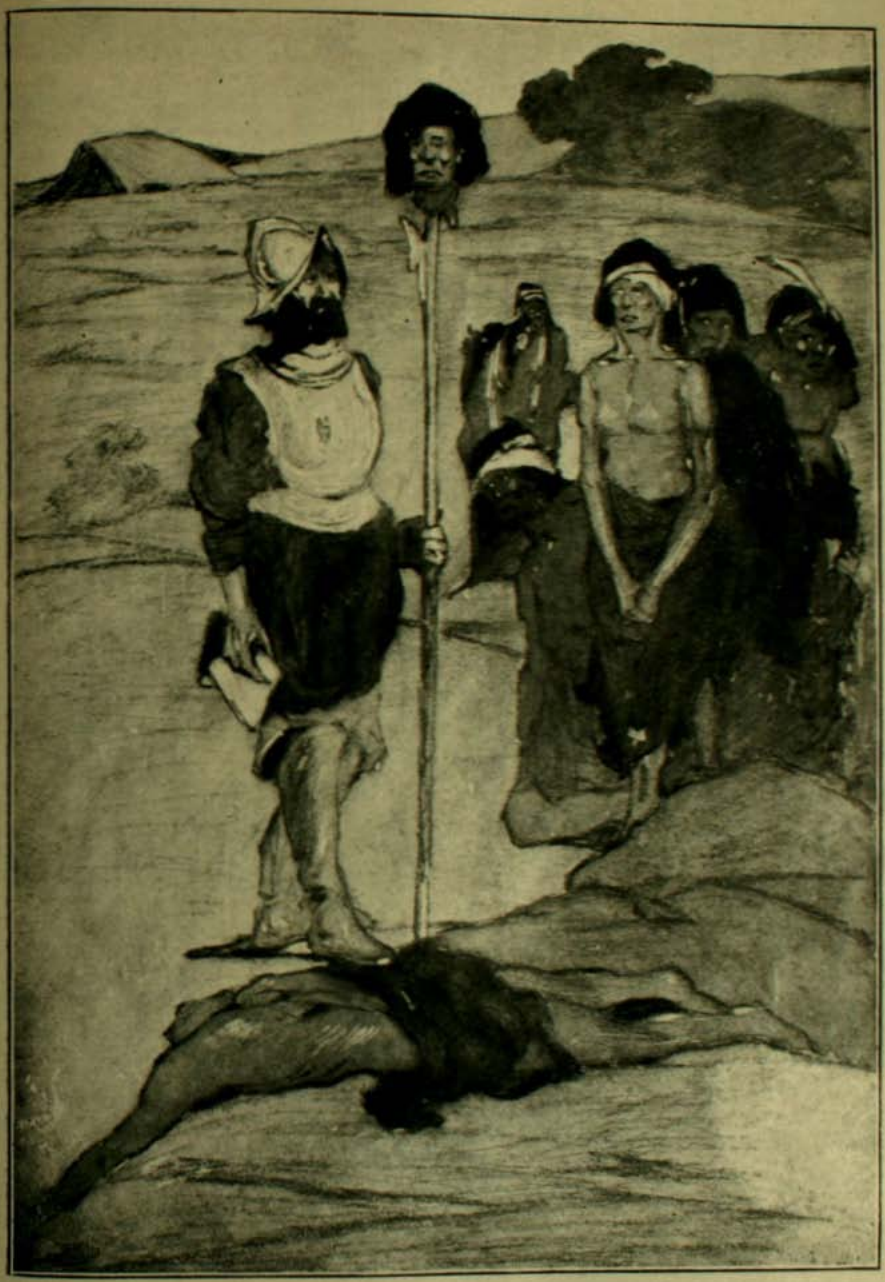
Estas reflexiones cruzaron como un relámpago por mi cerebro... No llevaba armas... Instintivamente cogí una piedra... Instintivamente también la arrojé sobre el fugitivo.

Le ví cavilar y después caer... Inmediatamente un grito de triunfo se escapó de los labios de media docena de españoles que salían en ese momento de la espesura...

VI

Regresamos al campamento. El pobre Felipillo fué conducido casi arrastrado por el suelo hasta la presencia de Almagro.

No querría tener que narrar la horrorosa escena que se siguió. El juicio fué breve. La sentencia fué pronunciada a puertas ce-



"Se trata del servicio del rey, nuestro señor"

rradas en la propia ruca de Michimalongo.

Era ya cerca de medio día, cuando le vi salir, pálido, tembloroso, con las carnes desgarradas y los labios sanguinolentos... Un fraile le acompañaba exhortándole... Felipillo parecía no ver ni oir...

No había seña alguna de patíbulo... Le ahorcarán de un árbol, pensé...

Don Gonzalo Calvo de Barrientos estaba a mi lado... Por él supe la horrible verdad. ¡Iban a descuartizarlo!...

Cuatro robustos potros piafaban impacientes... El infeliz fué atado por sus cuatro extremidades a aquellos instrumentos de la más horrorosa de las muertes...

El fraile continuaba masculando sus oraciones...

Aguijoneados por el látigo, enloquecidos por la gritería de la turba vengadora, los potros partieron a escape en opuestas direcciones...

Sentí el horrible crujir de los huesos... Las carnes se distendieron desgarrándose...

Pero el indio era joven y vigoroso... Sus miembros permanecían intactos, mientras de su pecho se escapaban espantosos alaridos...

Por una y otra vez se repitieron las formidables embestidas de los corceles y con igual resultado.

—¡Gracia! ¡Gracia! señor adelantado, clamó entonces el fraile...

¿Pedían acaso la vida del traidor?

No... no era eso...

—¡Que le ahorquen!... gritaban los más caritativos...

Uno de los encargados de la ejecución solicitó entonces permiso para sajar a cuchillo los miembros del infeliz, a fin de que los caballos pudieran terminar más pronto su horrible tarea.

Pero Almagro permaneció inflexible. Era necesario que el terror asegurase la conquista...

Los caballos partieron de nuevo... El golpe fué formidable... Uno de los corceles se desprendió entonces del grupo.... Llevaba arrastrando un brazo humano, arrancado absolutamente con un hombro y todo el hueso del homoplato... Carnes horriblemente desgarradas formaban alrededor de aquel miembro un montón sanguinolento, espantoso...

Después partió una pierna... y luego la otra y el brazo que quedaba...

En el suelo yacía un tronco informe, despedazado, en que todavía palpitaba la vida....

—¡Lancé un grito de horror!...

. . . . . .

Me vi entonces sentado en la misma ladera desde la cual contemplara el día anterior el valle de Aconcagua, en su grandeza salvaje y primitiva.

El espectáculo había ahora cambiado... Los pueblos, los cultivos, la civilización y la vida poblaban las ricas tierras de Calera y Ocoa... Sólo los lugares silentes de las montañas permanecían idénticos...

Rendido por las fatigas de la caza, me había quedado traspuesto sobre aquella loma, y era durante mi sueño que había sido testigo de la primera jornada española en tierras de Chile.

LOS CABREROS

Por E. M.

A comienzos del Otoño, cuando el pasto se muere de sequía y los caminos se deshacen en polvo, los cabreros del Almendral viejo atraviesan todo Aconcagua para ir hasta Salamanca o Illapel en busca de ganado de matanza. Todo el pueblecito vive de vender charqui y preparar odres a la antigua usanza. Pero según se deja ver, la industria ha decaído, y ya no se oye todo el año el balido desgarrador de las cabras despellejadas vivas, ni el penetrante olor de los cueros impregna como antes las casuchas de los sórdidos comerciantes.

Allá a fines del verano comienzan a pasar por la Puntilla los arreos de cabras. De lejos las anuncia la nube de polvo que avanza con ellas por el camino. Entre un rápido traqueteo de cascos pasa el ganado incansable, tras una marcha de seis u ocho días por las sendas pedregosas y áridas de Choapa. Luego marchan los arrieros, como sombras blanquecinas entre el remolino de tierra, sin más expresión humana que la de los ojos que brillan sedientos entre las barbas empastadas por el polvo. Los chiquillos que desde el Almendral viejo han venido al encuentro del arreo, le salen al través y enlazan una a una a las cabras con el peal que corta de repente su fuga, les hace dar media vuelta en el aire y las echa al suelo con un ronco quejido. La diversión continúa así, implacable, brutal, hasta con los animalillos recién paridos, que marchan como en perpetuo calambre sobre sus patas desmedidas.

—¡Son los cabreros que vuelven de viaje!—dicen las vecinas cerrando sus puertas a la ola del terral que avanza colmando el camino.

En la calle principal de su aldea bordeada a trechos de casas que datan del tiempo de los españoles, viven únicamente los más acaudalados comerciantes, aquellos que se han retirado de los negocios o que los toman de segunda mano. Los cabreros de oficio permanecen en el callejón que lleva su nombre: un laberinto estrecho de paredes ruinosas y cortado por acequias de caudal que se espesa con los desperdicios de la matanza. Las casuchas quedan al interior, y en torno, el corral en que se arremolina el ganado en los días de recogida. El aroma almizclado del estiércol se aferra a todo, hasta a los cuerpos de las gentes, y las sigue en sus viajes como una atmósfera propia.

En los días de intenso trabajo las cabras van y vienen por toda la casa hurgando cada cosa con su inquietud y su curiosidad de muchachas. Huelen las ropas, devoran un fleco de llamativo color o trepan de un brinco a los muebles para mirar frente a frente una oleografía. De pronto salen dando botes, entre sonoros estornudos, y van a pararse contra la pared o brincan por sobre las bestias que rumian con formalidad un poco desdeñosa las espinas y los cardos que han podido pescar por los caminos. Con su pelaje lustroso y compacto, la testa inteligente y sus lindos ojos de niño, las cabras adelantan su perilla militar y parecen olfatear a la muerte que se acerca.

Al ver llegar los muchachos con sus látigos, todas se ponen en pie, mientras el lazo gira lento y burlón antes de ir a enredarse en las patas de la primera que intenta escapar a lo largo de la muralla. Sus balidos no cesan ya hasta convertirse en el estertor que se escapa por la herida. Maniatado allí mismo, el pobre animalito se debate con todos sus músculos en tensión, en tanto que escapan sus alaridos,

apesar de las mordazas, por la nariz, por las junturas del belfo; al paso que el matador traza sin prisa la incisión alrededor de las mandíbulas y tira la piel hacia atras, ayudándose de la cacha del cuchillo, o del puño. La carne va apareciendo, pálida, salpicada de gotitas de sangre y con los surcos violeta de las venas hinchadas por el dolor. Pasan uno, dos minutos de sordas convulsiones y entrecortados alaridos, hasta que el cuero desollado deja libre la carótida donde el cuchillo se hunde de través.

Todos, mujeres y chiquillos se afanan alrededor, sin una mirada para la horrible escena del sacrificio. Han nacido al arrullo de esta letanía de muerte; sus vagidos de criaturas se han entremezclado Los muchachos se disputan el placer de cortar la yugular, rompiendo hasta las vértebras con un solo corte de sus cuchillos.

Cada uno se halla provisto de él mucho antes de tener zapatos: es su juguete y más tarde su prenda de lujo. En las disputas con sus rivales del Almendral nuevo, a la salida de las misiones en que al grito de "Cabreros pela-caras", los hostilizan a pedradas, con furia hereditaria, ellos responden esgrimiendo el cuchillo en el puño diminuto, entre injurias más hirientes que las mismas piedras.

Son extrañas figuras de aspecto arisco, de mirada aviesa, famosos en todo el valle por su resistencia a los golpes y su afición a la cuchillada. Provocados o no, no esquivan jamás la riña. Gimen bajo el contrario, atacan con las uñas, con los dientes, y se quedan con cadejos de pelo entre los dedos. Su pasión, los domingos, es ganarse los cobres al cara o sello y después definir el fallo de la suerte a bofetadas. He olvidado los nombres de muchos de estos personajes de mi niñez, aunque a decir verdad creo que nunca conocí más que sus apodos.

La última vez que vi a algunos de ellos, fué una tarde, de visita en mi pueblo, en que los llevaban a las ancas los de la policía rural. Eran tres muchachos morenos, de mirada provocativa, de sonrisa entre ufana y burlona. Las cicatrices de su cara acentuaban la dureza de su expresión. En dos palabras alguien me contó lo que había pasado. Uno de ellos, el Zunco, de diversión en una chingana de orillas del estero, había tenido una disputa con un borracho por cuestiones de preferencia en el baile.

Ya de madrugada, aquel y dos de sus camaradas se concertaron para acompañar al rival hasta su rancho, a través de callejones y potreros, y a medio camino, entre bromas soeces como en su trabajo de cada día, lo maniataron con su propia faja y lo degollaron poniendo en la obra la maestría en que los habían ejercitado sus padres cuando hacían saltar el chorro de sangre del cuello tirante y tembloroso de las cabras.

Sir John Tenniel

Por A. E.

Acaba de morir a la avanzada edad de noventa y cuatro años Sir John Tenniel, el más ilustre de los caricaturistas ingleses.

Nació en Londres, en 1820, Tenniel fué un artista que lo debió todo a sí mismo. Comenzó a darse a conocer en 1845, año en que fué elegido, en concurso público, para pintar algunos frescos en las Salas del Parlamento Británico.

Pero sus grandes éxitos no los debió a la pintura, sino a su gran carrera como ilustrador de libros y principalmente como dibujante del "Punch", el célebre periódico inglés de caricaturas. Ingresó Tenniel al "Punch" en 1851, y desde entonces, y sobre todo después de la muerte de Leach, produjo, casi de semana en semana, sus celebrados "**Cartoons**".

La reina Victoria lo ennobleció en 1893. Su último dibujo apareció en Enero de 1901.

La principal gloria de Tenniel, es la de haber sido uno de los creadores de la escuela inglesa de la caricatura: sobria, culta, elevada, ingeniosa sin descender jamás a la chocarrería, ni mucho menos a la injuria torpe.

Hija legítima del carácter profundamente digno y serio de los ingleses, la escuela de Tenniel dista tanto de la caricatura vulgar, como la alta comedia clásica del bufonesco sainete de café-concierto.

1.—Honradez y política. **Inglaterra.**—*Bien, he hecho cuanto he podido; si quieren destrozarse, dueños son de hacerlo.*—**Napoleón.** (*aparte*) *Alguien recogerá los pedazos. 1866*

2.—Guerra Franco-Prusiana. 1870.

Los dibujos de Tenniel encierran no pocas veces altas lecciones morales, traspasan, por decirlo así, los límites de su arte, para elevarse a las altas regiones de la filosofía humana.

Sólo así se comprende que un dibujante de caricaturas haya merecido ser armado caballero, dentro de la más culta y más orgullosa aristocracia del mundo.

Vamos a reproducir, comentándolas, algunas de las más célebres obras del ilustre extinto, deplorando, sí, que por falta de documentos y de tiempo para proporcionárnoslos, nuestra serie no sea tan completa como lo habríamos deseado.

La ilustración N.o 1, apareció con motivo de los grandes acontecimientos militares de que fué teatro la Europa en 1866. El Austria y la Prusia se disponían a dirimir la cuestión del Holstein en el campo de Sadowa. Tenniel ha puesto en escena a la Inglaterra, en figura de mujer

3.—*El "Boeuf-gras" de París. 1871*

y a Napoleón III...—"Bien dice la Inglaterra, ha hecho cuánto ha podido... Si quieren destrozarse, dueños son de hacerlo..." Napoleón III se dice entre tanto a sí mismo con gesto diabólico: "Alguien recogerá los pedazos". El caricaturista titula su cuadro "Honradez y política". En verdad, más habría valido a Napoleón III en esa ocasión ser más honrado y menos político. Sadowa fué el principio del engrandecimiento de la Prusia y el origen del sangriento conflicto que, cinco años más tarde, había de costar tan caro al mefistofélico diplomático, que nada hizo por impedir la guerra en 1866.

Los números 2, 3 y 4 de nuestra colección, se refieren precisamente a esa guerra de 1870, que fué el corolario de Sadowa. La número 2 es realmente profética. Fué publicada en Julio 30 de 1870, la víspera, por consiguiente, del grave desastre que sufrieron los franceses, (Wissembourg). El mal aconsejado Napoleón III camina hacia la frontera, en compañía del príncipe imperial. El fantasma de Napoleón el Grande surge, de entre las sombras para detener a su sobrino al borde del abismo. El dibujo que reproducimos bajo el número 3, apareció en 1871 a raíz de firmarse la paz entre Francia y Prusia. Francia vestida de duelo, conduce el simbólico "Boeuf-gras" del carnaval parisiense. El animal lleva entre los cuernos una inscripción que dice: "Con las simpatías de Inglaterra". La ilustración N.o 4 es simbólica del sitio de París. Se titula "Su bautismo de fuego".

El dibujo N.o 5 encierra una lección para los demagogos franceses. La Inglaterra ha cogido por el cuello al republi-

4.—*Su "Bautismo de fuego". 1871*

5.—*Una lección.* **La Inglaterra**:—"*¿Es eso lo que deseas, pequeño idiota?*"

6.—*El León Británico.—¿Qué puede prometerte ese gorro que mi corona no sea capaz de realizar? ¡Estúpido!...*

canismo francés, representado por un obrero de gorro frigio, y mostrándole los estragos de la comuna, le dice: ¿Es eso lo que deseas, pequeño idiota?

Los acontecimientos de 1871, dieron origen a cierto movimiento republicano en Inglaterra. Tenniel condena enérgicamente ese movimiento en el dibujo N.o 6. La Gran Bretaña figurada por un león majestuoso, derriba el gorro frigio de la cabeza del republicanismo, representado por un asno. ¿Qué puede prometerte, le dice, ese gorro, que mi corona no sea capaz de realizar? ¡Estúpido!

El dibujo N.o 7, trata del mismo tema bajo otra forma. El obrero inglés está representado bajo la forma de Nick-Botlom, el personaje de la comedia de Shakespeare: "Sueño de una noche de verano", a quien las hadas transformaron en asno. Punch en figura de ángel, le quita de encima su cabeza de burro (el republicanismo) y Nick-Botlom, repite las palabras de Shakespeare: "He tenido un sueño; le pediré a Peter Quince que escriba sobre él una balada; se la llamaré el sueño de Botlom, porque en realidad no tiene fundamento". Es de advertir que Botlom en inglés puede significar "fundamento".

El magnífico dibujo reproducido bajo el N.o 8, presenta en contraste el carácter burlón y escéptico de Benjamín Dicraeli,

7.—*El sueño de Botlom.—Nick Botlom (el trabajador). He tenido un sueño*

frente a la seriedad altanera de Gladstone. Tenniel ha representado a los jefes de los dos grandes partidos ingleses, bajo la forma de esos augures romanos de quienes se dijo, cuando ya la fe en los antiguos dioses se había perdido, que no podía encontrarse en la calle a solas sin reirse. El futuro conde de Beaconfield, di-

8.—*Los dos augures. Disraeli.—"Siempre me admiro, hermano, de que nosotros, los principales augures, podamos encontrarnos al aire libre sin reirnos".—Gladstone.—"Nunca experimento por mi parte, las tentaciones de hilaridad a que Ud. se refiere, y la observación suya me huele a truhanería."*

9.—*El Verdadero Hidalgo.—Rey Amadeo.—"Un caballero, un hijo de Saboya, no reina a disgusto de su pueblo."*

simulando apenas una sarcástica sonrisa, dice a su rival: "Siempre me admiro, hermano, de que nosotros, los principales augures, podamos encontrarnos al aire libre sin reirnos". Gladstone le contesta: "Nunca experimento, por mi parte, las tentaciones de hilaridad a que Ud. se refiere, y la observación suya me huele a truhanería".

10.—*Lo que el doctor Punch dice: "La cosa pudo ser peor. No hay huesos rotos, pero Ud. ha sufrido un gran golpe y tiene que cuidarse mucho por algún tiempo."*

El dibujo N.o 9 representa al rey Amadeo, arrojando la corona de España... "El verdadero Hidalgo", así lo titula Tenniel, dice a los españoles:—"Un caballero, un hijo de Saboya, no reina a disgusto de su pueblo."

El dibujo N.o 10 se refiere, sin duda, a algún contraste sufrido por el ilustre Gladstone en su carrera política. El jefe del partido liberal, está representado bajo la figura de un jockey que ha experimentado una caída de a caballo. Mr. Punch, vestido de médico, lo atiende y pronuncia su diagnóstico. "La cosa, dice, pudo ser peor. No hay huesos rotos, pero Ud. ha sufrido un buen golpe, y tiene que cuidarse mucho por algún tiempo."

11.—*Coriolano aplicado a la escena francesa.—Coriolano:—¡Oh! Mal aconsejados patricios... ¿Tendréis fuerza suficiente para desterrar al que os defiende?*

La política francesa, en la época en que la coalición de los partidos monárquicos, dió en tierra con el Gobierno de Thiers, inspiró a Tenniel el dibujo N.o 11. El gran político francés, el libertador del territorio, está representado bajo los rasgos de Coriolano, y dice a los partidos monárquicos las palabras que Shakespeare pone en boca del héroe romano: ¡Oh! Mal aconsejados patricios, el rumor más leve perturba vuestros corazones.... ¿Tendréis fuerza bastante para desterrar al que os defiende?...

Thiers es también el héroe del dibujo N.o 12. La Francia, amenazada por los dos peligros opuestos: la monarquía y el comunismo, el terror blanco y el terror rojo, pide amparo al gran estadista conservador.

Como se sabe, a fines de 1873 estuvo a punto de ser restablecida en Francia la monarquía legítima. La Asamblea Nacional estaba dispuesta para ello, pero la actitud de Enrique V, negándose a adoptar la bandera tricolor, hizo fracasar la restauración proyectada. En el dibujo N.o

12.—Entre el terror blanco y el terror rojo.

13, la Inglaterra pregunta a la Francia: "¿No te casas, al fin, querida?" La Francia responde:—"No, madame, no habría aceptado a Enrique de ninguna manera; él me ha solicitado muchas veces, pero yo a él jamás en la vida". Como se ve, Tenniel presta a la Francia el lenguaje de una novia desairada.

En el dibujo N.o 14, Tenniel vuelve a poner en escena los opuestos caracteres y procedimientos políticos de Gladstone y Disraeli. Ambos jefes de partido se presentan como entonces en obras teatrales, ante el empresario, o sea Mr. Punch.—"Bueno, les pregunta éste, ¿cuáles serán sus "*golpes*" esta temporada?—"Presentaré, probablemente, dice Gladstone, algo de carácter muy serio y sensacional".—"En cuanto a mí, dice Disraeli, tengo afición

13.—El Rompimiento.—Inglaterra:—"¿No te casas, al fin, querida?".—Francia:—"No, madama, no habría aceptado a Enrique de ninguna manera; el me ha solicitado muchas veces, pero yo a él jamás en la vida."

a lo burlesco, pero mi plan no está trazado todavía".

El gran ministerio de Disraeli (1874-1880), constituye una brillante época de la carrera de Temiul. Nadie supo aprovechar mejor que él la fisonomía llena de carácter del ilustre estadista, restaurador del partido Tory.

14.—En la oficina del empresario, Mr. Punch:—"Bueno, ¿cuáles serán sus golpes esta temporada?"—Mr. Gladstone:—"Presentaré, probablemente, algo de carácter muy serio y sensacional."—Mr. Disraeli:—"En cuanto a mí, tengo afición a lo burlesco, pero mi plan no está trazado todavía."

15.—*Nuestra Aurora. (Reproducción del cuadro de Guido)*

Triunfantes los conservadores en las elecciones de 1874, Tenniel, en el dibujo N.o 15, representa esa victoria, parodiando al célebre cuadro de Guido Reni: "El Triunfo de la Aurora". Disraeli es Apolo, y los principales políticos de su partido las nueve musas. El ángel que en el cuadro original enciende la luz del día lleva una rama de viña en lugar de antorcha y sobre el pecho una inscripción, con la palabra "Cerveza". Esto es una alusión al hecho de que el triunfo de los conservadores se debió entonces, según se dijo por sus adversarios, a la campaña anti-alcohólica que había iniciado el partido liberal, antes en el poder.

16.—*El Barbero de Berlín.—Bismarck (en traje de Fígaro).—Bismarck aquí, Bismarck allá, Bismarck, Bismarck en todas partes.*

El dibujo N.o 16 satiriza la vanidad, bastante justificada por cierto, que se apoderó del príncipe de Bismarck, después de sus grandes éxitos de 1866 y 1871. El canciller del Imperio alemán aparece vestido, con el traje de Fígaro, en el Barbero de Sevilla, y cantando en la guitarra, el "Largo" de la ópera de Rossini: "Bismarck aquí, Bismarck allá, Bismarck, Bismarck en todas partes".

En 1876, por iniciativa de Disraeli, una reunión de los soberanos de la India, proclamó en la llanura de Delhi a la reina Victoria, Emperatriz de las Indias. Este gran acontecimiento, sirvió de tema para algunos de los más célebres dibujos de Tenniel.

En el N.o 17, Disraeli personifica al mago africano del cuento de "Aladino o la lámpara maravillosa", que cambiaba lámparas nuevas por lámparas viejas, y ofreciendo a la reina Victoria la corona de las Indias... a cambio de la de Inglaterra. No puede llevarse más lejos la figura de una alusión. El fundamento de la popularidad y poder de Disraeli, fué su política de expansión colonial.

La reina Victoria recompensó al gran político judío, otorgándole el título de con-

17.—*¡Coronas nuevas, por coronas viejas! (Aladino adoptado)*

de de Beaconfield. "Change for change", que dirían los ingleses. Tenniel ha representado en el dibujo N.o 18 a la reina Victoria colocando sobre la cabeza de Disraeli la corona de Conde. "Emperatriz y conde, dice la leyenda, o un servicio recompensado con otro". Lord Beaconfield: —"Gracias, Majestad... Pude tenerla antes. Ahora creo haberla merecido".

En el N.o 19, el hambre disputa a la reina Victoria el imperio de las Indias.

19.—*Imperio disputado*

Melancólica alusión a la miseria de aquel país.

El año de 1878, fué en Europa de alarmas internacionales. La guerra ruso-turca, representada en el dibujo N.o 20, trajo como consecuencia el avance de los rusos en el peligroso camino de las Indias. La actitud de Disraeli fué magnífica, atrevida y hábil al mismo tiempo. Habló tan alto, que la Rusia tuvo miedo, y en el tratado de Berlín la Inglaterra obtuvo la isla de

18.—*Emperatriz y conde, o un servicio recompensado con otro. Lord Beaconfield:—"Gracias, majestad. Pude tenerla antes. Ahora creo haberla merecido."*

20.—*Guerra ruso-turca*

21.—Al borde del vértigo.—Lord Beaconfield:—"¿Quiére Ud. dar todavía un paso?"—"Inglaterra"—"Ni una pulgada más. Ya estoy más cerca del abismo de lo que me agrada". Punch.

Chipre como indemnización de los avances de los rusos, y consiguió además que éstos devolvieran a la Turquía parte de sus conquistas. Beaconfield volvió a Londres como un triunfador romano y fué recibido con entusiasmos locos. "Os traigo la paz, dijo al pueblo, pero la paz con honor"... Y con provecho, pudo haber agregado.

El dibujo N.o 21 fué publicado en la época de las más audaces provocaciones de Disraeli. El gran Ministro conduce a la Inglaterra que se detiene espantada al borde de un abismo, en que se lee la palabra "guerra".—"Al borde del vértigo", dice la leyenda.—"¿Quiére Ud. dar todavía un paso?" pregunta Lord Beaconfield a la Inglaterra. Esta responde:—"Ni una pulgada más... Ya estoy más cerca del abismo de lo que me agrada".

El cuadro N.o 22 es uno de los mas célebres de Tenniel. Todo en él es magnífico: lo correcto del dibujo, la severa lección que encierra, la maravillosa caracterización de los personajes. La administración de Beaconfield había llegado a su apogeo con la gran victoria de Berlín, y la popularidad del Ministro comenzaba a decaer. El leader irlandés Parnell, joven entonces unido a los liberales, comenzaba su campaña de desprestigio contra el Gobierno. En una de las apasionadas discusiones de la época. Disraeli y Gladstone se faltaron mutuamente al respeto, lanzándose recriminaciones violentas y poco parlamentarias. Tenniel, representa a los dos grandes estadistas, jefe del Gabinete el uno y de la oposición el otro, en la forma de dos colegiales con el rostro y

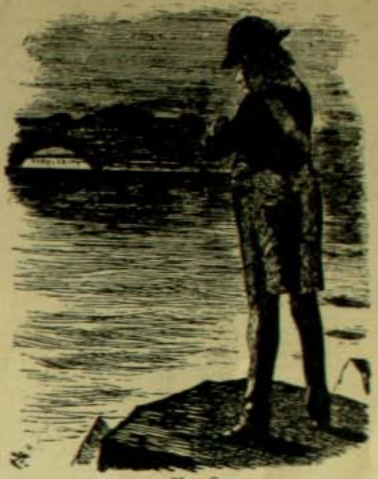
22.—Un mal ejemplo.—Dr. Punch:—¿Qué es esto? Uds. los dos mejores alumnos del colegio, arrojándose barro. ¡Debían tener vergüenza de Uds. mismos!

23.—Una lección

24.—*"Morituri te salutant"*

las manos manchadas de barro, y en actitud provocativa. Mr. Punch, en traje de preceptor y ocultando la varilla a su espalda, está en actitud de reprenderlos.—"Un mal ejemplo", dice la leyenda. El doctor Punch: "—¿Qué es esto? Uds., los dos mejores alumnos del colegio, arrojándose barro... ¡Debían tener vergüenza de Uds. mismos!"

En 1879 los salvajes del Zululand, (Africa del Sur) derrotaron por sorpresa a un destacamento británico. La opinión pública atribuyó el desastre a la falta de previsión y cuidado por parte de los directores de aquella guerra colonial. Tenniel, en el dibujo N.o 23, presenta a un salvaje enseñando en una pizarra de escuela su lección a John Bull.—"No desprecies a tu enemigo", ha escrito el cafre.



25.—*Ocaso*

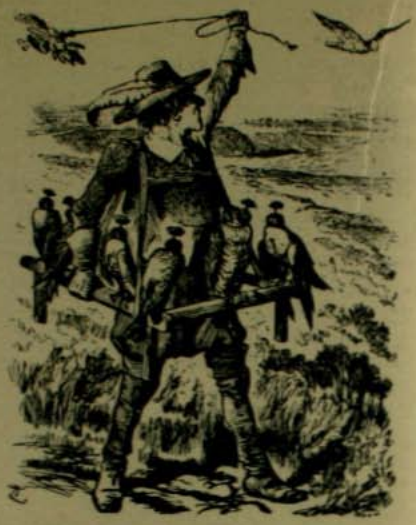
Al abrirse el Parlamento de 1880, la popularidad y el poder de Beaconfield tocaban a su término. Los dibujos N.os 24 y 25 están inspirados en esa situación. En el primero, Beaconfield y sus compañeros de Gabinete, vestidos de gladiadores saludan antes de morir el trono de la reina con el clásico: "Morituri te salutant." Los que van a morir te saludan

26.—*Endimión.—"Y el Ministro se lisonjeó con la idea de que las representaciones gráficas y literarias de su persona, en Scaramongh, serían más moderadas en lo sucesivo".—El doctor Punch.—"¡Con que se lisonjea! ¡Eh?*

27.—*Paz con honor*

En el segundo, el gran Ministro conservador, vestido de gran uniforme, contempla desde lo alto de una roca el sol de su popularidad hundiéndose tras del horizonte.

La interesante figura de Disraeli fué todavía objeto de muchos otros bellísimos e intencionados dibujos de Tenniel. El N.o 26 requiere cierta explicación. Representa a Beaconfield, en traje de Endimión, el pastor que quería ser siempre joven, presentando a Mr. Punch, un ejemplar de su novela así titulada. La leyenda está extractada de un pasaje del propio libro, en el cual el autor se refiere, bajo el nombre de "Scaramongh", al periódico "Punch", que tanto le combatiera en otro tiempo.—"El Ministro se lisonjeó con la idea de que las representaciones gráficas y literarias de su persona, en Scaramongh, serían más moderadas en lo sucesivo". Mr. Punch, dice para su coleto: "¡Con que se lisonjea! ¿Eh?..." Palabras de finísima ironía, pues en el público se decía entonces que la novela de Disraeli, era una apología de su propia personalidad.



28.—*El gran viejo halconero*

29.—*Despidiendo al piloto*

El dibujo N.o 27, es un homenaje a la memoria de Beaconfield, muerto en Abril de 1880. La Inglaterra, vestida de duelo, se retira de la tumba del gran Ministro, donde acaba de depositar una corona. "Paz con honor" dice la leyenda.

El "gran viejo halconero", Mr. Gladstone, trata en vano, en el dibujo N.o 28, de atraer nuevamente al partido liberal a Mr. Chamberlain, que se había separado a consecuencia del proyecto del Home Rule de Irlanda. (1886).

El dibujo N.o 29, es acaso el más celebrado de Tenniel. Se refiere a la caída de Bismarck del poder. Grande es la intensidad dramática de esta producción. El creador del imperio alemán, bajo los rasgos de un viejo marino, desciende la escala del navío que por tantos años dirigiera con mano robusta. En el rostro del "piloto despedido" se pintan los más encontrados sentimientos: la soberbia, el despecho, la humillación y la cólera. El Emperador Guillermo II, el nuevo capitán,

joven casi imberbe, le ve partir con la más profunda indiferencia, sin recordar acaso que ese anciano, despedido como un lacayo, fué el vencedor de la revolución y el fundador del Imperio Alemán.

El gran anciano Gladstone se retiró a la vida privada después de larga carrera pública, en 1894. Tenniel consagró a este acontecimiento el hermoso dibujo N.o 30.

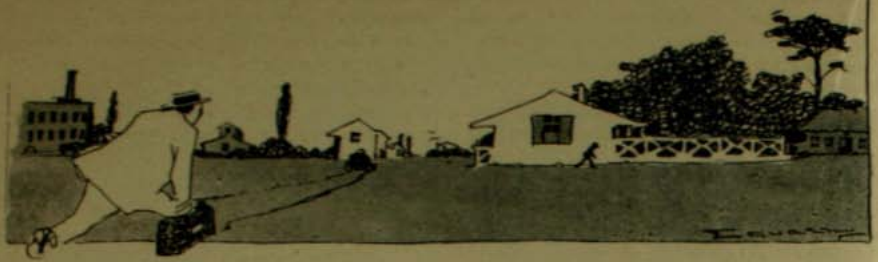
El viejo estadista, vestido de malla, cuelga de la mano la espada triunfadora, símbolo de la jefatura del partido liberal. "Desarmado, dice la leyenda.—La larga tarea está cumplida".

También cumplió noblemente con la suya, el gran caricaturista inglés: Enseñó deleitando.

Honor y paz sobre su tumba.

30.—*¡Desarmado! La larga tarea está cumplida.*

VERANEANDO...



Por

ANGEL PINO

Ilustraciones de Eguren

A la vuelta del veraneo no puedo menos de presentarlo en cuerpo y alma a mis lectores. Es un hombre generalmente panzón, de buena salud, de buen diente, que ha pasado todo el año metido en la oficina, asfixiado en papel escrito, con el tintero bajo las narices, la lapicera en la oreja, luchando con los sabañones, con el sueldo, con los honorarios, con las hijas y con la mujer y que llega siempre al mes de Diciembre amenazado de una neurastenia. Recibe las vacaciones con el gozo salvaje del caballo de coche de posta lanzado al potrero, escoge un balneario barato y se va al mar resuelto a sacarle el jugo al veraneo, a no dejar perderse un solo centavo de descanso y de alegría. Me refiero a él, al que ustedes han conocido en Zapallar, Papudo, Los Vilos y Pichidangui, en Quinteros, Concón, Viña del Mar, San Antonio, Cartagena, Pichilemu, Concepción, Penco y San Vicente, en Peñaflor, San Bernardo, Linderos, Limache, Salto, Calera y San Felipe, en Panimávida, Cauquenes, Jahuel, Catillo, Apoquindo y Chillán, en fin en todas partes donde hubo una colonia veraniega, donde se bailó, representó, amó, encendieron fuegos artificiales, enviáronse listas a los diarios y abriéronse bazares de caridad. Me refiero al organizador de las fiestas, al hombre indispensable, al que manejaba familias, damas y doncellas, corporaciones y autoridades desde el punto de vista del recreo y honesto pasatiempo veraniego.

Acababa de llegar a un punto de veraneo y, después de los trajines consiguientes que da en Chile "la casa amoblada" cuando se acaba de comprobar que no tiene más muebles que cuatro malos catres, dos sillas desfondadas, un piano con teclas recalcitrantes y un ropero cuyas puertas no cierran y cuyos cajones entran a puntapiés, estaba sentado en un banco en el jardincillo, cuando vi entrar al hombre panzudo y de buen humor. Se sonrió con aire de viejo amigo y sin cuidarse mucho de saludarme dijo como para sí:—"¡Hombre! ¡Ya llegaron los arrendatarios del chalet!" Después, rascándose una oreja en vista de mi acogida glacial, exclamó:—"No se arrepentirán de haber venido a esta playa. Es una maravilla. Aquí se divierte todo el mundo." Como creí que se trataba de un monólogo, en el cual no tenía más papel que el de oyente, saqué un cigarrillo, lo encendí con calma, le arrojé el fósforo a un queltehue que corrió a picotearlo y me entretuve con mis pensamientos. Después de un rato comprendí que el señor continuaba cerca de mí y esta vez parecía querer entablar una conversación a dos voces.—"¿Podría Ud. decirme si es el señor Pino?"—"Servidor de Ud.", repuse—"¿El mismo que escribe en la prensa?"—"El mismo".—"Qué buena noticia para las

veraneantes y para las monjas teresianas!" —"¿Qué tienen que hacer las monjitas con que yo sea... el mismo?"—"Ya verá usted. Pasado mañana tenemos un concierto donde se representa *El Zapatero del Rey*, y además se exhibe una cinta cinematográfica en veintisiete partes, y nos hacía falta un monólogo humorístico. Cuento con usted".—"No cuente señor mío; no hago monólogos".—"Entonces un discursito."—"Menos".—"Se lo vendrán a pedir a usted las Valenzuela."—"Lo siento; no incomode usted a esas personas".—"Son dos señoritas".—"Podrían ser cuatro y daría lo mismo. Yo vengo a descanzar."—"¿A descansar ha dicho Ud? Confiese Ud. en mí: yo he venido a lo mismo y yo se lo que son los nervios. Ud. viene neurasténico, duerme mal, está mal humorado. Siente Ud. dolores en el costado; su digestión es mala. Todo va a cambiar." El hombre seguía hablando como máquina, con el mismo estilo de los avisos de drogas, lo que me hacía recordar otros y repetir mentalmente: "¿Le pica? Lugolina." Por fin lo interrumpí para preguntarle: —"¿Es Ud. el médico de la localidad?" "No, hombre, es decir yo no soy profesionalmente médico, soy abogado tengo mi oficina a dos pasos de la suya, Ud. me habrá visto con seguridad. Soy Mancilla, Ud. sabe, el del juicio sobre reivindicación de los bienes de la señora Soledad Troncoso. Usted habrá leído mi estudio jurídico sobre las relaciones del público con las máquinas automáticas, romanas, cajas de chocolate, máquinas para vender estampillas, es decir, todo ingenio mecánico que recibe dinero en una verdadera transacción comercial y puede guardárselo sin devolver la mercadería. No soy médico; pero he llegado a este paraje bendito donde los días pasan como minutos, donde hay buen aire, buenos mariscos, buenos corderos, una sociedad aristocrática..."

En ese momento apareció la cocinera llorando. Es decir yo creí que lloraba; pero se trataba simplemente de que el cañón de la cocina estaba hollinado y el humo se le entraba por los ojos y por la boca y por todas partes y la infeliz protestaba de que no pondría jamás un pie en la cocina. "Malditas casas amobiadas", exclamé. Pero el hombre tendió rápidamente su mano gorda y gelatinosa y la colocó sobre mi boca.—"Esto no es nada, amigo Pino. Venga una quila." Y esto diciendo arrojó su chaqueta sobre el banco, desprendió su cuello y puños postizos y corrió llevando a la *maritornes* de un brazo. Yo lo seguí balbuceando no sé qué cosas; pero debían ser agradecimientos mezclados con las más sinceras negativas. No quería que se metiera en mi casa; pero realmente no había medio de detenerlo. En menos que canta un gallo el hombre estaba trepado en la cocina, en medio de una humareda infernal y metía la quila por el cañón haciendo salir racimos de chispas por todos lados. La cocinera retiraba las ollas cubiertas de ceniza, tierra, carboncillo, humo y otras materias volcánicas.—"Ya está bien,—dijo el hombre—hay que tomarlo todo con alegría. Dos palos al cañón y se acaban los llantos de la niña. ¿No necesita usted nada más?"—"No, gracias". Pero en ese momento una voz angustiosa grita desde uno de los cuartos:—"Angel! Estos catres están todos chuecos." Yo miro aterrorizado a este hombre que el hado fatal ha puesto en mi camino y que se precipita a la puerta por donde salía el clamor. Tras de él entré yo y vi el eterno cuadro que presenta la casa amoblada el primer día que se llega a ella. Por el suelo, tendidos en diversa posición dos sirvientas y el mozo tratan vanamente de unir los largueros a los travesaños en una lucha cruenta. El mozo se chupa un dedo que se ha atortillado con la llave inglesa y del cual mana sangre. Mi mujer está desfallecida en la única silla del cuarto. El catre ha vencido todas las resistencias. Es un verdadero problema económico. Pero el abogado antes de saludar a nadie se arroja al suelo como para componer un automóvil, golpea aquí, recoge allá una tuerca, descubre que se han

confundido las piezas de dos diversos catres y después de una afanosa lucha logra armar la débil construcción de fierro. En seguida se levanta, hace una venia a todos y sale a lavarse las manos en la pila del jardín.

—Como le decía, amigo Pino,—continúa,—no soy médico pero lo voy a curar a usted. Aunque su tarea de decir cosas graciosas no puede compararse, en utilidad y en trabajo y en desgaste, a la de decir cosas legalmente atinadas, usted está neurasténico y en pocos días voy a dejarlo como nuevo. No en vano somos y hemos sido amigos. La carne se compra a veinte metros de aquí en el Mercadillo, las verduras no son buenas sino en el despacho del Tropezón, al lado del estero; los fósforos de bengala y los faroles chinescos al frente precisamente. Hasta muy luego... Me olvidaba: soy encargado de la lista de veraneantes. Su nombre lo sé; pero el de su señora y el de sus hijitas..." En vano protesto de que no me gusta aparecer en esa famosa sección de veraneantes y que, como hombre de prensa, tengo una soberana indiferencia por la letra de molde. Pero debo rendirme.—"Ah! Ustedes tienen dos niñas. Hay aquí excelentes jóvenes; acabo de hacer un matrimonio..." —"Descuide usted, señor Mancilla; mis hijas necesitan una vaca".—"No comprendo".—"Maman, señor mío; todavía maman".—"Ah! Entonces mañana tendrá usted la mejor leche del pueblo". Y todavía volvió de la puerta exclamando:—"¡Pero qué distraído soy! ¿Necesita tal vez una ama? Tengo una de cuatro meses, que le sobra..." e hizo con la mano el amplio gesto de quien describe una cascada.

—"¿Quién es ese hombre?—me preguntaban todos los de casa.—¡Mi padre, nuestro padre, el padre común, el padre eterno! respondí yo con un grito trágico, dejándome caer en el banco del jardín, único mueble que resiste una caída sin seguir el ejemplo. Ya tenía a Mancilla metido en casa y dándome las de mi amigo íntimo. Al amanecer se presenta un vendedor de corvinas y congrios enviados por el director general del veranco. Poco más tarde un arguenero con melones y luego una mujer que ofrecía leche al pie de ella misma. Mancilla se había propuesto mostrarme los enormes recursos alimenticios de ese paraje. Pero no quiso detenerse allí porque apenas terminado mi almuerzo penetró ruidosamente a ofrecerme un paseo por los alrededores. Me excusé como pude. Era necesario abrir maletas, arreglar la ropa, instalarme en fin como pudiera en este campamento que afuera tenía forma de "chalet" como decía el aviso: pero dentro era una habitación de troglodi-tas, obscura, húmeda, mal distribuída. "Todo esto es sencillo, dice el abogado, mientras empuja vanamente los cajones de la cómoda no abiertos desde la primera vez que su dueño los tiró del sitio en que, a fuerza de martillo, los había embutido el artífice. A las dos tengo el ensayo del coro, a las tres repetición del drama, después hay que arreglar el cinematógrafo que no marcha bien.

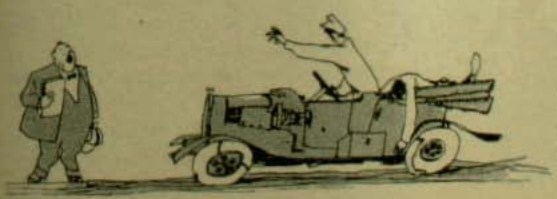
Pero dispongo de veinte buenos minutos libres. ¡Animo amigo Pino! Venga un martillo. ¡Corre niña! (se dirigía a una criada), pregunta por la casa del señor Mancilla y pide el cepillo, el atornillador, el formón, el cincel, el serrucho, el barreno y un alicate! Vente como un viento!" Entretanto la chaqueta volaba por los aires y en pocos minutos todos los cajones yacían en orden disperso por el suelo. —"Es necesario ensayar si alguno cabe en el hueco por casualidad. Vamos a ver el último. ¡Nada! Este otro parece más chico. Ya! ¿Ve usted? Este cajón era de aquí". Luego llegaron las herramientas y en diez minutos de un trabajo febril, el cuarto se llenó de virutas y los cajones entraron todos. —"Vamos ahora al ropero. ¡Uf! ¡Qué puerta!" Y formonazo aquí, golpe allá en la puerta quedó más o menos corriente.— Ahora hay que plantar clavos y poner perchas.—"No señor,—protesto yo".—Sí señor; usted no sabe nada. Vamos a ver

señora: "¿dónde va a poner las sábanas de baño? Hay que colgarlas en el corredor..." y ¡paf! un clavo se fija en un pliar.—"¿Y qué dirá la niña de la cocina?" La cocinera pide que le pongan uno. Luego comienza una de martillazos por todas partes. Mancilla tiene la furia de la carpintería. Se le pasa el tiempo y una aglomeración en la puerta lo reclama a grandes voces.—"¡Señor Mancilla, el coro está listo! Y Mancilla sale escapado, diciéndome:—"Hasta muy luego. Volveré con las perchas". Las sirvientes quedan encantadas de que las llamen niñas.

Medito, bajo un sauce, sobre mi triste situación. O resisto a Mancilla y me parapeto cerrando la puerta de calle y soportando un sitio en regla; o me entrego incondicionalmente. Recuerdo lo que dicen ciertos tertuliadores nocturnos cuando se ven envueltos por algunos amigos que han empinado más de una copa y con cuya alegría forman contraste molesto:—"Es necesario igualarse". Opto, pues, por igualarme con la jovial borrachera veraniega del abogado y vibrar con él. Y así, apenas acababa la comida, cuando Mancilla, capitaneando una cadena de jóvenes y niñas con faroles chinescos, mandolines y pitos, pasan haciendo un estruendo infernal y gritándome sin ceremonias:—"¡A la playa, Pino! ¡A la playa!" Yo salgo, corro, hago cabriolas, le doy una palmada en la espalda al estrepitoso director de los honestos pasatiempos, tiro al aire mi sombrero y lanzo un rebuzno en medio de los aplausos generales. —"Eso es,—me grita el panzón,—fuera las neurastenias". Este es otro milagro de la playa, que apuntará en sus crónicas.

En la playa cada cual escoge su rincón y yo quedo solo. Se ha averiguado mi estado civil y no encuentro pareja. Un grupo de gente más joven ensaya un coro: "somos los camaroncitos", etc. Es una novedad, según parece; pero seguramente un pretexto para que muchachos y muchachas se balancéen tomándose del talle.—"Esto lo he descubierto yo, me dice Mancilla; así los jóvenes se tratan".—"Exacto: trato y tacto".—"Entendido, ¡bravo!" La noche pasa como siempre, versos al mar, la voz de una niña entona la canción romántica. Un joven es invitado a tocar algo en la guitarra. La ola inevitable corretea a los paseantes y yo aprovecho para llegar de dos saltos hasta mi casa.

El concierto fué un escándalo público La escena improvisada por los cuidados de Mancilla no tenía la solidez necesaria y las bambalinas se vinieron al suelo en medio de la representación, sepultando, en sus pliegues y en nubes de polvo, a los actores. La señorita que debía cantar un trozo de Zazá se puso a llorar entre bastidores a causa de una riña con su mamá. Mancilla nos había reservado para el final una sorpresa humorística que fué un espectáculo digno de conmiseración. Salió con ademán seguro; carraspeó, y, cuando ya parecían que iban a escaparse las palabras, hizo una venia de despedida y se entró de nuevo, en medio de ruidosos aplausos. Para una vez bastaba con la gracia; pero el hombre fué implacable, como era su carácter, y repitió diez veces la misma falsa salida, seguro del éxito. Las risas disminuyeron, luego se levantaron de varias partes voces lastimeras que decían:—¡Pobre Mancilla! tiene buena intención. Algunas señoras se enjugaban una lágrima compasiva. A la sexta vez estallaron algunos silbidos y las tres últimas salidas causaron el tumulto consiguiente. Antes del cinematógrafo era necesario arreglar la escena y el trabajo se ejecutaba a vista y paciencia de todos. El infeliz abogado continuaba con sus gracias de tony, estrellándose con el piano, tropezando en las alfombras, haciendo muecas al público. Había tomado una especie de porfía en no salir de la escena y fué sacado por fuerza por algunos veraneantes que se ocupaban de su prestigio.



Algunos días después habló de cierto record automovilístico que debía terminar en nuestra playa; Mancilla se agita en el acto para organizar una recepción a la entrada del pueblo y en seguida un baile. La actividad desplegada por este hombre fué digna

de una empresa mucho mayor. Todo el pueblo fué tomado por el contagio. Manejaba a la policía, a los carabineros, a los inquilinos del fundo vecino. Cinco o seis hombres a caballo galopaban todo el día llevando y trayendo órdenes, acarreando ramas verdes, banderas, escudos estrellas, tules y cintas. Mancilla estaba al mismo tiempo en la organización de un sistema de estafetas para tener el oportuno anuncio de la llegada del automóvil, que en el arreglo de la improvisada sala en el corral de la policía, que en la dirección de los vestidos de las señorita Valenzuela y de otras, en la disposición del buffet. Ha encargado a Santiago lápices rojos para que las señoritas se tiñan los labios y los reparte a domicilio. En los intervalos que le dejan estas tareas ha seguido entrando a casa como a la suya para corregir los defectos de mis muebles, arreglarme un lavaplatos y mil otros detalles.

Los automovilistas vienèn efectuando un record que es un verdadero martirio. Al pasar por una cuesta han encontrado cierto terreno gredoso donde la máquina se ha embutido a medio metro de hondura. Sacada de allí, por el esfuerzo combinado de catorce hombres a caballo y cinco de a pie, han caído al estero. En la fragua de un herrero han debido fabricar una tuerca, lo que ha demorado el record algunas horas más. Por fin se anuncia la aparición de los denodados sportmen al caer la tarde. Vienen los infelices todos manchados de aceite, alquitrán y grasa. Uno de ellos tiene aceite hasta en el pelo, que se le ha erizado con la tierra y las substancias extrañas acumuladas en el viaje. Además, los pobres han comido poco y mal y bebido mucho y bien, porque de ésto habían hecho almacén en la máquina. Al querer saludar y ponerse de pie en el fondo del coche, caen unos sobre otros, en hacinamiento lastimoso. Mancilla los llama intrépidos en un discurso en que asegura que el automovilismo significa la exploración del país, de sus riquezas y encantos naturales. Uno de los automovilistas cree que ha sido insultado por el orador, se consulta brevemente con sus compañeros y cae sobre Mancilla, que al principio se cree abrazado, pero luego comprende que se trata de golpes y da la voz de "sálvase quién pueda". Sin embargo, todo se arregla, se cruzan mutuas explicaciones y el baile se efectúa por fin. Los automovilistas se quedan dormidos y uno de ellos reposa su cabeza alquitranada sobre el hombro de la señora Valenzuela.

No quiero fatigar con toda la crónica de los hechos veraniegos de Mancilla. Terminadas las vacaciones, he llegado hace tres días y he ido a su oficina. ¡Qué transformación! El abogado parece aquí un hombre apagado, sin sonrisas, humilde, de pocas palabras. Está sentado frente a una mesa cargada de papeles y escribe... en silencio. Ya no lleva los rutilantes trajes de franela, los sombreros de variadas formas, las corbatas rojas o verdes. Su indumentaria es sobria: una levita verdosa y gastada. Mancilla me dice misteriosamente que ya está economizando para su veraneo de 1915. ¡Qué Dios se apiade de nosotros y lo lleve antes a gozar de su compañía!

IDILIO DE ORIENTE

Por

JORGE W. SUTTON

La ronca voz del almuédano (1), llamando a los fieles a salvar sus almas inmortales y a sufrir resignadamente en la tierra las amarguras de la vida, tronaba desde las alturas del minarete. Momentos después, los moribundos ecos de la plegaria fueron ahogados por el estampido del cañón del Profeta, y cinco mil voces histéricas lanzaron gritos de religioso fervor, en tanto que diez mil ojos se alzaban hacia el cielo, donde brillaba por vez primera el débil y apenas discernible creciente de la nueva luna de Septiembre. Principiaba el mes Hoji, y la celebración del fin de las largas fiestas del Ramazán.

Raymundo Bartlett posó suavemente uno de sus pies en la espalda del muchacho Masai, que conducía su carruaje, y éste se detuvo instantáneamente.

Reclinado sobre el respaldo de su asiento, echó atrás su casco blanco y se puso a contemplar distraídamente la original y multicolor escena. No tenía para él mucha novedad. Había visto muchas fiestas semejantes, desde que su mala estrella lo confinara en Zanzíbar, tres años antes.

Cerró ligeramente los ojos y los volvió a abrir una y otra vez. Esto le disipaba la fatiga producida por el resplandor del sol, al reflejarse sobre la deslumbradora blancura del camino.

Balbuceó una orden al sudoso conductor, y el ligero vehículo tomó el camino de su casa en el arrabal de Malindi.

Pocos minutos después algunos niños Swaahili que holgazaneaban echados sobre el pavimento, se levantaron a saludarlo, mientras él, saltando ágilmente del carruaje de mano, atravesaba el portal de la casa y salía hacia el ancho verandah que rodeaba el patio interior.

Faltaba un par de horas para la comida. Se sacó la chaqueta, y recostado en un cómodo sillón de mimbre, procuró, sin éxito, interesarse en la lectura de un número ya viejo del "East African Standard". Muy pronto, el ayuda de cámara nubio, conocedor de las costumbres de su amo, le trajo un buen vaso de whisky con soda, que se bebió con gran satisfacción. Mecánicamente alargó sus pies, uno después de otro, mientras el silencioso negrillo le sacaba los zapatos y le ponía las caseras zapatillas... En seguida, cruzando las manos por encima de la cabeza, Raymundo se sumergió en el laberinto de sus pensamientos... Frente a él, en la muralla blanqueada de cal, una lagartija cazaba mosquitos y hormigas aladas.

¿Quién era ella? ¿Qué rincón de esa ciudad maldita albergaba aquella celestial flor del Indostán?... ¿Por qué le había sido arrebatada de sus brazos por ese viejo pequeño de ojos vengativos, su padre acaso, apenas Raymundo con riesgo de su vida, la había salvado de ser aplastada por el furioso camello?

Llamó al muchacho.

—Dime Abedi, le preguntó, ¿por qué las niñas indias no pueden hablar libremente con los hombres blancos?

El nubio repuso que tal era la costumbre, la tradición... La tradición es la clave entera del Oriente, la muletilla de todas esas razas enigmáticas... En el presente caso, ella se ponía delante de Raymundo Bartlett, para cortarle el camino del único romance que hubiera iniciado en sus tres años de Zanzíbar.

Allá en Inglaterra, sus naturales incli-

(1) Almuédano, mezzin, el pregonero que en los países musulmanes convoca a los creyentes a la plegaria, desde lo alto del minarete.

naciones lo habían llevado siempre por el lado de lo romántico... Amaba a las mujeres y a las niñas, principalmente a estas últimas, frescas y puras como capullos de rosa recién abiertos, lo que no era sino muy natural, tratándose de un hermoso joven de buena familia, atléticas formas y radiante personalidad... No disimulaba, pues, los sentimientos que le inspiraban esas lindas criaturas de Dios. Pero en Zanzíbar había vivido hasta entonces, sólo de los recuerdos de Inglaterra.

Podía pedir a su "jemadar" (1), que la buscase... Pero aunque el jemadar la encontrara, ¿qué había adelantado? El padre de ella era sin duda un Banyani (2), y probablemente muy rico, porque sus flotantes calzones y su turbante eran de finísima seda, de color verde y rosa, y su pequeña blusa bordada a mano en terciopelo... Sus pies menudos y descalzos estaban adornados con gruesas pulseras de plata... Eran, por cierto, los más divinos y encantadores piecesitos que jamás hubiese visto, con pequeñas medias lunas pintadas en rojo sobre las resplandecientes uñitas...

Pero al fin de cuentas un blanco es un blanco, y un indio es un indio, y no había que pensar más en todo ello... Además, se acercaba el tiempo en que debía regresar a Lóndres... Pero... era ella tan dulce, tan tierna... Y cuando le había mirado estando en sus brazos, con esos sus ojos negros y profundos, suspirando: "Oh, bwana", había encontrado en las inflexiones de su voz, una entonación extraña y misteriosa que le había penetrado hasta lo más hondo del alma.

Pero los recuerdos de la juventud son efímeros. Un par de cocktails, bebidos en compañía del capitán Bardie, bastaron para borrar de la imaginación de Raymundo todos sus gratos ensueños. El capitán Bardie era un charlador inagotable. Por veintidós años había recorrido en todas direcciones la costa oriental del Africa, de factoría en factoría, y de festín en festín.

—Se lo vuelvo a asegurar Bartlett, dijo, después de comer, entre dos sorbos de negrísimo café turco, estos malditos orientales, saben más en medio minuto, que lo que nosotros, con toda nuestra civilización, somos capaces de aprender en la vida entera. No hablan en verdad, eso no necesito decirlo, y todavía obran menos de lo que hablan, pero piensan hondamente. Y son buenos hombres de guerra... El mejor día nos han de dar un coscorrón, y nos sacudirán muy lejos... Pero no se apresurarán demasiado... Nos juzgan una partida de bandoleros... En la mayoría de los casos será un coscorrón bien merecido. Cuando nuestra civilización caiga en el olvido, como la del Egipto, la de Grecia y la de Roma, el Arabe y el Indio continuarán viviendo de la misma manera que en los pasados tiempos, tal como vivían ya quinientos años antes de Cristo, comiendo los mismos "curries" y guisantes y pescadas secas, y siguiendo las mismas tradiciones.

—Sí, dijo Raymundo... Sus tradiciones son una calamidad, especialmente la que ordena tener a sus muchachas encerradas.

El capitán Bardie sacudió la ceniza de su negro cigarro de Manila, y miró atentamente a su interiocutor.

—Cuidado, joven, cuidado, dijo... Ese juego es peligroso.

De pronto el aire se llenó con el estampido de millones de cohetes, y por toda la ciudad resonó el palpitante ruido de los Tam-tam, en acompasadas vibraciones. La fiesta nocturna había comenzado.

—Vamos, debemos hacer nuestra jira, dijo Bardie.

Afuera, en las calles de seis pies de ancho, Raymundo apenas podía permanecer unido al capitán, y pronto se encontró sólo en medio de un océano de bulliciosos indígenas. Se abrió camino a fin de hacer sus "selams" (1) a Alí Viseran, el especiero al por mayor, y a los demás comerciantes que conocía.

En todas las casas, la ceremonia era la misma. Daba el grito de "Hodi", al salir de la escalera de piedra; se le contestaba "Varibu". Deseaba al comerciante salud y prosperidad, prosperidad sobre todo... Formulaba iguales votos en pro de los tíos, primos, hermanos y sobrinos del comerciante. Se vió obligado a mascar insípido betel; fué rociado con diferentes perfumes almizclados, y, al retirarse, le llenaban los brazos de cohetes, que debía quemar, por tradición también, junto al umbral de la puerta de calle.

Después de un rato, la continuada bulla comenzó a afectar sus nervios, sacudi-

(1) Jefe indígena subalterno, de los cuerpos militares ingleses en Oriente.
(2) Mercader indú.

(1) Saludos.

dos por la fiebre, y las bocanadas de aire, húmedo y caliente, que circulaban por las calles, le impelían a buscar lejos del tumulto el fresco de la noche. Escogió el camino más corto para volver a su casa, y él lo llevó a un barrio casi desierto...

Lo habitaban las clases más pobres de la población, los panaderos y los comerciantes al por menor. El olor acre y rancio del aceite de copra apestaba la atmósfera. Raymundo se sentía fatigado... la cabeza le ardía... Su cerebro estaba confuso y sin ideas.

—¡Bwana!...

En la obscuridad, esa palabra parecía haber sido murmurada junto a su oído... Se detuvo instantáneamente con todos sus sentidos alertas y despiertos. Un perro parich arrastraba sus hinchadas formas, en busca de un mejor sitio para descansar... Ningún otro ser viviente se divisaba en la calle... Ninguna luz brillaba en las casas... Pero... un ligero ruido en una ventana, unos pasos rápidos... y la encontró...

Estaba inclinada detrás de los barrotes de hierro... Al acercarse, Raymundo a la ventana, ella rió en un pequeño y trémulo crescendo.

—¿Puede el bwana trepar?... preguntó suspirando.

Seguramente el bwana podía trepar...

—¿Trepar qué?... preguntó.

No obtuvo respuesta

—¿Trepar donde, bibi?

El mismo silencio. Ella había abandonado la ventana. El examinó la casa. Era un edificio de dos pisos y encajonado aspecto, construído de coral. La muralla del frente, cortada a intervalos iguales por ventanas defendidas con barras de hierro, era lisa y pulida, buena sólo para ser escalada por lagartijas u otros animales análogos. Raymundo dudó... En seguida dió vuelta a la esquina.

Eligió su camino prudentemente entre dos chozas de paredes de barro, en una de las cuales se sentía el ruido de una voz pidiendo agua, y se encontró junto a un cobertizo, cuyo azulado techo se alzaba suavemente desde la altura de sus hombros hasta la pared de la casa inaccesible... Unos siete pies por encima del techo, un agujero negro en la pared de coral, indicaba una ventana, no protegida con barras de hierro... Raymundo sabía ahora por donde podía trepar.

Mientras, sentado en el suelo, se sacaba sus zapatos, de lana blanca, los tam-tam con sus pesados redobles y los alaridos de frenéticos danzantes, llegaban a sus oídos en alas de la brisa... Se detuvo un momento a escuchar. Cerca de allí, en los establos del Sultán, un asno rebuznaba furiosamente... Todo lo demás permanecía en silencio.

Raymundo se encaramó cuidadosamente al cobertizo. Su corazón latía con violencia mientras cruzaba el techo... De pronto un hierro crujió como si fuera a hundirse bajo su peso, y Raymundo sintió algo húmedo, deslizarse bajo sus medias de seda. Con un gran esfuerzo muscular se encaramó a la ventana y penetró al través de un negro orificio.

En la sala reinaba un silencio de muerte. Al principio sus ojos no lograron discurrir nada. El enfermizo perfume del almizcle se mezclaba allí con las emanaciones del tabaco Swahili.

—El bwana es valiente...

Ella estaba allí negligentemente reclinada sobre una estera de cordelillo con bordados de seda, la cabeza apegada en una de sus manos, y fumando un cigarrillo indígena.

—Sí... el joven bwana es valiente, repitió en tono bajo y riendo con magnífica entonación musical.

Raymundo se echó a su lado en el pavimento, muy cerca de ella.

—No, dijo, no es valiente... Pero ama a las niñas bonitas.

—¡Oh!... ¿A todas las niñas bonitas?

—Sí... algunas más que a otras.

—Entonces, el valiente bwana, no es de aquellos que aman a una sola niña.

—Sí... al bwana le encantaría amar sólo a una niña.

Hubo un momento de silencio.

—¿Cuál es tu nombre? preguntó ella.

—Raymundo... Raymundo Bartlett, pero sólo me llaman Raymundo...

—Bwana Raymundo...

—No digas bwana... Eso significa señor... Di Raymundo...

—¡Raymundo!...

Aquel nombre resbaló melodiosamente de su lengua.

—Yo soy Jumara Ismalji, agregó.

—Bueno, Jumara, tú eres encantadora...

Era delicioso galantear con aquella niña... Para el joven inglés todo aquello no era sino un galanteo... uno de tantos. Reclinado junto a ella, mirando el obscuro cielo, contestó a sus ingenuas preguntas, contándole la historia de su vida en la lejana Inglaterra, cosa que, por cierto, no le desagradaba... Le habló de los bailes, de los teatros, de los paseos... Ella le preguntó tímidamente por sus hermanas... y se mostró encantada, con la libertad de que gozaban.

De ella misma habló muy poco... En verdad no tenía tampoco mucho que decir. No cumplía aún dieciocho años... La tenían recluída los prejuicios de casta.... Su padre poseía tres buques que conducían arroz desde Colombo. Uno de ellos se había estrellado recientemente contra las rocas... el naufragio costaba mucho dinero, y el humor de su padre se había vuelto muy malo.

Raymundo no se acordaba del terrible peligro que encerraba aquel encuentro clandestino. La conversación era tan inócente y la atmósfera tan apacible, que el pensamiento de la muerte, surgiendo entre las sombras, no podía tener allí cabida. De pronto él apareció... La cadena resonó en la puerta de calle... crujieron las macizas cerraduras... Una palabra apenas murmurada, un salto en las tinieblas, y la niña quedó sola en la pieza.

A la mañana siguiente, Raymundo fué a la aduana a tratar la compra de un cargamento de marfil llegado el día antes. Bulliciosos muchachos Masai, arrastraban cochecillos de mano. Arabes medio desnudos recorrían las calles, pregonando sus mercancías, y aquí y allá, algún comerciante discutía con un mercader persa sobre el precio de una partida de copra.

Pero Raymundo no estaba para pensar en negocios. El marfil le traía a la memoria los bangles (1) del oriente, y los bangles las niñas indúes de voz suave y mirada embriagadora.

Aquella noche, muy tarde, tomó el camino de las chozas de barro de la aldea de Swahili... Y después otras muchas noches...

---

(1) Bangles: aderezos de marfil usados por las niñas de la India.

Una mañana se despertó con el perturbador pensamiento de que la niña lo amaba... Y, más que esto, sabía a punto fijo que su propio corazón estaba herido... Había sido una noche maravillosa... ¡La había visto! Hasta entonces la había hablado siempre en la noche y sólo su voz le respondía desde las tinieblas... Pero aquella noche estaba sola en la casa... Lo había conducido a otra pieza. Allí, mientras él permanecía en la obscuridad, ella se sentó a la ventana, y los rayos gloriosos de una luna de los trópicos, bañaron sus espléndidas facciones, y las delicadas formas de su cuerpo virginal.

Estaba veinte veces... no.. cien veces más bella que cuando la arrancara de entre los cascos del camello... Su hermosura era fascinadora... La había tomado entre sus brazos, y depositado un beso en sus labios... Era la primera vez que alguien la besaba... El efecto fué eléctrico.

Se había colgado de él sollozando y suspirando. Le había rogado, mendigado que la llevara lejos, muy lejos, a Inglaterra, donde todos los hombres son valientes... más allá de las tradiciones, más allá de las castas... Fuera allá princesa o esclava, lo que él quisiera, la amara o la pisoteara como cosa vil... Por último había sacado un cuchillo reluciente, y prometídole darse muerte si alguna vez la abandonaba. Por toda respuesta, Raymundo la había besado, prometiéndoselo todo.

—Sí... recordaba suspirando, lo he prometido... Y jamás podré cumplir mi promesa... Estuve embriagado por su belleza, no supe lo que me dijo... la cosa es impracticable... ¿Qué sitio puede haber para ella en Inglaterra?...

A la hora de almorzar el muchacho nubio le trajo un cablegrama de la oficina principal de Londres.

Apresuradamente ojeó la clave, y el cablegrama decía así:

"Tome el próximo vapor para Inglaterra. El sustituto llegará desde Mombasa."

He allí el mensaje que durante dos años esperara. Lo recibía ahora sin júbilo. Traía, sin embargo, la única solución posible del problema. Su labor en Zanzíbar llegaba a su término, al menos por muchos años. Stebbins llegaría de Mombasa esa misma tarde. El vapor en que él debía tomar pasaje, el Admiral, zarparía a la

mañana siguiente... Era necesario, simplemente, partir y olvidar.

Comenzó a hacer su equipaje. Un gran baúl mundo, fué reservado para las alfombras de oriente, las botellas de bronce, las pieles de leopardo, y los demás recuerdos de los últimos tres años. ¡Cuán triviales le parecían, frente a otros problemas más graves que ocupaban ahora su corazón y su cabeza!... ¿Qué diría la sociedad, qué diría la familia si él llegaba a Inglaterra con...? No... No podía ser.

Era espantoso, cruel... Pero esperaba que ella no haría una locura... Era necesario dejarla... Era necesario no volverla a ver.

Stebbins llegó... Aquella noche se fué a la cama muy temprano... Eran las nueve... Su idilio, por lo que a él concernía, había terminado. Debía ser así... El tiempo acaso borraría de su corazón aquella imagen seductora... Un buen sueño aquella noche, seguido por una mañana de trabajo febril, bastaría para darle ánimos, mientras llegaba la hora de embarcarse... Apagó la luz, y se dió vueltas contra la pared.

Tres horas más tarde, subía trabajosamente por el mismo techo del cobertizo. Había luchado consigo mismo y había perdido la batalla...

Ella lo esperaba. Raymundo, al estrecharla entre sus brazos, no tuvo corazón para decirle lo que había ido a decirle... lo que, se había persuadido a sí mismo, era el único objeto que esa noche lo llevara allí nuevamente.

Jumara se entregaba sin reserva a los transportes de su dicha. El futuro le parecía claro y resplandeciente como el sol del medio día... Ninguna nube velaba el horizonte de su vida... Reclinada en los brazos de Raymundo, con su pequeña y linda cabeza en aquel corazón que la amaba... Por largo tiempo no pronunciaron una sola palabra. De pronto, ella se apartó bruscamente de su lado... Se sentía un ruido en la vecina habitación. La puerta se abrió, y la pieza quedó inundada de luz...

Con rápido movimiento, el padre de Jumara dejó la lámpara sobre una mesa, junto a la puerta, y miró cara a cara al intruso. Era viejo y débil, pero su continente era aterrador y en su diestra brillaba un largo y afilado puñal.

—Así! ¡Perro vil! ¿Así te introduces a mi casa como un ladrón? Puerco infiel... ¿Así quieres hacer un pasatiempo inmundo de mi joya más preciada? Tu vida no vale lo bastante para pagar con ella tu delito... ¡Quiero también tu alma...! Ya ha dispuesto de ella Brahma inmortal... Sólo me corresponde a mí enterrar este cuchillo en tu carne impura, para sumergirte en ese futuro, en el cual serás una araña, un ratón, un bicho ponzoñoso, que lleva consigo la peste y el horror...

El primer pensamiento de Raymundo, fué para el revólver que llevaba en la faltriquera... Lo desechó, sin embargo...

¡—Cuidado, joven, cuidado!... El juego es peligroso.

Esas palabras de Bardie le vinieron a la mente... Probablemente iba a morir... Pero sus fuerzas de coloso y su destreza le daban esperanza...

La solución no era acaso difícil... Un rápido salto sobre el cobertizo que lo sumergiera en las tinieblas de la noche, o un golpe bien dirigido, que tendiera al débil anciano, sin sentido sobre el pavimento. En cualquiera de los dos casos, el incidente quedaría terminado, por lo que a él se refería, porque al día siguiente Zanzíbar y las tradiciones del Oriente no serían ya sino un recuerdo en su memoria. Sí! Una fácil solución para él mismo. ¿Pero qué sería de Jumara, de su maravillosa flor de la India que ahora, de pie, le contemplaba llena de esperanza y de orgullo? ¿La abandonaría a la venganza de las tradiciones?... Su corazón le respondió que ¡¡No!!...

Raymundo miró a la niña... Su chal de seda yacía en el suelo.... Sus labios sonreían... Entonces comprendió que la amaba sobre todas las cosas de la tierra, que necesitaba de ella, que sin ella no podría vivir... Y con este pensamiento, concibió un plan de salvación.

El viejo se aproximó, respirando la muerte y el odio.

—Espera, dijo de pronto Raymundo, fingiendo terror.

El banyani se detuvo, pero sin bajar el cuchillo.

—No te he injuriado, dijo Raymundo... Vi a tu hija desde la calle... Me pareció

hermosa... Subí hasta aquí... pero ella me rechazó... Sólo le inspiro desprecio... Iba ya a retirarme.

—¡Embustero! rugió el viejo... Te vi trepar. Ella te esperaba...

Miró a la niña. Gritó...

—¿Desde cuándo, la hija de Ismalji, la descendiente de miles de santos varones, se ha convertido en una mujer de los bazares? ¿Piensas escapar a mi venganza? No soy desconocido en la ciudad, y muchos obedecerán mis órdenes... Pero tu turno llegará más tarde... Deja primero dar muerte a tu infiel amante.

Se volvió hacia Raymundo.

Era ya demasiado tarde. Con la rapidez del rayo, el inglés lo cogió, y con sus poderosos músculos estrechó los escuálidos dedos del viejo... El cuchillo cayó sin ruido sobre el tapiz de seda... Ebrio de venganza y de desesperación, el viejo trató de luchar, pero en vano... Suave y silenciosamente, Raymundo lo amordazó con un pañuelo, y le ató las piernas y los brazos, con la propia tela de su turbante y de su faja. Todo fué obra de un instante. Pronto el Banyani yacía inmóvil e impotente en el suelo...

Raymundo apagó la luz y se dirigió a la ventana. La niña lo siguió... Raymundo nunca supo que en la obscuridad ella se había acercado al anciano, y, suspirando, lo había estrechado contra su corazón.

La fuga era peligrosa. La pista era conocida y cierta la persecución. Así Raymundo arrastró a la niña al través de las estrechas y obscuras calles, no hacia Melindi, no a su propia casa, sino a Shangani, a la casa de su amigo Manhall, el cónsul americano.

Cuando el vapor alemán "Admiral" fondeó en la bahía a la mañana siguiente, pudo notarse una desacostumbrada agitación en la orilla. Jamás tantos vendedores se habían agolpado alrededor de un buque en Zanzíbar. Y, entre los remeros y marinos que los conducían a bordo, se susurraba que algunos desesperados bandidos de los cafees de Daranjani, se habían convertido al parecer en hombres honrados, pues iban a buscar ahora su vida vendiendo chucherías orientales, kibobos y adornos de marfil a los viajeros.

Entre éstos figuraba el general Sir William Henry Babbit, K. C. B., y la mayor parte de los cónsules europeos habían acudido a despedirlo. Al través de la turba de pequeños botes, las falúas oficiales se dirigían hacia el gran vapor, acompañados por los bulliciosos insultos de los indígenas.

Entre todas, una falúa que llevaba a su bordo la bandera estrellada de los Estados Unidos, llamó principalmente la atención de los vendedores y fakires que llenaban la cubierta. Observaron éstos que traía dos pasajeros, hombres ambos, y que el hijo del cónsul, que acostumbraba a acompañarle en sus visitas oficiales, no estaba allí. En su lugar, sentado a popa, pálido y nervioso, con las huellas del insomnio en su hermoso rostro, venía Raymundo Bartlett.

Seis soldados negros, askaris, vestidos con uniformes de brin, manejaban los pesados remos de la falúa, y cuando ésta atracó al costado del vapor, entre la sorpresa general, fueron olvidadas todas las viejas costumbres del Oriente... ¡Los askaris subieron a bordo!... Sobre la escalera, se alinearon tres adelante y tres atrás, y entre ellos marcharon escoltados el cónsul Manhall y Raymundo Bartlett.

En la cubierta los vendedores y fakires trataban de acercarse, ofreciendo sus mercancías, y manos obscuras apretaban calladamente las empuñaduras de curvos cuchillos, envueltos en ramas de lana... Pero algo estaba en contra de ellos... Algo que eran esos malditos askaris que formaban una impenetrable muralla alrededor de los hombres blancos.

En vano ofrecían las más estupendas preciosidades. ¡Un anillo de oro batido con un rubí regio de Ceilan, sólo por cuarenta y cuatro rupias! ¡Un kimono de la más fina seda de la China!... ¡Un collar, para la mujer amada, de zafiros y perlas!.... ¡Para la amada del Sahib.... ¡Ella esperará algún regalo!... ¿Dónde está, pues, la amada del Sahib?... ¡Si el joven bwana—maldita sea su alma infiel.—se acercase a inspeccionar estas maravillas!... Al alargar su brazo para coger las joyas, dejaría su pecho sin protección.

Pero el joven bwana no se acercó, sino que, acompañado siempre por el cónsul, se dirigió, con la cabeza erguida, y rodeado por un círculo de negros protectores, hasta el camarote del capitán... Allí

entraron los dos hombres blancos, dejando a los askaris al cuidado de la puerta.

Después de algunos minutos, la puerta se abrió, y Marshall, sólo ahora se dirigió a presentar sus respetos al gran guerrero británico.

Otros pasajeros llegaron con sus equipajes. No había mujeres entre ellos... Todos hombres... ingleses de baja casta, empleados de la Compañía del Cable.

Sonó la hora de partir. El capitán, con aire adusto y soberbio, salió de su camarote y dió una orden. Inmediatamente una docena de marineros, de raza europea, y notoriamente criminales para con esos inocentes e inofensivos hijos del Indostán, comenzaron a limpiar el buque de todos los que no tenían derecho a permanecer en él.

Un vendedor de frutas Banyani, sobrino de cierto viejo que ansioso aguardaba en la playa, se había quedado dormido, al parecer casualmente, debajo de la tela de uno de los botes salva-vidas. Se le sacó de allí con toda urbanidad, y fué puesto en una de las pequeñas embarcaciones que esperaban al costado del vapor. El cónsul y los askaris desembarcaron los últimos.

La máquina comenzó a funcionar, se largaron las amarras y el inmenso vapor comenzó a cortar lentamente las tranquilas aguas. Por un instante, Raymundo Bartlett apareció sobre cubierta... Arrojó una mirada sobre el enjambre de botes que quedaban allí atrás, hacia popa... En su rostro brillaba la alegría de la felicidad.. Se descubrió, saludando ceremoniosamente con su casco, los rostros bronceados... En seguida desapareció nuevamente... porque, a despecho de la ley, suele venderse a los indígenas armas de fuego.

Diez millas más lejos, frente a Bububa, donde termina el pequeño ferrocarril que recorre la isla de Zanzíbar, resonó una campana, la hélice comenzó a girar hacia atrás, y el gran vapor alemán se detuvo lentamente. Así lo había solicitado el cónsul americano.

Sobre las suaves ondas del mar, se acercaba un pequeño bote pintado de negro, dirigido por un joven europeo. A golpes de remo, los bogadores Swahili atracaron al vapor y depositaron sobre la escalera, una pequeña figura femenina, envuelta en un velo desde la cabeza hasta los pies, a la manera de las mujeres hindúes.

Un marinero bajó a su encuentro, y la llevó gentilmente hasta el camarote del capitán. Entonces el vapor siguió su camino.

Se produjeron muchas habilillas y murmuraciones entre los pasajeros, sobre la recién venida. El rumor que ganó más crédito, identificó a la desconocida, con cierta riquísima Mahorani, que viajaba de incógnito hacia Aden.

En todo el viaje nadie la pudo ver. No desembarcó ni en Aden, ni en Puerto Said. Pero en Nápoles, se dirigió a tierra, con un compañero, y allí, lejos de las tradiciones del Oriente, en presencia de algunos clérigos, abandonó su nombre hindostano, para adoptar otro, más peculiarmente adaptado a su vida futura.

NEWBERY

La simpatía del heroísmo se extiende por sobre las fronteras de la patria, acerca a los hombres de todas las razas y demuestra que el valor, como virtud humana, repartida desigualmente en el mundo, merece el homenaje incondicional de todos los corazones honrados. Y cuando al mérito de la audacia inteligente se suma, como en la personalidad de Jorge Newbery, una cultura verdadera, los dones de una educación y una instrucción escogidas que hacen hablar el mismo lenguaje a los hombres del más opuesto origen, entonces comprendemos por qué la pérdida de hombres así nos contrista como una desgracia común a la civilización de todos los pueblos.

Jorge Newbery
† Mendoza el 1.° de Marzo de 1914

El aviador caído era uno de esos espíritus complejos que han heredado las energías que sus antepasados gastaban en aventuras y guerras, y que ahora ellos renuevan en una pelea heroica contra los elementos y los secretos de la naturaleza, empleando para ello armas novísimas, los últimos prodigios de la ciencia industrial. Newbery sentía hervir en su organismo exuberante la pasión por el esfuerzo, la voluptuosidad del peligro. Sus ansias de novedad y de imprevisto se ahogan en los salones a que los arrastra la sociedad en que han nacido, y prefieren al sport académico de los círculos, la expedición lejana, el ejercicio violento, la vacilación de un instante entre la vida y la muerte, la velocidad, el vértigo.

Para probar que estos sportmen pueden llevar dentro un alma de antiguo conquistador, basta recordar que Newbery fué el primero en concebir la idea de transmontar los Andes sobre un aéroplano; en su cerebro fué creada, y su cuerpo fuerte y ágil estaba pronto a obedecerle, cuando la muerte lo ha traído a la tierra, y esta vez para siempre. ¿Cómo expresar serenamente el estupor, el desconcierto de ánimo que estos caprichos del destino causan hasta en el más indiferente? Las filosofías más vulgares suben otra vez más entre un áspero nudo a nuestra garganta; intentamos preguntas que no asoman a nuestros labios, o bosquejamos un ademán de rebeldía que termina por una inclinación de la frente ante el mandato de la fatalidad.

"Los amados de los dioses mueren jóvenes", decía el estoico Menandro para consolarse, en un verso comúnmente repetido.— Pero insistimos todavía, ¿cómo comprender estos sarcasmos de la suerte, que van a herir a la juventud en sus más nobles representaciones? ¿Cuándo en el laboratorio en que se forman las personalidades de excepción, como la del héroe vencido, logrará formarse a través de penosas experiencias, de tanteos sin cuento la suma de energías de Newbery?

La blanca ruta de los Andes queda allí desierta, sin la sombra ligera de un aeroplano sobre sus cumbres, a la espera del que recoja la promesa y la experiencia del ilustre aviador. Ya no podrá intentarla el primer fuso, un ambicioso vulgar. Después de Newbery, la empresa está reservada para el que, como él, vaya en nombre de la ciencia y de la humanidad.

La felicidad en la vida modesta

Por ALBERTO EDWARDS

El Veraneo antaño y hogaño

I

Vieja y excelente costumbre ha sido en Chile la de salir a veranear. Muchos volúmenes podrían escribirse, hablando al estilo de don Marcial Martínez, sobre sus orígenes y evolución histórica.

Allá en tiempos remotos, cuando los pesos de 48 peniques y las crinolinas, en la época en que Martín Rivas compraba botines de charol en plena Plaza de Armas, esquina de Monjitas, digo, la institución del veraneo nada había perdido de su pureza primitiva.

Se salía entonces de Santiago, durante los meses de calor, con dos objetos: bañarse y ahorrar dinero.

Toda la gente de buen tono tenía en aquel tiempo, fundo propio o arrendado. Fuera dueño de grandes haciendas o de un pequeño majuelo, el señor santiaguino, no era considerado como tal si no podía hablar del "fundo".

La falta de medios de comunicación, facilitaba a los propietarios rurales la grata tarea de fantasear acerca de sus predios rústicos... ¡Tiene hacienda!... se decía de don Fulano y, don Perengano, y las gentes candorosas se imaginaban, con este nombre, una especie de reino con muchos miles de cuadras de tierra de migajas, pobladas por ganados innumerables, dignos de los tiempos patriarcales, y por centenares de familias de inquilinos...

Testimonio de aquellas lejanas grandezas, lo daba la carrera o la récula de mulas que de tarde en tarde se detenía junto al portalón de la casa patricia, para depositar allí el sabroso cargamento de lo que daba la estación: líos de charqui, sacos de papas, melones y sandías, y, hasta cochayuyo, cuando el fundo era de costa.

Como entonces no se usaban las acciones ni los bonos, como en las ciudades casi todo el mundo vivía en casa propia, y no había forma de ser propietario de fincas urbanas de arriendo, el que no era dueño por lo menos de un fundo, pasaba a figurar "ipso facto incurrenda" en la categoría de los pobres diablos.

La humillación de estos tales pobres diablos, llegaba a su colmo, cuando, al iniciarse la época de "las calores", como se decía entonces, no les era posible embarcarse al igual del vecino, en el desvencijado birlocho o en la enfoldada carreta, para ir a pasar en "el fundo", la temporada de verano.

Desde que Adán y Eva comieron la manzana, la humanidad ha sido siempre la misma, o, a lo menos, ha cambiado poco. El afán de no ser menos que el otro, era tan poderoso en 1850 como en 1914. El hombre "sin fundo" y sobre todo la mujer del hombre susodicho, no podían conformarse con la idea de que los vecinos cayeran en la cuenta de tamaña falta contra las leyes del buen tono. Era necesario fingir el fundo, ya que no se le

tenía, y las crónicas viejas nos cuentan de familias que, no contentas con tapiarse a piedra y lodo en sus respectivas casas durante "el verano", adoptaban todo género de precauciones, para hacer creer al vecindario que don Fulano de Tal, esposa e hijas, se habían ido "a la cosecha". Tapizaban de paja el frente de la casa, como testimonio del paso por allí de una carreta fantasma, y cometían, en suma, todas las ridiculeces, inherentes a la perdurable vanidad humana.

A pesar de todo, el veraneo era en aquel tiempo una gran institución. Acaso debimos a ella los 48 peniques de que gozábamos, y además un poco de higiene.

Hemos dicho que uno de los objetos al salir de Santiago entonces era el de bañarse. Grandes y buenas personas fueron nuestros antepasados, pero tengo para mí que debían oler muy mal. La gente no se bañaba. Los más refinados solían tener allá en el último patio de la casa, junto a cierto barraconcito misterioso de tablas "con vistas" a la acequia, una pieza enladrillada y sin blanquear, con una tina de madera, en que una persona de regular estatura, casi podía acuclillarse... ¡Era el baño!...

Ni en el verano ni en el invierno, se acercaba nadie a aquella pieza por estar limpio. Se iba allá para "la calor", y un baño se comentaba en el vecindario.

No soy viejo, pero recuerdo haber oído a una señora patricia, dar a sus vecinas esta noticia estupenda:

"Ayer me bañé"...

La acequia del fundo por turbia que fuese, era entonces un gran recurso. Los cuerpos de nuestros distinguidos pelucones y de nuestras soberbias patricias, tomaban en ellas conocimientos y contacto del agua, siquiera algunas veces en el año.

Pero la gran utilidad del antiguo veraneo, era su aspecto económico. El hacendado cosechaba por dos capítulos. Trigo en las eras, y economías en el presupuesto familiar. Por tres, por cuatro y hasta por cinco meses se vivía sobre el país, de los frutos de la tierra, sin gastar en coche, ni en trajes, ni en teatro, ni en género alguno de vanidades... ¡Y aquella miseria era de buen tono! ¡Estaban en el fundo!...

Los tiempos fueron cambiando. Nació primero la profesión del usurero a secas...

Es verdad que antaño, nuestros padres, cuando tenían algunos realitos disponibles, no se avergonzaban de "ponerlos a interés", en condiciones para poner amarillos de envidia a nuestros bancos de hoy, pero pocos eran usureros por sistema, por oficio.

Antes que el "funesto decenio" instituyera la Caja Hipotecaria, el usurero a lance, y el profesional cobraban modestamente el dos por ciento... todos los meses. ¡Ni Anás, ni Caifás, ni todo el Sanhedrín, llegaron más lejos!...

¡Cómo se temía y respetaba entonces a los prestamistas! A falta del recurso del papel moneda, inventado mucho más tarde, el agricultor no conocía otra venganza que la del pelambre...

—¡Allá va don Nabucodonosor!...

Y se contaban historias espeluznantes de su avaricia, y de su mezquindad.

Don Nabucodonosor solía no tener fundo. Buen calculista, prefería ganar su modesto dos por ciento, sin abandonar su gran centro de operaciones en Santiago.

Pero la señora y las hijas de don Nabucodonosor, no se conformaban con quedarse en Santiago, asándose en el tercer patio de su casa, ni más ni menos que la siútica de la Perengana, mujer del oficial tercero de la Contaduría Mayor.

El usurero solía conmoverse, aunque parezca mentira, ante este cuadro de horror, y de allí el origen de las primeras quintas de veraneo, y de la temporada de baños en Cartagena primero, y en Viña del Mar, después.

II

Todo se ha transformado ahora.

La gente se baña todo el año, con comodidad y en su casa, no es indispensable tener hacienda para ser persona decente, y comienza a ser de mal tono veranear en "el fundo".

En el nuevo ambiente, la institución ha degenerado, y casi podría decirse que sólo quedan de ella las malas consecuencias.

La peor de todas es esta suspensión de la vida civil, política y comercial, que se llaman vacaciones.

En 1850, cuando casi sin excepción la sociedad entera se dedicaba a la agricultura, el que los hacendados y sus familias residieran en el campo durante las cosechas, no perjudicaba a nadie. Muy por el contrario, si continuaran haciendo lo mismo, tanto mejor.

Si el que vive en la ociosidad, de Enero a Enero, con o sin renta, veraneara, aunque fuera en el Polo Sur, tampoco a nadie se le daría un ardite.

El abuso consiste:

En el veraneo del Gobierno... Durante las vacaciones no se gobierna... En el veraneo de los tribunales de justicia... En Enero y Febrero nadie puede obtenerla... En el veraneo de los hombres de negocios... esto es la necesidad obligada y reglamentaria de una ciudad entera y por período que casi alcanza a la cuarta parte del año.

Pero no es mi ánimo hablar aquí de los funestos resultados económicos y sociales de semejante abuso. Me bastará recordar que las condiciones en que se desarrolla hoy el trabajo nacional, han cambiado mucho desde 1850, que tanto se ha complicado ahora y que vivimos en tiempos de conveniencia agria y esforzada entre el trabajo de los pueblos... Ninguno puede hoy tenderse a la bartola, sin perecer.

Volvamos a la vida práctica...

¿Dónde están las delicias del veraneo?

Comprendo que el hombre bastante rico para ser propietario o arrendatario de un elegante chalet en Viña del Mar, donde va a encontrar todas las comodidades de su propio hogar, veranee en aquel fresco y dulce paraíso de flores y jardines encantados, abundante en recursos, donde se traslada gran parte de la buena sociedad de Santiago.

Veranear así es un placer: no lo discuto.

Por desgracia, no todos pueden veranear así. Muchos hay que, arrastrados por las imperiosas exigencias de la vanidad y de la moda, no vacilan en abandonar sus negocios y la tranquilidad y el confort de su hogar, para meterse en agujeros inverosímiles, en ranchos que desdeñaría en Santiago un modesto empleado de cinco mil pesos anuales.

¿Para qué?

La razón que se da de ordinario es la salud de los niños. Pésima excusa; nada ganará esa salud preciosa, si meten a los pobrecitos de a cuatro o de a cinco en una pieza mal ventilada.

¿Que Santiago se convierte en un desierto durante los meses de verano? Tanto mejor, si lo que se busca es el descanso y la holgura de una temperatura de vacaciones.

Se dice que en Europa también las gentes veranean. Es la verdad, pero hay mucho que distinguir a este respecto.

En esos países antiguos y ricos, existen innumerables familias que viven de sus rentas, que poseen en el campo suntuosos castillos y palacios, o que sin perjuicio alguno de unos negocios que no tienen, pueden pasar una temporada en Brighton o en Trouville, alojadas en hoteles espléndidos, provistos de todo género de refinamientos.

Esa aristocracia es la que veranea en forma más o menos análoga, aunque en mucho mejores condiciones, a las del veraneo en Chile.

Las gentes más modestas, sobre todo en Inglaterra, se dan también sus vacaciones, pero de otro género. No se prolongan éstas por meses y meses. Un viajecito de diez, doce o quince días por Francia, Suiza, el Rhin, los lagos de Escocia o el país de Gales, basta para la felicidad del profesional, de la institutriz, del pequeño comerciante. Ni es la ciudad entera la que sale a pasear al mismo tiempo, dejando en suspenso la actividad entera del país. Cada cual aprovecha su licencia en el tiempo en que se la dan, sea verano, otoño, primavera, o invierno. Todas las estaciones son buenas para el descanso del cuerpo y del espíritu. Sólo cambia con la época, el programa del viaje, al Norte o al Sur, en busca de un clima propicio.

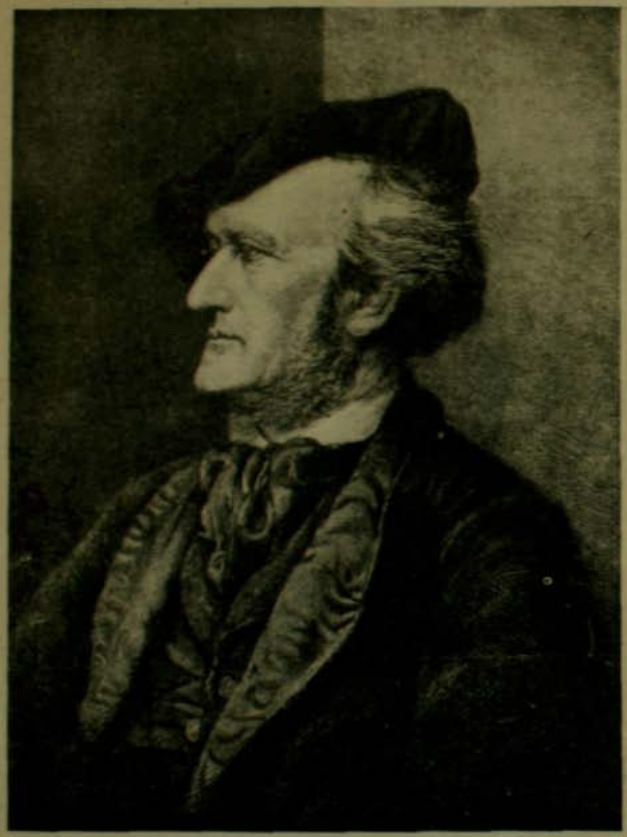
Es que en esos países se sabe vivir: los hombres de trabajo no imitan al rentista; el negociante no toma el tren del ocioso diplomático. Cada cual se compone conforme a sus necesidades y exigencias.

Chile es un país maravillosamente dotado para las pequeñas excursiones. Si el maravilloso sur no es recomendable sino en verano, los tibios mares del norte, la romántica Serena, la propia costa de las provincias centrales hasta Constitución son magníficas residencias de invierno.

Estoy seguro que con los adelantos futuros de la civilización, la sociedad abandonará esta costumbre del "veraneo artificial", que tanto perjudica a la economía y al buen orden del país, y cada cual tomará sus vacaciones en el tiempo que le sea más oportuno, ya sea dando una corta vueltecita por el sur en los meses de calor, o navegando en invierno hasta Coquimbo o Arica, según sea el tiempo y los recursos de que disponga.

PARSIFAL

Ninguna obra teatral más acreedora que Parsifal a figurar en una reseña de éxitos mundiales, pues ninguna otra llegó a la apoteosis, este es el propio calificativo, de ser en un mismo día representada en más de cien teatros, cual Parsifal lo ha sido el primero del mes y año corriente. Fecha aguardada con ansiedad por públicos y empresarios por ser el primer día en que cesaba el privilegio exclusivo de Baizeuth, para poner en escena la última obra del genio único que fundiendo poesía con música supo llevarlas a un grado de compenetración artística, no ya igualado, pero ni aún vislumbrado por otro alguno.



Ricardo Wagner

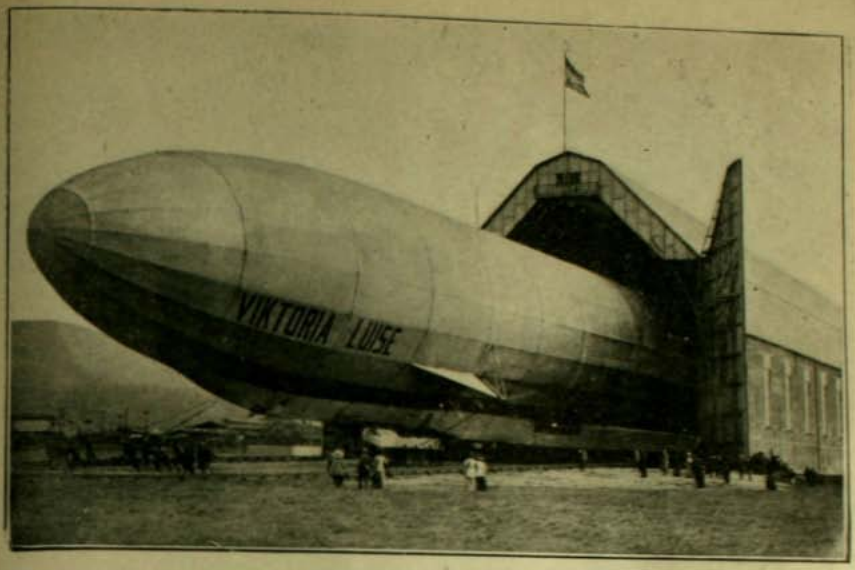
Bien ha ganado esta apoteosis aquella colosal inteligencia, escarnecida y ridiculizada por el mundo durante treinta años. No cabe más completo ni resonante desquite.

Es digno de llamar la atención, que para escenario de *Parsifal* escogiera su padre tierra hispana, y es sorprendente en alto grado que quien nació y creció en país protestante haya acertado componer canto poemático de tal unción en loor de la Sagrada Eucaristía, a expresar el profundo e intenso misticismo de que la obra está impregnada.

Nada en efecto más extraño que Wagner sea quien contrariando la afirmación de Lutero de que para salvarse basta la fe y son innecesarias buenas obras, haga girar toda la suya al rededor del castigo impuesto a la impureza de Amfortas, un verdadero creyente; que sea él quien hable de salvación cual premio, no de la sola fe, sino del vencimiento de las propias pasiones; lo extraordinario en tal autor es que al oponer la castidad triunfante de *Parsifal* a la concupiscencia de Kundria, haga decir a su héroe "condenados tú y yo por toda una eternidad si en tus brazos olvido sólo por un instante mi misión"; lo sorprendente es que el mismo *Parsifal* llame al pecado "manantial de dolores"; que al rechazar a Kundria diga a ésta "También te salvaré si vences tus deseos."

Y, por último, aún más extraordinario que lo anterior, es el mostrarnos a Titurel muerto por la privación de la vista de la sangre divina, el ponerarnos por boca de Gurnemancia en el tercer acto, la tristeza y abatimiento en que los caballeros del Grial cayeron. Señalándole como única causa el carácter de su espiritual alimento, por la negativa de Amfortas a seguir consagrando; pues ansiando la muerte el desdichado, como único remedio a sus miserias, a sus dolores físicos, y al tormento moral de su tenaz remordimiento, piensa que la vista y la adoración de aquel cáliz es LA VIDA, y la privación de él LA MUERTE.....

.....



El "Victoria Luisa" saliendo del hangar

EN GLOBO

Por

PEDRO F. IÑIGUEZ

(Dedicado a mi amigo don Alberto Edwards)

Ilustraciones fotográficas

Mi primer viaje por los aires lo realicé en el mes de Septiembre último, sobre el valle del Rhin, a bordo del Zeppelin "Victoria Luisa".

Digo mi primer viaje no porque haya efectuado otros, sino a causa de que espero que éste no será el último, dada mi fe en el progreso de la aviación y de la navegación aérea. Día llegará en que el aire será un medio práctico y seguro de comunicación. ¿Y por qué no he de llegar a ese día?

Pero hasta ahora aquello es un problema y todos sabemos a qué precio de vidas y de sangre se va arrancando poco a poco la gran solución científica que habrá de abrir a la humanidad las vías del espacio.

No hay día casi que no se agregue un nombre al martirologio de la aviación, y esa gente joven y varonil que desafía a la muerte, constituye un orgullo para las razas y las naciones.

El Conde de Zeppelin, creador del diri-

Embarcados para el viaje aéreo

Un vapor de ruedas navegando bajo el "Victoria Luisa"

gible que lleva su nombre, ha visto once globos destruídos en siete años y han sido numerosas las pérdidas de vida.

La catástrofe del mar Báltico en Septiembre último y la más reciente ocurrida cerca de Berlín, en que perecieron todos los tripulantes, amigos personales en su mayor parte del Emperador, han sido verdaderos duelos públicos en Alemania.

Pero estas desgracias no se habían producido aún y yo ignoraba las anteriores, cuando por una hermosísima tarde de otoño, cediendo a una dulce presión femenina, me embarqué a bordo del "Victoria Luisa" que debía excursionar sobre el Gran Ducado de Baden y sobre el país maravilloso que se llama la Alsacia, tierra prometida que los franceses no tienen lágrimas bastantes con qué llorar.

Unas veinte personas tomamos colocación en la barquilla que parece un coche de ferrocarril, con buenos asientos, mesitas con útiles de escribir, y espaciosas ventanas que permiten gozar del maravilloso

espectáculo. Ninguna inquietud en los viajeros.

Obedeciendo a una orden breve, dada por el oficial que mandaba el globo, los soldados que sostenían las cuerdas, las soltaron, y con gran suavidad, dulcemente, empezamos la ascensión milagrosa dejando abajo la tierra y sus miserias.

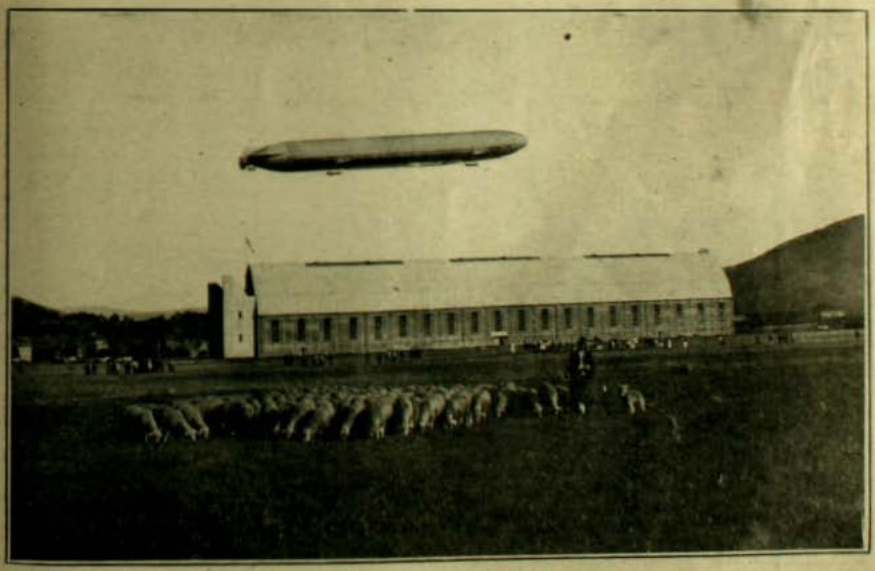
Al principio todos nos reíamos como colegiales que hiciéramos una diablura.

Poco después a medida que crecía el horizonte, que se dilataba el espacio, sentí una impresión inefable de belleza y de admiración. Un silencio religioso sucedió a la alegría infantil del primer instante. Había personas que lloraban y yo las comprendía. El sol, medio oculto por nubarrones negros, doró de súbito las montañas y los campos y fué un espectáculo grandioso, único, que yo nunca olvidaré.

La naturaleza se siente en momentos como ese y la emoción que se desprende nos hace bien al alma, nos refresca el corazón, nos dulcifica la vida.

Y seguíamos subiendo y avanzando al

Una embarcación en el Rhin, vista desde un dirigible



Una escena al estilo de Millet... futurista

mismo tiempo hacia el poniente, "de cara al sol", como si quisiéramos alcanzarlo en su carrera, allá en los confines de las montañas del Jura, tierra de Francia.

Abajo, en un campo de esmeralda, como una cinta plateada, corría el Rhin surcado de embarcaciones, microscópicas a nuestra vista.

Las aldeas y las ciudades parecían juguetes de niño, los hombres unos puntitos negros que se agitaban. Se diría el país de Lilliput.

Navegando en el crepúsculo

La tierra y la humanidad se ven muy pequeñas desde la altura y si ese fenómeno de óptica pudiera aplicarse a las cosas morales, estoy cierto que las miserias, las pasiones, los dolores que nos agitan, parecerían insignificantes y mezquinos a quien pudiera verlos desde la misma distancia a que nuestros ojos ven convertidos en pigmeos a los hombres y en castillos de naipes los palacios y las fortalezas gigantescos.

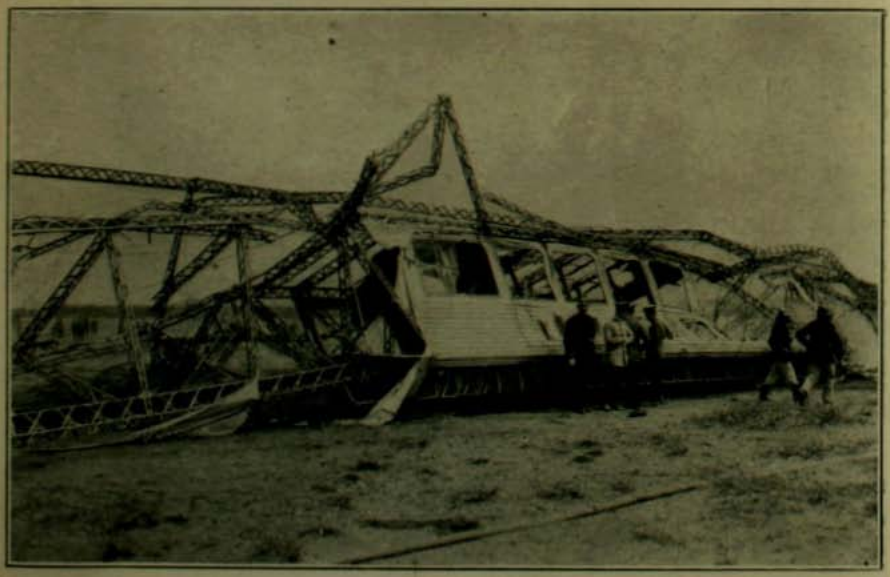
Estamos sobre la Alsacia y nos van nombrando las aldeas, las ciudades.

Hacia el Sur, la torre de la Catedral de Strassburgo, sobresale, dorada por el sol, de una masa de nubes obscuras. Un poco más al oriente las montañas de Santa Odile, cuyo santuario milagroso atrae millares de creyentes, recibe el último beso del astro rey, que se oculta ya en el poniente.

En un momento dado el sol rompe las nubes y el horizonte se incendia con los más vivos colores.

Es un panorama fantástico.

Algunos señores alemanes no han gozado sin embargo de él y no cesan de escribir tarjetas postales por centenares y



Los restos de un Zeppelin

de comer sandwichs de jamón crudo. ¡Qué comer y qué beber cerveza!

Seguimos ahora al norte y al pasar sobre el campo de batalla de Renouville, una hermosísima dama que había permanecido silenciosa y recogida, se desprende un precioso ramo de rosas y lo deja caer sobre esa tierra regada por la sangre de alemanes y franceses.

La capital de Baden, Carlsruhe, se divisa a lo lejos y tocamos ya al término de este viaje que me aparece como un cuento de hadas y deja en mi alma la más honda impresión.

Es la hora del **Angelus** y cae sobre los campos, poética, la tarde. Grandes manchas de claro obscuro indican las praderas, los bosques de pinos negros, y alguna nota blanca señala la aldea con su campanario.

Estamos a doscientos metros y se oye la nota sonora de una campana que nos trae la queja melancólica de la tierra.

Y es necesario bajar, volver a pisar el suelo, y esto habría sido hasta doloroso si en ese momento mismo no hubiera visto unos bracitos blancos que se tendían a mí y no hubiera escuchado una voz que conocería entre mil, que me decía: Papá, papá...

La muerte de los Zánganos

Por

Mauricio Maeterlinck

(Traducción de D. E. Perry)

Después de la fecundación de las reinas, si el cielo permanece claro y el aire cálido, si el polen y el néctar abundan en las flores, las obreras, por una suerte de indulgencia obligada o tal vez por una prevención excesiva, toleran algún tiempo todavía la presencia importuna y ruinosa de los machos. Estos se conducen en la colmena como los pretendientes de Penélope en la mansión de Ulises. Llevan allí una vida ociosa de amantes honorarios, pródigos y zafios: satisfechos, ventrudos, obstruyendo los pasillos; entorpeciendo el trabajo, atropellando a las obreras, importunos, suficientes, llenos de torpe vanidad; inconscientes de la exasperación que precipitan, extraños a la atmósfera hostil que les rodea y al destino que les espera. Refugian su molicie en el rincón más confortable de la colmena, se levantan perezosamente para libar en las celdas más ricas la miel más perfumada e infestan con sus desperdicios la hospitalaria mansión.

Las pacientes obreras esperan resignadamente y reparan los daños en silencio.

A medio día, cuando la llanura azul se estremece de laxitud bajo la caricia enervante de un sol de Enero, aparecen los zánganos en el umbral. Tienen en su cabeza un casco fulgurante de enormes perlas negras; dos altos penachos arrogantes; un jubón de terciopelo leonado, resplandeciente a la luz; un pecho heróico, cubierto de un manto transparente y rígido. Salen aglomerados formando un estrépito terrible, atropellan las centinelas, arrasan con los ventiladores, derriban a las obreras que vienen cargadas con su humilde botín. Parecen muy preocupados, con un aire extravagante y soberbio de dioses indispensables que salen triunfalmente a realizar un gran designio ignorado de las gentes vulgares.

Uno a uno afrontan el espacio, gloriosos, irresistibles y van a posarse tranquilamente sobre las flores más cercanas donde se duermen perezosamente hasta que la frescura de la tarde los despierta.

Entonces retornan al panal en el mismo tumulto impetuoso y siempre desbordantes de la misma suficiencia intransigente, se aglomeran en las despensas, liban miel hasta quedar ahitos, se inflan como ánforas para reparar las fuerzas perdidas y a pasos lerdos se retiran a entregarse al buen sueño sin inquietudes que los acoge hasta el próximo festín.

II

Pero la paciencia de las abejas no es igual a la de los hombres. Un día, la ansiada orden circula por la colmena y las pacíficas obreras se transforman en jueces y verdugos. No se sabe quién la da; parece emanar espontáneamente de la indignación fría y razonada de las trabajadoras, y sólo el genio de la república unánime, ya decidido, llena todos los corazones. Una parte de la colectividad renuncia al afán de las labores para consagrarse ese día a la ación de la justicia.

Los grandes ociosos dormidos en grupos indolentes sobre los muros melíficos, son bruscamente arrebatados a su sueño por un ejército de vírgenes irritadas. Ellos se incorporan, torpes y aturdidos, inciertos de lo que ven, y su temor y su sorpresa apenas pueden hacer luz en su obscura inteligencia, como un rayo de luna a través de las aguas turbias de un pan-

tano. Se imaginan que son víctimas de un error, miran estupefactos a su al rededor y el instinto de conservación, que siempre alienta en el fondo de sus cerebros espesos, los hace dar algunos pasos hacia las cubas de miel para reconfortarse. No obstante, ya no es el buen tiempo de la miel de estío, del néctar de los tilos, de la ingenua ambrosía de la salvia, de las campánulas del trébol blanco y de la mejorana. En lugar del libre acceso a los buenos receptáculos que les ofrecían complacientes sus dulces jugos, encuentran por todas partes una zarza encendida de dardos envenenados que se erizan. La atmósfera de la ciudad está cambiada. El perfume habitual del néctar se ha tornado en un acre olor a veneno de los mil dardos emponzoñados que centellean en las puntas de los aguijones y que propagan el odio y el rencor. Antes que puedan darse cuenta del hundimiento inaudito de su suerte, en el trastorno de las buenas leyes de la ciudad, cada uno de los azorados parásitos es asaltado por cuatro o cinco justicieras que se esfuerzan en arrancarles las alas, en aserrarles el pecíolo que une el tórax con el abdomen, en amputarles las arterias febriles, en dislocarles las patas, buscando una juntura entre los anillos de la coraza para enterrar allí sus aguijones. Enormes pero desarmados, desprovistos de aguijón, los zánganos, no piensan en defenderse, buscan la fuga y sólo oponen su mole inútil a los golpes que los agobian. Derribados de espalda agitan torpemente sobre sus poderosas extremidades a sus enemigas que no medran en su coraje, o agrupándose, se arrastran en un loco torbellino que, sin embargo, es muy pronto aniquilado.

Después de algún tiempo su aspecto es tan lastimoso que la piedad, que acompaña siempre a la justicia en el fondo de nuestros corazones, tocaría inusitadamente implorando compasión—pero inútilmente —a las inexorables obreras que no conocen sino la ley sabia y profunda de la naturaleza. Las alas de las desgraciados son laceradas, sus flancos destrozados, arrasadas sus antenas y sus lindos ojos negros, espejos de flores exuberantes, reverberos del azul y de la inocente arrogancia del verano, endulzados por el sufrimiento, no reflejan ya más que la desesperación y la angustia de la muerte. Algunos sucumben a sus heridas y son llevados al instante por sus verdugos a cementerios lejanos. Otros, menos acometidos, consiguen refugiarse en un rincón, donde los bloquea una guardia inexorable hasta que mueren de miseria. Muchos ganan la puerta y se escapan al espacio, atropellando a sus adversarias; pero a la caída de la tarde, impulsados por el hambre y por el frío, vuelven en masa a la puerta del panal implorando un abrigo. Allí encuentran otra guardia inflexible. Al día siguiente, en su primera salida, las obreras despejan el umbral donde se amontonan los cadáveres de los seres inútiles y el recuerdo de la raza ociosa se extingue en la colonia hasta la siguiente primavera.

III

A menudo la masacre tiene lugar el mismo día en un gran número de tribus. Las más ricas, las mejor gobernadas, dan la señal. Algunos días después las pequeñas repúblicas menos prósperas las imitan. Sólo las colectividades más pobres, más miserables, aquella cuya madre es demasiado vieja y quizás estéril, por no abandonar la esperanza de ver fecunda la reina que esperan y que todavía puede nacer, soportan sus machos hasta la llegada del invierno.

Entonces viene la ruina inevitable y toda la tribu, madre, parásitos, obreras, se juntan en un grupo hambriento, estrechamente enlazado que muere silenciosamente en la sombra de la ruca a la caída de las primeras nieves.

Después de la ejecución de los zánganos en las ciudades populosas y opulentas, el trabajo vuelve a empezar, pero con un entusiasmo decreciente, pues el néctar se hace ya más escaso. Las grandes fiestas y los grandes dramas han pasado.

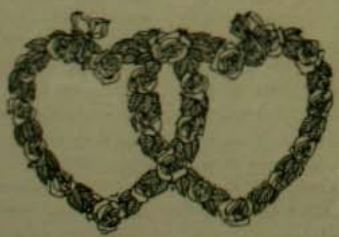
El gremio milagroso formado por millares de almas, el noble monstruo infatigable, nutrido de flores y rocío, la gloriosa falange de los bellos días estivales, gradualmente se adormece y su tibio aliento, agobiado de perfumes, se expande y se congela. Sin embargo, para completar las provisiones indispensables, se recoge todavía la miel del otoño y las úl-

timas reservas son revestidas con una capa de cera blanca incorruptible.

Se deja de edificar, los nacimientos disminuyen, los muertos aumentan, se acortan los días y se alargan las noches. La lluvia y los vientos inclementes, las brumas del amanecer, la acechanza de las sombras importunas, cuestan centenares de obreras que no regresan más y toda la pequeña población, ávida de los vivificantes rayos del sol, se siente herida por la amenaza fría del invierno.

El hombre ha extraído su parte de la cosecha. Cada una de las buenas colmenas le ha dado 80 o cien libras de miel y las más maravillosas le ofrecen hasta 200 que representan enormes mantos de luz transformada en líquido, inmensas llanuras de flores visitadas una a una, mil veces cada día. Después echa el diligente agricultor una última mirada a las colonias que se adormecen. Les quita a las más ricas sus tesoros superfluos para distribuirlos a las que han empobrecido los infortunios, siempre inmerecidos, en este mundo laborioso. En seguida, cubre la morada preservándola del frío, entorna las puertas, retira los marcos inútiles y por último abandona a las abejas a su gran sueño invernal. Entonces éstas se juntan en el interior de la ruca, se agrupan y rodean los panales que guardan las celdillas fieles, de donde saldrá durante los días helados, la substancia transformada del verano. La reina está al centro, rodeada de su séquito. Una fila de obreras se suspende a las células cerradas, una segunda las cubre, recubiertas a su turno por una tercera, y así hasta la última que forma la envoltura Cuando las abejas de los flancos se sienten mordidas por el frío, entran al interior y otras la reemplazan. El racimo suspendido es como una esfera tibia y de color leonado, que reviste los muros de miel, que sube o desciende, que avanza o retrocede de manera insensible a medida que se agotan las células de que se adhiere. Pues al contrario de lo que se cree generalmente, la vida animal de las abejas, pero no detenida durante el sueño invernal.

Por el zumbido acompasado de sus alas, —pequeñas hermanas sobrevivientes de las llamas del sol—que se activan o apaciguan según las fluctuaciones de la temperatura exterior, ellas mantienen en la esfera un calor invariable, e igual al de un día primaveral. Esta primavera secreta emana de la buena miel, que no es otra cosa que un rayo de sol antes transformado, que ahora vuelve a su forma primitiva. El circula en la viviente esfera como sangre generosa. Las abejas suspendidas sobre los alvéolos desbordantes le ofrecen a sus vecinas, que lo transmiten a su turno. Así pasa de garra en garra, de boca en boca y alcanza los extremos del grupo, que no tiene sino un solo pensamiento y un solo destino diseminado en miles de corazones. Así vive el animado racimo, sustentándose de sol y de flores, hasta que su hermano primogénito, el sol verdadero de la ardiente primavera real, deslizando por la puerta entornada sus primeros rayos—a cuyos besos renacieron en la campiña las violetas y las anémonas—despierte dulcemente a las abejas, para mostrarles que el azul ha desplegado sus alas sobre el mundo y que el círculo ininterrumpido que une la muerte a la vida ha dado una nueva vuelta y se ha reanimado.



Los Tres Limones

CUENTO NAPOLITANO

(Traducido para PACIFICO MAGAZINE)

Ilustraciones de Gordon

Había un rey que se llamaba el Rey de de las Torres Bermejas. Este príncipe no tenía más que un hijo, a quien amaba como a las niñas de sus ojos. Era la única esperanza de su dinastía agonizante. Casar este ilustre vástago, encontrarle una princesa noble, rica, bella, y sobre todo dulce y buena (fijáos en estos dos puntos), era toda la ambición del viejo rey. Cada noche se dormía pensando en esta unión deseada; cada noche soñaba que era abuelo, y abrazaba en sueños todo un ejército de pequeñuelos, que desfilaban delante de él con la corona en la frente y el cetro en el puño.

Por desgracia, en medio de todas las virtudes que no faltan jamás a un heredero de la corona, Carlino (era el nombre del joven príncipe), tenía un ligero defecto; que era más huraño que un potro salvaje. Al escuchar solamente un nombre de mujer sacudía la cabeza y huía a los bosques. A qué punto llegaba la pesadumbre del rey, no es necesario decirlo. Viendo su trono sin sucesores, su raza en vísperas de extinguirse, se sentía más triste y más desolado que un pasajero que naufraga en el puerto. Pero aunque se desesperara, nada conmovía a Carlino. Las lágrimas de un padre, los ruegos de un pueblo entero, el interés del Estado, nada podía enternecer este corazón de roca. Para convencerlo, veinte predicadores habían perdido su elocuencia, y treinta senadores su vocabulario. La testarudez ha sido siempre un privilegio real; Carlino lo sabía por nacimiento; y se hubiera creído deshonrado si hubiera dado su brazo a torcer.

Pero a menudo en una hora suceden cosas que no se han realizado en un año; nadie puede decir: "de esta agua no beberé". Una mañana que estaban en la mesa, y que el príncipe, siempre sermoneado por su padre, se ocupaba por toda respuesta en contemplar las moscas que revoloteaban en el aire, se olvidó que tenía en la mano un cuchillo y en un movimiento de impaciencia se pinchó un dedo. La sangre corrió, cayó en un plato de crema que se acababa de servir a Carlino, e hizo una extraña mezcla de rosa y de blanco. Casualidad o castigo del cielo, el capricho más loco se apoderó del príncipe a la vista de tal cosa.

—Sire, dijo a su padre, si no encuentro muy pronto una mujer tan blanca y tan sonrosada como esta crema coloreada con mi sangre, soy hombre perdido. Esta ninfa, esta maravilla, debe existir en alguna parte; la amo, pierdo la cabeza, la necesito, la quiero. Para un corazón resuelto nada hay de imposible. Si queréis que yo viva, dejadme recorrer el mundo para encontrar mi ensueño: de otra manera mañana mismo me moriría de deseo y de aburrimiento.

¿Quién se quedó mudo de asombro al escuchar tan bellas locuras? Fué el pobre rey de las Torres Bermejas. Le pareció que su palacio se derrumbaba sobre su cabeza; palideció, enrojeció, balbuceó, lloró; al fin, recobrando la palabra:

—Hijo mío!—exclamó,—báculo de mi ancianidad, sangre de mi corazón, vida de mi alma, ¿qué idea se te ha metido en la cabeza? ¿Has perdido el juicio? Ayer me hacías morirme de pena rehusando casarte y dándome herederos; hoy, ne aquí que te apoderas de otra quimera. ¿Dónde quieres ir, desgraciado? ¿Por qué abandonar tu casa, tu hogar, tu cuna? ¿Sabes tú a qué peligros, a qué miserias se expone el viajero? Arroja lejos de ti estas peligrosas fantasías; quédate conmigo, hijo mío, si no quieres quitarme la vida y arruinar del mismo golpe tu reino y tu casa.

Todas estas palabras, y otras no menos juiciosas, no surtieron más efecto que el de

u discurso oficial. Carlino, la vista fija, el ceño fruncido, no escuchaba más que a su pasión. Todo lo que se le decía le entraba por una oreja y salía por la otra; era elocuencia lanzada al viento.

Cuando el viejo rey, fatigado de ruegos y de lágrimas, comprendió por fin que es más fácil enternecer a la aguja de un campanario que a un muchacho regalón que desea hacer su capricho, dejó escapar un gran suspiro, y decidió dejar partir a Carlino.

Después de haberle dado consejos que no escuchó, y buenos sacos de escudos que recibió un poco mejor que los consejos, y dos compañeros abnegados, el rey dijo adiós a este hijo rebelde; lo estrechó contra su corazón, y con el espíritu oprimido por la angustia, subió a lo alto de la gran torre para seguir con los ojos al ingrato que lo abandonaba. Cuando Carlino desapareció en el horizonte, el pobre rey creyó que le arrancaban el alma; ocultó su cabeza en las manos y se echó a llorar, no como un niño, sino como un padre. Lágrimas de niño son como lluvia de verano; grandes gotas que no mojan; lágrimas de padre son como lluvia de otoño, que cae lentamente y no se seca.

Mientras que el rey se desolaba, nuestro aventurero, montado en hermoso caballo, trotaba con la pluma al viento y el corazón alegre; se hubiera creído al verlo que era un Alejandro a quien la fortuna entregaba el mundo.

Encontrar lo que buscaba no era fácil, así es que su viaje duró más de un día. Corrió por montes y por valles, atravesó reinos, ducados, condados y baronías; visitó las ciudades, castillos y cabañas, mirando a todas las mujeres y mirado por todas, aún de aquellas que bajaban los ojos; pero es preciso decirlo, la vieja Europa no le dió el tesoro que había soñado.

Al cabo de cuatro meses, llegó a Marsella, y resolvió embarcarse para las grandes Indias. Pero, a la vista del mar en furia, sus bravos y fieles servidores fueron atacados por una enfermedad que los médicos llaman en hebreo *retet*. Con gran pesar de estas buenas gentes, les fué preciso abandonar a su joven amo y quedarse tranquilamente en tierra, mientras que Carlino, embarcado en frágil navío, desafiaba las tempestades y las olas.

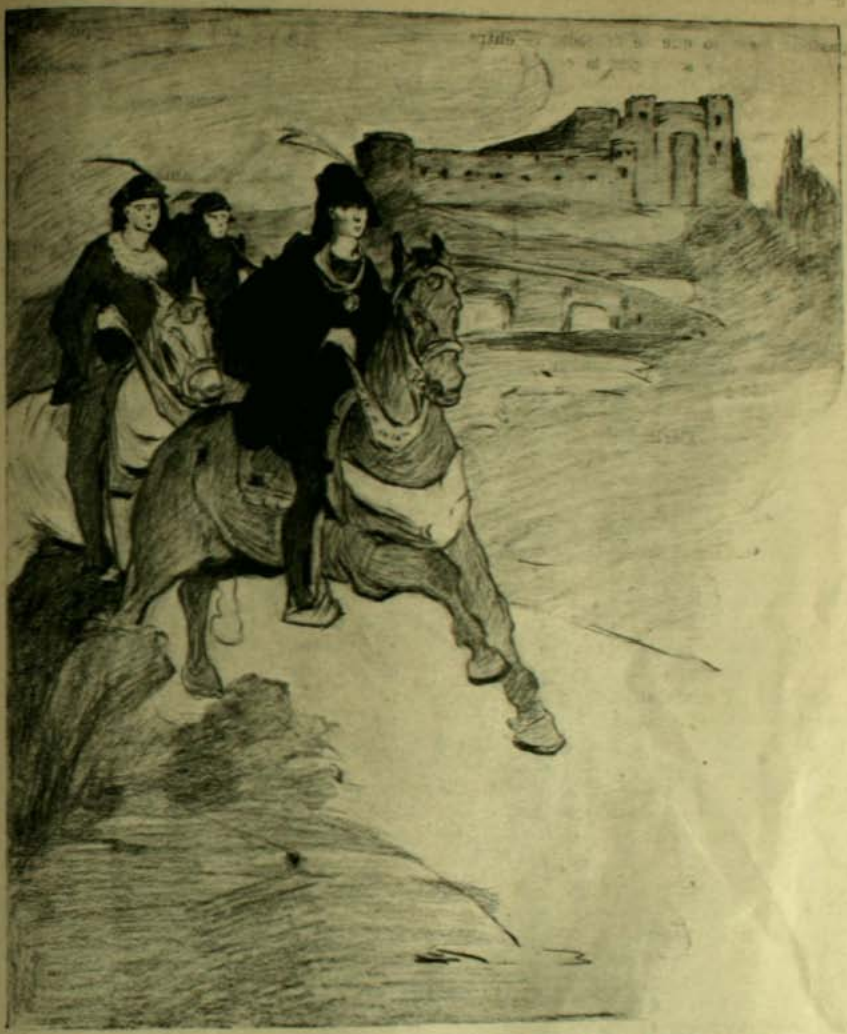
Nada detiene al corazón, dominado por el deseo. El príncipe recorrió el Egipto, las Indias y la China, de provincia en provincia, de ciudad en ciudad, de casa en casa, de cabaña en cabaña, buscando por todas partes el original de esta bella imagen que tenía grabada en la cabeza: trabajo perdido. Vió mujeres de todos los colores y de todos los matices: morenas, rubias, castañas, colorinas, blancas, amarillas, rojas, negras; pero aquello que amaba no lo encontró.

Siempre corriendo, siempre buscando Carlino concluyó por llegar al fin del mundo, no teniendo ya más delante de él que el cielo y el mar. Agotadas sus esperanzas, su sueño se le escapaba. Desolado, se paseaba a grandes pasos por la playa, cuando divisó a un anciano que se calentaba al sol. El príncipe le preguntó si no había nada más allá de esas olas que se perdían en la lejanía.

—No, respondió el viejo. Nadie ha encontrado jamás nada en este mar sin islas y sin riberas, o al menos aquellos que se han aventurado en él no han regresado nunca. Recuerdo que en otro tiempo, cuando era niño, nuestros ancianos decían haber escuchado de sus padres, que allá lejos, bien lejos, por detrás del horizonte, se encontraba la isla de las Parcas. Pero desgraciado del imprudente que se acerque a esas hadas inexorables! Su vista da la muerte!

—¿Qué importa?—exclamó Carlino. Por conquistar mi ensueño, yo desafiaría al Infierno.

Había allí una barca; el príncipe saltó en ella y desplegó las velas. El viento, que soplaba con fuerza, llevó lejos al esquife, la tierra desapareció; y el temerario se encontró solo en medio del océano. En vano miró el horizonte; nada más que el mar, por todas partes el mar; en vano la barca, lanzada a través de las olas espumantes, devoraba el espacio como un caballo que lanza al viento su crinera: nada más que el mar, siempre el mar. Las olas corrían en pos de las olas, las horas seguían a las horas, el sol declinaba, la soledad y el silencio parecían crecer al rededor de Carlino, cuando de repente lanzó un grito; en la lejanía se divisaba un punto negro. Al mismo tiempo la barca, arrastrada por la corriente, voló como una flecha y fué a encallar en la arena, al pie de inmensas rocas, que elevaban hacia el cielo sus sombrías agujas gastadas por el tiempo. La suerte había



Nuestro aventurero, montado en hermoso caballo, trotaba con la pluma al viento

arrojado a Carlino sobre esta playa de la cual nadie había regresado.

Trepar por aquella muralla no era cosa fácil; no había ruta ni sendero; y cuando después de largas fatigas, Carlino, las manos ensangrentadas y el cuerpo destrozado, llegó por fin a una planicie, lo que encontró allí no era para premiar sus fatigas. Grandes trozos de hielo amontonados, rocas negras y húmedas saliendo del medio de las nieves; ni un árbol, ni una yerba, ni una brizna de musgo: era la imagen del invierno y de la muerte. Este desierto que no tenía más cosa viviente que una miserable casuca, cuyo techo de zinc estaba sujeto por grandes piedras, con el fin de resistir a la cólera de los vientos. Al acercarse a este reducto el príncipe vió un espectáculo tan extraño, que permaneció mudo de sorpresa y de miedo.

En el fondo de la pieza, había un gran tapiz en donde se hallaban representadas

todas las condiciones de la vida. Se veía allí, reyes, soldados, labriegos, pastores, y al lado de ellos, damas ricamente vestidas, y campesinas volteando su rueca. En el primer plano, muchachos y doncellas danzaban alegremente tomados de la mano. Delante de este tapiz, se paseaba la dueña del alojamiento: era una anciana, si podemos dar tal nombre a la muerte en persona; a un esqueleto en el cual los huesos estaban apenas ocultos por una piel más transparente y más amarilla que la cera. Semejante a una araña lista para arrojarse sobre su presa, la vieja, armada de largas tijeras, espiaba con ojo celoso todas estas figuras; luego, de improviso, se arrojaba sobre ellas y cortaba una al azar. Y entonces del tapiz salía un clamor lúgubre que hubiera helado el corazón del más valiente. Lágrimas de niños, sollozos de madres, desesperación de aquellas que aman, último murmullo de la vejez, se hubiera dicho que todos los dolores humanos se confundían en este supremo gemido. A este grito la vieja respondía con una carcajada; su asqueroso rostro se iluminaba de una alegría feroz, mientras que una mano invisible volvía a juntar los hilos de esta tela eternamente destruída, eternamente refaccionada.

Ya la vieja, volviendo a abrir sus tijeras, se acercaba a la tapicería, cuando vió la sombra de Carlino.

—Sálvate, desgraciado, le gritó, sin volverse; sé lo que aquí te trae y nada puedo hacer por ti. Dirígete a mi hermana, tal vez hará ella lo que deseas. Ella es la vida, yo soy la muerte.

Nuestro aventurero no se lo hizo repetir dos veces; siguió caminando feliz de huir de esta escena de horrores.

Pronto el país cambió de aspecto: Carlino se encontró en un valle fértil. Por todas partes sembrados prados en flor, viñas entrelazadas en guirnaldas, olivares cubiertos de frutos. A la sombra de una higuera, al borde de una vertiente, estaba sentada una mujer ciega que acababa de enrollar al rededor de su huso hilos de oro y de seda. Cerca de ella habían en hilera ruecas cargadas de fibras de todas clases: lino, cáñamo, lana, seda y lo demás.

Cuando hubo concluído su ocupación, el hada alargó su mano temblorosa, tomó una rueca al acaso y se puso a hilar.

Carlino hizo un profundo saludo a la dama y con voz conmovida, trató de contar la historia de su peregrinación, pero, a las primeras palabras, la hada lo detuvo.

—Hijo mío,—le dijo,—no puedo hacer nada por ti. No soy más que una pobre ciega, y no me doy cuenta yo misma de lo que hago. Esta rueca que no he escogido va a decidir de la suerte de todos aquellos que nacen a esta hora. Riqueza o pobreza, felicidad o desgracia, están sujetos a este hilo que yo no veo. Esclava del destino, no puedo crear nada. Dirígete a mi otra hermana, pueda ser que ella haga lo que tú deseas. Ella es el nacimiento, yo soy la vida.

—Gracias, señora, dijo Carlino.

Y, con el ánimo ligero, corrió en busca de la más joven de las Parcas.

La encontró pronto, bella y fresca como la primera. Al rededor de ella, todo germinaba, todo nacía; el trigo rompía la tierra y alargaba sus puntas verdes en medio de negras zanjas, los naranjeros abrían sus flores, las yemas de los grandes árboles hacían estallar sus escamas rojizas, los polluelos, apenas emplumados, corrían al rededor de la gallina inquieta, los corderitos tiernos colgábanse de las mamas de sus madres. Era la primera sonrisa de la vida.

El hada acogió al príncipe con toda bondad. Después de haberlo escuchado sin reirse de su locura, lo convidó a comer con ella y a los postres le dió tres limones y un cuchillo de mango de nácar y de plata.

—Carlino, le dijo, puedes volver ya a casa de tu padre: has ganado el premio; has encontrado lo que buscabas. Parte, pues, y cuando llegues a tu reino, en la primera fuente que encuentres, corta uno de estos limones; saldrá una hada que te dirá: "Dadme de beber". Sírvele pronto el agua que te pide, si no ella se deslizará de entre tus dedos como un rayo de luz. Si la segunda se te escapa también, ojo con la última: dale pronto de beber y tendrás una mujer según lo desea tu corazón.

Ebrio de gozo, el príncipe besó diez veces la amable mano que colmaba todas sus esperanzas. Era más afortunado que sabio, y no merecía alcanzar éxito. Pero qué! las hadas tienen sus caprichos y la fortuna es siempre hada.

Del fin del mundo al reino de las Torres Bermejas hay distancia. Atravesando tierras y mares, Carlino debió soportar más de una tempestad y salvó de más de un peligro; pero por fin, después de largo camino

Y he aquí que queda entre sus manos una bella y esbelta doncella

y de mil pruebas, llegó al país de sus padres, llevando siempre consigo los tres limones que había cuidado como la pupila de sus ojos.

No estaba a más de dos horas del castillo real, cuando llegó a un espeso bosque en el cual había cazado en más de una ocasión. Una fuente transparente, rodeada de hierba, sombreada por los abedules de hojas temblorosas, invitaba al

viajero a reposar. Carlino se sentó sobre un tapiz esmaltado de margaritas, y tomando su cuchillo, cortó uno de los limones.

De improviso se levanta delante de él, como un rayo de luz, una doncella blanca como la leche, roja como las fresas.

—Dame de beber,—dijo ella.

—¡Qué hermosa es!—exclamó el príncipe, tan deslumbrado por los encantos de la aparición, que olvidó los consejos de la Parca.

En mala hora lo hizo: en el lapso de un segundo el hada había aparecido y vuelto a desaparecer. Carlino se golpeó la cabeza, y se quedó tan asombrado como un muchacho que deseara beber agua con los dedos de la mano abiertos.

Procuró calmarse, y, con mano insegura, partió el segundo limón; la segunda hada era todavía más bella y más fugitiva que su hermana. Mientras Carlino la admiraba embebido en su hermosura, ella se voló en un abrir y cerrar de ojos.

Esta vez el príncipe se echó a llorar desconsoladamente; se hubiera dicho que la fuente y él no formaban sino una sola persona. Sollozaba, se arrancaba los cabellos, pedía para su cabeza todas las maldiciones del cielo.

—¡Qué desgraciado soy!—exclamaba—dos veces la he dejado escapar como si tuviese atadas las manos. ¡Tonto de mí! merezco mi suerte. Yo que debiera haber corrido como un lebrel, me quedo aquí clavado como un tronco. En fin, todo no se ha perdido: a la tercera va la vencida. Si este cuchillo que me ha regalado la Parca me engaña también esta vez, ya sé lo que debo hacer!

Hablando de esta manera, corta el último limón. Sale la tercera hada y dice como sus compañeras:

—Dame de beber.

Pero esta vez el príncipe le ofrece de beber y he aquí que queda entre sus manos una bella y esbelta doncella blanca como la crema y con las mejillas sonrosadas; se hubiera dicho de un clavel que se abriese a los primeros rayos matinales. Era una maravilla como el mundo la había visto jamás, una belleza sin semejante, una frescura sin igual, una gracia que no existe siquiera ni soñada. Sus cabellos eran más blondos que el oro, sus ojos azules de una dulzura límpida, permitían leer hasta el fondo de su alma, sus labios rosas parecían no abrirse más que para consolar y cantar; en dos palabras, desde la cabeza a los pies, era la persona más encantadora que haya jamás caído del cielo sobre la tierra; es una desgracia que no nos hayan conservado su retrato.

Contemplando a su novia, el príncipe perdía la cabeza de sorpresa y de júbilo; no podía comprender cómo de la corteza amarga de un limón había podido salir ese milagro de blancura y de bondad!

—¿Duermo?—decía.— ¿Sueño? Si soy el juguete de una ilusión, por piedad no me despertéis.

La sonrisa del hada fué su confirmación; aceptó la mano que le ofrecía el príncipe, y fué ella la que pidió primero que ambos se presentaran al buen rey de las Torres Bermejas, quien se alegraría tanto al ver a sus dos hijos.

—Alma mía,—dijo Carlino,—tengo tanta prisa como tú por llegar a presencia de mi padre y probarle que tenía razón; pero no podemos entrar al castillo, cogidos del brazo, como dos burgueses cualesquiera, que vuelven del campo. Debes llegar como princesa; como a reina deben recibirte. Espérame en este sitio; corro al palacio y antes de dos horas vuelvo con los vestidos dignos de ti, con el equipaje y el séquito que en adelante ya no te abandonarán más.

Después de lo cual él le besó tiernamente la mano y partió.

Cuando se encontró sola, la joven tuvo miedo; el grito de un cuervo, el ruido del bosque, una rama seca que desgajaba el viento, todo la asustaba. Temblando, miró en torno de sí, y vió junto a la fuente una vieja encina, cuyo tronco, carcomido por los años, le ofreció un abrigo. Trepó al árbol, en donde quedó oculta casi por entero; sólo la cabeza encantadora aparecía rodeada de follaje y se reflejaba en la onda transparente como en limpio espejo.

Pero, había por ahí cerca una esclava, una negra a quien su ama enviaba todos las mañanas a buscar el agua a la fuente. Lucía, tal era el nombre de la africana, llegó como de costumbre con su cántaro al hombro; pero en el momento de llenarlo, ella vió en el agua la imagen del hada. La tonta, que no se había mirad-

jamás, se imaginó que este rostro era el suyo, y exclamó:

—¡Pobre Lucía! tú, tan bella, tan fresca! y la patrona te envía a la fuente como una bestia de carga. ¡No, jamás!

Y en su vanidad, rompió el cántaro y volvió a la casa.

Cuando su ama le preguntó por qué estaba roto el cántaro, la esclava respondió alzándose de hombros.

—Tanto va el cántaro al agua, que al fin se rompe.

Su patrona le dió un barrilito de madera, y la mandó que fuera inmediatamente a llenarlo.

La negra corrió a la fuente y mirando con amor la imagen que temblaba en el agua, suspiró y dijo:

—No, yo no soy un mono, como lo repiten: soy más bella que mi ama. Sólo los asnos cargan toneles.

Cogió el barril, lo arrojó por tierra, lo hizo mil astillas y regresó gruñendo a casa.

Cuando la patrona, que la esperaba, le preguntó dónde estaba el barril, la esclava respondió con rabia:

—He tropezado con un asno, el barril se cayó y se rompió.

Al escuchar tales palabras, la señora perdió la paciencia y tomando una escoba dió a la africana una de esas lecciones que no se olvidan en muchos días, y en seguida, descolgando un odre de cuero que colgaba del muro:

—Corre, miserable topo,—le dijo,—si dentro de un momento no me traes el odre lleno de agua, ya te arreglaré las cuentas de alguna manera.

La negra puso los pies en polvorosa. Había visto el relámpago, el trueno le daba pavor. Pero apenas había llenado el odre, Lucía miró hacia la fuente, y encontrándose con la imagen que le sonreía:

—No, exclamó con furia, no seré más bestia de carga; no he nacido para reventar como un perro al servicio de una ama endemoniada!

Diciendo esto, se quitó de la cabeza un

Una hada pérfida ha hecho de mí su víctima, la mala suerte ha cambiado vuestra azucena en carbón

alfiler que prendía sus cabellos, atravesó el odre de parte a parte y lo convirtió en un arroyuelo del cual salían mil surtidores de agua. Al ver esto el hada escondida en el árbol, se echó a reir; la negra levantó los ojos, vió a la bella y lo comprendió todo.

—¡Bueno!—se dijo la esclava, tú me la pagarás!

Luego, con su voz más dulce:

—¿Qué haces allá arriba, hermosa niña?—preguntó.

Y el hada, que era tan buena como bella, se puso a consolar a la esclava, departiendo amigablemente con ella. La amistad prende fácilmente en los corazones ingenuos. El hada, sin desconfianza, contó punto por punto a la negra todo lo que le había pasado con el príncipe; cómo se encontraba sola en el bosque, y cómo de un momento a otro, Carlino llegaría con gran séquito para conducir a su novia ante el rey de las Torres Bermejas, y desposarla delante de toda la corte.

Escuchando este relato la africana, que rebosaba malicia y envidia, concibió una idea abominable:

—Señora,—le dijo,—vuestro esposo se acerca con toda su corte, es preciso prevenirse; vuestros cabellos están en desorden; dejadme subir hasta donde estáis y os arreglaré el peinado.

—Sed bienvenida como el primer día de Mayo,—respondió el hada con graciosa sonrisa,—y tendió a la negra su mano blanca que, cogida entre dos patas negras, parecía un espejo de cristal en un marco de ébano.

Una vez que se hubo subido, la pícara esclava desanudó los cabellos de la hada y comenzó a peinarlos; en seguida, tomando un largo alfiler, se lo enterró con presteza en el cerebro. Sintiéndose herida: la hada gritó:

—Paloma, paloma!

Y de pronto se convirtió en un pichoncito y se voló por los aires. Después de lo cual la horrible negra ocupó friamente el lugar de su víctima, y alargó su cabeza entre el follaje. Se hubiera dicho una estatua de laca en un nicho de esmeralda.

Mientras tanto, el príncipe, montado en magnífico corcel, acudía a todas riendas, llevando detrás de sí una larga cabalgata que levantaba nubes de polvo. Quien se quedó espantado al encontrar un cuervo en donde había dejado un cisne, fué el pobre Carlino; poco faltó para que perdiera el conocimiento. Quiso hablar; las lágrimas le sofocaron la voz. Miró hacia todos lados, buscando a su bien amada debajo de cada hoja. Pero la negra, adoptando un aire de sufrimiento, le dijo, bajando los ojos:

—No busques más, príncipe mío; una hada pérfida ha hecho de mí su víctima; la mala suerte ha cambiado vuestra azucena en carbón.

Aunque maldiciendo a las hadas que se habían burlado de su credulidad, Carlino, como verdadero príncipe que era, no quiso faltar a su palabra. Tendió galantemente su mano a Lucía y la ayudó a descender del árbol, no sin dejar escapar suspiros capaces de conmover hasta a las encinas del bosque.

Cuando hubieron vestido a la africana de princesa, cuando la hubieron cubierto de diamantes y encajes, lo que le sentaba como las estrellas a la noche, haciéndola más negra, Carlino la hizo sentarse a su derecha en una carroza toda de espejos, tirada por seis caballos blancos. En tal forma prosiguió el camino hacia la Corte, con la alegría de un condenado que tiene ya la cuerda al cuello.

A una legua del castillo encontraron al rey. Los relatos maravillosos de su hijo le habían trastornado la cabeza. A pesar de la etiqueta y de los chambelanes, acudía para admirar la incomparable belleza de su yerna. Cuando en lugar de paloma que le habían prometido, se encontró con una corneja:

—Per Baccho,—exclamó,—esto es demasiado fuerte. Yo sabía bien que mi hijo era loco, no me habían dicho que era también ciego. ¿Y es éste el lirio incomparable que ha ido a buscar al fin del mundo? ¿Se imagina que sufriré este nuevo insulto a mis cabellos blancos? ¿Creen que dejaré el imperio de las Torres Bermejas, esa gloriosa herencia de mis antepasados, a chiquillos morunos? Yo no quiero que ese espantajo entre a mi palacio!

El príncipe se arrojó a los pies de su padre y procuró enternecerlo. El primer Ministro, hombre de grande experiencia, hizo ver a su señor que en la corte, de la noche a la mañana, lo blanco se tornaba negro, y lo negro se convertía en blanco:

Acordadme la gracia de perdonar a esta infeliz

no había por qué asustarse de una metamorfosis tan natural y que cesaría desde el primer momento. ¿Qué podía hacer el señor de las Torres Bermejas? Era rey, era padre, y a ese doble título, acostumbrado a hacer siempre lo que los demás querían, no tuvo otra cosa que hacer sino conformarse de malas ganas a la singular unión. La gaceta de la Corte anunció a todo el reino la feliz elección que había hecho el príncipe, y ordenó al buen pueblo que se regocijara. El matrimonio se postergó solamente por ocho días; no se podía hacer en menos tiempo los preparativos de la gran ceremonia.

Llevaron a la negra a magníficos departamentos; condesas se disputaron el honor de calzarle las pantuflas, duquesas obtuvieron, no sin esfuerzos, el glorioso privilegio de pasarle la camisa; en seguida se empavesaron la ciudad y el castillo de banderas de todos colores, se reconstruyeron murallas, se plantaron cipreses, se enarenaron las avenidas; se vistieron con nuevas palabras antiguos discursos, se pusieron de moda nuevamente las viejas bromas, se recompusieron poemas y madrigales que habían trajinado ya por todos los meollos. No hubo en todo el reino más que una divisa: agradecer al príncipe el haber escogido una compañera digna de él.

La cocina no fué olvidada: trescientos ayudantes, cien cocineros, cincuenta jefes de cocina, bajo la dirección del famoso Bouchibus, director de los proveedores del rey, se pusieron a la obra. Se mataban cochinillos, se degollaban corderos, se desplumaban palomas, se trufaban los pavos; una matanza general.

En medio de toda esta agitación, un hermoso pichón, de alas azuladas, vino a posarse sobre una ventana de la cocina. Con voz dulce y quejumbrosa, cantaba suspirando:

Ru-cu, ru-cu, ru-cu; jefe de cocina, dime ¿qué hace el príncipe con la sarracena?

El gran Bouchibus estaba muy ocupado en los negocios públicos para poner atención al lenguaje de una paloma; pero a la larga se sorprendió de escuchar el lenguaje de un pájaro, y creyó hacer una cosa buena anunciando esta maravillosa noticia a su nueva ama. La africana no desdeñó bajar a la cocina, y tan pronto como hubo escuchado semejante música, ordenó al jefe de cocina que pillara la paloma e hiciera con ella un estofado.

Dicho y hecho; la pobre paloma se dejó pillar sin resistencia. En un instante, Bouchibus, armado de gran cuchillo, le cortó la cabeza, y la arrojó al jardín. Tres gotas de sangre cayeron, y tres días más tarde salió de la tierra un hermoso retoño de limonero que creció tan ligero que antes de esa misma noche se había cubierto ya de flores.

Sucedió que el príncipe, tomando el fresco en su balcón, vió este limonero que no había visto jamás. Llamó al cocinero y le preguntó quién había plantado tan hermoso arbolito. El relato de Bouchibus intrigó vivamente al príncipe; de tal modo que ordenó que, bajo pena de muerte, nadie tocase al limonero, y que tuvieran con él el más grande cuidado.

Al día siguiente, al despertar, el príncipe corrió al jardín. Había ya tres limones en el árbol en todo parecidos a los que la Parca le había regalado. Carlino cogió los bellos frutos y se encerró con doble vuelta de llave en sus departamentos.

Con mano conmovida llenó de agua una copa de oro, guarnecida de rubíes, que había pertenecido a su madre, y abrió el cuchillo, que no había abandonado jamás.

Partió un limón, y apareció la primera hada. Carlino la miró apenas y la dejó que se volara. Otro tanto hizo con la segunda; pero en cuanto apareció la tercera, el príncipe le tendió la copa y ella bebió sonriendo, más bella y más graciosa que nunca.

Entonces el hada contó al joven príncipe todo lo que había sufrido por culpa de la malvada negra, y Carlino, fuera de sí, colmado de furor y colmado de alegría, se puso a gritar, a maldecir, a cantar, a llorar. Se podía decir sin exageración que en un abrir y cerrar de ojos pasaba del cielo al infierno y del infierno al cielo.

Tantas y tantas cosas hizo, que el rey acudió alarmado. Llególe a su vez el turno de volverse loco; se puso a bailar con la corona en la cabeza y el cetro en la mano. De improviso se detuvo, frunció el entrecejo, lo cual era signo evidente de que pensaba algo, arrojó sobre su yerna un gran velo que la cubrió de los pies a la cabeza, y tomándola por la mano, la llevó al comedor.

Era la hora del almuerzo.

Los Ministros y la Corte estaban a lo largo de una mesa magníficamente servida; sólo se esperaba la llegada de los príncipes para sentarse. El rey llamó a los convidados uno después de otro, a medida que cada uno se acercaba a la hada el monarca levantaba el velo que la cubría, y preguntaba al recién venido:

—¿Qué se debe hacer con el que ha pretendido destruir esta maravilla?

Y cada uno, desvanecido, contestaba a su manera. Algunos propusieron que se le colgara, otros querían que se le pusiera una piedra al pescuezo y se arrojara al agua. Cortarle la cabeza le parecía a un Ministro castigo muy suave; votó porque se le descuartizara vivo y la asistencia aplaudió con entusiasmo.

Cuando le tocó el turno a la negra, se acercó sin desconfianza y no reconoció al hada.

—Señor, le dijo al rey, el monstruo que ha podido afligir a esta encantadora criatura merece seguramente ser quemado vivo en un horno y que se esparzan sus cenizas al viento.

—Te has juzgado a ti misma, exclamó el rey de las Torres Bermejas.—¡Maldita, reconoce a tu víctima, y prepárate a morir! Que levanten una hoguera en la gran plaza del castillo. Quiero que mi buen pueblo tenga el placer de ver achicharrarse a esta bruja.

—Señor,—dijo la joven hada tomando la mano del rey,—Su Majestad no me negará un regalo de bodas.

—Por cierto, hija mía,—dijo el viejo rey,—pide lo que quieras. Si quisieras mi corona, sería feliz con podértela ofrecer.

—Señor, respondió el hada,—acordadme la gracia de perdonar a esta infeliz. Esclava, ignorante, miserable, la vida no le ha enseñado otra cosa que el odio y la envidia; dejadme hacerla dichosa y en-

señarle que la felicidad aquí abajo, consiste en amar.

—Hija mía,—dijo el rey,—se comprende que eres hada; no entiendes nada de lo que es justicia humana. Entre nosotros no se corrige a los malvados, se les mata. Pero, en fin, te he dado mi palabra; tomad esta serpiente, yo no me opongo.

El hada levantó a la negra que le besaba las manos llorando y todos se sentaron a la mesa. El rey estaba tan contento, que comió por cuatro. En cuanto a Carlino, que no separaba los ojos de su novia, se cortó cinco o seis veces los dedos por distracción, lo cual, en vez de enojarlo, lo puso de buen humor. Todo se convierte en placer cuando el corazón se encuentra bajo el influjo de un encanto.

Cuando murió el anciano rey, colmado de años y de gloria, Carlino y su amable esposa, subieron al trono heredado. Durante medio siglo, si se ha de dar crédito a la historia, no aumentaron los impuestos, y no hicieron derramar ni una gota de sangre ni lágrimas; así es que hace más de mil años que el pueblo de las Torres Bermejas suspira todavía al recordar esa edad lejana, y no son únicamente los niños los que preguntan cuándo volverá el buen tiempo en que reinaban las hadas.

LA MUERTE

Cuando dije a la vieja que me dejase solo, me respondió:

—Señor, tengo que concluir unos rezos para que no le venga el mal que le va a venir.

—Quédate, entonces.

Intermitentemente, llegaba de mis oídos a la fiebre interior, el musitar igual y glutinoso de María del Carmen.

La vieja, que crió a mi madre y fué aya mía y de mis hermanos, es una heroica enfermera que, por oír más pronto mis llamados, se acurruca como un perro en una silla baja a los pies de mi cama.

Gusta de enseñarme, como cuando era niño, y me confía esos secretos de la naturaleza que, inaccesibles a los hombres de ciencia, llegaron a ella, transmitidos de generación en generación, por la voz sagrada y medrosa de su madre. A veces le hablé en contra de aquello y hoy, tras de cada consejo, acostumbra contarme un ejemplo con su tono tembloroso de vejez y superstición.

—¿Está dormidito?...

—No, María del Carmen.

Habíame quedado con los ojos cerrados, en esa gran fatiga de la fiebre, cuando parece que el cerebro es un biógrafo de películas rápidas e incoherentes.

—Entonces, antes de irme, le voy a contar un caso, para que no dude de mis rezos...

La hice apagar la luz para que entrara la luna y le oí el caso. Me habló de su madre. La voz de la vieja se adelgazaba con la ternura del recuerdo.

Me contó que había vivido muchos años, muchos, ella no sabía cuántos. Había sido muy sana. Vivía en una chocita con una pequeña faja de tierra que un hermano muerto por aquellos tiempos, cultivaba para la sustentación de todos. Eran felices. Pero un día la luna se había puesto del color de las naranjas, al pasar frente al álamo alto que estaba en el linde de sus chacras y su madre había agachado la cabeza y no había querido comer... Iban a venir lluvias, grandes lluvias desde las cordilleras del oriente hasta las montañas del mar. El agua iba a podrir las siembras. Aquel año iban a pasar hambres. Pero se acordó de

la Virgen del pueblo, la milagrosa, la que se llevaron a la capital del departamento porque le tuvieron envidia a los pobres comarqueños y fué a pie, por devoción,—tenía caballos,—al santuario que estaba a siete leguas. Fué al alba y volvió al atardecer. Aquella noche, rendida de cansancio, se sentó, mientras ella cocinaba, en la puerta de la vivienda. Estaba contenta; la Virgen había oído su ruego. Volvía a estar blanca la luna y no había una nube que tapase ninguna de las estrellas del cielo.

Ella la llamó a comer. Estaban ya cocidas aquellas albóndigas que le gustaban tanto: Venga, madre! y por volverse a contestarle, dejó pasar al chuncho, silbando la muerte, sin conjurar el mal...

No se sentó a la mesa. El que no dice: Ven mañana a buscar sal..., cuando pasa el chuncho, muere la misma noche...

María del Carmen sollozó. El recuerdo proyectaba vigorosamente en su memoria aquella noche lejana y fatal. A la luz de la luna, la vi sacar su enorme pañuelo rojo y enjugarse las lágrimas. Luego prosiguió contándome.

Su madre no se había sentado a la mesa. Se acostó y comenzó a rezar, para prepararse a bien morir. Ella estuvo a los pies de la cama, como ahora estaba conmigo. Acabó su rezo y se volvió de cara a la pared. La encontraron muerta en la mañana...

Oí todo eso con la agudeza que para algunas cosas da la fiebre.

—Me rezaste a mí? le dije.

—Sí, señor, todo lo que había que rezarle...

—Anda a acostarte.

Fué a salir y al abrir la puerta, entró, extraño en la tibieza de mi pieza de enfermo, el hálito frío de la noche. Vi a la vieja detenerse con una mano en alto aferrada a la puerta.

—¿Qué hay?...

—Que lo voy a acompañar toda la noche.

Me explicó. La luna estaba del color de las naranjas. Alguien debía defenderme del ataque de los malos espíritus que iban a venir cuando me durmiese...

Cerró la puerta.

Quise hacer que se fuera y callé, convencido de que no iba a obedecerme con esa porfía, nacida del cariño, que tienen las viejas que nos cuidaron cuando niños.

Volvió a sentarse en la silla baja y como una agua intermitente y espesa, sentí el rumor de su rezar...

Pronto divisé la luna por la ventana alta y tuve un calofrío: era una luna grande como un globo fantástico y roja como una mancha de sangre luminosa.

Cerrados los ojos, procuré dormir y dióme la fiebre un sueño ligero y lleno de inquietud.

Despertaba a cada momento, porque María del Carmen se levantaba a tocarme la frente y luego alta y delgada, como una sombra ilusoria, se empinaba a mirar por la alta ventana para tratar de ver el color del cielo.

Y entonces, afuera, fuertes golpes de viento azotaban los viejos naranjos del patio.

JORGE HÜBNER BEZANILLA.

Las cualidades morales de la buena dueña de casa

Por
E. BEAUPIN

Al escribir estas páginas no me propongo hacer un curso de enseñanza doméstica; las cuestiones técnicas de economía doméstica, no son de mi competencia.

Pero me parece que al lado de los cursos de costura y cocina de los colegios, deben colocarse las lecciones de moral doméstica.

Si es importante enseñar a la mujer los procedimientos prácticos que le permitirán dar a los suyos, con el menor gasto, un alimento más higiénico, e iniciarla en los secretos para la buena conservación de los muebles y de la ropa, ¿sería menos necesario decirle algo sobre las virtudes que debe poseer para estar a la altura de su tarea de dueña de casa y para que saque provecho de los excelentes consejos que ha recibido? La ciencia cualesquiera que sea, es inútil, si le falta a la persona que la ha adquirido la energía necesaria para utilizarla.

Me parece, pues, oportuno exponer brevemente, cuáles deben ser las **principales cualidades morales de la buena dueña de casa.**

Llamado a dar conferencias en reuniones de madres de familia, he abordado a menudo este asunto. La benevolencia con que han sido oídos mis consejos, me ha inducido a creer que no sería inútil darles mayor difusión, ordenando las notas de que me he servido para esas conversaciones familiares.

Aunque incompletas, espero que ayudarán a otros a proseguir una propaganda de ideas sanas, que contribuirá aunque sea imperfectamente, a la formación moral de la mujer, llamando su atención sobre los graves deberes que le incumben.

I.—La misión de la mujer en el hogar

Para convencer a la mujer de la importancia del lugar que ocupa en el hogar, nos limitamos a menudo a insistir sobre las ventajas materiales que le procurará un conocimiento más profundo de la ciencia doméstica. Necesita, decimos, ser instruída para que pueda hacer un empleo juicioso de los recursos domésticos, y realizar en el gobierno de su casa serias economías, por medio de las cuales podrá mejorar las condiciones de la existencia de los miembros de la familia.

Todas esas reflexiones son justas; ¿pero no tendrán mayor autoridad y no ejercerán mayor influencia sobre los espíritus si se les presenta unida como conviene a las **ideas morales de las cuales dependen?**

*
* *

El hombre ha recibido la misión de sacar un valor positivo de las riquezas del Universo; lo vemos colocado en el centro de las cosas, a fin de emplearlas de un modo útil a sí mismo y a sus semejantes. Cualquier despilfarro a que se entregue, reviste el carácter de desorden moral. Así como no tenemos derecho para mutilar nuestro ser físico, no lo tenemos tampoco para perjudicar nuestra personalidad moral. Los innumerables recursos que tenemos bajo nuestra mano y que sacamos de la naturaleza, son los instrumentos de esa labor magnífica. Cada uno es responsable ante su conciencia y ante sus semejantes de la herencia recibida de los

antepasados, y todo lo que él mismo agregue por medio de su propia actividad.

Así como el Ministro de Finanzas en un Estado bien dirigido, tiene a su cargo la buena distribución de los dineros públicos, así la mujer en el hogar doméstico, tiene el riguroso deber de hacer un uso inteligente de todo lo que tiene a su disposición para el bien de la comunidad a la cual pertenece. Es una gerente. Todos sus actos deben ser, pues, reflexivos y tan sólo por eso, su tarea se eleva a sus propios ojos y toma una amplitud inmensa.

Desde esa altura debe mirarla si quiere comprender su grandeza y substraerse a las tentaciones de pereza e imprevisión que la asaltan por todas partes.

No se trata sólo de que aprenda a cocinar muy bien con poco dinero para satisfacer el gusto de su marido y de sus hijos. La mujer puede dar a su conducta móviles más nobles que la harán concebir mejor la belleza de su misión.

Es en el cuadro de la vida material donde evoluciona nuestro sér moral.

He aquí por qué la primera cualidad de una buena dueña de casa y la que mejor nos prueba la elevación de su alma **es el respeto por las cosas.**

Ese respeto es la actitud práctica que tomamos respecto a los bienes útiles para el mantenimiento de la vida.

Según sea la idea que nos formemos de nuestra misión en la tierra y del objeto de la vida, y según la magnitud que le atribuyamos al papel del hombre en el seno de la naturaleza, así respetaremos las cosas de que nos servimos.

Si sólo nos definimos como centros de goces egoístas, y sólo buscamos la manera de aumentar las ocasiones de halagar nuestros sentidos, y de fomentar las malas pasiones, no seremos sino consumidores orgullosos e inútiles. Beber, comer, dormir y vestir, nos parecerán fuentes de satisfacciones para nuestros sentidos, y no simples medios de mantener y proteger la vida material, para que ella sea una mejor condición de la vida moral, la única digna de tomarse en cuenta y que tiene valor.

Para comprender nuestros deberes respecto a nuestro cuerpo, es necesario que nuestro espíritu rompa el velo de las apariencias y alcance el fondo de las realidades invisibles; recordando que en el pan que comemos, en los vestidos que llevamos y en el techo que nos abriga, no hay para nosotros sino un cuadro para el trabajo de nuestra alma.

Por eso el buen uso de las cosas, no será para la mujer que ha comprendido esas verdades, el simple efecto de un cálculo interesado, sino que lo considerará como necesario y sabrá que todo lo que poseemos nos crea responsabilidades.

La ciencia de la economía doméstica es, pues, para la mujer, a más del conocimiento técnico de los procedimientos para el mejor gobierno de una casa, la conciencia de sus responsabilidades. Estudiando el arte de organizar la vida material, ella aprende a discernir el valor de las cosas de la vida: se da cuenta de los bienes de que dispone, ve su lugar en la sociedad familiar, y se coloca al frente de las perspectivas que se abren después del escrupuloso cumplimiento de sus modestas funciones. Héla ahí iniciada en el alcance divino y humano de su papel.

Del respeto que dé a las cosas se desprende, pues, para ella una doble lección: si se deja arrastrar por cualesquier despilfarro, se hace culpable de una delapidación de los recursos comunes; si da un empleo defectuoso a la vida material, se expone a lesionar su vida moral.

*
* *

La dueña de casa no puede someterse a una disciplina de severa economía, si no sabe vencerse. **La comprensión de su misión le dicta sus virtudes.** De ese modo aprende a medir en sus resultados el precio de sus menores acciones. Su moralidad se enriquece después de cada esfuerzo que haga para triunfar de sus tendencias al desorden y al despilfarro. Héla ahí determinada a doblegar su voluntad, a adquirir discernimiento y a habituarse a reflexionar antes de obrar.

Que no olvide, pues: que el hombre es tanto más fuerte para el cumplimiento de sus deberes, cuanto más dueño es de sí mismo para saber rehusarse algo y dominar sus instintos. La mujer no puede, pues, tener plena conciencia de su papel y de sus obligaciones, si no se somete a la escuela del buen sentido y del sacrificio. Esas consideraciones la determinarán a

alejarse del lujo, de la vanidad, y del egoísmo. Le será, naturalmente, penoso dejar de satisfacer sus gustos de elegancia, de parecer bien, y de vivir al día, para velar por la buena administración de su casa, pensar en la felicidad de los suyos, y preocuparse de procurarles una existencia capaz de hacerlos felices. Lo hará, sin embargo, bajo el imperio del deber. Su abnegación no se limitará a vanas palabras, sino que será la práctica de una disciplina austera, de orden y de seriedad.

Cumpliendo su tarea, será como ella **conquiste su voluntad.** En el ejercicio de los pequeños deberes se manifiesta y se fortifica nuestro poder para cumplir las graves obligaciones que de vez en cuando encontramos en nuestro camino.

El heroísmo se prepara en el silencio de las disciplinas ocultas. Sólo lentamente y después de muchos años de luchas, logramos adquirir nuestra personalidad, es decir, una voluntad muy bien templada que no desfallezca en las horas trágicas.

La buena administración de los negocios domésticos exige una vigilancia sobre nosotros mismos que no puede desmentirse ni un momento. Un día de pereza o de imprevisión bastan para arruinar todos los esfuerzos anteriores, y para comprometer los resultados adquiridos. La mujer no puede esperar exito si carece de puntualidad, de regularidad y de orden.

Hay que cerrar la puerta a la **frivolidad.** Este defecto no es otra cosa que una mezcla detestable de falta de reflexión, de indolencia y de anhelo por gozar demasiado de la vida.

Ese ardiente deseo de satisfacciones inmediatas, ¿no es una prueba que la que sucumbe a esa tentación, sólo busca la felicidad en lo que no es sino una engañosa apariencia? Es el distintivo de las almas superficiales. Los espíritus iluminados por la razón y la experiencia ven más claro, comprenden que para que la alegría sea estable, necesita de la privación voluntaria de una multitud de falsas alegrías, que es fácil procurarse, pero cuya posesión sólo nos proporciona desengaños en vez de goces. Ceder al llamado imperioso de esas rápidas alegrías, no conduce sino a sumirnos en una profunda tristeza, fruto del desacuerdo entre las verdaderas aspiraciones del corazón, y lo que hemos obtenido demasiado pronto, y que no nos satisface.

El refinamiento y el lujo en las comidas, la ausencia de higiene, la falta de cuidado en la ropa, la ignorancia de la ciencia doméstica, y el desprecio de algunas mujeres por esos conocimientos elementales, tienen su origen en la frivolidad de sus almas y en su anhelo por todos los goces de los sentidos. Dedicándose al arreglo de su casa y ropa, a guisar bien, a preferir lo durable a lo que se acaba pronto, la mujer se aleja de ese materialismo práctico, cuya teoría ignora, pero del que ha hecho la regla de su conducta.

*
* *

Todo en la vida es eminentemente sencillo, porque todo se dirige a un principio esencial que nadie debería ignorar. **Todo lo que hagamos, debe tener por objeto mejorarnos.**

Casi siempre el uso mal entendido de los recursos de la naturaleza es lo que deprava a los hombres, en vez de reformarlos.

La rapidez con que sucumben al llamado de las pasiones tan destructoras de las fuerzas del cuerpo como de las energías del alma, ¿no encuentra su explicación en la manera cómo decaen moralmente, en medio de la vulgaridad de la vida doméstica, con sus gastos desatinados, sus deudas y desorden? Ahí es donde adquieren sus hábitos nefastos y al fin acaban por habituarse a ellos.

La influencia de la mujer sobre la moralidad de la sociedad es más decisiva y más profunda de lo que se cree. Es educadora de los hombres no sólo porque es esposa y madre, sino también porque todos en nuestra existencia, vivimos, trabajamos y morimos en la atmósfera que ella nos ha creado.

Este poder de la dueña de casa, que parece imperceptible, es, sin embargo, enorme; pero oculto, es el poder de la gota de agua que horada la roca a fuerza de caer en el mismo sitio durante siglos. No se puede resistir a esa fuerza, como no se puede tampoco dejar de respirar las miasmas que contiene el aire.

El hogar forma las costumbres y la mujer forma el hogar.

La ciencia doméstica puede, pues, ser más bien que una técnica para pasarlo

bien, una escuela para vivir bien. La mujer debe poseer un valor de alma, que le dará una especie de alcance moral, hasta a las mismas recetas de cocina; un estado de espíritu que le haga comprender que ninguno de sus actos diarios es indiferente. Sabiendo cuál es el poder de su acción, y el alcance de sus responsabilidades, pondrá toda su voluntad, y toda su inteligencia en adquirir el acierto que la hará capaz de llenar lo mejor posible su importante misión.

Muchas mujeres se imaginan que el mejor medio para emanciparse, es substraerse a sus obligaciones tradicionales, para escoger y aceptar otras para las cuales la naturaleza no las ha preparado. ¿No será el mejor medio para librarlas del espejismo de una falsa libertad, realzar a sus propios ojos sus funciones familiares?

Paul Deroulède

EL BERANGER DE LA DERROTA

El león se moría, con los huesos quebrantados, en el abandono de un mundo indiferente a su rugido de alarma. Desconsolado, el poeta soldado del Año Terrible, no era más que una sombra que se arrastraba penosamente sobre sus muletas. Sólo su voz ancha y tonante le quedaba de entre todos los bríos de otro tiempo. Para él, eso era bastante. Podía perorar, invocar, maldecir; invocar a sus muertos y renovar sus ilusorias esperanzas en las generaciones por venir.

A fines de Enero se fué a Niza en busca del sol. La última conmemoración de los caídos del 70 lo había visto erguirse por última vez, como el sumo sacerdote de ese culto, y el espectáculo de su figura maltratada por los años, que se batía heroicamente con la muerte en memoria de sus camaradas de una época ya lejana, había de conmover más a la multitud que su verbo infatigable de patriota reaccionario.

El 30 de Enero, a las 3 de la madrugada, moría en brazos de su hermana.

LOS GRANDES COMETAS

Históricos de Chile

(Versión Popular)

El Cometa Halley (1910)

Por

B. Vicuña Mackenna

Ilustraciones fotográficas

El gran cometa del siglo comienza rápidamente a irse. Cada alborada le vemos desde nuestra ventana, entreabierta por las luminosas alas de la aurora que alumbra el insomnio del trabajo, palidecer más y más como si fuera un inmenso moribundo que agoniza en su sudario blanco y azul, y por lo mismo hemos aguardado esta hora, la hora del final adiós, la hora de la agonía, para seguir en los espacios su cambiante inmensurable estela Es preciso esperar que las grandes creaciones de la eternidad hayan vivido, es decir, que hayan pasado, para narrar su existencia.

Por otra parte, los cometas no mueren, como el hombre, sino para la órbita estrecha en que habitamos como dentro de un microscópico divisadero, porque su cauda, como el alma, es inmortal.

Y cuando creemos que ha desaparecido sólo porque no le divisamos en su inmensa peregrinación por los espacios en el camino de otros astros situados más allá de los astros, de otros soles que giran o se hayan inmutables más allá del sol visible, de otros cielos que se mecen sobre los infinitos de la creación, le verán sin duda otros seres más favorecidos que nosotros mismos en remotos siglos sucesivos; le verán otras almas o las propias nuestras transformadas: le ve-

rán los ángeles de Dios, tal vez, la Eternidad misma que desde su trono los creó con su soplo en la inmensidad de las edades y que desde allí todo lo rige.

El observatorio astronómico de Santiago tiene pronosticado que el gran cometa que nos visitó en 1858, el cometa Donati, no volverá a aparecer en nuestro cielo sino dentro de dos mil cuatrocientos años...

Otro cometa, ya reconocido, tardará 8,000 años, y entre tanto uno y otro, a la par, con innumerables millones de congéneres invisibles, continuarán viajando en torno del sol que nos alumbra y de otros soles que ni la pupila ni el cristal columbrarán jamás, con la velocidad de todas las locomotoras de nuestro planeta acumu-

El gran Cometa de 1882

ladas en velocidad: tan inconmensurablemente inmenso es el espacio.

❦

En este sentido los cometas son para la muchedumbre humana a que pertenecemos algo más que un espectáculo de la alborada o de la media noche. Son como la primera letra errante del alfabeto del cielo, como el signo del "Cristo" en las antiguas cartillas. Los cometas enseñan, inician, abren un resquicio de esplendor en las profundidades de lo invisible o de lo incalculable; y bajo este punto de vista puede decirse que siembran la luz en las mentes nebulosas del vulgo. Cuando ocurren tales apariciones todos aprenden algo de la inmensidad, porque todos interrogan a la inmensidad. Y así podría decirse, tal vez sin metáfora, que los genios inmortales que han iluminado los espacios celestes desde Tolomeo a Flammarion, desde Copérnico a Kepler, desde Galileo a Arago, resplandecen en la cauda brillante que cruza el firmamento. ¿Qué importa que el observatorio de Yungay haya estado una o dos semanas, y con justificada causa, silencioso, cuando los cielos han hablado? ¿Quién no ha encontrado en su alma, en su ventana, en su retina un pequeño observatorio para contemplar la grandiosidad del paso del cuerpo celeste no bautizado todavía con un nombre técnico o histórico; pero que los habitantes de este país, favorecidos con el privilegio de divisarlo con la vista desnuda, gracias a la pureza de su cielo, antes que los del resto del mundo, no podrán jamás olvidar? El cometa de 1882 ha sido, como el de 1843, divisado también de nuestro suelo antes que de parte alguna del orbe habitado; ha sido el primer curso de astronomía popular que el Gran Artífice del Universo haya exhibido para nuestra enseñanza contemporánea en la inmensidad pizarra lapizlázuli de la eterna bóveda celeste. ¿Y esto ha sido a tiempo? Era preciso que los Chilenos tuviéramos algo de muy alto que mirar en los espacios para alzar la vista cansada del agio y de la mina que no son por cierto cosas del cielo.

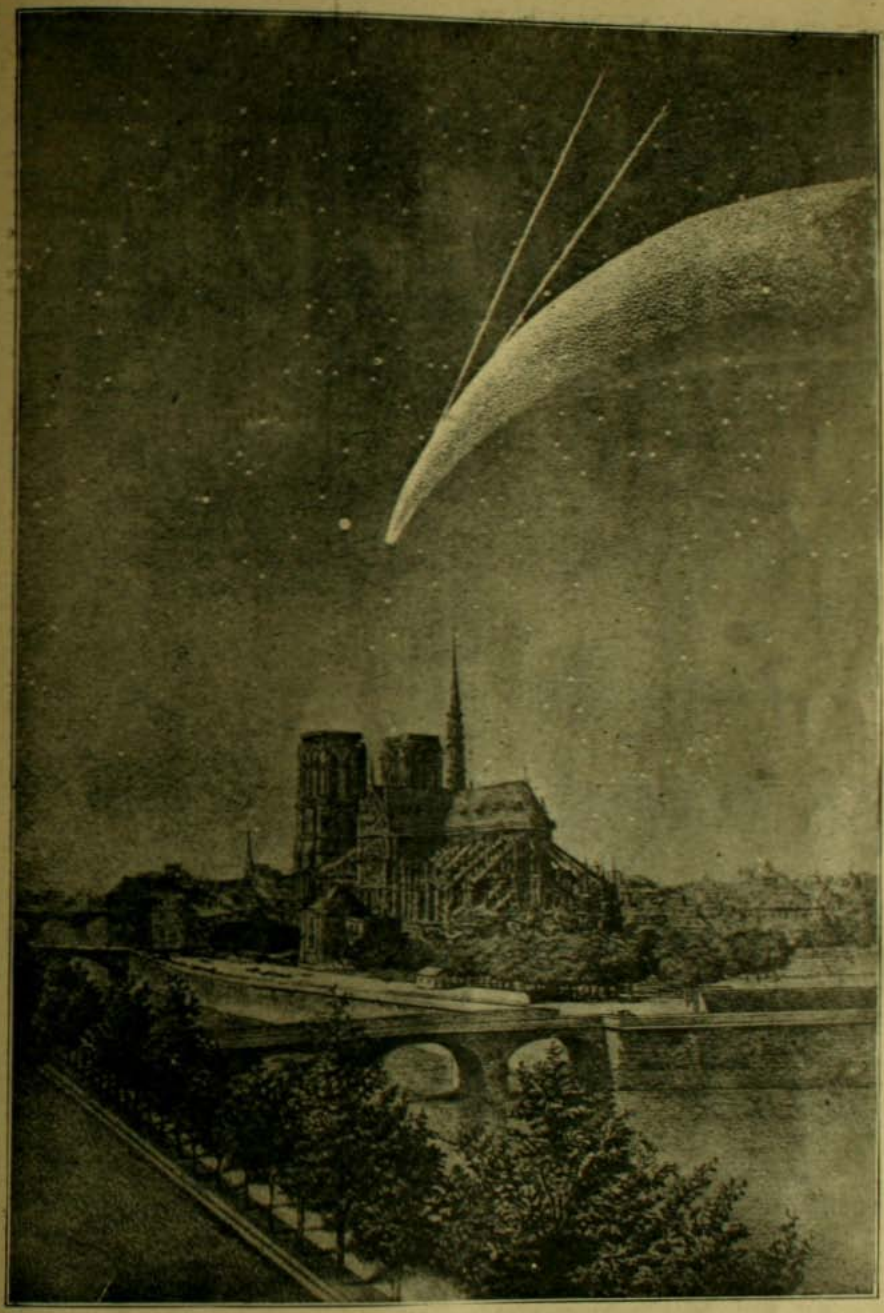
❦

Y allí vamos a seguirle, recorriendo, no en sus parábolas algebráicas, ininteligibles para nosotros como para la muchedumbre de cuyo seno salimos, sino en su tránsito real y aparente por nuestro diáfano clima y nuestra nebulosa historia.

El cometa de 1882 nos conduce como precedente indispensable a recordar a sus predecesores, tan escasos en nuestro cielo como en nuestra memoria. Aludimos a los cometas *visibles* al ojo desnudo y sólo a aquellos que podríamos llamar chilenos, si tal exclusivismo fuera permitido en la ciencia más universalmente conocida, porque han aparecido en nuestro planisferio antes que en otro paraje determinado del mundo por lo cual deberían llevar, conforme a una regla establecida, en algún punto de su diamantino núcleo el nombre de "CHILE".

❦

Sabido es que el número de los cometas en nuestro sistema planetario, es decir, entre la Tierra y Neptuno, ha sido calculado en muchos millones (diez y siete y medio millones según Arago, en 1846, y en veinte millones, según Flammarion, en 1881), y sólo 806 han sido observados durante las edades históricas del género humano, correspondiendo de estos, conforme al cómputo del último gran divulgador de la ciencia de los espacios, una cuarta parte, o sea 205 al siglo XIX. De ellos sólo 19 han sido visibles al ojo desnudo en este propio siglo, cabiendo fama universal apenas a cinco de ellos, de los cuales habremos de ocuparnos en este estudio, a saber, el memorable de 1811, el cometa de las vendimias; el de 1843, rey no destronado todavía del sistema cometario, contemplado desde la tierra; el de 1858, que alumbró en Santiago las alegres fiestas de la juventud; el de 1861, que Liais



El Cometa de Donati en París

El gran Cometa de 1843

asegura haber chocado con la tierra, y el actual, no estudiado todavía sino como una simple y maravillosa aparición celeste

❦

Es digno ante todo de observarse, a este respecto, que ninguno de los cronistas antiguos de Chile, ni aún los mas ilustrados ni siquiera los más supersticiosos e ignorantes mencionan en sus laboriosos pergaminos un solo cometa, lo que prueba que, o no los hubo visibles en nuestra zona, o que como cosa de terror o de castigo de su edad los temerosos monjes o los rudos capitanes que escribieron, los silenciaron. Hablan algunos de estos en muchas ocasiones de terribles cataclismos en la tierra y en la atmósfera: pero, como el candoroso padre Ovalle, limitándose sólo a alabar la pureza de nuestro cielo, sin mencionar ni sus manchas cometarias ni siquiera sus nebulosas.

❦

El mismo Abate Molina, que fué tan adelante de sus tiempos cuanto fué preciso para adquirir la doble gloria de la amistad de Humboldt y una censura de los implacables tribunales que habían condenado en Roma a Galileo dos siglos hacía, no cita la aparición histórica de un solo cometa, y apenas si menciona los meteoros o *bolas de fuego* que tanto espantaron a los pecaminosos oidores de Santiago cuando ocurrió el para siempre memorable terremoto del 13 de Mayo de 1647. Como dato propiamente meteorológico sólo menciona el sabio taiquino una prolongada y brillante aurora boreal vista siete años antes de aquel cataclismo, la cual fué observada permanentemente por los chilenos de aquel tiempo desde el mes de Febrero al de Abril de 1640.

❦

Pero en medio de este silencio de los siglos y de los espacios infinitos, aparece, a la manera del núcleo velado por la penumbra del místico, un genio extraordinario, que se hizo astrónomo, no como Copérnico ni como Tycho-Brahe, sino como San Juan y Jeremías, para probar con las verdades eternas de los firmamentos sus creencias místicas en la transformación del linaje humano y en la reaparición en la tierra de la ciudad y del reino de Dios durante mil años.

Ese hombre, ese genio, ese astrónomo singular y místico fué el chileno don Manuel de Lacunza, que el 19 de julio de 1731 vino al mundo en lo que podría llamarse sin figura el meridiano de la ciudad de Santiago, frente a frente a su colegio jesuítico, en el cual entró a los 16 años para emparedarse en sus sombríos claustros durante su larga vida de observación e intelectual atrevimiento.

Empeñado en manifestar la teoría de los milenarios que adoptó con la fe del mártir y el tenaz entusiasmo del filósofo, Lacunza, a fin de demostrar la posibilidad, o más bien la evidencia (a su sentir) de la destrucción del globo terráqueo que habitamos, y su reemplazo futuro por un mundo posterior infinitamente mejor, fué llevado por la corriente de su genio a admitir todas las grandes demostraciones astronómicas de su tiempo, sin cuidarse de si sus opiniones eran o no ascéticas, de si estaban o no condenadas por el índice de Roma en que su libro fué puesto.

Y comprometiéndose en aquellos años más allá tal vez del punto a que llegaron muchos de los grandes filósofos de la revolución europea, no sólo aceptaba la infinidad de los sistemas planetarios, su habitabilidad, la composición química de sus atmósferas, sino hasta los choques caóticos de los astros que habían ido engendrando los millares de mundos que hoy flotan en el espacio.

❦

Atribuía Lacunza a una de estas concusiones el desvío actual y eterno del eje de la tierra que le imprime su rotación anual, produciendo la diversidad de sus estaciones, pero no se inclinaba, como el milenario Wisthon, a poner esa desviación, que él juzgaba fatal a la salud humana, a la cuenta del empuje y la acción de los cometas.

"La misma causa general, (exclama el filósofo y astrónomo chileno), que produjo en todo nuestro globo un nuevo *mar* y una árida nueva, mudó también necesariamente todo el aspecto del cielo: quiero decir, no solamente el antiguo orden y disposición del sol, de la luna y de todos los cuerpos celestes respecto del nuestro, sino también el antiguo orden y temperamento de nuestra atmósfera. ¿Qué causa general fué ésta? A mi me parece (en la opinión que sigo) que *no fué algún encuentro casual de nuestro globo con algún cometa*, sino la misma mano omnipotente y sapientísima aunque invisible del Creador y gobernador de toda la máquina: el cual indignado contra la tierra, extremadamente *corrupta et repleta eniqui-*

tate, la hizo moverse repentinamente de un polo a otro quiero decir: inclinó el eje de la tierra veintitres grados y medio, haciéndolo mirar por una de sus extremidades hacia la estrella que ahora llamamos polar, o hacia la extremidad de la cola de *Orsa minor*.

Reconocía Lacunza, en consecuencia, a cada astro una atmósfera, una respiración y vitalidad aparte, y este le llevaba sin esfuerzo a admitir con los más atrevidos astrónomos modernos la habitabilidad no sólo de los planetas que giran como la tierra; sino de las estrellas fijas, que yacen a billones y trillones de leguas más allá del sol y de nuestro limitado sistema planetario. *La Pluralidad de los mundos* de Flammarion había sido escrita un siglo antes por el astrónomo del Génesis de Chile.

Escuchémosle en estas demostraciones que no sólo son ingeniosas sino que para su tiempo y para un sacerdote sanfiaguino tenían casi la arrogancia de las herejías puestas en la tabla del Espurgatorio romano.

"Si hay, exclamaba a guisa de pregunta, en su capítulo XV de la parte III de la *Venida del Mesías*, titulado, *Estado de nuestro orbe terráqueo y de todo el universo-mundo después de la resurrección y juicio final*, si hay o no *in rerum natura*, un cielo sólido, altísimo, igneo o sea lúcido, superior a todo lo creado material, en cuya superficie o convexidad inmensa, inmensurable, haya un lugar determinado o un Paraíso donde se manifieste a los bienaventurados la gloria de Dios y Dios mismo: y vos me respondéis distinguiendo tres cielos *Aéreo, Etéreo, y Empíreo*: los dos primeros flúidos y el tercero sólido. ¿Mas todo ésto sobre qué fundamento? ¿Sobre qué revelación auténtica y clara?

¿Sobre qué buena física? ¿No os he negado ya vuestro cielo platóneo que llamáis Empíreo? ¿Con qué buenas razones lo probáis de nuevo? ¿Sólo con suponerlo e imaginarlo y después afirmarlo?

"¿Fuera de esto: hagamos aquí, como de paso, una brevísima reflexión. El primer cielo decís que es Aéreo o la atmósfera de nuestro globo, pues se llama frecuentemente en la Escritura Santa: *nubes coeli, volucres coeli, etc.* ¿Y pensáis que en todo el universo mundo no hay más atmósfera que la nuestra? Consultad este punto con los que saben algo de Astronomía física y os darán una grande lista de *otras innumerables atmósferas* o de otros *cielos aéreos* anilozos al nuestro. Primero la atmósfera de la Luna (si acaso la tiene, como pretenden muchos modernos, y si la tiene será tenuísima, según mi pobre juicio). Segunda: la de Venus, tercer cielo de los antiguos. Tercera: la de Mercurio, cuarta: la del sol que parece indubitable. Quinta: la de Marte. Sexta: la de Júpiter. Séptima la de Neptuno. A las cuales se pueden añadir (dentro de nuestro sistema planetario) otras nueve más; si acaso no hay otras atmósferas: cuatro de las lunas, que se llaman satélites de Júpiter; y cinco de Saturno: fuera de las grandes y prodigiosas atmósferas de los cometas (cuyo número nadie sabe; cuya prodigiosa extensión se deja ver, cuando se acercan algo a nuestro globo.

"Si de aquí más arriba por cualquier punto que se ande este globo nuestro, en cuya superficie habitamos: si nos metemos con nuestra consideración en el océano inmenso de las estrellas que llamamos fijas ¡oh, Dios! que cosa no hallaréis! ¡Oh qué *infinidad de globos* que nadan en el *Eter* como nada el nuestro y qué infinidad de atmósferas análogas a la nuestra! De aquí se sigue por una ilación racional justísima: que nuestros dos primeros cielos *aéreo y etéreo*, o son uno mismo en la substancia con diversos nombres y debajo de diversa consideración, o son cielos ciertamente infinitos o innumerables. Y de vuestro tercer cielo, sólido, platónico y superior a todos ¿qué queréis que os diga, carísimo Cristófilo, sino que es un *cielo supuesto o puramente imaginado*?

Penetrando en seguida desembozadamente en la teoría, entonces como hoy por muchos condenada, de la pluralidad de los mundos, el bíblico astrónomo agregaba: "Los infinitos o innumerables cuerpos celestes, así luminosos como opacos: así visibles como invisibles (cuya existencia ya es innegable) *pueden bien estar todos o muchos habitados de una infinita muchedumbre y variedad de especies análogas al hombre* y también a las bestias de nuestro globo y pueden estar hasta ahora absolutamente vacíos. Entre estas dos cosas, ambas inciertas, ¿qué es capaz de definir? Tal vez espera a todos el universo y todos los innumerables orbes que lo componen la revelación plena, perfecta y consumada de todos los hijos de Dios y coherederes con el hombre-Dios: nam expectatio creaturæ, revelationem filiorum Dei expectat, etc. (ad. Rom. 8 v. 19).

. . . . . .

"Nada se arriesga en imaginarios con las condiciones indispensables arriba dichas, y nada se arriesga en negarlos, negando junto con ellos todas las razones de mera conjetura que se alleran a su favor. Una sola cosa no nos es posible negar, ni aún siquiera dudar un solo momento, es a saber: la existencia física y real de los orbes innumerables que por todas partes nos circundan, pues realmente nos hallamos rodeados por todas partes, no solamente de nuestra atmósfera sino también encima de ella, de un espacio inmenso, prodigioso, o interminable, ocupado todo de infinitos o innumerables orbes: unos lucientes por sí mismos; otros opacos y que solo se dejan ver con luz

prestada: unos mayores, otros menores que nuestro orbe; unos visibles, otros invisibles sin el socorro de buenos instrumentos, etc."

Por supuesto el filósofo de Santiago y de Imola, donde murió observando a los astros, porque lo encontraron ahogado al pie de un muro del cual probablemente se despeñó en las altas horas de la noche, daba por cierta la destrucción más o menos próxima del mundo y el juicio final para llegar al reino de mil años en que el Mesías en gloria y majestad después de haber vencido al usurpador Antecristo en espantosa batalla, fundaría la verdadera felicidad humana cuya composición como la de la cauda de los cometas, nadie hasta hoy ha conocido. Pero osaba negar el fuego a la consumación del astro del pecado y aún contradecía de lleno el texto de San Pedro reasándolo en esta parte de obscuro y de incompleto. "Este fuego, dice, que anuncian tantas veces las Escrituras para el día grande y horrible de la venida del Señor, no puede ser según las mismas Escrituras, *un fuego universal*, que inunde todo nuestro globo, como lo inundaron las aguas en tiempo de Noé, ni que lo consuma y reduzca a humo y ceniza, como tantos han imaginado.

"Esta idea poco justa y aún *conocidamente falsa* no estriba sobre otro fundamento que sobre el texto del apóstol San Pedro, poco bien examinado. Algunos autores y no pocos, no se avergüenzan de citar para esto tres o cuatro versos de las falsas Sibilas, como si estos fuesen dignos entre los cristianos de alguna estimación. El texto de San Pedro es obscuro o poco claro en esta parte."

No será esta la vez postrera en que habremos de penetrar, durante el curso de este ligero estudio de divulgación popular, a la humilde celda del jesuíta chileno, que sin más instrumento reflectivo que su clarísima mente precedió en más de un siglo al jesuíta Secchi, a quien sus compatriotas erigirán estatuas; pero puede asegurarse que desde Lacunza a Moesta existe en Chile un vacío profundo en el cual, una generación más festiva que justa, se ha acostumbrado a leer este nombre casi burlesco, tal vez sin merecerlo: "Baraínea".

A la verdad, las nociones astronómicas, y especialmente las que abrazan la errante, sutil y obscurecida de los cometas, no existen en la memoria de los chilenos sino desde la aparición del gran cometa de 1843, que tanto en este país como en los Estados Unidos, donde fué observado con un día de diferencia, y en Europa misma, dió impulso poderoso al movimiento astronómico que hoy entre nosotros lentamente camina.

Siguiendo, sin embargo, el método inductivo que condujo al ilustre Leverrier a presagiar y a anunciar, casi con la certeza de minutos en 1846, por las perturbaciones anómalas de Saturno, la existencia del planeta, superior a aquel, que lleva el nombre de Neptuno, así nosotros tenemos motivo para sospechar que en 1827 apareció por alguno de los horizontes de Chile la cauda visible o invisible de algún cometa errático.

Y no se asombre de ello el lector, porque el motivo de inducción que nos guía es simplemente el nombre de un periódico de polémica que en Febrero de ese año apareció, el *Cometa*, hoja de ocasión que en diez y seis números y *ocho colas* o suplementos, lanzó desde Santiago contra Bolívar, el Arzobispo de Lima, Luna Pizarro, desterrado a la sazón, por el libertador, en Chile. Cierto es que el verdadero origen de aquel nombre ha quedado envuelto en la nébula de su borrascosa edad. ¿Fué capricho del prelado? ¿Fué reflejo de su nombre planetario? ¿O fué porque en realidad se hizo visible en la revuelta atmósfera de aquellos tiempos algún cometa de rotación fija y corta, como el de Encke de Berlín, el de Biela de Florencia o el de Faye de Versalles, que giran cada tres, cada seis y cada siete años (sin contar los retardos de las "desigualdades seculares"), de que hablan los astrónomos?

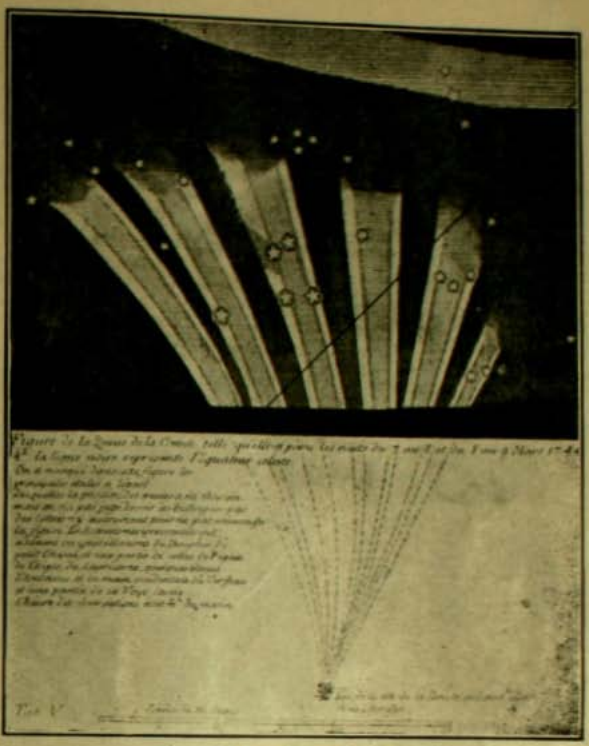
Preciso es no olvidar tampoco que esos cometas, como el mayor número de los conocidos y precisamente los más famosos en la astronomía, no son visibles sino por el telescopio, circunstancia que aumenta inmensamente el interés del que hoy nos visita; pero aunque en el año a que nos referimos y en que vinieron al mundo algunos de nuestros más brillantes ingenios, como en las letras Miguel Luis Amunátegui y en la poesía Eusebio Lillo, no se acostumbraba hacer el registro de los hechos locales ni aún en los almanaques, nuestra inducción nos conduce a creer que el *Cometa* de Luna Pizarro fué el reflejo y la cauda de un cometa celeste.

Del cometa nebuloso y semi-peruano de 1827 (si lo hubo) no necesitamos describir una larga parábola en el espacio sideral para llegar al gran cometa del siglo en nuestro hemisferio y en el boreal, al ya recordado cometa de 1843, que divisado antes que por nadie en Talcahuano a la hora del medio día, por un capitán de la marina mercante que tenía un nombre celeste como el de arzobispo de Lima: el capitán Ray.

Es probable que antes que el afortunado navegante lo divisara en el espacio, precediendo a la claridad del día, algún rudo campesino, como habrá sucedido acaso con el actual; pero de todas maneras nadie hasta 1881 ha disputado a Chile la gloria del primer hallazgo, gloria que es de su límpido cielo, y por esto hemos osado poner al frente de esta revista comentaria el título de "Los cometas en Chile."

Descubierto el cometa de 1843, que en aquel tiempo se llamó "de Foster" (astrónomo de Berlín que vivía en 1866 y cuyo nombre se ha perdido totalmente más tarde) el día mencionado, fué visto al día siguiente (Febrero 28) en el hemisferio norte por el astrónomo Clark desde la ciudad de Portland en el estado de Maine, y desde ese momento despertó tanto en Chile como en aquel país la más intensa emoción por seguir y estudiar la marcha del celeste y brillantísimo viajero. En Montevideo sólo se divisó el 3 de Marzo.

Ciertamente que aquella excitación tenía razón de ser entre nosotros. Era el primer cometa real, tangible, verdadero que teníamos al alcance de los ojos, porque aún cuando en aquel tiempo se encumbraban cometas de papel, y se llamaban en los colegios "cometas" a los niños cimarrones por lo tardío de sus apariciones en la clase, nadie podía contar a nadie haber visto y palpado con los rayos en los ojos la maravilla de aquel cuerpo celeste.



El gran Cometa de 1843

Por otra parte, el cometa de 1843 era de una hermosura incomparable. Moesta, que lo estudió con Arago, afirma, comparándolo con el de 1865, que era el más bello de cuantos habían existido "por el extraordinario brillo y las enormes dimensiones de su cola, que causaron la admiración de todo el mundo. Su núcleo luminoso era tan grande, que desprendido del cielo no habría cabido en la más extensa de las naciones del mundo (5,231 millas de diámetro según Arago) sin exceptuar la Rusia, al paso que su cola media no menos de 80 millones de leguas, ofreciendo la particularidad singular de ser el cometa conocido que más se haya acercado al sol y de aquí su intenso brillo.

Según los astrónomos americanos que son los que mejor estudiaron el cometa de que nos ocupamos, era éste el mismo que en 1668 había asombrado a la Europa y cuya revolución sideral estaba anunciada para dentro de 175 años.

Este período es el que corresponde año por año al de 1843, y, en consecuencia, no habrán de presenciar su reaparición sino nuestros chosnos en las profundidades futuras de los siglos, esto es cuando el envejecido mundo haya completado dos mil y dieciocho años.

Sin embargo, los astrónomos norte-americanos Walker y Kendall atribuyen al cometa de 1843 una rotación mucho mas corta, y de aquí la creencia no poco generalizada de que este fué el mismo que apareció en 1865, "el cometa de la guerra con España", opinión que contradijo Moesta fundado en razones científicas y de observación planetarias al parecer incontrovertibles.

Acabamos de hacer mención del cometa de la guerra, y como simple dato de oportunidad, sin relación alguna a la ciencia ni a la superstición, agregaremos que el año 43 fué uno de los más húmedos de Chile porque llovió 390 horas repartidas en 44 días, habiendo ocurrido aguaceros diluviales de 40 horas consecutivas como el que tuvo lugar del 8 al 11 de Junio. No se recordaba en aquel tiempo, en que se medía el agua en los relojes, un período de mayor humedad, excepto el que había ocurrido diez

ños ha (1833). En cambio en el año precedente (1842) sólo había llovido 171 horas, es decir, menos de la mitad que en el año del cometa. En realidad, el primer aguacero vino como incorporado en la cola del cometa, porque el 5 de Enero sobrevino uno de tres horas, y después, al concluir el año, llovió el 8 de Noviembre y el 1.o de Diciembre.

❦

¿Ejercen entonces los cometas, al interponerse entre el sol y la tierra, alguna influencia sobre las lluvias y la sequedad, como las fases conocidas sobre atmósfera, es decir de la luna?

En esta reseña, exclusivamente de divulgación popular, no cabe semejante teoría esencialmente científica; pero en lo que el cometa de 1843 alcanzó entre nosotros notoria influencia fué en el estudio de la astronomía y ¡quién lo creyera! en el arte divino de Apolo.

En 1843 se estableció en Valparaíso el primer observatorio astronómico por el óptico Mouat, el cual convertido en prosáica habitación, se divisa todavía coronando a manera de torre octógena, el cerro de San José o del Castillo, y en ese mismo año el poeta don Jacinto Chacón, entonces en todo el vuelo de su juvenil inspiración, cantó a la temerosa y aterradora aparición en larzo metro, algunas de cuyas estrofas así decían:

"Si nuncio de Luzbel vienes de guerra,
Y dragón infernal, vomita males
Tu aliento funeral,
Ten ya piedad de la afligida tierra,
No infestes más sus míseros umbrales:
Vete ¡oh genio del mal!
Y si vienes cual cándido fantasma
Entre arroyos de luz la noche obscura
El mundo a amedrentar,
Ya tu aspecto feroz al mundo pasma
Horrorosa visión: vete segura
Por Dios, puedes pasar...
Si eres vaga ilusión que en sus cantares
La fantasía triste del poeta
Le forja en su inquietud:
No más me atormentéis negros pesares
Deshácete ilusión, vete *cometa;*
Y arrojo mi laud".

❦

El luminoso huésped del cielo austral, mucho más elegante en su forma rectilínea y gentil que el cometa un tanto levantado de lomos que hoy nos visita, pareció escuchar la imprecación del vate del Mapocho, porque después de haberse acercado al sol más que ningún astro errante conocido (a 31.000 leguas según Arago y estando sus superficies respectivas sólo a 12.000 leguas) comenzó a retirarse velozmente de su perihelio como colosal mariposa que hubiese sentido chamuscarse sus alas en la lámpara solar. Después de haber verificado su evolución circular al rededor del sol, en el espacio de dos horas, el 27 de Febrero, arrastrando una cola de muchos millones de leguas, y a través de una atmósfera que Flammarion calcula en treinta mil veces más candente que la del sol al tocar la tierra, comenzó en efecto a alejarse con la rapidez incalculable de 550 kilómetros por segundo (los trenes más veloces *andan* un kilómetro por *minuto*), y a dirigirse, según el astrónomo últimamente citado, a pasar en revista a los seres mudos que habitan entre Mercurio y Venus, esta hermosa melliza de la tierra. Acercóse en seguida a Marte, a Júpiter y a Saturno en las más altas regiones planetarias conocidas, de donde volverá (si ha de volver) dentro de 376 años (esto es, en 2218), regresando de regiones situadas a 104 veces mayor distancia de la enormísima que separa a la tierra del sol (36.000.000 de leguas).

❦

Pero si el ilustre astrónomo francés que en el mundo de las luminosas divulgaciones ha tomado el puesto de Arago ha sabido hacer plena justicia al radioso visitante de la tierra en 1844, no ha tenido la fortuna de hacerla a la prioridad de su hallazgo, que hasta hace un año no había sido disputado a Chile.

Según Flammarion, el gran cometa fué divisado por la *primera* vez en pleno día el 28 de Febrero de 1843 en Parma, en Bolonia, en Méjico y en Portland, y sólo vino a ser descubierto en el hemisferio austral al día siguiente, 1.o de Marzo desde Copiapó, "au couche du soleil" Pero en esto hay evidente y comprobado error, porque hemos justificado que quién lo vió primero en el mundo habitado, y un día antes del que fija el eminente astrónomo francés, fué el capitán Ray, en Talcahuano, y esto en la hora precisa de su perihelio, que tuvo lugar en tres horas, entre las nueve y media y las doce y media de la mañana.

Y si el ilustre sabio francés no se siente inclinado a creernos sobre nuestra palabra, como aquel astrónomo que él cita y que acostumbraba declarar la exactitud de sus demostraciones matemáticas y astronómicas bajo su palabra de honor, le citamos un testigo que para él es y habrá de ser irrecusable, porque es un dios y un astro (y el más cercano de la tierra) que así contemporáneamente lo afirma: el *Mercurio* de Valparaíso.

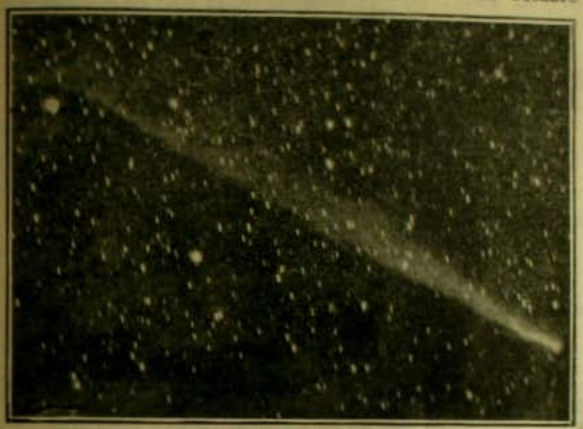
II

El cometa de Donati (1858).—El cometa de 1861.—El cometa de la guerra con España (1865).—El cometa de 1881.

Después del cometa de 1811, el cometa de las vendimias, cuyas últimas gotas vimos vender en París en 1870, al precio fabuloso de mil francos la botella, fantasía de prín

cipes vanos y gula de gastrónomo-ociosos, y después del de 1843 que, a la manera de voluptuosa reina, paseó su reluciente cauda por los dos mundos, haciendo cortejo al sol, el cometa de mayor nombradía y de más gratos recuerdos fué el hermosísimo que a manera de elegante penacho de plumas paseó su brillante cabellera por los alcázares de nuestra juventud y de él vamos ligeramente a ocuparnos, es decir, a recordarnos.

El cometa de 1843 apareció en nuestro horizonte por la aleta de estribor, como dirían los marinos mirando al norte desde este largo esquife que se llama Chile, y en realidad fué un cometa marítimo del sudeste por



El Cometa de Morchouz

su visual, como el actual es andino y de tierra adentro. Pero así como aquel en su camino hacia el sol, andando a razón de nueve mil leguas por *minuto* (tiempo que le habría sobrado para dar la vuelta al mundo), se aproximó hacia la esfera boreal, así el cometa de 1858, cometa europeo por su origen apareció en la esfera boreal en el estío de ese año y su viaje de norte a sur pudo sernos previamente anunciado como el de los vapores o el de los correos.

Tal fué la marcha del célebre cometa llamado de Donati por haberlo descubierto en Francia con el telescopio antes que otro alguno este astrónomo e ilustre sabio, amigo de Flammarion y ya difunto. El cometa se lo llevó consigo, pero no se llevó su fama.

Divisólo aquel observando, y así al barato precio de una feliz trasnochada inmortalizó su nombre, el 2 de Junio de 1858: y poco más tarde en una correspondencia dirigida desde París a un diario (el COSMOPOLITA) se anunciaba su aparición y su viaje en estos términos:

"Los astrónomos han divisado un cometa cerca de la constelación de la Ballena. Opinan que se podrá observar sin telescopios en el mes de Octubre o Noviembre, si bien su marcha acaso no estará libre de las atracciones planetarias." (1)

Y tal cual estaba anunciado por los vapores de la carrera, cuya estela venía siguiendo el cometa de Florencia por el arco del cielo, cual el acorazado *Blanco* cuando perseguía al *Huáscar*, por la "cuerda del arco", presentóse aquel en el campo austral en los primeros días de Octubre de 1858.

"Como lo anunciamos, decía el COSMOPOLITA de la Serena, que esta vez llevaba perfectamente su nombre, en su número del 11 de Octubre de aquel año, como lo anunciamos el 6 del presente, en nuestra correspondencia venida de París, se ha realizado ya el pronóstico, pues el 9 de este mismo mes (Octubre), es decir antes de ayer, se ha principiado a ver con la vista natural un brillante cometa que en su rápida carrera recorre las regiones infinitas del vacío. Saludamos desde nuestra humilde Serena a este espléndido viajero del espacio."

Tuvo el cometa del astrónomo compatriota de Galileo la particularidad de que viniendo del norte se le observó en Chile mucho antes de que en el Brasil, como parece ha sucedido también con el actual, aunque su órbita y su viaje hayan sido diferentes.

(1) Correspondencia de París, Julio 25 de 1858. Casi por el mismo tiempo Moesta había descubierto, desde el observatorio de Santiago, un cometa **sin cola** del cual el citado periódico serenense daba cuenta en estos términos en su número del 12 de Junio de 1858:

"En la tarde del 27 del mes pasado (Mayo) a las 4 y 53 minutos se ha visto un cometa desde el observatorio astronómico por su director don Carlos Moesta. La forma del cometa es la de una nebulosa sin cola y cuyos contornos no se pueden determinar bien."

El lector no debe echar en olvido que el firmamento está cruzado de cometas inferiores e invisibles, y que estos casi todos son sin cauda. Este apéndice es de poca importancia para los astrónomos, que en su mayor número participan de la opinión de cierta espiritual señora no ha mucho fallecida en Valparaíso (la señora R. R.), quien, oyendo a alguien quejarse de cierto cura **colado** de la vecindad exclamó: "¿Y por qué no le cortan la cola?..."

El gran Cometa de 1811

El jefe del observatorio astronómico de Río Janeiro, el sabio Liais, que según entendemos lo regenta todavía, y que se encontraba a la sazón en Paranaguá, dice, en efecto, que lo divisó por la primera vez sólo el 21 de Octubre, es decir, doce días después que en la Serena, añadiendo que el 23 distinguió claramente el núcleo y sólo vagamente la cauda.

❦

Pero más notable todavía que esto fué el hecho de que en las costas americanas del Atlántico desapareció el cometa de Donati de la vista natural en la noche del 5 al 6 de Diciembre, y aún delante del telescopio sólo presentaba en aquellos climas una tenue mancha obscura el 23 de Enero de 1859. Pero en nuestra diáfana y admirable atmósfera brillaba todavía el 24 de Febrero, y aún no había logrado apagarlo del todo la luna llena de la primera semana de aquel mes (1).

❦

Fué el cometa de Florencia un astro de flores en Chile. Fué un mensajero de la primavera; y las familias, la juventud, los amores que en aquella edad palpitaban, lo acogieron y lo vitorearon como a símbolo, cada cual de lo que perseguía, en los engañosos espacios de la vida... Fué el cometa de las esperanzas para los que hoy las cierran para siempre en el sarcófago de negro ébano que se llama el desengaño, pero que a su paso le batieron palmas, libaron deliciosas copas y entre cantos y risas de alegría, vieron venir su aurora junto con la de su vida.

❦

Este memorable cometa, que el 21 de Febrero de 1859 se hallaba según cálculos del observatorio de Santiago, a 98.000.000 de leguas de la tierra, es decir, cerca de dos tercios de esa distancia más allá del sol, coincidió como el de 1843, con un año extraordinariamente lluvioso, pues cayeron 622 milímetros de agua, esto es, el doble del año subsiguiente (1869: 224 milímetros), y cerca de tres veces más que el precedente (1857: 229 milímetros). En el mes de Noviembre llovió copiosamente en la Serena, fenómeno que no se había observado en más de 40 años, y hubo también de notable que se desarrolló en aquella comarca, y tal vez en todo el país, el mal atmosférico que se ha llamado con propiedad "el garrotazo". Así al menos lo escribía a un diario de aquella ciudad un corresponsal afrancesado de Elqui, dando cuenta de los estragos que en aquella población hacía la **grippe**, contagio atmosférico que los italianos y los ingleses, con más propiedad que sus vecinos de la Mancha, llaman **influenza.**

❦

Pero si es cosa probada que las veleidosas nubes suelen engañar el ojo del agricultor y aún el barómetro del óptico a una cuadra de distancia, ¿sería posible determinar lo que en la humedad o sequedad de la atmósfera de nuestro planeta, imperceptible grano de mostaza rodando perdido en los espacios infinitos, puede ejercer una simple ráfaga de diáfana muselina colgada en las ventanas del cielo a 62.000.000 de leguas más arriba del sol? Los astrónomos en general niegan toda influencia atmosférica sobre la diminuta y aislada tierra al paso de los cometas, cuerpos tenues, **nada visibles (visibles riens)** como los llamó el espiritual Babinet a quien personalmente escuchamos. Y fundado en este curioso principio científico, Figuier declara en su última memoria sobre el movimiento intelectual del mundo, que el cometa de 1881 no tuvo nada que hacer con los grandes calores que en el verano pasado visitaron la Europa, exactamente como el actual cometa no habrá tenido probablemente la menor afinidad ni en los intensos calores que a fines

---

(1) **Visibilidad del gran cometa de Octubre de 1858.**—Observaciones publicadas con las iniciales R. B. en los ANALES DE LA UNIVERSIDAD de 1859, página 85. El articulista, sin embargo, acostumbrado tal vez su oído a Donizetti llamaba a Donati, el astrónomo **Donetti**...

El cometa de Donati tenía la misma forma de la pluma de Daza, con una arista saliente y suelta hacia adelante. Su cauda, según Liais, era sólo de seis millones de leguas.—(LIAIS **L'espace céleste**, página 204.)

Este último autor publica un lindo dibujo de aquel elegantísimo mensajero celeste, y Flammarion ha reproducido el que él mismo dibujara desde el observatorio de París cuando sólo tenía 16 años, esto es, el 5 de Octubre de 1858.

de Septiembre coincidieron en Santiago, durante tres días con su aparición, ni con el **garrotazo** mal exclusivamente terrenal y de primavera, en el que no anda metido el cielo sino el romadizo.

Pero si el cometa de 1858-59 no nos trajo positivamente ni calor ni frío, nos trajo, después de la alegría, sangre; después del festín, riña fratricida, como el de 1865 y tal vez el que hoy, como albo sudario, flota en el cielo de los enemigos de Chile, y al cual habríamos de atribuir crueles augurios para los que nos combaten, si fuera cierta la tradición y creencia de los araucanos, de que los truenos son las almas de sus belicosos predecesores que libran batalla en las llanuras del cielo, a cuyo fin los animan y encolerizan con imprecaciones desde las puertas de sus chozas.

❦

Ha llegado por tanto el momento oportuno de hacer memoria de los cometas belicosos, que como la estrella visible a la luz del día que condujo a Alejandro y a Napoleón I, y el cometa fatídico que guió a Guillermo el Conquistador a las playas de Inglaterra, han parecido reflejarse en el acero de nuestras bayonetas, en el bronce de nuestros cañones y en los fulgores de nuestros incendios en la batalla o en el bombardeo.

Pero detengámonos un momento todavía en la significación popular de estos fenómenos.

❦

Si fuera dado en efecto asignar a los años, cual a los siglos, los nombres de sus sucesos más característicos, sin vacilación deberíamos atribuir al que hoy se extingue, 1882 en el último término del que ha sido llamado de la edad de las luces, el de **año meteorológico** del siglo XIX porque todos sus días se han visto tachonados con fenómenos del cielo.

Comenzó el movimiento inicial del año actual con la aparición de las dos zonas perfectamente definidas de calor y frío, que convirtieron el mes de Febrero último en una irradiación constante al pie de los Andes y envolvieron las costas en una niebla permanente, tal vez por la influencia de corrientes marítimas, tal vez misterioso anuncio del viajero, invisible entonces, que hoy nos visita y nos deja.

Agítase en seguida el mundo planetario en sus regiones inferiores, porque los albañiles echan por segunda vez en treinta años los cimientos del derruído observatorio astronómico de Santiago: extrájose de su ya podrido ataud el ecuatorial de Moesta traído de Alemania 16 años hacía, y mientras el astrónomo Carpelletti observaba junto al Bío-Bío el curso del cometa invernal que apareció en Junio, acaso como mensajero del de los equinoccios, llegaban a nuestro polo y a nuestra capital los astrónomos belgas y franceses que vienen a presenciar en los espacios infinitos el ósculo de fuego del Sol y de Venus, en cuya lumbre prenderá entre nosotros su chispa divina el meteoro del siglo Alba Edison, este Júpiter en mangas de camisa que viaja por el mundo con sus manos hollinadas por el fulgor del rayo.

❦

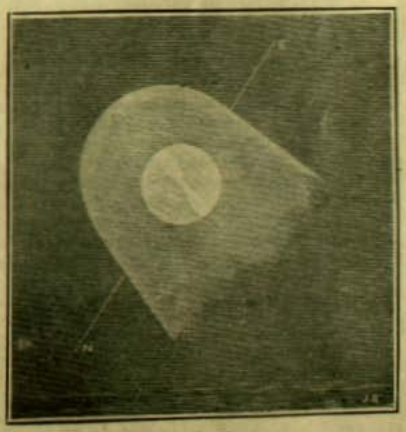
Ha culminado por consiguiente el año meteorológico y astronómico que se va, con el paso de Venus, con la luz eléctrica de Edison, especie de satélite de un astro quieto y brillantísimo, y con el cometa no bautizado todavía en la refulgente parada de la ciencia, que delante de esa luz creada por el hombre eclípsase.

Mas, antes de consagrar al último alguna noción vulgar que lo haga más perceptible al ojo de las gentes que miran el cielo sin mas vidrio de aumento que el de su ignorancia, será forzoso prosigamos nuestra interrumpida senda en las esferas y digamos algo de algunos de sus más inmediatos predecesores, y especialmente del cometa de guerra de 1865.

❦

Fué este precedido por el famoso cometa de forma de alfanje turco que apareció en Europa en el mes de Junio de 1861 y que coincidió con la muerte de Cavour, la rebelión de los Estados Unidos y las lluvias torrenciales del verano que en el viejo mundo arruinaron las cosechas.

La singularidad mayor de este cometa no fué empero esa que lo asemejaba en sus influjos atmosféricos al de 1843 al de nosotros, sino que al decir de un astró-



El Cometa de Pons

nomo notable que lo observó en Río Janeiro, chocó a fondo con la tierra el 29 de Junio (San Pedro) de aquel año, estando así a punto de descerrajar las puertas del cielo a las mismas horas que en la tierra se celebrara la fiesta patronímica de su guardián, hecho curioso disputado por alguno, afirmado por otros y del cual habremos de hablar más adelante y por separado.

Una correspondencia dirigida desde París a un diario de Santiago, que la dió a luz el 3 de Septiembre de 1861, anunciaba que la primera aparición de este cometa había tenido lugar el 30 de Junio, y que por algunos astrónomos se creía que era el mismo que en 1556, perturbando la enfermiza mente del hijo de doña Juana la Loca, lo había llevado a San Yuste. "El día 3 de Julio de 1861 (decía esa correspondencia) a las diez y media de la noche el cometa se hallaba a 4.° sur de la estrella Omicron de la grande Osa. La cauda presentaba una extensión de 90.° o sea poco menos de 45.000,000 de leguas.

El cometa, cuyo núcleo es muy brillante, está rodeado de materias nebulosas bastante densas; la cauda, muy ancha al principio toma al terminar la forma de una hoja de sable casi derecho. El cometa mismo representa el puño del sable; la empuñadura está figurada en la parte más ancha de la cauda, cuyo conjunto representa una lanza."

En cuanto a los aluviones que siguieron al cometa en Europa, el corresponsal del Ferrocarril en París, M. Cochut, se expresaba el 15 de Julio de ese año, es decir dos semanas después de la aparición del cometa, en los términos siguientes de codiciar para los chilenos.

"Lluvias de tempestad acaecidas en el momento de la siega podrían muy bien comprometer nuestras cosechas. Estando abolida entre nosotros la escala móvil se prepara un gran comercio de importación Aviso a los países que tienen reservas."

El cometa de 1865, que los chilenos podríamos bautizar con buen derecho con el nombre de una Virgen guerrera: "el cometa de la Covadonga", hizo su aparición entre nosotros el 18 de Enero de aquel año en un punto del espacio que distaba 96 millones de la tierra y 28.000,000 del sol. Más tímido que el de 1843, no se había acercado siquiera al astro que le prestara su luz, temeroso tal vez de ser absorbido por su foco. El cometa de 1843, según Arago y Guillemín, estuvo sólo a 12,000 leguas del sol, que es como decir, remedando en este suelo el mundo planetario, que estuvo, respecto de la Plaza de Armas, sentado en las gradas de la Catedral en la hora de la resolana.

Entre tanto, la menor distancia a que el cometa de 1865 se aproximó al sol fué 1.000,000 de leguas y esto tuvo lugar el 14 de Enero a las tres y doce minutos de la tarde.

En cuanto a la extensión de su cauda, que hemos dicho era de 52.000,000 de millas, no alcanzaba sino a la tercera parte de la del apéndice maravilloso del de 1843, que alcanzó a medir, el 28 de Marzo de ese año, 157.000,000 de millas. El de 1680, que se ha creído que es el mismo de 1843, arrastraba una cauda cincuenta millones de millas más corta (107.000,000) El famoso de 1811, el de los catadores de Francia, era aún más limitado: 94.000,000 de millas.

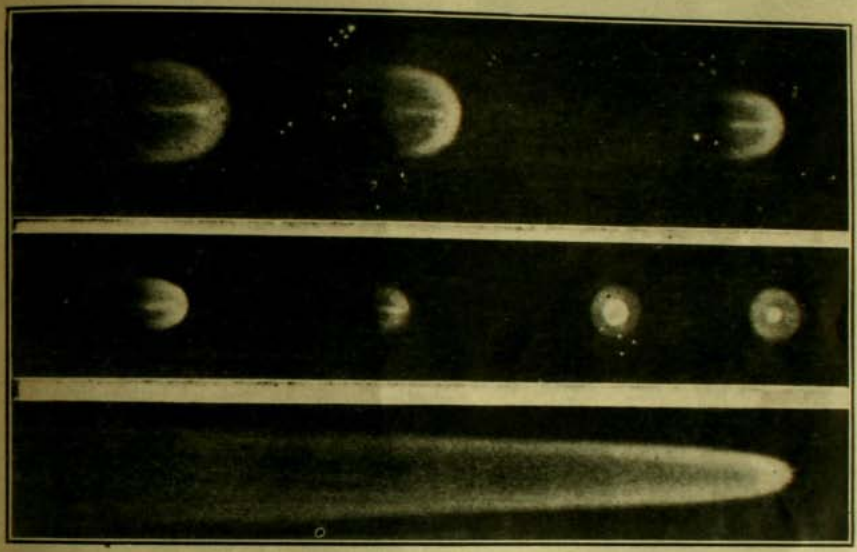
Observado el cometa de la guerra con España con el lente del vulgo, vímosle nosotros constantemente en el horizonte del sud-este, y recordamos que habiendo tenido lugar en aquel tiempo (Febrero de 1865) una fiesta de diputados en la chácara del **Mariscal**, propiedad de su presidente don M. A. Tocornal, los que a ella fuimos le tuvimos al regreso, siempre a la izquierda de San Bernardo por Peñaflor y San Antonio, Juan Fernández y la Australia, hasta muy entrada la noche. Desde que aparecía junto con el crepúsculo no se veía sino su cauda recta y enorme, manteniéndose su núcleo sumergido, como la cola de las minorías parlamentarias de aquel tiempo, dentro del vacío, más allá de las colinas de la costa y de las ondas del inmenso Pacífico.

Pero seguido de cerca por el ojo tenaz de Moesta, que antes había descubierto dos emisarios errantes con el telescopio de Filadelfia que nos dejó en 1852 la comisión norte-americana que en 1849 vino a estudiar la paralaje del sol desde la cima del Santa Lucía, el núcleo del cometa de la comisión científica española de 1865 presentaba una superficie luminosa de 2.703 millas de diámetro, o sea casi la mitad del tamaño del cometa colosal de 1843 (5,231 millas) y en igual proporción su cauda. El 21 de Enero media ésta 52.000,000 de millas, y parecía sólo un leve punto en la inmensidad de las inmensidades...

1 para acercarse, siquiera con el pensamiento, a esos asombros comparativos del espacio, recordaremos aquí, con el astrónomo que lo acechó en Chile, que ocho días después de haberse constatado su presencia en el firmamento, es decir, el 29 de Enero, se había alejado 4.000,000 de millas de la tierra y 27,000,000 del sol. Su posición en ese último día era de 65.000,000 de millas distante del sol y 100.000,000 de la tierra. El 1.o de Febrero, esto es al siguiente día, se había alejado hasta distancia de 97.000,000 del sol 136.000,000 de la tierra. ¡Cuánta y tan insondable inmensidad! ¡Cuánta y cuán inconmensurable locomoción!

En razón de este rápido alejamiento del foco repartidor de toda luz, el brillo del cometa del 65 declinaba con igual proporción, porque si el 21 de Enero era equivalente a cien, el 29 había descendido a treinta y dos, el 10 de Febrero bajó a siete y el 1.o de Marzo, cuando comenzaba ya a apagarse, a dos.

Juzgó al principio el director del observatorio de Santiago, guiado por ciertas apariencias, que el cometa de guerra de pués de haberse hecho visible en el horizonte, sólo es digno de mencionarse, además de la guerra que nos trajo desde Madrid y desde Lima, que en oposición al cometa de 1843 comenzó su período de sequedad relativa en nuestra atmósfera. En el año precedente habían caído sobre nuestras sementeras y la epidermis de nuestros sedientos agricultores más de veintiocho pulgadas de agua, pero en el año del cometa sólo cayeron trece pulgadas, y en el subsiguiente de 1866 once pulgadas. Sólo dos años más tarde sobrevinieron los períodos excesivamente llu-



El Cometa de Halley en 1835-36

1865 podía ser, como lo creyeron muchos, el mismo de 1843; pero medido su tamaño y calculados los elementos de su composición y de su órbita, se le consideró como un astro completamente nuevo cuya historia y cuyo presagio futuro no está trazado todavía. ¿Ni cómo podría hacerse ello cuando los espacios están poblados de cometas, según Kepler, con la misma abundancia que el mar de pescados, y cuando por el cálculo de Arago, más certero que el del ilustre alemán, deben existir no menos de diez y siete millones y medio de cometas tan sólo entre Neptuno y el sol?

En cuanto a los fenómenos atmosféricos coincidentes del cometa de 1865, que un diario de Sant'ago, comparaba irreverentemente a "una escoba" cinco días desviosos (1868-69) del intendente Echáurren que por lo mismo fué llamado el intendente **Echa-agua.**

Por lo demás, y sin hacer gran caudal científico ni práctico de estos fenómenos que suelen ser contradictorios, como acabamos de ver con relación al cometa de 1843 y al de 1865, el infinito mundo cometario pareció entrar desde esta última época en un período de agitada ebullición, cual si el dedo del Omnipotente hubiese dicho a todos sus apéndices luminosos: *Viajad!*

Porque desde entonces no menos de 20 ó 30 cometas invisibles o más o menos visibles al ojo desnudo se han deslizado describiendo diferentes órbitas, las unas más excéntricas que las otras, en el espacio.

Si la óptica de nuestra memoria no nos hace traición, hemos tenido en Chile varios cometas visibles en 1871, en 1877, en 1879, cometa de guerra en el Pacífico, y en 1881, cometa de guerra en el Atlántico.

Edmundo Halley

Coincidió este último con la reagravación de las pestes en nuestro clima, y fué de él del cual decían nuestros campesinos que traía su cola "overita de viruelas".

¿Fué por ventura este cometa, más negro que el que las gentes de Santiago dicen hoy suele verse por el lado de la costa, en oposición al brillante de la cordillera, el que paseó su densa cola por los bancos de la Cámara de Diputados y, haciendo hablar a los médicos, dejó a todos a obscuras sobre la viruela y sobre la vacunación?...

❦

Fué este el mismo cometa que alumbró débilmente la rebelión política de Buenos Aires en Junio del año último y presagió su decapitación. Era sin embargo, un cometa periódico, el cometa de Pons, que algunos han equivocado sin la más leve razón con el misterioso e inesperado aparecido en 1882. "El cometa que ha venido a visitarnos en 1881, dice a este respecto Figuier al hablar de los *siete cometas* de ese año, fué un cometa periódico. Había sido visto por primera vez el 9 de Septiembre de 1807 por un astrónomo italiano. Once días después Pons lo observaba en Marsella. Permaneció visible hasta el 27 de Marzo de 1808. No se esperaba sino mucho después de 1881, de suerte que su aparición ha sido una gran sorpresa para nuestros astrónomos. Se ignoran las causas de este error de cálculo o las perturbaciones que han reducido su vuelta al período de 74 años."

"Aunque el núcleo del cometa de 1881, añade el hábil condensador y divulgador francés, pareciese muy brillante, su intensidad luminosa era positivamente mucho menos considerable que la de una estrella de tercer orden.

"El núcleo estaba rodeado de una nebulosidad, de donde arrancaba la cauda, opuesta al sol. Esta nebulosidad dejaba ver algunos puntos brillantes, sin estrellas, que el telescopio no había descubierto aún. La cauda, en forma de cresta o de rayo de aspecto filamentoso, presentaba algunos accidentes curiosos. En el medio una raya negra la separaba en dos porciones, una de las cuales presentaba un reguero luminoso mucho más brillante que la otra.

"El poder luminoso de este cometa no era sino las trescientas milésimas partes del de la luna, siendo a la vez el de ésta trescientas mil veces menos que el del sol."

Y más o menos bajo esos mismos prismas se le observó desde Chile con el ojo distraído de los pasantes, ya que la maleza crecía libre en los patios del ex-observatorio astronómico de Santiago, la peste poblaba los lazaretos de más víctimas que cometas visibles e invisibles hay en el cielo y las lagartijas hacían sus nidos en el telescopio de Moesta.

❦

Mas, volvamos a nuestro penúltimo cometa, precursor, que podríamos llamar, del congreso de Chorrillos, porque coincidió con él en su opacidad, y fué estudiado en Chile solamente, con un lente de bolsillo, por el Padre Carpelletti desde el turbio cielo de Concepción en los últimos días de Mayo.

"Después de los días nublados y lluviosos que hemos tenido desde el 26 de Mayo, escribía en un diario de Concepción, el astrónomo italiano, apareció el 31 de ese mes, entre neblina, un brillante cometa que llamó la atención de quien, mirando al cielo, creyó descubrir una estrella desconocida y nueva.

"Avisado del fenómeno, reconocí ser un cometa, cuya ancha cola se extendía poco más de 15º.

"El núcleo es muy brillante, y observado con el telescopio aparece rodeado en la parte superior de rayos luminosos separados entre sí.

"Siendo esta la primera observación que he podido hacer, no es posible indicar todavía la marcha que seguirá el astro; sin embargo, parece que va ya acercándose al sol, y por tanto, a juzgar por la gran distancia a que se halla del sol, que no es menos de 46º deberá verse todavía más brillante en este mes de Junio.

"La posición astronómica del cometa, calculada, según aproximación, por carecer de aparatos a propósito, es la siguiente:

A. R. = 69º 5'
Decl. = 24º.

Es decir, se halla el cometa entre la constelación de Liebre y Eridano. Basta fijar la vista al poniente hacia S. O. a unos 30º de

altura sobre el horizonte, poco después de la puesta del sol, para observar el nuevo astro brillante."

❦

Creeríase por los datos de prestado y de párpado que acabamos de apuntar que el cometa en forma de abanico de 1881 fué visto en Chile, como el de 1843, antes que en el viejo mundo, porque Figuier habla sólo de las observaciones espectrales y telescópicas hechas sobre él en el observatorio de París desde el 1.º de Junio al 27 de ese mes, siendo que el padre Carpellatti, después de una noche tempestuosa, le descubrió en Concepción el 27 de Mayo.

Como el gran cometa del siglo fué divisado desde Talcahuano el 27 de Febrero de 1843. ¿Tiene el cielo de Concepción, por ventura, como las aguas de su río y la linfa azul de los ojos de sus mujeres, una limpidez peculiar y superior a la de nuestras zonas del centro y del septentrión?

No armaremos, sin embargo, pendencia por esta cuestión de asientos en el gran banquete del universo a los gigantes que en el otro lado de los mares acostumbran medir a trancos y sin pestañear todas las órbitas del firmamento, y vamos por de pronto a poner término a esta ligerísima revista de "Los grandes cometas históricos de Chile", esforzándonos por demostrar que en materia de prioridad, ninguno ha sido o será tal vez más chileno que el presente.

La primera aparición del gran cometa de 1882

En muchas ocasiones, durante el largo y plácido equinoccio sin nubes y sin temblores que a la par con el cometa de 1882 hemos recorrido, nos hemos preguntado silenciosamente a nosotros mismos, al contemplar a nuestro misterioso compañero de meditación, en la callada noche y desde nuestra ventana que mira francamente hacia los Andes, la causa de la intensa, variada, madrugadora y casi pueril emoción, que su aparición ha producido entre las gentes.

Y confesamos que aunque hemos visto el gran cometa casi día a día en su paseo por los cielos, mecido a veces entre rutilantes astros, en otras engarzado del brazo con la aurora, como en la divina alegoría de Guido en el cielo del palacio Rospigliosi de Roma, precediendo como sutil polvo el carro de fuego del sol, no hemos encontrado sino una solución cabal a nuestro interrogatorio: el misterio.

Porque lo que aviva el asombro en la contemplación de ese correo del cielo, como lo llama poéticamente un astrónomo, no es su tamaño.

Es cierto que delante del cálculo astronómico, que mide el cielo por grados, como el contratista de carpintería la techumbre de los aposentos por pies o por pulgadas, sus dimensiones reales son incalculables, bastando un retazo de su cauda cortada como el lienzo de una vela de buque para envolver nuestro planeta, ni más ni menos como se envuelve un denso colchón en un almofrej de lona.

❦

Mas una magnitud tan desmesurada, ¿aparece tal delante de la retina del vulgo?

No tal.

Porque el más imperceptible mosquito

El Cometa de Halley en 1066, tal como aparece en la tapicería de Bayeux, bordada por la Reina Matilde, esposa de Guillermo el Conquistador

arrastrado por el pampero en las llanuras argentinas, un grano de anís (si estas comparaciones fueran permitidas) caído del pico de canario prisionero y suspendido a las antenas en la inmensidad del mar, apenas serían puntos adecuados de comparación entre el tamaño aparente del cometa y el de los espacios celestes que recorre y ocupa.

¿Acaso no es opinión hoy admitida que las manchas de la vía láctea no son sino la aglomeración de soles cien veces más grandes que el sol de la tierra, y por ventura los millones de estrellas fijas que coronan la región del sol no son otros tantos soles?

❦

¿Es entonces su celeridad prodigiosa más allá de toda maravilla imaginable de locomoción, sin exceptuar la del rayo ni la de la chispa eléctrica, la causa que despierta la universal admiración y todas las microscópicas curiosidades que en torno nuestro flotan?

No; tampoco.

Porque si bien los cometas en general y el presente especialmente, como el de 1843, viajan con una rapidez aterradora de tres, cuatro, cinco o diez millones de leguas por día, caminando hacia el sol o alejándose de su candente esfera, le vemos no obstante aparecer todos durante todos los días de su derrotero por el mismo punto, casi a la misma hora, como el itinerario de los trenes y cual si las nevadas cumbres de los Andes fueran su eterno andén de partida y de llegada.

¿Es entonces su forma?

Es ésta, sin duda, bellísima para los que conocen de cerca los paisajes grandiosos pero eternamente monótonos del cielo, regidos por el álgebra más que por el pincel, así como es arrobadora y estupenda su estructura para los astrónomos cuya pupila persigue un simple cambiante de luz con mayor regocijo que el que cabría en el rayo que de los ojos de mujer divina y amada viajara hacia nuestra alma.

❦

Mas para la inmensa mayoría, por no decir incorrectamente para la totalidad de los que contemplan la bóveda celeste a través de sus párpados, sin la ayuda ni del bronce, ni del cristal, ni de los logaritmos, ¿representa otra cosa la cauda del actual cometa que una nubecilla blanquizca, surcando el éter como si fuera una nebulosa magallánica engrandecida o un fragmento de la vía láctea acercado hacia la tierra por la óptica?

Contámonos nosotros entre los más ingenuos admiradores del prodigio, y no a título de astrónomo ni de poeta sino precisamente a título de rústicos caminantes por los senderos del infinito. Pero con igual ingenuidad confesamos que en la primera ocasión en que divisamos el astro aparecido, y era cuando su visibilidad desnuda era más seductora y brillante, como el busto de Betsabé en el baño de David (el 4 de Octubre, el día de San Francisco), nos pareció sólo una sábana de baño que había sido olvidada entre el follaje de un bosquecillo de eucaliptus que cortaba nuestra visual hacia el oriente.

❦

Y si no es ni su *magnitud* aparente, que es mediocre, ni su *celeridad* que equivale para nosotros a lo estacionario, ni su *forma* que es sólo un fragmento de neblina más o menos brillante, más o menos opaco, columna de humo o incienso que sus lámparas invisibles destaca cada mañana la creación hacia el encuentro del sol que la acaricia y la fecunda, ¿cuál es entonces la causa que agita ahora la mente de la apiñada y microscópica familia de veinte a treinta millones de seres que en este momento se asoma cada alborada en las zonas australes de nuestro planeta, como las hormigas a su grieta, para divisar en los espacios el paso del celeste emisario?

❦

¿O es acaso la hora romántica y novelesca de su visita aparejada de tenues y lánguidos crepúsculos y de sólidos efectivos "garrotazos"?

¿O es la banal insaciable curiosidad contagiosa como la *grippe* francesa, según la cual nadie se resignaría a decir "yo no lo vi"... cuando los demás afirman que lo vieron?

¿O esa ansiedad común procede de aquel recóndito temor ya antiguo, que proclamó la ciencia misma desde Lacunza a Arago, de la posibilidad de un choque cometario que embutiera nuestro astro en otro astro aplastándolos a ambos como las dos balas de cañón que se chocaron enclavándose la una en la otra en su encontrada trayectoria en las guerras de Federico el Grande y que hemos visto en el Museo Histórico de Berlín?

¿O es todavía la idea vaga, confusa y melancólica que cada cual esconde en su pecho de que no volverá a ver jamás aquel meteoro que va pasando lentamente por los cielos para decir a los que le divisamos desde este valle de lágrimas: **Venid?**

❦

Posible es que todo esto y algo más que no es definible en nuestra naturaleza moral, más complicada que la maquinaria de un cronómetro de buque, sea parte a la novedad, al entusiasmo, al temor, al verdadero alboroto (porque esta es la palabra) que el paso matinal del cometa de

1882 ha despertado en nuestro pueblo y aún más en especial en el diáfano de Santiago, este "París en América", en materia de novedades y de modas, esta Roma occidental en materia de creencias y jubileos circulantes.

Mas, como al principio lo decíamos, para nosotros la clave del enigma está en el profundo, indescifrable, eterno y desafiador misterio de lo incomprensible y de lo inconmensurable, que en todo lo que es del dominio de la celeste esfera prevalece desde Zoroastro, y que nadie, ni aún los más potentes genios, ni los más límpidos y colosales objetivos, como el de Lord Rosse en Irlanda, o el que para cumplir el legado de un carpintero de Valparaíso (el legado Lick) construye hoy (Agosto de 1882), en Boston el óptico Alban Clark, para el observatorio californiense de San José, ni el destinado al observatorio del Czar en Pulkowa, han alcanzado ni alcanzarán probablemente en el curso de los siglos a desnudar y a esclarecer del todo, sino por las leyes áridas del cálculo y del **tanteo** (1).

En cuanto a la importancia del objetivo que se construye para el observatorio de San José de California, debido a la munificencia del último de aquellos obreros, nos bastará decir que su objetivo o cristal óptico tiene 38 pulgadas de diámetro, mientras el vidrio francés montado en Filadelfia de que nosotros disponemos, (hasta que se instale el ecuatorial de Moesta) es sólo de 6 pulgadas francesas. El de Montenegro es de 8 pulgadas.

El de Washington tiene 26 pulgadas, y engrandece la visual por la concentración de los rayos de la luz en la proporción de diez mil por uno.

Como se sabe, el telescopio más grande del mundo es el que lord Rosse hizo construir con el costo de 200,000 pesos en Barr Castle (Irlanda) y mide 56 pies de largo. El que en estos momentos construye Alban Clark para el observatorio de Pulkowa, tiene 45 pies de largo, pesa 9 toneladas y ha costado 60,000 pesos. Su objetivo es de 30 pulgadas de diámetro.

Y en ese arcano invisible el que atrae hacia un sólo foco, hacia una visual única y tenaz todos los glóbulos de nuestro opaco cerebro, todas las fibras apagadas o vibrantes de nuestra alma, instrumento mal templado, que el sueño y la gula alteran cada día, así como la humedad empaña y enmohece el más fino bronce de los instrumentos de observación, sin que después de la tensión ni del examen nadie haya podido quedar satisfecho.

El Cometa de 1871

❦

En la presente hora, en que no ha comenzado la historia sino apenas la visual del cometa, ya han cambiado su palabra y su cálculo tres observatorios australes, tal vez los únicos que con el del Cabo de Buena Esperanza y el Windsor en Australia existen en este hemisferio que habitamos, y sin embargo de la luminosidad técnica de esas observaciones, notas y telegramas; ¿ha quedado hecha la luz u obtenídose siquiera por ello aproximadamente la solución vulgar y atrevida o simplemente científica y experimental del fenómeno celeste?

En manera alguna nos parece; y aparte de ciertas contradicciones de detalle que resaltan en las notas coordenadas de los observatorios de Río Janeiro, de Córdova y de Santiago, sus tres ilustrados regentes Cruls (en ausencia de Liais), Gould y Vergara, confiesan ingenuamente que no poseen los elementos necesarios para formar juicio cabal ni siquiera aproximativo del origen, del desarrollo, del destino final del mudable fenómeno y de su órbita no medida y tal vez inmensurable. Y a la verdad, quien ha andado todavía más cerca de lo práctico y de lo tangible entre los rumbos del cáos, ha sido el entusiasta e inteligente astrónomo de Catemu, que ha seguido al cometa con un simple anteojo de marino y lo ha mostrado desde estas mismas columnas al vulgo con el lenguaje llano, pero transparente de la divulgación experimental, camino que nos-

(1) Lick era un carpintero norteamericano que vivió muchos años en Valparaíso, y que enriquecido en California, dejó al morir en 1877, toda su fortuna para el adelanto de las ciencias. Es curioso y consolador a la vez recordar aquí que el movimiento inicial de la observación astronómica en el Pacífico haya partido de la ciudad que alumbra MERCURIO con Mouat y con Lick.

otros humildemente seguimos, porque en materia de definiciones tenemos entendido que nuestros lectores por mayor entienden más de perejil que de perihelio...

Quede, pues, establecido, para escudarnos de reproches, que en materia de astronomía hablamos siempre, como Baraínca, de las tejas, es decir, de las estrellas abajo. Y con esta declaración: ¡arriba la **malaya**! (1).

Y bien, según decíamos, los areópagos han hablado. ¿Y qué nos han dicho de cierto, de definido, de aproximativo sobre la segunda gran aparición cometaria del presente siglo, después de la de 1843? ¿Qué nos dirán más tarde?

Nada, menos que nada, o un poco más que nada, pero nada más.

Y si no, ¿de dónde viene y hacia dónde va este astro errante cuya vida sólo se cuenta por millares de siglos y cuya extensión se mide sólo por millones de leguas?

¿A qué aparición anterior conocida o sólo adivinada corresponde?

¿Es la reaparición del cometa que espantó a la Judea cuatro siglos antes de la venida de su mártir divino?

¿O es el que presagió la muerte de César y que un diario de Valparaíso creyó reconocer en el de 1843?

¿O es una transformación del cometa de las viñas aparecido a los franceses en 1811, no del todo diferente en su dibujo externo y en su tamaño colosal del que hoy puebla gran trecho de la esfera, y probablemente la tierra entera en la presente hora? (2).

O es el que Encke divisó desde Gotta en 1825 y que tenía la forma de un melón; o el famoso pronosticado por Halley y que reapareció en 1835 con la vistosa apariencia de la pluma de un tambor mayor?

¿O es el cometa de Newton que en 1680 hizo su evolución alrededor del disco solar con la espantosa rapidez de 100 millones de millas por hora "para desaparecer y no ser visto jamás en los espacios de que había venido?"

¿O todavía, como alguien lo ha insinuado, la presente aparición no es sino la visita de regreso que bajo más ampulosas y aéreas formas, como quien viene del sol en el verano, nos hace el gran cometa de 1843, que otros, y especialmente el astrónomo Tebbut de Australia, afirman fué el de 1881?

O antes que todo y después de todo esto, ¿es un simple desconocido, un **revenant** de los siglos, como los hay de los hombres y de las tumbas?

❦

Nadie se atrevería a afirmarlo; y a la verdad, el actual cometa, por sus formas aparentes, no se asemeja a ninguno de los que el dibujo, esta retina de la ciencia escrita, nos ha conservado desde Newton a Flammarion.

A los que más se asemeja, conforme a los diagramas que han reproducido Smith en su texto popular, Mitchell en su obra de difusión, y últimamente Guillemín en su Astronomía de Salón (1864), es la de 1811 y más aún al que Newton observó cerca del sol en 1680. Pero tanto a éstos como al de 1843, dibujado por Olmsted, fáltale la curvatura o alto y corto lomo, que a la simple vista presenta el actual al arrancar su penacho de su núcleo por su línea superior. Los otros tenían una curvatura uniforme, como el de 1811, o eran rectos como una flecha, como el de 1843 y el de 1865.

❦

Otra cuestión, no de forma sino de **prioridad** y que es aquella como el horario del reloj a su esfera. ¿Por dónde ha aparecido el cometa, en qué día, en qué hora y por quién y en qué paraje ha sido por la primera vez observado con la vista desnuda?

Ni eso siquiera, que es de hoy, de ayer; el **momentum** de la oscilación del péndulo enclavado en el silencioso observatorio ha desaparecido ya en la nebulosa de las contradicciones. El padre Carpelletti ha creído verlo en las márgenes del Paraná (Santa Fe), el 8 de Septiembre; el ilustrado astrónomo norte-americano de Córdoba, Mr. Benjamín Gould, lo ha divisado por la primera vez el mismo día; el señor Carlos García Huidobro habla de él como de un amigo visible desde esa propia mañana, y por último, el errante viajero ha hecho su aparición delante del vidrio del observatorio de Río Janeiro, casi siempre empañado por las emanaciones de los trópicos, sólo el día 19, cuando en la víspera

(1) Para los que lean esta expresión, un tanto burda y carnicera fuera de Santiago, le recomendaremos que ese era el grito espiritual e impaciente del público en las inolvidables representaciones dramáticas que por el año de 1868 daba el difunto poeta Baraínca (hermano del astrónomo) en un teatro de ocasión en la calle de San Diego y no lejos del Matadero. El telón había sido pintado color sangre y tenía la misma apariencia de una malaya. Y de aquí la exclamación de los entreactos.

(2) No parece que el presente cometa haya traído abundancia ni sabor a las viñas de Europa, porque su precursor de pocos meses (Abril del presente año) ha empequeñecido considerablemente el rendimiento de las viñas de Francia y del Rhin, contra las alegres expectativas de sus dueños y de los bebedores. Puede verse a este respecto una noticia en el San Francisco Bulletin de 28 de Agosto de 1882.

El Observatorio de Lick-California, construído con el legado de un carpintero de Valparaiso

lo había señalado en el horizonte el observatorio de Santiago, y anunciádolo al de Córdoba por el telégrafo. Los inteligentes astrónomos que estudian silenciosamente el paso de Venus y otros fenómenos del cielo en el improvisado observatorio de Cerro Negro, le vieron también por la primera vez el 18.

¿Cuál nombre habrá de llevar entonces el cometa de 1882, conforme a la regla de primer asiento que hizo dar el suyo al de Halley (por su pronóstico) en 1758, a Donati de Florencia por el de 1858, al de Biela, Encke, Faye y tantos otros?

¿Le llamarán el "cometa Carpelletti", o el "cometa Gould", o el "cometa García Huidobro", como algunos con mayor justicia han indicado?

Mas, si de justicia estricta ha de tratarse, cónstanos que antes que todos los anteriores vió al cometa (el 6 ó 7 de Septiembre) desde su hacienda de Catapilco, apareciendo por entre las desgarradas crestas de Curichilonco, el hacendado don Januario Ovalle, caballero madrugador; por manera que si hubiese de llevar nombre cristiano habría de llamarse simplemente el "Cometa Januario", que Januario por Jano y por Enero es también nombre astronómico.

Y aquí debemos detenernos y esperar pacientemente en nuestro antro el postrer rayo de luz que no tardará en llegar salido de la multiplicidad de la ciencia y de la observación, como la chispa eléctrica es producida en el espacio por la confluencia de las corrientes eléctricas. A los cometas y en general a todos los fenómenos celestes operados a millares de leguas de nuestra órbita, es preciso mirarlos y remirarlos por todas sus fases como el avaro o el simple cambista a las piezas de oro que trueca en su postigo.

Es muy posible que un golpe de genio haga por sí solo y de súbito la luz, como la hizo Copérnico con su sistema; como la hizo Galileo con su rotación diurna; como la hizo Newton con su manzana maravillosa; como la hizo Kepler con sus leyes planetarias; como la hizo Halley con sus pronósticos; como la hizo Arago con su divulgación; como la hizo Herschell, el mayor, con su descubrimiento de Urano, y Leverrier con su adivinación de Neptuno; como la ha hecho Edison con su luz, robada al rayo y a los astros. Pero mientras la varilla mágica de algún don divino no se agite en el espacio, habremos todavía de esperar.

Esperemos.

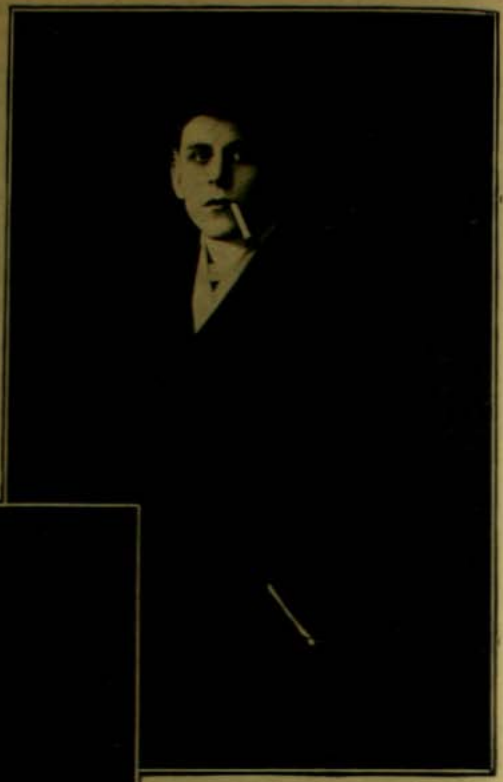
B. VICUÑA MACKENNA.

Santiago, Octubre de 1882.

André Brulé en jira por América

La Compañía contratada por el empresario Da Rosa para dar una temporada de funciones en Buenos Aires y Santiago, bajo la dirección del actor André Brulé, vendrá el próximo invierno a esta ciudad.

El joven y ya reputado actor vendrá en compañía de un personal femenino que se ha hecho notar ya en París por sus cualidades dramáticas; pero más aún por su elegancia refinada.



En "Raffles"

En "Juventud de Príncipe" (Viejo Heidelberg)

Brulé es actualmente uno de los actores favoritos de París, por su figura y su adaptación a los tipos más modernos. Las obras de Bataille y Berstein, tienen en este "galán joven" un intérprete eficaz. De temperamento contradictorio, representa con tanta pasión el papel de un joven aristócrata acobardado por una intriga sentimental, como el "detective apasionado justiciero, o el mozo corrido y cínico del estilo de los que Lavedan pone en "Les Jennes".

Acompañamos las fotografías de dos de sus más notables caracterizaciones.

LA GUERRA DEL FUEGO

Por

J. H. ROSNY

Llegan más adelante a un sitio trágico abundante en fieras. Ocultos entre unos peñascos impenetrables para los grandes carniceros, presencian el combate de un tigre con el León Gigante, bestia colosal de las edades prehistóricas, ya próxima a extinguirse. El tigre es muerto y su hembra sigue la suerte del vencedor... Ambos animales guardan la caverna en que se han refugiado los nómades. En una ausencia del León Gigante, Naoh y sus compañeros vencen a la tigre y le destrozan las patas.... Algunas noches más tarde restablecidos de las heridas de la lucha, huyen entre las sombras de la noche, mientras el León Gigante anda de caza.

Las cenizas

Por algún tiempo persistió esa obscuridad sin astros que había retardado la fuga. Después, cierta claridad se filtró por el Oriente. Esparcida dulcemente por la vasta candela de las nubes, descendió como una capa de perlas. Naoh vió entonces que un lago le cerraba el camino del Sur; un lago de que su mirada no podía ver el fin. Sus aguas vibraban lentamente: el nómade se preguntó si sería necesario contornearlo hacia el Este donde se discernía una serie de colinas o hacia el Oriente, pálido y llano, entrecortado de árboles.

La luz era siempre débil; la brisa soplaba dulcemente sobre la tierra y sobre las ondas; más arriba, se desencadenaba un viento fuerte que arremolinaba y despedazaba las nubes. La luna, en su último cuarto, acabó por dibujarse entre los vapores de la atmósfera. Pronto una gran cisterna azul reflejó la cara imagen del astro de las noches. Ante las penetrantes pupilas de Naoh, el paisaje se delineó hasta los últimos límites del horizonte; hacia el levante, el jefe discernía costas y líneas arborescentes, que destacándose contra el claro de la luna, indicaban el camino; del Sur y al Oeste el lago se extendía hasta el infinito.

Reinaba un silencio que parecía salir desde las aguas hasta el creciente argentado; la brisa era ahora tan débil que apenas hacía suspirar a los vegetales a largos intervalos.

Cansado de inmovilidad, impaciente de precisar su visión, Naoh salió de la sombra del álamo y rondó a lo largo de la ribera. Según las disposiciones del terreno y de los vegetales, el sitio se abría ampliamente o se estrechaba: entonces aparecían con más nitidez las fronteras orientales del lago; huellas numerosas indicaban el paso de manadas y de fieras.

De pronto, estremecido, el nómade se detuvo; sus ojos y sus narices se dilataron, su corazón latió con ansiedad, presa de extraño delirio; sus recuerdos se despertaron tan enérgicos que creía volver a ver el campo de los Ulhamr, la hoguera humeante, la

flexible figura de Gamia... Allí, en medio de la hierba verde, se abría un vacío, cubierto de ramas medio consumidas: el viento no había dispersado todavía el polvo blanquecino de las cenizas.

Naoh imaginó la quietud de un alto, el aroma de las carnes asadas, el calor cariñoso y los rojizos saltos de la llama; pero al mismo tiempo veía el enemigo.

Lleno de temor y de prudencia, se arrodilló para examinar mejor la huella de los formidables merodeadores. Pronto supo que habían pasado por allí al menos tres veces, tantos guerreros como los dedos de sus dos manos, y no mujeres, ni viejos, ni niños. Era una de esas expediciones de caza y exploración que las hordas enviaban a veces a grandes distancias. El estado de los huesos y demás despojos, concordaban con las indicaciones de la hierba.

Era importante para Naoh saber de dónde venían los cazadores y por dónde habían pasado. Temía que pertenecieran a la raza de los Devoradores de Hombres que, desde los tiempos de la juventud de Godn, ocupaban los territorios meridionales a ambas orillas del Río Grande. En esa raza, la estatura sobrepujaba a la de los Ulhamr, y la de todos los hombres entrevistas por los jefes y por los viejos. Eran los únicos que se alimentaban de la carne de sus semejantes, sin preferirla, sin embargo, a la de los alces, los jabalíes, los gamos, los cabros o los hemiones. Su número no parecía muy considerable: sólo se conocían tres hordas, en tanto que Uag, hijo del Lince, el más formidable vagabundo, nacido entre los Ulhamr, había encontrado por todas partes, muchas hordas que no comían la carne del hombre.

En tanto que los recuerdos se agolpaban en la mente de Naoh, no cesaba de seguir las huellas impresas sobre el suelo y entre los vegetales. La tarea era fácil, porque los errantes, confiados en su número, desdeñaban disimular su marcha. Habían costeado el lago hacia el Oriente, y trataban acaso de alcanzar las orillas del Gran Río.

Dos proyectos se presentaron al nómade: alcanzar la expedición antes que ella llegase a sus territorios de caza, y arrancarle el fuego por la astucia; o bien adelantarse a ella, sorprender a la horda privada de sus mejores guerreros y espiar el momento favorable.

A fin de no equivocar el camino, era necesario seguir por de pronto la pista: Y la imaginación salvaje, al través de las aguas, de las colinas, de las estepas, no cesaba de ver a los errantes que llevaban consigo la fuerza soberana de los hombres. Los sueños de Naoh tenían la precisión de las realidades; eran llenos de actos, de energías, de gestos eficaces... Por largos instantes se abandonó a ellos, en tanto que la brisa languidecía y expiraba, de hoja en hoja y de hierba en hierba.

II

La emboscada delante del fuego

Hacía tres días que los Ulhamr seguían la pista de los Devoradores de Hombres. Bordearon primeramente el lago hasta el pie de las colinas; después se internaron en un país en que los árboles alternaban con las praderas. La tarea era fácil, porque los errantes avanzaban sin cuidado; encendían grandes fuegos para asar la carne de sus presas o abrigarse del frío de las noches brumosas.

Naoh, al revés, usaba de continuas astucias para engañar a los que podrían perseguirle. Escogía los suelos duros, las hierbas flexibles que se enderezan prontamente, se aprovechaba del lecho de los arroyos, pasando vadeándolos o a nado, algunos golfos del lago, y a veces, entrecruzaba las huellas. A pesar de esta prudencia, ganaba terreno. Al fin del tercer día, se encontró tan cerca de los Devoradores de Hombres que creyó poder alcanzarlos en una marcha nocturna.

—Que Nam y Gaw apronten sus armas y su valor, dijo... Esta noche verán el Fuego!...

Los jóvenes guerreros ya pensarán en la alegría de ver saltar la llama o ya considerarán la fuerza de los enemigos, respiraban con más fuerza o permanecían sin alientos.

—Descansemos por de pronto, continuó el hijo del Leopardo. Nos acercaremos a los Devoradores de Hombres durante su sueño, y trataremos de engañar a los que vigilan.

Nam y Gaw sintieron la proximidad de un peligro mayor que todos los otros: la leyenda de los Devoradores de Hombres era formidable. Su fuerza, su audacia, su ferocidad, sobrepasaban a la de todos los hombres conocidos. Algunas veces, los Ulhamr habían sorprendido y exterminado tropas

Al acercarse el guerrero, la tigre se irguió con un gruñido de cólera

poco numerosas; con más frecuencia eran los Ulhamr quienes habían perecido bajo sus hachas cortantes y sus mazas de encina.

Según el viejo Goún, descendían del Oso gris; sus brazos eran más largos que los de los demás hombres; sus cuerpos tan velludos como los cuerpos de Aghoo y sus hermanos. Y como se alimentaban con los cadáveres de sus enemigos, causaban el espanto entre las hordas tímidas.

Cuando hubo hablado el hijo del Leopardo, Nam y Gaw temblorosos, inclinaron la cabeza; en seguida se entregaron al reposo hasta la mitad de la noche.

Se levantaron antes que la creciente hubiese blanqueado el fondo del cielo. Naoh, habiendo reconocido de antemano la pista, marchaban por de pronto entre las tinieblas. Al salir la luna, reconocieron que se habían extraviado, pero pronto volvieron a encontrar la pista. Atravesaron sucesivamente un matorral, pasaron al través de tierras pantanosas y franquearon un río.

Al fin, desde lo alto de un montículo, escondidos entre tupidas hierbas y sacudidos por una emoción terrible, divisaron el Fuego.

Nam y Gaw temblaban; Naoh permanecía inmóvil, con las piernas separadas y ronco el aliento. Después de tantas noches pasadas en el frío, en la lluvia, en las tinieblas, después de tantas luchas, del hambre, de la sed; después del Oso, la tigre y el León Gigante, aparecía en fin el Signo resplandeciente de los hombres.

En un brasero semi-circular, sobre un plano cortado por terebintos y sicomoros, no lejos de un pantano, las llamas chisporroteaban al rededor de los tizones. Aquello arrojaba un fulgor de crepúsculo que saturaba y penetraba la estructura de las cosas.

Rojas chispas, luciólas de color de rubí o de topacio, agonizaban en las brisas... las olas escarlatas del fuego crujían al dilatarse; una humareda robusta subía en espiral y se dispersaba en el claro de la luna; había llamas alargadas como las víboras, palpitantes como las ondas, imprecisas como las nubes.

Los hombres dormían cubiertos de pieles de alces, de lobos, de berracos, cuyo pelaje se aplicaban contra el cuerpo. Las hachas, las mazas, las azagayas yacían esparcidas por la sábana; dos guerreros velaban. El uno de ellos, sentado sobre la provisión de leña seca, las espaldas abrigadas con un pellejo de toro, tenía la mano sobre su venablo. Un reflejo cobrizo iluminaba su rostro, cubierto casi hasta los ojos por sus cabellos parecidos al pelaje del zorro. Su cutis velludo recordaba el de los berracos, su boca se dilataba en espantosos labios gruesos bajo una nariz aplastada de aberturas circulares; dejaba adivinar brazos muy largos, como los del hombre de los árboles, en tanto que sus piernas se acuclillaban, cortas, gruesas, arqueadas.

El otro centinela caminaba furtivamen-

te al rededor de la hoguera. Se detenía por intervalos, levantaba las orejas, y sus narices interrogaban el aire húmedo que descendía sobre la llanura, mientras los vapores calentados por el fuego subían hasta el cielo. De una estatura igual a la de Naoh, poseía un cráneo enorme, con orejas de lobo, puntiagudas y retráctiles; sus cabellos y su barba crecían en manojos, separados por islotes de piel color de azafrán; sus ojos fosforescentes brillaban en la penumbra o se enrojecían a los reflejos de la llama; tenía los pectorales cónicos, el vientre aplastado, los muslos triangulares, la tibia como el filo de una hacha, y sus pies hubieran sido pequeños sin el largo desmesurado de los dedos. Todo su cuerpo, pesado y compacto como el cuerpo de los búfalos, revelaba una fuerza inmensa, pero menos aptitudes para la carrera que el cuerpo de los Ulhamr.

El centinela había interrumpido su marcha. Alargaba la cabeza hacia la colina. Sin duda le inquietaba alguna vaga emanación, en la que no reconocía ni el olor de las bestias, ni el de las gentes de su horda, en tanto que su compañero, de narices menos sutiles, dormitaba.

—Estamos demasiado cerca de los Devoradores de Hombres, observó Gaw dulcemente. El viento les lleva nuestras huellas.

Naoh movió la cabeza, porque temía mucho más el olfato del enemigo, que su vista o su oído.

—Es preciso colocarse contra el viento, agregó Nam.

El viento sigue el camino de los Devoradores de Hombres, repuso Naoh. Si nos colocamos contra él, esos caminarán delante de nosotros.

No necesitó explicar mejor su pensamiento: Nam y Gaw sabían, lo que hasta las bestias saben, que es preciso seguir y no preceder a la presa, a menos de prepararse una emboscada.

Mientras tanto, el centinela dirigió la palabra a su compañero que hizo una señal negativa. Pareció que iba a sentarse a su vez pero cambiando de opinión, se dirigió hacia la colina.

—Es necesario retroceder, dijo Naoh.

Buscó con la mirada un refugio capaz de atenuar las emanaciones. Un espeso matorral crecía cerca de la cima. Los Ulhamr se acurrucaron a su abrigo, y como la brisa era ligera e intermitente, no podía llevar sino efluvios demasiado débiles para impresionar el olfato humano. Pronto el centinela, detuvo su marcha, y después de algunas aspiraciones vigorosas, regresó al campamento.

Los Ulhamr permanecieron largo tiempo inmóviles. El hijo del Leopardo soñaba estratagemas, con los ojos vueltos hacia el resplandor ahora más pálido de la hoguera. Porque si el menor obstáculo detiene la vista más penetrante, si se puede caminar sobre la estepa con bastante suavidad para engañar al antílope o al hemión, los olores se esparcen sin que nada los detenga y se conservan sobre la pista... Sólo la distancia o el viento contrario los ocultan...

El gruñido de un chacal hizo levantar la cabeza al gran nómade. Lo escuchó en silencio al principio... después prorrumpió en una risotada.

—Hénos aquí en el país de los chacales, dijo. Nam y Gaw procurarán derribar uno.

Los compañeros volvieron los rostros, llenos de asombro. El otro continuó:

—Naoh velará en este matorral... El chacal es tan astuto como el lobo: jamás el hombre podrá acercársele... Pero siempre tiene hambre. Nam y Gaw colocarán en el suelo un trozo de carne y aguardarán a poca distancia... El chacal vendrá.... se acercará y se alejará varias veces... Dará después vueltas en torno de la carne... Si Nam y Gaw no se mueven, si sus cabezas y sus manos permanecen sosegadas como la piedra, después de largo tiempo se arrojará sobre la carne... Todavía no habrá llegado cuando ya huirá... Las azagayas deben ser más ágiles que él.

Nam y Gaw partieron en busca de los chacales. No son estos difíciles de perseguir: su voz los denuncia: saben que ningún animal los busca para presa. Los dos Ulhamr los encontraron cerca de un grupo de terebintos. Habían cuatro, encarnizados sobre osamentas devoradas ya hasta las últimas fibras. No huyeron delante de los hombres; dirigían sí, sobre ellos sus pupilas vigilantes; gruñeron dulcemente, prestos a huir, desde el momento en que juzgaran a los recién llegados demasiado próximos.

Nam y Gaw hicieron cuanto les ordenara Naoh. Colocaron en el suelo un cuarto de corzo, y habiéndose alejado permane-

cieron tan inmóviles como el tronco de los terebintos. Los chacales rondaban a pasos menudos sobre la hierba. Sus temores se debilitaban con el perfume de la carne. Aún cuando habían encontrado varias veces a la bestia vertical, no habían experimentado sus astucias; sin embargo, juzgándola más fuerte que ellos, no la seguían sino a la distancia, y como su inteligencia era fina, como sabían que el peligro es constante a la luz, como en las tinieblas, procedían con desconfianza. Rondaron pues largo tiempo cerca de los Ulhamr, trazaron infinitos círculos, se emboscaban en los grupos de terebintos para salir de ellos de nuevo, y contornearon varias veces los cuerpos inmóviles. La luna enrojeció el Oriente, antes de que sus dudas y temores se hubieran disipado.

Poco a poco sus avances se hacían más temerarios: venían hasta a veinte codos del cebo; después se detenían largo rato, murmurando. En fin sus ansias se exasperaron: se decidieron, precipitándose todos juntos, para no dejar ninguna ventaja los unos a los otros. Aquello fué tan rápido como lo había dicho Naoh. Pero los arpones fueron aún más rápidos; se hundieron en el flanco de dos chacales, en tanto que los otros huían con la presa; después las hachas extinguieron lo que quedaba de vida en las bestias heridas.

Cuando Nam y Gaw trajeron los despojos, Naoh se echó a reir.

—Ahora podemos engañar a los Devoradores de Hombres. Porque el olor de los chacales es mucho más poderoso que el nuestro.

El fuego se había reanimado, alimentado con ramas y leña seca. Levantaba sobre la llanura sus llamas devoradoras y humeantes; se discernía más distintamente los hombres dormidos, las armas y las provisiones; dos nuevos centinelas habían sucedido a los otros, ambos sentados, con la cabeza baja y sin sospechar ningún peligro.

—Estos, dijo Naoh, después de considerarlos atentamente, son más fáciles de sorprender... Nam y Gaw han cazado chacales; el hijo del Leopardo va a cazar a su vez:

Bajó del montículo, llevando la piel de uno de las chacales, y desapareció entre los matorrales que crecían hacia el poniente... Al principio, se alejó de los Devoradores de Hombres, a fin de no descubrirse. Atravesó los matorrales, se arrastró por entre las altas hierbas, contorneó un pantano bordeado de mimbres y rododendros, y escabullèndose por entre los tilos, se encontró al fin a cuatrocientos codos del fuego, escondido tras de un arbusto.

Los centinelas no habían dado señales de vida... Apenas uno de ellos percibió el olor del chacal, que no podía inspirarle inquietud alguna. Naoh escrutó con los ojos todos los detalles del campamento. Midió por de pronto el número y la estructura de los guerreros. Casi todos mostraban una musculatura imponente: bustos profundos, servidos por largos brazos y piernas cortas; el Ulhamr pensó que ninguno lo aventajaría en la carrera. En seguida examinó la forma del suelo. Un espacio vacío, en que la tierra aparecía rasa como la palma de la mano, lo separaba hacia la derecha de un pequeño montículo. Después, había unos pocos arbustos, y un banco de altas hierbas que se inclinaban a la izquierda. Aquellas hierbas se desplegaban en una especie de promontorio hasta cinco o seis codos del fuego.

Naoh no dudó largo tiempo. Como los centinelas le daban vuelta la espalda, se arrastró hacia el montículo. No podía apresurarse. A cada movimiento de los centinelas, se detenía, aplastándose como un reptil. Sentía sobre él, como otras tantas manos sutiles, el doble resplandor de la hoguera y de la luna. En fin se encontró al abrigo, y desviándose tras de los arbustos y del promontorio de hierbas, llegó cerca del fuego.

Los guerreros dormidos casi le rodeaban por entero; la mayor parte estaban a tiro de azagaya. Si los centinelas daban la alarma, al menor movimiento falso, sería cogido. Tenía sin embargo una probabilidad a su favor; el viento soplaba en su dirección, ahogando en el humo su olor y el del chacal. Además los centinelas parecían casi dormidos, apenas a largos intervalos se levantaban sus cabezas.

Naoh apareció en la plena luz, dió un salto de tigre, y alargando la mano, cogió un tizón. Regresaba ya hacia el promontorio de hierbas cuando resonó un rugido formidable, en tanto que uno de los centinelas acudía, y el otro le lanzaba su ayagaya. Casi simultáneamente, diez siluetas se pusieron de pie.

Antes que ningún Devorador de Hombres hubiese tomado carrera, Naoh había pasado la línea por donde podían cortarle la retirada. Lanzando su grito de guerra, huía en línea recta hacia el collado donde lo esperaban Nam y Gaw.

Los Kzamms le seguían, dispersos, con gruñidos de jabalíes. Eran ágiles, apesar de sus piernas cortas, pero no tanto como para alcanzar al Ulhamr que, blandiendo su antorcha, corría delante de ellos con la velocidad del megaceros. Llegó al mamelón con quinientos codos de ventaja, y allí encontró de pie a Nam y Gaw.

—Huid adelante, les gritó.

Sus esbeltas siluetas se precipitaron en una carrera casi tan rápida como la de su jefe. Naoh se alegró de haber preferido hombres flexibles a guerreros maduros y robustos. Porque, huyendo ante los Kzamms, los jóvenes ganaban dos codos, sobre diez saltos. El hijo del Leopardo los seguía sin esfuerzo, deteniéndose a veces para examinar el tizón. Su inquietud se repartía entre los peligros de la persecución y el deseo de no perder la presa luminosa por la cual había experimentado tantos sufrimientos. La llama se había extinguido. No quedaba sino un resplandor rojizo que avanzaba a penas sobre la leña húmeda. Sin embargo el resplandor era lo bastante vivo, para que Naoh esperase, en el primer alto, reanimarlo y darle fuerza.

Cuando la luna llegaba al tercio de su carrera, los Ulhamr se encontraron en un dédalo de pantanos. Esta circunstancia no era desfavorable. Reconocieron un camino ya transitado, camino que les había descubierto la presencia de los Kzamms, estrecho, sinuoso, pero seguro sobre sus fundamentos de pérfido.

A penas si dos hombres podían avanzar por él juntos, sobre todo para combatir; los Kzamms debían exponerse a grandes riesgos, o contornear por otro lado; les sería fácil a los Ulhamr tomarles la delantera. Naoh, calculando las probabilidades con su doble instinto de hombre y de bestia, comprendió que tendría tiempo para hacer crecer el fuego. La roja brasa era ahora aún más estrecha, se debilitaba y palidecía.

Los nómades buscaron hierba y leña seca. Los rododendros marchitos, las cañas amarillentas, las ramas sin savia, abundaban por los alrededores: toda aquella vegetación estaba húmeda. Cogían algunas ramillas de extremidades aguzadas, hojas y brizna de hierba muy fina.

La brasa moribunda se avivaba apenas al soplo del jefe. Muchas veces, algunas puntas de hierbas se animaron de un resplandor ligero que crecía un instante, se detenía vacilante, sobre el borde de la brizna, y moría, vencido por el vapor de agua. Entonces Naoh pensó en la piel de los chacales. Arrancó algunos mechones, y ensayó encender en ellos la llama. Algunos pelos enrojecieron; la alegría y el temor oprimían a los Ulhamr... Cada vez, la débil palpitación, apesar de precauciones infinitas, se detuvo y se extinguió... ¡No había esperanza! Las cenizas no proyectaban sino un resplandor casi invisible; una última partícula escarlata, decrecía, grande primero como una avispa, en seguida como una mosca, después como uno de esos insectos minúsculos que flotan sobre la superficie de los pantanos. En fin todo se extinguió, y una tristeza inmensa heló el corazón de los Ulhamr, despojados.

Aquel débil resplandor había sido la realidad magnífica del mundo; iba a crecer, a adquirir fuerza y duración: iba a alimentar las fogatas del reposo, a espantar al León Gigante, al Tigre, al Oso Gris, a combatir las tinieblas y a dotar a las carnes de un sabor delicioso. Ellos lo llevarían resplandeciente a la horda, y la horda reconocería sus fuerzas... Pero he aquí que apenas conquistado había muerto, y los Ulhamr, después de las emboscadas de la tierra, de las aguas y de las bestias, iban a conocer las emboscadas de los hombres.

III

Sobre las riberas del Gran Río

Naoh huía delante de los Kzamms. La persecución duraba ya ocho días; era ardiente, continua, llena de artificios. Los Devoradores de Hombres, sea para seguridad del porvenir—los Ulhamr podían ser las avanzadas de una horda—sea por instinto destructor o por odio a los extranjeros, desplegaban una energía furiosa. La resistencia de los fugitivos no era inferior a su rapidez en la carrera: habían podido ganar, todos los días, cinco o seis mil codos de delantera. Pero Naoh se obstinaba en la conquista

del fuego. Todas las noches después de haber asegurado a Nam y a Gaw un avance útil, rondaba en derredor del campo enemigo. Dormía poco, pero profundamente.

Como las peripecias de la persecución exigían numerosos rodeos, el hijo del Leopardo fué obligado a oblicuar considerablemente hacia el Oriente, tanto que el octavo día estuvo a la vista del Gran Río. Lo divisó desde la cima de una loma cónica de pórfido perdido; las lluvias, las inundaciones, los vegetales, habían gastado sus flancos, abierto en ellas agujeros, y arrasado inmensos blocks de piedra, pero el pequeño monticulo resistiría unas centenas de milenarios a la paciencia muda y a los golpes brutales de los meteoros.

El río corría en toda su fuerza. A través de infinitos países de piedra, de hierbas o de árboles, había bebido las fuentes, tragado los arroyos y devorado los ríos. Los ventisqueros se acumulaban para él en los escuetos pliegues de la montaña, las fuentes se filtraban en las cavernas, los torrentes arrastraban los granitos, las gredas y las rocas calcáreas, las nubes exprimían sus esponjas inmensas y ligeras, los pantanos se extendían sobre sus lechos de arcilla. Fresco, rápido, espumoso, allí donde lo aprisionaban los ribazos, se ensanchaba en lago tranquilo en las tierras llanas y pantanosas; rodeaba las islas, rugía en las cascadas y se precipitaba rugiente en los rápidos. Lleno de vida, fecundaba la vida inagotable. Desde las regiones tibias hasta las regiones frescas, desde los aluviones, llenos de fuerza hasta los suelos pobres; surgían a su paso los sombríos pueblos de árboles: las hordas de higueras, olivos, pinos, terebintos, encinas; las tribus de sicomoros, plátanos, castaños, arces, hayas y encinas; las manadas de nogales, abetos, fresnos, abedules, las filas de álamos blancos, negros grises, plateados, temblorosos y los claros de sauces blancos, sauces púrpuras, sauces glaucos y sauces llorones.

En sus profundidades se agitaba la muda multitud de moluscos, escondidos en sus moradas de cal y nácar; los crustáceos de articuladas armaduras, los peces de carrera, que una simple flexión del cuerpo lanza al través de las aguas pesadas, con la rapidez de la fragata sobre las nubes; los peces torpes que se arrastran lentamente por el fango, los reptiles flexibles como cañas,

Desde lo alto percibieron el fuego

u opacos, rugosos y densos. Según las estaciones, los azares de la tempestad, de los cataclismos o de la guerra, descendían las masas triangulares de las grullas, las gruesas bandadas de gansos; las compañías de patos verdes, cercetas, fulgas, pardillos y garzas; las multitudes de golondrinas y gaviotas; las avutardas, las cigüeñas, los cisnes, los gauserones, los rasconas, los martín-pescadores y las turbas inagotables de los pajarillos. Buitres, cuervos y cornejas se alimentaban de los abundantes despojos; las águilas velaban en las nubes; los halcones planeaban sobre sus alas cortantes; los gavilanes desfilaban más alto que las montañas; los milanos surgían, furtivos, impacientes y cobardes, y el gran duque, el buho y la lechuza atravesaban las tinieblas sobre sus alas de silencio.

Entre tanto, se distinguía algún hipopótamo, oscilando como un tronco de arce, las martas se deslizaban en silencio entre los cañaverales; las ratas de agua con sus cráneos de conejo surgían de aquí y de allá, en tanto que acudían las hordas sedientas de alces, gamos, berracos, megaceros; las tropas ligeras de saigas, de hemiones, y de caballos; los ejércitos enormes de mamuths, de uros y de aurochs. Un rinoceronte hundía en un golfo su coraza opaca; un jabalí destroncaba los viejos sauces; el oso de las cavernas, pacífico y formidable, arrastraba su masa obscura; el lince, la pantera, el leopardo, el oso gris, el tigre, el león amarillo y el león negro se emboscaban hambrientos o engullían las presas palpitantes; su hedor denunciaba al zorro, al chacal y a la hiena; las bandas de lobos y de perros desplegaban contra las bestias débiles, heridas o fatigadas, su cautela y su paciencia. Por toda la extensión pululaba un hormiguero de liebres, conejos, musarañas, campañoles, comadrejas y tirones... Sapos, ranas, lagartijas, víboras y culebras... gusanos, larvas, orugas, langostas, hormigas, carabos... abejones, libélulas y nemóceros... zánganos y avispas, abejas, abejones... manfresas, estrígidas, piéridas, noctuélidas, lampalsidos, gorgojos y cucarachas...

Y Naoh, amaba sus ondas formidables.

Las veía descender en su fiebre otoñal, en un éxodo sin fin... Se estrellaban contra las islas, refluían hacia las riberas, furiosas cascadas de espuma, largas masas planas y casi lacustres, torbellinos de esquisto o de malaquita, ondas de nácar, remolinos de humo, reventazones espumosas, largos rumores de juventud, de energía, de exaltación.

Como el fuego, el agua parecía al Ulhamr un ser infinito; como el fuego, ella decrece, aumenta, surge de lo invisible, se precipita al través del espacio, devora a las bestias y a los hombres; cae del cielo y llena la tierra; incansable gasta las rocas, arrastra las piedras, la arena y la arcilla; ninguna planta, ningún animal puede vivir sin ella... Silba, clama, ruge; canta, ríe y solloza; pasa por donde no pasaría el insecto más débil; se la siente bajo la tierra; es pequeña; es pequeña en la fuente; crece en el arroyo; el río es más fuerte que los mamuhts, más vasto que la selva. El agua duerme en el pantano, reposa en el lago y camina a grandes pasos en el río; se precipita en el torrente; salta como el tigre o la pantera en los rápidos.

Algo de esto sentía Naoh delante de las ondas interminables. Entre tanto era necesario abrigarse... Las islas servirían acaso: ellas eran un refugio contra los ataques de las fieras, pero poco eficaces contra los hombres, estorbarían los movimientos, harían imposible la conquista del Fuego y expondrían a todas las emboscadas. Naoh prefirió la ribera. Se estableció sobre una roca de esquisto que dominaba fácilmente el sitio. Sus flancos eran abruptos y su parte superior formaba una meseta en que podían tenderse tres hombres.

Los preparativos del campamento estuvieron terminados a la hora del crepúsculo. La distancia entre los Ulhamr y sus perseguidores era bastante grande para no concebir ningún temor durante la primera mitad de la noche.

El tiempo era fresco. Pocas nubes se arrastraban en el ocaso de escarlata. Mientras devoraban su comida de carne cruda, nueces e higos, los guerreros observaban la tierra sombría. La claridad era aún suficiente para divisar las islas, aunque no la otra orilla del río. Algunos onagros pasaron; una manada de caballos descendió hasta los ribazos; eran bestias rechonchas, cuya cabeza parecía enorme, a causa de la enmarañada melena. Sus movimientos tenían un encanto particular; sus ojos, ancho, locos, despedían azulados fulgores; la inquietud rompía o precipitaba su carrera;

Naoh lanzó un furioso grito de guerra, y echándose a Gaw a la espalda, siguió luego su carrera.

inclinados sobre el agua, permanecieron temblorosos, husmeando el espacio, llenos de desconfianza. Bebieron rápidamente y huyeron en seguida. La noche desplegó sus alas obscuras; cubría ya el oriente, mientras que hacia el este presentaba un reflejo purpúreo... Un rugido atronó el espacio.

—¡El león! murmuró Gaw.

—La orilla está llena de presas, repuso Naoh. El león es prudente; atacará antes al antílope y al ciervo, y no a los hombres.

El rugido se alejó; los chacales chillaron, y se vieron surgir sus siluetas ligeras. Los Ulhamr durmieron alternativamente hasta el alba. En seguida continuaron su marcha descendiendo por las riberas del Gran Río. Los mamuths les cortaron el paso. Una manada de ellos cubría una anchura de mil codos y un largo tiple; Pacían .. Arrancaban las plantas tiernas, descenterraban las raíces, y su existencia pareció a los tres hombres, feliz, segura y magnífica. A veces, regocijándose en su fuerza, se perseguían sobre la tierra blanda o se golpeaban dulcemente con sus trompas velludas. Bajo sus pies inmensos, el León Gigante no sería sino un montón de arcilla: sus cabezas de granito bastaban para destruir un árbol... Y al considerar la flexibilidad de sus trompas, Naoh no pudo menos que decir:

—El mamuth es el dueño de todo cuanto vive sobre la tierra.

No les temía, sabiendo que no atacaban a ninguna bestia si no eran provocados... Agregó además:

—Aoûm, el hijo del Cuervo, había hecho alianza con los mamuths.

—¿Por qué no haríamos nosotros como Aoûm? preguntó Gaw.

—Aoûm comprendía a los mamuths, objetó Naoh, nosotros no los comprendemos.

Sin embargo la pregunta del joven le había hecho impresión; pensaba en ella, mientras contorneaba a la distancia, la manada gigantesca... Y traduciendo en voz alta su pensamiento, dijo:

—Los mamuths no tienen una palabra como los hombres. Se comprenden entre ellos. Conocen el grito de los jefes; Goûn dice que toman el sitio que les indica la voz de mando, y que celebran consejo antes de partir para una tierra nueva... Si nosotros adivinásemos sus signos, haríamos alianza con ellos.

Vió un mamuth enorme que los miraba pasar. Solitario, al nivel de las aguas del río, entre álamos jóvenes, devoraba los brotes tiernos. Naoh no había visto jamás una bestia tan grande. Su altura pasaba de doce codos. Una melena espesa como la de los leones le crecía sobre la nuca; su trompa velluda parecía un ser distinto, a la vez árbol y serpiente.

La vista de los tres hombres pareció interesarle, porque no podía suponer que se atrevieran a inquietarle... Y Naoh gritaba:

—¡Los mamuths son fuertes!... El gran mamuth es más fuerte que los hombres: aplastaría al tigre y al león como a gusanos; derribaría a diez aurochs con el empuje de su pecho... ¡Naoh, Nam y Gaw son amigos del Gran Mamuth!

El mamuth levantaba sus orejas membranosas; escuchó los sonidos articulados por la bestia vertical, sacudió lentamente la cabeza... y avanzó...

—El mamuth ha comprendido, exclamó Naoh lleno de gozo. Sabe que los Ulhamr reconocen su poder.

Y gritó en seguida:

—Si los hijos del Leopardo, del Saiga y del Alamo, encuentran el Fuego, cocerán la castaña y la bellota, para hacer don de ellos al Gran Mamuth.

Mientras hablaba su vista encontró un pantano, en que crecían nenúfares orientales. Naoh no ignoraba que el mamuth gustaba de esos tallos subterráneos. Hizo una señal a sus compañeros, y los tres se pusieron a arrancar las largas plantas escarlatas. Cuando juntaron un gran montón de ellas, las lavaron con cuidado y las llevaron hacia la bestia colosal... A la distancia de cincuenta codos, Naoh volvió a hablar:

—¡Mira!.... Hemos arrancado estas plantas para que tú puedas comerlas... Así sabrás que los Ulhamr son amigos del mamuth.

Y se retiró.

Curioso, el gigante se acercó a las raíces. Las conocía muy bien y eran de su gusto. Mientras las comía, sin apresurarse, con largas pausas, observaba a los hombres. A veces levantaba la trompa para olfatear; en seguida la balanceaba con aire pacífico.

Entonces Naoh se aproximó por momentos insensibles; se encontró delante de esos pies colosales, bajo esa trompa que desarraigaba los árboles, bajo esas defensas tan largas

como el cuerpo del uro; era como una comadreja ante una pantera. Con un solo gesto, la bestia podía reducirlo a polvo. Pero él, vibrando todo entero, con la fe que crea, temblaba de esperanza y de inspiración... La trompa lo rozó ligeramente, pasó sobre su cuerpo, olfateándolo... Naoh, conteniendo el aliento, tocó a su vez la trompa velluda... En seguida arrancó hierbas y brotes tiernos y los ofreció en señal de alianza: sabía que estaba haciendo algo extraordinario y profundo, y su corazón se inflamaba de entusiasmo.

IV

La alianza entre el hombre y el mamuth

Nam y Gaw habían visto al mamuth acercarse a su jefe: entonces concibieron mejor la pequeñez del hombre: después cuando la trompa enorme se posó sobre Naoh, ambos murmuraron:

—¡Naoh va a ser aplastado! Nam y Gaw quedarán sólo delante de los Kzamms, las bestias y las aguas.

En seguida vieron la mano de Naoh acariciar a la bestia; sus almas se llenaron de alegría y orgullo.

—Naoh ha hecho alianza con el mamuth, murmuró Nam. Naoh es el más poderoso de los hombres.

Entretanto, el hijo del Leopardo exclamaba:

—Que Nam y Gaw se aproximen por turno, así como Naoh se ha aproximado.... Arrancarán hierbas y tiernos brotes para ofrecerlos al mamuth.

Los jóvenes guerreros escuchaban, encendidos de entusiasmo, llenos de fe. Avanzaron con lentitud, siguiendo el ejemplo de su jefe, y arrancando a su paso, ya hierba tierna, ya frescas raíces.

Cuando estuvieron próximos, ofrecieron su cosecha. Como Naoh la ofrecía al mismo tiempo que ellos, el mamuth vino a devorarla.

Así se concluyó la alianza de los Ulhamr con el mamuth.

La luna nueva había crecido: se acercaba la noche en que se levantaría tan vasta como el sol... Una noche llegó en que los kzamms acamparon a veinte mil codos de los Uzamms. Era siempre a lo largo del río. Los Kzamms ocupaban una banda seca de terreno; se calentaban delante del fuego, y comían grandes trozos de carne, porque la caza había sido abundante, en tanto que los Ulhamr se repartían en silencio, en la sombra húmeda y fría, algunas raíces y la carne de una paloma torcaz.

A diez mil codos de la orilla los mamuths dormían entre los sicomoros. Soportaban, durante el día, la presencia de los nómades, en la noche mostraban un humor más sombrío, sea porque conocieran sus emboscadas, sea porque les molestara, en su reposo, la presencia de seres que no eran de su raza. Todas las tardes, los Ulhamr se alejaban pues, más allá de la distancia en que sus emanaciones podían ser importunas.

Aquella vez, Naoh preguntó a sus compañeros:

—¿Están Nam y Gaw dispuestos a la fatiga? ¿Se encuentran ágiles sus miembros, y sus pechos alentados?

El hijo del Alamo repuso:

—Nam ha dormido una parte del día. ¿Por qué no ha de estar listo para el combate?

Y Gaw dijo a su vez:

—El hijo del Saiga puede recorrer, a toda su velocidad, la distancia que le separa de los Kzamms.

—¡Está bien! Naoh y los jóvenes guerreros irán al encuentro de los Kzamms. Van a luchar toda la noche por conquistar el Fuego.

Nam y Gaw se levantaron de un salto y siguieron a su jefe. No podía contarse con las tinieblas para sorprender al enemigo: la luna, casi llena, se cernía sobre la ribera opuesta del Gran Río. Aparecía roja al ras de las islas, o entrecortada por una fila de álamos altos, al través de los cuales su luz se rompía. Otras veces, parecía hundirse en las ondas negruscas, donde su imagen vacilante, recordaba las luminosas nubes del estío, o se arrastraba como una serpiente de cobre o se alargaba como un cisne: una red de escamas y micas se desprendía de su globo y se extendía oblicuamente de una a otra orilla.

Los Ulhamr apresuraron al principio su marcha, escogiendo los terrenos en que los vegetales eran cortos. A medida que se aproximaban al campamento de los Kzamms, sus pasos eran más lentos. Circulaban paralelamente los unos a los otros, separados

por intervalos considerables, a fin de vigilar la mayor área posible, y no ser cercados. De pronto, a la vuelta de un cañaveral, resplandecieron las llamas, lejanas todavía: la luz de la luna las hacía palidecer.

Los Kzamms dormían: tres centinelas alimentaban la hoguera y vigilaban las sombras de la noche. Los Ulhamr, ocultos entre los vegetales, espiaban el campamento con ansia rabiosa. ¡Ah! Si pudieran arrebatar siquiera una chispa! Tenían pronto, hojas y hierbas secas, ramitas finamente recortadas; el Fuego no moriría entre sus manos, hasta que lo habrían aprisionado en su jaula de corteza, forrada interiormente con piedras planas. ¿Pero cómo acercarse a la hoguera? ¿Cómo distraer la atención de los Kzamms, sobrexcitada desde la noche en que el hijo del Leopardo había aparecido delante de su hogar?...

Naoh dijo:

—Escuchad. Mientras que Naoh remontará a lo largo del Gran Río, Nam y Gaw errarán por la llanura, alrededor del campo de los Devoradores de Hombres. Ya se ocultarán, ya se mostrarán. Cuando los enemigos se lancen tras de su pista, tomarán la fuga, pero no a toda velocidad, porque es preciso que los Kzamms esperen cogerlos, y les persigan por largo tiempo. Nam y Gaw usarán de todo su valor, para no huir con demasiada rapidez... Arrastrarán a los Kzamms hasta más allá de la Piedra Roja... Si Naoh no está allí, pasarán entre los mamuths y el Gran Río. Naoh sabrá encontrar sus huellas.

Los jóvenes nómades temblaron; les era duro separarse de Naoh delante de los formidables Kzamms. Dóciles, se deslizaron entre los vegetales, mientras el hijo del Leopardo se dirigía hacia la ribera. El tiempo pasó... Después Nam se mostró un momento bajo un catalpa y desapareció; en seguida la silueta de Gaw se dibujó furtiva sobre las hierbas... Los centinelas dieron la alarma; los Kzamms surgieron en desorden, prorrumpiendo en largos alaridos y se reunieron alrededor de su jefe. Era este un guerrero de estatura mediocre, tan grueso y macizo como el oso de las cavernas. Levantó por dos veces su maza, profirió algunas frases roncas, amenazantes y dió la señal.

Los Kzamms formaron seis grupos, dispersos en semi-círculo. Naoh, lleno de dudas e inquietudes, los vió desaparecer; en seguida no pensó sino en conquistar el Fuego.

Cuatro hombres lo guardaban escogidos entre los más robustos. Uno de ellos sobre todos parecía formidable. Tan grueso como el jefe pero de estatura más elevada, la dimensión de su maza, anunciaba por sí sola, su fuerza. Se encontraba en plena luz. Naoh discernía sus mandíbulas enormes, sus ojos sombreados por arcos velludos, sus piernas cortas, triangulares y macizas. Menos robustos los otros tres, mostraban, sin embargo, torsos ásperos, largos brazos y endurecidos músculos.

La situación de Naoh era favorable; la brisa ligera pero persistente soplaba hacia él, arrastrando sus emanaciones lejos de los centinelas; algunos chacales rondaban la sábana, extendiendo su penetrante olor: el mismo guardaba además una de las pieles conquistadas. Estas circunstancias le permitieron acercarse a sesenta codos del fuego. Se detuvo largo rato. La luna sobrepasaba ya la cima de los álamos, cuando se irguió lanzando su grito de guerra.

Sorprendidos por su aparición brusca, los Kzamms lo observaban. Su estupor no duró mucho... Aullando todos juntos levantaron las hachas de piedra, las mazas, las azagayas.

Naoh exclamó:

—El hijo del Leopardo ha venido, a través de las sábanas, los bosques, las montañas y las llanuras, porque su tribu está sin Fuego... Si los Kzamms le permiten tomar algunos tizones de su hogar, él se retirará sin combatirlos.

Ellos no comprendieron mejor estas palabras de una lengua extranjera, que lo que hubieran comprendido los aullidos de los lobos. Viendo que estaba solo, no pensaban sino en ultimarlo. Naoh retrocedió, en la esperanza de poder atraerlos lejos del Fuego, ellos se lanzaron en grupo.

El más grande, desde que estuvo a tiro, le lanzó una azagaya con punta de silex. El golpe había sido dado con fuerza y destreza. El arma, rasguñando la piel de Naoh, volvió a caer sobre la tierra húmeda. El Ulhamr que prefería economizar sus propias armas, cogió el dardo y lo lanzó a su vez. Con un silbido, el arma describió una curva en el espacio y atravezó la garganta de un Kzamm que vaciló y cayó. Sus compañeros emitieron clamores de perros y lan-

zaron sus armas simultáneamente. Naoh apenas tuvo tiempo de echarse en tierra para evitar las puntas terribles, y los Devoradores de Hombres, creyéndolo herido, se precipitaron para concluir con él. Pero ya él se había levantado, lanzando otro dardo. Un Kzamm, herido en el vientre, abandonó la persecución, en tanto que los otros precipitaban, golpe tras golpe sus azagayas; la sangre brotaba del brazo de Naoh, pero sintiendo que la herida no era profunda, se puso a dar vuelta alrededor de sus adversarios, porque ya no temía verse sitiado. Se alejaba y volvía, hasta que se encontró entre el Fuego y sus enemigos.

—¡Naoh, es más rápido que los Kzamms, exclamó. Tomaré el Fuego, y los Kzamms habrán perdido dos guerreros.

Dió un nuevo salto; llegó junto a la llama. Extendía ya la mano para coger los tizones, cuando notó temblando que todos estaban casi consumidos. Dió la vuelta al hogar entero, en la esperanza de encontrar una rama manejable; sus pesquisas fueron vanas.

Y los Kzamms llegaban...

Quiso huir, tropezó en un tronco y vaciló, de modo que sus antagonistas lograron cerrarle el camino, acosándolo contra el Fuego. Aunque el hogar ocupaba un espacio considerable, estaba casi apagado, y le hubiera sido fácil franquearlo de un salto. Una desesperación horrible, llenaba su pecho; la idea de regresar vencido, en la noche, le era insoportable. Levantando a la vez su hacha y su maza aceptó el combate.

V

Por el Fuego

Los dos Kzamms no habían cesado de aproximarse, aunque sus pasos eran ahora más lentos. El más fuerte blandía su última azagaya, que lanzó casi a boca de jarro. Naoh la desvió con el revés de su hacha; el arma se perdió entre las llamas. Al mismo tiempo las tres mazas se entrechocaron.

La de Naoh encontró simultáneamente a las otras dos, y el choque rompió el impulso de sus adversarios. El menos fuerte de los Kzamms había vacilado. Naoh lo notó,

El río estaba en su crece

se arrojó sobre él y con un golpe tremendo le rompió la nuca. Pero él mismo fué herido; un nudo de la maza le había destrozado cruelmente el hombro izquierdo, apenas logró evitar un golpe en pleno cráneo. Retrocedió, jadeante, para recuperar su pericia, y en seguida esperó con el arma en alto.

Aunque no le quedaba sino un adversario, ese fué el momento terrible. Porque su brazo izquierdo apenas le podía servir, en tanto que el Kzamm se levantaba, doblemente armado, en la plenitud de su fuerza. Era el guerrero de alta estatura, de torso profundo, cercado de costillas más parecidas a las de los aurochs que a las de los hombres, cuyos brazos sobrepasaban de un tercio a los de Naoh. Sus piernas, encorvadas, demasiado breves para la carrera, le aseguraban un equilibrio poderoso.

Antes del ataque decisivo, examinó silencioso al gran Ulhamr. Juzgando que su superioridad sería más cierta si golpeaba con las dos manos, no conservó sino su maza. En seguida tomó la ofensiva.

Las armas, casi iguales en peso, talladas en encina dura se entrechocaron. El golpe del Kzamm fué más fuerte que el de Naoh, que no podía usar su mano izquierda. Pero el hijo del Leopardo había barajado por un movimiento trasversal. Cuando el Kzamm renovó el ataque, encontró el vacío; Naoh se había hecho a un lado. Entonces fué el quien tomó la ofensiva al tercer encuentro su maza cayó como una roca. Hubiera partido la cabeza de su adversario, si los largos brazos fibrosos no hubieran sabido levantarse a tiempo; de nuevo los nudos de encina se chocaron, y el Kzamm retrocedió. Contestó con un golpe frenético, que arrancó casi a Naoh la maza de sus manos, y antes de que éste hubiera recuperado su posición, las manos del Devorador de Hombres se alzaron y volvieron a caer. El Ulhamr pudo amortiguar pero no detener el golpe; herido en pleno cráneo, se doblegó sobre sus piernas, y vió girar a su alrededor la tierra, los árboles y el fuego. En ese segundo mortal, el instinto no le abandonó, una energía suprema se levantó desde el fondo de su ser, y antes que su adversario pudiera evitarlo, le lanzó su maza... Los huesos crujieron, el Kzamm se desplomó .. sus gritos se perdieron con la muerte.

Entonces la alegría de Naoh, rugió como un torrente; consideró, riendo roncamente, la hoguera en que brillaban las ramas. Bajo los astros profundos, ante el rumor del río, el murmullo ligero de la brisa, entrecortado por los aullidos de los chacales, y la voz de un león perdido en la otra orilla, podía apenas concebir su triunfo.

Y exclamó con voz jadeante.

—¡Naoh es dueño del Fuego!

Le parecía ser la vida soberana del mundo. Daba vuelta lentamente alrededor de la bestia roja, alargando las manos hacia ella, exponía el pecho a sus caricias por tanto tiempo perdidas. Después murmuraba una vez más en el delirio y en el éxtasis:

—¡Naoh es dueño del Fuego!..

Al fin se apaciguó la fiebre de su dicha. Comenzó a temer el regreso de los Kzamms; era preciso llevarse su conquista. Desatando las delgadas piedras que llevaba consigo, desde su partida del gran pantano, se disponía a reunirlas, con brizna de hierbas, cortezas y trozos de cañas. Pero al escudriñar el campo, tuvo una nueva alegría; en un repliegue del terreno acababa de divisar la jaula en que los Devoradores de Hombres mantenían el Fuego.

Era una especie de nido de corteza, provista de piedras planas, dispuestas con arte guerrero, paciente y sólido; en ella centelleaba aún una débil llamarada. Aunque Naoh sabía fabricar jaulas de fuego, mejor que ningún hombre de su horda, le habría sido difícil hacer una tan perfecta. Habría necesitado para ello tiempo, una elección cuidadosa de las piedras, y numerosas conexiones. La jaula de los Kzamms estaba compuesta de una tiple capa de hojas de esquisto, mantenidas exteriormente por una corteza verde de encina; estaba amarrada con ramitas flexibles. Una rendija mantenía un ligero tiraje.

Esas jaulas, requerían una vigilancia incesante. Era preciso defender la llama contra la lluvia y los vientos; cuidar que ella no decreciera ni aumentara más allá de ciertos límites fijados por una experiencia milenaria, y renovar con frecuencia la corteza.

Naoh no ignoraba ninguno de los ritos transmitidos por los antepasados; reani-

Arrancó yerbas y brotes tiernos y se los ofreció en señal de alianza

mó ligeramente el Fuego, empapó con un poco de agua la superficie exterior, verificó la rendija y el estado del esquisto. Antes de huir, se apoderó de las hachas y de las azagayas dispersas, y después arrojó una última mirada sobre el campo y la llanura.

Dos de sus adversarios volvían hacia las estrellas sus rostros rígidos; los otros dos, apesar de sus sufrimientos se mantenían inmóviles, para hacer creer que estaban muertos. La prudencia y la ley de los hombres, ordenaban que se les rematara.

—Naoh se aproximó al que había herido en el muslo y blandía ya su azagaya: un extraño disgusto le penetró el corazón, su odio se desvaneció en su alegría, y no pudo resignarse a extinguir nuevos alientos.

Por otra parte, lo más urgente era destruir el hogar: dispersó los tizones, con la ayuda de una de las mazas abandonadas por los vencidos, los redujo en fragmentos demasiado pequeños para que duraran hasta el regreso de los guerreros, y amarrando a los heridos con ramas y cañas, exclamó:

—Los Kzamms no quisieron dar un tizón al hijo del Leopardo, y los Kzamms ya no tienen fuego. Vagarán en la noche y al frío, hasta que lleguen a su horda. Así los Ulhamr son ahora más fuertes que los Kzamms.

Después de haber cubierto su herida con hojas de sauce, se sentó cerca de la llama ligera en que resplandecía su destino.

El tiempo corrió con las aguas del Gran Río y con los rayos de la luna que subía en el cielo. Cuando el astro tocaba el cenit, Naoh, levantó la cabeza. Entre los mil rumores dispersos, reconoció el ritmo particular del hombre. Era un paso rápido, pero menos complicado que el de las bestias de cuatro patas. Casi imperceptible, al principio, se precisó; después un soplo de brisa trajo alguna emanación súbita, y el Ulhamr se dijo:

—He aquí el hijo del Alamo que ha despistado a los enemigos.

En efecto, ningún indicio de persecución se revelaba sobre la llanura.

Pronto una silueta flexible se dibujó entre dos sicomoros; Naoh reconoció que no

se había engañado; era Nam que avanzaba por la sábana argentada por la luz de la luna. No tardó en aparecer al pie del montículo.

Y el jefe preguntó:

—¿Han perdido los Kzamms las huellas de Nam?

—Nam los ha arrastrado muy lejos hacia el Norte, después los ha adelantado, caminando largo rato dentro del río. En seguida, se detuvo; no ha visto, ni oído, ni olfateado a los Devoradores de Hombres.

—Muy bien, repuso Naoh, pasándole la mano por la nuca... Nam ha sido ágil y astuto... Pero ¿qué ha sido de Gaw?

—El hijo del Saiga fué perseguido por otra banda de Kzamms. Nam no ha encontrado sus huellas.

—Esperaremos a Gaw... Y entretanto que Nam mire...

—Naoh condujo a su compañero.... A la vuelta de un montículo, en una hendidura del terreno, Nam vió brillar una llama cálida y palpitante.

—Ved, dijo simplemente el jefe.... ¡Naoh ha conquistado el Fuego!...

El joven prorrumpió en un gran grito; sus ojos se ensancharon maravillados; se prosternó ante el hijo del Leopardo murmurando:

—Naoh es más astuto que toda una horda de hombres. Será el gran jefe de los Ulhamr y ningún enemigo le resistirá.

Se sentaron delante de ese débil fuego, y fué como si el dominador de las noches les protegiera de su vehemencia, a la entrada de las cavernas natales, bajo las estrellas frías, delante de los fulgores del Gran Pantano. La idea del largo regreso no les era penosa: cuando hubieran abandonado las tierras del Gran Río, los Kzamms ya no les perseguirían y atravesarían países en que sólo las bestias rondan en las soledades.

Soñaron largo tiempo; el porvenir era de ellos y les pertenecía; el espacio se llenaba de promesas. Pero, cuando la luna comenzó a crecer sobre el cielo occidental, la inquietud se apoderó de sus pechos...

—¿Dónde está Gaw? murmuró el jefe... ¿No habrá podido despistar a los Kzamms? ¿Ha sido detenido por un pantano, o cogido en una emboscada?

La llanura permanecía muda; las bestias se callaban; la brisa misma comenzaba a languidecer sobre el río y a agonizar sobre los matorrales; no se escuchaba sino el sordo roncar de las aguas.... ¿Esperarían hasta el alba, o buscarían al ausente? Repugnaba extraordinariamente a Naoh dejar el Fuego bajo el cuidado de Nam. Por otra parte la imagen del joven guerrero perseguido por los Devoradores de Hombres, le sobrexcitaba. En pro del Fuego, podía abandonarlo a su suerte, y aún debía hacerlo así, pero sentía por sus compañeros una ternura salvaje; formaban como una parte de su persona; sus peligros lo alarmaban tanto como los propios, y aún más, puesto que los sabía más expuestos a las emboscadas, más amenazados por las bestias y los elementos.

—Naoh va a buscar las huellas de Gaw, dijo al fin. Dejaré al hijo del Alamo velar sobre el Fuego. Nam no se dará reposo; mojará la corteza cuando esté demasiado caliente, no se dejará sino el tiempo necesario para ir y volver hasta el río.

—Nam velará sobre el Fuego, como sobre su propia vida, repuso enérgicamente el joven nómade.

Y agregó con orgullo:

—Nam sabe conservar la llama. Su madre se lo enseñó cuando era todavía tan pequeño como un cabezno.

—¡Bien! Si Naoh no ha vuelto cuando el sol esté a la altura de los álamos, Nam se refugiará entre los mamuths.... y si Naoh no ha vuelto al fin del día, Nam huirá solo hasta el país de los Ulhamr.

Se alejó; toda su carne vibraba de angustia, y muchas veces se volvió hacia la silueta declinante de Nam, hacia la pequeña jaula del Fuego, del cual se figuraba ver todavía la débil luz, cuando estaba confundida ya con la claridad de la luna.

(Continuará)

ABRIL
1914

PACIFICO MAGAZINE

Precio:
UN PESO

EL DESARROLLO DE UNA IDEA

Máquinas "REMINGTON"

Las primeras en 1873
Las primeras en 1913

Cuando el mundo comercial necesitó la máquina de escribir, vino la "REMINGTON".

OTRAS SIGUIERON

Una vez construída, la fábrica "REMINGTON" iba implantando mejoras, siempre anticipando las necesidades de los consumidores.

OTRAS SIGUIERON

Hoy día la máquina "REMINGTON" ocupa el puesto de vanguardia en el mundo comercial y los que más han aprovechado de sus labores han sido los fabricantes de LAS OTRAS MARCAS, porque la "REMINGTON" creó la industria de las máquinas de escribir, abriendo camino para que las

OTRAS SIGUERAN.

Agentes exclusivos en Chile, Perú y Bolivia:

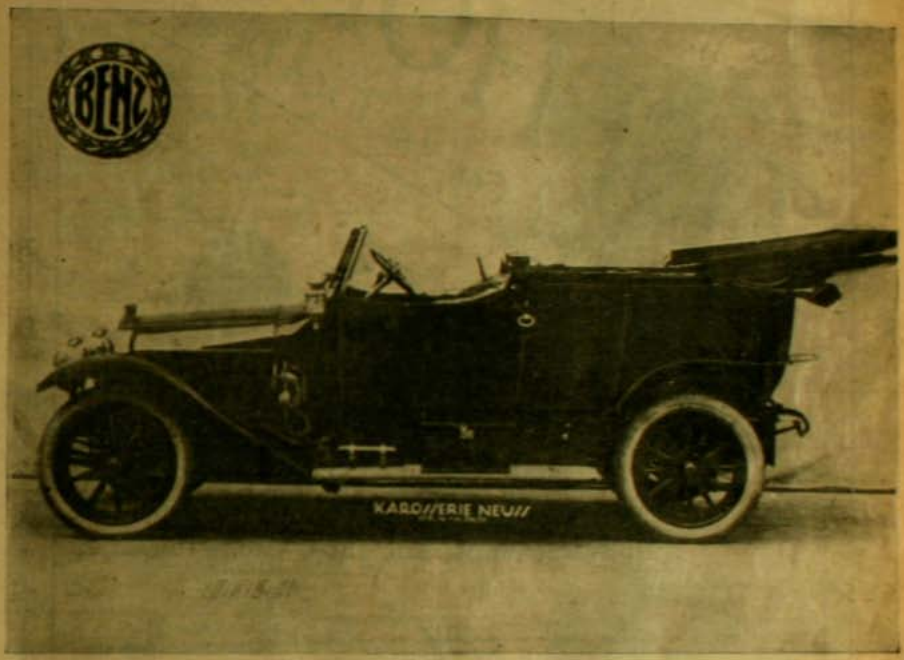
Denniston & Company

Casilla 97-D - Agustinas 1153 - Teléfono Inglés 1219

VALPARAISO: CALLE COCHRANE Núm. 664

"BENZ"

EL AUTOMOVIL FAVORITO DEL PRINCIPE ENRIQUE DE PRUSIA



Unico Representante para Chile: ALBERTO LIEBE

Garage Central

Miraflores, números 239-269, Santiago

"BENZ" FIRMA INVENTORA DE LOS MOTORES PARA AUTOMOVILES. LA CASA MAS ANTIGUA DEL MUNDO EN ESTE RAMO

El Mejor

de todos los alimentos es sin duda alguna la

TISPHORINE

Alimento Completo Extra Digestivo

A base de fosfatos, féculas, cacao y leche concentrada, para Niños, Madres, Amas, Anémicos, Convalecientes, Ancianos, Etc,

DE VENTA EN TODAS LAS DROGUERIAS BOTICAS Y BUENOS ALMACENES

Unicos Importadores paraChile:

ALEX ARDITI y Cia.

Casilla 78-D, Calle Agustinas, 814

SANTIAGO

Hace ya muchos años, más de sesenta, que el doctor Layet presentó un "hombre herbívoro", como le llamaba la gente de su tiempo, que constituía un caso muy curioso.

Antonio Julián, nacido en Niza, había sufrido tan espantosa miseria en su juventud, que se vió precisado a recurrir a la masticación de hojas y plantas crudas para remediar la insuficiencia del pan que le daban. Pero lo que no fué en un principio sino una especie de adición a su alimento, se convirtió bien pronto en el único objeto de su gusto, y al cabo de algunos meses, Julián no comía ya sino plantas y hierbas, a las que añadía solamente tres o cuatro onzas de pan al día, y un poco de vino, del que podía privarse con suma facilidad. Su estómago se acostumbró sin gran esfuerzo a este régimen particular; la digestión de sus nuevos alimentos se efectuaba con la más perfecta regularidad, y sus fuerzas y salud se desarrollaron de una manera notable.

Pero Julián recibía también sensaciones más o menos agradables cuando comía sus hierbas, lo que le condujo a distribuir éstas en tres categorías distintas. En la primera figuraban la pimpinela, las mielgas, los pámpanos de la cepa, las hojas de la patata, los botones o yemas del roble, las hojas de morera, el rosal, etc. Estas plantas agradaban sobre manera a su paladar. La segunda categoría, que no le hacía experimentar tan superior goce, comprendía los diversos cardos, las hojas de zanahoria silvestre, de los nabos del hinojo, de la col, de la parietaria, etc., y los tallos tiernos de los cereales. En la tercera división se encontraban las hojas del pino, de la jara, del roble blanco, de la encina, del romero, del olivo, etc. Estas últimas no causaban a nuestro hombre otra satisfacción que la que proviene de una necesidad satisfecha.

Un carácter dulce, bueno y compasivo distinguía a Julián, y sus costumbres eran sencillas y tranquilas, aunque su inteligencia estaba suficientemente desarrollada. Su sueño era reposado y ligero como el de la mayoría de los herbíboros, y el ruido más suave, el más lejano, bastaba para interrumpirle. Su sensibilidad cutánea estaba, por el contrario, muy poco desarrollada; las rozaduras y cortaduras no ocasionaban absolutamente en él los agudos y súbitos dolores que determinan en los demás. Por eso, en razón de esta disposición sensitiva, no sentía el frío, cuando todos los que estaban a su al rededor se quejaban vivamente de los rigores de la estación.

$200 AL MES

se pueden ganar con la CAMARA DE NUEVA COMBINACION. Saca y revela instantáneamente retratos de 11 estilos, distintos, como retratos en TARJETAS POSTALES de 2 tamaños y 4 estilos. Ferrotipos de 6 estilos y en Botones de Broche. No se requiere experiencia. Ganancia de 500 por ciento. LO MEJOR DEL MUNDO PARA GANAR DINERO. Con poco capital se consigue el Equipo completo, que consiste de Cámara, Trípode y material para 150 retratos. Se gana dinero desde el primer día y en cualquier parte. Se dan datos gratis, incluyendo testimonios de personas que ganan dinero con esta Cámara en todas partes del mundo.

L. LASCELLE, 627 W. 43d St., Dept. 332, New York

$581.00 De Ganancia Oro En Tres Meses

Esta fué la ganancia líquida del Sr. E. Lopez de Diego después haber pagado todas sus cuentas de hotel, pasaje de ferrocarriles, vapores y otros gastos durante su viaje en la America Latina con una

MAQUINA "MANDEL" Para Tarjetas Postales

Centenares tienen el mismo éxito. Ud. podrá doblar sus ganancias actuales ya sea trabajando en su tiempo libre, ya permanentemente como un **fotografo de un minuto. No se requiere experiencia.** Nuevo y maravilloso proceso para hacer fotografías.

Fotografias Hechas Directamente Sobre Tarjetas Postales Sin Placas, Películas Negativas ó Cámara Obscura.

La Máquina "Mandel" es una **galería portátil completa para tarjetas postales.** Hace fotografías en 5 estilos diferentes á la razón de 1 por minuto. Todo el mundo compra estas fotografías. Grandes ganancias en todas fiestas al aire libre y en todas partes donde hay gente.

Equipos Completos $12.00 Oro y Más

Permítanos de enviarle los catálogos descriptivos completos — GRATIS. Entre las muchas máquinas que manufacturamos Ud. podrá escoger el aparato que más se adapta á sus circunstancias. Cada máquina es completa y es una "Mina de Oro." Escribanos sin tardar.

The Chicago Ferrotype Co., Ferrotype Bldg., F 27 Chicago, U. S. A.

Agentes y Comerciantes Ganan Dinero

negociando con nuestras **Amplificaciones de Retratos al Oleo, Acuarela, Pastel, Crayon, Sepia, Miniaturas, Convexas,** etc. **Oleografías, Crucifijos Luminosos, Estereoscopios, Vistas, Targetas, Postales, Molduras, Marcos, Objetos de Arte y varias otras Novedades.**

Deseamos agentes para diferentes puntos de ese país. Concedemos agencia exclusiva á agentes activos.

Solicite Vd. nuestro catálogo español el cual enviamos gratis. Correspondencia en Español. Garantizamos nuestro trabajo y mercancías. Rapidez y prontitud en el servicio. Grandes descuentos á agentes y comerciantes.

Consolidated Portrait and Frame Co.
1029—Dept. A-4, W. Adams St., Chicago, Ill., E. U. A.

Overland

Completamente equipado con arranque elèctrico y generador: 6 500 oro 18d.

Una produccion gigantesca rebaja los precios

Es un hecho probado y bien conocido que manufacturando más coches se rebaja el costo de manufactura de cada coche individualmente. Siguen a la continuación algunos detalles que enseñan la inmensidad de la producción de OVERLAND.

Somos los segundos más grandes consumidores de aluminio en el mundo. Usamos 18 mil libras cada día. 5.400.000 libras cada año.

Este año usaremos 20 mil **toneladas** de acero, **cuarenta millones** de libras.

Durante uno de los meses pasados hemos **recibido** un promedio de 85 carros de F. C.—5.100,000 libras—de flete **cada día. Despachamos** nunca menos de 35 carros de flete por día y con grande frecuencia alcanzamos 60 carros por día. Este año nuestros despachos serán superiores a las 270 millones de libras.

Operamos los talleres de fórja de caída, los más grandes de la industria, y por consiguiente las mismas partes que otros manufactureros no pueden producir por menos de $ 9, nos cuestan $ 3 pesos.

Poseemos por un valor de más de $ 4.000,000 oro, de la maquinaria automática, la mejor, la más moderna y la más eficiente de la actualidad, con la que podemos reducir de un 50% el coste de manufactura de los coches y partes. Estas son unas de las razones por las cuales podemos hacer coches mejores por precios más reducidos de cualquier otro manufacturero semejante del mundo.

Los automóviles Overland tienen la elegancia, la durada, la velocidad, la fuerza y las especificaciones generales de los automóviles que se venden por un precio de 30 a 40% más elevado.

Visite nuestros depósitos para examinarlos, haga sus comparaciones, juzgue usted mismo..

ESPECIFICACIONES:

MOTOR.—105 x 155 mm.
BASE DE LAS RUEDAS.—2.90 m.
PNEUMÁTICOS.—815 x 105 m.
DIRECCIÓN CENTRAL.
EJE TRASERO.—Tres cuartos flotante.
CARROCERÍA.—Acero sobre bastidor de madera.
ALMOHADILLADO.— Cuero tufado.
PUERTAS.—Anchas. Forma de U, colgadas en frente con charnelas invisibles.
ACABADO.—Verde "Brewster" con rayas vèrde claro. Ornamientos de níquel y aluminio repulido.
EQUIPO.—Completo. Comprende seis lámparas eléctricas, bocina eléctrica, acumuladores, capota con funda, parabrisa. Velocímetro Stewart, último modelo, Porta-llantas, herramientas, etc.

AUG. O. BOHME, Santiago: Huérfanos número 710, Casilla número 1009.

THE WILLYS OVERLAND COMPANY, TOLEDO, OHIO, E. U. A. Manufactureros de los afamados Camiones de entrega Overland, Camiones "Garford" y "Willys-Utility" Informes detallados a solicitud.

MODELO 79 T
Coche de Turismo para 5 pasajeros

SUMARIO

		Págs.
LA COMIDA DEL ESTUDIANTE POBRE	*E. M.*	387
EL PROBLEMA DE UN HOTEL EN SANTIAGO .	*J. D. G.*	388
Ilustraciones fotográficas		
UN TARASCONES EN EL PARAISO	*F. Mistral*	396
Con retrato y autógrafo		
TIPOS Y PAISAJES DE BERBERIA		399
Fotografías artísticas		
HIMNO DE GLORIA (poesía) . . .	*J. Munizaga Ossandón*	413
UN SHERLOCK HOLMES CHILENO.	*Miguel de Fuenzalida*	415
Ilustraciones de Gordón		
LA LAGUNA ENCANTADA	*M. Magallanes Moure*	430
Ilustraciones de Gordón		
LAS EXCURSIONES A LA CORDILLERA,	*S. Contrucci B.*	436
Ilustraciones fotográficas		
¡QUE NIÑOS, ESTOS!	*Eduardo Barrios*	444
PARA LO QUE SIRVE LA JIBIA	*Luis Castillo*	447
Ilustraciones fotográficas		
GOLONDRINAS VIAJERAS	*Daniel de la Vega*	453
Ilustraciones de Eguren		
LA CUESTION DE ULSTER, JUZGADA POR UN IRLANDES		467
Ilustraciones fotográficas		
CON DESPACHOS	*Francis V. Smith*	473
Ilustraciones de Gordón		
800 KILOMETROS EN AUTOMOVIL		483
Ilustraciones fotográficas		
LA GUERRA DEL FUEGO (folletín)	*J. H. Rosny*	501

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

LA EQUITATIVA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Sociedad de Seguros Sobre la Vida

George T. Wilson, Vice-Presidente — W. A. Day, Presidente — John B. Lunger, Vice-Presidente

Puntos de consideración correspondientes a la 54a. Memoria Anual de la Sociedad, que incorpora su Estado Financiero, situación de sus inversiones, y plenos detalles respecto a su progreso durante el año 1913. La Memoria completa será enviada a todo el que la solicite.

	Oro Americano.
ACTIVO, Diciembre 31/1913... .... (Aumento sobre 1912: $ 12.026,418.00).	$ 525.345,619.00
FONDO PARA POLIZAS (o Reserva de Seguro)..	$ 8.694,048.00
OTRAS OBLIGACIONES...	$ 8.694,048.00
TOTAL DE OBLIGACIONES...	$ 440.976,876.00
RESERVAS SOBRANTES (Incluso sumas que serán destinadas a distribución a las Pólizas de Dividendo Diferido)...	$ 84.368,743.00
RESERVADO PARA DIVIDENDOS A ASEGURADOS para el año en curso de 1914.....	$ 13.638,794.00
NUEVOS SEGUROS PAGADOS EN 1913...	$ 144.247,363.00
SEGUROS VIGENTES AL 31 de Diciembre de 1913....	$ 1,471.093,575.00
PAGOS ASEGURADOS EN 1913.....	$ 54.805,925.00
INVERSIONES EN 1913, HECHAS EN BONOS DE FERROCARRIL, MUNICIPALES, HIPOTECAS, etc. (Invertidas a producir 5.20%).....	$ 25.948,904.00

SUCURSAL EN SANTIAGO DE CHILE, FUNDADA EN 1875

	Moneda Chilena.
SINIESTROS PAGADOS HASTA EL 31 DE DICIEMBRE 1913...	$ 11.626,041.45
LIQUIDACIONES DE POLIZAS QUE COMPLETARON SUS RESPECTIVOS PERIODOS, PAGADAS EN EFECTIVO	$ 8.680,402.66
DIVENDOS ANUALES PAGADOS EN EFECTIVO..... ..	$ 759,512.12
TOTAL PAGADO A TENEDORES DE POLIZAS DESDE SU FUNDACION..	$ 21.065,956.23
VALORES Y FONDOS EN CHILE.....	$ 2.263,579.55
BONOS CHILENOS DEL 5%, correspondientes al empréstito de 1911, Oro Americano $ 242,500, a 10d...	$ 1.222,500.00
TOTAL DE VALORES...	$ 3.486,079.55
SEGUROS VIJENTES EN CHILE EL 31 DE DICIEMBRE DE 1913...	$ 42.133,255.24

JOSE PASTOR

Apoderado y Gerente

El porvenir de la Aviación, ¿será útil o perjudicial para el mundo?

¿Cree usted que los progresos de la aviación contribuirán al progreso de la humanidad, o cree usted que la conquista del aire constituirá en ciertos casos una amenaza para la civilización?

¿Cree usted que la mentalidad y el carácter de los hombres de mañana empeorarán o mejorarán con el triunfo de la aviación?

"La Revue" ha hecho estas preguntas a los personajes franceses a quienes consideró que interesaba directamente la aviación, y lo primero que se ha demostrado es que la aviación interesa directamente a toda Francia. No sólo los aviadores, a quienes, naturalmente, interesa mucho el asunto, sino también los políticos, los hombres de ciencia, los escritores, los negociantes y hasta los filósofos se declaran personalmente interesados en el porvenir del aeroplano. Ya no es aquí la aviación, como todavía lo es en América, un espectáculo para atraer al público; ya ha entrado en la vida corriente y sólo falta saber qué papel desempeñará en la vida de mañana.

Los pesimistas consideran el aeroplano como un instrumento perfeccionado de devastación, y lo aceptan como un incidente normal y ordinario de la civilización. Creen que en caso de guerra los dirigibles y aeroplanos podrán arrasar de un sólo golpe todo un ejército, destruir en poco tiempo las ciudades mejor fortificadas sin perdonar los tesoros de arte ni la herencia de los siglos. La civilización está a su merced. Desde este punto de vista, el problema es horroroso. La guerra, como dice Róbida, puede ya soñar con teñir de sangre las nubes.

Los aviadores opinan que si la aviación llega a pasar por ese período sanguinario, no será más que un paso necesario hacia una función más civilizadora, y se niegan a creer que toda la sangre generosamente derramada y todos los esfuerzos hechos en el terreno de la aviación traigan por resultado la ruina y el retroceso de la humanidad a la barbarie.

Casi todo el mundo está de acuerdo en que habrá una verdadera carnicería aérea en cuanto estalle la primera guerra europea; pero los más optimistas entreven tras de ella la paz universal. Bergeron, director de "Le Monde Illustré", opina que bastaría una prueba real del aeroplano en la guerra para que el mundo, horrorizado, pidiese una conferencia internacional que prohibiera el uso de estas máquinas en funciones guerreras, y una vez sentado este procedente sería posible acabar con la guerra misma, por iguales medios. La guerra no es un estado, sino una crisis, y todo lo que abrevie esta crisis es bueno para el mundo. Durante siglos enteros la paz ha sido un accidente; ahora

lo es la guerra y cuanto más mortífera, menos frecuente y más breve, será mejor para la humanidad. El aeroplano, el arma más mortífera, la abreviará y hará más largos los intervalos de paz.

La respuesta más pesimista es la de Camilo Flammarión. Admitiendo previamente que "hay momentos en la historia de los pueblos en que es inoportuno expresar sinceramente los pensamientos" y evidentemente haciéndose cargo que no es el momento de predicar la paz aérea y la buena voluntad cuando Francia acaba de destinar, sólo para este año, la suma de treinta y ocho millones de francos para aeroplanos militares, recuerda cuánto le gustaba viajar en globo por Europa buscando en vano las fronteras. La tierra que se extendía bajo sus pies era una visión de los futuros Estados Unidos de Europa, pero ahora que ve a Zeppelin unirse con Krupp y a los franceses ansiosos de trocar el aeroplano de golondrina celestial en feroz buitre, su pena es más grande que su disgusto. ¿De qué sirve el Tribunal de La Haya sino declara desde luego la neutralidad del aire?

Lucien Le Foyer toma el asunto a broma y piensa, quizás con razón, que si uno o varios buques aéreos tratan de destruir una ciudad enemiga, se encontrarán en el aire con otros dirigibles, y apenas se entable la lucha irán todos al suelo, con lo cual la guerra tendrá que seguir los antiguos sistemas. Esto debe tranquilizar a H. F. Wyatt, que se muestra muy preocupado porque supone que con la guerra aérea desaparecerá para siempre la "antigua inmunidad contra el peligro personal" porque el ciudadano más inofensivo y más aislado en el campo no podrá evitar que le llueva la destrucción mientras duerme tranquilo."

La segunda pregunta, relativa a los efectos de la aviación sobre las nuevas razas ha sido inspirada indudablemeste por la novela de Gabriel d'Annunzio, "Forse che si", en la que figuran dos protagonistas, aviadores ambos, habituados al peligro, endurecidos por los sufrimientos de una ferocidad verdaderamente terrible. Maurice Wolf y Henri Regnault preguntan si la presencia constante de la muerte y la perpetua lucha con el peligro no producirán con el tiempo una insensibilidad semejante, pero a eso contestan todos los aviadores que el hombre que es dueño de sus nervios, como debe serlo el aviador, es más tierno con los nervios de los demás y viceversa. Dependiendo todo de sí mismo, dice Gougenheinm, el primer piloto de Farman, el pequeño punto negro perdido en la inmensidad conoce su superioridad, pero conoce también su debilidad. El aviador tiene que ser amable, dulce y paciente, dice Vedrines; la mejor escuela de filosofía está en las nubes. Garrós afirma que la aviación da al hombre un sexto sentido; multiplicando la acción de los que posee, los une para formar lo que prácticamente es una nueva facultad: la anticipación al peligro.

Blériot cree que la aviación no hará cambiar a los hombres y a las costumbres, tanto como la gente cree.

Finalmente, Reymond dice que la aviación es el remedio divino contra la despoblación. Sólo se multiplican y crecen los pueblos conquistadores.

Y ¿qué campaña, qué cruzada, puede ser más bella y más útil que la conquista del aire?

ALIRO PARGA RIOS
ABOGADO

ESTUDIO: CALLE COMPAÑIA, 1831
Casilla número, 2046, SANTIAGO

LAS PARABOLAS DEL EVANGELIO E. BURNAND

PACIFICO MAGAZINE

Qué ayer | VOL. III.—Santiago de Chile, Abril de 1914—NUM. 16 | —Qué mañana

La comida del estudiante pobre

I

De nuevo comienza en las calles el desfile de los grupos de niños con sus cuadernos bajo el brazo o bien ceñidas a los hombros las correas de sus porta-libros—camino de la escuela.

Sus ojos brillan con más viveza y sus mejillas lucen más llenas que meses atrás. El campo o los vagabundeos por las calles y los cerros les han devuelto su frescura. En su charla retornan las imágenes de los días de libertad. Agrupados frente a los escaparates, echan una mirada golosa sobre los juguetes y los dulces; van a detenerse más allá frente a una frutería y siguen a pequeñas jornadas, arrastrando los pies, siempre camino de la escuela.

¿Quién no evoca a su vista los años de su vida escolar?

Mis recuerdos no tienen el resplandor risueño común a las evocaciones de la infancia. Vuelvo a verme en la escuela de campo en que estudié primeras letras, en una sala que veíamos inmensa desde nuestra pequeñez, con el suelo, las paredes y el techo desnudo de todo adorno y hasta de toda comodidad.

Por la ventana que daba al corredor, la perpetua tentación de la arboleda. Los pájaros que llegaban a picotear sus frutos escamoteaban al viejo maestro las miradas que él solicitaba para los números del pizarrón. La voz del dómine sonaba entonces cascada y antipática.

—Vea, Carrasco, hay que cerrar la ventana.

La sala se sumía en una penumbra triste que invitaba al sueño. En el verano el ambiente pesaba sobre los cerebros como losa de plomo. Los más aplicados cabeceaban con los ojos vagamente abiertos sobre un texto amarillo que hablaba de expediciones lejanas y batallas y sorpresas.

Pero la imagen más relevante que guarda mi memoria es la de las mañanas de invierno, con tantas caritas amoratadas y manos que el frío hacía más torpes. Había unos cuantos niños que venían de lejos trayendo en su bolsón las provisiones para su almuerzo. Una chaqueta corta, de brin, al estilo del campo, se pegaba a su espalda, mientras que con sus zapatos agujereados y descosidos golpeaban el suelo para hacer salir el agua embarcada al cruzar los charcos del camino.

Dos o tres de estos "guasitos" se distinguían por su pobreza y por el aire de hambre perpetua que se pintaba en sus rostros enjutos, en sus ojos pedigüeños y lucientes. Harto escasa debía ser su provisión de comestibles, cuando se disimulaba tan bien entre los cuadernos guardados en su bolsón. Así, de contrabando, pasaba con ellos a ocupar una punta del banco, y desaparecía a hurtadillas en su pobre estómago helado y vacío...

La mayor parte de los colegiales salíamos en tropel a almorzar, aguijoneados por la necesidad de una refección en aquellas crudas mañanas de escarcha.

Y ellos, los medio-pupilos de su pobreza, se quedaban arrinconados y mohinos, rumiando la contrición del pecado de gula...

Por la tarde, al volver a la escuela, los hallábamos casi siempre de plantón en el corredor, en castigo de alguna fechoría de que fueran botín los frutos más o menos empedernidos de la arboleda. Estos desquites no impedían que las clases de esa hora los encontraran más torpes que antes, sin fuerza de atención ni capacidad retentiva.

Toda su alma parecía concentrarse en espera del campanillazo de salida, la dichosa señal que marcaba su vuelta al rancho, donde no faltaría un pedazo de pan y un plato de merienda.

¡Ah! Cuando la voz agria y fatídica los detenía en mitad del corredor.

—Usted, Montoya, y usted Bruna, tienen una hora de arresto por porros. Y no me pongan esa cara de perros o les apunto media hora más por el robo de las aceitunas.

II

Parece que el capítulo de la alimentación del alumno, tan poco importante para nuestro preceptor, comienza a preocupar a los pedagogos, y junto con ellos a los encargados del sostenimiento de la instrucción pública.

Como se han desarrollado las colonias escolares, empiezan a aparecer en los países europeos las instituciones de alimentación permanente de los niños sin recursos. En España se llama a esta benéfica repartición la "Cantina escolar", y ella ha sido ya implantada en la región del norte, en algunos pueblos vascos, según entendemos.

El Ayuntamiento, o un fondo reunido por personas generosas, sostiene el pequeño restaurant. Allí el niño que tiene su vivienda lejos de la escuela o que no cuenta con recursos para alimentarse bien, encuentra una comida suficiente, proporcionada con la debida oportunidad.

Es fácil apreciar el alivio que esta ayuda representa para las familias muy pobres. En los campos chilenos donde la prole del inquilino o del trabajador arrastra una existencia tan precaria, un centro escolar provisto de un recurso parecido, realizaría el ideal de proporcionar a la vez los dos consabidos alimentos: el del cuerpo y el del espíritu.

No sabríamos decir cuál de los dos es por hoy más necesario al pueblo. Lo que puede afirmarse desde luego es que no hay que soñar con instrucción obligatoria si no presentamos, paralela a la acción del Estado, iniciativas benéficas que colaboren con éste en la magna tarea.

La verdad es que, con respecto a los municipios, esta obra debió emprenderse hace mucho tiempo. Las municipalidades rurales, que están dentro de nuestro caso, han visto enormemente aumentadas sus entradas con el alza de la propiedad territorial y del avalúo consiguiente. Son ricas todas ellas y sus gastos verdaderamente indispensables no han crecido en la misma proporción. ¿Por qué entonces, no habría de salvarse del despilfarro una modesta partida destinada al almuerzo escolar, encargando de su administración a una junta de vecinos?

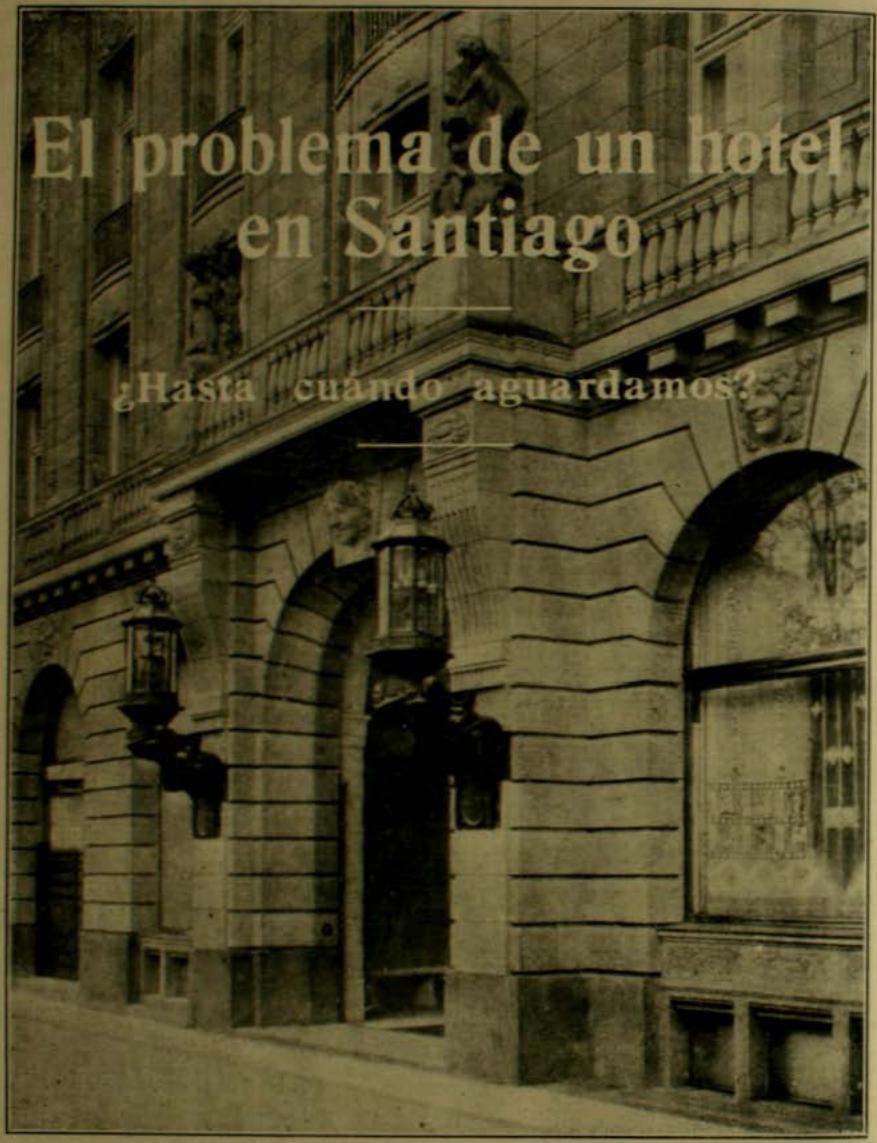
Muy cuesta arriba, muy extraordinaria ha de parecer la ocurrencia. ¡Dar de comer gratis, además de costear la instrucción pública! El acaudalado contribuyente que tal diga no habrá pensado en el riesgo de perder esa generosidad de que hace alarde, como miembro del Estado, siempre que la enseñanza se reparta entre organismos raquíticos, cerebros anémicos, estómagos hambrientos.

Aquí como en España y como en todas partes debiera ser un axioma de pedagogía la frase de Joaquín Costa: "Instrucción y despensa."

E. M.

El problema de un hotel en Santiago

¿Hasta cuándo aguardamos?



Hotel Adlon, Berlín. La fachada que da frente a la Avenida "Unter den Linden"

Parece llegado el momento de volver a hablar de hoteles, aunque el espíritu aldeano y atrasado de algunos publicistas se sienta tan conturbado con este solo tema, como si se tratara del divorcio o de la precedencia del matrimonio civil. Y parece llegado el momento, porque acaba de partir de Chile el príncipe Enrique de Prusia, huésped del Gobierno, para el cual se mendigó la casa de un particular y se la obtuvo gracias a la generosidad de un acaudalado caballero. La casa no era un palacio; pero estaba amoblanda con comodidad y hasta con lujo. El príncipe debió enviar un telegrama de agradecimiento a S. E. el Presidente de la República por los homenajes recibidos; pero,

El "jardín de Goethe" frente al ala sur del edificio

al mismo tiempo, un telegrama al señor Morandé por la casa facilitada. De esta manera el ilustre huésped que percibía manifestaciones callejeras y debía pasar hasta una revista militar, estaba alojado en una calle de habitaciones familiares y burguesas, entre varios inmuebles, partidos en cuatro o cinco pedazos, para la explotación de los arriendos y bajo la acción visual de los vecinos del frente y del costado, como cualquier hijo... de vecino. Le hacía falta una plazoleta, un jardín al frente, una escapada

Antiguo bronce japonés en el "jardín de Goethe".— Busto de una joven hindú.—"El Halcón y el Aguila", antiguo bronce japonés, en el jardín de las palmeras

d avenidas o de calles para tender la vista y gozar del espectáculo de cualquiera manifestación popular. El príncipe de Prusia ha estado alojado más o menos como lo estuvieron las delegaciones de los países en las fiestas del Centenario: un embajador en el dormitorio de la señora; su secretario en el cuarto del marido; el adicto naval en la pieza de la señorita o en el cuarto del baño; y así sucesivamente. Es necesario comprender que esto podría pasar como procedimiento transitorio; pero que la hospitalidad de un país debe dejar de ser esa hospitalidad de la ciudad de departamento en que para alojar al candidato se pide en préstamo la vajilla, los cubiertos, las sábanas, poniéndose a contribución al pueblo entero.

Entendamos alguna vez que una capital necesita un hotel, un hotel principal, un hotel directivo, un establecimiento que sea reflejo de la cultura y educación de los habitantes. Y cuando el país está apartado de los centros del turismo y los viajeros no dan para costear uno, es necesario suplir con otros medios. Los periodistas que manifestaron en sus diarios respectivos que los hoteles "son sitios de diversión" y por esto (lo que tampoco era justo), encontraban escandalosa cualquiera protección que les acordara el Fisco, hacían mucho caudal de que, siendo los hoteles las casas de los extranjeros, debían éstos costearlos.

Hemos afirmado hasta el cansancio que en muchos países se ha suplido esta iniciativa porque era buen negocio anticiparse al viajero y no esperar que el viajero creara el hotel. Se comprende que en Italia, por ejemplo, donde los hombres cultos de Londres, de Nueva York o de Berlín, tenían que acudir forzosamente a seguir el itinerario de los reyes, de los poetas, de los historiadores más grandes de la tierra, beber en su misma fuente la enseñanza de los siglos y examinar los documentos de la civilización latina; se comprende, decimos, que se prescindiera en absoluto de los hoteles. Los hubiera o no, la muchedumbre de peregrinos no disminuiría considerablemente. Aunque hubiera que recorrer en una

Sala de Beethoven, revestida de caoba, Chimenea de mármol amarillo de Siena, con borde de plata antigua

El restaurant.—La "Sala de Rafael"

mala silla de posta los caminos y dormir muchas veces en un albergue al través de cuyo abierto techo se veían las estrellas, como Goethe, o marchar a pie por los caminos como Gregorovius; Italia no podía temer que la abandonara la humanidad. Pero los países solitarios, sin vieja civilización, donde se acude por débil curiosidad, por sacudir la neurastenia, por pesquisar el color local donde se cree que aún queda y donde nada se encuentra, por vigilar de cerca inversiones hechas o estudiar colocación a capitales ociosos: demuestran una ignorancia, rayana en la imbecilidad, si van a esperar que sean estos mismos viajeros los que se construyan un hotel-palacio entre los Andes y el Pacífico, pudiéndolo construir en las Antillas, en Habana, en Buenos Aires o en la maravillosa naturaleza de Río Janeiro o de San Pablo, donde, además, los negocios abundan hoy día más que nunca.

Y, a pesar de lo que decimos, en Roma mismo se organizó una sociedad de hombres acaudalados para levantar artificialmente, en medio de la gran concurrencia de hoteles rivales, uno de lujo para cierta categoría de pasajeros. El Municipio acordó facilidades a sus constructores y hoy día el EXCELSIOR es en la Ciudad Eterna uno de los sitios de reunión más interesantes para los numerosos viajeros que la frecuentan.

¿Qué diremos nosotros que en materia de distancias de los países más poblados de Europa que son los que ofrecen mayor contingente de viajeros, estamos en peor situación que la Bosnia y Herzegovina, donde el Gobierno austriaco ha protegido el establecimiento de magníficos hoteles modernos?

En la costa del Atlántico, el Brasil ha dictado leyes protectoras para los hoteles que se establezcan bajo ciertas condiciones. Sin embargo, el Brasil atrae viajeros por su corta distancia a los puertos europeos de mayor tráfico y por las maravillosas condiciones naturales del país. En realidad Río Janeiro es una ciudad que, como Constantinopla o El Cairo, tienen, además de un invierno tibio, bellezas únicas y de originalidad inolvidable.

Presentamos hoy a nuestros lectores a-

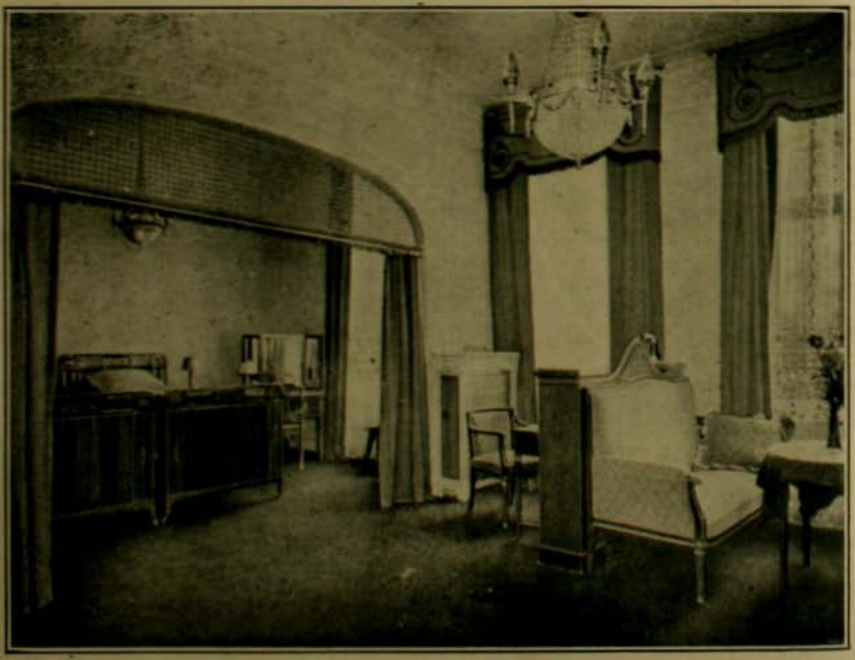
gunas fotografías del Hotel Adlon de Berlín, que hemos tomado de un lujoso álbum de propaganda llegado últimamente a numerosas personas de Santiago y Valparaíso. Su palacio ha sido concebido con el criterio propagandista y nacional que inspiran todas las manifestaciones edilicias de esa gran metrópoli. No es sólo una casa para el forastero, sino un centro de reunión social. La magnificencia de sus salones, (que no será igualada y no tiene por qué serlo, en un hotel chileno), ofrece al visitante no un hotel cosmopolita, un hotel suizo, como deseamos nosotros, sino un hotel alemán. En el patio se ostenta el busto de Goethe; en los grandes halls, lucen estatuas, lámparas y candelabros de bronce que hablan con elocuencia persuasiva del arte alemán y de sus maravillosas fundiciones. Los pasos están amortiguados en todas partes con tapices y aisladores científicamente colocados; las campanillas suenan lejos del recinto destinado a los pasajeros y la única manifestación interior del llamado es la lamparilla de color que se enciende sobre la puerta del que reclama los servicios de un empleado o doméstico. Los servicios de ascensores reunen todos los perfeccionamientos y seguridades que la industria moderna aplica a estos elementales accesorios de las casas altas y de numerosos pisos. Todo funciona allí en silencio, para hacer olvidar el vaivén detestable de los hoteles y acercarlo en lo posible al **confort** del hogar.

En todas partes hay algún hotel curioso y digno de ser visitado por un forastero. En La Haya recordamos el del **Vieux Doelen**, que fué, en el siglo pasado, como la ciudad misma lo había sido mucho antes, un **rendez-vous** de caza. Edificado en diversas ocasiones, ofrece toda la comodidad necesaria, aunque hay otros mejores y más modernos. El soberano va una vez por año a una recepción que se efectúa en este tradicional sitio de la hospitalidad holandesa.

Existe en Roma, en las vecindades de San Juan de Letran, un viejo palacio que se llama aún el **Ospedale** y que fué fundado hace algunos siglos por los papas para recibir a los huéspedes o peregrinos que no tenían en la ciudad medios de lograr un albergue más señorial. Este ha sido el origen de dos clases de asilos: el hospital y el hotel, salidos ambos de la piedad de hombres magníficos y amantes de la cultura de su ciudad. El primero para los enfermos, el segundo para los que han abandonado sus hogares por necesidad. No se va a los hoteles por *diversión*, como lo ha creído un periodista. Se necesita vivir muy mal en su propia casa para creer que es grato dejar sus comodidades por placer. A un hotel se acude por necesidad. Y de allí viene la necesidad de decoro nacional o edilicio, de presentarlo no como un sitio de simple explotación, no como manifestación de descuido en todos los detalles, sino como verdadera casa hospitalaria que revele cómo las naciones conciben la cocina, el le-

La Sala Verde, estilo Directorio, mármol verde, antiguo empavonado

Sala imperial, con el retrato de Guillermo II



Salón y dormitorio. Lechos de bronce labrado

cho, el mobiliario, el arte doméstico; cómo saben, en una palabra, recibir a sus huéspedes.

Por lo demás, ya el Gobierno ha tenido necesidad en el Centenario, y en varias ocasiones en seguida, de acudir a arrendar casas o a pagar en malos hoteles el alojamiento de sus visitantes ilustres. En los últimos meses de este año, Santiago recibirá la visita de ecuatorianos, venezolanos, colombianos, brasileños, argentinos, uruguayos, paraguayos, peruanos y bolivianos, americanos del norte y mejicanos, congregados para asistir a la V Conferencia Pan-Americana. Estos hombres acudirán con sus familias para aprovechar este viaje obligado en admirar las bellezas del país, en conocer su sociedad y juzgarla más tarde. ¿Dónde van a hospedarse estos visitantes? En las fondas que, con el nombre de hoteles, muestran en Valparaíso, Viña del Mar y Santiago, la hospitalidad de los chilenos. Será una nueva oportunidad de propaganda, fracasada, y fracasada por la indolencia con que hemos tratado esta cuestión de los hoteles.

No reclamamos uno como el Adlon de Berlín ni siquiera como los numerosos hoteles suizos que se construyen en todas las grandes ciudades. Llamamos la atención hacia el hecho de que en Puerto Varas y otras pequeñas ciudades del sur hay modestos hotelitos que causan menos repugnancia a los extranjeros que los pretensiosos hoteles de estación de ferrocarriles que tenemos en el centro de Santiago. Allá hay aseo y pobreza; aquí cursilería escogida por empresarios que no son otra cosa que cocineros o porteros, maitres o secretarios de fondas del medio día de Europa que han hecho fortuna con las propinas y no han aprendido las exigencias de la buena clase social en todas partes.

Sala de baño

Trabajemos porque un grupo de buenos ciudadanos logren obtener de la Municipalidad bases de concursos para un hotel modelo, al cual se acordarían además de la exensión de impuestos por algunos años, la libre internación de los materiales necesarios para construirlo y amoblarlo.

Quedaría entendido que el empresario debería traer todo el personal de capitán a paje para el servicio del hotel. Poco a poco aprenderían nuestros hombres a servir, a ser respetuosos y limpios, a entender este arte de agradar, tan poco conocido entre nosotros.

La elección del sitio apropiado, las condiciones de capacidad y precios, las obligaciones recíprocas, todo sería fijado de antemano minuciosamente por hombres entendidos en la materia, que no faltan en Chile entre los hombres acaudalados y de buen gusto que han recorrido el mundo civilizado.

J. D. G.

Una postal popular del poeta, últimamente fallecido.

Un Tarascones en el Paraiso

Por

FEDERICO MISTRAL

Un cargador de Tarascón, llamado Jarjaye, acaba de morir, y con los ojos cerrados cae en la eternidad. ¡Rodar y rodar! El otro mundo es vasto, negro como la pez y lúgubre hasta dar calofríos. Jarjaye no sabe por dónde tomar, y en su incertidumbre le tiritan las mandíbulas, mientras sigue recorriendo el espacio. Hasta que, a fuerza de andar, percibe a lo lejos una lucesita, allá a lo lejos, muy lejana... Se dirige a ella; es la puerta del cielo.

Jarjaye llama con el aldabón: pan! pan!

—¿Quién es? grita San Pedro.

—Soy yo.

—¿Quién eres tú?

—Jarjaye.

—¿Jarjaye de Tarascón?

—Eso es, el mismo.

—¡Vaya, bribón! le replica San Pedro, y así te atreves a pretender entrar al Paraíso, siendo que nunca, en más de veinte años, has dicho tus rezos; tú, que al oir que te decían: "Jarjaye, ven a misa", respondías: "Yo no voy más que a la de la tarde"; tú, que por burla llamabas al trueno el tambor de los caracoles; tú, que comías de substancia en días de ayuno, siempre que podías, diciendo: "Venga lo que venga; con carne se forma la carne; lo que entra al cuerpo no puede hacerle mal al alma"; tú, que cuando sonaba el Angelus, en vez de persignarte, como debe hacerlo todo buen cristiano, "Vaya! decías, un chancho se ha colgado del badajo"; tú, que respondías por costumbre a la advertencia de tu padre que te decía: "Jarjaye, Dios te castigará", diciendo: "¿El buen Dios, y quién lo ha visto? El que muere, muerto queda!"; tú, en fin, que blasfemabas y renegabas hasta del bautismo, ¿es posible que te atrevas a presentarte aquí, abandonado de Dios?

El pobre Jarjaye replicó:

—No digo lo contrario, puesto que he sido un gran pecador. ¿Pero cómo saber que más allá de la muerte habían tantos misterios? En fin, la he errado, y puesto que hay que pasar el mal trago, lo pasaremos. Pero, al menos, gran San Pedro, dejadme ver un momento a mi tío, para contarle lo que pasa en Tarascón.

—¿Qué tío?

—Mi tío Emeterio, que era penitente blanco.

—¿Tu tío Emeterio? Está descontando cien años de Purgatorio.

—¡Maldición! cien años! ¿Y qué hizo!

—Recordarás que llevaba la cruz en las procesiones. Un día unos bromistas de mala ley se propusieron molestarlo, y uno de ellos dice: "Ahí va Emeterio llevando la cruz". Un poco más lejos otro repite: "Ahí va Emeterio llevando la cruz!"

Otro, finalmente, le sale con ésta: "Vean, vean a Emeterio, ¿qué es lo que lleva? Emeterio, impacientado, parece que replicó: "Una cabeza de burro igual a ti", y le vino un golpe de sangre al cerebro, que lo hizo morir en plena ira.

—Entonces, dejadme ver a mi tía Dorotea, que era tan, tan devota.

—Bah... ella debe haberse ido al diablo; no la conozco...

—No me extrañaría que se hubiese ido al diablo, pues, si la devoción la apasionaba, para el pelambre era una verdadera víbora. Figuráos que...

—Jarjaye, no estoy de ocioso; tengo que ir a abrirle a un pobre barrendero a quien su asno acaba de enviar de una patada al Paraíso.

—Oh, gran San Pedro, puesto que tanto habéis hecho y la vista no cuesta nada, dejadme ver un momento el Paraíso, que dicen es tan hermoso!

—Sí, en seguida, a un pícaro hugonote como tú!

—Veamos, San Pedro, acordáos que allá abajo, mi padre, el pescador, lleva vuestro estandarte en las procesiones, a pie pelado.

—Concedido, dice el Santo, te lo concedo nada más que por tu padre; pero óyeme, bribón, está convenido que no meterás más que la punta de la nariz.

—Eso basta.

Con esto el portero celestial entreabre sin ruido la puerta y dice a Jarjaye: mira.

Pero éste se vuelve de repente de espaldas y entra a reculones en el Paraíso.

—¿Qué haces? le pregunta San Pedro.

—La gran claridad me ofusca, responde el tarasconés, y por eso necesito entrar vuelto de espaldas; pero, según lo convenido, una vez que tenga adentro la nariz, podéis confiar en que no iré más lejos.

—Vamos, pensó el bienaventurado, he metido el pie en la trampa.

Y ya está el tarasconés en el Paraíso.

—Oh, dijo, qué bien se está aquí! qué hermoso es! qué música!

Al cabo de cierto tiempo, el llavero le indicó:

—Cuando lo hayas hurgado bastante, lo espero, entonces saldrás, que ya no tengo tiempo para sostenerte la conversación...

—No os molestéis por mí, dice Jarjaye; si tenéis algún quehacer id a vuestras ocupaciones... Yo sabré cuando saldré... No tengo ninguna prisa.

—Pero eso no es lo convenido entre nosotros.

—¡Dios mío! y por eso os afligís, santo varón! Habría motivo si no hubiera espacio, pero, a Dios gracia, el sitio no falta.

—Vuelvo a rogarte que salgas, por si el buen Dios pasara...

—Hola! arregláos como queráis. Yo he oído decir siempre: el que se sienta bien, que no se mueva. Aquí estoy, aquí me quedo.

San Pedro echó atrás la cabeza, y golpeó con el pie. Fué en busca de San Ives.

—Ives, dícele, tú que eres abogado, vas a darme un consejo.

—Dos, si quieres, le responde San Ives.

—¿Creerás que estoy sin saber qué resolver?... ¿Qué me aconsejas tú?

—Lo que te falta es buscar un buen procurador y citar por medio del receptor al tal Jarjaye a que comparezca ante el Señor.

Buscan un buen procurador; pero tinterillos en el cielo nadie los ha visto. Buscan un receptor; menos todavía! San Pedro no sabía a qué santo recurrir.

En esto va pasando San Lucas:

—Pedro, qué mal agestado estás. ¿Nuestro Señor te habrá dado una nueva raspa?

—¡Oh, amigo mío, no me hables de eso! Lo que me ocurre es que estoy en un enredo de todos los demonios; ya verás. Un tal Jarjaye se ha entrado por astucia en el Paraíso y no sé cómo echarlo.

—¿De dónde es ese Jarjaye?

—De Tarascón.

—¡Un tarasconés! exclama San Lucas. Alabado sea Dios! Nada más fácil que hacerlo salir... Siendo como yo soy el patrón de los campañistas, el amigo de los bueyes, recorro la Camarga, Arlés, Beaucaire, Nimes, Tarascón, y conozco esa gente: yo sé dónde está su lado flaco y cómo pescarlos... Espera, ya verás.

En este punto pasó revoloteando una bandada de ángeles mofletudos.

—Chicos! les gritó San Lucas, psit, psit!

Los angelitos bajaron.

—Salgan a escondidas del Paraíso, y cuando estén frente a la puerta, pasan gritando a la carrera: "¡Ah, bueyes; ah, bueyes."

Al momento los angelitos salen del Paraíso y al pasar frente a la puerta se lanzan gritando: "¡Ah, bueyes! ah, bueyes! Oye, oye! la picana!"

Jarjaye, ¡gran Dios! se da vueltas, maravillado.

—¡Rayos y truenos! cómo, ¿aquí corridas de novillos? Adelante! exclama. Y lanzándose hacia la puerta como un torbellino, el pobre tonto sale del Paraíso.

San Pedro cierra de golpe la puerta, le echa llave y asoma la cabeza por el ventanillo:

—Y bien, Jarjaye, le dice burlón, ¿qué tal te encuentras ahora?

—Oh! no importa, responde Jarjaye. Si en realidad hubieran sido los bueyes, yo no los cambiaría por un rincon del Paraíso.

Y esto dicho, se arroja de cabeza en el abismo.

(Del Almanaque Provenzal, 1864. Traducido para P. M.)

À D. Magallanes Moure ses remerciements et compliments pour la lecture très agréable de son recueil de poésies De jornada que font honneur à la littérature du Chili!

F. Mistral.

Maillane (Provence)
12 janvier 1911

Autógrafo de Mistral dirigido a un poeta chileno

Danza en el Sur de Arvelia

Tipos y Paisajes de Berberia

FOTOGRAFIAS DE MR. FRANK EDWARD JOHNSON

El continente del misterio, la tenebrosa Africa poblada de monstruos, va entregándonos poco a poco sus secretos. Hoy el ferrocarril atraviesa las comarcas salvajes, en que hace pocos años resonaban tan sólo los rugidos de las fieras y los alaridos de la barbarie.

El Africa es por sí sola un mundo; las húmedas selvas ecuatoriales del país del Congo, la tierra de los negros, está separada de los países del Mediterráneo por el gran desierto del Sahara, al través de cuyos arenales, caldeados por un sol de fuego, la civilización árabe, penetró muchos siglos antes que los europeos hasta el corazón del Sudán.

El Africa del Norte es pues, un pedazo del Oriente, en que se conservan aún los tipos, las costumbres, las creencias, las leyendas, las decoraciones fantasmagóricas, con que la imaginación embellece los viejos cuentos de las Mil y una noches. Al viajero bastante atrevido para salirse de los caminos trillados esperan allí maravillosas sorpresas. Casi en los confines mismos de la culta Europa y de los banales itinerarios de los turistas, vive el pasado oriental, el Africa de los berberiscos y de los árabes, la misma en cuyas fronteras siniestras, se detuvieran hace quince siglos las triunfadoras águilas de Roma.

En ninguna región de la tierra la natu-

Vieja árabe

raleza se reviste de colores más vivos, de luz más intensa, de formas más paradojales. La atmósfera es de azul turquí, el suelo de ocre y amarillo, brilla hasta fatigar la vista, herido por los rayos de un sol eterno e implacable; en los oasis, la esbelta palmera hunde los pies en el agua cenagosa y alza su copa envuelta en el fuego del cielo.

El hombre, sus trajes, sus habitaciones, sus armas, sus camellos, todo él y lo que le rodea, hasta sus sueños, se encuentran en maravillosa consonancia con aquella decoración espléndida, multicolor, recargada de contrastes.

El viajero inglés Mr. Frank Edward Johnson, nos ha traído recientemente de esos fantásticos países una serie de cuadros que constituyen la más portentosa evocación de un mundo que nos hemos habituado a creer muerto en un pasado remoto. Nada hay de fantasía en esos cuadros. La lente fotográfica los ha sorprendido.

Hermosas son las mujeres de la Berbería. Su belleza no es sin duda, la clásica belleza de occidente, es la de otro mundo; de formas finas, pero más opulentas.... Ojos brillantes como carbunclos, dientes de marfil que resplandecen en rostros de ébano, cierta elegancia natural, instintiva, sin convencionalismo, toda voluptuosidad salvaje y primitiva.

Esas mujeres se marchitan pronto, sus encantos duran los que los de la flor del desierto que seca el viento abrasador. Llevan una vida muy dura: entre los beduinos nómades a ellas están encomendados los trabajos más rudos, la labor de los campos, el acarreo del agua y de la leña, el arreglo de las tiendas, el pastoreo de los ganados, el cuidado de los camellos, la preparación de los alimentos.

Presentamos una colección variadísima de esas divinas perlas del país del sol. Ved esa chiquela encantadora, en que apenas se diseñan todavía las formas espléndidas de la mujer de Oriente. En sus facciones se cambian armoniosamente los rasgos árabes y los de pura raza africana. Ha tomado de la una la pureza de las líneas y el brillo de los ojos y de la otra las formas redondeadas, la nariz gruesa y sobre todo esa eterna sonrisa africana, casi infantil, pero llena de misterio.

¿Dónde han aprendido esas mujeres, se pregunta Mr. Johnson, sus ademanes, sus actitudes, la gracia exquisita con que se sientan y con que están de pie? Una de las

Dama de sangre mora

Bailarina morisca

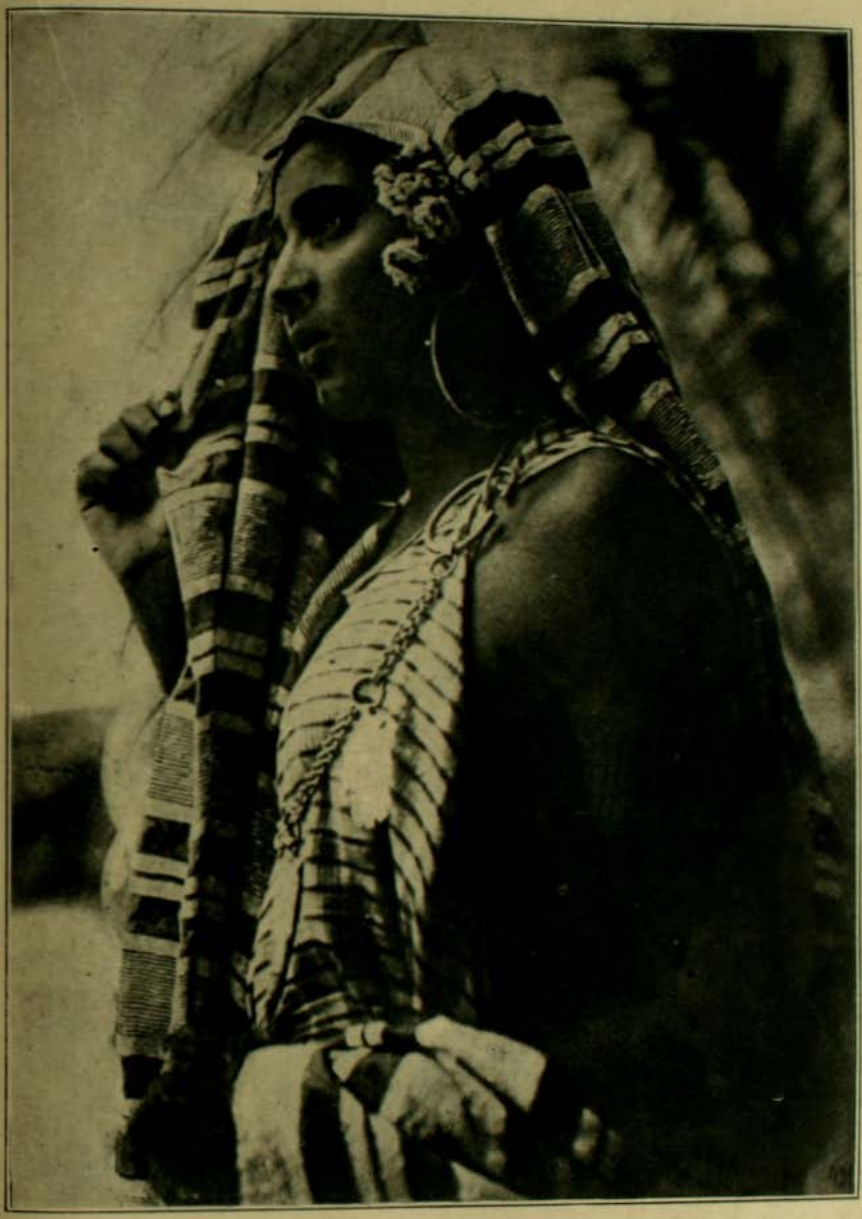
figuras reproducidas es la de una mujer cuya cabeza coronada de abundante pero corta cabellera, y cuyo busto desnudo, forman un conjunto hierático, majestuoso, en que hay algo de la fiereza de la leona y la altivez de una reina.

¿Vendrá? (tipo de bellezas berberisca)

La mujer con el cántaro en la mano es de una raza más mezclada; en sus facciones prevalecen los rasgos característicos de la mujer de Arabia. Se la adivina triste, melancólica, soñadora. Pero también su actitud es magnífica. Así consideran los poetas y los artistas de todos los tiempos a la Samaritana, a Raquel la prometida de Jacob, a las mujeres de la antigua leyenda del Oriente. Esas fueron las formas primeras que tomó el ideal humano; esa fué la mujer del cantar de los cantares; así debió aparecer ante Salomón la reina de Sabá.

En aquella tierra de Berbería tantas veces azotada por las invasiones, en que tantos pueblos han pisado la misma huella, los tipos se cruzan, se entremezclan, presentan una variedad infinita. No falta la pura raza blanca, el clásico tipo caucásico, pero, en honor de la verdad sea dicho, no hace allí el mejor papel. La delicada flor del norte, se marchita, pierde su brillo y su frescura al beso del hálito del desierto. Véase por

Muchacha beduina



Flor del Sahara

Joven belleza beduina

ejemplo esa bailarina cargada de joyas y que sueña con el día en que habrá acumulado bastante dinero para regresar a su tribu lejana.

Los viajeros no siempre han comprendido bien a la mujer del Oriente. Calcula al par que sueña... la raza semita no se mantiene sólo de leyendas y de placeres.

Muchacha árabe

Los vistosos atavíos de esa visión son algo más que una coquetería; lleva sobre su cuerpo un pequeño capital que le habrá de servir más tarde, cuando esa vejez prematura ponga término a sus encantos, cuando sea llegado el tiempo del trabajo y de la prosa monótona de la vida.

Mr. Johnson no se manifiesta enamora-

Belleza beduina

do de las danzas de Berbería; carecen del atractivo y de la gracia de los bailes de Europa, y no tienen esa significación religiosa, profunda, enigmática que presta un atractivo único a las bayaderas del Indostán. Se busca inútilmente en los bailes árabes, el fuego, el arrebato y la pasión que nos complacemos en imaginar en los hijos del desierto.

Pero no es sólo la belleza lo que nos seduce en la mujer de Berbería. Sus trajes y adornos son admirablemente adaptados a su color; a sus fases, a su tipo. Esas toilettes africanas son de maravillosa sencillez.

Uno de nuestros grabados representa una Flor del Sahara, por cuyas venas corre la sangre árabe y la sangre sudanesa. La nariz y los gruesos labios son de un dibujo correctísimo; el contorno de la cara, el cuello, los hombros, los brazos esculturales... Una verdadera Venus de piel obs-

Lavandera tunecina

cura y reluciente. Rodean sus encantos, sus vestidos forrados de telas multicolores, amarillos, verdes, anaranjados, púrpuras. La pálida reproducción fotográfica apenas puede dar una lejana idea de ese cuadro seductor. Cuánto brillo, cuánto color, cuán-

En el patio de un harem de Túnez

to fuego irisado, sobre esa magnífica piel obscura, sobre esas formas esculpidas en cobre metálico.

No sé por qué esa bella niña, evoca el recuerdo imaginario de esas esclavas etíopes que fueron el encanto de las antiguas cortes de los Faraones. Así nos pintaron los artistas del renacimiento a las esclavas de esa hija del rey de Egipto que salvó de las aguas a Moisés.

Nuestro lector podrá admirar en estas páginas otros tipos de niñas beduinas, en la primera pubertad. La naturaleza es precoz en las tierras del sol... La muchacha con flores en las orejas, cuya fotografía reproducimos, tiene sólo once años de edad y ya es mujer...

En otra de nuestras ilustraciones, se ve una hermosa mujercita con extraños tatuajes en las mejillas y en la barba. ¡Cuestión de gusto! En la vieja Numidia se cree que esas manchas embellecen el rostro. Nosotros diremos que, apesar de ellas, la niña todavía resulta presentable.

Otro tipo soberbio es el de la lavanderita que regresa del río con la artesa sobre el manto. Parece una escena sorprendida cuatro mil años ha. Es en el Oasis de Gobes, en el sur de Túnez, donde Mr. Johnson sorprendió esta verdadera pintura. El viajero hace notar las pesadas pulseras de plata que lleva en los brazos y en las piernas la linda lavandera.

Por desgracia el espacio de que disponíamos sólo nos ha permitido reproducir las fotografías del viajero inglés casi bajo un sólo aspecto. Para dar una idea del conjunto de todas ellas sería necesario no omitir ninguna. La vida entera del Oriente surge de esta espléndida colección, uno de los más grandes triunfos obtenidos hasta ahora por el arte fotográfico.

Véase aquel árabe en la plegaria. Cinco veces al día el piadoso musulmán, en los más remotos confines del desierto, se arrodilla sobre el árido suelo, con la faz vuelta hacia la Meca para recitar las oraciones prescriptas por el Corán. Mr. Johnson ha sorprendido con su lente un verdadero cuadro artístico, de poder evocativo alcanzado hasta ahora sólo por la pintura. El desierto, el cielo sin nubes, el camello y el árabe arrodillado parecen formar las partes de un solo todo.

Otra fotografía representa una escena en el interior de un Harem de Túnez. Se respira allí silencio, soledad, aislamiento del mundo. No es aquel un harem de cuentos fantásticos, pero el cuadro en medio de su realismo, respira poesía melancólica.

Puerta árabe en Túnez

En el patio de una casa árabe

El halconero africano, retratado por Mr. Johnson es otra evocación del pasado. El noble arte de la cetrería, desterrado de Europa por las armas de fuego, continúa siendo uno de los grandes recuerdos de los tiempos caballerescos. En el norte de

Africa todavía se caza con halcón y es allí costumbre al lanzar el pájaro evocar el nombre de Dios... Si las palabras "¡En el nombre de Allah, del gran Allah!" no son pronunciadas, el producto de la caza no puede servir de alimento a un musulmán devoto. La misma regla se observa al matar cualquier animal destinado a la mesa.

El grupo de niñas lavando en un patio de Túnez llama particularmente la atención, por el simpático arreglo y

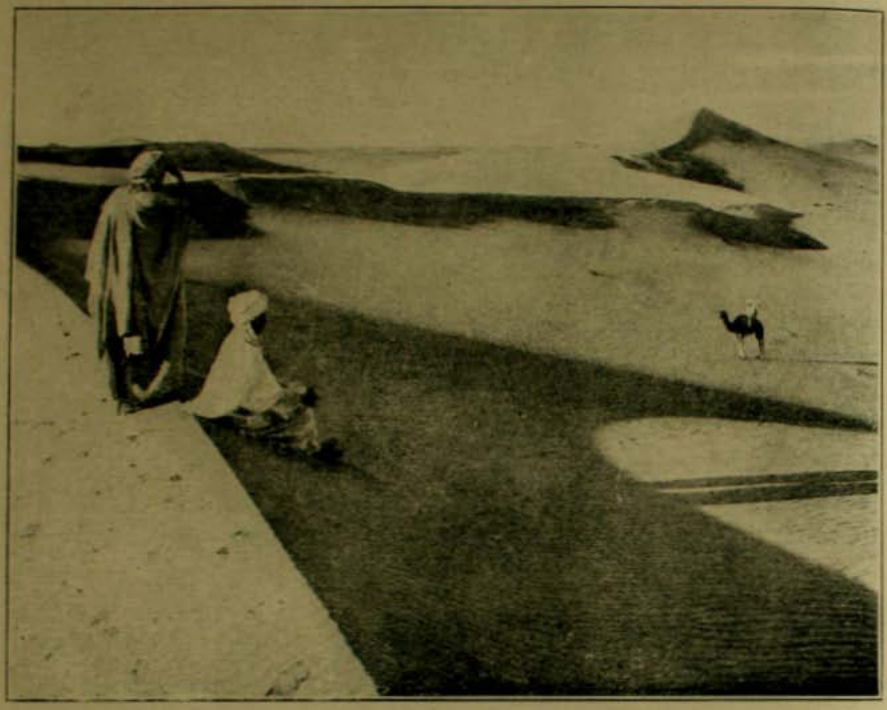
Belleza morisca

las magníficas actitudes de las figuras. Se diría el cuadro de un pincel maestro. Es de notar la decoración del patio; las columnas, como lo observa Mr. Johnson, podrían figurar dignamente en un museo. Conjuntos así del más puro estilo arábigo, suelen encontrarse con frecuencia en las casas ricas de Túnez.

Mr. Johnson ha reproducido igualmente dos magníficas puertas de estilo oriental. En una de ellas se encuentra apoyada una

La escuela en el desierto

El halconero



La cresta de una ola de arena en el desierto

belleza morisca... Este nombre de morisco se aplica en el norte de Africa a los musulmanes de sangre mezclada, que se encuentran sobre todo en las ciudades de la costa. En las venas de tales moriscos, corre sangre de romanos, berberes, árabes, españoles y otros cristianos, y muchas de sus mujeres son notablemente hermosas. No está demás recordar que esos moriscos fueron quienes invadieron a España, años después de la insurrección de los árabes.

La otra puerta, cuyos elegantes dibujos admirarán seguramente los entendidos, se abre en una callejuela, cuyos edificios y arcadas, recuerdan las ya demasiado conocidas vistas de El Cairo.

En materia de paisajes la colección de Mr. Johnson es particularmente rica y en todos ellos se descubre un elevado gusto artístico. Predominan los oasis y sus elegantes grupos de palmeras, las tapias desnudas, los patios pintorescos. Nos hemos limitado, muy a nuestro pesar, a reproducir aquella de carácter más nuevo, en que el autor ha querido dar una idea de la salvaje desolación del gran desierto.

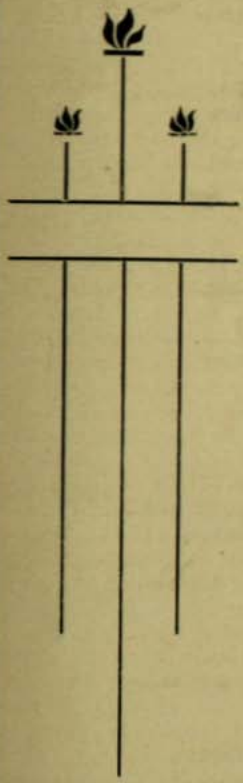
El Sahara es por lo menos en gran parte de su extensión, tan árido como nuestro desierto de Atacama, pero sus paisajes se caracterizan principalmente por los maravillosos juegos de luz que se dibujan sobre sus extensas dunas y pequeños cerros de arena movediza. El viento transforma en pocas horas los paisajes. A veces forma pirámides regulares de arena. En otras ocasiones presta a la desolada llanura el aspecto de un mar súbitamente congelado. En uno de los cuadros reproducidos puede verse a la izquierda la cresta de una de esas olas inmóviles del desierto, tan recta como si hubiera sido trazada a cordel.

Al fondo del mismo cuadro se divisa lo que pudiera tomarse a primera vista por una pirámide artificial; el camello que tiene delante dará una idea de las proporciones de esas efímeras construcciones del viento.

Creemos fundadamente que la vista de las fotografías que sirven de tema a estas líneas habrá de interesar a nuestros lectores.

Himno de Gloria

A María



¡Gloria in excelsis Deo! ¡gloria in excelsis Deo!
Gloria cantan las almas en un común deseo
de elevarse del lodo, de volar a la altura
donde un deslumbramiento de eterna luz fulgura.
Gloria cantan las almas, en un común delirio
de inundarse en la gracia divina del martirio,
y subir en un vuelo de blancas ascensiones,
hundidas en los éxtasis de sus largas visiones...

Hay júbilo en las almas. El rebaño de Cristo
ya no bebe en las fuentes del dolor, porque ha visto
la divina apoteosis de una luz que alborea
y surge bajo el cielo lejano de Judea.
Y es por eso que vibra y es por eso que canta,
y hosannas y loores hay en cada garganta,
y es por eso que canta y es por eso que vibra
como si hubiera un hondo temblor en cada fibra,
y cada labio trémulo eleva un himno santo,
y un ara es cada pecho y en cada alma hay un canto.
Es por eso que rien y se agitan ufanas
con su sonoro ritmo de triunfo las campanas,
y el hondo regocijo de sus vibrantes sones
en ondas de alborozo llega a los corazones.

Bajo el fausto litúrgico de los sacros rituales,
sacuden su letargo las viejas catedrales
y hay reverberaciones de púrpura y de oro
en el ara radiante, donde se eleva el coro
unísono y solemne que en las almas se esconde
para loar sus glorias heráldicas, y en donde
cada alma tiene voces de glorificación
y hay campanas vibrantes en cada corazón!

¡Gloria in excelsis Deo! Tú también, alma mía,
suelta al viento sonoro tus himnos de alegría.
Alza también tus voces, y ante el divino encanto
de tus idealidades, rima tu excelso canto.
Alma mía, alborózate. Vibra también tus glosas
y alza el vuelo fecundo de tus alas gloriosas,
porque brotar has visto sobre tus amarguras
un gran florecimiento de divinas ternuras.

Celebra tus liturgias, bate también tus palmas,
porque hasta ti ha bajado la gloria de las almas,
y porque te ha inundado la vibración intensa
de ese infinito anhelo que tu ideal condensa...
Pregona el **resurréxit** de todas tus visiones,
y ante el deslumbramiento de tus resurrecciones
olvida tus pesares, porque también has visto
(como todas las reses del rebaño de Cristo)
la divina apoteosis—sueño, ilusión, quimera—
que en su luz inefable te inundó toda entera...

Alma mía, bien puedes cantar tus alabanzas;
bien puedes, alma mía, ver que tus esperanzas
reverdecen, y erguirte bajo su excelso manto
tú que tanto has soñado, tú que has amado tanto!

Mujer amada, tuya será mi humilde ofrenda,
tú que has venido a mi alma y alegrado mi senda,
y puesto que has quitado las zarzas del camino,
tuyos serán los cantos que entone el peregrino.
Mujer amada, tuyas serán mis armonías,
tú que has puesto fulgores y sembrado alegrías
en mi alma desolada, donde han vibrado acentos
que irán como perfumes flotando por los vientos...

A ti, visión divina—sueño, ilusión, quimera—
elevaré mis preces con la fe más sincera;
tendrá salmos mi lira, mi alma será un glosario,
y en su rincón más íntimo te elevaré un santuario,
y con la unción más pura y el fervor más intenso
mi afecto y mi ternura serán como un incienso...
¡Y mi alma toda entera será una melodía
para ensalzar la tuya, fuente de poesía!

Mujer amada, mi alma, bajo un nimbo risueño,
va a la tuya, sedienta de ternura y de ensueño;
mi alma, flor de quimera, sueña alcanzar la gracia
de tu espíritu lleno de excelsa aristocracia,
y vuela y gira y sube, con ansias infinitas,
hacia el dorado alcázar de luz en donde habitas.
¡Oh, tú, mujer-ensueño, tú no eres de esta tierra
que tantas pesadumbres y dolores encierra;
tú no eres de este mundo lleno de odios abyectos,
en donde tantos seres se arrastran como insectos
y en donde sobre un trono de dolor y miseria
entre un rebaño de almas reina la vil materia!
Tú habitas un palacio de pórticos triunfales
donde hay voces que te hablan de cosas ideales,
y donde tus ensueños florecen como rosas
y vibran a tu oído músicas harmoniosas...

Mujer amada, mi alma vuela ansiosa a buscarte
y cruza por los campos primorosos del Arte
en busca de un tesoro, de un lírico presente
que sea como un nimbo de luz sobre tu frente.
(Mi alma triste parece tras la luz de tu rastro
una ave enamorada del resplandor de un astro...)

Quizás llegue a encontrarte, quizás nos encontremos...
(¡Oh el dolor que nos dejan los anhelos supremos!...)
Vibrarán nuestras almas como cuerdas sonoras
y habrá en nuestros espíritus una eclosión de auroras.
Cruzaremos la vida como luces lejanas
e irán bajo los astros nuestras almas hermanas,
y entonces las estrellas, al vernos cerca de ellas,
creerán que nuestras almas son también dos estrellas...

Mujer amada, iremos a través de la vida
como extraños viajeros, bajo la dulce egida
de una inmensa ternura, de un amor puro y tierno
que inunde nuestras almas con su fulgor eterno.
Y alzaremos un himno, y ese himno extraño y fuerte,
triunfará de la vida, triunfará de la muerte,
y nuestro himno sonoro será como un trofeo:
¡Gloria in excelsis Deo! ¡gloria in excelsis Deo!

JULIO MUNIZAGA OSSANDON.

La Catastrofe de la Puntadel Diablo

Por

Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Gordon

I

Los santiaguinos son como las ovejas; por donde uno va, han de ir todos. Si se trata, por ejemplo, de paseos, ponen de moda tal o cual acera de la Alameda, entre ésta y aquella calle, y nadie se atreve a pasear por otra parte. En coche se va al Parque Cousiño, pero no a la Quinta Normal... Es moda pintar en "Lo Contador" y no en Renca, por ejemplo.

No es raro, pues, que muchos de los pintorescos rincones que avecinan a Santiago sólo sean conocidos de algunos alemanes e ingleses, tenidos en olor de excéntricos. La curiosidad y el ansia de contemplar lo bello en la naturaleza, no son aguijones bastante poderosos para sacar de su amodorrada holganza al habitante de la capital. Desde la cumbre del Santa Lucía habrá arrojado acaso una mirada indiferente sobre el alto valle del Mapocho, sin sentir el menor deseo de penetrar en sus profundas barrancas. Le dirán que aquello es soberbio, digno de la Suiza o del Trool, que allí puede contemplar paisajes extraños, severos y grandiosos. Todo esto parece serle indiferente. A lo más pregunta si va mucha gente por allá. Le contestan negativamente y se encoge de hombros. ¿Para qué habría de ir él entonces?

No me parezco en esto a los demás santiaguinos: tengo en la cabeza algo de geógrafo o de artista, no sé a punto fijo, algo que me impulsa a vagabundear por cuanto rincón me parece accesible. Rara vez encuentro compañeros para estas excursiones desusadas y originales.

Hace algún tiempo, tuve la oportunidad de conocer el valle del Mapocho, gracias a la amable invitación de un amigo que explotaba una rica mina de cobre en las serranías de Las Condes. Quedé encantado y con el deseo de volver, pero pasaban los meses y los años sin que se me presentara la ocasión de hacerlo. No podía imaginar entonces la horrible tragedia de que iba a ser testigo en mi nueva visita a aquellas salvajes soledades.

Julio Cavada había comprado un automóvil y deseaba ensayarlo en un camino difícil. Le indiqué el de Las Condes, accidentado, de montaña, con numerosas subidas y bajadas, pero a la vez bien construído y conservado. La Providencia quiso que Julio aceptara mi idea.

Quedamos de ir juntos el Domingo siguiente. Román Calvo debía acompañarnos.

Extraño sujeto era Román. Figúrese el lector un jovencito moreno, pequeñito, flaco, de ojos negros, penetrantes y de mirar incierto. Se le podía tomar por loco a primera vista. El desaliño de su traje, lo brusco e imprevisto de sus modales, la nerviosa movilidad de todos sus miembros, le traicionaban por "raro" y excéntrico, sin necesidad de mayor examen. Vivía de una corta renta, ocupado siempre en cosas inverosímiles: coleccionaba insectos, hacía experimentos de química y mostraba gran afición por la genealogía y la heráldica.

Nunca publicó un libro, ni un folleto, ni siquiera un artículo. Así el objeto de sus trabajos y sus estudios era un enigma.

En cambio, sabía cuanto le preguntaban, desde los entroncamientos y matrimonios de las familias chilenas, hasta la manera de guisar un pollo a la "crapaudine."

No he conocido un hombre que tuviera el espíritu de observación mejor desarrollado. Hay individuos que pasan años de años viajando por Europa o dando vuelta al mundo sin aprender ni olvidar nada... Román iba a Renca y allí aprendía algo de nuevo.

—Yo nunca me aburro, decía; en el tren, en la calle, en el café, en todas partes estoy aprendiendo...

Pero, ¿qué es lo que aprendía?

Todo cuanto llegaba a sus oídos, todo cuanto veía. Auxiliado de su poderosa memoria, Román era una especie de enciclopedia viva. Si las tierras del fundo de don Fulano, valían esto o aquello, y de cuánto había sido su última cosecha de papas; si la mujer de don Zutano tenía o no cuenta donde Muzard; en qué libro o periódico se podía encontrar datos sobre el istmo de Ofqui; las opiniones que don Perencejo expresó en la Cámara el año 88, sobre incompatibilidades parlamentarias; cuál es el peso medio de los huevos en Chile y en Turquía.

No. No era precisamente un caso milagroso el de Román... Después de cuarenta años de oír muchas cosas y de leer muchos libros, revistas y periódicos, **sin olvidar jamás una palabra de nada**, se comprende que ese hombre supiera muchísimo.

Era tanto más peligroso, cuanto que tenía apariencias de distraído. Con Román no había otro remedio que decir la verdad. Relataba alguien un hecho ocurrido el año de la revolución. Román lo escuchaba sin pestañear, pero se iba el narrador y él rectificaba la historia:

—El año 96, decía, él mismo me contó este suceso en tal otra forma.

Un día, paseándonos en la Biblioteca, llegamos frente a la colección de "El Mercurio".

—¡Si pudieran hablar esos infolios! observó Román. ¡La historia de cada cual está escrita en ellos!...

Pero a falta de los diarios viejos, era él quien recordaba a cada paso las idas y vueltas, las evoluciones y las reacciones, las verdades y las mentiras, de los hombres, de los negocios, de las instituciones y hasta de la ciencia y del arte.

¡Formidable sujeto! Y, como lo he dicho, al verlo no hacía otra impresión que la de un prójimo pequeñito, mal vestido y medio desequilibrado...

II

El camino de Santiago a Las Condes corre al principio por un llano fuertemente inclinado hasta poco más arriba de Apoquindo. Penetra después en el angosto cajón por cuyo fondo corre impetuoso el río Mapocho. A trechos bordea el torrente casi al nivel de sus aguas; en seguida se encarama por las abruptas laderas de las montañas y se desarrolla en frágil y angosta cinta sobre vertiginosos abismos.

La Punta del Diablo es el sitio más peligroso. El cerro, cortado casi a pique, todo él de peñascos, desciende verticalmente unos cien metros por debajo de la angosta carretera, que allí mismo contornea bruscamente un imponente espolón granítico de la montaña. Pasar por ese sitio causa vértigo. Un espanto de los caballos, si se trata de un coche, un movimiento en falso del chauffeur, si se trata de un automóvil, significan allí la muerte inevitable. Apenas hay lugar en el camino para las ruedas del carruaje.

Cuando llegamos el Domingo de nuestra excursión a aquel trágico paraje, Román Calvo nos hizo su historia.

—Es curioso, dijo, pero en doce años que este camino lleva de construído, sólo recuerdo dos accidentes.

—¿Viajas mucho por aquí? le pregunté...

—No... Esta es la primera vez que vengo a Las Condes, pero los diarios han dado cuenta... ¿Cómo pueden ustedes haber olvidado este nombre?... La Punta del Diablo... Aquí pereció el carretonero José Corvalán, en Diciembre de 1909. Dicen que iba borracho... Desde aquí pasó también a mejor vida Nicanor Sepúlveda, trabajador de las minas de Las Condes. Iba a pie con dos amigos la tarde de un 18 de Septiembre, creo que el año del terremoto, y se despeñó... La justicia no quiso creer en un accidente casual, y los dos compañeros del difunto están todavía pudriéndose en la cárcel. ¡Pobres diablos! Los defendió un tinterillo o abogado o

El opulento minero e incorregible sportsman, guiaba por sí mismo el magnífico Panhard de seis asientos

cosa por el estilo. ¿Para qué sirven los leguleyos en casos como éste? Debieron acudir a un especialista en investigaciones policiales...

—A una especie de Sherlock Holmes o de Nick Winton, observó Julio Cavada... No los hay en Chile...

—Es cierto, repuso Román. En este país las gentes no ganan dinero porque no quieren. Todos gustan de los caminos trillados. La monería es la muerte de los negocios... Gana alguien poniendo un biógrafo, y no queda perro ni gato que no lo imita, hasta que hay tantos biógrafos, que todos se arruinan, incluso el primitivo autor de la idea... Lo mismo sucedió el año 1899 con las plazas de toros, y lo que me admira es que no tengamos por lo menos una docena de hipódromos... Pero inventar una profesión nueva, un medio de vida original, esto no se le ocurre a nadie.

—¡Vaya con Román! dije... ¿Y por qué no te dedicas tú a detective particular?

—A Dios gracias, tengo lo bastante para comer y mis necesidades son cortas, repuso el aludido... Pero, así y todo, ¿quién sabe? No me falta la afición. Los crímenes se parecen tanto los unos a los otros, y yo conozco la historia de muchos. Los asesinos son los seres menos extravagantes del mundo. Para un Becker hay mil que se limitan a una vulgarísima puñalada. Por eso me pareció raro que acusaran a los pobres hombres de que hablamos de haber despeñado a su compañero... Eso de despeñar a otro en un precipicio, es cosa que sólo se ve en los biógrafos...

—Parece, sin embargo, muy natural, observé...

—La estadística criminal te diría otra cosa, continuó Román. El presunto asesinato de Sepúlveda, es el único que se registra en Chile, y no está probado. Y

el hecho se explica... Para despeñar a otro, es necesario correr gravísimo riesgo de despeñarse uno mismo, o de sentir por lo menos el vértigo del abismo, y no hay gentes más cobardes ni que teman más el vértigo que los asesinos. He leído sobre esto una monografía interesantísima escrita el año pasado por Buckhardt, un especialista alemán que ha estudiado durante cuarenta años, este punto obscuro de la criminalogía. El autor pasa en revista los únicos diecinueve casos que han llegado a su conocimiento y entre éstos el de Sepúlveda... Yo que conocía su especialidad, le mandé oportunamente los recortes de los diarios y una copia de la vista fiscal.

—¡Ocioso!

—Pero confesemos que más ocioso es el señor Buckhardt.

Acababa Román de pronunciar estas palabras, cuando nuestro automóvil se detuvo a la puerta de un bodegón con pretensiones de restaurant. En aquel sitio se unen los torrentes de San Francisco y del Cepo, para formar el río Mapocho. El paisaje es grandioso: altas y escarpadas montañas rodean por todos lados la angostísima ensenada de la Ermita, cuyo nombre trae su origen de una antigua capilla medio ruinosa que se alza sobre un montículo que corona la ensenada.

Nos sorprendió agradablemente encontrar en aquel apartado paraje un pequeño comedor bastante limpio y una mesa puesta casi con lujo.

—Espero a almorzar a don Francisco Mascayano, nos dijo el posadero; todos los Domingos, durante la primavera, viene a Las Condes por la mañana con su familia, y regresa después del medio día para asistir a las carreras; don Francisco no faltaría a ellas por nadá de este mundo.

El nombre que acababa de pronunciar el posadero evocó en nosotros ideas de opulencia, lujo y distinción. Aunque oriundo de una vieja y blasonada familia de la Colonia, don Francisco Mascayano lo debía casi todo a su propio esfuerzo. Heredó de sus padres sólo esperanzas. El viejo Mascayano fué uno de esos mineros incorregibles que pasan la vida luchando con la pobreza y alimentándose de ilusiones. Se cita en Chile la historia del "Socavón de Las Condes" como un ejemplo casi único de constancia y de energía. El testarudo viejo enterró en él hasta su último centavo con la fe ciega de que llegaría al alcance "en la próxima semana".

—Las semanas de años del profeta Daniel, nos dijo Román, que conocía hasta en sus más nimios detalles la leyenda del famoso socavón. Hubo Sábado en que Mascayano empeñó el reloj para pagar a los trabajadores... Sin embargo, tenía razón: su instinto de minero no se engañaba. Su última recomendación a sus hijos, fué la de no abandonar el trabajo de la mina. Si no tienen dinero, les dijo, paguen por lo menos la patente; para eso a nadie le falta plata.

—Pero entiendo, observé, que sólo don Francisco se quedó con la mina.

—Así es, continuó Román; el otro hermano, Pedro, había hecho un buen matrimonio y como nada le faltaba, se cansó pronto de contribuir con su dinero a trabajos que creía ilusorios; vendió, pues, sus derechos a don Francisco en una bagatela.

—¡Lo que es la suerte!

—Llamémosla así si Uds. quieren, pero el hecho es que don Francisco no sólo metió en la mina los pocos realitos que tenía, sino que, agotado este recurso, abrió en Santiago su bufete de abogado y durante quince años, a fuerza de estrecheces y privaciones, continuó amparando la mina, y labrando poco a poco el socavón, cuando conseguía juntar algunos pesos. Al fin vino el alcance, el fabuloso alcance de la mina Dorotea, cuyo rendimiento se estima por lo bajo en decenas de millones...

—Y aquí tenemos, observó Julio Cavada, a don Francisco Mascayano, dueño de tres haciendas y de incontables propiedades urbanas, primer accionista de cuánta sociedad anónima existe en Chile, senador de la República.

—Y para que su suerte sea completa, agregó Román, recordemos que sus caballos son los más afortunados en los hipódromos de Chile.

—Dicen, agregué yo, que ha rescatado en España el título de marqués de Monte Florido, que perteneció a sus antepasados en la Colonia, y que se pasea por Europa, ostentando ese título... ¡Habráse visto mayor ridiculez!...

"El automóvil ha caído en este espantoso barranco"...

—¿Por qué? repuso Román... Al país donde fueres, haz lo que vieres, y en Europa más vale ser marqués, con dinero, se entiende, que un rastacuero cualquiera, sin más adorno que el apellido. Si él puede pagarse ese lujo, esa comodidad,

hace bien en dársela... Sobre todo que le corresponde legítimamente, porque es el descendiente primogénito de don Javier de Mascayano, el último de los marqueses.

Iba yo a replicar, cuando se detuvo a la puerta de la posada el automóvil de don Francisco.

El opulento minero e incorregible sportsman guiaba por sí mismo el magnífico Panhard de seis asientos. Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, de facciones rudas y enérgicas, pero nobles y bondadosas.

Tres chiquillos, el mayor de los cuales tendría unos doce años y el menor unos siete, venían en el coche. Eran los hijos del "marqués".

Mientras almorzaban, nosotros, que nos habíamos instalado en el corredor junto a una mesita harto más humilde y menguada, continuamos comentando al recién venido millonario y su fabulosa fortuna.

—Este paseo dominical constituye en don Francisco una especie de devoción, dijo Román. Gusta recordar una vez por semana, junto a la boca de la mina Dorotea, sus años de luchas y privaciones. Mientras vivió su mujer, ella le acompañaba; ahora trae a toda la familia menuda.

. . . . . .

III

Eran más de las dos de la tarde cuando emprendimos el regreso a Santiago. Don Francisco y su familia nos habían precedido. Vimos su automóvil desaparecer tras de la primera vuelta del camino, corriendo con velocidad mediana...

—Por sportsman que sea un hombre, observó Román, no se aventura cuando conduce a sus hijos en automóvil por un sitio peligroso.

Aunque no estábamos en el mismo caso, seguimos aquel ejemplo. Traspasamos la Punta del Diablo a una velocidad de quince kilómetros escasos. Un centenar de metros más allá del lugar crítico, Román, que había permanecido silencioso desde nuestra salida de la Ermita, tocó en el hombro a Julio Cavada, que conducía el automóvil.

—Hazme el favor de detenerte un momento, le dijo, creo haber visto algo...

Estaba horriblemente pálido.

Descendimos del coche en seguimiento de Román, que tomó a pie camino arriba.

Al llegar al brusco recodo que corona el mortal precipicio de la "Punta del Diablo" Román se detuvo, examinando el camino...

—¡Santo cielo! exclamó aterrado... ¡No me engañaba!... ¡Aquí ha ocurrido una catástrofe espantosa!

Nosotros le interrogábamos con la mirada. Román se descubrió...

—El automóvil de don Francisco Mascayano ha caído en este espantoso barranco, balbuceó nuestro amigo... Vean Uds., continuó, seguíamos sus huellas, yo las iba observando, casi sin darme cuenta... De pronto no las vi ya más... entonces le pedí a Julio que se detuviera... Tenía la esperanza de que el infeliz podía haber tomado un camino lateral... aunque no lo hay por aquí... pero ahora no podemos dudar... vean Uds...

Y nos señalaba el suelo...

Las cuatro huellas de las ruedas de un automóvil, seguían en línea recta hasta el borde del precipicio... y allí desaparecían...

Nos miramos las caras, mudos de estupor.

—No ha virado el automóvil a tiempo, observó Julio Cavada, con aire de competencia técnica... ¡Muy extraño!...

—Acaso un calambre súbito... dije yo, por decir algo...

—Eso puede ser, afirmó Román... ¡Un calambre!... En verdad el hecho casi no tiene otra explicación... Vean Uds... No se trata de un mal cálculo... No... El automóvil ni siquiera ha virado... siguió en línea recta hasta el abismo... Calambre... suicidio... acceso de locura... todo eso puede ser... Pronto sabremos a qué atenernos...

Román, con agilidad de gato, comenzó a descender hacia la quebrada por un sitio menos escarpado, en las cercanías de aquel en que nuestro automóvil se había detenido. Julio y yo le seguimos... con bastante dificultad, pues no tenemos nada de alpinistas.

—Mira Julio, dijo Román un momento

Román se acercó, sucesivamente, a cada uno de esos horribles despojos

después, ¿por qué no sigues tú hasta el retén de policía?... hay uno aquí cerca... en el Arrayán. Es necesario avisar a Santiago... a la justicia...

Julio obedeció, mientras Román y yo proseguíamos el vertiginoso descenso...

El Mapocho, hinchado por lluvias recientes, surgía atronador por el fondo de la quebrada... Tardamos un buen cuarto de hora en llegar a terreno llano. Pronto encontramos lo que buscábamos.

Al pie de la abrupta pared de rocas, aplastado entre unas matas de chilcas, yacía hecho materialmente añicos, el magnífico Panhard de don Francisco Mascayano. Cuatro cuerpos, el de un hombre y los de tres niños, rígidos, inmóviles, destrozados, sembraban el suelo, compuesto de esas piedras redondeadas, características de los torrentes chilenos...

Román, más conmovido de lo que quería aparentar, se acercó, sucesivamente, a cada uno de esos horribles despojos...

—La muerte de todos debe de haber sido instantánea... observó... Si hubiéramos encontrado alentando un soplo de vida, a alguno de estos niños... el caso sería diferente...

—¿Por qué?... pregunté...

Román iba a replicar, pero calló bruscamente...

—Podríamos acaso haberle salvado la vida, dijo, después de un momento de reflexión. Ahora no nos resta sino esperar la venida de la policía... Dejémoslo todo como está... El examen del más mínimo detalle puede darnos luz acerca de la causa del accidente.

—Calambre, suicidio o acceso de locura dije yo, repitiendo sus palabras anteriores... ¿En qué podremos conocerlo?...

—¿Quién sabe? repuso Román... Un automóvil puede perder su gobierno por otras causas... Estuve demasiado ligero ¿No basta un terroncito de ripio para entorpecer el viraje del timón?... Examinaremos eso cuando llegue la policía.

Una hora larga permanecimos solos en aquel trágico sitio, junto a esos cadáveres, único resto de vidas brillantes, felices, opulentas...

Al fin sentimos ruido de pasos... Era Julio Cavada que venía con la policía.

Auxiliados por un comisario y dos agentes, procedimos a examinar cada uno de los detalles de la catástrofe...

—No ha habido accidente en el timón, concluyó Román. Por lo menos, no hay rastros de ello...

El comisario asintió....

Íbamos a partir, dejando a la policía el cuidado de transportar los cadáveres, cuando los ojos de Román se fijaron de pronto en un objeto, que no alcancé a distinguir... Se inclinó al suelo, lo cogió y se lo metió en el bolsillo, sin decir una palabra...

Salimos al camino. Román, cuyo aire era cada vez más preocupado, nos pidió que permaneciéramos allí un rato más. Anduvo de aquí para allá en los alrededores del sitio del accidente; sacó una libreta e hizo, a lo que nos pareció, algunos apuntes...

Nosotros, asombrados, lo dejábamos hacer... Mientras iba de aquí para allá, noté que su bolsillo abultaba bastante...

—¿Qué te has metido ahí?... le pregunté...

Román sacó a la vista entonces un grueso trozo de cuarzo, de cantos irregulares y de aspecto de piedra de mina, a lo menos para nuestros ojos profanos...

—Uds. lo ven, dijo, es una piedra... que en poder de un minero como don Francisco, puede tener su importancia...

—Pero tú la cogiste del suelo allá abajo, le observé...

—Exacto, dijo Román, pero esta piedra no es redondeada como las otras del fondo del barranco, no es de granito, sino de cuarzo... Esta piedra venía en el automóvil. Y al volcarse cayó al suelo... No me cabe la menor duda...

—¿Crees que se trata de un descubrimiento importante? preguntó Julio Cavada.

—Puede que importantísimo, repuso Román...

Por segunda o tercera vez en aquella trágica tarde creí observar algo de equívoco en su fisonomía.

IV

Pasaron tres o cuatro días. La prensa dió cuenta de la catástrofe de la Punta del Diablo, con aquel lujo de detalles ociosos y enfermizos con que los gacetilleros procuran servir la curiosidad malsana de un público ávido siempre de fuertes emociones.

Una tarde me dirigía yo al Club de la Unión, cuando me alcanzó Román.

—Vas a acompañarme al Juzgado, me dijo sin más preámbulo... Julio Cavada irá también...

—¿Hay algo de nuevo?...

—Mucho. Con mirar vas a juzgar... Se trata de la muerte de don Francisco Mascayano y de sus hijos... Tu declaración y la de Julio serán decisivas...

—¡Pero si yo no he visto nada!... exclamé asombrado...

Román se sonrió...

—Di más bien que lo has visto casi todo, pero que no has sabido observar... Es un asunto clarísimo... Tengo tomados todos los hilos, pero necesito de tu declaración...

—Pero si yo no sé lo que puedo declarar...

—No tienes tan buena memoria como la mía, pero estoy cierto de que sin cometer un perjuicio vas a responder afirmativamente a las preguntas que te haga el juez. Se trata de hechos que te son familiares, que no puedes haber olvidado Lo que me admira es que ellos no te hayan conducido a la evidencia...

En el Juzgado nos encontramos con Julio Cavada en compañía de un señor alto, rubio, afeitado y vestido de luto riguroso.

—El señor don Antonio Mascayano, aquí presente, dijo el juez, desea conocer de ustedes todos los detalles que sepan acerca del trágico accidente que le ha privado de su señor tío don Francisco. Como pariente el más próximo y heredero del difunto, ha declarado que no descansará un momento hasta que se haga completa luz sobre el asunto... y ahora debo yo agregar que gracias a la oficiosa cooperación del señor Román Calvo, creo poder afirmar al señor Mascayano, que la luz se habrá hecho y completa... si las declaraciones de ustedes concuerdan con las suyas...

El señor Mascayano nos saludó amablemente.

—Tenía el gusto de conocer a estos caballeros, dijo, y el señor de Fuenzalida fué mi condiscípulo... Agradezco el triste servicio que en este momento me van a prestar...

—Puede Ud. hablar, señor Calvo, dijo el juez...

Román se levantó, y sin pronunciar una palabra más alta que la otra, tranquilo, sereno, casi sonriente, se limitó a decir:

—Don Francisco Mascayano y sus hijos fueron precipitados el Domingo 12 de Octubre de 1913, a las dos y cuarto de la tarde, en el barranco de la Punta del Diablo, no a consecuencia de un accidente, sino de un crimen... Voy a nombrar al culpable... Es el señor don Antonio Mascayano, aquí presente.

El aludido se incorporó con un rugido de tigre...

—¡Mientes, canalla! exclamó...

El juez, agitando la campanilla, llamó al orden.

Mascayano volvió a sentarse, con el rostro cubierto de palidez mortal...

—Ud. hablará después, dijo el juez...

—No me admira, continuó Román, ni la seguridad, ni la altivez, ni la insolencia del hombre a quien acabo de acusar... Su crimen fué bien meditado y si Dios, en sus altos designios, no hubiera permitido que mis amigos y yo estuviéramos allá a la hora del trágico suceso, el señor Mascayano habría gozado impunemente en esta vida del fruto de su horrible delito...

—Ruego al testigo, interrumpió el juez, que se limite a presentar sus pruebas...

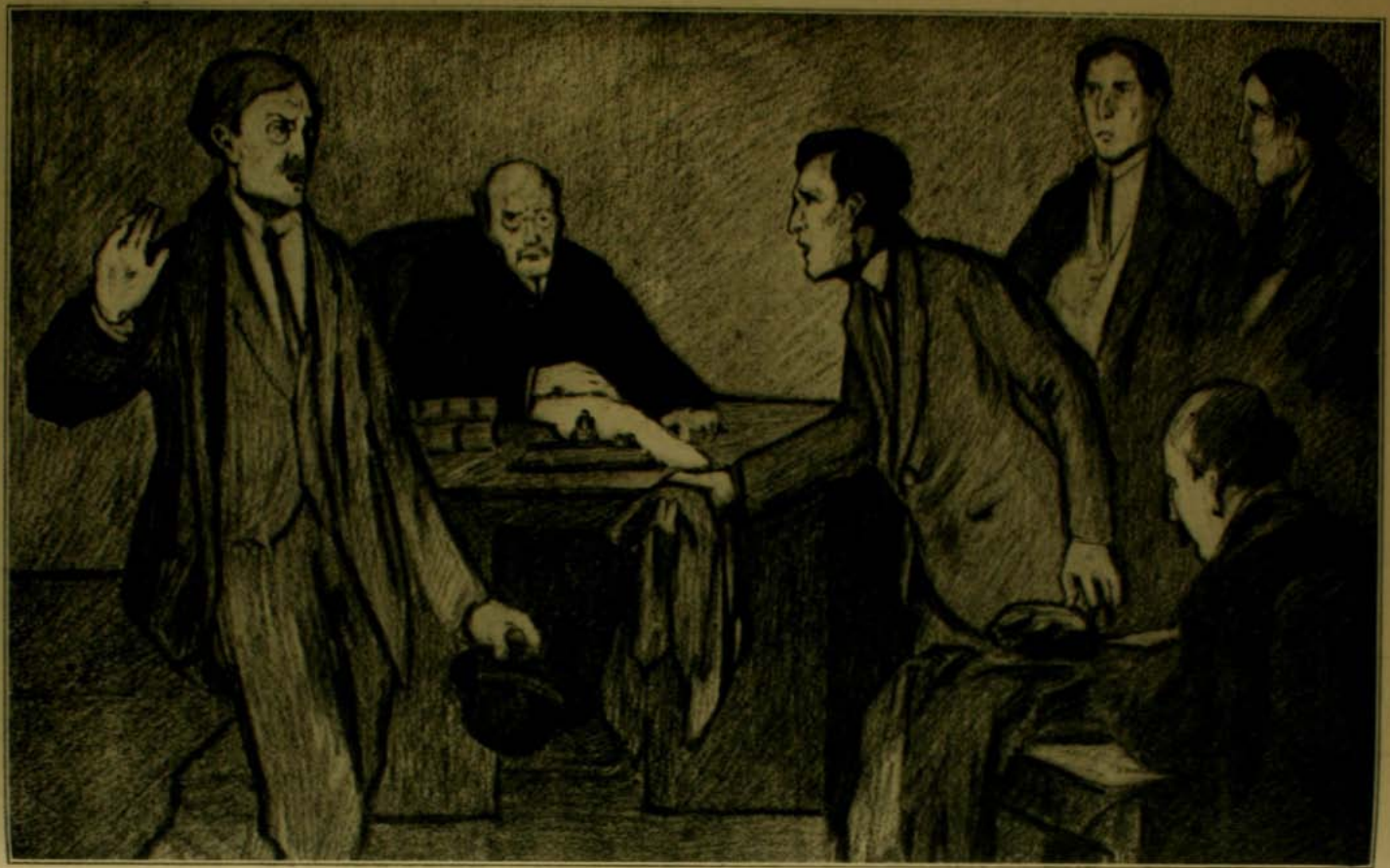
—Son en su mayoría pruebas morales.... continuó Román.

—Me lo imaginaba, balbuceó Mascayano, que, con los labios secos y la mirada vaga, temblaba en su sillón...

—He dicho en su mayoría... insistió Román... Tampoco me faltan pruebas materiales... aplastadoras...

—Continúe Ud., dijo el juez...

—Comenzaré exponiendo los antecedentes de familia de la víctima. Me son conocidos, como lo espero lo sean de todos ustedes. Don Francisco Mascayano tenía sólo tres hijos, los mismos que con él han perecido en la Punta del Diablo. Según el artículo 79 del Código Civil, "si por haber perecido dos o más personas en un mismo acontecimiento, como en un naufragio, incendio, ruina o batalla, o por otra causa cualquiera, no pudiera saberse el orden en que han ocurrido sus fallecimientos, se procederá en todo caso, como si dichas personas hubieran perecido en un mismo momento, y ninguna de ellas hubiese sobrevido a las otras." De modo, pues, que los hijos de don Francisco, en este caso, no pudieron heredar a su pa-



—¡Miente, canalla! exclamó!

dre, muerto conjuntamente con ellos, y la inmensa fortuna de éste, debe ser diferida a su único sobrino carnal, don Antonio, con preferencia a los tres maternos de los niños, también asesinados... El crimen, pues, ha aprovechado al dicho don Antonio... Primera presunción...

Los antecedentes de don Antonio no son tampoco favorables... Los señores lo conocen lo mismo que yo... Heredero de una fortuna más que mediana, la dilapidó hace ya algunos años en las orgías de París. Los que estuvieron en Europa por aquel entonces, recuerdan los lujosos trenes, las estupendas prodigalidades de este mozo que, no siendo ni príncipe ni millonario, supo dar que hablar a París...

Volvió a Chile con los hábitos de una vida ociosa y opulenta, y también casi sin recursos. Pretendió rehacer en la Bolsa su fortuna, y esto acabó de perderlo... Hubo un tiempo en que debía hasta el lavado de la camisa que llevaba puesta, y sin embargo no podía resignarse a desprenderse del automóvil, de los caballos de carrera, de las cenas costosas. Vino al fin el desastre, tanto más irremediable, cuanto que el caído, carecía de reputación y de hábitos de trabajo... Todos Uds, lo han visto rodar...!!! En los últimos tiempos pasaba los días y las noches en un café demasiado conocido, esperando que alguien lo convidara con una copa, con un sandwich, con lo que fuera... No quiero entrar en detalles más bajos aún...

Pero lo que hacía sobre todo impresión era oirlo... Miserable hasta el punto de no tener muchas veces veinte centavos en el bolsillo, pasaba la vida soñando opulencias... La obsesión del dinero y de los fáciles goces que proporciona, era su característica... Lo que estamos ahora viendo, nos prueba hasta dónde puede conducir a un hombre una imaginación desvariada, ávida de placeres, de ociosidad y de brillo...

Porque en todo pensó Antonio Mascayano, menos en trabajar... Ahora bien, él sabía que bastaba la desaparición de cuatro personas para heredar decenas de millones, para abandonar el triste tugurio en que vivía y volver a París, repleto de oro, con un título de marqués, para tomar parte en las fiestas más brillantes de la vida... Yo pregunto a cuantos lo conocen... ¿No debió ser esa tentación demasiado fuerte para él?...

Todos permanecíamos en silencio... Sólo Mascayano comenzaba a animarse poco a poco...

—Con permiso, dijo al juez, con voz aún temblorosa... No sé hasta qué punto tenga ese señor derechos para injuriarme en la forma en que lo está haciendo, para echarme en cara mis desgracias y mi pobreza, para suponerme la más villana de las acciones, sin más fundamento serio que el que yo deseara ser rico, como todos los hombres lo desean...

Román no se inmutó...

—He querido comenzar, dijo con la mayor calma, por lo que he llamado presunciones morales... Soy el primero en reconocer que ellas por sí solas de nada nos servirían. Pero la acusación que voy a formular es tan enorme que necesitaba primero mostrar al señor juez y a estos caballeros, que no es inverosímil, dados los antecedentes del inculpado...

Paso ahora a relatar los hechos, tales como ellos ocurrieron... Lo digo sin falsa modestia... Creo que no se me ha escapado un solo detalle...

La idea de suprimir a don Francisco y a su familia, debió apoderarse de Antonio Mascayano... Era lógico...

El aludido se sonrió...

—Entramos, balbuceó, en el terreno de las hipótesis...

—Ud. mismo va a juzgarlo, dijo Román... Digo, pues, que el señor Mascayano debía desear por sobre todas las cosas la muerte de don Francisco y de sus hijos. Y, en forma tal que pudiera aplicarse en favor suyo la disposición del artículo 79 del Código Civil... Si pensó o no valerse de terceras personas, es cosa que no he podido averiguar... El hecho es que decidió al fin dar el golpe con su propia mano.

El acusado no ignoraba los paseos dominicales de don Francisco y de su familia, y conocía perfectamente el camino que éstos debían recorrer... Más de una vez hubo de encontrarlos, cuando él mismo se dirigía con su amigo Félix Urbistondo, al mineral de los Maitenes, donde solía ir a almorzar los Domingos... La declaración de don Félix y la de su chauffeur, que corren en autos, no dejan duda alguna al respecto.

Para cometer el crimen resolvió disfra-

zarse... No podía proceder de otra manera... Si alguien lo hubiera reconocido por los parajes vecinos al lugar del supuesto accidente, el hecho habría despertado las más vehementes sospechas...!

Y al decir estas palabras, Román, con un gesto brusco, levantó un periódico que cubría la mesa del Juzgado...

—¿Reconoce Ud., señor Mascayano, preguntó con voz de trueno, reconoce Ud. esa manta, ese calañés, esos pantalones de mezclilla, y esa barba postiza?...

Fué un golpe teatral... El miserable arrojó sobre los objetos de la mesa, una mirada de insensato estupor y cayó casi desvanecido sobre su sillón...

—Me parece, dijo Román, que a lo menos la convicción moral está producida...

Siguió a estas palabras un instante de solemne silencio.

—Puede Ud. continuar, dijo el juez.

—Así disfrazado, Antonio Mascayano se dirigió al sitio del crimen... No es dudoso que lo tuviera elegido de antemano. Cualquiera que haya transitado por allí, lo comprenderá fácilmente. El camino que viene del interior presenta en la Punta del Diablo un recodo tan brusco, que muchos acostumbran detenerse antes de franquear el punto crítico, temerosos de encontrarse manos a boca con otro carruaje en aquel sitio peligroso, con un abismo de cien metros abierto bajo el camino... Don Francisco Mascayano no usaba esa precaución... Le bastaba con hacer sonar repetidas veces la trompeta de su automóvil...

Sabía muy bien el criminal que en ese punto del camino basta el más leve error en el manejo de un automóvil para que éste sea precipitado en el mortal barranco, y sabía también cómo producirlo en forma cierta, ineludible, lo que, según todas las apariencias, sería considerada una catástrofe casual... Nos va a dar mucha luz, a este respecto, la lectura que voy a dar a un suelto de "El Mercurio" de Valparaíso, de 22 de Abril de 1894. Es un asunto viejo de catorce años... pero de algo ha de servir mi memoria... Yo no lo había olvidado... Dice ese suelto:

"Estúpido y cobarde atentado"

"Anoche, en circunstancias que el tren de pasajeros N.o 14, salía de la estación de La Calera, su popular y simpático conductor don Basilio Arratia, fué objeto de un atentado brutal, que por fortuna no ha tenido mayores consecuencias. En el momento en que el señor Arratia se disponía a pasar del coche de primera clase al de segunda, una pedrada, dirigida con mano certera, lo hirió levemente en la mejilla izquierda.

"Desde hace algún tiempo, individuos pertenecientes a la hez del pueblo, se dan la estúpida satisfacción de disparar contra los trenes en marcha, no sólo piedras, sino tiros de rifle... pero en este caso debemos dejar constancia, con dolorosa sorpresa, que el hechor es un joven de distinguida familia que, no hace muchos días, fué obligado a descender de su tren por el señor Arratia, por encontrarse en estado de ebriedad. Se trata, pues, de una venganza.

"A. M... éstas son las iniciales del joven en cuestión; fué por fortuna sorprendido en las afueras de la estación, por el guarda-agujas Segundo Poblete, en el momento de consumar el ruin atentado..."

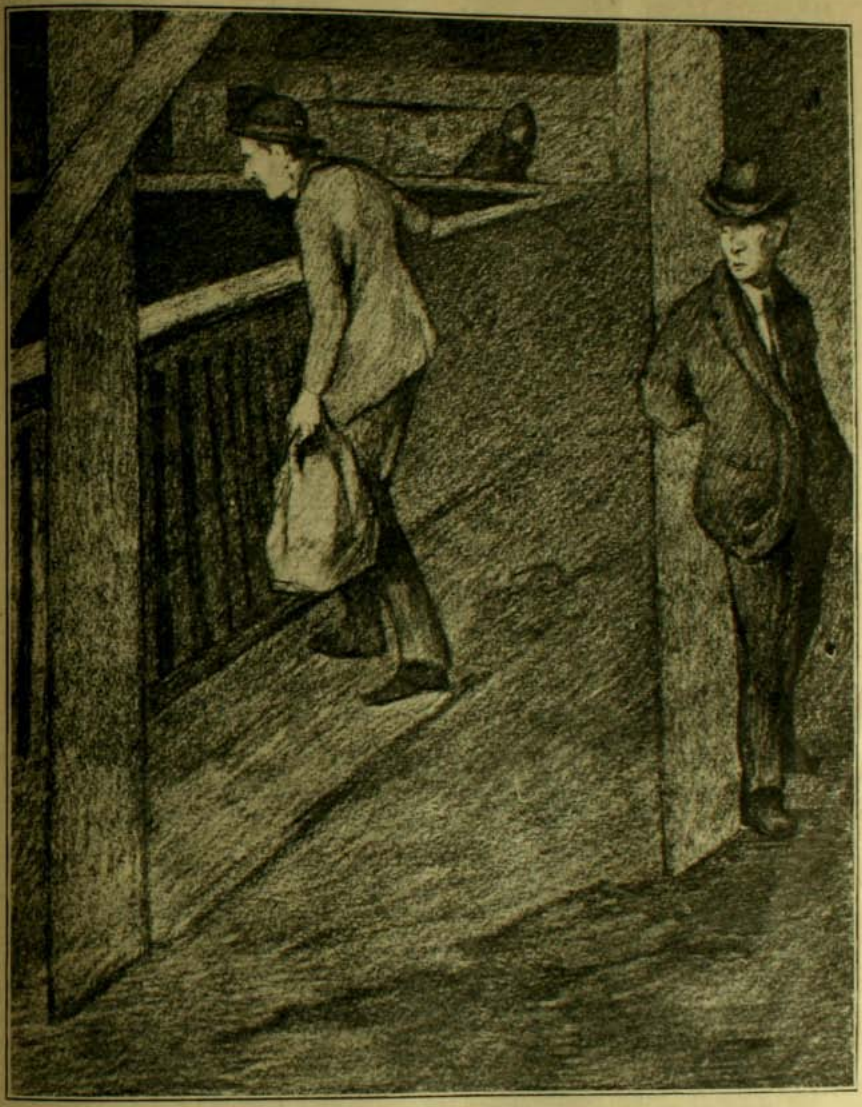
En el archivo del Juzgado de Quillota consta la condena a tres meses de reclusión que sufrió entonces Antonio Mascayano... que por ésta y otras hazañas es acreedor al título de especialista en pedradas.

Debo, en efecto, hacer homenaje a su talento y a la seguridad de su puntería... Ha cazado perdices al vuelo con piedra, apunta en la cara al conductor de un tren en marcha a quince metros de distancia... ¿Qué tiene de raro entonces que casi a boca de jarro haya aturdido de una pedrada a su tío que conducía un automóvil en un paso difícil y a una velocidad probablemente mínima?

El crimen estuvo bien ideado... iba a presentar todas las características de un accidente casual... Mi buena memoria es la que ha perdido al señor Mascayano... Cuando examinábamos en el fondo del abismo los despojos de la catástrofe, mi vista cayó casualmente sobre esta piedra, que mis amigos aquí presentes reconocerán sin duda alguna...

Diciendo estas palabras, Román sacó del bolsillo el trozo de cuarzo sobre el cual había llamado nuestra atención en la Punta del Diablo.

—Aquí tiene, el señor juez, dijo, el instrumento del crimen... Rodó junto con el



Dejó caer el paquete acusador en las aguas del Mapocho

automóvil al fondo de la quebrada y allí lo encontré... los señores pueden atestiguarlo.... No era posible equivocarse: el lecho del Mapocho está formado exclusivamente de cantos graníticos redondeados por la acción de las aguas y esta piedra es angulosa y si no me equivoco de cuarzo... Al verla comprendí inmediatamente que "*alguien la había llevado allí...*" ¿Cómo y cuándo? Seguramente hacía muy poco tiempo, porque no estaba lavada por las aguas, sino cubierta aún de tierra y polvo... y no hace quince días el Mapocho tuvo una crecida que debió llenar todo su cauce...

Era también posible que *alguien hubiera arrojado la piedra desde arriba*... Este pensamiento comenzó a trabajarme.... Recordé la extraña manera en que el automóvil se despeñó... Mis amigos vieron como yo sus huellas dirigidas rectamente al abismo... El conductor no había virado..... En el primer momento pensamos en un calambre, en un ataque súbito y hasta en un suicidio... Una piedra lanzada diestramente, a tiempo, también lo explicaba todo... Entonces vino a mi memoria el incidente de La Calera, referido en el antiguo suelto de "El Mercurio" que acabo de leer... ¡Extraña coincidencia!... Era el autor de aquel atentado a quien éste iba a convertir en un multimillonario... No necesito repetir que mi propia convicción estaba formada...

Me guardé sin embargo de participar a mis amigos esta vehemente sospecha. Era preciso tomar antes todos los hilos del asunto... La cosa no me parecía difícil...

Antonio **Mascayano, es** demasiado listo para no haber tomado sus precauciones... Para dirigirse al sitio de su crímen debía haberse disfrazado... Un futre caminando a pie por esos andurriales habría llamado la atención de más de alguno, y no era tampoco posible fiarse de cocheros o carreteleros... Desde el primer momento dí pues por seguro que se había disfrazado...

Ello no es tan fácil como se lo imaginan las gentes poco experimentadas en el crimen... Un disfraz deja casi siempre rastros: los señores recordarán el caso de Becker...

Mascayano vive solo en un pequeño departamento de altos en la calle Santo Domingo arriba... Esto era para él una ventaja... Puede hacer dentro de su casa cuanto quiera, sin temor a testigos importunos... De allí salió disfrazado muy probablemente antes del alba y allí volvió también a despojarse de su barba postiza y de su traje de contrabando.... Así lo supuse al menos y mis suposiciones se han visto confirmadas...

Pedí al jefe de seguridad dos agentes secretos y me dediqué a rondar sigilosamente la casa... Mascayano debía estar pensando cómo hacer desaparecer los rastros de su crimen... No se atrevería a quemarlos: el olor lo habría denunciado a los vecinos de los bajos... Creí que podía arrojarlos a la basura y por eso a la mañana siguiente, registré, disfrazado de pordiosero el tarro destinado a la policía de aseo... Nada encontré... El hombre es listo.....

Muchas personas visitaron aquel día la casa del nuevo millonario... Noté entre ellas a algunos individuos que la víspera acaso no le habrían saludado...

Por la noche, apenas obscureció, lo vi salir, llevando un paquete bajo el brazo; tomó por Miraflores hasta la calle de Esmeralda, después siguió por la de Rosas hasta la esquina de Bandera, y desde allí se encaminó hacia el río... Las calles estaban desiertas a esa hora. Los dos agentes y yo le espiábamos a la distancia.

En el puente, Mascayano se detuvo, lanzó en su torno una mirada miedosa y seguro de estar solo, dejó caer el paquete acusador en las aguas del Mapocho, que lo arrastraría a gran velocidad.

Nosotros no necesitamos seguirlo. El Mapocho, salvo en las grandes crecidas se pierde en las arenas de su cauce poco más abajo de Santiago... Así, en cuanto fué de día, nos lanzamos en busca de ese paquete arrojado por Mascayano y no tardamos en hallarlo... y si alguien duda, allí está la prueba...

.....

El miserable, objeto de aquella tremenda requisitoria había permanecido mudo, inmóvil, como alelado, hundido en su silla. Pero en este punto se irguió...

—¿Es sobre ese castillo de naipes, dijo balbuceando, sobre lo que se fundan las acusaciones del señor?... ¿Qué se deduce de todo lo que hemos oído?... Nada, salvo que una piedra había caído al lecho del Mapocho, arrastrada probablemente por el mismo automóvil al despeñarse y que unas ropas viejas y una barba postiza han sido encontradas en el lecho del río más abajo de Yungay... Todo lo demás no son sino suposiciones maliciosas... sin fundamento alguno...

El malvado se reanimaba.

Román se encogió de hombros...

—No cante victoria tan luego, dijo, que tengo artillería de repuesto... ¿Conque el automóvil arrastró esta piedra al fondo del abismo en la Puerta del Diablo?... Me permitiré insinuarle que ello es imposible... La única veta de cuarzo que por allí existe, no corta el camino, ni se prolonga por debajo de él, sino cien metros más allá del

sitio del crimen... allá donde Ud. la cogió junto a un grupo de quillayes...

Por otra parte Ud. no podrá negar que esas ropas y esa barba postiza le pertenecieron... Doña Tránsito Vásquez, dueña de la tiendecita de Santa Filomena, le vendió a Ud. la manta y el género con que se hizo los pantalones... Ud. mismo los cortó y cosió en su casa... Ello se conoce a primera vista, porque entre sus habilidades no se cuenta la de sastre... Vean ustedes qué manera de coser, vean estos dobladillos torcidos....

Para terminar, suplico al señor juez, se sirva ordenar a este caballero que se ponga la barba postiza en nuestra presencia....

—No estoy aquí de payaso, balbuceó Mascayano...

—Su negativa le perjudicaría a Ud., dijo el juez...

Entonces el miserable, fingiendo una sonrisa que sólo fué una mueca horrible, se puso la barba...

Román se volvió hacia nosotros...

—¿Reconocen ustedes a este hombre? preguntó...

Fué un instante solemne.

Titubeé un momento... Creía recordar algo, pero muy vagamente...

—¿Te acuerdas, continuó Román, de algo referente al pintor Molina?...

Fué un rayo de luz.

—Sí, repuse... Al dirigirnos el Domingo a las Condes, topamos en el camino con este hombre... Su hermosa barba y su aspecto sórdido me llamaron la atención... "Buen tipo, dije, para un cuadro de género"... Entonces Julio Cavada nos refirió cierto cuento del pintor Molina.

—Repítelo, insistió Román.

—Nos refirió Cavada, dije, que Molina encontró una vez en las calles de Santiago un mendigo, cuya enorme y desgreñada barba blanca le pareció magnífica para modelo de un cuadro... Le dió cinco pesos, pidiéndole que se dejara retratar y lo citó para el día siguiente... El mendigo fué exacto a la cita, pero, con gran desesperación del artista, se presentó en su taller rigurosamente afeitado... Había querido ponerse buen mozo...

—Es cierto, dijo Cavada, a la vista de ese hombre aquí presente, yo referí esa historia, el Domingo pasado, camino de las Condes...

Pero ya Mascayano se había arrancado violentamente la barba acusadora...

—Veremos rugió con rabia impotente, de qué sirven estos cuentos ante la justicia...

—¿Sabe Ud., le preguntó Román, lo que la ley llama, presunciones graves, precisas y concordantes?... ¿No?... Pues lo sabrá cuando lea su sentencia...

.....

Mascayano ahorró a la justicia el trabajo de ejecutarlo... Quince días después de los acontecimientos que acabo de referir, le hallaron ahorcado en su celda...

La Laguna Encantada

Por

M. Magallanes Moure

Ilustraciones de Gordon

Más de una vez, en mis excursiones solitarias, pasé junto a esa laguna orillada de juncos, y si me detuve a contemplar su agua dormida, levemente rizada por el viento, no fué porque hallara en su aspecto algo de especialmente interesante, sino porque obró en mí esa inclinación que desde pequeño me hizo quedarme embobado ante todo aquello que el humano atrevimiento no ha llegado a desfigurar: nube, flor, montañas o charco.

La laguna de mis recuerdos no era más grande que una charca algo crecida. Formábala un estero tan pobre de caudal, que a ratos no se le hallaba, pues desaparecía su hilillo ondulante entre las verdes lamas y las trémulas totoras. Tersa era su superficie a la hora del atardecer. Sólo se veían flotar sobre ella algunas hojas pálidas y, tras mucho mirar, apenas si se distinguía el rápido patinar de las moscas de agua, que al rayar el luminoso espejo dejaban en pos de sí dos líneas que se abrían, que se abrían, como las puntas de un compás, a medida que ellas se alejaban.

Y quién había de decirlo. Esa laguna humilde, a la manera de muchos humildes seres, poseía una historia digna de interesar, no digo a un poeta, pero al mercader más miserable. Y quien sienta deseos de poner en tela de juicio lo que digo, escuche mi relato, y pues nunca pongo fe en lo que oigo, ni mis testimonios los doy al tún-tún, ni jamás mis labios gustaron el sabor de la mentira, crean ustedes que lo que voy a referirles visto lo tienen con sus propios ojos.

II

Era Jueves Santo.

Las mujeres de la casa se fueron a la iglesia del pueblo y yo me quedé solo, paseando a lo largo de los extensos corredores, cuyos pilares festoneaban las enredaderas.

Triste día aquel, gris arriba y amarillento abajo. Por momentos se abatía sobre el jardín una ráfaga venida de quién sabe dónde, y era de ver cómo corrían las hojas por los senderos, en nutridas comparsas.

Sin deseos de leer, cansado de pasear de ladrillo en ladrillo, cuidando de no poner el pie en las junturas—una manía como cualquiera otra—me senté sobre un escaño. Miré, bostecé, pensé un poco en la santidad de la fecha, y luego me puse a considerar que para quien no tiene el hábito de concurrir a la iglesia es fastidioso quedarse a solas en tales días y sin tener qué hacer.

Ni siquiera "Boy" me acompañaba. El viejo mastín advirtió que las mujeres dejaban la casa y sacudiendo la cabeza siempre inclinada y moviendo pesadamente la cola, se fué tras ellas.

La expectativa del día siguiente no era tampoco muy alegre. Las mujeres tornarían al pueblo y yo volvería a quedarme solo. Esta idea me hizo ponerme en pie. Necesitaba discurrir algo: alguna ocupación, algún entretenimiento: una excursión, en último caso. Ah! si se quedara la prima Rebeca, y solos en el salón a media luz volviéramos a leer "El jardín secreto"... Si quisiera quedarse... Pero no. Era soñar un imposible.

Di la vuelta en dirección a las dependencias de la servidumbre y fué buena impresión la que experimenté al ver a Antonio sentado a la puerta de su cuarto. El buen viejo chupaba su cigarrillo de hoja con una lentitud soberana.

Me acerqué a él y después de obligarlo a sentarse de nuevo en el dintel, lo que hizo

a medias, temeroso de cometer una falta de respeto.

—Tú no has ido, Antonio—le dije—con las mujeres.

—No he ido, pues, patroncito, porque alguien tenía que quedarse al cuidado de la casa.

Con la uña del dedo medio encorvó la hoja de su cigarro para que se quemara por parejo.

—Y usted, patrón, se ha quedado también...

—Sí; pero mañana no me quedaré. Me ensillarás después de almuerzo la yegua negra y saldremos por ahí. Creo que mi escopeta tiene todavía algunos tiros y quiero aprovecharlos.

—Pero si ya no hay pájaros por estos lados. Apenas si veo tiuques, y no valen la pena de gastar pólvora en ellos.

Era una objeción considerable. Sin embargo, ante la certeza de pasar en la casa otro día aburridor, se me ocurrió preguntar a Antonio si no habrían patos o taguas en la laguna del estero.

—Deben haber, pues, patrón.

Se quedó un momento pensativo, contemplando con sus ojos algo turbios por los años las higueras del huerto cercano, en cuyas copas silbaban los zorzales. Después inclinó la cabeza, miró el cigarrillo doblado por la mitad entre sus dedos cuerudos y mugrientos, y en seguida:

—Aunque en estos días más vale no acercarse a la laguna. Se ven por allá unas cosas...

El tono que tomó la voz del viejo al decirme esto, sus palabras mismas, picaron mi curiosidad. Me senté junto a él, lo cogí de la chaquetilla para que no se levantara, y una vez que lo vi tranquilo le dije que me refiriera aquello de la laguna.

—A ver, cuéntame...

III

Con el índice tembloroso empezó a aplastarse Antonio las venas que como hinchadas tripillas serpenteaban sobre el dorso de su mano deformada por los años y el trabajo.

En seguida habló:

—Hace años de esto, patrón. Yo era *huaino* en ese tiempo. ¡Sí hará años! Joven era yo y joven también era el finado ño Pedro, mi compadre, el tío de la Rosa. Usted no conoció al finado ño Pedro. ¡Qué lo había de conocer, si ño Pedro murió cuando su merced estaba guagua! En mi vida he visto un hombre más porfiado que ese. No había más que decirle que no hiciera una cosa para que a él se le metiera entre ceja y ceja lo contrario. ¡Era mucho hombre! Bueno. Un día, tal día como éste, estábamos de vuelta del pueblo algunos amigos, descansando y conversando debajo de un árbol, al frente de mi rancho, cuando llegó ño Pedro a pedirme que le emprestara los bueyes para abrir un surquito al otro día. Todos le dijimos que cómo iba a hacer eso de trabajar en Viernes Santo; que si no sabía que era un pecado muy grande; que si no sabía que el buey habló y dijo que no lo hicieran trabajar ese día. El finado ño Pedro se puso porfiado, me dijo que yo no quería emprestarle las bestias y que si era por falta de pago que él me pagaría. ¡Porfiado el hombre! El asunto es que tanto habló él y tan enojado se puso al último, que para que se fuera tranquilo le dije: "Bueno, compadre. Venga mañana por los bueyes, pero mire que no le pase algo y tenga que arrepentirse." Me parece que lo veo al finado, tan alto como era y tan esforzado, que se rascó la cabeza y me contestó de mal modo: "Compadre, el trabajo es cosa de Dios; castigo de Dios es, como dice el curita, y no se ha de enojar Dios porque uno trabaja". Y se fué por el mismo camino por donde había venido, con la cara amurrada y hablando solo. "Que Dios lo ayude, amigo", le dijimos todos. Al otro día, a la del alba, vino el compadre por los bueyes y calladito se los llevó.

—¿Y?—hube de interrogar al viejo Antonio, que se había quedado con las manos sobre los ojos como quien ve visiones.

—No Juan, el de allá abajo, nos contó todo. El vió al compadre cuando llevaba la yunta por el camino, con el arado puesto encima del yugo. Lo vió cuando llegó al charco que había donde está ahora la laguna, y que no era más que un derrame que el canal echaba al camino... Lo vió y le dijo:

—¿A trabajar en este día ño Pedro?

—A trabajar, ño Juan—le contestó, y arremangándose los pantalones se metió al charco para pasarlo detrás de las bestias.

Pero todavía el agua no le llegaba a las corvas cuando el charco comenzó a crecer y

..."y remangándose los pantalones, se metió en el charco"

a subirle el agua por el cuerpo lo mismo que si se fuera hundiendo.

—¡Vuélvase, ño Pedro, vuélvase!—es que le gritaba ño Juan. Pero cuando quiso ño Pedro volverse ya el charco se había hecho laguna y el agua le llegaba al cogote. Los bueyes quisieron nadar, pero el peso del arado sería, o quien sabe si en algo se enredaron, el hecho es que se quedaron pegados mientras el agua subía y subía, como si brotara de abajo. Entonces ño Juan se fué corriendo y llegó desesperado a avisarnos que mi compadre Pedro se estaba ahogando junto con los bueyes. Creímos al principio que era en el río y para allá cortamos, pero cuando nos dijo ño Juan que era en el charco del camino calladitos nos quedamos, porque se nos ocurrió que era castigo de Dios. ¡Mire que ahogarse en un charco! Llegamos allá y cuando llegamos, la laguna hacía olitas al viento, pero ya no se veía nada encima del agua. Apenas, si así de tarde en tarde, subían desde lo más hondo unas chorreras de globitos de aire que al asomar se deshacían. Deben de haber sido las últimas boqueadas de mis pobres bueyes, allá abajo...

IV

No quiso el viejo Antonio acompañarme. Primero pretextó mil ocupaciones y quehaceres; luego, se excusó diciéndome que su caballo estaba manco; en seguida, me habló de que tenía que regar su hortaliza; por último, alegó la conveniencia de quedarse al cuidado de la casa. Yo, convencido de que era otra la madre del cordero, fuí allanándole todas las dificultades, hasta obligarlo a confesar la verdad. Y concluyó por hablar claro.

—No es miedo, patroncito, pero se ven por allá unas cosas...

—Dime qué se ve.

—Qué siempre en este día el agua de la laguna se mueve sola, como si la sacudieran por dentro, y se oye la voz del compadre Pedro, que va y que viene por abajo gritando a los bueyes... Y eso, pues, patrón....

—No me digas más:—le contesté—iré yo solo.

Y echándome la escopeta al hombro piqué espuelas al caballo, mientras el viejo Antonio se iba hacia adentro, con los brazos caídos y la cabeza gacha, como avergonzado de sí mismo.

V

Tomó el caballo un buen paso de marcha y pronto comencé a alegrarme de ir solo: así gozaba mejor la belleza de esa tarde de sol, toda de oro, como una armonía en que la dominante fuera el luminoso amarillo de los álamos de otoño, en ritmo con el oro rojo de las parras, el oro ocre de las hojas caídas, el oro viejo de las tapias musgosas y el oro rosa de la tierra bañada de luz.

Como estimar al buen Antonio, sí que lo estimaba, pero su charla monótona y adormilada, sus exclamaciones de viejo y de campesino, su excesivo respeto, en fin, hacía mi persona, me habrían preocupado, seguramente, quitando libertad a mi espíritu para entregarse de lleno, como se entregaba, a la contemplación del bello campo otoñal.

La soledad del camino era inacabable. Ni carretas, ni cabalgaduras, ni siquiera peatones lo animaban; sólo las diucas y los chincoles, alentados por la tranquilidad que en él había, descolgábanse de los árboles de la orilla y en nutridos grupos y con menudo correr lo traficaban, en la busca del grano caído o de la semilla que el viento trajo a él, dejando en la blancura del polvo espeso y esponjado la enrevesada huella de sus correrías, huella fina y primorosa, como un bordado hecho por manos de mujer enamorada.

Un vientecillo del sur tendía sobre la calidez del sol la frescura de su aliento oloroso. Vagaban los animales en los potreros, todos con la cabeza inclinada, hundida en el pasto, y el sol, ya en descenso, acentuaba los contornos de sus cuerpos, haciendo correr por ellos pinceladas de oro ardiente.

La soledad del camino continuaba. Apenas si desde las viviendas de la orilla, semi-ocultas entre el follaje amarillo y los troncos plateados de la alameda, surgía, a las veces, el repentino tarasquear de algún perro que, sujeto del cuello por la cadena, empinábase sobre las patas traseras, en una ilusión de acometida.

Tras de largo caminar por las alamedas doradas, sin escuchar más ruido que el aleteo nervioso de los pájaros y el crujido de las hojas secas bajo

Vi, oí, sentí todo lo que el viejo Antonio me había referido

los cascos de mi yegua, advertí a un lado de la senda las amontonadas cabelleras de las espadañas que rodeaban la laguna. Caía el sol oblicuamente, rozando las cimas de los arbustos, y dos penachos erguidos de aquellas plantas ardían contra el azul intenso del cielo, como llamas blancas. Por contraste, las aguas de la laguna, que entreveía aquí y allá, en los claros del malezal, aparecían obscuras, profundas, envueltas en sobrecogedor misterio.

Largo espacio me quedé junto a la charca, sosteniendo entre mis brazos cruzados las riendas de mi yegua. Dormía el agua quieta, como un alma en reposo. Sin desearlo, sin quererlo, mis ojos se clavaron en el agua sombría y fué como si el mirar mío hubiera sido un diáfano conducto por donde mi espíritu se vaciara lentamente, como una luz que huye, en aquella agua dormida, hasta compenetrarse con ella, hasta mezclarse con ella y diluirse en su misterio.

Fué un ensueño, fué un éxtasis, fué un abandono de todo mi ser. O mejor dicho, fué una ausencia infinita, un viaje inefable al país de lo maravilloso.

Vi, oí, sentí todo lo que el viejo Antonio me había referido. Vi cómo el agua obscura y profunda se movía, se hinchaba, como en un trajín interior. Oí allá abajo, en lo hondo del agua sombría la voz desvanecida del cabriego que azuzaba a los bueyes.

Vi agitarse, al través de las ondas cambiantes, sombras fantásticas que crecían y se empequeñecían y se adelgazaban y se quebraban y se deformaban de mil variados modos. Oí el ahogado mugir de los bueyes aprisionados en la laguna. Todo, todo lo que me contó el viejo Antonio se representó ante mí en esos instantes, que debieron de prolongarse mucho, porque cuando se desvaneció el encanto, el agua reflejaba la luz rosa del crepúsculo y las espadañas de la orilla recortaban en sombra sus siluetas contra el cielo y sobre la laguna.

Encorvaba la yegua su cabeza, tirando de las riendas, mientras una de sus manos golpeaba el suelo con insistencia.

Comprendí que tenía sed, pero cuando quise acercarla a la laguna para que bebiera en ella, enderezó las orejas, clavó los cascos, se echó hacia atrás, y por más que hice no logré que avanzara.

Entonces, a la media luz del anochecer volví a entrar por las alamedas silenciosas, cuyos árboles parecían inclinarse para verme pasar.

Pero ahora mi yegua no iba a la marcha. Ahora corría, corría entre las sombras, en un galopar desenfrenado.

Las excursiones a la Cordillera

Por

S. CONTRUCCI B.

Ilustraciones fotográficas.

La atracción que ejerce el magnífico baluarte de granito de los Andes se traduce a lo más en viajes a los establecimientos de aguas minerales que afloran en sus faldas, y pocos son los atrevidos que levantan la vista hasta las cumbres para medir sus fuerzas personales con los obstáculos que ellas presentan.

Hacia la Cordillera, pero sólo hasta sus primeros faldeos, se dirigen casi exclusivamente los enfermos que buscan alivio a sus males; y, por el contrario, los jóvenes fuertes y sanos, dotados de espíritu emprendedor y aventurero que podrían disfrutar en los cajones cordilleranos de placeres infinitamente nobles, se sienten atraídos por los balnearios de moda donde forzosamente esas preciosas cualidades se atrofian siguiendo una ley natural y general para todos los órganos y facultades que permanecen inactivos.

Es que la educación que recibimos es tal vez demasiado académica y el régimen de nuestra vida diaria nos pone en contacto demasiado temprano tal vez, con las banalidades sociales, desarrollando en grado excesivo y anormal la vida afectiva, matando la espontaneidad, tesoro de la juventud, y, no diremos debilitando, pero sí dejando al estado latente muchas energías ahogadas por prematuras e importunas preocupaciones políticas y amatorias, justamente en la época en que la mente y el corazón, a los que corresponden funciones transcendentales y permanentes, se encuentran en delicadísima evolución.

Los europeos, cuya cultura se ha ido formando por la acumulación de residuos de experiencia de centenares de años, aprecian en todo su valor cultural esas inmensas e imponentes moles de las montañas. Los Alpes están poblados de hoteles, cubiertos de caminos: se corta la chispa del automóvil en la cumbre de un picacho cuando apenas algunas horas antes se había "embragado" en plena ciudad. La juventud se deleita en efectuar ascensiones que presentan la voluptuosidad del peligro evitado y que dan en compensación el goce de panoramas insuperables; el invierno ofrece disfrutar de una infinidad de sports agradabilísimos, cuya apología es el pequeño volumen de don Carlos Silva Vildósola: "En la nieve".

La cordillera de Los Andes llegará a ofrecernos con el tiempo las diversiones y emociones de los Alpes actuales y tal vez supere a éstos por sus condiciones naturales: en Europa se vuelven locos con su Monte Blanco que hace esfuerzos por llegar a los cinco mil metros de altura, mientras que aquí, en pocos grados de latitud, encontramos erizada la cordillera de cumbres que se pierden en las nubes y que los sobrepasan a los cinco mil quinientos, seis mil metros, presididas por el inexpugnable Aconcagua con sus nieves a siete mil metros sobre el mar.

Los años abrirán caminos y tenderán líneas férreas en la cordillera, permitirán el vuelo por sobre las nieves a los pájaros mecánicos y levantarán confortables hoteles; pero antes que la bocina del auto apague los relinchos de los guanacos, y que la cremallera reemplace a la herradura, antes que sean vulgares realidades los sueños de Figueroa, Newbery y Mascías y que el jaleo del motor perturbe el vuelo majestuoso del cóndor, antes que el hotel substituya al primitivo refugio de las casas de piedra, montemos en una mula y vayamos a sorprender

en toda su salvaje sublimidad los abruptos panoramas de la cordillera, extasiándonos ante sus farellones nevados y sus inmensos rodados vírgenes que parecen venir de las nubes, hundiendo la mirada en las profundidades espumosas de un río o levantándola hasta la nieve que cubre el cráter de un volcán.

En los últimos tiempos se ha notado una cierta reacción en el sentido de hacer excursiones a la cordillera. La prensa se ha ocupado de este tema, exagerando muchas veces la importancia de pequeñas excursiones con el laudable propósito de despertar entusiasmo por este deporte. Hemos leído con placer la relación que hace el ingeniero don Santiago Marín Vicuña de su excursión al lago Ranco ("El Mercurio" del 11 de Marzo). Hace algunas semanas apareció otro artículo muy hermoso a propósito de la excursión de unos alemanes a la Laguna Negra: Lástima fué que el articulista hubiera elegido para fundar sus elevados conceptos una base poco en armonía con el interés general del artículo. En efecto, la Laguna Negra hace las delicias de cualquier turista, pero tiene el defecto de encontrarse a la salida de Santiago, a un día de camino de la línea férrea de Puente Alto al Volcán. A este mismo punto se dirigieron poco después los andinos exploradores.

Aunque excursiones como las que acabamos de nombrar es necesario efectuarlas para ir acostumbrándose a las exigencias de la cordillera, (unos ingleses se apunaron subiendo el cerro de la Campana en Quillota

En el límite de Chile con la Argentina, Portillo de "Nieves Negras"

Descuerando un guanaco

2,000 metros, y contratiempos parecidos sufrieron en su última excursión algunos andinos exploradores), no son ellas las que realizan el ideal desde el punto de vista del deporte cordillerano. Deben considerarse como ensayos para poder internarse después en buenas condiciones hasta donde la cordillera toma su verdadero carácter.

El Oxford Sporting Club de Santiago, pequeño grupo de entusiastas exploradores de la cordillera, cuyo estreno fué precisamente una excursión a pie a la Laguna Negra, realizó en Febrero último un viaje al Diamante, en la Argentina.

Como sabemos que hay aficionados a estos viajes que no se deciden a efectuarlos por desconocer los detalles de organización de una excursión propiamente tal, creemos útil dar algunas indicaciones sobre los puntos principales, indicaciones que servirán tal vez para ahorrar mucho tiempo y algo de dinero. Expondremos, además, un itinerario atrayente y vecino de Santiago, que es el que siguió el O. S. C. en su última excursión.

Tratándose de una excursión con itinerario largo, los puntos que necesitan estudio son las cabalgaduras y bestias de carga, guías, provisiones y envase de las mismas y, por último, armas, si el objeto del paseo comprende la cacería de guanacos.

Hay una serie de detalles más, como las carpas, cuyo estudio no resultará nunca superfluo.

El cuarte general para internarse por la cordillera en dirección al Diamante, es San José de Maipo. Aquí es preciso entenderse con alguno de los arrieros profesionales y contratar la tropa de mulas para la carga y los animales de silla; en caso de tratarse de cacería de guanacos, será preferible montar en caballos y no en mulas por la mayor rapidez y mejores riendas de los primeros. El precio de arriendo por animal fluctúa entre $ 1,00 y 1.50 al día. En este sueldo no está comprendido sino el jornal del "marucho", muchacho que conduce la yegua madrina de la tropa de mulas; el arriero cobra más o menos $ 3.00 diarios y el forraje que haya que pagar por el camino corre por cuenta de los excursionistas.

Es recomendable llevar silla propia, porque los arrieros disponen, y no siempre en número suficiente, de monturas muy incómodas.

Un arriero serio, competente y honrado es Antonio Escobar; vive en San José de Maipo. El mismo elige un guía de su confianza que deberá pagarse entre $ 3,00 y 4.00 diarios. Nosotros quedamos muy contentos con los servicios de José María Berríos.

Hablar del número de animales es lo mismo que hablar del número de excursionistas (dicho sea sin ánimo de ofender a nadie) y de las comodidades que éstos quieran darse, que no serán limitadas, por cierto. Lo mejor es consultar al arriero.

Estos preparativos deben hacerse en San José de Maipo con alguna anticipación y demandan un día, partiendo de Santiago a las 8 A. M. para regresar a las 7½ P. M.

Las provisiones principales serán: harina de molino (para pan), harina tostada, papas, cebollas, leche condensada azúcar, te y café. El chocolate parece no ser alimento apropiado. Es recomendable consumir quakeroats por su poco peso y escaso volumen: se presta además este alimento para ser preparado de diversas maneras, lo que contribuye a quitar la monotonía del menú. Con este último objeto y para recordar de cuando en cuando los platos de la ciudad, se pueden llevar conservas de las que algunas son verdaderos guisos completos como el "cassoulet".

Además es preciso recordar que durante el trayecto no es difícil costear alguna cazuela suculenta con las tórtolas cordilleranas, muy abundantes y de fácil caza. Los patos son escasos y no se debe contar con ellos, menos en la Laguna de los Piuquenes, donde son abundantísimos.

Un plato de resistencia insuperable para matar el apetito salvaje que despiertan los aires cordilleranos, es el "churrasco" de carne de guanaco, palabra argentina con que se denominan los asados al palo. Su preparación no ofrece dificultad, pero es preciso disponer de la carne de guanaco, y este animal no tiene, por desgracia, la mansedumbre y la dulzura de carácter que adorna a las tórtolas.

Para la bebida se impone el vino, pero cuando se encuentran arroyos purísimos de agua de nieve... es siempre preferible el vino, porque esas aguas son muy heladas y predisponen, según informaciones de los vaqueanos, a la puna.

Algunas botellas de whisky no estarán nunca de más para contraponer sus efectos estimulantes a los enervantes del frío.

Un postre excelente por su cómodo envase, condiciones salutíferas y facilidad de servirlo sin necesidad de platos ni cubiertos, es el de ciruelas secas de Santa Inés (Nos).

Todas estas provisiones necesitan de un envase que dé facilidades para aparejar las mulas y sea suficientemente sólido: cajones de tablas de 1", de dimensiones aproximadas de 0,40×0.80×0,50 (alto, largo y ancho), dan buenos resultados. Es conveniente dividir estos cajones en compartimentos por medio de tablas transversales para facilitar la colocación y extracción ordenadas del contenido, como también para asegurarlo contra el zangoloteo del viaje. En los extremos de la tapa, del fondo y de las paredes anterior y posterior de cada cajón es útil clavar listones de ½×2" para que las amarras del aparejo no resbalen sobre las aristas.

Una precaución que es necesario tomar con anterioridad para evitar pérdidas de tiempo y accidentes en los aparejos, es la de repartir el contenido de cada cajón de modo que su peso sea más o menos el mismo en todos: la carga se lleva así en muy buenas condiciones y el cargulo se hace muy rápidamente. Peso de cada cajón: 30 a 50 kgs. (Una buena mula puede llevar hasta 180 kgs.) Una lista detallada del contenido de cada cajón ahorrará el abrir y cerrar inútilmente los cajones para buscar un objeto determinado.

Como en la cordillera hay regiones en que

El Volcán Maipo. (5,289 metros)

es muy difícil encontrar leña para el fuego, es necesario suplir esta falta por medio de un anafe, de entre los cuales da excelentes resultados el anafe a parafina.

Las camas pueden consistir en un saco formado de una sobrecama que se forrará interiormente de frazadas y aún de sábanas, si el excursionista es demasiado cosquilloso, que no debe serlo. Se dobla por mitad la sobrecama, se cose el fondo correspondiente a los pies y los lados se unen por medio de amarras equidistantes de 0,20 m. Esto consultando la economía, porque en el comercio se encuentran camas hechas, bastante cómodas, pero caras. Hay también catres de campaña: son algo voluminosos para el transporte y exigen mucha extensión en el interior de las carpas. Lo mejor es dormir a suelo limpio.

Un botiquín es indispensable, como también el instruirse en la manera de prestar los primeros socorros en caso de accidentes. Las quemaduras de la cara y partiduras de los labios exigen una buena provisión de pomadas; la barba es el mejor preservativo contra esto, pero es lástima que no todos sigamos la moda de usarla al estilo de Robinson Crusoe.

Aquí suspendemos los detalles de organización por haber indicado los principales; pueden variarse hasta el infinito según la mayor o menor "regalía" de los excursionistas. Pero es necesario recordar que para pasarlo bien en la cordillera, lo mejor es ir decidido a pasarlo mal y sonreirse de las comodidades de la ciudad.

El itinerario seguido por el O. S. C. es el que pasamos a reseñar a vuelo de pluma, con el croquis a la vista.

Salimos a las 8. A. M. de la estación de Providencia el día 4 de Febrero para llegar a las 9 a Puente Alto; aquí es preciso combiar de tren para tomar el de Volcán, pequeño ferrocarril de trocha de 0,60 m., cuya locomotora, por sus cortas dimensiones ha merecido de los vecinos el pintoresco apodo de "La tetera".

A las 11½ llegamos a Melocotón, estación terminal del trozo actualmente en explotación; la tropa de mulas nos hizo un recibimiento consistente en rebuznos y coces. Existe al lado de la estación un modesto restaurant, donde efectuamos el último almuerzo conforme al uso de la gente educada.

Después de este almuerzo, que en el itinerario de la excursión asume la solemnidad de un pequeño momento histórico, salimos de Melocotón a las 3½ P. M., bajo la mirada escrutadora de los soldados del batallón Ferrocarrileros a cuyo cargo se encuentra la línea férrea mencionada.

La tropa de mulas nos sigue a corta distancia y el cencerro de la madrina se mezcla con los gritos del arriero, mientras nosotros, sobre andando, damos los últimos toques a nuestras monturas y frenos. El guía es objeto de mil preguntas. Pasado Cabeza de ternera, el río Maipo corre en el fondo de una quebrada formada por altísimos cerros que obligan al río a dar un rodeo violento al rededor de un inmenso pe-

Un momento de interés. Cruzando el "Mal paso", a orillas del Maipo

El campamento de "Nieves Negras". La hora del desayuno

ñasco interpuesto en su camino. Allí mismo y para no torcer la vía paralelamente al río, el ferrocarril se mete dentro de un túnel de 200 m., agregando una nota pintoresca a las naturales del paisaje.

La tarde nos coge poco más allá de San Gabriel, y por indicaciones del guía, acampamos en un potrero del Romeral.

El cocinero entra en acción. El arriero, el guía y el marucho sueltan las amarras de los aparejos y un minuto después la tropa de mulas se revuelca voluptuosamente en el pasto, presidida por la madrina.

La comida fué frugal. Apenas desocupadas las tazas de café, se tendieron las camas al aire libre, aprovechando la temperatura todavía benigna. El cansancio y el cencerro monótono adormecieron a los excursionistas cuando la luna aparecía tras el cerro de San Nicolás.

*

—¡Arriba, patrón!

Los sirvientes reclaman las camas para cargarlas en los bultos. Hay que levantarse. Son las 4 A. M. ¿Dónde estará Santiago de Chile? Un arroyuelo nos llama al aseo haciéndonos señales con su espuma blanca y dando voces cristalinas. Desayunamos.

—¡A caballo!—El capitán inexorable nos hipnotiza con su mirada de sargento cosaco. Partimos.

Mañana fresca y apacible, cielo, montañas, nieves. La vida así es hermosa.

Paramos a las 9 A. M. en el Establecimiento del Volcán: las casitas de los mineros se incrustan allá arriba en los cerros como moluscos en las playas. Son las boca-minas. Un andarivel tiende sus relucientes cables como una enorme telaraña.

Andamos, andamos, andamos.

Las mulas no se ven. Los anteojos no las descubren. Un sendero se diseña allá arriba, adelante: unos pequeños puntitos están en él; son las mulas... No, son piedras. Andando, andando. Son las 12½. ¿Y el almuerzo? Va adelante en los cajones. Y el desayuno lo hicimos a las 5 A. M.

Es la 1 y media P. M. El capitán espolea su mula y parte para alcanzar la tropa y detenerla. Lo vemos aparecer y esconderse tras los peñascos, como si navegara en un mar de piedras.

Se abre un cajón: por él va el río Colina. Cerros amarillos a un lado, amarillos al otro. Es el yeso que inunda la cordillera. Vamos callados y cada uno por su cuenta. El sendero se estrecha entre el río y el cerro. No cabemos. Las rodillas raspan el mineral al pasar y la nieve aparece reluciente debajo. Se nos ha recomendado pasar a pie para evitar derrumbes peligrosos. No nos hemos acordado. Pensábamos en el almuerzo.

Avanzamos. Se presentan unos macizos de albañilería, geométricos, que contrastan duramente con el caprichoso y salvaje conjunto. Parecen erupciones en una linda cara. Son las bases de las torres metálicas de un andarivel en construcción; el más largo de Chile: tendrá 19 kms., transportará 300 kls. de yeso en cada viaje del capacho, 5,000 kgs. diarios hasta el Volcán. Dos trabajadores en descanso nos saludan con el gorro clásico del obrero español. Las mulas han pasado hace media hora. Sí, arriba en una meseta, se ven avanzar lentamente. Enfocamos los anteojos. El capitán las sigue de cerca; las alcanza; las detiene. ¡Almorzaremos dentro de poco!

Apresuramos el paso. Hemos llegado. Los sirvientes se han encaramado hasta unos pozos naturales y se están bañando. Son baños de agua mineral: tienen 30 grados de temperatura. No los hay iguales en Santiago.

Una pequeña laguna nos ofrece agua para el almuerzo. Ya está servido. Pero tenemos que tirarlo: no se resiste el sabor amargo. Observamos el agua de la laguna: parece que una lluvia finísima estuviese cayendo sobre su superficie. Sin embargo, el

sol quema. Son pequeñísimas burbujas de gas que salen por cientos, por miles desde el fondo y suben, suben. Son aguas sulfurosas.

- El contratiempo del almuerzo nos ha sulfurado a todos. Partimos. Hay que vadear el río, pero hemos llegado tarde al vado: el deshielo del día ha sido abundante y el arriero no quiere arriesgar sus mulas. Es preciso ir a buscar otro vado: está a una hora de camino. Pero no: el camino no existe, hay que hacerlo. El guía va adelante con una barreta; excava en la roca los puntos en que las bestias han de afirmar las uñas. Ya estamos haciendo equilibrios: debajo el río ruge y nos muestra en sus orillas los huesos blancos de animales desbarrancados Pero ya hemos pasado. Hemos vencido un obstáculo.

Llegamos al vado; el río nos recibe ahora amablemente: nos ha abierto dos brazos y en ellos nos arrojamos. Estamos en un pequeño valle. Los cerros de los lados sudan. Sudan a pesar de las nieves y a costa de ellas mismas. Hay vegas, hay pasto. ¡Alto!

Estamos en "Nieves Negras". Un enorme ventisquero parece precipitarse sobre nuestro campamento; la cumbre que lo alimenta se pierde en las nubes. El cielo encapotado hace profetizar al arriero una próxima "escarchilla". La bandera del club, izada en el tope de la carpa capitana, flamea sobre el fondo blanquísimo del ventisquero. Pero no todo él es blanco. Su frente, del que sale furioso como escapado de un calabozo, un brazo del río Colina, está cubierto de tierras y arenas profanadoras de la nieve. Son las nieves negras. Hace frío. Comemos. El cielo está ahora límpido.

Nos alejamos del campamento: queremos gozar del paisaje. La luna alumbra el panorama sublime; matiza las blancuras de arriba y profana las tinieblas de abajo. Las estrellas son pocas porque poco es el cielo que vemos.

Nos acercamos al campamento. Los sirvientes roncan bajo sus mantas, bajo los pellones de cordero, sobre los aparejos de las mulas. Penetramos a la carpa. Se charla al calor del whisky.

. . . . . .

Nos hemos levantado tarde. Mañana llegaremos a la zona de los guanacos y es preciso ejercitar la puntería. Partiremos mañana. Nos bañamos en una laguna al pie del ventisquero, formada de aguas que filtran de la moraina frontal.

Un guanaco transportado al campamento "a bordo" de una mula

Después de almuerzo, tiro al blanco. Las armas son nuestras regalonas: se las limpia, se las cuida como un peluquero la cabeza del cliente. Casi les echamos agua de Colonia. Los disparos se suceden rápidamente. El capitán se declara satisfecho: los guanacos están en capilla. ¡Pobres bestias!

El ventisquero de "Nieves Negras" queda bien pronto a nuestras espaldas.

Subimos un enorme cordón de cerros: el valle se cierra, y sobre un poste de fierro, el letrero: "*Chile-Argentina*": hemos llegado al límite. No presentamos armas porque aún vienen en las cargas: no habrá guanacos hasta la tarde, ha dicho el guía. Y son las 9 A. M. Sin embargo, se ven huellas numerosas.

Un planchón de nieve "cuyana" a nuestros pies nos deslumbra y nos tienta. Nos bajamos y practicamos sobre la blanca sábana ejercicios de patinaje; las botas, como arados, dejan sobre la tersa nieve surcos relucientes y sinuosos.

Bajamos a pique un enorme rodado; otro valle se abre. Son 400 metros de desnivel. Nos demoramos hora y media. Hora y media apuntalándonos en los estribos.

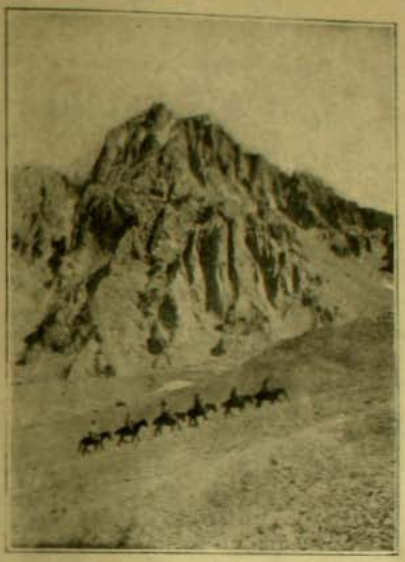
Vamos en la mitad de un rodado inmenso: en el abismo, como siempre, un río, otro río, Volcán; en la cima, como siempre la nieve.

¡Un guanaco a la vista, abajo!

Todos a tierra. Es el primero; estaba co-

ra para dar con la hermosa fiera, pero hubimos de desistir.

A las 2 P. M. llegamos al estero del Papal y elegimos campamento. La región es estéril. Ni plantas ni pasto. Vegas cubiertas de raquítica vegetación contribuyen a darle aspecto desolado. El suelo está cubierto de lava volcánica y al pulverizarse levanta un polvillo que se introduce en todas partes, a esta molestia se une la presencia de enjambres feroces de *jejenes*, especie de mosquitos verdaderamente desesperantes. Sólo con el viento desaparecen. Permanecimos en ese campamento los días 8, 9 y 10. Los guanacos abundan, aunque, como siempre, es necesario hacer largas excursiones para cazarlos. Una hembra con cinco tiros en el cuerpo, hubo de ser lanceada al atravesar un arroyo mientras huía.



Subiendo en dirección a un "bajito" de 3,500 metros, según el guía

El Miércoles 11 abandonamos el Papal temerosos de ser alcanzados por alguna *comisión* de gendarmes enviada por el señor Bustos en nuestra persecución. No teníamos deseos de conocer Mendoza en esas condiciones.

Remontamos el estero del Papal, nos encumbramos hasta un portillo a más de 4,000 metros de altura y gozamos desde allí uno de los panoramas más hermosos de que sea dado disfrutar.

La cordillera parece perder de repente su carácter de tal. Una espaciosa zona se abre circundada de cerros por todas partes: cerros hirsutos, desgastados; es una llanura inmensa: nos imaginamos haber sido trasladados de la cordillera a las pampas. En el centro se levanta solitario, orgulloso, sombrío abajo, blanquísimo arriba, vestido de lavas seculares, el soberbio volcán Maipo: a los pies del coloso, como una joya engastada para su mayor realce, como un espejo en que poder contemplar su recia figura, se tiende azul la laguna del Diamante. Descendimos contra un viento endemoniado hasta el campamento obligado de don Miguel Etchepare en sus legendarias excursiones: "Piedras numeradas". Allí almorzamos para seguir inmediatamente hacia una casa de piedra situada al otro lado de la laguna, a orillas del río Diamante.

Durante este trayecto seguimos la orilla del agua azul. Encontramos una gran superficie de terreno cubierta de huesos: nos hizo la impresión de un cementerio removido. Se nos explicó. Un arreo de 500 cabezas de ganado, en viaje a Chile, fué sorprendido por un temporal de nieve, y allí perecieron animales y arrieros: en el punto en que se encontró el cadáver del capataz hay un monolito de piedra.

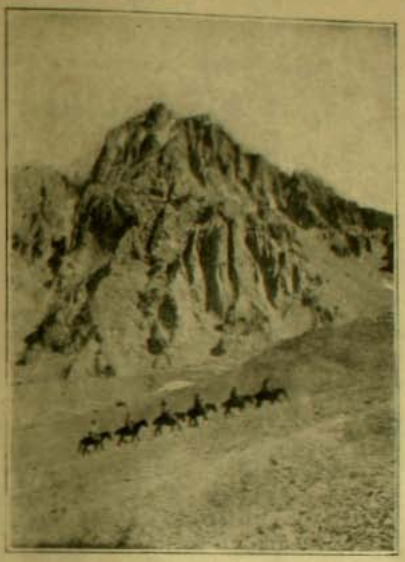
En la casa de piedra del río Diamante permanecimos tres días, hasta el sábado 14 inclusive. El campamento era agradable, y sobre todo a prueba de perseguidores. Pero los guanacos escaseaban: se cazaron algunas perdices cordilleranas, *cojones* y patos.

El Domingo emprendimos la marcha de regreso, pasando a las 10 y media por el límite con Chile y almorzando en las nacientes del Maipo, que debíamos recorrer durante tres días, para llegar a San Gabriel el Martes 17 a las 2 P. M.

Aquí armamos el último campamento y celebramos el acto de izar nuestra bandera con un solemne discurso de despedida hasta el año próximo.

ra para dar con la hermosa fiera, pero hubimos de desistir.

A las 2 P. M. llegamos al estero del Papal y elegimos campamento. La región es estéril. Ni plantas ni pasto. Vegas cubiertas de raquítica vegetación contribuyen a darle aspecto desolado. El suelo está cubierto de lava volcánica y al pulverizarse levanta un polvillo que se introduce en todas partes, a esta molestia se une la presencia de enjambres feroces de *jejenes*, especie de mosquitos verdaderamente desesperantes. Sólo con el viento desaparecen. Permanecimos en ese campamento los días 8, 9 y 10. Los guanacos abundan, aunque, como siempre, es necesario hacer largas excursiones para cazarlos. Una hembra con cinco tiros en el cuerpo, hubo de ser lanceada al atravesar un arroyo mientras huía.



Subiendo en dirección a un "bajito" de 3,500 metros, según el guía

El Miércoles 11 abandonamos el Papal temerosos de ser alcanzados por alguna *comisión* de gendarmes enviada por el señor Bustos en nuestra persecución. No teníamos deseos de conocer Mendoza en esas condiciones.

Remontamos el estero del Papal, nos encumbramos hasta un portillo a más de 4,000 metros de altura y gozamos desde allí uno de los panoramas más hermosos de que sea dado disfrutar.

La cordillera parece perder de repente su carácter de tal. Una espaciosa zona se abre circundada de cerros por todas partes: cerros hirsutos, desgastados; es una llanura inmensa: nos imaginamos haber sido trasladados de la cordillera a las pampas. En el centro se levanta solitario, orgulloso, sombrío abajo, blanquísimo arriba, vestido de lavas seculares, el soberbio volcán Maipo: a los pies del coloso, como una joya engastada para su mayor realce, como un espejo en que poder contemplar su recia figura, se tiende azul la laguna del Diamante. Descendimos contra un viento endemoniado hasta el campamento obligado de don Miguel Etchepare en sus legendarias excursiones: "Piedras numeradas". Allí almorzamos para seguir inmediatamente hacia una casa de piedra situada al otro lado de la laguna, a orillas del río Diamante.

Durante este trayecto seguimos la orilla del agua azul. Encontramos una gran superficie de terreno cubierta de huesos: nos hizo la impresión de un cementerio removido. Se nos explicó. Un arreo de 500 cabezas de ganado, en viaje a Chile, fué sorprendido por un temporal de nieve, y allí perecieron animales y arrieros: en el punto en que se encontró el cadáver del capataz hay un monolito de piedra.

En la casa de piedra del río Diamante permanecimos tres días, hasta el sábado 14 inclusive. El campamento era agradable, y sobre todo a prueba de perseguidores. Pero los guanacos escaseaban: se cazaron algunas perdices cordilleranas, *cojones* y patos.

El Domingo emprendimos la marcha de regreso, pasando a las 10 y media por el límite con Chile y almorzando en las nacientes del Maipo, que debíamos recorrer durante tres días, para llegar a San Gabriel el Martes 17 a las 2 P. M.

Aquí armamos el último campamento y celebramos el acto de izar nuestra bandera con un solemne discurso de despedida hasta el año próximo.

¡QUE NIÑOS, ESTOS!

(Apunte de calle)

Por

EDUARDO BARRIOS

Hacia las nueve de la noche, en la paz de una calle de humildes hogares.

Un farol, tras el ramaje ralo y polvoriento de un árbol, alumbra el muro de ladrillos desnudos. Próxima, se abre la ventana de la salita modesta, en cuya penumbra se opaca el espejo, brilla el inmenso caracol que sobre la consola canta su sorda canción de mar y se desdibuja la esposa sentada en el vano del balcón. Es joven la esposa; tiene el rostro empalidecido por la luz de la calle, los ojos como fijos en pensamientos.

¿Qué piensa la esposa todas las noches a esa hora, cuando el marido, en acabando de comer, sale? ¿Qué piensa la esposa todas las noches, sentada en el vano de la ventana, mientras la criada lava la vajilla dentro y los niños juegan un rato en la acera embaldosada y resonante? ¿Añora? ¿Sueña?... ¿O simplemente se rinde a escuchar el péndulo que en el misterio de la penumbra parece marcar los pasos del tiempo?

Es plácida esta noche. El cielo, claro, nubes transparentes blanquean en el azul ya lechoso, la vía láctea empolva una banda de paz, hay una polvareda de estrellas, y la luna, muy blanca y muy redonda, recuerda los cromos de las vidrierías de barrio.

Los niños que juegan en la acera son dos. Un tercero, sentado en la puerta de calle, nene que aún no anda, escucha y mira incomprensivo, con ojos embobados. Ramoncito ha mudado ya los dientes, es vivo y muy locuaz; Juanita parece menor que él, y, sentada también en el umbral de piedra, acomoda en un rincón pequeños paquetes de tierra, y botones, y cajas de fósforos, y palitos...

Juegan a la gente grande, porque ellos, como todos los niños, sienten de noche una inconsciente necesidad de imaginar y preparar la edad mayor.

RAMONCITO **(de pie en frente de su hermana, con las piernas abiertas y las manos en los bolsillos).**—¿A qué jugamos, al fin?

JUANITA.—Ya, ya está el almacén listo.

RAMONCITO.—Pero, ¿vamos a jugar otra vez a las compras?

JUANITA.—Claro. Yo soy la madama siempre. Tú, las otras personas del vecindario que no me han comprado nada todavía.

RAMONCITO.—Entonces, ahora soy el chiquillo tonto del **cité.**

Se aleja unos pasos hacia la esquina. Luego vuelve con paso descoyuntado y se detiene delante del simulado tenducho.

RAMONCITO, **(con voz gangosa).**—Madama, madama: dice mi mamá que me diga qué hora es y que me dé la llapa en huesillos.

JUANITA, **(muy seria en su papel de madama indignada).**—¡Ah, estúpido qui sei! Dile a tua mamá que me pague el desmanche que le fié a la matina.

RAMONCITO, **(tras de una pausa desairada).**—Mira, juguemos a otra cosa. Siempre al despacho, aburre.

JUANITA.—Al abuelito, ¿quiéres? A contar cuentos.

RAMONCITO.—Oye, ¿para qué le servirán los anteojos al abuelito?

JUANITA.—¡Tonto! Para ver.

RAMONCITO.—Así dice mi papá. Pero para ver qué, digo yo; porque cuando habla con uno, mira por encima de las gafas, y cuando lee se las pone sobre la frente.

JUANITA, **(pensativa y desconcertada).**—Cierto. ¿Para qué le servirán?

RAMONCITO.—Bueno, bueno. Juguemos a la casa.

JUANITA.—¿Al papá y a la mamá? Yo soy la mamá, o la cocinera... Lo mismo da. Las dos, puedo ser las dos.

RAMONCITO.—Yo, el papá. Llego del trabajo a comer, pidiendo apurado la comida, que tengo que ir al teatro.

JUANITA.—¡Ya!

La niña da nuevo acomodo a los botones y las cajas de fósforos. Ramoncito hace otro viaje a la esquina; vuelve a largos pasos que retumban en las baldosas y con un palo que maneja a guisa de bastón.

RAMONCITO, **(llegando).**—¿Está esa comida? Pronto, ligerito, que tengo que salir.

JUANITA.—Voy a ver, Ramón. Esta cocinera es tan despaciosa... **(Se vuelve hacia su fingida cocina).** ¿Mucho le falta, Sabina? ¡Ave María! Y sabe que al patrón le desespera mucho aguardar.

RAMONCITO, **(impaciente, autoritario, hosco).**—Pronto... ¡Pronto!

JUANITA.—A ver, déjeme a mí, mujer... Páseme el huevo. Eche más carbón... Viva, anímese.

RAMO...O, **(frunciendo el ceño y blandiendo el bastón).**—Es una temeridad. Todos los días lo mismo; todos los días lo mismo.

JUANITA.—Verás cómo en un momento, yo...

RAMONCITO, **(en paseos).**—Se mata uno el día entero trabajando, para llegar a su casa y no encontrar ni siquiera la comida a tiempo. ¿En qué se lo llevan dos mujeres el día entero, digo yo? ¡Caaaramba!

JUANITA.—Ten paciencia, Ramón, por Dios. **(Hace como que fríe y revuelve cacerolas).**

RAMONCITO.— Paciencia, paciencia... Tengo hambre, ¿entiendes? Trabajo como un bruto y tengo hambre cuando llego. Como tú no tienes que moverte de la casa y todo te lo traigo... ¡Ah! ¡Y cásese usted!

JUANITA.—Yo no trabajaré aquí, tal vez. Y a los niños, ¿quién los lava, quién los viste, quién los cose, quién...?

RAMONCITO.—No quiero discusiones. Pronto la comida y nada más.

JUANITA.—Es que el tiempo le falta a una, también... Por un lado estos chiquillos, por otro lado la calma de esta mujer...

RAMONCITO.—Si la Sabina es floja, se manda a cambiar a la calle, ¡caramba!

JUANITA.—Y no se puede estar en todo.

RAMONCITO.—Una buena dueña de casa debe estar en todo. Aprende de mi madre, ya te he dicho. Eso sí que es una ama de casa, eso sí que es orden.

JUANITA, **(entre dientes).**—Ya me tienes loca con lo que sirve mi suegra.

RAMONCITO, **(iracundo).**—¿Qué? ¿Qué rezongas?

JUANITA.—Nada, hombre, nada. ¡Ave María, qué genio! **(Sigue imitando entusiasmada el ruido de la sartén hirviente).**

RAMONCITO.—Porque a mí no se me contesta.

JUANITA.—Ya es tiempo de que tomes otro purgantito. Estás otra vez cargado de bilis.

RAMONCITO.—Bilis, bilis... Siempre la culpa ha de ser de uno. ¡Ah! ¡Casarse casarse! Para gastar, para eso se casa uno. así les digo a mis amigos: cásense y verán... ¡Ah, si yo tuviera la desgraciada dicha de enviudar... **(Acelera los furiosos paseos).**

JUANITA.—No tendrá ese gustazo.

RAMONCITO, **(blandiendo el bastón).**—¡Callarse!

JUANITA.—Apúrese, Sabina; vea el asado...

RAMONCITO **(como en el colmo de la desesperación).**—¡Br, brrr!!!... En la oficina, aguantar las majaderías del jefe; en la calle, los cobradores; en los tranvías, las conductoras hediondas, los pisotones, las viejas que han de ir todos los días a misa, nada más que para hacer viajar de a pie a los hombres de trabajo...; o las pollitas, que van a despilfarrar en las tiendas lo que a los pobres padres nos cuesta nuestro sudor...

JUANITA.—Sí, las pollitas, las pollitas... ¡Ah! si tuvieras la desgraciada dicha de enviudar!...

RAMONCITO.—Imbécil. ¡Celosa!

JUANITA.—¿Celosa? No tendría el diablo más que hacer... Ya no, hijo; ya no soy la tonta de antes... ¡Pero esta cocinera no tiene ni el agua para el café!

RAMONCITO, **(tonante)**—¡Hay que echar a esa bestia!

JUANITA.—Calma, hijo, calla, que cuesta tanto encontrar sirviente.

RAMONCITO, **(terrible).**—¡Cállese usted! **(Enarbola el bastón y amenaza a la consorte).**

JUANITA, **(abriendo un paréntesis a la ficción),**—Oye, los golpes no los dés de verdad.

RAMONCITO.—¡Silencio! ¡¡¡Silencio!!!... **(Aviva los paseos).** ¡Estoy aburrido, cansado, loco, loco, loco!... ¡Brrr! **(Se detiene y da un garrotazo contra la puerta de calle. La niña tiembla; parece un tanto alarmada).**

JUANITA.—No se te vaya a ocurrir...

RAMONCITO, **(desgañitándose).**—¡Callarse, callarseee!!!

JUANITA, **(seria).**—No juguemos más al papá y la mamá.

RAMONCITO.—Nada, señora, nada. Pronto la comida, pronto si no quiere que...

Con el palo alzado, se queda mirando a su presunta mujer. De pronto, en sus ojos brilla una chispa de travesura, de atrevimiento; el brazo parece que va a bajar, parece que inicia la descarga de un garrotazo. Juanita tiene entonces una sonrisa interrogativa; luego, un gesto azorado; y ante un nuevo movimiento del brazo del chico, rápidamente, suelta las cajas de fósforos, toma al nene en brazos y, con aire digno y altivo:

JUANITA.—¡Ramón, respeta a tu hijo!

RAMONCITO.—Con chiquillo y todo...

El nene suelta el llanto.

LA ESPOSA, **(asomando por el balcón, reprensiva).**—¡Niños! ¿Qué es esto? ¿Qué juego es ése? Les prohibo ese juego. **(Luego escruta la calle, y, cuando ve que nadie ha presenciado aquello, sonríe, medio admirada, medio pesarosa).** ¡Qué niños, éstos! Y no se cuide uno de ellos. ¡Qué niños, éstos!...

PARA LO QUE SIRVE LA JIBIA

Por

Luis Castillo

—Si la carnada se añeja, el pescado no pica ni en que esté seguro el panizo.

Con eso quería decirme Don Rufo (nadie lo conocía con otro nombre) que los trozos de jibia con que encarnaba sus espineles debían ser frescos.

Otras veces, interrogado por la escasez temporal de congrios, Don Rufo, considerado como un oráculo de la profesión, contestaba con gravedad:

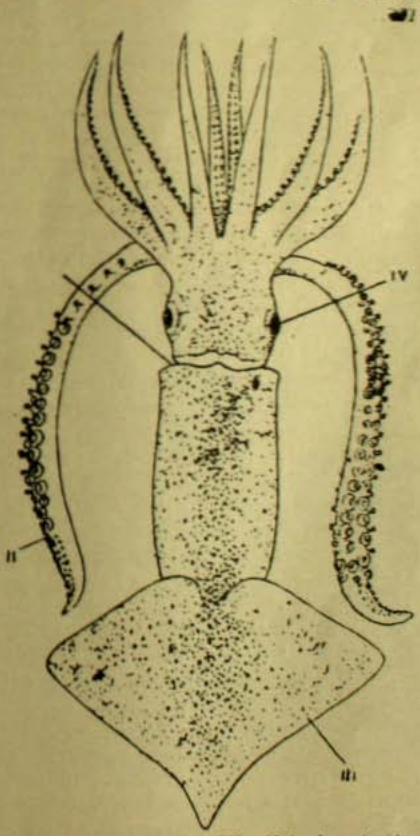
—No ve, patrón, que está escasa la jibia!

En cuanto al panizo de que me hablaban frecuentemente los pescadores, llegué al fin a comprender que se trataba de los sitios predilectos para la pesca del congrio o sea lo que impropiamente se llama también un banco de pesca.

Sin embargo, me decía con frecuencia, si nuestros pescadores fueran previsores y salaran las jibias sobrantes en los períodos de varazón de este animal, y aún si después de salada se dieran el cuidado de secarla al sol como lo había visto hacer en Saint-Pierre y Miquelón, la carnada no les faltaría jamás. Recordaba a este propósito cómo las flotas pesqueras que operan en los bancos de Terranova procedían con el indispensable "escornet" (Ommastotrephes illicebrosa) que es la carnada usual para la pesca del bacalao.

La jibia chilena (Ommastotrephes gigas) no difiere gran cosa de aquella y para los pescadores de uno y otro hemisferio pasan ambas especies por una sola. En cuanto a la importancia que tiene este animal para la pesca al espinel, me bastaría decir que Don Rufo, no pudiéndose dar la satisfacción de percibir con frecuencia el hedor producido por la descomposición de las jibias, necesitaba a veces destinarse a la captura previa del animal que le proporcionaba la carnada, dos o más días de labor sin lo cual no creía estar jamás preparado debidamente para una faena pesquera de importancia.

Sólo entonces me dí cuenta cabal de que la pesca al espinel se convertía para Don Rufo, como para tantos otros



I. *Manto.* II. *Tentáculos.* III. *Aleta de natación.* IV. *Ojo*

En busca de la jibia para fabricar con ella el "surumé"

pescadores, en una pesca doble: la de la carnada y la del pez, dependiendo el éxito de la primera del panizo, como el decía, y del aparejo que empleaba con tal objeto.

Como la jibia vive en los fondos fangosos, no siempre coincidía el campo de operaciones de la primera de esas fases con el campo de la segunda y así sucedía con frecuencia que, para que mi buen Don Rufo pudiera ir al sur a pescar congrios, le era preciso ir previamente al norte en busca de la jibia, o vice-versa.

Ya me había mostrado en otra ocasión el aparato con que las capturaba. Era un anclote formado de cuatro anzuelos dispuestos en roseta y amarrados sólidamente a uno de los extremos de una barra de plomo del grosor y largo de un dedo.

—Lo boto al mar—me dijo esa vez—así no más, como usted lo ve, y si le encarno un pedazo de jibia da lo mesmo, porque si la acierto espero que la jibia agarre y endei le planto un tirón pa sacarla en el auto.

—Le iría a usted mejor, le observé, si envolviese el plomo en un paño rojo, porque entonces la jibia lo notaría más pronto y se dejaría apresar con más facilidad engañándola de esta manera. Y para acreditar mi recomendación le agregué:

—No le doy la razón de esta estratagema porque ni yo mismo la conozco. Me concreto solamente a contarle lo que he visto en otras partes donde los pescadores no se esfuerzan tanto como usted, para proporcionarse la carnada.

—Está tan choreado el animal—me contestó Don Rufo—lo han perseguido tanto en toda la costa, que no quiere picar más que cuando anda hambriento.

—En tal caso, debiera usted irse a pescar a Chiloé. Es tan grande la cantidad de jibia que allá vara que la emplean como abono.

En efecto, este dato que admiraba a un pescador de la provincia de Santiago que no había salido de ella sino para pelear en la revolución por una causa que nunca había llegado a comprender, es sumamente conocido para el que haya tenido que pasar un invierno en Chiloé o en las costas de los departamentos de Puerto Montt y Carelmapu. Abunda tanto allá la jibia que estorba y su aprovechamiento agrario se funda únicamente en estos dos hechos: en su extremada abundancia y en la proximidad a que se la encuentra de los cultivos.

Por otra parte, no estará demás que lo advierta, este bono es gratis. El salitre chileno no se queda allá o no se fija como

se fija en los suelos de las provincias centrales. El salitre se va de Chiloé confundido con el agua torrencial que lo disuelve y que lava las pendientes litorales de esa hermosa tierra en que verdean los papales y la avena olea en un solo y rítmico giro de espigas que se rozan y desgranan. En cambio, los elementos azoados de la jibia se fijan al suelo de Chiloé y tal vez más de lo necesario, comunicándole a los productos agrícolas un sabor particular que delata al primer momento su procedencia.

La aplicación de la jibia sobre el terreno que se va abonar no exige, como pudiera creerse, ningún cuidado, como quiera que el método chilote es tan primitivo como los de la edad de piedra.

¿Y para qué complicarlo si sus resultados son satisfactorios, si el mar no regatea su permanente obsequio y todavía lleva su generosidad hasta depositarlo al pie de la obra?

Verdad es que tostada la jibia y molida a manera de los residuos de las ballenas, adquiriría mayores méritos y menor volumen que harían más expedita y más eficaz su aplicación agraria.

—Se le hará algo difícil creer, le dije, volviendo al asunto que provocaba la atención del pescador, que jibia se come. La extrañeza que debió producirle esta noticia, la apreció inmediatamente en la paralización brusca del trabajo que hasta entonces no había interrumpido.

—Los que duden de esto, continué, podrán creer que se trata de otras jibias y no de la nuestra. De otra manera ¿cómo se explicaría usted Don Rufo el valor excesivo que tienen esos brazos o tentáculos que usted desecha por inservibles para encarnar sus espineles? Ha de saber usted que en los mercados de Santiago, italianos y españoles disputan a menudo sobre la mejor manera de cocinarlos. Ahora, para que usted viera comer la jibia en grande escala, ya le sería preciso alejarse un poquito de su tierra y se fuera a la China, por ejemplo, en donde la jibia seca y aprensada y con el bonito nombre de "surumé", es una golosina para los amarillos.

Si Don Rufo no conocía estas cosas, menos debió conocer la procedencia japonesa del surumé que consumen los chinos, porque en el Japón pasa lo que aquí: que hay muchas jibias pero pocos consumidores.

El pescador se interesaba por lo que le estaba contando y esto me daba ánimo para continuar con mi disertación. Como

Preparativos para una faena pesquera de importancia

me pidiera más detalles, me fué preciso decirle que la producción de jibia seca del Japón es apreciada en una suma que equivale poco más o menos a ocho millones de pesos chilenos, y que la producción exportada a los puertos chinos no alcanzaba a satisfacer las exigencias del consumo de sus numerosos habitantes, por cuyo motivo los japoneses, sus proveedores, se veían en la necesidad de buscar también la jibia por aquí.

Además, como en muchas regiones de la Celeste República—Don Rufo todavía no sabía que había dejado de ser imperio—la sal es muy escasa y por lo tanto cara, los chinos del interior compran también el surumé para condimentar sus demás alimentos y de esta manera el producto se popularizaba y obtenía mayor demanda y más altos precios a medida que invadía la nación más populosa del orbe.

Para fabricar el surumé, aprovechan los japoneses muchas especies de jibias, pulpos y calamares, siendo el más común de todos y el preferido por el público el que proviene del animal llamado "surumeika" (Ommastotrephes pacificus). A causa de esta predilección, el surumé de surumeika es el más caro de las cinco o seis clases que los amarillos tienen para elegir.

En todo caso, cualquiera que sea el animal que para eso se aproveche, la manufactura es más o menos la misma y de una gran sencillez. La diferencia que existe entre esas clases de surumé es más de forma y calidad que de preparación. Hay algunos que conservan los tentáculos que los niños y los jóvenes mascan con delicia en la creencia de que eso les da más vigor en sus diarios ejercicios. Si...

—Pues entonces, patrón, me interrumpió el pescador, lo podríamos fabricar también aquí.

—Evidente, le contesté. Si usted quisiera preparar el surumé para saber el gusto que tiene, deberá comenzar por destripar la jibia desde la boca hasta la cola. Una vez destripada, le puede quitar los ojos y la pluma, si así lo desea, privándola indispensablemente de la tela fina que como una película le cubre todo el cuerpo. En seguida tendrá que lavarla con agua de mar o con salmuera, para después lavarla nuevamente con un poco de agua dulce. Esta última parte es la más delicada de la operación, porque de ella depende el sabor y el color definitivo del surumé. Después hay que secarlo, para lo cual se extienden las piezas con varillas finas de quila o de lo que sea y se cuelgan en cordeles para exponerlos al sol cuidando siempre que una pieza no se toque con la otra.

Cuando las piezas están secas se recogen y se extienden sobre una mesa, se le sacan los palillos que las han mantenido extendidas durante la secazón al sol y por último se aprensan para darles el grosor y la forma con que son mejor aceptadas en el comercio chino. En esta prensa se las mantiene por espacio de 24 horas, después de lo cual se exponen nuevamente al sol por igual tiempo.

En cuanto al cartílago, que a modo de una columna vertebral rudimentaria, recorre el cuerpo de la jibia, por el lado dorsal, tampoco sabía Don Rufo qué provecho podía sacarse de él.

—La pluma, señor,—me observó—sólo sirve para que con ella jueguen los niños.

Cuántas personas hay, que como el pescador de esta historia, ignoran que los huesos calcinados de jibia se importan a Chile en cantidad relativamente considerable. En cuanto a la pluma misma, se da a las aves estabuladas para que se limpien y pulan el pico a la vez que al picotearla absorben las sales calcáreas de que está constituída, necesarias a la formación del esqueleto y de los huevos. Por último, el polvo obtenido de las plumas de jibia, después de la desecación, es empleado para pulir diversos objetos, entrando también en la composición de algunas pastas dentífricas.

La marea subía invadiendo la tendida playa en que nos encontrábamos, cuando Don Rufo terminó su tarea. Se levantó y tomó la tina en la que el cabo del espinel se arrollaba en espiral. Hacia el centro veíase un montículo blanco formado por las carnadas de jibia ensartadas en sus respectivos anzuelos. Cuando estuvo de regreso, un grupo de gaviotas se disputaba una gran presa que la ola iba a arrojar a la playa. Era una jibia que, aturdida a picotazos, luchaba en vano con la muerte tiñendo el agua con una mancha de tinta que se diluía extendiéndose sobre la su-

perficie. La ola, entre tanto, la traía suavemente como si tuviera cuidado para dejarla en tierra; poco después la jibia se escurría con la resaca, hasta que otra ola más poderosa que las anteriores la llevó hasta los pies del pescador.

Pude ver entonces cómo perdía en la agonía todo su horroroso aspecto, esa expresión aterradora que antes tenía cuando braceaba entre las ondas que alternativamente la sumergían para dejarla a flote por breve instante. Sus brazos, sus diez enormes brazos, bordados por doble hilera de ventosas que hasta entonces estaban siempre ágiles para atrapar cuanto objeto flotaba o para asirse al primer cuerpo extraño con que se ponían en contacto, quedan yertos y deformes, aplastados y torcidos en un último y supremo esfuerzo para alcanzar el agua. ¡Qué inútiles le eran las armas con que la había favorecido la naturaleza para combatir con los elementos, cuando éstos se confabulaban en su contra! Y así la jibia, tan poderosamente dotada para luchar con los numerosos contratiempos que le ofrece la vida en las profundidaes del océano, se convertía cerca de tierra en el juguete de una ola cualquiera.

Confinado a las profundidades fangosas hasta donde no llega la luz y escondiéndose en las estrecheces que forman dos piedras, cuando menos, para acechar su presa, ha debido ser este animal inexpugnable —me decía—invencible, poderoso como ningún otro de su talla. Pero, he aquí que un mal día el hambre lo acosa y se pone en marcha hacia la superficie para atrapar al primer pez que se tope con sus tentáculos o bien, siente la jibia la necesidad de reproducirse, en cuyo caso genérase un éxodo desde la región de las tinieblas eternas hasta la de la luz, un éxodo nupcial de varios machos en persecución de una hembra esquiva que se entrega a la corriente para que la lleve sin exigirle grande esfuerzo y la vare al fin en la playa seguida de su galante séquito.

Cuantas veces, mientras paseaba por la playa demi pueblo me pregunté el por qué de estos extraños encuentros con las jibias. Qué protestas y maldiciones oí proferir entonces por el hedor que invariablemente originan estas catástrofes. Ahora noto que con criterio práctico son muchos los que, desentendiéndose de las incomodidades con que el hedor los atormenta, piensan y discurren sobre el provecho que de esas jibias podría obtenerse. Porque el hombre, aguijoneado por la competencia vital que aviva en él sus energías, va poco a poco convenciéndose de que no existe cosa alguna en el mar de la cual no pueda sacar algún provecho, a pesar de que necesita siempre que el mar se le anticipe señalándole su destino y mostrándole de vez en cuando lo que el hombre cree que le oculta.

Para resolverse a aprovechar la jibia, ha debido esperar seguramente que una ola la sepulte en el justo límite de la pleamar, cubriendo el cadáver con un ramo de algas que el mar le ofrenda.

Pescador encarnando un espinel

Francisco I. Madero

Francisco I. Madero, el jefe de la revolución mejicana que arrojó de la presidencia al general Porfirio Díaz y que después de breve estancia en el poder, murió trágicamente, fué un hombre del cual se ocupó mucho la prensa, como no podía menos, dado el papel que desempeñaba en el movimiento revolucionario, pero no hubo dos biógrafos que retratasen su carácter de igual modo. Unos decían que el señor Madero era el más imperturbable de los hombres y otros afirmaban que siempre estaba agitado, que gesticulaba de continuo y que era de índole voluble.

Por nuestra parte, preferimos creer las impresiones reflejadas en un popular periódico yanquee por Mr. Timothy Turner, que celebró varias interviews con el jefe de la revolución.

Francisco I. Madero nació el 18 de Octubre de 1873 en la Hacienda Rosario, en las inmediaciones de Parras, Estado de Coahuila, fundada por don Evaristo Madero después de la invasión francesa, y en la que el padre de Madero, hijo del citado don Evaristo, había reunido una fortuna de cerca de tres millones de pesos.

Desde edad temprana el pequeño Madero dió muestra de su espíritu guerrero y después de pasar unos años en una escuela de instrucción primaria de Parras, pasó al colegio de los Padres Jesuítas de Saltillo, donde permaneció hasta los catorce años. Luego pasó un año en una Universidad americana, y en 1889 vino a Europa con toda su familia.

Aparte de los largos viajes que hizo por todo el continente, Madero permaneció en París, y, por lo tanto, llegó a parecer un francés por sus modales, su tipo y sus características. A los seis años de estar en Francia, se había desarrollado en él el espíritu democrático e independiente que le caracterizó hasta su muerte.

Al regresar a Méjico, se puso al frente de las fincas de su padre y se dedicó al cultivo del algodón en gran escala, ganando cerca de un millón de pesos, fortuna que gastó casi por completo en la revolución mejicana y la gastó con gusto, porque su familia era muy rica, tanto que se calculaba su fortuna en veinte millones de pesos en dinero y cincuenta en fincas.

En su entusiasmo por la revolución, Madero no sólo gastó cuanto había ganado, sino que hizo perder a su familia directa e indirectamente, más de tres millones, sin que sus ocho hermanos ni su padre se quejasen jamás de aquel derroche de dinero ganado a fuerza de trabajo y de próspe-ros negocios.

Madero era un manojo de nervios. A primera vista no parecía un hombre vigoroso, pero lo era en extremo. La comparación entre su pequeñez física y su grandeza mental producía honda sorpresa. A pesar de su barba recortada en punta, a la moda francesa, parecía a veces un escolar por sus juveniles entusiasmos. La influencia de la vida entre los franceses se notaba en todos sus actos, y, en cambio, no se había asimilado nada de los yanquees, entre quienes había vivido también.

El inglés lo hablaba mal, pero, en cambio dominaba el francés tanto como el español y lo hablaba con esa rapidez característica de los parisienses.

Madero padecía, digámoslo así, plétora de ideas y para expresarlas ponía en juego todo su pequeño cuerpo. Para ilustrar sus palabras, no sólo empleaba la cabeza y las manos, sino las piernas también. Bajo su voz se estremecía todo su sér y a veces parecía que aquella ansiedad por dar salida a sus pensamientos, iba a producir una explosión.

Era vegetariano, espiritista y soñador. No comía carne, ni bebía ni fumaba, y omitía en su existencia estas tres cosas sencillamente, porque creía que el hombre se pasa mejor sin ellas que con ellas. Era espiritista teórico como lo son muchos mejicanos de las clases altas, pero no revelaba sus creencias ni en sus actos ni en sus palabras. No se consideraba asistido por el espíritu de nadie y aunque soñador, porque en este respecto era el primero de Méjico, era un soñador de acción, porque fué el primero en despertar un movimiento popular después de una calma de treinta años.

Si el movimiento radical y agresivo denota un soñador, Madero pertenecía a esa clase de soñadores.

Golondrinas Viajeras

Por
DANIEL DE LA VEGA

Ilustraciones de Eguren Larrea

—¿Entramos?

Samuel dudaba ante la invitación de sus amigos. Una noche perdida sin novia y sin palabrería, por encerrarse en ese teatrillo de arrabal.

—¿Entramos?—Volvió a invitar, testarudo, Alfonso.

Arnaldo aceptó. Samuel, todavía irresoluto, miraba pasar las muchachas del barrio. Alfonso fué por las entradas. Era noche de verano, populachera y bulliciosa; los tranvías volaban repletos de pasajeros; en las bancas de las aceras la burguesía acomodada bebía el viento frescachón de la noche.

—¿Entramos?—repitió la pregunta Alfonso.

—Espera.

—Aquí están las entradas.

—¡Hombre! Tú sabes que no me gusta el biógrafo.

—Si no es biógrafo; es zarzuela.

Entraron. Alfonso, elegantísimo, adelante. Luego Arnaldo, buscando, con la mirada, la silueta siempre recordada de su novia. Atrás Samuel, fastidiado.

Poco público. Se sentaron los tres a criticar. El telón de boca, feísimo, con una mescolanza insoportable de colores; el escenario muy estrecho, la luz pésima; no había acomodadores.

—Vaya un teatro.

—¿Qué dan?

Perezoso consultó el programa, Alfonso.

—Ya pasó la parte primera. Ahora viene un tango por las señoritas Jarpa.

Charlaron, frívolos, los tres.

El piano, risueñamente, atacó una matchicha jovial y voladora. Levantóse el telón, y del fondo de la escena avanzaron, locuelas y melosas las dos muñecas.

Cantaron. Canción de picardía amorosa y pecadora. Y la sonrisa no se borró de sus bocas golosas, húmedas y rojas. Aplaudió el público. Cayó rapidísimo el telón.

—Simpáticas, ¿eh?—opinó interrogando Alfonso.

—Muy simpáticas—repitió Samuel.

Arnaldo miraba con ojos tristones a su novia.

II

Varias noches volvieron al teatro los muchachos. Las muñecas simpáticas de los

couplets pícaros, eran hermanas. Lo supieron por el reparto, en los programas. Samuel, siempre apasionado por la novelería, no fué más al paseo del barrio—siempre uniforme, burgués, y grave.

Una noche, paseando en coche por las calles centrales, los muchachos se dijeron un proyecto.

¡Escribir una comedia para el teatro aquel!

¿Y por qué no?

Samuel, que campeaba ya con éxito en el mundo literario, improvisó el asunto. Algo ligero y frívolo.

Aprobáronlo Alfonso y Arnaldo.

—¡Bien!

¿Cuándo lo trabajamos?

—El domingo en la tarde, se hace en un rato.

Fraternales y jubilosos, volvieron a ponerse de acuerdo. El domingo en la tarde, en un rato.

Al volver al barrio buscáronse un programa, para saber de los actores con que podían contar. Tres hombres y tres mujeres. Justo!

Soñaron. Si la obra resultaba pondrían otra, y otra, y otra. Natural. No darían sus nombres, y si los llamaban a escena no saldrían.

Tarde ya, se despidieron, sintiendo el lazo de unión de un convenio.

Samuel, visionario, regresó a su casa ensoñando, ¡Locuras! Era noche de luna, azuleja y lírica. Un vientecillo amoroso y sensual pasaba volando entre los árboles. Ya en su casa, se asomó al balcón, como un escolar enamorado, y olvidó sus bizarrías literarias, sus "poses", sus actitudes de irónico. Bajo el manso y beato claror lunar, sintió una alegría dulcemente triste, y allí, de codos en el balcón, ante el paisaje plateado, pensó en la muñeca que cantaba couplets.

Pensó...

III

Y la comedia se hizo, rápidamente, la tarde del domingo. En el escritorio de Samuel, fumando, riendo, desarrollaron el asunto regocijado, a la claridad del atardecer que se filtraba, discreta, por la ventana.

Días después a buscar el empresario. Viajes, carreras, preguntas.

Dieron con él. Los citó para un Lunes a las dos de la tarde. Sólo fueron Samuel y Arnaldo. No pudo Alfonso, tenía trabajo en la oficina. Era tarde de loco calor. El teatro dormía lleno de penumbra blanda y fresca. Ya estaba, esperándolos, el empresario; los actores no habían llegado todavía. Esperaron. El escenario abría su enorme boca hueca llena de telones arrollados, bastidores viejos y cordeles. A Samuel le encantaba esta visión tantas veces leída. ¡La hora del ensayo!

Risas en la puerta.

¡Ellas! Las muñecas que cantaban; entraron saludando graciosamente. En el escenario se quitaron sus sombreros claros, dejando ver la palidez elegante de sus rostros. La que había revoloteado en los recuerdos de Samuel, tenía los ojos pintados. ¡Y qué poderoso encanto tenían esos ojos tristes de eterna reidora! Este detalle entusiasmó a Samuel.

Llegó Lorca, el primer actor. Fueron presentados. Lorca era un muchacho correcto, simpático, vivo. El empresario le dijo:

—Los señores traen una comedia.

Después de las frases de siempre, entregó Arnaldo los originales. Inmediatamente el actor comenzó a leer, de pie, rápido, nervioso. Rió algunos chistes. Samuel lo observaba a hurtadillas. Era una situación molesta para los autores, extraños en ese ambiente. Arnaldo fumaba, fumaba. Samuel recorría con la vista el teatro todo, y hubo un momento en que sus ojos se encontraron con aquellos otros, tristes y sufridores... Volvió la cara.

IV

Llegaron los demás cómicos, sudorosos, mal numorados, rojos de calor. ¿Esos eran los elegantes muñecos, furor del público?

¡Esos!

Sonrió desilusionado Samuel, y su desilución fué alegre. Entre esos sujetos vulgares vivía la de los ojos sufridores. Y con loca alegría para él, comenzó a romperse el fanal de imposible con que la había rodeado.

No estaba tan lejana, la reidora, la deseada, la triste!

—Si no es biógrafo;—es zarzuela....

—Bonita, la daremos el prólogo, muy bonito,—terminó el primer actor.

Comenzaba el ensayo.

Los muchachos, curiosos, se quedaron.

La voz del apuntador comenzó a sonar monótonamente. Lorca corregía. Habló ella. Voz clara; su hablar tenía entonaciones españolas.

Samuel la miraba, la miraba... Varias veces sus ojos se encontraron con los de ella ¡enigmáticos y tristes! pero eran fugaces y fríos los encuentros.

El lance sentimental que empezaba, le sabía a lírica novelería.

La comedia que se ensayaba, seguía rodando, fría, desmadejada, perezosa. Cuando terminó, al despedirse los muchachos de Lorca, éste les dijo:

—El Jueves la leeremos a la Compañía.

Salieron Samuel y Arnaldo. La calle plena de luz y de calor, les hirió, insolente las pupilas.

Se despidieron.

—Hasta luego, en el Parque Forestal, a las seis.

—Sí, hasta luego.

De regreso Samuel, bajo el sol lujurioso de la tarde, juzgó una locura su pretensión. Tal vez ella sería una muñeca de mundo, fastidiada de sentimentalismo, loca y frívola, reidora y gentil.

Y la sintió más imposible, más preciosa, más lejana que nunca!

Samuel Villar era un novelero alegre y tristón, de veinte años. Niño aún comenzó a escribir, dándose a conocer muy pronto en las principales revistas y publicaciones. Ahora ocupaba ya un buen puesto entre la juventud. Era un laborioso incomparable, empujado siempre por su delirante sentimentalidad. Nervioso, apasionado, voluntarioso, aburríale todo.

—Un amigo—decía—no debe durar tres meses. Más, cansa.

Había recorrido casi todas las agrupaciones artísticas, y charlado con todos los intelectos nacionales de algún renombre.

Sin decirlo, se fastidiaba.

Su literatura era exaltada y encendida. Poeta ante todo era Samuel. La historieta de su pasado se perdía entre las vulgaridades de una provincia. Su verdadero vivir, in-

tenso y loco, empezaba en Santiago. Y adoraba la ciudad con un amor de noctámbulo artista y viajero; adoraba los teatros, los otoños aristocráticos de los parques, la música vienesa que lloraba en los paseos a la hora blanda en que comienza a atardecer...

Odiaba a sus parientes con un odio despreciativo, cruel. Comerciantes todos, humildes y empequeñecidos por la vida oficinesca; ricos los más, estúpidos todos.

Su juventud sana lo había hecho optimista. Le gustaba la vida loca y mariposera de la farándula, la noctámbula, la risa, el pecado, y el amor lleno de música y de frivolidad, ¡pero todo entre artistas!

Y ahora habían llegado esos ojos gitanos y venenosos, a enseñarle un camino lírico, de arte, de ensoñación, y de alegre reir.

Soñaba Samuel.

Y en medio de su sueño, lleno de regocijo palabrero, de acordes y de juventudes, se perfilaba ella, la lejana, la reidora, la triste!

VI

Llegaron al teatro los muchachos, el jueves a la hora convenida. Reían nerviosos. Al entrar casi no veían en la obscuridad, deslumbrados por la luz de la calle. Rumoreo de charla en el fondo del teatro. Ya estaban todos los actores.

Suban al escenario—los invitó, atento, Lorca—la leeremos.

Subieron Samuel y Arnaldo.

¡Ella, la triste!

Fueron presentados. Se llamaba Adriana, y su hermana, Julia. Conocieron a los demás. Prieto, un chico muy simpático, y Merino, pretendiente a tenor. Una tiple gruesa, empalagosamente conversadora. Toda la Compañía.

Lorca hizo sentarse alineados a todos los actores. Frente a la fila de cómicos se puso él, Lorca, ante una mesa. A su derecha Samuel, y Arnaldo a su izquierdo. ¡Escandalosamente teatral!

Comenzó a leer Lorca; y Samuel se estremecía ante el chisporroteo de esa literatura jovial y lírica, escrita por él, sabedor de que iría temblando a sus oídos. Se fijó en ella, tímido. Los ojos de la triste estaban más hondos, perdidos, como pensando...

¡Visionarios!

Leía Lorca, leía haciendo observaciones a los cómicos: esto así, aquello más lento, eso fuerte. Cuando terminó la lectura quisieron conocer la música. Sentóse un vejete al piano, y voló por el aire un alegre motivo coqueto y burlón; divagación de fiesta y de amorío, loca frivolidad de acordes ligeros y mansos.

Los couplets aún no estaban escritos. Pronto los haría Samuel.

—¿Se van?

—Sí.

—Quédense al ensayo.

Se quedaron los muchachos. Ensayaban una zarzuela española, y luego una obra de Lorca que se estrenaría pronto. Y mientras aburría la voz monótona del apuntador, Samuel miraba los ojos de la triste, los miraba... Rodaron algunas horas.

Cuando en la puerta se despidieron todos, la tarde ya vencida, se apagaba detrás de los tejados, melancólicamente...

VII

Rodaron los días. Días blancos y reidores de verano, llenos de siestas y de ilusionados atardeceres. Rodaron.

Se estrenó la obra de Lorca y los muchachos fueron y aplaudieron fraternales. Luego la Compañía partió a trabajar en un teatro de provincia. De noche, después de la función, los cómicos regresaban en tranvía.

Samuel anunció la obra en la prensa, callando su nombre.

Era en Diciembre, y pronto llegó la Noche-Buena. Pasearon y bebieron los autores; pasearon y bebieron casi olvidados de la farándula que reía lejana, en un teatro pequeño, ante un público escaso. Y llegó el Año Nuevo lleno de fiestas y cascabeles; y pasearon y bebieron los muchachos.

Y cuando Samuel regresaba a casa en las altas horas de la noche, sin más compañía que la dulzura blanca de la luna, solía recordarla...

¡Tan lejana la reidora, la triste! Y el encanto temblador de su recuerdo crecía en la soledad noctámbula. No era recuerdo casi. Era una angustiosa melancolía de memoranza, algo perdido ya, imposible, algo loco y bullicioso, ahorcado entre la monotonía la vida vulgar.

¡Imposible ella, la dulcísima!

Y pensaba Samuel. Pensaba que quedarían anónimas sus blandas ternuras, que ella ignoraría las quietas tardes que vivió pensando en ella, sus melancolías viajeras, las cosas vagas y sosegadas que soñó decirle, su pasado, su historieta gentil de recuerdos que el pensó relatarle dulcemente en la mansedumbre de un atardecer futuro, para que ella se empapara de toda su vida, de todo él, de toda la fuente de sus penas, de sus sueños, de sus dolores, y de sus ambiciones! Y podría nunca...

VIII

Fantaseaban los tres—Samuel Arnaldo y Alfonso—en el paseo solitario, bajo la blanca custodia de la luna.

—¿No me crees sincero?

—No.

—¿Por qué?

—Porque el amor es felicidad, y dentro de la felicidad no caben dolores.

—Pero es que los dolores del amor son cruelmente dulces.

Calló Samuel; y un silencio agradable y musical pasó por sobre sus cabezas aleteando.

Alfonso murmuró convencido:

—Tú eres muy novelero.

—No, no. Digo la verdad. El dolor del amor—sus ansias, sus quimeras, sus desvelos—es algo grato.

—Tú, Samuel, no eres sincero.

—¿Por qué no?

—Eso lo has leído.

—No. El dolor del amor es para mí una cosa atormentada y lírica, ¡bellísima!

Callaron. Arnaldo, rayando el suelo con su bastón de metal, sentenció, grave:

—El dolor del amor es una chiquillería.

—No—protestó, enérgico, Samuel; y luego añadió:

—¿Hay algo más horrible y bello que la duda de ser amado?

el actor comenzó a leer de pie, rápido, nervioso

Callaron otra vez. Al lado de la luna una estrellita les hacía guiños con humana picardía. La brisa cuchicheaba festiva, con algo de canción.

Continuaron discutiendo. Horrible y bella era la ausencia, los adioses, lo imposible.

Alfonso preguntó:

—¿Y el amor que no se dice?

Lo miró, rápido, Samuel.

¡El amor que no se dice! ¿Se estaría burlando Alfonso? Pensó en ella, en la triste. ¡El amor que no se dice!

IX

Pasadas ya las fiestas, el empresario del teatro habló con Samuel, ceremonioso y cortés. Quería dar la obra pronto. La Compañía vendría sólo a eso.

—¿Por qué no va a hablar con Lorca?

Fué Samuel a Providencia, una tarde. Difícil fué hallar el teatro. Dió con él, y habló con un cuidador. La Compañía no iba a ensayar allí, pero Lorca vendría al día siguiente. Le dejó una tarjeta Samuel, y volvió con Alfonso una noche de la misma semana. Cuando entraron a la sala, trabajando estaba Lorca. Los conoció y los mandó llamar. Hablaron rápidamente entre bastidores. Los couplets aún no estaban escritos.

—Los hago yo mañana—propuso Samuel—y los dejo en su casa.

Convinieron. Dió Lorca la dirección de su casa, y al día siguiente, al atardecer, fué Samuel. No estaba. Volvió en la noche con Alfonso, y compararon los versos y la música, modificaron algunas estrofas y agregaron una matchicha.

¡Ella, la gentilísima!

Saludó graciosa y modesta. Vivían casi todos los de la Compañía en la misma casa. Se retiró al momento.

¡Qué adorable la sintió Samuel, en la

Adoraba los otoños aristocráticos de los parques

paz de la casa, sin la sonrisa pecadora del teatro, pero con la misma tristeza resignada en sus ojos pintados!

Convinieron el día del ensayo, y se retiraron los muchachos.

Las calles se alargaban taciturnas y obscuras. Pocos transeuntes y tranvías vacíos.

Se acercaba el estreno! Tal vez Arnaldo no lo vería, pues estaba veraneando en una hacienda perdida entre dos poblachos lejanos. La correspondencia se atrasaba. No vería el estreno Arnaldo.

Y mientras Alfonso se lamentaba de la pésima suerte del amigo ausente, Samuel recitaba por lo bajo, aquellos versos que compuso para la gentilísima:

Hay una angustia crepuscularia
en tu alegría que desfallece,
¡y esos tus ojos de visionaria
se ven más tristes cuando atardece!
Arrojo al viento mi pasionaria
para que borre cuando te bese
toda la angustia crepuscularia
de tu alegría que desfallece...
Irá temblando mi pasionaria
para decirte cuando te bese
que sé tu angustia crepuscularia
¡porque tus ojos de visionaria
se ven más tristes cuando atardece!...

X

Por la tiranía oficinesca bajo la cual vivía Alfonso, por la ausencia de Arnaldo, Samuel fué sólo al primer ensayo. Cuando llegó al teatro, estaba Lorca y las hermanas Jarpa. ¡Qué enloquecedora estaba la eterna triste!

—Voy a ensayar mis couplets—anunció Lorca.

No habían subido el telón; para ensayar quedaba sólo el pedazo de escenario que sobresale de la embocadura. Subió Lorca. Adriana estaba sentada junto al primer bastidor de la derecha. Los miraba Samuel desde los primeros sillones de la platea. Cuando comenzó a cantar Lorca, varios gandules pequeñitos, ratas del barrio, se asomaron por el bastidor de la izquierda, y comenzaron a accionar imitando al cantante. Los vió Lorca y los amenazó, gritándoles. Los chicos huyeron, y hubo en su huída una comicidad casual, juglaresca y diabó-

lica. Adriana se echó a reir, mirando a Samuel. Sus risas se encontraron. ¡Y qué alegría más loca, más infantil, más encantadora, le produjo al muchacho el ingenuo goce de haber percibido juntos—¡por primera vez!—un mismo sentimiento!

Pronto llegaron los demás cómicos, y se ensayó. Y Samuel saboreó la dicha nueva y refinada de sentir pasar por los labios de la locamente amada, sus palabras, sus frases, sus locuras pensadas en horas de quieta soledad.

El teatro tenía a esa hora—hora de la siesta estival—un encanto novelero y dulce, por su penumbra blanda, por su sonoridad, por la alegría de los listones de sol que penetraban por algunas ventanas del techo, e iban a dorar los bastidores viejos y olvidados en un rincón del escenario....

Toda aquella tarde sonaba a fiesta y a júbilo. Samuel, de vuelta a casa, continuaba saboreando el ingenuo goce que le produjo el haber percibido juntos—¡por primera vez—un mismo sentimiento!...

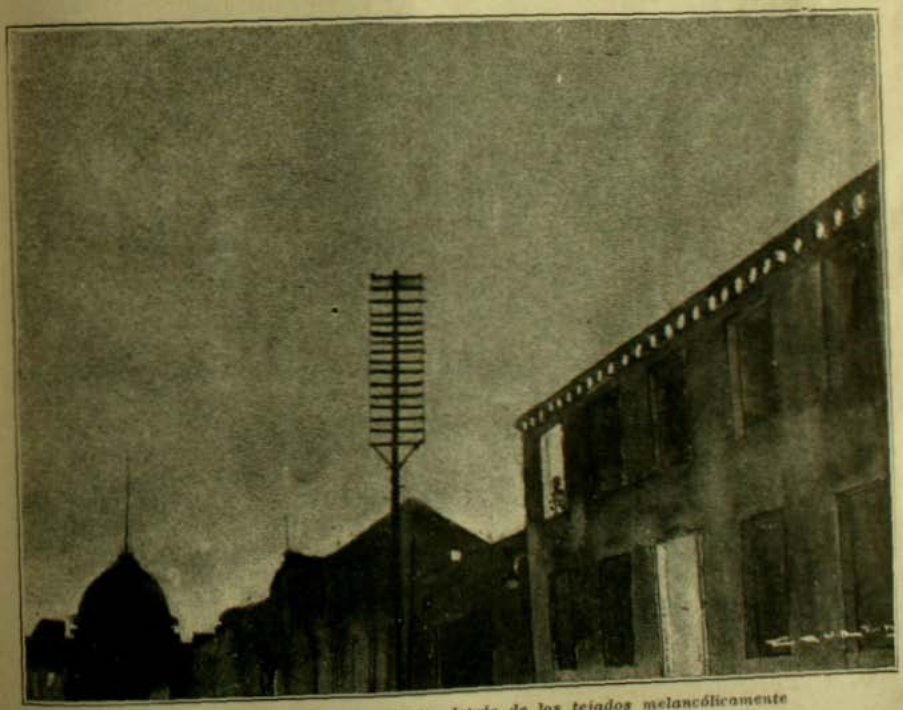
XI

Arnaldo llegó la noche anterior al estreno. ¡Una suerte! Al día siguiente, en la tarde, fueron al último ensayo, nerviosos ya. Volvieron a oir la música, a ensayar los couplets, dudosos del éxito. ¡Y qué emoción más infantil la que sintieron cuando al salir del teatro, los vistosos carteles en todas las calles anunciaban la obra!

Fueron al Parque Forestal mientras atardecía. Contaban las horas: eran las seis, se estrenaría a las nueve, faltaban tres horas, ¡sólo tres horas!

Todo el barrio se preparaba para asistir al estreno, única función. Al día siguiente se repetiría, pero en el teatro de Providencia.

Se separaron a la hora de comida, y volvieron a juntarse en la puerta del teatro. La alegre claridad de los focos eléctricos, el runruneo del público que comenzaba a llegar, la música, los distrajo. La gente del



La tarde ya vencida, se apagaba detrás de los tejados melancólicamente

barrio se preocupaba del estreno. Se formaban grupos para comentar.

¡Ellas!

Entraban al teatro ya. Como los muchachos daban las espaldas a la calle no las habían visto ni saludado.

Cuando llegó Lorca entraron al escenario. Arnaldo, mientras arreglaban la escena, observaba la llegada de la concurrencia, por las roturas del telón. Había buen público. Comenzó la función con una vista cinematográfica. Un melodrama de gestos y actitudes que Samuel no entendió, preocupado ya por la cercanía del estreno. Cuando se alumbró de nuevo la sala, vieron que estaban casi todas las localidades tomadas. Entonces empezó una zarzuela española: enredo pícaro de intencionada palabrería y música volandera y dulzona.

¡Qué elegante se veía Adriana con ese traje negro, y esas ojeras pintadas que ponían una melancolía juglaresca en sus ojos tristes y mentirosos!

La observaba Samuel desde los bastidores. Volvía ella la cara al encontrarse con la mirada insinuante de Samuel.

¡Más lejana que nunca, la dulcísima!

XII

Encantadora.

En la escena era eterno el encanto en sus ojos y eterna la sonrisa en la mancha sangrienta de los labios.

Por mirarla, Samuel, no saboreaba la precipitación que ardía entre bastidores.

La zarzuela tocaba ya al fin. Samuel sentía un cosquilleo nervioso en todo el cuerpo, que se acentuaba en la yemas de los dedos...

Concluyó la obra. Se dió otra vista cinematográfica, mientras en el escenario, detrás de la sábana, se preparaban los cómicos para la obra.

Dolorosamente hermosa la excitación de Samuel. El teatro, lleno como nunca.

Terminó la cinta; un poco de música, y se levantó de nuevo el telón.

Cuando Lorca salió a decir el prólogo escrito por Samuel, éste sintió una imprecisa ternura por el actor, al escuchar que repetían amorosamente sus locuras líricas.

Después, todo pasó revuelto, como en un sueño. El público hizo repetir algunos couplets, rió bastante, pero al final sonaron pocos aplausos.

Después de la función fueron Arnaldo, Alfonso y Samuel con Lorca, Merino y otros más, a beber algo en celebración del estreno. Prieto, el otro actor, se había marchado antes.

Samuel, en su casa ya, después del atormentamiento de nervios por que había pasado, se sintió agobiado, cansado, aturdido; pero sobre ese desfallecimiento cantaba más encendido que nunca su amor desesperado y anónimo, su imposible quimera hilada en el silencio... Y entonces pensó en toda la amargura venenosa y callada, en toda la angustia homicida, que empañaría su ensoñar futuro, si esa mujer continuaba su ruta sin dejarle un fugitivo recuerdo dulce, sin saber siquiera la breve historia de su amor callado... Y con su dulcísima tristeza, iría a perderse en la soledad inmensa de la vida...

XIII

La función en Providencia, al día siguiente, fué monótona, con poco público y pocos aplausos. Terminado el espectáculo, el teatro quedó vacío, y el telón volvió a levantarse para mostrar, como un bostezo, el escenario negro, sin telones y sin luces. Sólo la carcajada de un cómico, de tarde en tarde, navegaba melancólica por la frialdad de la sala.

—¿Vamos?

—Vamos.

Salían los actores de sus camarines, con los ojos borrachos de sueño. Se reunieron todos en la puerta. Se formaron varias parejas y echaron a andar. Era tibia y callada la noche de verano. La luna creciente tocaba con sus cuernos luminosos un campanario dormido en la lejanía. Soplaba una queda brisa sensual. Distante, la lucecilla roja del tranvía que los volvería a la ciudad, parpadeaba.

La charla floreció en todos los labios, mariposera y encendida, alumbraba una alegría mentirosa en los ojos preguntones de las mujeres. Todas las noches se hacía este viaje, con el mismo regocijo, bajo el claror beato de la luna...

Llegaron al tranvía. Alguien gritó:

Subieron. Primero las mujeres, luego los hombres.

Pronto el tranvía echó a rodar, lento y solapado al principio, aligerando poco a poco la marcha, hasta tomar una veloci-

dad loca. El viento pasaba cantando festivo y triunfal. Todos charlaban y reían. Arriba, blanca, inmóvil, la luna...

Y esa era—pensaba Samuel—la visión exacta y enloquecedora de la farándula gitana. En la media noche, risas sonoras en un carro que vuela por la soledad del camino, bajo la luna meditadora. Tal vez, pronto, disuelto el grupo, sólo quedaría una tembladora añoranza de luna y de pasado...

Se entristecía Samuel.

La vida gitana es así. ¡Quién sabe si el recuerdo de esa noche de risas iría a poner un poco de emoción en unos couplets evocadores en una futura noche de estreno!....

Volaba el tranvía, y el viento juguetón de la carrera robaba todas las risas.

A veces al pasar bajo una ventana, pensaba Samuel que ese regocijo noctámbulo despertaría a algunos moradores tranquilos, con su rumor delirante y melancólico de alegría que pasa y se va por el camino...

En cada entre acto iban a los camarines a charlar

XIV

Luna de Enero, milagrosa y blanca.

—¿Se va, Samuel?

—Sí, hombre, necesito ir a casa de un muchacho López.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Volvieron al barrio Alfonso y Arnaldo, y fué Samuel a tomar tranvía.

Lo del muchacho López era una mentira. Esa tarde habíase encontrado con Merino, y le había dicho que esa noche trabajarían en Providencia.

Tomó el tranvía en la Plaza de Armas, para despistar a Alfonso y Arnaldo. Iba vacío. Mejor. Acodado Samuel en la ventanilla, miraba pasar los tejados bañados de luna. ¡La vería!

¡Pero no la hablaría, no podría conversar con ella, no había conversado nunca con ella! ¡Eso era una colegialada! Estarse mirándola siempre. ¿Pero cómo empezar? ¿Dónde hallar el motivo para hilvanar la primera charla? No había ocasión. Tal vez mientras representara, cuando hiciera un mutis, él la felicitaría: "Ha trabajado Ud. muy bien" y sobre esta tontería amontonar palabras. Tal vez... ¡Pero si ella no soñaba siquiera en la adoración de Samuel! No había otro reme-

dio que esperar que el tiempo lo solucionara todo.

El tranvía llegó pronto al término del viaje, por no haber tenido que detenerse en ningún paradero. Bajó Samuel. Tenía que hacer cinco cuadras a pie todavía. Echó a andar por la acera de la sombra. Ella ha pasado por aquí,—pensaba. Ella ha visto esa casa, esta otra, aquel árbol. La luna bañaba todas las calles magníficamente. Cuando llegó al teatro estaba cerrado. No había función. Volvió rápido. Tomó el tranvía desesperado, y ya en la ciudad, bajóse frente a la calle de ella. Iría a su casa, a buscar a Lorca con cualquier pretexto. Sólo se encontró con un hermano de éste. Supo que Lorca estaba trabajando en el Teatro San Pablo, cercano al Mapocho. Fué allá. Se daba el Tenorio. Vió el final de la representación. Después habló con Lorca. ¡Paliques!

Y a la media noche, volvió a casa por las aceras solitarias, pausadamente... ¡Qué tristeza más sosegada había en aquella noche de luna!

XV

Aquella mañana Samuel encontró un párrafo prometedor en un diario, sobre el cual edificó los más gallardos castilletes. Jarpa y las hermanas Lorca comenzarían a trabajar esa noche en el Teatro Social. Pues allá iría él. Y fué. Alfonso partía al día siguiente a veranear. Armando estaba cansado. Aquella noche se despidieron temprano, y Samuel se fué al teatro. Alcanzó a las dos últimas obras. Se encontró con un hermano de Jarpa, por quien supo que éste estrenaría una revista de actualidad.

—¿Cuándo?

—En cinco días más.

El 1.o de Febrero estrenaría entonces. Convidó a Arnaldo y fueron juntos. Era noche de Sábado, alegre y populachera. Desde entonces no faltaron al teatro. El Lunes comenzaron los días del Carnaval; y ellos hasta tuvieron el entusiasmo de ir a una matinée. Se aburrieron y regresaron antes de terminar la función. De vuelta a casa se quejaba Samuel de haber regresado: ¡la hubiera visto a la salida! Forjó un proyecto para la matinée del próximo Domingo. Vendría solo a la matinée y la vería a la salida.

Todas las noches, Samuel y Arnaldo iban al teatro. En la sala ya tenían sus asientos preferidos. En cada entreacto, iban a los camarines a charlar con Lorca y Prieto que también se habían contratado en la Compañía.

Los camarines estaban en un patiecillo al lado del escenario, al cual se subía por una estrecha escalera. Eran dos piezas grandes y toscamente improvisadas; una para los hombres y otra para las señoras.

Samuel y Arnaldo no subían al escenario. No los habían invitado, a pesar de que iban haciendo amistad con casi todos los cómicos.

Desde su butaca, Samuel se contentaba con mirar a Adriana. Ella también miraba, a hurtadillas, rápidamente, casi nada, pero miraba... Y eran esas rápidas miradas, las que sostenían el ensueño de su amor naciente.

Arnaldo no iba al teatro empujado únicamente por un desinteresado compañerismo. También había enloquecido por una muñeca de ojos negrísimos, que, según comentarios sorprendidos al pasar, supieron que era hermana del novio de Julia Jarpa. Pero de esto no estaban seguros. Había entre ellos un lío de parentesco, espantoso.

La muñeca de los ojos negrísimos, iba siempre a platea. ¡Por ver a Arnaldo, naturalmente! Samuel se alegraba. Eso sería otro vínculo.

Terminada la función, los muchachos salían con los cómicos y los acompañaban hasta que tomaban tranvías. Ellas marchaban adelante. En el tranvía, todos los actores subían al imperial. Samuel se despedía desde la acera. Entre todos, Adriana era la que contestaba su adiós más cariñosamente. Y el tranvía se perdía a lo lejos, con las risas de la loca farándula.

¡Qué pueril era aquello!

¿Y qué hacerle?

XVI

Quejábase Arnaldo en las noches de luna:

—Hombre! En noches como éstas, encerrarse aquí!

Samuel sonreía. ¿Podría dejar de ir a verla esas breves horas, cuando durante

todo el día pasaba recordándola, adorándola, matándose y muriéndose de amor por ella? ¡Muriéndose de amor por ella! Si era locura apasionada y venenosa, que le quemaba la sangre: su adoración la revestía de imposible, de quimera, de algo enorme, venenoso, brutal.

Llegaban al teatro, y en la puerta se encontraban con algunos cómicos. Hablaban de la noche, del frío, del fastidio. No tardaban en llegar ellas. ¡Qué cariñosa saludaba Adriana! Pasaba embozada en su echarpe ligero, dejando sólo visible sus ojos apasionados y sufridores.

Oh! Aquello era insufrible. No podía Samuel seguir amándola desesperadamente, sin saber si aquella cabecita enloquecedora se había inclinado—¡aunque fuera una sola vez!—pensando en él.

Comenzaba la función, siempre con atraso. Salía a trabajar ella y lo miraba, lo miraba... ¡Qué encantadoras le salían a Samuel esas miradas hambrientas de confesiones! Sabía ya los papeles que hacía en las obras, conocía las salidas, las coplas alegronas y sandungueras que pasaban temblando por sus labios. En los entreactos los muchachos visitaban el camarín de los hombres. Aburríanse. Pero sobre sus bostezos cantaba siempre el encanto que derramaban esos titiriteros, que veían y amaban bajo una tienda gitana, y por cuyas roturas curioseaba la luna...

Desde bastidores, la miraba... la miraba Samuel

XVII

Despertó el Domingo. Domingo de verano, bullicioso y claro, Samuel se levantó después del mediodía. Almorzó poco, y pasó el comienzo de la tarde tendido, leyendo sin leer, soñando sobre las letras unidas....

No se atrevía a asistir a todo el matinée Hubiera sido feo ir con tanta frecuencia. Todas las noches, sí, pero asistir al matinée.... Las horas trotaron lentas, monótonas. A las cuatro comenzó a vestirse. Frente al espejo, mirándose, soñó apasionado con ella...

¡La imposible!

Cuando su precipitada coquetería no le dictó más detalles, salió. Cruzó las calles con toda lentitud, para llegar al final de la función. Llegó al teatro, descolorido y tristón bajo la franqueza de la luz diurna.

En el camarín de los hombres, encontró algunos cómicos. Pronto llegó Lorca.

—Buenas tardes.

—Ah! Samuel, ¿Ud. aquí? Buenas tardes.

—¿Saldrá pronto?

—Ya!

Comenzó Lorca a vestirse, hablando con Samuel de teatralerías. Adentro, en la sala, redoblaban las risas y los aplausos, anunciadores del final de la obra.

Comenzaba a refrescar la tarde picaresca y olorosa de verano.

Vestido Lorca, salieron del teatro, cuando concluía la función, y el público, oliendo a fiebre y a sudor, se desparramaba por las calles.

Fueron hacia el paradero del tranvía. Andando lentamente. Enredaban una charla correcta y jovial. El vientecillo sensual de la tarde de verano, dejaba su tibieza en el cuerpo y en el espíritu. Comenzaban a cerrar las puertas del teatro. ¡Pronto saldrían ellas! El tranvía aún no aparecía. Se impacientaba Lorca. ¡Vaya un servicio!

¡Ellas!

A lo lejos, menuditas, encantadoras. Mientras se acercaban, Samuel fingía la más absoluta indiferencia, y allá en sus adentros las campanitas del corazón, cantaban gloria. Subieron las chicas al tranvía, y desde una ventanilla Adriana saludó cariñosísima. ¡No cabía duda!...

XVIII

—¿Vas, Samuel?

—He invitado a Arnaldo a ir al teatro.

—Sí, pero antes iré al centro, al Correo.

—¿Nos juntamos en la puerta?

—Ya.

Partió solo Samuel. Era una noche fría de Febrero, tristona y sin estrellas. Era mentira su disculpa. No iba al Correo. No tenía a qué ir. Era un capricho de él, uno de esos tantos caprichos de apasionado. Quería ir a ver pasar el tranvía en que ella —la linda—llegaba, para observarla desde la calle sin que ella se supiese observada. ¡Qué infantil aquello! Cruzó el Mapocho que pasaba monologando bajo los puentes, y se dirigió a la calle San Antonio. Allí, en la sombra, esperó. Venían los tranvías lentamente. El 12, el 11, el 14... ese podía ser. Aguardó impaciente, chupando con nerviosidad un cigarrillo. Nadie en la calle. Soledad ensoñada y romántica. Pasó el 11, también el 14... nada... iba vacío. Desencantado volvió a mirar al extremo de la calle. Venía un 21, un 19... otro 14.... Esperó inquieto el torturado amador. De lejos del teatro, llegaba un trozo de vals melancólico y doliente: música vieja y repasada que todas las noches gemía con poco de lirismo callejero sobre su amor desesperado. El ruido de los tranvías que se acercaban borró la música. Pasó el 21 y el 19. En el 14, aunque venía lejano, podía verse que traía pasajeros. Podían ser ellas. Temblaba él esperándola. ¿Hasta cuando la idolatraría el eternamente loco?

Pasaba el tranvía... ¡Ellas!...

Preciosísima! Iban todos con ella. Se alejó el tranvía sollozando en una curva. No lo vieron. Echó a andar Samuel, por las aceras obscuras. A lo lejos la puerta iluminada del teatro, ardía. Se detuvo el tranvía cerca del teatro, y bajaron. Su silueta lejana le enloqueció de amor!...

XIX

Llegó al teatro Samuel, vibrando de lirismo y de amor, por esa música populachera que era la síntesis de toda su juventud, de todos sus sueños, y de toda su quimera soñada en la sombra y que ahora estallaba en luz....

Encontró a Lorca en la puerta.

—Oh, Samuel, buenas noches.

—Buenas noches.

—¿Y Arnaldo?

—Debe venir pronto.

Guardaron silencio. Entraba el público cursilón y pretensioso—espejo del barrio.

—¿Sabe nuestra novedad, Samuel?

—Novedad, ninguna.

—Nos vamos a Concepción.

—¿Se van?

—Sí, pasado mañana.

—Ah!...

Callaron. Desconcertado, Samuel, preguntó:

—¿Por cuántos días?

—¡Quién sabe! Una buena contrata... por algunos meses será...

—¿Después?

—¿Después? Vaya... A otra parte.

Se iba. Se iba ella. Se iba!

—¡Hola Samuel!

Llegaba Arnaldo.

—Buenas noches.

—¿Entremos?

—Entremos.

Entraron. La sala estaba llena. El ambiente estaba sensualmente tibio. Buscaron butacas cercanas al escenario.

Se iba!

La magnífica quimera que había iluminado sus interminables horas de errante y de loco ensueño, rota para siempre por un adiós!

Se iba!

Al compás de la música Samuel hilvanaba desconsoladas divagaciones, que le hacían estremecer.

La noche tuvo para Samuel un encanto

¡Se iba ella!... ¡la triste!... la imposible... y se iba para siempre...

En la puerta esperaban Adriana y Julia, enloquecedoras...

de crueldades y apasionamiento, locamente venenosos. Ella, al salir a escena, le miraba, le miraba, le miraba... ella ¡la imposible!

Se iba!

Cuando terminó el último acto, entraron Samuel y Arnaldo, al camarín de Lorca. Conversaron, mientras este se vestía, de todas esas vaguedades sentimentales que ponen en los labios los adioses.

Lorca inconscientemente cruel—hablaba de sus proyectos, de sus futuras noches triunfales... En Concepción harían "Marina", "El Anillo de Hierro", "La Sangre Moza"...

Salieron andando lentamente. En la puerta esperaba Adriana y Julia, enloquecedoras con sus boas, que dejaban sólo visible los ojos preguntones y apasionados...

—¿Se van?—le preguntó Samuel.

—Sí, pasado mañana.

Esa había sido la última función; no habían anunciado la despedida, por tratarse de un caso imprevisto... Se iban...

Echaron a andar por las calles desiertas. Atrás quedaba el teatro, negro y solo.

Se iba!

Parecía imposible... así... de improviso...

—Bueno, aquí les dejo...

—¿No nos acompaña Samuel?

—No puedo.

Prometiéndose escribirse con Lorca se despidieron. Ella, muy cal'adita, le dió la mano...

—Que les vaya bien.

—Felicidad.

—Gracias.

Se separaron. En una esquina quedó Samuel, viéndolas alejarse.

¿A dónde ir? ¿A dónde ir? Y sin saber, furtivamente como un ladrón, echó a andar tras ellos...

¿Y Arnaldo? ¿Dónde había quedado? En algún bar, el imbécil. Y siguió andando tras ellos...

La cuestión de Ulster, juzgada por un Irlandés

Con su bigote blanco y su tenida impecable, Mr. Víctor Collins parece un "gentleman" inglés: pero cuidado con preguntarle en cuál calle de Londres ha nacido o a cuál secta protestante pertenece. Una vez lo vimos levantarse ante alguien que le había hablado de su origen sajón, y, quitándose los anteojos, exclamar, rojo de cólera:

—Me ha llamado inglés, me ha dicho protestante... ¡Y todavía vive!

Es irlandés y católico hasta la médula de los huesos. Cuando dice, con la dificultad del que conoce un idioma por los libros:

—No tengo una gota de sangre en mis venas que no sea céltica—pone tal énfasis en sus palabras, que parece no haber aprendido castellano sino para pronunciarlas.

Recordamos un paseo que hicimos con él bajo los árboles de un maravilloso parque cerca de Santiago. Mr. Collins caminaba absorto en la contemplación de la naturaleza, con esa exaltación interna de los hombres del Norte, que se manifiesta por un silencio cerrado y vehemente. De pronto, detúvose y dijo, extendiendo los brazos:

—En mi patria no hay nada de esto, ni de árboles, ni flores, ni frutas; todo son rocas desnudas. Pero es mi patria!

Da detalles ingenuos y emocionantes de la vida que lleva en la verde isla de sus mayores, donde cada cual siembra por sus manos y cosecha las legumbres que le han de alimentar y "si no trabaja, no puede vivir".

Pero no comprenderá perfectamente el carácter de Mr. Collins—ni de sus compatriotas a quienes representa de una manera magnífica—el que no lo haya visto oir misa. Se abstrae delante del altar y con el libro de oraciones en la mano, va siguiendo tan paso a paso los ademanes del sacerdote, que parece unido a él por hilos invisibles.

Ante aquella fuerza de convicción, se comprenden los heroísmos de los antiguos fanáticos y se explica la milagrosa resistencia de ese pequeño y débil pueblo que desde hace setecientos años—como va a decírnoslo en seguida el señor Collins—ha sido el único que se ha opuesto de una manera abierta al poderío inglés.

Al iniciarse las cuestiones del Ulster, creímos que Mr. Collins tendría muchas cosas interesantes que decirnos sobre el problema del Home Rule y le dirigimos una carta, pidiéndole informaciones. Por la respuesta se verá que no nos engañábamos. Lamentamos solamente que no nos haya sido dado tra-

Un rebelde del Ulster

ducirla con la sobria y profunda elocuencia del original.

Relaciones anglo-irlandesas.—En contestación a su carta en que me pide opiniones e informaciones sobre la cuestión del Ulster, me es grato decirle que aprovecho esta ocasión de publicar mis ideas sobre la materia con tanto mayor placer cuanto que me ha tocado comprobar muchas veces, desde mi llegada a Chile, que aún en los círculos mejor informados se desconoce el estado actual de las relaciones entre Inglaterra e Irlanda. No necesito decirle que yo asumo toda la responsabilidad de estas declaraciones que hago con mi firma.

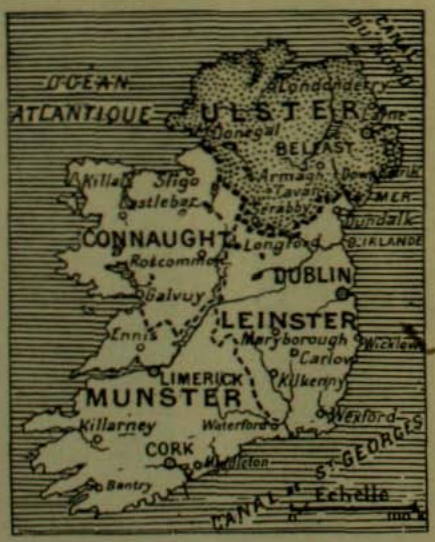
En primer lugar, pocos recuerdan que entre estos dos países se halla trabada una guerra de setecientos años, una guerra en la cual el más fuerte de ellos ha abrigado siempre el propósito deliberado, aunque infructuoso, de destruir al otro. A mis ojos, esta lucha aparece como la vieja lucha entre el poder y el derecho, entre la noche y la luz, entre la injusticia y la justicia.

Estoy de acuerdo con muchos eminentes escritores ingleses al afirmar que durante siglos, Inglaterra ha usado de la fuerza bruta de las prisiones, de los tormentos, de las depredaciones legales, de todas las formas concebibles de la tiranía para destruir hasta la existencia de la raza irlandesa. Mr. Gladstone, que estaba lejos de ser amigo de Irlanda, expresó todo esto con una elocuencia incomparable en los discursos de que precedió sus dos bills del Home Rule, cuando os abrió los ojos y, desgraciadamente, muy tarde, quiso remediar el mal que había hecho a su propio país y a Irlanda.

Siglo tras siglo, Inglaterra ha enviado al destierro y al calabozo a los nobles irlandeses que se mantenían firmes en la causa de su país y ha oprimido a los que se estaban quietos por una serie de leyes que el grande orador antes nombrado, calificó como "las más infernales salidas de cerebro humano". El resultado de esta sistemática opresión no ha sido nunca mejor definido que cuando Lord Macaulay formuló la observación de que los descendientes de los antiguos reyes de Irlanda podían verse de vendedores callejeros, en la ciudad de Dublin...

Pero tan superior como la inteligencia a la materia es el idealismo al realismo, y el espíritu irlandés lejos de aniquilarse, se mantiene tanto o más activo hoy que en las pasadas centurias.

Desde Trafalgar, Inglaterra ha sido la señora de los mares y ha dirigido el comercio universal. Aliada al poder financiero de los judíos, ampliamente representados en el actual Gabinete por Lord Crewe, casado con lady Peggy Primrose, cuya madre es una Rosthchild; por Herbert Samuel, Ministro de Correos; por E. S. Montagu (algunos se disfrazan con nombres normandos) en el Consejo de Indias, y por el último Attorney-General Rufas Isaac, ahora Ministro de Justicia, Inglaterra se ha encaminado a la dominación universal apoderándose de los mercados del mundo. Su política en esta materia ha sido astuta y de larga vista. Durante la guerra civil americana destruyó el poder marítimo de Estados Unidos por medio del incendio y armando corsarios que lo hostilizaran, mientras ahora busca una alianza del mismo país en previsión del conflicto con Alemania, cuyo desarrollo comercial la tiene alarmada. Sus posesiones y colonias se extienden por todo el globo: suyo es el Canadá, suya la India y suya Sud-Africa, gracias a una guerra en que ma-



De todas las provincias de Irlanda, la de Ulster es la única que rechaza el "Home Rule"

sacró a las mujeres y a los niños, cuando no pudo someter a los hombres; le pertenece todo un continente, Australia; y gracias a infundadas pretensiones, hechas valer por fuerza, domina en el Egipto. A España le ha quitado Gibraltar, a Italia, Malta; hace pocos años, ante la perspectiva del Canal de Panamá, quiso comprar las islas ecuatorianas de Galápagos, pero una oportuna advertencia de la cancillería francesa a Washington impidió el negocio y por una vez siquiera la doctrina Monroe aprovechó a Sud América y ató las manos de Inglaterra. Me parece admirable que no haya pretendido apoderarse de las islas de Juan Fernández, pertenecientes a Chile.

Un mil voluntarios desfilan en son de protesta por las calles de Belfast

Por toda la tierra, en los lugares más escogidos, resuena el "rat-tat-tat" de los tambores ingleses, y bajo todos los soles, el pabellón de la Unión-Jack ondea sobre cabezas sumisas... ¿Bajo todos los soles? No. En un sitio clavado en el corazón del Imperio (peligrosa vecindad para cualquiera) hay quienes se yerguen rebeldes a la faz del mundo. La nación que desde hace setecientos años gime bajo la fuerza y se retuerce bajo un pie que la aplasta sin clemencia, permanece todavía libre en espíritu y por tanto invencible. La prensa del mundo en la actualidad está llena con las relaciones anglo-irlandesas. Es el punto débil del Imperio británico, y los ingleses lo conocen y los últimos acontecimientos lo han mostrado a todo el mundo. Contra el poderío mundial de los ingleses, levántase el idealismo de los irlandeses, figura terrible, porque representa lo mejor de la naturaleza humana y simboliza la voluntad de Dios, de que cada raza siga su destino y luche por la felicidad sin someterse a la brutal dictadura de otras.

Algo sobre Ulster.—Esta provincia fué despoblada por Jacobo I (el hijo de María Stuart), y colonizada por paisanos de Escocia. Los escoceses que pasaron a Irlanda eran de la misma sangre y lengua que los naturales del país; pero difer[illegible]ían en re[illegible]ón, pues los primeros habían aceptado la Reforma y los segundos permanecían fieles a la verdad católica. Esta inmigración fué una política deliberadamente seguida por los estadistas ingleses, que eran los hábiles y los más inescrupulosos de su tiempo. Introducir la discordia religiosa en un país sometido hasta entonces a una sola fe, era indudablemente malvado, pero al mismo tiempo era diabólicamente hábil. Sin embargo, el efecto de esta medida, entonces terrible, casi se ha desvanecido al presente. Irlanda posee un gran poder de asimilarse los elementos extranjeros y actualmente el Ulster mismo envía al Parlamento británico una considerable mayoría de partidarios del Home Rule. En las últimas elecciones generales, los votos favorables al Home excedieron en cien mil a los unionistas.

Por esto me sorprende mucho la noticia leída en los telegramas de los diarios chilenos de que ciento cincuenta mil voluntarios del Ulster están dispuestos a tomar las armas y batirse por la Unión. ¡Una buena parte de esos héroes no quisieron tomarse

la molestia, en las últimas elecciones, de ir a depositar su voto en favor de la causa por la que ahora se hallan prontos a morir!

Sir Edward Carson ha ido muy lejos al querer buscar elementos de ayuda en las disidencias religiosas y la prensa ha dado demasiado crédito a sus pretendidos éxitos.

Precisamente acabo de leer en los diarios chilenos algo que viene en apoyo de mi afirmación y es la noticia del gran meeting protestante que va a realizarse en Ulster contra las calumnias de sir Edward Carson y sus ataques a los súbditos católicos. Esta manifestación sería dirigida por notables protestantes, como sir Roger Casement, que fué enviado poco ha por el Gobierno para investigar las atrocidades del Putumayo, por el capitán White, hijo del último Fel-Mariscal White, aquel general irlandés que salvó el honor del Ejército británico con su heroica defensa de Lady-Smith en la guerra boer. Pero el más importante personaje de Ulster es sin duda alguna Lord Pirrie, jefe de los mayores astilleros del mundo, "Haviands and Wolf of Belfast", que construyeron el "Oceanic", y el desgraciado "Titanic". Lord Pirrie, cuya fortuna es enorme, es al mismo tiempo protestante y partidario del Home Rule. Hace pocos días he recibido una carta de Belfast, que dice: "Se encontraba Lord Pirrie en su casa, en compañía de su señora y de varios amigos, cuando uno de éstos, acérrimo unionista, le dijo a manera de broma:

—Si acaso pasa el bill del Home Rule, Mylord, Ud. será el primer hombre que arrojaremos de Belfast.

Lord Pirrie sonrió; pero lady Pirrie replicó en el acto:

—Y cuando Uds. hayan arrojado a mi marido de Belfast, ¿a quién le pedirán alimento los veinte mil hombres que de él dependen? ¿A sir Edward Carson o a Lord Londonderry?"

Lord Londonderry desciende de Lord Castttereagh, el cual, en 1800, se compró a la tristemente célebre mayoría de aquel Parlamento irlandés que aprobó la unión de Inglaterra e Irlanda, decretando su propia disolución. Lord Byron lo llamó "el infame Castttereagh" y escribió para él un epitafio que no puede ser reproducido en los periódicos de este tiempo. Andando el tiempo, Castttereagh se suicidó, degollándose y Lord Byron dijo que igual cosa había hecho antes con su país...

Sir Edward Carson, el jefe del gobierno unionista y Ministro de la Guerra. Va de pueblo en pueblo perorando en contra del "Home Rule"

El espíritu del Ulster de hoy—el Ulster partidarista, no del Ulster protestante—es el mismo de Castttereagh, de intolerancia, odio y prejuicio.

¿Quién es sir Edward Carson?—Desciende de un oficial que pasó a Irlanda con Oliverio Cronwell. A diferencia de los descendientes de los cronwellianos, todos partidarios del Home Rule, ha conservado intacto el sentimiento anti-irlandés de aquel hombre notable, que sintetizaba su política en una frase: "Al Infierno de Connacht con todos los irlandeses católicos". Connacht es la más pobre y la más católica provincia de Irlanda.

Sir Edward Carson estudió leyes en Inglaterra y fué reconocido como uno de los más hábiles abogados del reino. El último Gobierno conservador lo hizo "Attorne y General", el más alto consejero legal de la corona. Su talento iguala al odio y veneno que guarda contra su madre patria.

Al principio, en Londres, fué muy liberal; pero luego comprendió que sus méritos serían mejor apreciados entre los conservadores donde, por lo demás, todo podría faltarle, menos el dinero. Así, pues, se hizo conservador y obtuvo un gran éxito.

Carson es ambicioso y aspira a los primeros puestos de Inglaterra.

Guerra religiosa.—Se ha dicho en Chile que es de temer el advenimiento de una guerra religiosa con motivo del conflicto del Ulster...

Mi opinión es que cualquier conflicto que pueda sobrevenir estará exento de carácter religioso, y para comprenderlo basta observar los elementos que se encuentran en lucha. Por el lado de los unionistas, están los más altos personajes protestantes de Inglaterra e Irlanda, los ricos terratenientes católicos de la nobleza de Irlanda; y los católicos ingleses encabezados por el duque de Norfolk, su hermano Lord Edmond Talbot, lord Gainsborough, etc., etc. Por el lado de los partidarios del Home Rule, tenemos a la masa del pueblo irlandés, que es católica, un número muy influyente y considerable de protestantes del Ulster, todos los irlandeses católicos residentes en Inglaterra, que forman el 90 por ciento de la población católica del reino y la totalidad del partido liberal inglés, entre los cuales muchos no tienen religión y los que la poseen son los no-conformistas, protestantes tan extremados que no aceptan la Iglesia establecida, porque la jerarquía de Obispos y Arzobispos y las ceremonias del incienso, vestiduras y cánticos religiosos, hueles a papismo.

Como se ve, no son estos discordantes elementos los más a propósito para formar las filas de una guerra religiosa.

Sir Edward Carson, demasiado inteligente para no verlo, ha llevado otro propósito al levantar el estandarte de la religión y es el de dividir a los enemigos, apartando de los católicos a los protestantes partidarios del Home Rule. Si acaso lo consiguiera, Carson se convertiría inmediatamente en el primer hombre del partido conservador, sería jefe del Gabinete y habría otra rebelión en Irlanda.

Pero aún en este supuesto, se presentan muchos peligros futuros y nuevos para Inglaterra.

El Partido del Trabajo es ardientemente partidario del Home Rule, porque el Rome Rule significa el desarrollo de las industrias irlandesas y el fin del influjo de Inglaterra sobre el hambre de Irlanda.

Y precisamente éste es uno de los defectos del bill del Home Rule: arroja a Irlanda, naturalmente católica y partidaria del principio de autoridad, en brazos del Partido del Trabajo, que es primo hermano del socialismo, y ambos los más encarnizados enemigos del capital británico.

Aún por este capítulo, Irlanda se alza como un peligro para el coloso que tiene dominado el mundo.

¿Cómo terminará el conflicto en Irlanda? —Mi contestación a esta pregunta es que el conflicto no ha cesado nunca ni cesará mientras Inglaterra nos tenga las manos en la garganta.

¿Y cómo perder la esperanza de apartarlas?

Hace muy pocos años que murieron Michall y Davitt y Parnell...! Y ellos trastornaron el Imperio Británico con sus reformas; arrancaron al Gobierno una ley territorial que hizo a los paisanos irlandeses dueños de la tierra que cultivaban; indujeron al gran Gladstone a cambiar de vías; deshicieron para siempre la fábula de que el Parlamento Británico es la más libre de las instituciones. Antes de ellos no existía la clausura: ellos la impusieron, y la Cámara de los Lores hubo de someter sus le-

El lema de los unionistas: "Un solo rey; una bandera; un parlamento"

Adiestrando la puntería de los voluntarios reclutas

yes a su voluntad. No pudieron hacer más de lo que realizaron.

Es cosa que asombra cuán poco sabe el mundo el mal que han causado los irlandeses a Inglaterra.

A la octava plaga, Faraón dejó marchar a los israelitas: nosotros, los irlandeses, somos más que la novena plaga de Inglaterra, somos la plaga constante, interminable... y sin embargo no quieren dejarnos...

"Por Senderos de Amor" Novela de Honorio Henríquez P.

El autor presenta ésta su primera novela como una obra exhumada a los seis u ocho años de escrita. Es un libro de juventud, descuidado, difuso y sentido, en que se retrata la vida artístico-estudiantil de la generación ya madura. Es lástima que la falta de concentración de que adolece no lo autorice a presentarse como un documento histórico de ese interesante período nacional. Vemos, sin embargo, esbozadas, y a veces con acierto, escenas de la época, tan cercana y no por eso muy semejante a la actual. La vida de bohemia es simpática, irresistiblemente simpática... sobre todo en el libro. Las características del bohemio, refractario al método, despreocupado, amigo generoso y amante lírico, interesan de seguro más al lector que al espectador. Por este concepto, la novela de Honorio Henríquez, se hace leer con agrado y a ratos con sentimiento, en la acepción más favorable para él.

El personaje principal de la novela debiera ser ese Darío Marín; en que parece estar lo más directamente observado de la obra, pero del conjunto resalta con más relieve dramático el tipo de aristocracia enigmático y profundamente femenino, de Olga. Sospechando todo lo que hay de inducción, y en consecuencia de aventurado en la psicología de la amada ideal del protagonista, aún así ella nos interesa y nos conmueve. El refinamiento de cierta juventud de la clase media, el cultivo de su espíritu y las alas que su talento da a su ambición, hacen más frecuente de lo que se cree el caso de *le ver amoureux d'une étoile*. Naturalmente, ¿quién puede apreciar con más intensidad el encanto de una mujer distinguida, bella, inteligente, que el hombre que sea un poco artista pese a su inferioridad de nacimiento o de fortuna!

El punto crítico de la cuestión consiste hasta hoy en que, al imaginar un sujeto de humilde origen que "justifique" sólo en virtud de sus condiciones de talento y de carácter, su pretensión a hacer buena presa, no siempre el autor acierta a justificar su postulado. Algo de esto le ha ocurrido al novelista de "Por senderos de amor". Las brillantes condiciones de Darío Marín no se nos muestran ni en sus palabras ni en sus actos. Conocemos sus estudios por sus resultados, pero no prueba alguna escrita. Ahora, su expresión es como la general en los diálogos "abocetados" de esta novela, descolorida e incoherente.

He ahí concretada mi opinión sobre el libro de Honorio Henríquez. Que su franqueza exprese mejor que cualquier elogio exagerado, la confianza que inspiran las cualidades del novelista. La sinceridad, para quien se aprecia y para quien sea capaz de estimarla.

E. M.

CON DESPACHOS

Aventura de la guerra del porvenir

Por

FRANCIS V. SMITH

Ilustraciones de Gordon

—¡Maldito viento, Barrington! dijo el brigadier Canning, echando una ojeada al mapa, sobre la mesa de campaña. Pero cualquiera que sea el peligro, Ud. debe partir... Sentiría que Ud. pereciera... No hay en el ejército muchos oficiales como Ud.

Barrington, del Cuerpo de Voladores, asintió sin decir nada. Era un hombre de ideales sencillos y de pocas palabras, y sabía que no quedaba otro camino. Frunció, no obstante, el entrecejo, al escuchar los rugidos del viento afuera de la tienda de campaña.

Cuando las fuerzas británicas fueron enviadas precipitadamente al través del Canal de la Mancha, para socorrer al aliado francés, muy pronto ambos ejércitos combinados, lograron rechazar al invasor alemán, al través de la Francia septentrional, hasta muy cerca de la frontera.

Entonces ocurrió un repentino descalabro. Decenas de millares de enemigos, disponibles merced a un súbito cambio de la situación diplomática en el oriente de Europa, se habían precipitado sobre la frontera, y un considerable cuerpo de tropas logró tomar posiciones en la ancha brecha dejada entre los ejércitos franceses del Norte y del Este, cortando a la vez las comunicaciones de aquéllos con la vanguardia de las fuerzas británicas.

La división Canning fué entonces destacada, para efectuar un peligroso reconocimiento, lejos... demasiado lejos acaso del ejército inglés, y se encontró en inesperado contacto con la vanguardia de un cuerpo alemán. Inferior en número al enemigo y con sus filas diseminadas después de varios combates, no quedaba a Canning otra alternativa que la retirada. Sus exploradores ciclistas habían sido capturados o rechazados, sin haber podido llevar hasta el ejército francés del Norte, la nueva del peligro.

El brigadier se inclinó una vez sobre los mapas, golpeando la mesa con su lápiz, y la macilenta luz de la única lámpara que alumbraba el interior de la tienda, dibujó sus belicosas facciones en enérgico relieve. A Barrington le pareció que su jefe había envejecido diez años en pocos días.

—Así es... Barrington, dijo al fin. Trenck ha cambiado sus planes, si es que alguna vez los hemos conocido en realidad... Nos han engañado por completo, y si no podemos dar aviso al general Lemoine, cortará sus comunicaciones con nosotros y lo arrojará hacia el Norte... Por lo menos lo amaga una división y nada sabemos de él hace tres días. ¡Dios sabe lo que le habrá ocurrido! Pero si logramos advertirle con tiempo, y ponerlo en guardia hasta la llegada de la división Didier, el negocio cambiaría totalmente de aspecto. Lemoine debe tener los despachos a las siete de la mañana.

Barrington hizo un rápido cálculo mental.

—El viento soplará en mi contra, a razón de cuarenta millas por hora, dijo... Mi máquina sólo desarrolla una velocidad de cincuenta y cinco... No podré avanzar sino quince millas por hora... Más o me-

nos me alcanzará el petróleo para siete horas... Muy bien... Si no me detienen, el general Lemoine tendrá los despachos a las seis.

—Magnífico! dijo el brigadier... dándole los papeles. Parta Ud. inmediatamente. No olvide que el general Lemoine debe tenerlos **a toda costa.**

Barrington asintió con la cabeza, y se dirigió al través del helado viento de la noche hasta el pabellón que protegía su precioso biplano, sin uso ya desde hacía nueve semanas. Su transporte había costado una cantidad escandalosa de petróleo, pero todo estaba ahora justificado.

Se sentó en un tronco de árbol a vigilar a sus zapadores, últimos restos de toda una compañía de ingenieros, que trabajaban ahora en armar el biplano. Brillaba la luna, y la tarea avanzaba con la precisión alcanzada en una larga práctica, usando de vez en cuando una linterna cuidadosamente oculta, siempre que la luz de la luna no era suficiente para ciertas labores delicadas. La máquina quedó lista muy pronto.

Barrington recapitulaba sus instrucciones, contemplando la máquina voladora que yacía ante él. No le agradaba gran cosa el negocio, porque el viento era peligroso y endiabladamente frío, para volar; pero los riesgos son el lote del aviador, y lo que más sentía era abandonar temporalmente su mando. Agregado, merced a su excepcional capacidad, a una aguerrida brigada que contaba con muy pocos oficiales, había sido promovido a capitán de compañía, y abandonado temporalmente sus funciones de explorador aéreo.

—¡Pícara suerte tener que abandonar mi compañía! reflexionaba.

Estaba su compañía compuesta de doscientos aguerridos veteranos, único resto de una docena de batallones destrozados. Lleno de entusiasmo había trabajado en adiestrarla semanas y semanas, hasta convertirla en núcleo compacto y disciplinado. Los soldados se hallaban, es cierto, enflaquecidos por el hambre y la fatiga, pero tenían la conciencia de su valor, eran verdaderos hombres de guerra desde la punta de los cascos hasta el extremo de las botas, y el oficial que los había así formado, se sentía justamente orgulloso de su obra.

El biplano, ya completamente armado, esperaba su inspección.. Registró con cuidado, a la luz de una linterna eléctrica, cada uno de sus alambres y tornillos, y sondeó prolijamente los estanques. Era necesario tomar toda clase de precauciones al partir, porque el ruido y la azuleja llama del aeroplano, podían atraer los tiros de los cañones enemigos, apostados en los cerros vecinos, y era necesario estar en el aire en pocos segundos después del primer ruido de la hélice, si quería escapar con el aparato intacto.

—¿Está ya todo listo, Barrington? preguntó el teniente Ferris, acercándose.... A la verdad sientes partir, ¿no es así?

El otro se sonrió, mientras colocaba su casi exhausta caramayola en un compartimento del aeroplano.

—Es mi mala estrella, Tomás, dijo... Van Uds. a tener mañana un día duro.

El otro asintió gravemente. Sabía muy bien, lo que iba a ocurrir en cuanto el enemigo se diera cuenta de la debilidad de su antagonista.

Barrington cargó lentamente, el almacén de su enorme revólver-carabina, acostó un rifle en el fondo del biplano, y se arropó él mismo en la pesada chaqueta que Ferris le había traído... En dos minutos quedó transformado en una especie de fajada momia humana, en una figura parecida a la de los exploradores árticos. Se encaramó ágilmente al asiento del biplano, cogió la rueda del timón y consultó uno a uno todos los instrumentos indicadores.

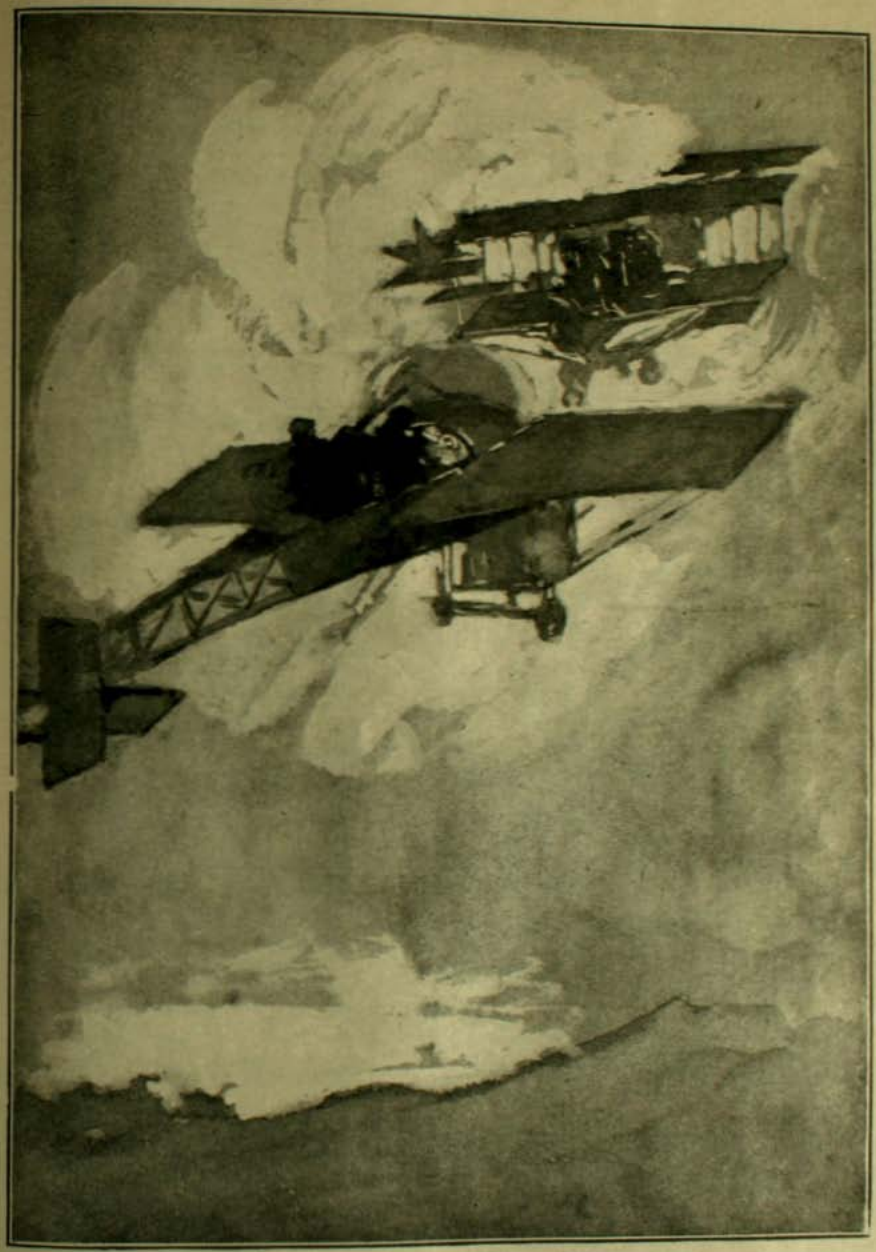
—¡Listo! exclamó.

Ferris se puso de pie e hizo una señal con la mano, a los zapadores que tenía a sus órdenes. Media docena de ellos cogieron la cola del aparato, y otro se dirigió hacia la enorme hélice.

—Dispérsense Uds. inmediatamente que yo haya partido, si quieren salvar sus vidas, dijo Barrington.

Ferris asintió con la cabeza. Ambos sabían que al primer resplandor arrojado por el motor del aeroplano, caería sobre el sitio una lluvia de proyectiles.

La hélice se balanceó una, dos, tres veces, y en seguida el ruido estrepitoso del aparato rasgó las sombras de la noche, repartiendo sus ecos en todos los confines del valle. Bastó un ligero movimiento de la mano de Barrington, para que el biplano partiera a la carrera, cerro arriba



Y en un segundo estuvo encima de la máquina enemiga

y se elevara del suelo en menos de veinte yardas. Helo aquí ya volando en el aire sombrío, llevando su mensaje.

Barrington giró lentamente en un amplio círculo, esperando los disparos del enemigo. Una roja llamarada rompió la obscuridad de los cerros, y una granada vino a estallar en el propio sitio que el aviador acababa de dejar... Luego siguió otro tiro, y en seguida muchos más.

Barrington sonrió, sabiendo como sabía cuán poco probable era apuntar a su aparato pintado de gris, a la luz de la luna. Movió en seguida suavemente la rueda y se dirigió en derechura, sobre la batería enemiga a unos trescientos metros de altura, pero subiendo siempre. No le pareció necesario continuar llevando como peso inútil las tres bombas cónicas de que estaba provisto el aeroplano; así, ajustó el espejo de su telescopio, y oprimió un botón, al pasar encima de los cañones...

Una llamarada brotó hacia abajo, seguida de una explosión sorda, y ahora sólo tres cañones respondieron. Otro amplio círculo, otra explosión, y la batería quedó en silencio.

Arrojó la tercera bomba, desde una altura de seiscientos metros, voltejeando siempre, y entonces se orientó, para tomar la dirección debida. Al dar la vuelta, se encontró de frente con el viento que soplaba rectamente del helado Este y parecía paralizarle la sangre de las venas... Entonces tomó rumbo, guiándose por el viento y con ayuda del compás que brillaba suavemente en la delantera del aeroplano. Desde los destacamentos enemigos se levantó el estruendo de disparos de rifle; pero las balas no le alcanzaron, y pronto se encontró muy lejos detrás de las líneas de fuego.

La experta mano sobre la rueda, trató de apreciar la fuerza y naturaleza del viento con que por siete horas había de luchar, y comprendió pronto que se trataba casi de un huracán. El aeroplano, vibraba y se estremecía, voltejeando vertiginosamente, tumbándose entre las ráfagas y los remolinos. Era una tensión constante de los nervios y de los músculos. La fuerza del aparato, que le impelía a razón de cincuenta y cinco millas por hora, quedaba reducida a un fatigoso arrastre, ante la fuerza de un viento de cuarenta millas.

La pálida luz de la luna, alumbraba apenas el paisaje, y el aviador hubo de resignarse a volar no tan alto que no pudiera distinguir los pocos accidentes del terreno que la noche permitía divisar, ni tan bajo que le pusiera a discreción de las balas, porque los destacamentos enemigos ocupaban todo el valle, y él sabía que el ruido de su hélice sería oído a muchas millas a la redonda. Además, el frío del helado ventarrón le penetraba hasta la médula de los huesos, a pesar de su abrigo, entumeciéndole los músculos, de cuyo vigor necesitaría por horas y horas. Era, por cierto, una terrible noche para volar.

Un opaco e indeciso panorama de cerros y valles, se iba desarrollando delante de él a medida que avanzaba, siguiendo la estrecha línea blanca de la carretera. De cuando en cuando sentía el estampido de un fusil en medio de la obscuridad, y una bala pasó silbando a pocos pies. Más allá del valle se extendía una meseta descampada, y allí el viento se hizo más sutil y traicionero. A medida que lentamente iba dejando atrás las millas, sus ropas le parecían más ligeras y acabó por no sentirlas... Su cuerpo se estremecía como si estuviera desnudo, expuesto al helado soplo del cierzo.

Se encontraba encima de Lafleche... Reconoció el campanario destacándose entre los techos agrupados... Había avanzado sólo dieciocho millas... Sintió entonces el estampido de otro rifle, y una bala atravesó los planos del aparato... Era necesario subir más arriba.

Alzó la rueda directora, y se elevó hacia las alturas, temblando de frío.... Ahora era más difícil divisar la tierra, y por dos veces perdió de vista la carretera, pero con auxilio del compás y la guía del viento, supo conservar el rumbo del Este.... Bastábale mantenerse rectamente en contra del huracán... Con la mano izquierda sobre la rueda, se frotaba la derecha contra su pecho, tratando de hacer afluir la sangre a sus dedos entumecidos... El gris e indeciso panorama continuaba desfilando lentamente hacia atrás. Parecíale encontrarse inmóvil en un mundo de helado viento, mientras el universo corría debajo de él...

Aquel esfuerzo monótono, lento, mortal,

empezó a perturbar su cerebro; milla tras milla sobre la inacabable llanura iluminada por la luna, desafiando aquel viento implacable que le penetraba el cuerpo, helaba sus miembros y acabaría por entumecerlo y fatigarlo. La pesada letargia del frío cayó sobre él y hubo de luchar contra ella, con todas sus fuerzas, porque esa letargia era precursora de la muerte, y lo que es peor, del fracaso. Trató de cantar, pero la voz se le entumecía en la garganta, y continuó silencioso su vuelo al través del eterno frío.

Se encontraba ya exhausto, cuando un suavísimo fulgor hacia el oriente, le anunció la venida de la aurora. Un suspiro de alivio se le escapó del pecho. La atmósfera iba tornándose gris, y la luna empalidecía ante la luz de la aurora. Otro movimiento del timón y subió más alto, con el corazón ligero, porque ahora podría divisar la tierra desde las alturas, sin el temor de ser alcanzado por las balas enemigas.

Abajo se extendía un grupo de casas, al rededor de una fábrica gigantesca, edificada a orillas de un riachuelo. Era Merigord; se encontraba, pues, en buen camino, recorridas ya cincuenta millas de su jornada. Pero la creciente rigidez de sus miembros le alarmaba... ¿Podría resistir aún, cuatro horas más? Y pronto, demasiado pronto, debía descender en busca de petróleo. La idea de esta necesidad más imperiosa a cada minuto que pasaba, le estremecía, pero sin que en su cerebro se fijara aún ningún plan para llenarla. Descender equivalía a la captura inevitable, porque los campos cercanos a Merigord, blanqueaban con las tiendas de un gran campamento. Fuerzas considerables del enemigo, a lo menos una brigada, ocupaban la comarca...

Al pasar sobre la aldea, subió a las alturas un prolongado alarido, y un fogonazo brilló en la tierra. El sordo fragor de un cañón de campaña, seguido por el estampido de muchos rifles, se le siguió, pero el aviador se encontraba a mil doscientos metros de altura, y escapó ileso.

Otro accidente del terreno llamó su atención, y se inclinó a consultar el mapa. Llevaba andadas cincuenta y cinco millas, la mitad de su jornada, y el perfil de los cerros que se dibujaban por delante, le indicaban que era llegado el momento del mayor peligro.

La tina del petróleo estaba ahora casi vacía. A lo más podría caminar otras dos millas. Desesperadamente exploró la tierra, buscando un refugio, y encontró al fin, cerca de una gran casa blanca, una pradera rodeada de grandes árboles que podía ocultarlo por algunos momentos. Escudriñó cuidadosamente la comarca con su anteojo, mientras el aeroplano volaba a la ventura, como protestando de que se le hubiera dejado sin dirección. No había destacamento a la vista. La gran casa blanca podía contenerlo, pero era preciso correr el riesgo.

Suspirando, casi gruñendo, bajó el timón de profundidad, y el biplano, inclinándose hacia tierra, se deslizó por el aire en dirección a los árboles, como una paloma que abate su vuelo.

La tierra se acercaba agrandándose. Los árboles rodeaban a la máquina, una rama alcanzó a rozar el timón... Pronto el aeroplano se encontró corriendo por una pradera en dirección a la casa blanca. Barrington se incorporó en el asiento, pero sus piernas se negaron a sostenerlo, y cayó en tierra incierto y temblorose. Con la pistola en la mano, arrojó una ojeada por el campo... pero no había señales de vida. Después de un corto tiempo, pudo ponerse en pie, y avanzó lentamente hacia la casa.

Ninguna voz oyó, al acercarse, ningún movimiento rompió la calma solemne de la mañana. A la luz de la pálida aurora el vasto edificio yacía en silencio, con sus puertas y ventanas desguarnecidas, como los ojos de un esqueleto. Atravesó la pequeña entrada del desierto jardín, y al fin del sendero, se abrió delante de él una puerta en la blanca muralla.

Penetró por ella en la semi-obscuridad del interior, tratando con ansiedad de percibir un ruido cualquiera; pero ni un rumor llegó a sus oídos; la casa se encontraba desierta. Hacia su derecha otra puerta conducía a una sala, y allí, sobre una mesa, había vino y algunos alimentos.

Barrington, por un momento, olvidó su misión, y comió con voracidad, sintiendo que la vida volvía a sus entumecidos

Despachos!... murmuró con el último suspiro

miembros. En seguida inspeccionó el frente del edificio, sin escuchar otro ruido que el eco de sus pasos. En una pieza destrozada, encontró la razón de aquel silencio. Ancha brecha se abría en la muralla y el suelo aparecía cubierto por los destrozos causados por una bomba que allí estallara. Era el salón, y entre los centenares de objetos que la coquetería femenil, gusta de adornar las habitaciones, yacían trozos de ladrillos y maderas destrozadas, que daban testimonio del desastre. Ese elegante interior, alcanzado por los horrores de la guerra, presentaba un conjunto a la vez poético y macabro.

En el jardín, frente a la casa, encontró hecho trizas un carro de artillería, y al lado del cañón desmontado, yacía un caballo muerto... Al rededor, el campo todo entero se encontraba cubierto de cadáveres... Barrington, sin duda, seguía a las fuerzas que pretendían cercar a la división a cuya salvación volaba.

Era aquella una casa demasiado grande para no poseer un "garage". Así pensaba Barrington mientras escudriñaba los alrededores. Una puerta destrozada le condujo al sitio deseado. El automóvil no estaba allí: Acaso lo habían requisicionado, o la familia había huído en él. Pero contra la muralla de la habitación, se alineaba una larga fila de tarros de petróleo, ampliamente suficientes para sus necesidades.

Mientras arrastraba pesadamente hacia el biplano uno de los barriles, se maravillaba de haber permanecido tanto tiempo sin que lo descubrieran... En ese mismo instante, muy lejos por el camino, divisó una blanca nube de polvo que se movía, y más abajo el brillo de armas.

—Al fin tenemos tropa allí, se dijo, conteniendo los latidos de su pecho.

Corrió al garage en busca de otro barril, y lo arrastró como pudo hasta el aeroplano.... La columna de polvo se había acercado más aún.

—Deben haberme visto venir desde Merigord, pensó, mientras desatornillaba las tapas de sus vacíos estanques.

Al través de una abertura del cercado, podía dominar hasta muy lejos el camino... Vió que la caballería se acercaba cada vez más.

¡Con cuánta lentitud penetraba el petróleo en los estanques! Agujereó convulsivamente las tinas con su cortaplumas, para dejar que penetrara en ellas el aire, pateando de impaciencia. A Dios gracias, tenía suficiente aceite lubricante; porque ya no había tiempo para buscarlo.

La polvareda se acercaba más y más; con ella el relumbrar de las lanzas... Se veía distintamente el galopar de los caballos. Arrojó la segunda tinaja ya vacía, y comenzó a atornillar las tapas, con nerviosa desesperación. La caballería bajaba a toda carrera la colina, y a sus oídos llegó el grito de un oficial... ¡Habían visto el aeroplano!...

Dos oficiales, acostados sobre el cuello de sus caballos, corrían a todo escape, llevando a la tropa una gran delantera; Barrington comprendió que lo alcanzarían antes de que pudiese emprender el vuelo... Cogió, pues, el fusil que yacía en el pico del aeroplano...

Escondido tras de las alas, se arrodilló con calma, y apuntó... Al estampido del fusil uno de los oficiales, deslizándose por el cuello del caballo, cayó pesadamente al suelo... Barrington volvió a hacer fuego, sin éxito esta vez... Con un grito de triunfo el segundo oficial, penetró en la pradera... Pero una tercera bala, trajo a tierra el caballo, y Barrington, arrojando su fusil, se plantó de un salto en su asiento.

En el mismo instante en que ponía en movimiento la rueda de partida, las tropas enemigas penetraban por la abertura del cercado, y los soldados, blandiendo sus carabinas, se precipitaban hacia el aeroplano. No había un segundo que perder... El ruido de la hélice apagó los primeros disparos de las tropas, y un momento después el biplano se cernía sobre los próximos árboles... Una descarga sonó abajo, y una bala atravesó el asiento del aviador... Más de doce agujeros aparecieron en la tela de las alas y uno de los aparejos voló hecho astillas, pero ya Barrington se encontraba lejos del campo, y un minuto más tarde fuera de tiro, y volando hacia el Este lleno de confianza. Las tropas galopaban en su seguimiento por el camino, pero, a pesar del viento, no tardó en distanciarlas hasta que abandonaron la persecución, desesperando de alcanzarlo.

Una vez traspasada la primera línea de cerros, Barrington se encontró volando sobre una suave pendiente que se exten-

día hasta las orillas de un río tortuoso, de caprichosos meandros. Lo reconoció en el mapa. Tenía aún que recorrer cuarenta millas más. Al otro lado del valle se levantaba una alta cadena de cerros, y conoció que era llegado el momento más difícil.

Entonces, de entre la indecisa bruma asolada que cubría los cerros, se levantó un objeto gris, pequeño, veloz, que se agrandaba rápidamente... El corazón del aviador latió con violencia. Había reconocido un monoplano del enemigo, especialmente equipado para competir con los aparatos como el que él montaba. Sin duda era enemigo; su cola lo mostraba; si hubiese pertenecido a los ingleses o a sus aliados, habría sido castaño, y no gris.

En los ojos de Barrington se pintó una resolución inflexible.. Sus labios sonrieron... Había recordado sus instrucciones:

—A toda costa...

Su vida no significaba nada... Era sólo un peón en aquella gigantesca partida de ajedrez.

No se le ocurrió la idea de huir... El monoplano enemigo devoraba el espacio y no habría tardado en darle alcance... No le quedaba otro recurso que subir muy alto, para no dar lugar al monoplano a lanzarle una bomba.

Comenzó, pues, a ascender en atrevida espiral, mientras el monoplano, recto, soberbio, vengador, se elevaba a su vez, como un gavilán persiguiendo a una garza. Barrington abarcó de una ojeada, a sus pies, la bulliciosa máquina, vomitando fuego, y el piloto inclinado, cuidadoso, rígido, sobre la rueda del timón, mientras tras de él dos hombres le apuntaban con sus fusiles. Una bala silbó al pasar junto a sus mejillas, y sintió una especie de alivio, al balancear su aeroplano en espera del próximo ataque.

Montó su pistola, pobre arma para batirse contra fusiles, pero no disponía de otra cosa mejor. Arrebatado en amplios círculos, se dirigió directamente contra el viento, al encuentro del monoplano. Los rifles dispararon rabiosamente contra su impotente pistola, y una bala traspasó el débil tejido que protegía sus pies. A la desesperada giró nuevamente, descargando su pistola sin resultado, mientras otra bala le arrancaba un botón de la chaqueta.

Otra vez las máquinas se apartaron, revoloteando en el furioso vendaval, tratando ambas de subir más arriba que la otra. Bajo la delicada estructura del monoplano, Barrington vió suspendidas las granadas destructoras. No había salvación sino en las alturas. Tenía de ventaja el peso de dos hombres, y esto podría darle unos pocos cientos de pies de mayor elevación.

Subió hasta donde lo permitía el poder de su máquina, mientras el monoplano lo seguía en rápidos círculos. A tres mil seiscientos metros de altura la aguja de su barógrafo se detuvo; el biplano no podía subir más. Cien metros más abajo giraba el ligero monoplano. Seguramente acabarían por derribarle si no hacía nada. Así lo pensaba, desesperado mientras silbaban las balas a su alrededor.

En su mente se dibujó un plan atrevido y salvaje. Era un golpe a la desesperada, pero no quedaba otro camino de salvación. Así, con el rostro pálido pero resuelto, los dientes apretados, esperó unos momentos, y, en seguida, empujando hacia abajo el timón, descendió directamente sobre el monoplano, precipitándose sobre él; las dos máquinas corrieron la una sobre la otra con sus velocidades combinadas.

Barrington inclinado sobre el timón, con toda su alma en sus ojos centelleantes, toda su fuerza en sus brazos; se lanzaba ciegamente a su desesperada resolución. Quería alcanzar al monoplano, herirlo en el sólido frente de su aparato, inutilizar a su hélice.

Una bala le barrenó el casco, otra destrozó una viguetа del timón, una tercera redujo a polvo el guarda-viento de cristal que le protegía la vista... En seguida apareció en su hombro una roja mancha de sangre... ¡Estaba herido!...

El monoplano viró para evitar el choque, perseguido ahora y no perseguidor, pero Barrington giró a su vez, y en un segundo estuvo encima de la máquina enemiga. Vió un rostro pálido y desesperado, una figura acurrucada sobre el timón del monoplano... y entonces aquella máquina crujió al empuje de su antagonista, entre una nube de astillas...

El viento se apoderó implacable del monoplano sin dirección ahora. Barrington tampoco era dueño de su aparato, y se

vió caer con su máquina en el inmenso vacío... Sin embargo, con un resto de su indomable energía logró dominar nuevamente la situación.

No había transcurrido un minuto desde que intentara alcanzar el monoplano, y le parecía haber luchado horas y horas en el aire infinito. Luchando con el dolor de su hombro herido, se inclinó para mirar el monoplano... Allá lejos, mucho más abajo, caía pesadamente una masa gris y más abajo tres cuerpos mayores se precipitaban en el vacío, cayendo y cayendo... Todo desapareció entre los árboles y el ruido de una explosión subió a las alturas.

Barrington lanzó su biplano nuevamente hacia el Este... Su hombro herido le hacía sufrir cruelmente, pero no lograba entibiar su resolución... A sus pies se extendía la llanura, y era posible tomar tierra sin peligro... Hacia adelante se alzaban las peligrosas montañas y una muerte cierta si las fuerzas llegaban a faltarle... Y tenía aún que volar cuarenta millas. Acaso pensó en esa Inglaterra que no volvería a ver, en ojos azules, en labios sonrosados que le sonrieran, hacía mucho tiempo... antes que la guerra comenzara. Pero el vértigo del honor hablaba más alto... Detenerse era rendirse.

Con el cuerpo inclinado sobre el timón, los doloridos y sanguinolentos ojos fijos en el espacio, continuó acercándose a la línea abrupta de cerros que se dibujaba confusamente con el azul del cielo... Al traspasar los primeros contrafuertes, un golpe de viento, le indicó que lo peor de su tarea iba a comenzar.

En esa lucha por alcanzar la cresta de las montañas, fué como un hombre en sueños... ¡Horrible pesadilla a la verdad! El agudo dolor de su hombro, se hacía más y más violento; uno de sus brazos era casi inútil, pero la resolución no abandonaba a su corazón. Dos veces casi alcanzó la cresta, dos veces hubo de retroceder ante las violentas ráfagas.. Una de éstas alcanzó a voltearle el aparato y sólo recibió el equilibrio cuando ya iba a estrellarse contra las rocas..

Entonces el viento amainó por un momento, y el biplano pudo pasar...

Al otro lado estaba por fin el éxito y la gloria... El viento ahora no era tan violento, pero Barrington desfallecía momento a momento. El dolor se le hacía intolerable y la pérdida de sangre le tenía medio muerto... Allí estaban por fin las tiendas del campamento en cuya demanda iba... En el valle podía ver las tropas en movimiento y el brillar de las armas... Barrington apretó los dientes, reuniendo sus últimas fuerzas para alcanzar el fin.

En una pequeña eminencia que dominaba el pedregoso campo, se agrupaba una docena de oficiales que le observaban con sus anteojos. Entre ellos se destacaba la figura de un jefe.

—Aquel debe ser el general, pensó Barrington, dirigiendo su biplano hacia el pequeño grupo.

Sus ojos enturbiados por la muerte ya casi no veían; la sólida estructura de su máquina le parecía vacilar, y llegó a sus oídos un rumor que no era el del viento....

Casi inconsciente descendió... Al tocar el suelo el biplano se despedazó, y sus restos volaron sobre el cuerpo del aviador.

Los oficiales se acercaron... Bajo los escombros del aparato yacía un moribundo... Respiraba aún, pero el fin estaba próximo... Sus ojos no pudieron ver al general, pero tuvo aún fuerzas para sacar del bolsillo un rollo de papeles ensangrentados...

—Despachos!... murmuró con el último suspiro, y ya no pudo sentir más el viento azotando su rostro, ni la tierra bajo sus pies, ni escuchar los acentos de los hombres que lo rodeaban. Hablaban en un idioma duro, gutural y sus uniformes no eran los de Inglaterra.

El gigantesco esfuerzo de Barrington le había conducido al sitio deseado, pero una posición cambia de manos en la guerra con mucha rapidez, y el infeliz moría, mientras sin saberlo entregaba sus despachos en manos enemigas.

Caperucita Encarnada

¿Cómo se llamaba la heroína de este cuento tan popular, tan delicioso y tan infantil? Nadie sabría decirlo. Ni aún su madre, que estaba loca, ni su abuela, que estaba más loca todavía. En el pueblo la llamaban "Caperucita encarnada", porque siempre llevaba una caperuza de este color, y con ese nombre, tan delicioso como el cuento mismo, ha pasado a la historia.

Un día, Caperucita encarnada tuvo que ir a casa de su abuela, que estaba enferma, a llevarle de parte de su madre un pastel y un pucherito de manteca. Al pasar por un bosque, el lobo, que llevaba tres días sin comer, se acercó a ella y le preguntó a dónde iba, no atreviéndose a devorarla allí mismo por temor a unos leñadores que allí cerca trabajaban. En su inocencia, la niña se lo contó todo, y hasta le dijo dónde estaba la casa de su abuelita, a la entrada del pueblo, más allá del molino...

El lobo quiso aparecer oficioso; él también iría a visitar a la pobre vieja, pero para no molestar a Caperucita con su compañía, iría por otro camino. Y tomando por un atajo, la pérfida alimaña llegó a la casita de la abuela en pocos minutos, mientras Caperucita encarnada se entretenía en el bosque recogiendo nueces, ramitos de flores, corriendo detrás de las mariposas...

El lobo llamó a la puerta. "¿Quién va?"—preguntó la abuela desde adentro.— "Soy yo, la Caperucita encarnada, que te traigo un pastel y un pucherito de manteca." "Tira del picaporte, el pestillo cederá." El lobo abrió, saltó sobre la vieja, se la comió y, poniéndose su camisón y su cofia, se metió en la cama.

Poco después, Caperucita llegaba y llamaba a la puerta. Un poco ronca le pareció la voz que desde adentro le preguntaba: "¿Quién va?" Pero tal vez la abuelita estaba constipada y la niña contestó: "Soy Caperucita encarnada, que te traigo un pastel y un puchero de manteca de parte de mamá." "Entra—dijo el lobo—tira del picaporte y el pestillo cederá."

Caperucita entró, y el lobo, escondiéndose bajo la sábana, le dijo: "Pon el pastel y la manteca ahí encima, y ven a acostarte a mi lado." La niña obedeció, y al meterse en la cama no pudo menos que asombrarse ante el inusitado aspecto de su supuesta abuela.

Y entonces ocurrió aquella escena ingenuamente trágica, cuyo relato, en boca de nuestras madres o de nuestras niñeras, nos hacía estremecer cuando éramos pequeñitos, y que se resume en el espantoso diálogo entre la niña y la fiera:

—Abuelita, qué orejas tan grandes tienes.

—Es para abrazarte mejor, hija mía.

—Abuelita, qué orejas tan grandes tienes.

—Es para escucharte mejor, hija mía.

—Abuelita, qué ojos tan grandes tienes.

—Es para mirarte mejor, hija mía.

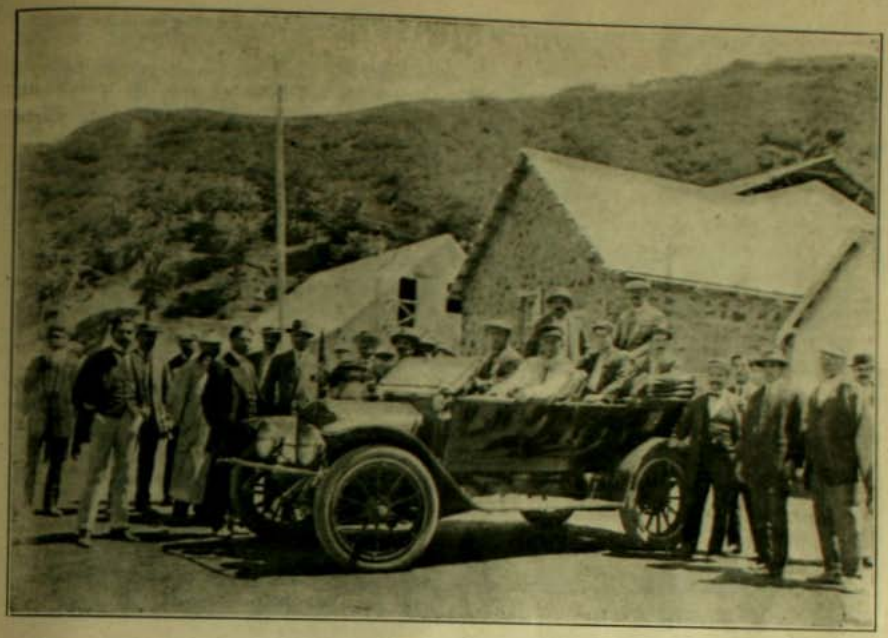
—Abuelita, qué dientes tan grandes tienes.

—¡Es para comerte mejor!

Y diciendo esto, el hambriento lobo se arrojó sobre Caperucita encarnada y se la comió, como se había comido a su abuela.

Y así, de este modo tan dramático, termina la sencilla historia de Caperucita encarnada, historia que la humanidad considera cuento de niños y que, sin embargo, encierra interesantes lecciones, precisamente para aquellos que dejan de ser niños. Desgraciadamente, son lecciones que pronto se olvidan, y el cuento de Caperucita repítese a cada momento.

Pero la inocente niña, que cruza el bosque con su capuchita de grana y su cesta al brazo, no tiene la culpa de que la humanidad sea olvidadiza, y merece su puesto entre las heroínas de la fantasía.



800 Kilómetros en Automóvil

Raid Santiago, Termas de Chillán y Concepcion

Por

LOS COMONÓ

Ilustraciones fotográficas

CAPITULO I

De Santiago a Rancagua

No era por cierto, un espectáculo vulgar el que presentaba nuestro automóvil, con su carga de picos, azadones, chuzos, cables, roldanas, maletas, neumáticos de repuesto, cartas geográficas colgando por los costados y cinco bustos humanos que surgían por medio de este mare-magnum entre cañones de rifles y escopetas; y más de algún viajero retardado que transitara en la tarde del Miércoles 4 de Febrero por el camino de Santa Rosa, habráse echado prudentemente a un lado para evitar el encuentro con tan extraño vehículo.

Tal espectáculo en el Perú no hubiera significado más que un cambio de gobierno con un ataque a mano armada a la casa de idem, pero entre nosotros donde no se alimentan tan altos ideales, no podría habérsenos tomado sino por bandoleros dispuestos a ganarnos la vida, acogotando honrados mercaderes.

Y, sin embargo, y a pesar de los dos mil

Paso de la Angostura

y tantos tiros que entre su heterogénea carga llevaba el automóvil, no pasábamos de ser sino simples sportsmen ansiosos de tonificar nuestros nervios con emociones y trabajos distintos a los de la obligada labor diaria santiaguina.

Guillermo Velasco M., propietario del White y conductor del mismo durante el viaje, merece por su buen humor, energía y verba inagotable, encabezar la lista de los pseudo-bandidos que componían la tripulación; en seguida, y salvada esta cortesía con el abnegado dueño del sufrido vehículo, estimamos de justicia mencionarnos al mismo tiempo y por motivos análogos, los cuatro restantes: Manuel Velasco L., Carlos Santa Cruz U., Jorge Rodríguez A. y Gustavo Cousiño T., cuyas características habrán de ir apareciendo en el curso de esta deshilvanada relación.

La reconocida simpatía y abierta franqueza de Julio Bustamante, Sub-Prefecto de Policía, tuvo la culpa de que nuestra primera jornada fuera más corta de lo que razonablemente correspondía al magno viaje que realizábamos.

Efectivamente, a las 7 P. M. llegábamos a la chacra "El Mirador" situada en los "Bajos de Mena" a pocos kilómetros de San Bernardo, de propiedad de nuestro huésped, donde después de banqueteados en forma que correspondía a su bien ganada fama, nos alojamos convenientemente en dos piezas contiguas con aspecto de cuadras de cuartel por lo extensas y ventiladas.

Pancho Pinto con sus chispeantes salidas de huaso marrullero se encargó de traernos toda la noche a punto de reventar de la risa, y entre las graciosísimas chuscadas de éste y la famosa cueca "del Perquilauquen" bailada por nuestro chauffeur, transcurrió la primera velada de nuestra excursión, prodigando a las carcajadas y al buen humor el tiempo que robábamos al sueño.

A las 6 y media A. M. del día siguiente, Jueves 5, continuábamos, o más bien dicho, emprendíamos viaje, dada la poca extensión de la jornada recorrida el día anterior, no sin haber antes despachado el modesto desayuno compuesto de un costillar de cordero asado al palo y sendas tazas de café con leche, lastre capaz de sostener nuestras fuerzas por mucho tiempo.

Un cuarto de hora después atravesábamos el Maipo por el puente de "Los Morros", antiquísima construcción que a pesar de sus años sería de desear a los múltiples ríos que hubimos de atravesar posteriormente.

Ya en pleno campo y entregados a nuestras propias fuerzas empezamos a efectuar el balance de nuestros aprestos y municiones y a disertar sobre las probabilidades con que contábamos para llevar a buen término la excursión.

Hasta este momento nuestro propósito era el de dirigirnos a Talca para continuar de allí viaje a Constitución embarcándonos en el "Piduco",—que atraviesa aquella ciudad y desemboca en el "Claro", el que a su vez vierte sus aguas en el Maule que desemboca en el mar, después de orillar este último pueblo. Contábamos para realizar el viaje con un automóvil marca "White" bastante probado para saber que llegaría hasta donde fuera posible llegar en esta clase de aparatos, de 20-30 HP. con poderosos resortes y amortiguadores, dinamo y acumulador eléctrico para el alumbrado y la partida automática; carburador y magneto-Mea, suficientemente elevados para no ser mojados fácilmente al paso de las aguadas; ruedas 875-105 de llanta movible y chassis de ferretería considerablemente elástica a la vez que sólida.

Partimos con los neumáticos delanteros en bastante mal estado y los traseros nuevos, llevando de repuesto cuatro forros: dos nuevos y dos usados, y nueve cámaras: tres nuevas y seis en regular estado; dos de los forros iban montados en llantas de repuesto listos para ser atornillados en lugar de los que se rompieran. Teníamos además parches y pegamentos preparados para componer forros y cámaras, dado caso de necesidad; bujías y pernos de todas clases y

una caja de herramientas completísima con la cual nos sería dado atender a cualquier evento.

El equipaje se componía en primer término de un cable de 120 metros de largo con dos roldanas de acero para pasar tres hebras, y que, triplicando nuestras quíntuples fuerzas, habría de permitirnos zafar el automóvil de cualquier pantano o río en que quedásemos pegados; una pala; un chuzo; un azadón; una carabina; una escopeta; una pistola máuser; cinco revólvers; 2,000 tiros; una canasta con herramientas completas de merienda para cinco; un botiquín con abundancia de amoníaco, vendas, árnica y maravilla curativa; tres maletines, y una libreta en que el secretario espoleado por el chauffeur apuntaba de, mala gana tiempo y kilometraje de los lugares que atravesábamos.

Aunque dada la calidad de los pasajeros y la reconocida hospitalidad de nuestros conciudadanos era de esperar que no necesitáramos hacer desembolso alguno en el camino, hicimos, por previsión, a nuestra salida de Santiago, una caja común de 300 pesos por cabeza, nombrando tesorero por aclamación al pelado Santa Cruz a quien por muy diferentes motivos correspondía de derecho este puesto. En primer término era el único inválido-relativo-pues tenía una herida en el pie derecho ocasionada por la caída de un bote en la playa de Cartagena; no podía, en consecuencia, hacer fuerzas siendo por el contrario suficientemente hábil para efectuar especulaciones financieras sentado cómodamente en el automóvil, con su pipa en la boca, mientras nosotros nos poníamos verdes empujando para sacarlo de arenales y pantanos: además era el más amistoso de toda la tripulación,— dicho sea esto sin ofender a Manuel Velasco que no le iba en zaga—y nos había hecho alimentar secretamente la esperanza de repartirnos dividendo al término del viaje...—ya empezaba a surgir en broma la idea de llegar a las Termas de Chillán;— y por último, con Jorge Rodríguez, se habían declarado ambos temperantes a la salida de Santiago, de manera que era de suponer qué no habría de ser manilargo en este importante ítem del presupuesto.

Al llegar al Alto de Jahuel, el chauffeur declaró que no podía seguir viaje mientras no se le lubricara la garganta con una tarrada

A la salida de la Angostura

de Pilsener, la que le fué servida en el despacho del "Caballo Overo" y consumida en sus dos terceras partes por Manuel Velasco, sólo por compañerismo, según aseguró, y con la consiguiente protesta del Tesorero, que si no le pegan objeta el gasto.

El hasta entonces taciturno chauffeur empezó a hacerse, después de esta lubricación, acreedor del apodo de "Siete lenguas" con que hubimos de denominarlo hasta el término del viaje.

El mismo Homero, cantando las glorias de su patria, hubiérase dado por vencido, al escuchar al moderno Siete Lenguas ensalzar las glorias de su noble White. Cada arroyo que pasaba, aún cuando no hubiera alcanzado a mojar la goma de los neumáticos, daba motivo para una oda al magneto; cada hoyo en que caíamos, sin ser lanzados del barquinazo, otra a los resortes y amortiguadores; el sonido del motor era canto celestial y sólo interrumpía sus alabanzas cuando sentía algún ruido dentro del coche que pudiera hacerle suponer que sus sufridos pasajeros pasaban alguna uña descuidada por la pintura del White, pues esto lo ponía por un par de minutos de un humor infernal, que habíamos de apaciguar a fuerza de epítetos que preferimos pasar por alto.

¡Qué habré de decir de nuestra llegada a Hospital, antiguas canchas del Siete Lenguas, en sus agitadas mocedades: cada rancho le traía a la mente el recuerdo de alguna bribonada, que era relatada incontinenti en borbollones de palabras y chistes; en uno lo reconocieron un par de viejos levantando los brazos al cielo, después de hacer la señal de la cruz.

—¿Y las chiquillas, fia Peta, dónde están que no las llama?

—Dende que su mercé se fué, ya no se merecen puaquí, don Guillermito.

—Pero no todas han de ser viejas en este pueblo, fia Peta, mire que hasta ahora no hemos visto ninguna buena moza. En los tiempos de la Javiera era otra cosa.

—Asíes, pues señor, pero ahora se las acarrean a todas huainitas pa Santiago.

Esta triste noticia nos indujo a continuar nuestro viaje sin entrar en mayores averiguaciones.

A la salida del pueblo está el paso del río de la Angostura donde, dado el caudal de agua que trae, hubimos de reemplazar por primera vez nuestros infatigables HP. por una yunta de pacientes bueyes que había enviado don Santiago Toro, desde "Lo Aguila", accediendo al pedido que le hiciera por teléfono el "Contramaestre" desde El Mirador.

No vaya a creerse que con este nombre pretendo introducir furtivamente un personaje nuevo en la relación, pues, dicho "Contramaestre" no es otro que el propio Jorge Rodríguez, y que con su gorra de marino, su chaqueta cerrada de uniforme, pantalón de montar, medias a lo boy-scout, y la pipa grande,—sustraída de los bolsillos del pelado Santa Cruz—en la boca, presentaba el más perfecto tipo del lobo marino, navegando en seco.

Igualmente cuando hable del "Boticario", ruego a mis lectores se sirvan entender que me refiero al tesorero, que con su regalona zapatilla de lana sobre un calcetín amarillo, en el pie enfermo, haciendo contraste con el zapato guanaquero, que cubría el otro pie, sin ocultar por eso el azul calcetín que iba debajo,—y que no diré hermano, ni pariente en sexto grado podía ser del amarillo en cuestión;—gorrita jockey, que hubiera sido pequeña para cubrir la cabeza de un sietemesino, pantalones al tobillo en los que sólo resaltaban unas rodilleras enormes, chaqueta ajustada por todos lados; chaleco en perpetua lucha con un abdomen que pugnaba por escaparse por cada uno de los huecos que dejaba la abotonadura: y gran pipa mata insectos en la boca, presentaba el reflejo exacto de un cantinero boticario de pueblo chico, poco presumido en el vestir.

Y ya que de apodos e indumentarias se trata, aquí hemos de encajar también, aún cuando sea un poco prematuro, al "Vadeador" alias de que se hizo merecedor Manuel Velasco por ser el encargado de sondear las aguadas y pantanos, antes de saber por donde debía meterse el White. Y la cosa era muy fácil: si el vadeador con sus macizas botas hasta media pierna pasaba sin largar un ¡ay! que se me entró el agua!—el camino estaba expedito, y el auto seguía su carrera sin cuidarse de aquel que debía montarse al vuelo a la pasada. Si por el contrario veíamos que éste desaparecía hasta la cintura en el barro y hacía gesticulaciones desesperadas, eso significaba que el vado no estaba ahí, y dábamos sencillamente marcha atrás para buscar el paso por otra parte, llevándonos a remolque al vadeador al que se le tiraba el cable corto que traíamos amarrado por una punta a los resortes delanteros y que se amarraba aquel por la otra a la cintura. Como se ve, la cosa no podía ser más sencilla y práctica.

Y es de justicia declarar que no se concretaban a éstos los servicios que nos prestaba el "Vadeador" pues cuando desaparecían las aguadas y aparecía gente de mala catadura, él se transformaba en el "Buey Apis" nombre que se le adjudicó por su aspecto de luchador romano, formado por su contextura de hércules embrionario, y por el imponente machete que le pendía del cinto, haciendo pendant con un revólver de no sé cuántos milímetros, pero que era muy grande, digno compañero del puñal. No tenía el "Buey Apis" sino que presentarse para que la arrancada de los intrusos fuera general.

De "El Tenia" nombre que se le adjudicó a Gustavo Cousiño T., secretario-fotógrafo, diremos poco para no ofender la modestia del que estas líneas escribe. Así como Manuel Velasco estaba encargado de vadear las aguadas y pantanos, éste lo estaba de vadear los almuerzos y comidas, de manera que los compañeros yendo a su zaga podían pasearse por todo el menú sabiendo de antemano los andurriales en que iban a meter al estómago, gracias a los informes fidedignos que sobre cada uno de los guisos les proporcionaba. Y preciso es dejar constancia para evitar falsas informaciones, que jamás repitió más de un plato en cada comida.

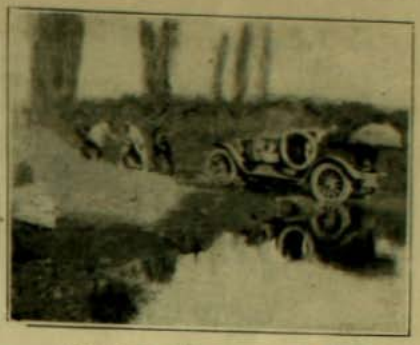
Amarrada que fué la cuarta que pendía del yugo, a los extremos de los dos re-

sortes delanteros, ño Filomeno, que andaba de a caballo y a cuyo cargo estábamos confiados, pasó dos o tres veces el río para buscar el vado y pudimos comprobar que para seguir la parte baja era preciso describir una línea curva, descendiendo primero el curso del río hasta la mitad y remontándolo otro tanto, unos diez metros, a la salida.

El chiquillo que dirigía los bueyes estaba mientras tanto distraído en la contemplación del auto y no atinaba sino a pasarle el dedo por todos lados como para convencerse de que lo que veía era verdad, sin sospechar que estaba cometiendo la peor de las iniquidades a ojos del chauffeur y que al ser sorprendido iba a recibir, como recibió, un par de coscachos, que lo despertarían bruscamente a la realidad.

El hecho es que con este incidente, dirigió el chico los bueyes en línea recta a la otra orilla pasando por la parte honda donde se sumergió el automóvil hasta perderse las ruedas en el agua. Inútil era gritarle indicándole el camino, pues el muchacho no atendía sino a saltar de piedra en piedra por el camino más corto, sin dejar de sobarse la cabeza, buscando pro-

Aguadas en los Cerrillos de Teno



Aguadas en los Cerrillos de Teno

bablemente la ubicación de los frescos cototos.

La mojadura del magneto, cosa que tratábamos de evitar a toda costa por el tiempo que demora en secarse—5 ó 6 horas— la creímos inevitable, de manera que ya en seco interrogó, Manuel—en carácter de buey apés—al muchacho, en forma que creímos que iba a caer, por lo menos desmayado, pero éste se limitó a contestar: "Vea, pues, no juera a mojarse los pantalones este niñito" y es de advertir que a guisa de tales llevaba un minúsculo tapa-rabos con el que cumplía apenas las leyes de la moral.

Como el "imponderable magneto del noble White", según la expresión de Siete Lenguas, funcionara a la primera vuelta de la manivela, alias "manija", el incidente no pasó de lo cómico, pero al cruzar los otros dos brazos de río que interceptan a poca distancia el camino, recomendamos al chico abriera bien los ojos para que no tuviera pretexto de mojarse los pantalones ni de buscarse nuevos cototos, y la pasada se efectuó sin mayor dificultad, saltando el auto de piedra en piedra y de hoyo en hoyo, y salpicándonos con agua hasta la cabeza.

Antes de despedirnos de ño Filomeno y de su cría, y después de ser ambos remunerados por el tesorero, ofrecimos galantemente a áquel "rajarle el haba", pues observamos que el pobre huaso sufría de este caballuno mal.

La oferta no fué aceptada y continuamos viaje por el camino real que va a orillas de la línea del ferrocarril y que se encuentra en bastante buen estado. Só-

lo nos detuvimos a comer unas "calduas" en San Francisco, y a bajarlas con una pilsener en Granerós, llegando a medio día a almorzar a Rancagua, al restaurant de la estación, donde don Salvador Peralta nos recibió con toda clase de manifestaciones, que llenaron por un momento de satisfacción al tesorero, que ingenuamente creyó que tales cariños iban a redundar en una economía para nuestro erario.

CAPITULO II

De Rancagua a Talca

A las 2 P. M., y después de recorrer la población, continuamos viaje para llegar a los espléndidos caminos de la provincia de Colchagua, que, sin duda alguna, son los mejor mantenidos que hemos recorrido hasta la fecha. Como la ruta se extiende al lado y paralela a la vía del ferrocarril, tuvimos la satisfacción de dejar atrás a un tren mixto que yendo en nuestra dirección alcanzamos y pasamos. Atravesamos la provincia a razón de 40 o 50 kms., por hora, y sólo tuvimos que disminuir la velocidad para cruzar la ciudad de Rengo, compuesta de una sola calle, de una legua de largo, más o menos, con su pavimento en muy mal estado.

Aquí fuimos atendidos galantemente por Hugo Bunster que nos invitó a remojar las gargantas, insistiéndonos porque fuéramos a alojar a su fundo, vecino a la ciudad, lo que no aceptamos por habernos propuesto pernoctar en San Fernando.

Sin embargo, como sólo fueran las 5 P. M. cuando llegamos a esta ciudad, en la que, dicho sea de paso, se notan manifiestos signos de progreso, resolvimos continuar viaje a Curicó, de modo que sin detenernos nos dirigimos al fundo de los Díaz Lira, cuyas casas están a la salida de la población.

Atendidos allí por Alvaro Díaz, quien nos hizo proporcionar una yunta de bueyes para el paso del Tinguiririca, nos dirigimos inmediatamente al río que, sin duda, ha sido el más caudaloso de los que hemos atravesado en el viaje.

Después de aligerar el peso del coche pasando todos el río, excepción hecha del chauffeur, a las ancas de un huaso que llegó a la curiosidad, atravesó el auto, a motor parado para evitar la inundación que producirían en el motor las revoluciones del ventilador, sumiéndose en el agua de tal manera que apenas se alcanzaba a divisar un pedazo de la parte superior de los neumáticos.

A pesar de que la corriente es muy fuerte en uno de los dos brazos en que el río se divide, no sufrimos accidente, gracias al considerable peso del coche, y pudimos proseguir el viaje después de algunos minutos que tardó el motor en desaguarse.

Era bastante entrada la noche cuando arribamos a Chimbarongo; allí nos aseguraron que sería imposible continuar el viaje de noche porque el río Teno no tenía puente y nos sería necesario atravesarlo también con bueyes en atención a su caudal; por otra parte la luz eléctrica de los faros no funcionaba debido a haberse mojado los alambres conductores de electricidad y a que se formaban corta-circuitos que quemaban los fusibles.

Esto nos decidió, muy a nuestro pesar, a pernoctar en este pueblo que no ofrece, como es de suponer, comodidades de ninguna naturaleza.

Sin embargo, el dueño del Hotel en compañía de su interesante hermana, hicieron lo posible por atendernos, improvisando en el comedor, después de una frugal comida, tres camas montadas sobre silletas en las que pasamos la segunda noche de la excursión, reposando como bienaventurados.

Y es justo reconocer que esa noche dormimos mejor que en la anterior, no porque las camas que nos proporcionara Julio Bustamante fueran inferiores, sino porque con la experiencia adquirida, enviamos a la banda de música, compuesta por el Vadeador y el Boticario a dormir juntos en la única cama que había preparada, pero en una pieza distante donde nos llegara amortiguado el ruido de sus ronquidos.

El auto lo dejamos guardado en la policía cuyo comandante, don Ramiro Martínez, resultó ser amigo de varios de nosotros.

Al día siguiente, Viernes 6, a las seis y media continuamos viaje, apartándonos por primera vez de la vía férrea que hasta entonces habíamos seguido en línea pa-

ralela y atravesando campos bastante pintorescos.

Cualquiera creerá que fuera del chauffeur, los demás viajábamos ociosos y sólo preocupados de no dejarnos estropear nuestras humanidades, pero nada de eso, pues, aparte de que la suavidad de los resortes impedía los saltos y barquinazos y, en consecuencia, estábamos libres de tal preocupación, teníamos el importante encargo de silenciar a los perros que no dejaban de hacernos demostraciones ladrando a todo correr frente a los ranchos.

Mrs. Blurton y su tripulación.—Río Maule

Manuel Velasco, que iba sentado adelante con el chauffeur, era el vigía que con voz estentórea gritaba: ¡Atención, perro a la derecha; perro a la izquierda! dándonos tiempo para preparar las hondas y largar convenientemente la municionada. A los canes que ladraban se les disparaba para que se callaran, y a los que nos observaban indiferentes, para que no fueran descorteses y nos hicieran alguna manifestación.

Especialmente el Boticario, como "Comonó" viejo, acostumbrado al manejo de la honda, sobresalía en este sport, poniendo invariablemente el ojo donde caía la municionada.

Y a propósito de "Comonó" no pasaré adelante sin explicar el alcance del adjetivo, aplicado a la antigua sociedad de sportsmen que tiene por divisa el no oponerse jamás a nada, llevando a cabo cualquiera empresa sin vacilaciones ni desmayos.

No fué necesario mucho tiempo para que el Contramaestre y el Secretario, que no pertenecían a esta invicta agrupación, fueran incorporados a ella por los caracterizados representantes en cuya compañía viajaban, pues sus grandes aptitudes para "Comonó" se pusieron de relieve más pronto de lo que pudiera haberse imaginado.

A la media hora de marcha, cruzando por la aldea de "Peor es nada" sonó como balazo uno de los neumáticos delanteros, y esta panne fué saludada con un hurrah por Guillermo Velasco, que venía desesperado con la bondad del coche y deseaba ver romperse algo para interrumpir la monotonía del viaje.

En menos de cinco minutos habíamos cambiado el neumático por uno de los que llevábamos montados de repuesto, y proseguimos viaje atravesando por los famosos cerrillos de Teno, donde perdimos cerca de dos horas en ser extraídos con bueyes, caballos, o a pulsos, según los casos, de las tres o cuatro aguadas, formadas por desagües que atraviesan el camino, y en que nos quedamos pegados, para llegar a las 10 A. M. al río de Teno donde, después de atravesar un gran pedregal, nos encontramos con gran sorpresa y satisfacción, un espléndido puente carretero, cuya existencia no conocían los ilustrados vecinos de Chimbarongo.

A la salida sentimos un ruido extraño en la parte trasera del auto, que resultó provenir, después de corto examen, del resorte posterior izquierdo cuya hoja madre se había quebrado. Esto nos obligó a continuar muy lentamente para evitar que se extendiera la quebradura a las hojas restantes.

Puente pasado Camarico

Afortunadamente luego empezó a descomponerse de tal manera el camino, que comprendimos no podíamos estar muy distantes de un pueblo importante.

Esta manera de conocer los centros poblados no nos falló jamás, y tan expertos nos pusimos en esta clase de observaciones que juzgábamos a muchas cuadras de distancia de la importancia del pueblo a que llegábamos por el estado del camino: mientras más se descomponía mayor era aquel. (¡Así fué como al llegar a una plaza principal y sentir quebrarse el

Salida de Linares

coche de un barquinazo, comprendimos que estábamos en Talca!)

Ya en Curicó nos dedicamos inmediatamente a solucionar el accidente sin preocuparnos ni tan siquiera de almorzar. ¡Así éramos los "Comonó". ¡Cuándo se trataba de trabajar nos olvidábamos de comer!

Con unas hojas extraídas de un resorte de carretela que compramos al efecto, nos pusimos en la herrería de Moya a reemplazar la hoja quebrada, empezando por fundir las puntas de la hoja nueva a fin de hacerla engarfiar en los pernos que unen las superiores a las inferiores, y tan buenas trazas nos dimos que a las dos horas estaba arreglado el desperfecto, y tan prolijamente que ni el propio White hubiera sido capaz de conocer dónde estaba la hoja reemplazada.

Mientras almorzábamos en el Hotel Central, después de la labor, se dejó constancia de los importantes servicios que en este trance prestaron el Tesorero y el Secretario.

A las 3 P. M. continuamos viaje, llegando a Molina a las 6; allí fuimos obsequiados con una copa de cerveza por el señor Vergara, juez letrado de la localidad y su distinguida cuanto hermosa familia.

A las 5 y media pasamos por el fundo "Peñaflor" en el que su propietario don Pedro Opazo y señora nos obsequiaron con tres botellas de champagne, de cuyo contenido participamos agradecidos un vaso al "noble White" que tan bien se venía portando, introduciéndoselo por el radiador a falta de otra garganta conocida.

Cuando cruzábamos los llanos de Camarico a una velocidad de 50 kilómetros se entró el sol, cosa que nos dió cierta intranquilidad por venir todavía con los alambres de la electricidad mojados y en consecuencia sin faros, y al atravesar el estero de Chagres no teníamos ya más luz que la que nos proporcionaba una espléndida luna, que nos salvó diez veces de morir despeñados por el camino que se descomponía a ojos vistas a medida que nos acercábamos a Talca.

Después de atravesar el Lircay, buscando el vado a tientas, y exponiéndonos a quedar abandonados en aquellas soledades se nos concluyó la bencina que traíamos en el depósito desde Santiago, y cuyo contenido era de 40 litros. Llenamos nuevamente aquél, con el tarro grande que venía, con gran protesta de nuestras dormidas piernas, en el fondo del coche, desde Rancagua,—donde el señor Sibiliá, por influjos de Manuel Velasco, había dado orden para que se nos tuviera lista,—y seguimos la marcha para hacer una entrada triunfal entre tumbos y tastabillones por las desadoquinadas calles de Talca, a las 9 P. M.

El auto fué detenido en plena calle del Comercio por la turba de curiosos que se preparaban en ese momento a ocupar las aposentadurías de los biógrafos, que llamaban inútilmente a sus parroquianos con interminables campanilleos.

Después de las manifestaciones de los conocidos y amigos, que surgían a cada momento del grupo, fuimos a guardar el

auto a la cochera del Dr. Fernández, calle 1 poniente, esquina de 2 sur, y pasamos a alojarnos al Hotel Talca, donde pronto nos entregamos al sueño, después de despachar algunos tragos de champagne, ofrecidos por los amigos.

Inútil es decir que los roncadores fueron aislados convenientemente.

CAPITULO III

De Talca a las Termas de Chillán

Como se ha dicho al principio de esta relación, nuestro propósito a la salida de Santiago era de continuar la excursión a Constitución, embarcándonos en un bote en el estero del Piduco—dejando guardado el auto en Talca, para volvernos nuevamente en él, pero no contábamos con la huéspedas de que no sólo el Piduco sino el mismo río Claro, en que aquel desemboca, no traían agua suficiente para ser navegados.

Tal descubrimiento nos determinó a continuar viaje a las Termas de Chillán, proyecto que en broma se había ya deslizado en el curso del viaje.

Como tratándose de los "Comonó" proponer significa emprender, y emprender realizar, no se discutió más de cinco minutos la empresa y habríamos partido al siguiente día a no haber sido por un incidente insignificante, pero que nos detuvo tres días en este M. E., M. O. pueblo.

El hecho es que, la ropa limpia había sido enviada, por ferrocarril, con un mozo del Secretario, con orden de dejarla a su orden, en el Hotel Talca, y que cuando llegamos a éste no encontramos ni rastro de la maleta.

Inútil será ponderar lo inmundos que veníamos después de dos días de viaje, a todo sol... y toda tierra y nadie se extrañará de que al acostarnos, dejáramos amarrada la ropa a las patas del catre a fin de evitar que por su cuenta se largara de galope a la lavandería.

Era imposible proseguir la marcha en tales condiciones y nuestra primera preocupación al día siguiente fué poner telegramas a Santiago y Constitución, inquiriendo datos de la importante maleta.

Mientras tanto nos dedicamos a lavar y engrasar el coche, dejándolo como nuevo a la hora de almorzar.

En la tarde y para evitar que nos llevaran por sucios a la policía, tuvimos la mala ocurrencia de comprar unas camisetas de punto que nos quedaban cortas de brazos y cogote, con las funestas consecuencias que pudimos apreciar después, pero que por el momento nos permitieron

De Parral a San Carlos.—El vadeador en funciones

pasear ufanos, creyéndonos unos arbiter-elegantiarum.

Al día siguiente, Domingo 8, después de tener noticias fidedignas de que la maleta había ido a rematar a Constitución, decidimos ir por el día, a mudarnos ropa, lo que efectuamos embarcándonos en el tren que sale a las 6 y media para llegar a las 10 y media a aquel puerto. Allí fuimos invitados a almorzar por Mr. Blurton en su astillero de Banco de Arena, y su distinguida esposa nos obsequió la bandera del Automóvil-Club, fabricada por ella y que desde ese entonces había de flamear a la proa del White, teniendo el honor de ser la primera que ondeara a los vientos de las australes regiones que íbamos a atravesar.

A fin de evitar nuevos contratiempos,

cargamos en un pequeño saco la ropa blanca indispensable para una muda y enviamos la maleta por ferrocarril a Chillán.

Esa noche en Talca nos fué preciso bañarnos dos o tres veces para no perecer de calor, aún cuando dormíamos desnudos sobre las camas, de manera que la orden de partida, dada como de costumbre, por el Siete Lenguas, a las 5 A. M., a fuerza de almohadonazos y rezongos en los que nos descalificaba a todos por dormilones, fué recibida por primera vez con regocijo.

Partimos en dirección al sur, internándonos por tierras vírgenes para el automóvil y donde habrían de producirse infinidad de escenas cómicas y grotescas entre los asustados campesinos que echaban a correr cuando nos divisaban, creyendo que se trataba del mismísimo demonio.

Sólo el Tesorero traía una cara adusta pues no estaba preparado para soportar el hueco que había producido la cuenta del hotelero, en vista de las continuas seguridades que le habían dado los primos Velasco, de que seríamos tratados a cuerpo de rey por los cariñosos talquinos, y naturalmente sin gravamen para nuestro erario.

El camino se extiende al oriente de la vía férrea y se encuentra en bastante buen estado. Atravesamos San Javier tocando pitos y bocinas que produjeron honda conmoción en el pueblo, que no había sido hollado antes por auto alguno. Aquí nos proveímos de municiones para las hondas, y regalamos un juego de colleras de acero al Tesorero para que cerrara la camiseta que reventaba por todos lados, dejando impúdicamente a la espectación pública su vistoso chaleco interior.

A las 9 A. M. llegábamos a tomar una pilsener a Villa Alegre, antes de cruzar, arrastrados por bueyes, el río Putagán que venía de muy regular hondura.

Esta fué la única aguada a cuyo paso no nos esperaban listos los bueyes, pues quiso nuestra buena suerte que estos bichos se presentaran como hipnotizados cada vez que los necesitamos, lo que sucedió muy a menudo entre Talca y Chillán pues hay infinidad de ríos, esteros y desagües de mucha hondura para ser atravesados con el motor en función.

Aquí, por la inversa, después de mucho buscar, nos vimos obligados a aceptar los servicios de dos empleados de estación que nos aseguraron podían conseguirse una yunta de bueyes a la margen del río. Cargamos, en consecuencia con ellos, e incluso con una bicicleta de que no se apartaba el más elegante de los dos. Es de figurarse como crujiría el auto, que tan sólo con el peso de nuestras humanidades y del equipaje traía 700 kilos de sobrecarga.

Afortunadamente pronto llegamos al río e hicimos la travesía sin mayor dificultad embarcados en una carreta los ociosos, y dejando en el coche al chauffeur.

A las 11, llegábamos a Linares, donde almorzamos en compañía del Intendente, don Carlos Rojas V., quien nos proporcionó interesantes datos acerca del camino que teníamos que recorrer. No tuvimos otro incidente que unas interesantes gringuitas que con sus azules ojos dejaron sin almorzar a uno de los "Comonó" y que casi fueron causa de graves dificultades en Parral, donde habíamos de encontrarlas esa misma tarde.

La pasada de los esteros Liguay y Pihuechún nos detuvo algún tiempo, porque nos fué preciso atravesarlos tirados por bueyes en vista de las malas noticias que sobre su hondura nos daba el Vadeador, pero el Longavi nos decidimos a cruzarlo sin auxilio ajeno en vista de la dificultad para obtener animales. Aquí tuvimos que pasar por un arenal de dos cuadras de largo ayudando al auto de los rayos para que pudiera avanzar; y después un pedregal de piedras enormes en que el coche bailaba como poseído del demonio. Como anduvieran parejas en este trance, la energía del chauffeur con la resistencia del carruaje, creímos de justicia después de pasado el peligro, cantar a ambos un "For his a jolly good fellow" que hizo poner pies en polvorosa a toda la gente de un rancho a cuyo frente pasábamos.

A las 5 P. M. llegábamos a Parral donde fuimos atendidos por los señores Urzúa y Palacios, Gobernador y Prefecto de Policía respectivamente, en cuya compañía comimos en el Hotel, para irnos a acostar muy a buena hora en razón del cansancio del viaje, a excepción de uno que se retardó en contemplación de los azules ojos de la gringuita que habíamos observado en el almuerzo en Linares.

Resultó ser ésta, hija del "forzudo" de

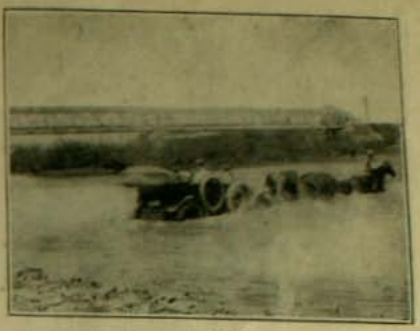
un circo que recorría aquellas regiones y quiso la mala suerte que se equivocara de pieza al irse a acostar y que se introdujera en la contigua donde se hospedaba la hermosa. La pelotera que se armó es para no contada cuando llegó el "Forzudo" a ver de lo que se trataba. Afortunadamente ya nuestro enamorado compañero había salvado la corta distancia que hasta su legítima cama había, y el gringo padre tuvo que convencerse de que su púdica hija estaba viendo visiones.

El Martes 10 a las 6 P. M. proseguíamos la marcha con rumbo a Chillán, llegando una hora después al río Perquilauquén donde nos esperaba una yunta de bueyes y un cabo de policía, enviados por el Comandante de Parral. Este río es bastante caudaloso y nos fué preciso pasar arrastrados por los bueyes los tres brazos en que se divide. A la salida nos encontramos con un vendedor de pejerreyes, al que se le compraron dos sartas para la comida en Chillán. Iba forrado el dicho comerciante en un chaqué, o cosa por el estilo, de un color verde botella en todos los puntos accesibles al sol, pantalones enhuinchados y ojotas, elegante traje que hacía contraste con sus patillas grises bordadas de lamas secas y su huarapón cubierto de ventiladores.

Paso del Putagán

Lo primero que hizo el pobre hombre al

En Pinto.—Camino a las Termas



Paso del Putagán

vernos fué ponerse de rodillas y elevar las manos al cielo, exclamando con toda unción: "Gracias te doy, señor, pues ya puedo morir tranquilo, después de haber visto uno de estos mentados monstruos."

Como le hiciéramos creer que íbamos a regresar volando con unas alas que teníamos guardadas en Chillán y que se le agregaban al aparato, nos dijo muy seriamente: "Ojalá, pues, señor, que cuando pasen me toquen el pito y se abajen un poquito pa pasarles una sartita de pejerreyes." Antes de llegar a Chillán tuvimos que cruzar con bueyes varios esteros, entre ellos el Colihuay, el Virhuín y el Novatavo, siguiendo por un camino, que, especialmente desde San Gregorio a San Carlos, es todo lo más malo que hasta entonces habíamos recorrido, por los continuos hoyos y pantanos.

Este último pueblo muy simpático y de un aspecto original, lo cruzamos produciendo entre sus habitantes gran sensación, de ahí nos dirigimos al oriente para atravesar el estero de Niquihue cerca de la aldea de San Carlos y continuar en dirección recta al sur para llegar a Chillán a la hora de almorzar, dirigiéndonos en el acto con este efecto al Hotel Central.

En esta ciudad que, junto con Concep-

De Chillán a Confluencia.—Velascomóvil Desembarque del auto

ción, son las más hermosas del sur, fuimos agasajados extraordinariamente por la juventud, y muy especialmente por el Director de la Escuela Agrícola, don Abdón Besoaín, en cuya compañía pasamos el resto del día, en la Quinta, que está admirablemente mantenida, aprovechando para arreglar varios pequeños desperfectos sufridos en el viaje.

A las 6 P. M. fuimos al Club de la Unión donde a pesar de nuestras tenidas de bandoleros fuimos muy bien recibidos con un copioso champañazo.

Las continuas libaciones y los perseverantes pronósticos de todos los conocedores del camino a las Termas, de que no podríamos llegar a subirlo, nos decidieron a emprender el viaje inmediatamente sin esperar ni siquiera la comida que ya se estaba preparando.

A las 8 P. M. partimos, pues, entre los hurras de los amigos chillanejos, con nuestro depósito lleno de bencina, que habíamos encontrado en el día en la Casa Balfour Lyon, y con los focos milagrosamente encendidos, pues hasta entonces no habían dado fuego debido a las constantes mojaduras.

A la salida de la ciudad equivocamos el camino y nos dirigimos a Pinto por uno abandonado desde muchos años atrás, por haber sido invadido en invierno por las aguas y transformado en caja de río.

A las 10 de la noche, molidos por los saltos que daba el coche en aquel pedregal que no concluía nunca, nos acercamos a una posesión a inquirir datos sobre el camino, pero fuimos recibidos con la gente parapetada tras de las puertas y ofreciéndonos de balazos si nos acercábamos; un poco más lejos nos encontramos con otros cristianos de tan mala voluntad y catadura que preferimos seguir de largo sin interrogarlos.

A todo esto teníamos hambre y sueño y ni de lo segundo podíamos tan siquiera disfrutar con la sucesión de barquinazos que estremecía al coche entre las piedras.

Para colmo de males se nos reventó un neumático y tuvimos que detenernos a cambiarlo. Entonces notamos que hacía un frío endiablado y los "Comonó" se colocaron sus ponchos, a excepción del secretario que viajaba con una chaqueta de alpaca y que, a falta de otra cosa, se introdujo un chaleco de lana que apareció entre los insterticios del coche.

Allí fué probablemente donde al sacarse la blusa perdió la cartera de apuntes, con gran contentamiento suyo, pues venía por demás aburrido de apuntar horas de entradas y salidas, e indignación del Siete Lenguas que hubiera deseado hacer de esta relación un volumen de estadística.

Sin que mejorara por un momento el camino llegamos a las 12 de la noche a una cuesta, que, en el primer momento y con la limitada luz que proyectaban los faros no nos pareció de gran pendiente, pero que al remontarla notamos era sumamente empinada, tanto que el coche, llegando a media falda, se resistió a continuar ascendiendo, y se fué para atrás tan de prisa que si el chauffeur no frena en el acto, nos despeñamos.

Creyendo que el obstáculo se salvaría con un poco de cuidado, nos bajamos para quitar peso y después de hacerlo tomar vuelo, volvió Guillermo a enderezarlo por segunda vez contra la cuesta, pero también rehusó el auto subir, y media docena de intentonas que hizo en seguida tuvieron igual resultado, de manera que sin insistir más buscamos en otra parte la causa de tan inusitado empaque, pues por mucha que fuera la gradiente sabíamos que el coche era capaz de subirla.

Pronto dimos con el motivo, que no era otro que el estar de tal manera mojado el cuero del embrague que resbalaba dentro del cono y el motor se embalaba inútilmente sin trasmitir su energía.

Para subsanar el mal pensó el chauffeur que el remedio sería apretar las tuercas de los tirantes del embrague, y con tal energía

lo hizo que antes de cinco minutos tenía quebrada la pieza entre sus manos.

No diré que otros sportsmen no se hayan encontrado en casos más difíciles que éste, pero es preciso reconocer con todo, que nuestra situación no era muy envidiable: casi a obscuras, sólo alumbrados por la mísera luz de los focos, sin comer, sin dormir, lejos de todo recurso, en medio de una caja de río y con el automóvil inutilizado en el fondo de una quebrada.

Hicimos naturalmente lo único que se podía hacer en tal aprieto: largar una carcajada coral cuyos ecos demoraron en perderse entre las laderas de las quebradas; y en seguida desenrollar el cable en que teníamos fundadas tan deleznables esperanzas, para arrastrar el coche hasta la meseta superior, donde la escasa luz que la luna irradiaba a esa hora, podría ayudarnos a ingeniar algún medio de subsanar el percance.

Pusimos manos a la obra, pero nos encontramos, después de desenredar el inconcluíble cable, con que faltaba una de las roldanas que había quedado en la Quinta Agrícola, y que, en consecuencia no podíamos utilizarlo sino simple, lo que naturalmente fué inútil pues las fuerzas de los cinco eran insuficientes para levantar tonelada y media de peso.

No quedó otro recurso que atacar el mal de frente, improvisando una pieza que pudiera reemplazar la quebrada.

En esta tarea estábamos cuando aparecieron varios individuos de mala catadura, que se dijeron ser titiriteros de un circo que funcionaba en Pinto y que venían pescándose una mona, que prometía ser grande, aferrados a una damajuana de infame vinagrillo, del que tuvimos que participar a sus reiteradas instancias.

Como en vez de ayudar se insolentaran en forma inaceptable, el Contramaestre que estaba de malas pulgas con la trasnochada, aplicó a uno de ellos una soberbia cachucha que lo hizo rodar a varios metros de distancia. Con esto se abrieron las hostilidades, huyendo los titiriteros a esconderse tras unas matas en lo alto de la meseta y estrechamente perseguidos por los "Comonó" que afortunadamente no habían abandonado sus armas, pues al llegar a lo alto fueron recibidos a balazos que milagrosamente no hirieron a nadie.

Inmediatamente nos echamos a tierra y

Nuestra llegada a las Termas

empezamos con nuestros revólvers a hacer un fuego graneado, viendo con gran complacencia que el enemigo escapaba como bandada de gamos, dejándonos la damajuana en calidad de botín.

Poco después amaneció y el Contramaestre acompañado del Secretario, revólver en mano, continuamos el camino a pie a buscar auxilio, llegando, con gran sorpresa, antes de diez minutos de marcha, al pueblo de Pinto, que no creíamos encontrar tan cerca.

Allí alquilamos una yunta de bueyes y arrastrados por ellos llegamos al pueblo donde concluímos de improvisar una palanca de embrague que amarramos con alambres a los tirantes del cono, y que debía ser manejada en lo sucesivo a mano por el compañero del chauffeur, quien estaba encargado también de empujar con el pie el borde del cono para conseguir que embragase del todo.

A las 7 A. M., después de tomar un parco desayuno en el hotelucho del pueblo, continuamos el viaje enderezando el rumbo por el camino bueno, si es que tal nombre puede darse sin irrisión a aquella carretera que donde no tiene piedras inmensas sembradas a todo lo ancho de la vía, y que titulan por ironía algodones, está cubierta por una capa de cincuenta centímetros de tierra suelta que se levanta en nubes que acompañan horas de horas al coche sin permitir ver seis metros adelante de él, y que denominan "trumao".

A más de estas curiosidades, teníamos la que nos ofrecía el Siete Lenguas en pelea constante con el Vadeador a causa del embrague.

—Manuel, voy a parar, atención para desembragar.

Frenaba, y al ir a cambiar de velocidad, creyendo que su compañero había cum-

plido con su deber, apretando la postiza palanca, chirriaban los cambios como ejes de carreta chancha.

Miraba al lado y se encontraba a Manuel durmiendo. Un puntapié en las canillas con una andanada de epítetos, pronto lo sacaban de su sopor, y empezaba Manuel a desembragar apurado, exclamando: ¡Listo! ¡listo! y jurando y rejurando que no había pensado en quedarse dormido.

Pero no vaya a creerse que los cambios rechinaban debido exclusivamente al justificado sueño de Manuel, pues desde que pasamos la Angostura, y con mayor razón después de atravesar otras aguas más profundas que inundaron todo el chassis, el cuero del embrague mojado, impedía la completa desconexión del coche al verificar los cambios de velocidad, especialmente de primera a segunda, y era de ver al Siete Lenguas como se preparaba con anticipación para dar el puñetazo a la palanca de los cambios con el consiguiente chirrido de éste.

Para consolarlo, el Pelado Santa Cruz preguntaba: ¿sintieron el cambio? y todos declarábamos a una, que el ruido provenía ya del buñido de un chancho herido por una honda, ya de un perro aplastado por los neumáticos, pero en ningún caso de los engranajes que se desgranaban.

Es de advertir que hasta ese momento teníamos a nuestra cuenta un chancho y cinco perros muertos... de modo que el chauffeur tenía pretexto para darse por satisfecho con la baja del cambio...

A las 12 del día llegábamos a las Quilas donde por no retardarnos más, sólo nos detuvimos a despachar un trago de cerveza, y después de continuar por una hora más envueltos en las nubes de tierra del trumao, entramos a plena montaña por un camino bastante bueno, aunque ligeramente arenoso que va bordeando el río Renegado y que presenta el espectáculo más admirablemente pintoresco que nos fuera dado contemplar durante el viaje: a la izquierda el torrente saltando entre piedras y árboles caídos en medio de la corriente, y arriba la montaña poblada de árboles seculares; a la derecha el bosque que pronto va a rematar en el cerro cortado por un acantilado vertical de más de cien metros de altura.

Al pie de este acantilado se encuentra la famosa "Cueva de los Pincheiras" donde es fama que estos bandidos tenían su guarida, y que puede ocultar 150 hombres de a caballo en sus cavidades.

En esta forma, y con un panorama encantador que variaba a cada instante, llegamos a las Trancas, última posada donde cambian caballos los cocheros de los baños, y donde obtuvimos un guía para la ascensión de la famosa cuesta de las piedras azules, acerca de la cual tan chunchos pronósticos teníamos, por lo empinada y por la porosidad de las piedras volcánicas que podrían dar al traste con los neumáticos.

Las primeras repechadas las hicimos sin dificultad, pero en la última gran cuesta de zigzags muy pronunciados, cortos y pendientes, se nos plantó el coche a media falda parándose el motor, debido a que la poca bencina que quedaba en el estanque, situado bajo los asientos delanteros, no llegaba al carburador, que por el momento quedaba más elevado que aquél debido a la fuerte gradiente.

Fuénos preciso, pues, enganchar una yunta de bueyes que, como de costumbre, nos salió al paso, saliendo así del idem sin mayor dificultad.

Aún nos quedaban como dos leguas por andar y la bencina fallaba cada vez que la cuesta se pronunciaba un poco. Afortunadamente traíamos una escolta de media docena de muchachos encargados de cinchar a los coches a la subida, y los que nos apehualaron, pero con tan poco éxito que tan luego como se paraba el motor los lazos saltaban cortados o quedaban los caballos convertidos en estatuas sin poder avanzar un paso.

Ingeniándonos se nos ocurrió extraer la bencina del estanque, con una jeringa y llenar exteriormente el carburador, con lo cual conseguíamos hacer andar 15 ó 20 metros el coche, volviendo a repetir la misma operación y de esta manera llegamos al establecimiento después de media hora de trabajo y de subir 1,800 metros de gradiente fortísima.

El entusiasmo con que fuimos recibidos por el propietario de los baños y los pasajeros reunidos en la gran terraza, no es para descrito y cinco minutos después de llegar todavía repicaba la campana anunciadora de los coches.

Dejamos el automóvil en la misma terraza envuelto en su funda, y nosotros pasa-

mos a tomar posesión del hermoso chalet Wedeles situado en una ligera prominencia y que siendo el mejor de los baños está admirablemente tenido.

CAPITULO IV

De las Termas a Concepción

Suele decirse que las Termas de Chillán no ofrecen otro atractivo que la salud para los enfermos y una posible ganancia para los curcos en vena, pero nosotros, sin desmentir tales bondades, pudimos comprobar muchas otras que se reunieron para hacernos pasar tres días agradabilísimos en aquel balneario.

Para comenzar, el chalet en miniatura en que estábamos alojados, un poco aislado de los demás y compuesto de cuatro piezas: tres dormitorios y un comedor, con otra piecesita exterior para el mozo que nos atendía, era toda una simpatía, y allí hacíamos derroche de humor sin temor de ofender ajenos oídos con nuestra charla. La comida era realmente soberbia y ni aún el Tenia se sentía capaz de agotar el espléndido y variado menú de cada una de ellas.

Los baños, tanto los de tina, de fierro y

En las fumarolas.—Termas de Chillán

En camino a las Termas

de magnesia, como los de vapor azufrado, cómodamente instalados y que nos provocaban a probarlos, los tres cada día, parecían producirnos un resultado inmediato, especialmente en brazos y cogotes que traíamos en la carne viva por habernos quemado con el sol mientras usamos las famosas camisetas encogedoras de Talca.

Los curcos fueron los únicos que nos trataron mal, pues, quebrantando la consigna y sólo por compadecer a un pobre viejo cuyos congrios desaparecían rápidamente arrastrados por el rastrillo del croupier, nos acercamos a la mesa de juego y fuimos cayendo uno por uno arrastrados por la tentación, mientras los curcos nos miraban de reojo con la mirada complaciente con que el cazador parapetado ve acercarse a los zorzales.

Inútil nos parece decir que a la media hora, mientras volvían al redil los congrios del viejo que escupía por el colmillo, los nuestros concluían de desaparecer entre las manos del croupier.

Afortunadamente las bajas pecunarias fueron pequeñas y con un cheque emitido por uno de los "Comonó", se canceló la cuenta del hotel y aún llegó nueva remesa a la tesorería.

Los ratos desocupados los utilizamos la-

Termas de Chillán.—Nuestro chalet

vando y engrasando el vehículo hasta dejarlo nuevamente en buenas condiciones. Manuel y Guillermo hicieron por su cuenta con un cañón de fierro, a cincel, lima y martillo una pieza inventada por ellos para reparar la quebrada del embrague, que les quedó, tan bien que no tuvimos que volver a ocuparnos de esto en el resto del viaje.

La noche antes de la partida, don Bernardo Pagueguy, arrendatario de los Baños, nos ofreció, como última atención de las múltiples de que nos hizo objeto a cada instante, un soberbio champañazo, que nos envió caramboleados a nuestras camas.

Al día siguiente despertamos a los acordes de la orquesta con que el digno hijo del cariñoso don Bernardo, creyó conveniente despedirnos, lo que hicimos con apretados abrazos, después de llenar el estanque con la bencina que venía llegando en un coche ordenado de ex-profeso por don Bernardo.

El descenso de las piedras azules, sumamente peligroso por los pronunciados zig-zags, lo hicimos sin accidente, llegando a las 4 P. M. a Chillán sin novedad digna de mención, salvo la rotura de dos cámaras que cambiamos en un momento.

Sería tanta descortesía como injusticia no dejar constancia en esta relación de la extraordinaria hermosura de las mujeres de todas clases sociales en aquella región, y de la admiración de los "Comonó" al ver aparecer en la puerta de cada rancho racimos de bellezas que nos deslumbraban con sus ojazos brillantes de curiosidad.

En la noche nos alojamos en la Quinta Agrícola a donde nos invitó el simpático y humorista amigo Besoaín, partiendo al día siguiente, 15 de Febrero, en su compañía para Tomé.

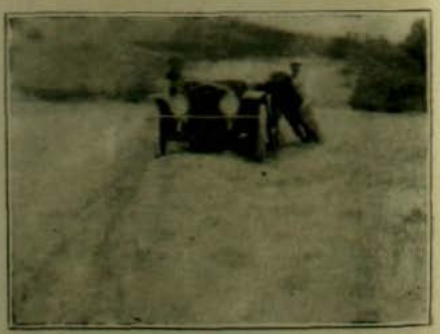
Atravesamos por Chillán Viejo y llegamos a Pelehue, a tomar desayuno a fundo de don Alberto Spoerer, a las 10 A. M. por un camino bastante áspero y difícil.

Aquí pudimos admirar el trabajo de un hombre inteligente y progresista, explotando la tierra con todos los adelantos modernos.

Pronto nos despedimos de nuestro cariñoso huésped y de don Abdón Besoaín, que quedó en su compañía, y a quien agradecimos efusivamente sus múltiples atenciones, y después de media hora llegamos a Huechupín, donde llegamos a creer por un momento que pondríamos al viaje un término imprevisto por el infame estado del camino.

Se extiende en una sucesión de pequeños lomajes surcados de profundas grietas interrumpidas por hoyos profundos. Materialmente resultaba imposible que el automóvil pudiera pasar por el fondo de las grietas pues hubiera quedado montado en el carter, ni por las crestas por estar ya muy juntas, ya muy separadas de manera que las ruedas no calzaban.

Nos fué preciso, en consecuencia, ir arre-



Arenales a la salida de Confluencia

glando el camino con pala y barreta, rebajando las crestas y rellenando las grietas y esto por un espacio de más de dos kilómetros.

El camino continúa después en bastante buen estado por una meseta a cuyo fondo se divisa, a la derecha el valle del río Ñuble y a la izquierda el valle del río Chillán para reunirse en Confluencia y formar el Itata, siendo todo muy pintoresco.

Después de pasar por Confluencia y de cruzar éste por un puente provisional del ferrocarril de Rucapequén a Tomé, tuvimos que atravesar un gran arenal en el que recibimos la ayuda del ingeniero don Carlos Alamos que nos apehualó mientras varios trabajadores del puente arrastraban el coche por los lados.

El camino hasta Rafael se encuentra en regular estado, teniéndose que cruzar para llegar a él una larguísima cuesta de caracol que se extiende en rápida pendiente desde el pueblo de San Ignacio, y por la cual se atraviesa de una sola vez toda la cordillera de la costa.

Antes de llegar a este punto y mientras comíamos unas empanadas que nos vendió una mujer que difícilmente conseguíamos se acercara al automóvil, cruzó por el cielo un bólido majestuoso dejando una nube en el horizonte que tardó varias horas en disiparse.

Naturalmente la mujer creyó que había más de una relación entre el coche que corría sin caballos y las estrellas que se caían y optó por ponerse en fuga sin esperar siquiera a recibir el importe de su mercadería, que dejamos honradamente sobre el canasto.

El sol se ponía lentamente en el ocaso cuando divisamos el mar, extendiéndose len-

Camino entre Tomé y Penco

Huechupín.—Camino a Confluencia

tamente a los pies del simpático pueblo de Tomé, y tal fué nuestro entusiasmo que dimos toda máquina y verificamos un descenso a 50 kilómetros, por un camino infernal y con peligro de despeñarnos a cada instante.

La pelotera que armamos a la llegada con el ruido de pitos, bocinas, perros aplastados, cantos y gritería de los chiquillos que nos seguían, no es para descrita.

Esa noche nos alojamos en casa de don Gabriel Quiroz, cuñado de Carlos Santa Cruz que nos colmó de atenciones, y al día siguiente, 16 de Febrero, después de un baño en el mar para desalojar el azufre de las Termas, partimos a las 2 P. M. para Penco, a donde pensábamos llegar en hora y media, y a donde llegamos milagrosamente en seis horas, después de recorrer los 22 kilómetros de camino—si es que vale tal nombre,—el más infame que es posible exista en Chile.

Aquí nos fué preciso remontar unas laderas de fuerte pendiente, surcadas también de profundas grietas más hondas y zig-zagueadas que las de Huechupín y con el agregado de enormes peñascos esparcidos por todos lados y por los cuales era preciso hacer trepar el automóvil como si fuera un cabro.

En dos ocasiones quedó montado a caballo

sobre el carter, con las cuatro ruedas en el aire, siéndonos preciso rebajar la cresta a barreta y pala hasta hacer tocar las ruedas en el fondo de las grietas. En otras se nos ladeaba de tal manera que teníamos que sujetarlo con todas nuestras fuerzas por el lado opuesto para evitar que se volcara.

Dos cámaras se reventaron en una distancia de pocos metros, comidas por los bordes de la llanta al quedar los neumáticos ladeados para adentro con la inclinación del coche.

En otra parte estaba el camino cortado, continuando en otro que seguía cuatro metros más bajo y fué preciso lanzar el auto a toda máquina para que quedando un momento las cuatro ruedas en el aire cayeran al suelo todas a un tiempo.

Por lo demás resisto a hacer la descripción de este camino, y a los que deseen datos detallados les recomiendo que vayan allí en automóvil para que se formen por ellos mismos una idea exacta de su estado.

A las 8 P. M. llegamos a Penco, pasando a hospedarnos al Hotel Codou, para seguir viaje al día siguiente, a las 2 P. M., a Concepción, a donde nos pusimos en veinte minutos, la mitad de tiempo que demora el tren, y dando así digno remate a nuestro viaje.

Para demostrar el perfecto estado en que había llegado el carruaje dimos una vuelta por la ciudad, a toda velocidad, llevando como nueva sobrecarga a Marcos Serrano, Luis Navarrete, con quien veníamos desde Penco, y Emilio Letelier

Como, a diferencia de Talca, aquí los pavimentos son espléndidos, pudimos hacer los 50 kilómetros, sin mayor inconveniente que las varitas de los pacos que se levantaban asustadas de nuestra osadía.

Inmediatamente después fuimos a embarcar el coche dejándolo depositado en el carro que lo esperaba listo en la estación.

Y valga la digresión, en esta oportunidad pudimos observar por primera y única vez, enojado al propietario del coche, con motivo de estar sentado el secretario sobre una de las barandillas y tocar casualmente la carrocería con el talón. Pues bien, el Siete Lenguas que había visto impertérrito la quebradura de los resortes y del embrague, la danza endemoniada sobre las piedras, hoyos, y los múltiples pequeños deterioros que no podían menos de sobrevenir en el viaje, se ponía furioso con la idea de que pudieran rasmillarle la pintura... ¡oh amor paterno! ¡Oh inconsecuencia humana!

Al día siguiente en el nocturno regresábamos a Santiago, después de ser regiamente agasajados por Marcos Serrano, que nos dió un banquete; por Roberto Pérez, agente de los White, y que aprovechó del viaje para hacer espléndida réclame a la marca, y que nos ofreció unas once, y muy principalmente por Luis Navarrete, cónsul de Santiago en Concepción, que nos hospedó en su casa y nos colmó de atenciones.

Antes de concluir no dejaré de observar que el éxito se debió en gran parte:

1.o A que jamás hubo una discusión entre nosotros; y

A que jamás se habló de política ni de religión.

La distancia total del recorrido fué 793 kilómetros y el consumo de bencina 215 litros.

Por lo que respecta a los neumáticos, usamos de cuatro o cinco clases, entre ellos: Michelin, Dunlop, Peter Union y Englebert, pudiendo comprobar que estos últimos fueron los que dieron mejor resultado, pues habiendo montado uno en las ruedas posteriores a la salida de Santiago, llegó intacto a Concepción, sin que necesitáramos moverlo nunca de la llanta, y sin que sufriera siquiera la goma exterior.

LOS COMONÓ.

LA GUERRA DEL FUEGO

Por

J. H. ROSNY

Es en los primeros tiempos de la tierra. Las pequeñas tribus humanas vagan en lucha constante contra las fieras y los elementos. Los Ulhamr, una de esas tribus, vencidos en un combate, pierden el fuego, que custodiaban con gran trabajo desde hacía largas generaciones, pero que no sabían producir.

Fauhm, jefe de la tribu, ofrece Gamla, la más bella de las hijas de los hombres, al que traiga el fuego. Se presentan a reclamar el premio, por una parte, Naoh, joven y fuerte guerrero aunque menos rudo y vengativo que sus semejantes, y por la otra, Aghoo el velludo y sus dos hermanos, también velludos, de fuerzas sobrehumanas, pero de naturaleza bestial.

Aghoo y sus hermanos parten en dirección del Poniente. Naoh, a su vez, escoge dos jóvenes guerreros más ágiles y astutos que fuertes, llamados Nam y Gaw, y se dirigen hacia el Sur.

Después de atravesar, por muchos días, una vasta pradera, Naoh y sus compañeros presencian un combate entre una manada de aurochs y otra de mamuths, las bestias más poderosas de la tierra. En la noche, atacados por un oso gris, en su caverna, Naoh logra vencerlo y darle muerte a golpes de maza, hazaña hasta entonces no realizada por hombre alguno.

Llenos de confianza y de orgullo los tres Ulhamr van a proseguir sus aventuras.

Llegan más adelante a un sitio trágico abundante en fieras. Ocultos entre unos peñascos impenetrables para los grandes carniceros, presencian el combate de un tigre con el León Gigante, bestia colosal de las edades prehistóricas, ya próxima a extinguirse. El tigre es muerto y su hembra sigue la suerte del vencedor... Ambos animales guardan la caverna en que se han refugiado los nómades. En una ausencia del León Gigante, Naoh y sus compañeros vencen a la tigre y le destrozan las patas... Algunas noches más tarde restablecidos de las heridas de la lucha, huyen entre las sombras de la noche, mientras el León Gigante anda de caza.

Los tres Ulhamr burlan la persecución de la fiera, y después de marchar por algún tiempo hacia el Sur, descubren, en el país de los Devoradores de Hombres, una partida expedicionaria que lleva consigo el fuego.

Naoh los combate valiéndose de hábiles ardides, les arrebata el fuego; pero debe volver en busca de un compañero extraviado.

VI

En busca de Gaw

Para encontrar la pista de Gaw, debía retroceder primero hacia el campamento de los Devoradores de Hombres. Caminaba con más lentitud. Su hombro ardía bajo las hojas de sauce con que lo había cubierto: sentía un dolor en el sitio en que le alcanzara la maza, y experimentaba gran melancolía al ver que, después de la conquista del Fuego, su tarea continuaba siendo tan ruda y tan incierta. Llegó así hasta el mismo grupo de fresnos, desde el cual, en compañía de los jóvenes guerreros, percibiera el alto de los Kzamms. Ahora un resplandor rojizo comenzaba a extinguir la claridad de la luna; el campo permanecía silencioso, las brasas, dispersadas por Naoh, se habían todas extinguido y la calma de la noche se posaba sobre la inmovilidad de los hombres y de las cosas; no se oían, sino las quejas intermitentes de uno de los heridos.

Naoh, después de consultar cada uno de

sus sentidos, tuvo la certidumbre de que los perseguidores no habían vuelto. Se dirigió hacia el campamento; las quejas del herido cesaron: parecía que sólo quedaban allí cadáveres. Por otra parte, no se detuvo largo rato; caminó en la dirección por donde había huído Gaw en un principio, y encontró la pista. Fácil de seguir al principio, pues le acompañaban las huellas numerosas de los Kzamms, casi en línea recta, torcía después, daba vueltas al rededor de los mamelones, volvía sobre sí misma, atravesaba los matorrales. Un pantano la cortó bruscamente: Naoh no la cogió de nuevo sino en la otra orilla, húmeda ahora, como si Gaw y los otros estuvieran empapados.

Delante de un bosque de sicomoros, los Kzamms se habían visto obligados a dividirse en muchos grupos. Naoh logró reconocer la dirección favorable, y caminó tres o cuatro mil codos todavía. Pero entonces hubo de detenerse. Gruesas nubes cubrían la luna, y el alba no clareaba todavía. El hijo del Leopardo se sentó al pie de un sicomoro tan viejo como diez generaciones de hombres. Las fieras habían puesto término a sus cacerías; los animales diurnos no daban aún señales de vida, ocultos en la tierra, en los matorrales, en los huecos de los árboles y entre el ramaje.

Naoh descansó; algunas gotas del tiempo eterno se deslizaron al través de la vida fugitiva de la selva. Después una claridad fresca y blanquecina comenzó a esparcirse de cima en cima. El alba de otoño, pesada y yerta, desfloraba las hojas débiles y los nidos ruinosos, alentando una pequeña brisa que parecía el suspiro de los sicomoros. Naoh, de pie ante la luz, pálida aún como la blanca ceniza de una fogata, devoró un trozo de carne seca, se inclinó hacia el suelo y continuó la interrumpida pista. Esta le guió por miles de codos. A la salida del bosque, atravesaba una llanura arenosa, en que la hierba era rala y los arbustos raquíticos, contorneaba tierras en que las cañas rojizas se pudrían al borde de los pantanos; subía una colina y se internaba entre mamelones... Se detuvo al fin a orillas de un río que Gaw con toda certidumbre había atravesado. Naoh lo atravesó también, y después de largas investigaciones, descubrió que dos pistas de Kzamms convergían... ¡Gaw podía estar rodeado!...

Entonces el jefe pensó que sería bueno abandonar el fugitivo a su suerte, a fin de no exponer, contra una sola existencia, su vida, la de Nam y la del Fuego. Pero la persecución lo exasperaba: extraña fiebre se debatía entre sus sienes, la esperanza se obstinaba a pesar suyo dentro de su corazón... Experimentaba también el irresistible deseo de concluir lo comenzado.

Además de las dos partidas de Kzamms, cuyas ardides Naoh acababa de reconocer, era de temer la que había perseguido a Gaw, al través de tantas vueltas y revueltas, y que seguramente había tenido tiempo de tomar una posición ventajosa, si no se había dividido a su vez en varios grupos. Confiado, en su gran rapidez y en su astucia, el hijo del Leopardo siguió sin vacilar la propia pista de Gaw, deteniéndose, a su pesar, para sondear el espacio.

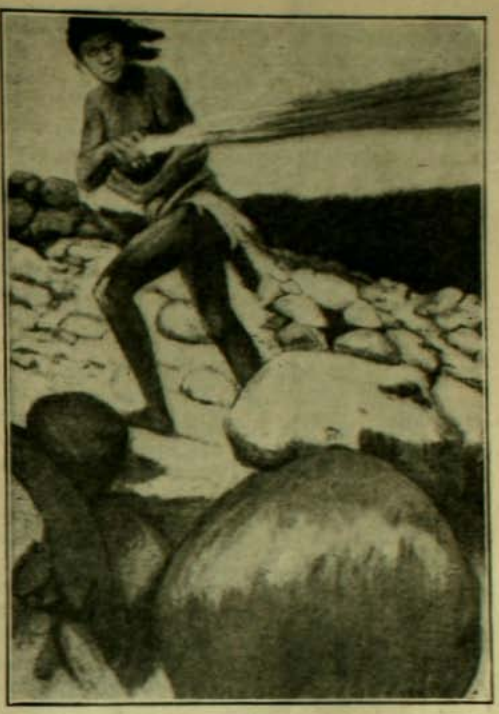
El suelo se hizo duro: el granito aparecía bajo un humus pobre y de color azulado; después se presentó una escarpada colina, que Naoh se decidió a escalar, porque las huellas se mostraban ahora bastante recientes para que desde la cima se pudiera acaso divisar la silueta de Gaw o de alguno de sus perseguidores. El nómade se deslizó por entre los matorrales y llegó a lo alto de la colina... Lanzó una débil exclamación. Gaw acababa de aparecer sobre una banda de tierra roja, tierra de minio que parecía regada con sangre de innumerables ganados.

A sus espaldas, a mil codos de distancia, los hombres de grandes torsos y de cortas piernas, avanzaban en orden disperso; hacia el norte se mostraba un segundo grupo. Sin embargo, y a pesar de lo encarnizado de la persecución, el hijo del Saiga no aparecía agotado; los Kzamms denotaban una fatiga, a lo menos igual a la suya. Durante la larga noche de otoño, Gaw no había tomado el galope sino para evitar las emboscadas e inquietar a sus enemigos. Por desgracia, las maniobras de los Kzamms lo habían extraviado; se dirigía a la ventura, sin saber si se encontraba al poniente o al sur de la roca en que debía juntarse con su jefe.

Naoh seguía las peripecias de la caza. Gaw corría hacia un bosque de pinos, al

noreste. La primera tropa lo seguía formando una línea angulosa que cortaba la retirada en un frente de mil codos. La segunda tropa que desbordaba al norte, comenzaba a virar de manera de alcanzar el bosque al mismo tiempo que el fugitivo; pero en tanto que éste iba a abordarlo por el sudeste, los otros lo alcanzarían por el levante. Esta situación no era desesperada, ni siquiera muy desfavorable, siempre que el fugitivo oblicuase hacia el nordoeste, en cuanto se hallara a cubierto. La rapidez de su carrera, le permitiría tomar una delantera considerable, y si Naoh se le reunía entonces, podrían tomar la dirección del Gran Río.

De una ojeada, el jefe reconoció el camino favorable: era una extensión cubierta de matorrales que lo ocultarían, mientras alcanzaba el bosque. Se disponía ya a bajar de la colina, cuando una nueva peripecia, con mucho la más temible, le hizo estremecer: una tercera partida desbordaba esta vez por el nordoeste. Gaw no podía ahora evitar el ser cercado sino huyendo con gran rapidez hacia el oeste. Pero no parecía tener conciencia del peligro y continuaba en línea recta.



Naoh es dueño del fuego

Una vez más Naoh dudó entre la necesidad de salvaguardiar al fuego, a Nam y a sí mismo y la tentación de socorrer a Gaw: una vez más cedió ante la fuerza misteriosa que arrastra al hombre y a las bestias a proseguir la obra comenzada. El hijo del Leopardo, después de lanzar larga ojeada al sitio, cuyas particularidades se fijaron todas en su retina, bajó de la colina.

Penetró a lo largo de los matorrales siguiendo su límite occidental. Después se volvió al través de largas hierbas asoladas y rojizas; y como su rapidez sobrepasaba con mucho a las de los Kzamms y a la de Gaw, llegó a la vista del bosque antes que el fugitivo hubiera penetrado en él.

Ahora le era necesario dar a conocer su presencia. Imitó el bramido del alce, repitiéndolo por tres veces: era ésta una señal familiar entre los Ulhamr. Pero la distancia era demasiado grande y Gaw acaso le habría oído en tiempo ordinario: ahora su atención reconcentrada sobre sus perseguidores, no se fijó en el llamado.

Entonces Naoh se decidió a aparecer: surgió de entre las altas hierbas delante de los enemigos, lanzando un grito de guerra. Un largo alarido, repetido por las partidas de Kzamms al oeste y al este del bosque, repercutió en el espacio. Gaw se detuvo temblando sobre sus muslos, lleno de gozo y de asombro; después, tomando toda su carrera, se lanzó hacia el hijo del Leopardo. Ya éste, seguro de ser seguido, huía por la única línea practicable. Pero la tercera partida de Kzamms, advertida a tiempo, había cambiado tambien de dirección y se precipitaba a cortar la retirada, en tanto que los primeros perseguidores corrían a toda velocidad en una dirección casi paralela a los fugitivos. Esta maniobra tuvo éxito: el camino del oeste se encontró bloqueado a la vez por los Kzamms y por una masa rocosa, casi inac-

cesible, y era imposible continuar hacia el sud-oeste, donde los guerreros se extendían en un semi-círculo.

Como Naoh arrastraba directamente a Gaw hacia las rocas, los Kzamms, estrechando el cerco, lanzaron un grito de triunfo; muchos alcanzaron hasta cincuenta codos de los Ulhamr y les lanzaron azagayas. Pero Naoh, atravesando una cortina de arbustos, arrastraba a su compañero hacia un desfiladero entrevisto desde lo alto de la colina.

Los Kzamms aullaban; algunos se precipitaron a su turno en el desfiladero; los otros dieron vueltas al obstáculo.

Mientras tanto, Naoh y Gaw huían a toda rapidez; habrían tomado una delantera considerable, si el terreno no hubiera sido tan rudo, desigual y movedizo. Cuando salieron al otro lado de la masa rocosa, tres Kzamms desembocando por el lado del Norte, les cortaron la retirada. Naoh habría podido retroceder hacia el sur, pero escuchaba el ruido creciente de la persecución y sabía que por ese lado su carrera sería también detenida. Toda duda podía ser mortal.

Se lanzó derecho sobre los recién venidos, con la maza en una mano y el hacha en la otra, en tanto que Gaw cogía su harpón. Temiendo dejar escapar a los Ulhamr, los Kzamms se habían dispersado. Naoh se precipitó sobre el que estaba a su izquierda. Era un guerrero joven, ágil y flexible, que levantó su hacha para barajar el ataque. Un golpe de maza le arrancó su arma; un segundo golpe le derribó en tierra.

Los otros dos Devoradores de Hombres se habían precipitado sobre Gaw, en la esperanza de derribarlo y reunir en seguida sus fuerzas contra Naoh. El joven Ulhamr había lanzado una azagaya y herido, aunque débilmente, a uno de los agresores. Antes que hubiera podido usar de su venablo, fué herido en el pecho. Una reculada rápida, después un salto de lado, le permitieron ponerse en guardia. En tanto que uno de los Kzamms le atacaba de frente, el otro trataba de golpearlo por detrás: Gaw iba a sucumbir cuando llegó Naoh. La enorme maza cayó con el ruido de un árbol que se desploma: y los huesos de un Kzamm crrujieron; el otro se batió en retirada, hacia un grupo de guerreros, que desembocando por el norte, avanzaban rápidamente.

Era demasiado tarde: los Ulhamr escapaban huyendo hacia al oeste, a lo largo de una línea donde ningún enemigo les cortaba el paso; a cada salto, tomaban mayor delantera.

Corrieron largo tiempo, ya sobre la tierra sonora, ya sobre el fango o entre las yerbas crujidoras, ya sobre la maleza o sobre la turba, ya escalando cuestas o precipitándose por entre abismos. Mucho antes que el sol llegara al medio del firmamento, tenían seis mil codos de ventaja. Muchas veces tuvieron esperansas de que el enemigo cesaría en su persecución, pero cuando llegaban a una cima, concluían siempre por descubrir la horda encarnizada de los Devoradores de Hombres.

Ahora bien, Gaw se debilitaba. Su herida no había cesado de manar sangre. Algunas veces no era sino un hilo rojizo, apenas perceptible; a pesar de la furiosa carrera, la herida parecía cerrada; después a consecuencia de esfuerzos más bruscos, o de algún paso en falso en una hondonada, el líquido rojo volvía a surgir. Habiendo encontrado un grupo de álamos jóvenes, Naoh fabricó una venda de hojas; poco a poco la rapidez de Gaw se hizo igual, en seguida inferior a la de los Kzamms. Ahora, cada vez que los fugitivos miraban hacia atras, la vanguardia de los Kzamms había ganado terreno. Y el hijo del Leopardo, con rabia profunda, pensaba que si Gaw no recobraba sus fuerzas, serían alcanzados antes de llegar junto a la manada de mamuhts. Pero Gaw se debilitaba más y más; subió una colina con fatigado aliento; en la cima, temblloroso, con el rostro cubierto de palidez mortal, el corazón extenuado, vaciló. Y Naoh, mirando hacia la manada bestial que los seguía y que amenazaba subir la pendiente, vió que la distancia que los separaba era todavía menor.

—Si Gaw no puede correr, dijo con voz ronca, los Devoradores de Hombres nos habrán alcanzado antes que lleguemos a la vista del río.

—Los ojos de Gaw están obscuros, sus orejas silban como grillos, balbució el joven guerrero. Que el hijo del Leopardo continúe solo su carrera. Gaw morirá por el Fuego y por el jefe.

—¡Gaw no morirá aún!.....

Y, volviéndose hacia los Kzamms, Naoh lanzó un furioso grito de guerra, y en seguida, poniendo a Gaw sobre sus hombros, continuó la carrera. Al principio su gran valor y su formidable musculatura le permitieron guardar la ventaja adquirida. Sobre el suelo en declive, la pesantez lo arrastraba a toda velocidad. Flexibles, como ramas de fresnos, sus muslos sostenían la caída incesante. Abajo de la colina, su aliento se aceleró, sus pies se entorpecieron. Sin la herida, que lo quemaba sordamente, sin el golpe de maza que recibiera en la cabeza y que todavía ensordecía sus orejas, habría podido aún con Gaw a la espalda, tomar delantera a los Devoradores de Hombres, de miembros cortos y cansados por una larga carrera. Pero había sobrepasado sus fuerzas: ninguna bestia en las estepas o en las selvas era capaz de mayor hazaña... Ahora sin cesar decrecía la distancia que los separaba de los Kzamms. Oía el ruido de sus pasos golpear la tierra, haciéndola crujir; sabía de momento en momento cuánto se acercaban... Primero a quinientos codos, después a cuatrocientos, en seguida a doscientos... Entonces el hijo del Leopardo depositó a Gaw en el suelo, y, con los ojos húmedos y esquivos, tuvo una duda suprema.

—Gaw, hijo del Saiga, dijo al fin, Naoh no puede llevarte por más tiempo, delante de los Devoradores de Hombres.

Gaw se había incorporado... Dijo:

—Naoh debe abandonar a Gaw y salvar al Fuego.

Todo entorpecido, porque, a pesar de las sacudidas, había podido dormir sobre los hombros del jefe, se desperezó extendiendo los brazos. Los Kzamms, a una distancia de sesenta codos, blandían sus azagayas para comenzar la lucha. Naoh, resuelto a no huir sino a la última extremidad, les hizo frente. Silbaron los primeros proyectiles; lanzados de demasiado lejos, la mayor parte caían sin alcanzar a los Ulhamr; uno sólo, rasguñando una pierna de Gaw, le hizo una herida tan ligera como una espina de rosal. En respuesta, Naoh alcanzó al más próximo de los Devoradores de Hombres; en seguida traspasó el vientre de un guerrero que

Muy pronto una flexible silueta se dibujó entre dos sicomoros

avanzaba a grandes saltos. Esta doble hazaña arrojó el pánico entre los agresores de la vanguardia. Lanzaron un clamor formidable, pero se detuvieron a esperar refuerzo.

Esta pausa fué favorable a los Ulhamr. Su pequeña herida había despertado a Gaw. Con mano todavía débil, había cogido un harpón y lo blandía, esperando que los enemigos estuvieran a su alcance. Naoh, viendo el ademán le preguntó...

—¿Ha recobrado Gaw su fuerza?... Que huya... Naoh retardará la persecución...

El joven guerrero dudaba, pero el jefe repitió en tono bravo...

—¡Ve!...

Gaw se puso a huir con paso al principio débil y vacilante, pero que se hacía más y más firme... Naoh retrocedía lento y formidable, teniendo en cada mano una azagaya, y los Kzamms dudaban... Los dardos silbaron, los hombres se precipitaron al ataque. Naoh detuvo todavía a dos guerreros en su carrera y huyó a su vez.

La persecución comenzó nuevamente sobre la tierra inmensa... Gaw a veces parecía recobrar sus fuerzas, después languidecía, con los músculos fatigados y el aliento perdido... La ventaja continuaba del lado de los Kzamms... Seguían el trote sostenido, sin apresurarse mucho, confiados en su vigor y en su resistencia. Ahora Naoh no podía llevar a su compañero. La fatiga y la fiebre pesaban sobre su herida; su cráneo se llenaba de rumores, y para colmo de males, se había lastimado un pie contra una roca.

—¡Es preciso que Gaw muera! no cesaba de repetir el joven guerrero. Naoh dirá que ha combatido bien.

Sombrío, el jefe no contestaba. Seguía escuchando el trote de los enemigos. De nuevo estuvieron a doscientos codos, después a cien, mientras los fugitivos subían una pendiente. Entonces el hijo del Leopardo, reuniendo energías profundas, mantiene la distancia hasta lo alto de la colina. Y allí, arrojando una larga mirada hacia el occidente, con el pecho palpitante de cansancio y de esperanza, exclamó:

—¡El Gran Río!... ¡Los Mamuths!

La gran extensión de aguas se extendía brillante entre los álamos, los sauces, los fresnos y las hojas. La manada estaba también allí, a cuatro mil codos, pastando las raíces y los tiernos brotes de los árboles. Naoh se precipitó hacia abajo arrastrando a Gaw, con un impulso que les hizo ganar más de cien codos... ¡Era el último esfuerzo! Volvieron a perder esa débil ventaja, codo por codo. Los Kzamms lanzaban su grito de guerra.

Cuando dos mil codos separaban a Naoh y a Gaw de la cima del mamelón, los Kzamms estaban ya a punto de alcanzarlos. Conservaban su paso igual y menudo, tanto más seguros cuanto que iban estrechando a los Ulhamr contra la manada de mamuths. Sabían que éstos, a pesar de sus costumbres pacíficas, no toleraban la presencia de ningún extraño, y que, por tanto, harían retroceder a los fugitivos.

Sin embargo, los perseguidores no descuidaban el aproximarse más y más; podía ahora escucharse su aliento, y quedaban por recorrer mil codos todavía. Entonces Naoh lanzó un largo quejido y se vió a un hombre surgir de un bosquecillo de plátanos. En seguida una de las enormes bestias levantó su trompa, produciendo un silbido estridente. El mamuth, seguido de otros tres, se lanzó en derechura hacia el hijo del Leopardo. Los Kzamms se detuvieron. Sólo tenían que esperar el retroceso de los Ulhamr para cercarlos y destrozarlos.

Naoh, sin embargo, continuó corriendo por un centenar de codos; después, volviendo hacia los Kzamms su rostro hundido por la fatiga y sus ojos brillantes de triunfo, exclamó:

—Los Ulhamr han hecho alianza con los mamuths. Naoh se ríe de los Devoradores de Hombres.

Mientras hablaba llegaron los mamuths, y, con infinito estupor de los Kzamms, el más grande puso su trompa sobre la espalda del Ulhamr. Y naoh prosiguió:

—Naoh ha cogido el fuego. Ha derribado cuatro guerreros en el campamento... Ha derribado otros cuatro durante la persecución...

Los Kzamms contestaron con alaridos de furor, pero como los mamuths continuaban avanzando, retrocedieron precipitadamente, porque al igual que los Ulhamr, no concebían aún que el hombre pudiera combatir esas hordas colosales.

VII

La vida entre los mamuths

Nam había custodiado bien el fuego... Ardía claro y puro en su brasero, cuando Naoh lo volvió a ver. Y, aunque su cansancio era extremado, aunque la herida le mordía las carnes como un lobo rabioso, aunque la fiebre le zumbaba en la cabeza, el hijo del Leopardo experimentaba un instante de felicidad suprema. Bajo su ancho pecho latía toda la esperanza humana, tanto más bella, cuanto que entonces, sin ignorarla, el hombre no se acordaba de la muerte. La juventud palpitaba en él, la juventud que para su corta previsión era

la Eternidad. Vió el pantano en la primavera, cuando las cañas levantan a un tiempo sus tiernos brotes, cuando los álamos, los arces y los sauces se revisten de su ropaje verde y blanco, cuando las parcetas, las garzas, las torcazas, los abejarrucos, entonan sus canciones amorosas, cuando cae la lluvia tan alegre, como si la vida misma cayera sobre el haz de la tierra. Y ante las aguas, y sobre las hierbas y entre las aguas, la posteridad era el rostro de Gamia: toda la alegría de los hombres era el cuerpo flexible, los brazos finos y la abundante cabellera de la hija de Faoum.

Cuando Naoh hubo cesado de soñar delante del Fuego, cogió raíces y plantas tiernas, para rendir homenaje al jefe de los mamuths, porque suponía que la alianza, para ser durable, debía ser renovada. Sólo entonces, y, después que Nam hubo entrado en guardia, escogió un sitio retirado en el centro de la manada y se tendió.

—Si los mamuths abandonan la pradera, dijo Nam, despertaré al hijo del Leopardo.

—El pasto es abundante, repuso Naoh; los mamuths permanecerán aquí hasta la tarde.

Cayó en un sueño profundo como la muerte.

Cuando despertó, el sol se inclinaba sobre la sábana. Nubes de color esquisto se amontonaban, velando dulcemente el disco amarillento, que parecía una gigantesca flor de nenúfar. Naoh sentía sus miembros doloridos hasta las articulaciones; la fiebre le corría al través del cráneo y del espinazo; pero el zumbido de sus orejas se debilitaba y el dolor del hombro iba apaciguándose.

Se levantó y dió una mirada al fuego.

—¿Han vuelto los Kzamms? preguntó al centinela.

—No, pero tampoco se han alejado... esperan a orillas del río, delante de la isla de los álamos altos.

—¡Bien! repuso el hijo del Leopardo. No tendrán fuego en las noches húmedas; el valor los abandonará y volverán a su horda. Ahora, Nam puede dormir a su turno.

En tanto que Nam se tendía sobre las hojas y el liquen, Naoh examinó a Gaw, que se agotaba en sueños. El joven estaba débil; la piel le ardía; su aliento era entrecortado, pero la herida del pecho ya no le manaba sangre. El jefe, seguro de que su compañero no sería por ahora devorado por la tierra profunda, se inclinó sobre el Fuego, deseoso de verlo crecer en una vasta hoguera de ramas secas.

Pero postergó la realización de este deseo para los días siguientes. Era preciso antes obtener que el jefe de los mamuths permitiera a los Ulhamr, pasar la noche en su campamento. Naoh lo buscó con la mirada. Lo divisó solitario, según su costumbre, para velar mejor sobre el rebaño y escrutar más a sus anchas la inmensidad. Pastaba arbustos cuyas cabezas se alzaban apenas sobre el suelo. El hijo del Leopardo cogió raíces de helechos comestibles; encontró también habas de pantano; en seguida se dirigió hacia el gran mamuth. La bestia, al verlo acercarse, cesó de roer los tiernos arbolitos; agitó dulcemente su trompa velluda; dió aún algunos pasos hacia Naoh. Viéndolo con las manos cargadas de alimento, mostró contento... Comenzaba a experimentar ternura por el hombre. El nómade le alargó las provisiones y murmuró:

—Jefe de los mamuths, los Kzamms no han abandonado aún las orillas del río. Los Ulhamr son más fuertes que los Kzamms, pero no son sino tres, en tanto que ellos son más de tres veces las dos manos. Nos matarán si nos alejamos de los mamuths.

El mamuth, satisfecho tras de una jornada de buenos pastos, comía lentamente las raíces y las habas. Cuando hubo concluído, miró el sol poniente y después se tendió en el suelo, en tanto que su trompa se arrollaba a medias al rededor del torso del hombre. Naoh sacó en consecuencia que la alianza era completa, que podría esperar su curación y la de Gaw en el campo de los mamuths, al abrigo de los Kzamms, del León, del Tigre y del Oso Gris. Acaso le sería también permitido encender el fuego devorador y gustar la dulzura de las raíces, de las castañas y de las carnes asadas.

El sol se ensangrentaba sobre el vasto occidente; después encendió las nubes magníficas. Fué una tarde roja como la flor del granado, amarilla como una pradera de ranúnculos, púrpura como las tulipas

de otoño, y sus fuegos se reflejaban en las profundidades del río; fué una de las bellas tardes de la tierra mortal. No sondeó regiones inconmensurables como los crepúsculos del estío; pero tuvo lagos, islas y cavernas tapizadas con el resplandor de las magnolias, de los gladiolos y del rosal, cuyo brillo conmovía el alma salvaje de Naoh. Se preguntó quién encendía esas extensiones infinitas, qué hombres o bestias habitaban tras de la montaña del cielo.

Tres días habían transcurrido. Naoh, Gaw y Nam, continuaban viviendo en el campo de los mamuths. Los vengativos Kzamms seguían rondando al borde del Gran Río, en la esperanza de capturar y devorar a aquellos hombres que habían burlado su astucia, desafiando su fuerza, y robándoles el Fuego.

Naoh no les temía. Su alianza con los mamuths era perfecta. Cada mañana se sentía más seguro de su fuerza. Su cráneo no le zumbaba; la herida de su hombro, poco profunda, se cerraba con rapidez, no quedaban ni rastros de fiebre. Gaw también iba mejor. Con frecuencia, los tres Ulhamr, sentados sobre una eminencia, desafiaban a sus adversarios.

Naoh exclamaba:

—¿Por qué rondáis al rededor de los mamuths y de los Ulhamr? Ante los mamuths, sois como los chacales ante el Gran de Oso. Ni la maza ni el hacha de ningún Kzamms pueden resistir a la maza y al hacha de Naoh. Si no partís hacia vuestras tierras de caza, os cogeremos en una emboscada y os mataremos.

Nam y Gaw lanzaban su grito de guerra, blandiendo las azagayas; pero los Kzamms rondaban en la maleza, entre las cañas sobre la sábana o bajo los arces, los sicomoros, los fresnos y los álamos. Se percibía bruscamente un torso velludo, una cabeza de largos cabellos; o bien siluetas confusas se deslizaban en las penumbras. Aún cuando no la temían, los Ulhamr detestaban esa presencia funesta. Ella les impedía alejarse para reconocer el país; ella amenazaba el porvenir, porque pronto sería necesario abandonar a los mamuths para volver hacia el Norte. El hijo del Leopardo pensaba en los medios de alejar al enemigo de su pista.

Continuaba rindiendo homenaje al jefe de los mamuths. Tres veces al día, juntaba para él alimentos tiernos y pasaba grandes momentos en su compañía, intentando comprender su lengua o hacerle entender la suya. El mamuth escuchaba con agrado la palabra humana, sacudía la cabeza y parecía pensativo; a veces un fulgor singular brillaba en sus ojos pardos, o bien plegaba los párpados como si riera. Entonces Naoh pensaba:

—El gran mamuth comprende a Naoh, pero Naoh no le comprende todavía.

Mientras tanto, cambiaban gestos cuyo significado no era dudoso, porque se referían al alimento. Cuando Naoh gritaba:

—¡Aquí!...

El mamuth se acercaba inmediatamente, aún cuando Naoh estuviera oculto, porque sabía que encontraría raíces, tallos tiernos y hasta frutas. Poco a poco aprendieron a llamarse, aún sin motivo. El mamuth dejaba escapar un suave silbido; Naoh articulaba una o dos sílabas. Se sentían contentos de estar el uno junto al otro. El hombre se acuclillaba en la tierra; el mamuth rondaba en su torno, y, a veces, por juego, lo levantaba delicadamente en su trompa enrollada.

Para llegar a sus fines, Naoh había ordenado a sus guerreros que rindieran homenaje a otros dos mamuths, que eran jefes junto al coloso. Como los mamuths habían llegado a serles familiares, les daban la afección que éstos les pedían. Después Naoh enseñó a los jóvenes a acostumbrar a los gigantes a su voz, tan bien que al quinto día, los mamuths acudían al grito de Nam y de Gaw.

Los Ulhamr tuvieron una gran dicha. Una tarde, antes del fin del crepúsculo, Naoh, habiendo acumulado ramas y hierbas secas, osó encender fuego. El aire estaba fresco, bastante seco, la brisa lenta. La llama creció, ennegrecida al principio por el humo, después pura, rugidora, de color de aurora.

Los mamuths acudieron de todas partes. Se veían avanzar sus grandes cabezas y lucir sus ojos de inquietud... Porque ellos conocían el Fuego. Lo habían encontrado en la sábana y en la selva, cuando el rayo se desplomaba; los había perseguido, con sus rugidos espantosos; su aliento les había mordido las carnes, y sus dientes traspasado sus invulnerables pieles; los viejos se acordaban de compañeros cogidos por ese

sér terrible y que no habían vuelto jamás. Así, consideraban con temor y amenaza, la llama al rededor de la cual se mantenían de pie las pequeñas bestias verticales.

Naoh comprendiendo aquel disgusto, se acercó al gran mamuth y le dijo:

—El fuego de los Ulhamr no puede huir; no puede crecer al través de las plantas; no puede arrojarse sobre los mamuths. Naoh lo mantiene aprisionado en un suelo en que no encontrará ningún alimento.

El coloso arrastrado a diez pasos de la llama, la contemplaba y, más curioso que sus semejantes, penetrado también de cierta confianza obscura y viendo a sus débiles amigos tan tranquilos, se serenó. Como su agitación o su calma dirigían, desde largos años atrás, la agitación y la calma del rebaño, todos, poco a poco, no temían ya al fuego inmóvil de los Ulhamr, como temían al fuego formidable que galopa sobre la pradera.

El hijo del Leopardo se sentó al pie de un sicomoro

Así pudo Naoh alimentar la llama y rechazar las tinieblas. Aquella tarde gustó la carne, las raíces, los hongos asados, y se deleitó con ello...

Al sexto día la presencia de los Kzamms se les hizo insoportable. Naoh había recobrado toda su fuerza; la inacción le aburría; el espacio lo llamaba hacia el Norte. Habiendo visto aparecer muchos torsos velludos entre los plátanos, se encendió en cólera y exclamó:

—Los Kzamms no se alimentarán de la carne de Naoh, de Nam, de Gaw!....

Después, llamando a sus compañeros, les dijo:

—Llamaréis a los mamuths con los cuales habéis hecho alianza. Yo haré que el gran jefe me siga. Así podremos combatir a los Devoradores de Hombres.

Después de haber ocultado el Fuego en lugar seguro, los Ulhamr se pusieron en camino. A medida que se alejaban del campo, ofrecían alimento a los mamuths, y Naoh, a intervalos, les hablaba con voz dulce. Las bestias, a cada paso que daban, sentían crecer su responsabilidad hacia el rebaño. Se detenían, volviendo las cabezas hacia el occidente. Después cesaron de avanzar, y cuando Naoh dejó oír su grito de llamada, el jefe de los mamuths respondió, llamando a su vez. El hijo del Leopardo volvió sobre sus pasos, pasó la mano por la trompa de su aliado, diciéndole:

—¡Los Kzamms están ocultos entre los arbustos! Si los mamuths nos ayudan a combatirlos, no se atreverán a volver a rondar en torno del campamento.

El jefe de los mamuths permanecía impasible. No cesaba de considerar, a su retaguardia, el rebaño lejano cuyos destinos conducía. Naoh, sabiendo que los Kzamms estaban ocultos a pocos tiros de flecha, no podía resolverse a abandonar el ataque. Se deslizó, seguido de Nam y de Gaw, a través de los vegetales. Silbaron las azagayas; muchos Kzamms surgieron de entre los matorrales para apuntar mejor al enemigo, y Naoh lanzó un largo, un estridente grito de llamada.

Entonces el jefe de los mamuths pareció comprender. Lanzó al espacio el aullido formidable que reunía la manada, y se precipitó seguido de los otros dos machos, sobre los Devoradores de Hombres. Naoh, blandiendo su maza, Nam y Gaw teniendo las hachas en la mano izquierda y un dardo en la diestra, se lanzaron a su vez, clamando belicosamente. Los Kzamms espantados se dispersaron entre los matorrales, pero el furor se había apoderado de los mamuths. Cargaron sobre los fugitivos como habrían cargado sobre el rinoceronte, en tanto que, desde las orillas del Gran Río, se veía acudir el rebaño entero en grandes masas par-

das. Todo caía destrozado al paso de aquellas bestias formidables; los animales ocultos, lobos, chacales, cabritillos, ciervos, alces, caballos, saigas, jabalíes, se levantaban por todos los puntos del horizonte y huían como ante la crecida súbita de un río.

El gran mamuth alcanzó el primero a un fugitivo. El Kzamm se arrojó al suelo, aullando de terror, pero la trompa musculosa se replegó para cogerlo: lanzó al hombre verticalmente a diez codos de la tierra, y cuando volvió a caer, una de las vastas patas lo aplastó como a un insecto. En seguida otro Devorador de Hombres expiró bajo las defensas del segundo macho; después se vió a un guerrero, joven todavía, retorcerse ensangrentado y exánime en un abrazo mortal.

El rebaño llegaba. Su flujo subió por el matorral; una inundación de músculos surgió a la llanura; la tierra palpitaba como un pecho agonizante; todos los Kzamms que se encontraban al paso, entre el Gran Río hasta los montículos y el bosquecillo de fresnos, fueron reducidos a masa informe y sanguinolenta. Entonces solamente se apaciguó el furor de los mamuths. El jefe, inmóvil al pie de un mamelón, dió la señal de la paz: todos se detuvieron con los ojos centelleantes aún y las fauces estremecidas por el ardor de la matanza.

Los Kzamms escapados del desastre huían desatinadamente hacia el Sur. Ya no eran de temer sus emboscadas; renunciaban para siempre a coger a los Ulhamr y a devorarlos... Llevaban a su horda la extraordinaria nueva de la alianza de los Hombres del Norte con los mamuths, cuya leyenda iba a perpetuarse a través de innumerables generaciones.

Durante diez días los mamuths descendieron hacia las tierras bajas, a lo largo de la orilla del río. Su vida era hermosa. Perfectamente adaptados a sus pastos, la vid llenaba sus flancos gigantescos; un alimento abundante se les ofrecía en las vueltas del río, en los limos palustres, sobre el humus de las llanuras y entre las viejas selvas venerables.

Ninguna bestia les perturbaba en su camino. Soberanos de la extensión, dueños absolutos de sus éxodos y de sus reposos los antepasados habíanles asegurado la victoria, perfeccionando su instinto, suavizando sus costumbres sociales, reglamentando sus manadas, su táctica, sus campamentos y su jerarquía, provisto a la defensa de los débiles y al buen acuerdo de los poderosos. La estructura de sus cerebros era delicada y sus sentidos llenos de sutileza; poseían una visión precisa y no la pupila inquieta de los caballos y del asno, el olfato fiero, el tacto seguro, vivo el oído.

Enormes, pero flexibles; pesados, pero ágiles, exploraban las aguas y la tierra, palpaban los obstáculos, olían, cogían, desarraigaban, destruían, con esa trompa de finas nervaduras, que se enrollaba como una serpiente, abrazaba como el oso, y trabajaba como la mano del hombre. Sus defensas cavaban la tierra, y de un golpe de sus patas circulares, destrozaban al león.

Nada limitaba la victoria de su raza. El tiempo les pertenecía como el espacio. ¿Quién había podido turbar su reposo? ¿Quién les impediría perpetuarse por generaciones tan numerosas como aquellas que les habían precedido?

Así pensaba Naoh, mientras acompañaba al pueblo de colosos. Oía con alegría crujir la tierra bajo su marcha y consideraba con orgullo sus largas filas pacíficas, escalonadas delante del río o bajo los ramajes del otoño; todas las bestias se apartaban a su proximidad y los pájaros, para verlos, descendían del cielo o se elevaban entre las cañas. Fueron días dulces, de seguridad y de abundancia, y sin el recuerdo de Gamla, Naoh no habría deseado su fin. Porque ahora que conocía a los mamuths los encontraba menos duros, menos inciertos, más equitativos que los hombres. Su jefe no era como Fauhm, temible aún para sus amigos: conducía su rebaño sin amenazas y sin perfidias. Ni un solo mamuth tenía el humor feroz de Aghoo y de sus hermanos...

Al despuntar de la aurora, cuando el río se encendía hacia el Oriente, los mamuths se levantaban de la húmeda tierra. El Fuego chisporroteaba, alimentado por el pino y el sicomoro, el álamo y el tilo, y, en la silvestre profundidad, junto a la brumosa ribera, las bestias sabían que acababa de reaparecer la vida del mundo.

Ella se ensanchaba en las nubes, inscribiendo en sus brumosos estandartes, todo cuanto hacía surgir de la nada, de las tinieblas en cuyo seno los pórfidos, los cuarzos, lorgneis, las micas, los minerales, las

gemas, los mármoles dormían incoloros y helados: todo lo que creaba de formas y de colores encendiendo hogueras en la mar tumultuosa, vo'atizándola en los espacios y uniéndose al agua para tejer las plantas y modelar la carne de las bestias.

Cuando la luz llenaba el pesado cielo del otoño, los mamuths aullaban levantando sus trompas y gustando de esa juventud que encierra la mañana y que hace olvidar la tarde. Se perseguían entre sí, en las sinuosidades de los bohíos y hasta la extremidad de los promontorios; se reunían en grupos embebidos en el placer sencillo y profundo de sentirse de la misma estructura, con los mismos instintos e iguales gestos. Después, sin prisa y sin trabajo, desenterraban las raíces, arrancaban los tallos frescos, pastaban sobre la yerba, partían las castañas y las bellotas, paladeaban la lechuga, el hongo y la trufa. Preferían bajar todos juntos al abrevadero. Entonces su pueblo parecía más numeroso, su masa más imponente.

Naoh escalaba algún montículo o se encaramaba en una roca para verlos dirigirse hacia el río.

Sus dorsos se sucedían como las olas de una inundación, sus pies anchos, inmensos, perforaban la arcilla, sus orejas parecían gigantescos murciélagos, prestos siempre a emprender el vuelo... Agitaban sus trompas, como ramas flexibles de árboles cubiertos de musgo borroso, y las defensas, por centenas lanzaban sus venablos lisos, curvos, brillantes.

Volvía la tarde. De nuevo las nubes reasumían el esplendor de las cosas, la noche carnívora se desplomaba como una niebla violácea y el Fuego comenzaba a crecer. Los Ulhamr le servían abundante alimento. El devoraba ansioso la madera de pino y las hierbas secas, se estremecía royendo el sauce, su aliento se hacía ácre al atravesar los tallos y las hojas húmedas. A medida que iba creciendo, su cuerpo era más claro, su voz más sonora, secaba la tierra fría y rechazaba las tinieblas hasta mil codos a la redonda. Mientras extraía de las carnes, de las castañas y de las raíces un sabor penetrante, el gran mamuth venía a contemplarlo. Se acostumbraba a él y fijaba en sus llamas rojizas, sus ojos pensativos, y consideraba los ademanes de Naoh, de Nam y de Gaw, ocupados en arrojar ramas y gramíneas en sus fauces escarlatas. Acaso entrevía vagamente que la raza de los mamuths sería aún más fuerte si pudiera servirse de aquello.

Una noche se acercó más que de costumbre, avanzando su trompa y olfateando las ráfagas que se elevaban de la bestia de formas movedizas. Se detuvo, tan inmóvil como una roca de esquisto; en seguida, cogiendo una rama gruesa, la tuvo un momento suspendida y la arrojó en medio de las llamas... Hizo surgir una legión de chispas, crujió, silbó, arrojó humo y se inflamó... Entonces la bestia colosal, sacudiendo la cabeza con aire regocijado, vino a posar su trompa sobre las espaldas de Naoh, que no había hecho un ademán. Lleno de estupor y de admiración, el nómade creyó que los mamuths sabían mantener el Fuego, como los hombres, y se preguntó por qué pasaban sus noches en el frío y en la humedad.

Desde aquella tarde, el gran mamuth se acercó más y más a los nómades. Les ayudaba a reunir la provisión de leña, alimentaba el fuego con sagacidad y prudencia, soñaba en la claridad cobriza, purpúrea o escarlata, según las fases de la llama; en su cráneo enorme germinaban nociones nuevas que establecían un lazo mental entre él y los Ulhamr. Comprendía muchas palabras y no pocos gestos: en esos tiempos las ideas que se cambiaban entre los hombres no pasaban más allá de las acciones inmediatas y muy próximas; la previsión de los mamuths y su conocimiento de las cosas, habían llegado a su apogeo. Así el jefe arreglaba de antemano la marcha de su pueblo, cuando estaba en territorios sospechosos o enigmáticos; se hacía preceder por exploradores; su experiencia, guiada por una memoria tenaz, alimentada por la reflexión, tenía variedad y amplitud. Con menos precisión que Naoh, no dejaba sin embargo de poner ciertas nociones sobre las aguas, las plantas y las bestias; entrevía la sucesión de los períodos estériles y de los períodos fértiles del año: discernía groseramente el curso del sol, sin confundirlo con el de la luna. Si hubiera hablado la lengua de los hombres, no habría parecido más obtuso que Aghoo y sus hermanos y habría quizás expresado ciertas cosas que el mismo viejo Goún no concebía.

Porque si los hombres, desde miles de

siglos atrás, acrecían y afinaban su entendimiento con todo lo que sus manos sabían palpar y transformar, los mamuths desarrollaban, con ayuda de su trompa ingeniosa, no pocas nociones que eran extrañas a los hombres. Pero, reducida a algunas entonaciones y a algunos signos, la lengua de los colosos no podía traducir todo lo que sabían; los más sutiles permanecían encerrados en la soledad de sus cerebros; ninguna reflexión múltiple podía cambiarse con otra o transmitirse por esa corriente de la tradición oral que, entre los hombres arrastraba, reunía y variaba hasta lo infinito la experiencia, las invenciones y las imágenes. Sin embargo, la distancia no era infranqueable. Si la tradición de los mamuths se limitaba a la imitación de actos y gestos misteriosos, a la transmisión de ardides y de tácticas, a una educación simple sobre el uso de los objetos y sobre los deberes hacia la comunidad o hacia los individuos, poseían la ventaja de un instinto social más antiguo que el de los hombres y de una longevidad que favorecía la experiencia individual. Porque el hombre no estaba construído para vivir tantas estaciones como el mamuth y estaba más sujeto a parecer accidentalmente: no podía contar con una protección muy eficaz; el odio de sus semejantes lo amenazaba, no sólo fuera de la horda, sino dentro de ella misma. Así existían menos hombres que mamuths, que hubieran recibido de la vida una lección a la vez durable y nutrida. Y Naoh percibía en su colosal compañero, cuya larga existencia dejara intactos el vigor, la agilidad y la memoria, cuyo oído, cuya vista y cuyo olfato conservaban la juventud, una inteligencia que consideraba superior a la del viejo Goún, cuyos recuerdos eran vastos, pero cuyas articulaciones se hacían rígidas, cuyos movimientos eran lentos e indecisos, cuyos sentidos comenzaban a perturbarse.

Entre tanto, los mamuths continuaban descendiendo el cursó del Gran Río y ya su camino se apartaba del que debía conducir a los Ulhamr hacia su horda. Porque el río, que al principio seguía el camino del Norte, torcía hacia el Oeste e iba muy pronto a remontar hacia el Sur. Naoh se inquietaba. A menos que el rebaño consintiese en abandonar la vecindad de la ribera, sería preciso dejarlo. Y era para él una dulce costumbre la de vivir entre esos compañeros enormes y benévolos. Después de tanta seguridad, el desierto le parecía más feroz. Allá, en el lluvioso otoño, en la selva cruzada de fieras, sobre la inmensa pradera moribunda, la noche y el día no serán sino la emboscada y el acecho, la brutalidad de los elementos y la perfidia de los felinos.

Una mañana, Naoh se detuvo delante del jefe de los mamuths, y le dijo:

—El hijo del Leopardo ha hecho alianza con la horda de los mamuths. Su corazón está contento de ellos. Les seguiría durante estaciones innumerables. Pero él debe volver a ver a Gamla, a orillas del Gran Pantano. Su camino está al norte y hacia el occidente... ¿Por qué no abandonarían los mamuths las orillas del río?

Se había apoyado contra una de las defensas del mamuth; la bestia, presintiendo su turbación y la gravedad de sus designios, lo escuchaba inmóvil.

Después balanceó lentamente la pesada cabeza y continuó su camino para guiar el rebaño, que continuaba siguiendo el río. Naoh pensó que esa era la respuesta del coloso.

—Los mamuths necesitan del agua, se dijo... Los Ulhamr preferirían también marchar con el río.

Pero era necesario partir. Lanzó un largo suspiro y llamó a sus compañeros. Después, habiendo visto desaparecer el fin del rebaño, subió sobre un montículo. Contemplaba a lo lejos, al jefe que habíale acogido y salvado de los Kzamma. Su pecho se hinchaba de dolor y de miedo, y dirigiendo la mirada hacia el nord-oeste, sobre la estepa y los matorrales del otoño, sintió su debilidad de hombre y su corazón se elevó lleno de ternuras hacia los mamuths y hacia su fuerza.

(Continuará).

PACIFICO MAGAZINE

MAYO 1914

Precio: UN PESO

EN CHILE HAY 4.000.000 HABITANTES

SE CALCULA QUE SOLO 50.000 de estos habit....tes podrían gastar $ 100 en un objeto de lujo

Si Ud. tiene algo que vender y desea alcanzar la atención de la clase pudiente, le damos datos de su interés:

PACIFICO MAGAZINE es la única revista de interés general, editada en la República, que se venda a $ 1.

LECTORES PUDIENTES

PACIFICO MAGAZINE no registra en su lectura temas sensacionales. Sus páginas son sanas é interesan sólo al que tiene una educación más que regular.

LECTORES INTELIGENTES

PACIFICO MAGAZINE es EXIGIDO por el interés que inspiran sus páginas y es leído con atención de tapa a tapa.

LECTORES QUE EXIGEN LO MEJOR

USTED PUEDE encontrar lectores pudientes, pero no siempre inteligentes. Para clientes que reunan estas cualidades y que EXIGEN LO MEJOR, avise Ud. en PACIFICO MAGAZINE.

Para protección del avisador y del lector, PACIFICO MAGAZINE rehusa todo aviso que pueda considerarse inconveniente.

SI UD. TIENE ALGO QUE VENDER, tome datos de nuestra CIRCULACION y TARIFA.

CALIDAD y CANTIDAD

PACIFICO MAGAZINE

¡CUANTA FELICIDAD!

es para los parientes ver a sus niños sanos, robustos y bien conformados. Qué dicha hay más halagadora que la de tener niños bien criados que se parezcan a flores primaverales, con semblantes sonrientes y hermosos.

¡NADA MAS TRISTE!

que la de tener niños raquíticos y mal conformados. No hay mayor pena para los parientes que la de ver a sus niños desarrollarse en condiciones deficientes: es un tormento seguido, es una calamidad sin igual.

COMO CONSEGUIRA USTED LO PRIMERO:

sencillamente alimentando sus niños con el ya tan afamado alimento **"LA TISPHORINE"** que merced a su buen gusto y composición de fosfatos, féculas y leche concentrada, criará sus niños que dará gusto de admirarlos.

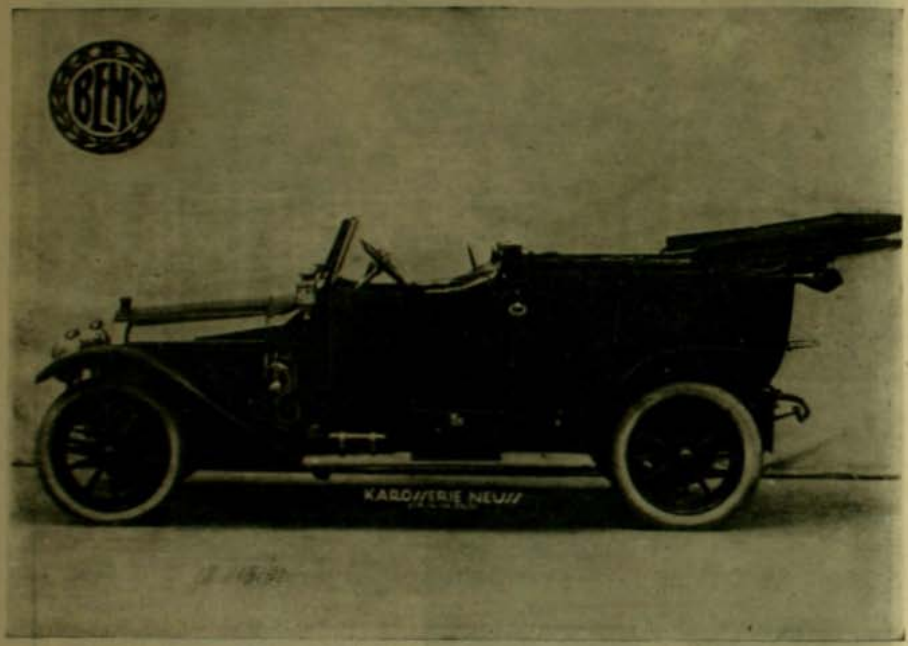
COMO SUCEDERIA LO SEGUNDO:

dejándose engañar con la multitud de alimentos que no llevan más que el nombre y que con el uso de ellos se entorpece el crecimiento de los niños, dejándolos por consiguiente raquíticos y feos que da miedo y lástima de verlos.

De venta en todas las Droguerías y Boticas. Agentes para Chile: ALEX ARDITI y Cía., Agustinas 814, Casilla 78-D., SANTIAGO.

"BENZ"

EL AUTOMOVIL FAVORITO DEL PRINCIPE ENRIQUE DE PRUSIA



Unico Representante para Chile: *ALBERTO LIEBE*

Garage Central

Miraflores, números 239-269, Santiago

"BENZ" FIRMA INVENTORA DE LOS MOTORES PARA AUTOMOVILES. LA CASA MAS ANTIGUA DEL MUNDO EN ESTE RAMO

Overland

Completamente equipado con arranque eléctrico y generador $ 6,500 oro 18d.

UNA PRUEBA DE LA GRAN DEMANDA

Se puede juzgar la actividad de una casa de comercio por las comunicaciones que tiene con el público. Los siguientes hechos hablan por sí mismos. Ellos prueban la gran demanda que hay para las OVERLAND.

Cada día recibimos 1,200 cartas y enviamos más de 2,000. De costumbre despachamos más de 20,000 cartas cada semana, fuera de los catálogos, impresos y paquetes postales.

En nuestro departamento de correspondencia tenemos máquinas que sellan, cerran y contan 250 cartas por minuto.

En nuestra fábrica tenemos nuestra propia oficina telegráfica, que es la oficina telegráfica privada la más grande del mundo. Nuestros catálogos americanos, los imprimimos en lotes de un millón a la vez. Nuestros catálogos castellanos, portugueses, franceses, alemanes e italianos, los imprimimos en lotes desde 300,000 hasta 500,000. Hay enormes ediciones especiales para el Africa del Sur, para Australia, Canadá, India, etc. Todas estas ediciones se agotan fácilmente y rápidamente. No es cosa rara para nosotros de despachar una tonelada de impresos por día.

Juzgue Ud. mismo. Haga una comparación entre las Overland completamente equipadas y las máquinas de manufactura europea: su carrocería baja y elegante, su tablero en forma de capucho, su motor poderoso con funcionamiento silencioso, con su gran fuerza y perfecto ajuste, con otros coches que se venden por precios de un tercero más elevado.

Visite nuestros depósitos para examinarlos.

ESPECIFICACIONES:

MOTOR.—105×115 mm.
BASE DE RUEDAS.—2.90 m.
PNEUMATICOS—815×105 mm.
DIRECCION CENTRAL.
EJE TRASERO.—Tres cuartos flotante.
CARROCERIA.—Acero sobre bastidor de madera.
ALMOHADILLADO.— Cuero tufado.

PUERTAS.—Anchas, Forma de U, colgadas en frente con charnelas invisibles.

ACABADO.—Verde "Brewster" con rayas verde claro. Ornamentos de niquel y aluminio repulido.

EQUIPO.—Completo. Comprende seis lámparas eléctricas, bocina eléctrica, acumuladores, capota con funda, para brisa. Velocimetro Stewart, último modelo. Porta-llantas, herramientas, etc.

AUG. O. BOHME, Santiago: Huérfanos número 710, Casilla número 109D.
THE WILLYS OVERLAND COMPANY, TOLEDO, OHIO, E. U. A. Manufactureros de los afamados Camiones de entrega Overland, Camiones "Garford" y "Willys-Utility" Informes detallados a solicitud.

MODELO 79 T
Coche de Turismo para 5 pasajeros

Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia

SERVICIO DIRECTO Y RAPIDO ENTRE ANTOFAGASTA Y LA PAZ

Este grabado representa una de las locomotoras de Antofagasta y demuestra la diferencia de la trocha de 2' 6" y la trocha normal de Europa, de 4' 8½".

TRENES DE SUBIDA

ANTOFAGASTA	Sale..	8.40 P. M.
Lunes, Miércoles y Sábados.		
UYUNI	Llega.	7.30 P. M.
Martes Jueves y Domingos.		
ORURO	Llega.	7.40 A. M.
Miércoles, Viernes y Lunes.		
LA PAZ..	Llega.	4.10 P. M.
Miércoles, Viernes y Lunes.		

TRENES DE BAJADA

LA PAZ..	Sale..	1.00 P. M.
Lunes, Miércoles y Sábados		
ORURO	Llega.	8.27 P M.
Lunes, Miércoles y Sábados		
UYUNI	Llega.	7.55 A. M.
Martes, Jueves y Domingos		
ANTOFAGASTA	Llega...	amanece
Miércoles, Viernes y Lunes.		

Interior de Carro-Dormitorio

Interior de Carro-Comedor

NOTA.—Estos trenes cuentan con elegantes y confortables carros-dormitorios y un esmerado servicio de comedor. Combinan con los vapores del Sur y Norte.

El precio de un pasaje de primera clase:
De Antofagasta a Oruro es de £ 3-8-8½, y
De Antofagasta a La Paz £ 4-14-5.
El boleto de cama por cada noche importa £ 0-12-1.
Y en un viaje a Oruro o La Paz, debe tomarse para dos noches.

Los trenes a la Pampa Salitrera (Sección Chilena) salen de Antofagasta diariamente a las 8 A. M.

Para mayores datos, verse con los Sres. VORWERK y Cía, en Valparaíso, y con la Administración General en Antofagasta.

La Cuestión del Oro

La cuestión del oro—dice el doctor Launay en un interesante artículo—no es precisamente de las que tienden a facilitar la utopía de la paz universal. El problema es el siguiente: por un lado crecen en proporciones enormes las necesidades mundiales de oro, y por otro lado se agotan rápidamente los yacimientos conocidos sin que se encuentren otros nuevos, y de estas dos circunstancias resulta una tercera: que el oro al hacerse más escaso adquiere mayor valor, lo cual se traduce, en primer lugar, en la baja de los valores mobiliarios con los cuales está estrechamente unido el amarillo metal.

Las necesidades de oro aumentan enormemente por dos causas solidarias en parte: porque cada vez se consume más oro en usos industriales (alhajas, relojes, etc.,) que absorben del 25 al 30 por 100 de la producción y porque cada día se acuña más moneda de oro a título de garantía metálica e instrumento de circulación internacional.

Ambos hechos son consecuencia de esa unificación en las formas externas de la vida, de esa interpenetración creciente entre las razas, hasta las más diversas, que es una de las características más esenciales de nuestro tiempo. Pueblos enteros, compuestos de centenares de millones de hombres, se adaptan a las costumbres de la vida moderna, toman sus necesidades de lujo y de comodidades y obtienen de nosotros los medios necesarios para su transformación. Y todo esto se paga con la única moneda internacional que se ha encontrado hasta ahora, es decir, con el oro. El patrón oro lo van adoptando sucesivamente todas las naciones. Todos los países que tienen que pedir prestados capitales al extranjero, se ven obligados a crear recursos en oro para pagar los intereses, y todo el papel que circula bajo la forma de valores mobiliarios, de billetes de banco, de cheques, de letras de cambio, de efectos de comercio, constituyen otras tantas promesas de pagar en oro a un vencimiento determinado.

El "stock" de oro mundial es, en suma, el que forma la base necesaria de toda circulación fiduciaria y el que asegura los cambios de todos los valores mobiliarios. El considerable aumento de esta riqueza mobiliaria en el mundo trae por resultado el aumento de las necesidades de oro.

Una de las grandes ventajas de los instrumentos de cambio fiduciarios, que tiende a desarrollarse, está en evitar el manejo del numerario, y por eso en el período decenal de 1902 a 1912 el "stock" de monedas de oro ha aumentado en 14,000 millones, mientras que el papel de crédito (billetes de bancos, valores mobiliarios, efectos de comercio) aumentó de 325,000 a 350,000 millones. Esta desproporción tenderá a acrecentarse con el tiempo, porque hallándose cada vez más repartidas sobre la tierra las imposiciones, es cada vez menos verosímil que una crisis universal obligue a todos los tenedores de papel a reclamar su oro a la vez. Pero en cambio, el mundo entero se hace cada día más solidario de una crisis parcial que afecta a un país localizado, y las crisis, al atenuarse, se hacen más frecuentes, porque, en caso de necesidad, el país que se ve en apuro pide ayuda financiera a los demás.

Las necesidades de oro aumentan hoy muy de prisa y no se ve el término próximo de esta situación, dada la inmensidad de regiones que quedan por explotar y hacia las cuales se precipitan los hombres de nuestra época. No puede pensarse ya en la solución de un segundo patrón monetario que ya sirvió antes. Además de la imposibilidad de mantener entre estos dos metales una relación fija y universal, el platino es mucho más raro y está demasiado cerca de su agotamiento, y la plata tiene un valor demasiado pequeño con relación al oro. El desarrollo del papel de crédito facilitará las cosas para el uso interior de un país; mas para el empleo internacional seguirá exigiendo durante mucho tiempo una garantía metálica muy importante.

Los yacimientos de oro que han dado una producción colosal, durante 20 años se agotan ya, tanto más de prisa cuanto que las necesidades expuestas más arriba conducen a una explotación excesiva. En treinta años, desde 1880 a 1910, ha subido cuatro veces y media la producción anual de oro. En 1890, el mundo no producía más que 615 millones, y en 1912 produjo 2,476 millones. Mientras no se descubra una gran mina, lo cual es posible en los países nuevos, el mundo entero depende cada vez más del pequeño rincón aurífero de Africa del Sur, llamado Witwatersrand. En los Estados Unidos, en Australia y en el Canadá, los descubrimientos nuevos no compensan ya el agotamiento de los yacimientos antiguos. En términos absolutos, siempre habrá donde

extraer oro, aunque no sea más que el de los mares; pero ese oro costará cada vez más caro.

La escasez de oro produce un alza de los intereses por estar más solicitado el numerario, y una baja del capital antiguo cuyo interés fijado por contrato no ha aumentado y de ahí también la disminución de precio de las primeras materias. Por eso los economistas nos demuestran periódicamente que el precio de la vida ha disminuído desde 1870, aunque cada cual, al echar sus cuentas, tenga, de año en año, la demostración dolorosa de lo contrario. Al mismo tiempo que el carácter más internacional del comercio regulariza los precios la rarefacción del oro compensa para las substancias de mercado mundial que sirven de base al cálculo de los economistas, el enriquecimiento determinado por las leyes sociales; pero deja de compensarlo en cuanto la mano de obra interviene en gran parte y en cuanto los impuestos cargan más, que es lo que nosotros vemos tristemente.

Para el consumidor, el rentista o el funcionario no es un gran mal que el oro aumente de precio: su consecuencia es el abaratamiento de las mercancías y el aumento de interés de sus economías, pero las condiciones cambian para el productor, para el industrial, para el comerciante y para todos los que toman a más interés los capitales necesarios y sacan menor beneficio de la mercancía obtenida por muchas razones a más coste. Lo mismo le sucede al obrero vulgar cuyo trabajo, mercancía como otra cualquiera, tiende a disminuir de valor si no logra, por medio de presiones imponer aumento de salario que en seguida se neutraliza con el aumento de precio de los artículos de primera necesidad.

Se ve, pues, que la rareza del oro no puede ser una causa de paz social, ni de paz internacional, pues como dice un refrán francés, cuando no hay pienso en el pesebre se pelan los caballos.

ALIRO PARGA RIOS

ABOGADO

ESTUDIO: CALLE COMPAÑIA, 1831

Casilla número, 2046, SANTIAGO

$581.00 De Ganancia Oro En Tres Meses

Esta fué la ganancia líquida del Sr. E. Lopez de Diego despues haber pagado todas sus cuentas de hotel, pasages de ferrocarriles, vapores y otros gastos durante su viaje en la America Latina con una

MAQUINA "MANDEL" Para Tarjetas Postales

Centenares tienen el mismo éxito. Ud. podrá doblar sus ganancias actuales ya sea trabajando en su tiempo libre, ya permanentemente como un **fotografo de un minuto. No se requiere experiencia.** Nuevo y maravilloso proceso para hacer fotografías.

Fotografias Hechas Directamente Sobre Tarjetas Postales Sin Placas, Peliculas Negativas ó Cámara Obscura.

La Máquina "Mandel" es una **galería portátil completa para tarjetas postales.** Hace fotografías en 5 estilos diferentes á la razón de 1 por minuto. Todo el mundo compra estas fotografías. Grandes ganancias en todas fiestas al aire libre y en todas partes donde hay gente.

Equipos Completos $12.00 Oro y Más

Permítanos de enviarle los catálogos descriptivos completos — GRATIS. Entre las muchas máquinas que manufacturamos Ud. podrá escoger el aparato que más se adapta á sus circunstancias. Cada máquina es completa y es una "Mina de Oro." Escribanos sin tardar.

The Chicago Ferrotype Co., "Ferrotype Bldg.," F-27 Chicago, E. U. A.

Agentes y Comerciantes Ganan Dinero

negociando con nuestras **Amplificaciones de Retratos al Oleo, Acuarela, Pastel, Crayon, Sepia, Miniaturas, Convexas,** etc. **Oleografías, Crucifijos Luminosos, Estereoscopios, Vistas, Targetas, Postales, Molduras, Marcos, Objetos de Arte y varias otras Novedades.**

Deseamos agentes para diferentes puntos de ese pais. Concedemos agencia exclusiva á agentes activos.

Solicite Vd. nuestro catálogo español el cual enviamos gratis. Correspondencia en Español. Garantizamos nuestro trabajo y mercancias. Rapidez y prontitud en el servicio. Grandes descuentos á agentes y comerciantes.

Consolidated Portrait and Frame Co.

1029—Dept. A-4, W. Adams St., Chicago, Ill., E. U. A.

$200 AL MES

se pueden ganar con la CAMARA DE NUEVA COMBINACION. Saca y revela instantáneamente retratos de 11 estilos distintos, como retratos en TARJETAS POSTALES de 2 tamaños y 4 estilos. Ferrotipos de 6 estilos y en Botones de Broche. No se requiere experiencia. Ganancia de 500 por ciento. LO MEJOR DEL MUNDO PARA GANAR DINERO. Con poco capital se consigue el Equipo completo, que consiste de Cámara, Trípode y material para 150 retratos. Se gana dinero desde el primer día y en cualquier parte. Se dan datos gratis, incluyendo testimonios de personas que ganan dinero con esta Cámara en todas partes del mundo.

L. LASCELLE, 627 W. 43d St., Dept. 333, New York

SUMARIO

Págs.

NO ESPEREMOS QUE SE REPITA (editorial) 515

Dos instantáneas del incendio de Valparaíso

ANALISIS DE UNA AMISTAD INTERNACIONAL .

CUIDEMOS A LOS PAJAROS . . . . . *J. D. C.* 519

RECUERDOS DEL BUDI . . . . . *Diego Jofré Zumarán* 523

Fotografías artísticas

LA LYBIA ITALIANA. . . . *Emilio Tagle Rodríguez* 533

Ilustraciones fotográficas

LA MODA MASCULINA (con dibujos humorísticos) . . . 540

SICILIA 511

Ilustraciones fotográficas

ROMAN CALVO, EL SHERLOCK HOLMES CHILENO. . . . . *Miguel de Fuenzalida* 545

Ilustraciones de Gordon

UNA REINA DEL BIOGRAFO, (con fotografías) 571

ANTE LA ESCUELA. . . . . *Ernesto Montenegro* 573

SI LOS ANIMALES HABLASEN . . . . . *Julián Doble* 577

EL AGUA EN EL DESIERTO DE ATACAMA, *Custodio Rojas A.* 583

Ilustraciones fotográficas

LAS MODAS. . . . . *Mme. de Girardin* 596

HOP-FROG . . . . . *Edgard Poe* 599

Ilustraciones de Gordon

EL RENDIMIENTO DEL TRIGO EN CHILE. . . . *A. E.* 603

Dibujos de Max

EL TESTAMENTO DE BIBI LA CROUSTILLE (cuento militar) . . . . . *Jean Drault* 608

TEATRO EXTRANJERO (los grandes estrenos) 611

Ilustraciones fotográficas

LA CRIANZA DE GALLINAS 615

Ilustraciones fotográficas

LA GUERRA DEL FUEGO (folletín) . . . . . *J. H. Rosny* 623

Con ilustraciones

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

La Equitativa de los Estados Unidos

Sociedad de Seguros Sobre la Vida

George T. Wilson	W. A. Day	John B. Lunger
Vice-Presidente	Presidente	Vice-Presidente

Puntos de consideración correspondientes a la 54a. Memoria Anual de la Sociedad, que incorpora su Estado Financiero, situación de sus inversiones, y plenos detalles respecto a su progreso durante el año 1913. La Memoria completa será enviada a todo el que la solicite.

	Oro Americano.
ACTIVO, Diciembre 31/1913... .... (Aumento sobre 1912: $ 12.026,418.00).	$ 525.345,619.00
FONDO PARA POLIZAS (o Reserva de Seguro)...	$ 432.282,828.00
OTRAS OBLIGACIONES...	$ 8.694,048.00
TOTAL DE OBLIGACIONES...	$ 440.976,876.00
RESERVAS SOBRANTES (Incluso sumas que serán destinadas a distribución a las Pólizas de Dividendo Diferido)...	$ 84.368,743.00
RESERVADO PARA DIVIDENDOS A ASEGURADOS para el año en curso de 1914.....	$ 13.638,794.00
NUEVOS SEGUROS PAGADOS EN 1913...	$ 144.247,363.00
SEGUROS VIGENTES AL 31 de Diciembre de 1913....	$ 1,471.093,575.00
PAGOS ASEGURADOS EN 1913.....	$ 54.805,925.00
INVERSIONES EN 1913, HECHAS EN BONOS DE FERROCARRIL, MUNICIPALES, HIPOTECAS, etc. (Invertidas a producir 5.20%).....	$ 25.948,904.00

SUCURSAL EN SANTIAGO DE CHILE, FUNDADA EN1875

	Moneda Chilena.
SINIESTROS PAGADOS HASTA EL 31 DE DICIEMBRE 1913...	$ 11.626,041.45
LIQUIDACIONES DE POLIZAS QUE COMPLETARON SUS RESPECTIVOS PERIODOS, PAGADAS EN EFECTIVO	$ 8.680,402.66
DIVIDENDOS ANUALES PAGADOS EN EFECTIVO..... ..	$ 759,512.12
TOTAL PAGADO A TENEDORES DE POLIZAS DESDE SU FUNDACION..	$ 21.065,956.23
VALORES Y FONDOS EN CHILE.....	$ 2.263,579.55
BONOS CHILENOS DEL 5%, correspondientes al empréstito de 1911, Oro Americano $ 242,500, a 10d...	$ 1.222,500.00
TOTAL DE VALORES...	$ 3.486,079.55
SEGUROS VIGENTES EN CHILE EL 31 DE DICIEMBRE DE 1913...	$ 42.133,255.24

JOSE PASTOR

Apoderado y Gerente

A las 12 y media de la madrugada del 4 del mes en curso, se produjo una explosión en un almacén de la calle Cochrane, esquina de la plaza Echáurren, en Valparaíso, y diez minutos más tarde ardía el enorme edificio de cuatro pisos que ocupaba toda una manzana.

Sin tiempo para prestar socorros a los numerosos habitantes de la propiedad, los bomberos concretaron su trabajo a impedir el incendio de las casas vecinas. De las trescientas personas que allí vivían, más de un centenar fueron víctimas de las llamas, quedando carbonizadas entre los escombros o escapando con graves quemaduras. Otras personas se arrojaron por los balcones y murieron o quedaron gravemente heridas.

La prensa y la sociedad han reunido

UNA VISTA DEL ULTIMO GRAN INCENDIO DE VALPARAISO

(Fot. Hans Frey).

socorros para los damnificados.

Los representantes de Valparaíso en el Congreso han solicitado un auxilio fiscal de 50 mil pesos; y se ha instruído un activo proceso a fin de esclarecer las presunciones de que el incendio fuera intencional. Hasta ahora las diligencias no arrojan resultado decisivo, y es de creer que una vez pasada la excitación pública, todo vuelva a quedar en las condiciones de inseguridad en que hasta ahora permanecen las poblaciones por falta de elementos capaces de evitar una catástrofe.

Entre los que prestaron valiosa ayuda en los primeros momentos figuran cuatro marineros de la Armada, Juan Salinas Villaseca, Eduardo Martínez Vega, Manuel Lobos Muñoz y Manuel Mateluna.

PACIFICO MAGAZINE

Qué ayer | VOL. III.—Santiago de Chile, Mayo de 1914.—NUM. 17 | — Qué mañana

No esperemos que se repita

¿Cuántas personas murieron en el incendio del 5 del corriente en Valparaíso?

No se ha sabido de fijo. Pero se conoce el número de familias desamparadas, la privación absoluta de recursos en unas, el desastre moral no menos traducible en pérdidas de intereses en otras. Por sus proporciones, por la rapidez asoladora del fuego, por las escenas de dolor y de desesperación que provocó el incendio al abrasar por todos sus costados un edificio en que se albergaba la población de una aldea entera; la catástrofe de Valparaíso puede compararse en horror a esos desastres marítimos en que el buque aislado como aquel edificio, por una cortina de llamas, sirve de tumba a cuantos lo ocupaban. Ha sido más horrible aún: un naufragio al alcance de la tierra, con todos los recursos humanos muy cerca de allí, pero sin que casi nadie de los que sufrían en la impotencia el espectáculo de la agonía de centenares de personas, pudiera favorecerlas y aliviar su sufrimiento.

Valparaíso estuvo durante varios días sumido en el estupor de esa nueva desgracia, tan inesperada por sus proporciones y que probablemente no tenía antecedentes parecidos desde el incendio de la Compañía, más de medio siglo atrás. La prensa acompañó con toda su alma el duelo porteño, y surgió rápidamente la idea de socorrer con recursos públicos y privados a los sobrevivientes de la catástrofe. Esto es sólo el cumplimiento de una parte de nuestro deber.

Cumplido ese homenaje piadoso en favor de los deudos de tanta gente sacrificada a la codicia, seguía subsistente y más imperativo aún, el deber de velar por todos los vivos que quedan en situación de peligro semejante en Valparaíso y Santiago y en otras ciudades del país. Se ha denunciado desde luego una enorme construcción de tablas que cubre la falda del cerro frente a la plaza Condell del Puerto, y periódicamente no faltará quien haga presente la inminencia de un desastre en los innumerables teatrillos, citées y demás construcciones inadecuadas de una y otra ciudad. ¿Se ve ahora claro lo que sería cualquiera de esos castillos de madera si el fuego prendiera en ellos? ¿Se han preguntado las autoridades lo que podría ocurrir en las ciudades del norte si los criminales fueran ayudados por las circunstancias en la obra de incendiar poblaciones de calles angostas, de tabiques resecos y con dotación de agua insuficiente hasta para la bebida? Y las casas de Valdivia y Temuco; ¿no podría repetirse la catástrofe un día a otro en esas mismas ciudades o en otras de la zona austral construidas como ellas?

Al legislador toca recoger la experiencia que el público impresionable olvida tan rápidamente como llegan a conmoverle las desgracias de sus semejantes, sin mirar bastante por su propia seguridad.

EL GRAN INCENDIO DE VALPARAISO

(Fot. Hans Frey).

Análisis de una amistad internacional

Durante el debate provocado por una encuesta hecha en "El Diario Ilustrado" sobre si convenía enajenar uno o dos de los grandes barcos que el Gobierno de Chile contrató en los astilleros de Armstrong para la reorganización necesaria de su escuadra envejecida; han salido a luz las más peregrinas ideas internacionales para afirmar o rebatir los argumentos dados en pro o en contra de esta operación.

El señor Mac-Iver, apoyado en seguida por don Roberto Huneeus, se refirió al conocido problema del puerto boliviano: problema que, en gran parte, es forjado por nosotros en Chile y alimentado por nuestra prensa de Santiago y del norte. A nuestro juicio, y nos fundamos en la opinión de ilustres bolivianos y de diplomáticos chilenos que han vivido en Bolivia, el negocio de la salida al Pacífico es considerado allí mismo como ineficaz y peligroso para el desarrollo futuro de esa nación. Desde el momento en que apareciera una tercera república en el Pacífico tendríamos perturbaciones y desequilibrios. Bolivia debería comprar barcos y el Perú hacer otro tanto. Su litoral estrecho y mal defendido obligaría a Bolivia a hacer gastos considerables de defensa y fortificación. Perdería con esta adquisición, de dudosa utilidad comercial, la paz que le permite ahora desembrollar sus problemas fiscales e industriales sin la intervención de nadie. Pero el señor Mac-Iver y su partidario se empeñaron en manifestar que el único y remoto peligro internacional que veían para Chile era el del puerto boliviano. El señor Mac-Iver especialmente, en sus declaraciones a un repórter, no daba ninguna esperanza tranquilizadora de arreglo: Bolivia debía salir al Pacífico, por tendencia natural; preferiría salir por Arica. Y cuando el repórter le pregunta si no le convendría más salir por Mollendo, el señor Mac-Iver insiste en las ventajas de Arica. Entretanto este no es un problema amenazante.

La cuestión boliviana tiene solución, sin el puerto en el cual nadie piensa hoy día fuera de tres o cuatro chilenos. Se presentan lejanas probabilidades de una combinación aduanera y económica como la soñada por don Guillermo Subercaseaux; de una federación como la ideada por Montes y patrocinada por el vice-presidente Carrasco; de una neutralización con la garantía de respeto de sus fronteras dada por todos los países limítrofes, idea nueva que deberá ser estudiada andando el tiempo. Pero Bolivia no es amenazante, porque no puede alterar en forma alguna la paz sin correr los más graves riesgos de ser la víctima definitiva de algunos de los países limítrofes o de todos. Bolivia buscará su grandeza en el desarrollo de sus inagotables riquezas y en el aprovechamiento de las salidas que le ofrecen cuatro de los países fronterizos.

Lo curioso es que nosotros vemos la necesidad de la organización naval de Chile, provocada precisamente por el factor que todos los partidarios de la enajenación de los acorazados, estiman más favorable a la paz y el más seguro y sólido de los que tiene el país: por la Argentina.

Seremos amigos de Argentina; estamos ciertos de este hecho necesario; pero lo seremos mientras seamos fuertes y respetables, mientras seamos útiles. Puede contarse además con la amistad de un país, en forma inalterable, cuando sus sociedades se acercan por muchos puntos de contacto, cuando sus gobernantes continúan una tradición y son conservadores en materias históricas, cuando la causa de formación de sus pueblos obedece a las mismas causales sociológicas y étnicas.

Ahora bien, si en Chile desde el año 18 hasta la fecha, los Presidentes de la República, llámense O'Higgins, Prieto Bulnes, Montt, Pinto, Errázuriz Echáurren o Barros Luco, se han inspirado en una misma norma de conducta internacional; si a su lado nada ha cambiado, fuera de la riqueza pública y privada, porque la socie-

dad permanece inmutable, porque los nuevos hombres que ascienden desde más abajo aparecen lentamente por selección natural de méritos y de energías: porque toda la masa del país es chilena y se siente directora de su política internacional; en la Argentina, la sociedad está en esa ebullición constante del agua colocada sobre el fuego, en que se agita toda desde el fondo a la superficie y se cambia constantemente: sesenta, setenta, cien mil extranjeros, substituyen en diez años a los nacionales, en el comercio, en el trabajo de los campos, en la sociedad que goza de sus rentas, en el Gobierno mismo; una masa neutral, indiferente, que todavía no es argentina habiendo dejado ya de ser extranjera, deseosa de paz por una parte; pero sin conocimiento alguno de las tendencias naturales del criollo argentino, sin recuerdo de las tradiciones de amistad o simpatías con los vecinos, contribuye a enfriar esas relaciones que sólo son ardientes en los discursos o en las visitas oficiales que se intercambian; un enorme desarrollo del estómago económico y social con la consiguiente atrofia del cerebro directivo, hace incierta la política internacional de Buenos Aires y sólo se marca por variaciones, ininteligencias, errores. Basta recordar la reciente circular Murature en que se comunicaba a las legaciones que la Argentina no intervendría en Méjico para nada y la inmediata aceptación de las gratas y brillantes tareas de la mediación de los tres países.

Otra causa que se opone a una completa y útil amistad con los argentinos, es un fenómeno sociológico digno de estudio. La manía de grandezas, propia de un país grande, rico, fecundo, nuevo, que todavía no ha experimentado los dolores que forjan sobre un yunque la nacionalidad simple y unida del futuro, *megalomanía* formada por el conjunto de la fortuna privada hecha en un día, ayudada por el crecimiento pasmoso de las cifras estadísticas, por la facilidad con que se adaptan allí los extranjeros como ocurre en Norte América; no puede encontrar puntos de unión simpática y sincera con un pueblo formado de montañeses, agricultores de pequeñas heredades y marineros, es decir, un pueblo frío, sobrio, reflexivo y forzosamente modesto y vigoroso al mismo tiempo.

Esta manía de grandeza ha sido generalmente agresiva para brasileños y chilenos. Se sabe que esta agresión no consiste en posibles conflictos armados; pero conviene tener presente que es semilla de conflictos en todo caso. Por ejemplo, ¿quién por poco reflexivo y sensato que sea ha dejado de pensar en lo que significa el paso dado por la Argentina sin previa consulta a Chile para invitar al Perú tardíamente a tomar parte en la mediación del A. B. C.? ¿Qué ha significado ese paso? ¿Deseo de atravesarse a Chile en sus influencias legítimas y bien ganadas en el Pacífico meridional? ¿Un espíritu espontáneamente hostil y falto de franqueza? Todo esto es desequilibrio moral de Gobierno.

Este sentimiento que en los hombres es pueril e inofensivo; pero que en las naciones es peligroso, ha estallado últimamente, aún en medio de la horrible crisis que sacude al país, en numerosos comentarios que ha hecho la prensa de Buenos Aires sobre los trasandinos, sobre la visita del Príncipe de Prusia y sobre la venta de nuestros barcos.

Nosotros confiaríamos más en una futura alianza de Chile, Brasil y el Perú con perfecta cordialidad hacia la Argentina como medio eficaz de mantener imperturbable la paz y libre el camino para que cada país se desarrolle en el terreno que le corresponde, conforme a sus razas, recursos y medios de que la naturaleza lo haya dotado.

Por esto mismo creemos que Chile no debe vender sus buques. Ellos no sirven de amenaza sino de garantía. Seamos fuertes y se nos creerá también justos.

R.

CUIDEMOS A LOS PAJAROS

Por J. D. G.

Ilustraciones fotográficas

Las reproducciones que ostentan estas páginas hablan con suficiente elocuencia de una costumbre de los pueblos más cultos de la tierra: *el contacto cariñoso y doméstico del hombre con las aves.* La mayor parte de estas ilustraciones se refieren a la protección a los pajaritos durante la estación de las nieves; pero hemos visto en los países meridionales, en que los inviernos no son crudos, hábitos de la misma índole que querríamos ver imitados en Chile y que presentamos a los cultos lectores del PACIFICO MAGAZINE, como un ejemplo digno de imitarse.

Hemos dicho ya en una ocasión que es asombro de los viajeros la escasez de pajaritos en las calles y paseos de la ciudad. Se explicaría en parte este hecho curioso, por las largas calles secas y sin vegetación alguna que forman la mayor parte de las arterias de la capital. Pero en este caso, la

Tomando el fresco sobre el techo

Un nido de carpintero

Alameda de las Delicias debía resonar a toda hora con el concierto de las aves y todo el mundo podrá decir si no es notable la ausencia de pajaritos en toda su extensión.

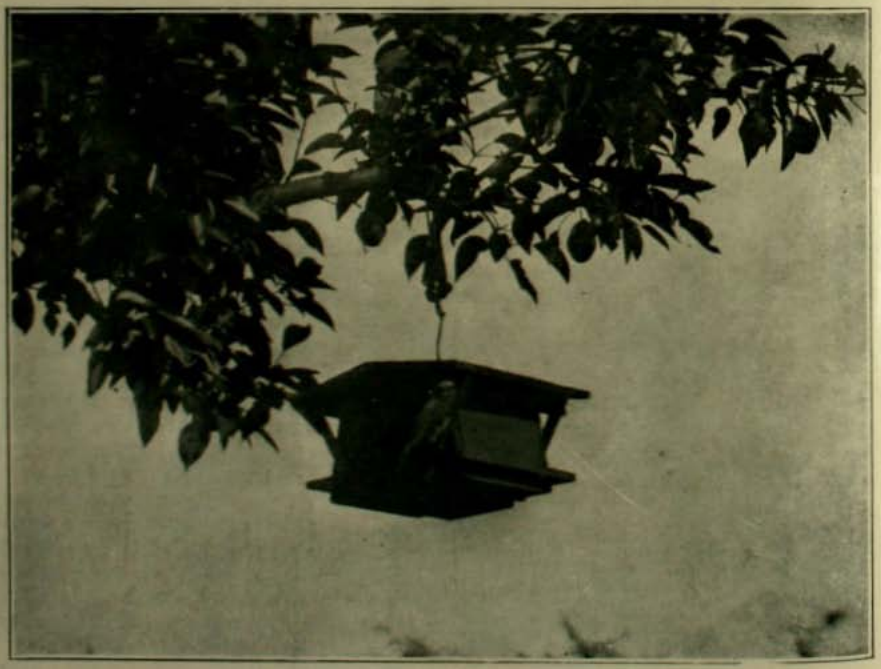
La primera vez que escribimos sobre esta materia, aparentemente fútil, muchas personas protestaron, asegurándonos que habían visto algunas palomas en algún alero de una iglesia o algunas diucas en las copas de los árboles. Se trataba de personas que no habían viajado y no podían, por consiguiente, apreciar cuán notable es la diferencia de esta soledad de aves con la abundancia, la vocinglera y armoniosa abundancia de pajaritos en las ciudades del norte de Europa, y en París, Berlín, Venecia, Florencia, Roma. Cuando la ignorancia en que generalmente vive la masa de nuestra población respecto de la naturaleza en toda Europa, y especialmente en el norte, se hacía oir con más insolencia y encontraba menos contradictores que ahora, se nos contaba que en Chile los árboles eran más frondosos, que las flores más brillantes y perfumadas, que los pájaros más bellos. Se lamentaba, al ver nuestros feos jardines interiores, la desgracia del habitante de las ciudades de Europa, que no dispone sino de un departamento encaramado en las alturas de un edificio altísimo, adusto y frío, mientras aquí el más modesto santiaguino tiene un gallinero y a veces un parrón.

Todo esto lo creímos más o menos hasta

que, como en sueños, recorrimos los campos ingleses de incomparable belleza, parte de Francia y el norte de Italia, y pudimos apreciar que el hombre que vive allá arriba de un tercer o cuarto piso, es más feliz, goza más de la naturaleza y vive en mayor contacto con ella que estos poseedores del tercer patio en que se despojan las viejas sirvientas, languidece sin riego una parra tortuosa y se les caen las plumas a las gallinas. En primer lugar *esa nivelación de los goces*, de que habla un interesantísimo libro el vizconde D'Avenel, ha llenado las grandes ciudades de parques que son del dominio público; pero de un real y exacto dominio, porque cada habitante lo frecuenta y lo cuida, es celoso de sus bellezas y descansa en ellos como antes el príncipe en la cerrada mansión del egoísmo. En seguida, las azoteas y los balcones son jardincitos suspendidos en que cada cual suple, en el trozo de aire libre que le corresponde, ese ardor por el cultivo de las flores, cuya satisfacción no le permite el alto precio del terreno y el estrecho solar en que sus casas se levantan. Pues bien, en esos parques, en las plazas y jardines, las aves descienden por millares.

Alimentador automático

Se acercan al hombre, vuelan a su re-



La habilidad de un pájaro. Casa con puerta y cerradura

Comiendo torta

dedor, reciben a veces el alimento de mano de solitarios paseantes que tienen tendencia natural de encantadores y pasan el hastío de sus horas rodeados de una bandada de pajaritos juguetones a los cuales llaman con nombres cariñosos y siguen en la vida desde que fueron polluelos. En una azotea italiana un artista me dijo: "He aquí el alojamiento de los pajaritos de mi barrio. Todas las noches encuentran semillas, migas, lo necesario para un frugal sustento. Estas jaulas abiertas son para el invierno; hay algunos que han hecho en la primavera pasada sus nidos aquí mismo."

¿Y para qué sirve todo esto? preguntará un agricultor práctico. A primera vista, y según el criterio del tanto por ciento, para nada. Luego, recapacitando, para mucho. Oiga usted señor agricultor práctico:

Los pájaros representan la policía de los campos y también la de la ciudad. Si en Santiaggo tenemos más moscas de las normales, es porque tenemos menos pájaros de los necesarios. Y si tenemos menos pájaros, es porque el niño chileno es enemigo del pájaro; no puede ver uno sin desear matarlo o aprisionarlo en una jaula, es decir, substraerlo a su vida natural. Los pájaros son útiles y estas pequeñas aves familiares desempeñan el mismo papel higiénico; pero más discreto y menos notable, a la simple vista, que el muy conocido de los gallinazos de alguna ciudad sudamericana que devoraban las basuras de las calles y ejercían el único servicio de aseo conocido en el país.

Un sandwich para dos

Ahora, para los que no sólo buscan una utilidad pecuniaria en sus enseñanzas y hábitos, para los otros, para esa nueva generación de chilenos espirituales y educados que viene de la mezcla de razas más finas y sentimentales o han adquirido una alma

moderna en sus lecturas y vida interior, para esos, contestaremos que la protección a los pájaros es un culto antiguo y espontáneo de los hombres.

Cuenta Plinio el Joven que al atravesar desde Roma al Tusculum, la hoy desierta y desolada campiña romana, apenas se podía conversar por el ruido que desde las numerosas fincas y heredades que bordeaban el camino en toda su extensión, hacían las aves de todos los países traídas allí por la curiosidad del hombre, por los refinamientos de su mesa, y, más que todo, por la belleza de su plumaje y el encanto de sus trinos.

El mejor observatorio

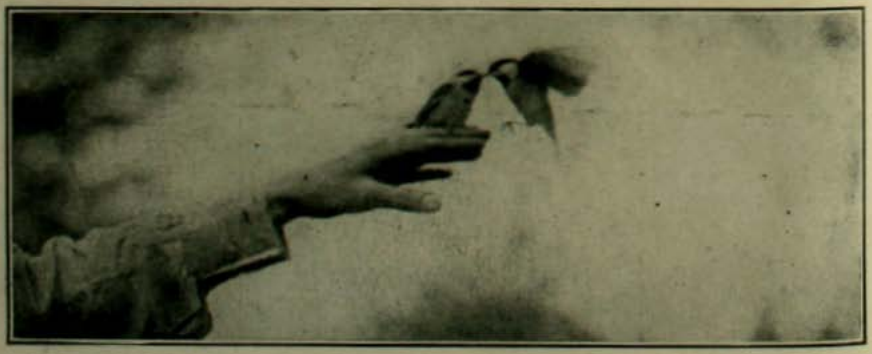
Es conocido ese cuadro medioeval del paje que enseña a la sombra de los árboles en el patio del castillo, o afuera, cerca de la gran torre del atalaya, a la orilla de la fuente, cantar a la alondra, al mirlo, al ruiseñor, a esos maravillosos músicos que tienen además el don de la imitación.

¿Y qué hombre culto no recordará también a San Francisco de Asis, al *pobrecito* de Asis, como le llamaron sus contemporáneos y compatriotas, en *su predicación a las aves!*

Los pájaros acuden en el invierno a las ciudades de Europa, en busca de alimento seguro y de calor. Apiñados a lo largo de las cornisas, en las chimeneas, en las terrazas de los restaurants, se aman se asaltan, juegan, vuelan fugaces tras de las migas y alegran los árboles de las avenidas.

¿Por qué no nos preocupamos de hacer algo en Santiago por las aves? Démosle música a esta ciudad triste y afónica; poblemos su aire de este ejército libre, de amigos de los niños y de purificadores de la atmósfera; protejámoslos!

Nada sería más fácil, ni más barato, que colgar algunas jaulas abiertas en los árboles de la Alameda, del Parque Forestal y de algunas plazas. Nuestros niños pueden tomar la iniciativa. Alentemos al primero, al iniciador del movimiento, al que mantenga la primera jaula en un paseo público. El alcalde, que además de funcionario progresista, es hombre de corazón y de sentimientos, el alcalde que instaló los primeros bebederos para animales, dará ciertamente permiso para estos comederos de pájaros.



Madre e hija

Recuerdos del Budi

Por
DIEGO JOFRE ZUMARAN

Ilustraciones fotográficas

Ya dobla el "Venus" la última puntilla y busca lentamente la orilla del apacible lago; ya se divisa engastado en la esmeralda

Budi—Riachuelo

del bosque secular el pueblo minúsculo; ya estamos en el Budi.

La suavísima hora del atardecer, se encarga de hacer marco al paisaje natural: se siente el místico recogimiento que hace llamar a esta hora "de la oración": sobre la negra y calada silueta de la isla se hundió el sol, pero sus postreros reflejos todavía mantienen batalla con la creciente sombra, que en las pardas nubes y sobre la llanura de la cercana vega, cortada dos veces por las cintas claras de los riachuelos, ya ostenta su dominio.

Vuelo a dejar mis maletas al hotel, sintiendo la necesidad de ensanchar el alma en la grandiosidad de la hora; me lanzo al cerro que forma fondo natural al pueblo y me siento a contemplar el paisaje sobre un gigantesco tronco que olvidado dejara el roce. Las tres manzanas que componen el pueblo se dibujan en primer término, más allá el inmenso y tranquilo lago y por fin en el horizonte las nubes parece que se agrupan ansiosas de ser bañadas por los últimos destellos de luz. A mi derecha el paisaje es soberbio, al pie de la poética torre de la misión, se extiende la inmensa vega surcada por dos ríos bordeados de totoras cuyos puentes de madera, de construcción original, enarcados al centro, dan al paisaje un marcado tinte japonés; y por último la puntilla que se interna en el lago ostentando en su cumbre las negras siluetas de los árboles escapados al fuego, y una ruca de cuyo techo escapa tenue y perezoso el humo. Detrás de mí y a mi izquierda, bosque y siempre bosque.

Es aquí donde formo el plan de mis futuras excursiones: he de conocerlo todo, de gustarlo todo, tras insaciable sed de paisajes: sondearé la ruca y habré de penetrar en el bosque cuyo negro seno me ha hecho pensar muchas veces en el valor de la raza

Budi.—Indios segando

Budi—Paisaje japonés

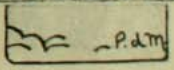
de humanas fieras de quien era madriguera antes del descubrimiento.

Se ha cumplido mi programa de aquella tarde: cuántos días de hermosísimas mañanas en que el cielo de intenso azul, decorado por blancas nubes me impulsaba a recorrer esos encantadores contornos, después de largas caminatas atravesando esteros, bosques, sementeras, me sentaba a descansar, y en esos descansos pasaban las horas en la muda contemplación de la naturaleza. No tiene el Budi un paisaje grandioso propiamente tal, pero sí por todas partes reina la nota alegre, tranquila, risueña y dulce; todo convida a descansar; el espíritu resiste a plantearse problemas, parece que allí las pasiones carecen de energía, serían notas discordantes; invade todo el sér la nota apacible de la naturaleza ambiente. Nunca he sentido como allá la paz y la tranquilidad; muchas veces pasaron por mi memoria los ratos de penas y viejos dolores y tras el cristal con que entonces los miraba me causaban un extraño placer.

La tarde, la muerte del día siempre era solemne; siempre vestía el cielo su manto de colores, y cómo se esmeraba el lago en copiar ese soberbio colorido! y cuando ya muerto el día regresaba a mi albergue sólo los rojos resplandores de lejanos incendios atraían mi atención.

Iba siempre colgada de mi hombro la máquina fotográfica, la inseparable compañera de excursión, la que ya parece adivinar los paisajes que me atraen. Ella será la que después de transcurrido el tiempo me dará esos sabrosísimos recuerdos gráficos, tan intensos y que a veces son un consuelo... Basta sentir un poco de amor por la naturaleza para que a la vista de la fotografía de un paisaje amado se sienta ese encanto del recuerdo que siempre produce bienestar. La fotografía, aunque siempre deprimida por la pintura, a la que no pretende igualar en dignidad, tiene sobre ella algunas ventajas

Budi.—Calle del pueblo



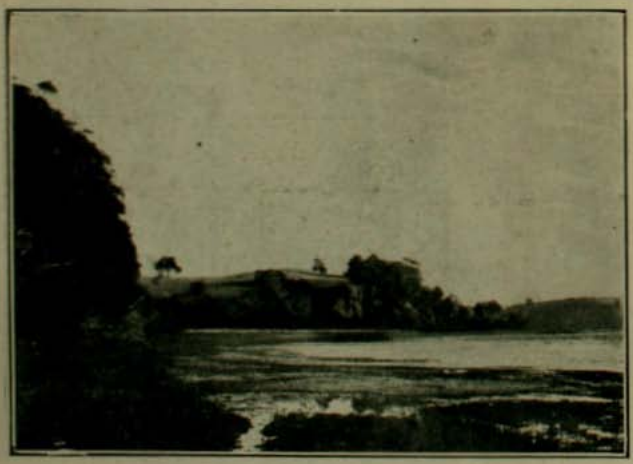
Puerto Saavedra - Marido y mujer indios.—Budi - Indias.—Budi - Indias moliendo trigo.—Budi - Indios

Budi.—Bosque

materiales que la harán inmortal. Siente el fotógrafo el arte que siente el pintor, no lo ejecuta es verdad, pero sorprende cuadros vivos que no puede recoger su rival y aspira con fundada esperanza a la perfección con sólo adquirir el colorido que es ya casi suyo, y cuya falta es su mayor defecto.

❦

Vamos tras la ruca que sobre la cumbre del cerro, al norte del pueblo, se perfila. Atravesamos una calle, cuyas casas de madera desde los cimientos, ya no atraen nuestra atención, son de la eterna arquitectura de los pequeños y de gran parte de los grandes pueblos del sur. El acompañante, intérprete-aficionado, al verme cargado con la fotográfica me advierte que será difícil obtener retratos de indios, pues temen "que con el retrato le roben la sombra", y añade: "ni aún los sorprenderemos porque al vernos se esconderán en la ruca". Confiados en el poder de las "chauchas", que es la mejor arma que nos han recomendado, seguimos seguros el camino. Se angosta la senda, y nos encontramos cruzando la pradera verdinegra sembrada de animales que rastrojean entre las obscuras totoras que cubren la vega. Atravesamos un riacho por un puente de vigas muy altas al centro, muy rápidamente decrecientes que lleva la imaginación al puente de la decoración del primer acto de "Madame Butterfly". Si hiciéramos aparecer por cualquier parte la silueta de uno de esos volcanes que decoran al lago Llanquihue, muchas ensenadas del lago Budi pasarían a ser cuadros iguales a los que vemos en las importaciones japonesas. Concluída la llanura trepamos el cerro por un sendero que cruza los restos de un bosque todavía humeante, se siente verdadera indignación... Tras largo silencio en que mi acompañante me observa: "Los descendientes de europeos son más irracionales que los indios para rozar. Mientras éstos se apresuran a cortar el incendio en los sitios que no podrían utilizar para siempre, aquellos lo dejan a su arbitrio. Siempre se ven las puntas escarpadas y las barrancas cu-



Budi.—Rincón del lago

Budi - Puesta de sol—Río Imperial - Paisaje—Río Imperial - Casita—Budi - Incendio del bosque

biertas de bosques en los dominios de indios."

—¿Así, los indios resultan más amantes de la belleza que los que se dicen civilizados?...

Hemos ganado la cumbre, tres puntillas avanzadas sobre el lago repiten mudas al pie de la letra, la observación de mi amigo.

Nos encontramos ya en la ruca, un techo muy inclinado que se prolonga hasta el suelo, cubierto con tallos de totoras: los respiraderos para el humo en su parte más alta, la parte anterior de madera con minúsculas ventanas, que no dan luz, han llamado nuestra atención. Penetramos en ella: no hay divisiones, todo es un solo cuerpo; al fondo y al lado derecho se ven compartimentos de madera o totora por cuyas puertas, divísanse los lechos. En el centro arde fuego que disipa un tanto la obscuridad reinante. A medida que nos acostumbramos a la obscuridad van apareciendo las figuras y objetos: utensilios sin orden por doquier, troncos cortados para asientos; cerca del fuego una vieja sorbe apresurada, ajustando la boca a un plato de barro, una mezcla de harina tostada con agua; de vez en cuando con su mano saca un puñado de harina de un tarro vecino, lo pone en el plato, le echa el agua de un cántaro de barro y prosigue su extraño almuerzo. Muy cerca de la vieja, al amor del fuego y a prudente distancia duermen un gato y un perro. En un obscuro rincón apenas se distingue la figura de un muchacho ya crecido y tres chiquillas de escasa edad; en el otro rincón cubierto por un poncho reposa un indiecito con marcada cara de enfermo, echada a su cabecera lo cuida una india corpulenta que nos mira entre recelosa y

Budi.—Crepúsculo

Budi.—Riachuelo

despreciativa. Las mujeres visten todas el chiripá indiano, abierto de alto abajo, sujeto con un gran alfiler de plata o una simple astilla, en el cuello, y ceñidas por grosero cinturón; los hombres llevan un traje semejante al del huaso, pues ya no se ve el traje indio, en Budi, para ellos.

El techo ennegrecido por el humo produce una visión fantástica, tapizado de mil figuritas caprichosas que forma el humo y que constantemente se mueven, merced al aire caliente que asciende.

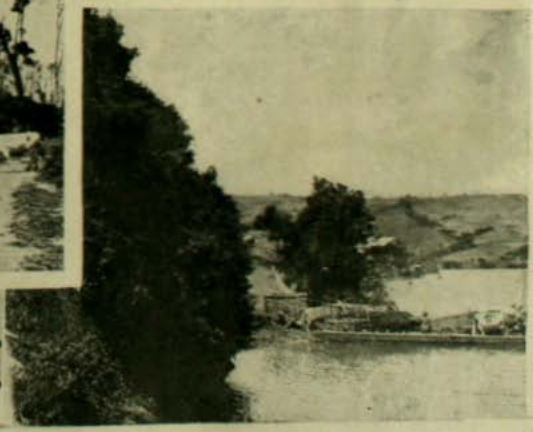
De una viga cuelgan pedazos de carne, en otras se secan cueros.

Unos pollos picotean un saco abierto de trigo y un cerdo tira sin descanso de la cuerda que lo aprisiona.

Nos hemos instalado en los troncos, pero nadie quiere darse por aludido con nuestra presencia; reina un silencio que concuerda muy bien con el ambiente de misterio que nos hace sentir aquel negro caserón. No queremos romper ese silencio. Por nuestra mente pasan las hondas consideraciones que se sienten delante de la grandeza caída. Fijando la vista en la suerte presente de la gran raza: la pérdida de su nacionalidad con pretendidas libertades; esa especie de anacronismo que resulta de la invasión de la moderna civilización que franquea la cerrada puerta: los barrotes de hierro de las ventanas, esos pañuelos de ramos pintados, esas monedas de sus adornos, las rayas de tiza que se ven en la portada, y hasta una máquina de coser...; y más aún, los robos y fieras persecuciones de que son víctima me hacen repetir como quien recita un responso los versos del autor del "Tabaré".

"Oh desgraciada estirpe que agoniza
"Sin hogar en la tierra ni en el cielo!"

—*Mai mai, lamuen* (buenos días, señora), saludamos a la vieja, nos mide con una mi-



Carahue - El Imperial.—Budi - Lavanderas—Budi - Paisaje—Carahue - Embarcando carretas en una balsa

Rudi.—Incendio del bosque

rada, haciendo un marcado signo de desprecio nos vuelve la espalda y prosigue su tarea, que sólo interrumpe para rezongar entre dientes, rezongo en que nos deja oir muchas veces la palabra *huinca* (extranjero).

Nos dirigimos a la que vela al pequeño.

—Mai-mai.

—Mai-mai.

Pido al compañero, intérprete, le ruegue nos permita retratarla.

—Retratar *lamuen*.

—Entiende *lai* (no entiende).

Nos hace el efecto de hablar con un grígo de esos que nunca aprenden el español; como los ingleses los indios ponen los verbos en infinitivo cuando chapurrean nuestro idioma.

Desde su escondite avanza el muchacho que antes divisáramos y sentenciosamente nos replica:

—Uds. querer retrato, aquí no querer.

—Pero dígalo a ella, pueda ser que acceda.

Después de mirarnos mucho con aspecto de idiotez e indiferencia, logramos que propusiera nuestra petición: discutían y razonaban en su sonoro y suave idioma, y cuando ya agotada nuestra paciencia dimos pruebas de alejarnos, el muchacho nos responde:

—Dice que retratar, pero pagar.

La india lo interrumpe y con su ronca voz nos grita:

—Plata, un peso.

Mientras entre ellos dialogaban los indios, fueron apareciendo de los cuartuchos dos mujeres, seguramente interesadas, que mezclándose en la conversación gritaban con sus voces roncas:

—Plata, pagar, chauchas.

El muchacho nos las hizo salir, les tomamos algunas vistas. Observamos de cerca a plena luz sus curiosos trajes, las coronas de monedas, los adornos de las orejas y el del pecho. Sus rostros, que parecían revelar la falta de alma, respondían a la descripción de Zorrilla de S. Martín:

"No hay en su rostro [inmóvil
Ni siquiera un reflejo
Del espíritu extraño y [concentrado
Que al parecer lo anima [desde lejos."

Rudi.—Calle del pueblo

Budi - Ruca grande.—Puerto Saavedra - Paisaje.—Puerto Saavedra - Ruca

El indio nos impuso que el marido no debía trabajar; ahora no se encontraba allí "andaba paseando". La mujer lo hace todo, ella siembra, cosecha y hace los menesteres de la casa. Comprobamos este aserto un día que hallándonos en una trilla de indios, en que la "Empresa Budi", ponía las máquinas solamente el maquinista y mayordomos eran hombres, los peones eran indias, había algunas de diez años apenas... Es evidente con ese régimen, la necesidad de varias mujeres; de ahí la poligamia de esa pobre gente. El gobierno hace poquísimo en ese sentido.

Es por otra parte la poligamía el mayor obstáculo que opone el indio a su cristianización.

Cuando nos alejábamos sentía en mi alma sorda lucha. El odio inveterado que todo descendiente de español siente, peleaba con la compasión que el acercamiento a la pobre raza ahora me producía. Sentí malestar, hubiera preferido no subir a la ruca... sin embargo, volviendo la vista hacia la cumbre repetí con Zorrilla de San Martín:

"Tiene el perfume de la flor caída;
tiene su misma palidez... ¡Ha muerto!

"LA VIDA HUMILDE" Por Januario Espinosa

En los buenos tiempos del naturalismo, esta novela pudo colocarse en los casilleros de **documentos humanos** bajo el título de "crónica de la vida vulgar". El autor no ha fijado aquí tipos propiamente "humildes", sino criaturas que aparecen en constante rebelión con la fatalidad que las ha puesto en la condición de los venidos a menos; otros que aparentan más de lo que son, y uno, el personaje central, el más verdaderamente humilde de todos, que también tiene a veces rasgos de protesta en que desahoga los impulsos contradictorios de su voluntad. Si quisiéramos enmendar el desarrollo de esta novela, siguiendo cierta crítica al uso, diríamos que para presentar un cuadro fiel de la vida humilde, recogida, sin ambiciones ni fingimiento, se nos debió mostrar a Rigoberto y su mujer viviendo en su casita, lejos de la familia y sus relaciones.

El periodismo ha gastado la vena lírica y romántica del autor, haciendo de su estilo una prosa apagada, sencilla, en constante correspondencia con los asuntos que expresa. Su obra es honrada y el arte que ha puesto en ella, elemental. No hay artificios que desfiguren la fisonomía aplanada y gris de su relato, ruda como la verdad. ¿Y el arte es toda la verdad?

Bien podemos decir que "La Vida Humilde" renueva nuestras preocupaciones, ya expresadas al leer otros libros de tanta simplicidad en la forma y tanta sobriedad en el procedimiento. Es admirable cómo se consigue interesar y hasta emocionar con recursos tan sencillos... El vigor de lo natural, diremos, recordando que un fragmento de charla entre dos mujeres del pueblo en un tranvía o párrafos de crónica de un diario, nos han dejado una impresión de la tragedia real de la vida con mayor eficacia de lo que pudiera una técnica complicada y un estilo bien medido.

No sabríamos decir hasta qué punto la novela de Espinosa está bien compuesta y cuántos episodios o descripciones están demás. Preferimos, como siempre, dar nuestra impresión total. El libro revela una observación minuciosa, sin rasgos sobresalientes ni descuidos lamentables, aparte ciertas menudencias de índole gramatical. ¿Y por qué no decirlo? Nos ocurre ahora, como en la literatura novelesca de Emilio Bobadilla, que a pesar del procedimiento naturalista e impersonal, el carácter más sostenido y el de mayor relieve en toda la novela, es el de... su autor. Apático, de percepción clara y precisa, con sequedad de cronista anota la vida ambiente y nos la ofrece unificada en su propio temperamento.

M.

Las guerras de conquista en el Africa

LA LYBIA ITALIANA

Por

Emilio Tagle Rodriguez

Ilustraciones fotográficas

Nadie ignora hoy día en la Europa y en la América el enorme desarrollo alcanzado por la Italia moderna, desarrollo que ha llegado a colocarla en lugar prominente entre las grandes potencias del orbe, debido al esfuerzo de su raza, a la riqueza de su suelo, al genio de sus estadistas y a la acción previsora y audaz de su diplomacia.

La Italia de hoy, fuerte y poderosa, tal como Alfieri la soñara allá en las postrimerías del siglo XVIII, se dejó también influenciar por la corriente de expansión territorial que sacudió a la Europa entera. Era necesario seguir el rumbo de otros grandes países y aumentar el poder colonial que aumenta las fronteras de la patria, que recibe el excedente de población, que procura entradas al tesoro, y que hace flamear los colores nacionales, más allá de los mares, bajo el sol de otras tierras. La oportunidad no tardó en presentarse.

El año 1870 la Compañía de Navegación Italiana Rubattino, estableció en el Mar Rojo un depósito de carbón para sus naves y compró, en seguida, a los pequeños soberanos de aquellas regiones, algunos terrenos adyacentes a la costa. Pocos años después, el Gobierno adquirió dichos terrenos, y, a instancias del Ministro Crisppi, el fundador del mundo colonial italiano, empezó a ensanchar sus dominios, llegando hasta ocupar la ciudad de Massauoa, a fin de apoderarse del comercio del reino de Abisinia. Estas pretensiones envolvieron a Italia en larga y sangrienta lucha con el Negus Menelik, lucha que terminó, después de crudas refriegas, en la batalla de Assua, donde fueron derrotadas las armas italianas. Fruto de esta política de expansión y de conquista, fué la colonia de Eritrea y el protectorado del Somalí.

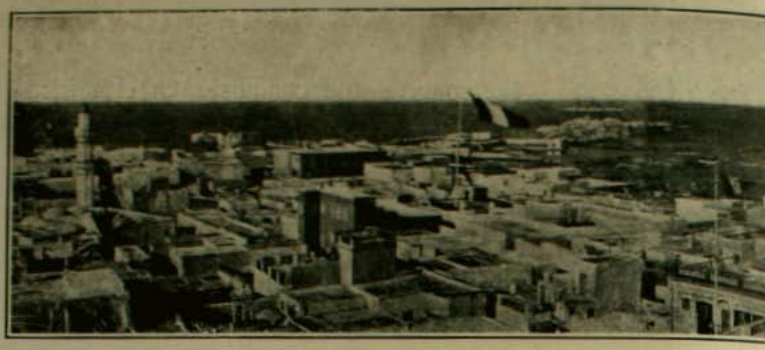
Sin embargo, estos nuevos rumbos no fueron del agrado de la opinión pública, que estimaba pobres e infecundas las regiones conquistadas y enormemente crecidos los desembolsos que imponían al tesoro.

Hubo, pues, de abandonarse esta política por algunos años y dedicarse al engrandecimiento y prosperidad interiores que tantos éxitos han procurado al país más tarde.

El año 1911 vuelve nuevamente a agitarse la Italia con sueños de conquista. Los estadistas italianos no podían mirar el mapa del Africa sin que el afilado diente de la codicia se clavase en ellos y los anhelos de expansión cruzasen por su mente. La Francia dueña de la Argelia y la Tunisia en el Norte; del Senegal, la Guinea, el Congo y el Dahomey, sobre el Atlántico, y al este, en el Océano Indico, la gran isla de Madagascar; la Inglaterra dominando sobre el Africa austral el Sudán, el Egipto y otras importantes comarcas; la Alemania con sus dominios del este y del poniente, y la España con sus posesiones de Marruecos, Las Canarias, etc., impulsaron nuevamente a los hombres del Quirinal a seguir la política de Crisppi.

Por otra parte, era necesario retener a los quinientos mil italianos que anualmente abandonaban las costas de la Italia para fecundar con su trabajo los campos extensos de América del Norte y las pampas dilatadas de la Argentina. Era necesario

contar con una estación naval en el Mediterráneo, que permitiese evolucionar a la escuadra, y de donde pudiese dominar el estrecho paso que dejan al oceano, la Sicilia que se aleja de la Italia y la costa del Africa que avanza hacia Europa. Y desde allí, tal vez desde allí, pudiese algún día reconquistarse las perdidas posesiones de Malta...



Panorama de la bahía y de la ciudad de Tripoli, en que

Entonces la vista audaz de la diplomacia italiana, la ambición de su pueblo y de su rey, pasando por sobre las fronteras de la patria y atravesando los mares, llegó hasta Trípoli, la ciudad blanca, que allá lejos y muellemente recostada en las riberas azules del Mediterráneo, dormía en brazos de los turcos el apacible sueño colonial que duraba ya varios siglos. Y la guerra vino...

Trípoli, el primer oasis del Sahara, de espaldas a la arena candente del desierto y refrescada por las brisas del mar, fué

Jardín tripolitano

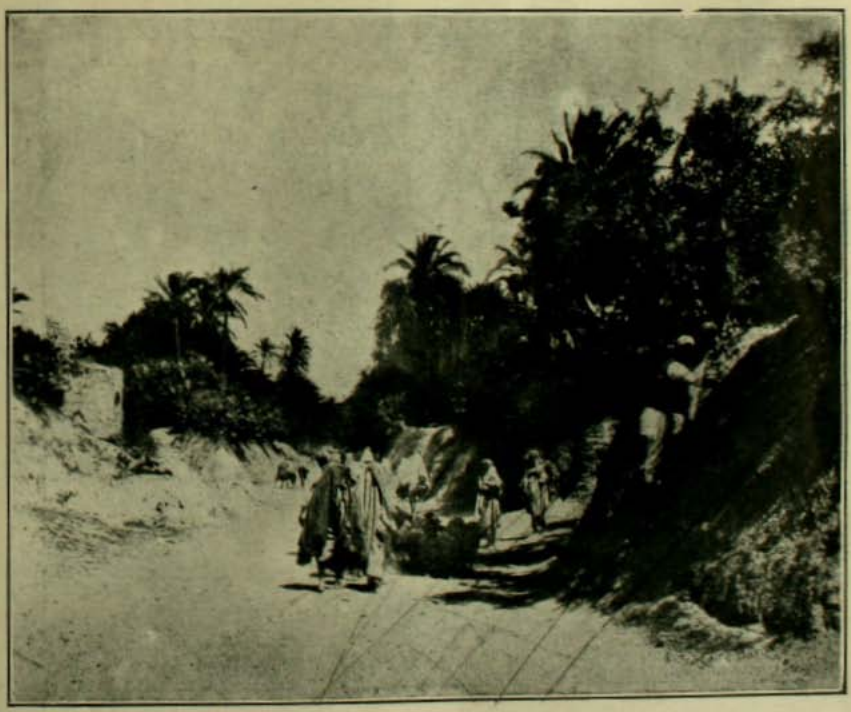
...oderna entre la nota predominante de las construcciones árabes

sembarcar sus tropas en las costas del Africa, los árabes se plegarían a ellas abandonando de hecho a sus antiguos conquistadores, los turcos. Pero la Italia se engañó. El pan-islamismo, la unión del alma mahometana, pudo más que la opresión, y los árabes aumentaron las filas turcas con un contingente de 40,000 hombres, que fué la flor de los combatientes.

No tardó mucho la ciudad de Trípoli en demostrar que, contra su voluntad, no habría de albergar cincuenta mil italianos y empezaron las epidemias: la tifoidea, el cólera y otras calamidades no tardaron en

testigo de porfiadas luchas, de crudas refriegas, de pestes, de enfermedades, de todas las calamidades de la guerra y vió sus edificios destruídos por las balas, barridos por la metralla y sus calles repletas de cadáveres y regadas con la sangre de sus defensores. Era la civilización que llegaba...

La Italia creyó firmemente que al de-



Un oasis en la ruta de las caravanas

aparecer. Los hospitales se llenaron y muchos miles de soldados que, con el alma resuelta, abandonaron su patria para clavar la bandera en tierra extranjera, hubieron de volver a los hospitales de Sicilia y de Nápoles.

Durante gran parte de la guerra el ejército invasor se vió forzado a permanecer en la línea de la costa, diezmado por las enfermedades, mientras los árabes y los turcos, acampaban en el desierto, donde establecían a vanguardia su hospital de campaña y un servicio diario de caravanas que traía los alimentos de las cercanas tierras cultivadas.

Algunos serios encuentros y largos meses de campaña habían ya demostrado a los estadistas italianos que la guerra no era tan fácil como ellos la concebían, cuando el conflicto de los Balkanes vino en su ayuda. Esta emergencia puso fin a una campaña sangrienta e interminable que hubiese abierto ancha brecha en las finanzas italianas, y que habría arrancado a la Italia sus mejores soldados.

Vino la paz y los turcos, de acuerdo a las prescripciones del Corán, no quisieron reconocer la cesión de una parte de las tierras musulmanas, limitándose a conceder autonomía a Tripolitania, y dejándola abandonada a sus propios destinos, a fin de que Italia pudiese anexarla.

Y así, desde la torre más alta del castillo del Bajá, antigua residencia del Gobierno en Trípoli, se proclamó la paz el 20 de Octubre de 1912, y se leyó, asimismo, el real decreto de Víctor Emmanuel, declarando la soberanía de Italia sobre la Tripolitania y la Cirenaica, que, en adelante, habían de llamarse la Lybia italiana...

Pero la diplomacia turca, arrogante y astuta, supo vender a buen precio las tierras musulmanas. No había de tolerar con ánimo ligero que las plumas de los bersaglieri flameasen victoriosamente por las calles de Trípoli, sin exigir antes gruesas compensaciones.

Antes que la planta otomana abandonase para siempre las arenas del Africa, Italia debió darle las islas del Mar Egeo, liberar a Turquía de la indemnización de

Un mercado en Trípoli

Las tragedias de la guerra.—Viudas y huérfanos árabes entre soldados italianos

guerra, pagarle el valor de todas las propiedades fiscales que existían en Trípoli, y la parte de la deuda pública afecta a dichas propiedades. A más de estas compensaciones, Turquía obtenía ventajas indirectas, al deshacerse de la pesada carga pecuniaria que le imponían las tierras cedidas y al licenciar el grueso ejército que debía mantener allí.

El costo de la guerra no ha sido aún reconocido. Hay quienes lo hacen subir a mil quinientos millones de francos en los dos años que duró la campaña. Las pérdidas de hombres son inapreciables; en el primer año solamente fueron devueltos a Italia 24,000 soldados por enfermos y las estadísticas admiten, en esos mismos meses, 1,500 muertos y 4,200 heridos. Nada se sabe, sin embargo, de los últimos diez meses de campaña en que la guerra tuvo por campo la arena del desierto.

A los gastos de guerra habría que agregarse la consiguiente paralización del comercio, de la agricultura y de la industria, las enormes sumas destinadas a hacer represas, norias y puentes provisionales, caminos, edificios y obras sanitarias, y, a todo esto, sumar las cantidades pagadas a Turquía y las que será necesario invertir para impulsar el desarrollo general de la comarca y ponerla en aptitud de explotación.

Por lo demás, la nueva colonia, por ahora y por muchos años más, será una pesada carga para Italia, que deberá gastar allí ingentes sumas y mantener un grueso destacamento de tropas, a fin de dominar completamente a las tribus indígenas. El ejemplo de la Francia en Argelia será una sabia lección para el pueblo italiano. La gran República hace 40 años que está batiéndose con las tribus nómades sin conseguir aún exterminarlas, y ha invertido ya en estas posesiones muchos millones. Y es conveniente tomar en cuenta que la Argelia y la Tunisia son más productivas y de más fácil explotación que la Tripolitania y la Cirenaica.

Trincheras italianas en el desierto

La Lybia viene a ser la frontera norte del Sahara, del mar de arena que va a morir al Mar Mediterráneo. Se estima que en toda la región no habrá más de 1.000,000 de habitantes, en su mayor parte tribus salvajes y nómades; las dos ciudades principales, Trípoli y Benghazi, tienen solamente 35,000 y 20 mil habitantes, respectivamente.

Un riflero árabe al servicio de Italia

Todo el país es excesivamente seco, las lluvias son escasísimas y para proveerse de agua, que escasea en todas partes, hasta en el mismo litoral, es necesario hacer grandes pozos, que en años de pocas lluvias son casi inútiles. La flora está compuesta en su enorme mayoría por palmeras y olivos, cuyos productos constituyen la base de la exportación. Al empezar la guerra, el comer-

Un pozo en que el agua se extrae a la manera antigua

cio de Trípoli alcanzaba solamente a 18 millones de francos. Estos detalles están probando que, si bien Italia ha terminado ya la guerra con los turcos, tiene que empezar ahora, la gran guerra del trabajo, que puede ser más reñida y más costosa que aquella.

El problema más difícil será el de los brazos, pues, seguramente, los numerosos italianos que anualmente emigran a América, no querrán abandonar las labores de estas tierras fértiles y trabajadas, donde perciben espléndidos salarios, para explotar las arenas incultas de la Lybia.

La política de Italia en sus colonias es de mucho progreso. Ha tratado de granjearse a toda costa la amistad de los árabes, ha construído varios kilómetros de ferrocarriles, ha enviado comisiones científicas a estudiar la fauna, la flora y los recursos agrícolas e industriales.

Sin embargo, al ver que este despliegue de esfuerzos e iniciativas, al contemplar esta lluvia de oro, el observador imparcial y sereno no podrá menos de preguntarse cuántos años y cuántos millones costará a la Italia esta aventura.

A pesar de todo, las futuras generaciones de italianos, al recordar con orgullo aquellos hombres que unificaron la Italia y le dieron el mar por fronteras, recordarán, también, a estos otros patriotas, a Crisppi y a Giolliti, que con ojo previsor y audaz energía, clavaron la bandera de su patria, más allá de los mares, bajo el sol africano!

Y al ver esta Italia de hoy, poderosa y fuerte, que impone sus productos en el mundo, que extiende sus fronteras y pasea su bandera por los mares, ayer no más dividida en pequeños estados, anarquizada por las rivalidades y la política estrecha, cabe recordar, como una medida de lo que puede el amor a la tierra, la obra de los primeros

Dos notables de Tripolitania, (a la derecha el cheik Senusi, muerto últimamente)

iniciadores de la unidad italiana, condensada en una carta de Mazzini al Rey del Piamonte, Carlos Alberto, que empieza así:

"Señor: ¿No habéis jamás extendido la vista, una de esas vistas de águila que revelan un mundo, sobre esta Italia, bella sonrisa de la naturaleza, coronada por 20 siglos de recuerdos sublimes, patria del genio, potente por infinitas facultades a las cuales no falta más que la unión, rodeada de tales defensas que bastaría alguna voluntad fuerte y unos cuantos hombres de coraje para protegerla contra el insulto del extranjero? ¿No os habéis penetrado que ella está llamada a grandes destinos?....."

LA MODA MASCULINA

Los avances rabiosos del feminismo, la falda-pantalón y los chalecos de las damas, sus ambiguos equipos de amazonas y más que todo, el espíritu varonil que las anima han sugerido al espiritual dibujante del "Life" los modelos que deberán servir a los hombres del porvenir.

La gran isla de Sicilia acaba de ser de nuevo azotada por un terremoto que ha causado numerosas víctimas. El Etna ha repetido una vez más sus golpes mortales, que vienen de siglo en siglo atemorizando a las poblaciones de Catania y alrededores.

Sicilia tiene mayor población que todo Chile, es decir, cerca de 4.000,000 de habitantes, en una superficie de 25.738 kilómetros cuadrados. Sus ciudades importantes están situadas en la costa, son puertos y su origen se pierde en la primera historia de Grecia. Siracusa, Catania, Messina y Palermo que es la capital y otras más, fueron centros de activo comercio y lo son ahora, con nuevo empeño, con el Africa, Grecia y el Adriático.

El clima de la gran isla es célebre desde la antigüedad, y Cicerón, que fué su gobernador, decía que el sol no dejaba de salir en ningún día del año, lo que cuentan siempre los viajeros. El invierno lleva a Palermo, y, en especial, a Taormina, una gran cantidad de extranjeros del norte de Europa. En el invierno florecen los naranjos mandarines, los limoneros y otros árboles de la misma especie, que embalsaman el aire con el perfume de los azahares.

Siempre hemos creído que el campesino siciliano sería un maravilloso trabajador para los fundos centrales de Chile. En las plantaciones de árboles frutales sería el mejor obrero,

Tipo de campesino siciliano

Un lindo grupo de muchachos sicilianos

Catania.—Panorama de la villa Bellini

no costoso, sobrio y competente. Presentamos un hermosísimo grupo de chicos sicilianos que parecen nacidos en Santiago o Colchagua.

Fuera de los naranjos, los almendros, olivos y viñedos cubren gran parte de la superficie de la isla.

Este es el territorio prodigioso que el fuego subterráneo amenaza constantemente y que parece calentar desde las capas más profundas, el suelo prolífico, las almas ardientes, los ojos profundos y obscuros de la población, la sonrisa franca y apasionada de las mujeres.

El Etna es el volcán más elevado de Europa y la montaña más alta de Italia, pues el año 65 media su más alta cima 3,313 metros de altura, y el año 97 3,274. Como el Vesubio, cambia constantemente de forma y de dimensiones en la parte de su cono volcánico.

Los más antiguos poetas y escritores conocían al Etna como volcán. Píndaro describe la erupción de 476. La de 1669, que fué la más terrible de todas, mató más de 20,000 personas. Generalmente han sido acompañadas de terremotos y algunas han provocado temblores en otros sitios como el de Lisboa, en 1755. Continuamente hay pequeñas descargas sucesivas del cráter con ligeros temblores.

El cráter cambia continuamente de

Segesta.—Templo

forma, como lo hemos dicho. A veces parece dividido en dos bocas de las cuales una humea mientras la otra permanece tranquila. El amanecer presenta el espectáculo más soberbio e inolvidable. El sol alumbra la cumbre del volcán, cuando todavia el valle permanece sumido en las tinieblas. Sobre el mar una montaña falsa de nubes impenetrables deja de pronto una faja luminosa donde se adivina que va a atravesar el rayo de sol. En ese momento el Etna aparece inmenso, como un triángulo isóceles dominando el vasto paisaje, donde la luz primera del día cae a torrentes

Algunas ilustraciones presentarán a los lectores del "Pacifico Magazine" una débil idea de Catania y de sus maravillosos alrededores. Sicilia es un pais hermoso como pocos, que el viajero no olvida jamás.

Panorama de los jardines con el Etna

Román Calvo, el Sherlock Holmes chileno

El hombre misterioso de la calle Santa Rosa

Por

Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Gordon

Cuando yo cursaba Matemáticas en la Universidad, mis profesores y condiscípulos estaban de acuerdo en que yo sería un mal ingeniero; les era imposible concebir que un individuo cuyos ocios solían ocuparse en componer versos y en traducir los dramas de Shakespeare, pudiera ser capaz algún día, de trazar una línea de ferrocarril con mediano criterio....

Y esta opinión que de mí se tenía, con ser tan mala, habría sido peor, si hubieran aquellas gentes conocido siquiera la mitad de mis locuras. Por ejemplo, no me era posible pasar por una calle sin imaginarme una novela tras de cada puerta y cada ventana, y me entretenía, lo que no es dable, urdiendo tramas estrambóticas al rededor de los hechos más vulgares.

Durante un largo secuestro, sirvió de tema a mis desvaríos un señor en verdad bastante original, a quien tuve de vecino en aquel tiempo. Nunca supe su nombre ni me dí el trabajo de preguntarlo. Vivía a una cuadra de mi casa, en la calle de Santa Rosa, más allá de la Avenida Matta. Aquel barrio era entonces muy poco poblado.

La casa del hombre misterioso (así lo llamaba yo), era de antiguo estilo santiaguino, de adobe y tejas, blanqueada con cal y su fachada se componía de una puerta y cuatro ventanas guarnecidas con barrotes de hierro. No habría tenido ella nada de particular, pero lo que me llamaba la atención era que sus ventanas, cubiertas de polvo, permanecían siempre herméticamente cerradas, y que su vieja puerta, no se abría jamás, a no ser cuando daba paso al único inquilino que parecía habitar aquel sórdido caserón.

El "hombre misterioso" podía tener cincuenta o sesenta años; era de mediana estatura, seco, algo encorvado, de ojos azulez y facciones macilentas. Llevaba una venerable barba casi enteramente cana, y nunca le vi cambiar de indumentaria. Un sombrero hongo bastante viejo, una levita raída y verdosa y un corbatín negro de anticuada forma, componían todo su atavío.

Sin cruzar jamás palabra con persona viviente, salía todas las tardes, a la hora de los murciélagos y de los buhos, y, con las manos cruzadas a la espalda, soportando con igual impasibilidad los ardores del sol de Enero y los fríos vientos de Agosto, dirigíase con andar desgarbado y desigual a dar un paseo, siempre el mismo, por las afueras de nuestro arrabal.

Seguramente vivía solo, sin criados ni criadas. Recuerdo lo que primeramente me preocupó en él, por esa circunstancia. ¿Cómo y dónde comía? La casualidad me dió después la llave del misterio... Todas las mañanas, antes de salir el sol, aquel extraño personaje, llevando una canasta debajo del brazo, se encaminaba al "mercadito" de San Diego, y volvía provisto

de lo necesario para el consumo cotidiano, incluso el carbón y la leña...

¿Era un avaro? Por tal lo tuve yo por lo menos. Me imaginaba su casa desierta, sombría, cubierta de polvo y telarañas, sin más muebles acaso que un catre de hierro, una mesa de pino, alguna silla desvencijada y unos pocos y pobres útiles de cocina.

Allí sin libros, sin periódicos, sin amigos, sin lazo alguno con el mundo, "el hombre misterioso" pasaría sus días, eternamente monótonos, velando acaso sobre enormes riquezas...

No necesitaba yo de más elementos para una novela... No tardé en forjar muchas, sobre las supuestas riquezas de mi vecino, sobre probables robos de que podía ser víctima, sobre su rango y su nacionalidad, sobre sus desgracias y sus venturas...

II

Al recibir mi título de ingeniero, abandoné la calle de Santa Rosa y me fuí al Sur, como ayudante de una de las comisiones de límites. El recuerdo de mi vecino se fué disipando, y se había ya casi borrado enteramente de mi memoria, cuando sucedieron, hace pocos meses los hechos que voy a narrar.

Ya no era yo el pobre estudiante de aquellos tiempos. Triunfador en la lucha por la vida, cuatro o cinco veces millonario, libre como un pájaro, el mundo me brindaba placeres, bastante positivos, que alejaron de mi loca imaginación, los desvaríos que antes tanto la halagaban.

Una tarde del mes de Febrero, al llegar a casa para comer, mi criado me entregó una tarjeta.

—Este caballero, me dijo, ha venido a preguntar por Ud. dos o tres veces en el día; le ha buscado en el Club, en el Parque, en todas partes. Dice que lo necesita con urgencia, y que le agradecería mucho lo esperara antes de salir esta noche...

—Algún sablista, pensé...

Es lo primero que se les ocurre a los ricos cuando los buscan.

Arrojé una mirada distraída sobre la tarjeta...

No... No era la de un sablista... Era de Alfredo Murray, mi antiguo condiscípulo de la Universidad.

¿Para qué podría necesitarme?

No me ligaba con Alfredo una amistad muy íntima. Era una de esas muchas personas con quienes nos rozamos diariamente, en el colegio primero y en el Club más tarde, buenos y simpáticos compañeros más bien que amigos.

Muy poco sabía a punto fijo acerca de él. Sus relaciones eran buenas, su trato agradable, sus modales distinguidos y su reputación excelente... Vino a estudiar Matemáticas a Santiago, de alguna provincia del Sur, se recibió de ingeniero y ahora ocupaba una envidiable situación en una oficina pública. En el Club nos veíamos todos los días, hablábamos de asuntos indiferentes, y esto era todo cuanto yo podía hasta entonces decir de él... Si mi propia situación no hubiera sido tan expectable, probablemente Murray tampoco no habría estado mejor impuesto respecto de mí... De este género son, por otra parte, la mayor parte de nuestras relaciones en este mundo. Con todo, y a fuer de condiscípulos, nos tratábamos.

Apenas concluía de comer cuando llegó Murray. Lo hice pasar a mi saloncito turco... Me extrañó verlo a él, siempre tan risueño, e igual en su humor, densamente pálido, con los ojos hundidos y tembloroso...

—¿En qué puedo servirte? le pregunté... ¿Qué te pasa?...

Mi interlocutor no sabía seguramente, por dónde empezar. Sus hermosos ojos de un azul intenso, brillaban húmedos y extraviados, sobre la palidez mate de su semblante...

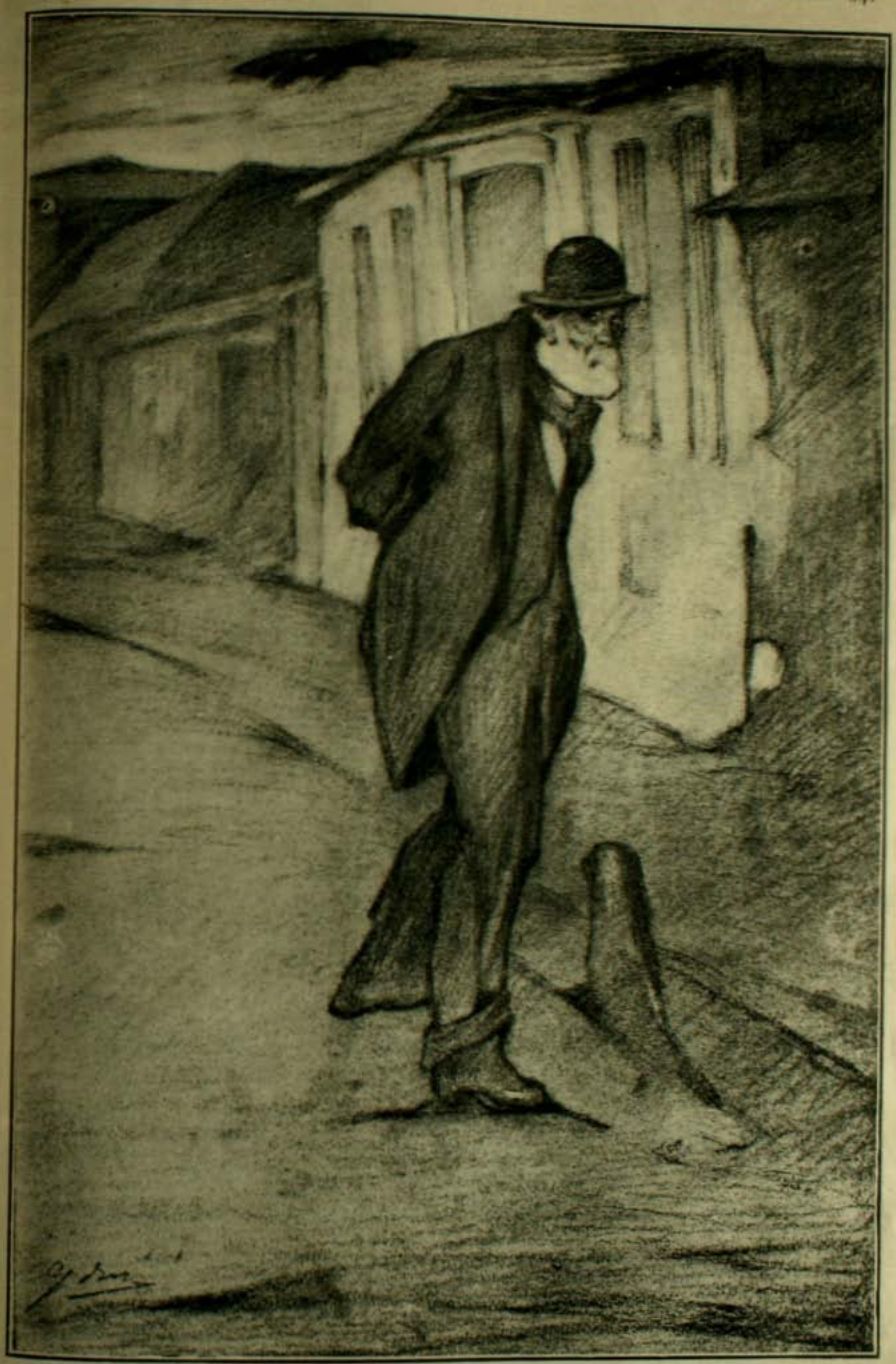
—No... dijo al fin... no vayas a creer que se trata de una tontería... pero lo que voy a preguntarte, va a parecerte muy extraño. ¿Te acuerdas de un día en que, siendo muchachos, nos llevaste a mí y a Martín Azagra, a comer un valdiviano a la calle de Santa Rosa?

—Contesté afirmativamente con la cabeza.

—¿Te acuerdas, continuó Murray, del hombre misterioso?...

Me estremecí, sin saber por qué; en las palabras de mi condiscípulo, creí adivinar algo de fatídico.

—Estábamos de muy buen humor, pro-



Salía todas las tardes a la hora de los murciélagos, de los buhos.

siguió Murray tristemente... Tú nos referiste lo que sabías acerca de ese.... de ese personaje.. su vida aislada, sus extrañas costumbres... ¿Podrías repetirme todo lo que llegaste a averiguar acerca de él?...

—Lo que les dije en aquella ocasión y nada más... Nunca pregunté ni siquiera su nombre...

Un inmenso desaliento se pintó en las facciones de mi amigo.

—No te molestaré más entonces, dijo haciendo ademán de levantarse.

Conocí que se iba a pesar suyo.

—Si te encuentras, le dije, en una situación difícil, acuérdate que soy tu amigo y condiscípulo.

Murray vaciló un momento.

—Temía incomodarte, balbuceó... pero eres bueno y noble... Al fin de cuentas, ¿quién mejor que tú puedes ser depositario de mi horrible secreto, Miguel?... Vas a saber cosas que hasta ahora todo el mundo ignoraba... pero no digas que me tomo, al referírtelas, una confianza que no me corresponde... Tú me autorizas para ello... ¿No es verdad?...

—Por supuesto, contesté, estrechándole la mano.

Hubo un instante de silencio... Alfredo sollozaba...

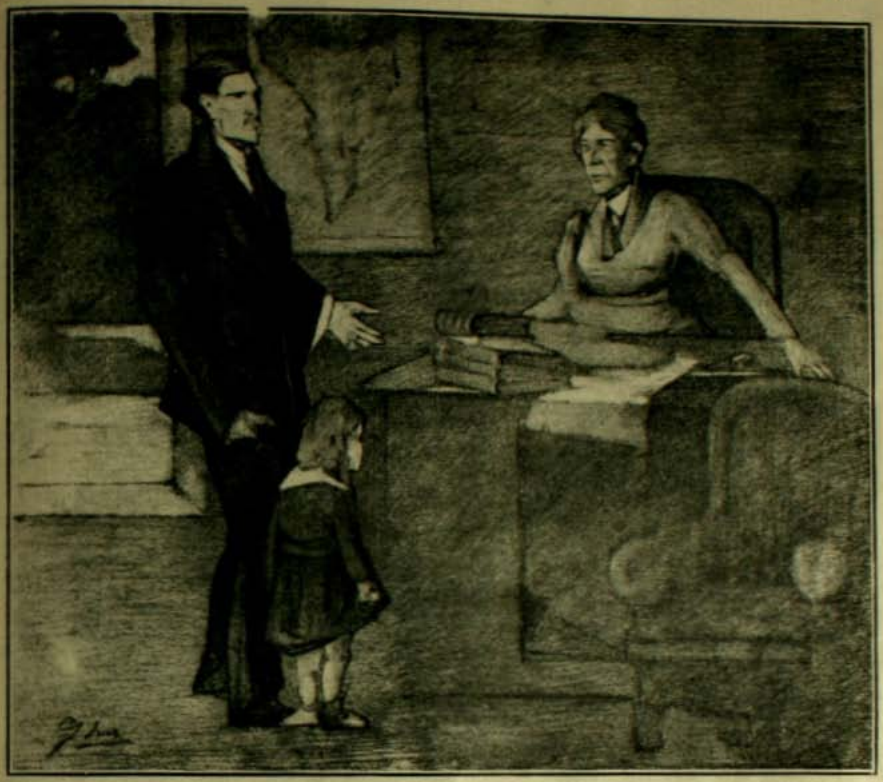
—Comenzaré, dijo al fin, por lo más doloroso... Yo soy un hijo de nadie... no sé por qué llevo mi nombre... no he conocido padres, ni hermanos, ni parientes. Mis recuerdos más lejanos se remontan a la época en que era pensionista de la señora Böhmer... tú no la conociste La pobre señora duerme en la tumba há largos años. Regentaba un kinderganten en Valdivia, era alemana y soltera, y hacía de su profesión un apostolado... Para mí fué una verdadera madre... Por caridad, o yo no sé por qué, me hablaba siempre de mis padres; estaban ausentes, vivían muy lejos, pero yo los vería alguna vez, cuando estuviera grande. Seguí viviendo, al lado de mi protectora, mientras cursé los cuatro primeros años de humanidades en el Liceo de Valdivia. Después me envió a Concepción, para que concluyera mis estudios secundarios... Los Domingos salía a casa de una amiga de la señora Böhmer. Allí comencé a sentirme hombre, a comprender que me faltaba una virgen, una familia.. Resolví interrogar seriamente sobre ello a la que podía llamar mi madre adoptiva, y lo hice y en las primeras vacaciones.

La señora Böhmer no se manifestó sorprendida por mi pregunta. "Sólo esperaba, me dijo, que tuvieras bastantes años para darte cuenta de las cosas, para imponerte de cuánto sé al respecto. Desgraciadamente, no es mucho. El 10 de Septiembre de 1884, se presentó a este colegio un hombre joven aún y vestido como un caballero, que te llevaba de la mano. Me preguntó si te admitiría como pupilo interno en mi kindergarten, declarándome que estaba dispuesto a pagar bien. Agregó que era viudo y que debiendo trabajar en una Oficina Salitrera del Norte, se veía en la necesidad de separarse de su único hijo. Me entregó adelantada la pensión de un semestre, se marchó y... no le volví a ver más... El apellido que llevas, y con el cual te presentó ese sujeto, parece inglés, pero no podría asegurar que él perteneciera a esa nacionalidad... Al contrario, hablaba el alemán con mucha corrección y sin acento extranjero, a lo menos por lo que puedo recordar."

Me arrojé llorando a los pies de la noble señora, y desde entonces fuí su hijo y nada más que su hijo... Esto es cuanto sé acerca de mi origen... La señora Böhmer murió en 1898, dejándome heredero de una pequeña fortuna que me permitió concluir la carrera de ingeniero y hacer mi camino en el mundo...

¿Cuál no sería, pues, mi sorpresa al recibir ayer en la mañana la visita del notario don Eduardo Reyes Lavalle, que me traía la noticia más inverosímil que es dable imaginar? Acababa de abrirse el testamento de don Otto Hahne, vecino de Santiago, fallecido hace pocos días... El difunto me instituía su heredero, dejándome una fortuna estimada en cerca de trescientos mil pesos...

Don Otto Hahne... es tu hombre misterioso... y por cierto que merece bien este nombre... Ni de su testamento, ni de sus negocios, ni de cuantas averiguaciones se han practicado, resulta la más leve luz acerca de quién sea y de dónde venga...



Se presentó a este colegio un hombre joven aún y vestido como un caballero, que te llevaba de la mano.

—Pero, a lo menos, interrumpí yo, lo conocerían el notario y los testigos...

—Hasta cierto punto. Fuí presentado a don Eduardo Reyes por don Pedro Torres, gerente del Banco de Chile... Este último no sabe de él otra cosa, sino que desde que alcanzan sus recuerdos, Hahne tenía en custodia en el Banco letras hipotecarias y una cuenta corriente, siempre "al haber". Todos los semestres retiraba una pequeña parte de su renta, probablemente para sus gastos personales, que deberían ser muy escasos, y ordenaba invertir el resto en la compra de más bonos... Por otra parte, los bancos no se preocupan en Chile de averiguar quién les lleva dinero.

—¿Y los testigos?...

—Ellos le conocieron por presentación del notario... Nada es más frecuente... y ello no tiene nada de incorrecto.

—Pero la ley, repuse yo, dispone que en un testamento, se especifiquen ciertos datos respecto del que lo otorga...

—El señor Hahne cumplió escrupulosamente con esa disposición, pero los tales datos son la nada entre dos platos. De ellos se deduce que don Otto Hahne, nacido en Prusia, de nacionalidad alemana, avecindado en Santiago de Chile, de sesenta y cinco años, soltero, sin hijos, hace testamento en mi favor...

También deduzco yo otra cosa, y es que alguna relación oculta me liga con ese hombre misterioso a quien no he visto en la vida y que me nombra su heredero... La duda me taladraba el alma y vine en tu busca...

—¿Has visitado la casa de Hahne?...

—Naturalmente, sólo al hacerlo, reconocí en él a tu hombre de la calle de Santa Rosa.

—¿Y no encontraste allí ningún vestigio?

—Ninguno... ¿quiéres juzgar por ti mismo?...

—Te he dicho que estoy a tus órdenes... pero mis servicios no creo que te sean de mucha utilidad... Sin embargo, voy a prestarte uno... interesaré en la pesquisa a Román Calvo...

—¿Román Calvo?... ¿quién es?

—¿No te acuerdas del trágico suceso de la Punta del Diablo?... Román fué el que supo descubrir la culpabilidad de Antonio Mascayano, sin más antecedentes que un trozo de piedra cuarzosa encontrado en el lecho del Mapocho. Es un hombre extraordinario... Vamos a verlo al momento... A estas horas... las nueve y media, si no está clasificando un coleóptero raro, o estudiando una vieja información genealógica, lo encontraremos charlando con Cárdenas... Vamos a buscarlo.

III

Conocía yo bien a mi amigo Román. Vestido con el desaliño de costumbre, su pequeña personita, peroraba animadamente entre un grupo de prójimos insignificantes, frente a sendos vasos de whisky con agua, en el restaurant de Cárdenas.

Le llamamos aparte y Alfredo Murray repitió su relato. Román le escuchó atentamente...

—Conocía lo del hombre misterioso, dijo; Miguel de Fuenzalida me ha referido esa historia media docena de veces... No le dí recibo, porque nadie tiene obligación de tener una memoria tan portentosa como la mía.

La debilidad de Román, seguía siendo la de envanecerse con su memoria casi interosimil.

Murray debió contestar algunas preguntas de Román...

—¿No conserva Ud. ninguna prenda de las que llevaba puestas cuando lo entregaron a la señora Böhmer? ¿No tiene Ud. en el cuerpo ningún lunar u otra señal característica? ¿Qué idioma hablaba Ud. a los tres años?

Murray contestó que no conservaba ninguna prenda de su niñez, que no tenía en el cuerpo señal alguna, que desde que alcanzaban sus recuerdos, creía haber hablado principalmente el alemán, idioma usual en la casa de la señora Böhmer, pero que también conocía palabras inglesas y españolas, desde mucho antes que se diera cuenta de que uno pudo haberlas aprendido, lo que no era raro, porque en el kindergarten, les enseñaban inglés a los niños, y en una ciudad como Valdivia, era difícil no aprender también el castellano...

—Esperaba estas respuestas, dijo Román... Todo eso de los lunares y de las ropitas de niño que permiten establecer la identidad, son consideraciones buenas sólo para las novelas... Y ¿dice Ud. que no ha encontrado tampoco ninguna luz en el examen de la casa del señor Hahne?...

—Ninguno, contestó Murray...

Román se frotó las manos con aire de infinita satisfacción...

—Magnífico... Su caso me gusta, dijo alegremente; no me embarcaría en él si fuera fácil... Para lo fácil, está la policía. ¿Cuándo quiere que vayamos a visitar la casa de Hahne?

—Mañana mismo.

—¿Tiene Ud. las llaves de todo?

—Sí.

—¿Hay caja de fierro?

—Naturalmente, pero no contiene nada sino certificados de custodia, de letras hipotecarias, una libreta de cuenta corriente y un libro de cheques...

—¿Y nada le ha llamado a Ud. la atención en las anotaciones de la libreta y del talonario de los cheques?

—Nada, a no ser un detalle más curioso que hábil. El señor Hahne cobraba semestralmente los intereses de sus bonos, y los depositaba íntegros en su cuenta, en seguida giraba un cheque invariablemente por dos mil pesos, y a su propio nombre; para sus necesidades del semestre... La cuenta no tenía jamás otro movimiento...

—¿No atendió ningún médico o cuidadora al señor Hahne durante su última enfermedad?

—El señor Hahne, murió de repente, con toda probabilidad, en la noche del Jueves. Aquella tarde dió su paseo habitual por la calle de Santa Rosa. Varios vecinos lo vieron... Al día siguiente, a las diez de la mañana, llegó a golpear a la casa el cobrador del agua potable... Como no le

Por toda respuesta, Román abrió una de las primeras páginas del libro.

abrieran, dió la voz de alarma... Vino la policía y encontró muerto al señor Hahne en su lecho... Los médicos diagnosticaron la ruptura de una aneurisma...

—Esto marcha, repuso Román, cada vez más satisfecho, al fin y al cabo, las cosas son mejores testigos que las personas... Hasta mañana...

. . . . . .

Penetré por fin en aquella casa de la calle de Santa Rosa, que tanto me preocupara en mi niñez. El edificio constaba de tres cañones de piezas; el frontero a la calle y otros dos laterales. El fondo lo constituía un huerto, o mejor dicho un sitio eriazo cubierto de malezas y de algunos árboles frutales de que nadie parecía haber cuidado.

—Las piezas que dan a la calle están completamente vacías, lo mismo que las del cañón de la derecha, dijo Murray... Nada hay en ellas sino el techo, las paredes, el piso y sobre todo el polvo; el señor Hahne ocupaba sólo las tres piezas del cañón de la izquierda.

—Veamos, con todo, dijo Román...

La información de Murray era exacta. A riesgo de plagarnos de pulgas, recorrimos las habitaciones de la calle y las de la derecha...

—En efecto, observó Román, no hay sino polvo y humedad... Nadie debe haber penetrado aquí por años y años...

De las habitaciones ocupadas por Hahne, la primera que visitamos fué el dormitorio. Un catre de hierro, un armario con ropa, un lavatorio, un velador y un baúl constituían todo el mobiliario.

—Es pobre, pero está limpio, observó Román.

El examen del ropero, nos ocupó un buen cuarto de hora...

—Estas prendas son todas compradas en Santiago... No pueden dar ninguna luz, dijo Román... Veamos el baúl.. Ha

viajado sin duda... Aquí hay vestigios de etiquetas...

—Pero, interrumpió Murray, las han arrancado todas...

—Detalle importantísimo... El nos muestra que Hahne deseaba borrar las huellas de su camino por el mundo... Sin embargo, puedo asegurar que este baúl ha estado en Inglaterra... Sólo en los ferrocarriles ingleses, se usan etiquetas pequeñas, como la que ha estado pegada aquí, agregó señalándonos un rincón del mueble... Vaya, vaya, señor Murray, y Ud. decía que no encontraríamos nada en esta casa.

La otra pieza era una especie de escritorio. Su principal adorno era un gran estante de raulí pintado, lleno de libros. La caja de fierro, una pequeña mesa, un sofá y dos sillas, completaban el mobiliario.

No hay nada que valga la pena en los cajones de la mesa, se apresuró a declarar Murray, nada sino papel en blanco y artículos de escritorio...

—Pero entonces, ese hombre escribía, observé yo...

—Seguramente muy poco, repuso Murray, no he encontrado una sola muestra de letra, y el papel secante está casi virgen...

—¿Casi? preguntó Román... Veamos qué nos dice ese casi...

Salió de la pieza y regresó con un pequeño espejo que trajo del dormitorio.

—Nada es más fácil que leer en un papel secante, con un espejo, dijo, mientras procuraba descifrar los débiles vestigios dejados allí por una escritura húmeda... ¡Vamos!... Lo que presumía... Son contestaciones a circulares del Banco... Nada de interés, salvo el carácter de la letra... Nos queda ahora lo más importante: los libros...

—Quiero excusarle un desengaño, dijo Murray, he examinado ayer esa biblioteca por más de dos horas, con el interés que Ud. puede imaginar... La mayor parte, la casi totalidad de los libros, son comprados en Santiago, y conservan las viñetas de las librerías...

—¿De qué tratan esos volúmenes, y en qué idioma están escritos? preguntó Román...

—Aquí tengo el dato, repuso Murray, sacando un papel del bolsillo. Esta biblioteca consta de 295 volúmenes, de los cuales, 107 son en alemán, 91 en español, 55 en inglés, y 42 en francés. En cuanto a la materia de que tratan, 182 son de amena literatura, 48 de geografía y viajes, 36 de historia y 29 de miscelánea, enciclopedia, etc...

—Es indispensable, dijo Román, examinar con el mayor cuidado esta biblioteca. Raro será que ella no nos dé luz...

—Por de pronto, interrumpió Murray, ella parece confirmar la nacionalidad alemana de su propietario.

—Lo veremos, contestó el otro secamente.

Fué un examen muy largo y que debimos interrumpir a la hora del almuerzo. Román, sin fiar nada a su prodigiosa memoria, iba anotando en un papel sus observaciones.

Serían las dos de la tarde, cuando se detuvo.

—Salvo esos diez volúmenes de la izquierda de la primera fila, dijo, he estudiado, uno por uno, todos los libros del estante. La conclusión a que he llegado es muy interesante: Hahne, no era alemán, sino inglés o norte-americano. Un alemán no lee a Schiller en inglés, ni considera a "María Stuardo" como el drama favorito de aquel poeta, ni, teniendo 107 libros en idioma alemán, los deja empolvarse en su biblioteca, sin abrirlos casi nunca. Vean ustedes este volumen...

Era una colección de los dramas de Schiller, editada por "The Walter Scott Publishing Co. Ltd." de Londres. El libro aparecía muy manoseado, y con los cortes bastante sucios, sobre todo en las páginas correspondientes a la tragedia "María Stuardo".

—La edición no trae fecha, dijo Román, pero es reciente como lo prueba el fotograbado de la portada. Fué vendido por J. W. Hardy, bookseller, Valparaíso.

—Interesante, observó Murray, con marcada frialdad.

—Espere Ud. un poco, continuó Román... Es en esos diez volúmenes que he reservado, donde espero encontrar la clave de todo...

—¿En esos guías, Baedeker?

—Precisamente.

—Puedo adelantarle, replicó Murray, que

ya había examinado yo prolijamente esos libros... Todos han sido comprados en Chile y están casi enteramente nuevos...

—Cuatro ojos ven más que dos, dijo Román, con imperceptible ironía.

Después de un buen cuarto de hora de prolija investigación, Román nos dirigió nuevamente la palabra...

—Ud., probablemente, señor Murray, no vió estos dos libros... dijo, mostrándoselos...

—Ya lo creo, repuso el aludido, son dos guías de Baedeker, en francés, uno del Sud Oeste y el otro del Sud Este de la Francia, vendidos en la Librería Paton, de Valparaíso...

—De fecha 1881, añadió Román, esto es, de nueve años antes que existiera la Librería Paton, la cual hasta después de 1890, llevó el nombre de "Purves".

—Y eso, ¿qué prueba? interrogó Murray.

—Nada, sino que estos libros no fueron vendidos por Paton, porque ningún librero compra guías de viajes, añejos, de nueve años, y si Paton los hubiera adquirido en Purves, conservaría la viñeta del último... Este caso es pariente del otro de las etiquetas del baúl... Hahne ha querido a toda costa borrar las huellas de su paso... La falta de indicios en esta casa, es el mejor indicio de ello... Pero lo vérdaderamente fundamental que he encontrado en estos libros, son las anotaciones con lápiz que ésta conserva sobre la cubierta amarilla del final...

—Las vi, interrumpió Murray, pero nada pueden significar... Son números...

—Números sobrado elocuentes... son la pista de Hahne...

Nuestro asombro fué inmenso, porque las cifras en cuestión no nos decían absolutamente nada... Ellas eran del siguiente tenor:

```
                194
                 86
                 13
 35              28
 22              50
 --              28
 13             219
                257
                ---
280             875
252            7.56
---            ----
 28            5250
               4375
               6125
               ----
              66.15.00
              66.15
              ------
              132.30
```

—Pero esto no tiene sentido común, observé... Esos números no dicen nada...

Por toda respuesta, Román abrió una de las primeras páginas del libro que tenía en la mano, y me leyó lo siguiente, traduciendo del francés:

"Los precios de los ferrocarriles franceses están calculados a razón de 11c. 20 por kilómetro para la 1.ª clase, 7c.56 para la 2.ª..."

—Esto es suficiente, añadió... La cifra 7.56 aparece como uno de los factores de la multiplicación que acabamos de ver... El otro factor, tiene que ser un número de kilómetros, y el objeto de la operación fué calcular el precio de dos boletos de 2.ª para un recorrido de 875 kilómetros... ¿Lo ven Uds. claro?... Ahora bien, ¿cuál fué ese trayecto?... Vamos a saberlo. El se componía, para empezar, de ocho diferentes líneas, cuyos recorridos, empalmándose las unas con las otras, formaban el total... El caso no es raro en la complicada red de los ferrocarriles franceses...

La hipótesis más verosímil es que Hahne hiciera aquel largo trayecto con el objeto de embarcarse en un puerto de mar, con destino a Chile, por ejemplo... Ese puerto pudo ser el de Burdeos, el de Marsella, o cualquiera otro del Sur de Francia. Fijémonos para comenzar en Burdeos, que era entonces el puerto de escala de los vapores de la Pacific Steam Navegation Co. Es indudable que la última cifra de la suma, esto es, 257, correspondía en este caso al número de kilómetros de una línea cuyo término es Burdeos... Veamos.

Nosotros seguíamos asombrados, las audaces conclusiones de Román...

—Aquí está este, exclamó con acento de triunfo... Vean Uds... página 194 del Guía del Sud Oeste de Francia... "De Burdeos a Toulouse", 257 kilómetros...

Alentado por este primer éxito, Román continuó hojeando el guía y hablando al mismo tiempo...

—Debemos partir ahora de Toulouse, en dirección más o menos contraria a la de Burdeos... Aquí está... Pág. 248... De Toulouse a Cette, 219 kilómetros... La penúltima cifra de la suma... Vamos bien... Ahora debemos con toda probabilidad pasar al otro volumen... el del Sud Este de Francia... Pág. 259... De Cette

a Montpellier... 28 kilómetros... Y allí en la misma página... De Montpellier a Nimes, 50 kilómetros... ¡Qué diablos!... Ahora el caso se complica... No veo en el índice otra línea que parta de Nimes... Consultemos el mapa... Aquí está, por ejemplo, la línea de Nimes a Tarascón... No aparece en el índice... Debe estar incluída como sección de alguna otra... Busquemos... Pág. 240... de Lyon a Nimes... 280 kilómetros... Pocas líneas más abajo: "Hasta Tarascón, 252 kilómetros"... 280 menos 252, hacen 28... ¡Nuestra cifra!... Vean cómo el malvado había hecho la resta... Ahí está, escrita de su mano, al lado de la operación principal... Estamos, pues, en Tarascón... Esta ciudad no es cabeza de línea, pero pasa por ella, la de Avignon a Arlés, como se ve en el mapa... Pág. 292... "De Avignon a Arlés", 35 kilómetros... Más abajo: 22 kilómetros Tarascón... 35 menos 22, hacen 13... otra vez la cifra que buscamos... y la correspondiente substracción al margen... Hénos, pues, en Arlés, sin lugar a duda... ¡Aquí está!... "De Arlés a Marsella", 86 kilómetros... No nos falta sino una cifra, y ésta no puede corresponder sino a la única línea, que, exceptuando la de Arlés, parte de ese punto... esto es, la de Tolón y Niza... Pág. 329... "De Marsella a Tolón, Cannes, Nice, Mónaco..., etc., "A Tolón 67 kilómetros, a Cannes 194 kilómetros..." ¡Nuestra cifra!... Hahne partió de Cannes para Burdeos... en el mapa ven Uds. que el camino seguido es el más corto...

—¿Y qué deduce Ud. de todo esto? preguntó Murray, cuya nerviosidad le hacía mostrarse un tanto impertinente.

—Dados los antecedentes que tenemos de Hahne, dijo Román, es poco probable que su viaje haya sido un simple paseo de turista... Terminó éste en un puerto de mar, cuyas relaciones con Chile, eran hace treinta años fáciles y frecuentes... La época del dicho viaje debió ser poco después de 1881, fecha de la publicación del guía que tengo en la mano y no olvidemos que en 1884, el señor Murray fué entregado en Valdivia a la señora Böhmer... No es, pues, muy aventurado suponer que Hahne partió de Cannes para Burdeos con el objeto de embarcarse para Chile, con un niño que por un motivo u otro se quería hacer desaparecer... y que es el señor Murray, aquí presente... Por otra parte, sabemos que Hahne ocultaba su nacionalidad, que muy probablemente era inglés, y Cannes, es, entre todas las estaciones de invierno de Europa, la preferida por los ingleses... Puedo agregar otro dato... El señor Hahne hizo el viaje entre Cannes y Burdeos en compañía de una persona, que con mucha verosimilitud era mujer...

—¿De dónde deduce eso? preguntó.

—De que Hahne, como buen avaro, sacó sus cuentas en todos sus detalles. Después de sumar los kilómetros que debía recorrer hasta Burdeos, y de calcular el valor de un pasaje de 2.ª, sumó dos veces el número obtenido, o en otros términos lo duplicó... Iba, pues, a comprar dos pasajes... El segundo no podía ser el de un niño de menos de tres años, que viajaría libre de porte, sino el de otro compañero, que es muy posible fuera una mujer encargada de cuidar al niño... Poco es todo esto, añadió, después de una pausa, pero no se puede negar que estamos muchísimo más adelantados que esta mañana.

Dichas estas palabras, Román se separó de nosotros, citándonos para el día siguiente, a la hora de comer.

IV

Con la ansiedad que se supone, esperamos a Román en mi casa aquella noche. Fué puntual a la cita.

—¿Hay novedades? le preguntó Murray.

—Pocas y no todas buenas, repuso Román. He logrado sí completar el itinerario de Hahne y precisar la fecha de su viaje. Mi primer cuidado fué buscar en los periódicos de Valparaíso de los meses anteriores a Septiembre de 1884, las listas de los pasajeros llegados de Europa. Adquirí la certidumbre de que Hahne no figuraba en ellas, ni con su nombre ni con otro alguno...

—¿Cómo?...

—Muy sencillamente, porque son muy contadas las personas que viajan con niños, y pude individualizar a las pocas que figuraban en esas listas en tal circunstancia... De algo han de servirme mi memoria y el conocimiento que tengo de las gentes de este país. Al fin un detalle, que al principio había desdeñado, me condujo al descubrimiento... El señor Mu-

Una noche mientras a la luz de la luna nos paseábamos por sobre cubierta.

rray nos tenía dicho, que el sujeto que lo entregó a la señora Böhmer, habló de su futura residencia en una Oficina Salitrera... Pues bien, en 1884, ni en Europa ni siquiera en Chile se conocía el salitre, sino por muy contadas personas... Era, pues, probable que si Hahne, al forjar su mentira recordó el salitre, era porque en una u otra ocasión había estado en contacto a lo menos con la región en que se produce... El fundamento de esta suposición era muy débil, lo confieso, pero lo fortalecían otras circunstancias... Burdeos era en 1884, el centro de operaciones de la gran empresa de buques veleros de Bordas y Cía., que disponía entonces, como dispone ahora, de magníficos barcos, con comodidades para pasajeros... Embarcarse en un buque de vela, era una idea muy natural en Hahne... el viaje le resultaba más económico y sería más difícil seguir su pista, cosa importantísima para él...

Registré, pues, los diarios de Iquique del año 1884, y no tardé en encontrar lo que buscaba... En "El Tarapacá" de 17 de Agosto, bajo el epígrafe de "Movimiento Marítimo" "Entradas", se lee lo siguiente:

—"Fragata francesa "Gasgogne" de 1,719 toneladas, en lastre 108 días de Burdeos, consignada a Bordas y Cía., con tres pasajeros."

Y más abajo:

"Pasajeros por la Gasgogne: F. H. Simpson, W. Fischer y un niño..."

—Pero, ¿cómo saber, pregunté, que ese Fischer y ese niño, eran Hahne y nuestro amigo Murray?

—Aguarda un momento y lo verás... En el mismo diario, número 2 de Septiembre, se lee esta otra noticia:

"Pasajeros por el vapor "Amazonas": "Para Corral: O. F. Murray y un niño."

Uds. ven que nuestro hombre mudaba de nombre como de camisa... Fué W. Fischer en el "Gasgogne", F. Murray en el Amazonas y delante de la señora Böhmer, y murió bajo el pellejo de Otto Hahne...

Sabemos, pues, por fin que nuestro personaje salió de Burdeos el Jueves 1.° de Mayo de 1884, en la fragata "Gasgogne", y que dejó en Francia o en algún puerto de escala, al compañero o compañera con quien venía desde Cannes, su punto de partida, en el mes de Abril del mismo año...

—Pero los buques de vela no hacen escalas, observé.

—La Gasgogne hizo una en Funchal (isla de Madera).

—¿Cómo lo sabes?

—Por un suelto de crónica del mismo diario que daba la noticia de su llegada a Iquique... Parece que hizo el viaje de Funchal a Iquique sólo en 59 días, lo que en aquel tiempo fué considerado portentoso para un velero.

. . . . . .

Nos fuimos al comedor.

—Y ahora, ¿qué piensa Ud. hacer, le preguntó Murray a Román, mientras tomábamos la sopa...

—Ahora, repuso el aludido, Ud. y yo debemos embarcarnos para Europa, y seguir allá el curso de nuestras investigaciones...

—¿Sólo con estos datos?

—¿Todavía le parecen a Ud. pocos? Pues, por mi parte, le respondo que quince días después de nuestra llegada al Viejo Mundo, sabrá Ud. su nombre y apellido verdaderos.

—¿Es posible?...

—Tanto que casi me avergüenzo de tomar parte en un asunto tan sencillo, y me limitaría a darle mis instrucciones y a quedarme tranquilo en mi casa, si después de ese primer paso, no nos quedara una tarea más difícil...

—¿Cuál?...

—No basta establecer la identidad, es necesario probarla ante la justicia, a fin de que Ud. recobre el rango que le pertenece, si es que en realidad tiene alguno...

—¿Pero cómo vas a proceder? pregunté...

—A su tiempo lo sabrás. Por ahora no quiero quitarles a Uds. la ilusión de que me preparo para emprender cosas estupendas, con tanta mayor razón, cuanto que voy a pedirte que nos acompañes...

—¿Yo?... ¿Y para qué? repuse sorprendido...

—¿Y para qué te quedas en Chile? Eres rico, no te ocupas de nada, tus negocios no necesitan que nadie los atienda... ¿Es acaso muy envidiable la vida que haces?... De la casa al Club, del Club a la casa,

del chisme al aburrimiento y del aburrimiento al chisme...

—No digas más... Soy con Uds...

Y he aquí cómo me embarqué para Europa con Alfredo Murray, y con ese Román Calvo, a quien por costumbre inveterada, continuaba la gente llamándolo "el loco".

V

El trasandino nos llevó hasta Buenos Aires y el vapor "Oravia" de la Pacific Steam Navigation Co., hasta La Pallisse.

Durante la travesía, Román habló de todo, menos del objeto de nuestro viaje. Charlador infatigable, tenía revuelto el vapor con sus historias y cuentos y su portentosa memoria.

La actitud de Alfredo Murray era muy otra. A medida que nos acercábamos a Europa, su impaciencia crecía a todas luces. Es cierto que muy pronto iba a resolverse la suerte de su vida. Todos o casi todos sabemos en el mundo, quiénes somos, cuál es nuestro sitio en la sociedad; nuestras esperanzas y hasta dónde podemos subir o descender. Para el pobre Alfredo, todo aquello era un problema... Podía despertar cualquier mañana hijo de príncipe o de presidiario, podía también continuar siendo el hijo de nadie, una especie de hongo social... Esta última perspectiva le mortificaba más hondamente que ninguna, pero no se atrevía a preguntar su opinión al alegre Román, quien por su parte se ocupaba poco o nada de su cliente...

Comíamos juntos y juntos también jugábamos por las tardes nuestra partida de rocambor... Román continuaba impenetrable...

Una noche, mientras a la luz de la luna nos paseábamos por sobre la cubierta, Alfredo me participó sus inquietudes...

—Lo que te ha prometido, lo cumplirá, le dije, para alentarlo.

—Y... aunque así sea... ¡Dios sabe si no va a rasgarse ante mi vista, el velo que oculta alguna horrible infamia...! Pero te lo juro, prefiero cualquier cosa a esta incertidumbre que me devora... quiero tener padres y nombre, cualquiera que ellos sean...

—Román no te ha prometido tanto, le repuse... Sabrás tu nombre y el de tus padres, pero no sabe si podrás o no probar ante la justicia, el derecho a tu propia personalidad...

—Aquello me bastaría... Ya ves que no soy ambicioso... pero... dudo...

—¿Y por qué?... ¿No has visto con tus propios ojos cómo realiza Román verdaderos milagros; cómo allí donde ni nosotros ni nadie hubiera encontrado el menor indicio, en unos cuantos números que nada parecían significar, halló el cabo de la misteriosa madeja que ha prometido desenredar?... ¡Hombre de poca fe!...

A la mañana siguiente, transmití a Román mi conversación con Alfredo...

Se echó a reir.

—Pero Uds. son verdaderos niños, dijo... ¿No comprenden acaso lo que voy a hacer a Europa?... Pues, por lo menos sospecharán que no voy a perder mi tiempo... ¡Dile a tu amigo que no sea tonto!...

No pude sacarle una palabra más...

Al amanecer de un hermoso día del mes de Abril, el "Oravia" echó sus anclas en medio de la dársena de La Pallisse.

Mientras los aduaneros registraban nuestro equipaje, Román, en el tono más indiferente del mundo, nabló por vez primera, después de veinte días, del objeto que nos llevaba a Europa.

—Estamos a 2 de Abril, dijo a Murray... Si no me equivoco, mi plazo vence el 17... En quince días prometí descubrir el verdadero nombre de Ud... Tengo pues por delante más de dos semanas, y veo que va a sobrarme el tiempo... ¿Tendría Ud. inconveniente para que haga antes una pequeña investigación que si es cierto no tiene mucha importancia práctica para el resultado final, satisfaría mi curiosidad?...

—¿De qué se trata? preguntó Murray.

—Pues, simplemente de saber, si el señor compañero o compañera de Hahne en su viaje de Cannes a Burdeos, se quedó en Francia o en Funchal. Le repito que por ahora no necesito del dato, pero, más tarde, si tenemos que acudir a la justicia, nos podría servir de mucho el testimonio de esa persona, si por acaso logramos dar con ella.

—Ud. resolverá lo que mejor le parezca,

dijo Murray; puede Ud. disponer de mí como quiera...

—¿Sí?... Pues entonces le agradecería que se encargara Ud. mismo de esta pequeña comisión... Estaremos en Niort antes de medio día. Nosotros seguimos viaje a París y Ud. toma el tren para Burdeos... Mañana le pide a Ducaud, el cónsul de Chile, que lo presente en casa de Bordas y no le será difícil imponerse en los libros de los pasajeros embarcados en la "Gasgogne" el 1.° de Mayo de 1884... Comuníquenos por telégrafo a París, hotel del Louvre, si encuentra algún dato interesante... Nos separamos, pues, en Niort: Murray con rumbo a Burdeos y nosotros a París...

En el camino, Román me repitió sus seguridades...

—No tengas cuidado, me dijo, esto marcha solo... Casi estoy por decirte que el problema lo traigo resuelto.

—¿Desde Chile?...

—Desde Chile...

Creí entender que el hombre había descubierto algo más de lo que nos había dicho, y en esta confianza, no hablé más del asunto.

—¿Piensas comprar un automóvil? ¿No es cierto? me preguntó un poco más adelante...

—Sí, le contesté. ¿Te lo había dicho?

—No; pero tu Mercedes está ya algo viejo, y es natural que desees aprovechar el viaje... Si es así, te suplicaría que realizaras esa idea en cuanto lleguemos a París... Puede hacernos falta un buen carruaje aparente para turismo... Es el gran medio de viajar. En los hoteles, y hasta en la sociedad, se guardan más consideraciones al propietario de un buen automóvil, que al simple pasajero por ferrocarril.

—Mañana mismo quedarás complacido.

—Si vale mi consejo, cómprate un Minerva... Es una excelente marca.

Al día siguiente muy temprano, Román se puso en campaña.

—Almorzaremos y comeremos juntos todos los días en el hotel, me dijo al despedirse para salir. Es necesario que nos veamos con seguridad, por lo menos dos veces al día... Cuando hayamos triunfado, podremos hacer la verdadera vida de París. Ahora hay que sacrificarlo todo al éxito.

Esa misma mañana compré un magnífico automóvil a la vez de viaje y de ciudad, y regresé al hotel pensando en buscar esa misma tarde un buen chauffeur.

Encontré a Román, un tanto preocupado, y mucho menos alegre que al despedirnos cuatro horas antes... Por la noche su preocupación era aún mayor... Estaba triste, nervioso, taciturno.

Nos sentábamos a comer, cuando un mozo trajo un telegrama.

—Es de Murray, dijo Román, después de rasgar el sobre... Lo que esperaba.

Me alargó el telegrama, que decía así:

"Pasajeros Gasgogne: F. H. Simpson, W. Fischer e hijo.—Voy mañana ésa.—Murray."

—La compañera o el compañero, se quedó, pues, en Burdeos, dijo Román.

Al día siguiente no pude ya abrigar la menor duda de que las pesquisas de nuestro amigo iban de mal en peor... Ni durante el almuerzo, ni durante la comida, habló una palabra. Parecía velar frente a un pensamiento formidable.

—¿Puedo servirte en algo? le pregunté mientras nos dirigíamos a la estación de Montparnasse, al encuentro de Murray.

—No, por ahora... Puede que más tarde, fué la respuesta.

Demás está decir que Murray no traía mayores novedades.

Sus ojos interrogaron ansiosos el rostro de Román...

—Sólo estamos a 4 y la cosa es el 17, le dijo éste.

Pero su voz no tenía la seguridad de antes.

Transcurrieron otros tres días... El mal humor y el silencio de Román iban visiblemente en aumento... Todo tomaba el cariz de un desastre. Murray se sentía enfermo de veras.

Para distraerlo lo llevaba todas las tardes a pasear en automóvil al bosque de Boulogne, pero aquellas grandes fiestas del placer parecían agravar su dolor.

Una noche nos fuimos los tres a comer de mantel largo donde Paillard. El famoso restaurant presentaba un golpe de vista realmente soberbio. Hasta el propio Murray parecía más animado... Sólo el pobre Román seguía mostrando la mis-

¡Soy un asno!

ma cara de Viernes Santo que en los días anteriores.

—No puede negarse, observé después de echar una mirada a la concurrencia, que la barba entera y aún el bigote van de vencida, hasta en la misma Francia. No se ven sino rostros rapados.

Murray, que usaba la barba entera, asintió a mi observación.

—La nueva moda, dijo, es sin duda más elegante, más limpia, más civilizada, más siglo XX, en una palabra...

—Pero tú, repuse, te has quedado en el siglo XIX.

—No será por mucho tiempo, contestó el aludido... Mañana mismo pienso afeitarme por completo... Es cosa resuelta...

Román, que había estado escuchando la conversación, con aire indiferente, intervino entonces...

—Supongo, dijo, que Ud. no está hablando en serio...

—Muy en serio, repuso Murray...

—¿Ud. afeitarse?... ¿Está Ud. en su juicio?...

—No comprendo por qué no he de llevar el rostro como mejor me parezca, como Ud. mismo lo lleva...

—Yo no necesito ser identificado y Ud. sí, repuso Román con alguna brusquedad... ¿Sabe Ud. si se parece o no a su padre, y si su padre lleva o llevaba la barba entera, o sólo el bigote, o ni una ni otra cosa?... Si existe alguna semejanza, puede ser una prueba importantísima, y más vale que Ud., conservando sus barbas, quede en aptitud de hacer resaltar esa semejanza en todos sus detalles... En pocos días más será tiempo de resolver si debe Ud. o no afeitarse...

—Tiene Ud. razón, dijo Murray, sonrojándose hasta el blanco de los ojos...

Cinco minutos después, tuve que sonrojarme yo también...

El bárbaro de Román, sin consideración alguna al sitio en que nos encontrábamos, ni a la distinguidísima concurrencia que lo ocupaba, se dió en la frente una estruendosa y descomunal palmada, lanzando al mismo tiempo una exclamación que habría sido tolerable "en casa de Peñafiel", pero del todo incongruente "Chez Paillard"...

—Soy un asno...! dijo...

Y puso remate a su inconveniencia, sacando del bolsillo un ejemplar del guía Baedeker.

—¿Qué estás haciendo? le dije, en tono de reconvención...

Pero él, haciendo finta de no haberme oído, se puso a examinar detenidamente la última página del libro.

—¡Eso es! exclamó después de un momento. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?... ¿Ves? agregó, alargándome el volumen... Es el guía en que encontramos el itinerario de Hahne...

—Sí, hombre de Dios, lo veo.... pero guárdalo... por favor guárdalo... No es de buen tono traer libros a la mesa, y sobre todo aquí, como quien dice en el centro del mundo...

Román obedeció... Al fin y al cabo era un buen muchacho.

Cuando llegamos al hotel, le interrogué...

—¿Seguíamos una pista falsa?...

—Pierde cuidado, repuso con tono ambiguo, estamos en la buena.

VI

Al día subsiguiente, a las once y media de la mañana, recibí en el hotel un petit-bleu de Román. Decía sólo estas palabras:

"No me esperes a almorzar. Ven en tu automóvil a comer conmigo a las ocho en punto, al restaurant "Au Boeuf a la Mode", rue de Valois 8. Recomendación importante. No traigas a Murray.—Román."

No pude explicarme en un principio por qué había de ir en automóvil a un sitio distante apenas dos cuadras de nuestro hotel. Supuse después que se trataba de despistar a Murray. Era un verdadero lujo de precauciones.

A las siete y media de la tarde, pretextando una cita, salí en automóvil, por la calle de Rivolí hacia abajo, atravesé la plaza y el puente de la Concordia, y por el boulevard Saint Germain, gané el puente Sully, el boulevard Enrique IV, la plaza de la Bastilla, y de allí, al través de las tristes y angostas calles del Marais, llegué al sitio indicado.

Román me esperaba en la puerta del restaurant.

—Tengo listo un gabinete reservado, me dijo, mientras subíamos.

Le noté muy pálido...

—¿Tienes noticias? le pregunté...

—Tú mismo vas a juzgarlo, fué su respuesta.

Había en su tono algo de solemne.

Apenas nos sentamos a la mesa, Román comenzó su narración... No era ya el activo investigador de la calle de Santa Rosa, ni el alegre muchacho de la Oravia, ni el taciturno compañero del Hotel del Louvre, ni el aturdido del Restaurant

Paillard. Estaba grave, lento, tranquilo, casi ceremonioso... Nunca acabaré de admirar los múltiples aspectos de ese individuo extraordinario... Sus gestos, sus aptitudes y hasta sus modales, eran variables como el tornasol...

—Estamos a nueve de Abril, dijo, van transcurridos siete días de mi plazo, y tengo todas las razones necesarias para creer que me sobrarán los otros ocho... Mi tarea, sin embargo, no está concluída...

—¿Hemos fracasado? pregunté anhelante.

—Oyeme primero... Llegué a París con la certidumbre de que lo que restaba por hacer era un juego de niños. Mis afirmaciones no eran simples baladronadas. Ni un ciego podía abrigar dudas sobre la naturaleza de este misterioso asunto. Se había hecho desaparecer a un niño de tres años, sin omitir gastos ni precauciones. ¿Con qué objeto?... Sólo uno era verosímil: muerto o desaparecido ese niño, una tercera persona iba a entrar en posesión de alguna herencia cuantiosa, u otras ventajas análogas. El niño en cuestión no podía ser vulgar: Si se había simulado su muerte, la noticia de ella constaría en los periódicos, a lo menos en la lista de defunciones, si se trataba de un simple desaparecimiento, el hecho también debía haber sido publicado.

Ahora bien, gracias a una circunstancia providencial, yo conocía el sitio en que con toda verosimilitud, se había desarrollado el suceso. Para confirmar mis sospechas, ese sitio, era el puerto de Cannes, la estación de invierno preferida por la aristocracia británica. En un país de mayorazgos como la Inglaterra, es más frecuente que en otros el caso de que la muerte de un niño pueda enriquecer súbitamente a un pariente pobre y lejano. Por otra parte... Hahne era inglés, como nos lo reveló su biblioteca, a pesar de las precauciones que tomara para ocultar su nacionalidad.

Juzga tú ahora. ¿Tenía o no yo razones para creer que registrando los periódicos de Cannes del primer cuatrimestre de 1884, encontraría el nombre de ese niño, o en la lista de los muertos, o como víctima de un rapto?...

Contesté afirmativamente...

—Pues bien... no encontré nada de eso... Durante los cuatro primeros meses de 1884, murieron en Cannes 23 niños varones menores de cinco años... Todos ellos de apellido francés...

—Pero, interrumpí, en la aristocracia inglesa hay apellidos franceses: De Courcy, De Vére Pierrepont, etc., etc... No olvides la conquista normanda...

—Registré cuidadosamente el Anuario de la "Nobleza de Inglaterra" para 1884... y no era ese el caso. Además, habíamos partido de la hipótesis de que se trataba de un niño de familia rica o ilustre, cuya muerte o desaparición justificara los gastos y ardides empleados para eliminarlo... Ahora bien "Le Courrier de Cannes", entonces único diario de ese puerto, tenía la obsesión de las notas necrológicas, y de los 91 varones fallecidos en el período que nos interesa, 14 merecieron los honores de una necrología... En muchos casos se trata de gentes sin importancia... Figuran dos niños, Francois Poncharel, hijo de un empleado de aduana, padre de numerosa prole, y Elie Basart, de año y medio, que voló también al cielo a rezar por sus hermanitos, y por su papá... negociante en vinos...

Era para desesperarse, ¿no es verdad? Si el hecho no había ocurrido en Cannes, nuestra pista quedaba perdida en el ancho mundo.

Comiendo antenoche donde Paillard, creí recordar cierta circunstancia en que no había parado mientes, del famoso apunte con lápiz, base de nuestras investigaciones. Incapaz de contenerme, quise verificar, desde luego, mis sospechas... Ellas eran fundadas... Hahne escribió los números aquellos, yendo de viaje en ferrocarril... Sus caracteres son torcidos, vacilantes, como deben ser los escritos en un sitio movedizo y nada cómodo... Lo raro es que antes no cayera en la cuenta de ello... ¿A quién se le ocurre manchar un libro, si puede disponer de un papel?... En todas partes es fácil procurarse uno, salvo en el tren....

El detalle me dió mucha luz... Fué cuestión de un momento de análisis. ¿A quién puede ocurrírsele la rareza de calcular de antemano el precio del pasaje que va a comprar en boletería? Sólo el que tiene mucha prisa y dispone de muy

poco tiempo, como por ejemplo, el pasajero que desea continuar en el mismo tren que lo conduce, un viaje que debía terminar en un punto dado, pero que resuelve prolongar hasta más lejos. Muy probablemente, era este el caso de Hahne... Traía al niño a Cannes, por encargo de su familia o por otro motivo... Resuelto a raptarlo, bajó en Cannes, aprovechando los pocos minutos que el tren se detuvo, y, como llevaba en la mano el precio exacto de los dos boletos que debía comprar, pudo continuar viaje en el mismo tren...

—Probable, pero no seguro, objeté...

—Muy verosímil a lo menos, continuó Román. Otra indicación importante se desprendía de esta hipótesis. No se trataba de muerte simulada sino de un rapto, y en consecuencia era importante para Hahne alejarse con la mayor prisa posible... Llegado a Burdeos, tomaría el primer barco que partiera para países lejanos, con el fin de no dar tiempo a que descubierto el rapto, le cortaran el camino... Ahora bien... En todos los días anteriores al 1.° de Mayo, pudo tener buques disponibles... Hé aquí el movimiento marítimo de Burdeos: El 28 de Abril, la "Gironda", para Pondichery; el 29, la "Romancha", para Veracruz, y la "Loira", para el río de la Plata; el 30, la "Melpoméne", para Quebec... No menciono, sino los veleros... Hahne no llegó a Burdeos, pues, sino el 30 de Abril, o muy temprano el 1.° de Mayo, pues la "Gasgogne" zarpó a las 11.30 de la mañana, con el reflujo de la marea... El rapto de Cannes se había verificado por tanto el 29 ó el 30 de Abril...

¿De qué punto venía Hahne, cuando pasó por la estación de Cannes? Felizmente no hay mucho donde escoger. Ese punto sólo es servido por una línea férrea: la que une a Génova con Marsella, por la "Côte d'Azur". Era preciso, pues, dirigir mis investigaciones por ese lado, desde Cannes hasta Génova... Si nada descubría en ninguna de las muchas estaciones de invierno desparramadas por ese trayecto... estábamos de nuevo perdidos, porque desde Génova los caminos son muchos hacia todas las provincias de Italia y hacia todos los países de Europa... Por eso, cuando me interrogaste anteanoche, no me atreví a darte mayores seguridades.

Recorrí con resultado negativo la prensa de Antibes, la de Niza y la de Mónaco y... ¡Nada!...

Llegó el turno a Mentone... En ese pueblo no se publicaban entonces diarios, sino periódicos semanales: "L'Avenir de Menton", "Le Combattant", 'Le Journal de Menton" y "La Sentinelle"...

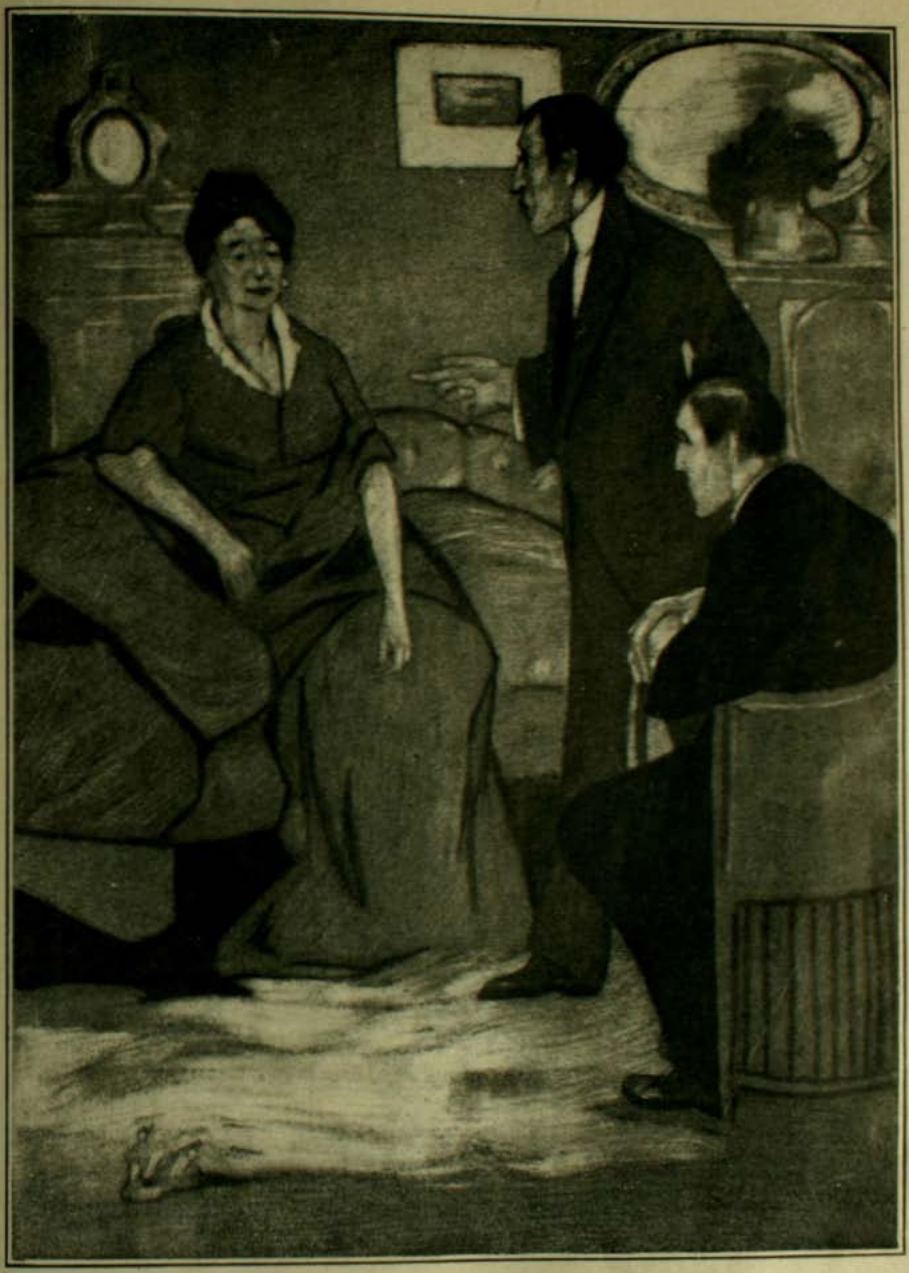
¡Cuál no sería mi sorpresa y mi júbilo, cuando en el primero de los periódicos nombrados, en su número del 3 de Mayo, leí el siguiente suelto:

"Nuestro antiguo huésped, Lord Wigmore y su distinguida esposa, acaban de partir para Nápoles, donde los llama una horrible desgracia de familia. Según nuestras informaciones, ha desaparecido anteayer súbitamente del puerto mencionado, su nietecito, Hugh Laurence de Mére, heredero del ilustre nombre de Wigmore y esperanza de aquella noble raza.

—¡Has descubierto en fin el verdadero nombre de Murray! exclamé con entusiasmo.

—Así lo creí en el primer momento, repuso Román sin inmutarse, pero mi alegría duró muy poco. Busqué el nombre de Wigmore en el anuario de la pairia inglesa para 1884, y allí me impuse de los antecedentes de la familia. Paso por alto los datos genealógicos. Los Wigmore dicen descender de uno de los compañeros de Guillermo el Conquistador, pero la filiación no interrumpida se remonta sólo hasta Roberto Le Mére, muerto a fines del siglo XII, y que fué a Tierra Santa con Ricardo Corazón de León... Vamos a lo práctico... En 1884 la familia se componía sólo de los siguientes miembros: Lord vizconde Wigmore, nacido en Ilford Castle, una de las residencias de la familia, el 10 de Marzo de 1820; su esposa, Lady Eleanor Melville, de los condes de Calston, nacida el 4 de Junio de 1826; sus dos hijos, Francis Laurence de Mére, nacido en Londres, el 17 de Octubre de 1849, y William Sydney, nacido también en Londres, el 31 de Enero de 1852. De estos hijos, el menor permanecía soltero, y el mayor era casado desde el 16 de Febrero de 1880 con Lady Violeta Chadwick, nacida en 1861, de quien tenía un hijo único, el mencionado Hugh Laurence, nacido en Ilford Castle el 14 de Junio de 1881...

—¡Justamente!—interrumpí. La edad



Miss Ellen no contestó una palabra

coincide... tres años tenía Alfredo Murray cuando fué entregado a la señora Böhmer en Septiembre de 1884...

—Aguarda un momento, prosiguió Román, tan tranquilo como antes... Hugh Laurence De Mére, niño perdido en Nápoles, el mismo día en que nuestro Alfredo salía en la "Gasgogne" de Burdeos, lleva hoy el título de Lord Wigmore, y como tal figura en el "Anuario de la Paria" del año 1914, hoy en curso... Aquí lo tienes...

"Hugh Laurence, vizconde de Wigmore, nacido en Ilford Castle el 14 de Junio de 1881, hijo... etc..."

—Una substitución, interrumpí...

—También pensé yo en una substitución, pero debí desechar tal hipótesis... En el Anuario de 1885, y en todos los siguientes, sigue figurando como si tal cosa, el niño cuya pérdida anunciaba el suelto de "L'Avenir de Menton". ¿Cómo es posible que su madre que aún vive y su padre, que vivió hasta 1887, fueran engañados por una substitución? Además, fíjate que el niño Hugh Laurence, se perdió en Nápoles y el 1.° de Mayo, y que ese día Alfredo se encontraba con toda certidumbre en Burdeos, a tres jornadas de viaje, como mínimum, de Nápoles...

—¡Extraña coincidencia! exclamé desalentado... Con pocas horas de intervalo, han ocurrido dos hechos casi del mismo género...

Román se sonrió por primera vez aquella noche...

—Con todo, dijo, proseguí mis investigaciones... quise saber cómo fué hallado ese niño perdido, nieto de un Lord...

Noté en las palabras de Román cierto dejo de imperceptible ironía.

—Los diarios de Nápoles, continuó, me proporcionaron los datos más completos del suceso. Lord Wigmore habitaba con su familia, durante seis o siete meses del año, la villa "Flora", espléndida residencia en los alrededores de Menton.... Su hijo mayor, Francis, padre de Hugo, el niño perdido, sufría del pecho, y las tibias brisas de la Côte d'Azur eran indispensables a su salud... En Enero o Febrero de 1884, el enfermo, en busca siempre del calor, que era su vida, se trasladó por una temporada a Palermo; el clima de Sicilia le probó muy bien, y su estadía allí, que debió ser por muy pocos días, fué prolongada por varios meses.. Entre tanto, su único hijito, de tres años, el famoso Hugo, quedó al lado de sus abuelos, en Menton.

A principios de Abril llegó a Palermo en su magnífico yate "Hemione", un amigo del doliente, Lord Burleigh, quien le propuso llevarlo a Inglaterra, a su regreso... El noble navegante pensaba realizar una pequeña jira por las costas francesas e italianas del Mediterráneo y volver en seguida a Palermo con destino a Londres; donde pasaría la "Season". Quedó convenido que Lord Burleigh, a su paso por Cannes, uno de sus proyectados puntos de escala, tomaría a bordo al pequeño Hugo y a sus abuelos, si éstos últimos lo deseaban.

La "Hemione" llegó a Cannes el 18 de Abril de 1884, y al día siguiente, Lord Burleigh visitó a los padres de su amigo en el vecino puerto de Mentone... El anciano Lord y su esposa no aceptaron la idea de un viaje por mar, pero no tuvieron inconveniente en que su nietecito, en compañía de su institutriz, Ana Hamilton, fuera al encuentro de sus padres, bajo la custodia de Lord Burleigh, el cual debía partir de Cannes con rumbo a Nápoles para seguir de allí a Palermo, **al anochecer** del Martes 29 de Abril...

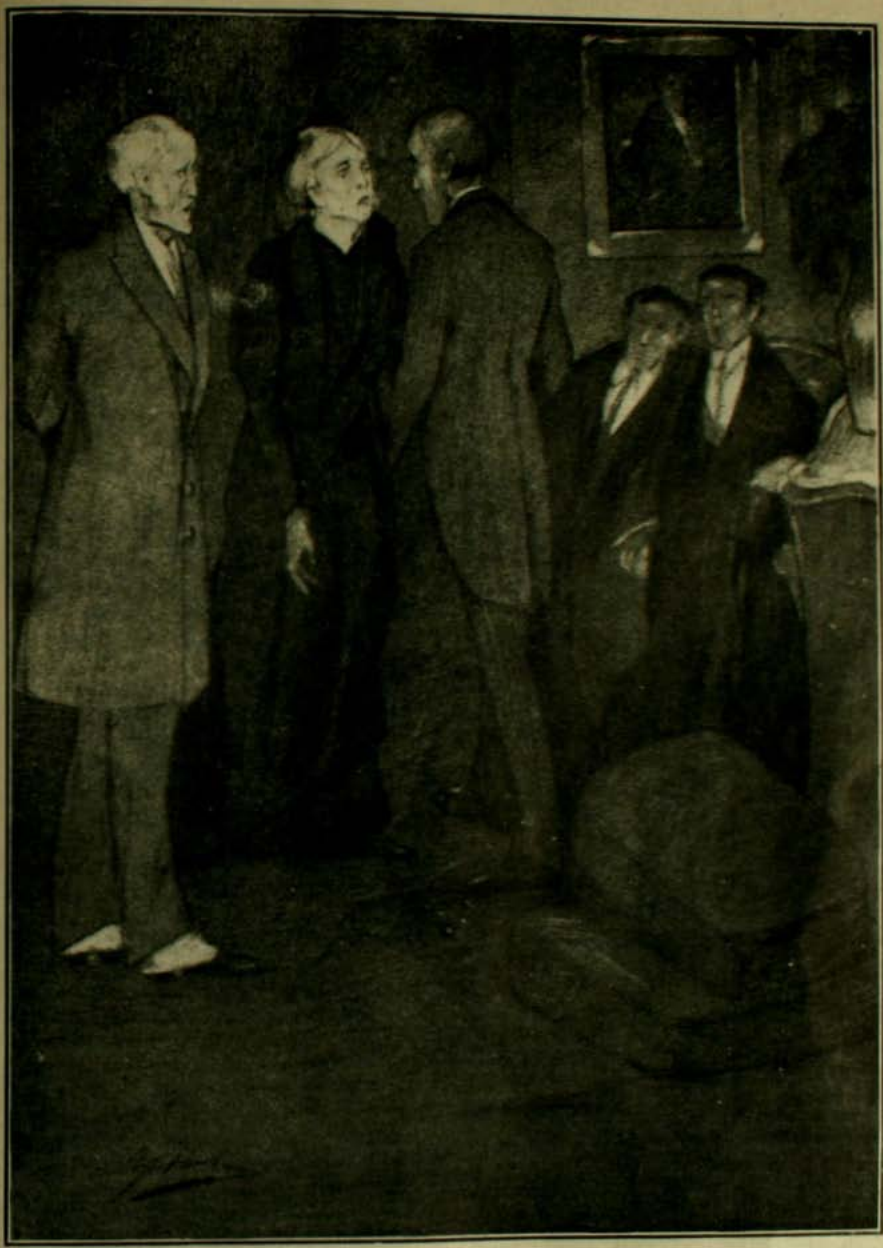
El día fijado, el niño y la institutriz tomaron en Mentone el tren de 1.58 P. M., llegaron a Cannes, a las 3.34 P. M. y tres horas después, embarcados en la "Hemione", partían para Nápoles en la mañana del 1.° de Mayo... La institutriz bajó a tierra en compañía del niño, con el pretexto de enseñarle el célebre Acuario... Transcurrieron una a una las horas del día, y ni el aya ni el niño volvían a bordo. Se concibe la desesperación de Lord Burleigh... Cuando regresó aquella tarde a la "Hemione". Pesaba sobre él una responsabilidad aplastadora... Miró cielo y tierra en busca de los perdidos, pero todo inútilmente... ¡Esa es la historia!...

—¿Y cómo lo encontraron después?— pregunté...

—¡Tonto!... Eres más crédulo que un elector de provincia... ¿No has caído en la cuenta?

—No...

—El pequeño Hugo, y su institutriz,



¡Hijo mío! exclamó. ¡Tú eres mi hijo!

fueron substituídos en Cannes... En su lugar se embarcaron en la "Hemione" otra mujer y otro niño, y ellos siguieron en compañía de Hahne, viaje a Burdeos...

—¡Imposible!... En primer lugar, Lord Burleigh habría descubierto el engaño... El debía conocer personalmente al niño...

—Para afirmar semejante cosa, es necesario no sospechar ni por las tapas las costumbres inglesas... En Inglaterra no llevan a los niños para que hagan gracias a las visitas, sobre todo en las casas de gran tono... Los niños viven en la "nursery", y no incomodan sino a las gentes de la casa...

—Bueno, pero la substitución debió ser conocida más tarde.

—No... porque de la mujer y del niño desembarcados en Nápoles no se volvió a saber más...

—Pero, ¿quién es entonces ese Hugo De Méré, hoy Lord Wigmore, que figura en el Anuario?...

—¿Necesitas preguntarlo?... Alfredo Murray...

—¿Pero cómo figura entonces?...

—Sencillamente porque no ha muerto. En Inglaterra sólo se declara la muerte presuntiva, pasados treinta años, después de las últimas noticias que se tienen de un desaparecido... Para que cumpla ese plazo, faltan algunos días... Nada es más fácil, por otra parte, que explicar el mal éxito de las pesquisas en Italia... Han buscado allí a dos personas que en realidad no estaban...

—Pero Lord Burleigh debe haber visto después algún retrato del niño verdadero...

—Puede que sí... puede que no, pero a buen seguro no se ha dado cuenta de nada... Reconocer en un retrato a un niño que se ha visto por algunos momentos, durante un solo día... ¡Vamos!...

—¿Y a quién culpas tú del crimen?

—En primer lugar al que ha aprovechado de él, a William Sydney De Méré, tío de la víctima, administrador y usufructuario hoy de su fortuna, y su heredero mañana, cuando cumplido el plazo legal, se declare la muerte presunta de su sobrino... Sabía que su hermano mayor estaba condenado a morir en breve plazo, y que ese niño era el único obstáculo que lo separaba del título de Lord, y de cincuenta mil libras esterlinas de renta.

El lado débil de este delito tan bien urdido, fué el número de los cómplices... Tres, eran demasiado...

—¿Cómo tres?...

—Hahne, la institutriz Ana Hamilton, y miss Ellen Smith, la que hizo sus veces, desde Cannes hasta Nápoles.

—Pero, ¿cómo diablos sabes su nombre?....

—No me dejas concluir... residente hoy en Blois, departamento de Loir y Cher, a solo 180 kilómetros de París.

—Eres prodigioso...

—Favor que me haces... Lo que es este último descubrimiento no tiene nada de prodigioso. Te lo explicará este párrafo de "La Discussione" de Nápoles, del 5 de Mayo de 1884.

"En la tarde del día del suceso, se creyó tener la pista de la institutriz fugitiva y del niño raptado. Un boletero de la "Stazione Centrale", declaró que había tomado pasaje para Florencia, en el expreso de las 8.20 de la mañana, acompañada de un niño de pocos años, una joven inglesa cuyas señas, parecían coincidir con las de Ana Hamilton."

"Se dió inmediato aviso por telégrafo, y la policía logró apoderarse de la dama en cuestión al descender del tren mencionado, a las 8.50 P. M. en la estación de Florencia. Pero luego hubo de reconocerse que se había cometido un error. La presa, era Miss Ellen Smith, demi-mondaine de origen irlandés, bastante conocida en los círculos galantes de París... La Smith viajaba por Italia en jira de placer, acompañada de una sobrina suya, de edad de dos años y meses..."

Fíjate ahora en la habilidad verdaderamente diabólica con que fué consumado el rapto. Si yo no hubiera descubierto que el 29 ó 30 de Abril, un individuo partió de Cannes para Burdeos con un niño a quien se quería eliminar, las huellas de Hugo De Méré, se habrían perdido para siempre. El niño y la institutriz fueron substituídos en Cannes, pero ni Lord Burleigh, ni la familia del niño, ni la policía, ni nadie, hubieran podido tener el menor indicio de tal substitución. Para todo el mundo, el niño se extravió en Nápoles el

1.° de Mayo, esto es, el mismo día en que en realidad se embarcaba para América en Burdeos, casi al otro extremo de Europa. En cuanto a Miss Ellen Smith, podía contar con la impunidad más absoluta, aún en el caso de que la detuvieran, como sucedió... La policía de Florencia hubo de reconocer que no era ella la institutriz perseguida, que el niño que la acompañaba no era Hugo De Mère, sino una mujercita, su sobrina, y que, por tanto, al perseguirla, se había cometido una equivocación...

—¿Y cómo diste con el actual domicilio de la Smith?

—Nada más fácil. Por los registros policiales de París, supe que esa mujer llevó aquí una vida galante por más de veinte años, desde 1881 hasta 1903, y que en su última época fué asidua concurrente del Casino. Un empleado del establecimiento completó mis informaciones. La Smith, sin ser una mundana de primer orden, gozaba de cierta popularidad entre los turistas británicos, gracias a su nacionalidad y a su conocimiento del idioma. Al "retirarse" tenía una regular fortuna, y era propietaria de unas casas de renta en el barrio de Montmartre... Uno de sus inquilinos me dió su dirección, y aquí la tengo: 19, rue des Hautes Granges, Blois.

—¿Y qué te propones hacer ahora?

—Vería y arrancarle una declaración, con dinero o con amenazas... Es necesario que pidas a Murray cien mil francos en billetes... se entiende, en el caso de que tú en conciencia, creas que los antecedentes reunidos, justifican ya un desembolso considerable.

—¡Por cierto!...

—Es indispensable que nuestro amigo, no sepa nada hasta que el asunto esté arreglado... tiene madre viva. Y no hay que ponerlo en el caso de ser rechazado en su propio hogar. ¡Sería demasiado horrible!... Sin embargo, como su presencia en Blois, puede sernos útil, tú lo llevarás allá en automóvil, con cualquier pretexto... Yo partiré en tren esta misma noche, y mañana, a las cinco en punto de la tarde, nos reuniremos junto a la iglesia de Notre Dame du Refuge... Dejarás a Murray esperando en el Hotel, con el dinero listo... Pero no te olvides... Es preciso que seas muy vago para responder a sus preguntas.

VII

Como era de presumir, Murray me aguardaba en el hotel más inquieto y sombrío que de ordinario.

—¿Qué significan, me preguntó, la ausencia y el silencio de Calvo?... Van mal mis asuntos. ¿No es cierto?...

—Nada sé, repuse, pero tengo confianza en Román, y creo que cumplirá su promesa... Lo he visto esta tarde. Sin abandonar su reserva, me pidió que fuera contigo mañana a Blois, llevando una gruesa suma de dinero... Cien mil francos en billetes...

—Y tú ¿qué me aconsejas?...

—Obedecer... Román no obra nunca sobre ligero...

. . . . . .

Partimos a la una en automóvil. Devoramos en poco más de tres horas la distancia de 180 kilómetros que separa a París de Blois. Fué el vértigo de la velocidad...

—Si los bandidos de automóvil, que infestan los caminos de Francia, sospecharan la suma que va con nosotros, dije a Murray, difícilmente llegaríamos sanos y salvos a nuestro destino.

Nos apeamos a las cuatro cuarenta y cinco minutos frente al "Gran Hotel de Blois".

—Espera aquí, dije a Murray. Necesito hacer una diligencia importante... Más tarde, acaso, te enviaré a buscar en automóvil... No dejes de estar listo.

—¿Para qué tantos misterios? preguntó Alfredo.

—Confía en tus amigos, fué mi respuesta.

El corazón me palpitaba angustiosamente, al acercarme al lugar de nuestra cita. Román me aguardaba ya...

—¿Ves aquel pabelloncito de enfrente? me preguntó Román... ¡Allí esta el desenlace!...

Empujamos la verja de un modesto jardín, y pocos segundos después nos encontrábamos en la sala de Miss Ellen Smith.

—Buen gusto y sencillez, observó Ro-

mán. La dueña de esta casa no es una "bourgeoise" cualquiera.

Miss Ellen llevaba maravillosamente sus cincuenta años y pico. Su traje y sus modales, eran los de una respetable dama de provincia. Nos hizo tomar asiento con un ademán lleno de gracia...

—No tengo el honor de conocer a los señores, dijo.

Román no perdió tiempo en preámbulos ociosos. Sabía que el éxito iba a depender en gran parte de la resolución que mostráramos.

—Señora, dijo cortésmente, la visita que tenemos el honor de hacerle, puede ser tan importante para Ud. como para nosotros. Venimos a ofrecerle una fortuna...

Miss Ellen hizo un gesto de extrañeza...

—¿En qué puedo servirles? preguntó...

—Deseamos de Ud. una relación escrita y circunstanciada, de su intervención en el desaparecimiento del niño Hugo De Mère, en 1884...

El rostro de Miss Ellen se cubrió de mortal palidez, pero se sobrepuso...

—Muy sencillo, contestó balbuceando... me confundieron en Florencia con la institutriz de ese niño... Yo viajaba entonces casualmente por Italia con una sobrinita... La policía reconoció inmediatamente su error... Eso es todo...

—Debo prevenirle dos cosas, señora, dijo Román... La primera que conozco exactamente toda la verdad de ese negocio; la segunda, que su declaración será bien pagada... Cien mil francos, hoy mismo, y trescientos mil, luego que Lord Wigmore, sea puesto en posesión de su nombre y de su fortuna...

Miss Ellen no contestó una palabra... Su pecho subía y bajaba a impulsos de violenta agitación...

—Tampoco tema Ud. nada por las consecuencias... El hecho aquel ocurrió hace treinta años... La prescripción la ampara... Lea Ud. aquí... Es el Código de Procedimiento Criminal... Artículo 637...

—Miss Ellen leyó... pero continuó silenciosa...

—Voy a ayudarla, dijo Román... El 29 de Abril de 1881, se embarcó Ud. en Cannes en el yate "Hemione" con su sobrina, vestida de hombre... Se hizo Ud. pasar por Ana Hamilton... institutriz del niño Hugo De Mère... nieto de Lord Wigmore...

—¡Basta!... dijo Miss Ellen... ¿Cuánto dice que ofrece Ud?...

—Cien mil francos, esta misma tarde, y doscientos mil más luego que...

—Creí oir a Ud. hablar de trescientos mil, interrumpió la Smith, con impavidez...

—¡Sean! contestó Román, pero no tendrá Ud. inconveniente en hacernos desde luego, aquí y de viva voz, la declaración que en seguida va Ud. a escribir y que autorizará un notario...

—¿Y quién me responde del cumplimiento de la promesa de Ud., a quien yo no conozco?

—En primer lugar, los cien mil francos en billetes que recibirá del notario, al entregar su declaración, y la firma de Lord Wigmore, nuestro cliente, por el resto...

La Smith vaciló un momento...

—Bien, dijo al fin... He aquí lo que puedo declarar:

Vivía yo en París desde 1881, con mi hermano Roberto. Era éste un hombre a quien sólo conocí una pasión, la de la holganza... Muchas veces decía que sólo deseaba dinero para poder vivir sin trabajar... Pero su afán de enriquecerse no era por eso menos vivo.

Visitaban mi casa muchos ingleses, entre ellos William Sydney De Mère, con quien sólo me unían las relaciones usuales entre las mujeres galantes y los hombres que las frecuentan... Un día, en Abril de 1884, llegó a casa y preguntó por mi hermano... Se encerraron juntos por más de una hora, y en seguida me enviaron a llamar, para proponerme... lo que Ud. conoce...

De Mère venía de la villa de sus padres, en la Côte d'Azur... Estaba impuesto de que el Martes siguiente su sobrinito Hugo, saldría con su institutriz para Cannes, con el objeto de embarcarse allí en el yate "Hemione", de Lord Burleigh. La institutriz, pobre mujer avinagrada por el espectáculo de una vida de lujo, por la soledad y por la pobreza, había consentido, mediante una fuerte suma, efectuar el rapto del niño, en la forma que

Ud. conoce. Mi papel consistiría sólo en presentarme como Ana Hamilton a bordo con mi sobrinita, a quien, vestida de hombre, haría pasar por el niñito de Lord Wigmore... Yo no corría ningún riesgo... Nadie en el yate conocía de vista ni a la verdadera institutriz ni al niño Hugo... En Nápoles, donde el yate iba a detenerse un día entero, en su viaje a Palermo, tendría tiempo sobrado para escapar...

William Sydney pagaba bien... Cien mil francos para mí, e igual suma para mi hermano... Aceptamos...

Nuestro plan era muy sencillo... Ana Hamilton partiría de Menton con el niño. En Monte Carlo se le reuniría mi hermano Roberto... Yo debía esperar con mi sobrinita en Niza... En Cannes, Roberto, seguiría viaje en el mismo tren con Ana Hamilton y el niño Hugo... entre tanto yo me presentaría en el yate "Hemione" con el nombre de los fugitivos...

Todo marchó perfectamente... Mi hermano me entregó en el tren una carta abierta para Lord Burleigh... Era del abuelo del niño...

—Puedo darle otro detalle, interrumpió Román... Apenas subió Ud. en el tren en Niza, su hermano se puso a calcular en un guía Baedeker, el costo de su propio pasaje y el de Ana Hamilton, hasta Burdeos...

—Lo recuerdo perfectamente, dijo sonriendo Miss Ellen... ¿Cómo lo sabe?...

—Ya ve que estoy bien impuesto... Continúe Ud...

—A bordo, Lord Burleigh nos recibió muy bien y sin sospechar lo más mínimo, como era natural... Por otra parte, no se ocupó ni poco ni mucho de nosotros durante la travesía. Era un viejo solterón, egoísta y excéntrico. Amanecimos en Nápoles el 1.° de Mayo. Yo me acerqué entonces a Lord Burleigh y le pedí permiso para llevar al niño a ver el famoso acuario de la ciudad... Accedió y desembarcamos. Eran las siete tres cuartos de la mañana. Apenas en tierra, me dirigí a la Estación Central, y tomé pasaje para Florencia. Tenía casi todo el día por delante: Lord Burleigh sólo regresaría a bordo por la tarde. En Roma, donde se cambia de tren, como Ud. sabe, podía disponer de una hora... La aproveché para quitarme la peluca rubia y las gafas con que representara mi papel de institutriz, y para vestir a mi sobrinita con el traje de su sexo... Ya no era yo Ana Hamilton, sino Ellen Smith... Era imposible que me descubrieran... A esas horas ya mi hermano se habría embarcado en Burdeos con el niño Hugo... Eso es todo...

—Muy bien, dijo Román... ¿Tiene Ud. recado de escribir?... Mientras mi amigo va por el notario y los cien mil francos... Ud. puede adelantar trabajo...

—¿Y los otros trescientos mil?...

—Lord Wigmore le firmará un pagaré ahora mismo... Le mandaremos llamar...

—¿Está en Blois?...

—Sí, y Miguel lo traerá en automóvil...

Un resto de desconfianza se pintaba en el rostro de Miss Ellen...

—No tenga Ud. cuidado, le dijo Román. Ud. entregará su relación bajo sobre cerrado, en manos del notario, a cambio de los billetes y del pagaré. El notario certificará sólo el hecho de haber recibido aquel sobre de Ud...

—Convenido, dijo aquella mujer extraordinaria....

Veinte minutos más tarde, llegaba yo con el notario y con Murray a casa de Miss Ellen... No había dicho a mi amigo una palabra de lo ocurrido.

—Perfecto, dijo Román... ¿Están allí esos cien mil francos?

Por toda respuesta, Murray sacó del bolsillo un grueso paquete de billetes...

—Ahora, señor Murray, firme Ud. este papel con su verdadero nombre...

—¿Cuál es? preguntó temblando el aludido...

—Lord Wigmore, repuso Román solamente...

VIII

Román y yo partimos esa misma noche para Londres. Era necesario preparar el ánimo de la pobre mujer que tras de treinta años de ausencia iba a recobrar a su hijo. Murray se quedó en Blois, esperando nuestro aviso... y enfermo de dicha y de impaciencia.

En Londres nos apersonamos con Sir Francis Chadwick, hermano de la madre

de nuestro amigo. Nuestra relación le satisfizo plenamente...

—No cabe duda, nos dijo... ¡Qué alegría para la pobre Violeta!... En tantos años no ha desesperado nunca... Ha vivido en el recuerdo de su hijo... En vano todos en la familia evitábamos mencionarle jamás... Ella volvía siempre al mismo tema... ¡Sólo las madres no olvidan!...

—Pero será acaso necesario, objetó Román, iniciar antes un procedimiento judicial.

—En modo alguno, dijo Sir Francis, en Inglaterra estos negocios se arreglan en Consejo de Familia... Otra cosa sería si hubieran transcurrido los treinta años y declarándose la muerte presunta....

—Pero, ¿dejará William Sydney, arrebatarse así no más su presa?...

—No le quedará otro recurso... Es un truhán, un perdido... Mi hermana ha sospechado siempre de él... Tuvo, sin embargo, que resignarse a entregarle la administración provisoria de la fortuna de Hugo... Era su heredero presunto, y le asistía el derecho legal... Pierda Ud. cuidado... Juraría que no tendrá siquiera valor para asistir al Consejo de Familia... Haga Ud. llamar inmediatamente a mi sobrino... Yo prepararé el ánimo de su madre...

. . . . . .

Dos días después, nuestro amigo Murray, convertido ahora en Lord Wigmore, llegó a Londres. En el Savoy le presentamos a su tío materno...

—Es el vivo retrato de su padre, exclamó Sir Francis; al abrazarlo estrechamente... Es como si viera resucitar a mi pobre cuñado... Tiene sus mismos ojos, su porte y hasta sus ademanes....

—¡Mi madre! ¡Quiero ver a mi madre! balbuceó Hugo entre sollozos...

—Pobre Violeta... Está inquieta, nerviosa... No se da cuenta a punto fijo de la inmensa alegría que la espera... Le he hablado de vagos indicios... de levísimas esperanzas... Ella nota mis idas y venidas... me dirige sus dulces ojos suplicantes... llora... sonríe... Veinte veces he notado que está a punto de interrogarme seriamente... pero vacila... No se siente con fuerzas para soportar una nueva desilusión... Yo la he dicho que esta noche me espere a comer con tres amigos... Hugo... sepa Ud. portarse como hombre... No se dé a conocer súbitamente... La dicha podría matarla... Dejemos a Dios el cuidado de conducir las cosas.

A las siete en punto, penetramos en la casa de Chadwick... Allí vivía Lady Violeta, desde que la muerte de su marido y la desaparición de su hijo habían hecho pasar como usufructo a manos de su cuñado, la espléndida residencia de los Wigmore....

Nos hicieron esperar, en una modesta salita, arreglada con gusto exquisito. Hugo apenas podía tenerse en pie....

Sir Francis Chadwick entró en seguida acompañado por una dama muy pálida, alta, esbelta, cuyas melancólicas facciones conservaban indiscutibles señales de una belleza que debió ser espléndida.

—Aquí tienes, le dijo su hermano, a mis buenos amigos... Alfredo Murray...

El aludido, dió un paso adelante y alargó a su madre su mano temblorosa, sin fuerzas para levantar los ojos del suelo...

Ella lo miró entonces... Fué como si hubiera estallado de pronto el rayo...

—¡Hijo mío!... exclamó. ¡Tú eres mi hijo!...

Y se arrojó en sus brazos...

. . . . . .

Una Reina del Biógrafo

La primera impresión que causa Miss Fuller es la de una romántica

"¿Cual es la ventaja de pasar desde el escenario hablado a la película muda pero fascinadora del cinematógrafo? Es que allí la actriz puede escoger los instantes precisos para poner en relieve todo el desarrollo de su personalidad. El reinado de una reina, sólo es notable cuando lo son sus acciones... Igual cosa sucede a las reinas del biógrafo."

Las anteriores palabras fueron pronunciadas por María Fuller desde su trono, en los talleres de Edison. Se la coronaba en esos instantes, en el papel de María Tudor, y la atmósfera se encontraba llena de evocaciones de la época de Enrique VIII. El director de escena disertaba sobre satines y brocados tontillos y gorgueras del "período", y uno de los asistentes acusaba una opinión tímida, en el sentido de que allí faltaba "algo del siglo XVI."

—Debo personificar ahora a María Tudor, explicó Miss Fuller, como antes representé a María reina de Escocia en

la tragedia de Schiller. Aquello era más trágico y patético, esto más dramático y majestuoso.

—Queda María Antonieta para completar la trilogía.

—Con el tiempo la "haré" también... Por de pronto, esta es la mujer más amable de las Marías.

Y Miss Fuller muestra un hermoso grupo de la inmortal escena en el establo de Belén, en "La Primera Navidad" en que ella misma aparecía como una Madona. Aunque el cuadro había sido sugerido por uno de los antiguos pintores italianos, no se trataba de una copia literal.

Pasando de lo grave a lo alegre, tuvimos aún a la versátil niña, en sus memorables papeles de "¿Qué es el matrimonio?" y "¿Quién casará con María?" Estas piezas son tan populares que se piensa editar una nueva serie en el mismo estilo.

La primera impresión que causa María Fuller, cuando no está disfrazada, es la de una romántica, y esta primera impresión es la correcta. Ojos negros, cabellos de un castaño dorado, perfil de camafeo, estatura mediana, modelada en formas atléticas, ha sido la protagonista de un centenar de cinemadramas, de los cuales no hay dos parecidos.

"Los efectos sobre la pantalla, deben ser antes imaginados que pintados" observa ella. Vienen hacia nosotros en forma de ideas sugeridas, y todo el trabajo de la actriz consiste en darles cuerpo y "visualizarlos". "Esta es nuestra ventaja y nuestro escollo".. "El talento del actor y del autor de las escenas de biógrafo son de la misma naturaleza."

Una combinación semejante existe en realidad en Miss Fuller, y el público generalmente ignora, que ella es la autora de muchos de los cinemadramas que representa, como "La Profecía".

Agregamos también que Miss Fuller es hábil en todos los sports, no porque sea aficionada a ellos, sino porque los necesita para su arte.

Ante la Escuela

(A la memoria de don Alberto Gormaz, benefactor de las Escuelas Populares)

Camino de la escuela,
bien ceñido a los hombros el bagaje
de cuadernos y libros, aún retoza
la parvada gemela
que a la sombra arabesca del ramaje
va tejiendo su marcha perezosa.

Rubios cabellos, ojos de tiniebla
se incendian en la lumbre matutina,
y en la avenida que el bullicio puebla,
como graves abuelos se levantan
el roble indiano, la extranjera encina.

Frescas voces que cantan
las palabras, se agrupan en un coro
vertiginoso, que en ardor creciente
vuelca por el ambiente
en loco enjambre sus abejas de oro.

En las mejillas rosa, que del beso
maternal han guardado
la amorosa tibieza y el perfume,
la brisa tempranera hinca travieso
su pellisco glacial, que amoratado
deja el carrillo y el calor consume.

Demonios de chiquillos!
Brincan y corren con el loco empuje
conque los cabritillos
por el faldeo.—Un héroe entre los grandes,
trepando un monte de adoquines, ruge:
"¡Soy San Martín que baja los Andes!"

Y este flacucho, todo audacia y nervios,
que su camisa por pendón tremola,
lo acomete con ímpetus soberbios
y a su furor patriótico lo inmola...

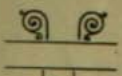
"¡Qué desastre en la ropa!"
la madre ha de exclamar mientras repasa
botones y bolsillos de la tropa.
"¿Cuándo estrenó zapatos el *Pituto*?"
ante una suela que en silencio ríe
clama el padre; y pensando en su tributo
arruga el ceño... y, sin querer, sonríe!
Mientras, acá la banda vocinglera
prosigue su jornada.
Los hombres graves, en su diario absortos,
un instante alzarán la testa fiera
ante el motín con pantalones cortos.

De pronto, una campana que desata
su lengua ya temblona..—"¿Oyes? las nueve!
Y todo aquel ejército se mueve
como una estrepitosa catarata,
para trepar, con el postrer tañido,
de la escuela la vasta escalinata.

II

En la calle desierta
y de repente lúgubre y callada,
queda un pergenio, el dedo entre la abierta
boca, y en la mirada
un infinito desconsuelo. Llega
tras la alegre comparsa con el ansia
con que el pájaro hambriento
va en pos del sembrador: un alimento
de juegos y de risas su alma ansiaba.
Pero al mirarlo sucio y harapiento,
la implacable niñez vió en él la imagen
que en el hogar mas odios suscitaba:
"¡Nunca a alternar con ellos se rebajen!"

Sí, era uno de esos párvulos malditos
que en saludable horror toda matrona
prudente, exhibe ante sus pequeñitos.
El mismo que al guardián—que no razona—
huye con miedo pánico. La gente
de limpio traje y grave continente,
es temible a sus ojos... ¡Si no hay nada
que en él no vengue hereditarios yerros;
si hasta al rozar la señoril morada,
fieles al amo, grúñenle los perros!



Allí está el infeliz ante el Palacio
Encantado... Simétricas ventanas
que a la luz se abren como grandes ojos,
contrastan bajo un cielo de topacio,
por el verde ideal de sus persianas
con lo carnal de los tejados rojos.

La mampara celosa
desvanece al trasluz de sus cristales
la vida palpitante y misteriosa
que hacia afuera desborda en los raudales
de una respuesta en coro; en el solfeo
de la lección de música; en la risa
que una voz magistral corta de pronto...
Y un alumno que mira hacia el paseo
y que ora inmóvil al rapaz divisa,
piensa: "Ese chico se ha quedado tonto!"

❦

Las absortas pupilas
se emborrachan al sorbo
de las escenas que el cerebro fragua.
Su mirar se hace torvo
y sediento de goce las apura
larga y ansiosamente, como el agua.
Ve la sala bullente
de cabecitas que en bruñidos bancos
sobre el papel inclinarán la frente:
alegres mapas en los muros blancos;
las estampas del libro
que iluminó la caja de colores
y que se muestra subrepticiamente,
mientras que con agónicos sudores
otro saca la lengua, ya inhumana
de lamer los borrones de la plana...

¡Qué feliz fuera yo—piensa el muchacho—
con tan lindo uniforme, y compañeros
que jugaran conmigo!—El vivaracho
destello de sus ojos se hace triste,
y es que al fondo de un cuarto abandonado
se le aparece la que ya no existe.
La madre muerta, el padre vagabundo,
ya él no podrá sentir sobre sus carnes
las frescas ropas que el jabón perfuma,
la tibieza del lecho y la caricia—
¡ah, el recuerdo le abruma!—
que sus cabellos ásperos peinaba.
Hoy, andrajoso, hirsuto,
como enana expresión de la justicia
muestra a la escuela el puño diminuto.

Y saboreando toda su amargura
en una mueca de desdén, se aleja
para vagar de nuevo a la ventura
como un can por el amo abandonado,
ya ciego a su mirar, sordo a su queja.

III

Antes que vuelva al arrabal, prendado
y huérfano de todo, há de escucharme
la Buena Nueva.—Le diré: chiquillo,
tú pobre, tú infeliz, has heredado
a un padre espiritual.

El Conventillo,
monstruosa escuela, cárcel homicida
con sus celdas, sus crímenes y llantos,
ya no será la jaula de tus cantos
ni todo el horizonte de tu vida.
Frente a su fauce hambrienta
la Escuela ha de surgir, tal como el faro
sobre el escollo donde el mar revienta
más formidable: vívido destello,
salve al náufrago, alumbre la tormenta
y a toda desnudez lleve su amparo.

Cómo decir sin profanar lo bello
la sencilla grandeza del instante
en que el maestro el rasgo vacilante
guía, y arranca con la voz que crea,
del signo mudo la locuaz idea!
La gracia del palote,
cual los primeros pasos que aventura
el niño en torno de la cuna; el brote
del pensamiento en la conciencia obscura;
la maternal dulzura
del Kindergarten...

Oyeme, chiquillo,
tiende la mano, toma el Silabario,
por no verla crispada entre el sudario
sobre el vaso, la carta o el cuchillo.

¡Ah, es sublime en verdad y prodigioso
ese pan del espíritu! No sacia
al henchir nuestras almas con un gozo
inefable de gracia.
Pero toda la ciencia de los sabios
será como un guijarro entre los labios
exangües del hambriento,
si el pan de trigo, perfumado y tierno,
no le procura el elixir eterno
del eterno alimento!

¡La Escuela-Hogar, sustento
que los cerebros nutre y que no olvida
la eucarística fuente de la vida;
la Escuela, maternal sustentadora
de la unidad perfecta, carne y alma,
educadora del instinto obscuro,
de la infancia maestra y redentora,
ella ha de ser la cuna del futuro!

ERNESTO MONTENEGRO.

Si los animales hablasen

Por

JULIAN DOBLE

Ilustraciones de Chao.

Que logremos entendernos con los animales no parece una cosa tan difícil. Es verdad que hasta ahora sólo hemos transmitido parte de nuestro lenguaje a los loros, pero todo indica que los animales domésticos, en especial los perros, los gatos y los caballos, son también susceptibles de aprenderlo. Un paciente alemán, Karl Krall, de Elberfield, ha obtenido que dos caballos suyos se convirtan en verdaderos matemáticos. Uno de ellos ha extraído raíces cúbicas en presencia de testigos insospechables. Estos y otros caballos sabios se han expresado por medio de golpes, pero no es improbable que puedan hacerse entender por medio de relinchos.

En cuanto a los perros, Franklin nos habla en su "Vida de los animales", de uno que jugaba al dominó con tal destreza, que era difícil ganarlo. Se sabe de otro perro que es un jugador de ajedrez excelente. Y cuanto a conocer las monedas o a comprender lo que se les dice, es algo que queda al alcance de cualquier quiltrillo ordinario.

No está tan desarrollada la inteligencia de los gatos ni parece que su lenguaje pudiera salir nunca del "ñau- ñau" característico, pero es posible también que adquieran el uso de la palabra.

Para poner a los animales domésticos en plena inteligencia con nosotros, sería necesario que todos nos dedicáramos con paciencia a la tarea de instruirlos. Si hemos de creer en la evolución de las especies, el perro, el gato y el caballo irían asimilándose poco a poco las facultades de lenguaje y de raciocinio, hasta que estas facultades quedaran inherentes en la especie.

Luego que los animales hablasen, podríamos convencernos que no son tan brutos como parecen. Como ellos no pueden hablar ni protestar, nos hemos complacido en calumniarlos.

¿De dónde hemos sacado, por ejemplo, que el burro es el animal más idiota que existe? Su nombre ha llegado a ser la más acabada representación de la tontería humana; todo porque lo vemos tranquilo, macilento, pensativo. Si a un burro se le da un palo por el lomo, rara vez protesta con una coz o con un gruñido. Inclina apenas la cabeza, resignado. "¡Debe ser un imbécil muy grande!" pensamos.

Sin embargo, el burro no es un tonto ni un ignorante. En algunas materias sabe

más que nosotros. El hombre necesita de complicados instrumentos y de observaciones especiales, para poder predecir una lluvia. Hasta ahora no se ha dado con un aparato preciso que indique la aproximación de un terremoto. Si hay unos cuantos hombres cuyos callos y cuyos reumatismos anuncian el mal tiempo, la verdad es que todos estamos desarmados ante los fenómenos sísmicos. Nada sabemos, ni siquiera un minuto antes de producirse el terrible sacudimiento. En este sentido, no somos superiores al pedrisco que rueda cerro abajo.

Y, no obstante, ese burro, cuya inteligencia parece absolutamente nula, sabe cuando va a llover, aunque el cielo esté limpio y no sople el más ligero viento, y conoce también cuando este inseguro suelo que pisamos va a sufrir una fuerte sacudida.

No hace mucho que dos viajeros llegaron a pedir alojamiento a una casa de campo, en una de las provincias centrales. El campesino era bastante pobre y no tenía un albergue que cederles; pero los viajeros dijeron:

—Como no hace frío, dormiremos bajo este parroncito, sobre nuestras monturas.

—No hagan tal—previno el dueño de casa—porque esta noche llueve.

Los viajeros miraron al cielo limpio y como tampoco corría ese viento del noroeste, precursor de las lluvias, tuvieron una sonrisita de burla.

Pero a la media noche hubieron de levantarse apresuradamente, porque se les descargó un chubasco. Más tarde la lluvia se hizo recia y tomó las proporciones de un verdadero temporal.

Por la mañana, los corridos traficantes fueron donde el campesino y le preguntaron:

—¿Y en qué conoce Ud., cuando se aproxima la lluvia?

—¡Ahí están mis astrónomos!—contestó el labriego, y señalaba un pequeño galpón, donde se albergaban cuatro burros. Mientras el tiempo no ofrece peligro, ellos andan por los cerros, pero si ha de venir una lluvia, se recogen a la casa. Cuando va a temblar, también se vienen.

Mas, aunque el burro nos demuestre sus conocimientos en meteorología, seguiremos creyéndolo un imbécil. Si él hablara, ya sería distinto. Alguien ha dicho que el burro es un filósofo y debe serlo. ¿Qué ideas tiene él sobre las doctrinas de Aristóteles? ¿Está conforme con lo que sostiene Kant en "La crítica de la razón pura"? ¿O bien nos dirá, parodiando al Zaratustra de Nietzsche: todos los dioses han muerto; viva el super-burro? Saldremos de estas dudas el día que podamos sostener con él una charla animada.

Otro animal tenido por bruto es el topo. Decimos: "Fulano es un topo", para indicar que el aludido no sabe dónde está parado. Y, sin embargo, el topo es un gran arquitecto. Es, sobre todo, admirable como constructor de laberintos; y comprende que para huir a tiempo, una casa debe tener varias puertas. A este respecto, el topo podría dar provechosas lecciones a los constructores de teatros.

Nuestra inteligencia con los animales nos sería útil de todas maneras. El carnero podría enseñarnos su admirable sistema de lucha, para reemplazar al ya gastado boxeo. Dos carneros que se odian, prescinden de sus manos y de sus patas y recurren, para pelear, a la cabeza. Retroceden unos cinco metros cada uno y luego emprenden la carrera, para darse el más feroz topón en la nuca. La pelea de dos hombres por el sistema de los carneros, sería un espectáculo de lo más artístico que se conoce. Para algo servirían entonces los muchos hombres de cabeza dura que viven en esta tierra.

Comprender el lenguaje de los caballos sería muy beneficioso para los que apuestan en las carreras. La ciencia del turf es hasta ahora una ciencia muy complicada.

Inútilmente los cálculos se basan en las "pedigrees" numeradas, conforme a las teorías de Bruce Lowe, o en las "performances" que cada caballo ha producido. A lo mejor, los cálculos caen con estrépito. Caballo que llegó último un Domingo, cargando cincuenta kilos y corriendo con verdaderos "outsiders", gana fácilmente tres días después, cargando sesenta y teniendo competidores selectos. Los perdidosos gritan: "¡fraude!" y se olvidan de lo que ha podido determinar el caballo. ¿Cómo saben si se trata de un animal caprichoso y neurasténico?

Si los caballos hablasen, un apostador desconfiado se acercaría al favorito y le preguntaría:

—¿Está el ánimo bueno? ¿Están las piernas ligeras? ¿Tiene Ud. la impresión de que gana?

No se debería temer que el animal respondiera con un par de patadas o con un relincho de impaciencia, porque los equinos son de muy buen genio.

En efecto, conversando con el caballo, nos convenceríamos de que es un sujeto muy estimable. Cuando Gulliver, el héroe de Swift, llegó al país de Houyhnhnms, se encontró con que los caballos hablaban y eran los amos del país. Y un alazán cualquiera resultaba superior a todos los hombres en cuanto a ingenio y a condiciones de carácter. El caballo es admirable mirado desde el punto de vista moral. Es un animal que no tiene ningún vicio, puesto que ni siquiera fuma. ¿Ha visto alguien algún caballo borracho? ¿Qué potrillo se ha amanecido nunca en una orgía? Tampoco ningún caballo ha sido fusilado por asesino.

Sus ideas sobre la vida deben ser claras y precisas. No tenemos por qué suponerle sentimientos egoístas ni se sospecha que tenga envidia por alguno de sus semejantes. Un caballo que ingresara a la política, no sería conservador ni radical, porque debe saber muy poco de ciencia teológica; buscaría más bien los términos medios, guiado por su temperamento conciliatorio.

Nuestra opinión sobre el gato debe ser también harto injusta. Le suponemos sentimientos mezquinos, y lo ponemos como ejemplo de traición y de felonía. Sobre todo estamos seguros que no sabe otra cosa que cazar ratones.

Pero el gato tiene una mirada inteligente. Este ordinario romano que se sube a mi escritorio y observa lo que escribo, ¿lo hace atraído por el movimiento de la pluma o llevado por la curiosidad de saber lo que significan estas patas de gallo? Si él hablara, podría decirlo. Acaso mi gato tuviera buen gusto literario y podría tacharme alguna frase mal hecha. Mi gato me referiría, además, lo que tiene de emocionante una caza de ratones guarenes y cuán grande es el desaliento que se sufre ante una laucha que ha logrado retenerse en su escondrijo.

Las ideas de un gato sobre las mujeres deben ser distintas a las del común de los hombres. Y ello se comprende: nosotros observamos a las mujeres de arriba para abajo y los gatos de abajo para arriba. Nos seduce en una joven una nariz perfilada y unos ojos de cielo, y el gato se sentirá atraído especialmente por una mano suave y unas uñas color rosa.

Su concepción del amor debe ser también muy distinta. Nosotros pasamos enamorados todo un año y tenemos como sitios de reunión las calles, los paseos, los teatros, los salones de baile y hasta las puertas de los templos. El gato, mucho más práctico y cuidadoso de no perder su tiempo, dedica únicamente un mes de cada año a estas cuestiones del corazón y su campo de acción no va más allá de los tejados. Creemos los hombres que el amor llena toda una vida; cree el gato que el amor es tan poca cosa, que apenas puede llenar el mes de Agosto.

¿No sería interesante una conversación a este respecto entre un gato y un hombre? Sostendría el hombre, naturalmente, que una mujer no puede ser comparada con un gata, aunque hay algunas que saben esconder las uñas. Pero se pondrían de acuerdo en que tanto una gata como una mujer se preocupan mucho de su persona. Con una diferencia: a la gata le basta con su lengua y la mujer necesita de polvos, perfumes, cremas frías, tinturas y depilatorios. Una gata, además, se conforma con lo que lleva encima y nunca se ha visto que se ponga pelo postizo o que tenga inclinación por las piedras de colores o por el producto de cierto gusanito de la China.

¿Ama lo mismo una gata que una mujer? Un gato expansivo podría decirlo. Nada autoriza para que neguemos a una gata cierta inclinación al romanticismo; y si es verdad que jamás un gato o una gata han tomado veneno o se han disparado un tiro, por decepciones amorosas, no puede negarse que los amores gatunos son también ardientes y sentimentales.

Si sobre el carácter del gato tenemos una opinión errónea, mayor es nuestra equivocación sobre la vida del perro. "Una vida de perros", significa para nosotros una cadena de pobrezas y de penurias. Al revés, llamamos "una vida zorzalina" la que se desliza dulce y blandamente. Y ocurre lo contrario: la vida del perro no debe ser tan amarga como nos figuramos; y en cuanto al zorzal, se pasa toda su existencia pajaril torturado por la angustia de ser pillado por un tiro de escopeta.

El perro, en cambio, no tiene ni qué preocuparse del sustento diario, porque en casa de su amo tiene la mesa puesta. Toda su obligación es ladrar por las noches, para evitar que se entre algún ladrón de gallinas.

Respecto al carácter del perro, se han escrito muchas alabanzas. El perro es fiel, servicial, utilísimo. Sin duda alguna, pero está comprobado que no ha leído el Manual de Carreño. Su mala costumbre de gruñir cuando llega un extraño a la casa, revela sentimientos poco delicados. Un perro es altamente desatento, como cualquier empleado público. No tiene respeto ni por las señoras, puesto que suele desgarrarles el vestido. Carece también de la facultad del discernimiento, pues tanto le ladra a un hombre honrado como al más vulgar ratero.

Hay, sin embargo, en el carácter del perro, algo que nos atrae. Muchos de sus actos parecen tener un sentido cabalístico. Nunca se acuesta, por ejemplo, sin dar una vuelta completa al lugar que le ha de servir de lecho. Sus ladridos a la luna han de tener también un sentido oculto; y las gentes supersticiosas de los campos están seguras que cuando el perro gime en las noches tenebrosas es porque está conversando con el diablo. ¿Y por qué, a veces, en el silencio de la noche, mete la cola entre las piernas y amusga las orejas, como si estuviera delante de algún peligro? Es que posiblemente divisa algún fantasma espantable.

De una conversación entre un perro y un avezado espiritista, podrían brotar muchas luces para las ciencias ocultas. Dad a leer a un perro todas las obras de Allar Kardec, y es seguro que sacará deducciones preciosas. Acaso un quiltrillo vulgar sea mejor medium que la Eusapia Palladino, y un estudio sobre la psiquis perruna nos revele misterios no sospechados todavía.

Un perro con la facultad parlatoria sería también utilísimo en la vida ordinaria. Serviría para mandarle recados a la novia y reemplazaría de una manera admirable a la más empedernida Trotaconventos.

Luego, es humanitario que los animales afectos al hombre estén dotados de lenguaje. Dos rocines uncidos a un carruaje permanecen tardes enteras detenidos en la Plaza de Armas, en la Alameda de las Delicias o en cualquiera calle del centro. ¿En qué entretienen su tiempo, para no aburrirse? ¿Piensan acaso cosas transcendentales o están rumiando los más dulces recuerdos? Es un misterio insondable. Si estos pobres brutos hablaran, podrían entregarse a una conversación sobre la mala calidad de los pavimentos o sobre el alto precio del pasto aprensado. De ésto pasarían a una discusión sobre economía política y formularían un proyecto para que el cambio suba y el pasto baje.

Cuando un perro va por la calle y se encuentra con otro perro, lo común es que ambos animales usen solamente el sentido del olfato. ¡Cuánto más hermoso que echaran un párrafo sobre cuestiones que les interesan! Clamarían contra el impuesto al ganado argentino que hace subir el precio de la carne y bien podrían ponerse de acuerdo para celebrar un meeting perruno, que daría el más formidable concierto de ladridos en las puertas mismas del Congreso.

El día que los animales hablen, se trastornará, sin duda, nuestra vida, pero será también para nuestro beneficio. Dice un refrán vulgar que "en la variación está el gusto" y así nos será sumamente grato que después de haber discutido con un político cualquiera sobre las ventajas y desventajas de una coalición parlamentaria, nos pongamos a conversar con nuestro perro.

Habrá, naturalmente, diferencia entre las facultades intelectuales de un diputado elegido por los pueblos y las de un mastín ordinario; pero, ¿cuántas veces no será más ingenioso un perro que un político?

POR LAS NUBES...

"Io era nato per cacciar l'elefante sulle rive dell'Omo o per condurre una nave fra le fenditure della banchisa polare; ma questo paese idiota, che si chiama l'Italia, mi chiuse inesorabilmente le vie sulle quali mi sospingevano tutti gl'impulsi della mia psiche, e mi costrinse ad un lavoro forzato ed ingrato di scribacchino che è stato il tormento della mia vita e il fastidio di tanta gente. "Il libro di don Chisciotte".—Edoardo Scarfoglio.

(Introducción a un capítulo sobre la locura de la época).

Sí; en la mirada de buey manso del oficinista, en el gesto inofensivo y obsequioso del comerciante, puede el observador prevenido descubrir un resto de antiguas energías y el lampo de las vehementes ilusiones de la juventud. Pudo éste o aquel hombre, hoy viejo y fracasado, ser un muchacho que soñara con grandes empresas mientras blandía su sable de Catón; pero la vida vieja coqueta, fué retardando el cumplimiento de sus promesas hasta que hubo llegado el día en que el iluso se vió también envejecido en la espera, con un mendrugo en la mano, un traje brilloso, unas mangas de lustrina, y, lo que fué peor, con su ensueño heroico trocado en apocamiento y cobardía.

Conquistador coronado o viejo trapero rebuscador en la basura, ¿quién no se ha sentido superior a su destino? La sombra de la melancolía vela todos los ojos, y esa sombra está hecha con las pequeñas y las grandes ambiciones que hemos visto defraudadas a lo largo del camino.

Mi amigo era uno de esos. Temperamento apasionado que se disimulaba bajo una fisonomía imposible, estaba mal avenido con la realidad. El, que hubiera querido conocer todas las tierras y navegar todos los mares, vivía amarrado al deber de sostén de familia, prudente por cálculo, cuidando su salud y su vida no por lo que ellas valieran para él sino para los suyos

Y mientras tanto la imperiosa necesidad lo obligaba a reglamentar su esfuerzo y cotizar sus ideas. Los grandes espacios de sus sueños se habían encogido dentro de una pieza de oficinista, sus viajes se reducían a vagabundear por los barrios de la ciudad, y las rutas que irían paralelas al sol se habían encauzado dentro de los rieles del tranvía.

Mi amigo es ya un hombre grave, tal vez más triste que grave. Sus antiguas gallardías se desfogan de tarde en tarde en un modesto derroche de sueldo, en la forma atrevida de un sombrero, en una corbata de fantasía... Pero conserva el santo temor de los papás y disimula sus dilapidaciones cambiando hasta fin de mes sus maryland por unos modestos "trigo regular"....

Menos se atrevería a declarar ahora que se le ha metido en la cabeza la idea de hacer una prueba de aviación. Su padre lo trataría de loco; su madre caería enferma. Y, luego, ¿cómo? Parece que los señores aviadores cotizan demasiado alto el privilegio de romperse algo. ¿Pero qué vale la posibilidad remota de un accidente ante la perspectiva de un mundo de sensaciones, nuevo como el instrumento que las proporciona, intensas y rápidas como el vuelo mismo?

—Tú que tienes oportunidad puedes hacerlo, me ha dicho desde la puerta que comunica nuestras oficinas.

¡Vuela, hombre! Me contarás tus impresiones.

Y feliz en su franco egoísmo de placeres sin riesgo, me traza un programa, que en realidad no está mal estudiado. ¡Cuántas noches de fiebre y cuántas jornadas interrumpidas por la contemplación de una idea fija!

Para tí son, pues, estas impresiones, aéreas por el elemento que las suscitó, terrestres por la lentitud y lo borroso de la sensación que despierten. Para tí y para todos los que como tú reman en el banco de la galera, sin luz, sin horizonte, pudiendo haber sido el cómitre o el capitán que vigila desde el puente con ojo de pájaro de presa.

No serán, por supuesto, nuestros guías los doctos profesionales de la mecánica náutica; nos guiarán los clásicos del arte y no sus industriales. Icaro, Leonardo da Vinci; don Quijote; Cyrano de Bergerac. Nos acercaremos al sol hasta que se chamusquen las alas de nuestra cabalgadura; las creeremos revestidas de plumas y agitadas a compás de nuestras propias visiones, como aquel que inició el martirologio en Florencia; veremos también la tierra del tamaño de un grano de mostaza y a los hombres como avellanas, y recorreremos los siete estados del aire hasta la luna...

E. M

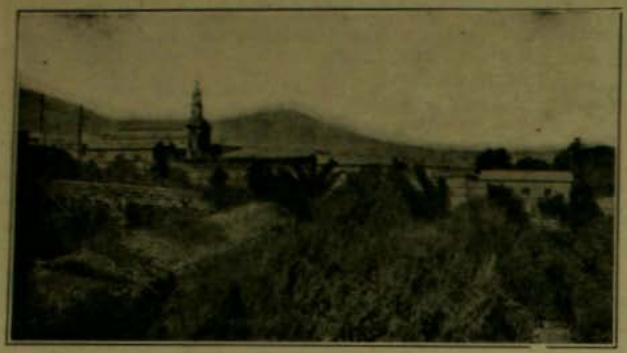
El agua en el Desierto de Atacama

Indicios, aspecto y formación geológica de los terrenos que contienen aguas subterráneas.—Pozos artesianos.—Aguas termales y minerales.—Ríos, aguadas y piques de Antofagasta.

Como contribución al mayor conocimiento de los recursos de agua con que cuenta el departamento de Antofagasta, nos proponemos sintetizar en estas páginas los estudios de los ingenieros de Gobierno y particulares que han reconocido la región y cuyas obras e informes no son fáciles de encontrar por haberse agotado sus ediciones y estar inéditos los últimos. De ellos, de algunos tratados relacionados con la materia y del conocimiento personal que tenemos de gran parte del territorio de la provincia, nace este trabajo que puede prestar algún servicio a los industriales, exploradores y mineros que necesitan el indispensable elemento en el desierto: el agua.

Con más espíritu de empresa y mayor interés por el bien particular y general del país, conseguiría satisfacer las exigencias de

Arriba: perforación en los alrededores de la estación Barreto. (Rep. Arg.) Rinde 350,000 litros por hora.—Abajo: El famoso pozo de Argerich. Rendimiento continuo de 300,000 litros por hora.



Quinta Casale.—Antofagasta

las industrias minera, salitrera, agrícola y fabril de la Provincia, practicándose estudios más prolijos en el terreno por técnicos en Hidrología, los que seguramente darían por resultado el descubrimiento de las corrientes subterráneas, de que surgen tantas *aguadas*, como se verá más adelante, y que podrían dar origen a los *pozos artesianos*, que en otros países han realizado prodigios y que en el norte de Chile serían aún de mayor importancia.

Aunque el desierto carece casi por completo de un régimen de lluvias que permita poblarlo de árboles y plantas naturales, lo creemos susceptible de mejorar sus condiciones de vida y de fomentar su producción agrícola, aprovechando los recursos de aguas superficiales y subterráneas que se conocen actualmente y que se manifiestan en forma de *ríos, aguadas y piques*.

No sucede lo mismo que en el desierto en la región de cordillera, donde hay frecuentes y abundantes lluvias en los meses de Diciembre a Marzo. Suelen éstas extenderse también algunas veces a la pampa y hasta la costa, causando perjuicios de alguna importancia en las oficinas salitreras y habitaciones que carecen de techos impermeables. En los meses de invierno las lluvias son raras, pero suelen caer dos o tres aguaceros. En los últimos años se ha notado un gran cambio en las condiciones climatológicas del Desierto.

En las alturas de la cordillera, las lluvias son siempre acompañadas de nevazones y granizo, ocasionadas por tempestades en que abundan los rayos, truenos y relámpagos y produciendo grandes creces de los ríos que en esas cordilleras tienen nacimiento. El cauce del Loa sirve para que estas avalanchas de aguas corran hasta el mar. Otras se pierden en la pampa inmensa.

En el plano adjunto se indica la ubicación de estos *ríos, aguadas y piques*, y como se ve, están repartidos por una gran extensión de la provincia.

Agregaremos, además, que esta relativa abundancia de agua que se encuentra en Antofagasta, existe también en las provincias de Atacama, Tarapacá y Tacna, donde es aprovechada en el cultivo de numerosos oasis, en el beneficio de las industrias salitreras y minera y en el consumo de sus habitantes.

Indicios, aspecto y formación geológica de terrenos con aguas subterráneas

Estimando de algún interés para los exploradores del Desierto el conocimiento de los indicios o señales que se han aprovechado para encontrar manantiales de agua, entresacaremos de las obras consultadas los principales, agregando una somera relación de la formación geológica que le son favorables. Tenemos los siguientes:

1.o La humedad en terrenos donde vegeten los junquillos, cañas, breas, menta, musgos u otras plantas acuáticas, propias de terrenos húmedos.

Para apreciar bien una humedad, se hace un pequeño pozo, en el que durante la

Cazadores en el río "Loa"

noche se coloca una caldera invertida, a la que se le dará interiormente un baño de aceite. Si hay humedad, se le verá por la mañana recubierta de gotas de agua, que indican la presencia de ésta.

Otro sistema es colocar en el pocito, suspendida horizontalmente de un hilo, una varilla que llevará en uno de sus extremos una bola de corcho muy seco. Si hay humedad, al ser absorbida por el corcho, se desequilibrará la varilla;

Antofagasta.—Plaza Colón

2.o En ciertos parajes se ven flotar al amanecer, y muchas veces durante todo el día y siempre fijos en el mismo sitio y a poca distancia de tierra, una verdadera nube de insectos alados, especialmente mosquitos que se sitúan sobre puntos que contienen agua; y

3.o Otro reconocimiento puede hacerse en el verano, antes de la salida del sol. En tiempo tranquilo y seco se sale al campo, se tiende boca abajo, y, apoyando la barba en el suelo, se mira la superficie del terreno. Si se observa algún paraje que, sin ser pantanoso ni húmedo, levanta vapores ondulantes, puede excavarse con éxito.

Pero de más importancia que los signos anteriores para la investigación de las aguas subterráneas, es el estudio del terreno en su aspecto físico, edad geológica, naturaleza del material que lo forma y la estructura del suelo.

En los terrenos impermeables, las formas generales son redondeadas, con pendientes suaves, siendo numerosos los valles y barrancos, aunque poco profundos. En ellos, las aguas de lluvia corren superficialmente en múltiples cauces, estacionándose en los lugares bajos y cerrados, formando, entonces, lagunas, estanques y pequeños charcos.

En los terrenos permeables, por el contrario, las formas son fuertemente ásperas, con grandes extensiones planas y crestas agudas, alineadas, con barrancos profundos y poco numerosos, siendo las laderas violentas y escalonadas. Las corrientes de aguas son escasas, pero caudalosas, y las lluvias los atraviesan rápidamente, sin formar charcos duraderos.

En los terrenos impermeables, las aguas subterráneas se encuentran a grandes profundidades, y en los permeables, el subsuelo presentará numerosos manantiales, a poca hondura y abundantes.

Respecto a la edad geológica de los terrenos puede afirmarse, en general, que hay mayores probabilidades de encontrar agua en los más recientes, tales como las formaciones diluviales cuaternarias y los aluviones modernos. Estos son muy propicios para pozos, comunes y norias.

La tierra negra abriga la mejor agua, así como la arena áspera entre los guijarros obscuros y otras piedras rojas; en la arenisca la hay también buena, pero se ha notado que el agua no es abundante y los veneros son inciertos.

Y en cuanto a la estructura de los terrenos, corresponde al geólogo estudiar la estratigrafía, dirección e inclinación de las capas, buzamientos, pliegues y demás accidentes que se presentan a menudo y que es

Hermoso paisaje a orillas del "Loa"

indispensable conocer para conseguir el alumbramiento de aguas y muy principalmente la de pozos artesianos.

Pozos artesianos

Estos, como se sabe, se perforan por medio de las sondas a grandes profundidades de donde el agua, comprimida entre capas subterráneas impermeables, encuentra salida y sube por el tubo metálico a buscar su nivel encima del suelo exterior, viniendo a producirse una manera de sifón inverso.

Los *Pozos artesianos* han alcanzado un gran desarrollo, tanto por los inmensos beneficios que producen, como por la facilidad con que hoy se hacen. Explotados desde tiempos inmemoriales en la China, Egipto, Siria y Persia, su conocimiento pasó a Europa, perforándose en Francia el de la Cartuja de Lilliers, considerado el más antiguo, pues remonta su origen al año 1126. A imitación de éste, se hicieron en gran número en la región del Artois, de donde le viene el nombre de "artesianos" a esta clase de pozos.

De Europa pasaron a América, y en los Estados Unidos los han perforado a millares, consiguiendo transformar regiones estériles y desoladas en campos fértiles y poblados, gracias al agua que han hecho surgir por medio de las sondas.

En los países limítrofes a Chile, los hay en la Argentina, donde se hacen perforaciones en busca de aguas por el Gobierno y Empresas particulares y han obtenido éxito en números casos, y en el norte, centro y sur de la República. Se conoce como muy abundante el pozo de Argerich, que a los 711 metros de hondura tiene un rendimiento continuo de 360,000 litros de agua dulce por hora.

En el Perú, en el puerto del Callao, se han hecho varios pozos que producen agua dulce para el consumo de todas las necesidades. El principal se encuentra en el recinto de la estación del Ferrocarril Central, que arroja un volumen de agua de 1.172,632 litros en las 24 horas y a la profundidad de 123 metros.

En Bolivia, en el departamento de Cochabamba el Gobierno ha hecho perforaciones que han alcanzado agua dulce a diferentes honduras.

En el Desierto de Sahara, que guarda algunas analogías con el de Atacama, se han hecho surgir el año recien pasado fuentes que dan 30,000 litros de agua dulce por minuto, con los que riegan 3,000 hectáreas de terrenos, hasta entonces incultos y despoblados y hoy convertidos en productivos oasis.

Por último, en Chile sólo se ha hecho, que sepamos, el practicado en 1904 por el Ingeniero don Abelardo Pizarro en la hacienda de Apoquindo, de propiedad de la Recolección Dominicana. Se obtuvo el agua surgente a los 70 metros con una producción de 69 metros cúbicos en las 24 horas.

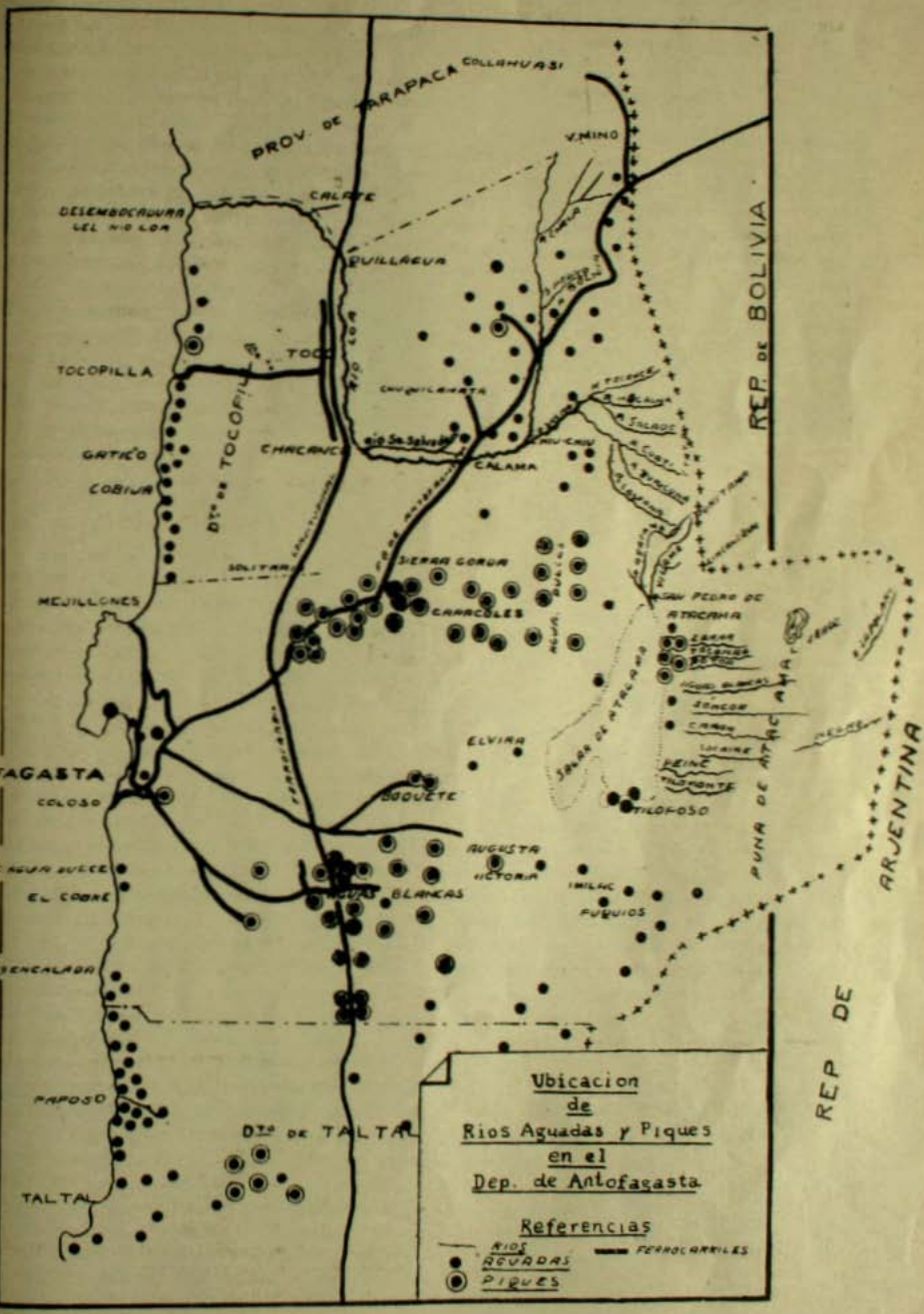
El conocimiento de los recursos de agua que daremos a conocer en seguida, creemos podrá estimular al Gobierno y empresas particulares para la investigación de las aguas subterráneas por medio de los elementos que facilitan la perforación de los pozos artesianos y el aprovechamiento de las aguas minerales.

Aguas minerales

Debido a las substancias salinas de que están saturadas muchas de las corrientes y aguadas del Desierto, sus aguas son salobres, pero bebibles por el hombre y los animales y aptas para el cultivo de ciertas plantas y cereales. Algunas poseen cualidades purgativas y son tan aceptables por su sabor como las de Apenta y Janos.

Hay aguas minerales que nada tienen que envidiar a las que se importan del extranjero, como las de Ojos de aguas de Ascotan, de Turi y Taira, recomendadas para las enfermedades del estómago. Las aguas termales de Puritama y Tilopozo tienen distintas temperaturas, alcanzando a 37 y medio grados. Las que arrojan los *Geisers* de Copacoya suben a 80 grados y surgen de grandes profundidades. Impregnándose de las substancias que encuentran en su camino, constituyen junto con los barros volcánicos que existen en sus vecindades, baños termales de primer orden. Sus buenas cualidades terapéuticas las hacen provechosas para los enfermos del reumatismo, del estómago, del hígado y de la sífilis, de la que es fama curan pronto y sienten alivio inmediato, según versión de los aborígenes y dolientes.

Las aguas de Ojos de Ascotán, situadas en la laguna boratífera de su nombre y a 3,750 metros sobre el nivel del mar, han


PROV. DE TARAPACA
COLLAHUASI
V. NINO
CALAMA
DESEMBOCADURA DEL RIO LOA
QUILLAGUA
TOCOPILLA
TOCO
RIO LOA
CHUQUICAMATA
CHACANCE
CALAMA
GATICO
COBIJA
DTO. DE TOCOPILLA
SOLITAR
SIERRA GORDA
MEJILLONES
CARACOLES
SAN PEDRO DE ATACAMA
ELVIRA
ANTOFAGASTA
COLOSO
SOQUETE
AGUA DULCE
EL COBRE
AUGUSTA VICTORIA
LAS BLANCAS
HUANCHACA
PUQUIOS
ROSENCALADA
PAPOSO
DTO. DE TALTAL
TALTAL
REP. DE BOLIVIA
PUNA DE ATACAMA
REP. DE ARGENTINA
Ubicacion de Rios Aguadas y Piques en el Dep. de Antofagasta
Referencias
RIOS
AGUADAS
PIQUES
FERROCARRILES

Rio San Pedro.—Antofagasta

dado al análisis el siguiente resultado, dejando 2.12 gramos por Litro de residuo fijo:

Observado	
Cloruro	1.02
Acido sulfúrico	0.14
Cal	0.12
Magnesia	0.21
Calculado	
Cloruro de sodio	1.33
Sulfato de cal	0.24
Cloruro de calcio	0.05
Cloruro de magnesia	0.50

Acido bórico: reacción pronunciada.

Las aguas de Turi, que brotan en las vegas de Alquina, a 2,420 metros de latitud, tienen propiedades medicinales reconocidas para baños y como estimulante digestivo. Su análisis ha dado, para un litro de agua, 2 gramos 357 centígramos de sales, como sigue:

	Gramos
Acido carbónico libre	0.4584
Bicarbonato de cal	0.4615
Cloruro de sodio	0.9001
Cloruro de potasio	0.0546
Cloruro de magnesia	0.2188
Sílice	0.1154
Sulfato de soda	0.1382
Oxido de hierro y alúmina	0.0082
Materias orgánicas: Oxígeno disponible para su oxidación	0.0024
Total	2,357

Oxígeno y ázoe: cc. 30 por litro.

Acido carbónico libre 232 cc. 90 o sea 23.2 por ciento.

Reacción al tornasol: débilmente alcalina.

Don Ignacio Domeyko, en su estudio sobre las "Aguas Minerales de Chile", hace mención de una vertiente de agua mineral termal situada en la playa de Me...ones, en la que se bañaban los marinos y hallaban en ella en alto grado virtudes medicinales, especialmente contra dolores reumáticos.

En la hora de alta marea, que no siempre alcanza a cubrir la fuente, su temperatura es de 98° Tr. (36.7 C);

En la baja marea es de 99° Tr. (37°-2).

Esta agua tiene sabor del agua del mar y contiene casi las mismas sales, pero en proporción más elevada, como lo demuestra el análisis comparativo de las dos, hecho por el señor Domeyko:

	Agua mineral de Mejillones	Agua del mar
Cloruro de sodio en 10,000 partes	365.31	277.0
Cloruro de magnesio	27.80	36.0
Sulfato de cal	26.60	14.0
Sulfato de magnesia	21.16	23.0
Carbonato de cal	4.02	0.3
Carbonato de magnesia	6.61	
Hierro, alúmina	0.15	
Sílice	0.10	
	451.75	35.03

Como se ve, cuenta la provincia con excelentes aguas termales y minerales, cuya explotación redundaría en beneficio de los empresarios y de la salud pública.

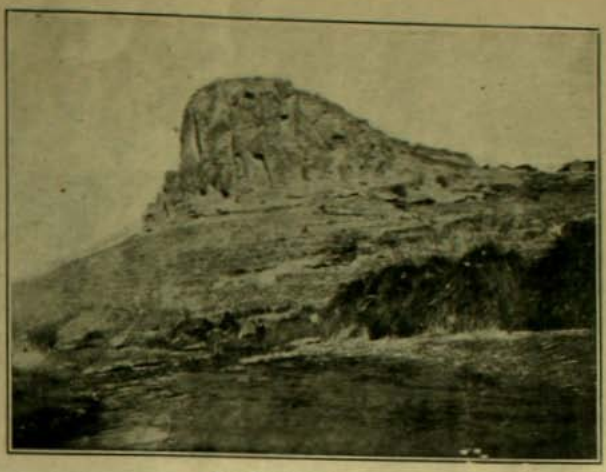
RIOS

El Loa y sus afluentes

Aunque los ríos del Desierto no admiten parangón con los del sur del país, por ser de caudales mucho más escasos, podemos,

sin embargo, comparar el Loa con el Mapocho en los meses de verano y siendo ambos iguales en sus grandes avenidas.

Como ya hemos clasificado las aguas que existen en Antofagasta en ríos, aguadas y piques, los daremos a conocer en el mismo orden, comenzando por el Loa, por ser el que ha dado vida a la agricultura y a la fuerza motriz que utilizan las empresas industriales.



Río Salado.—Antofagasta

El río Loa tiene su nacimiento por los 21° 12' lat. y 68° 34' long., punto en que se levanta el volcán Miño, a más de 4,000 metros de altura sobre el nivel del mar. Corre en una extensión de 133 kilómetros de norte a sur, recibiendo en este trayecto las corrientes de aguas dulces de Chailluire, Ocasioza, Cheia y San Pedro.

A 2 kilómetros más abajo del pueblo de Chiu-Chiu se le une el río Salado, que viene del oriente, descomponiendo las aguas dulces del Loa con las substancias minerales de que están saturadas. Formando con él una sola corriente, continúa el Loa al oeste hasta el lugar llamado Chacance, donde se le junta el río San Salvador, formado por los desagües de las salobres y extensas vegas de Calama y las vertientes de Opache. Aumentado el caudal del Loa con las nocivas aguas de estos riachuelos, continúa ahora al norte hasta el pueblecito de Quillagua. Como a 8 leguas más abajo de este punto, recibe la escasa corriente del arroyo salobre de Calate, bajando enseguida al poniente para desembocar en el mar por el paralelo 21° 25'30", después de recorrer 326 kilómetros. Comparado con el más largo de los ríos de Chile, el Bío-Bío con 256 k., resulta el Loa superior en 70 kilómetros, alcanzando con ello el record de distancia recorrida en el país.

En su primer curso, las aguas dulces del Loa se aprovechan para el cultivo de alfalfa, maíz, verduras, etc., en el pueblo de Chiu-Chiu. Unido al Salado, sirve para la producción de sólo alfalfa y maíz en Calama y para generar fuerza motriz en establecimientos mineros, fábricas de explosivos y luz eléctrica. En el Toco se aprovecha, después de resacada, en el consumo de los habitantes y en los servicios del ferrocarril a Tocopilla, y las del río, en la elaboración del salitre. En Quillagua se usa también para el regadío de productivas chacras.

El volumen de agua del Loa, al llegar a Calama, es, según el ingeniero señor Frik, de 6,511 litros por segundo; los ingenieros de la Compañía Salitrera H. B. Sloman y Cía. han obtenido 4,500; el ingeniero don Francisco Latrille, 5,400, (Boletín de la Sociedad de Minería, tomo IV, pág. 92-Octubre del 84) y el ingeniero don Ricardo Martínez, 5,657 litros, en igual tiempo. Las diferencias provienen, seguramente, de que los aforos fueron hechos en distintos años y meses.

El agua contiene substancias salinas con base de cal y magnesia y cloruro de sodio en la proporción de un gramo nueve décimos por cada litro. Más adelante daremos a conocer sus análisis.

El río San Salvador, que como se ha dicho, nace de las vegas de Calama y de las vertientes de Opache, corre paralelo al Loa hasta su confluencia en Chacance. Un aforo hecho por el ingeniero don Agustín Gallardo en el nacimiento de cada una de ellas, dió para la primera 45,600 litros por minutos y para la segunda 57,540 en igual tiempo.

Antofagasta—Plaza Ferro-Carril (Obsequio de la Colonia Alemana)

De los esteros de Chela y de San Pedro y de las vertientes de Siloli, Palpana y Polapi, la Empresa del Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia conduce a este puerto el agua que se necesita para toda clase de servicios, surtiendo también a los pueblos y Oficinas salitreras de su trayecto. Para ello se sirve de dos cañerías: la antigua de Polapi, con una longitud de 335 kilómetros y la nueva de Siloli de 370 kilómetros y un diámetro de 11 pulgadas. La captación de estas aguas se hace a 4,420 metros de altura sobre el nivel del mar y su poder poductor es de 6,000 toneladas diarias de agua proveniente de las nieves de la cordillera. Hay también en proyecto otra cañería para aumentar el agua destinada a la bebida y a las industrias y que sólo espera la autorización del Gobierno para iniciar los trabajos.

Estas **Pipe-lines** baten el record en Sud-América por su extensión, altura y dificultades vencidas.

La misma Empresa posee en este puerto, en Mejillones y en Coloso máquinas de vapor, destinadas a condensar el agua del mar, que se utiliza también para la bebida y usos domésticos, pues el agua conducida por las cañerías no da abasto para satisfacer el consumo cada vez más crecido del puerto y región salitrera.

El Salado y sus afluentes

El río Salado que, como ya hemos dicho, desnaturaliza las aguas dulces del Loa, corre de oriente a poniente y tiene su origen en los numerosos geysers y *volcanes de agua* que surgen al pie de los cerros de Tatio, en la región de Copacoya.

Dignos de admiración y de estudio son los fenómenos conocidos con el nombre de Geyser y que en Copacoya se encuentran en gran número. Sus aguas son de naturaleza y caracteres eminentemente termales y minerales, condiciones que las hacen impropias para la bebida y cultivo, pero de mucha utilidad por sus buenas cualidades medicinales.

El Salado tiene por afluentes los ríos de agua dulce Tatio, Toconce, Hojalar, Curti, Turicuna; Alquina y Caspana que son aprovechados por los indígenas en el cultivo de alfalfa, legumbres y algunos árboles frutales.

Respecto de este río, se conoce un proyecto confeccionado por el ingeniero don Luis Risopatrón para vaciar sus aguas a los llanos de Tukle, a fin de evitar su unión con el Loa; pero se ha tropezado con la oposición que le hacen los salitreros del Toco, que temen ver disminuído el caudal del río, que es utilizado para producir fuerza motriz, etc., como ya se ha dicho.

A nosotros, conocedores de la región, se nos ha ocurrido que podrían salvarse las dificultades con el siguiente proyecto:

De Calama al punto de unión de los ríos Loa y Salado hay una distancia como de 30 kilómetros. Haciendo un canal para separar las corrientes de uno y otro río, se podría aprovechar el agua dulce para desarrollar y mejorar los cultivos de legumbres, frutas, papas, cebollas, maíz, alfalfa, etc. de Calama; y el agua salada se vaciaría en el río San Salvador, cuyas barrancas tienen en algunas partes hasta 100 metros de profundidad, prestándose ésta y otras circunstancias para formar una poderosa caída de agua, que sería generadora de fuerza motriz a bajo precio y beneficiadora de todas las industrias de la zona vecina.

Este proyecto no costaría mucho dinero; su utilidad sería enorme y los perjuicios a terceros no se dávisan.

El volúmen de agua del río Salado es de

2,800 a 3,500 litros por segundo, según los mismos peritos ya nombrados. Sus aguas contienen cal y magnesia. El cloruro de sodio alcanza a 2 gramos 55 centígramos por litro.

Los análisis practicados por el Instituto de Higiene de Santiago de las aguas del Loa en Chiu-Chiu y en Calama, y del Salado, cerca de Chiu-Chiu, dan los siguientes resultados:

	GRAMOS POR LITRO		
	Río Loa en Chiu-Chiu	Río Loa en Calama	Río Salado en Chiu-Chiu
Residuo seco	1.535	4.065	3.570
Pérdidas por calcinación	—	0.670	—
Cloro	0.4038	1.636	1.5479
Anhidrido nítrico	no hay	no hay	no hay
Anhidrido sulfúrico	0.144	0.2217	0.0755
Dureza total	61°, 60	85°, 10	79°, 20
Dureza permanente	30°, 80	57°,50	48°, 40
Oxígeno consumido por la substancia orgánica		0.0054	
Sílice	0.076	0.080	
Fierro y alúmina	0.012	Indicios	
Cal	0.1426	0.205	
Magnesia	0.0907	0.0756	
Potasa	0.0192	0.0711	
Soda	0.2544	0.973	

El Atacama, sus afluentes y otros ríos

La gran Hoya hidrográfica de Atacama, que se encuentra colindante con las Repúblicas de Bolivia y la Argentina, cuenta con muchos ríos y esteros, de menor caudal que el Salado; pero que alcanza para el cultivo de variados productos en más de mil hectáreas de fértil suelo. Su altura sobre el mar, en la región agrícola, es de 2,500 metros, y tiene una superficie de 110,323 hectáreas.

Definiremos estas corrientes de norte a sur:

El río Atacama, principal de la región, nace en varios brazos de las faldas de los volcanes Putana y Machuca, y corre de norte a sur por más de 80 k. hasta consumirse en los *Aillos* (1) de San Pedro de Atacama. Sus aguas son salobres, pero aptas para el cultivo de la tierra. Tiene por afluentes el río Putana, que después de recibir varias corrientes, toma el nombre de Salado; el Machuca, que en seguida de recoger las aguas de varios arroyuelos y los derrames de las extensas vegas de su nombre, se le llama Río Grande, y también de San Bartolo al pasar por el Establecimiento y Finca de este conocido mineral de barrilla de cobre.

El curso de este río es muy caprichoso, pasando de un lado a otro del valle como 90 veces y formando hermosos potreros de alfalfa, chacras y bosques de algarrobos y chañares.

Otro afluente del Atacama es el Putón, que nace en los cerros del oriente de San Bartolo y se une a los anteriores un poco al norte del aillo de Catarpe.

El río Vilama nace de entre los cerros nevados de Puripica, toma la dirección nor-este a sud-oeste; pasa por los baños termales de Puritama, y 5 k. más abajo se reune en Guatín con otra corriente y forma el aillo de Vilama. De aquí son conducidas las aguas por un canal hasta el aillo de Sólcor, cercano al pueblo de San Pedro de Atacama. Sus aguas son dulces y claras, aunque menos que las del Atacama, y son aprovechadas para la bebida y el cultivo de toda clase de productos en más de quinientas hectáreas. Abundan los algarrobos, chañares, molles, perales, higueras, manzanos, duraznos, damascos, etc., etc.

Más al sur, bajan de los cerros nevados del oriente los arroyos de Zapar Toconao y Pótor dando origen a variados cultivos, sobresaliendo los del bosque de Toconao, de extensión como de cuarenta hectáreas, productoras de exquisitas frutas y de excelentes mostos de pura uva moscatel.

A 4 kilómetros al sur de Toconao está el río de Aguas Blancas, que no da origen a cultivo alguno por contener alumbre sus aguas, inconveniente que podría subsanarse con un trabajo de albañilería que impidiera el contacto con los mantos de aquella substancia que atraviesan el lecho del río y que son los que descomponen las aguas.

Al sur del anterior está el arroyo de

(1) Se llama **Aillos** a los grupos de propiedades de cultivo.

Sóncor, que riega algunas hectáreas de alfalfares, formando vegas de pastos naturales en su parte alta.

Siempre al sur, baja del oriente el arroyo de Cámar, alimentado por las nieves del cerro de Tumisa, y riega algunos maizales, potreros de alfalfa y bosques de algarrobos.

Hermosa vista de árboles frutales de San Pedro de Atacama. Al frente, el Licancaur

Sus derrames e infiltraciones forman las vegas y aguadas de Carvajal, situadas al borde naciente del salar de Atacama.

El riachuelo de Socaire, que sigue al sur, es de más importancia que los anteriores por dar lugar a mayor cultivo de alfalfa, maíz, trigo, cebada, papas, etc. y a bosques de algarrobos y chañares.

El estero de Peine viene en seguida. Baja de los cerros del naciente hasta el caserío de su nombre habitado por 50 ó 60 indios, que se dedican a la agricultura, a la crianza de ganado lanar y a la caza de chinchillas.

La última corriente que existe en esta hoya es la de Tilomonti, que nace de los cerros nevados del oriente, y donde hay cultivos de maíz, trigo, alfalfa, etc. y los infaltables bosques de algarrobos y chañares.

En Tilopozo, punto situado al poniente y cercano al anterior, hay un arroyito que proviene de filtraciones superiores y una aguada con propiedades medicinales y de temperatura de 37°. El agua de este manantial sube a la superficie de honduras considerables, y el terreno se presta para producir pocos artesianos, según opinión del ingeniero don Santiago Muñoz.

Los ríos Zapaleri, Negro, Onar y otros y las lagunas de Aguas Calientes y La Verde, situados en la Puna, a más de 5,000 metros de altura, podrían aumentar el caudal de los anteriores que caen a la Hoya de Atacama haciendo algunos trabajos para represarlos y canalizarlos. Igual observación cabe para los tributarios del Loa en su parte superior.

Las aguas que hoy no se aprovechan en los riegos de estos valles, se pierden en la extensa pampa y en el gran salar de Atacama. Falta allí el esfuerzo del hombre para hacerlas más productivas y eficaces.

Aguadas

En esta forma se encuentra repartida el agua, tanto a la orilla del mar como en el valle central y en la región de cordillera, y como su enumeración sería larga, damos en el plano a conocer su ubicación para demostrar que se hallan distribuídas en casi todo el Desierto.

Para mayor claridad, definiremos las voces que parecen sinónimas, tales como *aguada, manantial, vertiente y puquio*, pero que difieren por sus distintas condiciones de origen y forma.

La *Aguada* es la fuente natural de origen espontáneo, de poca hondura o al nivel del suelo, susceptible de disminuir su volumen al apurar su contenido y de restituirlo en más o menos tiempo.

El *Manantial* es agua que mana, nace y fluye al exterior, haciendo de fuente proveedora de los primeros arroyos o afluentes de los ríos.

La *Vertiente* tiene su origen en las laderas, faldeos o paredes de los valles, por donde las aguas surgidas del subsuelo corren o se deslizan, permanente o intermitentemente, pero siempre sujetas a periodicidades regulares.

El *Puquio* brota en superficie llana y a poca hondura, aunque de orificio profundo, en forma de pozo o estanque y de dimensiones estrechas.

Es notable la profusión de aguas que se encuentra en la costa de Paposo, donde las hay exquisitas y que surgen de las faldas de la montaña en forma de arroyuelos, dando origen al cultivo de hortalizas y de árboles frutales y haciendo relativamente exuberante la vegetación natural de ese tramo de la costa atacameña.

Todas estas aguadas naturales prestan importantes servicios a los mineros y viajeros del Desierto, y se ha reconocido que sus aguas aumentan y mejoran de calidad cuando se ha cuidado de limpiarlas y protegerlas contra los atierros y desperfectos. Con perforaciones y galeras se podría incrementar su potencia, pudiendo ser, entonces, nuevas fuentes de vida para las pampas y el litoral.

Volcán San Pedro.—Antofagasta

Piques

Los primeros exploradores del Desierto que tuvieron necesidad de labrar pozos para proveerse de agua, fueron los mineros de Caracoles, que a la época de su descubrimiento, en 1870, los hicieron en el cordón de cerros denominado de las *Aguas Dulces*, situado a pocos kilómetros al naciente del Mineral y a 3,330 metros sobre el nivel del mar. El agua la encontraron en la base del cerro y en las quebradas, a las profundidades de 10 a 90 metros y de exquisito sabor. Después de proveer a las necesidades de los habitantes de Caracoles por más de 40 años, sirve ahora para la bebida de los toros (bueyes) que vienen de la Argentina a las Oficinas salitreras. Hay pozos labrados en una extensión de más de dos leguas, lo que demuestra la abundancia del agua en esta serranía.

En las minas Escilda, Pueblina y Julia, del grupo de la Isla, y Niza, Resurrección, Descada y California, del de la Placilla de Caracoles, se ha encontrado agua salobre desde los 150 metros de hondura.

A pocos kilómetros al naciente de la estación de Sierra Gorda se encuentra el pozo de la Victoria con agua salobre a los 60 metros.

En el cantón salitrero de Salinas, comprendido entre los kilómetros 109 (Cerrillos) y 171 (Sierra Gorda) de la línea del ferrocarril de Antofagasta a Bolivia, se han hecho pozos en casi todas las Oficinas, encontrando agua salobre a distintas profundidades. Uno de Carmen Alto daba a los 14 metros. 180 metros cúbicos en 24 horas. Otro de la Oficina Anita, 140 metros cúbicos en el mismo tiempo.

En el cantón de Aguas Blancas se encuentran *Puquios* de agua dulce, que utilizaron los primeros cateadores de esas pampas. Después, las Compañías Salitreras han hecho *piques* en gran parte de la región, obteniendo agua dulce a poca profundidad y en abundancia. En el pueblo de Yungay de ese cantón, sus habitantes han hecho pozos a mano, consiguiendo agua buena a los 6 metros. Esta es una de las zonas del Desierto en que hay más abundancia de agua dulce y a menos profundidad. Siguiendo sus corrientes y aprovechándolas podría el agua dar vida a remuneradores cultivos.

En el cantón de El Boquete, se ha encontrado agua salobre desde los 60 metros, aprovechándose, resacada, en el consumo de los habitantes, y la salada, en el beneficio del salitre de las Oficinas Domeyko, Pisis y Savona. A pocos kilómetros de la pampa Augusta Victoria, se conoce la aguada de Mariposas, donde la Compañía, propietaria de esos terrenos salitreros, se propone labrar pozos para extraer el agua que necesite en sus labores. En la Pampa Elvira, como a 60 kilómetros al noreste de El Boquete, se ha encontrado agua salobre a los pocos metros.

Manantial de agua dulce en el Desierto de Sahara

Un poco al sur del pueblo de San Pedro de Atacama, los habitantes de los *Aillos* han hecho pozos que a los 10 metros de hondura han comenzado a dar agua, la que utilizan para la bebida y menesteres caseros. Aseguran que el agua subterránea se encuentra en todas partes, pues hay abundancia de arbustos, vegas y pantanos. El agua provendría, en parte, de los derrames de los ríos Atacama y Vilama, que riegan el valle, y de las filtraciones de las nieves de la cordillera vecina del oriente.

La Empresa del Ferrocarril Longitudinal ha labrado 25 piques entre las estaciones de Pueblo Hundido, en Chañaral, y Pintados, en Tarapacá, encontrando agua dulce en muchos de ellos y salada en otros. La producción más abundante de la de buena calidad la tiene en Aguas Blancas, donde alcanza a 225 toneladas en las 24 horas.

Tales son los piques que se han labrado hasta ahora con éxito en el departamento de Antofagasta. Hay también otros que han fracazado, pero ha sido, tal vez, por mala elección del terreno o por carecer de medios para alcanzar mayor hondura.

Se ve, pues, que donde se ha necesitado agua, se la ha encontrado. Esto viene a confirmar el aforismo que dice: "buscad y encontraréis". Lógico nos parece, entonces, suponer la existencia de corrientes subterráneas en casi todo el Desierto, y un hermoso ejemplo nos presenta el caso del *Pique* de la *Buena Esperanza*, relatado por el ingeniero señor Muñoz, que dice lo siguiente: "Digno premio a la perseverancia en el trabajo, fué el de haber alcanzado agua exquisita en este pozo. Empezado con timidez en plena llanura del desierto de varas, del departamento de Copiapó, a 10 kilómetros de distancia al oriente de Chimbero, y con objeto de buscar el indispensable elemento de vida para una numerosa población, fué abandonado a los 50 metros, para volver después de cierto tiempo a recomenzar su perforación hasta los 100 metros, sin haber dado con el menor indicio de agua. Pero el cascajo del terreno indicaba una sucesión regular de depósitos lacustres, y mediante un contrato fué convenida la perforación de 100 metros más, que todavía no resolvieron el problema; pero continuaron en la certidumbre de que el agua existía más abajo. Fué cuestión de 20 metros más para obtener un manantial fecundo en bienes e inagotable en producción. Los sobrantes de una extracción bastante para 2,000 almas y para las necesidades industriales de las minas, dan todavía agua para un cultivo de hortalizas, que constituye lo que en Desierto se llama *Finca de la Buena Esperanza*, verdadero oasis artificial."

Otra confirmación la tenemos en el descubrimiento de aguas subterráneas hecho el 9 de Enero de este año en el kilómetro 96.

estación de San Pedro, de la línea férrea de Copiapó a Chañaral. Se le encontró abundante a los 78 metros de profundidad, atravesándose primero terreno de acarreo y arena gruesa hasta los 10 metros; después vino un manto de greda y en seguida una capa de arena, que fué la productora de la vertiente que da agua de agradable sabor.

El conocimiento de los recursos de agua con que cuenta la Provincia y que dejamos relacionados, podrá estimular el interés particular a la asociación de capitales para empresas hidrológicas, hidráulicas y agrícolas, a fin de aprovechar las aguas conocidas, perdidas e ignoradas, en el desarrollo de las industrias que necesiten de este elemento y en el cultivo de mayores extensiones de terrenos, cuyas producciones abaratarían la vida en el Desierto y facilitarían el cateo y explotación de las riquezas minerales de que abundan sus serranías.

Nos halaga la esperanza de que este estudio despierte alguna iniciativa que investigue, purifique y utilice en mayor escala los recursos hidrológicos que se pierden actualmente; pero que la sabia naturaleza los ha puesto de manifiesto para que sean aprovechados por el hombre, transformando el árido y desolado desierto en reproductivos y fértiles campos.

En otros países, investigando el agua por medio de las sondas, se han encontrado valiosas substancias minerales, como las sales potásicas, el bromo, el bórax, el yodo, el carbón de piedra y el combustible del porvenir: el petróleo.

CUSTODIO ROJAS A.

Antofagasta, Marzo de 1914.

Bosque de Tilomonti.—Antofagasta

LAS MODAS

Por

Mme. de GIRARDIN

Las modas deben inevitablemente variar según la edad y la posición, y corregirse por la fortuna, por el barrio en que se vive; según las costumbres, según las figuras y el aspecto de la persona, según las circunstancias y hasta según los acontecimientos de la vida.

Según las fortunas: pues las modas exorbitantes no hallarían cómo amoldarse a las fortunas modestas; las prendas de gran lujo no pueden sobrevivir al efecto que producen, y exigen por esto una verdadera prodigalidad. Pedíanle a un célebre dandy, el Brummel francés, que se mostrara por segunda vez con un chaleco maravilloso y estupefactante que había obtenido a su aparición un éxito entusiasta: "¿Por qué no os lo habéis vuelto a poner nunca?" le preguntaban sus adeptos. El respondió con estas palabras memorables: "Hay chalecos, caballeros, que no deben llevarse más de cinco minutos" Y tenía razón. Se presentan en la vida días y chalecos que no tienen vuelta.

Según el barrio: pues lo que es de suprema elegancia en un punto, es con frecuencia de supremo ridículo en otro. Por ejemplo, la moda en este momento consiste de adornar los vestidos con seis, siete y ocho volantes. Nos bastará esta moda para demostrar la verdad de todas nuestras observaciones. Si una damisela de la Chaussée-d'Antin va al baile que da un banquero de la ex-calle del Mont-Blanc, ataviada con un traje adornado por el estilo: la encontrarán deliciosa, y los ocho volantes serán allí no solamente apreciados sino envidiados por todos los trajes rivales que no tendrán más de cuatro, cinco o seis volantes. El tener ocho quiere decir: Yo hago las cosas más en grande que vos: soy elegante hasta la octava categoría: tengo dos cuarteles de nobleza más que vos soy; me estimo y valgo dos volantes más que vos, y las señoras dirán: "¿Habíais visto otra igual?... se presenta admirablemente esta noche..."

Ahora, por el contrario, suponed que esta elegante se vaya antes del baile a una visita a un salón del barrio Saint Germain, no del barrio emancipado sino de aquel que se llama el puro faubourg Saint Germain, aquel que no atraviesa nunca los puentes, que nunca va al teatro, y que parece haberse consagrado a expiar en un profundo retiro los placeres que gustan los demás barrios de París.

Os figuráis el efecto de esos ocho volantes en ese mundo noblemente sencillo y caritativamente razonable. Esos ocho volantes dan un escándalo; tal aderezo de bailarina subleva el buen gusto de cada cual. Se cambian miradas de indignación: la sorpresa

llega hasta la inquietud: las más compasivas la creen loca, en tanto que las matronas severas hacen claras alusiones a la vestimenta de los payasos.

Y siempre ha de ocurrir lo mismo, pues las modas requieren para hacerse admitir, que se las presente por gradaciones, ya que los ojos no pueden pasar de repente de una falda ribeteada, a esta desconcertante guarnición de ocho volantes. Las modas son parecidas a las costumbres nacionales: solo conservan su gracia por completo mientras no salen del país, y se necesita para hacerlas valer, del clima y de los hábitos que, por así decirlo, las han inspirado. Por igual motivo, las modas no pueden brillar con todo su esplendor sino en la región, en el barrio que las ha visto nacer, y se precisa para darles mérito, los usos, las pretensiones y las manías que las han inspirado.

Las modas tienen por último leyes que acatar, reglas que seguir, gradaciones que adoptar, derechos que establecer: esta legislación vale tanto como cualquiera otra. Permitásenos esta comparación: los Ministros proponen, la Cámara de Diputados adopta, el Senado consagra, el gobierno ejecuta. Pues bien, igual ocurre con las leyes de la Moda: la Chaussée-d'Antin propone, el Faubourg Saint-Honoré adopta, el faubourg Saint Germain consagra, el Marais ejecuta y entierra.

Hemos dicho también: *Según las costumbres*: Una hermosa indolente que pasara tendida en un sofá, ¿podría llevar un traje guarnecido de ocho volantes? No; esto sería un asesinato.

Según las figuras y el talante: Una mujercita chica y gruesa ¿podría permitirse llevar un traje guarnecido de ocho volantes? No, porque tomaría el aspecto de un tonel con ocho zunchos. Sería una mascarada.

Según las circunstancias: ¿Puede una mujer ir a un espectáculo de segundo orden al concierto Masard, o salir a pie con un traje de ocho volantes? No; sería una imprudencia.

Según los acontecimientos de la vida: ¿Puede una mujer llevar como traje de luto uno con ocho volantes? No; sería un sacrilegio.

Quede, pues, probado que las modas tienen dos naturalezas bien diferentes, que no pueden confundirse sin grandes peligros; por esto las dividiremos en dos categorías: *modas generales, modas excepcionales.*— La moda es reina absoluta, pero no cosa absoluta. Tal moda sienta en tal edad y en tal posición, pero es singularmente ridícula en tal otra edad y en tal otra posición. Tal combinación que es encantadora usada dos o tres veces, más tiempo resulta ridícula y burlesca.

LORD NORTHCLIFFE

A cualquier lado que se vuelva la vista, lo mismo en el campo de la política que en el de las letras, se buscará en vano una personalidad que pueda compararse con Alfredo Harmsworth. En su especie, digámoslo así, es un hombre sin par. Hay monarcas que pueden dictar su voluntad a millones de súbditos, pero sólo existe un hombre en el mundo que todas las mañanas puede encauzar las opiniones de varios millones de conciudadanos.

Este hombre extraordinario, es Harmsworth, Lord Northcliffe. Propietario del "Times", el más influyente de los periódicos del mundo entero, ha fundado hasta medio centenar de publicaciones cotidianas o periódicos de reputación mundial, muchos de ellos: el "Daily Mail", el diario de más circulación de las Islas Británicas; el "Daily Mirror", el más importante de los diarios ilustrados, con una tirada normal de ochocientos cincuenta mil ejemplares, y que en ocasiones memorables ha llegado a la estupenda cifra de dos millones y medio de números; el "Evening News", considerado por los ingleses como el primer periódico de la tarde; el "London Magazine", etc.

Para dar idea de la obra gigantesca de este rey del periodismo, basta decir que los periódicos fundados por él representan un capital de más de 250 millones de pesetas; que en conjunto distribuyen diariamente cinco millones de ejemplares, y que los ingresos de la empresa ascienden a medio millón por día, sin contar la publicidad.

Estos datos quedarían incompletos si no abordásemos el lado industrial de la empresa. Hace seis años, Lord Northcliffe, cuyos periódicos consumían ya 25 millones de pesetas en papel, decidió ser su propio proveedor de tan capital artículo, y rápido en el ejecutar como en el concebir, compró en el centro de la isla de Terranova 5,500 kilómetros cuadrados de selvas vírgenes, pobladas de osos, lobos y castores. Antes de transcurrir cuatro años, Lord Northcliffe inauguraba en el corazón de aquellas selvas inexploradas una fábrica modelo de pasta de papel, la más grande del mundo; 25,000 caballos de vapor movían las máquinas que cada 24 horas devoraban 50,000 árboles para devolverlos convertidos en pulpa o pasta de papel, o sea un consumo anual de 16 millones de troncos y una producción de 48,000 toneladas de pulpa de madera y 60,000 de papel presto para pasar a las máquinas de imprimir.

Mientras se formaba la fábrica monstruo, un ejército de obreros edificaba en sus inmediaciones una ciudad capaz para 3,000 habitantes—el efectivo del personal de la empresa—y un segundo ejército construía 33 kilómetros de línea férrea para poner la ciudad y la fábrica en comunicación con el puerto más próximo.

Simultáneamente, el infatigable periodista construía en Gravesend, en la desembocadura del Támesis, una fábrica capaz de transformar en papel la pasta de Terranova, a razón de 5,000 toneladas mensuales. Para completar su obra, para verse libre de concursos extraños, para ser completamente dueño de sí mismo, no le faltaba sino fabricarse la tinta de imprenta, cuyo consumo importaba más de un millón al año, y no tardó en crear la fábrica necesaria, acabando así la evolución del formidable organismo hacia la independencia absoluta.

Este hombre, cuya carrera se distingue por una serie casi constante de triunfos y que ha enriquecido a todos los que le han seguido en sus empresas, ha creado, sin embargo, con deliberado propósito, un periódico cuya posesión no le envidiaría nunca los creadores de negocios ¡un periódico para ciegos impreso en caracteres Braille! El gran industrial que gasta 40 millones en hacer surgir una fábrica del seno de una selva virgen, se complace en publicar con pérdida un semanario que permite a unos cuantos millares de ciegos comunicarse con el mundo exterior!

Mecenas de la aviación, cuyo porvenir presintió, ha contribuído en gran manera a sus progresos, organizando concursos dotados de premios tentadores: 250,000 pesetas para el vuelo Londres-Manchester, otra suma igual para el circuito aéreo de la Gran Bretaña, dos gloriosos trofeos que se llevaron los franceses Paulham y Beaumont, y 250,000 pesetas más que ofrece ahora al primer aviador que cruce el Atlántico

Se llama—dijo Hop-Frog.—"Los ocho orangutanes encadenados"

HOP - FROG

Por

EDGARD POE

Ilustraciones de Gordon

El enano retrocedió; los cortesanos sonrieron maliciosamente; el rey enrojeció de rabia. Entonces, pálida como una muerta, Tripetta avanzó hasta el sillón del tirano, y le pidió perdón para Hop-Frog.

Estupefacto por tal audacia, el Rey la miró algunos minutos. No sabía cómo desahogar su violenta indignación. Después, sin pronunciar una sola palabra, la empujó cruelmente, y le arrojó al rostro el contenido de la copa.

La pobre chica se levantó como pudo, y volvió a colocarse en su sitio, al pie de la mesa, no atreviéndose ni a suspirar. Un silencio de muerte reinó algunos minutos: se hubiera podido oir la caída de una hoja, de una pluma. Luego un rechinar sordo, pero ronco y prolongado, pareció surgir a la vez de todos los rincones de la cámara.

Furioso el Rey, se volvió hacia el enano, preguntándole por qué hacía aquel ruido. Hop Frog parecía ya sereno, y mirando fija y tranquilamente al Rey, exclamó:

—Yo! ¿Cómo puedo ser yo?

Uno de los cortesanos hizo notar que el

ruido parecía venir de fuera, y que era, sin duda, el papagayo del balcón, al afilarse el pico en los barrotes de la jaula.

—Es verdad! murmuró el Monarca. Sin embargo, hubiera jurado que era el chirrido de los dientes de este miserable.

El enano se puso a reir (el Rey era demasiado farsante para encolerizarse por una risa), y mostró una formidable y poderosa ringlera de dientes. Luego declaró que estaba pronto a beber todo el vino que se quisiese, y después de apurar una desbordante copa, se puso a explicar el plan de la mascarada.

—No puedo deciros, expuso, cómo me ha venido esta asociación de ideas; pero mientras V. M. golpeaba a Tripetta arrojándole el vino al rostro, y mientras el papagayo gritaba en la ventana, he concebido una diversión peregrina. Es un juego que en mi país introducimos con mucha frecuencia en las mascaradas, pero que aquí se ignora en absoluto. Desgraciadamente son necesario ocho.

—Somos precisamente ocho, exclamó el Rey: yo y mis siete Ministros. Explícanos ese juego.

—Se llama, dijo Hop-Frog, *Los ocho orangutanes encadenados*, y es en verdad, un juego muy divertido cuando se ejecuta diestramente.

—Lo ejecutaremos, dijo el Rey encantado.

—La gracia del juego, prosiguió Hop Frog, es el terror que causa en las mujeres.

—Admirable! exclamaron en coro el Monarca y sus consejeros.

—Yo mismo os disfrazaré de simios, añadió el enano. Confiad en mí: yo garantizo el parecido. Todos los invitados os tomarán por animales verdaderos. Juzgad de su espanto!

—Encantador! dijo el Rey. Haremos de ti un hombre, Hop-Frog! Tienes ingenio!

—El ruido de las cadenas aumentará el desorden. Os supondrán escapados de vuestras jaulas. ¡Calculad el aspecto gracioso de un baile en el cual ocho orangutanes encadenados hacen irrupción dando gritos salvajes en medio de una multitud brillante y engalanada!

—Convenido! dijo el Rey levantándose vivamente con sus Ministros para llevar a efecto el proyecto de Hop-Frog. El tiempo urgía.

El bufón los transformó en orangutanes de un modo muy somero, pero suficiente. Los animales de esta especie eran raros entonces en los países civilizados: se podía, pues, imitarlos fácilmente, como decía Hop Frog. El Rey y sus Ministros fueron metidos en camisas y calzones encolados y barnizados con brea. Uno de los Ministros sugirió la idea de adornarse con plumas; pero Hop-Frog no quiso y no le costó gran trabajo persuadir a los ocho personajes de que la linaza imitaba mucho mejor la piel del orangután. Se extendió una capa espesa por encima de la de brea. Luego tomó una gran cadena que pasó al rededor de la cintura del Rey y de sus siete secuaces, y encadenados de esta suerte, se apartaron los unos de los otros y formaron un círculo.

La gran sala de baile era una alta pieza circular, en donde la luz del sol penetraba por una ventana única, abierta en el techo. Aquella noche estaba alumbrada por una inmensa araña sostenida por una cadena que se bajaba o subía por medio de un simple contrapeso, y que, para no deslucir la elegancia decorativa, pasaba por encima de la cúpula después de atravesar el techo.

Tripetta había sido encargada de la ornamentación de la sala; pero Hop-Frog la había ayudado en el arreglo de ciertos detalles. Así, por su consejo se había elevado la araña, por miedo a que el gotear de la cera, producido por una atmósfera tan calurosa, manchase los vestidos de los invitados, demasiado numerosos para que pudieran huir del centro de la sala de donde pendía la araña, la cual fué suplida por candelabros encendidos en sitios diversos. Puso, además, un hachón perfumado en la mano derecha de cada una de las cincuenta o sesenta cariátides que decoraban los muros.

Siguiendo la orden de Hop-Frog, los ocho orangutanes hicieron su entrada a la media noche en medio de la multitud enmascarada. Cuando el reloj dió su última campanada, se precipitaron como una tromba, rodando y arrastrando su cadena. El efecto fué prodigioso y conmovió alegremente el corazón del Rey. La mayor parte de los invitados creyó firmemente que aquellos ocho seres feroces eran verdaderos animales; algunas mujeres se desmayaron, y el Rey y sus Ministros hubieran podido pagar cara su broma si no se hubiera prohibido ir con armas al baile. Todo el mundo se precipitó hacia

Yo no soy más que Hop-Frog; ved aquí mi última bufonada

las puertas: pero se habían cerrado después de la entrada del Rey, el cual había guardado las llaves.

Cuando el pánico estaba en su colmo y cada uno no pensaba sino en su propia salvación, la cadena que servía para sostener la araña (que había sido igualmente retirada) descendió por el arco de la bóveda hasta que el gancho de su extremidad estuvo a tres o cuatro pies del suelo.

En el mismo instante, el Rey y sus siete acompañantes, después de haber recorrido la sala en todos sentidos, se encontraron al fin en el centro debajo de la araña. Mientras estaban allí, el enano, que no los había abandonado, se agarró a su cadena y la enlazó rápidamente al gancho de la araña. Entonces, como empujada por un agente invisible, la cadena se elevó lo suficiente para que los orangutanes quedaran colgando.

Menos alarmadas ya, las máscaras, que empezaban a creer en una simple burla, lanzaron una formidable carcajada.

—Guardádmelos! gritó Hop-Frog con su voz aguda y penetrante, que dominaba el ensordecedor tumulto. Guardádmelos! Yo creo conocerlos, y voy a deciros en seguida sus nombres!

Entonces se acercó al muro, arrancó un hachón de una de las cariátides, volvió al centro de la sala, saltó con la agilidad de un mono sobre la cabeza del Rey, subió algunos anillos de la cadena, y colocó su hachón sobre el grupo de los orangutanes, como para reconocerlos.

En tanto que la multitud se desternillaba de risa, el bufón lanzó un agudo silbido, y la cadena se elevó treinta pies, balanceándose con ella los orangutanes aterrorizados. Hop-Frog, que había seguido el movimiento de ascensión, puso nuevamente su hachón sobre ellos, como si se tratara de descubrir quiénes eran. Después castañeteó los dientes con un rechinamiento ronco, parecido al que había emocionado al Rey cuando arrojó el vino al rostro de Tripetta. No era el papagayo aquella vez; era el enano que hacía crujir los dientes apretados como si moliera cristal, mientras sus ojos centelleaban de cólera.

—Ah! Ah! dijo. Empiezo a ver quiénes son estas gentes!

Con el pretexto de examinar desde más cerca al Rey, acercó el hachón a su vestido embreado, que inmediatamente produjo una oleada de llamas. En pocos segundos los ocho orangutanes ardieron furiosamente, en medio de los gritos de horror de la multitud impotente para prestarles socorro.

Después, el fuego obligó a Hop-Frog a trepar fuera de su alcance, y entonces fué cuando en el gran silencio que produjo el espanto general, tomó la palabra:

—Veo distintamente quiénes son estas máscaras, exclamó. Veo a un Rey y sus siete Ministros; un Rey que le pegó a una muchacha sin defensa, y sus siete consejeros que rieron viendo su infamia. Yo no soy más que Hop-Frog el bufón: ved aquí mi última bufonada.

La obra de venganza estaba cumplida: gracias a la excesiva combustibilidad del cáñamo y de la brea, los ocho cadáveres no eran más que una masa fétida y horripilante. Hop-Frog lanzó su antorcha sobre ella, trepó por la cadena y desapareció tras la cristalería del techo.

Se creyó que Tripetta había ayudado a su compañero en su espantosa venganza; pero no pudo confirmarse esta sospecha; porque, a pesar de cuantas pesquisas se realizaron, el histrión y la bailarina no volvieron a aparecer más.

El testamento de Bibí la Croustille

Por

JEAN DRAULT

CUENTO MILITAR (Traducido para PACIFICO MAGAZINE)

En los alrededores del campamento de Soug-el-Arba, Amadeo el Maltes instaló una barraca de tablas para vender en ella toda clase de licores, de ordinario prohibidos, y para hacer danzar las bailarinas indígenas al son de las "raïtas". Ejercía también la usura, enriqueciéndose de la miseria del soldado, recibiendo en pago la ración y el botín de los "alegres" (1).

Bibí la Croustille llegó a deberle treinta y cinco francos, suma a que alcanzó un préstamo de cinco francos al módico interés del ciento por ciento al mes, a plazos renovables.

El último recibo firmado por Bibí, decía:

"Reconozco haber robado 35 francos al Maltes Amadeo, que consiente en no reclamar ante mis jefes a condición de que yo le pague esta suma en la semana próxima."

Bibí esperaba un giro postal de París. Ese giro no llegó jamás. Y el pobre Bibí tuvo miedo del Consejo de Guerra, él que no tenía miedo a nadie. Indudablemente, que pudo acusar de "chantage" al usurero; pero, ¿le habrían creído?

Además, prefería salir del pantano haciéndole una bonita jugada al Maltes. Por otra parte, tenía vehementes deseos de cambiar de temperamento.

Simuló estar poseído de honda tristeza y dijo al "Poroto", que no sólo era su compañero de fila, sino también su admirador y su discípulo:

—¿Sabes tú cómo llaman los árabes el campamento de Sou-el-Arba?

—No.

—¡El campo de la Muerte!

—¡Diablos!

—Es un presagio. Tengo la idea fija de que no voy a vivir mucho tiempo.

—¡No seas bruto!

—¡Oh! Lo tengo metido en mi mollera... Hay sueños que no engañan jamás. De todas maneras, voy a hacer mi testamento... Tú lo guardarás cuidadosamente en tu mochila. Pierde cuidado, no te olvidaré!

Bajo la carpa, en una hoja de papel de oficio, Bibí escribió su última voluntad:

"Yo, abajo firmado, Julio Boucicard, alias Bibí la Croustille, nacido en Menilmuche, sano de cuerpo y de espíritu, lego mi navaja de acero al Poroto y mi corvo a mi viejo amigo Roufiard. Lego mi otro cuchillo con mango de hueso al cabo de mi escuadra. Lego al comandante de mi batallón el homenaje de mi mayor respeto. Lego a Amadeo el Maltes, alias "Sanguijuela", mi desprecio al interés de dos mil por ciento a la semana.

"En fe de lo cual firmo:

Bibí la Croustille."

"Poxt Scriptum.—Si se encuentra mi cadáver, autorizo para que se le embalsame y para que sea expuesto en el Museo de Louvre, a fin de que sirva a la ciencia."

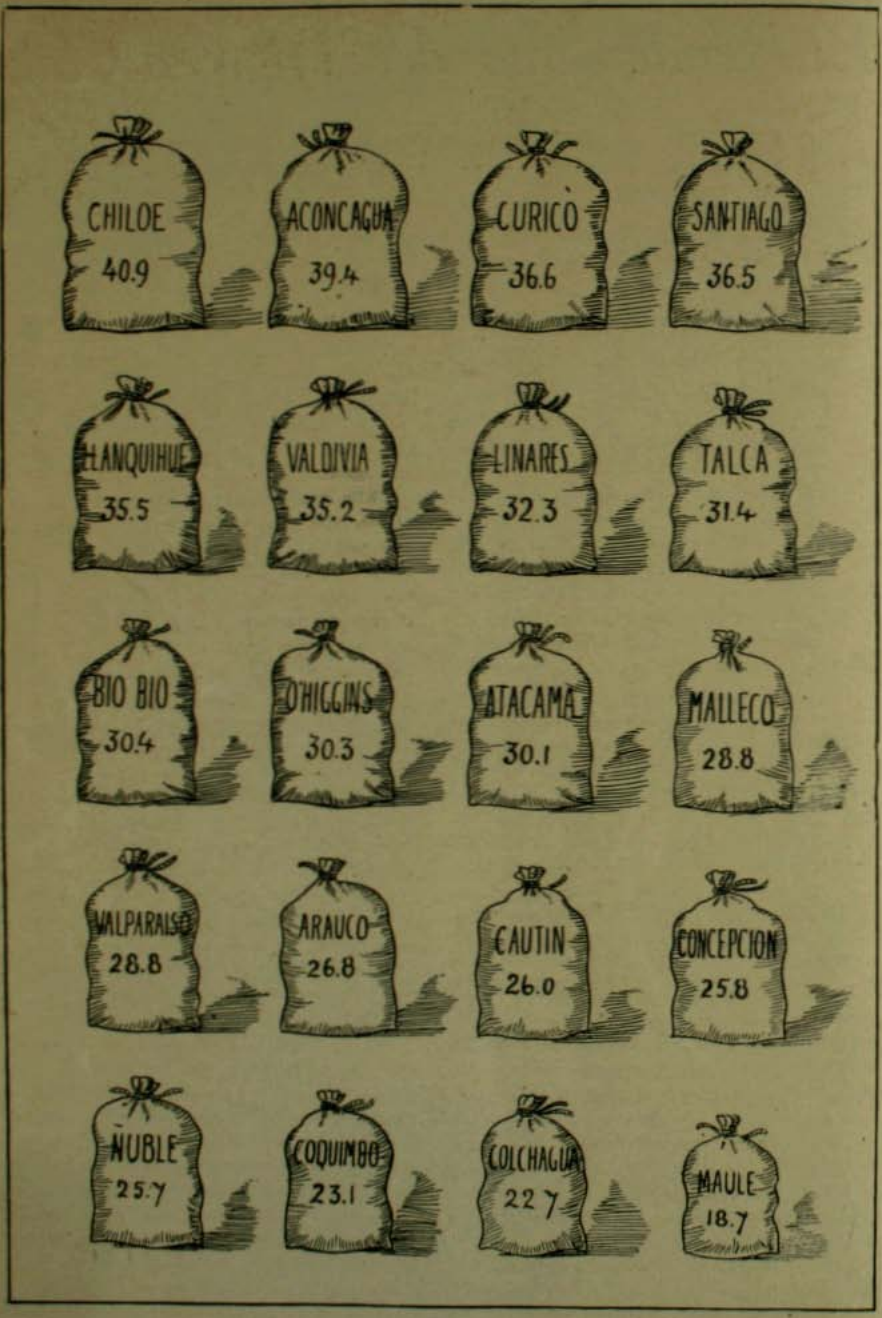
Todo esto escrito con la ortografía correspondiente.

Este genial documento fué plegado, lacrado con la pomada de lustrar y entregado al Poroto, que no debía abrirlo sino después de la muerte de Bibí la Croustille.

—Y eso no demorará mucho! agregó este último, con una melancolía un tanto enfática. Siento que mi última hora se acerca. El campo de la Muerte verá la mía!

Cinco días más tarde, en la noche, se produjo un ataque de beduínos contra el campamento. Los "alegres" tuvieron bas-

(1) Joyeux, nombre con que se designa a los soldados de los batallones disciplinarios del Africa.



Rendimiento del trigo en hectólitros por cuadra en cada una de las provincias de Chile

en realidad, más allá de Llanquihue, los sembríos del rey de los cereales son escasos.

Esta consideración duplica el interés de los datos que vamos a presentar sobre la produción del trigo en Chile, porque, en conjunto, lo cierto es que las tierras que dedicamos a ese cultivo, figuran entre las mejores que poseemos.

¿Qué lugar ocupa hoy Chile por lo que respecta al rendimiento del trigo por hectárea?

Uno bastante inferior al de la mayoría de los países de Europa, pero bastante favorable si lo comparamos con los países extra-europeos.

Tomamos como base de nuestros cálculos el año agrícola de 1910-1911, último de que poseemos datos completos.

Chile produjo ese año, por término medio, poco más de 29 hectólitros por cuadra sembrada. El dato en sí vale poco, dada la enorme diversidad de condiciones naturales y de cultivo que presenta nuestro extenso territorio.

Las provincias del Norte, en que el trigo sólo se siembra en tierras de regadío, produjeron: Atacama, 30.1 hectólitros por cuadra, y Coquimbo. 23.1. Como se ve, el promedio, es inferior al del país tomado en su conjunto. Las provincias del centro, entre Aconcagua y Bio-Bío, producen trigo a la vez de riego y de secano. Lástima es que la estadística no distinga ambos géneros de producción. Debemos, sí, atenernos al total. Las cifras de estas provincias son: Aconcagua 39.4, Curicó 36.6, Santiago 36.5, Linares 32.3, Talca 31,4, Bio-Bio 30.4, O'Higgins 30,3, Valparaíso 28.8, Ñuble 25.7, y Colchagua 22.7. Como se ve, estas cifras exceden a la de la producción media, salvo las tres últimas. La proporción mayor o menor en que concurren los rulos a la producción de dichas provincias, debe influir notablemente en el resultado total.

La provincia de Maule, incluída en esta zona, carece de terrenos de riego (sólo posee 2,700 hectáreas). Sus cosechas de trigo son las más escasas del país, y alcanzaron sólo a 18.7 hectólitros por cuadra.

Las provincias entre Concepción y Cautín, si se exceptúa la semi-regada Bio-Bío, sólo cosechan trigo de rulo, pero bajo un clima más propicio, pues allí no faltan completamente las lluvias de primavera y de verano. La producción de trigo por cuadra fué en dichas provincias: de 28.8 hectólitros en Malleco, de 26.8 en Arauco, de 26.0 en Cautín y de 25.8 en Concepción, cifras todas inferiores al promedio general del país.

Las provincias de Valdivia, Llanquihue y Chiloé, que son las más análogas por sus condiciones físicas, a la Europa Occidental, ocupan también un lugar preferente como trigueras. Chiloé dió 40.9 hectólitros por cuadra, Llanquihue 35.5 y Valdivia 35.2.

Comparemos ahora los datos apuntados, con los correspondientes a los países europeos.

Cinco de éstos ofrecen en su conjunto una productividad mayor que la de ninguna provincia de Chile, ni aún las más favorecidas. Estos son: Dinamarca. 57.5 hectólitros por cuadra; Suecia, 47.8; Holanda, 46.3; Suiza, 46.1, y Gran Bretaña (Con Irlanda), 44.3.

Vienen en seguida: Alemania, 41.7, que puede compararse como país triguero con Chiloé (40.9) y Aconcagua (39.4), que apenas le son inferiores.

La Noruega (35.8) hectólitros por cuadra, ocupa como productora de trigo en lugar análogo al de nuestras provincias de Curicó (36.6), Santiago (36.5), Llanquihue (35.5) y Valdivia (35.2).

La Rumania (32.5 hectólitros por cuadra) avecina por su rendimiento medio a las provincias de Linares (32.3) y Talca (31.4).

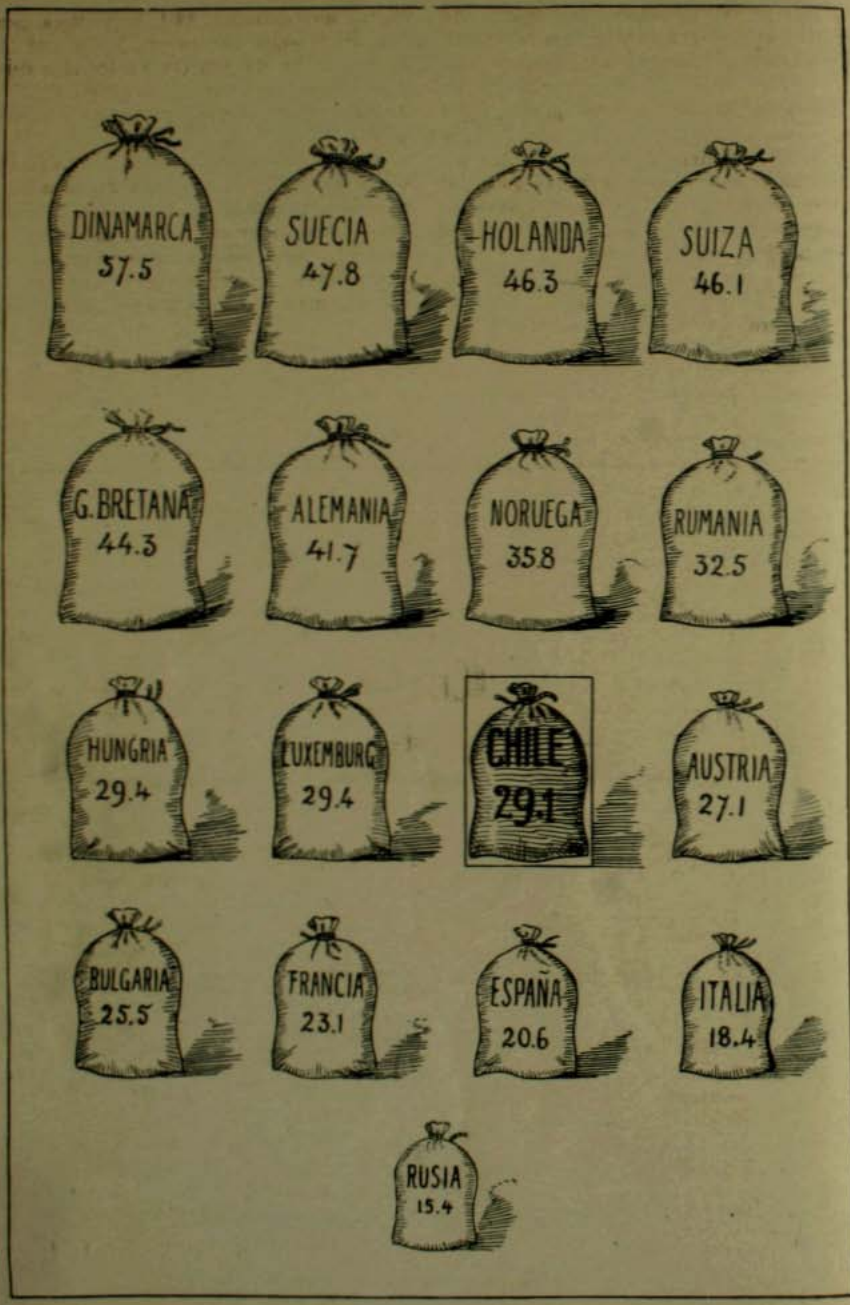
La Hungría, uno de los graneros de Europa (29.4 hectólitros por cuadra) y el Luxemburgo, son comparables a Bio-Bío (30.4), O'Higgins (30.3), Atacama (30.1), Malleco (28.8) y Valparaíso (28.8).

El Austria (27.1 hectólitros por cuadra) y la Bulgaria (25.5), ocupan la categoría de nuestras provincias de Arauco (26.8), Cautín (26.0), Concepción (25.8) y Ñuble (25.7).

La Francia (23.8 hectólitros por cuadra), puede figurar al lado de Coquimbo (23.1) y Colchagua (22.7).

La España (20.6 hectólitros por cuadra) es un poco superior en su rendimiento a Maule (18.7).

Por fin, la Italia (18.4 hectólitros por cuadra) y la Rusia (15.4), ofrecen rendimientos inferiores al de todas nuestras provincias.



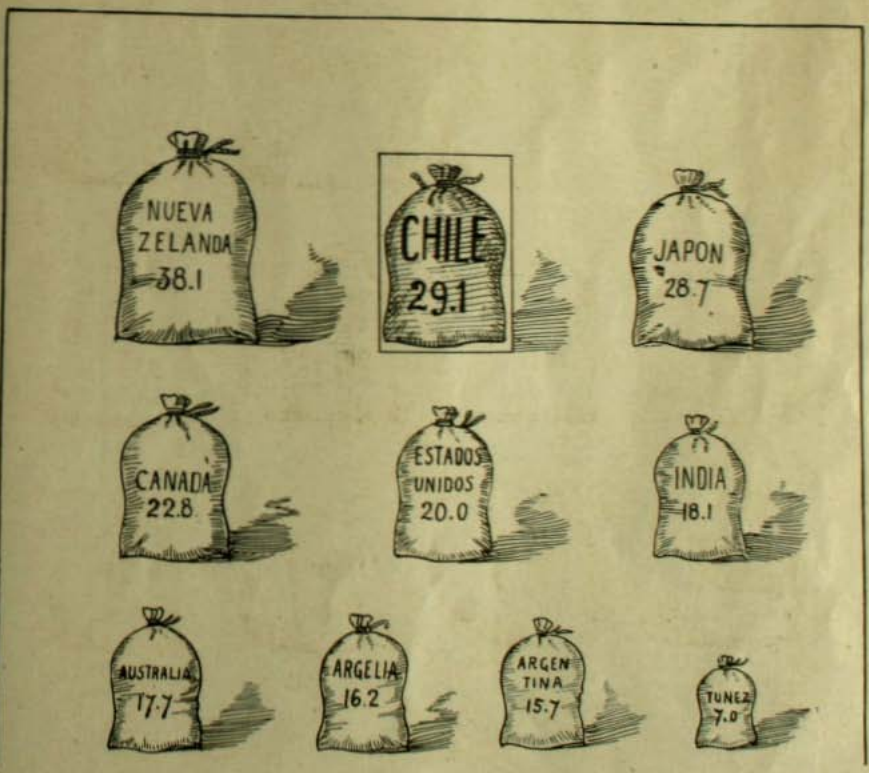
Rendimiento del trigo en hectólitros por cuadra en Chile y en los principales paises de Europa

Como se ve, los países cuya producción relativa se acerca más a la nuestra (29.1) son Hungría y Luxemburgo (29.4) y Austria (27.1).

Fuera de Europa, el trigo por lo regular tiene un menor rendimiento, lo que no debe atribuirse únicamente a las excepcionales condiciones agrícolas de aquel continente privilegiado, sino a los métodos intensivos usados en los países de vieja civilización y muy poblados.

Chile ocupa el segundo lugar como rendimiento entre los países extra-europeos. El primero corresponde a la Nueva Zelanda, que produce 38.1 hectólitros por cuadra. Vienen en seguida, Chile (29.1) Japón (28.7), Canadá (22.8), Estados Unidos (20.0), India (18.1), Australia (17.7), Argelia (16.2), Argentina (15.7) y Túnez (7.0).

Aunque los datos anteriores nada nos dicen de definitivo respecto de la mayor o menor fertilidad intrínseca de nuestro suelo, pues en la producción del trigo intervienen otros muchos factores, ellos nos han parecido muy ilustrativos, y dignos de ser estudiados y comparados con detención.



Rendimiento del trigo en hectólitros por cuadra en Chile y otros países no europeos

El testamento de Bibí la Croustille

Por

JEAN DRAULT

CUENTO MILITAR (Traducido para PACIFICO MAGAZINE)

En los alrededores del campamento de Soug-el-Arba, Amadeo el Maltes instaló una barraca de tablas para vender en ella toda clase de licores, de ordinario prohibidos, y para hacer danzar las bailarinas indígenas al son de las "raïtas". Ejercía también la usura, enriqueciéndose de la miseria del soldado, recibiendo en pago la ración y el botín de los "alegres" (1).

Bibí la Croustille llegó a deberle treinta y cinco francos, suma a que alcanzó un préstamo de cinco francos al módico interés del ciento por ciento al mes, a plazos renovables.

El último recibo firmado por Bibí, decía:

"Reconozco haber robado 35 francos al Maltes Amadeo, que consiente en no reclamar ante mis jefes a condición de que yo le pague esta suma en la semana próxima."

Bibí esperaba un giro postal de París. Ese giro no llegó jamás. Y el pobre Bibí tuvo miedo del Consejo de Guerra, él que no tenía miedo a nadie. Indudablemente, que pudo acusar de "chantage" al usurero; pero, ¿le habrían creído?

Además, prefería salir del pantano haciéndole una bonita jugada al Maltes. Por otra parte, tenía vehementes deseos de cambiar de temperamento.

Simuló estar poseído de honda tristeza y dijo al "Poroto", que no sólo era su compañero de fila, sino también su admirador y su discípulo:

—¿Sabes tú cómo llaman los árabes el campamento de Sou-el-Arba?

—No.

—¡El campo de la Muerte!

—¡Diablos!

—Es un presagio. Tengo la idea fija de que no voy a vivir mucho tiempo.

—¡No seas bruto!

—¡Oh! Lo tengo metido en mi mollera... Hay sueños que no engañan jamás. De todas maneras, voy a hacer mi testamento... Tú lo guardarás cuidadosamente en tu mochila. Pierde cuidado, no te olvidaré!

Bajo la carpa, en una hoja de papel de oficio, Bibí escribió su última voluntad:

"Yo, abajo firmado, Julio Boucicard, alias Bibí la Croustille, nacido en Menilmuche, sano de cuerpo y de espíritu, lego mi navaja de acero al Poroto y mi corvo a mi viejo amigo Roufiard. Lego mi otro cuchillo con mango de hueso al cabo de mi escuadra. Lego al comandante de mi batallón el homenaje de mi mayor respeto. Lego a Amadeo el Maltes, alias "Sanguijuela", mi desprecio al interés de dos mil por ciento a la semana.

"En fe de lo cual firmo:

Bibí la Croustille."

"Poxt Scriptum.—Si se encuentra mi cadáver, autorizo para que se le embalsame y para que sea expuesto en el Museo de Louvre, a fin de que sirva a la ciencia."

Todo esto escrito con la ortografía correspondiente.

Este genial documento fué plegado, lacrado con la pomada de lustrar y entregado al Poroto, que no debía abrirlo sino después de la muerte de Bibí la Croustille.

—Y eso no demorará mucho! agregó este último, con una melancolía un tanto enfática. Siento que mi última hora se acerca. El campo de la Muerte verá la mía!

Cinco días más tarde, en la noche, se produjo un ataque de beduínos contra el campamento. Los "alegres" tuvieron bas-

(1) Joyeux, nombre con que se designa a los soldados de los batallones disciplinarios del Africa.

tante que hacer. Necesitaron cargar a la bayoneta cuatro veces y perseguir a los asaltantes hasta los matorrales del riachuelo próximo.

Las bayonetas destilaban sangre cuando se efectuó la reunión. Bibí la Croustille se contaba entre los desaparecidos.

Cerca de un cadáver decapitado y desnudo se encontró la mochila del "alegre"

Poroto enjugó una lágrima y murmuró:

—¡Frito y bien frito! Ya me lo había pronosticado. Y estos salvajes que le han cortado hasta la cabeza!

Esa misma noche se enterró el cadáver. Amadeo se arrancaba los cabellos de desesperación. Perdía mucho con la muerte de Bibí: perdía 35 francos!

El acta de defunción fué levantada con las formalidades empleadas en la guerra.

El Poroto abrió entonces el testamento, que resultó inaplicable, porque el uniforme que contenía la navaja y los cuchillos había desaparecido, robado, sin duda, por los beduínos, a quienes el Poroto mostraba los puños, presa de grande irritación.

El batallón partió para otros destinos y se produjeron nuevos combates.

Seis meses más tarde, en Tiffiete, el Poroto se encontró un buen día destinado al servicio de un pequeño teléfono de campaña que unía dos destacamentos.

Una noche comienza a sonar la campanilla del aparato.

—Aló! aló! ¿Quién llama?

Oyó un grito de admiración en el teléfono. Ese grito fué seguido de esta exclamación, lanzada desde el otro extremo del hilo telefónico:

—¡Por los diablos!... ¡El Poroto! ¿Cómo te va?

El Poroto cayó sentado al suelo: era la voz de Bibí la Croustille, muerto después de 6 meses, la que había pronunciado su nombre!

Presa del espanto, soltó el receptor y huyó exclamando:

—Bibí la Croustille que ha resucitado! Bibí la Croustille acaba de hablarme!..

Todos lo creyeron loco y se lanzaron en su persecución. Fué conducido a la enfermería del campamento. Tuvo un acceso de delirio que duró varios días.

Cuando, ya de alta, recomenzó su servicio, lo primero que vió fué a Bibí la Croustille en persona, en uniforme de trabajo, entre los individuos castigados.

—¡El! ¡Siempre él! exclamó el Poroto. ¡Lo veo por todas partes! ¿Qué habré perdido la razón?

Bibí la Croustille se retiró del grupo y se dirigió hacia el Poroto, que moría de miedo.

—Sí, yo soy. En la capacha, y por tu culpa. Cuando se oye por teléfono la voz de un tipo peludo y varón que ha muerto, no se debería ser tan bruto como para no comprender que tiene interés en permanecer muerto, y no grita como un chancho hasta llamar la atención sobre él!

—¿Entonces no estás muerto? dijo el Poroto.

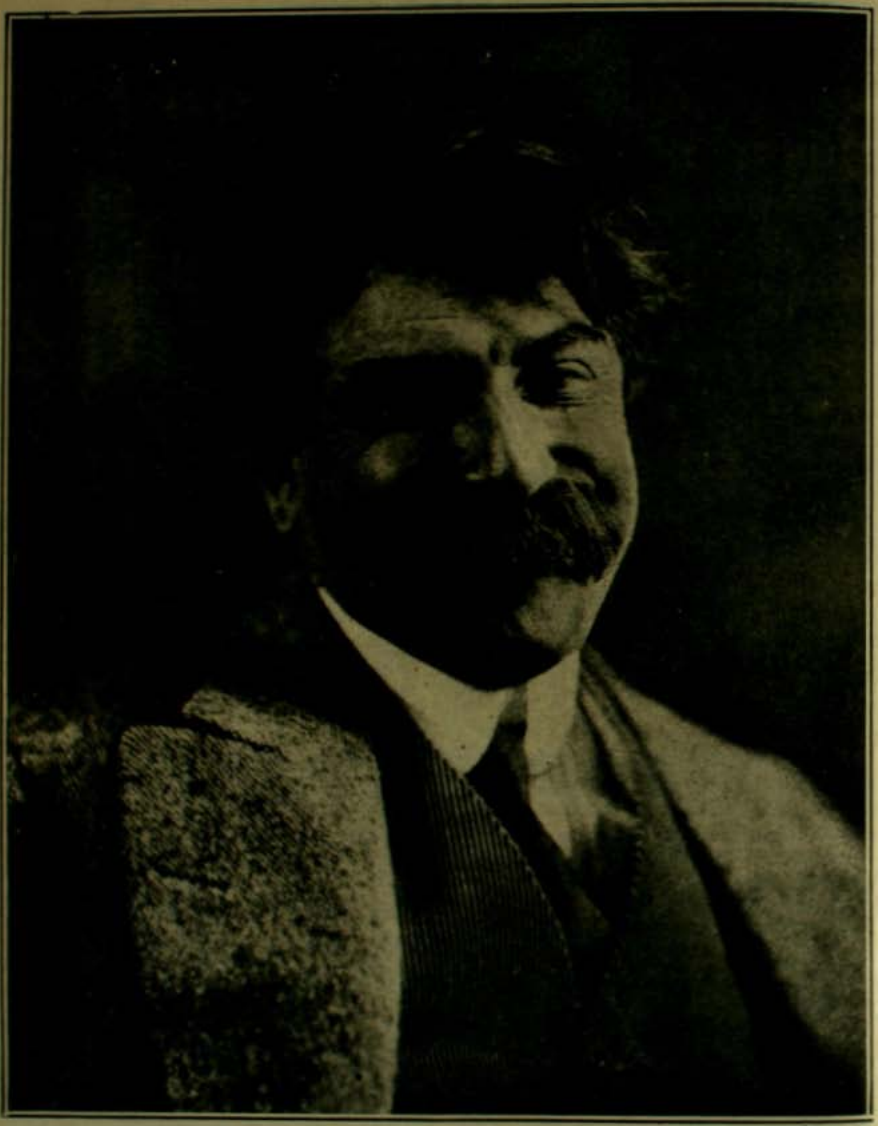
—Sí, puesto que mi acta de defunción está en toda regla y que se necesita un juicio, según dicen, para resucitarme. Yo había tomado muy bien mis medidas. Fué un cadáver decapitado el que enterraron en mi lugar. Yo había colocado mi mochila a su lado; gané la altura más próxima cubierto con el albornoz de un beduíno, dejé crecer mi barba, me disfracé después de civil y me había enganchado en la Legión Extranjera como súbdito alemán, tomando el acento correspondiente, como es natural.

—¿Por qué hiciste todo esto?

—Por fregar la pita a mi acreedor Amadeo. Por evitar el Consejo de Guerra. Para cambiar de temperamento. La había acertado medio a medio! Pero, tú me echas a perder todo! Me echaron el guante al otro extremo del hilo telefónico!

"La superioridad no halla qué hacerse en este caso. No se acierta a saber si soy un "alegre", si soy legionario o si soy "fallecido"; y lo más divertido de todo es que soy las tres cosas a la vez. Si quedo "fallecido", eso si que me conviene! Si no, vuelvo a deber los 35 francos al Maltes y paso ante un Consejo de Guerra como desertor! Vamos, Poroto, ¿no estás convencido de que has hecho la burrada del siglo?

—¡En mi vida volveré a tocar un teléfono! juró el Poroto, anonadado bajo el peso de las catástrofes que había causado con su torpeza.



"PETARD"

M. Lucien Guitry, caracterizado como el protagonista de una nueva pieza de Lavedan.

El Farsante del Mundo Occidental. La Malquerida. Las Golondrinas.

Tipos irlandeses de la comedia de Millington Synge

Para los que no se explican bien todavía la extraña violencia de los odios subsistentes entre irlandeses católicos y protestantes, ha de ser útil conocer una pieza teatral que pinta algunos de esos caracteres rudos, agresivos, aunque exuberantes de imaginación, que predominan en el tipo celta. La comedia de Millington Synge, representada últimamente en París con el título de "Le Baladin du monde occidental", se desarrolla en un pueblo de provincia.

Cristóbal Mahon - Shawn-Keogh. II Acto

Cristóbal Mahon llega de escapada entre esos adustos vecinos, acusándose de haber asesinado a su padre. Este crimen no tiene ninguna importancia en el espíritu del autor, y sólo se aprovecha de él para cantar verdades a la sociedad. El asesino se refugia en casa del tabernero Flaherty, que vende licor de contrabando; y como aquel cae entre gentes que no están al abrigo de un

El Farsante del Mundo Occidental (tercer acto)

Escena del tercer acto

reproche, nos parece menos culpable. Luego el muchacho nos hace apiadarnos de sus padecimientos: ha caminado por espacio de ocho días, y sus pobres pies están ensangrentados.

Margarita Flaherty, la hija del tabernero, se compadece del joven, y lo contempla con una especie de estupor. La leyenda se apodera de Cristóbal y lo convierte en un Hércules misterioso y potente. Hay que pensar cómo todos los personajes de la pieza se lo repiten: ¡Ha deshecho a su papá!

Las muchachas de la aldea vienen a dejar regalos para Cristóbal y la misma Margarita se siente halagada por su compañía. Y la viuda Quin, que según se dice asesinó a su marido, le ofrece su mejor sonrisa.

"La Malquerida"

Pero he aquí al viejo Mahon, al que Cristóbal sólo dejó medio muerto de un golpe de azadón. La viuda recibe al anciano y hace esfuerzos por despistarlo.

En el 3er. acto, el más rico en psicología, Cristóbal viene de regreso de unos juegos atléticos en que ha vencido a los campiones del pueblo, cuando su padre, levantándose delante de él, echa su heroísmo por tierra. La pequeña Flaherty llora de despecho, sus amigos se burlan de Cristóbal, y éste se cree obligado a levantar de nuevo la mano contra su padre para recuperar su prestigio. Mas ¡ay! el crimen visto de cerca carece de efecto artístico. Cristóbal se convierte en un verdadero asesino, a quien se ata y se maltrata como a cualquiera. Hasta

la pequeña Pegeen se acerca a quemarle un brazo con un tizón.

❦

"La Malquerida", la tragedia rústica de Benavente, ha echado a vuelo las campanas de la fama en toda España. Los críticos califican la obra de genial e insuperable, se la representa por más de ochenta noches en Madrid y de ahí salen compañías a darla a conocer en todo el reino y por América.

Benavente es ya un "caso" de la dramática española, como Shaw lo es de la inglesa contemporánea. Sus obras en proyecto preocupan a los españoles como problemas nacionales, y esto es ya un síntoma halagador. En el extranjero se resiste todavía a Benavente, por motivos de chauvinismo, según sus compatriotas, por endeblez pasional, según críticos de fuera. Lo cierto es que la fama del autor de "La noche del Sábado" no corresponde a su popularidad nacional.

Siempre que no se sea un idólatra de Benavente, habrá que convenir en que los críticos extranjeros no pueden aceptar de la obra del autor español aquello que constituye su encanto casi exclusivo: la belleza palpitante de la frase, la preocupación incesante de "la frase" que hace hablar a casi todos sus personajes como a un filósofo griego.

Se ha señalado también como una limitación en Benavente la supremacía de sus personajes femeninos, tan exquisitos, tan fuertes ante la indecisión y la abulia de sus creaciones masculinas. En el mismo protagonista de los intereses creados, la astucia y el civismo nada tienen de varonil. Pero en presencia de obras como "La Malquerida" uno se ve obligado a reconocer que hay también en Benavente una vena poderosa y un talento admirablemente dúctil.

La obra ha llegado ya hasta nosotros publicada en revistas de Madrid y París. Como producción literaria es admirable por la fuerza y la sencillez de la expresión, encuadrada en el lenguaje vulgar de Castilla. Los personajes tienen algo de seco, de férreo, que hasta ahora no se conocía en el

Los autores y principales actores del drama lírico "Las Golondrinas", recientemente estrenado con clamoroso éxito en Price

teatro de Benavente. Sólo al final estallan algunas frases de efecto que perjudican la impresión de naturalismo de la pieza.

"Las Golondrinas" es un drama lírico de Gregorio Martínez Sierra y del músico Usandizaga, que ha tenido gran éxito en Madrid. La letra ha de ser algo de delicado y amable, como todo lo que produce el autor de "Canción de Cuna". El verdadero triunfo de la obra parece concentrarse en la música del joven maestro, toda una revelación, según la crítica española.

El éxito de "Las Golondrinas" ha dado ocasión a simpáticas manifestaciones de los centros artísticos madrileños y a una muy significativa demostración de ciertos elementos aristocráticos.

Otros estrenos de la temporada española han sido "Doña María de Padilla" del poeta Villaespesa, y "Alceste" de Pérez Galdós. Ninguna de estas obras ha resistido la luz de las candilejas por mucho tiempo. La obra de Villaespesa es considerada muy hermosa, muy vibrante, muy harmónica... para leída; pero a lo largo de sus cuatro actos provoca más el bostezo que las palmadas. Y es que el teatro histórico necesita apoyarse ante todo en pasiones fuertes y eternas, y el verso del poeta moruno tan hábil en todos los resortes de la lírica, se queda frío ante tales empresas.

Don Benito sigue haciendo su teatro materialista e ideológico, con algo de pesado en el desarrollo y la exposición justa, sin exaltaciones poéticas, de su técnica de gran novelista. Sus piezas no agradan al gran público ni a los refinados. Están hechas para un medio honrado y culto que ponga corazón y sólo la inteligencia precisa en la apreciación del teatro galdosiano.

Alegoría a la "Malquerida", por Ricardo Marín

La crianza de gallinas

Factores esenciales para obtener buen éxito en aves de raza

La cría de aves es una ocupación muy atractiva

La Avicultura en las granjas adolece, entre otras deficiencias capitales, de un olvido casi absoluto de la condición y tratamiento lucrativo de las aves, especialmente cuando se trata de gallinas.

En toda industria y esencialmente en la avícola, la calidad y propiedades de la materia prima ejercen una influencia decisiva en el negocio. No se concibe que aquel que quiera lucrar en cualquier ramo busque los artículos de menor valor intrínseco y más desacreditados como fundamento del negocio.

Esta evidencia que se va abriendo paso paulatinamente entre los aficionados a las aves en Norte América y otras naciones de Europa, está muy lejos de haber sido comprendida por los de Sud América.

Deseamos patentizar aquí los inconvenientes de ese modo de proceder. La calidad es, evidentemente, una de los mejores títulos en la prosperidad comercial, así como el cumplimiento de ella reporta otro factor eficiente que es la uniformidad de la producción.

Ventajas que reporta la explotación de gallinas de raza

Para conseguir esa uniformidad tan ventajosa bajo el punto de vista económico, nada mejor que el cultivo de razas puras. Estas aves crecen con mayor precocidad y regularidad, tienen formas semejantes, mejor talla y calidad que las comunes. A más, anotaremos, que su facultad de reproducirse igual, ejercitada en muchas generaciones, así como las cualidades de utilidad, son mucho más poderosas. Son

Gallo y gallina Brahma, de raza pura

ellas producto de una cría sistemática, practicada por muchos años con propósitos definidos de mejorar sus cualidades, y por tal, es imposible que las características que posean sean igualadas por animales reproducidos sin ninguna selección.

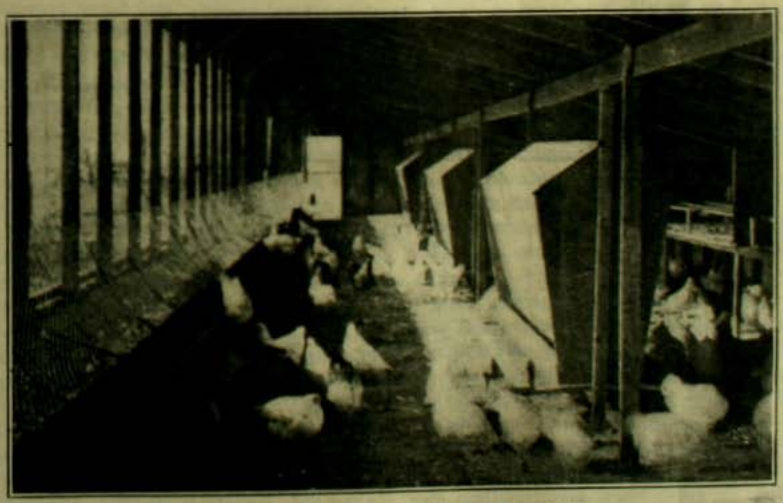
La gallina "Belle of Jersey". Peso 1.75 kilos

Muchas personas pretenden que las aves de raza no poseen otras cualidades que las de belleza o que ellas son más débiles que las otras. Esta creencia es el resultado de ciertos prejuicios completamente inciertos.

Todas las cualidades de los animales son susceptibles de mejorarse por selección; el vigor de la sangre o sea la vitalidad, las aptitudes de producción y todas aquellas que puedan reportar cualquier ventaja, dependen del cuidado que haya puesto el criador en perpetuarlas y perfeccionarlas por medio de padres dotados de ellas y capaces, por lo tanto, de reproducirlas.

Estas razones estarán de más para las personas que hayan tenido aves puras, pues ellas habrán podido evidenciarlas; pero, desgraciadamente, a la propagación de aquellas se oponen los prejuicios anotados u otros más inconsistentes aún. El cuidado de las aves debe fundamentarse en las características y hábitos de ellas; su aplicación exige un *stock* homogéneo, pues si se tratare de una diversidad de cualidades, es imposible prestar a cada animal los cuidados más adecuados. De aquí que los recursos de explotación y mejoramiento sean mucho más fáciles de poner en práctica con animales de raza.

Una sola consideración puede aducirse como inconveniente a la adopción que recomendamos, la de mayor coste inicial: pero a ella pueden oponerse otras de mayor peso, fuera de las ya enunciadas. En primer lugar, ese desembolso estará siempre representado por las aves; en segundo término, cuanto más valioso sean los padres, mayor será la multiplicación del capital que se operará con el simple hecho de la reproducción, la que, teniendo en cuenta la prolificación



Interior del cobertizo con ponederos

natural de las aves, calificaremos de considerable; sobre todo en un artículo de salida impuesta por una demanda siempre creciente. Y finalmente, el comienzo puede hacerse hasta con una pareja sola, pues en virtud de la notable reproducción a que hemos hecho referencia y que se aplica especialmente a las gallinas, en breve tiempo se multiplicarán con mayor éxito, que si se hubiera comenzado con un *stock* común.

Mejoramiento de las Gallinas de Granja

Una observación general a hacer a las granjas es, lo mucho que descuidan el deshacerse de los animales que, ya sea por la edad o por aptitudes individuales no rinden satisfactoriamente y de aquí que los gastos de sostenimientos pesen sobre la utilidad de los demás y el granjero esté gastando en aves que no le dan provecho alguno. Es esto tan lamentablemente exacto, que en varias oportunidades una ligera selección y el rechazo de los tipos inapropiados a simple vista han reportado aumentos notables llegando hasta triplicar las utilidades. Sin embargo, los procedimientos que han imperado hasta ahora en lo referente a esta cuestión, emergentes del desconocimiento de los beneficios de las prácticas modernas en la explotación de las aves, han traído por resultado el empobrecimiento de la sangre y de ahí una pérdida en las aptitudes de utilidad en la inmensa mayoría de los animales de granja; de lo cual son indicios vehementes la existencia de una gran proporción de tipos constitucionalmente deficientes, incapaces de perpetuarse con mediano resultado, y las enormes pérdidas que se experimentan en los campos.

Tipo hermoso de gallina Cochinchina, leonada

Dos caminos igualmente conducentes al fin propuesto se presentan; el más breve es la adopción desde un principio de una o varias razas puras, o bien la mestización con tipos de aptitudes y características que respondan a los fines comerciales que se persigan. El mejoramiento por mestización requiere procedimientos sistemáticos para agrupar los factores favorables y conservar luego las ventajas obtenidas y sobre todo proceder con método y persistencia. La introducción de sangre nueva en un *stock* aumentará el vigor y lo mejorará en todos sentidos; pero si ella se lleva a cabo por medio de tipos de raza, el valor industrial y comercial de la existencia se multiplicará en un solo año.

Un sistema muy económico, sobre todo si se trata de un gran número de animales, es mestizar con gallos de raza pura uniéndoles gallinas comunes escogidas. Establecido el fin que se proponga el explotador, se adquieren gallos de una variedad que llene por sus cualidades ese propósito. Hay que advertir a este respecto que los mayores adelantos se conseguirán cuanto más se limiten las aptitudes a desarrollar en las mismas aves, es decir, que conviene especializar cada plantel para un solo fin determinado.

Las condiciones esenciales que hay que tener presente en los reproductores son las formas físicas y el vigor. Las primeras son indicativas de sus aptitudes de productividad y el segundo es la garantía más eficiente de que los esfuerzos y perfeccionamientos caigan en terreno fértil.

Las formas exteriores encierran, por decirlo así, los resortes de esa máquina de producción; la simetría de ellas dará una idea de la correcta disposición interna, así como la amplitud externa corresponderá al grado de desarrollo y robustez de las diversas partes del organismo.

La observación ha establecido ciertos indicios como reveladores de las cualidades individuales. Se considera que un pico corto y bien curvado, una cabeza ancha, no demasiado larga y ojos de mirada brillante, acusan una constitución robusta. Hay que evitar todo espécimen que tenga el pico lar-

go, ojos hundidos, cabeza fina y alargada, indicios que denotan un desarrollo deficiente. A este respecto hay que notar que, tanto en los requisitos de utilidad cuanto en los de exposición, la forma de la cabeza corresponde siempre a las del cuerpo, de tal modo que, en un ejemplar que tenga buena cabeza, es difícil encontrar un defecto grave de formas.

El dorso tiene que ser amplio en toda su extensión, evitándose reproducir aquellos ejemplares cuyo lomo angosta visiblemente hacia la cola. El cuello moderadamente corto y grueso indica vigor, así también unas patas fornidas rectas y bien separadas desde el muslo.

El esqueleto del ave de mercado debe ser con preferencia fino, liviano y sin contornos angulosos.

Estos son los requisitos exteriores que debe tratar de reproducir el criador de aves para consumo.

En la cría para producción de huevos hay que tratar de formar, en primer lugar, un *stock* reproductor con las gallinas que en su primer año de postura hayan sobresalido en ese sentido.

Hermoso gallo de raza Cochinchina, leonada

Si el vigor es una cualidad primordial de la producción de carne, con mayor razón, si cabe, lo es en esta rama. Una gallina cuyos órganos estén entregados a la tarea de asimilar alimentos y formar huevos continuamente durante un tiempo prolongado, tiene que poseer un organismo poderoso.

Las características externas exigidas para los reproductores de consumo son en parte aplicables al caso. A ellas, agregaremos, especialmente una región pelviana bien desarrollada, apareciendo el cuerpo un tanto alargado y bajo. Son, generalmente, buenas ponedoras las gallinas activas, trabajadoras y bulliciosas; las primeras en bajar de las perchas y las últimas en retirarse a dormir, y que se distinguen por su incansable movilidad en todo momento.

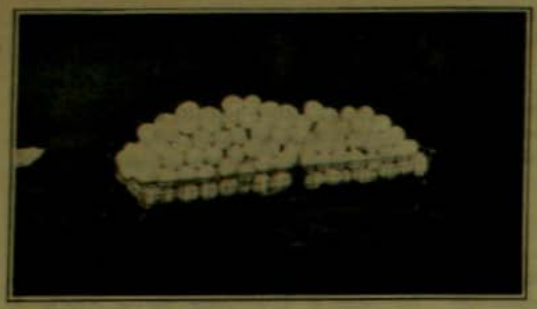
Independientemente de la raza escogida y cuyas cualidades deberán responder al fin industrial propuesto, el gallo tendrá ciertos distintivos de su mejor condición, como ser: talla erguida, arrogante y activa, mirada clara y brillante, solícito con las gallinas, cresta, cara y barbillas rojas, formas bien desarrolladas y representativas de su raza, patas bien apartadas y robustas, y en general todas las condiciones formuladas para la gallina y que convengan a su sexo.

El gallo representa por sí solo la mitad de la sangre del futuro *stock*; él puede perfeccionar o desmejorar varios cientos de pollos, y en tal concepto las exigencias en su elección deberán ser más rigurosas que para las gallinas. Hay que asegurar la valorización de la existencia futura por medio de reproductores de mérito, y por tal no dudamos en aconsejar preferir un solo animal de cualidades extraordinarias a varios mediocres.

Todas las peculiaridades de las aves se reproducen de padres a hijos, y el explorador debe buscar en aquellos las que necesita para sus fines comerciales. La precocidad y las aptitudes de engorda, tan convenientes para los pollos y aves de consumo, significan si ellas son poseídas por los padres, beneficios positivos de economía en el crecimiento y *perfomance* y en la cotización. La postura temprana de invierno, y todo cuanto puede acrecentarla, como las demás cualidades aún cuando no sean propias del gallo, si él es de ascendencia de gallinas que se han distinguido en ese sentido las transmitirá con tanta seguridad como aquéllas.

Un reproductor de pedigree que puede fijar en quinientos o seiscientos pollos, aptitudes extraordinarias de postura, tiene un valor inapreciable, y por tal aconsejamos en los casos de mestizaje se adquieran reproductores en esas condiciones.

Muchos establecimientos norteamericanos anuncian sus productos como de origen de un tercer criador premiado, pues que el so-



Los huevos que produjo, 246 huevos con peso de 13.41 kilos

lo hecho mencionado es una garantía prestigiosa de su *stock*. Lo expuesto proporciona a los noveles la enseñanza de los beneficios que emergen de adquirir desde un principio aves de mérito, porque con este proceder no sólo se consigue mayor productividad, sino que se prestigia el *stock* con la fama de un criador más antiguo y afortunado.

El record de una pequeña gallina Leghorn

En el Departamento de Aves de Corral de la Estación Experimental Agrícola del Estado de New Jersey, E. U de A., hay una pequeña gallina Leghorn, blanca, conocida como la "Belle of Jersey", que supera todos los records en el número de huevos puestos en un año.

Es de tamaño mediano: su peso es sólo de 1.73 kilos. Durante su producción del primer año puso 246 huevos, cuyo peso fué 13.41 kilos, o por término medio 55 gramos cada uno. Esto significa que por cada kilo de peso de su cuerpo produjo 7,76 kilos de huevos.

Se calcula que en su cuerpo hay 0.76 kilos de materia seca, y que durante su producción del primer año consumió alimento que contenía 42 kilos de materia seca, y produjo de este material huevos que contenían 1.16 kilos de materia seca, ó 5.86 kilos de materia seca en su cuerpo. Esto es verdaderamente una producción maravillosa, tanto bajo el punto de vista comercial como fisiológico.

Los huevos que la Belle of Jersey produjo se vendieron en el mercado de la localidad por $ 7.18, y se calcula que comió 54 kilos de alimento, que costaron $ 1.79, lo que da una ganancia resultante de su producción del primer año de $ 4.72.

De aún mayor interés bajo el punto de vista fisiológico, es el record maravilloso que esta misma gallina hizo durante parte de su segundo año de postura. Desde Noviembre 1.° de 1912 hasta Septiembre 1.° de 1913, o un período de diez meses la Belle of Jersey ha puesto 205 huevos, que pesan 12.23 kilos, o un total de 451 huevos en 669 días, o un huevo cada 1.5 días. La Belle of Jersey pertenece a un grupo de veinte aves de raza ponedora, cuya producción media para la primera postura de la estación es más de 190 huevos en 365 días consecutivos.

Cuando se considera la producción baja en la mayor parte de los grupos de gallinas, que es menor de un ciento de huevos por ave, esta producción notable es muy significativa, y lo es, especialmente, cuando se observa que la producción media en granjas de aves bien manejadas, rara vez excede de 135 huevos por año. Tales resultados hacen ver la importancia de prestar mayor atención a métodos más sistemáticos de selección y cría para un objeto determinado.

La Belle of Jersey desciende directamente de una gallina Leghorn, gran productora, que llamó la atención por una producción

Sala de incubación artificial en una granja de aves

excepcional de huevos en el invierno, y apareando esta gallina con sus hijos se ha desarrollado la presente línea de grandes productoras.

Durante todo el período de cría, la idea ha sido que cada generación sucesiva tenga la mayor cantidad posible de sangre de la gallina original y que fuese compatible con la vitalidad y vigor. Por esta razón se ha practicado la cría por consanguinidad, pero se ha tenido mucho cuidado en eliminar todo individuo, aunque tenga un pedigree excepcional, que muestre de algún modo falta de vigor natural. Al criar para la producción de huevos, las observaciones muestran que no sólo se deben usar hembras de mucha producción, sino que también merecen gran atención los machos, a causa de su aptitud para transmitir directamente a sus hijas la fecundidad que ellos han heredado de sus madres. Es un gran error matar los machos indistintamente y en una edad temprana sin tener en cuenta su constitución sexual.

El alimento que comió: 5½ kilos

Método de alimentación de la Belle de Jersey

Las raciones para las gallinas ponedoras del Estado de New Jersey se han compuesto según la fórmula siguiente:

Amasijo seco

Afrecho de trigo	200 kilos
Acemite de trigo	200 "
Avena molida	200 "
Harina de maíz	100 "
Harina de gluten	100 "
Despojos del matadero	de 100 a 200 k.
Alfalfa picada	100 kilos
	1,000 kilos "

Relación nutritiva de 1 a 3.02.

Este amasijo se tenía siempre delante del gallinero en donde estaba la Belle of Jersey, en tolvas de alimentación automática. Durante la estación de la muda, la harina de residuos de semillas oleaginosas substituye al gluten en la misma proporción. Como suplemento al amasijo seco, se les da todas las mañanas a las nueve, tanto en verano como en invierno, una ración de grano entero o triturado, la que se les echa entre la paja para que escarben. Su objeto principal, además de su valor nutritivo, es obligarlas a que hagan ejercicio. Unos 2.25 kilos de la ración se da a cada 100 aves en el suelo del gallinero o bajo algún cobertizo en donde la paja está seca y hay protección contra los vientos fríos.

Ración para echar en el suelo

Trigo entero	100 kilos
Avena cortada	100 "
Total	200 kilos

Relación nutritiva de 1 a 6.6

A las cuatro o cinco de la tarde, según la estación, se da la ración de la noche, compuesta de granos enteros y triturados a razón de 4.5 kilos por cada 100 aves.

Maíz triturado	200 kilos
Trigo entero	100 "
Avena cortada	100 "
Alforfón	100 "
Total	500 kilos

Relación nutritiva de 1 a 7.8.

Este sistema de alimentación se ha empleado durante los últimos tres años con feliz éxito.

Las condiciones en que vivía eran de las mejores. Formaba parte de un grupo de 20 pollas durante su primer año, las cuales pa-

saron el invierno en un gallinero seco, alumbrado, bien ventilado y sanitario.

Conclusiones

La Belle of Jersey es un ejemplo notable de los efectos del cuidado del hombre en el desarrollo y domesticación del reino animal. La primitiva ave de los bosques, *Gallus bankiva*, que se acepta como la principal progenitora de nuestras especies domésticas, pone de doce a veinticuatro huevos al año y existe hoy día en los bosques del Asia, utilizándose la producción de huevos sólo para la reproducción. Se debe admitir que tan notable producción como la alcanzada por la Belle of Jersey es muy superior a lo ordinario, y manifiesta lo que es posible conseguir bajo las mejores condiciones, pero que no es probable obtener sino en unos cuantos casos aislados. Esto, sin embargo, representa un paso adelante, y cada paso significa un adelanto en la conquista de la naturaleza. La Belle of Jersey es un paso en este adelanto, pues es seguro que sus hijos e hijas mostrarán, en casos individuales, todavía mayor fecundidad.

Cobertizo con ponederos para las gallinas

LA GUERRA DEL FUEGO

Por

J. H. ROSNY

Es en los primeros tiempos de la tierra. Las pequeñas tribus humanas vagan en lucha constante contra las fieras y los elementos. Los Ulhamr, una de esas tribus, vencidos en un combate, pierden el fuego, que custodiaban con gran trabajo desde hacía largas generaciones, pero que no sabían producir.

Fouhm, jefe de la tribu, ofrece Gamla, la más bella de las hijas de los hombres; al que traiga el fuego. Se presentan a reclamar el premio, por una parte, Naoh, joven y fuerte guerrero aunque menos rudo y vengativo que sus semejantes, y por la otra, Aghoo el velludo y sus dos hermanos, también velludos, de fuerzas sobrehumanas, pero de naturaleza bestial.

Aghoo y sus hermanos parten en dirección del Poniente. Naoh, a su vez, escoge dos jóvenes guerreros más ágiles y astutos que fuertes, llamados Nam y Gaw, y se dirigen hacia el Sur.

Después de atravesar, por muchos días, una vasta pradera, Naoh y sus compañeros presencian un combate entre una manada de aurochs y otra de mamuths, las bestias más poderosas de la tierra. En la noche, atacados por un oso gris, en su caverna, Naoh logra vencerlo y darle muerte a golpes de maza, hazaña hasta entonces no realizada por hombre alguno.

Llenos de confianza y de orgullo los tres Ulhamr van a proseguir sus aventuras.

Llegan más adelante a un sitio trágico abundante en fieras. Ocultos entre unos peñascos impenetrables para los grandes carniceros, presencian el combate de un tigre con el León Gigante, bestia colosal de las edades prehistóricas, ya próxima a extinguirse. El tigre es muerto y su hembra sigue la suerte del vencedor... Ambos animales guardan la caverna en que se han refugiado los nómades. En una ausencia del León Gigante, Naoh y sus compañeros vencen a la tigre y le destrozan las patas... Algunas noches más tarde, restablecidos de las heridas de la lucha, huyen entre las sombras de la noche, mientras el León Gigante anda de caza.

Los tres Ulhamr burlan la persecución de la fiera, y después de marchar por algún tiempo hacia el Sur, descubren, en el país de los Devoradores de Hombres, una partida expedicionaria que lleva consigo el fuego.

Naoh los combate valiéndose de hábiles ardides, les arrebata el fuego; pero debe volver en busca de un compañero extraviado.

Vuelve a tomar la pista y encuentra a Gaw en el momento en que va a ser rodeado por sus enemigos. Ambos los combaten, matan a sus perseguidores, y Naoh se retira llevando a cuestas a su camarada herido. La presencia de sus aliados, los mamuths, hace retroceder a sus perseguidores; les permiten recobrar las fuerzas entre la horda de los paquidermos.

Después de largo tiempo, los mamuths emigran hacia el sur, y los tres Ulhamr se ven obligados a separarse de ellos para continuar su viaje de regreso a través de nuevas aventuras.

TERCERA PARTE

Los enanos rojos

Cayeron lluvias torrenciales. Naoh, Nam y Gaw se atascaron en tierras inundadas, atravesaron matorrales pantanosos, franquearon montañas y descansaron al abrigo de los ramajes, en los huecos de las rocas y en las grietas del suelo. Era la época de los hongos. Los tres sabían que estos eran pérfidos y pueden matar un hombre con tanta seguridad como la ponzoña de las víboras. Así no comían sino aquellos cuyas

formas y matices les enseñaran los viejos. Los distinguían también por el olor. Cuando faltaba la carne, iban en busca de setas diferentes, según los sitios y las altitudes. Las perseguían a la sombra de las selvas húmedas, entre las encinas y los olmos, devoradas por el musgo, entre los torcidos sicomoros, sobre las plantas viscosas, en la letargia de los barrancos, bajo las escarpadas paredes de esquisto, de gneiss o de pórfido.

Ahora que habían conquistado el fuego, podían cocerlas, ensartadas en ramillas, o expuestas sobre la piedra caliente y sobre la arcilla. Asaban también bellotas y raíces, a veces castañas, partían hayucos y nueces y extraían la dulce savia de los arces.

El fuego era su alegría y su trabajo. En los huracanes y en las lluvias, lo defendían con astucia y perseverancia. A veces, cuando el agua corría demasiado espesa y demasiado tenaz, se hacía necesario un abrigo; si no se los ofrecían las rocas, ni los árboles, ni el suelo, les era preciso construir. Así perdían muchos días. Gastaban otros en contornear los obstáculos. Por haber querido tomar siempre el camino más corto, acaso habían prolongado el viaje. Ellos lo ignoraban, iban hacia el país de los Ulhamr guiados por el instinto y por el sol que les proporcionaba indicaciones groseras, pero constantes.

Llegaron a los confines de una tierra arenosa, entrecortada por granitos y basaltos. Parecía cerrar todo el Nor-Oeste árida, miserable, amenazadora. A trechos producía un poco de hierba tiesa; algunos pinos sacaban de las dunas su vida raquítica; los líquenes mordían la piedra o colgaban en pálidos crespones; alguna liebre afiebrada, uno que otro antílope enflaquecido, erraban por el flanco de las colinas, y en los desfiladeros de los montículos. La lluvia era aquí más rara; nubes transparentes desfilaban por el cielo, con las grullas, las ocas y las becasas.

Naoh vaciló antes de penetrar en ese país lastimoso. El día declinaba; un fulgor terroso se deslizaba por la inmensidad; el viento corría sordo y lúgubre.

Los tres con el rostro vuelto hacia las arenas y las rocas, sintieron el hálito del desierto pasar por sobre sus cabezas. Pero como tenían carne en abundancia y la llama lucía clara en sus braseros, caminaron hacia adelante.

Cinco días transcurrieron sin que vieran el fin de los llanos y de las áridas dunas. Tenían hambre; las bestias esbeltas y veloces escapaban de sus lazos; tenían sed, porque la lluvia era escasa y la arena devoraba el agua; más de una vez temieron la muerte del fuego. El sexto día la hierba apareció menos rala y menos coriácea; los pinos fueron reemplazados por sicomoros, plátanos y álamos. Los pantanos se multiplicaron; en seguida la tierra se ennegreció, el cielo se hizo más bajo, lleno de nubes opacas que se desgarraban en interminables jirones. Los Ulhamr pasaron la noche bajo un sauce, después de haber encendido una fogata de madera esponjosa y de hojas, que gemían bajo el vendaval lanzando un aliento sofocante.

Naoh veló primero; después tocó el turno a Nam. El joven Ulhamr caminaba cerca del fuego, cuidando de reanimarlo con el auxilio de una rama puntiaguda, y de secar la leña antes de arrojarla a la hoguera. Un resplandor pesado se arrastraba a través de los vapores y del humo; se prolongaba sobre el suelo, se deslizaba entre los arbustos, y ennegrecía penosamente los follajes. A su alrededor se extendían las tinieblas. Ellas lo llenaban todo: en el chorrear del agua, eran como un fluído bituminoso y formidable. Nam se inclinaba para secar sus manos y sus brazos; después se tendía con la oreja pegada al suelo. El peligro estaba al fondo del abismo negro: podía destrozar con la garra o la mandíbula, aplastar bajo los pies de la manada, inyectar la fría muerte por la serpiente, romper los huesos con el hacha o atravesar el pecho con el arpón...

El guerrero experimentó un estremecimiento brusco: sus sentidos y su instinto se despertaron: conoció que la vida rondaba alrededor del fuego y tocó dulcemente el hombro de su jefe.

Naoh se irguió de un salto; a su turno se puso a explorar la noche. Supo que Nam no se había engañado: pasaban seres desconocidos cuyos efluvios desnaturalizaban el humo y las plantas húmedas, y sin embargo, el hijo del Leopardo sospechó la presencia de hombres. Dió tres rudos golpes en lo más ardiente de la hoguera; las lla-

Llegan a la entrada de un arenal con islotes de granito

mas se irgulieron, mezcladas de azufre y de escarlata; a lo lejos se dibujaron algunas siluetas.

Naoh despertó al otro compañero.

—¡Han venido hombres! murmuró.

Juntos los tres, trataron por largo rato de sorprender los secretos de las sombras. Nada volvió a aparecer. Ningún ruido extraño turbaba el chapotear de la lluvia; ningún olor sospechoso, denunciaba los saltos del viento... ¿De dónde vendría el peligro? ¿Era una horda o algunos hombres que vagaban por la soledad? ¿Qué camino seguirían para huir o pelear?

—Guardad el fuego, dijo al fin el jefe.

Sus compañeros vieron su cuerpo decrecer, hacerse como una sombra; luego lo absorbió lo desconocido. Después de un rodeo, se orientó hacia los matorrales en que había visto ocultarse a los hombres. El fuego le guiaba. Aunque él mismo fuese invisible, podía distinguir un agonizante crepúsculo. Se detenía continuamente, empuñadas el hacha y la maza; a veces se acostaba con la cabeza en tierra; cuidaba de avanzar haciendo circuitos y no en línea recta. Gracias a la tierra blanda y a su prudencia, la más fina oreja de un lobo, no habría percibido sus pasos. Se detuvo antes de llegar a los matorrales. El tiempo pasó: no oía sino la caída de los goterones, el arrullo de los vegetales, la fuga de alguna bestia.

Entonces tomó una dirección oblicua, traspasó los matorrales y volvió sobre sus pasos... No descubría huella alguna.

No se admiró por ello: todo se lo había anunciado su instinto. Se dirigió entonces hacia un montículo que notara con el crepúsculo. Lo alcanzó después de algunas vacilaciones y lo escaló; allá abajo desde un repliegue del terreno, salía un resplandor confuso. Naoh hubo de reconocer el fuego de los Hombres. La distancia era tan grande y la atmósfera tan opaca que discernió apenas algunas siluetas deformadas. Pero no había duda sobre su naturaleza: el estremecimiento que le sacudiera a orillas del lago, se apoderó de su cuerpo. Y el peligro era esta vez peor, porque los extranjeros han reconocido la presencia de los Ulhamr antes de ser descubiertos ellos mismos.

Naoh regresó hacia sus compañeros, muy lentamente al principio, y con mayor rapidez, desde que pudo distinguir el fuego.

—Los hombres están allí, murmuró.

Y tendió la mano hacia el Este, seguro de su orientación.

—Es preciso reanimar el fuego en los braseros, agregó después de una pausa.

Confió esta operación a Nam y Gaw en tanto que él mismo, arrojaba ramas al rededor de la hoguera, para construir una especie de barrera. Los que se acercaran podrían distinguir el resplandor de las llamas pero no si había o no centinelas. Cuando los braseros estuvieron listos y las provisiones repartidas, Naoh ordenó la marcha.

La lluvia se hacía más fría; no soplaba la menor brisa. Si los enemigos no les cortaban el paso, o no descubrían inmediatamente la fuga, cercarían el fuego que ardía en la soledad y, creyéndole defendido, no lo

atacarían sino después de haber multiplicado los ardides. Así Naoh podía tomar considerable delantera.

Hacia el alba cesó la lluvia. Un resplandor melancólico se arrastraba miserablemente tras de las nubes. Hacía largo rato, los Ulhamr subían suave pendiente; cuando llegaron a lo alto no vieron por de pronto sino la sábana, los matorrales y las selvas, color de pizarra o de ocre, con islas asoladas de matices rojizos.

—Los hombres han perdido nuestra huella, murmuró Nam.

Pero Naoh repuso:

—Los hombres nos persiguen.

En efecto hacia el codo de un río, surgieron dos siluetas, seguidas luego, por otras treinta. A pesar de la distancia, Naoh las juzgó de una estatura extraordinariamente pequeña; no se podía distinguir aún con claridad, la naturaleza de sus armas. Ellos no veían a los Ulhamr disimulados entre los árboles, y se detenían a intervalos para verificar sus huellas. El número de los extranjeros creció: el hijo del Leopardo contó más de cincuenta. Por otra parte no parecían tener la misma agilidad que los fugitivos.

A menos de volver hacia atrás, los Ulhamr debían atravesar zonas casi desnudas o sembradas de hierbas cortas. Lo mejor era caminar sin rodeos y contar con la fatiga del enemigo. Como el terreno bajaba ahora, los nómades adelantaron mucho sin fatigarse. Y cuando al volverse, veían a los perseguidores gesticulando sobre la cresta, la distancia que les separaba era mayor.

Poco a poco, el país se erizaba. Pasaron una llanura cobriza, convulsiva y arrugada, después landas en que abundaban plantas duras y espinosas, pantanos insidiosos, que no se sabía como costear.

Cuando evitaban uno, se presentaba otro, de manera que los nómades apenas podían avanzar. Salieron al fin a campo raso. Estaban sobre una tierra roja que producía algunos pinos raquíticos, muy altos y desnudos... La turba los rodeaba por todas partes... Más allá se extendía la sábana y ya Naoh se regocijaba, cuando apareció hacia la izquierda, un tropel de hombres cuya estructura pudo reconocer.

¿Eran los mismos de la mañana que, acostumbrados al territorio habían seguido un camino más corto que los fugitivos? ¿O era otra banda de la misma raza? Estaban bastante próximos para que pudieran verse con precisión la pequeñez de su talle; la frente del más alto apenas habría alcanzado el pecho de Naoh. Tenían la cabeza ruda, el rostro triaungular, el color de la piel como el ocre rojo, y aunque delgados, por sus movimientos y el brillo de sus ojos, mostraban ser de una raza llena de vida. A la vista de los Ulhamr lanzaron un clamor que semejaba el grito de cuervos, y blandieron sus venablos y azagayas.

El hijo del Leopardo los consideraba con estupor. Sin el pelo de sus barbas, que crecía en pequeños mechones, sin el aire de vejez de algunos, sin sus armas, apesar de lo ancho de sus pechos, se les hubiera tomado por niños.

No imaginó que desde luego se atrevieran a combatir. Dudaban. Y, cuando los Ulhamr levantaron sus mazas y arpones, cuando la voz de Naoh que dominaba las suyas, tanto como el trueno del león domina el grito de las cornejas, hubo resonado en la llanura, ellos se callaron. Pero debían ser de humor belicoso; sus gritos volvieron a resonar en coro, llenos de amenazas. Después se dispersaron en semicírculo. Naoh comprendió que querían cercarlo. Temiendo su astucia más que su fuerza, dió la señal de la retirada. Los grandes nómades, en el primer impulso, distanciaron sin trabajo a aquellos perseguidores, menos rápidos aún que los Devoradores de Hombres: si no se presentaban obstáculos, los fugitivos, a pesar del peso de los braseros, no debían ser alcanzados.

Pero Naoh temía las emboscadas del hombre y de la tierra. Ordenó a sus guerreros que continuaran su carrera y, en seguida, depositando el fuego en el suelo, se puso a observar a los enemigos. Estos en su ardor se habían dispersado. Tres o cuatro de los más ágiles, venían muy adelante de la tropa. El hijo del Leopardo no perdió tiempo. Recogió algunas piedras que juntó a sus armas y corrió rápidamente hacia los Enanos Rojos. Su movimiento los atemorizó; temieron una estratagema; uno de ellos, que parecía ser el jefe, lanzó un grito agudo; todos se detuvieron. Ya Naoh había llegado junto a aquel que quería alcanzar y exclamó:

—Naoh, hijo del Leopardo no quiere ha-

cer mal a los hombres. El no les atacará si cesan de perseguirlo.

Ellos escuchaban con los rostros inmóviles. Viendo que los Ulhamr no avanzaban, continuaron su marcha envolvente. Entonces Naoh haciendo girar una piedra les gritó:

—¡El hijo del Leopardo va a herir a los Enanos Rojos!...

Tres o cuatro azagayas partieron delante del gesto y de la amenaza; su alcance era muy inferior al de que el nómade era capaz. Lanzó una piedra, que fué a herir a uno de los perseguidores y le hizo caer. En seguida lanzó una segunda piedra que erró el blanco, después la tercera que resonó en el pecho de un guerrero. Entonces hizo un gesto despreciativo, mostrando una cuarta piedra, y arrojó una azagaya con gesto terrible.

Ahora bien, los Enanos Rojos comprendían mejor los gestos que los Ulhamr y los Devoradores de Hombres, porque se servían menos bien del lenguaje articulado. Comprendieron que la azagaya sería más peligrosa que las piedras; los más avanzados se replegaron hacia el grupo principal; y el hijo del Leopardo se retiró a pasos lentos. Ellos le seguían a la distancia; cada vez que uno u otro se adelantaba a sus compañeros, Naoh lanzaba un alarido, blandiendo su arma. Así, ellos se dieron cuenta que había más peligro en dispersarse que continuando unidos y Naoh, conseguido su objeto, se echó de nuevo a correr.

Los Ulhamr prosiguieron su fuga durante la mayor parte del día. Cuando se detuvieron, hacía largo tiempo que los Enanos Rojos no estaban a la vista. Las nubes se habían roto, y el sol brillaba en un claro azul, desparramando sus rayos por la landa. La tierra hasta entonces fría y dura, se había vuelto incierta: ocultaba fangos que cogían los pies, arrastrándolos al abismo. Gruesos reptiles se arrastraban sobre los promontorios; serpientes acuáticas, de cuerpo glauco y rojizo resplandecían entre los arroyuelos; los pájaros desaparecían furtivos, sobre largas patas, o cruzaban el aire con un vuelo tembloroso como las hojas del álamo.

Los guerreros comieron apresuradamente. Temiendo las emboscadas de aquel país, se esforzaron en descubrirle una salida. A veces se imaginaban lograrlo. El suelo se afirmaba, las hojas, los sicomoros, los helechos, sucedían a los sauces, a los álamos y a las hierbas palustres. Pronto recomenzaba el agua fiebrosa, las trampas se abrían insidiosas, y era necesario perder pasos y esfuerzos.

La noche estaba próxima. El sol tomó el color de la sangre fresca; cayó sobre su ocaso, lleno de turberas y se perdió en los pantanos.

Los Ulhamr comprendieron que no debían contar sino con su valor y su vigilancia; avanzaron mientras hubo claridad al fondo del firmamento, después hicieron alto, teniendo delante una landa y detrás un suelo caótico, en el que entrevelan claridades rojas y manchas de tinieblas. Arrancaron ramas, hicieron rodar algunas grandes piedras, y atándolo todo por medio de lianas y mimbres, se encontraron al abrigo de una sorpresa. Pero se guardaron de encender la hoguera habitual; alimentaban sólo los pequeños fuegos de los braseros medio ocultos en la tierra; y esperaban las cosas obscuras que ora amenazan, ora salvan la vida de los hombres.

II

La cresta granítica

Pasó la noche. A la luz vacilante de las estrellas, ni Nam, ni Gaw, ni el jefe divisaron ninguna silueta humana, ni oyeron, ni olfatearon sino los vientos húmedos, las bestias del pantano, las rapaces de alas flexibles. Cuando clareó la mañana como un vapor de plata, la landa mostró su faz lúgubre, seguida por aguas sin fin, entre cortadas por islas fangosas.

Si se alejaban de la ribera, encontrarían sin duda a los Enanos Rojos. Era preciso seguir los confines de la landa y del pantano, en busca de una salida, y como nada indicaba la dirección conveniente tomaron la que les pareció prestarse menos a las emboscadas. Al principio este camino se mostró bueno. El suelo, bastante resistente, entrecortado apenas por algunos charcos, producía plantas cortas, salvo en la ribera misma. Hacia la mitad del día, los arbustos y matas se multiplicaron, y fué necesario espiar continuamente el angosto horizonte. Sin embargo Naoh no creía que los Enanos Rojos estuviesen próximos. Si no habían

abandonado la persecución seguirían las huellas de los Ulhamr; su atraso debía ser considerable.

La provisión de carne estaba agotada. Los nómades se acercaron a la ribera, donde pululaba la presa. Erraron el tiro a una avutarda que se refugió en una isla. En seguida Gaw capturó un pequeño corzo en la embocadura de un riachuelo; Naoh atravesó con su arpón un rascón de agua, y Nam logró pescar algunas anguilas. Encendieron un fuego de hierba seca, gozosos de aspirar el perfume de las carnes asadas. La vida era buena, su juventud se llenaba de fuerza. Creían haber fatigado a los Enanos Rojos y acababan de roer los huesos del rascón, cuando surgió una manada de bestias de entre los jarales. Naoh reconoció que ellas huían de un enemigo considerable. Se levantó y tuvo tiempo para ver una forma furtiva, en un intersticio de los vegetales.

—Los Enanos Rojos han vuelto, dijo.

El peligro era más formidable que antes. Porque los Enanos Rojos podían seguir a los Ulhamr a cubierto y cortarles el camino por emboscadas.

Una banda de territorio, favorable a la fuga, se alargaba casi muda entre el pantano y los matorrales. Los Ulhamr se apresuraron a cargar los braseros, las armas y lo que les quedaba de carne. Nada les impidió la partida. Si el enemigo les seguía por entre los arbustos, iba a perder terreno, ya que eran más lentos y serían estorbados por la vegetación. La landa árida se ensanchó al principio, después comenzó a estrecharse entre los árboles, los arbustos y las altas yerbas. Sin embargo el suelo continuaba siendo sólido, y Naoh estaba seguro de haber distanciado a los Enanos Rojos: mientras no se presentara ningún obstáculo, conservarían la ventaja.

Los obstáculos vinieron. El pantano avanzó sus tentáculos sobre la llanura, abras profundas, charcos, canales repletos de plantas viscosas. Los fugitivos veían su camino obstruído a cada paso. Debían rodear y aún volver sobre sus pasos. Al fin se encontraron encerrados en una banda granítica, que limitaban a la diestra el agua inmensa y a la izquierda terrenos inundados por las crecidas del otoño. La osamenta granítica se rebajaba y desaparecía; los Ulhamr se encontraron cercados por tres puntos a la vez, era preciso o rehacer camino, o esperar los golpes del azar.

Fué un momento formidable. Si los Enanos Rojos estaban a la entrada de la banda, toda retirada era imposible. Y Naoh, la frente baja delante del mundo hostil, sintió amargamente el haberse separado de los mamuths. Su energía quebrantada hizo lugar al abatimiento y la miseria. Después la fiebre de la acción llenó nuevamente su pecho, el arrepentimiento pasó como un latido de su corazón y no pensó sino en la hora presente. Esta exigía toda la tensión de su ser y la vigilancia continua de sus sentidos.

Los nómades ensayaron rápidamente las salidas. A lo lejos se elevaba una masa roja que podía ser una isla, que podía también ser la continuación de la cresta. Gaw y Naoh buscaron un vado; no encontraron sino las aguas profundas o la traición de los fangos y cenagales.

Ahora, la única salvación era la retirada. La decidieron bruscamente y la ejecutaron a toda prisa. Recorrieron dos mil codos y se encontraron fuera del pantano, delante de una vegetación espesa, apenas entrecortada por islotes de hierba baja; Nam que iba adelante se detuvo de pronto y dijo:

—Allí están los Enanos Rojos.

Naoh estaba cierto de ello. Para asegurarse mejor, reunió piedras y las lanzó rápidamente hacia el matorral indicado por Nam; una fuga ligera pero cierta denunció a los enemigos.

La retirada, imposible: era preciso prepararse para el combate. Ahora bien el sitio en que se encontraban los Ulhamr no les ofrecía ventaja alguna y permitía a los Enanos Rojos el rodearlos. Más valía establecerse en algún punto de la cresta. Con el resplandor del fuego allí estarían al abrigo de las sorpresas.

Naoh, Nam y Gaw lanzaron sus gritos de guerra. Y en tanto que blandían sus armas, Naoh exclamaba:

—Los Enanos Rojos hacen mal en perseguir a los Ulhamr que son fuertes como el oso y ágiles como el saiga. Si los Enanos Rojos los atacan, morirán en gran número. Naoh, él solo derribará a diez. Nam y Gaw matarán también a muchos, ¿quiéren los Enanos Rojos hacer morir a quince de los suyos para destruir a tres Ulhamr?

De todas partes se elevaron voces en los

jarales y entre las altas hierbas. El hijo del Leopardo comprendió que los Enanos Rojos querían la guerra y la muerte. No estaba admirado por ello. ¿Acaso en todos los tiempos, los Ulhamr no habían muerto a los hombres extranjeros que sorprendían cerca de su horda? El viejo Goún decía: "Vale más dejar con vida al lobo y al leopardo que al hombre, porque el hombre que no matas hoy, vendrá después con otros hombres para darle la muerte. Naoh no estaría por matar a los Enanos Rojos, si le dejaban libre el camino, pero comprendía muy bien que ellos debían temerlo.

Por otra parte sabía que los hombres de dos hordas se odiaban naturalmente más que el rinoceronte aborrece al mamuth. Su vasto pecho se inflamaba de cólera, provocó a sus enemigos y se adelantó rugiendo hacia los matorrales. Silbaron delgadas azagayas, pero ninguna llegó hasta él. Lanzó una carcajada siniestra:

—¡Los brazos de los Enanos Rojos son débiles! ¡Son brazos de niño! A cada golpe Naoh abatirá uno con su maza o su hacha.

Se destacó una cabeza entre las vides salvajes. Ella se confundía con el tinte de las hojas enrojecidas por el otoño. Pero Naoh había visto brillar los ojos. Una vez más, quiso mostrar su fuerza sin emplear la azagaya; la piedra que lanzó hizo estremecerse el follaje: un grito agudo se levantó hasta el cielo.

—¡Ved la fuerza de Naoh! con la ayuda de la azagaya, habría derribado al Enano Rojo.

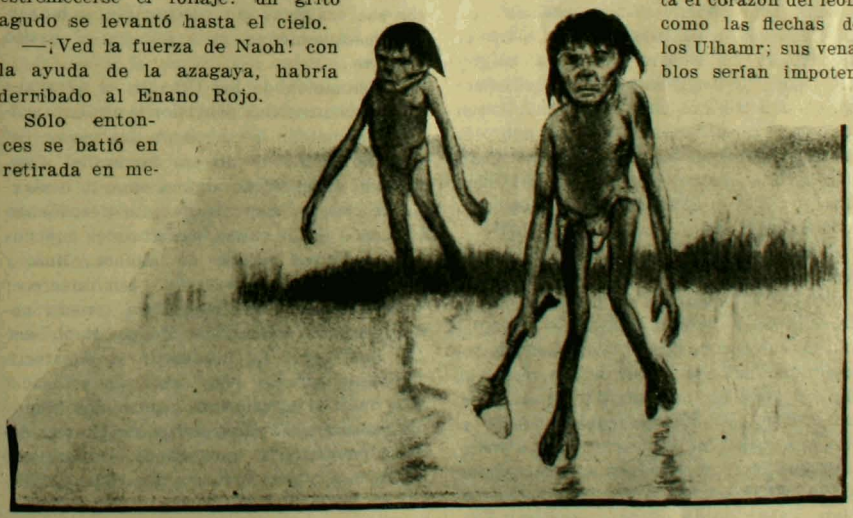
Sólo entonces se batió en retirada en medio de los alaridos del enemigo. Prefirió llegar hasta el extremo de la cresta; había allí sitio para muchos hombres y los Enanos Rojos habrían de atacar en una línea estrecha. Del lado del agua, a causa de las plantas pérfidas, ningún hombre se atrevería a echarse a nado.

Tampoco era posible alcanzar un islote escarpado que se levantaba a sesenta codos de la cresta granítica.

Habiendo acumulado cañas marchitas por el fuego de la noche anterior, los Ulhamr no tenían sino que aguardar. De todas sus incertidumbres, esta fué la más terrible. Cuando espiaban el oso gris, esperaban, con algunos golpes bien dirigidos, derribar la bestia. Cuando estuvieron aprisionados entre las piedras basálticas, no ignoraban que el León Gigante debía alejarse para buscar su presa. Jamás los Devoradores de Hombres los habían cercado.

Ahora, en cuanto a la horda que los sitia, es imposible aniquilarla. Los días seguirán a los días sin que ella cese de velar ante el pantano, y si se atreve a atacar, ¿cómo tres hombres podrían resistirla?

Así se encuentra cogido Naoh por la fuerza de sus semejantes; y sin embargo estos semejantes son débiles; ninguno de ellos sería capaz de extrangular un lobo; jamás sus ligeras azagayas penetrarían hasta el corazón del león, como las flechas de los Ulhamr; sus venablos serían impoten-



Dos siluetas surgieron en una revuelta del río

tes contra el auroch, pero pueden herir el corazón de un hombre.

El Hijo del Leopardo odia el poder de su raza. La siente más implacable, más venenosa, más destructiva que la fuerza de los felinos, de las serpientes y de los lobos. Y, recordando la bondad de los mamuths, su pecho se ensancha, y lo siente desgarrado por un suspiro cavernoso, y vuelve hacia ellos la adoración que germina en el fondo de su alma y que tan fuerte como la adoración del Fuego, es más tierna y más dulce.

Entre tanto, el Sol y el Agua mezclan sus vidas brillantes. El Agua es inmensa, no se le ve el fin y el Sol no es sino fuego tan grande como la hoja de un nenúfar. Pero la luz del Sol es tan grande como el Agua misma; se desborda sobre el pantano, llena el cielo y domina la extensión inmensa de la tierra. En su fiebre, Naoh sin cesar de pensar en los Enanos Rojos, en el combate, en las emboscadas y en la salvación, se admira de que una luz tan vasta, surja de un fuego tan pequeño. Un peso terrible envuelve sus hombros fatigados; su corazón salta como una pantera y siente crujir sus huesos.

A veces el nómade se incorpora y levanta su maza; la guerra lo llena por completo, sus brazos se impacientan por herir a los que insultan su fuerza. Pero vuelven la prudencia y la astucia, sin las cuales ningún hombre sobreviviría a una estación; su muerte sería demasiado honrosa para el enemigo, si él mismo va a buscarla: es preciso fatigar a los Enanos Rojos, espantarlos, dar muerte a muchos de ellos. Además, no quiere morir: quiere ver de nuevo a Gamla. Y aunque no sabe cómo escapará al peligro, su fuerte vida conserva la esperanza... Ella se extiende de tan lejos como las aguas y la luz.

Al principio los Enanos Rojos no se habían mostrado, por temor a una emboscada o porque esperaban una imprudencia de los Ulhamr. Se les vió al declinar el día. Salían de sus escondrijos y avanzaban hasta la entrada de la arista granítica, con una marcha singular de saltos y deslizamientos, después, inmóviles, contemplaban el pantano. Uno que otro lanzaba un grito, pero los jefes, atentos permanecían en silencio. Al crepúsculo los rojos cuerpos bullían; hubiérase dicho, bajo aquella luz cenicienta, que eran extraños chacales, alzados sobre sus patas traseras. Vino la noche. El fuego de los Ulhamr extendió sobre las aguas una claridad sanguinolenta. Detrás de los arbustos, el fuego de los asaltantes invadía las tinieblas. Se perfilaban y desaparecían las siluetas de los que velaban. A pesar de algunos simulacros de ataque, los agresores se mantenían fuera de tiro.

El día siguiente fué insoportablemente largo. Ahora los Enanos Rojos circulaban sin cesar, ya en pequeños grupos, ya en masa compacta. Sus anchas mandíbulas reflejaban una paciencia invencible y brutal. Se sentía que iban a perseguir sin descanso la muerte de los extranjeros; era un instinto desarrollado en ellos desde centenas de generaciones, y sin el cual habrían sucumbido delante de razas de hombres más fuertes, pero menos solidarios.

Durante la segunda noche, no intentaron ningún ataque: guardaban un silencio profundo sin mostrarse. Sus fuegos mismos, sea que no los hubieran encendido, sea que los hubieran transportado lejos, permanecían invisibles. Hacia el alba, hubo un rumor brusco, y hubiérase dicho que los matorrales avanzaban como seres vivos. Cuando despuntó el día, Naoh vió que un montón de ramas obstruía la calzada granítica: los Enanos Rojos lanzaban clamores guerreros. Y el nómade comprendió que iban a agrandar aquel bastión. Así podrían lanzar sus azagayas sin descubrirse, o lanzarse bruscamente en gran número al asalto decisivo.

La situación de los Ulhamr se agravaba por momentos. Sus provisiones estaban agotadas y habían recurrido a los peces del pantano. El sitio no era favorable. Capturaban difícilmente alguna anguila o alguna trucha, y, a pesar que no desdeñaban los sapos ni las ranas, sus grandes cuerpos y su juventud sufrían de hambre. Nam y Gaw, adultos apenas, y en edad de crecer todavía, estaban rendidos. La tercera noche, sentado delante del Fuego, Naoh sentía una inquietud inmensa. Había fortificado un refugio, pero sabía que en pocos días más, si el alimento continuaba siendo tan escaso, sus compañeros serían tan débiles como los Enanos Rojos, y él mismo lanzaría con menos fuerza la azagaya. ¿Sería entonces su maza bastante certera?

El instinto le aconsejaba huir a favor de las tinieblas. Pero era preciso sorpren-

der a los Enanos Rojos y forzar el paso: ello era probablemente imposible.

Arrojó una mirada hacia el oeste. La luna había recobrado su brillo y sus cuernos eran menos agudos; descendía al lado de una gran estrella azul que centelleaba al través del aire húmedo. Los batraquios se llamaban con voces viejas y tristes; un murciélago voltejeaba entre las mariposas de la noche, un buho enorme pasó sobre sus alas pálidas, se veía lucir de cuando en cuando las escamas de un reptil. Era una de esas noches familiares a la Horda cuando acampaba cerca de las aguas, bajo un cielo sereno. Las antiguas imágenes llenaban el pecho de Naoh como un torbellino. Una escena se destacaba entre las otras, que lo enervaba como a un niño. La horda reunida junto al fuego; el viejo Goún murmuraba sus recuerdos que enseñaban a los hombres; un olor de carne asada flotaba con la brisa, y se apercibía, detrás de un grupo de cañas, el ancho resplandor del pantano que brillaba a la luz de la luna.

Tres doncellas se levantaron de entre las mujeres. Rondaban al rededor de los fuegos, desparramando el ardor de sus vidas que un día de cansancio no había logrado agotar; pasaron delante de Naoh con sus risas extrañas y la locura de su juventud. El viento se levantó bruscamente, una cabellera golpeó el rostro del joven Ulhamr, la cabellera de Gamla, y no fué un choque en el instinto sordo. Tan lejos de la tribu, entre las emboscadas de los hombres y la rudeza del mundo, esa imagen era la cosa profunda de la vida. Ella hizo encorvarse a Naoh hacia la ribera, ella hizo surgir de su pecho un ronco suspiro... Ella se esfumó... El sacudió la cabeza y volvió a pensar en la salvación. Presa de la fiebre se incorporó volviéndose hacia el Fuego, y caminó en la dirección de los Enanos Rojos.

Castañetearon sus dientes: la barricada de ramas había avanzado más aún: pueda que a la noche siguiente el enemigo comenzaría el ataque.

De pronto, un grito agudo traspasó la inmensidad, una forma surgió de las aguas, primero confusa; después Naoh reconoció a un hombre... Este se arrastraba, de uno de sus muslos corría la sangre: era de extraña estatura, casi sin hombros, la cabeza muy estrecha. Pareció al principio que los Enanos Rojos no lo habían visto, después se levantó un clamor y silbaron las azagayas y las piedras. Encontradas impresiones hincharon el pecho de Naoh. Olvidó que ese hombre debía ser un enemigo: no sintió sino el rugir de sus furores contra los Enanos Rojos y corrió hacia el herido, como si éste hubiera sido Nam o Gaw. Una azagaya lo alcanzó en el hombro sin detenerle. Lanzó su grito de guerra, se precipitó sobre el herido, lo alzó en sus brazos y emprendió la retirada. Una piedra le golpeó el cráneo, una segunda azagaya le rozó el omoplato... pero ya estaba fuera de tiro, y esa noche los Enanos Rojos no se atrevieron aún a iniciar la gran lucha.

III

La noche en el pantano

Cuando el Hijo del Leopardo hubo rodeado el Fuego, depositó el hombre sobre las hierbas secas y le contempló con sorpresa y desconfianza. Era un sér extraordinariamente distinto de los Ulhamr, de los Kzamms y de los Enanos Rojos. El cráneo excesivamente largo y muy delgado, producía un pelo raquítico y muy ralo; los ojos, más altos que anchos, obscuros, tiernos, tristes, parecía que no miraban; las mejillas se hundían sobre mandíbulas débiles, de las cuales la inferior, no era visible como la de las ratas; pero lo que sobre todo sorprendía al jefe, era ese cuerpo cilíndrico, donde no se discernían los hombros, de suerte que los brazos parecían engastados como las patas de un cocodrilo. La piel se mostraba seca y ruda, como cubierta de escamas, y llena de profundas arrugas. El Hijo del Leopardo pensaba a la vez en la serpiente y en el lagarto.

Desde que Naoh lo había depositado sobre las hierbas secas, el hombre no se movía. A veces sus párpados se levantaban lentamente y sus ojos obscuros se dirigían hacia los nómades. Respiraba con ruido, roncamente, en forma quejumbrosa. Inspiraba a Nam y Gaw una viva repugnancia. De buenas ganas lo hubieran arrojado al agua. Naoh se interesaba por él, porque lo había salvado de sus enemigos, y porque, mucho más curioso que sus compañeros, se preguntaba de dónde venía el otro, cómo se encontraba en el pantano, cómo había sido herido, y si era un hombre o una

mezcla del hombre y de las bestias que se arrastran. Ensayó hablando por gestos, de persuadirlo de que no lo mataría. Después le mostró la trinchera de los Enanos Rojos, haciéndole señales que de allí vendría la muerte.

El hombre, volviendo su rostro hacia el jefe, lanzó un grito sordo y muy gutural. Naoh creyó que él había comprendido.

La luna tocaba al borde del firmamento, la gran estrella azul había desaparecido. El hombre, incorporado a medias, aplicaba hierbas sobre su herida: se veía a veces un débil resplandor en sus ojos opacos.

Cuando la luna se ocultó, las estrellas ensancharon sus vibraciones sobre las ondas y se oyeron los trabajos de los Enanos Rojos. Trabajaban toda la noche, los unos cargados de ramas, los otros avanzando la trinchera. Muchas veces Naoh se levantó para combatirlos. Pero comprendía el número de sus enemigos, su vigilancia y sus emboscadas, y que el menor movimiento de los Ulhamr sería denunciado; y se resignó, contando con los azares de la lucha.

Pasó toda la noche. A la mañana siguiente, los Enanos Rojos lanzaron algunas azagayas que vinieron a caer cerca de los Ulhamr... Clamaron ruidosamente llenos ya de la alegría del triunfo.

.Era el último día. Aquella noche los Enanos acabarían de avanzar sus trincheras: el ataque se produciría al ocultarse la luna. Y los Ulhamr escrutaban el agua verdosa, con cólera y desesperación, mientras el hambre devoraba sus entrañas.

Con el fulgor de la mañana, el herido pareció aún más extraño. Sus ojos análogos al jade, su largo cuerpo cilíndrico se torcía tan fácilmente como el de un gusano, su mano seca y blanda se torcía grotescamente hacia atrás.

De pronto cogió un arpón y lo arrojó sobre una hoja de nenúfar; el agua se arremolineó, se divisó una forma cobriza y el hombre, retirando el arma con viveza, sacó una carpa colosal. Nam y Gaw lanzaron un grito de alegría: la presa bastaría para el alimento de muchos hombres. Ya no sintieron que el jefe hubiera salvado a aquella criatura inquietante.

Lo sintieron aún menos cuando el otro hubo capturado tres peces, porque poseía un instinto de pesca extraordinario. La energía renació en sus pechos: viendo que una vez más la acción del jefe había sido beneficiosa, Nam y Gaw se exaltaron. Como el calor corría por sus venas, no creyeron que iban a morir: Naoh sabría tender un lazo a los Enanos Rojos y los haría perecer en gran número.

El Hijo del Leopardo no participaba de estas esperanzas. No descubría medio alguno de escapar a la ferocidad de los Enanos Rojos. Mientras más reflexionaba, mejor comprendía la inutilidad de sus ardides. A fuerza de repasarlos en su imaginación, los había desechado. Concluyó por no contar sino con la rudeza de su brazo y sobre aquel azar en que ponen su confianza los hombres y los animales que han sabido escapar de grandes peligros.

El sol estaba cerca de su ocaso, cuando el occidente se llenó de una nube tan temblorosa que se disgregaba continuamente, y en la que los Ulhamr reconocieron una extraña emigración de pájaros. Con un ruido de onda y de viento, las roncas bandadas de cuervos precedían a las grullas de patas flotantes, a los patos de cabeza multicolor, a las ocas, a los estorninos lanzados como guijarros negros. Confundidos, afluían los tordos, las urracas, los abejarrucos, los estorninos, las avutardas, las garzas, los pardillos y las becasas.

Sin duda allí abajo, tras el horizonte, alguna ruda catástrofe les había asustado, arrojándolos hacia tierras nuevas.

A la hora del crepúsculo llegaron los animales de pelo. Los alces galopaban enloquecidos, con los caballos vertiginosos, los megaceros y los saigas de finas patas; hordas de lobos y de perros pasaban como un huracán. Un enorme león amarillo y su hembra, daban saltos de quince codos delante de una manada de chacales. Muchos hicieron alto para beber a orillas del pantano.

Entonces volvió a encenderse la guerra eterna, suspendida por el pánico: un leopardo saltó sobre la grupa de un caballo y se puso a devorarle la garganta; un grupo de lobos se precipitó sobre una horda de saigas; una águila llevaba una garza hacia las nubes; el león, con un largo rugido, espiaba las presas fugitivas. Se vió surgir sobre sus patas una bestia baja, tan macisa como el mamuth y cuya piel formaba una coraza profunda y arrugada, como la de las viejas encinas. Acaso el león no la conocía, porque lanzó un segundo rugido, con la amenaza de su cabeza formidable, de sus

Naoh recogió piedras y las lanzó al matorral.

dientes de granito y de su erizada melena. El rinoceronte, inquieto por ese ruido de trueno, levantó su hocico cornudo y se lanzó furiosamente sobre el felino. No alcanzó a ser una lucha. El alto cuerpo rojizo vaciló, rodó sobre sí mismo, en tanto que la maza rugosa continuaba su ciega carrera, habiendo vencido casi sin dar cuenta de ello. Un quejido cavernoso, de dolor y de rabia, surgía de los flancos del león. El estupor de haber sentido su fuerza tan vana como la de un chacal, pesaba sobre su cráneo obscuro.

Naoh había pensado febrilmente que la invasión de las bestias alejaría a los Enanos Rojos. Su esperanza se engañó. El éxito no hizo sino rozar el área en que campeaban los asaltantes, y cuando la noche desvanecía los últimos resplandores del crepúsculo, se encendieron los fuegos sobre la llanura, y se escucharon risas feroces. Después el sitio se sumió en el silencio. Apenas si una ave inquieta batía sus alas, o si el nadar de un saurio agitaba los nenúfares. Entre tanto, singulares creaturas aparecían al ras del agua y se dirigieron hacia el islote vecino a la cresta granítica. Se distinguía su paso, por el rumor de las aguas y por la aparición de algunas cabezas redondas, cubiertas de algas. Eran cinco o seis. Naoh y el Hombre sin Hombros los observaban con desconfianza. En fin, abordaron el islote, se colocaron sobre una eminencia rocosa, y en seguida se levantaron sus voces, sarcásticas y feroces. Naoh, con estupor, reconoció que eran hombres; esos clamores respondían a su larga incertidumbre. Comprendió con rabia que los Enanos Rojos aprovechando la inmigración de las bestias, acababan de vencer su vigilancia... Pero, ¿cómo se habían abierto un paso?

Pensaba en ello, sombrío, cuando vió al

Hombre sin Hombros, trazar con la mano, con persistencia, una dirección que partía de la ribera y terminaba en el islote. Después mostraba la cresta granítica. El Hijo del Leopardo adivinó que debía haber allí una segunda cresta que casi alcanzaba la superficie del pantano. Ahora el enemigo estaba allí, a sus flancos, lleno de emboscadas, y era preciso tenderse tras de los accidentes del suelo, para evitar sus piedras y sus azagayas.

El silencio veía sobre el pantano: Naoh sigue vigilando bajo las constelaciones temblorosas.

El cerco de los Enanos Rojos avanza lentamente; antes de la mitad de la noche, tocará casi el fuego de los nómades y comenzará el ataque. El será difícil. Los Enanos Rojos tendrán que franquear las llamas que ocupan todo el ancho de la cresta y se prolongan por muchos codos.

En tanto que Naoh, con todos sus instintos despiertos, piensa en estas cosas, una piedra partida del islote rueda sobre la hoguera. El Fuego silba, un pequeño vapor se eleva, y he aquí que un nuevo proyectil pasa y cae también. Naoh, desesperado, comprende la táctica del enemigo. Con el auxilio de guijarros, envueltos en hierbas húmedas, quieren extinguir el Fuego o amortiguarlo lo bastante para facilitar el paso de los asaltantes. ¿qué hacer? Para poder alcanzar a los que ocupan el islote, sería necesario no sólo que éstos se descubrieran, sino que los mismos Ulhamr se expusieran a sus piedras.

En tanto que el Hijo del Leopardo y sus compañeros se agitaban furiosamente, las piedras se sucedían, un vapor continuo se elevaba a las llamas y el cerco de los Enanos Rojos iba avanzando sin cesar: los nómades y el Hombre sin Hombros, temblaban con la fiebre de las bestias acorraladas.

Muy pronto toda una parte del fuego comenzó a extinguirse.

—¿Están prontos Nam y Gaw? preguntó el jefe.

Y sin esperar respuesta, lanzó un grito de guerra. Era un clamor de rabia y de desesperación, en que los jóvenes no encontraron la ruda confianza del jefe. Resignados, esperaban la señal suprema. Pero la duda parecía haberse apoderado de Naoh. Sus ojos pestañearon, después una risa estridente surgió de su pecho y la esperanza dilató su rostro... Rugió:

—¡Hace cuatro días que la leña de los Enanos Rojos se seca al sol!...

Inclinándose sobre el suelo, se arrastró hacia la hoguera, cogió un tizón y lo lanzó con todas sus fuerzas contra la trinchera de ramas. Ya el Hombre sin Hombros, Nam y Gaw se le habían reunido y todos cuatro arrojaban a la desesperada ramas inflamadas.

Sorprendido por esta maniobra singular, el enemigo había lanzado algunas azagayas a la ventura. Cuando al fin, comprendió de lo que se trataba, ya las hojas secas y las ramillas ardían por centenas: una llama enorme roncaba al rededor del cerco y comenzaba a penetrarlo; por segunda vez Naoh lanzó su grito de guerra, un grito de carnicería y de esperanza, que inflamaba el pecho de sus compañeros.

—¡Los Ulhamr han vencido a los Devoradores de Hombres! ¿Cómo podrían abatirse delante de pequeños chacales rojos?

El fuego continuaba devorando el cerco, un largo fulgor escarlata se extendía sobre el pantano, atraía los peces, los saurios y los insectos; las aves elevaban desde los matorrales el crujir de sus alas, y los lobos menudeaban sus aullidos a las carcajadas de las hienas.

De pronto, el Hombre sin Hombros se incorporó lanzando un gemido. Sus ojos planos resplandecían, y su brazo tendido señalaba el occidente.

Y Naoh, al volverse, divisó sobre las colinas lejanas, un fuego parecido al de la luna naciente.

IV

El combate entre los sauces

En la mañana los Enanos Rojos se mostraron con frecuencia. El odio hacía castañetear sus fuertes mandíbulas y brillar sus ojos triangulares. Mostraban desde lejos sus azagayas y venablos, fingían traspasar a sus enemigos, abatirlos, romperles el cráneo y destrozarles el vientre. Y, habiendo amontonado nuevos haces de ramaje, que humedecían con agua a intervalos, los adelantaban de nuevo hacia la cresta granítica.

El sol se encontraba ya casi a la mitad del firmamento, cuando el Hombre sin Hombros lanzó un agudo clamor. Se levantó, agitando los brazos. Un grito semejante pareció exhalarse del pantano y traspasar el espacio. Entonces, en la orilla, a gran distancia, los nómades divisaron un hombre exactamente igual al que habían recogido. Estaba de pie junto a un cañaveral y agitaba una arma desconocida. Los Enanos Rojos ya lo habían visto: luego un destacamento se puso en su persecución... Ya el hombre había desaparecido detrás de las cañas. Naoh, sacudido por sensaciones vagas, confusas e impetuosas, continuaba escrutando el espacio. Durante algún tiempo vió a los Enanos Rojos correr por la llanura, después volvieron la inmovilidad y el silencio... Más tarde, reaparecieron dos de los perseguidores y pronto un nuevo grupo de Enanos Rojos se puso en marcha: Naoh presentía una aventura considerable. El herido también la esperaba, y con ciega seguridad. A pesar de su muslo enfermo, se había puesto de pie; sus ojos opacos se iluminaban con movedizos fulgores y lanzaba a intervalos una exclamación ronca de bestia lacustre.

Misteriosos, los acontecimientos se multiplicaban. Por cuatro veces aún, los Enanos Rojos bordearon el pantano y desaparecieron. En fin, entre los sauces y los paletuvios, se vió surgir a una treintena de hombres y mujeres, de cabezas largas, torsos redondeados y singularmente estrechos, en tanto que por tres lados se divisaban los Enanos Rojos. Había comenzado un combate.

Acorralados, los Hombres sin Hombros lanzaban sus azagayas, no directamente, sino con el auxilio de un objeto que los Ulhamr no habían visto nunca y del que no tenían la menor idea. Era una gruesa vara, de madera o cuerno, terminada por un gancho; y este propulsor comunicaba a las azagayas un alcance mayor que cuando se las lanzaba a mano.

En este primer momento los Enanos Rojos tuvieron la peor parte. Muchos yacían en el suelo. Pero sin cesar les llegaban socorros. Los rostros triangulares surgían de todas partes, aún al abrigo opuesto a Naoh y a sus compañeros. Los agitaba un furor frenético. Corrían derecho a la pelea, lanzando largos aullidos: toda la prudencia que mostraron delante de los Ulhamr había desaparecido, acaso porque los Hombres sin Hombros les eran conocidos y no temían encontrarse con ellos cuerpo a cuerpo, acaso también porque los sobreexcitaba un odio antiguo.

Naoh dejó desguarnecerse las trincheras del enemigo. Había tomado su resolución desde el principio del combate. No le fué necesario pensar largo rato para ello. Las profundidades de su sér le impulsaban, con

Los Enanos Rojos se movían sin tregua, ya en grupos, ya en masa

el odio, el cansancio de una larga inacción y la seguridad de que el triunfo de los Enanos Rojos sería su propia pérdida.

Sólo tuvo una idea... ¿Era preciso abandonar el Fuego? Los braseros estorbarían el combate... Sin duda iban a romperlos... Pero, después de la victoria los fuegos no faltarían, y la derrota sería también la muerte.

Cuando juzgó el momento favorable, Naoh dió órdenes bruscas, y a toda carrera, aullando su grito de guerra, los Ulhamr surgieron de sus escondites. Algunas azagayas los hirieron levemente, pero ya franqueaban el abrigo de sus antagonistas. Fué rápido y cruel. Había allí una docena de combatientes, apretados los unos contra los otros y lanzando sus venablos. Naoh les arrojó su azagaya y su arpón, y saltó en seguida él mismo sobre ellos, haciendo girar su maza. Tres Enanos Rojos sucumbieron en el mismo instante en que Nam y Gaw entraron en la pelea. Pero los venablos menudeaban: cada uno de los Ulhamr recibió alguna herida, no grave, sin embargo, porque los golpes eran débiles y lanzados desde muy lejos. Las tres mazas respondieron juntas; y, viendo caer a nuevos guerreros, viendo surgir también al hombre salvado por Naoh, los Enanos válidos tomaron la fuga. Naoh derribó a dos más todavía, los otros lograron refugiarse entre las cañas. El nómade no perdió tiempo en descubrirlos, impaciente por reunirse a los Hombres sin Hombros.

Entre los sauces había comenzado la lucha cuerpo a cuerpo. Sólo algunos guerreros, armados del propulsor, habían podido refugiarse en un charco, desde el cual inquietaban a los Enanos Rojos. Pero éstos tenían la ventaja del número y del encarnizamiento. Su victoria parecía cierta; no podía arrebatársela sino una intervención fulgurante. Nam y Gaw lo comprendían como su jefe y se precipitaron sobre el enemigo a toda carrera. Cuando estuvieron próximos, doce Enanos Rojos y diez Hombres y Mujeres sin Hombros yacían en tierra.

La voz de Naoh rugió imponente como la del león, al caer como un alud sobre sus adversarios. Todo su cuerpo era furor. La enorme maza se desplomó sobre los cráneos, sobre las vértebras, sobre los pechos desnudos. Aunque los Enanos Rojos habían temido la fuerza del coloso, nunca se lo imaginaron tan formidable. Antes que se hubieran repuesto de su estupor, Nam y Gaw se precipitaron al combate, mientras los Hombres sin Hombros, rehechos, lanzaban sus azagayas.

Reinó el desorden. El pánico arrancó a algunos Enanos Rojos del campo de batalla, pero, a los gritos del jefe, todos se agruparon en una sola masa, erizada de venablos. Hubo una especie de tregua.

Un instinto contrario al de los Enanos, dispersaba a los Hombres sin Hombros. Como manejaban de preferencia la arma arrojadiza, les convenía combatir aislados. Rondaban a la distancia con paso lento y triste.

De nuevo silbaron las azagayas; los que ya no tenían municiones, cogían pequeños guijarros y los adaptaban a sus propulsores. Naoh, aprobando esta táctica, lanzó también sus azagayas y su arpón, que recogiera después del primer ataque, y en seguida se sirvió también de piedras. Los Enanos Rojos comprendieron que su derrota era cierta, si no combatían cuerpo a cuerpo. Se precipitaron a la carga. Esta encontró el vacío. Los Hombres sin Hombros se habían replegado sobre sus flancos, en tanto que Naoh, Nam y Gaw, más rápidos, alcanzaban a los rezagados y a los heridos y los ultimaban.

Si los aliados hubieran sido tan veloces como los Ulhamr, el contacto habría sido imposible, pero sus largas piernas eran inciertas y lentas. Desde que los Enanos Rojos se decidieron a perseguirlos individualmente, la ventaja volvió a ellos. Se veía venir el desastre: por todos lados los venablos se hundían en las entrañas de los Hombres sin Hombros. Entonces Naoh arrojó una larga mirada sobre el combate. Descubrió a aquel cuya voz guiaba a los Enanos Rojos, un hombre grueso, de nevada cabellera y dientes enormes. Era preciso alcanzarle; quince pechos robustos lo rodeaban. Un valor más poderoso que la muerte inflamó el pecho del gigantesco nómade. Con un rugido de auroch, tomó su carrera. Todo se derrumbaba bajo su maza; Pero cerca del viejo jefe, los venablos se erizaban. Consiguió apartarlos. Otros Enanos acudieron. Entonces, llamando a sus compañeros, en un esfuerzo supremo, derribó la barrera de torsos y de armas y destrozó como una nuez la ancha cabeza del jefe.

En el mismo instante, Nam y Gaw se precipitaban en su auxilio.

El pánico se produjo. Los Enanos Rojos comprendieron que una energía nefasta estaba sobre ellos, y así como habían combatido hasta lo último, guiados por la voz de su jefe, se sintieron abandonados, cuando esa voz quedó muda. Huían en confusión, sin mirar atrás, hacia las tierras natales, hacia sus lagos y hacia sus ríos, hacia las Hordas de que sacaron su valor, y donde iban a recobrarlo.

V

La raza moribunda

Treinta hombres y diez mujeres yacían en tierra. La mayor parte no estaban muertos. La sangre corría a chorros; los miembros estaban rotos y los cráneos destrozados; de los vientres se escapaban las entrañas. Algunos heridos se extinguirían antes de la noche; otros podrían vivir muchos días; no pocos eran curables. Pero los Enanos Rojos debían seguir la ley de los hombres. El mismo Naoh, que con frecuencia la estudiera, reconocíala necesaria para

El hombre cilíndrico

con esos enemigos implacables.

Dejó a sus compañeros y a los Hombres sin Hombros atravesar corazones y cortar cabezas. La matanza fué rápida: Nam y Gaw se apresuraban: los otros seguían, casi sin ferocidad, sus métodos milenarios.

Se siguió una pausa de estupor y de silencio. Los Hombres sin Hombros cuidaban a sus heridos. Lo hacían de un modo más minucioso y seguro que los Ulhamr. Naoh tuvo la impresión de que conocían más cosas que los de su tribu, pero que su vida era miserable. Sus gestos eran flexibles y tardíos; se juntaban dos o tres para levantar a un herido; a veces, presas de extraño marasmo, permanecían con los ojos fijos y los brazos suspendidos como ramas muertas.

Las mujeres acaso se mostraban menos lentas. Parecían más hábiles y desplegaban más recursos. Aún, después de algún tiempo, Naoh apercibió que una de ellas mandaba la tribu. Sin embargo, tenían los mismos ojos obscuros, el mismo rostro triste que los machos, y su cabellera aparecía pobre, rala, con islotes

de piel escamosa. El Hijo del Leopardo recordó las abundantes cabelleras de las mujeres de su raza, en la hierba magnífica que se desplegaba sobre la cabeza de Gamla...

Algunas vinieron, acompañadas de dos hombres, a contemplar las heridas de los Ulhamr. De sus movimientos emanaba cierta dulzura tranquila. Limpiaban la sangre con hojas aromáticas y cubrían las heridas con hierbas despedazadas, que ataban con lianas de junco.

Aquella fué la señal definitiva de la alianza. Naoh pensó que los Hombres sin Hombros eran menos rudos que sus hermanos, que los Devoradores de Hombres y que los Enanos Rojos. Y su instinto no le engañaba, ni acerca de esto ni acerca de su debilidad.

Sus antepasados habían tallado la piedra y la madera antes que los otros hombres. Durante milenarios, los Wah ocuparon llanuras y selvas numerosas. Fueron los más fuertes. Sus armas hacían heridas profundas, conocían los secretos del fuego, y de los choques con las débiles hordas errantes o con las familias solitarias, alcanzaban fácilmente la victoria. Entonces su extructura era poderosa, sus músculos rudos e infatigables y se servían de un lenguaje menos imperfecto que el de sus semejantes. Y sus generaciones se multiplicaban innumerables sobre la faz del mundo. Después, sin que hubieran sufrido otros cataclismos que los demás hombres, su progreso se detuvo. No se habían apercibido de ello, como no se dieron cuenta tampoco de su decadencia.

Los medios que habían favorecido su desarrollo les eran ahora contrarios. Sus cuerpos se hicieron más estrechos y más lentos; su lenguaje cesó de enriquecerse y se empobreció en seguida; sus ardides se tornaron más groseros y menos numerosos; no manejaban ni con el mismo vigor ni con la misma habilidad sus armas, ahora menos bien construídas. Pero la señal más segura de la decadencia fué la lentitud creciente de su pensamiento y de sus gestos, se fatigaban pronto, comían poco y dormían mucho; en invierno solían quedar entumecidos como los osos.

De generación en generación, disminuía su facultad de reproducirse. Las mujeres concebían penosamente uno o dos niños, cuyo crecimiento era difícil. Muchas permanecían estériles. Manifestaban, sin embargo, una vitalidad superior a la de los machos, más paciencia también, y sus músculos habían degenerado menos. Poco a poco sus actos fueron iguales a los de los guerreros: cazaban, pescaban, tallaban las armas y los útiles, combatían por la familia y por la horda. En suma, se abolió casi la diferencia entre los dos sexos.

La raza entera se encontró arrojada lentamente hacia el Sud Oeste, por concurrentes más rudos, más activos, más prolíficos.

Los Enanos Rojos les habían aniquilado hordas numerosas; los Devoradores de Hombres los habían destrozado sin cansancio. Vagaban como en un sueño, con los vestigios de una industria más fina que las de sus rivales, con los restos de una inteligencia menos sumaria. Se habían adaptado a las tierras que inundan los ríos, donde se acumulan las turberas y los pantanos, entre los grandes lagos y también en algunos países subterráneos.

En las vastas cavernas roídas por las aguas y comunicadas por golfos sinuosos, encontraban admirablemente su camino. Aunque no tuvieran ninguna idea precisa de su decadencia, se sabían lentos, débiles, fatigados y empleaban todo género de ardides para evitar la lucha. Se ocultaban con una habilidad que habría desconcertado el olfato de los perros y de los lobos y con mayor razón el olfato grosero de los hombres. Ninguna bestia sabía borrar mejor sus huellas.

Estos seres tímidos sólo en un punto mostraban imprudencia y temeridad: lo osaban todo para libertar a uno de los suyos, sitiado o caído en un lazo. Esta solidaridad, comparable a la de los pecaris, y que había en otro tiempo contribuído no poco a su poder, los conducía a veces, a siniestras aventuras. Ella les había arrastrado en socorro del hombre recogido por Naoh. Como los Enanos velaban, como les había sido preciso recorrer tierras áridas, los Wah se habían dejado descubrir y aún sorprender. Sin la intervención de Naoh, hubieran sucumbido en la lucha; así mismo su presencia había salvado a los Ulhamr.

Entre tanto, el Hijo del Leopardo volvió a la cresta granítica, para coger los braseros. Los encontró intactos; los pequeños

Echándose al suelo, se arrastró hasta la hoguera y tomó un tizón

tisones aún estaban rojos. Al verlos, su victoria le pareció más completa y más dulce. No temía la ausencia del fuego: los Hombres sin Hombros se lo darían seguramente. Pero lo guiaba una superstición obscura; tenía amor a esas pequeñas llamas de la conquista; el porvenir le habría parecido amenazador, si las tres hubieran muerto. Las llevó gloriosamente cerca de los Wah.

Ellos le observaban con curiosidad y una mujer, que conducía la horda, sacudió la cabeza. El gran nómade mostró con sus gestos, que los suyos habían visto morir el fuego, y que él había sabido reconquistarlo. Nadie pareció comprenderle, y Naoh se preguntó si no eran acaso una de esas razas miserables que no saben calentarse durante los días fríos, ni alejar la noche, ni cocer los alimentos. El viejo Goûn decía que existían tales hordas, inferiores a los lobos que aventajan al hombre por la fineza del oído y la perfección del olfato. Naoh, lleno de piedad, iba a mostrarles cómo se hace crecer la llama, cuando divisó entre los sauces una mujer que golpeaba dos piedras, la una contra la otra. Surgían chispas casi continuas, después un pequeño punto rojo danzó a lo largo de una hierba muy fina y muy seca; otras briznas ardieron, que la mujer alimentaba suavemente con su aliento: el fuego comenzó a devorar hojas y ramillas.

El Hijo del Leopardo permanecía inmóvil. Y pensó lleno de asombro:

—Los Hombres sin Hombros esconden el fuego en las piedras.

Acercándose a la mujer, trató de examinarla. Ella hizo un gesto instintivo de desconfianza. Después, recordando que ese hombre los había salvado, le alargó las piedras. El las examinó ávidamente, y, no pudiendo descubrirles ninguna hendidura, su sorpresa fué aún mayor. Entonces, las palpó: estaban frías... Se preguntaba con inquietud:

—¿Cómo ha entrado el fuego en estas piedras sin calentarlas?

Devolvió las piedras con el temor y la desconfianza que las cosas misteriosas inspiran a los hombres.

VI

En el País de las Aguas

Los Wah y los Ulhamr atravesaban el País de las Aguas. Se extendían estas sábanas entrecortadas, llenas de algas, de ninfeas, de nenúfares, de sagitarios, de lisímacas, de juncos y de cañas; formaban charcos y terribles turberas; se sucedían en vegas, en ríos, en arroyos, interrumpidos por la piedra, la arena y la arcilla; ellas surgían del suelo, se despeñaban, por los flancos de las colinas, o se perdían en las profundidades subterráneas. Los Wah sabían ahora que Naoh deseaba seguir un camino entre el Norte y el Occidente. Ellos le acortaban el viaje y le querían guiar hasta el fin de las tierras húmedas. Sus recursos parecían innumerables. Ya descubrían pasos que ninguna otra especie de hombres había sospechado: ya construían balsas, arrojaban un tronco de árbol a través de una grieta o unían dos ribazos con

ayuda de lianas. Navegaban con habilidad, aunque lentamente, siempre que no encontraran ciertas yerbas por las que sentían un temor supersticioso.

Sus actos parecían llenos de incertidumbre; con frecuencia obraban como criaturas que luchaban contra el sueño o salieran de una pesadilla; y, sin embargo, casi nunca se equivocaban.

Había abundancia de víveres. Los Wah conocían muchas raíces comestibles; sobre todo eran hábiles para sorprender a los peces. Sabían pescarlos con el arpón, cogerlos a mano, enredarlos entre hierbas flexibles y atraerlos en la noche por medio de antorchas y orientarlos hacia los remansos. En las tardes, cuando el fuego resplandecía sobre un promontorio, en una isla o en un ribazo, gozaban una felicidad dulce y taciturna. Preferían sentarse en grupos, agrupados los unos contra los otros, como si sus individualidades debilitadas, se retemplaran en el sentimiento de la raza, en tanto que los Ulhamr se separaban, sobre todo Naoh, que a largos intervalos, gustaba de la soledad. Frecuentemente los Wah dejaban oír una melopea muy monótona, que repetían hasta lo infinito, y que celebraba los antiguos hechos, de que no quedaba ya recuerdo alguno; debía referirse a generaciones muertas hacía largo tiempo. Nada de todo esto interesaba al Hijo del Leopardo. Le inspiraban, al contrario, malestar y repugnancia invencibles. Pero observaba con curiosidad vehemente, sus gestos de caza, de pesca, de orientación, de trabajo, y sobre todo la manera cómo se servían del propulsor y sacaban fuego de las piedras.

Se inició pronto en el manejo del propulsor. Como inspiraba a los aliados una simpatía creciente, no le ocultaron ningún secreto. Pudo manejar sus armas y sus útiles, aprender a repararlos, y vió construir propulsores nuevos. Por otra parte, la mujer-guía le dió uno, del cual se servía con tanta habilidad, pero con mucho más fuerzas de los Hombres sin Hombros.

Tardó más en concebir el misterio del fuego. Continuaba temiéndolo. Miraba de lejos surgir las chispas; las preguntas que se dirigía a sí mismo, continuaban siendo obscuras y llenas de contradicciones. Sin embargo, cada vez se tranquilizaba más. Después el lenguaje articulado y el de los gestos, vinieron en su auxilio. Porque comenzaba a comprender mejor a los Wah: había aprendido el sentido de diez o doce palabras y el de una treintena de signos particulares a la raza. Sospechó al principio que los Wah no encerraban el fuego en las piedras, sino que él estaba encerrado naturalmente allí. Salía con el choque y se arrojaba sobre las briznas de hierba seca: como era aún débil, no devoraba en seguida su presa. Naoh se tranquilizó aún más cuando vió sacar chispas de guijarros que yacían en tierra. Desde que estuvo cierto de que el secreto residía en las cosas más que en el poder de los Wah, se disiparon sus últimas desconfianzas. Aprendió que se necesitaban dos clases de distintas piedras: el silex y la marcasita. Y habiendo él mismo hecho surgir pequeñas chispas, ensayó encender un fuego. La fuerza y la rapidez de sus manos, suplieron a su inexperiencia: producía muchas chispas. Pero durante muchos campamentos no logró inflamar la más débil brizna de hierba.

Un día la horda se detuvo antes del crepúsculo. Era el extremo de un lago de aguas verdes, sobre una tierra arenosa, en un tiempo extraordinariamente seco. Se veía en el firmamento un vuelo de grullas; las cercetas huían entre las cañas; a lo lejos rugía el león. Los Wah encendieron dos grandes fuegos: Naoh, habiéndose procurado briznillas muy finas y casi carbonizadas, golpeaba sus piedras la una contra la otra. Trabajaba con pasión violenta. Después fué acometido por la duda; se dijo que los Wah ocultaban todavía algún secreto. Iba ya a detenerse, cuando dió algunos golpes tan terribles que una de las piedras se partió. Su pecho se inflamó, sus brazos se tornaron rígidos; una llama persistía sobre una de las briznillas. Entonces, soplando con prudencia, hizo crecer la llama: ésta devoró su débil presa, y cogió otras hierbas...

Y Naoh, inmóvil, todo anhelante, con los ojos terribles, conoció una alegría más fuerte aún que cuando había vencido a la tigre, tomado el fuego a los Kzamms, hecho alianza con el Gran Mamuth y derribado al jefe de los Enanos Rojos. Porque comprendía que acababa de conquistar sobre las cosas un poder que no había poseído ninguno de sus antepasados y que nadie podría en adelante matar el fuego entre los hombres de su raza.

(Concluirá).

PACIFICO MAGAZINE

Junio 1914

Precio: UN PESO

¡CUANTA FELICIDAD!

es para los parientes ver a sus niños sanos, robustos y bien conformados. Qué dicha hay más halagadora que la de tener niños bien criados que se parezcan a flores primaverales, con semblantes sonrientes y hermosos.

¡NADA MAS TRISTE!

que la de tener niños raquíticos y mal conformados. No hay mayor pena para los parientes que la de ver a sus niños desarrollarse en condiciones deficientes: es un tormento seguido, es una calamidad sin igual.

COMO CONSEGUIRA USTED LO PRIMERO:

sencillamente alimentando sus niños con el ya tan afamado alimento **"LA TISPHORINE"** que merced a su buen gusto y composición de fosfatos, féculas y leche concentrada, criará sus niños que dará gusto de admirarlos.

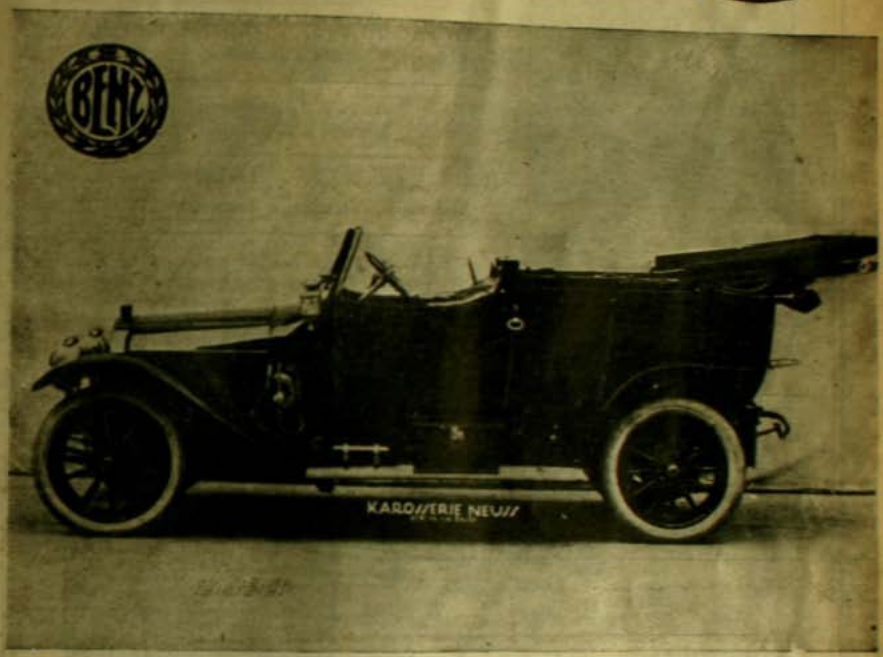
COMO SUCEDERIA LO SEGUNDO:

dejándose engañar con la multitud de alimentos que no llevan más que el nombre y que con el uso de ellos se entorpece el crecimiento de los niños, dejándolos por consiguiente raquíticos y feos que da miedo y lástima de verlos.

De venta en todas las Droguerías y Boticas. Agentes para Chile: ALEX ARDITI y Cía., Agustinas 814. Casilla 78-D., SANTIAGO.

"BENZ"

EL AUTOMOVIL FAVORITO EL PRINCIPE ENRIQUE DE PRUSIA



Unico Representante para Chile: ALBERTO LIEBE

Garage Central

Miraflores, números 239-269, Santiago

"BENZ" FIRMA INVENTORA DE LOS MOTORES PARA AUTOMOVILES. LA CASA MAS ANTIGUA DEL MUNDO EN ESTE RAMO

Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia

SERVICIO DIRECTO Y RAPIDO ENTRE ANTOFAGASTA Y LA PAZ

Este grabado representa una de las locomotoras de Antofagasta y demuestra la diferencia de la trocha de 2' 6" y la trocha normal de Europa, de 4' 8½".

TRENES DE SUBIDA

ANTOFAGASTA	Sale..	8.40 P. M.
Lunes, Miércoles y Sábados.		
UYUNI	Llega.	7.30 P. M.
Martes, Jueves y Domingos.		
ORURO	Llega.	7.40 A. M.
Miércoles, Viernes y Lunes.		
LA PAZ..	Llega.	4.10 P. M.
Miércoles, Viernes y Lunes.		

TRENES DE BAJADA

LA PAZ..	Sale..	1.00 P. M.
Lunes, Miércoles y Sábados		
ORURO	Llega.	8.27 P. M.
Lunes, Miércoles y Sábados		
UYUNI	Llega.	7.55 A. M.
Martes, Jueves y Domingos		
ANTOFAGASTA	Llega...	amanece
Miércoles, Viernes y Lunes.		

Interior de Carro-Dormitorio

Interior de Carro-Comedor

NOTA.—Estos trenes cuentan con elegantes y confortables carros-dormitorios y un esmerado servicio de comedor. Combinan con los vapores del Sur y Norte.

El precio de un pasaje de primera clase:
De Antofagasta a Oruro es de £ 3-8-8½, y
De Antofagasta a La Paz £ 4-14-5.
El boleto de cama por cada noche importa £ 0-12-1.
Y en un viaje a Oruro o La Paz, debe tomarse para dos noches.

Los trenes a la Pampa Salitrera (Sección Chilena) salen de Antofagasta diariamente a las 8 A. M.

Para mayores datos, verse con los Sres. VORWERK y Cía. en Valparaíso, y con la Administración General en Antofagasta.

Overland

Completamente equipado con arranque eléctrico y generador $ 6,500 oro 18-d.

¿Cómo es posible un precio tan fabulosamente bajo?

LA RAZON ES MUY SIMPLE CUANDO SE CONOCEN LOS HECHOS

Se manufacturan y se venden más Overland que cualquier otro coche del estilo. Cada año manufacturamos y vendemos más coches que todas las fábricas europeas juntas. En otras palabras, combinando la habilidad de comprar de 50,000 personas y empleando inmensas cantidades del mejor acero, de aluminio y de otros materiales crudos, como también la mejor mano de obra, empleamos con mejor ventaja—y compramos por menos. Y las 50,000 personas reciben los beneficios. Ellas compran máquinas por la tercera parte más barato del precio regular del mercado.

Examine una Overland en nuestros depósitos. Haga una comparación minuciosa con los automóviles que cuestan un tercero más.

Junte su nombre a la lista de los 50,000 que tienen habilidad de comprar y que reciben el beneficio.

ESPECIFICACIONES:

MOTOR.—105 por 115 mm.
BASE DE LAS RUEDAS.—2.90 m.
PNEUMATICOS. 815×105mm.
DIRECCION CENTRAL.
EJE TRASERO.—Tres cuartos flotantes.
CARROCERIA.—Acero sobre bastidor de madera.
ALMOHADILLADO. — Cuero tufado.
PUERTAS.—Anchas. Forma de U, colgadas en frente con charnelas invisibles.
ACABADO.—Verde "Brewster" con rayas verde claro. Ornamentos de níquel y aluminio repulido.
EQUIPO.—Completo. Comprende seis lámparas eléctricas, bocina eléctrica, acumuladores, capota con funda, para brisa. Velocímetro Stewart, último modelo, Porta-llantas, herramientas, etc.

AUG. O. BOHME, Santiago, Huérfanos 710. Casilla número 109-D.

THE WILLYS OVERLAND COMPANY, TOLEDO, OHIO. E. U. A.

Manufactureros de los afamados camiones OVERLAND, Camiones "GARFORD" y "WILLYS-UTILITY". Informes a solicitud.

MODELO 79 T
Coche de Turismo para 5 pasajeros

Tenemos listos para entregar los Automóviles

Sir W. G.
Armstrong
Whitworth 1914

30-50 H. P.
Doble Cabriolet

HUTH y Cia.

Monjitas 812
SANTIAGO

Agentes y Comerciantes Ganan Dinero

negociando con nuestras **Amplificaciones de Retratos al Oleo. Acuarela, Pastel, Crayon, Sepia, Miniaturas, Convexas,** etc. **Oleografías, Crucifijos Luminosos, Estereoscopios, Vistas, Targetas, Postales, Molduras, Marcos, Objetos de Arte y varias otras Novedades.**

Deseamos agentes para diferentes puntos de ese pais. Concedemos agencia exclusiva á agentes activos.

Solicite Vd. nuestro catálogo español el cual enviamos gratis. Correspondencia en Español. Garantizamos nuestro trabajo y mercancias. Rapidez y prontitud en el servicio. Grandes descuentos á agentes y comerciantes.

Consolidated Portrait and Frame Co.
1029—Dept. A-4, W. Adams St., Chicago, Ill., E. U. A.

$200 AL MES

se pueden ganar con la CAMARA DE NUEVA COMBINACION. Saca y revela instantáneamente retratos de 11 estilos, distintos, como retratos en TARJETAS POSTALES de 2 tamaños y 4 estilos. Perrotipos de 6 estilos y en Botones de Broche. No se requiere experiencia. Ganancia de 500 por ciento. LO MEJOR DEL MUNDO PARA GANAR DINERO. Con poco capital se consigue el Equipo completo, que consiste de Cámara, Trípode y material para 150 retratos. Se gana dinero desde el primer día y en cualquier parte. Se dan datos gratis, incluyendo testimonios de personas que ganan dinero con esta Cámara en todas partes del mundo.

L. LASCELLE, 527 W. 43d St., Dept. 333, New York

ALIRO ARGA RIOS

ESTUDIO: CALLE COMPAÑIA, 1831
Casilla número, 2046, SANTIAGO

EN CHILE HAY 4.000,000 HABITANTES

SE CALCULA QUE SOLO 50,000 de estos habitantes podrían gastar $ 100 en un objeto de lujo

Si Ud. tiene algo que vender y desea alcanzar la atención de la clase pudiente, le damos datos de su interés:

PACIFICO MAGAZINE es la única revista de interés general, editada en la República, que se venda a $ 1.

LECTORES PUDIENTES

PACIFICO MAGAZINE no registra en su lectura temas sensacionales. Sus páginas son sanas e interesan sólo al que tiene una educación más que regular.

LECTORES INTELIGENTES

PACIFICO MAGAZINE es EXIGIDO por el interés que encierran sus páginas y es leído con atención de tapa a tapa.

LECTORES QUE EXIGEN LO MEJOR

USTED PUEDE encontrar lectores pudientes, pero no siempre inteligentes. Para clientes que reunan estas cualidades y que EXIGEN LO MEJOR, avise Ud. en PACIFICO MAGAZINE.

Para protección del avisador y del lector, PACIFICO MAGAZINE rehusa todo aviso que pueda considerarse inconveniente.

SI UD. TIENE ALGO QUE VENDER, tome datos de nuestra CIRCULACION y TARIFA.

CALIDAD y CANTIDAD

PACIFICO MAGAZINE

La Equitativa de los Estados Unidos

Sociedad de Seguros Sobre la Vida

George T. Wilson	W. A. Day	John B. Lunger
Vice-Presidente	Presidente	Vice-Presidente

Puntos de consideración correspondientes a la 54a. Memoria Anual de la Sociedad, que incorpora su Estado Financiero, situación de sus inversiones, y plenos detalles respecto a su progreso durante el año 1913. La Memoria completa será enviada a todo el que la solicite.

	Oro Americano.
ACTIVO, Diciembre 31/1913... .... (Aumento sobre 1912: $ 12.026,418.00).	$ 525.345,619.00
FONDO PARA POLIZAS (o Reserva de Seguro)...	$ 432.282,828.00
OTRAS OBLIGACIONES...	$ 8.694,048.00
TOTAL DE OBLIGACIONES...	$ 440.976,876.00
RESERVAS SOBRANTES (Incluso sumas que serán destinadas a distribución a las Pólizas de Dividendo Diferido)...	$ 84.368,743.00
RESERVADO PARA DIVIDENDOS A ASEGURADOS para el año en curso de 1914.....	$ 13.638,794.00
NUEVOS SEGUROS PAGADOS EN 1913...	$ 144.247,363.00
SEGUROS VIGENTES AL 31 de Diciembre de 1913.....	$ 1,471.093,575.00
PAGOS ASEGURADOS EN 1913.....	$ 54,805,925.00
INVERSIONES EN 1913, HECHAS EN BONOS DE FERROCARRIL, MUNICIPALES, HIPOTECAS, etc. (Invertidas a producir 5.20%).....	$ 25.948,904.00

SUCURSAL EN SANTIAGO DE CHILE, FUNDADA EN 1875

	Moneda Chilena.
SINIESTROS PAGADOS HASTA EL 31 DE DICIEMBRE 1913...	$ 11.626,041.45
LIQUIDACIONES DE POLIZAS QUE COMPLETARON SUS RESPECTIVOS PERIODOS, PAGADAS EN EFECTIVO	$ 8.680,402.66
DIVIDENDOS ANUALES PAGADOS EN EFECTIVO..... ..	$ 759,512.12
TOTAL PAGADO A TENEDORES DE POLIZAS DESDE SU FUNDACION..	$ 21.065,956.23
VALORES Y FONDOS EN CHILE.....	$ 2.263,579.55
BONOS CHILENOS DEL 5%, correspondientes al empréstito de 1911, Oro Americano $ 242,500, a 10d...	$ 1.222,500.00
TOTAL DE VALORES...	$ 3.486,079.55
SEGUROS VIGENTES EN CHILE EL 31 DE DICIEMBRE DE 1913...	$ 42.133,255.24

JOSE PASTOR

Apoderado y Gerente

SUMARIO

	Págs.
REFLEXIONES DE UNA ANCIANA	643
TEATRO EXTRANJERO Ilustraciones fotográficas	645
LAS ANTIPARRAS DEL CONSPIRADOR, *Augusto D. Halmar* Ilustraciones de Gordon	652
LA GEOGRAFIA ARTISTICA (escenas de costumbres exóticas)	660
RENE MENARD . . . . . *Backhaus* Con ilustraciones	666
LA VOZ ANCESTRAL . . . . . *A. Cruchaga S. M.* Ilustraciones de Ezguren	673
COMO SE NAVEGA DEBAJO DEL MAR . . *Lautaro Rosas* Ilustraciones fotográficas	680
EL TESORO Y LA VIUDITA . . . . *Miguel de Fuenzalida* Ilustraciones de Gordon	689
EL DESALOJAMIENTO DEL NACIONAL. (Una entrevista con don Tancredo Pinochet)	705
PASANDO . . . . . *Angel Pino*	709
EL FANTASMA DEL CASTILLO . . . . *F. Startin Pillan* Con ilustraciones	711
LA PIANISTA ROSITA RENARD Ilustraciones fotográficas	721
HORA MISTICA . . . . . *F. Santiván*	724
LA FELICIDAD EN LA VIDA MODESTA . . *A. Edwards*	726
LA VIRGEN DE CHIQUINQUIRA . . . . . *O. Russi* Con ilustraciones	731
¿DE DONDE VIENEN? ¿A DONDE VAN? *J. Díaz Garcés* Dos fotografías	734
LOS INDIOS YAHAGANES, ... *Luis Castillo* Ilustraciones fotográficas	737
REGADIO DEL TERRITORIO . . . . . *Eleazar Lezaeta* Ilustraciones fotográficas	743
LA GUERRA DEL FUEGO, (Fin del Folletín) . *J. H. Rosny*	749

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

LA MODA PARISIENSE

Las primeras semanas de primavera han confirmado la moda del tafetán, preferido de nuestras abuelas, aunque bien es verdad que no lo conocerían por lo flexible y suave. Se hacen de tafetán trajes sencillos y otros elegantes, de tarde, de convite y baile, graciosos gabancitos, chaquetas largas de faldón fruncido o plegado y mantones de abrigo por el estilo de los de Manón o de las bretonas.

Ofrece el tafetán multitud de aspectos diversos; unas veces de cuadritos, otras de listado, y también los hay con florecillas, lisos, moaré, tornasolado, etc., y siempre se presta mejor que cualquiera otra tela a los drapeados de moda, volantes, recogidos y abollonados, pues sabido es que los modistas de nota, árbitros de la elegancia femenina, han exagerado aún más la silueta que criticábamos el pasado invierno al adoptarla. Las faldas son más amplias que nunca al nivel de las caderas, como si las hubiesen estrechado por abajo, aunque parezca esto imposible. Los cuerpos son poco voluminosos y están abiertos en redondo, cuadrado o punta, con cuellos Médicis, vueltos, plegados o en dobladillo, que se mantienen tiesos. Las mangas son cortas o semi-largas y algunas veces largas, aunque esto sea por excepción.

Difícil resulta describir los plegados de las faldas, pues no hay dos que se parezcan. Sin embargo, por regla general, la parte de detrás está recogida, levantada y plegada en cresta, si bien poco señalada, y no lo llevan todas las faldas. La parte delantera es lisa o ligeramente fruncida.

Gran número de faldas de lanilla o tafetán tienen canesúes o cinturones, unos arrollados y otros lisos, que caen más abajo del talle. No suelen dar la vuelta al cuerpo esos canesúes o cinturones, sino que siempre llevan, sea en medio de la parte delantera o bien en la parte posterior, una solución de continuidad y los pliegues o fruncidos de la falta ascienden por dicho intervalo hasta el talle.

Algunos modelos de Worth y Drécoll, de tafetán, llevan una funda doblada en pliegues estrechos y redondos, alternados con otros en crestería, que parece como si estuvieran cosidos a la tela por lo bien dispuestos, pues apenas se despliegan unos cuatro o cinco centímetros en la parte inferior.

Sobre esas fundas plegadas se ven túnicas cortas unas veces y otras largas. Las túnicas cortas están recogidas y drapeadas en forma de cesta; las túnicas largas están fruncidas.

Se hacen algunas túnicas con pliegues sobre fundas lisas. Unas son redondas; otras, cortas por delante y detrás, caen en punta por ambos lados. Muchas se detienen por detrás en el punto donde se recoge la falda, o bien se coloca en el punto medio posterior un drapeado de distintas líneas y diverso carácter del de la túnica.

Drécoll tiene encantadores trajes de tafetán. Uno de ellos, de tafetán con listas rosa y blanco, se recoge en delantal redondeado, más largo por delante que por los lados y todavía más corto por detrás. Este delantal va subrayado por un fruncido de tela acuchillada que le presta mucho relieve. En otros modelos, un cinturón de tafetán drapeado sigue la línea del fruncido, recubriéndole a medias, y después de ceñir la falda se desvanece en medio de la espalda, formando amplio nudo que sostiene el puf. Este cinturón a medio cuerpo es una reminiscencia de la molesta trabadura, y únicamente pueden llevarlo las jóvenes delgadas.

En todos los obradores abundan los trajes de tafetán negro, pero en mi concepto le corresponde a Worth el honor del éxito. Figurémonos una falda de tafetán negro, drapeada, levantada en forma de túnica redondeada, levantada por detrás en puf muy corto, subrayado por dos volantes superpuestos, recortados en dientes y orillados con un sesgo de la misma tela. Estos volantes sólo aparecen en medio de la parte posterior y acompañan el puf, cuyo relieve atenúan. El cuerpo es de tafetán cerca de la cintura, de muselina de seda negra en la parte superior, y para ocultar el enlace de ambas telas se extiende una guirnalda de campanillas con sus verdes hojas. Este bordado, que ofrece varios matices del azul, produce indescriptible encanto.

Según decía, los trajes de tafetán quedan completados por vestas, paletós o chaquetas largas. Las vestas son cortas por delante y se prolongan por detrás hasta debajo del talle. Los paletós tienen el mismo movimiento, pero todavía con el faldón más largo. Las chaquetas tienen faldas postizas, a menudo montadas de manera que señalen una punta. Están fruncidas o plegadas por detrás y casi lisas por delante y los lados.

Las vestas y los paletós cortos se recortan a veces sobre una túnica que da la ilusión de un faldón de chaqueta, y esta disposición permite a las señoras delgadas y de mediana edad adoptar dichas prendas. Los trajes de convite son, por lo general, de tafetán negro, y van adornados con túnicas de tul o de muselina de seda fruncidas o plegadas. Las túnicas, muy largas, están a menudo abiertas por delante para que se vea la funda mientras que se detienen por detrás al llegar al drapeado o recogido del tafetán.

Otras faldas están adornadas con volantes de tul sobrepuestos a ligeras distancias unos de otros más anchos cerca del talle y de las caderas que en la parte inferior. Estos volantes están plegados o fruncidos y su enlace con la funda queda disimulado por un cordón de perlas y azabache. Otros volantes van orillados por una estrecha cinta de tafetán en ganchillo.

DIBUJO ORIGINAL DEL CELEBRE BURNAND DEDICADO A UN ARTISTA RESIDENTE EN CHILE

PACIFICO MAGAZINE

Qué ayer | T. III.—Santiago de Chile, Junio de 1914.—NUM. 18 | — Qué mañana

Reflexiones de una Anciana

Enriqueta Feuerbach es una escritora alemana muerta el año 92, de muy avanzada edad, que no es conocida entre nosotros. Dejó cartas escritas en forma maestra, reveladoras de un profundo sentimiento de la belleza y de una filosofía sana y bienhechora. He aquí una página de un manuscrito encontrado inconcluso en su escritorio, con el título de *"Diario de una Vieja"*.

"Cuando al declinar del otoño, en el crepúsculo de la tarde, se atraviesa las calles de una aldea, agrada ver tras la ventana encenderse las lámparas, unas en pos de otras, y alumbrar el bienestar tranquilo de la intimidad del hogar. El espíritu se deja ganar por esta dulce claridad; se piensa en el propio *home*, en todos aquellos a quienes se ama.

"Esta es la imagen de la vejez: crepúsculo afuera, claridad por dentro. Nosotros llamamos experiencia la luz interior que se ha alumbrado en nosotros en el curso de la vida. Sea, el fruto de la experiencia es la serenidad del alma.

"Los viejos con los cuales la juventud ama conversar, le devuelven a menudo agradecimiento y afección. Hay casos en que la vejez recibe lecciones de la juventud.

"La calma es una gran felicidad, una gracia suprema. Cuando las agitaciones del alma se han adormecido, todo se allana en nosotros y "el espíritu de Dios flota sobre la superficie tranquila".

"El hombre moral es aquel que ha llegado a ser dueño de sus emociones y de sus humores. Quien no tiene la fuerza de renunciar, tampoco tiene la de gozar.

"La preocupación es como una montaña en alta mar, que las olas carcomen poco a poco. El tiempo no sufre ni los largos goces ni los largos dolores.

"He recibido en estos días la carta de una amiga en que me habla de la celebración del día en que cumplía setenta años. "Llegaron por parejas, me dice, primero los chicos, luego los grandes, cada uno con un ramo de flores en la mano, en fin, los padres, mis hijos y mis hijas con mis nueras y mis yernos, todos tiernamente unidos a la anciana madre."

"Si yo tuviera hijos y nietos que quisieran celebrar conmigo los ochenta años que cumplo, yo no estaría sentada como ahora en el escritorio, gastando mi vista debilitada, la punta de la pluma contra el borde del tintero; pero en cambio les tejería medias bien calientes y les contaría historias viejas.

"Pero estoy sola; no tengo ya nadie que me esté próximo. Entonces me refugio en los más íntimos y apartados rincones de mi sér y recojo los pequeños granos de oro esparcidos en las capas profundas que las preocupaciones de la vida han depositado..."

Mlle. LAURENCE DULUC

Teatro Extranjero

M. ANDRE BRULE

El próximo estreno de la Compañía Dramática francesa en el Municipal ha movido un tanto las espectativas de la pobre temporada teatral de este año.

A la vista de las fotografías de Brulé y sus compañeras, que se exhiben en todos los escaparates de lujo del centro comercial, oyendo ponderar la utilería,

el decorado, los estrenos y las sorpresas que adelantan los diarios, la sociedad se consuela un poco de la ausencia de compañía lírica. Aunque hay también sus protestas. Se asegura que se hará un intento de boycott a Da Rosa, como medio de castigar a Padovani, por seguir éste en Milán a la caza de divos y divas que ya habrán volado hacia todas las doradas jaulas de los teatros de Europa y América. No oiremos por milésima vez la Aida, ni habrá quién se quede extasiado ante el porte de un rey ventrudo que hace retemblar el piso con su voz de *basso* absoluto, ni los viejos podrán murmurar con un suspiro, torciendo desdeñosamente el ojo a la prima donna: "Ah! el año 68, cuando la Fulana, eso sí que era cantar!", ni desde los palcos partirán miradas de *azor* para los trajes y bostezos para la romanza.

Ante los retratos harto recomendables de las primeras partes de la Compañía Dramática, las niñas entornan los ojos examinando el perfil de "bel-ami" del actor Brulé; los jóvenes se declaran francamente encantados de la belleza frágil y de la gracia insinuante de las actrices parisienses, y no falta un grupo que piense en la oportunidad de ver en acción las obras francesas modernas, que conocen por los suplementos teatrales o por las crónicas dramáticas de los diarios.

De Guitry acá no ha pasado por nuestros escenarios el teatro francés con la caracterización y el acento del

Mlle. SUZANNE MIERIS

Mlle. Guyta-Real en "Coeur de Française"

actor de su raza. El género de Brulé no es el mismo, y por más que se les ponga a cada rato en parangón, bastará recordar la diferencia de edad entre uno y otro. ¿La edad? Ciertamente, hoy da la clave de la pieza. Se escribe para Guitry el rol de hombre de mundo o de negocios, ya maduro, en ese crepúsculo pasional cuyos resplandores suelen preferir, por no madrugar un poco, ciertos romanticismos de muchachas que quieren vivir su vida. Bourget, Hervieux, Donnay, surten sus repertorios.

Brulé hace el galán sentimental; el *amant du coeur* de las mundanas de Bataille o de Capus; el cómico con Tristán Bernard, y hasta el detective. "Se va al teatro por ver a Brulé, como se va a ver a Guitry, y no a oir la pieza del actor tal o cual", nos dicen sus panegiristas. Es posible. Después de las altanerías de M. Guitry con Bourget, forzosamente habrá de reconocerse que los dramaturgos no son más que los protegidos de los actores.

El antes popular M. Antoine del *teatro libre*, se fué en vez pasada a Nántes, y desde allí endilgó un rosario de franquezas a los autores teatrales del dia:—Hervieux queda como "productor de una obra fácil y seca". M. Donnay: como autor de una sola pieza duradera, *Amants*". M. Capus: destinado al olvido". Bataille, "artista malsano, atacado por el desgraciado prurito de halagar al público de los estrenos". Y siguen otras firmas...

Se va rápidamente a la supresión de los autores. Nos quedaremos con el cinematógrafo, que si todavia no es todo el teatro, es ya lo más accesible de él. Los pobres autores (ya es hora de compadecerlos) buscarán otra cosa, sino quieren dedicarse a escribir cinemagramas para concursos. Algunos, como Sacha Guitry y Bernstein, se han hecho directores de teatro. Sin duda buscando el medio de imponerse de nuevo a los actores, o por el miserable céntimo de la taquilla...

Mlle. Sorel en "Vou

¿Quiénes proveen al teatro, entonces? Los actores, naturalmente! Las revistas parisienses nos confirman los proyectos de los actores cómicos: Galipaux, Brasseur; Mlle. Spinelly, Mlle. Mistinguett, y muchos más. Hasta las artistas de generaciones menos enciclopédicas, como Mme. Bartet, decana de la Comedia Francesa, han sucumbido a la tentación de hablar por cuenta propia.

❦

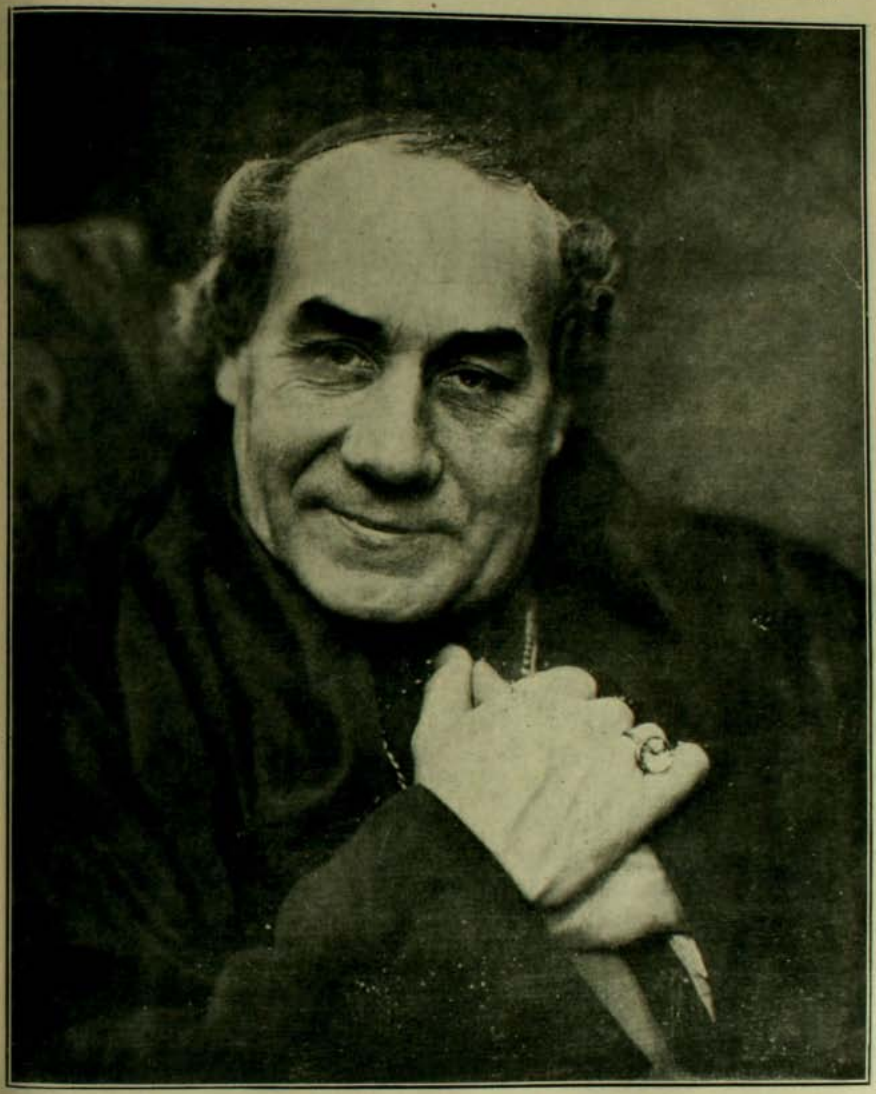
Adornan estas páginas algunos perfiles exquisitos de caracterizaciones de la escena francesa. Dos son de la comedia "Vouloir", de Gustavo Guichas. La pieza ha resultado cómica, a pesar de la manifiesta intención de conmover que demuestra el autor. Esto justificaria lo que dice uno de sus personajes: "El querer de la voluntad es querer lo que no se desea: Vouloir, c'est vouloir ce qu'on ne veut pas".

Otros apuntes se refieren a "La Tentación de Gilles" y a una pieza del género patriótico: "Coeur de Française". Son, en realidad, deliciosos apuntes de Delaroche.

No lo es menos tampoco ese cardenal personificado por el actor Calmettes con tanta bonhomía.

M. Corne "Tentac

lle. Kersac en



El actor Calmettes en el rol de Cardenal de la "Folle Enchere"

Enrique Borrás ha sido festejado en su ciudad nativa de Tarragona, nombrándosele hijo predilecto y colocando su retrato en el salón de honor del Ayuntamiento. Los catalanes se enorgullecen de su grande actor. Su larga campaña de preparación en el teatro catalán y en lengua catalana, le dió a conocer como un poderoso intérprete del alma española. Después fué a Madrid y pasó a América, y su fama regional volvió convertida en celebridad.

Borrás es el actor español en su más viva encarnación popular y clásica. Sin la flexibilidad de Thuiller, por

ejemplo, los aventaja a todos en vigor para el teatro dramático y la tragedia. Por eso, la obra de salón y la comedia de menudo ingenio se le escapan. Fuera del teatro español autóctono, el

Enrique Borrás

francés moderno no le conviene; el italiano pudiera ser, en sus violentas creaciones pasionales.

*

Al reabrirse las puertas del Municipal y barrer con las telarañas de una larga *relâche*, los aficionados al teatro se distribuyen concienzudamente sus placeres favoritos. Para unos la espectativa de ver las últimas fantasías de la moda parisiense, vale por todas las obras del viejo repertorio, y hasta del nuevo. Reconocemos con orgullo que en esta materia poco tienen que aprender las damas santiaguinas: París está para ellas al día en la moda y de su bagaje toman todo lo que su buen gusto le aconseja. Pero es siempre tentador el modelo vivo, el traje animado por la desenvoltura y al movimiento de quien dedica tres cuartos de su tiempo a la sastrería de las piezas dramáticas. Si el autor es tan inocente que ponga labor literaria en los comienzos de acto podemos asegurar que ha perdido su trabajo.

M. de Fe
"Voul

Otros irán por sus sentimientos más o menos estéticos, y unos cuantos por acostumbrar el oído o perfeccionar la pronunciación. Suele dejar chasqueados la tal pronunciación del bulevar; pero éstos son precisamente los que sonríen con refinada malicia y hacen movimientos de hilaridad a la más inocente frase del galán. Pero esto nos recuerda un pronunciado sabor a crítica teatral del tiempo de Jotabeche y de los esplendores dramáticos de Copiapó. Y la verdad es que nos avergonzaría confesar que en crítica de teatro, muchos revisteros continúan tan lugareños como en tiempos de "A mala vida, mala muerte"..

M.

Mlle ALICE NORY

Las Antiparras del Conspirador

Por

AUGUSTO D' HALMAR

Ilustraciones de Gordon

I

Mucho se había discutido entre las familias del vecindario de Santiago si asistirían o no a la fiesta con que don José Antonio de de Rojas iba a inaugurar su casa-quinta la víspera de Año Nuevo, y es que aunque iban corridos días y años desde su famosa conspiración, todavía el conspirador seguía como en entredicho por sus ideas. Los hombres de gobierno, sobre todo, no hubieren querido comprometerse, en una época en que todo llegaba a oídos del Rey; pero se supo que don Ambrosio, el nuevo Presidente había aceptado por su parte el convite y unos por sí y otros por ver quienes más concurrirían, ello es que calesas, literas y carretas acarrearon a la Chimba desde medio día, mucho paño de Lyon y mucha chorrera de encajes de Holanda.

La tertulia fué regia como sólo sabía y

podía ofrecerlas aquel hombre excéntrico, y se vió que la nueva residencia correspondía a sus gustos. Situada más allá del Monasterio del Carmen Bajo, estaba dotada de comodidades y lujo que debían dar tema para largas consideraciones.

Los caballeros tuvieron para rato con la decoración del estrado cuyos muros estaban cubiertos nada menos que de papel pintado, y las señoras tomaron a sacrilegio el que la iluminación fuese de velones como sólo se había visto una vez en el jubileo de la ya entonces clausurada Compañía.

En fin, que el día había resultado soberbio.

Después de la comida que fué servida al caer la tarde los que vivían más lejos comenzaron a retirarse porque no era cosa de broma franquear la enorme distancia—talvez unas doce cuadras—que mediaba de la Chimba al centro. Los esclavos encendieron los faroles, y al paso de las mulas o de los bueyes se volvieron todos a la ciudad propiamente dicha, cambiando sus comentarios Quién criticaba la terquedad del corregidor don Luis que en ésta como en otras circunstancias no había dado su brazo a torcer y y había dejado desairado a don José Antonio; quién recordaba los amores que éste había tenido con la hija del corregidor, aquella misma doña Luisa que ahora se había reunido con sus demás hermanas en el convento del Carmen. ¿Habría elegido el extravagante Rojas aquella nueva residencia para estar más cerca de ella? ¿Por qué no asistiría tampoco el brigadier? Los cascabeles de las mulitas repiqueteaban menos que las lenguas de los chapetones, y esa noche ni el toque de queda logró apagar todos los fuegos y las discusiones.

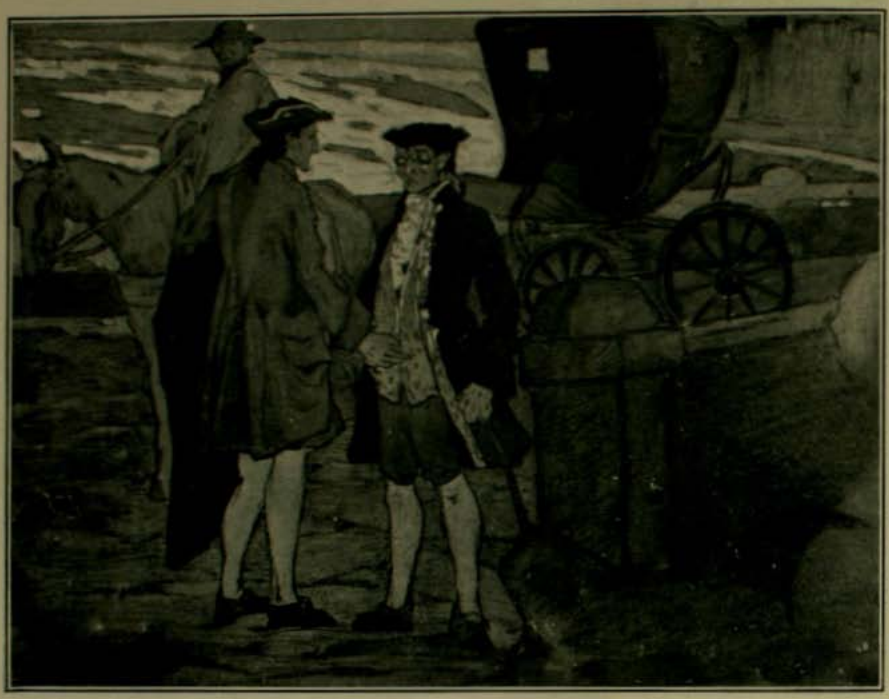
Mientras tanto el espléndido anfitrión se había quedado solo con algunos cortertulios de confianza y había puesto en tapete sobre la mesa en que se jugaba, la eterna cuestión que ya una vez había estado a punto de dar en galeras con su alma. Se conversaba de las ideas de Europa y de lo que recientemente habían hecho en Nueva Inglaterra. Los vinos importados por los galeones franceses expresamente para el magnate y a despecho de los corsarios de mar y tierra, daban al traste con la circunspección, como si hubieran traido los humos de Rousseau y de Voltaire, y el único comensal pacato que quedaba, que era don Tomás Alvarez de Acevedo, habría pagado cualquier cosa por encontrarse muy lejos de esa sospechosa compañía. pero ¡diablo de don José Antonio! debía haberle mezclado plomo a su vino porque en vez de irsele a la cabeza al oidor, le pesaba terriblemente en los pies; y luego... ¡aquellos naipes, aquellos embrujados naipes!

—Es así—dijo entre dos hipos el respetable oidor—es así mi señor de Rojas como las siete plagas se nos han descargado por nuestra impiedad y nuestros desacatos. Primero, hace tiempo, el temblor grande, después el memorial de su Ilustrísima al Consejo de Indias en qué se quejaba de la silla que le había cedido el gobernador cuando el besa-manos: luego el exhorto de su Majestad (A quien Dios guarde) por las inasistencias de algunos regidores a la procesión de nuestro patrono; más tarde la discusión en el Cabildo sobre los puestos que debe ocupar en los entierros; y últimamente la avenida grande y nuestro disgusto en la Real Audiencia respecto al orden en que se ha de subir a los coches.

—¡Y van no más que seis plagas don Tomás!—añadió el dueño de casa sirviéndole una nueva copa y volviendo a dar los cartas.—La séptima podría ser el fanatismo del corregidor, si su merced no se opone.

¡Bien hubiera querido oponerse su merced, pero ese diantre de vino gabacho le enredaba la lengua casi tanto como le trababa los pasos. Estaba entregado de pies y manos y se contentó con invocar algunos castigos del cielo sobre todos esos extranjeros que eran la causa de todo. En América del Norte, en París de Francia, según se venía corriendo ahora, y hasta en esta capitanía general de Chile se admitían las cosas más absurdas sobre la libertad y el contrato social, y otras masonerías. ¡Aquello, Dios mío, debía ser ya el acabo de mundo! Y no eran sólo los criollos sino los mismos chapetones los que consentían que cundiesen. Al rededor de esa mesa, sin ir más lejos, estaba el Marqués de Besanilla; estaba el Asesor; estaba don Juan; don Juan Antonio; don José Antonio; él mismo, en fin, oidor de la Real Academia, y ¿no era allí donde se decían las cosas peores? ¡Dios tenga piedad de nosotros!

—Pero don Tomás—interrumpió el Marqués aludido, que era joven, galante y alegre, y que como el antiguo conspirador ha-



A la luz de la débil luna se separaron

bía viajado mucho;—pero don Tomás, oiga Su Merced, yo no tengo la culpa de que mi abuelo se gastase cinco mil pelucones para que el Rey nos crease un marquesado. Mucho mejor habría sido con ayudar a la fundación de otra escuela, o de un tajamar un camino carretero como los que proyecta el Presidente.

Este detalle, sobre todo, del camino a Valparaíso suministró un nuevo combustible a la charla porque el italiano Toesca que dirigía los trabajos de la casa de Moneda comenzó a hablar del desarrollo de la capital. A su modo el arquitecto también tenía ideas semi-avanzadas pues si bien no hablaba de escuelas en latín para los indios, soñaba para Santiago con inauditos ornatos y embellecimientos. Hacer retirar, por ejemplo, de la plaza de Armas el rollo donde se azotaba y convertirla en jardín; quitar el abasto de las gradas de la Catedral: y aún poner algunas luces de aceite en las calles, a más de los candiles que se encendían frente al retablo de los santos. Con esto y los tajamares para las avenidas, se habría alcanzado al progreso.

Pero en este último ramillete vino a desbarrar el orador, porque don Tomás Alvarez que le había oído como verdadero oidor, volvió a ponerse en guardia inmediatamente. El no era enemigo de la civilización, pero el progreso ¡quita allá! el progreso eran esas malditas ideas republicanas, y todas las herejías. Nombró por dos veces a su Majestad el Rey y se inclinó hasta casi venírsele a los ojos la coleta de la peluca. Y paladeando el vino lamentó con más ardor que antes la intromisión de todo lo extranjero (el nuevo gobernador... ¡hum!) Había que volverse al chocolate y al mate como a un redil; ¡nada de remedios de botica!

Los demás se reían y una y otra vez le escanciaban lo que él había llamado remedios de botica.

—Mi querido don Tomás;—prevenía irónicamente el noble—juego arrastre y a ver si recojo a vuestro rey, ¡arrastre jugado!.... Ud ha ofendido sin querer a Toesca y al

vino, que los dos son de extranjis, y tiene que pedirles perdón delante de todos.

El oidor ya se había reconciliado con el vino y aunque su juego iba mal, quiso hacerlo con el arquitecto; le ofreció un polvo, le invitó a merendar en su casa, "pero a la antigua", no con esos vidrios, sino en verdaderos platos de greda, y finalmente declaró con solemnidad que don Joaquín Toesca era romano, de la patria del Santísimo Padre, apostólico y católico, y que él había querido referirse a esos Gramuset y esos Voltaire que le traían vueltos los sesos a don José Antonio.

Aquel parangón con el filósofo de Ferney hizo reir a todos, porque Antonio Gramuset era el pobre diablo que con su tocayo Berne y con el propio de Rojas había fraguado la descabellada conspiración para establecer en Chile una república, aún antes que pensara hacerse en Francia. ¡Pobres precursores! El patricio se enjugó una lágrima y pensó seguramente en que por esa vez lo habían favorecido los privilegios y la injusticia. ¡El estaba allí brindando y gozando de la vida, mientras que sus compañeros... ¡pobres diablos! ¡pobres diablos!

La partida concluida, uno a uno fueron desfilando los huéspedes, deseándose un feliz Año Nuevo, hasta que con don José Antonio no quedó sino el oidor, obstinado en sus ideas. ¡Somos peores que los indios, más rebeldes!—repetía.—Ese gobernador... ¡hum! por él viene todo lo nuevo. Ya no se le quiebra el pié a los esclavos cuando se escapan; ya se ha declarado que los indios tienen alma; ya hay puente. ¡Hum! ese gobernador irlandés engendrará la revolución.

Por fin se puso de pié y al ver frente a él un caballero con la golilla manchada y la peluca de través, volvió a repetir que eran peor que indios. Sin embargo, aquel incorrecto personaje que acababa de aparecérsele no era sino la imágen suya reflejada por una cornucopia.

Aquella noche la desgracia había de perseguir al oidor, porque héte que al subir a la calesa con el dueño de casa, que se había brindado a llevarle, un brusco encontrón con un cuerpo que nunca supo sino que era sólido, lo privó de la vista, que tanto daba perder las antiparras. Los vidrios se habían hecho pedazos y sólo conservaba el complicado montaje de cuerno con sus cuencas como una calavera. Don Tomás interrogó a la Cañadilla, a don José Antonio, a las estrellas, a todos los seres inanimados o animados sobre la causa de su desventura; después, en un rapto de independencia a su modo, acusó de ello al Conde de Aranda por haberle aconsejado a Carlos III la expulsión de los jesuítas de sus dominios. ¡Volvería, sí, la Compañía, y él tendría que encargar nuevos anteojos! Como Jeremías, quiso sentarse a llorar sobre las ruinas, y a su acompañante no le costó poco meterlo dentro de la calesa.

Reinaba el silencio de las altas horas, porque ya era cosas de la diez, y no transitaba un alma. Una vez que hubo llegado el carruaje al puente de Cal y Canto, el oidor se empecinó en bajarse para ver si el óptico tenía todavía abierta su tienda, uno de aquellos muchos baratillos colocados de trecho en trecho en las garitas. Naturalmente estaba todo cerrado. Pero entonces se obstinó en que su amigo se volviese y en seguir a pié y solo hasta su domicilio; lo más que don José Antonio pudo conseguir de él fué que le tomase prestadas las gafas; y allí mismo, a la luz de una débil luna, se separaron.

—Tenga su merced un feliz año.

—Dios se lo dé a su merced.

Bueno, pensaba el patriota yendo a buscar su coche; ¡con qué no le vaya a pasar algo al viejo!

¡Pero él mismo se sentía fatigado y abatido, sabe Dios por qué, con ganas de recogerse más que de otra cosa. Así, pues, apenas volvió a rodar, recostado sobre los cojines, y ya se había olvidado no sólo del oidor sino de todos sus huéspedes, para soñar nada más que con la hermosa esposa del señor, que esperó un día llamar suya. Los negros cipreses del Monasterio le hicieron suspirar, y cuando volvió a encontrarse en medio del desorden de las salas donde se había dado la recepción, consideró desoladamente aquel lujo inútil, y pensó que de buena gana renunciaría hasta a sus ideales por tal de tenerla a ella allí, bajo ese techo que había convocado esa noche a tantos enemigos y amigos, ¡a tantos extraños, en suma!

II

Apenas el viejo oidor se había calado las gafas de su peligroso amigo, cuando ya comenzó a notar no eran como para él. Y no sólo porque se aviniesen mal a su nariz mo-

derada, sino porque los espejuelos debían ser de un número mucho más alto, y tanto, que en fuerza de aumentarle la vista se la volvían turbia y llorona. Recordó lo que decían generalmente de que el conspirador tenía la vista larga, en contraposición con él que hacía la vista gorda, y por tan extraño modo trató de explicar el hecho de que apenas había dado unos cuantos pasos, cuando ya había perdido de vista al Cal y Canto, como si se hubiera evaporado. "Debe ser, pensaba, que estos anteojos van adelante de mis pies, y que ya no veo aquello por donde todavía ando"..... También supuso que los anteojos contribuían a marearle, y de buena gana se los hubiese quitado, si no fuera que sin su auxilio, no veía gota.

Marchaba por una calle que en el primer momento desconoció, pero que después supuso debía ser la de la Nevería. Lo que más le intrigaba era encontrar tantas pulperías abiertas y cruzarse con tantos transeuntes, que además le eran desconocidos y que no debían conocerle por cuanto ni le saludaban ni le cedían la acera. ¡Vaya una aventura de Año Nuevo! reflexionaba el oidor abriendo tanto ojo como quien vé visiones. La multitud le codeaba, pero sin hacer ruido, como si se tratara de un sueño, y el pobre hombre llegó a temerse que estuviera dormido o... ¡diablo! o muerto quién sabe y en el otro mundo.

En ese instante miles de campanas parecieron echarse al vuelo

Nó, aquel no era su Santiago, su buena y católica ciudad española. Vió extraños vehículos que volaban dando graznidos como los gansos y oyó entrecruzarse un campanilleo que al principio creyó que debía ser que traían a Nuestro Amo; pero ¿a quién podían llevárselo a esa hora? El oidor desplegó su gran pañuelo de hierbas para arrodillarse, pero antes quiso aprovecharlo en restregar los malhadados anteojos. Pasó como una exhalación un carromato que brillaba como un oro. Entonces completamente desorientado, absolutamente perplejo, el bueno de don Tomás Alvárez de Acevedo echó a andar persignándose y repasando todos los casos de encantamiento de que había oído hablar. Aquél debía ser uno y de los más gordos. ¿Qué pensaría su doña Tomasa, de su tardanza? ¿Cómo hallar su aristocrática calle de Santo Domingo entre aquella batahola? ¡Y no era que estuviese obscuro, porque un resplandor infernal como el del trópico hacía día de aquella noche. Un resplandor que estaba en todas partes y en ninguna como si lloviese de lo alto. Don Tomás levantó los ojos y se quedó helado.

¡Oh, seguramente, aquello era el juicio final! El firmamento estaba cuajado de estrellas de todos colores que caían como una lluvia. Y la multitud de fantasmas también alzaba la cabeza, y reían los malditos con

su risa silenciosa. El oidor creyó volverse loco.

¡Esto no puede seguir así, se dijo pellizcándose. Esto no puede seguir! Por otra parte, ¿a quién preguntarle que no se me enoje? Debo estar borracho perdido. Ese diablo de don José Antonio le ha puesto demonios a su vino. ¡Sácame, Señor de este trance y te aseguro para tu altar mi bastón con puño de oro! ¡Virgen Santísima, quién había de pensarlo!

En esto y batiendo la calle con su manteo vió que caminaba delante de él un sacerdote. Un poco antes don Tomás habría podido extrañarse de que las gentes tampoco se le descubriesen al Ministro del Señor; pero en la actualidad ya estaba curado de espantos menores y sólo pensó en que podría interrogarle, y apresuró el paso. ¡Cuál no sería su asombro al encontrarse lado a lado de un jesuita.

—¡Mi reverendo padre!—exclamó el oidor teniendo su tricornio en las manos—¿cómo es posible? ¿pero desde cuándo ha vuelto a Chile la Compañía? ¿Está bueno el abate Molina?

El sacerdote le miraba de hito en hito; después trató de apartarle de su camino y de proseguir.

—¡Vaya con Dios! No cuadra bien a un anciano vestirse de máscara por más que sea Año Nuevo.

—¿Eh?—balbuceó el oidor.

Y se miró al traje. Sólo entonces vino a darse cuenta de que los que pasaban cerca de él, aparecidos o vivos, vestían de un modo muy diferente.

—Creedme...—empezó.

—¿Qué quiere, en fin?—interrumpió el jesuita.

—¿Que qué quiero? ¡pués, diablo!.... ¡Oh, Dios me perdone! ¡quiero con todos los diablos que me echéis los que llevo en el cuerpo! ¡Excusadme, soy un poseído, padre mío!

El padre se había hecho un lado con él para dejar pasar a la gente. Su especto se había dulcificado, sonrió como se sonríe a un niño y cogió del brazo al viejo.

—¿Dónde vive, hermano?

—En la calle Santo Domingo, cerca del Consulado.

—¡Oh, pero si se ha pasado, si ya estamos por llegar a la plaza Independencia!

—¿Independencia?...—El oidor sintió una irresistible necesidad de ver algo conocido. La plaza, si era la de Armas, él tenía que reconocerla por la fuerza y arrastró a su acompañante.

Pero sólo vió un mar de gente, totalmente como un mar inmenso encajonado entre cuatro filas de palacios que brillaban con miles de lamparillas.

—Pero, ¿es que se va a colgar a alguien! —exclamó el oidor.

—¡Colgar!—repitió el otro como un eco—¿Qué no vé que hay fuegos artificiales?

—...¿O se trata de una riña de gallos?

—¡Vamos!—dijo el jesuita sonriendo—¿quiere o no quiere que lo vaya a dejar a su casa? ¿Cómo se llama, hermano?

El oidor dió sus nombres y sus títulos.

—Bueno, bueno,—murmuró el jesuita.—Al principio le había tomado por un histrión disfrazado, pero ahora veo que Ud. es un... No conozco a su familia. Hace un siglo, por la época del terremoto, hubo un Alvarez que hacía remitidos y un Acevedo que componía música. ¿Tal vez serían sus abuelos?

—¡Mis abuelos! Mi abuelo que alcanzó efectivamente al Temblor Grande, fué regente de la Audiencia, y mi otro abuelo... ¡Músico! ¡vaya una idea!

—Precisamente, ahí tenemos un concierto que sale—interrumpió el sacerdote.

Don Tomás recordó vagamente el clavicordio que había visto en casa de don José Antonio y la guitarra que su mujer sabía hacer hablar. Por un curioso fenómeno sentía que a medida que pasaba de uno a otro asombro, el suyo disminuía y hasta se halló alegre y confortado con el encuentro.

—¿Con qué la Compañía de Jesús ha vuelto?—dijo recayendo en su tema—¿y desde cuándo querido padre?

—¡Oh, ya va para doscientos años!

Don Tomás se quedó parado y con la boca abierta. No podía concebir que un sacerdote se burlase de él. Lo miró severamente y le preguntó casi con irreverencia:

—¿Entonces... a qué año íríamos a entrar?

En ese instante miles de campanas parecieron echarse al vuelo para interrumpir aquella pesadilla de don Tomás, que hasta entonces había sido sorda y más o menos silenciosa. Llovía del cielo fuego de todos colores, como si se hubiese roto un arco iris, y un vocerío como de una batalla resonó en el espacio.

Encontró acurrucado a todo un Don Tomás Alvarez de Acevedo oidor de la Real Audiencia

—¡Bienvenido el mil novecientos noventa y siete!—dijo religiosamente el jesuita.

—Querríais decir el mil setecientos noventa y siete.

—Bienvenido—repitió el fraile, desentendiéndose.

—¿Por qué sólo en aquel momento vislumbró la verdad el oidor? Ello es que echó a llorar a mares.

—¡Señor mío, mi querido señor!—trataba de decir el sacerdote.

Pero don Tomás tenía para rato, como si llorase sobre su propio cadáver. Había comprendido que habían pasado doscientos

años desde su despedida de don José Antonio y se encontraba en medio de una ciudad del siglo XX.

—¿Pero, por lo menos, estoy en Chile, su paternidad?

—Sí, hijo mío.

—¿Y en Santiago, su paternidad?

—Sí, hijo mío.

—¿Y todavía existe la calle Santo Domingo?

—Sí, hijo mío.

—Pero, ¿para qué?—volvió a gemir el desventurado—si de los Alvárez de Acevedo ya no quedo sino yo, un alma en pena. ¡Cómo habrán despilfarrado mi hacienda! Y pensar que un nieto mío ha compuesto música y que otro ha hecho eso que llamáis remitidos. Y, decid ¿sobre qué eran esos embutidos?

—Política, hijo mío.

—¿Realista, al menos?

—¡Realista!—lamentó el padre—¡qué iba a serlo, si ya ni reyes quedan! En cuanto al músico, celebraba las hazañas de nuestros gloriosos araucanos.

—¡Virgen, ellos gloriosos araucanos.—vociferó don Tomás en el colmo del desatino—¡pero quién entonces gobierna a Chile?

—El Presidente.

—¿De la audiencia?

—¿Eh? ¡de la República querrá Ud. decir!

Don Tomás no quiso saber más; ¡luego, en esas manos había caído su pobre patria! Ya no se necesitaba preguntar si se había entronizado el progreso. Esos horribles vehículos, ese hormiguero, ese barullo, esas indecentes estrellas, todo eso era el progreso, que no sólo había transformado la tierra sino que también el cielo.

—Pero, ¿cómo está la Compañía, padre mío?

—Bien, bien, hijo...—replicó el jesuita, con alguna vacilación.

—¿Y nuestro Santo Padre de Roma?

—Tal cual.

—¡Menos mal!—murmuró don Tomás—¡todavía hay Dios! Ahora, dejadme, abandonadme. No tengo donde ir; alojaré en la calle.

Y en la calle debe de haber alojado, porque a la mañana siguiente, cuando el sereno hacía su ronda y anunciaba el tiempo, (¡Alabado sea Dios, las seis y media y sereno!) en el portal de la casa del procurador del Cabildo don Juan Antonio Ovalle, encontró acurrucado a todo un Don Domás Alvárez de Acevedo, oidor de la Real Audiencia. ¡Felizmente había perdido ya las antiparras, las pícaras antiparras del conspirador!

¡Pobres antigualias montadas en acero y con lentes de un poderoso aumento, por qué no se las busca? hoy que usamos anteojos de oro ahumados, talvez fuera un remedio encontrarlas, ponérselas, y no volverlas a soltar.

COLEJIALAS HOLANDESAS.—En los más lejanos confines de Holanda, especialmente en las islas de Zuider-Zee, se conservan costumbres originales. Las muchachas sujetan sus gorras con rosetas de oro que colocan a cada lado de la cabeza. Estos broches son a veces de gran valor artístico y muy antiguos

LA RUECA.—La Bretaña de hoy día es la provincia más primitiva de Francia. Los aldeanos conservan su antigua manera de vestir; los hombres con su blusa corta de terciopelo, y los enormes sombreros adornados con grandes lazos de cinta colgando hacia atrás Las mujeres usan gorras blancas, cuya forma es diferente en cada localidad.

PESCANDO CAMARONES.—A lo largo de la costa Normanda, los camarones abundan en las playas. Este es un cuadro que se ve frecuentemente en la baja marea. Las muchachas vadean las aguas bajas, llenando las redes que vacían en los canastos

MUCHACHAS HUNGARAS.—Es difícil dar una idea de la magnificencia de los trajes que usan estas muchachas cuando se visten de gala para ir a la iglesia, sobre todo cuando se piensa que toda la semana trabajan en los campos desde la salida del sol hasta que se entra. El principal adorno son los lazos de cinta, que usan no solo en el traje sino caprichosamente para engalanarse el peinado

MADRES HUNGARAS CON SUS GUAGUAS.—Las aldeanas húngaras tienen la curiosa costumbre de envolver a sus guaguas en inmensos cojines. La señora, a la izquierda, lleva el traje de gala adornado con cintas de varios colores. Las otras dos mujeres llevan el peinado vulgar, es decir todo el cabello escondido bajo un canastito de forma cónica.

BUEN BANQUETE PARA PESCADORES BRETONES.—A lo largo de las costas de Bretaña, se encuentran los pescadores más intrépidos de Francia y aunque parezca extraño, escasamente se encuentra uno que hable francés. Tienen un lenguaje celta, parecido al de sus primos del país de Gales e Irlanda.

RENE MENARD

Por BACKHAUS

Hacia 1889, después del éxito ruidoso de la escuela impresionista, la pintura moderna pasaba por una crisis debida a la influencia de esta escuela tan llena de cualidades, pero al mismo tiempo abundante en defectos. La imitación incomprendida de la fórmula de Monet y Renoir, trajo por consecuencia una especie de anemia en la producción pictórica de la época. Los impresionistas negaron la forma, el pensamiento y la tradición; querían que su arte tuviera por fuente sólo la sensibilidad ingenua, desprovista de todo prejuicio.

Esta teoría, aplicada por artistas maravillosamente dotados como Monet, Renoir, Sisby, Lebourg, Pisarro, Degat, etc., debía darnos páginas inolvidables que quedarán como obras maestras de la producción de cierto tiempo.

Pero, la influencia que ejercieron, sobre todo en algunos grupos de mentalidades enfermizas o débiles, fué muy perniciosa y trajo por consecuencia una abundante producción anémica, incoherente, desprovista de razón y de fondo, que fué acogida con entusiasmo por el público, a causa de su similitud aparente con la pintura de los impresionistas.

En esa época apareció en los salones de París un grupo de pintores que manifestaban francamente no comulgar con las ideas del momento. La coloración misma de sus cuadros decididamente apoyada en las notas sombrías, hacía mancha en medio de los blancos que estaban en boga en aquel tiempo. La tradición del dibujo y la composición era sostenida por ellos, pero en una manera sintética y francamente decorativa, y el pensamiento plásticamente expresado era el objeto de sus principales esfuerzos.

Este grupo de pintores fué acogido por la crítica y el público con los mismos ataques con que han sido acogidos siempre todos los innovadores que han querido reaccionar sobre alguna idea envejecida por su vulgarización. Se les llamó la banda negra y fueron considerados como corruptores de la pintura de la época...

Veinte años han transcurrido, y los socios de esta banda negra son hoy universalmente reconocidos entre los representantes más completos de nuestra pintura moderna.

René Ménard pertenece a este grupo de pintores, y fué clasificado entre ellos en las épocas de lucha e incomprensión. Tiene muchos puntos de contacto con sus compañeros, que se llaman Cottes, Lucien Simon, Jacques Blanche, Dauchez, etc., a pesar de que se diferencia de ellos por muchas cualidades que hacen de él un aislado en nuestra época. Sobrino de Luis Ménard, el maravilloso evocador de la Grecia y el Egipto, e hijo de un pintor distinguido, desde su más tierna infancia respiró una atmósfera saturada de belleza. Jules Duprés y varios otros de los admirables pintores de la escuela de Barbison, frecuentaban su casa; el mismo Millet mantuvo relaciones muy amistosas con su padre, el amor apasionado que ellos tenían por la naturaleza, el culto religioso que profesaban por la obra de Dios y la voluntad inquebrantable en el trabajo y en la conservación de sus ideales. El recuerdo de estos hombres, cuyas vidas se pueden citar como los más poderosos ejemplos de voluntad y admiración, han contribuído seguramente a sostenerlo en las horas de desaliento, en esas horas en que a fuerza de ataques e incompresión, se llega a dudar de las más íntegras convicciones. Y hoy mismo, cuando ya el éxito ha coronado sus esfuerzos, se complace en repetir las anécdotas, los consejos, las palabras que oyera en su infancia, tal vez sin comprenderlas entonces, pero que su memoria intuitiva conservó.

Deseoso de hacer estudios más serios que los que pudiera hacer en su casa al

La Montaña, pintura decorativa de Menard

lado de su padre, ingresó a la Academia Julián, que había reunido entonces como profesores al grupo de artistas más célebres de la época. Allí cursó con toda la constancia y la abnegación de un buen alumno, sus estudios clásicos. Pronto se distinguió de entre sus compañeros, por la sinceridad y seriedad de sus estudios, cualidades que en toda su carrera de pintor no lo han abandonado.

En el curso de composición fué uno de los primeros y hoy se puede ver en uno de los talleres de la Academia, entre los bosquejos premiados que se conservan allí desde la fundación de la Academia, un pequeño bosquejo de un Prometeo, con el cual obtuvo su primer premio de composición y en el que se puede observar ya en germen todas las cualidades que **René Ménard** ha sabido desarrollar más tarde tan ampliamente en sus composiciones decorativas y en sus cuadros.

La mezcla de clacisismo y amor a la naturaleza que lo han distinguido siempre, se puede observar ya en este pequeño bosquejo. El movimiento sereno y grandioso del Prometeo se diría compuesto por un escultor griego, el paisaje profundamente observado del natural hace pensar en Cazin o en alguno de los más sinceros naturalistas modernos, y en el cielo se puede observar ya hasta la pequeña nube amarilla iluminada por el sol poniente que ha llegado a ser característica en sus cuadros.

Cuando **Ménard** se sintió seguro de sus conocimientos clásicos, se retiró de la Academia Julián, para poder más libremente buscarse a sí mismo". Los Museos fueron desde entonces para él sus mejores consejeros: El Louvre y sobre todo la sala dedicada al siglo XVII francés, recibieron muy a menudo la visita del joven pintor. Allí, en medio de tantas obras maestras pudo sorprender muchos de los secretos de la pintura que se encuentran ampliamente escritos en aquellos cuadros para todos aquellos que lo miren con devoción y amor. El Poussin y Claudio de Lorena le hablaron muy íntimamente en esa sala solitaria tan abandonada entonces por el público y por los pintores. El olvido en que momentáneamente se había dejado a estos dos grandes artistas contribuyó tal vez a que ellos hicieran de René Ménard su único y más íntimo confidente. En medio del descrédito en que había caído el clacisismo en esa época, a causa de la falsa interpretación que le habían dado muchos imitadores desprovistos de talento, René Ménard supo oir la voz poderosa de estos dos grandes genios y vió cuánto provecho sacaría tomándolos como consejeros en sus investigaciones.

El Poussin le hizo comprender la serenidad inmensa de la naturaleza, Claudio le reveló el secreto de la luz de los grandes horizontes bañados por el sol y los dos le hicieron ver la belleza de la forma y le dijeron con cuánto respeto era preciso estudiar la naturaleza, con cuánto amor era preciso dibujar un árbol, un terreno, un cielo.

Desde entonces la pintura de Ménard se orienta por el camino que había de llevarlo a la celebridad; todas sus convicciones están ya perfectamente definidas, falta sólo una de esas grandes emociones que produce la naturaleza o la vida para que la primera de sus obras maestras salga de sus manos.

La Grecia se encargó de otorgarle esta primera emoción.

Las conversaciones con Luis Ménard, la lectura de sus libros y la pasión natural que él tenía por el arte y la cultura de la antigua Grecia, hizo nacer en Ménard desde su juventud el deseo de conocer el suelo donde nació la más bella de las civilizaciones.

Toda la Grecia había sido profundamente estudiada por Ménard, desde mucho antes de su viaje, así es que cuando llegó a ella le hizo la impresión que hace volver al país en donde se ha nacido después de una larga ausencia.

Cada sitio lo había visto ya mil veces a través de la historia o de su imaginación, cada piedra que era para él un recuerdo o una evocación. Toda la antigua Grecia, "La Vieja Hélada", surgió un momento ante su vista. Creyó vivir un instante en medio de ese pueblo griego que dejó el sello más imperecedero que pueblo alguno dejara. Y cuando el sueño de un momento desapareció de su imaginación, la realidad triste le hizo ver sólo las ruinas de esa época tan bella que no podía volver a ver. Se volvió a la naturaleza y vió que el sol iluminaba a estas viejas

piedras con la misma serenidad, con el mismo brillo con que iluminara hace 25 siglos los Juegos Olímpicos y los palacios magníficos de la Acrópolis. Este sentimiento de tristeza, de recuerdo y de serenidad implacable de la naturaleza, lo impulsó a pintar una serie de cuadros en que las ruinas aparecen como fantasmas evocadores del pasado en medio de los campos que la naturaleza ha sabido reconquistar a su aspecto salvaje; fantasmas que surgen esbeltos de entre las malezas, orgullosos de su elegancia y decididos a desafiar aún por muchos siglos la destrucción del tiempo. Algunos grupos de animales es el único indicio de vida que Ménard ha querido acercar a las ruinas.

Ningún vestigio de la civilización moderna perturba la serenidad imponente de estas tumbas del pasado. El misterio de la muerte se siente vagar en la tierra mientras el cielo sereno nos hace pensar en el infinito del tiempo.

Esta serie de cuadros griegos es una de las series más simpáticas en la obra de Ménard. Su factura aún no ha adquirido la amplitud que toma más tarde, pero estos cuadros están hechos con tal amor, con tan ferviente entusiasmo, que se olvida fácilmente las pequeñas inexperiencias y la emoción se comunica al espectador sin que nada le perturbe.

Después Ménard pasa a Italia y a Sicilia; Poéstum y los alrededores del Etna le inspiran nuevos cuadros.

Paso a paso su pintura progresa; cada cuadro es un nuevo esfuerzo hacia la perfección. Todos los nuevos conocimientos sobre la luz y el color los aplica conservando siempre en su integridad la gran tradición del dibujo y la composición.

Ménard es uno de los raros ejemplos de artistas que no han tenido vacilaciones ni desfallecimientos. Parece haberse propuesto desde su primer cuadro un ideal de pintura al cual ha ido acercándose lentamente pero con paso seguro.

En París su pintura comienza a imponerse sobre todo el círculo revolucionario de aquella época. La "Societé Nouvelle" lo recibe entre sus miembros: liga amistad con Cottet y Lucien Simon, Carriére y Besnard se adhiere para apoyar sus esfuerzos y la Sociedad Nacional lo nombra "Societaire" de su Salón.

Estos triunfos lo alientan para emprender trabajos más importantes y acepta el encargo de una composición decorativa.

En este género de pintura sus cualidades tomaron más amplitud. Ya sus cuadros de caballete hacían presentir a un gran decorador y hasta en la más pequeña de sus telas la intención decorativa es evidente. El cuadro, decía Eugenio Carriére, debe ser ante todo una serie de bellos volúmenes unidos por bellos arabescos. Esta teoría ha sido siempre aplicada por Ménard y cada pintor debería tomarla muy en cuenta. Una bella distribución es la condición primordial de un cuadro y cuando ésta falta el cuadro pasa a ser más bien el trabajo de un hábil obrero que el de un artista.

El éxito obtenido con su primera composición decorativa le valió ser nombrado caballero de la Legión de Honor y el Ministerio de Instrucción le encomendó la decoración de la Facultad de Derecho. La arquitectura severa de la Facultad y las grandes proporciones de la muralla era un campo muy adecuado para desarrollar una composición vasta y grandiosa.

El recuerdo de la Grecia le inspiró nuevamente esta gran composición; en ella desarrolló la idea que había esbozado someramente en algunos de sus primeros cuadros y que las proporciones reducidas del cuadro del caballete no le habían permitido dar todo su desarrollo. La composición está dividida en ocho grandes panneaux. Los dos panneaux centrales representan "La Grecia". El paisaje es la síntesis de sus estudios de Grecia. Toda la península Helénica está caracterizada en este paisaje: sus golfos tranquilos, sus terrenos accidentados y su cielo puro, transparente, cruzado por nubes de formas esbeltas. Ruinas de templos y columnas mutiladas pueblan el primer plano y de entre estas ruinas surgen figuras de mujeres griegas que contemplan con mirada serena los restos de la pasada gloria. El sol poniente ilumina con sus últimos rayos y parece acariciar con su luz dorada las viejas piedras y los mantos blancos de las sacerdotisas.

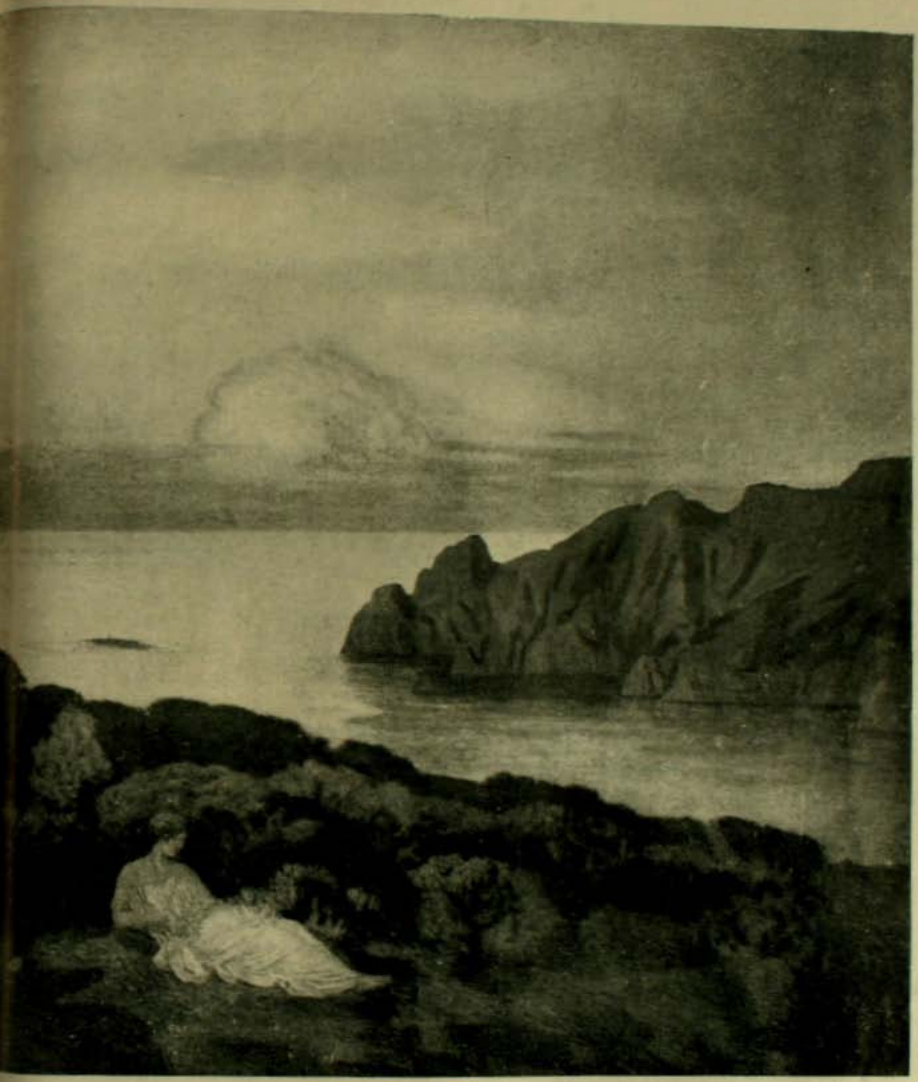
Los dos panneaux de la izquierda representan un bosque a la hora del crepúsculo. Algunos grupos de bellos espartanos conducen sus caballos para darles de be-

Grecia, pintura mural de Ménar

ber en un lago que refleja los árboles del fondo. Otros grupos se alejan ya y se pierden en la espesura.

Esta escena tan sencilla evoca un mundo de ideas; toda la Grecia guerrera se presiente en esos jóvenes esbeltos a la vez que poderosamente musculados que vuelven de los juegos atléticos, en que han ocupado su día, orgullosos de sus fuerzas y de su belleza.

El cuadro es uno de los más bellos paisajes crepusculares que se ha pintado. El misterio del bosque que comienza a hundirse en la sombra, la transparencia del agua triste y serena del lago y la vibración de la luz difusa reflejada por el



Facultad de Derecho de Paris

cielo que ilumina los accidentes del terreno, están expresados con tal elocuencia que parece ser la naturaleza misma quien revelara su secreto al pintor.

Los dos panneaux de la izquierda están dedicados al trabajo de la tierra.

Ménard no olvidó en su composición el elemento primordial de nuestra existencia: la cultura de la tierra es la base de la vida y quiso darle el lugar que le corresponde al lado de los otros dos grandes elementos de la civilización: la Guerra y las Artes.

El paisaje aquí es más robusto y está iluminado por un sol claro y ardiente en el mismo plano algunos grupos de labra-

dores conducen yuntas de bueyes que arrastran el arado primitivo surcando la tierra de cultivo y en el cielo, se agrupan las nubes que han de dar el agua para hacer germinar el grano.

El éxito de esta composición fué ruidoso: La Sociedad Nacional le dedicó su Salón de Honor para ser exhibida; su autor fué promulgado oficial de la Legión de Honor y la crítica fué unánime en los aplausos.

Los aplausos no distrajeron a Ménard de sus estudios, y los recibió con la misma serenidad con que recibiera los ataques del comienzo de su carrera; siguió sus investigaciones siempre deseoso de hacer progresos y de llevar su arte a una mayor perfección.

La montaña fué el nuevo tema que hizo producir a Ménard una de las páginas más grandiosas de nuestra pintura moderna. Después de algunos años de estudios en los Alpes, la Suiza y la Italia, nos dió en 1912 su gran panneaux titulado "La Montaña".

Es una de las más grandes telas que se han pintado en nuestra época, como proporciones y como sentimiento.

En el pequeño grabado adjunto se puede admirar la sencillez grandiosa de la composición, a pesar de que la fotografía da siempre una idea muy vaga de una pintura.

El sentimiento de la serenidad imponente y enigmática de la naturaleza, está expresado en este cuadro en manera insuperable. Y la pequeña figura del labrador en el primer plano nos hace pensar en nuestra fragilidad al lado de la mole colosal que se alza hacia el cielo.

La ejecución es también en este cuadro más fácil, más amplia que en los anteriores. En él ha llegado ya Ménard al pleno dominio de su arte y es la obra que resume veinte años de esfuerzos y de pacientes estudios.

En las salas de George Petit, en París, se hará próximamente una exposición general de las obras de Ménard. El público entusiasta de esta gran ciudad admirará en su conjunto la obra de este gran artista y seguramente sabrá encontrar para él la palabra amable que alienta y que hace creer que los penosos esfuerzos de una vida de trabajo nos han sido inútiles.

...retenido por el encanto tranquilo de su casa solariega

La voz Ancestral

Por

Angel C. Cruchaga S. M.

Ilustraciones de Eguren

Don Juan había cumplido sesenta años en aquel mes florido y luminoso. Sus espaldas encorvadas y sus cabellos blanquecinos mostraban el avance en la existencia cansada y evocadora.

En aquel antiguo pueblo de provincia vivía desde niño; pocas veces salía de él, retenido por el encanto tranquilo de su casa solariega, de largos corredores con pilares blancos, donde las enredaderas se anillaban como serpientes.

Era una casa amarilla de murallas descascaradas y ruinosas; el techo, de tejas obscuras que desde lejos parecían rojas.

Don Juan del Valle era muy orgulloso, huraño y amigo del silencio: austero y rígido como los caballeros de los aromados tiempos. Sus ojos azules y grandes, su nariz fina, su bella frente, que aún no tenía la huella de las arrugas, y la distinción de su cuerpo alto y huesudo, mostraban su aristocracia.

Vestía siempre traje obscuro y modesto aunque, fanático de lo antiguo, hubiera usado espada, sombrero alón y calzón corto como sus antepasados.

Vivía solo en la mansión perfumada por el jardín antiguo, que había oído la voz de algún caballero que recitaba en el antaño versos de Calderón o de Teresa de Jesús.

Tenía tres hijos: pero ninguno de ellos lo acompañaba: todos vivían lejos del padre bueno y amable.

Fermín—el mayor—de 20 años, estaba empleado en una mina en el norte.

Hacía mucho tiempo que don Juan no tenía noticias de Fermín. Era el más alocado de sus hijos: a veces alegre y reidor, aunque de alma pesimista y envejecida.

Los dos hijos menores estudiaban en un colegio místico de la capital.

Los acontecimientos que se eslabonan en la vida y forman una cadena de obligaciones y trabas, hicieron que don Juan vendiera un fundo que deslindaba con la casa de sus mayores.

Fué un acto doloroso para su orgullo ancestral; pero mirando el camino futuro que debían recorrer sus hijos, mató sus vacilaciones y el fundo fué vendido.

—Había que pagarles la pensión a los niños, darles educación profunda y católica para que supieran resistir estoicamente el empuje desolador del porvenir.

Fermín—que ganaba buen sueldo—jamás le había enviado dinero, y en aquel tiempo don Juan, lo necesitaba. Como no podía trabajar por su edad y su abatimiento, la renta pequeña que tenía iba disminuyendo rápidamente.

La aterradora idea de vender la casa desesperaba su corazón. La casa que había alegrado con sus primeras frases; la que había visto el perfil hidalgo de su padre y la casaca recamada de oro de su abuelo, el gobernador de peluca empolvada y gesto señorial y desdeñoso.

Los hijos estudiantes volvían en las vacaciones, siempre más crecidos y flacos. En sus rasgos fuertes y armoniosos se notaba la semejanza con el padre.

En la casa vetusta y plena de silencio, era la algarabía de los muchachos como una serenata alegre que le recordaba sus años juveniles, más floridos de amor, más poéticos y sentimentales que los años presentes, exentos de ideal y de ensueños.

Por el jardín antiguo, él también había jugado en los años fuertes y optimistas, en que no se sabe nada de las cosas hondas de la vida.

Por aquel corredor de ladrillos gastados, en las horas de los crepúsculos invernales, había paseado del brazo de la buena esposa, que después deslizó su cuerpo flaco, enferma de tisis y de misticismo, hasta una tarde amarilla en que se fué con el sol. Murió muy joven, no tenía treinta años.

Don Juan iba todas las tardes al salón, donde había un retrato de la muerta y se extasiaba contemplándolo. Los ojos grandes y claros, la nariz aguileña, las pestañas largas y el cuerpo delicado y aristocrático.

—Doña Lía era muy bella.

Y el anciano la miraba, la miraba, pareciendo rezarle, y después se marchaba silencioso, con la cabeza baja; acaso más envejecido después de cada tarde.

Para él, que tenía en su corazón un orgullo ancestral, que florecía en la sangre de su familia, quizás cuántos siglos, era el salón antiguo la gloria de su casa.

Los nobles ascendientes de miradas fuertes y atrevidas, de faz galante y manos delicadas, y los místicos cadavéricos y llenos de la gracia celeste, con los ojos extáticos en una lejanía eternamente bella.

Todos los próceres de su familia estaban allí, en viejas pinturas de artistas sabios y refinados. El escudo de nobleza brillaba en un rincón. Una luna en campo azul con una divisa en latín.

Pero lo más interesante y amado de don Juan eran los pergaminos, los viejos pergaminos de su casa, que no eran menos aristocráticos que los de un rey.

Sobre una mesa, cubierto con seda, el libro que los contenía semejaba un misal extraño y viejo.

Por aquel libro había tenido muchas querellas con su familia. Hubo un Ministro —primo de don Juan—que quiso poseerlo; pero el viejo hidalgo no se deslumbró con la posición del mandatario.

El era demasiado orgulloso para sentir el espejismo de las fortunas y las atracciones de una sociedad advenediza.

Y el Ministro no consiguió aquel libro que pretendía mostrar en España.

✦

La renta disminuía rápidamente y él miraba la fatalidad cercana. El único que podría salvar los acontecimientos era Fermín; pero de él *no sabía nada y además* la ingratitud perversa del joven había dejado en el corazón del padre un remanso de pesimismo.

La desconsoladora idea de vender la casa le amargaba los labios y sentía una desesperación infinita.

Y llegó un invierno malsano y helado. Sintió todo el abatimiento de los días obscuros y de la soledad de la casa, vacía de amores y de sonrisas de mujer.

En una tarde nebulosa recibió una carta del hijo ingrato: una carta fría y lacónica.

"Querido padre:

Volveré pronto a verlo.

He dejado mi ocupación por una querella que tuve con mi jefe.

Cuando Ud. sepa la causa, me dará la razón.

Deseo abrazarlo pronto; lo mismo a mis hermanos.—*Fermín.*"

Y nada más.

No trataba de disculpar su ingratitud.

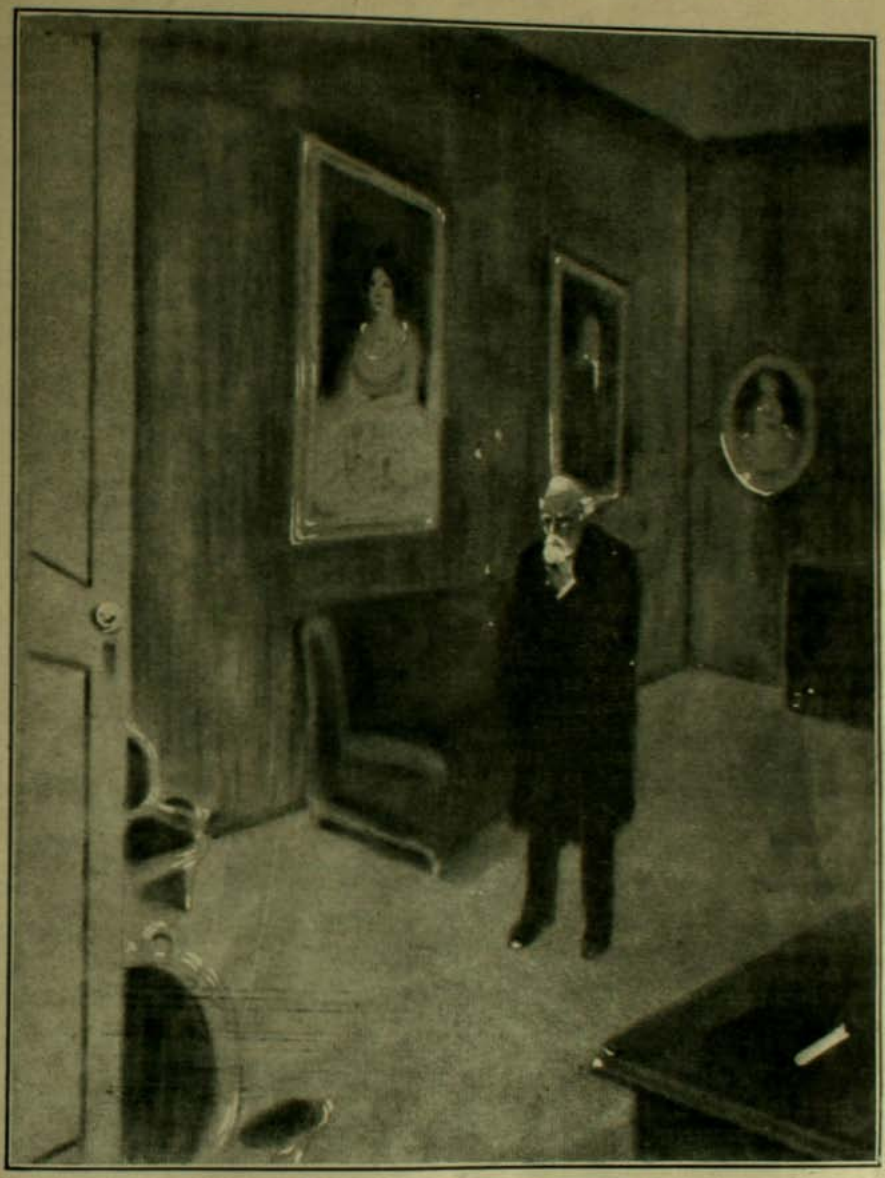
Don Juan sintió toda la frialdad de aquella carta; aunque quizás su corazón bueno le decía de los pesimismos que flotan en las almas a veces prematuramente y dejan en el espíritu un soplo de hurañez y de olvido que parece borrar los sentimientos más nobles.

✦

Llegó Fermín en una mañana fragante a la casa solariega plena de sol y de silencio.

Sus pupilas tristes contemplaron la mansión amarilla de tejas obscuras. Al ver a su padre, sintió toda la falta cometida por su corazón ingrato y olvidadizo.

Corrió hacia él, y lloró sobre el pecho del anciano, tembloroso, sin poder hablar, conmovido por un respeto casi místico.



...Aquel gran salón donde había estado...

Don Juan lo abrazó alegremente y sus ojos buenos acariciaron al hijo, alto, delgado, de rostro pálido y doliente, de pupilas azules, mansas como las suyas.

—¡Qué grande estás!

Fermín lo miró suplicante y le preguntó por sus hermanos, y dijo cosas superficiales de su estadía en el Norte.

En el rostro triste y en las pupilas pensativas del hijo, vió el padre alguna angustia secreta y disculpó la ingratitud.

—¿Has estado muy bien en la mina?

—No; estaba muy aburrido y pensaba continuamente en volver al lado suyo. Ud. comprenderá, solo, sin tener un amigo....

—Te veo triste, ¡Cuéntame! ¿Te enamoraste de alguna muchacha? ¡Cuéntame! Yo te podría dar algún consuelo. El silencio y la soledad de esta casa, me han hecho conocer la vida. He meditado mucho; he vivido una existencia ancestral con los retratos de mis ascendientes y con mi jardín que sabe comunicarse con mi espíritu.

Pero Fermín no habló, recordando los ojos azules de una mujer, que se quedó llorando en la desolación de una tarde amarilla, en que el crepúsculo ponía sentimentalismos en los espíritus y lágrimas en los ojos. Pensó en la mujercita que no vería hasta la eternidad tan confusa.

Paseaban por el corredor aromado: el sol ponía franjas doradas en los ladrillos obscuros y de lejos venían canciones suavizadas por la hora; canciones que parecían desfloradas por una garganta de mujer.

Fermín miraba a su padre; lo encontraba mucho más viejo, algo encorvado y muy canoso; el rostro amarillo reflejaba el cansancio y las pupilas tenían una mansedumbre femenina, como si después de sufrir mucho se hubieran quedado resignadas.

Josefa—la llavera—tuvo un contento enorme al ver a don Fermincito, al niño que había acariciado cuando tenía bucles rubios y pantaloncito corto.

La buena vieja reía y su rostro arrugado parecía rejuvenecerse.

Y agonizó la hora del crepúsculo: un crepúsculo de oro, que puso en el jardín reflejos deslumbradores, como luces de fantasmagoría. Los árboles que habían sacudido su cabellera de hojas, parecieron alegrarse en la hora pensativa y rubia del ocaso.

✣

Entró don Juan al salón; lo acompañaba Fermín. Al avanzar, el joven sintió ese temor respetuoso que experimenta el alma cuando se penetra a un santuario pleno de penumbra y de silencio.

Aquel gran salón donde había estado tantas veces siendo niño! Miró todas las caras amigas de los ascendientes y la pálida y pensativa de su madre. Se detuvieron contemplándola. Parecía que en el rostro manso de la muerta, se insinuaba una sonrisa de seda y los labios querían entreabrirse para florecer alguna frase tierna y clara en el silencio del salón.

Los dos, callados, la miraban y por sus pupilas azules hormigueó el verso de una lágrima.

Y los corazones cantaron dolientes por el camino interior.

Don Juan sólo dijo:

—¡Qué bella era!

Fermín no habló.

Y salieron tristes, mirando el suelo, sin pronunciar una palabra, como si temiera cometer un sacrilegio contra el misterio de la muerta y de la hora crepuscular.

Después resonaron pasos en el corredor, y la luz agonizante del ocaso se desvaneció.

Aquella noche, cuando la luna vació la seda de sus resplandores alumbrando el corredor, pasearon desfallecidos de tristeza.

Don Juan le habló de la situación dificilísima que no podía vencer, de la falta de dinero para pagar las deudas imprescindibles.

Fermín sentía haberse portado tan ingrato. El, durante su estadía en el norte, se olvidó completamente del padre, falto de ayuda.

Después de acostarse pensaba sin poder dormir en hacer alguna tentativa para vencer las obligaciones de la familia.

Paulatinamente, la vida se le desvaneció en el sueño y los ojos azules de la amada imposible lloraron en su corazón, silenciosos, silenciosos.

Al otro día, claro y fresco recibió don Juan una carta del Ministro, una carta que tenía un monograma con letras doradas y decía:

"Ministerio del Interior.

Señor don Juan del Valle.

Estimado señor:

Como tengo intención de partir a España uno de los últimos días de este mes, le ruego que me facilite el libro de la familia que Ud. posee. Remítamelo a la capital.

P. D.—Le envío $ 20,000. Sé que en la situación actual le vendrá muy bien ese dinero.—*Pedro del Valle*, Ministro del Interior."

Era como un salivazo malignamente lanzado, al ofrecerle dinero por aquel libro que se adoraba en su familia desde los años floridos de la galantería y del amor.

Le daba el tratamiento de "estimado se-

ñor". Porque sabía que don Juan estaba pobre no le llamaba "querido primo".

Cuando Fermín leyó la carta, sólo pudo exclamar: ¡Qué imbécil! Y empuñó la mano en un movimiento nervioso.

Don Juan tomó los billetes infames entre sus dedos huesudos y finos y los despedazó. Después los introdujo en un sobre y los remitió a Santiago:

"A Pedro del Valle".

Su corazón noble y orgulloso no había podido soportar aquella humillación.

Aquel día Fermín y don Juan se sintieron más grandes y seguros; como los caballeros antiguos que después de un fracaso se alzaban hacia el cielo, teniendo en el rostro la serenidad de Dios.

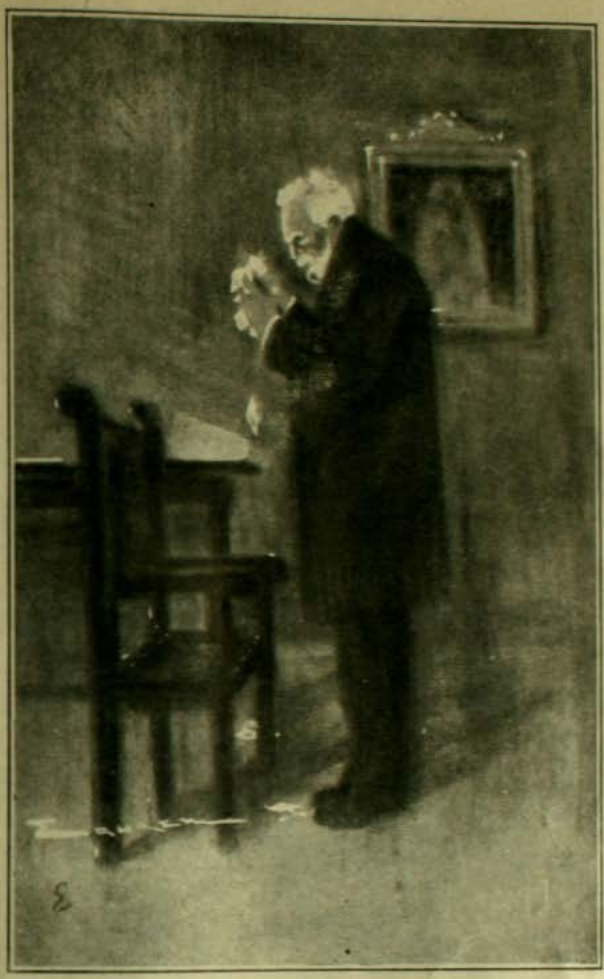
Fermín decidió emplearse. Se aventuró salir de su pueblo para hacer las diligencias necesarias.

Cada día era mayor la falta de dinero. De la capital escribió la dueña de la pensión, cobrando el alquiler del último mes: y prometía insolentemente "dejar a los muchachos botados en la calle."

Los pequeños hijos, un día cualquiera, de esos fatales, serían arrojados a la calle y vagarían como los menesterosos, sin ayuda y azotado por el hambre.

El orgullo de don Juan se revelaba fieramente, pero sabía retenerse. Solo su rostro amarillo y sus pupilas tristes hablaban de pesadumbres y de insomnios.

Pocos días después, recibió una segunda carta del Ministro: una carta que repetía la primera, con la promesa de remitirle la misma cantidad de dinero, y agregaba: "que olvidaba la ligereza y poca prudencia de Juan del Valle (le quitaba el tratamiento de Don); que él tenía una alma buena y quería socorrerlo."



...los billetes infames entre sus dedos huesudos y finos

El hidalgo se sonrió dolorosamente: con una sonrisa que era como un aletazo de desprecio.

Una risa nerviosa vibró en el corredor, y después pasó don Juan llevando una bujía en la mano enflaquecida.

Fermín lo siguió atónito y extrañado al ver la cara pálida y los ojos vidriosos del

...Fermín temeroso corrió a detenerlo...

anciano. El hidalgo daba pasos inseguros y en el temblor de su cuerpo huesudo se notaba una desesperación enorme que le era imposible contener.

—Padre, ¿qué tiene?

Don Juan no contestó. Después se sintió el crujido de una puerta y entró al salón. Con la luz de la bujía, todas las imágenes adquirieron un color cadavérico, y el rostro de la madre muerta tenía la palidez del ámbar.

El viejo se adelantó mirando cada retrato con sus ojos taladrantes.

Parecía pedirles valor para no caer en los combates de la suerte.

—¡Padre! volvió a repetir Fermín, extrañado.

El anciano lo hizo callar con una mirada, siguió contemplando los retratos medio borrados por la penumbra.

Después se dirigió a la mesa donde estaban los pergaminos, el noble libro que rezaba la gloria de la familia. Lo tomó y dió una mirada a todas las imágenes del salón, una mirada que era como una despedida. Se acercó al retrato de la muerta, cuya palidez doraba un rincón; estuvo un rato contemplándola fijamente; una lágrima quiso brotar de sus ojos azules. Inclinó la cabeza y se dirigió a la puerta, haciendo crujir el pavimento. Llevaba bajo el brazo el libro sagrado, cubierto de seda azul obscura.

Fermín lo siguió asombrado, pensando en algún arrebato de locura que ensombreciera el cerebro del anciano.

Quiso detenerlo.

—¡Padre, por favor! ¿Qué le pasa?

No contestó y se perdió en la sombra del corredor. Entró a la bodega fría, llena de vasijas de greda, que en el antaño fermentaron el mosto alegre y dulce como unos labios de mujer.

El hidalgo en medio de la penumbra, se acercó a una mesa sobre la cual había varias botellas de loza; tomó una con mano nerviosa y la quebró por el cuello en la muralla húmeda; y, ávidamente, como si sintiera una sed enorme se sorbió todo el contenido. Y despedazó la botella contra las vasijas de color rojo, que tuvieron como un gemido de campana rota. Después salió tambaleándose, con las pupilas vidriosas y terriblemente pálido, y se dirigió al jardín pintado de luna y aromado de jazmines.

Llevaba los cabellos descompuestos; los ojos clavados en el cielo y el libro bajo el brazo.

Fermín, temeroso, corrió a detenerlo; pero los ojos del anciano lo aterraron con una mirada arañadora. Y quedó inmutado y sin bríos para decirle nada.

Don Juan se detuvo; miró hacia la sombra que se enredaba en los viejos árboles; pareció vacilar lleno de inquietud; alargó un brazo, dejando el libro en el suelo blanco. Después se sintió el rápido chasquido de un fósforo, y la mano pálida e insegura del hidalgo se acercó a la seda azul que empezó a arder rabiosamente, y las hojas amarillas del pergamino parecían retorcerse como mujeres al contacto de la llama.

Y los caracteres antiguos se iban borrando.

Una gran llamarada azul.

Después se vió al noble anciano, de brazos cruzados, mirando a la luna con fijeza desesperada. La palidez del rostro y la fulguración de las pupilas decían una desolación enorme; los cabellos parecían más blancos y se agitaban suavemente. Miró la ceniza que restaba del libro y empezó a sollozar bajo el cielo recamado de estrellas en aquella hora blanca y dolorosa.

Fermín se acercó, temeroso y asombrado.

Don Juan corrió hacia él y se arrojó en sus brazos y lloró desconsoladoramente; acaso con todo su orgullo ancestral. Desembarazándose, alargó su mano amarilla y huesuda.

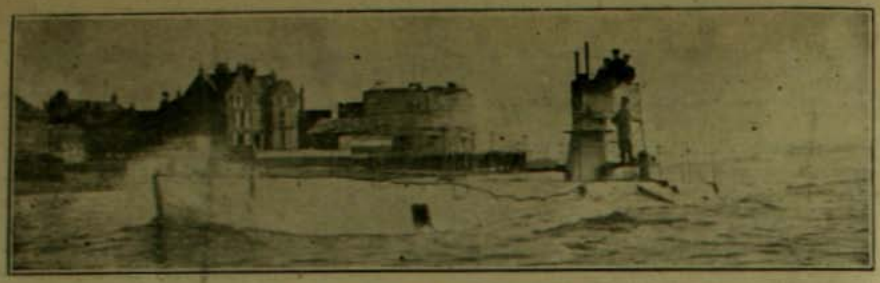
—¡Ahí están, hijo mío!

—Cenizas, y nada más.

—Ya no los venderá nadie.

Y en la cara del padre vió Fermín una mueca grotesca, mezcla de ironía y de dolor. De pronto su rostro se serenó y las pupilas quedaron resignadas; se limpió los ojos llorosos y hundidos, y caminó lentamente, paso a paso, por la senda blanca del jardín bajo la luna que parecía estar más pálida. Marchaba erguido como un adolescente, lleno de orgullo como un conquistador; y luego se perdió su obscura silueta, silenciosamente en la sombra del corredor.

Un murciélago aleteaba sobre el jardín y en la pila de mármol cantaba el agua, tristemente con una voz lánguida de mujer.



Submarino británico "B-1"

COMO SE NAVEGA DEBAJO DEL MAR

Submarinos y Sumergibles

Por

LAUTARO ROSAS

Capitán de Fragata.

Ilustraciones fotográficas

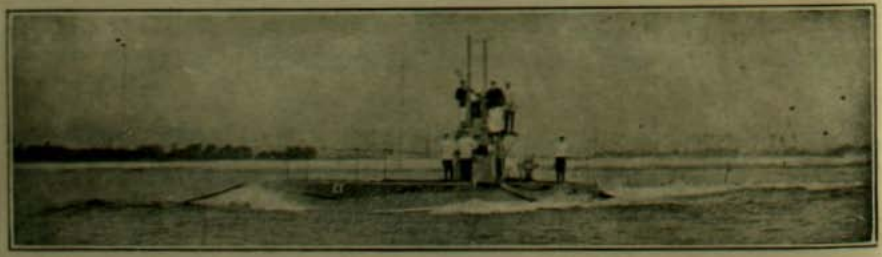
Desde tiempos remotos el hombre concibió la idea de construir una embarcación que pudiera navegar debajo del agua; pero se han necesitado muchos años de experiencia y el esfuerzo de muchos hombres geniales para llegar a la solución práctica de este problema, lograda solamente en los últimos veinticinco años.

La gloria de este invento pertenece principalmente a los Estados Unidos y a la Francia en segundo término.

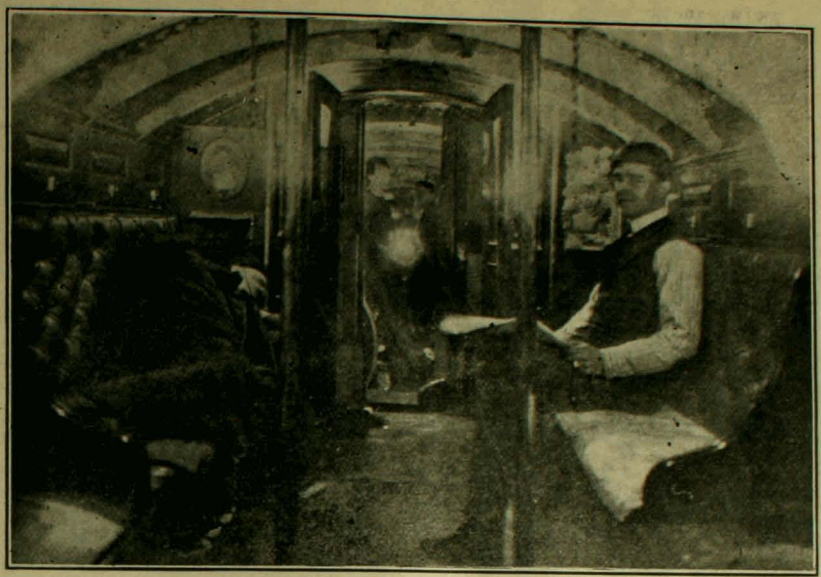
En efecto, fué un americano, David Bushell, quien construyó en 1776 el primer submarino que merezca el nombre de tal, con el cual atacó una fragata inglesa anclada en el puerto de Nueva York.

Corría el año de 1800, cuando su compatriota Roberto Fulton presentó en Francia al Emperador Napoleón el proyecto de un ingenioso submarino denominado "Nautilus", que podía llevar tres hombres y mantenerse una hora a una profundidad de 6 metros debajo del mar. Con esta clase de embarcación el inventor proponía destruir la flota británica entonces en guerra con la Francia.

Este submarino fué probado con éxito en las aguas del Sena y después en el puerto de Havre; pero el Gobierno francés no prestó su apoyo al inventor, quien se dirigió dos años más tarde a Inglaterra, en donde después de efectuar varias pruebas experi-



Submarino británico "C-7"

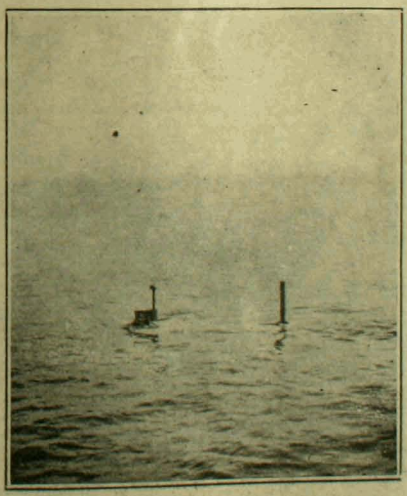


La vida en el interior de un submarino

mentales recibió el apoyo de Pitt y la ayuda financiera del Estado.

La nave de Fulton era tan original en su diseño como sencilla su construcción. En ella había reunido el hábil ingeniero norteamericano los órganos principales que constituyen el submarino moderno. Estaba formado por un casco de planchas de fierro y cobre de forma ovoidal. Para sumergirse debajo del agua hacía funcionar a mano una pequeña bomba aspirante e impelente.

Como la flotabilidad de un cuerpo depende de su peso específico o sea de la relación de su peso con su volumen, para efectuar una inmersión se hacía funcionar la bomba, echando a su interior cierta cantidad de agua, lo que aumentaba su peso. En esto el inventor imitaba a los peces, los cuales para salir a la superficie llenan de aire su vejiga aumentando así su volumen y haciendo la operación inversa para descender. Para la propulsión el submarino llevaba una hélice accionada desde el interior por medio de un eje conectado a un volante que movían los hombres. Con intervalos, durante todo el siglo diecinueve, se ensayaron en Europa y América diferentes tipos de submarinos, sin que ninguno de ellos llenase satisfactoriamente las condiciones de navegación y seguridad.



El enemigo debajo del agua.—Lo que se ve de un submarino listo para atacar

Hasta la época de la guerra del Pacífico se empleaban para atacar a los buques enemigos, cargas de explosivos o torpedos, llamados torpedos de botalón, que consistían en un recipiente de metal lleno de pólvora uni-

do a un botalón o pieza de madera, el cual se hacía explotar conduciendo el torpedo en el que hasta quedar en contacto con el casco del buque atacado. Se comprende que esto era impracticable desde un submarino, ya que la explosión a tan pequeña distancia haría peligrar su propia existencia.

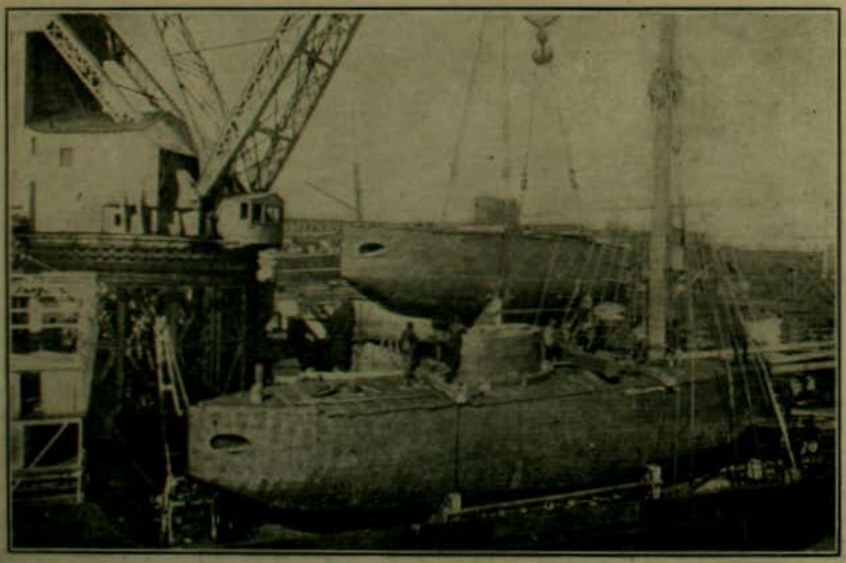
Con los progresos de la mecánica nació el torpedo automóvil, esto es, un pequeño barco de metal en forma de cigarro puro, dotado de máquina propia, que emplea como fuerza motríz el aire comprimido que hace girar dos hélices. De este modo conduce a distancia la carga explosiva que deberá estallar por el choque con el casco de la nave enemiga.

Resuelto así el problema de poder hacer el ataque a distancia, se reanudaron los esfuerzos para construir un buque que navegando oculto bajo el agua y por lo tanto invulnerable a los disparos de los cañones, pudiese lanzar sus torpedos sin ser visto por el enemigo.

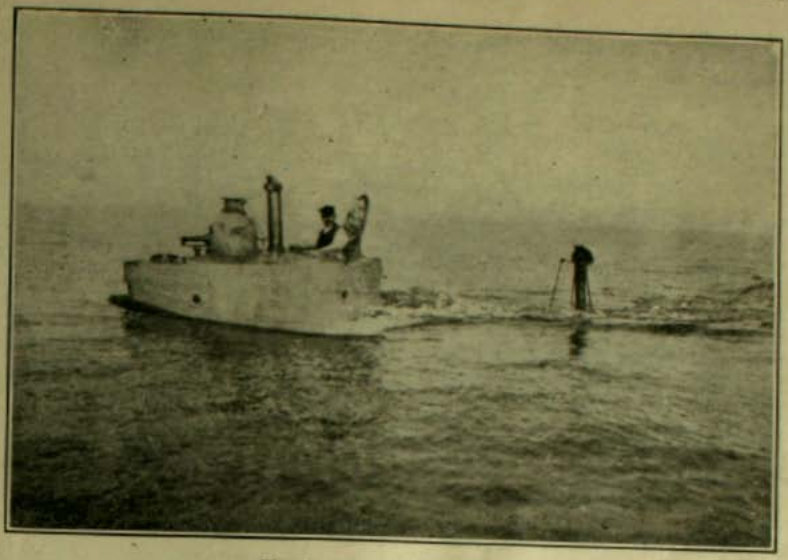
El enemigo debajo del agua.—Lo que se ve de un submarino listo para atacar

Notables ingenieros se dedicaron al estudio de este problema, distinguiéndose Dupuy de Lôme y Gustavo Zedé en Francia, Luis Peral en España, Lacke y Holland en Estados Unidos.

El tipo de submarino que obtuvo los mejores resultados desde el principio hasta la fecha, fué el del ingeniero americano John P. Holland, que ha sido adoptado por todas las potencias marítimas, excepción hecha de la Francia, que desde 1888, después de ensayar el "Gumnote", construía con ardor entusiasta diversos submarinos para restablecer su prestigio naval en decadencia.



Submarinos trasportables



El submarino comienza a descender

En esta época los adelantos de la electricidad eran considerables: el dinamo había salido de su período experimental de laboratorio; Gramme había ya creado el electro motor industrial y Planté había inventado el acumulador eléctrico. Posteriormente, la construcción del motor a explosión o de combustión interna dió la clave para realizar esta construcción admirable que se llama el submarino moderno y del cual vamos a dar una ligera idea.

Pero antes, para evitar confusiones, debemos decir dos palabras para marcar la diferencia que hay entre un submarino y un sumergible.

Bajo el nombre genérico de *submarino* se comprenden todas las embarcaciones destinadas a navegar bajo el agua. El submarino es una embarcación destinada a navegar ordinariamente sumergida debajo del agua. Su casco afecta la forma cilindro cónico o sea la de un cigarro puro.

El *sumergible*, creado por el ingeniero Laubeuf en Francia, en 1906, con la construcción del "Narval", es una nave que desempeña conjuntamente el papel de una torpedera y de un submarino o en otros términos navega ordinariamente encima del agua y solo se sumerge para atacar. Está formado por dos cascos de planchas de acero, uno interior análogo al del submarino y otro exterior parecido al de una torpedera o al de un destróyer.

El espacio que queda entre estos dos cascos forma un estanque donde se echa a voluntad el agua del mar para producir la inmersión o zabullida del sumergible. Los estanques se pueden vaciar con gran rapidez por medio de la presión de aire comprimido.

Se han hecho experiencias comparativas entre los dos tipos, en la que se ha podido establecer que el tipo sumergible es más adecuado para operaciones de guerra por ser más veloz, poseer mejores cualidades para la navegación y tener superiores condiciones de habitabilidad para sus tripulantes.

Todos los submarinos modernos son del tipo sumergible.

Hemos dicho que el casco está formado por planchas delgadas de acero remachadas a un esqueleto de baos y cuadernas del mismo metal. En la generalidad de los tipos el casco interior está compuesto por secciones circulares unidas entre sí. Para la navegación lleva una o dos hélices movidas por un motor de explosión. Para navegar debajo del agua lleva un motor eléctrico accionado por acumuladores que se cargan con el propio motor a explosión.

Como hemos dicho, el sumergible "Nar-

val" puede navegar en la superficie como una torpedera de tipo corriente, puede navegar también semi-sumergido llevando sobre el agua solo la torrecilla de gobierno y la chimenea o bien totalmente bajo el agua como un submarino propiamente tal.

Como la luz del día no penetra sino hasta cierta profundidad bajo el mar, para la dirección del sumergible se emplea un compás o brújula de los llamados giroscópicos.

¿A qué profundidad bajo el mar puede descender un submarino? Para la táctica del submarino esto no tiene una importancia especial, ya que siempre se atacará llevando los periscópicos encima de la superficie del mar, yendo por lo tanto el submarino sólo a tres o cuatro metros de profundidad. El submarino norte-americano "Octopus" hizo una prueba de resistencia de su casco permaneciendo 24 horas sumergido 90 metros debajo del mar; la generalidad pueden descender a 30 metros de profundidad. El submarino "Kobben" construido en Alemania permaneció 2 horas a una profundidad de 50 metros.

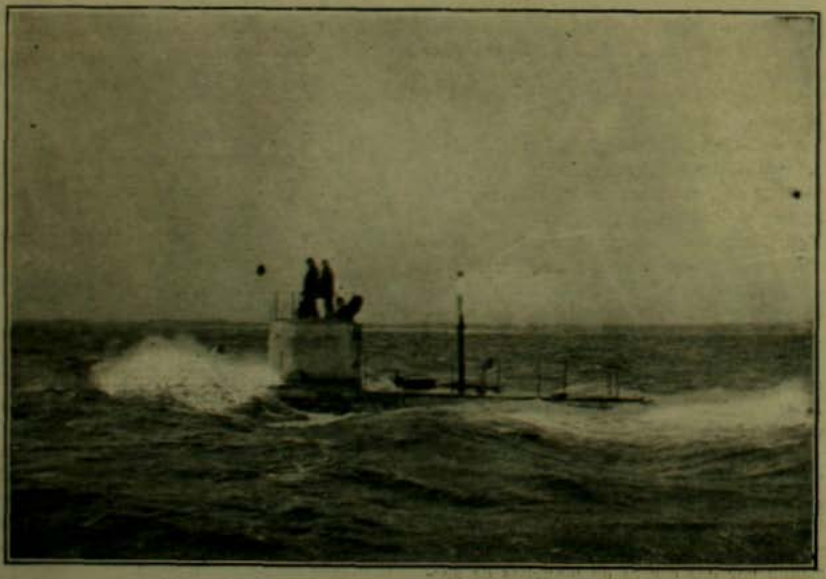
Para comunicar con un buque que navegue en la superficie, los submarinos norteamericanos tienen un mecanismo muy ingenioso que consiste en una campana neumática instalada cerca de la proa. Los receptores del sonido u orejas del submarino van colocados dentro de dos pequeños estanques asegurados a cada lado del casco. Estos reciben la onda vibratoria que les envía otro buque o una estación de tierra y la transmiten aumentando su intensidad por medio de alambres de teléfono a la torrecilla de mando. De manera que el Comandante aún cuando esté debajo del agua podrá recibir o enviar órdenes o noticias del enemigo.

Tambien se ha empleado con éxito el telégrafo sin hilos para las comunicaciones; pero para esto el submarino necesita ir previsto de dos mástiles de 10 metros de altura, en los cuales va la antena, los cuales pueden rebatirse a voluntad.

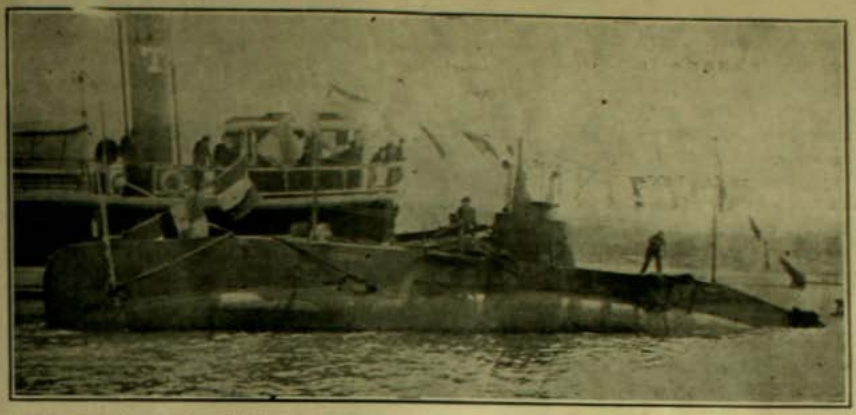
Los grandes submarinos modernos tienen un desplazamiento entre 500 y 1,000 toneladas. Pueden navegar en la superficie con una velocidad de 15 millas durante varios días.

Para atacar con sus torpedos el submarino se sumerje siendo en este caso su andar sólo de 11 millas, pudiendo permanecer debajo del agua unas cinco horas.

Un submarino de los denominados tipo C que existen en Inglaterra se demora 3 minu-



Sumergible en viaje largo con mar gruesa



El submarino "Octopus" de la marina americana.—Desplazamiento 170 toneladas. Eslora 30 metros. Manga 3-M. Andar en la superficie 11 millas. Andar debajo del agua 8 millas. Inmersión 40 segundos

tos para sumergirse, pudiendo navegar debajo del agua 1,500 millas o sea la distancia de Valparaíso a Punta Arenas.

El submarino moderno es autónomo, es decir, puede hacer largas travesías de mar sin el auxilio de otro buque, ya que tiene capacidad para llevar pertrechos y víveres para un mes entero y combustible para recorrer 2,500 millas. De manera que hoy día podríamos hacer el viaje en un submarino desde Arica a Magallanes y renovando la provisión de petróleo, que es el combustible generalmente empleado, podríamos sin gran dificultad realizar el fantástico viaje del capitán Nemo ideado por Julio Verne.

En el 70 por ciento de los submarinos franceses, debido a sus pequeñas dimensiones y a su radio de acción limitado, su papel como unidades de combate está destinado exclusivamente a la defensa de los puertos de su costa. Los submarinos ingleses por el contrario, han sido construidos para la acción ofensiva, de manera que pueden atacar a los buques enemigos a 200 o más millas de sus bases de operaciones.

Su tripulación la componen unos 30 hombres, los cuales se alojan en pequeños departamentos provistos de literas para dormir. La comida se prepara en una cocina eléctrica.

Para penetrar a un submarino hay que bajar por una pequeña torre que tiene una escotilla circular de un metro de diámetro protegida por una plancha acorazada de 12 centímetros, la cual se cierra con una doble tapa para que no penetre el agua. Estas tapas tienen un mecanismo especial para poderlas abrir en pocos segundos, de manera que en caso de un accidente puedan escapar por ella los tripulantes del submarino, para quienes se ha ensayado un vestido especial parecido a la escafandra de los buzos.

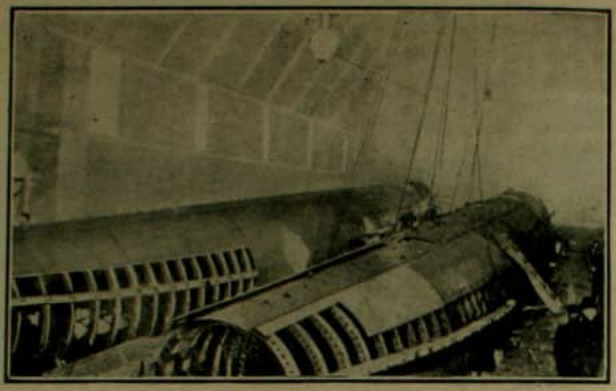
Listos para desaparecer debajo del mar

Hoy por hoy, con los enormes progresos de la construcción naval, la navegación debajo del agua ofrece una re-

lativa seguridad. El mayor peligro consiste en un choque o colisión, que en la mayoría de los casos será de fatales consecuencias.

¿Cómo son las habitaciones de un submarino? Una pequeña cámara o cuarto con sofáes a los lados sobre los cuales hay unas camas rebatibles, como las de los trenes. Dos pequeñas mesas en el centro, donde se come, se lee o se juega durante las horas de descanso. Unos pequeños estantes para libros o útiles y algunos cajones para guardar ropa componen el menaje. Pero los oficiales y marineros se sienten relativamente cómodos en su jaula de acero, porque los anima el noble espíritu de la profesión.

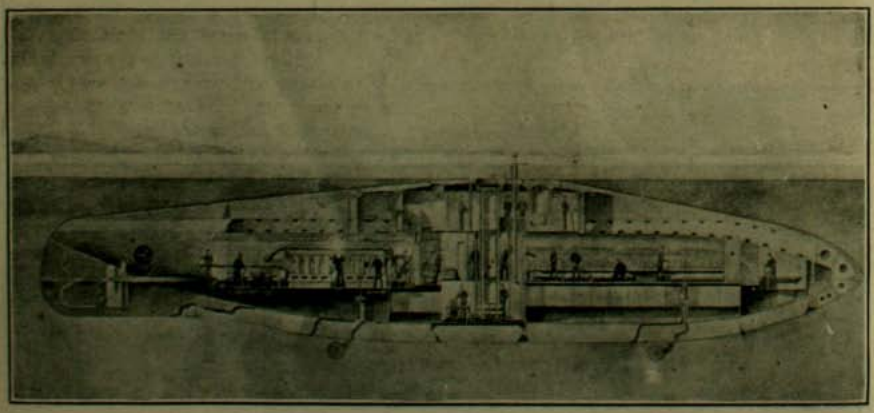
Para renovar el aire destinado a la respiración de sus tripulantes lleva unos tubos de acero en los que se lleva almacenado aire comprimido; también se emplea el aire líquido o el oxígeno. El aire viciado de los departamentos se extrae por medio de bombas especiales. También se usa una preparación química denominada *oxilita*, la cual tiene la propiedad de absorver el ácido carbónico del aire producido por la respiración y reemplazarlo por oxígeno.



Submarinos en construcción

En el interior de los departamentos de un submarino inglés podrá divisarse una jaula con ratas blancas. Se ha observado que estos animalitos tienen una sensibilidad especial para el monóxido de carbono y comienzan a dar señales de intranquilidad tan luego como empieza a viciarse la atmósfera del interior, dando así la señal de alarma a la tripulación para renovar el aire.

Para poder disparar sus torpedos el submarino lleva varios tubos de lanzamiento cuyo número varía desde 2 hasta 7. Los torpedos automóviles Whitehead que se emplean, como hemos dicho, tienen la forma de un pescado de acero cuya cabeza la constituye una carga de 90 o más kilógramos de pólvora algodón destinada a estallar por el choque con el casco del buque enemigo. Pe-



Corte de un submarino tipo "Lake"

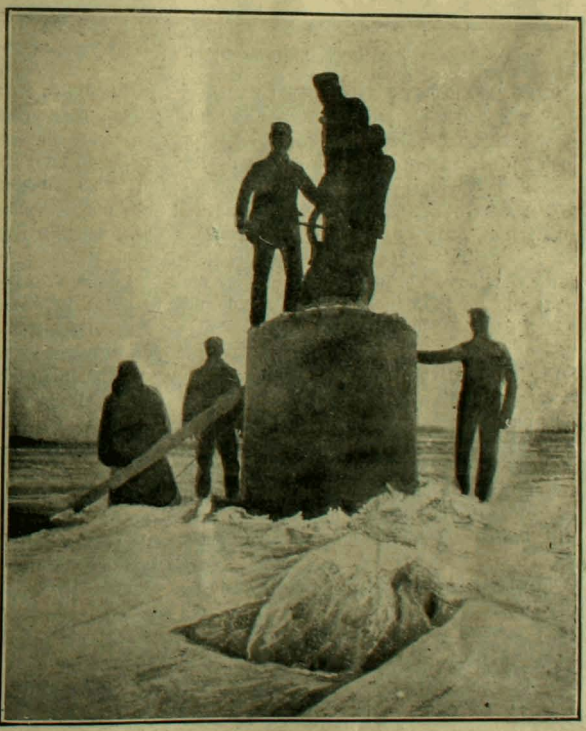
ro para efectuar la puntería y poder dirigir estos torpedos, es necesario poder ver a la nave enemiga sobre la cual se va a disparar. Antes de atacar, el submarino se sumergirá tres o más metros debajo del agua; pero dejando afuera de la superficie del mar el tubo óptico de acero llamado periscopio para ver lo que pasa en el exterior. Es este una especie de anteojo vertical que lleva en su parte superior un espejo circular de curvatura parabólica, el cual reproduce en el extremo que dá al interior del submarino, por medio de un juego de prismas y lentes, una imagen panorámica de los objetos del exterior.

Difícil será rechazar un ataque de submarinos con el fuego de los cañones de tiro rápido o por medio de los torpedos, pues a una distancia de 1,000 metros escasamente, se verá el periscopio encima de la superficie del mar, y mientras tanto el submarino estará cuatro metros bajo el agua. Para hacer el submarino lo más invisible, su casco va pintado generalmente de un color gris verdoso que se confunde con el color del mar.

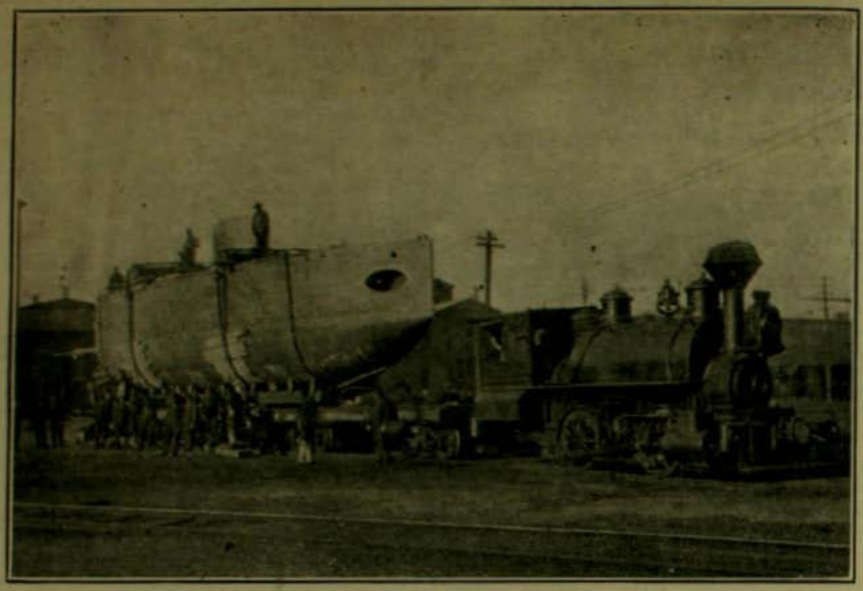
Hasta hace poco más de dos años el hombre no había inventado un medio para poder descubrir y atacar el submarino; pero la aparición del aeroplano señala un horizonte nuevo para la guerra naval. Así como desde la cubierta de una nave nos es fácil seguir los movimientos de los peces en el agua, desde el asiento de un hidroplano puede divisarse con toda nitidez el casco de un submarino en movimiento. Las experiencias hechas en Francia e Inglaterra, han sido interesantísimas, y su resultado lo consignaremos en pocas líneas: dos submarinos se han puesto en marcha para atacar a otro buque en movimiento; dos hidroplanos han comenzado a explorar el mar, descubriendo a los submarinos minutos después pudiendo seguir su ruta sin inconveniente desde una altura de 100 metros. Uno de los hidroplanos dejó caer un peso de 20 kilógramos, que representaba una mina explosiva, en las proximidades de una boya que hacía de blanco, sin que aquel perdiera su estabilidad en el aire.

La rivalidad secular que ha existido entre Francia e Inglaterra, avivada en 1898 por el incidente de Fashoda, hizo creer a los franceses que poseyendo un gran número de submarinos podrían con estos equilibrar el poder de la flota inglesa, y movidos por este pensamiento, los astilleros franceses desarrollaron una gran actividad en la construcción de submarinos.

Hasta el año 1900 la Inglaterra no poseía un solo submarino; pero vigilaba celosamente lo que hacían sus vecinos. A fines de



El submarino americano "Protector" saliendo por debajo del mar helado después de un viaje de tres horas



Un pequeño submarino trasportado por ferrocarril

ese año comenzó la construcción de submarinos adoptando el tipo americano Holland. A la actualidad el Almirantazgo británico, que se inició en la navegación submarina 13 años después que la Francia, puede disponer de cuatro flotillas con un total de 74 submarinos, contra 81 que posee la Francia, siendo los submarinos ingleses más modernos y de tipos más homogéneos que los del otro lado de la Mancha. El precio de un submarino de 300 toneladas es aproximadamente 80,000 libras esterlinas.

Por su relativo poco costo con el de un acorazado, se ha dicho que el submarino es el arma de las naciones pobres.

Es indudable que teniendo nuestro país una costa tan extensa, bañada por mares profundos, adecuados para la navegación del submarino, este tipo de unidades será utilísimo para la defensa de nuestros puertos.

No podría decirse lo mismo de la costa de la República Argentina, cuyas aguas a causa de su poca profundidad, en sus puertos y estuarios, presentan dificultades para la navegación submarina.

Pero no debemos pensar que los submarinos por sí solos bastarán para defender un país de gran litoral marítimo como el nuestro.

La flota de combate, compuesta de acorazados y lista para tomar la ofensiva, es y seguirá siendo el factor principal que pueda garantizarnos el *dominio del mar*, esto es, el control de las comunicaciones marítimas, indispensable para obtener la victoria final. El submarino es un auxiliar poderoso de la guerra naval y siendo como es un enemigo invisible, tendrá una acción moral de mucha importancia en una campaña, pero no hay que exagerar su valor como unidad de combate. El solo no bastaría jamás para entregar a una nación el tridente de Neptuno.

El Tesoro y la viudita

Por

Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Gordon

Hasta el momento en que escribo, Román Calvo no se ha decidido aún a abrazar la profesión de detective privado. En realidad mi amigo me parece poco dispuesto a encausar su vida dentro de ningún trabajo metódico. Sus aptitudes son tan varias y sus gustos tan discordantes, que mucho me temo le sea difícil contraerse a un solo ramo de actividad.

El éxito de su pesquisa relacionada con la catástrofe de la Punta del Diablo, le dió sin embargo a conocer muy a pesar suyo. Llovióronle empeños de todas partes. Ya era un pretendiente al rastacuerismo que deseaba enviarlo a España, para que reivindicara un título de Castilla, vacante, ya un minero empedernido que con su ayuda quería descifrar algún "derrotero" tan célebre como ininteligible, ya un tinterillo audaz, metido en la tarea de dar con un posible testamento de don Federico Varela, otorgado en el Sur. Román escuchaba a todos pero no atendía a nadie.

—Era lo único que me faltaba, decía. ¿Tengo acaso cara de agente de pesquisa? Ayer no más, cierto marido celoso hubo de bajar en forma azás precipitada las escaleras de mi casa. No quería nada menos, sino que yo descubriera al autor anónimo de cierta correspondencia epistolar sorprendida a su mujer.

—¿No *harás* pues policía? le pregunté.

—Todo depende. Si el caso se presenta y me encuentra de humor... Ahora lo que me preocupa son los coleópteros. Sospecho que el Amallopodes scabrosus de Lequien, no es sino la hembra del Malloderes microcephalus de Dupont. Mucho más me interesa comprobar prácticamente esta sospecha, que las del marido de marras.

—Tienes razón: la tarea es en todo caso menos peligrosa: supongo que esos animalitos no son venenosos, ni muerden...

—¿Cómo se te ocurre?... Si son coleópteros y por lo tanto inofensivos.

—Acaso convendría a tus investigaciones y también a tu tranquilidad que hicieras un viajecito al Norte. Precisamente tengo que ir por algunos días a la Serena. ¿Existen esos bichos por allá?

—Bien puede ser: se ignora cuál sea el límite norte de su área geográfica. Gay encontró el Amallopodes en Illapel.

¿Te vienes conmigo, entonces?

—No tengo el menor inconveniente. La fauna entomológica de la provincia de Coquimbo ha sido poco explotada. Los naturalistas prefieren el Sur: allí la naturaleza es rica y les proporciona abundantes cosechas... pero los confines del Desierto encierran especies muy curiosas... Vamos pués allá.

Así eran las resoluciones de Román: tan rápidas como originales los motivos en que las fundaba.

Nos embarcamos pues para Coquimbo en el vapor "Palena"; yo iba a mis negocios, Román a sorprender las probables relaciones ilícitas entre el Amallópodes scabrosus y el Malloderes microcephalus.

En la Serena no nos alojamos en un hotel, sino en casa de mi queridísimo amigo Luis de Medina.

Frisaba Medina en los treinta y cinco años; era soltero, pertenecía a una antigua y respetable familia, y heredó un caudal más que mediano. La fortuna lo había tratado mal. La bolsa fué su ruina como la de tantos otros y la crisis casi le dejó liquidado. Supo sin embargo hacerse superior a su

desastre, y la sociedad de Santiago vió con estupor a ese brillante mozo, ornamento un día de los salones de la capital, ir a enterrarse a una obscura y monótona capital de provincia donde se dedicaba a explotar modestamente una pequeña chacrita de veinte cuadras, único resto de su herencia.

Aquel majuelo no tenía siquiera casas de administración. Luis habitaba todo el año una quinta también de su propiedad, en las goteras de la ciudad de la Serena.

—Me hacen ustedes un servicio, viniéndose a casa, nos dijo. De Santiago y sus placeres sólo echo de menos a los amigos.

Sucede con frecuencia en el mundo que para conocer a los hombres es necesario que estos cambien de fortuna. Mientras fué rico Luis pareció el más aturdido, el más superficial y el más frívolo de los mozos de sociedad. Su conversación solo giraba alrededor de los caballos, de los automóviles y de las marcas de champagne. Hasta los negocios de bolsa los decidía en el Club o en el Hipódromo. Revoloteaba como una mariposa, entre los placeres y las especulaciones. Todo asunto serio, todo afecto del corazón eran para él latas o candideces... La Providencia, sabia compensadora de los bienes y de los males, no consiente por lo regular a los ricos otros goces que los que se compran con dinero.

Ahora Luis era otro hombre. Se había hecho reflexivo, profundo, casi filósofo. De su personalidad irradiaba cierta vaga melancolía, dulce y romántica. Su principal encanto eran las flores de su huerto... Creo que hasta escribía versos.

Salía muy de mañana en un viejo tilburí tirado por un caballo criollo, y no lo veíamos hasta la hora del almuerzo. Este se prolongaba bastante, sazonado siempre por amenísima charla. Román hacía el gasto de la conversación. El tema no era muy variado, hablábamos de coleópteros, pero nuestro amigo sabía embellecer los asuntos más monótonos, con su ingenio y su talento. Después de almuerzo, dormíamos una corta siesta, siempre agradable bajo el clima dulce, húmedo y parejo de La Serena.

Yo salía entonces a mis negocios, Román a sus excursiones entomológicas y Luis se quedaba en casa, entregado a la lectura. Nos reuníamos de nuevo en el Club a la hora de los cocktailes. Román fué luego célebre entre los simpáticos muchachos, que nos presentó Luis. Nunca habían visto un pájaro tan raro como él.

Después de la comida, cuando no hacía frío nos reuníamos en el corredor de la casa a consumir wisky con soda. La quinta de Luis, estaba situada sobre un montículo, con vistas al mar. La hora aquella, sobre todo cuando había luna, era romántica y solemne. Bajo el verandah adornado de magníficas enredaderas se extendía el perfumado jardín, y allá de más lejos nos llegaban las acres emanaciones marinas, y el eterno murmullo de las olas que se rompían sobre la playa. Un magnífico ejemplar de la palmera real de Chile levantaba su elegante penacho sobre el azul profundo del cielo.

Cosa curiosa: apesar de su neo-romanticismo, Luis de Medina no nos acompañaba siempre en aquellas deliciosas veladas. Muchas veces, apenas concluíamos de comer, salía de casa, sin decirnos una palabra, y sólo regresaba cerca de media noche.

Durante una de estas inexplicables ausencias Román y yo nos encontrábamos charlando en el corredor a la luz de la luna, cuando mi amigo varió repentinamente el tema de su conversación.

—¿Qué dirían, preguntó de pronto, los socios del Club de la Unión, si pudieran observar a don Luis, como nosotros lo estamos observando?

—Está muy cambiado, en efecto, repuse tomando un sorbo de wisky con soda.

—No lo conocí en otro tiempo, continuó Román; mi sociedad preferida no ha sido la de los grandes señores, pero su fama llegó más de una vez a mis oídos. Hombre de club, de sport, de fáciles placeres, no parecía tener vocación para recitar versos a la luna, ni para embriagarse con el perfume de las flores... ¿qué deduces de esta transformación?

—Psch... ¿qué se yo?... La pobreza, acaso... La poesía no cuesta dinero.

Poco conoces del mundo, amigo Miguel, repuso Román con acento reflexivo... No es la pobreza lo que hace a los poetas y a los románticos, sino todo lo contrario... El oro y el divino arte se suelen querer mal, pero no hay que tomar la causa por el efecto. ¿Me entiendes?....

—No... no te entiendo.

—Los poetas son pobres, pero los pobres no son poetas... El cultivo de las musas no dá mucho dinero, y por eso los que se

dedican a los versos suelen andar mal de fondos... El caso de don Luis de Medina es mucho más grave.... Está enamorado perdido...

—¿Cómo lo sabes?

—Yo lo sé todo.... Puedo aún señalar a la autora del desastre. Es una viudita.... la misma piel de Satanás...

—¿Le has espiado?

—Me ofendes Miguel. Eso gana uno con hacer de policía. Habrás de creerme con caballerosidad bastante, para no dedicarme a pesquisar al huésped que me aloja... Pero esta maldita memoria mía, no me deja ignorar muchas cosas... Además, tú como yo lo has oído... No sé cómo no has caido en cuenta.

—Te confieso que estoy en babia.

—Como siempre. Los chilenos suelen emplear todas sus facultades intelectuales en la discusión y la dialéctica..... pero el secreto de la vida es observar y tener memoria.

—¿Pero qué has observado tú?

—Cosas rarísimas. En primer lugar un hombre de mundo, muy conocido, gran vividor, que a los treinta y cinco años se dedica casi todos los días a filosofar sobre el amor... Anda tú ahora atando cabos. ¿A dónde va todas las noches sin decirnos una palabra?....

—Tendrá su entretenimiento por ahí.... Es natural....

—Eres de una vulgaridad aplastadora... ¿A qué cuento entonces los versos y el romanticismo?... Además entre amigos como son ustedes no se guardan tan herméticamente esos secretos... Está enamorado y de una viuda...

—¿Y por qué no ha de ser soltera?

—Por cincuenta mil razones... En primer lugar los hombres son sobre todo reservados cuando se trata de viudas. Detalle es este que ha escapado a los psicólogos, pero yo tengo escrita una monografía sobre el particular.

Me ofendes, Miguel

—No me convences....

—El dato si estuviera aislado no tendría gran valor, pero hay más... ¿Conoces tú a la señora Mercedes Molina de Albano?

—Creo haber oido ese nombre...

—Por supuesto... Casi todas las noches en el Club. Como que esa señora tiene sorbido el seso a cuanto serenense se encuentra en estado de merecer. Parece que se trata de una mujer seductora y extraordinariamente rica. Tiene por ejemplo, quinientas cuadras regadas en el valle de Elqui, una gran estancia en el departamento de Ovalle, en fin millones.

—No es Luis hombre capaz de enamorarse por interés.

—Exacto. Un hombre que al verse arruinado, abandona el teatro de sus éxitos y de sus triunfos, para que nadie sea testigo de su derrota, un hombre que tiene el coraje suficiente para detenerse al borde del abismo, y se retira a un rincón modesto pero

honrado, sin tentar golpes de audacia ni espedientes equívocos, posee sin duda un carácter enérgico y un corazón digno y activo. Pero nadie, amigo mío, está libre de enamorarse, sobre todo en el silencio y la monotonía de una ciudad de provincia.

—¿Tan seductora es la viudita?

—No la conozco si siquiera de vista, pero supongo que sea encantadora Por otra parte ha llevado su merecido.

—¿Cómo?

—Donde las dan las toman, y o mucho me equivoco, o la señora Mercedes está a su vez loca por nuestro amigo.

—¡Cuánto me alegro!

—No debemos todavía cartar victoria, porque si Luis es comprendido y con todo el fuego que se gasta a orillas del Elqui, él por su parte difícilmente se decidirá a casarse. Le asusta la fortuna de su adorada. Ha corrido bastante mundo para saber que en el matrimonio manda quien tiene la llave de la caja...

—¡Dulce esclavitud!...

—Dulce pero un sí no es humillante para un temperamento como el de Luis. Es de la raza de los soberbios. El sentimiento de la dignidad confina en él con el orgullo.

—Le has observado b'en.

—Un poco; los coleópteros no me han dejado tiempo para más.

II

Muy pronto tuve ocasión de comprobar la exactitud de las sospechas de Román.

El intendente nos invitó a una matinée dada en honor de la oficialidad de un buque francés el "Sirius" al ancla entonces en la bahía de Coquimbo.

Toda la sociedad de la Serena estaba allí, y en primer término la encantadora viudita. Román tenía razón: esa mujer era capaz de volver loco al mismísimo demonio...

Merceditas no era una belleza al estilo clásico. Serán acaso preocupaciones de artista, pero en sus líneas creí ver predominar en exceso la curva... Como estatua habría valido bastante poco... Fascinaba por todo aquello que el mármol no puede producir: el fuego de la mirada, la armonía de la voz, la gracia voluptuosa de los movimientos... Al hablar, al sonreirse, al reclinarse en su asiento, parecía acariciar....

Luis Medina disimulaba el amor pésimamente... durante toda la fiesta no dejé de observarle... El llegó a darse cuenta de ello... y se sonrojaba como un colegial.... Enamorados los hombres se transforman en niños de quince años.

Aquella noche nos acompañó a tomar nuestro wisky en el corredor... Su actitud era realmente cómica. Ponía los temas de conversación más extravagantes, dando con ello ocasión a que la inagotable locuacidad de Román Calvo no se diera punto de reposo. Se habló de insectos, de historia y hasta de política, de todo menos de mujeres.

Al retirarse de nuestras habitaciones, Medina me dirigió por primera vez la palabra.

—¿Quiéres ir mañana conmigo a "Las Chilcas"? me preguntó.

Así se llamaba su majuelo...

—Con mucho gusto, le repuse, con el rostro más indiferente que pude hallar en mi repertorio.

Al día siguiente muy temprano partimos juntos en el viejo carricoche del ex-millonario.

Cuando entre dos hombres que están solos, hay un secreto mortificante, la única política posible es la del silencio.

Por largo rato, Medina y yo la observamos escrupulosamente.

Al fin me decidí a atropellar todos los respetos y todas las prescripciones de la buena crianza...

—Tienes buen gusto, Luis, le dije, tu viudita es encantadora.

Por de pronto no contestó una palabra, pero dió un fustazo con tal violencia al escuálido jamelgo que nos conducía, que no pude menos de decirle:

—Vamos, hombre... el caballo no tiene la culpa.

—¡Qué cosas tienes, Miguel!...

—¿Te parece raro?... Es cierto que a nuestra edad no se provocan las confidencias, pero te confesaré que he creído que tú deseabas hacerme alguna. No se trata por otra parte de un secreto de estado. Tu actitud de ayer era muy significativa... y lo que es ella... vamos... no le pareces saco de nueces....

—Te aseguro que no hay nada... absolutamente nada...

—Salvo mucho, muchísimo amor... No seas cadete... Si me dices que la quieres, aplaudiré a dos manos...

Don Luis de Medina, el conocido hombre

de mundo, murmuró el sí temido de una doncella que recibe por primera vez una declaración de amor.

—Son locuras, agregó...

—Pués, así me dén todas las locuras, repuse con viveza. Merceditas... es un dije... un bocadito del cielo... y además...

—No continúes... vás a decir que es muy rica...

—Miel sobre hojuelas...

—Pero yo soy muy pobre...

—No como para morirse de hambre, y tienes nombre, situación, cultura.... Sobre todo la quieres, y eso es lo que importa.

—Un matrimonio así es imposible... Suponte que nos casamos. ¿Comprendes el conflicto?...

—Nó: no lo comprendo...

—Me quedarían dos caminos en la vida, o vivir de sus rentas o tratar de acrecentarlas... Esto último tiene sus inconvenientes. Ya he perdido una fortuna y bien puedo perder otra.... Mi ruina me ha enseñado algo: debo ser un asno para los negocios.

—Pues no los haces y en paz.

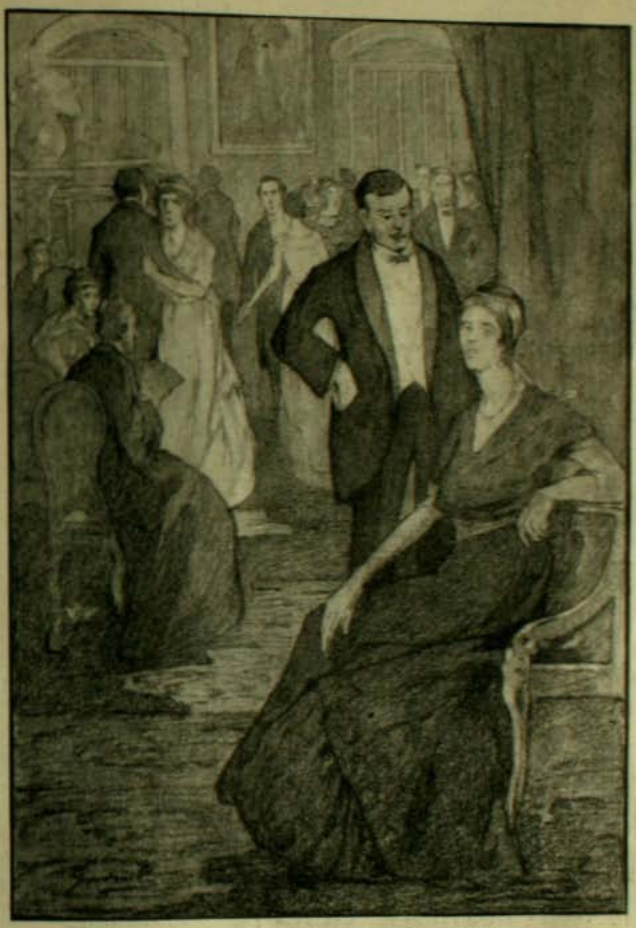
—Pero el papel de príncipe consorte no es cómodo, sobre todo cuando ha de desempeñarlo un "roi dans l'éxil".

—No te lo niego en tésis general, pero yo he leído en los ojos de esa agradable viudita, que no pertenece al vulgo de las mujeres...

Ella ¿no es tonta?

—¡Cómo ha de serlo!...

—Comprenderá entonces que hace un matrimonio, acaso más conveniente para ella que para ti... Las dotes de varios millones son bastante raras, pero lo son más aún los hombres como tú. Aportas al matrimonio tanto como ella misma. ¡Sería tan feliz contigo!... Vamos, hombre, sacrifícate... es tu deber.



... y en primer término la encantadora viudita...

Se siguió un instante de silencio....

—Hace algunos años, quizás algunos meses, balbuceó Medina, habría sido otra cosa... Yo tenía la esperanza de volver a ser rico...

—¿Y qué se ha hecho de esa esperanza?

—Vas a oirlo... Es una extravagancia... ahora lo veo bien. Yo tenía un derrotero...

—¿De una mina? Me lo figuraba... Al Norte del Limarí no hay hombre sin su derrotero...

—No se trata de minas. Es historia larga de contar. Mi abuelo, don Diego de Medina tesorero del Consulado en los últimos años de la Colonia, hubo de emigrar al Perú después de la batalla de Chacabuco. En Lima conoció íntimamente a un comerciante de la Serena, vasco como él mismo, llamado don Diego de Egoiquez, a quien la revolución había dejado poco menos que en camisa y muriéndose de hambre. Mi abuelo y otros dos jóvenes vizcaínos, también emigrados en el Perú, se apiadaron de aquel desventurado a quien conocieran en otro tiempo en situación más que medianamente holgada. Egoiquez vivió en casa de los tres amigos, hasta que el virrey del Perú, le proporcionó un destino decente en la villa de Huánuco.

Por los años de 1825 mi abuelo regresó a Chile, donde contrajo matrimonio poco después Ya no se acordaba para nada del infeliz Egoiquez, cuando un día, allá por los tiempos de Portales, vino a verle a su casa un distinguido caballero, recién llegado del Perú, el cual le entregó un pliego cerrado, dirigido a su nombre, y que le remitía el notario de Huánuco.

La comunicación aquella era bien extraña. Contenía un sobre lacrado y sellado que tenía escritas estas palabras: "Ultima voluntad de don Diego de Egoiquez, para ser abierta, después de sus días, por su amigo don Diego de Medina."

Mi abuelo rasgó el sobrescrito... Allí encontró lo que parecía ser el derrotero de un tesoro, pero era un derrotero indescifrable, compuesto de palabras incoherentes separadas entre sí por líneas de puntos suspensivos. Sólo el último párrafo del documento estaba escrito en la forma ordinaria.

—¿Y qué decía ese último párrafo?

—Decía que la voluntad del señor Egoiquez era que sus tres amigos, don Diego de Medina, don Juan de Dios Albano y don Ignacio Mendiburu, se partieran el tesoro de que se hablaba en las líneas anteriores, que su deseo era que se reunieran de nuevo los tres como en los viejos tiempos de Lima, y que a este efecto no comunicaba a cada uno, sino una palabra de cada tres que contenía el derrotero.

Mi abuelo comenzó desde luego sus investigaciones, para averiguar el paradero de sus dos antiguos compañeros, y supo que uno de ellos residía desde 1824 en Córdoba del Tucumán y que el otro se había marchado a Oñate, el pueblo de España de que era oriundo, poco después de la batalla de Ayacucho. Resolvió por consiguiente esperar los acontecimientos.

—¿Por qué razón?

—Porque como el tesoro debía encontrarse con toda verosimilitud en Chile, era natural que ellos vinieran en su busca.... ya que el viaje debían hacerlo de todos modos.

—Pero les escribiría seguramente.

—Sí... les escribió pero no obtuvo respuesta. Después se supo la razón de aquel silencio. En efecto, años más tarde, mi abuelo hizo un viaje a Europa. Al pasar por Buenos Aires, le informaron que don Juan de Dios Albano, había regresado a su país en 1830... En Oñate hubo de experimentar un desengaño parecido. Allí vivía aún su compañero de otros tiempos don Ignacio Mendiburu, pero no había recibido ni la disposición testamentaria de Egoiquez, ni la carta de mi abuelo... Se creyó entonces que el primer documento debió perderse en el naufragio de la fragata "Fortuna", que partió del Callao para España en Octubre de 1830 y de la cual no se volvió a tener noticia.

Mi abuelo no desesperó sin embargo, y hasta su muerte entretuvo sus ratos de ocio en la tarea de descifrar el misterioso documento.

—¿Y no obtuvo ningún resultado?

—Ninguno, apesar de que contenía un dato interesante... El nombre de la localidad en que debe encontrarse el tesoro...

—¿Dónde es?

—En el puerto de Pichidangui.

—Pués entonces puedo asegurarte una cosa, y es que lo encontraremos... Allí está Román Calvo...

—Había pensado en él, pero todo será inútil.

—¿Por qué?

—En primer lugar porque la parte del escrito que tocó a mi abuelo contiene muy pocas palabras capaces de dar luz... Casi todas son preposiciónes, artículos, verbos auxiliares, etc....

—Todo eso será para Román juego de niño, opiné con entera convicción.

Tienes buen gusto, Luis, le dije

—Pero queda la segunda objeción, contra la cual habrá de estrellarse todo el talento de tu amigo... Seguramente el tesoro ha sido ya desenterrado...

—¿Por qué?

—Porque no existe otra explicación plausible de la súbita partida de Albano en 1830. Seguramente Mendiburu se vino de España para encontrarse con él y con mi abuelo. Al llegar a Buenos Aires, los dos amigos, confrontando sus respectivos documentos, debieron caer en la cuenta de que no necesitaban de la tercera copia para descifrarlo por completo...

—Si ya te entiendo... y sin decir nada a don Diego vinieron secretamente a Chile y se fueron con el tesoro.

—Es evidente... Mendiburu enseguida mintió a mi abuelo como un carretero al decirle que no había recibido su documento.

—Torpe persona fué por cierto el señor Egoiquez. Con todo no está de más relatar a Calvo este caso curioso... Yo me encargo de todo. Es preciso sorprenderlo en un rato de buen humor... ¿Quién sabe?...

III

Aquella noche después de comer, empezé mi relato. Román me escuchaba con visible indiferencia...

—Psh... dijo, desde que tú me has dado a conocer en público, casi no ha transcurrido día sin que me hayan traido casos de esta especie... Yo no me entusiasmo por los tesoros. En la época de la independencia el numerario era muy escaso y los tales *entierros* se reducen siempre a sumas insignificantes. El más cuantioso fué encontrado en los Andes y solo subía a 5,000 pesos de diez peniques... Pero en todo caso quisiera ver ese documento del amigo Medina... Será como descifrar una charada.

Luis no se hizo repetir dos veces la insinuación del formidable detective. Se levantó de la mesa y regresó al cabo de poco rato, trayendo en la mano un papel amarillento y estropeado.

—Hélo aquí, nos dijo.

Calvo lo extendió delante de nosotros con despreciativa sonrisa.

El documento era del siguiente tenor:

..... Agosto ..... fuí .....
.... don..... para.....
..... las..... 18789.....
... de..... a..... car-
ga..... inglés..... era
..... secretamente.....
... tesoro..... la.....
... por..... de.....
llevando..... cuatro.....
..... valde..... llegada..
..... La ..... traidoramente..... Pichidangui..... verse.....
.... cómplice..... tentativa..... de ..... me
..... para.....
lugar..... tesoro.....
... era..... lo.....
... Felipe..... mismo....
..... dejándome .....
universal..... encontrado ...
..... oportunidad.....
.... desenterrar..... cuando..... revolución .....
..... marcharme ..... Durante ..... me .....
.. hijos ..... residentes .....
..... en ..... ellos
..... mí .....
voluntad ..... sean...
..... del ..... la ...
..... cuyo ..... el
..... la .....
de..... se .....
el..... que .....
..... punta ..... la
..... la.....
.... y ..... continente .....
..... Los ..... caletilla ...
..... a ..... En ....
..... se..... mogote
..... granítica .....
..... representa ..... humano ..... diez .....
Norte ..... dos .....
tierra..... tesoro.

Allí lo encontrarán mis tres herederos, don Diego de Medina, don Juan de Dios Albano y don Ignacio Mendiburu si reunidos los tres, como en los viejos tiempos de Lima, logran rehacer el presente derrotero, cuyo significado no podrá descubrir quien no posea íntegramente las tres copias."

—¡Viejo fanfarrón! exclamó Román, tú no contabas con la huéspeda.—Si esto casi se lee de corrido.

—¿A ver?... preguntó Medina anhelante.

—He dicho casi, repuso Román... Necesito para completar este estúpido logogrifo que

¡Viejo fanfarrón, si esto se lee casi de corrido!

Ud. me proporcione algunas informaciones que Ud. ya seguramente posee...

—¿Cuáles?...

—La primera, el apellido del caballero que legó su fortuna a Egoiquez...

—No sé... ¿De qué fortuna y de qué caballero habla Ud?

—Este de que habla el documento... y del que solo conocemos el nombre de pila: "Felipe ..... mismo .... dejándome..... universal."... Si es claro como la luz... No le habrán dejado a Egoiquez "el diluvio universal" sino "su heredero universal".... es decir de ese Felipe... ¿No han registrado Uds. los archivos de la Serena, del año de 1808?

—Pero ¿por qué del año de 1808?...

—Vaya, dijo Román riendo... ¿Entonces Uds. no han entendido nada del documento?

—Absolutamente nada.

—¿Ni siquiera la primera parte?

—Le digo que nada.

—Bueno, en castigo no leeremos este documento hasta mañana por la noche..... Ud. tendrá el tesoro, amigo Medina.

—Imposible, repuso este... Es evidente que los coherederos de mi padre lo han desenterrado ya, con los otros dos fragmentos del derrotero....

—No señor: no lo han desenterrado, afirmó Román con énfasis. No habrían podido hacerlo aunque yo mismo les hubiera ayudado. Les faltaban datos indispensables. Duerma Ud. tranquilo...

Y el estupendo personaje, se entró en su dormitorio con las manos en el bolsillo.

—¿No se lleva Ud. el documento? le preguntó tímidamente Medina.

—¿Para qué?

—Para estudiarlo.

—Eso está hecho... Le repito que duerma tranquilo.

Medina y yo nos quedamos mirando las caras.

IV

No vimos a Román en todo el día siguiente, pero a la hora de comer llegó a sentarse tranquilamente a nuestra mesa.

—Venga ese papel, dijo a Medina, en cuanto hubimos despachado nuestro café.

—Ese Egoiquez, continuó no sabía de la misa la media en materia de enigmas. ¡Valiente ocurrencia la de suprimir dos palabras de cada tres! Más valdría haber escogido con cuidado las correspondientes a cada heredero. Así la solución del problema habría sido digna de mí... Pero, en esta forma, sabiendo a punto fijo que cada serie de puntos suspensivos equivale ni más ni menos que a dos palabras, se necesita ser muy torpe para no dar con la clave.

De modo que los otros herederos, interrumpió Medina.

—Pueden haber leído también el documento, dijo Román, pero de poco les ha servido. Uds. van a verlo. ¿Comienzo?

—Comience Ud.

—La primera palabra aquí escrita, Agosto, es la segunda del documento porque solo tiene delante muy pocos puntos suspensivos. Egoiquez no perdonó detalle para que lo descubrieran... Dice pues aquí... En *Agosto* de... un año cualquiera, después veremos cual... *fuí*... ¿Fuí qué?... ¿a tal parte? Un poco después viene la palabra *don*... Pongamos pues "comisionado por *don*" o "encargado por don". Sigue sin duda el nombre y el apellido, "*para*"... ¿Para *qué?* no lo sabemos por ahora, pero poco importa... Ello no hace a nuestro cuento, porque es indudable que toda la primera parte, contiene una relación y no un derrotero... El tiempo y modo de los verbos empleados lo está demostrando. "Fui, era, llevando, verse, era, dejándome, encubrado, desenterrar, mracharme, sean". Sin duda el hombre refiere algo relacionado con 18789.. unidades de un valor cualquiera. ¿Onzas de oro? No pudieron ser... En aquel tiempo nadie poseía tal cantidad... ¿Pesos fuertes? Tampoco, porque se habla en seguida de la "*carga*" de un buque *inglés*, a que esas incógnitas unidades estaban sin duda destinadas... ¿Eran quintales de cobre?... No, porque la palabra "*tesoro*" escrita más abajo no habría sido aplicada a un cargamento de cobre... No queda sino una explicación plausible. Se trataba de "*18,789* libras castellanas *de* plata destinadas *a* completar la *carga* del buque *inglés* tal... ¿Qué les parece?.

—Bien puede ser, bien puede no ser, observó Medina meneando la cabeza.

—Exacto. Si no tuviéramos más antecedentes que esas pocas palabras, podríamos construir con ellas otras muchas frases, pero, por de pronto, la enunciada llena las condiciones del problema... Se trata de la *carga* de un buque *inglés*. ¿No es verdad?.... De un *tesoro*... De *18789* unidades... Todo ello concuerda a las mil maravillas con *libras castellanas de plata*, y no con onzas de oro, ni con barras de cobre, ni con pesos fuertes.

—Se me ocurre dos objeciones fundamentales, interrumpí.

—¿Su puede saber cuales?

—La primera que 18789 libras de plata debían representar un valor enorme...

—Por cierto, dijo Román, enorme para la época... Algo como 330.000 pesos fuertes, que al valor actual de la plata, equivalen a más de 700,000 pesos de diez peniques.

—Tanto como si hubieran sido onzas de oro, dije yo triunfante. Tu argumento contra la suposición de que fueran onzas se vuelve contra ti.

—De ningún modo... El oro era escaso en Chile en los últimos tiempos del coloniaje, pero la plata no... La provincia de Atacama la producía en abundancia. Además 18789 onzas de oro no pueden llamarse *carga* para un buque, mientras que esa misma cantidad de libras de plata pesan casi una tonelada...

—Queda mi segunda objeción, agregué... En tiempo de la colonia no venían a Chile buques ingleses.

—Luego verás tu mismo el valor de este argumento, dijo Román... desdeñosamente. Lee más abajo... aquí... "traidoramente... ..... Pichidangui ..... verse..... cómplice"... ¿No lo encuentras claro.

—No entiendo una palabra.

—Porque no conoces la historia... En 1808 un buque inglés fué "*traidoramente*

...Cuando fué barbaramente asesinado...

apresado en *Pichidangui...*" Alguien, de seguro el comitente de Egolquez "temió *verse* procesado (o perseguido) como *cómplice*".

—¿De qué?...

—Todavía lo preguntas... Seguramente "de la *tentativa...*" de contrabando... no puede ser de otra cosa. Ese fué el delito perseguido entonces... Voy a referirte el caso, pues ya veo que lo ignoras.

La España no permitía introducir en sus colonias, sino mercaderías fabricadas en la

península y traídas en buques españoles. Este sistema favorecía el contrabando, negocio, llamémosle así, que ejercían principalmente los ingleses. Un marino llamado Bunker, capitán de la fragata Scorpión, hizo varios viajes al Pacífico, trayendo "géneros prohibidos", que cambiaba aquí por barras de cobre o de plata. En 1807, un grupo de individuos de Santiago, entre los cuales se encontraban personas de buena posición social y administrativa, idearon apoderarse de aquel buque y de su cargamento. Para conseguir su objeto, entraron secretamente en tratos con el capitán Bunker. Uno de ellos, comerciante español, fué a bordo de la Scorpión, haciéndose pasar por el marqués de Larraín, rico comerciante santiaguino de entonces y propuso al inglés su negocio, en apariencia muy ventajoso. La Scorpión traía a nuestras playas un rico cargamento de mercaderías inglesas, por valor de más de ochenta mil libras esterlinas, el cual sería canjeado por barras de cobre y de plata. La entonces desierta caleta de Pichidangui, quedó designada para verificar la operación.

El plan de aquellos badulaques, consistía en dar aviso al Gobierno, sorprender a la fragata con el auxilio de la fuerza pública, y apoderarse de ella y de su cargamento, a título de comiso. El mismo Presidente del Reyno, don Antonio García Carrasco, entró a formar parte del siniestro complot, y con él algunos de los más elevados funcionarios de la Colonia. La presa era para ser codiciada. La inicua traición tuvo completo éxito. La Scorpión trajo al año siguiente de Inglaterra el cargamento ofrecido, fondeó en Pichidangui, como estaba estipulado, y su capitán bajó a tierra para concluir definitivamente el negocio.

Dormía tranquilamente en tierra aquella noche el capitán inglés, cuando fué bárbaramente asesinado en su propio lecho, y su buque cayó en poder de los conjurados...

Ahora bien fácil es explicar, conocidos estos hechos, el documento de Egoiquez. Las barras de plata de que aquí se habla, estaban destinadas a comprar el cargamento de la Scorpión, en el caso muy probable de que el capitán Bunker, sospechando el lazo que se le tendía, no se dirigiera a Pichidangui.

—Pero, preguntó Medina, ¿cómo podía tener Egoiquez conocimiento del complot, y por qué suponía probable su fracaso?

—La historia contesta satisfactoriamente estas preguntas tuyas, dijo Román. En La Serena había muchas personas, entre ellas el gobernador de la plaza, Pérez de Uriondo, que sabían perfectamente lo que iba a ocurrir. Bunker mismo fué advertido a tiempo por medio de una carta enviada con un pescador... Era, pues, muy de presumir que el capitán inglés, desistiera de su viaje a Pichidangui... Por desgracia, no sucedió así, y las barras de plata de que Egoiquez era portador, esperaron inútilmente a la Scorpión... Cuando su dueño supo el éxito de la sorpresa, se apresuró a dar órdenes para enterrar la plata, "temiendo verse procesado como cómplice de la tentativa de contrabando", según dice el documento...

—Es verdad: todo se explica perfectamente, observé.

—Todo, continuó Román, hasta el monto de las barras de plata, cuyo valor, corresponde más o menos a las ochenta mil libras esterlinas en que iba a ser vendido el cargamento de la Scorpión, según los cronistas de la época.

—¿Cómo se explica, preguntó Medina, que el dueño de la plata o Egoiquez, no desenterraran el tesoro, pasados algunos meses?

—El documento nos da la razón de ello, repuso Román. El dueño de la plata era don *"Felipe Araos"* que, *"ese mismo* año murió, *dejándome* de heredero *universal*..." Aquí tiene Ud. copia del testamento, otorgado con fecha 15 de Diciembre de 1808, y su partida de defunción del 22 del mismo mes y año... Estos eran los datos que me hacían falta ayer, y ya los he obtenido... La cosa era muy fácil... Bastaba encontrar en los archivos de La Serena un testamento a favor de Egoiquez, en que un señor de nombre Felipe le nombraba su heredero...

—¡Admirable! exclamé.

—No tanto, dijo Román, esto es un juego de niños... Más abajo sí que la cosa se complica. Sigamos leyendo el documento... Aquí tienen Uds.: *encontrado*..... *oportunidad*..... *desenterrar*..... *cuando*..... *revolución*..... *marcharme*. Esto se lee solo y de corrido... Creo innecesario explicarme...

—¿Cómo?...

—¿No lo ven claro?... ¿No había *encontrado* todavía una *oportunidad* favorable

(o conveniente) para *desenterrar* la plata (o el tesoro) *cuando* vino (o estalló) la *revolución*... Tuve que *marcharme*..." Es muy natural. primeramente el proceso que se siguió por contrabando, contra los supuestos cómplices de Bunker, era una advertencia para no desenterrar aquella plata... Vino en seguida la revolución. En aquellos tiempos de disturbios, en ninguna parte estaba más seguro el dinero que debajo de la tierra. En seguida Egóiquez se marchó al Perú... como ya lo sabíamos... Su miedo debió ser de primer orden... Durante la época de la independencia, y después bajo el alborotado gobierno de los pipiolos, Egoiquez siguió esperando inútilmente una ocasión para desenterrar su dinero. Murió en 1828 o 1829, y dejó entonces su herencia a los tres hombres que ya conocemos... La verdad es que no he podido meterle el diente por completo a lo que sigue del documento... Pero lo que más importa está al final... Sin poder leerlo lo he entendido... Me han bastado unas pocas palabras sueltas... "Punta", *continente*... *caletilla*..... *mogote*... *granítica*..... *representa*..... *humano*..... *diez*..... *Norte*.... *dos*..... *tierra*..... *tesoro*.... Es el derrotero.

Sigan Uds. ahora con atención la serie de mis deducciones...

Punta...: Cuando de derrotero se trata, los marinos y los mineros hablan de puntas sobre todo para lo que se llama enfilarlas, por ejemplo... se dice: "siguiendo la costa o el canal hasta enfilar la punta tal, con la punta cual". Basta haber leído un libro de náutica para darse perfecta cuenta de esto....

Continente... Este es un término geográfico, que en la práctica diaria de los marinos sólo se emplea por oposición al de isla.

Nadie dice "desembarqué en el continente", por ejemplo... sino en la costa, en la playa..., etc.

Es pues, de presumir que o el tesoro está enterrado en una isla o que por lo menos hay alguna en sus inmediaciones, que puede servir de punto de mira o referencia.

Felizmente, la costa de Chile por estas latitudes no es muy abundante en islas visibles desde el continente, circunstancia que no ha podido menos de facilitar mis investigaciones. Sometí primeramente a examen la isla de Chañaral, pero es maciza,

En La Serena se sabía lo que se preparaba

de contornos redondeados, y carece, por tanto de puntas.

Sigue más al sur el archipiélago de Choros, cuyo plano detallado pueden Uds. ver en este libro que es el tomo XXIII del Anuario Hidrográfico. Las islas de Choros no carecen de puntas, pues dos de ellas, sobre todo la isla Gaviota y la isla Damas, presentan un contorno muy irregular.

Mi trabajo consistió en enfilar sucesivamente cada una de estas puntas con los diversos cabos del continente, pues de la disposición de las palabras en el derrotero, se infería que tal era el caso..

La punta norte de la isla Gaviota, se llama "Punta de la Ciudadela", y sólo puede ser enfilada con el Cabo "Choros", situado en el *"continente"* La línea de enfilación toca tierra en dos puntos: por el lado sur en la costa firme, no lejos de la punta Chungungo, y por el norte, en el litoral oeste de la isla Damas.

Ahora bien... lean Uds. aquí...

No pudimos contener una exclamación Román había trazado con lápiz en el plano, una línea que, después de unir los extremos de las dos puntas que había mencionado, se prolongaba efectivamente hasta alcanzar la isla Damas, en un punto en que se leían estas palabras: "Caletilla de los Baños..."

—Aquí tienen Uds. la caletilla de que habla el documento, observó triunfalmente Román.... Faltaba encontrar el *"mogote* de piedra *granítica*, cuya forma *representa* un cráneo *humano*."

—¿Y por qué ha de ser cráneo y no otra parte del cuerpo?

—Porque se trata de un "mogote", es decir de una piedra de forma semi-esférica que mal puede representar un pie, un muslo, un brazo, ni nada del cuerpo humano que no sea el cráneo. Por otra parte, aquí está el derrotero, que no me dejará mentir... Vean Uds.. Pág. 39 del Anuario... "También debemos mencionar la Caleta de los Baños, útil sólo para botes. El mejor punto de recalada se encuentra a medio cable al sur de una piedra muy visible que, por estar cubierta de guano, presenta cierta semejanza con una calavera."

Miré a Medina: estaba pálido, anhelante, tembloroso...

—¿Y el punto preciso? preguntó.

—Aquí está, repuso Román triunfante... Esta parte del documento se lee casi sin hacer esfuerzo alguno... *"diez..... ... Norte..... dos ..... tierra..... tesoro"*... Viejo estúpido... Colocó todas las indicaciones útiles de su derrotero en uno sólo de los tres documentos....

—No comprendo, balbuceó Medina.

—Vaya... dijo Román, será necesario que lo explique todo hasta lo último... Tenemos primero la cifra diez... Se trata sin duda de una medida de longitud... No pueden ser *cables*, porque diez cables al norte del mogote nos encontraríamos en pleno mar, ni brazas, uorque éstas sólo se usan para medir sondajes, ni *pies*, porque la distancia del mogote sería demasiado pequeña: tanto valdría haber enterrado el tesoro al pie del peñasco.... ni *metros*, porque en ese tiempo no se conocía en Chile el sistema decimal... Quedan sólo *varas* y *pasos*, lo que viene a ser prácticamente lo mismo... Por otra parte, no costará mucho trabajo dar con el dichoso en tierra, porque él se encuentra sólo a *"dos* varas bajo *tierra"*...

Medina no pudo contenerse por más tiempo y se arrojó en los brazos del portentoso detective....

Pero, pasado el primer momento de entusiasmo, su frente se nubló de nuevo...

—Queda una duda, balbuceó. Lo que Ud. ha descubierto con sólo la tercera parte de las palabras del derrotero, Albano y Mendiburu pudieron descubrirlo con las dos terceras partes...

Román se sonrió...

—Imposible, dijo... ni yo mismo habría sido capaz de ello. Si nuestra interpretación es exacta, ellos han conocido sólo las siguientes palabras: "A unas ..... varas al ..... del mogote..... varas bajo enterré el.....".—No pudieron saber por tanto, ni en qué dirección del mogote, ni a cuántas varas de él, debían buscar el tesoro...

—Pero la cuantía de éste justificaba algunos sacrificios, observé...

—Ellos no conocían tampoco esa cuantía... La cifra 18,789 sólo se encuentra en el documento del señor Molina.

—¡A buscar pues el tesoro! exclamó entusiasmado nuestro amigo...

—Calma, dijo Román, falta un detalle, previsto por el artículo 626 del Código Civil, que dice así: "El tesoro encontrado en terreno ajeno se dividirá por partes iguales

entre el dueño del terreno y la persona que haya hecho el descubrimiento. Pero esta última no tendrá derecho a su porción, sino cuando el descubrimiento sea fortuito, o cuando se haya buscado el tesoro con permiso del dueño del terreno."

—No importa, dijo Molina... las islas de Choros pertenecen a una persona que será novia mía esta misma noche.

Miré con asombro a mi amigo. Se había transfigurado como por encanto. En su frente brillaba otra vez el soberbio y triunfante aplomo de los viejos tiempos.

V

Al día siguiente. Medina nos refirió su entrevista con la encantadora viudita. El desenlace no había sido, sin embargo, el que en la noche antes imaginábamos.

Lo primero es lo primero. Medina habló ante todo de su amor. Exito completo. Eso lo sabíamos de antemano...

Llegó su turno al tesoro... La viudita tuvo la paciencia de escuchar a nuestro amigo sin pestañear...

—Suyo es el tesoro, le dijo una vez que hubo concluído su relación, suyo es con todo lo que es mío y con mi corazón y mi vida, pero no vaya a Ud. a desenterrarlo... Sería inútil... Las barras de plata de la isla Damas, ya ve que conozco el sitio, fueron el origen de la fortuna de mi familia... Hace setenta años las desenterró mi abuelo...

Medina, que recordaba las seguridades de Román, no pudo contener su asombro.

—Sí, continuó la viudita, don José de Molina, mi abuelo, conocía el sitio preciso de ese entierro, porque él mismo, en su juventud, debió acompañar a Egóiquez, como empleado suyo que era, en la famosa expedición de 1808. Sin embargo, nunca pensó en apoderarse de lo que no le pertenecía... Era digno de la confianza que en él se había depositado... Algunos años más tarde, muerto ya el legítimo propietario del tesoro, llegó un día a su casa, un vizcaíno de apellido Mendiburu, siendo portador de un papel en que mi abuelo reconoció la letra del señor Egóiquez. "Es mi voluntad, decía aquel documento, que el tesoro de la isla Damas, cuyo sitio exacto conoce don José de Molina, vecino de La Serena, en Chile, sea partido en la proporción de tres cuartas partes para mi heredero Mendiburu, y una cuarta parte para el mencionado don José de Molina"... Mi abuelo no dudó, no podía dudar...

—¡Badulaque! exclamó Román, al llegar Medina a este punto de su narración... Para falsificar un documento con el objeto de tener las tres cuartas partes de un tesoro, cuando se es dueño legítimo de la tercera, es necesario ser judío... o por lo menos vizcaíno.

—Pero, ¿cómo pudo saber ese Mendiburu, pregunté yo, que don José de Molina conocía el secreto?

—Hay una parte del documento, dijo Román, que no puedo descifrar... Allí debió encontrarse ese nombre... Vamos... Mendiburu no era tonto; salvo la honradez, reconozco en él a un colega.

. . . . . .

Medina se ha casado... y aunque no logró descubrir el tesoro de Egóiquez donde éste lo había enterrado, tuvo al menos la suerte de encontrarlo junto con el corazón de la más seductora de las viuditas...

Román Calvo sigue dedicado a sus investigaciones entomológicas.

"Qué es Amor"

Por M. Magallanes Moure.

Tal vez haya, en arte, algo más raro que tener talento, y es el buen gusto. Aunadas ambas cualidades es como producen obras interesantes y agradables a la vez. Con escritores así se está siempre seguro de que, por escabrosos que sean los asuntos que traten, no habrá peligro de una inconveniencia desquiciadora. Los temperamentos fuertes atropellan esos hilos demasiado sutiles que separan lo correcto de lo grosero; pero los temperamentos bien definidos, aunque menos vigoroso que aquellos, ofrecen buenas compensaciones.

No he querido desentenderme de esas reflexiones que se me presentan al comenzar esta nota sobre el libro de Magallanes Moure, "Qué es Amor". El problema, por decirlo así, se ofrece en cuatro fórmulas, o sean cuatro cuentos, aún cuando pudiéramos considerar doble la del titulado "Año Nuevo". Es su característica constante la sinceridad: ya sea contándonos las vacilaciones de un doble amor o las maliciosas satisfacciones de un idilio veraniego, nunca aparece el cinismo, ni la vanidosa ostentación donjuanesca. El sentimiento del amor es en él casi femenino, por lo obsediante, sin rebeldías y refinadamente sensual. El artista aparece analizando y afinando las percepciones, y la obra adquiere la unidad de esta delectación pagana.

Por lo demás, los personajes femeninos tienen un vago parentesco que en ciertos momentos nos hacen suponer que Ella sea en la realidad una sola persona... Y el amor por esas mujeres desgraciadas en amor, que han aprisionado sus ilusiones en la realidad férrea de un matrimonio desigual, se reviste entonces a nuestros ojos de una compasión fraternal, sin que pierda de vista la promesa tentadora de indagar almas sábias y desengañadas de gustar tesoros que se acumulan en la soledad y el silencio.

Los cuatro cuentos de *Qué es Amor* abarcan aproximadamente la gama de las estaciones. Primaveral e ingenuo, el primero; con cierta melancolía otoñal el segundo; cálido y dichosamente primitivo como un paisaje de verano el tercero; y no falta en el último cierta bruma de misterio de las tierras nórdicas.

E. M.

El desalojamiento del nacional

en el comercio y en las industrias del país.—Lo que opina don Tancredo Pinochet Le-Brun.—Causas principales: invasión brusca de las grandes industrias.—El triunfo del extranjero es el triunfo colectivo de su país y de su raza.—Educación libresca y selección negativa de la juventud para las industrias y el comercio.—Falta de educación del carácter.—El liceo es funesto para el porvenir de nuestra patria.—Remedios: Mayor importancia de la instrucción técnica sobre la secundaria.—Tarifas proteccionistas.

Una grata comisión fué la que nos dió el director del Pacífico Magazine al encomendarnos una visita en su nombre al Director de la Escuela de Artes y Oficios, señor Tancredo Pinochet Le-Brun, con el fin de conocer su opinión sobre problemas interesantes de la vida nacional. Conociendo por sus obras la inquietud intelectual y la constante preocupación patriótica del señor Pinochet por todo lo que se relaciona con el progreso de la raza, estábamos seguros de que nuestra entrevista resultaría interesante para nosotros y más que eso, de gran utilidad para nuestros lectores.

Es un hecho que no admite discusión, porque está a la vista, que el comercio y la industria nacionales han cedido su puesto en forma alarmante al comercio y la industria extranjeros.

Y no se crea que solamente el alto comercio ha sido suplantado, sino también el más pequeño, el vendedor de abarrotes, de calzado, y hasta el ambulante. La derrota es un hecho consumado, evidente, y así vemos cómo donde el inmigrante más infeliz, el turco que expende su mercancía por las calles, hasta el opulento extranjero que instala sus lujosas casas de importación, sus fábricas altaneras, los recién venidos van relegando al nacional a los puestos más secundarios.

Es natural que el señor Pinochet acogiera con vivo interés tales asuntos, él, que se ha convertido en los últimos años en una especie de apóstol de la energía y del optimismo, procurando demostrar teórica y prácticamente, que el chileno, el sud-americano, tienen opción, con las mismas probabilidades de éxito, que el europeo y el norte-americano, a la conquista de los bienes materiales de la tierra.

A nuestras interrogaciones respondió con llana franqueza, aunque en verdad limitara sus respuestas a puntos que no significasen una crítica desalentadora de nuestras cualidades de raza, deteniéndose en aquellos que pueden ser motivo de reacción y de más o menos inmediato remedio. Hay que perdonarle ciertas omisiones, en virtud de sus teorías vigorizantes. El estudio de nuestras derrotas—piensa el señor Pinochet,—no es tan útil como el examen de los triunfos. Que el ruido de exaltaciónes fecundas apague al de las turbulencias estériles. Querer es poder.

*

—Tienen Uds. razón de sorprenderse—respondió el señor Pinochet a una de nuestras primeras interrogaciones,—de que el elemento extranjero nos haya suplantado en las industrias y en el comercio.

Aún cuando nosotros mismos tenemos en gran parte la culpa de este desalojamiento, hay que reconocer también que ciertas fuerzas superiores han obrado para producir este fenómeno. Entre otras cosas, debe considerarse que hasta hace poco, vivíamos casi aislados de las naciones que hoy nos conocen comercialmente. Un contacto más directo, sin transiciones casi, nos ha creado rivales que anteriormente no teníamos. Nos pasa, en cierta manera, lo que al antiguo zapatero chileno, cuyos negocios prosperaron en un

tiempo sin obstáculo, y que de improviso se encontraron frente a rivales poderosos que los vencieron con sus fábricas provistas de maquinarias que permitían producir el mismo artículo con un costo inferior. De la misma manera los nuevos medios de comunicación nos han puesto bruscamente en contacto con rivales constituídos por naciones extranjeras cuyos capitales son inmensamente superiores, y cuyos procedimientos de trabajo y su educación técnica han alcanzado progresos que estamos muy lejos de poseer. Podríamos haber sido totalmente vencidos ya por las naciones extranjeras, si no fuera por la débil tarifa de aduana que ha protegido algunas de nuestras industrias.

—¿Y cómo se explicaría la invasión triunfante del pequeño industrial y del comerciante de pocos recursos?

—Tienen Uds. razón. Porque la verdad es que no sólo nos vence el extranjero defendido por gruesos capitales y por sus fábricas bien organizadas; nos vence también el que llega aquí semi-desnudo, sin más elemento que sus propias fuerzas, su carácter y sus iniciativas.

Aparte de que el solo hecho de estar en tierra extraña y libre de poderes debilitantes, centuplica las fuerzas, y de que el que abandona su hogar para adquirir fortuna es ya por este sólo hecho un elemento de selección y de energías excepcionales,—hay que considerar que este extranjero que llega a nuestras costas, muchas veces inculto, viene siempre mejor educado para el trabajo que el nacional. Y cuando digo mejor educado, no me refiero a que venga de un Instituto Técnico o de una escuela comercial, sino a que trae la educación refleja de países de civilización industrial. En contacto con nosotros, fácilmente nos puede derrotar, porque nuestra cultura es de carácter literario y nos aparta sistemáticamente del comercio y de la industria. Se nos ha enseñado el desprecio por el trabajo de producción y se nos ha ensalzado la cultura libresca; el resultado lógico de esta formidable labor que se ha hecho con tesón en todo el país durante largo tiempo, nos ha llevado al desprecio social de las profesiones industriales y comerciales.

Considero funesta la labor de los liceos, porque, fuera de que se preocupan muy poco de la educación del carácter, no atiende para nada a las necesidades de nuestro país, preparando individuos que no son aptos para defender nuestro suelo de los asaltos económicos del extranjero, ni capaces de crear personalidades creadoras, que puedan explotar nuestras riquezas naturales.

Fuera de esto, contrariamente a lo que pasa en Estados Unidos, por ejemplo, aquí se hace una selección negativa de los hombres que han de dedicarse al comercio y a la industria. Todos se han familiarizado con la tendencia de la madre y del padre de familia, quienes escojen a los hijos más inteligentes para carreras de médico y de abogado, mientras dedican al comercio o al campo a los que poseen menos capacidad. De esta manera hemos estado entregando sistemáticamente la flor y nata de nuestras inteligencias a las carreras profesionales, y el desecho, es decir, los tontos y los perezosos, al comercio y a la industria. Esto explica fácilmente el que nuestros profesionales sean distinguidos y no hayan sido suplantados por los elementos extranjeros.

Es cierto también que si hay jóvenes inteligentes que se dedican al comercio o a la industria, sólo salen de las clases pobres, y cuando se entregan a la vida de los negocios, no encuentran con facilidad capitales ni medios para lanzarse por su cuenta. Al emplearse en casas extranjeras, se encuentran con la competencia de los compatriotas de los jefes, que son siempre preferidos sobre los nacionales.

Los extranjeros se protejen mutuamente. He aquí una de las causas principales por qué, tanto en el alto comercio como en el pequeño, prosperan los extraños con mayor facilidad que los de aquí. Basta que un extranjero muestre su capacidad para el trabajo, es solícitamente ayudado por sus connacionales, ya sea particulares o instituciones bancarias. Lo contrario pasa entre nosotros; un mal espíritu hace que tengamos una idea pesimista del chileno, olvidando que uno de los axiomas psicológicos más fecundos en estos casos, es el de que basta depositar confianza en un individuo, para que éste responda a lo que deseamos de él. Digámosle a nuestros servidores o colaboradores que **pueden** y con seguridad que *realizarán* lo que necesitamos.

La ayuda mutua es una de las causas

de que prosperen ciertos comercios e industrias extranjeras. De esta manera el triunfo de un extranjero dentro de nuestro suelo, no constituye solamente un triunfo individual, sino que representa el triunfo colectivo de un país y de una raza entre nosotros.

Podemos observar que los bazares están en poder de los franceses o españoles, las tiendas de provisiones en poder de los italianos, y el comercio al menudeo entre la colonia siria o turca. Fuera del espíritu de imitación que contribuye eficazmente en este sentido, se especializan ciertos gremios a causa de la eficaz ayuda mutua que han establecido entre ellos.

Ahora bien, diseñadas a grandes rasgos y en la forma incompleta en que puede abordarse un problema tan complicado, en una simple conversación, me preguntan ustedes qué remedios habrá para tales errores, y, naturalmente, sólo puedo responderles lo que se me ocurre a simple vista y que nunca será una opinión definitiva respecto de asunto tan escabroso y tan vasto.

De mi experiencia en los negocios y empresas industriales, y de las observaciones que he podido recoger en otros países, deduzco que lo que puede levantar nuestro comercio e industrias nacionales, está en la educación adecuada, en la protección a estos ramos por medio de tarifas altas para los artículos importados que tengan similares en las fábricas del país, y en la ayuda inteligente de las instituciones bancarias o de particulares adinerados a los industriales y comerciantes del país.

Pero ninguna de estas medidas resultarían eficaces si no van acompañadas por las demás; será inútil la educación industrial y comercial en nuestra enseñanza, si los futuros hombres de labor no encuentran el apoyo en los capitalistas y una salvaguardia para sus incipientes fábricas en las tarifas proteccionistas, como sería inútil imponer tarifas sin que estuviéramos preparados industrialmente.

Es necesario, ante todo, que demos mayor importancia a los institutos técnicos y escuelas industriales, de preferencia sobre los liceos de enseñanza secundaria. La mayor importancia social dada a estos establecimientos traerá como consecuencia, por una parte, que cese la selección negativa para las industrias y el comercio, y, por otra parte, prepararía técnicamente a los hombres que han de manejar el comercio y las industrias nacionales.

Es indispensable que los establecimientos de enseñanza industrial sean buscados de preferencia por todas las clases sociales, tanto por los más humildes como por las más acomodadas, por las más altas, que son las que poseen mayores recursos para fundar y sostener industrias, ya que sus relaciones con capitalistas los favorecen especialmente.

Es por esto que en la Escuela de Artes y Oficios, que actualmente dirijo, he considerado que una de nuestras reformas de más importancia es la de que cualquier joven pueda hacer su estudio desde el grado más elemental hasta el más alto, pudiendo retirarse de la Escuela pasados los primeros años como obrero, con algunos años más de estudio como técnico y capacitado para seguir en la Universidad del Estado la carrera de Ingeniero electricista o mecánico. Para esto, creo indispensable que a los alumnos que hayan terminado sus seis años de estudio, se les considere en las mismas condiciones que los que han concluído su bachillerato de Matemáticas, para los efectos de la carrera de electricista o de mecánico, siguiendo el ramo que han estudiado aquí.

He comprendido también que el país necesita preparar personal para todas las industrias que han obtenido importante desarrollo en nuestro país; y es así como se han creado este año varias secciones nuevas, tocándole su turno para el año que viene a las industrias del cuero.

En lo que se refiere al comercio, debe tomarse en cuenta que es difícil aún para espíritus muy emprendedores, el manejo de una casa mayorista, pues esto requiere gran conocimiento y crédito en plazas extranjeras. Sin embargo, nunca como ahora se le ha presentado a Chile una oportunidad más brillante para que los nacionales tomen en sus manos una buena parte del comercio mayorista, y la apertura del canal de Panamá, que nos va a poner en íntimo contacto con la región fabril de los Estados Unidos, va a traer un cambio de consideración al comercio al por mayor de este país. No hay ningún problema más importante para nuestros ins

titutos técnicos y para nuestros jóvenes hombres de negocio, que el que trata de tomar en sus manos la representación de casas industriales más importantes de Estados Unidos. Basta abrir cualquiera revista norte-americana que circule en nuestro país para encontrarse con una cantidad de avisos en que se piden representantes en la América del Sur. Nosotros desconocemos casi la profesión de vendedor, que en otros países se enseña en las Universidades. Es asombroso ver cómo nuestros nacionales no tienen la más vaga idea de una profesión de tan alta importancia que puede decirse es el primer escalón de la carrera comercial de cualquier hombre; muchos Ministros de Estado en Norte América se han preparado para la vida de los negocios principiando como agentes vendedores.

El salitre artificial se vende en Estados Unidos por un regimiento de especialistas en este ramo del comercio, y se debe sin duda a esta magnífica organización de las vetas, que nos venzan en nuestro empeño de introducir el salitre chileno. Es un ramo el de vendedor que nuestros institutos comerciales no enseñan y debe verse en él una garantía para no entregar el comercio definitivamente al esfuerzo extranjero.

Pero, como les decía hace poco, de nada nos servirá nuestra educación industrial más perfecta, si no se cuenta con los factores de que les hablaba: tarifas proteccionistas y el apoyo del capital.

*

Esto es, en breves líneas, lo que el señor Pinochet tuvo la bondad de respondernos a las preguntas relacionadas con el desalojamiento del nacional por el extranjero en el comercio y en la industria.

Después de agradecer al señor Pinochet su amabilidad para satisfacer nuestro pedido, transcribimos sus palabras a nuestros lectores, seguros de que las sabrán apreciar como que vienen de un hombre bien intencionado, estudioso, observador y que ama apasionadamente a su patria y se dedica a servirla en todos los campos que están al alcance de su infatigable actividad.

F. S.

PASANDO

Por

ANGEL PINO

Ha llovido, en pocos días, toda el agua de muchos años, se han pronunciado, en pocas sesiones, todas las palabras de muchos diccionarios. La tierra se ha empapado; la Cámara se ha ensordecido. El pluviómetro ha marcado muchas pulgadas de agua; no se ha descubierto aún el "palabrómetro", y no podríamos afirmar otra cosa sino que si estas palabras fueran materia sólida y canteable, habríamos podido pavimentar con ellas todo el valle central y dos tercios de la pampa argentina. Ya se piensa seriamente que el servicio de taquígrafos y redactores del congreso, en vez de anotar lo que se dice, apunte lo que no se dice, que sería más corto y más útil. Porque, realmente, ha hablado la Cámara entera, desde el elefante parlamentario hasta la pulga, quiero decir, sin distinción de estaturas ni de inteligencias. Hay pequeños diputados que, después de hablar dos horas, han suplicado a sus amigos que les expliquen lo que ellos mismos han dicho. Ha sido un contagio, una epidemia, una comezón. No se podía quedar callado nadie y muchos salían hablando a la calle y llegaban hablando a sus casas y seguían hablando en la mesa, en la cama, durante la noche, al amanecer, hasta que se llamaba al médico, y, entre lágrimas de la mujer y de los hijos, había que aplicarles un bozal y una inyección hipodérmica.—"Mi papá está hablando hace tres días",—le decía una chica a otra al salir del colegio. "Figúrate que mi mamá, que es tan gorda, se le ha sentado encima y él seguía gritando y decía que reclamaba del procedimiento de la mesa."

Un extranjero distinguido calculaba que si cada diputado hubiera pagado un peso por cada palabra inútil que hubiera pronunciado en la Cámara, habríamos tenido tanto dinero como otro nuevo fondo de conversión y se habría podido cambiar el billete a veinte peniques.

Figurémosnos por un momento que todo en el mundo fuera música: que el viento soplara sinfonías de Beethoven; que las mujeres al andar marcaran ritmos de valses; que los perros al ladrar ladraran las romanzas más inspiradas de Paolo Tosti; que todo sonara en melodías: automóviles, campanas, gritos de vendedores, tranvías y hasta sirenas del ferrocarril. Entonces, ¿qué harían los músicos? Compondrían silencios; estudiarían el silencio; escribirían el silencio: las notas pasarían a ser los momentos de pausa, los momentos en que todo se callara. Pues bien, la mayor elocuencia parlamentaria consiste hoy día en callar. "En este instante, dirían los cronistas, los señores diputados tales y cuales guardaron el más significativo silencio. Tal actitud fué recibida con grandes aplausos por los bancos de la Cámara y las galerías."

El sistema de fundar el voto es uno de los más curiosos que se conoce. El público se figura más o menos, con una aproximación de centímetros, la razón porque cada cual vota sí o no.

Pero hay diputados que junto con inclinar sus representativas cabezas, deben agregar:

—Voto que sí, por mis convicciones, por mis recuerdos, por mis esperanzas.

—Voto que no, por las mismas razones que acaba de dar el señor diputado.

—Voto que sí, en vista de la situación, de lo que ocurrió el año 90 y de lo que va a pasar con la apertura del canal de Panamá.

—Voto que no, para que se vea que no tenemos la razón.

—Voto que sí, con la esperanza de que todo salga malo.

Y así sucesivamente. Estas personas han gastado de tal manera las palabras y el significado de sus menores jestos, que hasta para decir *sí* o *no*, tienen que agregar razones, observaciones, reflexiones y argumentaciones.

Sería mejor que se entendiera de una vez por todas que el que vota *sí*, quiere la aprobación del proyecto; y el que vota *no*, la rechaza. Así era antes, aún en "los tiempos en que los brutos hablaban su cierta jerigonza".

Antes se podía decir que una sesión era un discurso en medio de un gran silencio. Hoy día, así como el señor de Coucy, que en vez de irse a las cruzadas se fué a París, decía de los oásis que eran "pequeños desiertos en medio de una continuada verdura"; podríamos sin broma alguna asegurar que la parte útil y verdaderamente *sesionable* es un pequeño silencio en medio de un gran discurso. En ese silencio el presidente puede decir la consoladora palabra "aprobado", o la otra no menos consoladora: "Se levanta la sesión".

Cristo dijo a los judíos que querían hacer callar a los que los aclamaban: "si ellos callan, hasta las piedras hablarán". Roguémosle que haga hablar a las piedras y haga callar a los diputados. Saldremos ganando todos!

El público se ha sorprendido al ver que el Parque va pasando poco a poco a manos de particulares. Una parte destinada a casa del administrador; otra a restaurant; otra a Panorama de Maipú y tienda de automóviles italianos; otra a velódromo y fabricación de leña con los viejos árboles que allí se encontraban; y, finalmente, otra a tribuna en medio de la elipse. Todavía hay una pequeña concesión de cierta garita para vender dulces chilenos. Es chileno también, según creo, ese proverbio de que "el que pestañea pierde". En la transición de un régimen a otro, de la municipalidad anulada al intendente, alcalde municipal provisorio, los Ministros del Interior se lanzaron a conceder secciones del Parque Cousiño. Aquí no importa nada el público. El público no tiene cara, ni mujer, ni protectores, ni paga ninguna cosa. El público es poco concreto para atemorizar a los defensores y guardianes de su propiedad. ¿No hay alguna colonia vasca o un centro filarmónico o una sociedad de *golf*, que quiera pedir la Plaza de Armas para cerrarla y establecer en ella una cancha para sus socios? Contará con la defensa de todos los funcionarios justicieros, quienes exigirán el retiro del velódromo o la ley pareja para los demás velódromos de la ciudad.

No desesperemos de ver la Alameda convertida en un pasaje comercial de bazares turcos. Ya tenemos kiosquitos cada veinte metros para lustrar calzado, vender cerveza, ofrecer cocineras alcohólicas y otros comercios análogos. La propiedad de todos irrita en Santiago, desespera, saca de quicio a mucha gente. Hora es ya de defenderla.

* * *

El Fantasma del Castillo de Inverstrathy

Por

F. STARTIN PILLAN

Con ilustraciones

Soy, como ciertamente lo atestiguarán cuantos me conocen, un hombre pacífico, y nada aficionado a meterme en asuntos agenos. No me enorgullezco por ello, pero que de constancia de que los negocios que no me convienen no me interesan y que todo cuanto pueda oler a escándalo, me deja sin cuidado, salvo si está en relación directa con cualquiera especie de sport. Abomino los misterios y los secretos, excepto los secretos hípicos, y aún de estos, muy pocos han permanecido en mi memoria por más de veinticuatro horas. ¿Por qué entonces, me pregunto, por qué entre todos los habitantes de este mundo, he sido yo el confidente involuntario de uno de los más extraños y horribles misterios que puede concebir la imaginación humana?

Es cierto que comparto la carga de este secreto con otro hombre, mi viejo amigo Tomás Farquharson, y no es sin duda, pequeño alivio para mi el de saber que él soporta, a igual que yo, la responsabilidad del silencio que ambos hemos mantenido, respecto de la extraordinaria ocurrencia que voy a relatar, porque, a consecuencia de lo ocurrido la semana pasada, hemos resuelto, después de detenida discusión presentar los hechos ante el público, cuidando sí de silenciar los verdaderos nombres de los actores.

Sin más preámbulos, comienzo pues, en pocas y sencillas palabras la relación de los hechos referidos.

El 11 de Agosto del año último me dirigía yo a Escocia para cumplir el compromiso, contraído largo tiempo atrás, de ir a cazar gallinas silvestres a la antigua residencia de los Farquharson en el condado de Sutherland. Como había viajado casi sin detenerme desde el Tirol austriaco, para poderme encontrar a tiempo el 12 en casa de Tomás, no es difícil imaginar que después de una jornada agitadísima llegué al castillo de Inverstiathy más muerto que vivo.

Eran poco más de las ocho de la noche cuando entré en el Castillo y los huéspedes acababan de sentarse a comer; Tomás sin embargo bajó a recibirme y me suplicó que me apresurara para ir a la mesa lo más pronto posible. Le contesté que me hallaba extenuado, y sin ánimo para vestirme por aquella noche. Entonces el, después de prometerme mandar algo de comer a mi habitación regresó a toda prisa a reunirse con sus huéspedes.

El castillo de Inverstrathy es un hermoso especimen de esas grandes y viejas residencias escocesas que nos describe Sir Walter Scott en sus novelas. Fatigado como estaba, no pude menos de admirar la magnífica colección de armaduras y trofeos de antiguas ballestas, agrupados alrededor del viejo vestíbulo, y a los dos lados de la ancha y negra escalera de encina, cuyas balaustradas y pilares habían sido talladas con un vigor que raras veces encontramos en los tiempos más modernos.

Mi alojamiento constaba de dos aposentos un dormitorio grande pero sombrío, revestido desde el techo hasta el suelo con raros tapices antiguos y amoblado de vieja encina. El catre de madera, tallado con dibujos caprichosos, desaparecía casi enteramente en esa alcoba profunda. En la pieza de vestirse que se abría al lado, vi con alegría un baño moderno ya preparado, del cual determiné servirme inmediatamente.

Hecho esto y vestido con un viejo, y por lo tanto cómodo vestido de caza, me senté frente a una cena suculenta que el criado había traído mientras me bañaba.

Desde que he resuelto participar al público mis confidencias, no debo ocultarle nada por poco importante que parezca, y me veo

La misma joven se precipitó en la sala

obligado por tanto a confesar que comí ávidamente de cuanto me pusieron por delante y que me bebí casi entera la botella de Heidsieck que el criado había tenido la bondad de traerme. Entonces, después de encender un cigarro me arrojé en un cómodo sillón y me puse a leer el final de una novela esportiva que comprara durante el viaje.

Recapitularé entonces. Me encontraba fatigado, había tomado un buen baño caliente, comido una sustanciosa cena y bebido una botella de champaña; estaba sentado en una lujosa silla y frente a un fuego cariñoso. ¿Es raro que me quedara dormido? Creo que no, y supongo que a noventa y nueve hombres entre ciento les habría ocurrido lo mismo... Sea ello lo que quiera, me dormí, y mi sueño fué largo, profundo sin pesadillas, como suele serlo el de un hombre honrado y rendido de fatiga.

No puedo decir por cuanto rato dormí, pero desperté sobresaltado súbitamente, a consecuencia, según pensé, de que alguien había entrado con una luz muy fuerte en el aposento; y, antes de que hubiera podido poner en orden mis sensaciones, vi apartarse la tapicería, del extremo opuesto de la pieza, y una niña encantadora, en traje de mañana, con el terror pintado en su rostro bellísimo se precipitó hacia el centro de la sala y cayó de rodillas en la alfombra frente a mí... Y, al caer, noté que una joya, curiosa y antigua, representando un corazón traspasado por una flecha, se desprendió de su cuello y cayó al suelo.

Sorprendido por aquella brusca e inesperada aparición, iba a levantarme en su auxilio, cuando ví atónito surgir del mismo punto de la tapicería un hombre alto y hermoso con una daga en la mano, y, que antes de que yo tuviera tiempo de intervenir, con indescriptible furia, clavó hasta el mango en el corazón de la pobre niña.

Dando un alarido de horror me precipité a cogerlo por el cuello, pero al acercarme, con gran espanto mío, la víctima y el victimario desaparecieron ambos misteriosa y repentinamente. No pude descubrir ni el más ligero rastro de la tragedia que había visto desarrollarse ante mis ojos. Por largo rato permanecí inmóvil, confundido y perplejo, hasta que me persuadí de que había estado soñando. Entonces me desnudé y me fuí a cama.

A la mañana siguiente, el recuerdo de lo sucedido la noche anterior, se presentó con toda su fuerza, y lo primero que hice fué examinar cuidadosamente el sitio por donde habían aparecido los actores de la tragedia; pero, aunque no tuve dificultad para levantar el tapiz, no pude descubrir el menor vestigio de puerta. Noté, sin embargo, con sorpresa que la sala estaba cubierta de madera ensamblada, hasta la altura de dos metros, no solo en ese punto sino por los cuatro costados. Me imaginé entonces que Farquharson o alguno de sus predecesores, encontrando la pieza demasiado obscura con tanta encina negra, había colgado aquellos tapices para hacerla un poco más clara.

Mientras me vestía, discutí conmigo mismo, si le contaría o no a Farquharson lo que había visto, pero llegué a la conclusión de que tanto él como cualquiera otro no querría ver en el asunto otra cosa que un

sueño engendrado por una comida demasiado abundante. En verdad yo no estaba distante de participar de la misma opinión. Sin embargo aquella tarde, al encontrarme a solas un momento con Farquharson, le participé cuanto había admirado el castillo de Inverstrathy, y entonces le pregunté, como incidentalmente, si por casualidad estaba encantado.

—¡Encantado! repuso... Por cierto que lo está. ¿Ha visto Ud. algún castillo escocés que no lo esté?

Pero cuando le pregunté la historia del encantamiento, me confesó que no la conocía y me agregó que ni él, ni nadie que él supiera había visto ni oído nada de naturaleza sobrenatural acerca del castillo. Aquí concluyó nuestra conversación.

La comida fué muy alegre y se prolongó hasta las diez. Tomás me pidió que acompañara a las damas en el salón, pero yo que no me había repuesto de las fatigas de mi viaje, agravadas por una mala noche y por un día entero pasando en los páramos, le rogué que me excusara, y me dirigí a mi cama. Menos de un cuarto de hora más tarde, dormía ya a pierna suelta.

Todo permaneció tranquilo por más de dos horas, cuando, de nuevo, desperté repentinamente, con un estremecimiento de terror, que no disminuyó por cierto, al encontrar la pieza brillantemente iluminada por una invisible luz. Me incorporé, pensando de dónde diablos podía venir aquella luz, y entonces el tapiz volvió a levantarse en el mismo sitio que la noche precedente, y de nuevo la misma joven se precipitó en la sala, y cayó sobre sus manos y rodillas en la alfombra; otra vez noté la joya que se desprendía de su cuello, y otra vez el alto y hermoso asesino la siguió, clavándole su cruel daga en el corazón; y, entonces, mientras mi corazón palpitaba de miedo y de horror, la luz se extinguió de repente y la pieza quedó sumergida en profundas tinieblas.

Al principio, lo confieso, estaba demasiado aterrorizado para moverme, pero al fin tuvo el valor de coger los fósforos de la mesa de noche, y después de dos o tres tentativas infructuosas logre encender la vela; pero, aunque examiné cuidadosamente todos los rincones de la pieza, todo estaba exactamente como cuando me había acostado, ni tampoco pude encontrar nada que explicara la extraña luz que había visto. Una vez más examiné con toda prolijidad la ensambladura detrás de los tapices, en el punto de que habían surgido las apariciones, pero nada pude descubrir. Con mano temblorosa, levanté la pesada alfombra de Persia, y allí, en el mismo sitio donde había visto cometerse el fastamagórico asesinato, logré notar una pequeña diferencia de color con el suelo; pero se trataba de tablas de encina, pulidas por los siglos y casi tan negras como el ébano, y así no pude por entonces tener la certidumbre de si me había o no equivocado, a la escasa luz de que disponía. Determiné en consecuencia volverme a la cama y examinar aquello con más cuidado al día siguiente.

Trascurrió cierto tiempo antes de que me quedara dormido, lo que nadie habrá por cierto de extrañar. Mi sueño fué en seguida tan pesado que desperté una hora más tarde de lo que había resuelto. Salté de la cama y me vestí con toda la rapidez que pude y bajé al comedor, olvidando en mi apresuramiento, proseguir las investigaciones de la noche antes. Juzguen pues de mi sorpresa, cuando la primera persona que ví en el comedor, fué la niña de mi visión. No po-

Levanté la pesada alfombra de Persia...

día equivocarme porque su hermoso rostro se había impreso indeleblemente en mi cerebro; además, colgaba de su cuello la propia joya que había notado en la infortunada niña que por dos veces viera asesinar.

Por cierto que escruté cuidadosamente el resto de la reunión, esperando descubrir en uno u otro de los concurrentes al asesino de la tragedia; pero nadie se le parecía en lo menor, y aunque muchos otros individuos entraron después en la pieza, no se encontraba entre ellos. Llegué a la conclusión de o que no estaba en el castillo o que habiendo almorzado ya habría partido.

Después de almuerzo me apresuré a encontrar a Farquharson y le dije que deseaba hablarle privadamente,.y él inmediatamente me llevó a su escritorio. Le pregunté entonces quién era aquella dama y él, después de oír mi descripción me confesó que era Miss Craig, prima lejana suya.

—Le aseguro, mi amigo, agregó, que si Ud. se interesa por aquel lado, no puede ir por mejor camino, porque ella no solo proviene de buena cepa—su bisabuela casó con mi bisabuelo—sino que es una heredera por derecho propio, porque, aunque el castillo de Inverstrahy ha venido por línea de varón hasta este su humilde servidor, ella es la única sobreviviente de los Craig de Craigerathie, un dominio sin rival en Escocia, a cuarenta millas de aquí, en el condado de Ross.

Me apresuré a desvanecer de su ánimo toda sospecha de un interés personal de mi parte, por su hermosa parienta, y le relaté brevemente lo que había visto las dos noches anteriores.

Por cierto que, como lo había esperado, mi historia fué recibida en tono de chanza, y yo hube de hacer notar que era muy extraño que yo hubiera reconocido a Miss Craig, una dama que jamás en la vida viera antes.

El admitió que el caso era raro, pero, después de uno o dos minutos agregó:

—Voy a explicárselo todo... Ud. llegó aquí rendido, y mientras se dirigía a a su pieza divisó a Miss Craig, sin darse por de pronto cuenta de ello. Sin embargo su excepcional belleza hizo tal impresión en un corazón sensible como el de Ud. que enseguida soñó con ella... Y ahora que me acuerdo, continuó, precisamente ella se dirigía al comedor cuando yo volvía de dejarlo a Ud. en su habitación.

—Puede ser, repuse, pero ¿cómo pude yo tener el mismo sueño, si de sueño se trata, por dos noches seguidas? Además, estoy seguro de no haber visto a Miss Craig en todo el día de ayer, y hubiera sido más natural haber soñado con alguna de las otras damas que estaban en el comedor.

—No es posible darse cuenta de todas las particularidades de los sueños. Ud. no vió ayer a Dora, porque pasó el día entero en sus habitaciones con un violento ataque de neuralgia. Pero si la coincidencia de haberla Ud. reconocido como la víctima de su tragedia, le hace Ud. pensar ¿qué piensa de la ausencia del villano?

—Puede que Ud. tenga razón. Al fin de cuentas su manera de ver las cosas es la más racional, y más de acuerdo con el sentido común... Sin embargo,. quisiera que Ud. tuviera la bondad de examinar cuidadosamente mi habitación, junto conmigo.

—Por cierto... Vamos allá, desde luego.

Atravesábamos el vestíbulo, cuando nos encontramos con Miss Craig.

—Ah, Tomás, dijo a Farquharson, Ud. es el hombre que necesito. La señora Fergusson desea conocer a los antepasados de la familia... Venga pues con nosotras y sírvanos de cicerone, porque yo confundo siempre a esas gentes antiguas, y la señora Morgán, es terriblemente aburrida.

—Tiene Ud. razón, dijo Tomás; vamos pues... Acompáñenos, Roberto, es mejor que Ud. venga con nosotros.

Acepté con gusto la oportunidad que se me presentaba, pues me precio de conocedor en pinturas, y había oido muchas veces a Tomás, ponderar los tesoros de su galería, particularmente los Gainsborouglos y los Sir Joshuas.

No necesito especificar aquí todas las maravillas de aquella magnífica colección; baste decir que ella superó con mucho a mis espectativas.

Mientras me encontraba absorto en la contemplación de un espléndido retrato de un Sir Donald Campbell, pintado por Vandyke, oí a Tomás que llamaba a Miss Craig, desde el otro extremo de la galería.

—Venga Ud. aquí, Dora, un momento, a rendir el debido respeto a nuestra común antecesora, Lady Betty Colquhoun. No es por adular a Ud. pero, o mucho me equi-

voco, o puedo descubrir más de un rasgo de semejanza entre ella y Ud., apesar de cuanto se dice sobre la degeneración de las razas.

—Ud. será el degenerado, repuso ella riendo. Los hombres lo son siempre más que las mujeres.... ¿No es así, Mr. Fergusson?

Arrancado a mis sueños, me reuní al grupo, y los encontré mirando el retrato de cuerpo entero de una joven vestida a la moda del siglo XVI. Que el tal retrato presentaba un extraordinario parecido con Miss Craig, era cosa imposible de poner en duda; pero lo que me chocó inmediatamente, fué que la antigua Lady Betty Colquhoun, llevaba la misma joya de Miss Craig, que yo también había visto en el cuello de la dama de mi visión. Aunque noté desde el primer momento esta circunstancia, ella bien pudo pasarme inadvertida, porque en el retrato la joya se mostraba medio oculta por una cinta; pero como aquel objeto me había preocupado tanto durante la mañana, la reconocí, y no pude menos de llamar la atención del hecho a los demás circunstantes.

—Buena vista tiene Ud., dijo Miss Craig... Yo había mirado este retrato centenares de veces, sin haber descubierto esto. Es evidentemente la misma joya, porque ella es una herencia de familia.

—Muy curioso, dije.... ¿Y no existe ninguna leyenda relacionada con ella?

—Por cierto, repuso ella. Se dice que ningún mal puede sobrevenirle a su dueño mientras la lleva consigo, y como yo soy muy supersticiosa, no la abandono en ningún momento, ni aún en el lecho

Pregunté si se refería alguna historia acerca de Lady Betty; Tomás y Miss Craig, declararon que ninguna había llegado a noticias de ellos, pero que si tal historia existía, la conocería con toda seguridad la señora Morgan, que era una verdadera crónica viviente de la familia.

—Necesita Ud. dirigirse a la señora Morgan, añadió Miss Craig, si desea conocer nuestros secretos de estado, pero váyase con mucho tiento, porque ella es una mujer bastante difícil, y no siempre está de humor para transmitir todas las informaciones que sin duda posee.

Un momento después, nos separamos para

Evidentemente la misma joya

continuar la vida ordinaria de una casa de campo; pero yo, sin poder apartar mi imaginación de Miss Craig, de Lady Betty Colquhoun y de la antigua joya, me dediqué especialmente a la señora Morgán y después de bien estudiadas adulaciones, y de poner en juego todos los recursos de cierta diplomacia maquiavélica, de mi uso particular, llevé la conversación hacia la galería de pinturas.

Largas fueron las anécdotas que ella me contó acerca de todos y cada uno de los miembros de la familia, excepto de aquella que me interesaba, hasta que al fin,. hube

de preguntarle directamente si existía alguna historia, relacionada con Lady Betty Colquhoun.

Al principio se mostró muy reticente y trató de cambiar de conversación, pero como yo volviera una y otra vez sobre el asunto, me confesó que había oido a su madre, un extraño cuento sobre aquella dama, pero que ella no podía afirmar nada sobre su seriedad. Después de no pocas maniobras diplomáticas, me refirió la historia, la cual, despejada de circunloquios y retóricas, era en resúmen la siguiente:

En la última parte del siglo XVI, el entonces Lord de Inverstrathy, un tal Ronaldo Farquharson, casó con Lady Betty Colquhoun, apesar de que el rumor público, afirmaba que ella tenía desde antes entregado su corazón al Lord de Carosphairn. Sea lo que fuere, Ronaldo Farquharson, parece haber sido un hombre de temperamento apasionado y por todo extremo celoso, y desde muy poco tiempo después de celebrado el matrimonio, no pasó día sin que estallara una querella entre los conyuges. Las cosas se mantuvieron sin embargo dentro de los límites de la decencia por espacio de tres años, durante los cuales, parece que el Laird de Carosphain, estuvo ausente; pero a su regreso, las relaciones entre el Lord de Inverstrathy y su esposa se tornaron más y más violentas.

Aunque nueve o diez meses después, nació un niño, acontecimiento que en opinión de parientes y amigos, iba a facilitar la reconciliación del matrimonio, las cosas fueron de mal en peor, y Ronaldo Farquharson continuó siendo el verdugo doméstico de la infortunada Lady Betty.

En aquel tiempo el castillo era mucho más pequeño que en el día, pues toda el ala del este y parte de la del oeste, fueron construídas en la primera parte del siglo XVII. Ronaldo y Lady Farquharson parece habían habitado la pieza que ahora me servía de dormitorio.

Una noche, después que la servidumbre se hubo recogido, la nodriza que se encontraba ocupada con el niño, oyó que entre sus amos se había producido un altercado aún más serio que de ordinario, y ya se dirigía en socorro de su señora, cuando el ruido se apaciguó, y dejó de oir las voces. A la mañana siguiente, Lady Betty había desaparecido, y corrió el rumor de que, desesperada por la brutalidad de su marido, había huido aquella noche en busca del Laird de Caresphain, quien la había raptado. En todo caso, ni de ella ni del Laird se tuvo más noticias, pero lo que se supone que ambos fueron sepultados bajo las olas, mientras pretendían atravesar hacia las Orckneys, en un barquichuelo de pescadores, durante una horrible tempestad desencadenada aquella misma noche.

Pregunté a mi informante, si en la galería existía algún retrato de Ronaldo Farquharson, pero me contestó que aunque indudablemente hubo uno, como lo probaba la tradición, debió ser destruído con otros muchos, en un incendio que consumió gran parte del castillo en 1639, luego después que la residencia había sido renovada por Argus Farquharson, nieto de Ronaldo.

Esto fué cuanto pude obtener de la señora Morgán. A mis preguntas sobre si el castillo estaba encantado, me contestó haber oído algún estúpido cuento de una dama, vestida de blanco, que solía aparecerse durante la noche, pero ella nunca la había visto.

Armado con estas informaciones, me apersoné con Farquharson y ambos juntos procedimos a un detenido exámen de mi habitación, pero, aunque encontramos en el suelo algo que sin duda era una mancha o cosa por el estilo, esto fué cuanto descubrimos, y Farquharson se afirmó en su creencia de que mi visión no era sino una pesadilla nocturna.

La veremos, dijo... Si Ud. quiere nos estableceremos allí los dos esta noche... y veremos si se presenta la famosa visión.

—Convenido, exclamé...

En ese instante nos reuníamos con las damas para tomar el té de las cinco.

Aquella noche, cuando las damas se hubieron retirado a sus habitaciones, y después de jugar algunas partidas de billar. Farquharson recordó a los circunstantes que a la mañana siguiente debíamos levantarnos muy temprano, para salir de caza. A esta insinuación, todos fueron retirándose, y Farquharson y yo nos dirigimos a mi pieza, como estaba convenido.

Entonces mi amigo me dijo, mostrándome un par de naipes.

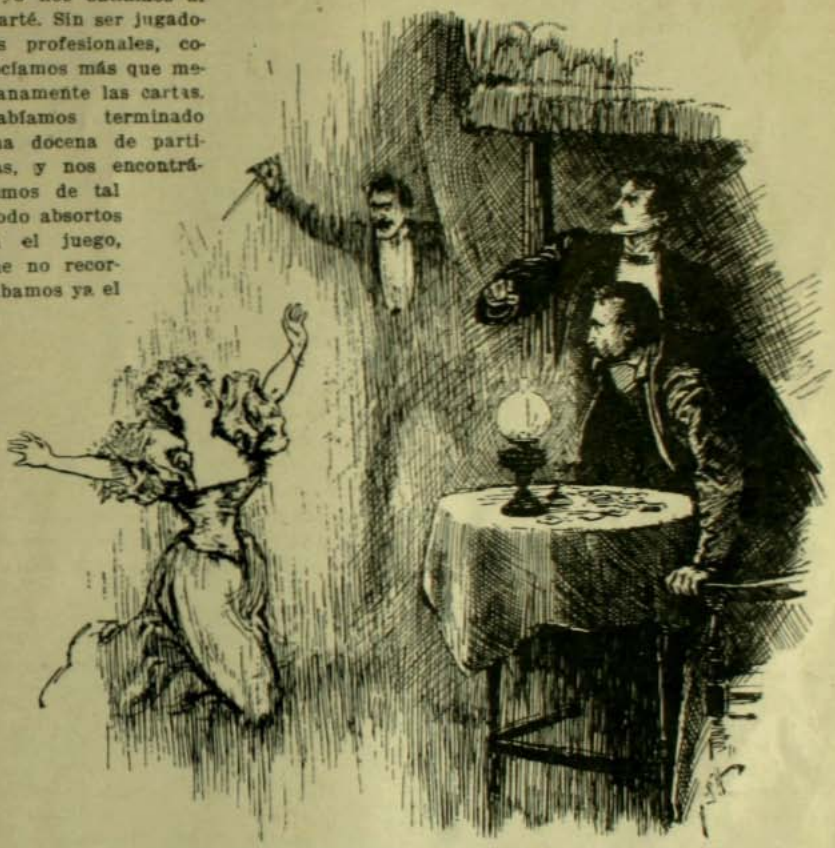
—Aquí tiene una buena precaución. La broma puede resultar muy larga, porque supongo que Ud. no quedará satisfecho

hasta las dos o tres de la madrugada, si nada ocurre antes de esa hora, como estoy cierto sucederá. Nos divertiremos, pues, jugando el ecarté... sin descuidar tampoco el agua y el whisky.

—Magnífico, repuse... A libra esterlina el juego...

—Conforme.

No era la primera vez que Farquharson y yo nos batíamos al ecarté. Sin ser jugadores profesionales, conocíamos más que medianamente las cartas. Habíamos terminado una docena de partidas, y nos encontrábamos de tal modo absortos en el juego, que no recordábamos ya el objeto de nuestra reunión en aquel sitio.



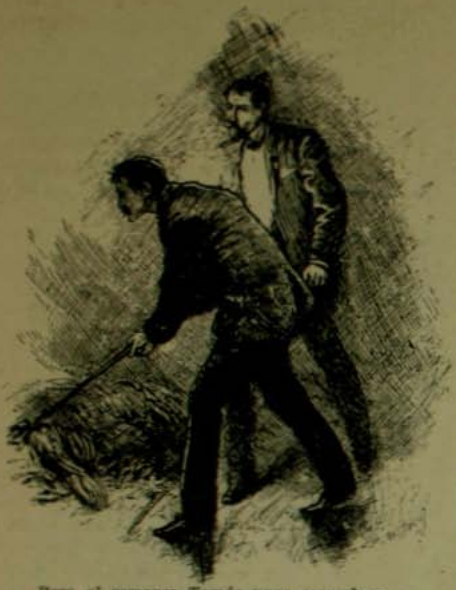
El fatídico asesino vino en seguida y le hundió su puñal en el pecho

En medio de uno de los más excitantes incidentes de la lucha, y cuando yo iba a decir: "Arrastro por rey", la luz que nos alumbraba, aumentó por lo menos tres veces su intensidad.

Apenas ambos nos habíamos puesto de pié, como movidos por un resorte, cuando se alzó el tapiz consabido, y la hermosa dama tan parecida a Miss Craig y a Lady Betty, se precipitó en medio de la sala, con el terror pintado en el rostro, y se dejó caer de rodillas sobre el alfombrado. Una vez más, la antigua joya, se desprendió de su garganta y cayó al suelo; de nuevo el fatídico asesino vino en seguida y le hundió su puñal en el pecho antes de que nosotros tuviéramos tiempo de intervenir. En un cuarto de minuto o todavía menos, todo había concluído y la luz vuelto a su brillo normal.

Entonces Tomás, sacudiendo su apatía, se precipitó al sitio en que se cometiera el fantástico crimen, con la lámpara en la mano.

Rápidamente levantamos la alfombra, y allí estaba la misma mancha que viéra-



Pero al remover Tomás unos escombros...

mos en la tarde, pero, acaso por efecto de nuestra imaginación sobrexcitada, nos pareció ahora más fresca y más encarnada que antes.

—Bueno... ¿qué piensa ahora de mi visión? le pregunté... ¿Todavía insiste Ud. en opinar que era sólo un sueño?

—No sea Ud. cándido, repuso Tomás... Por cierto que ahora creo en ella... No puedo negarme al testimonio de mis sentidos, y estoy resuelto a descubrir el origen de este misterio. Me imagino que Lady Betty no se fugó como dicen con su amante y que esa historia fué inventada por el infame de su marido, para ocultar un asesinato cometido en un rapto de pasión... Vamos examinando el entablado detrás de esa tapicería.

Así lo hicimos, pero por largo rato no nos acompañó el éxito. De pronto, al colocar la lámpara en situación más favorable, para que Tomás pudiera examinar el guarda-polvo, oprimí la mano contra la pared, y entonces creí sentir una ligera corriente de aire al través del entrepaño. Llamé sobre ello la atención de Tomás. Encendimos un fósforo y lo acercamos a la pared. No era posible dudar ahora. La llama se inclinaba visiblemente.

Tomás no necesitó de más experimento.

—Espéreme un instante, me dijo, voy a buscar algunas herramientas.

Volvió un momento después con un taladro, una palanca de hierro y un par de cinceles.

Después de no pocos esfuerzos logramos desprender el entablado. Nuestras sospechas quedaron confirmadas. Trás de él se abría en la gruesa muralla, una estrecha puertecilla que conducía a una empinada escalera de piedra que bajaba hacia un sitio desconocido. Por la estrecha abertura, el aire, atraído acaso por el calor de nuestra habitación, subía en ráfagas húmedas y heladas.

Alentados por el éxito de nuestros esfuerzos, determinamos llevar adelante nuestras investigaciones. Tomás, cogiendo la palanca de hierro, comenzó a descender prudentemente los peldaños de la escalera. Yo le seguía alumbrando el camino con la lámpara. Después de bajar treinta y tres peldaños, llegamos al fin y descubrimos un estrecho paso delante de nosotros. Le exploramos por unos 150 metros, y allí, con gran desengaño nuestro nos encontramos cerrado el camino, ya sea porque aquel túnel terminaba allí, o lo habían tapiado de propósito.

Después de un cuidadoso exámen, llegamos a la conclusión de que este último era el caso, porque la muralla terminal, aunque construida en forma muy análoga a las de los costados, hubimos de notar que sus piedras no se empotraban en las paredes laterales, y que en un sitio quedaba una abertura de un par de pulgadas entre la muralla y el techo.

Inmediatamente Tomás regresó con la lámpara, dejándome en la obscuridad, cosa que por cierto no le agradecí. Pronto regresó sin embargo, con una silla, encaramado en la cual pudo dislocar una de las piedras más gruesas de la pared delantera, con auxilio de la palanca. Después que removimos unas pocas piedras, el resto del trabajo se hizo mucho más fácil, y pronto logramos abrir un paso suficiente para nosotros.

Nos encontramos en un pequeño cuarto de dos o tres metros en cuadro, que parecía haber sido un antiguo calabozo.

Al principio creimos que se hallaba vacío, pero al remover Tomás unos escom-

bros amontonados en uno de las ángulos, vimos con horror la mano y parte del brazo de un esqueleto. Apresuradamente concluimos de remover el montón de escombros, y pronto apareció el esqueleto completo, el cual, por su tamaño, parecía el de una mujer. Junto al fúnebre despojo hallamos el mango de un puñal, cuya hoja había desaparecido, roída por el moho. Solamente nos miramos el uno al otro, y, sin pronunciar una palabra, regresamos a mi dormitorio.

Una vez allí, y después de bebernos sendos vasos de whisky con soda, Tomás dijo:

—Por lo visto, yo estaba en la razón. No me cabe la menor duda de que mi poderoso antecesor, Renaldo Farquharson, asesinó a su infeliz mujer, cuyo esqueleto acabamos de descubrir; que ocultó su cadáver y el instrumento del crimen, amurallando aquel calabozo, para que nadie pudiera descubrir su atroz hazaña; y que él mismo inventó la vergonzosa historia de la fuga con el Laird de Carosphain, para explicar la desaparición de su víctima... ¡Terrible historia, por cierto! pero a Dios gracias ella nada tiene que ver con la pobre Dora...

—Y sin embargo, observé, la dama de la visión es indudablemente idéntica a Miss Craig.

—Pero se parece igualmente a Lady Betty, repuso él vivamente.

—¡Quizás!... ¿Reconoció Ud el rostro del malvado que la dió muerte?

—No. Desde el sitio en que estaba no pudo verlo de frente, sino únicamente por la espalda... Estoy seguro sin embargo de que era Ronaldo Farquharson... ¿No piensa Ud. lo mismo?

—Por cierto que no!...

—¡Santo cielo!... ¿Por qué?

—Por una razón muy sencilla... Porque el asesino y la víctima, **vestían con trajes modernos.**

—¡Dios mío! exclamó Tomás... Así era en efecto... ¿Cómo interpreta Ud. eso?...

—No puedo decirlo... No sé qué pensar... Todo el negocio es perfectamente inexplicable para mí...

—¿Pero si la visión no era la de Ronaldo Farquharson asesinando a Lady Betty?... ¿Qué significa?...

Me encogí de hombros.

—¿Cómo explicar, continuó él, el encuentro de la escalera y de la puerta secreta, en el sitio mismo por dónde salía la visión? ¿Y qué dice Ud. del esqueleto y del puñal, ocultos detrás de la puerta tapizada?

—Le he dicho, que no sé como explicar nada de eso.

—¿Qué debemos hacer entonces?...

Nada.. Eso será lo mejor... No veo la utilidad de hacer público este asunto... Pienso que se trata de un caso de telepatía o algo por el estilo... Guardemos el secreto por ahora, y esperemos los acontecimientos.

Discutimos el punto un buen espacio de tiempo, y ya de acuerdo, volvimos a tapar la puerta oculta y nos separamos.

Al día siguiente, Miss Craig abandonó el castillo y aunque Tomás y yo volvimos a velar aquella noche, nada vino a perturbar nuestro ecarté. Aquel mismo día yo había de regresar a Londres, llamado por un telegrama urgente.

Pasó un año entero, sin que nada ocurriera relacionado con mi extraña aventura del castillo de Inverstrath. Vi a Tomás con frecuencia, y por él supe que, aunque había dormido más de una vez en la fatídica alcoba, no había vuelto a ver el fantasma.

Sir Felipe Clipstone

Se aproximaba nuevamente el 12 de Agosto, y me preparaba para volver al castillo, cuando mi amigo me comunicó que había estallado en la comarca una epidemia de escarlatina, y que las cacerías anuales no tendrían lugar por esta vez.

Aquella tarde me paseaba a pie por Roget Street, pensando en la manera de pasar mis vacaciones, cuando al atravesar desde el Circus hacia el Criterion, un caballero al pasar junto a mí, me tocó accidentalmente en el brazo. Volvióse y con mucha política me dió excusas, y en seguida continuó su camino hacia la plaza Waterloo, pero en

aquel breve instante yo había reconocido en él al asesino fantasma de mi visión.

Al principio fué tal mi sorpresa que quedé sin movimiento, y casi fuí atropellado por un carruaje. En seguida, recobrando mis sentidos, seguí al caballero en cuestión, sin perderlo de vista, le vi torcer hacia Pall Mall, y entrar por último en el Club Megatherium de que yo soy también miembro. Entré tras de él, le vi dirigirse al salón de fumar, y pregunté al portero quién era. Me informó que su nombre era Sir Felipe Clipstore, y que acababa de regresar recientemente de la India. Inmediatamente subí a un coche, y me fuí a escape a casa de Tomás.

—Tomás, le dije, he encontrado al asesino de nuestra visión.

—Imposible. . ¡El murió hace muchos siglos!...

—Así lo esperaba, pero esta tarde me he encontrado, indudablemente con el hombre a quien vi asesinar a Miss Craig en el castillo de Inverstrathy.

—Ud. persiste en creer que se trataba de Dora... Yo estoy más que nunca convencido de que la visión fué la de Ronaldo Farquharson, asesinando a Lady Betty.

—Piense Ud. lo que quiera, pero sea una u otra la víctima, al asesino lo he encontrado yo sin duda alguna.

—¿No se habrá Ud. dejado alucinar por una fuerte semejanza?

—No... Es el mismo hombre... No puedo equivocarlo.. Recuerde Ud. que vi al malvado por tres veces, y que su rostro infame hizo tal impresión, en mi sentidos, que jamás podrá borrarse su memoria de mí... Y ahora, al atravesar el Circo de Picadilly, le reconocí al instante, aunque su fisonomía no presentaba la expresión diabólica que vi en el castillo de Inverstrathy.

—¿Y qué hizo Ud?

—Le seguí hasta el Club Megatherium, donde supe quien era...

—¿Y quién es?

—Sir Felipe Clipstone.

—¡Santo Dios!... ¿qué dice Ud? exclamó Tomás, poniéndose de pié... Sepa Ud. que aunque Dora no conocía a ese hombre, hace dos meses, acabo en este instante de recibir de ella una carta, comunicándome su próximo matrimonio con él... ¿qué haremos ahora?

—¿Y lo pregunta Ud?... Debemos informar de lo sucedido a Miss Craig, o a Sir Felipe, o a ambos...

Por largo rato discutimos el punto... Yo deseaba decirlo todo... Tomás tenía una opinión contraria..... No pudimos convencernos mutuamente, y el debate llegó casi a términos agrios.

Por fin Tomás tuvo una idea feliz. La de que, cambiando los nombres y los sitios, publicáramos una relación verídica de los hechos, invitando a las personas competentes a dar su opinión sobre el particular.

Accedí a esta sugestión, y ahora sólo me resta pedir al amable lector que, después de pensar cuidadosamente el pró y el contra del problema, comunique al editor de esta revista su valiosa opinión.... Pero no hay mucho tiempo que perder, porque he oido que Sir Felipe y Miss Craig fijarán próximamente el día de su enlace... ¿Deben o nó conocer antes las posibles consecuencias de un acto semejante? Y si se casan, ¿terminará su vida conyugal con una tragedia tan horrible, como la que Tomás Farquharson y yo, presenciamos en el Castillo de Inverstrathy?

La Profesora Rosita Renard a los 16 años

La Pianista Rosita Renard

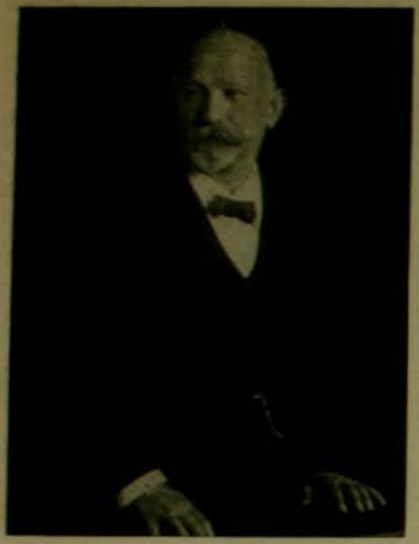
Apesar de que, de tarde en tarde, la prensa reproduce algunos elogiosos juicios sobre esta compatriota que triunfa en el país de la música, en Alemania, y recibe los más brillantes augurios para el porvenir, el público no sabe a punto fijo quién es ella y qué seriedad tienen sus estudios. El público es indiferente hacia todo lo que no ve con sus ojos materiales. Prefiere suspender el juicio antes de hablar sobre un artista que todavía no ha visto en su teatro familiar, a diez pasos de distancia.

La prensa misma se muestra algo ignorante en lo que se relaciona con Rosita Rénard porque, hace pocos días solamente, un repórter que hacía relación de una entrevista con el empresario de teatros Da Rosa, aseguraba que dentro de poco sería contratada para el Municipal nuestra "compatriota Rosita Rénard" confundiéndola ciertamente con Rosita Jacoby o con algo por el estilo.

La señorita Rénard nació en Santiago el año 94 e hizo estudios en el Conservatorio Nacional de Música, obteniendo a la edad de quince años, con aplausos y admiración que muchos recuerdan, su diploma de maestra.

Había sido discípula del distinguido profesor don Roberto Duncker, cuyas condiciones de inteligencia y carácter, unidas a su talento artístico y a su temperamento, le han creado gran situación en nuestra sociedad. Duncker supo formar de una naturaleza privilegiada una discípula estudiosa y atenta. El año 10 el Conservatorio, convencido de las extraordinarias facultades de la niña, obtuvo que el Gobierno le acordara una pensión en Europa. El año 11 entró al Conservatorio "Stern" de Berlín.

Este es el instituto musical más antiguo de la gran capital germánica. Fué fundado el año 50 por los célebres profesores J. Stern, T. Kullak y A. B. Marx. Actual-



Profesor Martin Krause, el maestro de Rosita Rénard

mente, bajo la dirección del profesor Gustavo Hollaender, ha alcanzado fama mundial y acuden a él los alumnos de genio de todos los países.

Como es costumbre en Chile, la pensión fué suprimida de pronto, sin aviso previo. El Estado botaba su buena alumna; pero el Conservatorio "Stern" la recogia y amparaba declarándola alumna honororia. El año pasado fué premiada y diplomada recibiendo la cantidad de 500 marcos.

Nuestra simpática y entusiasta compatriota se prepara en estos días para obtar al gran premio Ibachp que la fábrica de estos pianos ha creado. El consiste en un gran piano obsequiado a la mejor alumna del establecimiento.

Creemos de interés reproducir para los lectores del "Pacifico" que conocen poco de esta privilegiada niña, algunos de los centenares de juicios críticos publicados en la prensa berlinesa. Desgraciadamente debemos atenernos sólo a algunos por falta de espacio.

"Allgemeine Musik-Zeitung".—Diciembre 12 de 1913.

"Sobre la muy joven pianista chilena Rosita Rénard tuve ya mucho bueno que decir al final de la última "saison". La he oído ahora nuevamente en concierto en la Kunstlerhaus, y pueda solo agregar que esta joven señorita, poseedora de un temperamento eminentemente musical y racial, a lo que une una técnica brillantemente cultivada, se desarrolla una pianista de primer rango. No creo equivocarme al augurar a Rosita Renard, que ha sido formada en la mejor escuela, una carrera gloriosa. Ella será no solo una pianista ejemplar, en el sentido estrecho del calificativo, sino una artista de cualidades enteramente personales. Esta es mi convición.—**Paul Schewrs.**"

"Tagliche Rundschau".—Diciembre 12 de 1913.

"Un notable talento pianístico es Rosita Rénard. Esta jovencita, apenas salida de la infancia y excelentemente instruída en superior escuela, demuestra cualidades de las más raras. La joven artista—doy a ella con gusto este "epithenon ornans" que yo rara vez empleo—tocó la Partita en sol mayor de Juan Seb. Bach y la Sonata en re mayor óp. 10. N.o 3 de Beethoven con un pasmoso dominio consciente. Fueron estas ejecuciones que, por la inmaculada limpieza de la técnica, el sonido pastoso, el ritmo riguroso, el puro estilo, la concepción grandiosa y (no olvidar) la cuidadosa técnica del pedal, interesaron de la primera hasta la última nota sin dejar lugar a duda de que, con esta joven chilena ha ascendido al cielo del arte una nueva estrella pianística.

Con sentimiento abandoné la sala Kunstelrhaus.—**Adolf Gottmann.**"

"Der Reichsbote"—Diciembre 18 de 1903.

"La joven chilena Rosita Rénard, que ya en la season pasada debutó con gran éxito, dió en la sala Kunstlerhaus una nueva audición con un programa muy variado compuesto de obras clásicas y modernas. Debido a sus notables aptitudes pianísticas y a su instinto musical extraordinariamente fino, pudo ella hacer justicia, en alto grado, a los diferentes estilos.

Pero lo que proporciona a sus interpretaciones un encanto especial y absolutamente particular es su temperamento, que se exterioriza ya impetuoso, ya con una gracia indescriptible. Pequeños deslices que aún se notan, apesar de su mecanismo perfectamente disciplinado, se borrarán seguramente con mayor madurez. En todo caso, puede ya hoy contarse a la señorita

Rénard entre las apariciones más interesantes en el reino de las pianistas.—**Paul Geyer.**"

"Deutsche Tonkunstler-Zeitung".— Diciembre 20 de 1913.

Como estrella que se levanta debemos saludar a la casi infantil Rosita Rénard. Con la Partita en sol mayor de Bach y la Sonata en Re mayor de Beethoven, nos ofreció esta chilenita pruebas que merecen, en todo sentido, el más alto encomio. —**A. G.**"

Berliner Tageblatt".—Diciembre 9 de 1913:

"La pianista Rosita Rénard debutó con éxito. Así como se sentó tímidamente, sin familiaridad con las tablas, en el canto de la silla, así su ejecución fué, al principio reservada, casi huraña, a pesar de su absoluta seguridad. Se notó, sin embargo, lo musical en ella, y lo que aún dormita despertará seguramente, pues, la señorita Rosita toca evidentemente sobre la base sana de una técnica perfectamente cultivada y una disposición natural.—**Dr. Leopoldo Schmidt.**"

"Berliner Lokal Anzeiger".—Diciembre 9 de 1913.

"Ayer (Lunes), en la Kunstelrhaus, ha sido revelado un nuevo y extraordinario talento pianístico. La joven chilena Rosita Rénard inició su audición con la seria partita en sol mayor de Seb. Bach, cuya última parte, especialmente con su ritmo y corte verdaderamente escabroso, fué ejecutada en forma admirable y terminó con la Fantasía Islamey de Balakirew, una de las piezas más difíciles de la literatura del piano. En todo lo que me fué posible oirle, evidenció ella una técnica cristalina y tan magníficamente desarrollada, que la predestina a los más altos fines. Su juventud (aparenta unos 18 años), la disculpa, en Beethoven, de una que otra imperfección en la forma. En la primera parte de la Sonata en Re mayor, óp. 10, encuentro, entre otras cosas, de dudosa corrección la ejecución de las apoyaturas breves aún cuando ciertamente se encuentran en el manuscrito original. También, debe la señorita Rénard procurar sentir mayor intensidad abandonándose con seguridad y entonces, sin duda, colocarse al lado de los mejores pianistas. —**Dr. Paul Ertel.**"

Profesor Gustavo Hollaender

' Reichsanzeiger.".—Febrero 6 de 1914.

"Las dotes extraordinarias que la joven pianista Rosita Rénard demostró el Martes en su audición de la Kunstlerhaus, provocaron nuevamente viva admiración. Esta jovencita, casi una niña, despliega en su ejecución una abundancia tal de sutileza y temperamento musical, y se posesiona en su cometido de tal seriedad que, están muy por sobre sus años. Con fogoso ritmo pasaron, como danzando, las variaciones sobre el Capricho N.o 6 de Paganini-Liszt; tiernas y pensativas resonaron las "Impresiones líricas" de Gernshein. También abordó la joven artista, con éxito el "Mephisto-Valse" de Liszt, obra que demanda extraordinarias facultales. La repleta sala retumbó con aplausos entusiastas.

"Berliner Tageblatt".—Febrero 11 de 1914.

"De Chile procede Rosita Rénard, joven pianista de la escuela del profesor Krause. Así como la primera vez encontré su ejecución como en capullo, así me hizo esta vez, la impresión de mayor concienci

y desenvoltura. En todo caso, posee ya una dotación de técnica y de percepción musical que dejan esperar para el futuro algo extraordinario. Continuando su desarrollo en la forma indicada, encontrará también ella, seguramente, bienhechores que le faciliten el mostrarse en piano mejor que el que tuvo a su disposición en la Kunstlerhaus.—**Dr. Leopold Schmidt.**"

"Tagliche Rundschau".— Febrero de 1914.

"Como siempre, estuvieron a mayor altura las presentaciones instrumentales que las vocales. Rosita Rénard se lució nuevamente en la Kunstlerhaus. Este juvenil talento pianístico sobre el cual ya me había declarado el 12 de Diciembre del año pasado, ha confirmado plenamente mis profecías en este segundo Concierto. Fuera de un arreglo poco feliz, del Preludio y fuga en Re mayor, hecho por Busoni, el Rondo en la menor de Mozart, el Rondo en mi mayor ("La moneda perdida") de Beethoven, oí las bellas "Impresiones líricas" de Friedrich Gernshein y las variaciones del capricho N.o 6 de Paganini-Liszt. Admirable fué la manera cómo la joven pianista hizo justicia a los diferentes estilos dominando los más escabrosos pasajes con un hermoso y claro sonido y con una técnica finamente pulida. Las más grandes esperanzas deben fundarse en el mayor desarrollo de la joven chilena.—**A. G.**"

HORA MISTICA

A C. Y.

—¿Vamos a visitar a la *enferma*?— propuso María, sonriéndome a los ojos.

Caía la tarde. Y como el día anterior había llovido copiosamente, la tierra estaba húmeda y el aire, libre de impurezas, permitía ver los árboles de ramas desnudas,—o los que comenzaban a florecer,— tapiales, casas y montañas, en toda la plenitud de su color, como si la naturaleza entera viniese de salir de un baño.

La enferma de que habla María era una de las hijas pequeñas de un trabajador de las canteras. La niña había caído fulminada por una de esas fiebres malignas que la gente de campo atribuye a sortilegios misteriosos y que sólo se disipan con brevajes inverosímiles, recetados por "la curandera". En sus momentos lúcidos, la pequeña enferma llamaba a María con la misma unción con que se invoca la presencia de una hada protectora.

Y era natural. María no era ni más ni menos que una hada, uno de esos séres de maravilla que en un tiempo habitaron en los bosques impenetrables o en lo más profundo de lagos azulinos, y que hoy, días de prosa, han venido a refugiarse entre los míseros humanos; algunas veces habitan en palacios, otras en humildes moradas; pero en cualquiera parte que se encuentren, no dejan de beneficiar a los que las rodean con la suave luz de sus almas bondadosas.

¿No habéis encontrado alguna vez en la vida a uno de esos séres de leyenda? Sí, los habéis encontrado; pero, tal vez, no os preocupásteis demasiado de ellos, porque os engañó la apariencia externa: los creísteis mujeres, mujeres hermosas o mujeres feas, y eran hadas!

María era una hada: yo no vacilo en afirmarlo. No de otro modo podría explicar la profunda y saludable impresión que ejerció en mi espíritu. Mi vida entera se encontraba, poco antes de conocerla, en perpetuo desequilibrio; mis apetitos, desencadenados; la carne, triunfante; mi alma, torturada; la voluntad, débil y caprichosa. Y en dos meses, en menos tiempo tal vez, que permanecí en contacto de ese querido sér de pureza y de bondad, me sentía transformado completamente. María penetró en mi alma como una ráfaga de aire puro por la ventana de un cuarto de enfermo; junto con su presencia huyeron todos los malos gérmenes que me emponzoñaban; conmoviéndome hasta las raíces más hondas, purificándome, reedificándome...

Comencé a amar a María en aquel perfumado rincón de montaña, pequeño verjel esmeraldino rodeado de cerros peñas-

cosos de donde mis tíos extraían la piedra y el mármol, y aprendí a sentir de un modo nuevo a lo largo de los corredores de arcadas que caían sobre el patio andaluz, cubierto por las yerbas del abandono, y en el cual se recogían en impenetrable silencio los naranjos obscuros cuajados de frutos color de fuego.

¿A dónde habían huído mis sueños de lucha y de fiebre, mi atropellado bullir en busca de sensaciones ardorosas como las mil lenguas de un incendio?

Sin duda fueron absorbidos por aquella paz de la montaña, se refrescaron en presencia de los blandos regazos de las cordilleras, entrevistos entre la bruma azulosa, o fueron a desfallecer respetuosos en el níveo pecho virginal de María?

Comenzaba a hacerse solemne la tarde con la llegada del crepúsculo. La voz de mi amiga, invitándome a su excursión de caridad por los rancherías de los inquilinos, conmovió mi alma como una clara campanita de iglesia poblana.

Bajó ella la escalinata de piedra que caía desde el alto corredor hasta el patio musgoso, sonrióme a los ojos con su clarísima mirada de pureza y me precedió gentilmente, ondulando su cuerpo con cierta provocación ingenua, que me hizo saborear los labios como si ya sintiese la dulzura de un beso furtivo sobre el blanco cuello cubierto de pelusilla dorada.

Rechinaron los goznes de hierro al abrir la rústica puerta del patio que comunicaba con la huerta próxima, y nos detuvimos junto a la pirca de piedra, baja y ancha como cimiento de catedral antigua.

—¡Está linda la tarde!—murmuró María en voz baja, con suavidad, como si temiese romper con el sonido de la voz el cristalino encanto de la hora.

El sol se había ocultado detrás de los cerros próximos, cuyos faldeos teníamos tan cerca que servían de límite a la huerta. Llenaba el aire el silencio de los campos, y sobre este silencio, como delicado dibujo sobre fondo sin mácula, se alzaba un clamoreo dulce, fresco, alegre: el piar de los pajarillos y el lejano ruido del motor en las canteras.

María se recogió graciosamente las faldas, ajustándolas al dibujo armonioso de sus triunfantes formas femeninas, me miró sonriendo con no sé qué fuego impreciso en las pupilas, y me invitó a avanzar.

Sobre el extenso terreno de la huerta, recientemente removido por el arado, se alineaban algunos centenares de árboles nuevos, recién podados, que insinuaban como ruborosas adolescentes, su escasa floración primaveral.

María avanzó con pasos menudos por el sendero invadido por las malvas silvestres, se detuvo de nuevo, y me dijo:

—No podría vivir sin esto... ¡Mire usted!...

Apoyóse ligeramente sobre mi brazo y me señaló el paisaje.

Una voz lejana cruzó el espacio. Respondió el ladrido de un perro. Al rededor del huerto alzábanse grandes nogales de troncos plateados y escuetos, coronados por ampulosas y trágicas cabelleras de complicada y fina ramazón, perales corpulentos de troncos retorcidos en violentas actitudes académicas, saúcas esbeltos de engañosa fortaleza...

—¡Qué paz!... qué paz!...—murmuró María.

Y yo repetí emocionado:

—¡Qué paz!...

Sentía el calor de su cuerpo y el ligero latir de su sangre sobre mi brazo.

—María...

Me miró sonriendo. En su boca y en sus ojos había sumisión, timidez y ardor.

—María... No quisiera moverme nunca de aquí. Nunca!

Ella inclinó la cabeza sin dejar de sonreir.

La enlacé entonces por la cintura con ademán amplio, y así, unidos, extendí la vista a mi al rededor, con la cabeza erguida orgullosamente, como si deseara tomar posesión de María y del santo recogimiento de la campiña.

María pareció empequeñecerse, cobijarse junto a mi pecho.

En la lejanía, más allá de los montes azules, sobre la niebla, la gran montaña se tiñó de rosa intenso.

Y esa tarde, junto al lecho de la enferma, la pequeña hija del peón de las canteras, sentí que la paz de aquel rincón de mundo descendía también a mi corazón y que la aureola luminosa de mi hada bella, irradiaba igualmente sobre mi pobre cabeza de pecador!... ¿por cuánto tiempo? ¿Es que tales instantes supremos pueden prolongarse hasta lo infinito?

F. SANTIVAN.

La felicidad en la vida modesta

Por ALBERTO EDWARDS

Apuntes sobre el rastacuerismo

No sólo los pequeños, sino, en muchas ocasiones, también, los grandes, han menester de modestia en la vida, porque esta virtud no sólo es el fundamento más sólido de la felicidad privada y de la prosperidad pública, sino que constituye la nota esencial del "buen tono". La falta de ella crea en Europa el rastacuero, como en Chile ha dado origen al siútico.

La psicología de ambos tipos sociales es idéntica. Ella se resume en la frase genial, de un escritor español: "quiero y no puedo"... Quiero y no puedo ser o aparecer rico, noble, distinguido... quiero y no puedo pertenecer o introducirme en una sociedad que no me corresponde, quiero y no puedo apropiarme modales y sentimientos que no son los míos...

La desproporción entre el fin y los medios, entre el querer y el poder, produce las situaciones equívocas, y el ridículo... El hombre modesto, no se transforma en siútico, ni el sud-americano en rastacuero, mientras no emprendan la tarea casi siempre imposible de traspasar, forzándolas, las barreras que forman en torno de cada hombre, su educación, sus antecedentes, sus costumbres, y el medio en que se ha desarrollado.

El buen tono es la más pasiva, la más callada de las virtudes sociales. Su origen es la seguridad que posee el hombre distinguido, acerca de su puesto en el mundo y de la línea de conducta que debe seguir. De allí la sencillez, la modestia, el no afectado aplomo del noble, del burgués, del obrero mismo, cuando "pueden lo que quieren"...

La alta clase social de Chile no ha sido hasta estos últimos tiempos muy fecunda en rastacueros. Si esto debe atribuirse a una mayor dósis de buen sentido y distinción natural, o a la circunstancia de no ser nuestra colonia en Europa ni muy numerosa ni muy rica, es cosa que merece discutirse; ello no entra, sin embargo, en mi programa de hoy.

Nos llegan, sin embargo, con porfiada insistencia, del Viejo Mundo, rumores y noticias verdaderamente alarmantes sobre el desarrollo entre nuestros paisanos de ultramar, de la enfermedad a que aludimos. Síntomas, los había antes, pero seguramente el mal va tomando ahora caracteres mucho más graves.

Recrudece, por ejemplo, el afán de títulos, blasones y condecoraciones. Los primitivos rastacueros pretendían deslumbrar sólo con su dinero. Este es el recurso más fácil, y el primero de que echan mano los arrivistas de todo orden. Con pagar el hotel y la mundana de más precio, creían tomar por asalto a la sociedad europea. El desengaño ha venido. Aún en estas jóvenes sociedades de América, el dinero y su fastuosa exhibición no lo hacen todo... ¿Qué será en la culta y vieja Europa?... Así los rastacueros de antaño hubieron de caer en la cuenta de que con derramar

millones, sólo lograban hacer figura entre hoteleros, rufianes y vividores... La aristocracia, el mundo verdaderamente distinguido y asentado, quizás por eso mismo, cerrándoles a piedra y lodo la puerta.

De allí el nuevo afán de los pergaminos. Ahora sí que vamos a triunfar, se han dicho nuestros rastacueros. Cuando logremos probar que el modesto comerciante tronco y autor primero de la fortuna de nuestra familia, era un hidalguelo vasco de una población de España en el siglo XVIII, se nos abrirán incontinenti las doradas puertas de los Medinacelli, de los Osuna y de los La Rochefoncauld...

¡Ilusión!... ¡Pura ilusión!... quizás más ridícula que la otra.

No hace muchos meses, en cierto casino de Europa, una dama de la nobleza francesa preguntó a una distinguida señorita chilena, el nombre de una muchacha rolliza, de modales más que medianamente desenvueltos y de rostro provocativo, que bailaba en el salón.

—Es la Fulana, repuso, con mucha naturalidad nuestra compatriota... Pertenece a una de las primeras familias de Buenos Aires.

Esto de "una de las primeras familias de Buenos Aires", causó en la interrogante un violento acceso de risa. Aquello no estaba en sus libros.

¡Estúpido orgullo nobiliario! dirán algunos.

No es, sin embargo, eso precisamente.

Figúrese el que tal juzga, un provinciano que para darse carta de ciudadanía en nuestro gran mundo nos dijera:

—¿Qué están Uds. pensando?... Pertenezco a una de las primeras familias de Quilapilun, y mi abuelo era primo segundo de don Juan Belloto, que fué subdelegado de Tagua-Tagua.

Nuestro gran mundo no se conquista con eso, a pesar de que no tiene nada de inabordable, ni viva, en general, preocupado de pergaminos.

La primera y más sencilla reflexión que debería ocurrírsele al sud-americano que pretenda introducirse en la alta sociedad de Europa, es la que casi nunca se le ocurre....

—"Yo no pertenezco a ella por derecho propio... Estoy en el caso en que se encuentran los hombres desconocidos que buscan en Santiago lo que yo busco en París, en Londres, en Viena o en Madrid... Evitaré, pues, caer en torpezas parecidas a las que reprocho a los siúticos de mi país..."

Difíciles son de evitar tales torpezas, porque ellas nacen de la situación misma del que estando fuera quiere estar dentro.

La primera característica del arrivista es, en efecto, la intrusidad. Pretende imponerse a la fuerza, pecha, se arrastra, va donde no le llaman, estorba casi siempre. Entre gentes de otro mundo, de otra cultura, que se conocen desde niños, viejos camaradas, parientes, con ideas, preocupaciones y modales idénticos, él es el eterno convidado de piedra...

¡Aunque sea el más noble señor de Quilapilun!... Lo mismo da. Peor todavía si tiene la manía de hablar de su nobleza.

Es cierto que todas las sociedades aristocráticas, aún las que parecen más cerradas, son el producto de una selección, es decir, que no sólo eliminan sus elementos degenerados y que no pueden ya guardar el rango antiguo, sino que absorben poco a poco a los hombres que, nacidos en más baja esfera, saben subir hasta ellas. Pero esta conquista no es casi nunca obra de la intrusidad y del arrivismo... Ella viene de ordinario precedida por una asimilación lenta de la cultura social por los hombres nuevos, que muy raras veces puede operarse en una sola generación.

Se dice, sin embargo, que nuestra aristocracia vale ya de por sí, y antes que esa asimilación se produzca, tanto por lo menos, como las más encopetadas de Europa.

Prefiero no tratar hasta el fondo este efímero asunto. Me limitaré a algunas reflexiones de detalle...

Dos hombres pueden ser de igual valer social y moral, sin comprenderse ni compenetrarse mutuamente. Algo por el estilo sucede con las sociedades.

Para hacer vida común, para formar un sólo medio, éstas necesitan, ante todo, conocerse... Y, ni la sociedad europea conoce a la sud-americana, ni vice-versa.

Para comenzar, el europeo, y sobre todo el francés, ignora la geografía en forma calamitosa. Chile, Guatemala, el Paraguay, Haití y la República de Zambos, son para ellos todo uno... La gran dama chilena y el indio bravo que después de un motín militar huyó a París con el tesoro público,

el prendero español enriquecido en Buenos Aires y el noble señor limeño, aparecen como pertenecientes no sólo al mismo país, sino al mismo mundo, a la misma sociedad.

No culpamos por ello a la miopía de los europeos, sino a la distancia, al Océano Atlántico y en parte también a nosotros mismos...

En primer lugar nos pagamos demasiado de exterioridades, olvidando, por ejemplo, que los modales, no son sino uno de los detalles de la cultura. Es el defecto de los hombres y de los pueblos nuevos. Asimilan sobre todo la corteza, la parte decorativa, las nimiedades insubstanciales de las naciones o sociedades a cuyo nivel desean colocarse... Debajo suele subsistir el indio... En Chile mismo lo vemos a cada paso. El hombre refinado observa y penetra aquello...

Llega por ejemplo el sud-americano a París... ¿Qué olvida y qué aprende?... Olvida o por lo menos disimula sus tradiciones, sus nobles y sencillos hábitos de vida, sus sentimientos profundos y hereditarios, todo lo que con él ha formado el trabajo lento de muchas generaciones... Lo haría en cualquier parte del mundo respetable y distinguido... Llega allí sin más personalidad moral que la de quien entra en un sitio de diversión, dudoso por lo menos... ¿Qué aprende en cambio?... Muy poco... fuera de algunas exterioridades que por el mismo hecho de ser nuevas en él, resultarán casi siempre más o menos postizas...

—¡Al natural!... Así se conoce a la gente, nos dice Jacinto Benavente, como conclusión de una de sus más famosas comedias.

Nos presenta en ella el autor a una señorita, hija de un gran señor rural de España, nacida y criada en provincia. Cierta marquesa casamentera, mujer del gran mundo madrileño, proyecta casar a la rica heredera, con su sobrino Joaquinito, encanto de todas las madres o ilusión de todas las hijas en la Corte. Presenta en sus salones a la provincianita. La niña se encuentra cortada, no conoce a los demás invitados, abre la boca para decir insulsas vulgaridades y Joaquinito la juzga sosa, casi cursi... El matrimonio proyectado fracasa por completo... Algún tiempo después una aventura de caza lleva al joven madrileño al hogar de la desaliñada novia... y cae en la cuenta de que es encantadora...

La moral de la comedia es que las gentes pierden de ordinario cuando no están en su centro... Es precisamente el caso de los sud-americanos en Europa, y con circunstancias agravantes. Aparecen allí despojados de su verdadera personalidad moral y social, y adornados, en cambio, de postizos y mal perfumados oropeles...

Ellos conocen también bastante mal a la sociedad en que pretenden introducirse. No faltan, por ejemplo, cándidos que juzgan de ella, por lo que han leído en las novelas. Este grosero error en lastimoso, sobre todo en Francia.

Allí, en la nobleza y en la alta burguesía, se conservan tradiciones domésticas dignas de los tiempos patriarcales. Los padres arreglan de ordinario los matrimonios de sus hijos, como entre nosotros, durante la época colonial. Parece que los resultados de tal costumbre no son tan malos como pudiera creerse; y el hogar francés continúa bajo muchos respectos siendo un modelo por regla general. Pero no hay en ello mucho material para novelar. Los autores deben buscar, por tanto, el caso excepcional, la intriga dramática, lo que no es vulgar ni es visto, el amor prohibido, los accidentes e imperfecciones del régimen social, para colocar así sus producciones...

Pero eso no es la sociedad tomada en su conjunto y como regla.

No se equivoca menos el sud-americano que juzga de la sociedad europea por lo que de ella aparece más en la superficie y con más ruido.

Las señoras que entre nosotros llevan una vida exclusivamente frívola y mundana, no constituyen el tipo de nuestra sociedad... ¿Qué diríamos de un extranjero que se imaginara aquello como la característica de la mujer chilena de alto rango? Que es un torpe y un corto de vista. Sin embargo, su error sería explicable, porque esas veinte señoras que se divierten, figuran más a primera vista, y para el que viene de afuera, que los millares de señoras sencillas, modestas, respetables, que forman el orgullo y el fundamento sólido de nuestra alta clase social.

Es cierto que ellas continúan, sin embargo, aquí o en París, gozando de todas las

prerrogativas de su rango... Es natural, porque pertenecen a él por derecho propio, pero no sería ese camino el que debiera adoptar una extranjera o una provinciana desconocida, para introducirse con buen pie, en nuestro gran mundo... Muy por el contrario. Las unas brillan, pero las otras dan el tono, abren y cierran las puertas; son sus dictámenes los que la sociedad acata en el fondo.

Tan pésimamente nos conocemos, que así como entre nosotros París es sinónimo de corrupción, entre ellos el concepto de sud-americanos se confunde con el de tunante y atropellador de todos los respetos. Unos y otros se equivocan. Los unos porque confunden a la sociedad parisiense con el mundo que ellos frecuentan, los otros porque conocen al sud-americano no en su vida ordinaria, sino más por sus períodos de remolienda y desenfreno, confundidos sus rangos, sus nacionalidades y sus costumbres, en un cosmopolitismo exótico y desmoralizado.

La sorpresa de los caballeros europeos que nos visitan y logran comprender a nuestra sociedad en su propio medio, no tiene límites.

Un joven señor de la alta nobleza europea que casó hace poco con una dama chilena, nos hacía a este respecto sus confidencias. Refería nos las dificultades con que tropezara para hacer comprender a su padre que la sociedad chilena era tan moral, tan respetable, tan conservadora de las tradiciones del hogar, como la de su propio país.

—Cree papá, decía, que la Fulana, anda aquí con plumas. Que los chilenos son una especie de salvajes, sin costumbres de ningún género, que sólo cuando van a Europa, se visten, y adoptan en el exterior los modales civilizados, como los chinos, los persas y los hindúes...

Después he sabido con gran satisfacción que nuestra distinguida compatriota ha logrado no sólo el cariño, sino el respeto de la familia de que forma parte... "Papá", como decía su novio de entonces, encontró en ella una gran dama, educada con sentimientos y costumbres análogas a las de su propio medio.

El joven de que hablo, es un gran admirador de nuestra sociedad, en cuyo seno había residido algunos años como diplomático. No lo llevó en su matrimonio idea alguna de lucro, porque era muy rico y su novia era pobre, sino el amor, y el respeto profundo que concibiera por las virtudes de la mujer chilena.

Voy a referir otro caso típico.

Un joven y distinguido diplomático, compatriota nuestro, hubo de hacer una visita de cortesía a un príncipe, miembro de una de las más antiguas familias reinantes de Europa. Le sorprendió no poco la acogida no sólo cortés, sino cariñosa, que recibiera en la casa de aquel magnate. Algunos días después el príncipe y su esposa lo convidaron a tomar el te de las cinco. En esta ocasión nuestro compatriota fué agasajado con esa llaneza y cordialidad que sólo se gasta entre antiguos conocidos: le pidieron que prolongara su visita, y durante un par de horas allí sólo se habló de Chile. La explicación del fenómeno era muy sencilla. El príncipe había tenido ocasión de conocer la sociedad chilena "al natural", por haber visitado de incógnito nuestro país algunos años atrás.

¿Cómo pueden olvidar nuestros compatriotas en Europa, que la estructura íntima de una sociedad, no consiste en esas exterioridades brillantes y supérfluas, que no son sino una de las características de la distinción, pero que no constituyen su esencia?

¿Cómo pueden olvidar también que la conducta por ellos observada, principalmente en París, sería tan chocante en Santiago, como sin duda lo es allí, para todo lo que no sea la sociedad heterogénea, aturdida, viciosa, que hace ruido en la capital de Francia, pero que no es la sociedad francesa?

¿De qué puede servir la ostentación de riqueza o pergaminos a familias que frecuentan sitios dudosos, en compañías de sus esposas o de sus hijas, que visten a estas últimas a estilo de demi-mondaines, y, que, con todos sus actos, parecen desafiar aquellos respetos que son el principal orgullo de la gente bien nacida, en Francia como en Chile?

Hay otra circunstancia que impide a los europeos conocernos mejor. El caballero de verdad, el hombre digno de cualquiera que sea la clase social a que pertenezca, no "pecha" por introducirse donde no lo buscan. En cambio, el arrivista improvisado,

de escasa cultura y distinción, es el eterno intruso. El es el que se pone por delante, el que aparece como avanzada de los demás en el asalto del gran mundo... y por él juzgan a los otros...

Los chilenos que van a Europa suelen sufrir equivocaciones parecidas a las que tanto les mortifican en la sociedad de allá.

Un amigo me refería no hace muchos días el siguiente caso, por el cual juzgaba a las damas norte-americanas...

Se trataba de una niña soltera que donde Maxim acabó por poner ambas piernas encima de la mesa...

—Pero, ¿era una señorita de buena sociedad? le pregunté.

—Por supuesto.

—¿Y cómo lo sabía Ud?

—Así lo decía ella...

Cuántas sud-americanas que "se dicen" de la buena sociedad no habrán dado espectáculos parecidos, y cuántos franceses o ingleses, no habrán formado su juicio acerca de nosotros, sin otro fundamento.

Es que somos un país muy joven, que se impresiona con demasiada facilidad con el ajeno brillo... París, como el Champaña, suele subirse a la cabeza...

Ojalá comprendieran algo de esto, y muchas otras cosas que me dejo en el tintero, nuestros compatriotas que van a París.

Si quieren ser respetados, si pretenden que se les reconozca allá el rango a que pertenecen, sepan guardarlo. No se pongan sobre todo en ridículo. Recuerden que nada hay más cursi, que nada revela más la falta del aplomo y de la modestia que caracterizan al hombre bien nacido, que el hacer papel de intrusos, que el deslumbrarse con las atenciones que se reciben, que el ejecutar, en fin, todos aquellos actos siúticos, que a ellos mismos les chocan en sus países respectivos, de parte de gentes de inferior condición que luchan por incorporarse en la alta clase.

No recurran por último al estúpido expediente de los pergaminos. Recuerden que éstos no son, en el mejor de los casos, sino una presunción de que el que los ostenta, ha nacido en un medio refinado al través de varias generaciones y que, por tanto, "*puede*" ser un caballero... Pero es una presunción que admite prueba en contrario... y nuestros compatriotas suelen proporcionar esa prueba en contrario, con lamentable frecuencia...

No: la distinción no se conquista ni con el dinero, ni con derrochario estúpidamente, ni con los pergaminos, ni con la exhibición de algunas brillantes exterioridades bien o mal aprendidas. Es una virtud más honda y compleja, tanto más difícil de analizar y definir, cuanto que es más pasiva y espontánea.

Reside sobre todo en la cultura sólida y profunda de los sentimientos, en los hábitos de disciplina moral y social. Ella no nace en que seamos ricos o pobres, nobles o plebeyos, buenos o malos. Ella siempre se presenta acompañada de un perfecto equilibrio de los modales, los sentimientos y la conducta, por lo menos externa, de la vida. Es delicadeza, refinamiento y buen gusto. Es sobre todo "espontaneidad"...

El hombre distinguido, sabe inconscientemente, no sólo cómo debe sentarse a la mesa y presentarse delante de las damas, sino, lo que es mucho más difícil de aprender, su sitio en el mundo, sus ideas y sus sentimientos, la línea de conducta que le trazan sus antecedentes, y los respetos del mundo en que ha nacido y al cual pertenece.

La distinción verdadera trae, pues, un fundamento muy sólido de seguridad en sí mismo, en su sociedad, en su raza, en su país. El que abandona todo eso, el trasplantado, el que como la mariposa fascinada por la luz, ronda perdido tras de otros brillos, otras costumbres y otro medio, confiesa por ese hecho mismo, que nada hay de serio y profundo en la estructura íntima de su sér, que las generaciones que al través de los tiempos le han formado, nada dejaron en él, que busca aún, sin encontrarlo, el sitio que debe ocupar en la sociedad, que necesita improvisarse de nuevo... en una palabra, que no es distinguido.

Somos señores en nuestra casa, ¿con qué fin hacer en la ajena el papel de cursis y de intrusos?

LA VIRJEN DE CHIQUINQUIRÁ.

Por OLEGARIO RUSSI.

Al proyectarse la sombra del ramaje verde-obscuro de los eucaliptus y cipreses, dejaban a trechos figuras caprichosas sobre las paredes viejas y los ennegrecidos techos de las casuchas a tiempo que el sol moribundo destacaba sus rayos cárdenos en el polvoroso camino que iba mansamente tomando un tinte anaranjado al perderse sobre la cumbre de "El Ave María". La ciudad tornábase amarillosa, como si sobre sus techos coloniales cayera una lluvia de oro en polvo; sólo las altas torres de la Catedral se erguían majestuosas, ostentando una de ellas un gran diamante en la punta de un para-rayos que brillaba intensamente sobre el occidente ensangrentado y que en tiempo de borrasca orgulloso reta la tempestad.

Una, diez, ciento, eran las caravanas que que salían a tiempo que otras invadían la ciudad por todos sus flancos. Era el mes de Diciembre, fecha inolvidable en la memoria de todos los fieles, que desde tiempo de la revelación ha venido transmitiéndose de generación en generación, sin que la nebulosidad de los años haya hecho palidecer su fe inmaculada, ni desmentido su creencia inalterable. Cada año los polvorosos caminos de Chiquinquirá, se ven invadido por una turba constante de peregrinos que llegan de todos confines de la Colombia, como también de las Repúblicas circunvecinas, llevados por una fe ardorosa ante el santo recinto de la Virgen, donde el sacro misterio les brinda.

Hace tantos años, cuando aún no existía sino un ligero caserío que daba albergue a los arrieros, a quienes sorprendía la noche, según la historia, las leyendas y las tradiciones, en una de esas posadas olvidaron o abandonaron por serles inútil un pedazo de lienzo sucio y roto que María Ramos, hija de una pobre cuidadora, recogió y lavó, sorprendiéndose, a medida que lo limpiaba, del brillo que despedía el ennegrecido lienzo; lo colgó y vió que éste caía al suelo sin que nadie lo tocara; lo recogió y lavó de nuevo y volvió a colgarlo y éste volvió a caer dos o tres veces, tomando mayor esplendor una imagen que se dibujaba sobre su burdo tejido, con una diafanidad esplendorosa. La curiosidad, la visión o la inspiración que del cielo irradiaba, hizo que la buena muchacha lo colocara en un cuadro de cañas toscas y desiguales, y ante ese cuadro desconocido oró a tiempo que pasaba frente a su rancho pajizo una pobre ciega de nacimiento, guiada de la mano por una niña, quien, llena de admiración y confusión al ver aquel cuadro luminoso, gritó instintivamente a la ciega: "Mirad", y ésta, impulsada por un instinto nervioso, miró y vió entre una esplendente radiación de luces y nubes nacaradas la majestad inmaculada de MARIA. Esas noches eter-

nas, esos cáos sin fondo, esas pupilas sin luz, tuvieron vida y hubieron palpitaciones de aurora dentro de esas noches sin lumbre, dentro de esos cáos sin límites.

Desde entonces a esta parte, se han venido sucediendo un sin fin de milagros, milagros que en su mayoría están representados en pintura y todos éstos existen al rededor de la reja que en torno del camarín de la Virgen se levanta con sus barrotes de fierro ennegrecido y terminados a manera de una mano abierta con dedos erizados. Hay en éstos pinturas antiguas, donde el viajero sólo admira la delicadeza del artista, la diafanidad de los colores y el toque exquisito del conjunto, pero no la verosimilitud del milagro que representa: hay cuadros tan ajenos a la verdad, tan absurdos, que más bien pudiáramos decir que son locas ilusiones o puras fantasías de la imaginación ebria.

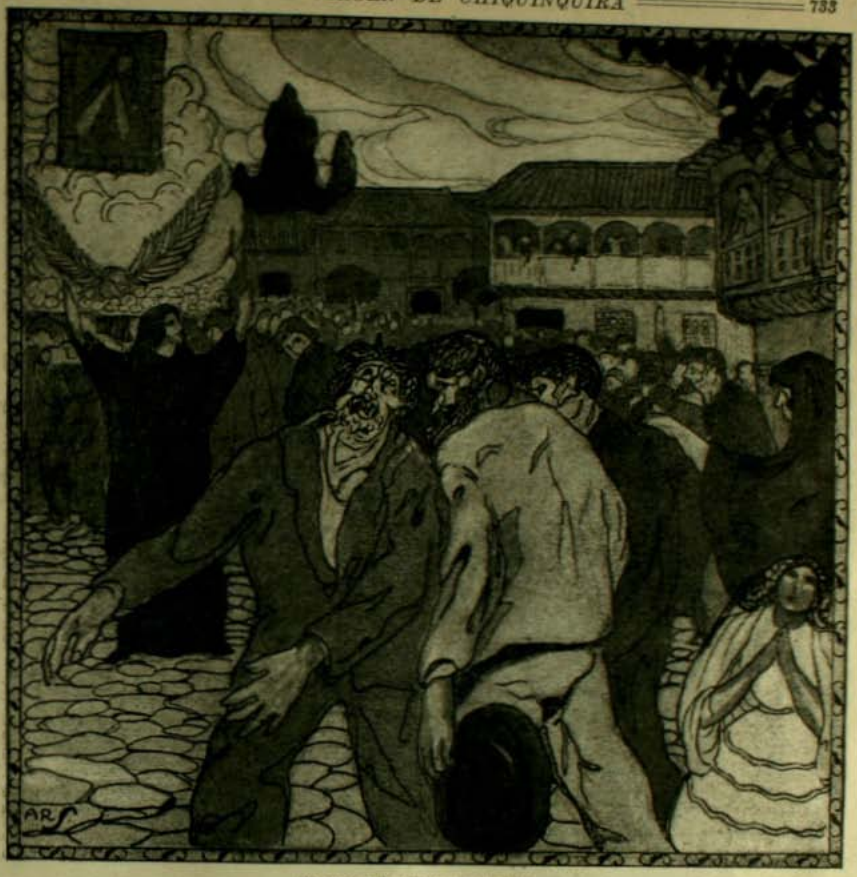
Dentro de esta reja se levanta el blanco altar de la Virgen milagrosa, y a cada uno de sus lados, sobre columnetas también de mármol blanco, se ven hincados dos ángeles de bronce con las alas extendidas como prontos a defender la majestad del aposento.

Cada siete años se celebra con mayor solemnidad la fiesta, por ser en ésta en la cual sacan la verdadera imagen, según lo aseveran los mismos peregrinos.

Yo recuerdo de un milagro que una santa vieja me contaba, asegurándome que había sido testigo ocular: era en unos siete años, al descender la procesión por la calle de "La Amargura", me decía la buena anciana, se destacaba el venerable cuadro de la Virgen sobre el fondo azul del infinito, dando con ésto mayor realce a las nubes de algodón blanco y azul que formaban la peaña donde iba sostenido el cuadro de la Virgen; el gentío era compacto; las campanas vibraban desgranando sus notas cristalinas, a tiempo que cintajos y banderas de todos colores se balanceaban acompasadamente sobre las cabezas del incontenible tumulto de fieles. Al paso de la Virgen, de todos los balcones llovían estrellas de papel, doradas, azules, plateadas y flores de múltiples colores que caían salpicando las nubes improvisadas de la peaña. Una de éstas se desgarró, dejando caer un copo de algodón; de todos los pechos rebozó el deseo infinito de conservar tan preciosa reliquia: un hombre, quizá el más cercano a las andas, lo arrebató con avidez, en tanto que otro, en demanda de la sagrada reliquia, blandía con su mano crispada un puñal reluciente que todos vimos, afirmó la anciana, agitando tenuemente sus convulsas mejillas, y, frotando sus temblorosas manos, prosiguió: cuánta sería su sorpresa, cuánto su desencanto y terror cuando vió que el arma había desaparecido de su mano, sin que ser humano se la hubiera arrebatado; quedó petrificado como por un rayo y con ese rostro bilioso de los cobardes, miraba de un lado a otro, interrogando a la multitud con sus ojos inyectados de espanto; cayó luego de rodillas ante la Santa Virgen, radiante de belleza, y todos los fieles allí presente lo imitamos al sentir en nuestras almas renacer el fervoroso respeto por la Majestad Omnipotente.

un pedazo de lienzo sucio y roto que María Ramos

Entre todas las leyendas, la más sorprendente, sin duda, fué la que sucedió en el Ave María, loma desde donde se divisa el panorama



El puñal había desaparecido...

de Chiquinquirá, y que tomó este nombre por haber sido el teatro del acontecimiento.

Hoy en día todos los peregrinos que pasan por allí, a tiempo que dejan una crucesita, ya por recuerdo o por costumbre, rezan el tradicional "Ave María".

Eran escasas las peregrinaciones por aquel entonces: entre los pocos que llegaban por la parte norte de la ciudad, venía un anciano que después de haber gastado todas sus energías en consultar sabios, médicos y doctos, acudía a la fuente milagrosa de la Virgen. Al llegar a la histórica loma se sintió sano, sano de aquel mal incurable, de aquel mal sin remedio, y entonces, creyendo inoficiosa su presencia ante la Santa Imagen, resolvió regresar. El caballo, aquel caballo de toda su confianza y tanto tiempo manso como una oveja, se transformó en ese instante en tigre encarnizado, en león enfurecido, y arremetió contra su amo, hasta dejarlo destrozado. . . . . .

. . . . . .

Aquella misma tarde, según la historia, el caballo llegaba sólo a la ciudad. . . . .

. . . . . .

Todos los séres testigos del castigo que no alcanzaban a comprender, llenos de recogimiento, se alejaron lentamente y en profundo silencio por la polvorosa carretera sobre la cual se dibujaban figuras caprichosas al proyectarse la sombra del ramaje verde-obscuro de los eucaliptus y cipreses.

Las sombras de la noche caían. . . . .

. . . . . .

¿De dónde vienen? ¿A dónde van?

Por

J. DIAZ GARCES

Ilustraciones fotográficas

Es la pregunta que no hemos hecho muchas veces en una ya larga vida de periodistas, al verlos llegar a la imprenta, pequeñitos, sucios, descalzos, llorosos, a sacar la primera partida de diarios y, después de algunos años de profesión constante, echarlos de menos sin que nadie pudiera dar noticias de su paradero. ¿De dónde vienen? De allá, de la más apartada, obscura, tenebrosa callejuela, expulsados a latigazos por un padre cruel, echados silenciosamente por una madrastra sin piedad, partidos sin saber cómo ni por qué del lado del cadáver yerto de la tía, de la hermana, de la abuelita. Como la semilla de cardo arrancada por una ventolera, llevada después de árbol en árbol, sin vida, sin voluntad, sin conciencia propia, se han pegado un día en la viscosa flor de una mala yerba. En el rostro infantil todavía, asoma ya un destello de depravación: los labios aún rosados y frescos muestran la mancha de una lepra oculta; pobrecitos seres que todo el mundo cree amparados y son sólos como la muerte, huerfanitos del vicio y de la sombra, de la sorpresa y del alcohol, del incesto y de la maldad ¿dónde van?

Antes

Van donde los lleve la ola que los ha levantado; pueden quedar en la playa donde se pudren las basuras; pueden seguir mar adentro donde se sucumbe de una vez en el fondo. Unos caen en el rincón donde nacieron, en el lupanar. Otros van a un lecho del hospital. Otros a la cárcel. Van paso a paso, siguiendo la errante existencia de los que no tienen hogar ni techo, ni consuelos, ni saben leer, ni escribir, ni rezar una plegaria ni entender una palabra cariñosa. Nadie los detiene, nadie los comprende, nadie los estima dignos de piedad o de protección. En la mañana fría, en la noche obscura, sobre el barro o los guijarros, entre los automóviles y los coches, corren llevando bajo los brazos los periódicos del día y voceando sus nombres familiares. ¡Son los suplemen-

teros. Y este nombre es un título nobiliario. Fueron los portadores de los suplementos de los boletines de prensa, durante la guerra. Ellos rompieron con sus voces claras y vibrantes el silencio mortal de esa noche santiaguina en que se aguardaba la primera noticia del combate de Iquique. Los hombres y las mujeres lloraban al recorrer las primeras líneas de esos escritos breves en que la mano del redactor había mezclado también la tinta con la lágrimas, en que la pluma apenas había podido trazar diez palabras con orden y sentido. Ellos siguieron siendo los portadores de la buena nueva y tenían derecho de entrar bailando delante de las fanfarras de los regimientos vencedores porque habían colaborado obscuramente en la campaña.

Después

En años pasados, mientras todavía hacíamos esa ruda labor de prensa que solía durar desde entrada la noche, hasta comenzada la mañana, cuando tomábamos reposo, latiéndonos las sienes con la nerviosidad de una producción improvisada y ardorosa, antes de que el sueño reparador nos envolviera con el olvido de las tareas, escuchábamos vagamente a lo lejos, las voces de los suplementeros que ya anunciaban "El Mercurio". Dormíamos entonces tranquilamente sabiendo que ya se difundía en el público la noticia interesante, el comentario patriótico, los juicios bien intencionados que una temprana concepción de la carrera nos hacía mirar como la mejor compensación de nuestro trabajo. Cuando comenzábamos a dormir, ellos corrían ya ágiles como pájaros a las estaciones, a los mercados, a los talleres, a los centros que primero despiertan. Pero, al salir de la imprenta, los habíamos encontrado ya apostados como sombra en la vecindad, acurrucados en las gradas de las puertas, echados sobre las cunetas de la calle, tomando un reposo turbado de pesadumbres tempranas. Seguramente el viajero que podía alcanzar el tren matinal llevándose el infolio fresco todavía, con todas las novedades ocurridas en el mundo entero, durante las últimas 24 horas; o el hombre de negocios que lo extendía delante de la taza del desayuno acariciado con el vaho del líquido reconfortante; o el transeunte que se dirigía a pasos rápidos a la oficina a disfrutar de ese primer momento de vaga pereza con que se inicia la jornada; pensaban y piensan que con la pequeña moneda dada a la imprenta y al vendedor pagaban y pagan ya de sobras este moderno servicio sin el cual nadie podría vivir sin sentirse vecino a la muerte. Por supuesto, jamás se piensa en el suplementero ni se le agradece su esfuerzo. Y se comprende: más de un veinticinco por ciento del precio del diario lo recibe generalmente el revendedor. Podrían en cinco años de carrera tener economías y retirarse a otro trabajo menos rudo.

Pero aquí viene la dolorosa vida de estos seres. Cuando dan su primer volido por las calles; aves nocturnas los atraen y los secan. Llevan dinero y se los quitan. Hay una empresa que recoje casi todo el dinero de los suplementeros: tabernas negras, cavernas de abominación y de oprobio, grutas de viejos pulpos y reptiles en que, más a tientas que con los ojos, se adivina todo el horror de la vida de los suburbios mal vigilados.

Este es el problema. Las imprentas que deben tanto a estos rápidos mensajeros del

diario los pagan con creces; el público, sin darse mucho cuenta de lo que hace, adivina por lo menos que el negocio del revendedor es grande; la autoridad no sabe qué hacer con esta bandada que se agrupa con facilidad y se dispersa en la misma forma. Además, cuando el revendedor llega a cierta edad no tiene ni fisonomía simpática, ni salud, ni voluntad de dejarse dominar por nadie. Vuelve donde lo reciben; donde todo lo que lo rodea es pobre, triste, desordenado y avieso como su vida. La piedad más grande se fatiga delante de la obra de saneamiento moral y físico que hay que emprender para arrebatar al vicio estas víctimas inconscientes tempranamente consagradas en holocausto a la maldad de los suburbios.

De toda esa masa de suplementeros que desfila por las imprentas en diez años, de esos dos mil niños abandonados, apenas el uno por ciento se salva y encuentra camino de trabajo honrado. Los demás mueren tampranamente o se pierden para siempre.

Tres o cuatro veces la autoridad ha hablado al público de asilo para los suplementeros. Hemos conocido un terreno central y espacioso dedicado a este fin. Se les ha tenido cama, baño, disciplina suave; pero vigilancia y obligaciones. Libres como el aire han volado al primer momento de descuido de los guardianes; pero han volado llevándoselo todo, camas, sábanas, trajes, y hasta la manifestación de gratitud que no ha salido de sus labios porfiadamente mudos. Los fundadores se han desalentado. Se necesitaba para la obra un apóstol, con las porfías y tenacidades del apóstol, con condiciones de héroe. ¿Dónde encontrar un hombre de esta clase?

Ha aparecido hace poco en Santiago. Se llama Romaní y es un clérigo. Su primera aparición hizo sonreir a las autoridades; sonreir a la policía. Era un inocente que no había medido la tarea. Comenzó a trabajar; buscó colaboradores de su credo y de otros campos; necesitaba obreros y se los procuró; necesitaba perseverancia y la tuvo. Necesita también dinero... y ésto es más difícil encontrarlo: pero ya ha hecho algunos llamados a la sociedad y comienza a recibirlo. Pero llega poco y muy de tarde en tarde. Es necesario comenzar por los que más comprenden la obra del suplementero y la necesidad de su redención, pero estos no son los más ricos: son los periodistas.

Acompañamos hoy dos fotografías que nos ha enviado el señor Intendente. No sabemos si van a interesar a alguna persona; pero confiamos en la publicidad que siempre golpea a tiempo alguna puerta y encuentra en ella un hombre altruista o caritativo: en todo caso, generoso.

Ahí está el pillete tal como ha llegado, con una sonrisa burlona, equívoca, desconfiada. Está andrajoso, con un gorro en la cabeza mal peinada, listo para huir sin dar gracias, para volver al albergue nocturno que lo ha perdido. Y, en seguida, aquí está regenerado, limpio, con un traje algo militar, mezcla de boy-scout y de soldado, la cabeza erguida, la mirada inteligente y franca. ¡Son chilenos! No resisten a marchar, a tomar un fusil, a alinearse rigurosamente; saben de memoria los aires militares, saben de memoria los movimientos del soldado. No serán presidarios: sino buenos infantes y heroicos servidores del país llegado el caso.

Todo ésto ha hecho el clérigo Romaní. ¡Ayudémoslo!

LOS INDIOS YAHAGANES

Por

LUIS CASTILLO

Sólo después del año 1829, en que el capitán Fitz-Roy reconoció la costa meridional de la Tierra del Fuego, se supo que la raza denominada con el término colectivo de "fueguinos" no estaba formada únicamente de las dos tribus hasta entonces conocidas, la de los "Onas" y la de los "Alacalufes", sino también de una tercera, confinada a las islas más australes de nuestro territorio. Esta tribu es la de los "Yahaganes". A pesar de eso, se tienen sobre su existencia algunos datos anteriores a esa fecha. El corsario Drake habla de ellos con la arrogancia habitual del marino que no conoce las derrotas. Más tarde, otro corsario: Anson, enriquecido con la piratería y ennoblecido por su patria, se ocupa someramente de ellos, cuando tuvo que cruzar el Cabo de Hornos en demanda aventurada de los galeones españoles cargados con las riquezas con que la América opulenta proveía en otro tiempo a España. Tan parco como su jefe para juzgar a los fueguinos es el inglés que a la expedición de Anson le diera la nota más brillante, el poeta y lord Byron, quien fué para sus compañeros piratas lo que es un rosal florido en un prado de zarzales, el poeta para quien el lirismo no tiene disonancias y la belleza es un cuadro policromo encubridor de la maldad y los errores. Para todos ellos, los yahaganes son una voz cualquiera perdida en la inmensidad de la gritería humana y ahogada en las nieblas y soledades de una tierra montañosa hasta donde la civilización no ha llegado ni llegará tan pronto.

Una madre yahagan con su hijo

En el comienzo del siglo XVIII un navegante francés los hizo objeto de fantásticas leyendas, que, aunque fueron desvirtuadas con posterioridad, han servido, como sirvió la estadía de Selkirk en Juan Fernández, para formar un cúmulo de inexactitudes, con las que todavía se entretienen los que no conocen el país. Por eso, ninguna tribu como la de los yahaganes, habrá sido objeto de juicios más opuestos y de más contradictorias opinio-

nes, de todo lo cual deriva, especialmente para los extranjeros, el gran interés etnográfico que despierta su observación y estudio.

El que los dió a conocer con bastante precisión es el ya recordado marino y geógrafo inglés Fitz-Roy, a quien con más méritos que a Cochrane y Willright, la nación le adeuda un bronce que lo inmortalice en recompensa tardía del reconocimiento de casi toda la costa de Chile y del levantamiento de las mejores cartas de navegación que se han publicado hasta ahora.

La piragua

Como una prueba de que la carrera de las armas se concilia espontáneamente con el humanismo, especialmente en esos elocuentes casos que ejemplariza la Armada inglesa, en los que la piedad y la investigación científica prevalecen sobre la sed de mando, de dominio y de conquistas, el capitán Fitz-Roy llevó a Inglaterra, de regreso de su primer viaje a Chile, cuatro indios yahaganes, con el propósito de civilizarlos. Eran ellos tres jóvenes adultos, de los cuales el menor fué obtenido en canje por un botón de nácar, y una niña de nueve años que fué bautizada con el nombre de Fueguia. De todos estos, uno murió en Inglaterra, y los demás volvieron a su patria en el segundo viaje de Fitz-Roy, en que tomó parte el célebre naturalista Carlos Darwin (año 1833).

Muerto este célebre navegante, correspondióle a su colega y compatriota el capitán Allen Gardiner, la prosecución de la empresa de civilizar a los yahaganes, y en 1850 llegaba al canal Beagle con el propósito de organizar una misión evangélica que contara como base de su propaganda a los fueguinos que el capitán Fitz-Roy había llevado a su patria. Desgraciadamente, una tempestad lo desposeyó de sus embarcaciones y equipajes, y, un año después de su arribo a la Tierra del Fuego, se encontraba únicamente el diario de viaje, redactado por el último sobreviviente de la expedición.

En 1858 llegan a las islas Malvinas (o Falkland) los primeros catecúmenos recogidos por una misión inglesa establecida allí cuatro años antes, entre los cuales figuraba Jemmy Button, el indígena que fué canjeado por Fitz-Roy por un botón de su chaleco. Al año siguiente, los pastores ingleses, entusiasmados con los primeros resultados de su bienhechora propaganda, se trasladaron a la Isla Navarino, considerada en esa fecha como el centro de mayor población yahagan. Arman allí sus carpas y sus altares y confiados en la actitud apacible de los indios, se inicia la misión con el oficio divino, el que no tuvo término, porque todos los misioneros fueron asesinados. En el año 1863, en que se reanudaron las relaciones entre misioneros y yahaganes, fueron encontrados todos los cadáveres y se vió entonces con sorpresa que el móvil del crimen no había sido el robo ni mucho menos el canibalismo, atributos que pesan duramente sobre esos indios y que más erróneamente los degradan.

Se vió entonces que el salvaje se rebelaba contra lo que no comprendía, y que la civilización se demostraba como siempre perturbada en su afán de querer hacer en un día lo que exige siglos y siglos de lenta y progresiva infiltración.

A partir de esa época, las misiones se radican en las islas Malvinas y hasta

allá se llevan anualmente partidas de yahaganes para ser educados y devueltos después a su tierra en la que se entregan de nuevo a la vida nómade con grande y muy explicable extrañeza de sus educadores. La civilización los pule y los perfecciona en el sentir del europeo, mientras se mantienen sometidos a sus saludables efectos y a la emulación de sus pastores. Pero, lejos de ellos, transpuesta la silueta lejana de la capilla en que recibieron el bautizo y los primeros rasgos de la vida civilizada, por la primera isla que se interpone en su aventurada ruta, la libertad los arrastra con una fuerza invencible hacia sus agrestes playas azotadas incesantemente por los temporales, para vagar en la miseria y confiarle a las soledades todas aquellas virtudes y costumbres que apagaron transitoriamente sus caracteres de salvajes.

Era preciso acercarse más a ellos y por eso, en 1870, se establece definitivamente la misión inglesa en Ushuaia, que sirve de núcleo de formación al pueblo más meridional del planeta y de sede a la civilización de la raza más próxima al Polo Sur.

Ushuaia

Deben tener los yahaganes más afinidad étnica con los alacalufes, habitantes de los canales magallánicos y aún con los araucanos que con cualquiera otra raza de las que se le asemejan; así como los onas conservan sus afinidades con los patagones y tehuelches. El tipo esquimoide de las tres tribus o sub-razas de fueguinos tiene caracteres particulares para cada una de ellas y a eso se agrega un diverso grado de sociabilidad, diferencias de hábitos, de idiomas y de creencias, que hace suponer que los yahaganes han debido segregarse del tronco étnico originario en un tiempo muy remoto.

De todas las tribus de indígenas de Chile, la de los yahaganes es la de talla más pequeña. La estatura fluctúa entre 1.44 m. y 1.64 m., lo que contrasta con la de los gigantescos onas, que miden hasta 1.85 m. Contrastan igualmente estos indígenas en muchos de sus hábitos. Los onas son andariegos; en una expedición de caza salvan las distancias al paso característico del indio-correo de Bolivia, y a este paso pueden recorrer 50 kilómetros en un día, sin fatigarse. Entre tanto, el indio yahagan anda poco y sólo cuando el mar le dificulta su vida francamente marítima, a la que ha adaptado su cuerpo recio de musculosa complexión. Por la misma causa, su destreza en el manejo del remo y en la construcción de sus ligeras embarcaciones, son legendarias y sólo comparables a la de los habitantes de las islas madrepóricas, en las que el mar tranquilo de los trópicos sombreado por los cocoteros, invita eternamente a bogar. Como consecuencia de esta inactividad forzada, las extremidades inferiores, las piernas del yahagan son delgadas, de atrofiada pantorrilla, lo que se compensa con el extraordinario vigor que cobran sus brazos y la musculatura del tórax.

En presencia de ellos, la primera impresión es repulsiva. Llevan por todo abrigo una piel de lobo marino a las espaldas, que anudan a la cintura o al pescuezo, mediante una correa. ¡Y pensar que el clima de esa región es húmedo y frío, como quiera que por cada cuatro días de lluvia, viento y nieve, hay un sólo día despejado, y la temperatura ambiente no sube de siete grados, ni baja de tres sobre

Mario Orando con el dardo y con la honda

cero! Las mujeres llevan además de esa piel principal, con la que atan al hijo más pequeño para llevarlo sobre el dorso a manera de un apéndice que grita de tarde en tarde, otra piel más chica, del tamaño de la mano, que se anuda a la cintura, y que tapa y no tapa lo que debería tapar. Un collar de conchas y a veces otro de huesos trozados y pulidos completa todo el ajuar del indio, que se cree andar suficientemente vestido bajo un cielo casi siempre encapotado, que sólo se despeja para anunciar un temporal.

La piel, de un color castaño claro, pierde en ellos su suavidad y brillo naturales cuando no ha llovido, pues una capa de mugre la cubre invariablemente por completo, sobrecargada todavía con una capa de pintura que les desfigura la cara y que denota a la distancia el duelo de familia que aflige al indio. El pelo es liso, tieso, de color negro y abundante, repartido en largos cadejos que se apelmasan sobre la achatada frente. La cara es ancha, imberbe, resaltando en ella los ojos pardos rasgados y de párpados abultados que le dan al yahagan el semblante bonachón del mongol. Por lo demás, el yahagan es tosco, de expresión vulgar y tímida mientras el trato social no pasa más allá de las presentaciones. Conocido más de cerca, parece ser otro muy distinto. Estalla en él una bondad de muchos indios desconocida y ahogada a veces con los malos tratos de que son objeto por los civilizados. El defecto más vituperable es en ellos el de la mendicidad, por que llegan a la impertinencia. Piden pan, ropa y hasta ahí la petición es lógica, como que visten de verano para vivir eternamente en invierno, y comen cuando el invierno eterno a que se encuentran sometidos les depara la casualidad de encontrar sus alimentos.

Pero, del pan y de la ropa pasan a otras cosas y os piden hasta los anteojos.

Si a todas las dificultades que se presentan en el trato con los salvajes se agrega la diferencia de idiomas, a nadie debe asombrar la disparidad de opiniones que sobre los indios se vierten todavía y el muy distinto modo cómo han sido dados a conocer por los viajeros. Si ya es difícil juzgar a un individuo educado en la primera ocasión en que lo conocemos y lo tratamos, fácilmente se concibe la gran dificultad que se presenta para juzgar al pueblo o la raza a que pertenece. Con los indios yahaganes ha pasado una cosa análoga, aunque diametralmente opuesta, pero basadas igualmente en el error de la primera observación, a la que ocurrió con los indígenas de las islas de los Amigos (archipiélago Fiji) y que Cook calificó como los más hospitalarios del mundo. A medida que mejor se conocen esos amigos, resultan ser menos amistosos, mientras que los yahaganes que pasaron por antropófagos para Fitz-Roy y Darwin, como para los historiadores y geógrafos informados por esas autoridades, se convierten para los expedicionarios de "La Romanche", en los salvajes más inofensivos de la tierra. Se conocen casos de estos indígenas, completamente desconocidos para los misioneros, dice el doctor Hyades, médico de esa expedición, que han ido en auxilio de los náufragos, contrariando los hábitos y tradiciones de sus antepasados.

"El que llega a la cabaña o "wuinwuan" de un yahagan, dice otro autor, es recibido con recelo, pero nunca con

hostilidad, pues el huésped debe de ordinario procurarse sus alimentos."

¿Y por qué extrañarse de que así procedan si ya para ellos el alimento es un problema diario que se les presenta con muy incierta solución? Ellos comen la carne del lobo marino y la de la ballena semi-asadas, sólo cuando el hambre les da tiempo para exponerla al fuego. Cuando vara una ballena herida o moribunda se atracan hasta hartarse y luego entierran el sobrante en cualquier punto de la playa para exhumarlo y consumirlo en completo estado de putrefacción, si los temporales paralizan por algún tiempo sus expediciones de pesca y la nieve les oculta bajo su manto inmaculado una planta litoral (la Armería magallánica) que los provee de raíces de escaso valor alimenticio.

Por eso, para poder juzgar un indio, es preciso apreciar de antemano cómo vive y cómo siente.

El bosque

La cabaña del yahagan no merece, desde luego, el nombre de tal. Cuatro palos afirmados al terreno removido e inclinados por sus extremos hasta tocarse forman lo que podría tomarse por la armazón. A esos cuatro palos se les entrecruza, como en esas pirámides provisionales en que se almacena el pasto, ramas verdes y algunas pieles cuando las hay sobrantes. Con esta protección y el fuego que arde incesantemente en el interior del wuin-wuan, el yahagan se moja un poco menos que estando afuera y así se mantiene para abandonar definitivamente su choza al primer signo de buen tiempo. El perro, domesticado por el fueguino, desde los tiempos prehistóricos, lo acompaña por todas partes y le sirve de auxiliar importantísimo en la caza del lobo y del huillín. De noche ronda y merodea por los entierros de víveres y por las tumbas en demanda de lo que el amo con frecuencia le niega.

Bajo un clima tan rigoroso como el de la Tierra del Fuego, la lucha por la vida ha engendrado una distribución muy equitativa del trabajo humano, en la que toman su parte todos los miembros de la familia. A diferencia del araucano, el hombre, en la familia yahagan, tiene a su cargo los quehaceres más pesados. Es él el que va al monte a cortar la leña y el que hace las piraguas con la corteza del roble de la región (Nothofagus betuloides) cosiendo los trozos con enredaderas silvestres y uniéndolos o calafateándolos con musgos y líquenes. El hombre es también el que caza el lobo y el huillín, que el perro ultima, con certeros golpes de su primitivo arpón. La mujer, entregada a los cuidados de lo que metafóricamente se podría llamar la casa y que habita con la familia sólo por breves temporadas, es la que alimenta el fuego, encendiéndolo por medio del frotamiento de dos piedras sobre un montón de pelusas de aves marinas. Cuando la marea baja, va a mariscar erizos y lapas con útiles que no difieren gran cosa de los que están en uso en toda la costa de Chile. Durante el descanso obligado que originan las frecuentes borras-

cas, trenza cabos de junquillo que le sirven principalmente para amarrar sus piraguas o bien fabrica con el talus del huiro y los tendones del lobo espineles sencillísimos y de cortas dimensiones para pescar la pescada y la lamprea.

Diestros en el manejo de sus primitivas armas, disparan al vuelo sus hondas y dardos y cuando el ave cae al mar, la mujer o el perro son los encargados de traerla al wuin-wuan, por ser ellos los únicos que nadan.

Si un indio se enferma, se llama inmediatamente al jefe de la familia para que desempeñe con solemnidad su papel de "yacamuche"; entonces da comienzo a su cometido bailando en torno del enfermo con grandes gesticulaciones y profiriendo de vez en cuando alaridos insoportables.

Luego después, fatigado con este ejercicio, le sopla la barriga, si allí siente su mal el paciente y le fricciona las piernas y los brazos, sacudiendo sus manos sobre el fuego en cuanto toca la parte dolorida y si el enfermo nota algún alivio, el yacamuche le corta, con un fragmento de concha, un mechón de cabellos que arroja sobre las brasas. Si a pesar de este eficaz tratamiento la mejoría no viene y el enfermo se agrava demasiado, cuentan los misioneros ingleses que el yacamuche le abrevia la agonía echándose encima del enfermo, repentinamente, para estrangularlo.

Esta raza, tribu o lo que sea, sin historia ni organización social, que carece de culto religioso y de palabras que expresen las ideas de divinidad, que no sabe contar más que hasta cinco y que interpreta las obras maestras de la industria humana como fenómenos de la naturaleza, no es refractaria, como erróneamente se cree, al progreso, ni es capaz de asimilárselo. Es indiferente. Las comodidades que le ofrecen al yahagan los que lo retienen, fijan odiosos límites a su horizonte de salvaje y monotonizan su labor con quehaceres cuotidianos siempre iguales o parecidos y que a menudo no comprende. La libertad es para su tribu inapreciable e insubstituíble y por eso vaga anonadada por la miseria en los más apartados confines de la República, como si fuera impulsada por una fuerza invencible que la expone a una vida incierta y a una extinción segura, sin haber sentido jamás la protección de sus compatriotas.

Una larga residencia en la misión, no basta para adormecer en el indio su primera naturaleza, la heredada de sus antepasados. La segunda, la naturaleza adquirida, se olvida en cuanto abandona sus cultivos, su casa confortable, sus amigos y protectores. Todo eso no vale para él lo que valen sus canales que se estrechan y se ensanchan como si no tuvieran fin y en los que los árboles de la orilla bañan sus ramas reflejándose en el agua. El quiere ver siempre sus montañas que se elevan unas tras otras y por las que trepan sus bosques impenetrables y silenciosos, hasta una línea bien nítida que domina con su potente vista y más allá de la cual comienzan los hielos eternos que escalan las cumbres, desprendiéndose por los ventisqueros para sumergirse en el mar con gran estrépito.

Uno de los ventisqueros del Canal Beagle

Vista de un canal excavado por el tipo A de las máquinas "Austin"

La crisis económica por que atravesamos y el deseo de estabilizar nuestro cambio internacional han hecho que los Poderes Públicos se ocupen sériamente del problema del regadío del territorio.

Deseosos de ver convertida en realidad una aspiración nacional tan sentida, hemos creído de nuestro deber contribuir con nuetsro grano de arena a la realización de obra tan importante para la riqueza pública, consignando algunos datos estadísticos interesantes e indicando en dónde pueden encontrarse los artículos más importantes publicados en el país sobre este asunto.

Superficie regada en Chile.—Según el "Anuario Estadístico de Chile" de 1913, página 226, la superficie regada de nuestor territorio alcanza a la cifra de **1,200,000** hectáreas, en número redondos.

Esta superficie se distribuye del modo siguiente, entre las diversas provincias, redondeando las cifras:

	Hectáreas
Tacna	4,500
Antofagasta	1,500
Atacama	28,200
Coquimbo	78,000
Aconcagua	72,500
Valparaíso	50,000
Santiago	160,000
O'Higgins	106,500
Colchagua	160,100
Curicó	128,000
Talca	87,500
Linares	125,000
Maule	2,700
Ñuble	113,200
Concepción	23,500
Arauco	3,700
Bío-Bío	22,500
Malleco	34,000
Cautín	7,100
Valdivia	4,100
Llanquihue	8,200

En las provincias de Tarapacá y Chiloé, y en el Territorio de Magallanes, puede decirse que no existe el riego.

Superficie regada en algunos otros países.—Según estadísticas de 1908, las extensiones de terreno regadas en los principales países en que se aplica especialmente el regadío son los siguientes:

	Hectáreas
India Británica	17,840,000
Estados Unidos	14,000,000
Francia	2,360,000
Egipto	2,200,000
España	1,230,000
Italia (Piamonte, 440,000 hectáreas; Lombardía, 680 mil hectáreas)	1,120,000
Argentina	725,000

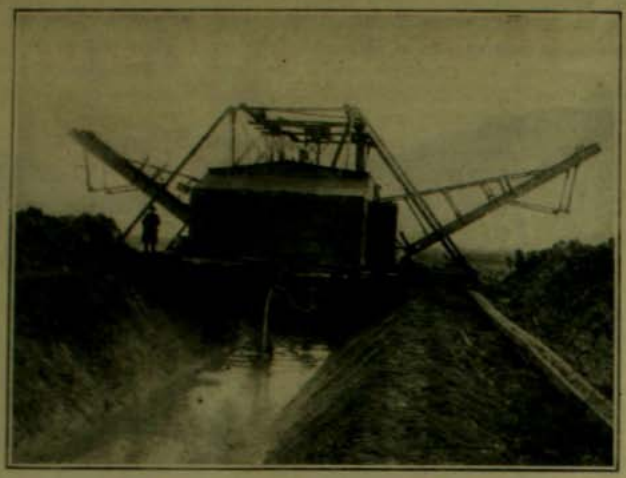
Estas cifras han aumentado considerablemente hoy día, especialmente en lo que

se refiere a Estados Unidos, Egipto, España y Argentina, a causa del gran impulso que se está dando en estos países a las obras de regadío.

Superficie por regar en Chile

a).—**Con proyectos o ante-proyectos ya estudiados.**—Existen estudios, hechos por la Dirección de Obras Públicas, para las siguientes obras:

Tacna.—Para regar en Tacna, derivando aguas de los ríos Mauri y Putani y de la laguna de Changará, 10 mil hectáreas, con costo de $ 3.500,000.



La "Austin" tipo A reformada

Máquina para abrir zanjas para fundos

Chacabuco. — Para regar terreno al sur de la cuesta de Chacabuco, con aguas derivadas del río Juncalillo, que se almacenarían en la laguna del Inca, y se echarían después al Aconcagua, 4,000 hectáreas, con costo de $ 800,000.

Melipilla.—Para regar en los valles de Culiprán y las Arañas, con aguas del Maipo y Cachapoal, 31,000 hectáreas, con costo de $ 3,600,000.

Planchón.—Para regar en Curicó, con aguas captadas de las lagunas del Planchón o Teno, 18,000 hectáreas, con costo de 1 millón 100 mil pesos.

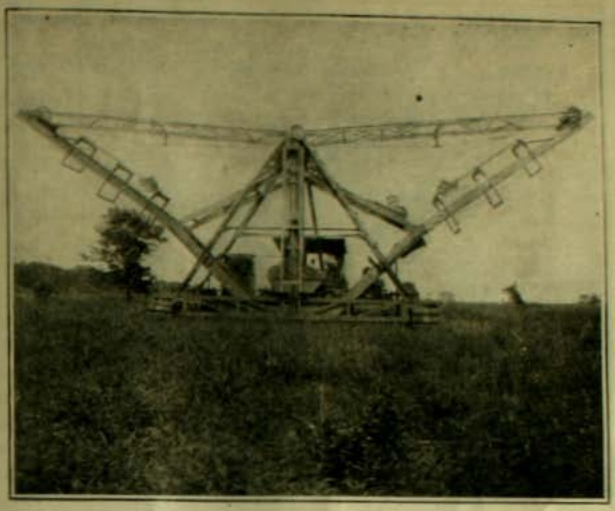
Nilahue.—Para regar en el valle de Nilahue, en Curicó, con aguas del río Mataquito, 17,000 hectáreas,

con costo de 7 millones 700 mil pesos.

Linares.— Para regar en Linares con aguas derivadas del río Maule, terrenos entre el Maule y el Claro, 40,000 hectáreas, con costo de 5 millones 400 mil pesos.

Laja.— Para regar con aguas derivadas del río Laja, frente a Tucapel, terrenos vecinos a dicho río y los comprendidos entre Santa Fe y Los Angeles, 38,000 hectáreas, con costo de 1 millón 200 mil pesos.

Lo que hace un total general de 173,000 hectáreas, con un costo de $ 26.800,000.



La excavadora "Austin" del tipo A

b).—**Con reconocimientos hechos.**—

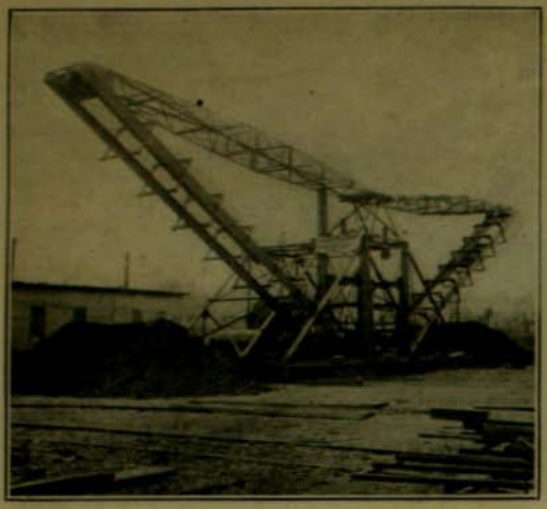
	Hectáreas
Campos del **Tamarugal**, con aguas de las quebradas de Alona y Caritaya.	5,000
Valle de la **Chincha**, en Ovalle, cno aguas del Limarí o Río Grande.	15,000
Elevando aguas del **Maipo**, a más de 60 metros, frente a Codigua, cerca de la desembocadura del Puangue, se pueden regar.	70,000
Con aguas del **Maule** pueden regrase llanos en San Clemente y Colorado de.	60,000
El fundo fiscal del **Culenar**. . .	6,000
En las vecindades de **Chillán**, con aguas de los ríos Cato y Ñuble.	20,000
En las vecindades de Traiguén, con aguas del Cautín. . . .	50,000
En el fundo **Chufquén**, con aguas del Cautín.	15,000
En **Rupanco**, unas.	10,000
Con el río **Palcuro**, pueden regarse terrenos comprendidos entre los ríos Cholguán y Laja, la Cordillera y la línea central del F. C., por.	40,000
Suma.	291,000

En esta cifra no se toman en cuenta los terrenos que podrían regarse en Aconcagua con el río Petorca, en Talca con aguas de la laguna de Mondaca, en Malleco con aguas de los ríos Bío-Bío y Malleco, en todo el norte con pozos como los que han servido para surtir de aguadas al Longitudinal y en tantas localidades adecuadas para embalsar aguas, sobre todo las de la época de las grandes lluvias, que entonces son perjudiciales, para aprovecharlas en estiaje.

Es decir que, en números redondos, tenemos estudiados o reconocimientos hechos para regar desde luego más de 500 mil hectáreas. Esta cifra, sin pecar de egerada, podrá seguramente triplicarse, o sea, podrían regarse en Chile 1,500,000 hectáreas, además del 1.220,000 hectáreas que se riegan hoy día.

Mayor producción que se obtendrían con el regadío.—De los **cinco millones** de hectáreas de terrenos planos, que forman la región agrícola del país, sólo se riegan, como hemos dicho, 1.220,000 hectáreas, aprovechándose además mediocremente unos 2.500,000 hectáreas de praderas naturales, de rulo, sometidas a las contingencias climatéricas, que varían según los años y a veces esterilizan en largos períodos la producción de las tierras de rulo.

El 1.220,000 hectáreas de riego, sopor-



La excavadora tipo A equipada para viajes. Esta máquina ha sido usada con éxito en Méjico

tan la mayor parte de la producción agrícola, que, según las estadísticas, puede estimarse en 250 millones de pesos de 18d., comprendiendo en ella los cereales, la chacarería, las viñas, la agricultura y la ganadería.

Si hacemos el regadío del 1.500.000 hectáreas, que hemos dicho que es fácil efectuar, tendremos que por lo menos duplicaríamos nuestra producción actual, o sea nos quedarían 250 millones de pesos oro de 18d. para la exportación, cifra comparable a nuestra actual producción salitrera.

Algunas observaciones sobre el proyecto de ley de regadío.—En el número de Junio de 1913, de los Anales del Instituto de Ingenieros, pág. 285 y siguientes, se publica al texto del último "Proyecto de ley de regadío, redactado por la comisión especial".

Es éste un proyecto muy bien estudiado y en el que se entra en los menores detalles. Considero que gran parte de él es más bien materia de reglamentos y que la ley debiera ser mucho más reducida. Basta observar que la ley de irrigación de los Estados Unidos, de 1902, se reduce a sólo 10 artículos y el proyecto nuestro contiene más de 100 artículos.

Parece que podría ser conveniente imitar en lo relativo a la garantía del Estado el proyecto sobre "Ferrocarriles Particulares", presentado a las Cámaras por el Gobierno en las últimas sesiones del año pasado; esto es, que el Gobierno garantizaría con un 5% de interés y 1% de amortización, los capitales que se invirtieran en las obras de regadío, contragarantizando al Estado los interesados con un depósito en la Tesorería Fiscal de Santiago en bonos de 7% u 8% de la Caja Hipotecaria o de los Bancos, aceptados por el Presidente de la República, equivalente a la suma garantizada. Esta garantía se efectuaría una vez terminado el canal de cada comarca o zona.

Para que resulte eficaz la ley de regadío, parece indispensable consultar una disposición como la de la ley federal argentina que **crea la obligación para el propietario de tomar el agua que el proyecto de regadío, dentro-**

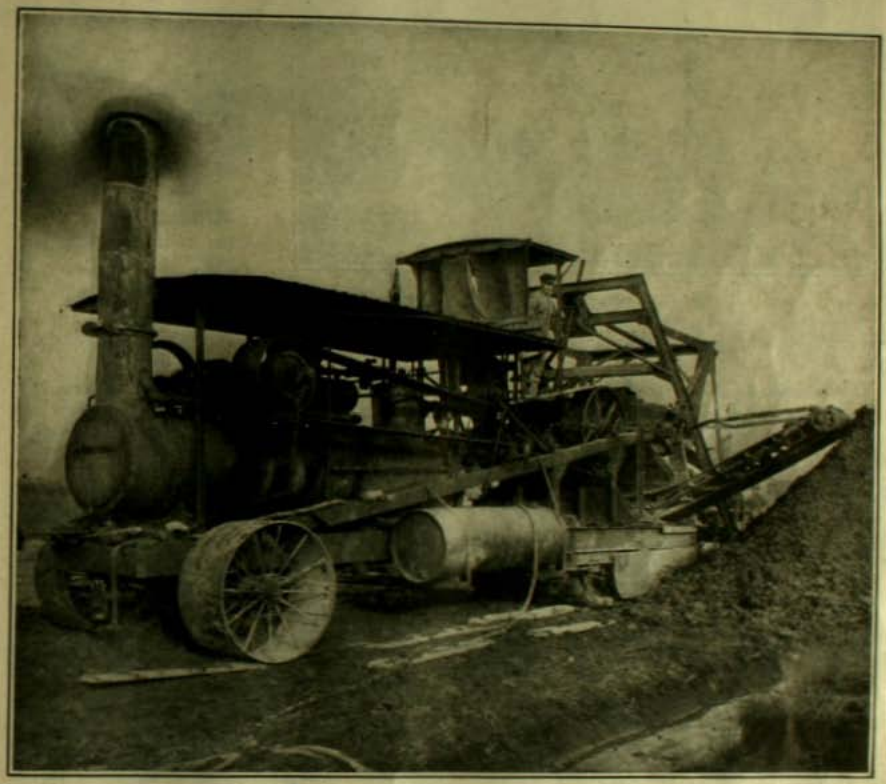
Esta máquina a gasolina excava dos pies de tierra por minuto

del cual se encuentra comprendida la propiedad, le asigna, so pena de tener que vender su terreno, por razón de nulidad pública. Esto equivale a hacer obligatoria la contribución de regadío que en cada zona regada se imponga.

La medida es dura, si se quiere, pero la experiencia de otros países ha demostrado que este procedimiento compulsivo es el

cos y de aforo de las corrientes, etc. Además estudios en los diversos ríos de las conecciones ya otorgadas agua, aforo de sus caudales, etc.

Para todo esto, sería conveniente crear cuanto antes la Oficina Nacional de Riego o por lo menos conceder fondos a la Dirección de Obras Públicas para contratar personal que se ocupa de estos trabajos.



Máquina de gran poder para hacer reconocimientos de corrientes subterráneas

único eficaz para hacer aceptar por los propietarios esta obra de progreso.

Quizás convendría estableced que queda dueña de los derrames la Sociedad propietaria del canal principal, a fin de impedir que los propietarios rebeldes al proyecto alimenten la expectativa de aprovecharse del trabajo ajeno utilizando las aguas sobrantes.

Deberíamos procurar desde luego, hacer estudios definitivos de regadío de las zonas más interesantes, estudios hidrométri-

Procedimientos modernos de trabajo.— Aunque parezca pueril, debmos hacer la observación de que con los instrumentos perfeccionados de que dispone hoy día el ingeniero y con la comprobación de sus operaciones, los estudios, y especialmente los de nivelación, son absolutamente seguros, sin haber peligro, ni remoto, de errores fundamentales.

Con las excavadoras modernas, tan empleadas en Estados Unidos, pueden acelerarse considerablemente los trabajos y

Cavadora que ha batido el record, excavando 1450 yardas en 10 horas

reducirse mucho los precios de las excavaciones.

Con excavadoras de tres diversos tipos se han hecho los trabajos de un gran canal de irrigación del territorio indiano de Yakmia (Washington), empezado en 1903, para el riego de 28,000 hectáreas, que tiene un gasto de 18 m3 de agua por segundo, y de una sección de 3 m. de ancho en el fondo por 2.75 de hondura.

En los dibujos aconpañados se ven excavadoras de diversos tipos, cuyos planos nos han sido facilitados amablemente por los señores Spencer y Wanters, importadores de estas maquinarias.

BIBLIOGRAFIA

Las principales publicaciones hechas últimamente en Chile sobre regadío, se encuentran en los siguientes números de los Anales del Instituto de Ingenieros:

Anales del Instituto de Ingenieros de 1907.—Javiere Herreros V.—La ley de irrigación de 1902 en los Estados Unidos y la necesidad de la legislación sobre aguas, pág. 408.

Reglamento para las concesiones de mercedes de agua para usos industriales, pág. 63.

Anales del Instituto de Ingenieros de 1908.—Ley de aprovechamiento de las aguas de regadío como fuerza motriz, pág. 41.

Anales del Instituto de Ingenieros de 1909.—Proyecto de ley de irrigación del país presentado al Congreso Nacional por la comisión especial de riego, págs. 285, 329, 372 y 416.

Carlos Höerning.—El problema de la irrigación (conferencia), pág. 364.

Santiago Marín V.—Conferencia sobre regadío, pág. 484.

Carlos Höerning.—Algunas observaciones sobre el proyecto de ley de regadío, pág. 564.

Santiago Marín V.—La ley de regadío, pág. 558.

Anales del Instituto de Ingenieros de 1912.—Guillermo Fuenzalida 9.—Concesión de mercedse de agua.—La legislación en proyecto.—Bases para una reglamentación, págs. 267 y 292.

Regadío del país.—(Proyecto de ley del senador don Pedro García de la Huerta), número de Septiembre, pág. 322.

La irrigación del territorio.—Detalle de los proyectos confecionados por la Inspección de Hidráulica, pág. 528.

Regadío de las pampas del Norte, pág. 538.

Irrigación del país.—Informe de la Comisión de Industria sobre el proyecto García de la Huerta, pág. 581.

Anales del Instituto de Ingenieros de 1913.—Carlos Höerning.—El fomento de la irrigación en Chile.—(Número de Marzo), pág. 121.

Javier Gandarillas M.—Contribución al regadío de nuestro territorio, págs. 212 y 273.

Ultimo proyecto de ley de regadío, redactado por la comisión especial, pág. 285.

* * *

LA GUERRA DEL FUEGO

Por

J. H. ROSNY

Es en los primeros tiempos de la tierra. Las pequeñas tribus humanas vagan en lucha constante contra las fieras y los elementos. Los Ulhamr, una de esas tribus, vencidos en un combate, pierden el fuego, que custodiaban con gran trabajo desde hacía largas generaciones, pero que no sabían producir.

Fouhm, jefe de la tribu, ofrece Gamla, la más bella de las hijas de los hombres; al que traiga el fuego. Se presentan a reclamar el premio, por una parte, Naoh, joven y fuerte guerrero aunque menos rudo y vengativo que sus semejantes, y por la otra, Aghoo el velludo y sus dos hermanos, también velludos, de fuerzas sobrehumanas, pero de naturaleza bestial.

Aghoo y sus hermanos parten en dirección del Poniente. Naoh, a su vez, escoge dos jóvenes guerreros más ágiles y astutos que fuertes, llamados Naw y Gaw, y se dirigen hacia el Sur.

Después de atravesar, por muchos días, una vasta pradera, Naoh y sus compañeros presencian un combate entre una manada de aurochs y otra de mamuths, las bestias más poderosas de la tierra. En la noche, atacados por un oso gris, en su caverna, Naoh logra vencerlo y darle muerte a golpes de maza, hazaña hasta entonces no realizada por hombre alguno.

Llenos de confianza y de orgullo los tres Ulhamr van a proseguir sus aventuras.

Llegan más adelante a un sitio trágico abundante en fieras. Ocultos entre unos peñascos impenetrables para los grandes carniceros, presencian el combate de un tigre con el León Gigante, bestia colosal de las edades prehistóricas, ya próxima a extinguirse. El tigre es muerto y su hembra sigue la suerte del vencedor... Ambos animales guardan la caverna en que se han refugiado los nómades. En una ausencia del León Gigante, Naoh y sus compañeros vencen a la tigre y le destrozan las patas... Algunas noches más tarde, restablecidos de las heridas de la lucha, huyen entre las sombras de la noche, mientras el León Gigante anda de caza.

Los tres Ulhamr burlan la persecución de la fiera, y después de marchar por algún tiempo hacia el Sur, descubren, en el país de los Devoradores de Hombres, una partida expedicionaria que lleva consigo el fuego.

Naoh los combate valiéndose de hábiles ardides, les arrebata el fuego; pero debe volver en busca de un compañero extraviado.

Vuelve a tomar la pista y encuentra a Gaw en el momento en que va a ser rodeado por sus enemigos. Ambos los combaten, matan a sus perseguidores, y Naoh se retira llevando a cuestas a su camarada herido. La presencia de sus aliados, los mamuths, hace retroceder a sus perseguidores; les permiten recobrar las fuerzas entre la horda de los paquidermos.

Después de largo tiempo, los mamuths emigran hacia el sur, y los tres Ulhamr se ven obligados a separarse de ellos para continuar su viaje de regreso a través de nuevas aventuras.

En las tierras pantanosas, tienen un encuentro con los Enanos Rojos y son sitiados por ellos en una roca; pero con la ayuda de los Hombres sin Hombros ponen en fuga a sus atacantes. Los Wah, raza degenerada pero heredera de una cultura superior, revelan a Naoh el secreto del fuego y los acompañan hasta el límite del País de las Aguas.

VII

Los hombres de pelaje azul

Los valles descendieron más aún: los nómades atravesaron países en que el otoño era casi tan tibio como el verano. Apareció después una selva temerosa y profunda. Una muralla de lianas, espinos y arbustos la cerraba, y los Wah debieron abrirse un paso con la ayuda de sus puñales de ágata y de silex. La mujer-guía participó a Naoh que los Wah sólo los acompañarían hasta que reapareciera

el campo abierto, porque más allá ignoraban el camino. Sabían tan sólo que existía una llanura, y después una montaña cortada en dos por un largo desfiladero. La mujer-jefe creía que ni la llanura ni la montaña estaban habitadas por hombres: pero la selva contenía algunas hordas. Eran seres poderosos por la robustez del pecho y de los brazos, pero no sabían encender fuego, ni servirse del lenguaje articulado, ni practicaban tampoco la guerra y la caza. Eran temibles cuando se les atacaba o se pretendía cerrarles el paso, y siempre que sospecharan un acto hostil.

Después de una mañana de esfuerzos, la selva apareció menos salvaje. Las garras y los dientes de las plantas decrecieron; entre los árboles milenarios se abrían las señales trazadas por las bestias; la verde penumbra era más clara; pero multitudes innumerables de pájaros continuaban poblando el país de árboles, y se percibía la presencia de fieras, de reptiles, de insectos y una palpitación inacabable, una lucha inmensa, paciente, artera, en que la carne de las plantas y de las bestias no cesaba de sucumbir y de crecer.

Un día la mujer-jefe señaló la espesura con gesto enigmático. Entre las hojas de una higuera, acababa de aparecer un cuerpo azulado, en el que Naoh reconoció un hombre. Recordando a los Enanos Rojos, tembló de ansiedad y de odio. El cuerpo desapareció. Se produjo un gran silencio. Los Wah, advertidos, detuvieron su marcha y se acercaron más los unos a los otros.

Entonces habló el más viejo de la horda.

Contó la fuerza de los hombres de pelaje azul y su temible cólera; aseguró que en ningún caso debía tomarse el mismo camino que ellos ni atravesar su campamento; agregó que detestaban los clamores y los gestos.

—Los padres de nuestros padres, terminó, vivieron sin guerra con su vecindad. Les cedían el camino en la selva. Y, a su vez, los hombres de pelaje azul, evitaban a los Wah en la llanura y sobre las aguas.

La mujer-jefe asintió a ese discurso y levantó su garrote de mando. La horda, siguiendo una dirección nueva, se internó en una espesura de sicomoros y acabó por desembocar en un extenso claro: era ésta la obra del rayo, se distinguían aún cenizas de ramas y de troncos de árbol. Apenas habían penetrado en él los Wah y los Ulhamr, cuando Naoh divisó de nuevo, hacia la derecha, un cuerpo azulado, análogo al que habían visto entre las hojas de la higuera. Sucesivamente se destacaron otras formas en la penumbra glauca. Crujió el ramaje y surgió una criatura ágil y poderosa. Nadie hubiera podido afirmar si ella caminaba sobre sus cuatro patas como las bestias velludas, o en dos pies como los pájaros y los hombres. Parecía acuclillada, con sus miembros posteriores medio alargados sobre el suelo, y los anteriores encogidos, sobre una gran raíz. El rostro era enorme, con mandíbulas de hiena, ojos redondeados, rápidos y llenos de fuego, el cráneo largo y aplastado, el torso tan profundo como el de un león, pero más ancho todavía; cada uno de sus miembros se terminaba en una mano. El pelaje, sombrío, con reflejos flavos y azulejos, cubría todo el cuerpo. En el pecho y en las espaldas Naoh reconoció un hombre, aunque las cuatro manos hacían del recién venido una creatura singular, y su cabeza recordaba al búfalo, al oso y al perro. Después de dirigir a todos lados una mirada desconfiada y colérica, el hombre de pelaje azul se irguió sobre sus patas, lanzando un rugido cavernoso.

Entonces, en confuso tropel, surgieron de la espesura otros seres semejantes. Había tres machos, una docena de hembras y algunos pequeñuelos que se escondían entre las raíces y las hierbas. Uno de los machos era colosal: con sus brazos rugosos como las ramas de los plátanos, con su pecho dos veces tan vasto como el de Naoh, podía derribar un auroch y ahogar a un tigre. No llevaba arma alguna, pero entre sus compañeros, dos o tres empuñaban ramas con que escarbaban la tierra.

El gigante avanzó hacia los Wah y los Ulhamr, en tanto que los otros rugían en coro. Se golpeaba el pecho y se veía la blanca masa de sus dientes brillar entre sus labios gruesos y temblorosos.

Los Wah, a una señal de su jefe, se batieron en retirada. Lo hacían sin apresurarse. Obedeciendo a una tradición an

tigua, se abstenían de toda palabra y de todo gesto. Naoh los imitó, confiado en su experiencia. Pero Nam y Gaw, que precedían la horda, permanecieron un instante indecisos. Cuando quisieron imitar al jefe, el camino estaba cortado: los hombres del pelaje azul se habían dispersado por el claro. Entonces Gaw se arrojó bajo el bosque, mientras Nam ensayaba franquear una zona libre. Se deslizaba tan ligero y furtivo que casi logró su propósito. Pero, de un salto, una hembra se irguió delante de él. Dos machos acudieron.

Brazos enormes cogieron a Nam. Se encontró entre las manos del gigante.

No había tenido tiempo ni para levantar sus armas; una presión irresistible paralizaba sus hombros, y se sentía tan débil como el saiga bajo el peso del tigre. Entonces, comprendiendo la distancia que lo separaba de Naoh, permaneció aletargado, con los músculos inmóviles, las mejillas amoratadas: su juventud desfallecía ante la certidumbre de morir.

Naoh no pudo soportar la idea de ver matar a su compañero... Avanzaba, empuñando su maza y su azagaya, cuando la mujer-jefe lo detuvo.

—No hieras, le dijo.

Le hizo comprender que al primer golpe perecería Nam. Palpitante entre el impulso que le arrastraba a combatir y el temor de ver destrozado al Hijo del Alamo, lanzó un suspiro ronco y esperó. El Hombre de pelaje azul, había levantado al nómade: apretaba los dientes, lo balanceaba, pronto a destrozarlo contra un tronco de árbol... De pronto se detuvo. Miró el cuerpo inerte, y el rostro inmóvil. No descubriendo resistencia alguna, sus hoscas mandíbulas se dilataron, y una dulzura vaga se dibujó en sus ojos amarillentos... Depositó a Nam sobre el suelo.

Si el joven hubiera hecho un movimiento de defensa o aún de miedo, la mano terrible le habría vuelto a coger. Por instinto permaneció inmóvil... La horda entera, machos, hembras y pequeñuelos, había acudido. Todos reconocían confusamente en Nam una estructura análoga a la suya. Para los Enanos Rojos o los Ulhamr, ésta habría sido una nueva arma para matar. Pero el alma de esas bestias era muy obscura, no conocían la guerra; no comían carne y vivían sin tradiciones. El instinto les irritaba contra las fieras que arrebatan a los pequeños y devoran a los heridos; a veces la rivalidad exasperaba a los machos, pero no mataban a las bestias que se alimentaban de hierbas.

Delante del nómade permanecieron llenos de incertidumbre. Su inmovilidad les apaciguaba, a la vez que la brusca dulzura del gigantesco macho. Era éste al que nadie resistía desde muchas estaciones atrás, el que los conducía al través de la selva, escogiendo los caminos y los campamentos y aterrorizando al león.

Si él no había mordido

El hombre del pelaje azul se enderezó sobre sus piernas

ni golpeado, todos eran menos capaces de hacerlo. Pronto la imagen del combate se borró en sus cerebros y Nam salvó la vida. Ya no se vería amenazado si él mismo no hacía ademán de atacar o defenderse. Habría podido ahora seguirlos, sin que lo inquietaran, y aún vivir con ellos.

Como Nam había sentido el soplo de la destrucción, sintió también que el peligro había desaparecido. Se incorporó con lentitud y esperó. Durante un instante no dejaron de observarlo, con desconfianza confusa. Después, una hembra, tentada por un brote tierno, no pensó sino en devorarlo; un macho se puso a desenterrar raíces; poco a poco todos obedecieron a la necesidad profunda de la subsistencia; como sacaban toda su fuerza de las plantas y su paladar era más exigente que el de los alces y el de los aurochs, la tarea era larga, minuciosa, continua.

El joven nómade estaba libre. Se reunió a Naoh, que había avanzado a su encuentro y los dos contemplaron largo rato cómo aparecían y desaparecían los hombres de pelaje azul. Nam, palpitante aún de la aventura, hubiera querido verlos morir. Pero Naoh no odiaba a esos hombres extraños; adivinaba su fuerza comparable a la de los osos, y sabía que si lo quisieran, destruirían a los Wah, a los Enanos Rojos, a los Devoradores de Hombres y a los Ulhamr.

VIII

El Oso Gigante en el Desfiladero

Hacía tiempo que Naoh se había separado de los Wah y atravesado la selva de los hombres de pelaje azul. Por la abertura de las montañas había ganado la meseta. El otoño era allí más fresco, las nubes se amontonaban en interminables volutas, el viento rugía por jornadas enteras, la hierba y las hojas fermentaban sobre la escuálida tierra y el frío aniquilaba los insectos sin número, bajo las cortezas, entre los tallos vacilantes, las raíces destrozadas, las frutas podridas, en las quebraduras de las piedras y en las grietas de la arcilla. Cuando los nubarrones se entreabrían, las estrellas parecían heladas en las tinieblas. Durante la noche, los lobos aullaban casi sin cesar, los perros lanzaban clamores insoportables: se oía el grito de agonía de un alce, de un saiga o de un caballo, el maullido de un tigre o el rugido del león, y los Ulhamr percibían perfiles flexibles u ojos fosforescentes, aparecer de pronto en el círculo de sombras que rodeaba el Fuego.

La vida se tornaba terrible. Con el invierno próximo la carne de las plantas se hacía escasa. Los herbívoros la buscaban desesperadamente al ras del suelo, escarbaban hasta la raíz, arrancaban los brotes y las cortezas; los devoradores de frutas rondaban entre el ramaje; los roedores consolidaban sus retiros; los carnívoros acechaban infatigablemente en los pastales, se emboscaban en los abrevaderos, exploraban la penumbra de los matorrales y se disimulaban en las hendiduras de las rocas.

Aparte de las bestias que invernan, o de las que acumulan provisiones en su retiro, los seres trabajaban muy duramente, con necesidades mayores y recursos disminuídos.

Naoh, Nam y Gaw sufrieron apenas el hambre. El viaje y la aventura habían perfeccionado su instinto, su destreza y su sagacidad. Adivinaban de más lejos la presa o el enemigo; presentían el viento, la lluvia y la inundación. Cada uno de sus gestos se adaptaba directamente al fin y economizaba energía. Con una mirada discernían la línea favorable de retirada, al alimento seguro, el buen terreno de combate. Se orientaban con certidumbre casi igual a la de las aves emigratorias. A pesar de las montañas, de los lagos, de las aguas estancadas, de las selvas, de las crecs que cambian la figura de los parajes, se acercaban más y más al país de los Ulhamr. Ahora, antes de una media luna, esperaban alcanzar a la horda.

Un día llegaron a un país de altas colinas. Bajo un cielo pesado y amarillento, las nubes llenaban el espacio y rodaban las unas sobre las otras, color de ocre, de arcilla o de hoja seca, con abismos blancos que mostraban su inmensidad. Parecían cubrir la tierra.

Naoh, entre tantos caminos, había escogido un largo desfiladero que reconoció por haberlo recorrido, a la edad de Gaw, con una partida de cazadores. Ya exca-

vando entre calcáreas, ya drenándose entre peñascos, concluía en un corredor de rápida pendiente, donde era preciso escalar con frecuencia cortos rodados.

Los nómades lo recorrieron sin aventuras, hasta los dos tercios de su longitud. A medio día se detuvieron para comer. Era en un semi-círculo, encrucijada de grietas y de cavernas. Se escuchaba el murmullo de un torrente subterráneo y su caída en un abismo: dos agujeros sombríos se abrían en la roca, en la que se mostraban las huellas de cataclismos más antiguos que todas las generaciones de las bestias.

Cuando Naoh hubo concluído de comer, se dirigió hacia una de las cavernas y la contempló largo rato. Recordaba que Fauhm había mostrado a sus guerreros una salida que conducía a un camino más corto hacia la llanura. Pero la pendiente, sembrada de piedras inestables, no convenía a una tropa numerosa; ella debía ser más practicable para tres hombres ligeros. Naoh tuvo deseos de tomarla.

Fué hasta el fondo de la caverna, reconoció la grieta y penetró en ella, hasta que un débil resplandor le anunció la salida próxima. A la vuelta, encontró a Nam y le dijo:

—El oso gigante está en el desfiladero.

Un llamado gutural le interrumpió. Naoh, arrojándose a la entrada de la caverna, vió a Gaw, disimulado entre los bloques, en la actitud del guerrero que acecha. El jefe se estremeció.

En las salidas del cerco aparecían dos bestias monstruosas. Un pelaje extraordinariamente espeso, color de encina, las defiende contra el invierno próximo, contra la dureza de las rocas y los aguijones de las plantas. Una de ellas, cuya masa iguala a la de los aurochs, con patas más cortas, más musculosas y más flexibles, la frente hinchada, como una piedra cubierta de líquenes: su vasto hocico, puede engullir la cabeza de un hombre y destrozarla con un solo movimiento de las mandíbulas. Es el macho. La hembra tiene la frente aplastada, el hocico más corto, el porte oblícuo. Y en sus gestos, en la amplitud de sus pechos, muestran alguna analogía con los hombres de pelaje azul.

—Sí, murmura Naoh, son los osos gigantes.

No temen a ninguna creatura. Pero no son ellos mismos temibles, sino en su furor o arrastrados por una hambre excesiva, porque buscan poco la carne. Ahora aullan. El macho levanta sus mandíbulas y balancea la cabeza de un modo violento.

—Está herido, observó Nam.

La sangre corría entre su pelaje. Los nómades temieron que la herida hubiera sido hecha por una arma humana. Entonces el oso trataría vengarse. Desde que hubiera comenzado el ataque no lo abandonaría; ningún sér viviente es más tenaz. Con su espeso pelaje y su dura piel, desafía la azagaya, el hacha y la maza. Podría destrozar a un hombre con un solo golpe de su pata, ahogarlo de un abrazo, reducirlo a polvo entre sus mandíbulas.

—¿Cómo han venido? preguntó Naoh.

—Entre aquellos árboles, repuso Gaw mostrando algunos abetos que crecían en la roca dura. El macho ha descendido por la derecha y la hembra por la izquierda.

Azar o vaga táctica, habían logrado cerrar las salidas del desfiladero. Y el ataque parecía inminente. Se adivinaba en la voz ruda del macho, en la actitud desafiadora de la hembra. Si vacilaban todavía, era porque su cerebro era lento y porque su instinto quería la certidumbre: olfateaban, con largos soplidos cavernosos, para medir mejor la distancia de los enemigos disimulados entre los bloques.

Naoh dió sus órdenes bruscamente. Cuando los osos tomaron su impulso, ya los Ulhamr estaban en el fondo de la caverna. El Hijo del Leopardo se hizo preceder por los jóvenes; los otros se apresuraron tanto como lo permitía el suelo erizado y las vueltas del desfiladero.

Al encontrar la caverna vacía, los osos gigantes perdieron tiempo en buscar la pista, entre las huellas anteriores de los Ulhamr. Llenos de desconfianza se detenían a intervalos. Porque, si bien no temían la fuerza de ningún ser, tenían una gran prudencia natural y el temor confuso a lo desconocido. Conocían la incertidumbre de las rocas, de la caverna, de los abismos; sus memorias tenaces conservaban la imagen de blocs que se parten y desploman, del suelo que se hunde, de las aguas que rompen las duras paredes.

En sus vidas ya largas, ni el mamuth, ni el león, ni el tigre, los habían amenazado. Pero las energías obscuras se levantaban con frecuencia delante de ellos: llevaban las huellas de las piedras cortantes, habían desaparecido casi bajo las nieves, habían sido arrastrados por los deshielos de la primavera y prisioneros de las tierras desmoronadas.

En la mañana de ese día, por la primera vez, los habían atacado seres vivos. Fué desde lo alto de una roca escueta, que sólo los lagartos y los insectos podían escalar. Tres seres verticales estaban encaramados en su cresta. A la vista de los osos gigantes, lanzaron un clamor y arrojaron azagayas. Una de ellas hirió al macho. Entonces, enloquecido por el dolor y desorientado por la rabia, perdió su instinto y tentó alcanzar rectamente la cima. Pronto renunció a ello y seguido por su compañera, buscó el camino accesible.

En marcha, se arrancó la azagaya y la olfateó: los recuerdos lo asaltaron. No había encontrado a los hombres con frecuencia; su aspecto no le chocaba más que el de los lobos y el de las hienas. Como se apartaban de su camino, no había conocido ni sus astucias ni sus lazos y no se inquietaba. Por eso su aventura era más imprevista y trágica. Desordenaba el orden obscuro de las cosas, y hacía aparecer una amenaza insólita. Y el oso de las cavernas rondaba a través de los corredores, tentaba la pendiente y aspiraba activamente los aromas dispersos. A la larga se fatigó. Sin la herida, no habría conservado sino esa memoria vaga que duerme en el fondo de las carnes y no se despierta sino animada por las circunstancias. Pero los aguijones del dolor hacían surgir a intervalos la imagen de tres hombres, erguidos encima de la cresta y la azagaya aguda. Entonces gruñía, lamiéndose. Después el sufrimiento mismo dejó de ser un recuerdo. El oso gigante no pensaba ya sino en la penosa busca de su alimento, cuando olfateó de nuevo el olor del hombre. La cólera llenó su pecho. Advirtió a su hembra que había seguido otro camino, porque no podían subsistir, sobre todo en tiempo frío, con superficies demasiado vecinas. Y, después de haberse asegurado de la posición de los enemigos y de su distancia, se habían precipitado al ataque.

En la hendidura tenebrosa, Naoh no tuvo al principio la impresión de otra presencia que la de sus compañeros. Después la marcha pesada de los brutos, comenzó a hacerse sentir, y silbaron sopios poderosos; los osos se acercaban a los hombres. Tenían la ventaja del equilibrio, de sus cuatro miembros pegados al suelo obscuro, del hocico olfateando la pista. A cada instante uno de los nómades tropezaba contra una piedra, titubeaba sobre un agujero, porque era preciso llevar las armas, las provisiones y esos braseros de fuego que Naoh no podía abandonar. Como las llamas eran débiles al fondo de sus cavidades, no iluminaban el camino: su fulgor rojizo se perdía en las alturas, indicando apenas las inflexiones de la muralla. En cambio, señalaba confusamente las siluetas fugitivas.

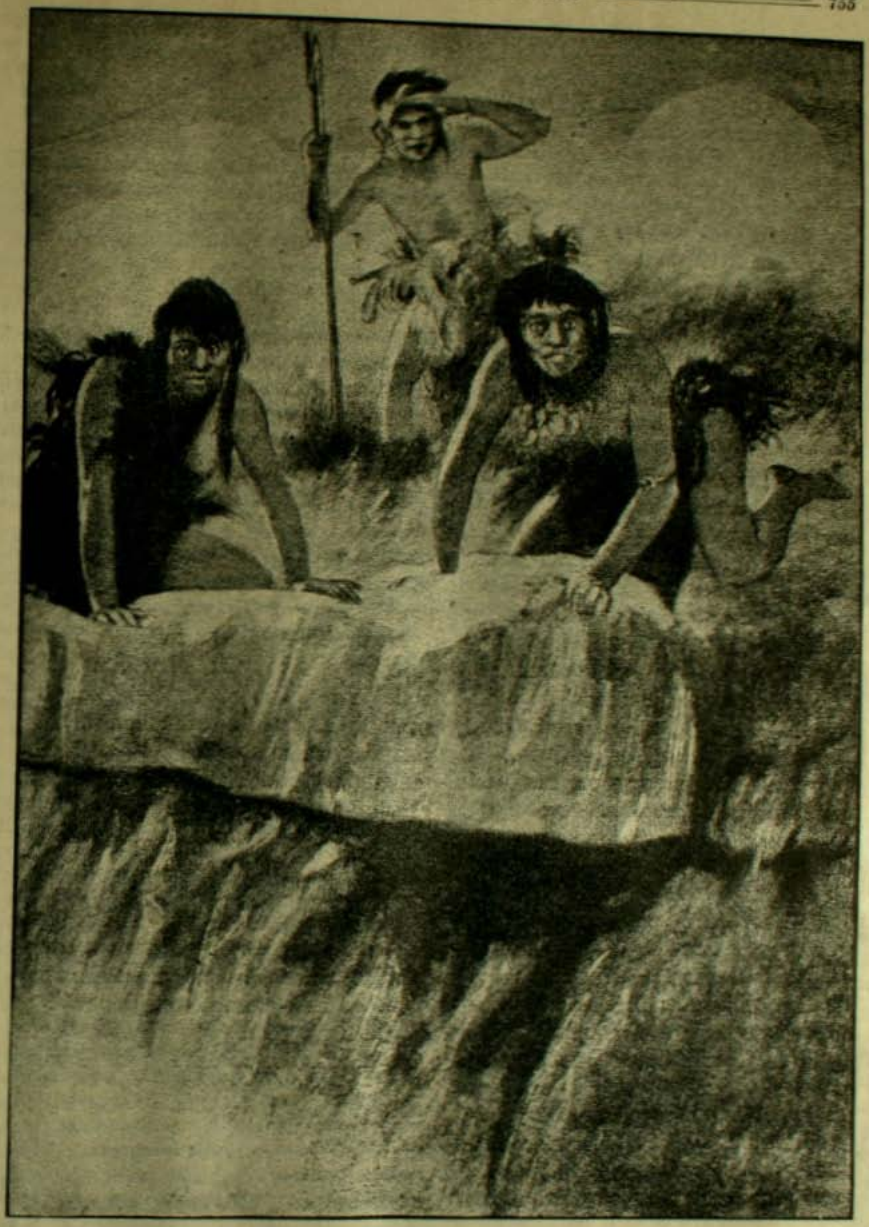
—¡Ligero! ¡Ligero! exclamó el jefe.

Nam y Gaw no podían tomar una carrera franca. Y las bestias gigantes se aproximaban. A cada paso se percibía mejor su aliento. Como su furor crecía a medida que sentían el enemigo más próximo, ya el uno, ya el otro, lanzaban un rugido. Sus voces vastas repercutían contra las piedras. Naoh concebía mejor la enormidad de aquellas estructuras, su fuerza formidable y el poder de sus mandíbulas.

Pronto los osos no estuvieron sino a pocos pasos. El suelo vibraba bajo Naoh... Un peso enorme iba a descargarse sobre sus vértebras.

Se encaró con la muerte; inclinando bruscamente el brasero, dirigió su débil resplandor sobre la masa oscilante. El oso se detuvo. Toda sorpresa despertaba su prudencia. Consideró la pequeña llama, vibró sobre sus patas, con un sordo llamado a su hembra. Después el furor lo arrastró y se arrojó sobre el hombre... Naoh había retrocedido y con todas sus fuerzas lanzó el brasero. El oso, herido en el hocico, con una mejilla quemada, dejó oir un rugido doloroso, y mientras se palpaba, el hombre ganó terreno.

Una claridad gris se filtraba por las galerías. Los Ulhamr distinguían ahora el suelo; ya no tropezaban y corrían a gran velocidad. Pero la persecución comenzó de nuevo; las fieras también redoblaron su velocidad y mientras la luz crecía, el Hijo-



¡Hay hombres en el llano!

del Leopardo pensaba que al aire libre el peligro sería peor.

De nuevo el oso gigante estuvo próximo. El ardor de su mejilla redoblaba su rabia y toda prudencia lo había abandonado; con la cabeza hinchada de sangre, nada podía detener sus ímpetus. Naoh lo admiraba en su soplo más cavernoso, en sus rugidos breves y roncos.

Iba a volverse para combatir, cuando

Nam lanzó un grito de llamada. El jefe vió un alto reborde que estrechaba el desfiladero. Nam ya lo había traspasado y Gaw lo contorneaba. El hocico del oso lo alcanzaba ya, cuando Naoh, a su vez, se deslizó por la estrechura. Arrastrada por la cólera, la bestia se estrelló y sólo su inmensa cabeza pasó al través del obstáculo. Rugía, mostraba los dientes y lanzaba un clamor siniestro. Pero Naoh ya no tenía miedo y pronto estuvo a una distancia infranqueable: la piedra, más poderosa que cien mamuths, más duradera que la vida de mil generaciones, detenía al oso, como sólo la muerte hubiera podido detenerle.

El nómade se burlaba.

—Naoh es ahora más fuerte que el gran oso. Porque tiene una maza, una hacha y azagayas. Puede golpear al oso y el oso no puede devolverle los golpes.

Había levantado su maza. Ya el oso reconocía los lazos de la roca, contra los cuales luchaba desde su infancia. Retiró la cabeza antes que el hombre hubiera golpeado. Su cólera permanecía intacta y lo impulsaba a actos atrevidos. Pero su prudencia fué más poderosa. Estaba conducida por un instinto sagaz, que no olvidaba las circunstancias. Desde aquella mañana, por dos veces había reconocido que el hombre sabía hacer sufrir golpes extraños. Comenzaba a sufrir su suerte, y se operaba en él un trabajo mental que, mucho más tarde le haría clasificar al sér vertical entre las cosas peligrosas: le odiaría con tenacidad, se encarnizaría en destruirlo, pero no desplegaría contra él sólo la fuerza y la prudencia, le acecharía, y recurriría a la sorpresa.

La osa gruñía, menos instruída por el suceso, porque ningún dolor acrecentaba su prudencia. Como los gritos del macho la invitaban a la calma, cesó de avanzar, suponiendo algún lazo en la piedra, porque no podía suponer que peligro alguno pudiera venir de las débiles creaturas ocultas entre las piedras.

IX

La Roca

Durante algún tiempo, Naoh desea combatir a las fieras. El rencor agita su pecho; y con la mirada encendida en la penumbra, tiene pronta una aguda azagaya. En seguida, como el oso gigante permanece invisible, y la hembra se aleja, se tranquiliza, piensa que el día avanza y que es necesario llegar a la llanura. Entonces, hosco todavía, avanza hacia la luz. Esta crece a cada instante. El desfiladero se ensancha y los nómades lanzan un grito ante las grandes nubes del otoño, que corren por el fondo del firmamento, la pendiente áspera, erizada, llena de obstáculos y la tierra sin límites.

Porque todo ese país les es familiar. Han recorrido desde su infancia esos bosques, esas sábanas, esas colinas, franqueado esos pantanos, acampado al borde de ese río o bajo la sombra de esas rocas. Todavía dos jornadas de marcha y llegarán al gran pantano en cuyos bordes reposan los Ulhamr después de sus correrías de guerra y de caza, la tierra en que la obscura leyenda coloca sus orígenes.

Nam ríe como un niño, Gaw alza los brazos en un transporte de júbilo, y Naoh, inmóvil, siente revivir tal abundancia de cosas, como si dentro de sí existieran muchos seres.

—Vamos a volver a ver la horda.

Ya, los tres percibían su presencia. Ella se mezclaba a los desnudos ramajes del otoño, se reflejaba en las aguas y se transformaba en las nubes. Cada aspecto del sitio era extrañamente distinto de los sitios de allá abajo, en el inmenso Oriente Meridional. No recordaban sino los días felices. Nam y Gaw, que habían sufrido con tanta frecuencia la rudeza de los mayores, los puños de Fauhm, y su hosco gesto, sentían una seguridad sin límites. Miraban con orgullo las pequeñas llamas que habían guardado vivas entre tantas luchas, fatigas y sufrimientos. Naoh sentía haberse visto precisado a sacrificar su brasero. Una vaga superstición germinaba en el fondo de su cerebro. ¿No traía, sin embargo, las piedras que contienen el fuego, con el secreto de hacerlas surgir? No importa... Habría querido, como sus compañeros, guardar un poco de esa vida luminosa que había conquistado a los Kzamms.

El descenso fué rudo. El otoño había multiplicado los desplomes y las grietas. Se ayudaban con el hacha y el arpón. Cuando alcanzaron la llanura, habían ya franqueado el último obstáculo; no tenían

sino seguir caminos sencillos y bien conocidos. Llenos de esperanza, se fijaban con menos atención en los acontecimientos innumerables que envuelven y acechan a los vivos.

Caminaron hasta el crepúsculo: Naoh buscaba una curva del río donde querían establecer el campamento. El día murió pesadamente en el fondo de las nubes. Un resplandor rojizo, se arrastró siniestro y moroso, acompañado por el aullido de los lobos y la larga queja de los perros: desfilaban en bandas furtivas, acechaban a la sombra de los matorrales y de los bosques. Su número sorprendía a los nómades. Sin duda algún éxodo de los herbíboros los había arrojado de tierras próximas y reunido en aquel sitio antes repleto de presas... Sus clamores anunciaban la penumbra, su pista, una ansiedad febril. Naoh, sabiendo que son temibles cuando se encuentran en gran número, apresuraba su carrera. A la larga se habían formado dos hordas. Hacia la derecha, la de los perros, hacia la izquierda, la de los lobos. Como ambas seguían la misma pista, se detenían a veces para amenazarse. Los lobos eran más grandes, con nucas hinchadas y musculosas; los perros tenían la ventaja del número. A medida que las tinieblas devoraban el crepúsculo, sus ojos arrojaban mayor claridad: Nam, Gaw y Naoh, percibían una multitud de pequeños fuegos verdes que se movían como luciérnagas. De cuando en cuando los nómades contestaban a los aullidos con un largo grito de guerra que hacía redoblar todas esas fosforescencias.

Por de pronto, las bestias se mantuvieron a la distancia de muchos tiros de arpón: con el aumento de las tinieblas, se acercaron; se oía más distintamente el sordo ruido de sus pisadas. Los perros parecían los más atrevidos. Algunos habían distanciado a los hombres. Se detenían bruscamente, saltaban con un grito agudo o se arrastraban en forma siniestra. Pero los lobos, inquietos al verse adelantados, llegaban todos juntos, lanzando gritos desgarradores. La batalla era inevitable. Los perros, apretados los unos contra los otros, conscientes del poder del número, exaltados por el sentimiento de la supremacía, se aprestaban a combatir. Una impaciencia furiosa desgarraba las entrañas de los lobos. Y en el último fulgor crepuscular, las dos hordas oscilaban, olas de carnes palpitantes y de indefinibles clamores.

No hubo batalla. Algunos individuos menos gregarios, continuaron la caza, y su ejemplo prevaleció. Para...as, la fila de los perros y la de los lobos se amenazaban en esa tarde de hambre. La tenaz persecución, a la larga comenzó a inquietar a los hombres. Ante el occidente casi negro, entre tantos cuerpos siniestros, sentían la muerte.

Un grupo de perros, se adelantó a Gaw, que caminaba hacia la izquierda, y uno de ellos, cuya talla era la de un lobo, mostró sus dientes brillantes y dió un salto. El joven lanzó nerviosamente su arpón. Este se hundió en el flanco de la bestia, que se puso a dar vueltas, con un largo y doloroso aullido; Gaw la remató con un golpe de maza.

Al grito de agonía afluyeron los perros: les unía una solidaridad más fuerte que la de los lobos y cuando uno de ellos estaba en peligro, llegaban a desafiar a los grandes carniceros. Naoh temía el ataque de toda la banda. Llamó a Nam y a Gaw a fin de intimidar a las bestias. Estrechados entre sí, los nómades constituían una masa compacta; los perros, sorprendidos, giraban a su alrededor. Si uno solo se atrevía a precipitarse, los huesos de los tres hombres blanquearían más tarde en la llanura.

De pronto Naoh arrojó una azagaya: un perro cayó con el pecho agujereado. El jefe, después de cogerlo por las patas de atrás, lo arrojó a un grupo de lobos que merodeaban a la derecha. El herido desapareció y el olor de la sangre, la presa fácil, exasperando su hambre, arrojó a las bestias a devorar aquella carne viva. Entonces los perros olvidaron a los hombres y todos se abalanzaron sobre los lobos.

En tanto que las fieras se batían, los nómades huyeron al galope. Un lodazal anunciaba el río próximo y Naoh, a intervalos, discernía las ondulaciones de una superficie líquida que reflejaba el cielo. Dos o tres veces se detuvo para orientarse. Al fin, mostrando una masa gris que dominaba el río, dijo:

—Naoh, Nam y Gaw, se burlarán de los perros y de los lobos.

Era una gran roca que formaba casi

un cubo, y se elevaba a cinco veces la altura de un hombre. No era accesible sino por un solo lado. Naoh la escaló rápidamente, porque la conocía desde muchas estaciones. Cuando Nam y Gaw le hubieron seguido, se encontraron sobre una superficie plana, cubierta de matorrales y en que treinta hombres podían acampar cómodamente.

Allá abajo, en la llanura cenicienta, perros y lobos combatían encarnizadamente. Rumores feroces, largos quejidos vibraban en el aire húmedo; los nómades gozaban en su seguridad.

La madera gimió en la hoguera, el fuego lanzó sus lenguas rojizas y sus vapores amarillentos; un ancho resplandor la rodeaba. Desde la roca solitaria se destacaban dos segmentos de desnudos ribazos: las cañas, los sauces y los álamos sólo crecían a la distancia; de manera que podía distinguirse todo hasta la distancia de veinte tiros de arpón.

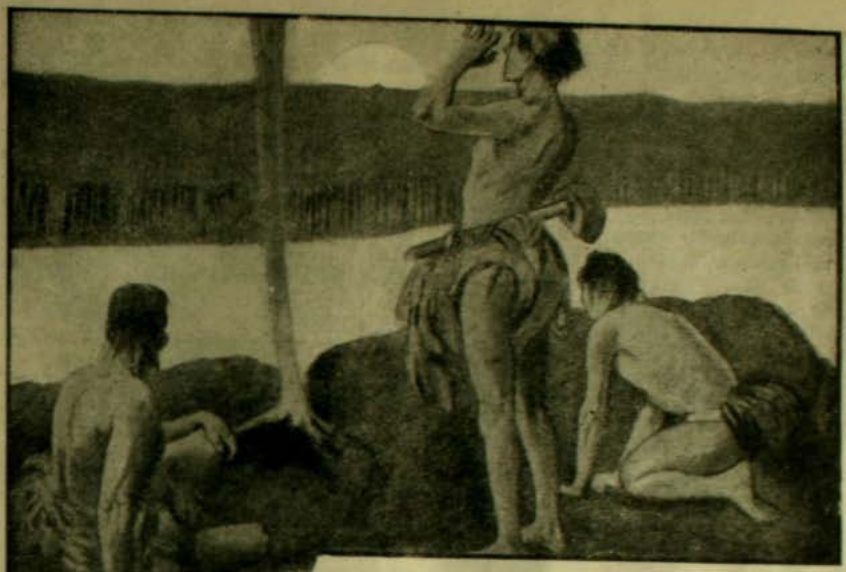
Mientras tanto, las bestias huyen de la claridad y se ocultan fascinadas. Dos lechuzas se elevan de una tembladera, con un grito fúnebre, revolotean una bandada de murciélagos y otra de estorninos, en la otra orilla del río; los patos atemorizados se hunden en la sombra y largos peces surgen del abismo, vapores argentinos, flechas de nácar, hélices cobrizas. Y el rojo resplandor muestra todavía un jabalí rechoncho, que se detiene y gruñe, un gran alce, con el espinazo temblloroso, la cabeza siniestra de un lince de orejas triangulares, de ojos cobrizos y feroces, entre dos ramas de fresno.

Los hombres conocen su propia fuerza. Comen en silencio la carne asada, alegres de vivir al calor del fuego. La horda está próxima. Antes de la segunda tarde, encontrarán las aguas del gran pantano. Nam y Gaw serán acogidos como guerreros; los Ulhamr reconocerán su valor, su astucia, su larga paciencia, y les temerán. Naoh tendrá a Gamla y mandará después de Fauhm... La sangre de los nómades hierve de esperanza, y si su pensamiento es corto, su instinto es prodigioso, lleno de imágenes profundas y precisas. Llevan consigo esa juventud del mundo que no volverá. Todo es vasto... todo es nuevo... Ellos mismos no sienten jamás el fin de su sér... la muerte es una fábula siniestra más que una realidad... La temen bruscamente en los momentos terribles; después ella se aleja, se borra, se pierde en el fondo de sus energías. Si las fatalidades son formidables, si se descargan sin cesar, son la bestia, el hambre, el frío, los males extraños, los cataclismos, apenas han ellos pasado, cuando ya no los temen. Mientras tienen abrigo y alimento, la vida es fresca como el río.

Un rugido hiende las tinieblas. El jabalí echa a correr, el alce salta convulso, con sus cuernos echados hacia atrás, y cien estructuras vivas han palpitado. Al principio es sólo una forma nebulosa que se dibuja en cada gesto; una vez más, Naoh habrá visto al León Gigante. Todo ha huído. La soledad es sin límites. La bestia colosal avanza con inquietud. Conoce la rapidez, la vigilancia, el olfato fino, la prudencia, los recursos innumerables de los que debe herir. Esta tierra, de que su raza ha casi desaparecido, es menos tibia y más pobre: la raza vive de un esfuerzo que se agota. Siempre el hambre roe su vientre. Apenas si se aparea todavía; los territorios en que la presa basta para una pareja, son más y mas raros, aún allí abajo, hacia el sol, o en los valles cálidos. Y el sobreviviente que ronda en el país del gran pantano no dejará posteridad.

A pesar de la altura y de lo escarpado de la roca, Naoh siente frío en las entrañas. Se asegura de que el fuego defiende el estrecho acceso, coge la maza y el harpón; Nam y Gaw también están prontos para combatir; los tres, atrincherados en la roca, son invisibles.

El León-Tigre se ha detenido; erguido sobre sus patas musculosas, contempla esa alta claridad que turba las tinieblas como un crepúsculo. No la confunde con la luz del día, ni con ese resplandor frío que lo molesta en las emboscadas. Confusamente, recuerda las llamas que devoraban la sábana, el árbol abrasado por el rayo, y aún los fuegos del hombre, que a veces ha rozado, hace largo tiempo, en los territorios de que lo han desterrado el hambre, la crece de las aguas, o la sequía, que hace su existencia imposible. Duda, ruge, agita su cola con furia, en seguida avanza y olfatea los efluvios. Estos son débiles, porque se elevan y la ligera brisa los lleva hacia el río. Siente apenas el humo, menos aún la carne asada, pero no el olor



¡Soy Naoh, el hijo del Leopardo!

de los hombres; no ve sino esos resplandores palpitantes, cuyos relámpagos rojos y amarillos crecen, decrecen, se despliegan en conos, corren en sábanas, se mezclan en la sombra incierta de la humareda. No se asocia a este espectáculo la memoria de ninguna presa ni de ningún combate; y el bruto, presa de un temor doloroso, abre su boca inmensa, caverna de la muerte, de que se escapa un ronco rugido... Naoh ve alejarse al León Gigante, hacia las tinieblas, donde azorará sus emboscadas...

—Ninguna bestia puede combatirnos, exclama el jefe con risa de desafío.

Un instante después, Nam se extremece. Con la espalda vuelta al fuego, sigue con la vista, a la otra orilla, un reflejo que se infiltra entre los sauces y los sicomoros. Y murmura, tendiendo la mano:

—¡Hijo del Leopardo!... ¡Han venido hombres!...

El pecho del jefe se oprime y los tres unen sus sentidos. Pero las orillas están desiertas, y sólo se oye el chapoteo de las aguas; no distinguen sino bestias, hierbas y aguas.

—¿Se ha equivocado Nam? interroga Naoh.

El joven responde seguro de su vista...

—Nam no se ha equivocado... he divisado cuerpos de hombres entre los sauces... Eran dos...

El jefe ya no duda: su corazón se agita entre la angustia y la esperanza... Dice muy bajo:

—Este es el país de los Ulhamr. Los que han visto, son cazadores o avanzadas de Fauhm.

Se ha levantado, desarrollando su gran estatura. Porque de nada le serviría ocultarse: amigos o enemigos, saben demasiado bien el significado del Fuego. Su voz exclama:

—¡Soy Naoh, hijo del Leopardo, que he conquistado el Fuego para los Ulhamr! ¡Que se muestren los enviados de Fauhm!

La soledad continúa impenetrable. La brisa misma, y el rumor de las bestias ha callado; sólo se escucha el crepitar de las llamas y el fresco murmullo del río.

—¡Qué se muestren los enviados de Fauhm! repite el jefe. Si miran, reconocerán a Naoh, Nam y Gaw. Saben que serán bienvenidos.

Los tres, de pie delante del fuego rojo,

muestran siluetas tan visibles como en pleno día, y lanzan el grito de llamada de los Ulhamr.

La esperanza... Ella muerde el corazón de sus compañeros. Naoh ruge:

—Son enemigos...

Nam y Gaw lo comprenden, y la alegría les abandona. El peligro es más claro, porque les alcanza esa noche, cuando la victoria definitiva estaba tan próxima. Es más equívoco, porque viene de los hombres. En ese suelo cercano al gran pantano, no presentían otra vecindad que la de su horda... ¿Los vencedores de Fauhm le han atacado de nuevo? ¿Han desaparecido los Ulhamr del mundo?

Naoh ve a la Gamla conquistada o muerta. Sus mandíbulas castañetean y con su maza desafía al ribazo. Después, anonadado, se acuclilla junto a la hoguera y medita y acecha...

El cielo se ha abierto hacia el Oriente, la luna, en su último cuarto, aparece en el fondo de la sábana. Es roja, nebulosa, enorme; su resplandor es débil todavía, pero alcanza a disipar la obscuridad; la fuga que medita el jefe será imposible, si los hombres ocultos son numerosos y si se han emboscado.

Mientras piensa, un temblor lo sacude... Allá abajo acaba de divisar una rechoncha silueta... Aunque ha desaparecido rápidamente entre las cañas, la certidumbre le penetra como la punta de un harpón... Los que se ocultan son Ulhamr; pero Naoh habría preferido a los Devoradores de Hombres o a los Enanos Rojos... Acaba de reconocer a Aghoo El Velludo.

X

Aghoo El Velludo

Volvió a ver con el pensamiento, el corazón palpitante, la escena en que Aghoo El Velludo y sus hermanos se levantaran delante de Fauhm y prometieran conquistar el Fuego. La amenaza vibraba en sus ojos circulares, la ferocidad y la fuerza acompañaban sus gestos. La horda los escuchaba temblando. Cada uno de los tres había resistido al gran Fauhm. Con sus torsos tan velludos como los del oso gris, con sus manos enormes, con sus brazos duros como ramas de encina, con sus ardides y su destreza, su valor y su unión indestructible, su habilidad para combatir juntos, valían por diez guerreros. Y pensando en todos los que ellos habían muerto o cuyos miembros habían roto, Naoh se sentía poseído de furor.

—¿Cómo vencerlos? El, el hijo del Leopardo, se creía el igual de Aghoo: después de tantas victorias su confianza en sí mismo era perfecta; pero Nam y Gaw serían como leopardos delante de leones.

La sorpresa y tantas impresiones nuevas, no retardaron la resolución de Naoh. Fué tan rápido como el salto del ciervo sorprendido.

—Nam partirá primero, ordenó, y Gaw en seguida. Llevarán las azagayas y los harpones; yo les arrojaré sus mazas cuando estén abajo de la roca. Yo sólo llevaré el Fuego.

Porque no podía resignarse, a pesar de las piedras misteriosas de los Wah, a abandonar la llama conquistada.

Nam y Gaw comprendieron que era preciso ganar en rapidez a Aghoo y a sus hermanos, no solamente aquella noche, sino hasta alcanzar a la horda. Apresuradamente cogieron sus armas arrojadizas, y ya Nam descendía por el escape... Gaw le siguió a dos alturas de hombre. La tarea era más ruda que a la subida, a causa de los falsos fulgores, de las sombras bruscas, y porque era necesario explorar en el vacío, descubrir las salientes invisibles, aplastarse estrechamente contra la pared.

Cuando Nam iba a alcanzar el suelo, un grito de sorpresa surgió de la orilla... Naoh, inclinado al borde de la plataforma vió salir a Aghoo de entre los juncos. Llegaba como el rayo. Un instante después aparecieron sus hermanos, el uno por el sur, el otro por el levante.

Nam acaba de saltar a la llanura.

Entonces Naoh se sintió turbado. No sabía si arrojar a Nam su maza o llamarlo... El joven iba más ágil que los hijos del Auroch, pero como éstos convergían hacia la roca, iban a alcanzarle. La vacilación del jefe fué breve.

—No arrojaré la maza a Nam... Ella le estorbaría en la carrera... ¡Qué huya! Que vaya a advertir a los Ulhamr que les esperamos aquí con el Fuego.

Nam obedeció temblando. Sabía que era débil delante de los hermanos formida-

bles... No... no podía huir... Naoh entonces llamó a su compañero.

Los velludos estaban ya próximos. El más ágil lanzó su azagaya. Esta traspasó el brazo del joven en el momento en que éste comenzaba a trepar; el otro, lanzando un grito de muerte, se lanzó sobre Nam para destrozarlo. Naoh velaba; con brazo terrible lanzó una piedra, que trazó un arco en la penumbra e hizo crujir el fémur del asaltante. Antes que el hijo del Leopardo hubiera lanzado un segundo proyectil, el herido, rugiendo de rabia, desapareció detrás de un matorral.

Hubo un gran silencio. Aghoo se había dirigido hacia su hermano y examinaba su herida. Gaw ayudaba a Nam a subir a la plataforma; Naoh, de pie, envuelto en la doble claridad de la hoguera y de la luna, levantando a dos manos un trozo de pórfido, se aprestaba a la defensa. Su voz se hizo oír la primera.

—¿Los hijos del Auroch no pertenecen a la misma horda que Naoh, Nam y Gaw? ¿Por qué nos atacan como a enemigos?

Aghoo El Velludo se irguió a su vez. Después de lanzar un grito de guerra, respondió:

—Aghoo os tratará como amigos, si le dan su parte en el Fuego, y como a alces si se la rehusan.

Un formidable gesto entreabría sus mandíbulas; su pecho era tan ancho, que en él hubiera podido acostarse una pantera.

El hijo del Leopardo exclamó:

—Naoh ha conquistado el Fuego a los Devoradores de Hombres... Partiré el Fuego cuando haya alcanzado la horda.

—Queremos el Fuego desde luego... Aghoo tendrá a Gamla y Naoh recibirá una doble parte de caza y de botín.

El furor hizo temblar al hijo del Leopardo.

—¿Por qué Aghoo tendrá a Gamla? El no supo conquistar el Fuego. Las hordas se han burlado de él...

—Aghoo es más fuerte que Naoh... Abrirá vuestros vientres con el harpón y romperá vuestros huesos con la maza.

—Naoh ha muerto al Oso Gris y a la Tigre... Ha derribado diez Devoradores de Hombres y veinte Enanos Rojos... Naoh matará a Aghoo.

—Que baje Naoh a la llanura.

—Si Aghoo hubiera venido solo, Naoh ya estaría combatiéndolo.

La risa de Aghoo estalló, vasta como un rugido.

—Ninguno de vosotros volverá a ver la horda.

Los dos se callaron. Naoh comparaba extremecido, los débiles torsos de Nam y Gaw, a las estructuras espantables de los hijos del Auroch... ¿Por qué no llevarían la primera ventaja? Porque si Nam estaba herido, uno de los tres hermanos se hallaba imposibilitado para perseguir a un enemigo.

La sangre corría del brazo de Nam. El jefe le aplicó la ceniza del fuego y se lo cubrió de hierbas. Después, mientras sus ojos velaban, se preguntó cómo iba a combatir. No era posible sorprender la vigilancia de Aghoo y sus hermanos. Sus sentidos eran perfectos. Poseían fuerza, astucia, destreza y agilidad; un poco menos rápidos que Nam y Gaw, los aventajaban en resistencia. Sólo el hijo del Leopardo podía vencerlos.

La situación se dibujó por fragmentos en la cabeza del jefe... el instinto dió coherencia a esos fragmentos. Naoh veía así las peripecias de la fuga y del combate... Era ya todo acción, aún cuando permanecía acuclillado junto al resplandor cobrizo. Se levantó, en fin, y una sonrisa astuta pasó por sus pupilas; su pie escarbaba la tierra como el casco de un toro. Por de pronto, era preciso extinguir el Fuego, a fin de que, aún vencedores, los hijos del Auroch no tuvieran a Gamla. Naoh arrojó al río los tizones más gruesos, y ayudado por sus compañeros, mató el Fuego con piedras y tierra. No conservó con vida sino la débil llama de uno de los braseros. En seguida organizó de nuevo el descenso. Esta vez Gaw debía abrir la marcha. A dos alturas de hombre se detendría sobre un reborde bastante ancho, para poder mantenerse con equilibrio y arrojar azagayas.

El joven Ulhamr obedeció rápidamente.

Cuando llegó al sitio designado, lanzó un grito ligero para advertir al jefe.

Los hijos del Auroch se habían puesto en actitud de combate. Aghoo, frente a la roca, con el arpón empuñado; el herido de pie contra un arbusto, tenía prontas sus manos, y el tercer hermano, Rukh el de los brazos rojos, menos alejado que los otros, iba y venía en largos círculos. Naoh, ya se inclinaba sobre la llanura, ya blan-

día su azagaya. Aprovechó del momento en que Rukh estuvo más próximo, para lanzar su arma. Esta franqueó un espacio que admiró el hijo del Auroch, pero le faltaron cinco largos de hombres para alcanzar su objeto. Una piedra que Naoh lanzó en seguida, cayó a una distancia menor. Rukh gritó con sarcasmo.

—El hijo del Leopardo es ciego y estúpido.

Lleno de menosprecio, alzó su brazo derecho armado con la maza. Furtivamente Naoh cogió una arma preparada de antemano; era uno de esos propulsores que había aprendido a usar en la horda de los Wah. Le imprimió una rotación rápida. Rukh, seguro de que se trataba de un gesto de amenaza, continuó burlándose mientras caminaba lentamente, y no vió venir el golpe... Cuando vino a darse cuenta, ya era tarde: su mano había sido traspasada en el sitio en que el pulgar se une a los otros dedos. Con un grito de rabia, dejó caer la maza.

Un gran estupor se apoderó de Aghoo y sus hermanos. La distancia alcanzada por Naoh, sobrepasaba con mucho sus posiciones. Sintiendo su fuerza amenazada por algo misterioso, los tres retrocedieron. Rukh no pudo coger su maza, sino con la mano izquierda.

Entre tanto, Naoh se aprovechaba de la sorpresa, para ayudar a Nam en su descenso; los seis hombres se encontraron en la llanura, rebosando de odio. En seguida, el hijo del Leopardo se inclinó a la derecha, donde el paso era más ancho y más seguro. Allí, Aghoo le cerraba el paso. Sus ojos circulares espiaban cada gesto de Naoh. Sabía maravillosamente. Avanzaba en la esperanza de que los adversarios agotarían contra él sus proyectiles, en tanto que Rukh se acercaba al galope. Pero Naoh retrocedió, dió una vuelta brusca y amenazó al tercer hermano que lo esperaba, apoyado en su arpón. Este movimiento obligó a Rukh y a Aghoo a evolucionar hacia el oeste; la llanura se abrió más ancha; Nam, Gaw y Naoh, se precipitaron hacia adelante. Podían ahora huir sin temor de verse rodeados.

—¡Los hijos del Auroch no tendrán el Fuego! exclamó el jefe con una voz atronadora... Naoh tomará a Gamla.

Los tres huían por la libre llanura, y acaso hubieran podido alcanzar la tribu sin combatir. Pero Naoh comprendía que era preciso esa misma noche jugar la muerte contra la muerte. Dos de los velludos estaban heridos. Evitar la lucha era darles la curación, y el peligro renacería más terrible.

En esta primera faz de la persecución, Nam mismo, a pesar de su herida, conservó ventaja. Los tres compañeros ganaron mil pasos. En seguida Naoh detuvo la carrera, entregó el Fuego a Gaw y le dijo.

—Corran sin detenimiento hacia el oeste, hasta que los alcance.

Obedecieron, conservando su velocidad, en tanto que el jefe les siguió con más lentitud. Pronto se volvió hacia los velludos, amenazándolos con el propulsor. Cuando los juzgó bastante próximos, torció al norte y se dirigió hacia el río... Aghoo comprendió y lanzando un clamor de león, se avalanzó con Rukh en socorro del hermano herido. En su desesperación alcanzó una velocidad igual a la de Naoh... Pero fué un esfuerzo supremo. El hijo del Leopardo, mejor construído para la carrera, volvió a tomar ventaja. Llegó a la roca con trescientos pasos de delantera y se encontró frente al tercer hermano.

Este esperaba, formidable. Lanzó una azagaya. Pero mal aplomado, erró el golpe, y ya Naoh se precipitaba sobre él. La fuerza y la destreza del velludo eran tales, que a pesar de su pierna herida, hubiera destrozado a Nam y Gaw. Para combatir al gran Naoh exageró su impulso; el golpe de su maza fué tan terrible que habría necesitado de sus dos pies para soportarlo, y mientras vacilaba, el arma de su adversario cayó sobre su nuca y le derribó. Un segundo golpe hizo crujir sus vértebras.

Aghoo no se encontraba sino a cien pasos. Rukh, debilitado por la sangre que corría de su mano, venía aún más atrás Los dos corrían a su fin como rinocerontes, arrastrados por un instinto tan profundo de raza, que olvidaban el ardid.

Con un pie sobre el vencido, el hijo del Leopardo aguardaba con la maza pronta. Aghoo estuvo a tres pasos; iba a saltar para el ataque, pero Naoh ya había escapado. Corría sobre Rukh con la velocidad del alce. Con gesto supremo, la maza empuñada a dos manos, apartó el

Con un pie sobre el vencido, Naoh esperaba con la maza lista

arma que Rukh torpemente levantaba con su mano izquierda, y de un golpe seguro sobre el cráneo, echó por tierra al segundo antagonista.

Después, escapando aún delante de Aghoo, exclamó:

—¿Dónde están tus hermanos, hijo del Auroch? ¿No les he derribado como de-

rribé al Oso Gris, a la Tigre y a los Devoradores de Hombres? ¡Héme aquí libre como el viento! Mis pies son más ligeros que los tuyos y mi aliento más durable que el del megaceros.

Cuando hubo recobrado su delantera, se detuvo mirando venir a Aghoo... Y le dijo:

—Naoh no quiere huir. Tomará esta noche tu vida o te dará la suya.

Apuntó al hijo del Auroch. Pero el otro había recobrado su astucia: detuvo su marcha. La azagaya traspasó el espacio. Aghoo la había evitado, y el arma silbó más alta que su cráneo.

—¡Naoh va a morir! rugió el velludo.

No se apresuraba; sabía que su adversario era dueño de aceptar o rehusar la lucha. Su marcha era furtiva y terrible. Cada uno de sus movimientos revelaba a la bestia de combate: llevaba la muerte con el arpón o la maza. A pesar de la derrota de los suyos, no temía al gran guerrero flexible, de brazos ágiles y espaldas rudas. Porque él era más fuerte que sus hermanos y no conocía el miedo. Ni hombres ni bestias habían resistido a su maza.

Cuando estuvo a tiro lanzó el arpón. Lo hizo porque así era preciso, pero no se admiró al ver que Naoh lo evitaba. El, a su vez, evitó el arpón de su adversario.

No quedaban sino las mazas. Las levantaron a su vez; las dos eran de encina. La de Aghoo tenía tres nudos; se había pulido con el uso y brillaba a la luz de la luna. La de Naoh era más redonda, menos vieja y más pálida.

Aghoo dió el primer golpe. No le comunicó toda su fuerza: esperaba sorprender así al hijo del Leopardo. Naoh lo evitó sin trabajo y golpeó a su vez. La maza del otro vino a su encuentro; los palos se entrechocaron con largo crujido. Entonces Aghoo saltó hacia la derecha y volvió al flanco del guerrero; dió el golpe inmenso que había roto tantos cráneos de hombres y de fieras. Encontró el vacío, en tanto que la maza de Naoh barajaba la suya. El choque fué tan fuerte que Fauhm mismo habría vacilado: los pies de Aghoo se agarraban a la tierra como raíces. Pudo echarse hacia atrás.

Así volvieron a encontrarse de frente, sin herida, como si no hubieran combatido. Pero todo en ellos había luchado. Los dos conocían mejor la creatura formidable que tenían delante, los dos sabían que un momento de debilidad, traería la muerte, una muerte más vergonzosa que la que da el tigre, el oso o el león; porque ambos combatían obscuramente para hacer triunfar, al través de los tiempos innumerables, una raza que nacería de Gamla.

Aghoo volvió al combate, con ronco aullido; su fuerza entera estaba en su brazo: bajó su maza sin demora, resuelto a destrozar toda resistencia. Naoh, retrocediendo, le opuso su arma. Si evitó el golpe, no pudo impedir que un nudo le lastimara el hombro. La sangre enrojeció el brazo del guerrero; Aghoo, seguro esta vez de destruir una vida que había condenado, levantó nuevamente su maza, que cayó siniestra...

El rival no la había esperado y el impulso inclinó al hijo del Auroch. Lanzando un grito horrible, Naoh contestó: el cráneo de Aghoo resonó como un bloc de encina; el velludo cuerpo vaciló; otro golpe lo derribó en tierra.

—¡No tendrás a Gamla! gruñó el vencedor... No volverás a ver la horda, ni el pantano, ni calentarás más tu cuerpo cerca del fuego.

Aghoo se había erguido. Su duro cráneo estaba rojo, su brazo derecho oscilaba como una rama rota, sus piernas ya no tenían fuerza. Pero el instinto tenaz, brillaba en sus ojos, y había tomado la maza con la mano izquierda. La blandía una vez más. Antes que se hubiera bajado, Naoh la había arrojado a diez pasos.

Y Aghoo esperó la muerte. No comprendía de otra suerte la derrota; recordó con orgullo todo cuanto había muerto entre las creaturas, antes de sucumbir.

—Aghoo ha destrozado la cabeza y el corazón de sus enemigos, murmuró. Jamás dejó vivir a los que le disputaron el botín y la presa. Todos los Ulhamr temblaban delante de él.

Era el grito de su conciencia obscura, y si hubiera podido regocijarse de su derrota se habría regocijado. Sentía al menos la virtud de no haber hecho gracia jamás, de haber aniquilado siempre el peligro de la venganza con el vencido. Así sus días le parecían sin reproche... Cuando el primer golpe de muerte resonó sobre su cráneo, no exhaló una queja...

ni tampoco cuando su pensamiento desaparecía y no quedaba de él sino la carne caliente, en que la maza de Naoh extinguía los últimos estertores.

En seguida el vencedor fué a rematar a los dos hermanos.

Y pareció que el poder de los hijos del Auroch, entraba ahora en él. Se dirigió hacia el río... Allí escuchó el latido de su corazón... Los tiempos eran suyos... Y no les veía fin...

XI

En la Noche de los Tiempos

Todos los días, a la hora del crepúsculo, los Ulhamr esperaban angustiados la partida del sol. Cuando sólo las estrellas quedaban en el firmamento, o la luna se ocultaba tras de las nubes, se sentían extrañamente débiles y miserables. Agrupados en la sombra de una caverna o bajo el reborde de una roca, pensaban en el Fuego que les alimentaba con su calor y apartaba las bestias temibles. Los centinelas no cesaban de tener puestas sus armas y la atención y el miedo llenaban sus cabezas y sus miembros: sabían que se les podía coger de improviso, antes de haberse defendido. El oso había devorado un guerrero y dos mujeres; los lobos y los leopardos habían escapado con niños; muchos hombres conservaban las cicatrices de los combates nocturnos.

El invierno se acercaba. El viento del norte lanzaba sus dardos; bajo los cielos puros, el hielo mordía con sus dientes agudos. Y una noche, Fauhm, el jefe, luchando con un león, perdió el uso de su brazo derecho. Entonces se hizo débil para imponer su autoridad: el desorden se apoderaba de la horda. Houm no quería obedecer. Mouh pretendía ser el primero entre los Ulhamr. Los dos tuvieron sus partidarios, en tanto que un pequeño número permanecía fiel a Fauhm. No se produjo, sin embargo, una lucha armada. Todos estaban fatigados; el viejo Goún los mantenía en paz, recordándoles su debilidad y el peligro de destruirse mutuamente. Ellos lo comprendían, y en la hora de las tinieblas, sentían amargamente a los guerreros ausentes. Después de tantas lunas, desesperaban de volver a ver a Naoh, Gaw y Nam o a los hijos del Auroch. Muchas veces fueron enviados exploradores, que volvían sin haber encontrado pista alguna. Entonces la desconfianza se apoderó de todos: los seis guerreros habían caído bajo las garras de las fieras, bajo las hachas de los hombres, o habían perecido de hambre. Los Ulhamr no volverían a ver el fuego bienhechor.

A pesar de sufrimientos más fuertes que los de los varones, las mujeres conservaban una obscura confianza. Subsistía en ellas la resistencia paciente que salva las razas. Gamla era de las más enérgicas. Ni el hambre ni el frío habían marchitado su juventud. El invierno había aumentado su cabellera, que se desarrollaba sobre sus hombros como la melena del león. La hija de Fauhm tenía el sentido profundo de los vegetales. En la pradera o en el matorral, bajo el bosque o entre los cañaverales, sabía distinguir la raíz, el fruto y el musgo comestibles. Sin ella, el gran Fauhm habría perecido durante la semana en que su herida le retuvo acostado en el fondo de una caverna, debilitado por la pérdida de sangre. El Fuego no le era tan indispensable como a los otros. Lo deseaba, sin embargo, con pasión, y al comenzar la noche, se preguntaba si Aghoo o Naoh lo traerían. Ella estaba pronta a someterse, porque el respeto del más fuerte, se encerraba profundamente en su carne; no concebía rehusar el ser la mujer del vencedor, pero sabía que con Aghoo la vida sería más dura.

Llegó una tarde que se anunciaba temible. El viento había dispersado las nubes. Pasaba sobre las hierbas marchitas y sobre los árboles negros, con prolongado rugido. Un sol rojo, tan grande como la colina del poniente, iluminaba aún el sitio. Y, en el crepúsculo, que iba a perderse en el fondo de los tiempos innumerables, la horda se agrupaba estremecida. Era débil y estaba triste... ¡Cuándo volverían los días en que la llama chisporroteaba devorando la leña! Entonces un olor de carne asada subía en el crepúsculo, una alegría cálida entraba en los cuerpos, los lobos rondaban lamentándose, el oso, el león, el leopardo, se alejaban de esa vida brillante y luminosa.

El sol se puso; sobre el desnudo occidente, la luz murió. Y las bestias que

viven de la sombra empezaron a rondar la tierra.

El viejo Goún, más decrépito aún en la miseria, lanzó un gemido siniestro.

—Goún ha visto a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Jamás el fuego faltó a los Ulhamr... Ahora ya no hay Fuego y Goún morirá sin haberlo visto de nuevo.

El hueco de rocas en que se abrigaba la tribu era casi una caverna. Para tiempos suaves hubiera sido un buen abrigo; pero ahora el viento helado traspasaba los cuerpos.

Goún agregó:

—Los lobos y los perros serán cada día más audaces.

Mostraba las siluetas furtivas que se multiplicaban con las tinieblas. Los aullidos eran más largos y más amenazadores; la noche vomitaba continuamente bestias famélicas. Sólo los últimos fulgores crepusculares las mantenían aún alejadas. Los centinelas, inquietos, caminaban en el aire helado, bajo las estrellas finas.

De pronto uno de ellos se detuvo... Los otros le imitaron.

Después el primero declaró.

—Hay hombres en la llanura.

Un extremecimiento agitó la horda. Unos estaban dominados por el temor, los otros por la esperanza. Fauhm, recordando que era aún el jefe, se puso de pie.

—Que todos los guerreros apresten sus armas, ordenó.

En esa hora equívoca, los Ulhamr obedecieron en silencio. El jefe agregó.

—Que Hoúm tome tres jóvenes y vaya a espiar a los que vienen.

Hoúm vaciló, descontento de recibir órdenes de un hombre que había perdido la fuerza de su brazo. Pero el viejo Goún intervino.

—Hoúm tiene los ojos del leopardo, las orejas del lobo y el olfato del perro. Sabrá si los que se acercan son enemigos o Ulhamr.

Entonces Hoúm y tres jóvenes se pusieron en camino. A medida que avanzaban, las fieras se agrupaban tras de sus huellas. Pronto se hicieron invisibles. Por largo rato la horda aguardó, miserable. En fin, un largo clamor hendió las tinieblas.

Fauhm, saltando por la llanura, exclamó:

—¡Los que vienen son Ulhamr!...

Una emoción terrible traspasó los corazones, los pequeñuelos mismos se levantaron. Goún expresó el pensamiento de los otros...

—¿Son Aghoo y sus hermanos, o Naoh, Nam y Gaw?

Nuevos gritos rodaron bajo las estrellas.

—¡Es el hijo del Leopardo! murmuró Fauhm con alegría sorda.

Porque temía a la ferocidad de Aghoo.

Pero la mayor parte no pensaban sino en el Fuego. Si Naoh lo traía, todos estaban prontos a prosternarse delante de él, si no lo traía, el odio y el menosprecio castigarían su debilidad.

Mientras tanto una banda de lobos cercaba la horda. El crepúsculo había muerto. La última banda escarlata acababa de extinguirse, y las estrellas brillaban en un firmamento de hielo: ¡Ah! ver de nuevo la cálida bestia roja, sentirla palpitar sobre el pecho y sobre los miembros.

En fin, Naoh estuvo a la vista... Llegaba negro sobre la llanura gris y Fauhm aullaba:

—¡El Fuego! ¡Naoh trae el Fuego!

Fué el arrobamiento general. Muchos se detuvieron como heridos de un hachazo. Otros saltaron con ímpetu frenético... y el Fuego estaba allí...

El hijo del Leopardo lo mostró en su brasero de piedra. Era un pequeño resplandor rojo, una vida humilde que un niño habría muerto con una pedrada. Pero todos sabían la fuerza inmensa que iba a surgir de esa debilidad... Anhelantes, mudos, con el temor de verlos extinguirse, llenaban sus pupilas con su imagen.

Después se escuchó un rumor tan alto que los lobos y los perros se espantaron. Toda la horda se agrupaba en torno de Naoh, con gestos de humildad, de adoración, de alegría convulsa.

—¡No maten el Fuego! exclamó el viejo Goún.

Todos se apartaron. Naoh, Fauhm, Gamla, Nam, Gaw, el viejo Goún, formaron un núcleo entre la turba y caminaron hacia la roca. La horda acumulaba las hierbas secas, las ramillas y las ramas. Cuando la hoguera estuvo lista, el hijo del Leopardo la aproximó al débil resplandor... Este se apoderó al principio de algunas briznas de hierba, después, saltando, mordió las ramillas, en seguida, ru-

giendo, se puso a devorar las ramas, en tanto que al borde de las tinieblas, vencidos, los lobos y los perros retrocedían poseídos de misterioso miedo.

Entonces Naoh, hablando al gran Fauhm preguntó:

—¿No ha cumplido su promesa el hijo del Leopardo? ¿Cumplirá Fauhm la suya?

Designaba a Gamla de pie ante claridad fulgurante. Ella sacudió su gran cabellera. Palpitante de orgullo, no tenía miedo. Estaba poseída de la admiración con que la horda entera rodeaba a Naoh.

—Gamla será tu mujer como lo he prometido, repuso Fauhm casi con humildad.

—Y Naoh mandará la horda, declaró atrevidamente el viejo Goún.

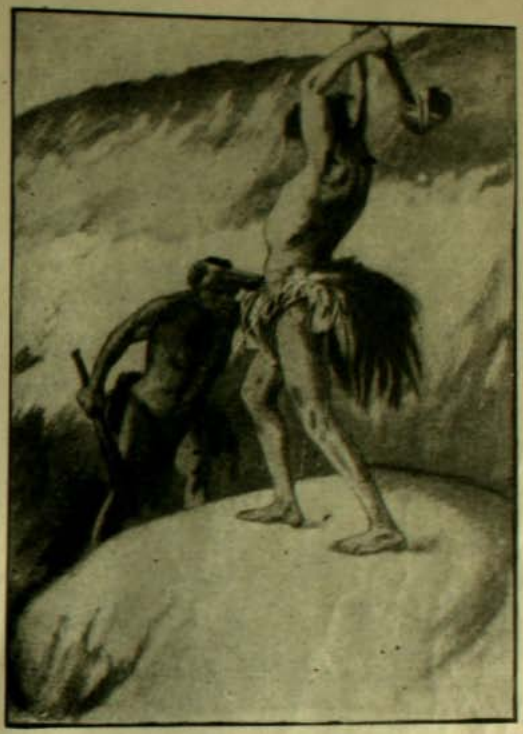
Lo decía así no para menospreciar al gran Fauhm, sino para destruir rivalidades que juzgaba peligrosas. En ese momento en que el Fuego volvía a renacer, nadie osaría contradecirle.

Una aprobación exaltada, removió las manos y los rostros. Pero Naoh sólo veía a Gamla: la enorme cabellera, la vida de los ojos frescos hablaban el lenguaje de la raza; una indulgencia profunda se elevaba en su corazón por el hombre que iba a entregársela. Comprendía, sin embargo, que un jefe de brazo débil, no podía mandar solo a los Ulhamr... Y exclamó:

—¡Naoh y Fauhm dirigirán la horda!

En su sorpresa todos callaron, en tanto que por vez primera el feroz corazón de Fauhm se sintió invadido por una ternura confusa, hacia un hombre no nacido de sus hermanos.

Entre tanto, el viejo Goún, con mucho el más curioso de los Ulhamr, deseaba conocer las aventuras de los tres guerreros. Ellas palpitaban en el cerebro de Naoh, tan nuevas como si hubieran sido vividas la víspera. En aquellos tiempos las palabras eran escasas, sus lazos débiles, su fuerza de evocación corta, brusca e intensa. El gran nómade habló del Oso Gris,



El arma de su adversario cayó sobre su nuca

del León Gigante y de la Tigre, de los Devoradores de Hombres, de los Mamuths, de los Enanos Rojos, de los Hombres sin Hombros, de los Hombres de pellejo azul y del Oso de las Cavernas. Sin embargo, por desconfianza o astucia, no reveló el secreto de las piedras de fuego que le enseñaran los Wah.

El rugido de las llamas, aprobaba el relato. Nam y Gaw, con sus gestos rudos, confirmaban cada episodio. Era el discurso del vencedor y penetraba hasta lo más profundo de los pechos.

Y Goún exclamó:

—No hubo guerrero comparable a Naoh entre nuestros padres... No lo habrá tampoco entre nuestros hijos, ni entre los hijos de nuestros hijos.

En fin, Naoh pronunció el nombre de Aghoo; los torsos temblaron como los árboles ante la tempestad. Porque todos temían al hijo del Auroch.

—¿Cuándo vió a Aghoo el hijo del Leo-

pardo? interrumpió Fauhm, con una mirada de desconfianza hacia las tinieblas.

—Una y una noche han pasado, respondió el guerrero. Han aparecido delante de la roca en que se encontraban Naoh, Nam y Gaw. Naoh los ha combatido...

Entonces se produjo un silencio en que se extinguieron hasta los alientos... No se escuchaba sino el Fuego, la brisa y los aullidos de las fieras.

—Y Naoh los ha derribado... declaró orgullosamente el nómade.

Los hombres y las mujeres se miraron entre sí. El entusiasmo y la duda luchaban en los corazones. Moûh expresó el sentimiento obscuro de los demás.

—¿Naoh los ha muerto a los tres?

El hijo del Leopardo no respondió, pero metiendo la mano en un pliegue de la piel de oso que lo cubría, arrojó al suelo tres miembros ensangrentados.

—¡Hé aquí las manos de Aghoo y de sus hermanos!

Goûn, Moûh y Fauhm las examinaron. Ellas no podían ser desconocidas. Enormes y gruesas, con los dedos cubiertos de un pelaje de bestias, evocaban invenciblemente las estructuras formidables de los Velludos. Todos recordaron haber temblado ante ellas. La rivalidad se extinguió en el corazón de los fuertes; los débiles confundieron su vida con la de Naoh; las mujeres sintieron la eternidad de la raza. Y Goûn, el de los huesos secos, exclamó:

—¡Los Ulhamr ya no temen a sus enemigos!

Fauhm, cogiendo a Gamla por la cabellera, la prosternó brutalmente ante el vencedor.

Y le dijo:

—¡Hela aquí! Ella será tu mujer... Mi protección ya no estará sobre ella... Se inclinará ante su amo: irá a buscar la presa que hayas derribado y la llevará sobre sus hombros. Si es desobediente, tú podrás matarla.

Naoh, habiendo bajado su mano sobre Gamla, la levantó sin rudeza, y los tiempos sin fin se extendieron delante de ellos.

FIN.